

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

**La política del comercio: cultura económica y traducción en la
ilustración española (1743-1794)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Jesús Astigarraga Goenaga

Directora

María Victoria López-Cordón Cortezo

Madrid, 2017

©Jesús Astigarraga Goenaga, 2017

LA POLÍTICA DEL COMERCIO. CULTURA ECONÓMICA Y TRADUCCIÓN EN LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA (1743-1794)

Autor: JESÚS ASTIGARRAGA GOENAGA

Directora: MARIA VICTORIA LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Facultad de Geografía e Historia

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
Programas de Doctorado de la Facultad de Geografía e Historia
Doctorado en Historia y Arqueología

**LA POLÍTICA DEL COMERCIO.
CULTURA ECONÓMICA Y TRADUCCIÓN EN LA
ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA (1743-1794)**

Tesis Doctoral dirigida por la Dra. María Victoria López-Cordón
Cortezo y tutorizada por la Dra. María Teresa Nava Rodríguez.

Tesis Doctoral presentada por D. Jesús Astigarraga Goenaga.

La Directora

La Tutora

El Doctorando

Madrid, 2016.

“La circulación de las ideas es, de todos los géneros de comercio, aquel cuyas ventajas son más ciertas... Hay que tender a lo universal cuando se quiere hacer el bien a los hombres... Traducir un poeta no es tomar un compás y copiar las dimensiones del edificio: es animar con el mismo soplo de vida un instrumento diferente”.

Anne-Louise Germaine Necker, Baronne de Staël-Holstein,
De l'esprit des traductions (1816).

INDICE

INDICE

INDICE	pp. I-III.
SUMMARY / KEY WORDS	p. IV.
NOTA PRELIMINAR ACERCA DE ESTA TESIS DOCTORAL	pp. V-X.
PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS	pp. XI-XV.
CAPÍTULO 1. INTRODUCCIÓN GENERAL	pp. 1-109.
CAPÍTULO 2. ROMPIENDO EL MOLDE (1740-1755).	
2.1 La dérangement découverte de l'autre: les (més)aventures de <i>l'Essai politique sur le commerce</i> (1734) de Jean-François Melon dans l'Espagne du XVIIIe siècle	pp. 110-139.
2.2. <i>Oeconomía y Comercio</i> en la versión española del <i>Journal Oeconomique</i> : los <i>Discursos Mercuriales</i> (1751-1756) de Graef	pp. 141-166.
CAPÍTULO 3. LA "NUEVA POLÍTICA" DEL COMERCIO (1755-1765).	
3.1. Francisco Craywinkel, plagario de Richard Cantillon (1760-1763). Una nueva Política para la Monarquía española	pp. 168-179.
3.2. Un nuevo sistema económico para la Monarquía española. Las <i>Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España</i> (1761) de Simón de Aragorri	pp. 180-195.
3.3. Forbonnais and the Discovery of the <i>Science of Commerce</i> in Spain (1755-1765)	pp. 196-216.
CAPÍTULO 4. GRAN BRETAÑA EN EL LABORATORIO DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA: ¿ENEMIGO, ADVERSARIO O MODELO?	
4.1. La "República del comercio" de Vicent de Gournay en la Ilustración española (1767-1785)	pp. 218-256.

4.2. <i>Anglofobia y anglofilia</i> en la prensa periódica: Nifo y Saura (1762-1779)	pp. 257-270.
4.3. La finalidad política de las traducciones económicas: George Grenville en la Ilustración española	pp. 271-303.
4.4. L'économie espagnole en débat. L'oeuvre d'Accarias de Serionne et sa réfutation par Campomanes	pp. 304-336.
4.5. Una <i>piedra de toque</i> sobre el sistema británico: el "fantasma" de la deuda pública	pp. 337-360.

CAPÍTULO 5. ANNE-ROBERT-JACQUES TURGOT.

5.1. Les traductions espagnoles des écrits économiques de Turgot (1774-1791)	pp. 362-385.
5.2. Turgot en Espagne (1774-1813): entre la liberté du travail et le système intermédiaire	pp. 386-409.

CAPÍTULO 6. FERDINANDO GALIANI.

6.1. Ferdinando Galiani, ¿al servicio de la Monarquía española?	pp. 411-446.
6.2. Galiani ante el Tercer Pacto de Familia	pp. 447-459.
6.3. Entre la Naples de Galiani, le Paris de Turgot et le Madrid de Campomanes: la traduction espagnole des <i>Dialogues sur le commerce des blés</i>	pp. 460-484.
6.4. La recepción en España de los <i>Dialogues de Galiani</i>	pp. 485-514.

CAPÍTULO 7. JACQUES NECKER.

7.1. La traduction au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles	pp. 516-541.
---	--------------

CAPÍTULO 8. RICHARD CANTILLON.

8.1. La fortuna del <i>Essai sur la nature du commerce en général</i> (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII	pp. 543-569.
--	--------------

CAPÍTULO 9. ANTONIO GENOVESI Y GAETANO FILANGIERI.

9.1. The Enligtenment in Translation. Antonio Genovesi's Political Economy in Spain, 1778-1800 pp. 571-592.

9.2. The economic ideas of A. Genovesi in the Late Spanish Enlightenment. the R. de Salas' critical analysis pp. 593-617.

9.3. I traduttori spagnoli di Filangieri e il risveglio del dibattito costituzionale (1780-1839) pp. 618-648.

CAPÍTULO 10. LA FISIOCRACIA.

10.1. La Fisiocracia en España: los *Principes de la législation universelle* (1776) de G. L. Schmid d'Avenstein pp. 650-676.

10.2. Una alternativa fisiócrata al *Informe de Ley Agraria* de Jovellanos pp. 677-708.

10.3. Ramón de Salas y la difusión de la fisiocracia en España pp. 709-736.

CAPÍTULO 11. ELEMENTOS INSTITUCIONALES: SOCIEDADES ECONÓMICAS, DICCIONARIOS DE COMERCIO Y ENSEÑANZAS ECONÓMICAS.

11.1. Los diccionarios de Comercio y Economía en el siglo XVIII español pp. 738-771.

11.2. Economic Societies and the Politicisation of the Spanish Enlightenment pp. 772-790.

11.3. El pensamiento político y económico ilustrado y las cátedras de la Sociedad Económica Aragonesa pp. 791-814.

11.4. André Morellet y la enseñanza de la Economía en la Ilustración española: la *Memoria sobre la utilidad del establecimiento de una escuela de Comercio* pp. 815-845.

CAPÍTULO 12. CONCLUSIONS pp. 847-857.

SUMMARY/KEY WORDS

RESUMEN

El objetivo de esta Tesis Doctoral es el análisis de la tradadística sobre Economía Política del siglo XVIII español. El eje vertebral lo ocupa el estudio de las traducciones. El prisma privilegiado de la misma es por tanto la circulación internacional de las ideas político-económicas. En la investigación se analiza cómo las ideas de los principales autores de la Economía Política europea fueron transmitidas y diseminadas en el particular contexto hispánico, más específicamente en el peninsular. También se indaga cómo esas ideas fueron aplicadas a través de reformas y de políticas públicas concretas. El periodo escogido es 1743 y 1794. Estas fechas acotan perfectamente la etapa clave del proceso de emergencia de la Economía Política en la España de la Ilustración. En efecto, todo tuvo su inicio en los años cuarenta con los primeros escritos en los que el Derecho Natural se fundió con la Economía Política. De ellos se derivaron las ideas de que el “comercio” se había convertido en el fundamento de la política moderna y de que España debía de aplicar en la Monarquía los principios de la nueva “ciencia del comercio”. La secuencia cronológica que se desarrolla en la investigación a partir de ese arranque se estructura en diez capítulos dedicados esencialmente al estudio de “casos” de escritores económico-políticos extranjeros; se analizan, en concreto, los de: Melon, Herbert, Serionne, Davenant, Forbonnais, Danguel, Goudar, Coyer, Grenville, Turgot, Galiani, Necker, Cantillon, Genovesi, Filangieri, Rozier, Schmid d’Avenstein y la fisiocracia. Ese análisis se extiende también a diversas instituciones características de la nueva cultura económica ilustrada, como los diccionarios de comercio, las sociedades económicas y las cátedras de economía política. De todo ello se deriva el carácter eminentemente político de la tradadística económica. Se revela la importancia de la Economía como uno de los lenguajes privilegiados de la Política durante las Luces españolas. Y ello alienta una interpretación nueva acerca del origen y la naturaleza de las corrientes de pensamiento liberal y democrático críticas con el Absolutismo ilustrado, así como de la primera cultura constitucional española.

PALABRAS CLAVES

Ilustración española; Historia del pensamiento político y económico; Circulación internacional de las ideas económicas; Traducción; Absolutismo ilustrado; Primer Constitucionalismo español

SUMMARY

The objective of this Doctoral Thesis is to analyse the body of treatises on Political Economy written in eighteenth century Spain. The central theme is the study of the translations. The privileged perspective of research is therefore the international circulation of the political and economic ideas. The study will analyse how the ideas of the principal authors of the European Political Economy were transmitted and disseminated in the Hispanic context, more specifically in the Spanish peninsula. It also investigates how these ideas were applied through reforms and specific public policies. The period chosen is between 1743 and 1794. This half-century perfectly encompasses the key phase of the process of the emergence of the Political Economy in Spain during the Enlightenment. In fact, it all began in the 1740s with the first writings which merged Natural Law with Political Economy. The ideas that “commerce” had become the basis of modern Politics and that Spain should adopt the principles of the new “science of commerce” were derived from these early writings. The chronological sequence of the research is structured into ten chapters, essentially dedicated to the study of “cases” of foreign economic and political writers; specifically the writings of the following authors are analysed: Melon, Herbert, Serionne, Davenant, Forbonnais, Danguel, Goudar, Coyer, Grenville, Turgot, Galiani, Necker, Cantillon, Genovesi, Filangieri, Rozier, Schmid d’Avenstein and the physiocrats. The analysis also extends to different institutions that were characteristic of the new enlightened economic culture, such as the dictionaries on commerce, the economic societies and the political economy university chairs. The eminently political nature of the body of economic treatises can be derived from all of the above. It reveals the importance of the Economy as one of the privileged languages of Politics during the Spanish Enlightenment. This leads to a new interpretation of the origin and nature of the liberal and democratic schools of thought that were critical of the enlightened absolutism and also of the first Spanish constitutional culture.

KEY WORDS

Spanish Enlightenment; History of economic and political thought; International circulation of economic ideas; Translation; Enlightened absolutism; First Spanish constitutionalism.

***NOTA PRELIMINAR
ACERCA DE ESTA TESIS DOCTORAL***

NOTA PRELIMINAR ACERCA DE ESTA TESIS DOCTORAL

Esta Tesis Doctoral ha sido realizada siguiendo el modelo de “compendio de publicaciones” —o en “formato publicaciones”—, de acuerdo con la Normativa vigente en los Programas de Doctorado de la Facultad de Geografía e Historia (Áreas de Humanidades y de Ciencias Sociales), a través de la cual se especifica la normativa de desarrollo del R.D. 99/2011 de 28 de enero (BOE 10/02/2011), que regula los estudios universitarios oficiales de postgrado en la Universidad Complutense (BOUC nº14 del 21 de diciembre de 2012), cuyo artículo 10.3 señala lo siguiente:

“Se podrán presentar Tesis Doctorales en “formato publicaciones”. En las publicaciones que compongan la Tesis el doctorando deberá haber participado como autor principal y se habrán editado en revistas de la especialidad recogidas en índices de calidad contrastados o de similar nivel científico en libros. El director y tutor del doctorando certificarán el carácter de la aportación del doctorando en las publicaciones aportadas. La recopilación de publicaciones deberá siempre acompañarse de una introducción, que incluya una revisión del estado actual del tema, los objetivos y/o hipótesis, una discusión integradora y las conclusiones. Cuando se presente una Tesis Doctoral en este formato se deberán aportar los permisos del resto de los autores de las publicaciones incluidas”.

ESTRUCTURA DE LA TESIS DOCTORAL

De acuerdo con la Normativa mencionada, esta Tesis Doctoral se inicia con una “Introducción general” en la que “se comentan las publicaciones aportadas y se justifica la unidad temática de la Tesis”. En nuestro caso, la naturaleza notablemente extensa de esta “Introducción general” se debe a que integra otras dos cuestiones a las que se refiere esa Normativa en su capítulo de “Estructura”: “una revisión del estado actual del tema, los objetivos y/o hipótesis y metodología de la investigación”; y “una discusión global de todos los resultados obtenidos”.

Esta Tesis Doctoral se culmina con “unas conclusiones finales originales e inéditas”.

Los diferentes resultados de la investigación se integran en la memoria de la Tesis, entre la Introducción general y las Conclusiones, en forma de 10 capítulos.

CONTENIDOS DE ESTA TESIS DOCTORAL

Esta Tesis Doctoral integra resultados de la investigación cuya naturaleza responde a cuatro tipologías distintas.

- * Resultados de la investigación no publicados.
- * Artículos y capítulos de libros de una antigüedad superior a cinco años (publicados antes de 2012).
- * Artículos y capítulos de libros de una antigüedad inferior a cinco años (publicados entre 2012 y 2016).
- * Artículos y capítulos de libros aceptados en fase de publicación.

La equivalencia entre los contenidos de esta Tesis Doctoral y cada una de esas cuatro tipologías se detalla a continuación.

** RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN NO PUBLICADOS.*

1. Introducción general.

2.2. *Oeconomia y Comercio* en la versión española del *Journal Oeconomique: los Discursos Mercuriales* (1751-1756) de Graef.

4.1. La “República del comercio” de Vicent de Gournay en la Ilustración española (1767-1781).

4.2. *Anglofobia y anglofilia* en la prensa periódica: Nifo y Saura (1762-1779).

4.5. Una *piedra de toque* sobre el sistema británico: el “fantasma” de la deuda pública.

5.2. Turgot en Espagne (1774-1813): entre la liberté du travail et le système intermédiaire.

6.1. Ferdinando Galiani, ¿al servicio de la Monarquía española?

6.2. Galiani ante el Tercer Pacto de Familia.

6.4. La recepción en España de los *Dialogues* de Galiani.

12. Conclusiones.

** ARTÍCULOS Y CAPÍTULOS DE LIBROS DE UNA ANTIGÜEDAD SUPERIOR A CINCO AÑOS (PUBLICADOS ANTES DE 2012).*

(Se menciona en el caso de artículo de revista: Autor-es, por orden de firma; título del artículo; título de la revista en que ha sido publicado; año; número de la revista; páginas. Y en el caso de capítulo de libro: Autor-es, por orden de firma;

título del capítulo; título del libro en que ha sido publicado; editor-es; ciudad; editorial; páginas).

2.1 Jesús Astigarraga, "La dérangement découverte de l'autre: les (més)aventures de *l'Essai politique sur le commerce* (1734) de Jean-François Melon dans l'Espagne du XVIIIe siècle", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 2010, nº 57, pp. 91-118.

7.1. Jesús Astigarraga, "La traduction au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles", *Annales Historiques de la Révolution Française*, 2011, nº 364, pp. 3-27.

8.1. Jesús Astigarraga y Juan Zabalza, "La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII", *Investigaciones de Historia Económica*, 2007, nº 7, pp. 11-38.

9.2. Jesús Astigarraga, "I traduttori spagnoli di Filangieri e il rievoglio del dibattito costituzionale (1780-1839)", en A. Trampus (ed.), *Diritti e Costituzione. L'opera di Gaetano Filangieri e la sua fortuna europea*, Bologna, Il Mulino, 2005, pp. 231-290.

10.1. Jesús Astigarraga, "La Fisiocracia en España: los *Principes de la législation universelle* (1776) de G. L. Schmid d'Avenstein", *Historia Agraria*, 2005, nº 37, pp. 545-571.

10.2. Jesús Astigarraga y Javier Usoz, "Una alternativa fisiócrata al *Informe de Ley Agraria* de Jovellanos", *Revista de Historia Económica. Journal of Iberian and Latin American Economy History*, 2007, nº XXV, pp. 427-458.

10.3. Jesús Astigarraga, "Ramón de Salas y la difusión de la fisiocracia en España", *Historia Agraria*, 2010, nº 52, pp. 75-120.

11.1. Jesús Astigarraga y Juan Zabalza, "Los diccionarios de Comercio y Economía en el siglo XVIII español", *Revista de Historia Industrial*, 2007, nº 35, pp. 13-46.

11.3. Jesús Astigarraga y Javier Usoz, "El pensamiento político y económico ilustrado y las cátedras de la Sociedad Económica Aragonesa", *Anuario de Historia del Derecho Español*, 2008, nº 78-79, pp. 423-448.

11.4. Jesús Astigarraga, "André Morellet y la enseñanza de la Economía en la Ilustración española: la *Memoria sobre la utilidad del establecimiento de una escuela de Comercio*", *Cuadernos de Historia Moderna*, 2010, nº 35, pp. 143-173.

* ARTÍCULOS Y CAPÍTULOS DE LIBROS DE UNA ANTIGÜEDAD INFERIOR A CINCO AÑOS (PUBLICADOS ENTRE 2012 Y 1016).

(Se menciona en el caso de artículo de revista: Autor-es, por orden de firma; título del artículo; título de la revista en que ha sido publicado; año; número de la

revista; páginas. Y en el caso de capítulo de libro: Autor-es, por orden de firma; título del capítulo; título del libro en que ha sido publicado; editor-es; ciudad; editorial; páginas).

3.1. Jesús Astigarraga y Juan Zabalza, "Francisco Caraywinkel, plagario de Richard Cantillon (1760-1763). Una "nueva Política" para la Monarquía española", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 2014, nº 44-2, pp. 225-247.

3.2. Jesús Astigarraga, "Un nuevo sistema económico para la Monarquía española. Las *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España* (1761) de Simón de Aragón", *Revista de Historia Industrial*, 2013, nº 52, pp. 13-44.

3.3. Jesús Astigarraga, "Forbonnais and the Discovery of the "Science of Commerce" in Spain (1755-1765)", *History of European Ideas*, 2014, vol. 40-8, pp. 1087-1107.

4.3. Jesús Astigarraga, "La finalidad política de las traducciones económicas: George Grenville en la Ilustración española", *Historia y Política*, 2012, nº 27-1, pp. 169-201.

4.4. Jesús Astigarraga, "L'économie espagnole en débat. L'oeuvre d'Accarias de Serionne et sa réfutation par Campomanes", *Revue Historique*, 2012, nº 662, pp. 356-389.

9.1. Jesús Astigarraga y Javier Usoz, "The Enlightenment in Translation. Antonio Genovesi's Political Economy in Spain, 1778-1800", *Mediterranean Historical Review*, 2013, nº 28-1, pp. 24-45.

9.2. Jesús Astigarraga, "The economic ideas of A. Genovesi in the Late Spanish Enlightenment: the R. de Salas' critical analysis", *European History Quarterly*, 2012, nº 42-2, pp. 211-234.

11.2. Jesús Astigarraga, "Economic Societies and the Politicisation of the Spanish Enlightenment", en J. Astigarraga (ed.), *The Spanish Enlightenment Revisited*, Oxford, Voltaire Foundation, 2015, pp. 63-81.

* ARTICULOS Y CAPÍTULOS DE LIBROS ACEPTADOS Y EN FASE DE PUBLICACIÓN

(Se menciona en el caso de artículo de revista: Autor-es, por orden de firma; título del artículo; título de la revista en que ha sido publicado; año; número de la revista; páginas. Y en el caso de capítulo de libro: Autor-es, por orden de firma; título del capítulo; título del libro en que ha sido publicado; editor-es; ciudad; editorial; páginas).

5.1. Jesús Astigarraga, "Les traductions espagnoles des écrits économiques de Turgot (1774-1791)", *Annales Historiques de la Révolution Française*, 2017-2.

6.3. Jesús Astigarraga, "Entre la Naples de Galiani, le Paris de Turgot et le Madrid de Campomanes : la traduction espagnole des *Dialogues sur le commerce des blés*", en André Tiran y Cecilia Carnino (eds.), *Actualité et Modernité de Ferdinando Galiani*, Paris, Classiques Garnier-Bibliothèque de l'économiste, 2016.

INDEXACION E INDICIOS DE CALIDAD DE LAS PUBLICACIONES

A continuación, se sintetiza la información acerca de los índices en las que se encontraban referenciadas, en el año preciso de su publicación, las revistas en que se hallan contenidos los artículos de una antigüedad inferior a cinco años, así como los aceptados y en fase de publicación; y, asimismo, los indicios de calidad de las editoriales en las que se hallan contenidos los capítulos de una antigüedad inferior a cinco años, así como los aceptados y en fase de publicación.

* REVISTAS

Mélanges de la Casa de Velázquez

2014, SCOPUS, WOS-A&HCI, ERIH, ERIH-PLUS (2015).

Revista de Historia Industrial

2013, SCOPUS, JCR, WOS-SSCI, ERIH, ERIH-PLUS (2016).

History of European Ideas

2014, SCOPUS, WOS-A&HCI, ERIH, ERIH-PLUS (2016).

Historia y Política

2012, SCOPUS, JCR, WOS-SSCI, ERIH, ERIH-PLUS (2016).

Revue Historique

2012, SCOPUS, WOS-A&HCI, ERIH, ERIH-PLUS (2016).

Mediterranean Historical Review

2013, SCOPUS, JCR, WOS-SSCI, ERIH.

European History Quarterly,

2012, SCOPUS, JCR, WOS-SSCI, ERIH, ERIH-PLUS (2016).

Annales Historiques de la Révolution Française

2016, SCOPUS, WOS-A&HCI, ERIH, ERIH-PLUS (2016).

* CAPÍTULOS DE LIBRO

Voltaire Foundation

Capítulo indexado en SCOPUS.

Editorial incluida en el *Scholarly Publishers Indicators in Humanities and Social Sciences* (SPI).

Este capítulo se integra en un libro colectivo publicado en la Colección *Oxford University Studies in the Enlightenment*, editada desde 1955 por la Voltaire

Foundation de la Universidad de Oxford (hasta el año 2012 bajo el título de *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*). Se trata de una de las colecciones internacionales más prestigiosas dedicadas al estudio del siglo XVIII.

Clasiques Garnier

Editorial incluida en el *Scholarly Publishers Indicators in Humanities and Social Sciences* (SPI).

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

PRESENTACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

Las Tesis Doctorales, como cualquier otro producto intelectual, poseen una historia propia e independiente de la que después se narra en su interior. Esta no es ciertamente una excepción. Motivos diversos la han convertido en algo relativamente singular. El más relevante es que su autor es un profesor universitario e investigador *senior*, que obtuvo hace ahora veinticinco años, en 1991, el Título de Doctor en Economía (Universidad de Deusto). Esta nueva investigación doctoral ha sido elaborada por tanto contando con las ventajas que proporciona hallarse inmerso en la estructura universitaria —su autor es en la actualidad Profesor Titular y Catedrático Acreditado en Ciencias Jurídicas y Sociales en la Universidad de Zaragoza— y haber trabajado de manera regular y estable en numerosos proyectos y grupos de investigación.

Esta Tesis Doctoral ha sido realizada siguiendo el modelo de “compendio de publicaciones” —o en “formato publicaciones”—, de acuerdo con la Normativa vigente en los Programas de Doctorado de la Facultad de Geografía e Historia (Áreas de Humanidades y de Ciencias Sociales) de la Universidad Complutense de Madrid. Como tal integra, esencialmente, una selección de trabajos publicados por su autor —en su caso, en coautoría—, bajo la forma de artículos y de capítulos de libro, durante los últimos diez años. En cualquier caso, se debe de dejar constancia de que, con el fin de que la secuencia narrativa e interpretativa de la investigación doctoral fuera completa, se ha incorporado a la misma un conjunto notorio de resultados de la investigación inéditos hasta la fecha.

Aun teniendo ejes transversales comunes, cuando fueron elaborados y publicados, esos artículos y capítulos no habían sido diseñados para que terminaran conformando una Tesis Doctoral. La razón de que finalmente haya sido así reside en los cambios de los contextos en los que he desarrollado mi trayectoria investigadora. Mucho que ver con ello tiene la marginación a la que la actual ciencia económica —tan formalizada y matematizada como poco permeable a interesarse por el poder científico y normativo de las ideas— ha ido condenando, de manera gradual pero inexorable, a la tradición académica de la Historia del Pensamiento Económico, en la que me eduqué y que siguió marcando, si bien no de manera exclusiva, el perfil de mis investigaciones postdoctorales. Pero no menos relevante fue el diálogo fructífero y plural que, al tiempo que aquella secular tradición académica era arrinconada, se me fue abriendo con historiadores. Esto

fue estimulado sin duda por el hecho de que las investigaciones que fui desarrollando acabaron siendo productos intelectuales de frontera: bebían de la Economía Política, pero eran transversalmente cruzadas, y de modo no ciertamente anecdótico, por la Política y la Historia. Esta Tesis Doctoral pretende saldar la deuda que durante todos estos años he ido contrayendo con historiadores de toda índole, de las ideas, de la cultura o de la realidad social. Al mismo tiempo, creo que hace también justicia con las señas de identidad que el paso del tiempo ha acabado estampando en mis propias investigaciones.

Esta Tesis Doctoral remite a una investigación de *“long durée”*. Su trasfondo histórico no es ajeno al que ocupó la Tesis Doctoral previa: la Economía Política de la Ilustración española. Ahora bien, si aquella primera versó sobre una de las expresiones institucionales más emblemáticas de la misma, la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, esta segunda se incardina con más precisión en el enfoque de la circulación internacional de las ideas económico-políticas. Este representa un prisma privilegiado para revisar el proceso de emergencia que conoció la Economía Política durante el siglo XVIII español. Este proceso constituye precisamente la problemática de fondo que se analiza en esta investigación doctoral. En ella se estudia cómo las ideas de algunos de los principales autores de la Economía Política europea fueron transmitidas y diseminadas en el contexto peninsular hispánico, a través en particular de la vía de la traducción. También se indaga cómo esas ideas fueron aplicadas a través de reformas y de políticas públicas concretas. El periodo escogido transcurre entre 1743 y 1794 dado que estas fechas acotan a la perfección la etapa clave del proceso de emergencia mencionado.

En cualquier caso, el resultado último de esta investigación doctoral aspira a alcanzar una interpretación más general y comprensiva de los diferentes “casos” tanto de los escritores económico-políticos extranjeros como de diversas expresiones institucionales que se analizan en sus once capítulos. Todo gira en torno a la idea central de que, alrededor de la década de los años cuarenta del siglo XVIII, los ilustrados españoles comenzaron a ser conscientes de que el “comercio” se había convertido en el fundamento de la política moderna y de que España debía por tanto de ser diligente en la aplicación en la Monarquía de los principios de la nueva “ciencia del comercio”. Y eso es precisamente lo que sucedió durante todas las décadas posteriores del siglo. La secuencia cronológica que sirve como guión en esta Tesis Doctoral va poniendo al desnudo el carácter eminentemente político que fue adquiriendo la tratadística económica y, más en concreto, sus traducciones.

Revela la importancia de la Economía como uno de los lenguajes privilegiados de la Política durante las Luces españolas. De esta manera, y como uno de los resultados más elocuentes de la investigación, figura una interpretación nueva acerca del origen y la naturaleza de las corrientes de pensamiento liberal y democrático críticas con el Absolutismo ilustrado, así como de la primera cultura constitucional española.

Esta Tesis Doctoral ha contado con numerosos aliados. Aunque inmaterial, uno profundamente poderoso ha sido el ingente conjunto de servicios y de fuentes y otras materias primas para el análisis histórico que la sociedad de la información pone a día de hoy en nuestras manos: con toda probabilidad esta Tesis Doctoral no podría haberse realizado hace tan solo una decena de años. Otro, no menos estimulante, ha sido el cuantioso y plural universo de profesores e investigadores con los que he tenido la oportunidad de dialogar y de contrastar los resultados de mis investigaciones durante todos estos años precedentes. He tenido la enorme fortuna de que ese diálogo se haya producido en un marco eminentemente internacionalizado, amparado también en diversas estancias de investigación realizadas en universidades francesas, italianas, británicas, estadounidenses, belgas y alemanas. No resulta sencillo presentar una relación pormenorizada y completa de todos esos profesores e investigadores receptores de mis investigaciones, lo cual no exime que deje aquí expresa mi gratitud hacia todos ellos. Una mención aparte merecen los Profesores Javier Usoz (Universidad de Zaragoza) y Juan Zabalza (Universidad de Alicante). Con ellos vengo manteniendo una asidua y constante labor de colaboración investigadora que va más allá de resultados académicos precisos. La deuda que he contraído con ellos es además más profunda. Ambos fueron coautores de algunos de los artículos y capítulos que han terminado integrando esta Tesis Doctoral y han aceptado de manera generosa que fueran incluidos en ella. Este mismo sentido de gratitud ha de extenderse a la Profesora María Teresa Nava (Universidad Complutense de Madrid), quien ha ejercido como tutora de esta Tesis y ha ayudado, siempre sin dilación y con enorme eficiencia y generosidad, a que haya podido encontrar su culminación, y también al Profesor Guillermo Pérez Sarrión (Universidad de Zaragoza), siempre generoso a la hora de hacerme copartícipe de sus proyectos de investigación.

Desde luego, esta Tesis Doctoral no puede soslayar una calurosa mención de recuerdo y de agradecimiento a los Profesores José Manuel Barrenechea (Universidad de Deusto) y Ernest Lluch. Con ellos di mis primeros pasos en la investigación, que culminaron felizmente en mi primera Tesis Doctoral, realizada

bajo la dirección del profesor catalán. Con él mantuve también durante dos decenios una relación universitaria intensa y aprendí, tanto en actos académicos como en numerosas conversaciones informales, el valor supremo de la herencia de los principios de la Ilustración. Los trabajos que se incluyen en esta Tesis Doctoral siguen claramente la estela de sus enseñanzas. La templanza que nos regala el transcurrir del tiempo no exime que recordemos el suceso acaecido en noviembre de 2000, cuando fue asesinado en Barcelona por la organización terrorista ETA, como lo que realmente fue: un acto absolutamente inútil y de despiadada crueldad.

Esta Tesis Doctoral ha tenido la enorme fortuna de haber sido realizada bajo la dirección de la Profesora María Victoria López-Cordón Cortezo (Universidad Complutense de Madrid). Mi agradecimiento hacia ella trasciende ciertamente a su asentimiento por aceptar la dirección de esta investigación doctoral y a sus innumerables consejos. Mi deuda con ella es sustancialmente mayor que la que he contraído en este período de realización de esta investigación doctoral. La colaboración en proyectos conjuntos durante este último decenio me ha permitido no sólo beneficiarme de una intensa complicidad investigadora en numerosos terrenos compartidos, sino también aprender de una académica en el sentido más íntegro de la palabra, todo lo cual va ciertamente mucho más allá de la simple transmisión intergeneracional del conocimiento. Además, y esto no es algo menor, no resulta sencillo no dejarse contagiar por su particular pasión por la vida y por nuestro trabajo. Es probable que todo ello tenga algo que ver con ese singular universo que ella comparte con esas mujeres a las que ha dedicado algunas de sus investigaciones, María Josefa Amar de Borbón, Madame de Stäel o Sofía Casanova, y que, frente a esas exclusiones sutiles del patriotismo tenebroso que nos acecha, remite a Marguerite Yourcenar: “la verdadera tierra natal es aquella en donde por primera vez nos hemos visto de manera inteligente: mi primera patria son los libros”.

La intrahistoria de esta Tesis Doctoral ha sido iluminada por el fulgor brillante y permanente de Katia e Inés. La aguda mirada de la primera sobre el detalle y el conjunto, sobre la corta y la larga distancias, sobre lo imperceptible y lo palmario, todo a un mismo tiempo, ha ayudado enormemente a que esta investigación pudiera crecer día a día y fuera finalmente culminada. Con la segunda todo ha resultado más fácil aún, pues he tenido la enorme fortuna de que esta extensa investigación haya sido realizada cuando ella mostraba un enorme interés hacia los reyes, las princesas y otras gentes similares de alto abolengo. Entre ambas han hecho crecer alrededor mío ese rincón feliz del que hablaba en

1908 Henry James como un “pequeño remanso donde los objetos y las sombras, todas las cosas delicadas, conservaban la pureza de las notas que desgrana una voz de agudo registro, perfectamente educada; un lugar impregnado por el sentido de la economía del mismo modo que los aromas impregnan los jardines”. Por este motivo, esta Tesis Doctoral está dedicada a ambas.

CAPÍTULO 1

INTRODUCCION GENERAL

INTRODUCCIÓN GENERAL

“Porque nosotros, la facultad de los economistas, hemos sido culpables del presuntuoso error al tratar como una obsesión pueril lo que por centurias ha sido el objeto principal del arte práctico de gobernar”.

John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money* (1936), México, Fondo de Cultura Económica, 1943, p. 301.

I.*

Hace ahora casi medio siglo José Antonio Maravall escribía que la “crítica de la monarquía absoluta [...], la crítica de la religión, o por lo menos de la organización eclesiástica de la religión, se dan en nuestro medio intelectual y político, y se dan [...] antes de la muerte de Carlos III, y en algunos casos bastante antes”¹. En el trabajo que contenía esta afirmación, uno más de sus espléndidos estudios sobre el siglo XVIII, se examinaba la tesis, entonces dominante, respecto a la tardía aparición en España de una corriente de pensamiento político crítica con el absolutismo monárquico. De acuerdo con las interpretaciones entonces el uso, que debían mucho a Richard Herr, esa corriente habría emergido inicialmente como un reflejo de la Revolución Francesa y, ya con toda su virulencia, durante la crisis de 1808. Las indagaciones de Maravall apuntaban en cambio a las décadas de 1740 y 1750 como origen, si quiera tímido, de la misma. Las críticas políticas al absolutismo monárquico se habrían alimentado entonces de los escritos de los *austracistas* españoles exiliados en Viena y también debido a la primera llegada a la Monarquía de las ideas de Montesquieu o Rousseau. Ahora bien, como Maravall mostraba de manera fehaciente en su trabajo, su manifestación se tornó ya indiscutible y rotunda a partir de 1780, a raíz de la aparición de los proyectos periodísticos de Cañuelo o Cladera y de los escritos de Ibáñez de la Rentería,

* Esta “Introducción general” integra los diferentes aspectos sustanciales a que se refiere la *Normativa vigente en los Programas de Doctorado de la Facultad de Geografía e Historia*: en primer lugar, la “revisión del estado actual del tema, los objetivos y/o hipótesis y metodología de la investigación”; en segundo lugar, la “discusión global de todos los resultados obtenidos”; por último, asimismo, en ella “se comentan las publicaciones aportadas y se justifica la unidad temática de la Tesis”. Con el fin de evitar la reiteración de textos, de citas y de referencias bibliográficas ya presentes en los diferentes capítulos de la investigación, a lo largo de esta “Introducción general” se remite directamente a ellos cuando se analiza o se glosa el contenido de ese capítulo concreto. Para ello se utiliza en el texto la fórmula “vid.”.

¹ José Antonio Maravall, “Las tendencias de reforma política en el siglo XVIII español”, en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Madrid, Mondadori, 1991, pp. 61-81; la cita en la p. 62.

Arroyal o Foronda. De esta manera, el surgimiento en España de un pensamiento político de factura liberal y democrática no fue la consecuencia de las transformaciones que convulsionaron las sociedades francesa y española del Antiguo Régimen durante las décadas del cambio de siglo, sino de un proceso de naturaleza más lineal y gradual. El reinado de Carlos III albergó en su seno las claves de su propia transformación: “la apertura a unas concepciones de orientación democrática se ligan con el desenvolvimiento, históricamente dado, del despotismo ilustrado”².

Estas tesis, y los espléndidos trabajos que las sustentan, tienen desde la perspectiva actual un sentido algo canónico. Ciertamente favorecieron la consolidación de una línea historiográfica que al día de hoy se encuentra no solo plenamente consolidada sino que, sin ser hegemónica, ha pasado a ser dominante. En esencia, todo vino a desembocar, como destacaba Maravall, en las dos últimas décadas del siglo XVIII cuando, de manera ya irremediable, afloraron los debates sustanciales inherentes a la cultura constitucional, desde el problema de las formas de gobierno al de los derechos individuales, desde el nuevo papel que debía cumplir el monarca a las virtudes del sistema parlamentario. En ese momento se abrió la senda que culminaría en 1812 en la Constitución de Cádiz, expresión sustancial de estas corrientes políticas críticas que habían venido ganando adeptos durante los años previos a la coronación de Carlos IV.

El conjunto de investigaciones que reúne esta Tesis Doctoral tiene como objetivo principal revisar estas tesis, que hoy forman parte de nuestro acervo interpretativo común acerca de la Ilustración española. El eje central en torno al cual ellos pivotan se resume de una manera relativamente simple: los estudios sobre los orígenes del primer constitucionalismo español han ignorado de manera generalizada la contribución al mismo realizada por la Economía Política³. Esos estudios apenas se han detenido en el análisis de la tratadística, autóctona o traducida, que vio la luz alrededor de esta ciencia emergente, que tuvo a lo largo del siglo XVIII, en particular, en su segunda mitad, un crecimiento exponencial.

² José Antonio Maravall, “Cabarrús y las ideas de reforma política y social en el siglo XVIII”, en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, pp. 82-100; la cita en la p. 82.

³ Una significativa excepción puede encontrarse en José María Portillo, “Constitucionalismo antes de la Constitución: la Economía Política y los orígenes del constitucionalismo en España”, *Nuevos mundos, Mundos nuevos*, 7, 2007, si bien, una vez más, apenas extiende su campo de análisis a la extensa tratadística española del siglo XVIII sobre Economía Política.

En la investigación de las últimas décadas han funcionado dos criterios interpretativos que, desde nuestro criterio, han terminado por distorsionar profundamente el análisis acerca del orígenes del pensamiento sociopolítico de la modernidad en España. En primer lugar, y por encima de todo, operaba la separación disciplinar entre las esferas de la Política y la Economía: a medida que, mediado el siglo, ésta fue alcanzando una notoria autonomía disciplinar, ambas disciplinas habrían pasado a ser expresión de un conjunto de problemáticas de naturaleza dispar, de manera que era no solo posible, sino necesario, deslindar lo que una y otra aportaron a la España de las Luces. En segundo lugar, tal y como apuntaba el propio Maravall⁴, la llegada a nuestro país de las libertades políticas podía interpretarse en el seno de una secuencia cronológica, lineal y no oscilante; una especie de proceso lógico que se inició con la libertad de comercio, prosiguió con la crítica al estado social y desembocó en esas libertades política. El representar, elegir y votar era, desde este criterio, una transformación lógica del comerciar libremente, aunque este último hubiera iniciado su andadura en el marco del absolutismo ilustrado⁵.

Desde nuestra visión, estos dos criterios interpretativos deben más al enfoque que hoy empleamos para afrontar los complejos problemas interpretativos de la aparición de la cultura constitucional o de la nueva ciencia de la Economía Política que a la manera en la que esos problemas fueron afrontados por nuestros ilustrados: ambos criterios son profundamente anacrónicos. Es cierto, por un lado, que para los intelectuales y los reformadores del siglo XVIII —españoles y europeos— la libertad de comercio no era libertad política, sino esencialmente una expresión de la libertad civil; sin embargo, como mostraba elocuentemente el ejemplo de Gran Bretaña, ambas no se hallaba tan alejadas como suponemos. Además, por otro lado, la ciencia emergente de la Economía tuvo en esencia una naturaleza eminentemente política. Esta afirmación encierra, al menos, un triple argumento. En primer lugar, esa ciencia fue un canal de transmisión —privilegiado a nivel internacional, en el contexto tanto europeo

⁴ Maravall, "Las tendencias", pp. 65-66.

⁵ Acerca de la dudosa corrección sobre el uso de este oxímoron como categoría de análisis histórico, puede verse Betty Behrens, "Enlightened Despotism", en *The Historical Journal*, XVIII, 1975, pp. 401-408. No obstante, nuestra interpretación se halla más próxima a la de H. M. Scott ("Introduction: The Problem of Enlightened Absolutism", en H. M. Scott (ed.), *Enlightened Absolutism. Reform and reformers in Later Eighteenth-Century Europe*, University of Michigan Press, 1990, pp. 1-35), respecto a la utilidad del empleo del mismo —siempre, en cualquier caso, más adecuado que "despotismo ilustrado"— para acotar el conjunto diferenciado de reformas que, inspiradas en las ideas de la Ilustración y dirigidas a la mejora de las condiciones materiales de la población, se generalizaron en toda Europa durante la segunda mitad del siglo XVIII.

como colonial— de las principales doctrinas renovadoras del pensamiento político, ya fueran de raíz *iusnaturalista*, republicana o herederas del relativismo de Montesquieu: lo que hoy denominamos ciencia económica fue en el siglo de la Ilustración —al igual exactamente que al día de hoy— “Economía *plus* Política” y, como tal, fue interiorizando los avances interpretativos acerca del origen y los fundamentos de las sociedades políticas. A pesar de las rígidas censuras que persistieron sobre los libros de Pufendorf, Locke o Montesquieu, en España fue posible aproximarse a sus ideas a través de los tratados autóctonos y las traducciones de contenido económico, de manera que una buena parte de la formación política de las elites ilustradas españolas se produjo a través de esa publicística precisa. En segundo lugar, bajo el manto de esas notables reformas que activó el absolutismo ilustrado y que identificamos normalmente como “económicas”, se escondían en realidad transformaciones —a veces de calado muy sustancial— de orden político. A esa naturaleza respondieron, por ejemplo, los debates —y la consiguiente plasmación de sus resultados en la esfera legislativa— acerca de la “nobleza comerciante”, la libertad de trabajo, el lujo o la transparencia en la información hacendística. En tercer lugar, la esfera económica, en el ámbito tanto de la historia de las ideas como de las prácticas sociales y culturales, desempeñó un papel protagonista y de primer orden en la aparición de fenómenos de sustancial índole política, inherentes al desarrollo del conjunto de las Luces europeas, como fueron la formación de la “esfera” o el “espacio” público y la aparición de la “opinión pública”.

En suma, lo que marca el pensamiento social de la Ilustración —desgraciadamente, con mucha mayor intensidad que el de nuestra época— es su insoluble naturaleza interdisciplinar. Por ello, no tiene sentido levantar barreras disciplinares donde no las hubo, ni continuar situando a la Economía y la Política de espaldas una de la otra. La única manera de solventar el importante dilema que plantea la Ilustración española respecto a la profunda asimetría existente entre la profusa producción y difusión de pensamiento económico y la muy constreñida de contenido político es considerar que para los ilustrados escribir sobre Economía era hacerlo sobre Política. Hont ha explicado muy bien que en el siglo XVIII emergió por vez primera como un tema central de la teoría política la interdependencia entre la política y la economía; afloró la batalla acerca de la relación entre el control político de la economía y el control económico de la política en el marco de los “celos del comercio”, esto es, de la rivalidad de las naciones en la arena de las transacciones internacionales⁶. En ese contexto, a lo

largo de ese siglo, la Economía Política emergió y fue consolidándose gradualmente como un campo de conocimiento autónomo, con un vocabulario, unas reglas metodológicas y unas leyes propios. Pero todo ello no desdice que siguiera siendo considerada, en la conocida expresión de Adam Smith, uno de “los ramos de la ciencia del legislador o del estadista”⁷; una rama que, además de con la política, mantenía vínculos estrechos con la historia, la filosofía moral, la estética o la jurisprudencia.

En definitiva, esta Tesis Doctoral tiene como objetivo el análisis de la tratadística económica del siglo XVIII español —en particular, como veremos, de sus traducciones— con el fin de explicar el proceso de nacimiento y de consolidación de la cultura económica durante ese siglo y, por tanto, debido a la naturaleza eminentemente política de esa tratadística, el efecto que ello tuvo en el surgimiento de una “nueva política” que resulta obligado relacionar con el origen de las corrientes de pensamiento críticas con el absolutismo ilustrado y también con la aparición de la primera cultura constitucional española. Esa “nueva política” fue, en suma, la “política del comercio”, expresión empleada por vez primera en 1753 por Graef en sus *Discursos Mercuriales*.

II.

A lo largo del siglo XVIII toda Europa fue testigo de la aparición gradual de una nueva ciencia que las elites ilustradas denominaron, en ocasiones, de forma intercambiable, la *oikonomía*, la ciencia del comercio, la Economía Pública, la Aritmética Política, la Economía Civil o, finalmente, la Economía Política, el término que a fines de ese siglo fue aceptado de manera mayoritaria. Ciertamente, no existe una respuesta clara y única al problema de si esta nueva ciencia fue una invención que tuvo lugar en un tiempo y un lugar específicos o por el contrario fue un cuerpo de conocimientos que se fue acumulando a lo largo de los dos siglos previos al setecientos⁸. Sobre esta cuestión operan las interpretaciones convencionales de orientación materialista —ese nuevo campo de conocimientos surgió como respuesta a las transformaciones socioeconómicas asociadas a lo que

⁶ Itsvan Hont, *Jealousy of Trade. International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*, Harvard University Press, 2005.

⁷ Adam Smith, *Wealth of Nations* (1776), ed. española, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*, México, F. C. E., 1958, p. 375.

⁸ Donald Winch, “La aparición de la Economía como ciencia, 1750-1870”, en C. M. Cipolla (ed.), *Historia económica de Europa (vol.III). La Revolución industrial*, Barcelona, Ariel, 1979, pp. 102-166.

denominamos como la “revolución industrial”— e idealista —la clave se encuentra en la esfera intelectual y en la voluntad de extender a las cuestiones socioeconómicas los nuevos métodos descubiertos en la ciencias naturales durante la “revolución científica”—. De la misma manera, en la interpretación no tanto de la aparición, cuanto del desarrollo de la Economía, opera la no menos convencional diferenciación entre los autores absolutistas y relativistas, según interpreten la historia de esta ciencia, respectivamente, como una historia del desarrollo progresivo de un cuerpo de leyes o de teorías autónomo o como un simple reflejo —o como una reacción en contra— de la evolución de los hechos contemporáneos.

No parece difícil compartir en que una interpretación correcta acerca del desarrollo de la Economía Política requeriría de una combinación de estos dos últimos enfoques. Sin embargo, hasta las últimas tres décadas ambos se han desarrollado en buena medida de manera relativamente independiente. La razón principal de ello hay que buscarla en las tradiciones historiográficas dominantes en el ámbito, por un lado, de la Historia Intelectual y, por otro, de la Historia del pensamiento económico.

En la esfera de la Historia intelectual han operado sintéticamente dos problemas principales. El primero incidía en una mala comprensión de las relaciones entre la Economía Política y el pensamiento general del siglo XVIII. Es indiscutible que la Economía Política surgió como una derivada de los principios — el empirismo, el racionalismo, la cuantificación— y los valores —la libertad de pensamiento, la tolerancia, las tendencias secularizadoras— inherentes al movimiento más amplio de la Ilustración: esa ciencia fue una heredera más de las principales *idées-force* de ésta. Ahora bien, una vez reconocido ello, se ha tendido a minusvalorar la contribución de la Economía Política al desarrollo del pensamiento general de la Ilustración. Esto resultaba particularmente grave cuando uno de los centros de atención de esa ciencia emergente era redefinir los fundamentos de la conducta humana y los motivos de su sociabilidad, que implicaban, en ambos casos, el logro del bienestar material del género humano a través del “comercio”. Esa minusvaloración acarreó además ignorar a los autores centrales que promovieron el nacimiento de esa nueva disciplina de las “ciencias del hombre”: aunque resulte poco comprensible al día de hoy, algunos manuales canónicos de la historia de las ideas durante el siglo XVIII ni si quiera citaban a Smith o a Turgot⁹.

⁹ Ernst Cassirer, *Filosofía de la Ilustración* (1932), México, Fondo de Cultura Económica, 1943. Pero otros trabajos mucho más recientes siguen sin reconocer esa sustancial aportación de la Economía Política al desarrollo de los principios intelectuales de la Ilustración; vid. por ejemplo, el caso de

En suma, no se reconocía que durante el Setecientos la Economía Política fue capaz de crear un lenguaje científico nuevo y de alumbrar un conjunto de leyes del desarrollo social originales. Además, ambas —lenguaje y leyes— fueron el resultado de un programa intelectual más cosmopolita y multinacional de lo que esa propia historia de las ideas era capaz de admitir.

En efecto, de esto último se derivó un segundo problema procedente de la esfera de la Historia Intelectual: cuando desde ésta se aludía a la nueva ciencia de la Economía Política, se subrayaba casi exclusivamente su origen franco-británico. De esta manera, se marginaba a otras corrientes o escuelas de autores de otras procedencias que también fueron relevantes en su creación, como el *cameralismo* alemán o la Economía Civil napolitana. Y ese mismo trato recibían los autores menores: la Historia de la Economía Política era solamente la de sus grandes nombres, aunque, en un análisis anclado en el contexto histórico, estos hubieran sido autores marginales o escasamente conocidos en su tiempo. El caso de los fisiócratas, relativamente poco difundidos e influyentes en su época, es un ejemplo muy expresivo de ello. Whatmore nos ha recordado recientemente que el *presentismo*, la teleología y el anacronismo figuran entre los principales enemigos de una correcta Historia Intelectual¹⁰.

Desde la esfera del Historia del Pensamiento Económico operaban otros problemas, igual de vertebrales y no menos graves. El más importante era el dominio que sobre la disciplina ejercían los enfoques “absolutistas”. Ese dominio se traducía en que la historia de la Economía Política del siglo XVIII fue narrada esencialmente como una *Historia del Análisis Económico*, es decir, únicamente, como la del conjunto de leyes y teorías que supuestamente poseen carácter científico al no hallarse “contaminadas” con los presupuestos filosóficos y políticos o las valoraciones personales de los científicos. Como es sencillo apreciar, este enfoque lastraba problemas de enorme calado para la elaboración de un análisis histórico correcto. Por un lado, ninguna de esas distinciones entre lo que “es o no

Anthony Pagden (*The Enlightenment and why it still matters*, Oxford, Oxford University Press, 2013) quien la trata únicamente en el contexto de las investigaciones sobre historia conjetural (pp. 219 y ss.). También Paschalis M. Kitromilides ha obviado la enorme importancia del lenguaje de la Economía Política en la Ilustración de las sociedades del Sur europeo, en concreto, en su análisis del caso de Grecia: *Enlightenment and Revolution. The Making of Modern Greece*, Cambridge-Massachusetts-London, Harvard University Press, 2013. En cambio, un análisis reciente, condensado, pero muy útil, del estado de las investigaciones actuales sobre la Ilustración, con un espacio pertinente para la Economía Política, puede hallarse en John Robertson, *The Enlightenment: A very short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2105.

¹⁰ Richard Whatmore, *What is Intellectual History?*, Polity, 2015, p. 15.

científico” es fácil de aplicar a la historia de la Economía Política: en esta disciplina no resulta realmente sencillo discernir entre, por un lado, la ciencia como una búsqueda objetiva de conocimientos científicos y, por otro, los sistemas de principios morales o políticos que la inspiran. Es decir, esa óptica tendía a minusvalorar el enfoque de las *Historias del Pensamiento Económico*. Éste era más amplio y, desde el criterio de la construcción histórica, más útil y adecuado, al integrar todo tipo de ideas y opiniones —las leyes científicas incluidas— referidas a cuestiones económicas, tuvieran o no aspiraciones científicas¹¹. Además, aquella primera óptica —la dominante— se interesaba más por las leyes y las teorías económicas que por las aplicaciones prácticas que éstas tuvieron en su tiempo. Y, si todo esto no fuera poco, seleccionaba únicamente aquellas leyes o teorías que habían tenido relevancia en la construcción de la teoría económica moderna. De esta manera, se podía escribir la historia de la Economía Política del siglo XVIII reduciéndola al caso muy restringido de leyes adelantadas a la teoría moderna actual¹²; o bien ciñéndose a la líneas genealógicas de un grupo de autores muy reducido, como era el caso de William Petty-Richard Cantillon-François Quesnay¹³.

A pesar del poderoso atractivo académico que este enfoque ha manifestado tener, resultaba inadecuado como prisma de construcción de la Economía Política del siglo XVIII, básicamente por esos mismos problemas de *presentismos* y *anacronismos* que mencionábamos. Esto se debe a que desdecía algunos de sus rasgos fundamentales: por ejemplo, una vez más, que esos autores elegidos no fueron los más exitosos de la Europa de su tiempo: frente a Cantillon o Quesnay, los auténticos *best sellers* del siglo XVIII europeo fueron obra de autores como Melon, Forbonnais, Necker o Galiani¹⁴. En un plano similar se situaba la marginación de la idea de que esa nueva ciencia fue esencialmente normativa o aplicada. Aún sin ignorar su competencia en el descubrimiento de determinadas leyes del desarrollo social, omitía su trascendente proyección política como “ciencia de gobierno”. Y, ciertamente, no resulta posible reconstruir las grandes reformas de la Ilustración europea omitiendo las ideas económicas que las alentaron.

¹¹ Seguimos a J. A. Schumpeter, *History of Economic Analysis*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1954; trad. española, Barcelona, Ariel, 1971, pp. 38 y ss.

¹² Un caso realmente flagrante es el de Mark Blaug, quien reduce a una expresión realmente insignificante el análisis del amplio conjunto de la economía pre-smithiana; vid. *Economic Theory in Retrospect* (1962), 5ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 10-31.

¹³ Schumpeter, *History*, p. 260.

¹⁴ Kenneth E. Carpenter, “The Economic best-sellers before 1850”, *Kress Library of Business and Economics*, Harvard Business School, Mayo 1975.

Las interpretaciones al uso en el seno de la Historia del Pensamiento Económico planteaban otra serie de problemas derivados del esquema excesivamente rígido con el que se acometía el estudio del Setecientos. Este esquema respondía a la tradición intelectual procedente del propio siglo XVIII, que acabó consolidándose en el posterior. De acuerdo con el mismo, se interpretaba la historia de la Economía Política del siglo de la Ilustración como una secuencia cronológica de tres escuelas de pensamiento: el “sistema mercantil” o “mercantilismo” (vigente hasta 1750, aproximadamente), la fisiocracia (1756-1770) y la escuela clásica (a partir de 1776). En este esquema dominaba el criterio relativo a la mayor o menor intervención económica del Estado, desde las posiciones más intervencionistas (mercantilismo) hasta las más liberales (fisiocracia y economistas clásicos). Ahora bien, su carácter interpretativo se hallaba profundamente limitado por, al menos, tres cuestiones esenciales: por un lado, la dificultad para definir, con criterios uniformes y generales, la caracterizada como “escuela mercantilista”, así como su perdurabilidad temporal; por otro, la interpretación de la secuencia cronológica mencionada en términos de desarrollo lineal, cuando, en realidad, la aparición de la fisiocracia o la posterior de la escuela clásica no supuso en ningún caso la eliminación de las tradiciones económicas “menos liberales” que le habían antecedido, tal y como muestran las diferentes y plurales corrientes del liberalismo económico europeo del siglo XIX; por último, surgía la sobrevaloración implícita que esa interpretación suponía de la obra de Smith: ésta no fue la única culminación de la Economía Política del siglo XVIII; al mismo tiempo, su influencia fue muy tardía: en muchos países europeos no se consolidó hasta los años veinte del siglo posterior.

III.

Cuando se acomete, siquiera de manera esquemática, el estudio de la periodificación de la Economía Política del siglo XVIII, la primera cuestión que considerar es que en ella ejercieron su influencia diversas tradiciones intelectuales previas. En primer lugar, tanto las tradiciones republicanas del humanismo cívico y del republicanismo británico de finales del siglo XVII como los filósofos del Derecho Natural, partiendo, en particular, del dispar enfoque de, por un lado, la línea absolutista de Puffendorf y Hobbes y, por otro, la democrática-parlamentaria de Locke. A su lado, en segundo lugar, se situaba la tradición en el pensamiento económico del ya mencionado sistema “mercantil” o “mercantilismo”¹⁵. Esta

denominación se encuentra cada vez más en desuso, entre otros motivos porque no fue empleada en su tiempo: fue inventada —y puesta en circulación— por sus críticos más fervientes: el fisiócrata Mirabeau, Smith y sus discípulos; después, fue consolidada definitivamente en el siglo XIX por los economistas históricos alemanes. Como se ha adelantado, bajo el término del “mercantilismo” se califica el conjunto de políticas públicas e ideas económicas que hicieron su aparición en Europa a lo largo de los siglos XVI y XVII. Este conglomerado de ideas y de políticas, en general poco sistemáticas, tuvo sus variantes nacionales. En el ámbito hispánico, la conocida como literatura *arbitrista* se enfocó hacia los problemas del subdesarrollo económico español. En el ámbito germánico, emergió el *cameralismo*, una tradición académica relativamente cercana a la Ciencia de la Administración y enfocada al empleo de las políticas prácticas del Estado, en particular, en el ámbito de la Hacienda, con el fin de favorecer la riqueza y el poder de los monarcas. En cualquier caso, esa literatura poseía en común la idea de que la riqueza de una nación dependía de la habilidad de estos para establecer un conjunto de intervenciones de ingresos y gastos públicos y de regulación, bajo la forma de monopolios, aranceles, impuestos o subvenciones, para apropiarse de los metales preciosos y de otro tipo de riquezas poseídas por otras naciones. En el contexto de esas corrientes “mercantilistas”, el término “Economía Política” fue acuñado por vez primera en Francia en 1615 en el *Traité* de Antoine de Montchrétien para describir las investigaciones acerca de las políticas de la administración pública de las naciones-estado en el seno de las contiendas escenificadas en el comercio internacional.

Esta tradición de políticas y de ideas fue uno de los centros de batalla de los nuevos economistas políticos de la Ilustración. Se considera que fueron los escritos del británico Petty, elaborados entre 1660 y 1690, los que comenzaron a establecer una nueva forma de abordar el estudio de los fenómenos económicos, que incluía un énfasis particular por su análisis estructural, bajo la forma de “anatomía” del cuerpo social, así como su cuantificación, a través de las técnicas de la Aritmética Política. Esas nuevas concepciones se ampliaron después a través de un conjunto de autores británicos, discípulos de Petty (Davenant), o bien inspirados por sus escritos (Child, Barbon, North), cuyas obras vieron la luz a finales del siglo XVII. Entre 1700-1740 en Gran Bretaña se comenzó a considerar el estudio de la riqueza en sus relaciones con el poder político como un “proyecto científico” relativamente

¹⁵ Una visión general en Lars Magnusson (eds.), *Mercantilist Economics*, Boston-Dordrecht-Londres, Kluwer, 1993.

autónomo¹⁶. Esta tradición científica fue apuntalada definitivamente por Hume, merced a la publicación en 1753 de sus *Political Discourses*.

En el resto de Europa fue la década de los años cincuenta el momento en que se abrió una etapa de enorme florecimiento de la Economía Política. Esta etapa fue alentada más por el ejemplo de la experiencia francesa que por el británico. Dejando ahora a un lado antecedentes bien notorios e influyentes, como Vauban, Boisgilbert o Melon, su momento y tiempo fueron el París de los años cincuenta, y su principal instigador, Vicent de Gournay. Este Intendente de Comercio organizó alrededor suyo un influyente grupo de economistas políticos de orientación liberal —Gournay acuñó la emblemática expresión *“laissez faire-laissez passer”*— conocido como el “grupo” o el “círculo” de Gournay. A él pertenecieron autores como Herbert, Forbonnais, Plumard de Danguel, Coyer, Turgot o Morellet, profundamente influyentes en toda la Europa de la Ilustración, España incluida. Su actividad dejó huella en las esferas de las prácticas culturales o sociales, así como de la historia intelectual. A lo largo de los años cincuenta ese “círculo” llevó a cabo un ambicioso programa de traducciones económicas al francés de los principales textos económicos británicos (de autores como Hume, Child, Tucker o Davenant) y españoles (Uztáriz y Ulloa); en segundo lugar, publicó diversas obras inéditas (el *Essai* de Cantillon); y, en tercer lugar, guiados por el propio Gournay, elaboró un conjunto muy amplio de tratados económicos originales, cuya primera fuente de inspiración procedió de los escritos de Forbonnais, el “más conspicuo” de sus seguidores. Junto a todo ello, en la esfera de la política económica reformista francesa, dejaron la huella de su programa liberal en temas tan cruciales como el comercio de los granos, la reforma de los gremios, la dignificación de los oficios o la hacienda pública, ya en la misma década de los años cincuenta, a través del propio Gournay. No obstante, su influencia se extendió a través de las emblemáticas —y en parte perturbadoras— experiencias de Turgot y Necker al frente de la Hacienda francesa, hasta al menos la Revolución francesa.

La aparición del “círculo” de Gournay espoleó la emergencia de un segundo núcleo de ideas económicas: la fisiocracia. Su nacimiento tuvo lugar en 1756-1757 cuando su fundador, Quesnay, publicó en *l'Encyclopédie* de Diderot-D'Alembert sus primeros artículos sobre Economía Política. Su contenido era dispar respecto a los principios de “libertad y protección” que informaban a Gournay y sus discípulos. La fisiocracia planteaba un programa analítico y normativo nucleado en torno a la

¹⁶ Willian Letwin, *The Origins of Scientific Economics*, London, Methuen, 1963.

idea de que la agricultura era el único sector “productivo” de la economía, mientras que la industria y el comercio lo eran “estériles”. Fue, sin duda, un mérito de los propios fisiócratas lograr que fueran reconocidos en su tiempo como una auténtica “escuela” de Economía Política —a la postre, supuestamente, la primera de la historia—, con un maestro (Quesnay); un conjunto de discípulos (Mirabeau, Le Mercier de la Rivière, Dupont de Nemours o el agrónomo Patullo); un análisis económico bien perfilado y acotado, cuya expresión fundamental fue el *Tableau Économique*, formulado por Quesnay en 1758; sus propios medios de divulgación y de propaganda, bajo la forma de manuales de texto o de revistas (en su tiempo fueron conocidos como la “secta” fisiócrata o, sin más, como los “économistes”); y, por último, una presencia nada marginal en la política económica francesa durante el período 1760-1775.

Esta experiencia francesa, canalizada principalmente a través de Gournay y Quesnay, conoció una rápida difusión internacional. Aunque en Nápoles, Milán, Florencia, Viena o Madrid existieran tradiciones económicas previas, a lo largo de los años cincuenta y sesenta del siglo XVIII en esos lugares comenzaron a florecer los núcleos de ilustrados interesados por la nueva Economía Política franco-británica. Empezaron de inmediato a diseminarla, a través de la traducción o la elaboración de nuevos tratados originales, así como a adaptarla a las particularidades económicas y políticas propias de sus respectivos países. El crecimiento exponencial de la literatura económica que se percibe en la Ilustración española, tanto en Madrid como en las principales ciudades de la Monarquía peninsular, a partir de mediados de siglo —y con una mayor intensidad en el último tercio de él—, es coetáneo al que se produjo en los estados italiano, con la Lombardía (Carli, Beccaria, Alessandro Verri, Pietro Verri), la Toscana y el *Regno delle Due Sicillie* (Galiani, Dragonetti, Genovesi, Filangieri) como cabezas más visibles de las diferentes escuelas surgidas en toda la península itálica; o, de forma similar, en los estados alemanes y austríacos, con Viena (Sonnelfels, Justi) como referente principal.

En este marco de dimensión europea se inscribe el nacimiento de la Economía Política como una ciencia relativamente autónoma. Incluso aquellos investigadores que consideran que su auténtico origen se halla en la literatura de los siglos XVI y XVII, y que esa nueva disciplina fue en realidad una mera consecuencia de un trabajo científico acumulativo, admiten que entre 1750 y 1776 —es decir, desde la aparición del “círculo” de Gournay hasta la publicación de la *Wealth of Nations* de Smith— tuvo lugar un esfuerzo científico muy notable, que

abordó tres ámbitos: teoría económica, economía aplicada y metodología. La publicación de la obra de Smith dará origen a la escuela “clásica”, es decir, a una etapa de madurez de la Economía Política como ciencia, que, partiendo de Smith y a través de autores como Malthus, Ricardo, McCulloch o Mill, dominará el pensamiento económico durante todo un siglo, entre 1776 y 1870. Pero, como resulta cada vez más habitual en los análisis actuales, el punto de arranque de esa etapa “clásica” o de madurez bien puede situarse en 1750. Por tanto, el nacimiento de la Economía Política como ciencia fue más un proceso que un acto único, y más un fenómeno de alcance continental que no exclusivamente franco-británico. Este esquema interpretativo más cosmopolita se ha beneficiado de los estudios sobre la Ilustración europea basados, con una mayor o menor intensidad, en el enfoque del “*national context*”, y también en aquellos relativos a la Historia del pensamiento económico que interpretan las teorías económicas a través de una “óptica nacional”¹⁷. Ambos tienden a poner su énfasis en las variantes nacionales y patrióticas de la cultura —económica o no— de las Luces. Estos enfoques resultan especialmente necesarios si integramos en la investigación no sólo el descubrimiento de nuevas leyes o teorías sino también la circulación internacional de las ideas político-económicas y la aplicación de éstas a los diferentes contextos nacionales.

IV.

El conjunto de trabajos que reúne esta Tesis Doctoral se ha beneficiado por encima de todo del notable avance que ha conocido desde la década de los años setenta del siglo pasado el estudio de las Luces económicas en el particular contexto de la Monarquía española. Los estudios acerca de sus economistas más prestigiosos (desde Jovellanos o Campomanes hasta Foronda o Alcalá Galiano), de sus corrientes o escuelas económicas más influyentes (la fisiocracia o el cameralismo) o de sus principales manifestaciones institucionales (las sociedades económicas o las cátedras de Economía) han conocido durante estas más de cinco décadas un desarrollo tan apreciable y cualificado que no es posible dejar constancia de todos sus detalles en esta apretada síntesis¹⁸.

¹⁷ Vid. Manuela Albertone y Alberto Masoero (eds.), *Political economy and national realities*, Fondazione Luigi Einaudi, Torino, 1994; Ernest Lluch, “Las historias nacionales del pensamiento económico y España”, en Enrique Fuentes Quintana, *Economía y economistas españoles (vol. 1). Una introducción al pensamiento económico*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999, pp. 435-476.

¹⁸ La última síntesis realizada, siguiendo un enfoque de naturaleza esencialmente generacional, fue a cargo de Vicent Llobart, “El pensamiento económico de la Ilustración en España (1730-1812)”,

En cualquier caso, el conjunto de los trabajos que se congregan en esta investigación posee un foco de análisis más preciso: la circulación internacional de las ideas. Su *filo rosso* es el estudio del flujo de las ideas sobre Economía Política que arribaron a la Monarquía española desde el espacio europeo. El período objeto de estudio han sido las cinco décadas transcurridas entre 1743 y 1794. Estas dos fechas acotan perfectamente la etapa clave de la contribución que, desde la traducción, se realizó al proceso de emergencia de la Economía Política en España. Su punto de arranque coincide con la publicación de la peculiar versión española del pionero e innovador tratado del francés J.-F. Melon. Su cierre remite a la traducción íntegra de la obra del escocés A. Smith.

En esencia, y de manera primordial, la investigación presta atención a los flujos procedentes de los tres principales espacios emisores: Francia, Gran Bretaña y los estados italianos, más en particular, Milán y Nápoles. Tal y como se aprecia en su estructura, está enfocada al estudio de “casos” concretos. Se trata, en suma, de apreciar el impacto en España de las obras de algunos de los principales autores de la Economía Política europea. La secuencia comprende esencialmente a Melon, Forbonnais, Davenant, Herbert, Accarias de Serionne, Grenville, Turgot, Galiani, Necker, Cantillon, Genovesi, Filangieri y, por último, Schmid d’Avenstein junto a otros fisiócratas. El foco se pone en el estudio de cómo las ideas de estos autores fueron transmitidas, traducidas y diseminadas en el particular contexto hispánico, más propiamente en el peninsular; al mismo tiempo, la investigación trata de averiguar también cómo esas ideas fueron aplicadas, a través de reformas o de políticas públicas concretas. De esta manera, se inscribe en la tradición académica más interesada en la cuestión de las transferencias culturales —vertebral en la comprensión misma de la génesis y el desarrollo de la Ilustración europea— que propiamente en la reconstrucción de las genealogías intelectuales que crearon las nuevas ideas sobre Economía Política, o sobre la Ilustración en su conjunto¹⁹. Se trata de un enfoque que disfruta de una tradición muy asentada en el ámbito de los estudios sobre Economía Política desde que en los años sesenta del siglo pasado autores del prestigio de T. W. Hutchison o J. J. Spengler comenzaran a tratar de identificar los principales factores que han incidido en el flujo internacional de las ideas económico-políticas²⁰.

en E. Fuentes Quintana (ed.), *Economía y economistas españoles (vol. III). La Ilustración*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999, pp. 7-89.

¹⁹ Una última narrativa completa de esas líneas genealógicas de la Ilustración europea puede encontrarse en Pagden, *The Enlightenment*.

Como sustrato esencial de esta Tesis, se encuentra la idea de que el concepto de invención científica debe de interpretarse en un sentido más amplio que el mero descubrimiento científico²¹. Debe incluir también los procesos de adaptación de las novedades científicas a marcos nacionales o locales diferentes a aquellos donde fueron creadas. En buena medida, la Ilustración entrañó un ejercicio continuo de observación, admiración e imitación, entendido este último concepto en un sentido que suponía e incluía una posición activa de los ilustrados europeos, primero, para comprender, después para difundir y, por último, para adaptar y aplicar en sus respectivos contextos nacionales esas novedades, ideales o experiencias que descubrían más allá de sus fronteras y que les provocaban a un mismo tiempo el sonrojo y la envidia. La comprensión de este proceso es esencial si se pretende discernir los perfiles característicos de la Ilustración española. Desde una óptica intelectual, ésta puede asimilarse precisamente al complejo mecanismo que propició los procesos de circulación internacional de las ideas ilustradas y de su aclimatación al espacio hispano. Esos procesos se alimentaron a través de factores tradicionales: los viajes, el comercio, la educación en centros extranjeros o las relaciones diplomáticas; no obstante, la traducción fue sin duda alguna el instrumento más poderoso de esos procesos de transferencia cultural en el espacio y el tiempo. En la investigación que aquí se presenta el estudio de las traducciones ocupa un lugar central. Y, lógicamente, en cuanto admitimos la relevancia de éstas —o bien de otro tipo de textos escritos—, estamos suponiendo que las ideas no son meros epifenómenos, sino fuentes de información de primer orden en el análisis de los fenómenos sociales e históricos. Esas fuentes de información requieren de una metodología de análisis propia. Partiendo de que el contexto social e histórico puede ayudar a explicar e interpretar su significado, pero nunca determinar el significado en sí mismo, el reto es advertir cuál era la intención del autor cuando elaboró esa traducción u otros textos similares²².

En paralelo al notable proceso de renovación ideológica que lideraron unos pocos países europeos en los ámbitos de la Filosofía, la Política, el Derecho o la Economía, en España, como en realidad fue el caso de la gran mayoría de los países del Viejo Continente, la Ilustración fue esencialmente un proceso de circulación,

²⁰ Una visión general en Ernest Lluch, "Las historias nacionales".

²¹ Jesús Astigarraga, "Introduction", en *The Spanish Enlightenment revisited*, col. *Oxford University Studies in the Enlightenment* (vol. 2015-2), Oxford, Voltaire Foundation, 2015, pp. 2-4.

²² Quentin Skinner, "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory*, 8-1, 1969, pp. 3-53.

adaptación y aplicación de esas novedades, y, como tal, un proceso creador y con un valor añadido indiscutible. Al pasar por el filtro de las diferentes realidades nacionales, esas innovaciones científicas o sociales brotadas en Francia, Gran Bretaña o Alemania y que eran reveladas a los ilustrados españoles gracias al intenso proceso de circulación internacional de las ideas característico del siglo XVIII, se mutaban en algo diferente a las fuentes originales. Poseían numerosos elementos copiados o extraídos de éstas, pero también otros muchos adaptados a las particularidades propias de la nueva realidad española que los acogía; o bien, también, otros dispares, cuando no abiertamente opuestos a los contenidos originales. De esta forma, el resultado final de este proceso de migración no eran productos intelectuales, prácticas o reformas puros, en cuanto imágenes fielmente derivadas del original, cuanto una especie de híbridos de co-pertenencia en los que había operado una transformación normalmente muy significativa de ese original. Si, además, como fue habitual en el caso de la Ilustración española, esas novedades europeas llegaban a través de algún país intermediario, como fue normalmente el caso de Francia, el peso relativo de esas impurezas era aún mayor.

En la mayoría de los casos, esas ideas, prácticas o reformas híbridas se elaboraban fundiendo las fuentes ilustradas originales con elementos propios de la tradición española. A los intelectuales y los reformadores españoles que a lo largo del siglo XVIII desarrollaron estos procesos de recepción y apropiación de las ideas, las prácticas sociopolíticas y culturales o las reformas no les preocupaba, en términos generales, mantener fidelidad a la adscripción doctrinal que les había servido de inspiración; no les inquietaba ser percibidos como *smithianos*, *fisiócratas* o *genovesianos*, sino, por encima de todo, desarrollar un proceso de re-apropiación creativa cuyos productos finales resultaran adecuados para su inserción en la nueva realidad hispana que los acogía, y, en la medida de lo posible, pudieran ser aplicados en ella.

La explicación de la innovación científica, aún con más justificación en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades, debe abrirse, por tanto, a una interpretación que revalorice la función desempeñada por estos procesos de transferencia de conocimiento y de aplicación de éste a marcos espaciales nuevos, a través de iniciativas legislativas, económicas, científicas o culturales; iniciativas, en cualquier caso, como ocurrió también de manera muy reiterada en España, de carácter tanto público como privado, lo cual permite sortear la interpretación de la Ilustración como un simple fenómeno surgido desde el poder e impuesto de “arriba hacia abajo”. Esta realidad en la que esos procesos primaron sobre el propio de la

creación o la innovación en un sentido puro fue en realidad mayoritaria en la Ilustración europea. En cualquier caso, no resulta posible soslayarlos si se aspira a alcanzar una interpretación adecuada de la naturaleza de la Ilustración en aquellos países que, como España, fueron esencialmente receptores de las Luces, aunque en otro sentido se tratara de países con un peso político, bélico, imperial o económico de primera magnitud en la geografía del siglo XVIII europeo.

Con toda probabilidad, fue Venturi el primer investigador en apreciar la importancia que tuvo la Economía Política como un lenguaje central en la transferencia internacional de las ideas ilustradas, seguramente “el más importante” de los “*connecting discourses*” de las Luces europeas²³. En efecto, gracias especialmente a las traducciones, las ideas económico-políticas atravesaron las fronteras lingüísticas, políticas y culturales. También lo hicieron, lo cual no es un dato menor, con las confesionales: la Economía Política, al tiempo que favorecía el auge de una cultura secularizada, acabó emergiendo y siendo aceptada por los intelectuales y las elites de lugares con ortodoxias confesionales totalmente distintas, desde el Sur católico hasta el Norte protestante. Su trascendencia en este sentido se magnifica si tenemos presentes las ya mencionadas enormes asimetrías que la difusión, por medio de la traducción, de los tratados sobre “Política” respecto a los de “Economía”. Esta asimetría es uno de los rasgos más evidentes de la Ilustración, y no solo de la española: aquellos primeros tratados tuvieron muchas más dificultades para su circulación internacional que estos segundos. De ahí que se deba incidir en la idea de que la Economía fue uno de los lenguajes centrales de la Política a lo largo del siglo XVIII. Y sin duda con una mayor intensidad en el caso de las Luces españolas, todo lo cual no viene sino a reforzar la idea de su pertenencia al conjunto europeo. En suma, en palabras de Robertson, la “Economía Política se halla en el corazón de la identidad de la Ilustración como un movimiento intelectual dirigido a la mejora de la condición humana”²⁴.

Es indiscutible que las últimas décadas han conocido un auge notable de la traducción como un elemento consustancial al desarrollo de la Ilustración

²³ Franco Venturi, *Utopia and reform in the Enlightenment*, Cambridge, 1971, pp. 123-126. Un excelente análisis reciente de esta cuestión, teniendo como trasfondo la amplia circulación internacional de la obra económica del británico John Cary, en Sophus A. Reinert, *Translating Empire. Emulation and the Origins of Political Economy*, Cambridge, Mass, Harvard University Press, 2011.

²⁴ John Robertson, “The Enlightenment above the National Context: Political Economy in Eighteenth-Century Scotland and Naples”, *The Historical Journal*, 40-3, 1997, p. 672.

española, en todas sus diferentes vertientes disciplinares, sacando su análisis de una mera problemática lingüística para sumergirlo en sus dimensiones política, social y “pública”²⁵. Acerca de la literatura economía-política, junto a los inventarios bibliográficos de contenido general, de utilidad realmente impagable²⁶, disponemos en la actualidad de tres catálogos de traducciones de escritos sobre Economía Política —de las diversas lenguas extranjeras al español y viceversa, en algún caso— realizados a lo largo del siglo XVIII y primeras décadas del XIX²⁷. Más allá de las dificultades lógicas de elaborar un catálogo completo y definitivo del conjunto de las traducciones realizadas, así como de la identificación precisa y correcta de las fuentes originales empleadas, el principal problema que plantean esos estudios como materia prima para la investigación es que se trata meramente de catálogos; es decir, no existe normalmente una valoración de la calidad de la traducción realizada y, por tanto, resulta muy complejo establecer no sólo la fidelidad de ésta respecto al original cuanto su auténtica naturaleza como “traducción”.

Es bien conocido que bajo el epígrafe de la “traducción” fueron editados textos censurados, parciales o poco fieles al original; pero también plagios y escritos absolutamente contrarios al contenido de éste, como críticas, impugnaciones o refutaciones. Por este motivo, el análisis de ese contenido era esencial para valorar la función que cumplieron esas “traducciones” como instrumentos básicos en el flujo internacional de las ideas. Uno de los objetivos de los estudios que se incluyen en esta Tesis Doctoral es indagar acerca de esta cuestión; valorar la calidad de las traducciones atendiendo a las adherencias *paratextuales* o a las censuras, omisiones o añadidos originales que ellas contuvieron, con el fin de apreciar hasta qué punto al pasar las fronteras de un país las ideas originales conocían modificaciones sustanciales con el fin de adaptarlas al contexto del centro receptor. La traducción representa un poderoso campo de

²⁵ Una visión general en Francisco Lafarga: ‘Historia de la traducción en España (1750- 1830)’, en *La Traducción en España (1750-1830): lengua, literatura, cultura*, ed. Francisco Lafarga, Lleida, 1999, p. 11-31.

²⁶ Aludimos, en particular, al trabajo de Francisco Aguilar Piñal en su *Bibliografía de Autores del Siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1981-2001, 10 vols.

²⁷ John Reeder, “Bibliografía de traducciones al castellano y catalán durante el siglo XVIII, de obras de pensamiento económico”, *Moneda y crédito*, 126, 1973, pp. 57-86; Francisco Cabrillo, “Traducciones al español de libros de Economía Política” (1800-1880), *Moneda y Crédito*, 147, 1978, pp. 71-85; Vicent Llombart, “Traducciones españolas de Economía Política (1700-1812): catálogo bibliográfico y una nueva perspectiva”, *Cyber review of modern historiography CROMOHS*, 9, 2004, pp. 1-14 [<http://www.fupress.net/index.php/cromohs/article/view/15644>].

indagación para advertir y para valorar esas modificaciones del comercio intelectual.

Junto a todo ello, los estudios que se incluyen en esta investigación parten de la dimensión “política” de la traducción y tratan de indagar sobre ella. La tesis de partida es que las traducciones fueron productos intelectuales que respondieron a contextos muy precisos. Su correcta interpretación exige por tanto indagar sobre ellos. Esta cuestión remite de inmediato a la compleja relación entre, por un lado, las ideas y, por otro, las políticas aplicadas o, en términos más generales, las reformas. Algunas traducciones pudieron ser realizadas con el fin de preparar a la “opinión” antes de emprender una reforma, otras para apoyar reformas ya emprendidas; las traducciones pudieron ser empleadas por las autoridades políticas para marcar su terreno frente a otros competidores; como instrumento de promoción social del traductor²⁸; para influir sobre las autoridades políticas; en fin, para establecer el valor de un producto intelectual a los ojos de la “opinión pública”. Todas estas motivaciones, u otras muchas que podrían sin duda aducirse, remiten a esa dimensión política y “pública” que es inherente a las traducciones económico-políticas. Pero para aprehender esa dimensión es necesario un análisis detallado de diferentes “casos” precisos. Esta es la razón por la cual la estructura de esta investigación da prioridad a este enfoque concreto. En ella se pretende transitar desde el genérico “mundo de la traducción” hasta el más preciso que establece que “cada traducción es un mundo en sí mismo”. Para ello ha sido obligado abundar en los factores institucionales que promovieron o facilitaron la realización de esas traducciones; atender, en ocasiones, a algo más que tratados, a escritos “menores”, y a su diseminación a través de canales no convencionales, como, por ejemplo, la prensa periódica; y, sobre todo, a tratar de establecer las relaciones existentes entre la circulación de las ideas y las reformas ilustradas.

V.

La Economía Política de la etapa de las Luces fue como la Ilustración en su conjunto, al modo que explicó Venturi, *utopía y reforma*, es decir, un movimiento de investigación intelectual y de reformas prácticas. En la primera de esas vertientes, la aparición de la nueva ciencia constituyó un episodio distintivo de la

²⁸ Traductores y traductoras porque la España de Carlos III conoció la primera traductora española de textos de Economía Política: la aragonesa Josefa Amar y Borbón. Su segunda traducción fue la versión española del *Discurso* del italiano Grisellini para la Sociedad Económica Aragonesa, publicada en 1783; vid. María Victoria López-Cordón, *Condición femenina y razón ilustrada: Josefa Amar y Borbón*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005.

historia europea de las ideas. Su nacimiento se inscribió en el seno de un movimiento intelectual más amplio que, a lo largo del siglo XVIII, trató de alumbrar una nueva definición de la naturaleza humana, ya ajena a las explicaciones de raíz religiosa, así como de comprender las auténticas pasiones e intereses del género humano, y las razones últimas de su sociabilidad. En este sentido, su aparición no es ajena a la más general de las que en el siglo XVIII fueron denominadas, siguiendo la expresión de Hume, las “ciencias del hombre”. La hostilidad hacia la religión, la destrucción de la unidad intelectual del mundo católico procedente de la Reforma y la nueva comprensión empírica y racional del mundo alumbrada por los científicos de la naturaleza y los filósofos empíricos del Derecho Natural, británicos, holandeses, alemanes y franceses, constituyeron el fundamento de esos nuevos lenguajes que afloraron gradualmente a lo largo del siglo XVIII y que terminaron por acuñar esas nuevas disciplinas del “hombre” entre las que la Economía Política ocupó un espacio eminente. De esta manera, interesarse por el origen de la Economía Política es tanto como hacerlo por las diferentes encrucijadas en las que al día de hoy se halla envuelta la historiografía sobre la Ilustración, entre ellas y de manera especialmente significativa: única Ilustración *versus* varias ilustraciones; Luces radicales *versus* Luces moderadas; centro *versus* periferia; revolución *versus* reforma; o Luces acotadas al siglo XVIII *versus* Luces de *long durée*.

Un primer enfoque interpretativo que pueda resultar útil en el análisis del flujo circulatorio de ideas sobre Economía Política en la España de la Ilustración es el esquema centro-periferia, es decir, en este caso, cómo se produjo la llegada y la aclimatación de esas ideas desde los centros innovadores —Edimburgo, Londres, París o Ámsterdam— hasta las periferias poco desarrolladas y culturalmente atrasadas del Sur de Europa, como era el caso de España²⁹. Este enfoque resulta sin embargo excesivamente esquemático para interpretar el caso concreto que nos atañe. Un primer problema lo suscita la confusa delimitación entre los conceptos de “centro” y “periferia”. Normalmente, la gran división se realiza entre el norte protestante y el Sur católico, del cual solo se salva el caso de Francia; sin embargo, como se advierte ya desde la magna obra de Venturi³⁰, las Luces italianas están lejos de considerarse meros subproductos intelectuales de la *mainstream* del Oeste atlántico.

²⁹ Vid., a modo ilustrativo, Richard Butterwinck, Simon Davies y Gabriel Sánchez Espinosa (eds.), *Peripheries of the Enlightenment*, Oxford, Voltaire Foundation, 2008.

³⁰ Franco Venturi, *Settecento Riformatore*, Turín, Einaudi, 1969-1990, 5 vol.

Como problema adicional surge el hecho de que numerosos escritos e ideas económico-políticas llegaron a España desde sus centros originarios —Gran Bretaña, Italia o Alemania— después de conocer un proceso de mediación. París y el francés, como auténtica lengua franca, desempeñaron en este sentido un papel decisivo. Esto fue en general lo que ocurrió con la traducción económica-política británica o con la alemana-austríaca, que casi de manera generalizada arribó a España a través de sus versiones francesas. Así sucedió en concreto con autores como Gee, Hume o Davenant; o con Justi o Sonenfels. Pero esto ocurrió también con diversos textos procedentes de los estados italianos, como los de Beccaria o los hermanos Verri, que también se difundieron en España a partir de sus versiones francesas. Estos procesos de mediación generaban problemas tanto diacrónicos —podían retrasar la recepción del texto en España sencillamente porque su traducción francesa también era tardía— como de contenido sustancial: la versión española se construía sobre la base de una traducción francesa que podía ser dispar respecto al original, de ahí que el resultado final, es decir, la versión española que circulaba en la Monarquía, fuera el resultado de un doble proceso de transferencia.

Existe otra razón adicional, siempre en el terreno de la multiplicidad de los centros emisores, que en el caso español resta utilidad a los esquemas interpretativos centro-periferia. Esa razón se refiere al flujo directo —es decir, sin mediación alguna— que desde la Monarquía española se estableció con otras realidades nacionales que gozaban de la misma consideración de “periféricas”. El caso más expresivo es sin duda el italiano, más en concreto, el del núcleo de autores de la escuela napolitana: algunos de sus tratados esenciales, como los de Dragonetti, Genovesi o Filangieri, llegaron a España de forma directa³¹. Ello convirtió la lengua italiana en la segunda en importancia como medio de transferencia de la cultura económico-política, por encima del inglés. Eso mismo sucedió también con diversas experiencias institucionales. La más importante fue la Cátedra de Comercio y Economía Civil, desarrollada bajo la égida de Carlo di Borbone, fundada en 1754 y dirigida hasta 1769 por Genovesi. Esa experiencia fue también trasplantada a España de manera directa, constituyendo el modelo de la Cátedra de Economía Civil y Comercio fundada treinta años después, en 1784, en

³¹ Jesús Astigarraga, “Diálogo económico en la otra Europa. Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri)”, *Cyber Review of Modern Historiography*, CROMOHS-Firenze University Press, 2004, nº 9, pp. 1-21 [<http://www.cromohs.unifi.it/9.2004/astigarraga.htm>].

Zaragoza por la Sociedad Económica Aragonesa, así como de otras experiencias docentes similares ensayadas esos mismos años en España.

Una comunicación muy similar, aunque sin duda de menor relevancia que la napolitana, se reprodujo también con los tratados económicos y otros productos intelectuales elaborados en otros estados italianos, que también llegaron a España sin conocer mediación alguna: éste fue el caso de autores como Carli o Grisellini, desde la Lombardía austríaca; o de Giani, desde la Toscana de Leopoldo II. En todos estos casos se desarrollaron procesos de transferencia cultural —que fueron también muy fluidos en sentido contrario³²— que no implicaron a los grandes centros de las Luces continentales. Los estudios sobre la Ilustración europea suelen tender a olvidar —o al menos a minusvalorar— estos “diálogos” en los márgenes de la “otra Europa” que en el caso de España no tuvieron una importancia ni coyuntural ni marginal: entre 1774 y 1836 fueron elaboradas más de treinta traducciones o versiones al español de textos originarios de la Ilustración napolitana. Ello significa que la cultura económico-política del siglo XVIII español no puede en ningún caso interpretarse desde una perspectiva *francocéntrica* excluyente, tal y como, en buena medida, fueron comenzadas a reconstruir las Luces españolas en su etapa más moderna (Sarrailh o Herr); y tal y como sucedió, asimismo, con el conjunto de las Luces europeas, indebidamente relacionadas originariamente con las *Lumières* y el pequeño círculo de *philosophes* que las representaban (Cassirer). Pero esa cultura tampoco se puede adscribir a un mero fenómeno de raíz franco-británica: el advenimiento de la cultura ilustrada —y liberal— española no puede en ningún caso olvidar su vertiente italiana.

Los problemas interpretativos que suscita el enfoque centro-periferia se extienden también al ámbito de los centros receptores. Partiendo de los primeros estudios que interpretaron la llegada a España de las ideas económico-políticas europeas como un fenómeno casi meramente cortesano, se ha ido abriendo otra mucho más justa con las aportaciones que a ese proceso receptor realizaron los diferentes territorios de la Monarquía: de una interpretación basada en un “solo centro” —Madrid y su poderosa Corte— se ha pasado a otra de naturaleza *policéntrica*.

³² Véase, por ejemplo, respecto a la vertebral obra de Campomanes, Niccolò Guasti, “Claroscuros de la fortuna de Campomanes en la Italia de la Ilustración”, en Dolores Mateos (ed.), *Campomanes doscientos años después*, Oviedo, Universidad de Oviedo e Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2003, pp. 691-708.

Sobre esta cuestión incidió, en primer lugar, la propia composición política de la Monarquía. Es evidente que en otros casos europeos, como el italiano o el germánico, ese componente *policéntrico* era una simple consecuencia de estructuras políticas fragmentadas en diferentes estados o principados, lo cual tuvo una incidencia decisiva en la manera en que fueron recibidas y aplicadas allí las ideas de la Ilustración³³. Pero en el caso de la Monarquía española no existía aparentemente tal fragmentación política, todo lo contrario: el tránsito desde la España de los Austrias a la de los Borbones, una vez finalizada la Guerra de Sucesión, implicó un cambio sustancial de modelo político y administrativo, desde la estructura horizontal y “compuesta” de los primeros a la más centralizada y vertical de los segundos, con un patrón administrativo más unitario y ejecutivo, que comenzó a pivotar sobre las Secretarías³⁴. Ahora bien, ello no supuso la eliminación de todos los vestigios de la vieja España foral heredada. Así lo pone de manifiesto el caso de las *provincias exentas* vascas y del Reino de Navarra, que lograron conservar sus Fueros y sus instituciones de Derecho Público. Tampoco representó una recomposición plena de unas elites económicas y políticas cuya identidad siguió marcada por su componente territorial, por su ligazón a los antiguos reinos y coronas de la España de los Austrias, lo cual, de alguna manera, ayudó a extender la vigencia cronológica de la misma. Las primeras manifestaciones de la Ilustración, en torno a tertulias o núcleos científicos de *novatores* aislados y poco comunicados entre sí, mantuvieron ese importante componente territorial una vez consumada la entronización de los Borbones. En parte como una continuación de esas primeras expresiones de cambio cultural, la eclosión de la cultura político-económica, a partir de los años cincuenta y sesenta, tampoco fue ajena a ese componente. Los consulados de Comercio y, más en particular, las sociedades económicas favorecieron este proceso de territorialización de las Luces económicas, que supuso también su descentralización, al menos en el plano administrativo.

A partir de los años sesenta, antes incluso de la eclosión del movimiento de sociedades económicas, comenzó a ver la luz una tratadística económico-política

³³ El caso italiano remite a los abundantes estudios de Venturi, mientras que sobre el alemán puede verse Fania Oz-Salzberger, *Translating the Enlightenment: Scottish Civic Discourse in Eighteenth-century Germany*, Oxford, 1995.

³⁴ María Victoria López Cordón, “Instauración dinástica y reformismo administrativo: la implantación del sistema ministerial”, *Manuscripts*, 18, 2000, pp. 93-111; y para una dimensión cronológica más amplia, “Secretarios y secretarías en la Edad Moderna: de las manos del Príncipe a relojeros de la Monarquía”, *Studia Historica, Historia moderna*, 15, 1996, pp. 107-131.

que era la expresión de la llegada y la aclimatación de la Economía Política a esos territorios que habían disfrutado de una personalidad política y administrativa propia antes de la Guerra de la Sucesión; y todo ello sin pasar previamente por la Corte. Anzano en Aragón, Peñaflores en el País Vasco, Ramos en el Reino de Valencia o Romà y Rosell en Cataluña fueron algunos de los principales exponentes de estas ilustraciones “regionales” que se mantuvieron muy activas durante todo el período previo a las Cortes de Cádiz. Ellos, y quienes continuaron desarrollando este enfoque de economía regional (Arteta, Asso, Sisternes, Caresmar, Capmany, etc.), alumbraron una tratadística económica, cuyo contenido remitía, por vez primera desde el asentamiento de los Borbones, a las realidades territoriales del Principado de Cataluña, de los Reinos de Valencia, Aragón, Galicia o Navarra, o de las provincias vascas. Este es el factor fundamental que dotó a la Ilustración económica española de un componente *policéntrico*. Como sostuvo Venturi, al igual que en Italia, las Luces españolas fueron esencialmente obra de personalidades, autoridades políticas, funcionarios públicos o de otros servidores del Rey, de intelectuales y reformadores vinculados a instituciones oficiales —las audiencias o las intendencias— o semioficiales, como lo fueron las propias sociedades económicas; y por esta misma razón ese proceso de recepción y de aclimatación de ideas económico-políticas tuvo un notable componente territorial, que se extendió también a la vertiente de la traducción. Las versiones españolas de Davenant, Coyer, Bielfeld, Genovesi, Melon, Grisellini o Carli fueron realizadas en el seno de esos grupos ilustrados arraigados en el País Vasco, Mallorca o Aragón. En algunos casos, como fue el de Cataluña o las provincias vascas, en esos centros regionales se articularon propuestas cuyos fundamentos doctrinales y reformistas no siempre eran coincidentes con el programa “oficial” diseñado en la Corte³⁵.

No obstante, este problema del *policentrismo* se hace más complejo aún si consideramos el conjunto de la Monarquía, incluyendo su vertiente atlántica. Aunque la transferencia de la cultura económico-política desde la España peninsular a sus colonias sea en la actualidad ciertamente muy mal conocida, todo apunta a que ese proceso se canalizó a través de los diferentes núcleos activos en la metrópoli. Ésta, por tanto, habría jugado un papel de auténtico “centro”, en cuanto que mediador en la recepción de las ideas económico-políticas de la Ilustración europea y en la posterior transferencia de las mismas hacia Latinoamérica, donde habrían conocido un segundo proceso de recepción, diseminación y adaptación. Así pues, la utilidad del esquema centro-periferia es escasa para el caso de la

³⁵ Ernest Lluch, *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)*, Barcelona, Edicions 62, 1973; Jesús Astigarraga, *Los ilustrados vascos*, Barcelona, Crítica, 2003.

Monarquía española, que, en suma, tuvo una naturaleza *policéntrica* —tanto en el seno de la península como en su vertiente atlántica— que la aproxima, en parte, a la Ilustración de los diferentes estados italianos tan minuciosamente descrita por Venturi.

Si los esquemas centro-periferia resultan en general poco útiles, debido a su excesiva simplicidad, la cultura económica de la España de la Ilustración tampoco se puede acometer con rigor desde los esquemas interpretativos asimilados al *national context*, tal y como fueron formalizados en 1981 de la mano de Porter y Teich³⁶. Es bien conocido que en este caso el énfasis se ponía en la inexistencia de una Ilustración única y unitaria: Porter llegaba a afirmar que esta idea le resultaba una especie de “alucinación”³⁷. Una aproximación correcta al fenómeno de las Luces exigía fragmentarlas de manera que la idea de la Ilustración (en mayúsculas y en singular) debía dejar paso a la de las ilustraciones (en plural), definidas en términos nacionales, políticos (Luces republicanas vs. Luces monárquicas), confesionales (Luces católicas vs. Luces protestantes) o de otra índole. El coste de esta tradición historiográfica, hoy vigorosamente representada por Pocock³⁸, ha sido la deconstrucción del sentido unitario de la Ilustración. Pero, al mismo tiempo, es innegable que ha permitido un avance indiscutible de los estudios sobre la Ilustración europea. Ha ayudado a una mejor comprensión de la importancia de ilustraciones locales tan exuberantes como la escocesa o la napolitana. Ha mejorado nuestro conocimiento de la relación entre las ideas ilustradas y los diferentes contextos políticos y sociales en las que fueron recibidas, y también el de las conexiones entre esas ideas y las tradiciones intelectuales preexistentes que las acogieron.

Ahora bien, estos indiscutibles beneficios no convierten los enfoques que los han propiciado en válidos en sí mismos. Y, ciertamente, resultan discutibles a la hora de aplicarlos a la España de la Ilustración y a la interpretación de la llegada a ella de la cultura económico-política. La primera razón es que el enfoque del *national context* se ha construido sobre un esquema interpretativo anacrónico,

³⁶ Vid. Roy Porter y Mikuláš Teich (eds.), *The Enlightenment in national context*, Cambridge, 1981. No se debe pasar por alto que España fue ignorada en este trabajo. Una pertinente rectificación de este enfoque figura en el reciente estudio de Kitrimiadis, *Enlightenment and Revolution*, sobre la Ilustración en Grecia: allí el factor identitario no fue la comunidad política, que no existía en el siglo XVIII, sino la lengua.

³⁷ Porter y Teich, *The Enlightenment in national context*, pp. 4-5.

³⁸ John G. A. Pocock, *Barbarism and Religion*, Cambridge, 1999-2003, 3 vols.: vol. I. *The Enlightenments of Edward Gibbon, 1737-1764*, Cambridge, 1999, pp. 5-10.

dado que proyectó al siglo XVIII la estructura de los estados-nación que se afianzó en las dos centurias posteriores. La enorme dimensión territorial de la Monarquía en el siglo XVIII obligaría a multiplicar los “contextos nacionales”, más allá del peninsular español. El área abarcada por la Monarquía entonces cubrió numerosos estados-nación surgidos en las primeras décadas de la centuria posterior, todavía bajo el efecto de las ideas de las Luces, por lo cual no es fácil delimitar el contexto nacional preciso al cual ceñimos nuestro análisis del flujo internacional de las ideas económico-políticas.

Junto a ello, incide que, como acabamos de ver, la materia prima de la Ilustración española fue la multiplicidad y la pluralidad, de centros tanto emisores como receptores. Entender como tal al poder central de la Monarquía de manera única y exclusiva es improcedente si tenemos presente la ya mencionada notable actividad intelectual de las Ilustraciones regionales en la recepción y la aplicación de la cultura económico-política. Ello, por tanto, obligaría a trocear la propia dimensión nacional en otras de escala “sub-nacionales” para hacer justicia con la manera en que esa cultura impactó en la Monarquía española. El modelo de Ilustración unitaria sería así sustituido por una especie de dinámica de fragmentación similar a las *matrioskas* rusas.

Existe una tercera razón que hace discutible la utilidad de los métodos asociados al *national context* en el problema que abordamos. Esta razón tiene que ver con el propio proceso de emergencia que siguió la Economía Política como ciencia. Como se ha analizado, este proceso fue el resultado de una investigación de dimensión multinacional y multigeneracional, que resulta inseparable de su componente cosmopolita³⁹. Si puede hablarse con justicia de la existencia de una Economía Política de la Ilustración española ello fue debido a que previamente esa disciplina había cuajado en otras naciones, alumbrando nuevas leyes, políticas y métodos económicos. La Economía Política de la Ilustración española fue una fusión de esas ideas foráneas con las corrientes preexistentes, principalmente el *arbitrismo* y, en menor medida, la escolástica castellanos; pero supuso por encima de todo un programa de aclimatación de esas ideas extranjeras al contexto hispánico. Por ello, no es posible interpretar el nacimiento de la cultura económica española del siglo XVIII de manera aislada, prescindiendo de esa dimensión

³⁹ Un instructivo análisis de la imposibilidad de utilizar los esquemas del *national context* en la aparición de la Economía Política del siglo XVIII, en John Robertson, “The Enlightenment above the National Context: Political Economy in Eighteenth-Century Scotland and Naples”, *The Historical Journal*, 40-3, 1997, pp. 667-697.

internacional, sin destacar que fue ante todo el producto de la interconexión intelectual. Fue, en suma, haciendo uso de la conocida expresión de Venturi, el fruto de la fusión de las vertientes patrióticas y cosmopolitas de las Luces: éstas eran cosmopolitas en sus intereses intelectuales y en sus objetivos, por ello se comunicaban a lo largo de las fronteras y los ilustrados fueron capaces de aprovechar en beneficio de sus países la aparición de esa infraestructura de cosmopolitismo intelectual; pero, al mismo tiempo, fueron patrióticas debido a que las elites intelectuales y reformadoras europeas aplicaron esas ideas a sus propias sociedades, con el fin de majorarlas. Si reducimos la Ilustración a una multiplicidad de movimientos y centros locales independientes y no conectados entre sí, no solo abolimos la idea misma de Ilustración, sino que coartamos la esencia misma del nacimiento de la Economía Política como una ciencia sin nacionalidad específica y que acabó siendo implantada en la mayoría de las diferentes comunidades nacionales europeas a lo largo del siglo XVIII.

La aparición de esa cultura económica española se puede presentar así como una expresión local del movimiento general de las Luces. Es posible proceder a su análisis sin tener que renunciar a la idea de la existencia de una la Ilustración con mayúsculas, es decir, única e indivisible, una de cuyas expresiones fue precisamente la aparición de la nueva ciencia de la Economía Política. Este planteamiento sintoniza con las líneas interpretativas expuestas por autores como Venturi o Robertson. Del primero se aceptan sus coordenadas de una Ilustración de naturaleza *policéntrica*, en sus centros emisores y receptores; y, respecto al segundo, su idea de una Ilustración que permite la diversidad en un almacén común de ideas y de aspiraciones. Su coherencia radicaría en el interés intelectual en indagar acerca de la “manera de promover la mejora de la condición humana en este mundo”. En su vertiente de la mejora material de los súbditos y los soberanos, la Economía Política compartiría protagonismo con las “ciencias del hombre”⁴⁰, así como con otras versadas sobre el desarrollo histórico de las sociedades, su refinamiento, desde la barbarie a la civilización⁴¹. En suma, influyó sobre la Filosofía moral, la Política y la Historia, y también fue influida por ellas. En el seno de ese almacén común se fueron manifestando las grandes diferencias que el patriotismo *local* impuso gradualmente sobre el cosmopolitismo *universal*.

⁴⁰ Para una narrativa reciente y muy completa del impulso de la Ilustración en la aparición de las modernas “ciencias del hombre”, vid. Pagden, *The Enlightenment*.

⁴¹ John Robertson, *The case for the Enlightenment. Scotland and Naples 1680-1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, pp. 28 y ss.

Esta visión unitaria entroncaría nuestro enfoque con el de la reciente obra magna sobre la Ilustración elaborada por Jonathan Israel⁴². En esa obra se deja constancia de la idea de una única Ilustración, si bien con sus ricas variantes regionales o locales. No obstante, resulta mucho más difícil aceptar las diferentes categorías historiográficas que la estructuran. La más importante es la de las “Luces radicales”. Ésta ha sido presentada por Israel como una especie de *piedra de toque* para una reevaluación del conjunto de la Ilustración europea, con incidencia directa en sus dimensiones más representativas. En primer lugar, en la cronológica, dado que sitúa el inicio de la Ilustración *temprana* alrededor de 1660, en vez de en 1680, cuando, de acuerdo con el tradicional esquema de Hazard, se manifestaron las primeras expresiones de la “crisis de la conciencia europea”⁴³; en segundo lugar, temática, debido a que pone su impronta en la relevancia del Spinoza y de su sistema filosófico, en lugar de otros puntos de partida clásicos, en particular, los padres del Derecho Natural (Puffendorf o Hobbes) o Bayle; y, por último, en tercer lugar, geográfica al establecer una cierta hegemonía de las Luces holandesas respecto a las francesas, británicas o alemanas.

Este planteamiento cierra de cuajo la posibilidad de seguir construyendo la Historia Intelectual de las Luces europeas partiendo de Locke, Voltaire, Montesquieu o Hume, es decir, de esos autores más templados, liberales y empiristas, sustento de unas Luces “moderadas”⁴⁴. Éstas fueron sin duda hegemónicas y constituyeron la *mainstream* de la Ilustración en buena parte del Viejo Continente. Esas Luces fueron en esencia el sustrato principal sobre el que se edificó la Economía Política. Ésta en ningún caso surgió de las corrientes inspiradas por Spinoza y su filosofía materialista, laica y radical, sino de las corrientes empiristas y utilitaristas moderadas, denostadas por Israel, tanto los padres del Derecho Natural, desde Hobbes a Locke, como los filósofos morales, desde Shaftesbury a Hume. El estudio de la Economía Política, y su aceptación como una de las ciencias centrales de la Ilustración europea, supone en sí mismo revitalizar

⁴² Jonathan Israel, *Radical Enlightenment: philosophy and the making of modernity 1650-1750*, Oxford, 2001; *Enlightenment contested: philosophy, modernity and the emancipation of mind 1670-1752*, Oxford, 2006; *A Revolution of the mind: radical Enlightenment and the intellectual origins of modern democracy*, Princeton, NJ, and Oxford, 2010.

⁴³ Paul Hazard, *La Crise de la conscience européenne* (Paris, 1935); trad. española, Madrid, Alianza, 1988.

⁴⁴ Sobre esta cuestión, vid. Antoine Lilti, “Comment écrit-on l’histoire intellectuelle des Lumières? Spinozisme, radicalisme et philosophie”, *Annales. Histoire, Sciences sociales*, 64-1, 2009, p. 171-206. En esa misma línea interpretativa, y con la voluntad de no volver a dejar a España fuera de la geografía de la Ilustración europea, se encaja también un análisis reciente de la Ilustración española; vid. J. Astigarraga (ed.), *The Spanish Enlightenment revisited*.

con fuerza la relevancia de esas corrientes que han sido marginadas en la obra de Israel: es posible tratar de las variantes nacionales de las Luces desde una concepción unitaria que asuma el papel central de esas corrientes “moderadas” en su génesis y su desarrollo.

Con relación al siempre complejo problema de la religión, estas Luces moderadas planteaban una relación no siempre excluyente con ella: todo lo contrario, a diferencia de lo planteado por Israel, lo habitual, y no solo en España, fue la compatibilidad entre la fe y la pertenencia a la República de la Letras ilustrada, incluso entre autores adscritos a sus vertientes de heterodoxia más radical⁴⁵. De la misma manera, tampoco parece correcto excluir del movimiento de las Luces sus manifestaciones conservadoras o, incluso, reaccionarias. Y, por último, como ocurrió en España y la mayoría de los países europeos, el desenlace del proceso intelectual y de reformas que lideraron las Luces de la Economía Política no tenía porqué culminar, como supone Israel, en una Ilustración democrática de sustento republicano, alentada por una transformación revolucionaria de la condición humana. La identificación entre la Ilustración y la revolución es confusa e incierta. El absolutismo ilustrado y la Ilustración democrática no tienen porqué presentarse como rutas excluyentes; en ese caso, no solo España, sino la mayoría de los países europeos habrían quedado fuera del mapa de las Luces.

La Economía Política de la Ilustración creció al cobijo del gradualismo reformador, incluso en sus vertientes más radicales. Y esta herencia se trasladó al siglo XIX. Ello pone de relieve la utilidad de los enfoques que insisten en el *long durée* de las Luces, no sólo respecto a su fecha de inicio, cuanto, en particular, de finalización. Como muestran fehacientemente los trabajos recientes del Profesor Mokyr, la *long Enlightenment* resulta especialmente necesaria si incluimos en nuestro análisis el efecto de las ideas y las políticas ilustradas, no sólo en el ámbito de los cambios tecnológicos, sino más en particular en la esfera institucional: en el emblemático caso de Gran Bretaña, la herencia de la Economía Política de la Ilustración en las transformaciones institucionales que posibilitaron la sociedad liberal y el advenimiento de la industrialización se extendió hasta mediados del

⁴⁵ Una renovada visión de la utilidad de la categoría histórica de las “Luces católicas”, en Ulrich L. Lehner, “Introduction. The many faces of the Catholic Enlightenment”, en Ulrich L. Lehner y Michael Printy (eds.), *A Companion to the Catholic Enlightenment in Europe*, Leiden-Boston, Brill, 2010, pp. 1-61.

siglo XIX⁴⁶. Y, sin duda, algo similar puede afirmarse en el caso de España: las Luces económicas descubiertas y aplicadas con particular intensidad durante los reinados de Fernando VI y Carlos III perduraron hasta bien entrado el siglo XIX, al menos hasta el Trienio Liberal, y aun con posterioridad.

VI.

Las décadas de los años cuarenta y cincuenta establecieron el punto de arranque de una nueva cultura político-económica en la España de la Ilustración. Junto a la tradicional y siempre presente *oikonima*, enraizada en la secular filosofía aristotélica, esa cultura se manifestó a través de dos expresiones principales. La primera se encarnaba en las grandes narrativas sobre la historia del comercio. La segunda se hallaba representada por los grandes tratados sobre el “comercio” que, conectados con la literatura *arbitrista* del siglo precedente, habían sido concebidos en torno a la nueva etapa política abierta a raíz de la llegada al trono de España de los Borbones, de la mano de Felipe V. De una manera, que no puede considerarse casual, sino más bien una consecuencia directa de la nueva fase de “pacifismo y reformismo” que se fue abriendo en España en los años del cambio dinástico de Felipe V a Fernando VI⁴⁷, los principales tratados representativos de las dos expresiones mencionadas fueron reeditados entre 1740 y 1749.

La primera expresión, que todavía conservaba una mirada generosa sobre el menguado modelo comercial holandés, se halló representada en particular por la reedición de las traducciones de J.-B. Dubos y P.-D. Huet (respectivamente: *Les intérêts de l'Angleterre mal-entendus*, 1703; trad. 1728, 2ª ed. 1741; y *Le grand trésor historique et politique su florissant commerce des hollandois*, 1712; trad. 1717, 2ª ed. 1746). En cuanto a la segunda, a lo largo de los años cuarenta vieron la luz el libro *Restablecimiento de las fábricas y comercio español* (1740) de Bernardo de Ulloa; la segunda edición de la *Teoría y práctica de Comercio y Marina* (1742) de Jerónimo de Uztáriz, cuidadosamente elaborada por su hijo Casimiro para lograr una circulación de la obra de la que había carecido la primera edición (1724); y, por último, la *Representación a Felipe V para aumento del R. Erario, agricultura comercio etc. en España e Indias* (1732) de Miguel de Zavala, cuyo notable contenido hacendístico, alineado con la defensa de la tributación directa, fue

⁴⁶ Joel Mokyr, *The Enlightened Economy: An Economic History of Britain, 1700-1850*, Princeton, Princeton University Press, 2010.

⁴⁷ Una mirada de conjunto en María Victoria López-Cordón, María Ángeles Pérez Samper y María Teresa Martínez de Sas, *La Casa de Borbón*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 175-212.

utilizado por Ensenada para apoyar la puesta en marcha de su ambicioso proyecto del catastro a través de una reedición de la obra que vio la luz en 1749. De esta manera, los principales tratados y traducciones sobre economía política publicados tras la Guerra de la Sucesión volvieron a circular en la España liderada por la iniciativa política de Campillo, Carvajal y Ensenada, dando con ello a entender que eran piezas imprescindibles en el debate entonces en ciernes acerca del papel que esa disciplina habría de jugar en el rumbo futuro de la Monarquía española. Y ello era especialmente relevante para los tres grandes nombres de la primera mitad de siglo, Uztáriz, Ulloa y Zavala: sus obras hegemonizaban el pensamiento económico de las elites españolas en las décadas de los años cuarenta y cincuenta.

La principal reconsideración crítica de esta herencia surgió de los primeros escritos que comenzaron a circular en la Monarquía en los que, sin ningún tipo de ambigüedades, aparecía fundido el Derecho Natural con la Economía Política. Aunque Uztáriz y Ulloa habían dado muestras de conocer la tradición jurídica abierta por Grocio, sus obras fueron ajenas, en el caso de la del primero, o combativamente contrarias, en la del segundo, a ella. Esta cuestión viene a revalorizar la importancia, en el contexto de los años cuarenta, de la *Erudición política* (1743) de Teodoro Ventura de Argumosa (vid. 2.1). Éste fue un alto funcionario de la Monarquía, ligado especialmente a la Junta de Comercio y relacionado en términos políticos sucesivamente con Patiño, Campillo y Ensenada. La razón principal de la importancia de su obra —de manera muy habitual, indebidamente marginada, cuando no totalmente olvidada— es que su fuente de inspiración central era el *Essai politique sur le commerce* (1734; 2ª ed. 1736) del francés J.-F. Melon (vid. 2.1). Esta profunda deuda intelectual no resultaba en absoluto banal. La segunda edición del *Essai* —notablemente ampliada, así como modelo de la *Erudición*— fue durante una quincena de años el texto más influyente en el conjunto de la Economía Política europea. Ello fue debido a que constituyó uno de los puntos de inicio de la internacionalización que esa disciplina conoció durante el siglo de la Ilustración, con una enorme influencia en los principales países europeos, como Italia, Alemania y Gran Bretaña, así como en ilustrados de la talla de Montesquieu o Hume. Su llegada a España de la mano de Argumosa dio origen a una versión que en ningún caso puede calificarse de fiel: la *Erudición política* fue una traducción-adaptación tácita —una versión “pirata”, en suma— en la que existió un importante ejercicio activo de censura y mutilación: Argumosa dejó de traducir diez capítulos del original. A pesar de ello la obra permitió poner en circulación numerosas *idées-forces* notablemente innovadoras respecto a la herencia ideológica proveniente de Uztáriz, Ulloa y Zavala.

La más importante se derivaba sin duda del trasfondo político *iusnaturalista* del *Essai* de Melon. Éste pivotaba sobre la existencia de un poder político que limitaba el ejercicio de las libertades individuales y se imponía, de forma absolutista, si fuera necesario, sobre los intereses privados, incluso con el fin de que estos pudieran alcanzar su propia felicidad o utilidad. El sistema de leyes debía de asegurar esa jerarquía también en aquellos casos en que atentara a derechos individuales derivados de la “libertad natural”. Esta dinámica permitía al cuerpo político garantizar el logro de sus tres objetivos vertebrales: la salud, la seguridad y la abundancia. Ahora bien, para alcanzarlos, la autoridad debía conocer las condiciones concretas sobre las que gobernaba: un buen político debía ser ante todo un buen calculador, es decir, un buen *aritmético-político*. Esta cuestión constituía un requisito imprescindible para la formulación de leyes correctas. Melon incluyó en su obra el primer capítulo de toda la literatura económica continental sobre los innovadores métodos británicos del cuantitativismo de la Aritmética Política, que Argumosa tradujo fielmente en su *Erudición*.

Junto a todo ello, entre las responsabilidades del soberano figuraba garantizar el bienestar material de la población. La felicidad de ésta dependía en última instancia de una adecuada política que apuntalara la abundancia de bienes. De esta manera, además del logro de determinados objetivos políticos necesarios para lograr la supervivencia y la seguridad nacionales —el aumento de la población o la acumulación de moneda—, el monarca debía de desarrollar políticas que aseguraran el mayor volumen posible de subsistencias, base esencial del bienestar de la población. Melon identificaba la riqueza nacional con la mayor cantidad posible de frutos de primera necesidad —primordialmente, los granos— y establecía a partir de ahí una orientación económica que, a través de Argumosa, instauraba, por primera vez en la Ilustración española, la prioridad indiscutible del desarrollo de la agricultura. Esta orientación suponía una reconsideración en profundidad de la tradición industrialista vigente a través de Uztáriz, Ulloa y Zavala: sólo este último había defendido, si bien en un marco que atendía también a la importancia de las compañías privilegiadas de comercio y manufacturas, la necesidad de revitalizar la depauperada situación del agro español.

Ahora bien, en otra línea de abierta discrepancia con estos tres autores, Melon abría su obra a la importancia económica del refinamiento. En el expresivo capítulo de su *Essai* dedicado a abordar, desde un prisma “político”, la cuestión del lujo, el francés sostenía que si las personas se condujeran por las máximas de la

religión, no serían necesarias las leyes. Éstas resultaban imprescindibles precisamente para tratar de poner coto a las pasiones y para que éstas fueran canalizadas en beneficio de la colectividad, partiendo de que el deseo por el refinamiento, al igual que otras pasiones humanas, eran inherente al ser humano y, por tanto, intrínseco a la dinámica social. Este capítulo, perfectamente traducido por Argumosa en su *Erudición*, establecía el punto de arranque en la Ilustración española de la Economía Política epicúrea del lujo y las pasiones.

Otros nuevos elementos innovadores de la obra de Argumosa se hallaban en la defensa de su mentor Melon del principio de la libertad de comercio. El agrarismo y el poblacionismo moderados propios de su *Essai* debían de articularse en torno a ese principio económico. Aunque defendiera el uso del proteccionismo arancelario —el comercio internacional no era un juego de suma cero—, Melon trataba de poner límites al intervencionismo económico de los privilegios y las subvenciones a través del establecimiento de un conjunto de reglas objetivas que justificaran la intervención pública. Buenos ejemplos de ello podían hallarse en las repúblicas comerciales. La obra de Melon realizaba un uso recurrente —y relativamente innovador en la literatura española del siglo XVIII— respecto a las ventajas económicas que se derivaban de las diversas formas de gobierno con el fin primordial de mostrar la utilidad de que diversos principios y prácticas propias de las repúblicas comerciales, en particular, de Holanda —como el uso correcto del endeudamiento público o la creación de sistemas bancarios—, fuesen interiorizadas en las monarquías, incluidos en sus enclaves coloniales. La nación debía ser rica para que pudiera florecer en ella una cultura cívica y ello dependía en suma del comercio.

Por último, el interés de Melon por garantizar el bienestar colectivo convirtió su *Essai* en uno de los primeros tratados sistemáticos sobre Economía Política del siglo XVIII europeo concebido como un proyecto político y económico de paz y equilibrio para el conjunto de del Continente. El comercio era una actividad pacífica y opuesta a la “conquista”: el “espíritu de comercio y conservación”, de “legislación” y de “paz” se presentaban en su obra sistemáticamente opuesto al de “conquista”, “barbarie” y “guerra”. Las naciones debían de virar desde sus fundamentos bélicos hacia los propios de la mutualismo del comercio: Melon fue uno de los primeros autores en transformar la balanza de poder militar en balanza de poder económico. Todo esto constituía una lección de primer orden para una Monarquía como la española. En ella, en expresivo contraste con las obras de Ulloa o Zavala, los intereses comerciales debían de dejar de ser de manera definitiva

meros sirvientes o puros derivados de los intereses políticos y militares. La Monarquía de fundamentos bélicos debía dejar paso a una Monarquía comercial.

De esta manera, en suma, la *Erudición* de Argumosa-Melon, con sus fundamentos favorables a la paz y el equilibrio político, el agrarismo y el poblacionismo moderado, la libertad de comercio interior, el proteccionismo templado, el lujo y el refinamiento, y una política colonial afín a los patrones anglo-holandeses, se erigía en una propuesta de desarrollo alternativa al modelo industrialista, intervencionista, proteccionista y de fundamentos bélicos hegemónico en la cultura económica que la acogió. No hay que olvidar que Argumosa dedicaba su obra a la Junta de Comercio, toda una señal de que entendía que los principios de Melon debían marcar un nuevo rumbo en la institución vertebral en el fomento económico de la Monarquía.

Una nueva fisura en la herencia económico-política heredada fue abierta una decena de años después de la mano del periodista flamenco, asentado en España, Juan Enrique Graef, autor de los famosos *Discursos Mercuriales* (1753-1756). Notablemente bien conocidos en sus líneas generales gracias a los trabajos de Sánchez Blanco, esta pionera iniciativa periodística de la España de la Ilustración merece, en cambio, ser revisitada con el fin preciso de valorar su importancia en la emergencia de una nueva cultura político-económica durante el reinado de Fernando VI (vid. 2.2). Contra lo que se ha supuesto hasta ahora, los *Discursos* de Graef fueron una obra muy poco original: se trataron en esencia de una simple versión española del *Journal Oeconomique* (1751-1757), decana en Francia en la introducción en la prensa periodística de los temas económicos. De ella obtuvo Graef la mayor parte de los materiales que volcó después en sus *Discursos*.

La sintonía de los *Discursos* de Graef con el *Journal* es especialmente manifiesta en la posición hegemónica que en los primeros alcanzó la *oikonomia*. Ésta se asentaba en un conjunto de ideas muy tradicionales. Partía del origen divino de las riquezas naturales, revalorizaba la visión práctica frente a la teórica y extendía su persuasión a través de las metáforas clásicas de la naturaleza como un cuerpo armónico o el comercio como un sistema circulatorio similar al de la sangre. En esas metáforas operaba de manera especial el símil entre la familia y el cuerpo del Estado, que se extendía a la equivalencia entre las finanzas públicas y las domésticas, o entre los padres de familia y unas autoridades políticas benefactoras y paternalistas: todas las virtudes “económicas” propias del padre de familia lo eran también del hombre de Estado. Al adoptar estas ideas, Graef no sólo

seguía al *Journal*, en particular, durante su primera etapa (1751-1754), cuanto también a una cultura oficial española muy afín todavía a esa visión de la *oikonomía*. Ésta se hallaba plenamente vigente a través de los viejos tratados de agronomía tradicional (Liger, Vallemont, etc.) y, más en particular, de la traducción que realizó entre 1753-1755 el padre Esteban Terreros del tratado de historia natural *Le spectacle de la nature* (1742) del jansenista francés N.-A. Pluche, una de las más emblemáticas de todo el reinado de Fernando VI.

Ahora bien, junto a todo ello, Graef también abrió su publicación a una serie de principios económicos distintos. En su *Discurso sobre el comercio en general* (1754-1755), el más extenso de toda la publicación, se desplazaba sin vacilar desde la *oikonomía* hasta la “ciencia del comercio”. Las innovadoras ideas que Graef expone en ese *Discurso* se nutrían de dos fuentes principales: Forbonnais, en particular, su versión de la obra del británico King titulada *Le Négociant Anglois* (1753); y el prolífico periodista e historiador francés, asentado por razones religiosas en los Países Bajos y Bélgica, Rousset de Missy. Uno y otro ayudaban a Graef a poner su énfasis en los Principios del Derecho Natural, como sustentadores de las ideas de la sociabilidad del comercio, que él parecía seguir a través de la obra de Pufendorf, el primer jurista en añadir la noción de comercio al estado de naturaleza de Hobbes. En defensa de esta tradición jurídica, él no tenía ningún pudor en apelar a la autoridad de humanistas y *iusnaturalistas* como el propio Pufendorf, o Lipsio, Klock, Grocio y Schelius. Tampoco en ensalzar que, gracias a la implantación de esa tradición, el ubicuo papel de los teólogos había quedado restringido en el terreno de la política a ser simples consultores en materia de conciencia. Ese terreno había pasado a manos de juristas y de letrados —en el ámbito civil y penal— y de canonistas —en el eclesiástico—.

Ahora bien, el problema de la política “moderna” era de orden totalmente diferente al de las viejas disputas entre los teólogos-políticos y los *juris*-políticos. Ese problema surgía esencialmente de dos cuestiones entrelazadas: en primer lugar, la centralidad que había alcanzado lo que Graef denominaba la “política del comercio”; y, en segundo, el hecho de que ésta se explicara a través de una nueva “ciencia del comercio” que posea sus propios principios y reglas: de acuerdo con el periodista, estos eran ajenos a las tradiciones jurídicas propias del “estado teológico” y del “derecho de gentes”. Desafortunadamente en España los asuntos propios de la “política del comercio” seguían en manos de teólogos o juristas, cuando en la práctica ni los unos ni los otros podían solventarlos. Ambos se

hallaban también incapacitados para liderar el forzoso viraje de la Monarquía española hacia el “comercio”, convertido en el fundamento de la política moderna.

VII.

Los años 1753-1755 remiten al inicio de la diseminación en España de la publicística económica francesa de los años cincuenta, cuya iniciativa principal correspondió al círculo del Intendente de Comercio Vicent de Gournay. Como se ha visto ya en el caso de Graef, esa diseminación arrastró consigo la idea de que se estaba asistiendo el nacimiento de una nueva ciencia. Su finalidad era adquirir un conjunto de conocimientos versados sobre el problema de las riquezas, en concreto, acerca de la manera de lograr un mejor uso de los recursos productivos de la nación para lograr el crecimiento de la riqueza de ésta y de sus ciudadanos, con el fin de mejorar la condición material de estos últimos. Para ello los autores de esos textos trataron de organizar esos conocimientos de manera sistemática con el fin de permitir al hombre de Estado intervenir correctamente sobre la realidad socioeconómica. La aplicación de la idea de “sistema” al cuerpo de conocimientos económicos se remonta al *Essai* de Melon (1734).

En la Francia de mediados del siglo XVIII los términos más usuales para esta nueva ciencia fueron dos: la “ciencia del comercio” y la “ciencia de la Economía Política”. El primero fue acuñado por el círculo de Gournay, en particular, por Forbonnais; sus *Éléments du commerce* (1754) fueron un texto canónico en este sentido. El segundo fue el más usual entre la fisiocracia, desde el momento mismo de su creación en 1756-1757, de la mano de Quesnay.

En el seno del círculo de Gournay el “comercio” fue tratado en su dimensión, por un lado, de “ciencia” y, por otro, “político”. Por tanto, aludían a esa nascente disciplina como la “ciencia del comercio (político)”. El uso del término “comercio” partía de la idea de que la agricultura, la manufactura y el resto de las actividades económicas eran productivas y generaban excedente económico. Pero sólo alcanzaban valor a través del comercio, es decir, a través del intercambio. Al mismo tiempo, éste, debido a los principios de la sociabilidad del comercio, contribuía a mantener cohesionada la sociedad política. Por todo ello, reconocían una cierta superioridad al “comercio” respecto a otras formas de actividad económica. No obstante, en última instancia, al hablar de “comercio” no aludían solo a la circulación y el tráfico, cuanto a todas las actividades económicas, incluyendo las productivas; por tanto, ese concepto era muy similar al actual de “Economía”.

Precisamente, cuando Forbonnais elaboró sus “elementos del comercio”, éste comprendía, además del tráfico y el intercambio propiamente dichos, otras siete ramas: agricultura, manufacturas, artes liberales, navegación, pesca, colonias y seguros.

Junto a ello, la significación de la idea de comercio “político” era clara. Forbonnais partía de la distinción entre el comercio y el comercio político. El primero se refería a los negocios de los comerciantes, quienes debían de adquirir instrucción sobre el comercio para mejorar sus negocios privados. El segundo, en cambio, era un asunto del hombre de Estado. Éste debía tratar de orientar la actividad de esos comerciantes particulares para lograr que fuera útil para el conjunto social. Lógicamente, ambos niveles —las ganancias de los particulares y las del Estado, derivadas del comercio— no tenían porqué coincidir. El “comercio político” englobaba el conjunto de reglas en manos del príncipe o el legislador gracias al cual estos podían canalizar el comercio privado, poniéndolo al servicio del bien general. El “comercio político” se erigía así en un instrumento privilegiado del arte del gobierno, es decir, en un nuevo medio para lograr los fines políticos clásicos: la seguridad, el orden o el poder.

Por otro lado, al otorgar el estatus de “ciencia” al comercio, Gournay y sus discípulos pretendían rehabilitar socialmente la actividad comercial en sí misma, así como favorecer la promoción social del comerciante; ahora bien, el conjunto de reglas de la “ciencia del comercio político” no implicaba únicamente a la clase de los comerciantes sino al conjunto de la sociedad. El círculo de Gournay era consciente de la importancia que había alcanzado el comercio, principalmente el tráfico y la producción de manufacturas, en la vida política de su tiempo. Buen ejemplo de ello eran las repúblicas comerciales (Holanda) y, sobre todo, el sistema “mixto” de Gran Bretaña. El exitoso progreso militar y político de esta nación se debía al auge de esta nueva “ciencia del comercio”, que ese país había sabido traducir en instituciones y en políticas públicas adecuadas. Siguiendo sus reglas, Francia debía de situar el comercio y el comerciante en el eje de la acción del gobierno, es decir, convertirse en una especie de “Monarquía comercial”. Además, en una sociedad comercial se suponía que el progreso económico no solo permitía maximizar la riqueza individual y social, cuanto convertir a la gente en más tolerante y más capaz de disfrutar de los beneficios de su unión social: el comercio era, por encima de todo, *doux commerce*. En suma, una vez más, en la medida en que la adquisición de riquezas se había consolidado como la vía más segura de sostener las naciones, éstas debían de renunciar a sus clásicas estrategias bélicas y

apostar por el desarrollo pacífico de las ramas de las actividades productivas que, como la agricultura, la industria, en tráfico o la navegación, propiciaban la generación de riquezas: el “espíritu de guerra” debía de dejar paso de manera definitiva al “espíritu de comercio”.

Quesnay y la fisiocracia no aceptaron estas ideas sobre la “ciencia del comercio (político)” del círculo de Gournay⁴⁸. Ellos prefirieron hablar de “Economía” —o *oikonomia*— o de “Economía Política”. Su punto de partida era la existencia de una relación entre la prosperidad de un reino y su “gobierno económico” o de “economía política” (*gouvernement économique*). Este término designaba la intervención del soberano en materia de población y de producción de riquezas. Esa elección era esencial: de hecho, los males de Francia se debían a una mala elección de su “gobierno económico”, debido al apoyo a lo que Quesnay denominaba el “sistema de los comerciantes” —Smith hablará dos décadas después de sistema mercantil—. Este sistema se había basado, desde la etapa del ministro Colbert, en el fomento del comercio y la manufactura. Sin embargo, un “reino agrícola” (*royaume agricole*), como era Francia, no podía asumir esos principios. Quesnay confrontaba, de esta manera, dos formas de organización económica: el reino agrícola y la república comerciante. Sus “gobiernos económicos” diferían en puntos esenciales. El “gobierno económico” de las repúblicas comerciantes se organizaba para defender los intereses particulares de los comerciantes pues aceptaba el principio erróneo de que el comercio y las manufacturas eran el origen de las riquezas. La expresión “fisiocracia” significaba “poder de la naturaleza”. Su sistema partía de la idea de que la manufactura y el comercio eran actividades “estériles” (no generaban excedente más allá de los costes de producción), a diferencia de la agricultura, la única actividad “productiva” (la única que creaba “producto neto” o excedente). Por tanto, el desarrollo económico de un “reino agrícola” como Francia no podía seguir las mismas reglas del “comercio político” de Gournay y sus discípulos.

En términos generales, ya desde los años cincuenta, la nueva ciencia, del “comercio” o de la “Economía política”, se fue organizando en torno a tres ramas complementarias: una analítica o “ciencia”; una rama aplicada o “arte”; y una metodología científica propia.

Respecto a la primera, los escritores económicos de mediados de siglo percibieron la existencia de una sistema de leyes económicas o del comercio que

⁴⁸ Vid. Phillipe Steiner, *La “science nouvelle” de l’économie politique*, París, PUF, 1998.

era necesario descifrar. Eran leyes, en principio, de validez universal, que operaban con independencia de las circunstancias temporales o espaciales concretas. Como tales, requerían de un lenguaje nuevo. Precisamente a mediados de siglo comenzó la creación de un lenguaje científico original. Y así lo evidencia la invención tanto por Gournay y sus discípulos como por los fisiócratas de conceptos tales como *entrepreneur*, capital, competencia o beneficio.

En el desarrollo de esta rama analítica fue fundamental la aceptación de las ideas del orden natural⁴⁹: los fenómenos socioeconómicos, al igual que los físicos y naturales, participaban de un orden intrínseco que les era propio. Por ello cada vez resultaba menos necesaria la intervención de una autoridad externa para alcanzar la armonía socioeconómico (Locke *versus* Hobbes). Esta idea fue dando coherencia a un visión liberal que defendía la libre iniciativa de los agentes económicos, dado que ella garantizaba ese orden económico y maximizaba el bienestar social; y ciertamente limitaba las funciones económicas de la administración y el gobierno, en suma, de la “política”, en última instancia. La idea del *laissez faire* no fue una invención de los economistas políticos franceses, ni lo será de Smith, pues ya se encontraba presente en la tradición del Derecho Natural; pero sí fue una invención de todos ellos su utilización contra la tradición económica de los siglos previos. Una buena expresión de esta irrupción de la visión liberal en el ámbito económico, acompañada del consiguiente arrinconamiento del intervencionsismo público, fue el descubrimiento por los economistas políticos de mediados de siglo de una serie de “mecanismos automáticos” que operaban de acuerdo con las leyes naturales y por tanto convertían en inútil la acción política del gobierno⁵⁰.

Dos ejemplos pueden ayudar a alumbrar esta idea. El primero se refiere la relación entre la población y las subsistencias. El volumen de población se hallaba limitado por el de las subsistencias, es decir, por el volumen de alimentos. De esta manera, si el estadista establecía políticas de promoción de la población por encima de las disponibilidades de alimentos, la población nacional, lejos de aumentar, se reduciría. Esta idea favoreció el tránsito desde una visión política que veía en la población una riqueza en sí misma, a otra que comenzó a subrayar que tan importante como su volumen era lograr garantizarle empleo o un mínimo de bienestar. El segundo alude al brillante descubrimiento por parte de Hume del

⁴⁹ Joseph J. Spengler, “El problema del orden en los asuntos económicos”, en Joseph J. Spengler y William R. Allen, *El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall*, Madrid, Tecnos, 1971, pp. 21-48.

⁵⁰ Schumpeter, *History*, pp. 417 y ss.

mecanismo de ajuste automático de los metales preciosos. La acumulación reiterada de oro y plata a través de una balanza de comercio positiva no tenía ningún sentido. A largo plazo el mecanismo de los precios y las variaciones de los tipos de cambio de la moneda restablecerían automáticamente el equilibrio en esa balanza. La conclusión era la obvia: la invitación del sistema “mercantil” a que los monarcas acumularan metales preciosos suponiendo que ello permitiría incrementar la riqueza nacional era una política tan errónea como inútil.

Estas ideas sobre el orden natural comenzaron a filtrarse en los textos económicos británicos a finales del siglo XVII. Fue entonces cuando comenzó a plantearse con claridad la preferencia por los mecanismos del “mercado” frente a la organización e intervención estatal (monopolios, compañías privilegiadas, gremios y subvenciones). Esa tradición fue absorbida en Francia primero por el círculo de Gournay: precisamente, éste fue el responsable de acuñar la expresión *laissez faire, laissez passer*. Se ha visto que para ese círculo resultaba fundamental la promoción social y económica del comerciante; pero esa promoción no podía realizarse en detrimento del bien general de la nación. Y las reglas del mercado preservaban mejor esos intereses generales que el viejo sistema de regulación e intervenciones públicas. Gournay y sus discípulos, con Forbonnais a la cabeza, situaron la competencia como el principio básico de la organización económica.

Esta idea económica fue asumida también por la fisiocracia, pero por motivos diferentes. Esta escuela partía de la idea de que el “gobierno económico” de la nación debía de respetar las leyes de un orden natural previo. Según Quesnay, la única manera de establecer en Francia el “reino agrícola” frente a la tradición comercial y manufacturera heredada era descifrar primero esas leyes del orden natural. Éstas debían después ser traducidas por el soberano, a través de un conjunto muy reducido de “máximas”, en las leyes positivas del “gobierno económico”. Este “gobierno económico” se reducía por tanto a poco más que respetar ese orden natural y, a través del sistema de competencia y el respeto a los derechos individuales de libertad, seguridad y propiedad, dejar hacer a los agentes económicos porque, si el gobierno económico no perturbaba su actuación, esos agentes establecerían de manera espontánea ese orden natural. Esta idea de un “sistema económico” autoregulado y configurado en torno a un lenguaje conceptual original alcanzó su máxima expresión con el *Tableau Economique* (1758). Quesnay explicó en él cómo se generaba el excedente económico de una “nación agrícola” a partir de los flujos de ingresos y gastos en una economía con

tres agentes económicos: el soberano, las clases “productivas” (propietarios agrícolas y granjeros) y las clases “estériles” (manufactureros y comerciantes).

Además de su rama analítica, la nueva ciencia se presentaba con una propuesta metodológica concreta. Tanto Gournay como Quesnay absorbieron la idea de la cuantificación. En este terreno preciso resultó especialmente importante el legado de William Petty. Su propósito cuando emprendió sus mediciones durante el último tercio del siglo XVII era trasladar al estudio de los fenómenos económicos los métodos cuantitativos empleados con tanto éxito en las ciencias naturales por medio de una metodología esencialmente inductiva similar a la utilizada por Bacon. Según Petty en el estudio de los hechos económicos debían de sustituirse los argumentos “verbales y deductivos” por “peso, número y medida”; es decir, debía de generalizarse el uso de la medición en la esfera de los asuntos político-económicos: *Political Arithmetick*. Por tanto, inspirados por estos principios, desde finales del siglo XVII, comenzaron a desarrollarse en Gran Bretaña los primeros ensayos de medición de agregados económicos (cantidad de moneda, producción nacional, relación entre superficie de tierra y volumen de población, etc.). Y a partir básicamente de dos discípulos británicos de Petty, Charles Davenant y Gregory King, ese interés por los “cálculos políticos” llegó a la Francia de mediados del siglo XVIII. Los principales deudores de esa tradición fueron Gournay y sus discípulos. Para ellos esos cálculos eran ineludibles en la determinación de unas adecuadas políticas públicas; por ello, una vez más de la mano de Forbonnais, convirtieron la Aritmética política en un elemento adicional esencial de la “ciencia del comercio (político)”⁵¹.

La tercera rama de la nueva ciencia fue la rama aplicada. Los sistemas analíticos de la Francia de mediados de siglo poseyeron una marcada orientación normativa o de economía aplicada: se elaboraron para inspirar políticas económicas destinadas a la resolución de problemas económicos concretos. A diferencia de la tradición de los dos siglos previos, se pretendía que esas políticas fueran armónicas con los principios analíticos que las habían inspirado. Detrás de esta vertiente aplicada se hallaba un problema de enorme calado político: definir cuál debía ser lo que, a finales del siglo XVIII, Bentham denominó la “agenda” de intervenciones del Monarca (o del Estado); en suma, cómo deshacer toda la red de

⁵¹ Sobre el cuantitativismo fisiócrata, dispar respecto al de los aritmético-político británicos y notablemente más marginal que el de estos en el conjunto de la Europa de la Ilustración, vid. Jean-Claude Perrot, *Une histoire intellectuelle de l'économie politique, XVIIe-XVIIIe siècles*, París, École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1992.

monopolios, privilegios y regulaciones heredada con el fin de favorecer el tránsito hacia una economía de mercado y la competencia, y cuál debía ser el nuevo papel del Estado en ella. En cualquier caso, esta vertiente aplicada abría la posibilidad de que los principios de la nueva ciencia del comercio fueran aplicados a las circunstancias particulares de cada nación. Y este fue uno de los principales motivos que explica la notable circulación internacional de las ideas político-económicas en toda Europa a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

Entre la tradición de la “ciencia del comercio (político)” el problema principal residía en buena medida en cómo adaptar las leyes del comercio que habían resultado tan exitosas en las repúblicas comerciales o en la Gran Bretaña comercial y manufacturera a realidades como la monarquía francesa. En cambio, el programa de política económica de la fisiocracia se derivaba de sus ideas sobre el orden natural. Su punto de partida era que la agricultura era la única actividad productiva; por ello, las reformas convenientes para Francia debían tratar de que los capitales se canalizaran hacia la agricultura con el fin de crear un sistema agrario más eficiente. Los fisiócratas defendían la lucha contra la propiedad feudal y el aumento del tamaño de las explotaciones agrarias para favorecer el individualismo agrario y permitir la introducción de nuevas técnicas y los cercamientos de las tierras. Asimismo, dado que la tierra era la única fuente de la riqueza, el sistema de impuestos debía reformarse con el fin de crear un “impuesto único” sobre los propietarios de la tierra. Por último, se debía garantizar el “buen precio” para los granos y los productos agrícolas —y, con ello, más capitales para la agricultura—. La manera de lograrlo era el libre comercio interior y exterior. La fisiocracia fue una de las pocas corrientes económicas de la Ilustración favorable al libre comercio internacional de los granos.

VIII.

Las elites políticas testigos en 1759 de la llegada a la corona de España de Carlos III no tardaron en emular el prolífico debate económico francés de los años cincuenta respecto a la proliferación de escritos sobre esa novedosa —y algo enigmática en la España de esos años— “ciencia del comercio” o de la “economía política”⁵². La publicación en 1753 y 1755 de sendas versiones de, por un lado, Gee y, por otro, Herbert y Plumard de Dangeul, inauguró el periodo de recepción a través de la traducción de la publicística francesa —y de la inglesa a la que ella sirvió de

⁵² Una visión de conjunto al periodo del “absolutismo ilustrado” de Carlos III en López-Cordón, Pérez Samper y Martínez de Sas, *La Casa de Borbón*, pp. 213-313.

intermediaria— de esos estimulantes años cincuenta⁵³. Durante el decenio posterior fueron realizadas traducciones de autores como Davenant (1759, 1765), Serionne (1761), Thomas (1763), Herbert (1764), Mirabeau (1764) y Forbonnais (1765). De esta manera, en ese fértil decenio de 1755-1765 se dio inicio al ciclo, que no se interrumpirá a lo largo de todo el Siglo, de uso de la traducción como factor de emulación para tratar de aproximar España a las economías europeas líderes⁵⁴. Adicionalmente, los escritos coetáneos de Villarreal, Campomanes, Gándara, Ward, Ramos o Arriquíbar constituían auténticos tratados que utilizaban las ideas económicas que arribaban desde Francia —y marginalmente desde el Nápoles de Tanucci—, para reflexionar sobre la Monarquía y plantear reformas en todas sus esferas.

Como se analiza en el capítulo 3 de esta Tesis Doctoral, en el trasfondo de todo ello se hallaba el descubrimiento por parte de las elites españolas de la trascendencia del “comercio” como una auténtica “ciencia” de Estado. Ese descubrimiento vertebró uno de los grandes consensos “políticos” que esas elites alcanzaron en los años del cambio dinástico. Esa emergente “ciencia del comercio (político)” fue percibida por ellas como un atractivo sistema codificado de principios y leyes, que podía ser adaptable a las condiciones de su Monarquía y que, en términos políticos, resultaba insoslayable para garantizar su supervivencia nacional a través del logro de su autonomía comercial. El desarrollo de los sectores productivos era la mejor vía para resituar a España en ese mar bravío de los “celos del comercio” en el que parecía inexorablemente condenada a la subordinación comercial. No es casual que al frente de este encuentro con la “ciencia del comercio” se hallaran ilustrados como Craywinkel, Ward, Arriquíbar o Aragorri. Todos ellos eran comerciantes, de extracción social, o servidores de la Junta de Comercio. Sus escritos de esos años representaron una especie de modesta rebelión frente a los omnipresentes *juris*-políticos.

Los principios de la “ciencia del comercio” fueron identificados así como el fundamento de una “nueva Política” para la Monarquía, de acuerdo con la elocuente expresión de Craywinkel. Ésta estaba tomada de de Cantillon, de quien

⁵³ Vid. Christine Théré, “Economic Publishing and Authors, 1566–1789”, en G. Faccarello (ed.), *Studies in the History of French Political Economy: From Bodin to Walras*, Londres, Routledge, 1998, pp. 18-23.

⁵⁴ Reinert, *Translating Empire*, pp. 44 y ss. De acuerdo con Llombart (“Traducciones españolas”), mientras que en la primera mitad de siglo tan solo fueron publicadas 5 traducciones, en la segunda mitad siglo lo hicieron 86 (1751-1760: 5; 1761-1770: 13; 1771-1780: 14; 1781-1790: 36; 1791-1800: 19).

ese comerciante de origen flamenco fue su primer lector en España (vid. 3.1). Esta “nueva política” consistía esencialmente en aplicar en España esas políticas económicas foráneas, especialmente las británicas, que también a los ojos de las elites españoles aparecían como indiscutiblemente exitosas. Esta operación contaba con la enorme ventaja de que en Francia Gournay y su círculo ya había realizado una primera traslación de los principios económicos británicos, ideados para ser aplicados en un monarquía “mixta”, al marco de una monarquía absoluta. La aspiración de alcanzar en España una “Monarquía comercial” decantaba por tanto la elección entre Gournay y Quesnay. Frente a la tradicional interpretación que justifica la escasa influencia de la fisiocracia en España en razón a la naturaleza en exceso abstracta, universal y rígida de sus análisis y metodologías económicos, se ha de subrayar las consecuencias políticas de asumir las *maximes* fisiócratas: España no podía convertirse en un *royaume agricole* cuando en la práctica era el comercio manufacturero el que establecía la jerarquía de la hegemonía y la dependencia en el comercio internacional. Por ello, resultaba más instructivo seguir el rastro de la publicística del círculo de Gournay que la de los *économistes*, quienes habían lanzado toda su artillería contra la idea de que la Gran Bretaña manufacturera y comercial pudiera convertirse eventualmente en un modelo adecuado para vigorizar la Monarquía francesa. La conveniencia de desarrollar una “nueva política” articulada en torno a la “ciencia del comercio (político)” concitó el acuerdo de las elites españolas que rodearon al nuevo Rey: la traducción de un único texto fisiócrata (Mirabeau) contrasta con las ocho versiones procedentes del círculo de Gournay (Davenant (2), Serionne, Herbert (2), Danguel, Thomas y Forbonnais).

El consenso alcanzado sobre la importancia del “comercio” no eximía de definir la estrategia concreta para apuntalar el futuro desarrollo económico español. Carlos III fue recibido por voces muy discrepantes que, desde un lado, reclamaban una mayor atención a la tradición industrial, reglamentista y proteccionista, propia de los intendentes y los responsables de las manufacturas reales, y, desde el contrario, apostaban por transformar la agricultura en el eje único del desarrollo económico español, incluso en un régimen de virtual librecambio de los granos y frutos agrarios, tal y como defendió en 1761 el próspero e influyente comerciante vascofrancés Aragorri (vid. 3.2). La discusión por tanto se focalizó principalmente en el sector productivo sobre el cual debía pivotar el desarrollo económico español. Su finalidad inmediata era influir en las autoridades políticas claves de esos años, Esquilache, *il Grossolano*, Ministro de Hacienda, o Grimaldi, *il Colto*, Secretario de Estado, en los ámbitos que constituían

las prioridades de su acción gubernamental. De hecho, las cardinales reformas de 1765 de los comercios de grano y colonial fueron resultados notorios de este intenso debate. En él afloró la influencia de cuatro autores principales: Cantillon, esencial en la comprensión de los escritos de Craywinkel, elaborados entre 1760 y 1763 (vid. 3.1); Accarias de Serionne, objeto de un plagio —o más estrictamente una versión “pirata”— por parte del mencionado Arago (1761); y, por último, Forbonnais y Herbert, cuyos escritos atraviesan transversalmente toda la publicística del fértil decenio 1755-1765.

IX.

Fue en este terreno, tanto doctrinal como aplicado, donde emergió con toda su personalidad Forbonnais, como el autor clave de cara a interiorizar en España los innovadores principios de la “ciencia del comercio” durante el primer gobierno de Carlos III (vid. 3.3). Sin ser su única obra conocida y utilizada en España, esa función fue cubierta por sus *Éléments du commerce* (1754). Su versión, realizada por el ingeniero francés Lemaury y publicada en 1765, contenía en realidad la traducción de dos textos de este discípulo de Gournay: los propios *Éléments* y las *Reflexions sur la nécessité de comprendre l'étude du commerce et des finances dans celle de la politique* (1753). En ese segundo escrito se aclaraban los principios metodológicos de la nueva ciencia, se reconocía su trascendencia (insoslayable) para el desarrollo de una correcta política y, por ello, la necesidad de que las autoridades y los altos funcionarios de educasen en ella. Se trataba, en suma, del primer escrito de la Ilustración española que trataba de fijar las reglas metodológicas de la nueva “ciencia del comercio”.

Los distintos cambios, omisiones y censuras que introdujo Lemaury en su versión ponen de relieve que ésta no sólo fue diseñada para que se insertara en el fecundo debate doctrinal y reformador que la acogía, sino también para que desempeñara en él un papel de baluarte en defensa de las posiciones “oficiales”. Lemaury transformaba su traducción en una auténtica caja de resonancia en demanda de reformas inmediatas para la Monarquía española y explicaba, con un sentido general, que “todo lector inteligente” sabría apreciar que el detallado programa expuesto en la obra de Forbonnais para Francia era fácilmente aplicable también en España. Observación con un alto sentido político si tenemos en cuenta que tan solo dos años antes de publicada la traducción esos dos países habían firmado el Tercer Pacto de Familia con importantes compromisos mutuos en el ámbito del desarrollo comercial. Ello nos lleva a pensar que, en realidad, Lemaury

podría estar respondiendo con su traducción a una demanda solapada proveniente de alguna influyente autoridad, con toda probabilidad Campomanes. En cualquier caso, su versión parecía responder a la necesidad de que las nuevas elites políticas españolas dispusieran de una obra general sobre la nueva “ciencia del comercio”, de una especie de guión armónico de principios que pudieran resultar útiles para guiar las reformas. De hecho, el contraste de esa traducción con el resto de las coetáneas era flagrante: las versiones de Dangeul, Serionne, Mirabeau, Thomas o Herbert, además normalmente de ser incompletas, se realizaron como instrumentos para dar cobertura a reformas concretas en ciernes. La de Forbonnais, en cambio, era la primera prácticamente íntegra; además presentaba el importante rasgo distintivo de ofrecer una síntesis ordenada y detallada de los principios generales en todas las ramas de esa nueva ciencia; era, en realidad, la primera traducción de toda la Ilustración española que respondía a ese propósito.

Tampoco resulta casual, en esta misma línea, que Forbonnais fuera el canal de llegada a España de las técnicas cuantitativas de la Aritmética Política. Entendida primordialmente como una ciencia de gobierno imprescindible para la elaboración de política públicas correctas, ésta llegó a España a través de dos traducciones de Campomanes y Arriquíbar (de 1759 y 1765), inspiradas en la traducción francesa que Forbonnais había realizado en 1753 del ensayo sobre *Political Arithmetick* del inglés Davenant. A partir de esa fecha, sus principios fueron adoptados como la metodología precisa de la ciencia del comercio. De manera muy significativa, Lemaire reformulara el título de su traducción, para pasar a denominar la obra original como “Elementos de la ciencia de la administración política del comercio”.

La traducción de Lemaire abrió una fase muy intensa de diseminación en España de las ideas de Forbonnais. El intenso uso de sus escritos entre los economistas de ese período (Graef, Campomanes, Ward, Arriquíbar, Aragorri o Narros) en ningún caso puede calificarse como marginal. Pero más allá de la controversia que sigue suscitando la caracterización precisa de su obra (¿“mercantilista” *avant la lettre* o liberal igualitario?), resulta obligado subrayar que con la llegada de la misma a España, la cultura económica de sus Luces pasó definitivamente a ser algo más que la herencia viva de Uztáriz y Ulloa, autores que precisamente habían sido traducidos al francés en 1753 por el propio Forbonnais y

su cercano colega Danguel, respectivamente⁵⁵. Los *Éléments du commerce* fueron un texto esencial para perfilar un modelo de desarrollo basado en la prioridad de la agricultura, en la manera de armonizar adecuadamente ésta con el desarrollo paralelo de la industria, en perfilar un proteccionismo arancelario más moderado y selectivo y en establecer que la libre competencia —un principio en general extraño a Uztáriz y Ulloa— constituía el primer fundamento del comercio interior y exterior, es decir, de la política⁵⁶. Por tanto, a través del antifisiócrata Forbonnais, se trasladaron a España los principios de *liberté et protection* característicos del círculo de Gournay y, con ellos, la batalla contra las subvenciones, los monopolios y los privilegios. Como señaló agudamente Venturi, tanto Forbonnais como el grupo de Gournay en su conjunto, representaban la “punta liberal de una voluntad reformadora que operaba en el seno del absolutismo ilustrado”⁵⁷.

En ese mismo campo de batalla se emplazó Herbert, el segundo autor más influyente en el debate del decenio 1755-1765. Sus dos escritos conocidos tuvieron como objeto la economía agraria. El segundo, el *Discours sur les vignes* (1756), tuvo una importancia muy marginal; en cambio, el primero, el *Essai sur la police générale des grains*, fue uno de los tratados de economía agraria más exitoso de todo el siglo XVIII europeo. Este insigne miembro del círculo de Gournay realizó dos versiones del mismo, con contenido y extensión dispares. La primera no parecía destinada a ser publicada, pero finalmente lo fue en septiembre de 1753. Se reeditó en Londres, en 1754, y luego en Dresde, ese mismo año, junto a la obra de Plumard de Danguel, *Remarques sur les avantages et les désavantages de la France et de la Grande-Bretagne*. Una edición parcial del mismo se publicó en el *Journal Oeconomique*.

La segunda edición del *Essai*, mucho más extensa, fue, en definitiva, de nueva factura, si bien buena parte del contenido de la primera fue diseminada entre sus capítulos. Después de publicada en 1753, conoció numerosas reediciones en Francia durante los años posteriores (1755, 1757, 1772, 1775, etc.) y fue objeto de análisis críticos —el más importante fue el *Supplément à l'Essai sur la police*

⁵⁵ Niccolò Guasti, “Forbonnais e Plumard traduttori di Uztáriz e Ulloa”, *Il pensiero económico italiano*, 8-2, 2000, pp. 71-07.

⁵⁶ Antonella Alimento, “La concurrence comme politique moderne. La contribution de l'École de Gournay à la naissance d'un sphère publique dans la France des années 1750-1760”, en Jesús Astigarraga y Javier Usoz (eds.), *L'économie politique et la sphère publique dans le débat des Lumières*, Madrid, Casa Velázquez, 2013, pp. 213-227.

⁵⁷ Venturi, *Settecento riformatore*, vol. I, p. 569.

générale des grains de Jean-Gabriel Montaudouin de La Touche—. Su idea esencial era que la agricultura era el sector central de la economía, y el comercio de granos y los frutos agarios la actividad principal para promover su desarrollo. El grano debía dejar de ser un “objeto de subsistencia” para pasar a ser un “objeto de comercio”, lo cual significaba proceder a una reforma en profundidad de las viejas leyes de granos. De ahí que Herbert dirigiera su análisis crítico a la tradicional *police* francesa, tanto a sus *réglemens* como al *Traité de la police* de Nicolas de La Mare, texto arquetipo de esa visión conservadora. Frente a ésta, ligada a la defensa de los intereses del consumidor, se oponía una economía agraria fundamentada en el comerciante privado, que se hallaba regida por la competencia y un liberalismo moderado y que pivotaba sobre el ejercicio de los derechos individuales de libertad y propiedad: en el *Essai* se invocaba la autoridad de Newton y Locke. Todo ello se traducía en una defensa del libre comercio interior de los granos, pero, a diferencia de lo que propondrán los fisiócratas, Herbert era contrario a su libre exportación, si bien, frente al sistema tradicional de permisos particulares, en esta segunda edición del *Essai* abogó por el nivel de precios interiores como regulador del tráfico exportador.

El éxito internacional indiscutible de este tratado alcanzó también a España donde fue uno de los textos económicos más exitoso de todo el siglo XVIII. Fue traducido en tres ocasiones y ejerció una influencia central en el debate sobre el comercio de granos que tuvo lugar en las seis décadas previas a la Constitución de Cádiz, desde Campomanes y Arriquíbar hasta Sisternes o Jovellanos. No obstante, su relevancia se extendió más allá de la mera esfera de la diseminación: el *Essai* dio inicio en la Ilustración española al ciclo de traducciones inducidas por motivos esencialmente políticos: sus tres versiones publicadas en 1755, 1765 y 1795, operaron como auténticas piezas instrumentales en defensa de las reformas agrarias coetáneas. Si, como veremos, la última se inscribe en el cambio legislativo de 1790, que supuso el fin del ciclo agrario liberalizador de la segunda mitad del siglo XVIII, las dos primeras en cambio aparecen directamente relacionadas con las dos reformas liberales de 1756-1757 y 1765.

La traducción de 1755 subraya la fortuna internacional de la primera y más reducida edición del *Essai*, que, como se ha señalado, circuló junto a la obra de Dangeul. Precisamente, ésta fue la fuente empleada por el traductor español, Francisco de la Quintana. Su versión contenía la traducción de dos textos: junto a la primera edición del *Essai* de Herbert, figuraba únicamente el capítulo “*Productions naturelles de l’Angleterre*” del extenso libro de Dangeul, dedicado a explicar la

política agraria y del comercio de granos británica. Ambas traducciones eran íntegras, sin censuras ni notas. Frente a la tradición económica de Uztáriz y Ulloa, esta primera traducción en España de textos económicos del núcleo de Gournay tenía como finalidad resituar a la agricultura y al comercio de los granos en el centro del desarrollo económico español siguiendo los principios liberales moderados de su autor. El traductor español no objetaba nada contra ellos. Tampoco lo hacía respecto a las exitosas leyes británicas del comercio del grano establecidas a partir de 1689, en particular, a la política de gratificación de las exportaciones, particularmente elogiada por Dangeul. En suma, como había sucedido en Francia —Herbert y Gournay fueron los ideólogos de la reforma agraria de 1753—, la traducción española aparecía directamente relacionada con la inminente reforma del comercio de los granos que se decretó en 1756-1757. Esta reforma supuso una cierta permisibilidad a la exportación de los granos, a condición de que el precio interior se mantuviera por debajo de determinados niveles, y en particular su libre circulación interior, al eximirlos de las guías y tornaguías con fianza.

La traducción de 1765 tuvo como fuente la segunda edición del *Essai*. Sin embargo, no fue una versión íntegra. Constaba de dos partes. En la primera se glosaban las ideas de Herbert. José López, el traductor, sólo empleaba seis capítulos de los diez originales, eliminaba notas a pie de páginas, tablas con contenido cuantitativo sobre la evolución del comercio de granos y el apéndice final "*Essai sur l'agriculture*". A cambio, añadía algunas referencias a la situación del comercio de granos en España y elogiaba las medidas adoptadas por el Consejo de Castilla. Esta era la finalidad de la segunda parte de la obra, que era totalmente ajena al *Essai* original. En sus páginas el traductor exponía algunas ideas reformadoras que circulaban entonces en la Corte de Madrid y en los ambientes oficiales respecto a la cuestión agraria: la creación de una Junta o Sociedad oficial dedicada a la agricultura; la fundación de academias agrarias provinciales; la publicación de libros sobre agricultura práctica; o la promoción y la difusión de experiencias agrícolas. Todo ello se inspiraba en el "espíritu de comercio" británico. La agricultura debía basarse en el "interés personal" de labradores y comerciantes, para lo cual resultaba obligado decretar una "ordenanza general" sobre el comercio de los granos. Así pues, esta segunda traducción estaba directamente relacionada con la *Pragmática* de 11 de julio de 1765 que estableció en la Monarquía el libre comercio de granos y hubo de estar elaborada alrededor del círculo de poder del Fiscal Campomanes, autor de la *Respuesta fiscal sobre abolir la tasa* (1764), la obra que había inspirado más inmediatamente tal reforma

y que se considera especialmente deudora del *Essai* de Herbert⁵⁸. Se debía de decretar la libertad interior de los granos y, con relación a la exterior, adoptar el modelo inglés (gratificación de las exportaciones, control de las importaciones y navíos nacionales), algo que recogía unánimemente la visión de otros autores conocidos en España y favorables al “libre comercio”, como Forbonnais, Dangeul, Thomas o Melon.

X.

El conocimiento cada vez más preciso que se ha alcanzado de la evolución de la Economía Política en la Europa de la Ilustración ha incentivado la conciencia acerca del notable papel que esa ciencia desempeñó en la creación y la evolución de ese fenómeno poliédrico que se conoce como el “espacio” o la “esfera” públicos. De esta manera, al día de hoy, resulta posible indagar las interrelaciones que a lo largo del siglo XVIII imbricaron dos procesos coetáneos cuyo estudio se ha desarrollado de una manera extraordinaria en las últimas décadas: por un lado, la gradual aparición, en el doble ámbito de la historia intelectual y la historia cultural y social, de una esfera pública que fue operando con una libertad y una autonomía crecientes respecto al poder político y en la que germinaron categorías sociales de notable calado, como las propias del “público” o la “opinión pública”; y, por otro, la emergencia paulatina de la Economía Política como una de las ciencias mayores de la cultura de las Luces.

En el caso de España, esa imbricación comenzó a forjarse en los años cincuenta. La apuesta de sus elites económicas y políticas por el desarrollo en esos años de una “nueva política” sustentada en la “ciencia del comercio” conllevaba otra dimensión adicional. Esa ciencia se presentaba como un sujeto necesitado acuciantemente de una discusión pública más amplia que esas esferas ministeriales a las que se le había confinado tradicionalmente⁵⁹. La posibilidad de creación de esa esfera pública permanecía latente desde que en 1743 la hubiera planteado abiertamente Argumosa y, diez años después, en 1753, Graef hubiera insistido sobre esa misma idea. Regresó de una manera definitiva al centro de la escena española como un efecto de emulación de la política cultural desarrollada

⁵⁸ Vid, a este respecto, el magnífico análisis de Vicent Llobart, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 135 y ss.

⁵⁹ Sobre las relaciones entre la Ilustración, la Economía Política y la esfera pública, vid. John Robertson, “Enlightenment, Public Sphere and Political Economy”, en Jesús Astigarraga y Javier Usoz (eds.), *L'économie politique et la sphère publique*, pp. 9-32.

por el círculo de Gournay⁶⁰. Sus ejemplos más visibles fueron la política de traducciones de los autores comerciales británicos y españoles, y la elaboración de una tradística económico-política propia, de la mano autores ya mencionados, como Herbert, Danguel, Forbonnais o Coyer. Uno y otro vinieron a mostrar que los principios de esa ciencia emergente, al estar codificados en tratados al alcance del público, podían ser apropiados y adaptados fácilmente a otros marcos y contribuir así a solucionar los problemas locales.

No obstante, aunque operara la mediación francesa, el trasfondo de todo ello era lógicamente la Gran Bretaña parlamentaria. Allí las cuestiones políticas y económicas eran objeto de debate público desde 1690: no sólo existía una esfera pública, sino que ésta ya se hallaba en esencia politizada. Una parte de la opinión anglófila que se fue abriendo en España en esos años ponía precisamente su foco en la importancia que la actividad literaria de publicación de libros, traducciones y todos tipo de escritos sobre asuntos “políticos”, junto a la nueva sociabilidad articulada en academias y sociedades ilustradas, tenían en la determinación de unas políticas públicas adecuadas. En esa línea precisa, y teniendo como espejo Gran Bretaña, se habían ido manifestando durante los años sesenta autores como Arriquíbar, Ramos o Romà, siguiendo la estela de Graef. Desde esta óptica, las bondades de esas decisiones públicas no dependían solo de una correcta maquinaria administrativa y política, cuanto de la existencia de una esfera pública activa, instigadora y relativamente libre, que influía sobre esos mecanismos de poder y sus procesos de determinación política, todo lo cual redundaba en la mejora de la riqueza y el bienestar públicos. Seguramente, nadie lo expresó mejor que Marcoleta, uno de los traductores más insignes de la Ilustración española: en Gran Bretaña resultaban especialmente evidentes las ventajas sobre las interrelaciones cruzadas entre la publicación de escritos, la apertura de la “voz pública” y sus efectos en la legislación y las políticas públicas.

No obstante, la secular tradición española de las *covachuelas* que se encerraban en sí mismas para preservar las esencias de la “razón de Estado” encontró durante los años cincuenta sus mejores aliados en la Guerra de los Siete Años y el inminente cambio dinástico. Esa coyuntura no resultaba precisamente el mejor escenario para desnudar las misteriosas esferas reales y ministeriales, en particular, esos secretos de la Hacienda que mantenían viva la confianza en las posibilidades bélicas del país frente al siempre acechante enemigo externo. Por

⁶⁰ La política cultural de ese grupo, se explica en Robin J. Ives, “Political publicity and political economy in eighteenth century France”, *French History*, 17-1, 2003, pp. 1-18.

ello, la mayor parte de la tratadística económica española de ese período (los textos, entre otros, de Campomanes, Gándara, Ward o Arriquíbar) quedó inédita en su tiempo. Este juego de equilibrios acabó inclinándose en favor de la “nueva política” de la “esfera pública” como consecuencia del resultado de la Guerra. En ese momento las elites españolas aceptaron sin dilación que el triunfo de Gran Bretaña reposaba, más allá de los detalles de la contienda bélica, en la existencia de una “esfera pública” relativamente libre y dinámica, que incidía de manera decisiva tanto en solventar las complejidades de la “ciencia del comercio” como en su aplicación en forma de leyes parlamentarias. De esta manera, la creación de esa “esfera pública” pasó a ser considerada en España, desde mediados de los años sesenta, una auténtica cuestión de política de Estado, aunque ello supusiera minar una de las políticas más queridas por la tradición absolutista. Fue Campomanes el responsable de canonizar esa apuesta diez años después, en la introducción a sus *Apéndices a la educación popular de los artesanos*, el manifiesto central respecto a esta cuestión de toda la Ilustración española⁶¹. Como componente añadido positivo figuraba el nuevo “patriotismo” que llevaba consigo esa nueva tratadística económica, una de cuyas principales motivaciones era incitar a la nobleza a abandonar sus tradicionales inclinaciones agrarias y militares, y abrirse hacia el “comercio”. Ello era algo insoslayable si España quería interiorizar esas envidiadas máximas de la “ciencia del comercio”, que le permitieran volver a navegar en el bravío mar de los “celos del comercio”. El círculo de Gournay concebía esta necesaria reconceptualización de la nobleza a la luz de la emulación internacional y la rivalidad comercial.

La contribución de esa emergente “ciencia” a la creación de la esfera pública en España es perceptible en tres niveles diferentes. En primer lugar, en el de los actores o protagonistas, encarnados, en este caso, principalmente, en los propios escritores económicos del siglo XVIII. Si pensamos en Arriquíbar, Foronda, Normante, Cabarrús, Campomanes o Jovellanos, entre otros muchos, advertiremos de inmediato que no sólo tuvieron plena conciencia de la importancia de desarrollar en su país esa esfera pública a la que aludimos, sino que a través de estrategias diversas —sus propios escritos, ante todo— fomentaron nuevas dinámicas intelectuales y sociales para que aquélla pudiera ser una realidad. La propaganda a favor de la configuración de un espacio público que albergara las

⁶¹ Pedro Rodríguez de Campomanes, “Advertencia a los lectores patriotas”, en *Apéndice a la educación popular*, Madrid, Antonio Sancha, 1775-1777 (4 vol.), vol. I, 1775, pp. III-LII. Una visión completa en Niccolò Guasti, “Campomanes’ civil economy and the emergence of the public sphere in Spanish Ilustración”, en Jesús Astigarraga y Javier Usoz (eds.), *L’économie politique et la sphère publique dans le débat des Lumières*, pp. 229-244.

discusiones sobre materias político-económicas se convirtió en un tópico durante los años sesenta y setenta. Pero esa propaganda se intensificó y ganó en profundidad en el tramo final del siglo, el momento en que Foronda, Aguirre, Cabarrús o Salas emprendieron una auténtica cruzada a favor de la libertad de escribir, pergeñando una embrionaria “opinión pública” que fue cuajando como un sistema implícito de autoridad, hasta el grado absorber una cierta contestación política y determinadas formas de resistencia frente al poder absolutista.

En segundo lugar, no debe de olvidarse que la formación de esa esfera pública se sustanció en una serie de debates intergeneracionales y transnacionales, algunos de las cuales se caracterizaron por su indiscutible naturaleza económica. El debate sobre el comercio de granos o el hacendístico se convirtieron en marcos privilegiados para la creciente confrontación en la esfera pública. Y lo mismo puede decirse de otros, como los del lujo y la usura, que los ilustrados introdujeron gradualmente en ese espacio público, asumiendo para ello un combate especialmente virulento con las fuerzas de la censura y la Inquisición. En buena medida, la esfera pública española se construyó en torno a esos debates. Ello viene a incidir, a su vez, en el notable contenido político que los reformadores de la Ilustración española atribuyeron a la naciente ciencia económica. Precisamente, una de sus implicaciones más genuinamente políticas pudo consistir en su indiscutible protagonismo de cara a consolidar, de acuerdo con la expresión de Habermas, el “nuevo dominio de la esfera pública”⁶², esto es, a llegar a albergar en ésta, con todas sus consecuencias, discusiones de naturaleza económica acerca del correcto funcionamiento de la sociedad comercial que en realidad eran esencialmente políticas.

Por último, y también de forma muy expresiva, no debe de olvidarse la enorme relevancia que en el último tercio del siglo XVIII español cobraron instituciones de contenido económico, fundamentales en la cultura de la sociabilidad ilustrada y el desarrollo de esa esfera pública. Este fue el caso particular de las sociedades económicas, las cátedras de Economía Política y Comercio o las publicaciones periódicas con un contenido económico sustancial. Actores, reformas e instituciones se pusieron así al servicio de la apertura y el desarrollo de una esfera pública cuya creación y desarrollo debieron mucho a la Economía Política.

⁶² Jürgen, Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere: an Inquiry into a category of Bourgeois Society*, Cambridge (MA), MIT Press, 1989.

XI.

El fin de la Guerra de los Siete Años, con sus traumáticas consecuencias para el eje de los países borbónicos, abrió una etapa relativamente nueva en la cultura político-económica de la Ilustración española. Si, como se ha visto, desde mediados de los años cincuenta había comenzado la diseminación en España de escritos acerca de las bondades de las políticas comerciales británicas, en particular, los relativos a las colonias y el comercio de los granos, la firma del Tratado de París (1763) instigó un tipo de reflexión más ambiciosa, siempre teniendo como trasfondo el ejemplar, y entonces más que nunca envidiado, modelo británico.

Un conjunto notable y cuantioso de traducciones publicadas en las dos décadas posteriores al Tratado pone de relieve que en el corazón mismo de la Ilustración española fue espoleado un debate, relativamente plural y ya expuesto al desnudo en la esfera pública, cuya finalidad era realizar una evaluación detallada del modelo económico y político británico. No resulta en absoluto casual que el foco principal de este debate se localizara en la Secretaría de la Hacienda, una vez comenzara a ser dirigida en 1766 por Múzquiz. De su seno surgieron las principales traducciones que trataron de exponer esa evaluación. La Hacienda, de la mano principalmente de Marcoleta y Torre Mollinedo, se convirtió así en el principal canal de transmisión en España del debate sobre la “anglofobia” y la “anglofilia” que anegaba entonces todos los círculos ilustrados europeos. Como se explica con detalle en el capítulo 4 de esta Tesis Doctoral, Gran Bretaña era enemigo militar, rival comercial, pero también podía representar al mismo tiempo un modelo político y económico para una monarquía como la española cuyas debilidades habían quedado particularmente al desnudo durante el desastre de la Guerra, en particular tras la dramática toma por la armada británica de La Habana y Manila. En ese capítulo se reconstruye la imagen de Gran Bretaña en España desde el prisma de la tratadística político-económica durante el período que transcurrió 1767, cuando se publicó una traducción al español del clásico tratado político de John Chamberlayne, *Magnæ Britannix Notitia*, hasta que casi veinte años después, en 1785, coincidiendo con la muerte del Ministro Múzquiz, el Duque de Almodóvar diera a la luz su peculiar y conocida versión de la *Constitución de Inglaterra*.

Este debate estuvo presidido por dos ideas que lo atraviesan transversalmente y que se hacen presentes ya en la primera traducción citada: el

mencionado tratado de Chamberlayne que, significativamente, iba dedicada al Presidente del Consejo de Castilla, el Conde de Aranda. La primera idea partía del reconocimiento de que el éxito de las elogiadas leyes comerciales británicas era en realidad la razón no sólo de su indiscutible hegemonía económica en la esfera internacional, cuanto también de la militar: en las virtudes del comercio como el auténtico sostén de los sistemas políticos —cualquiera que fuese su forma concreta— radicaba la explicación del triunfo británico en el último conflicto bélico. Al mismo tiempo, en segundo lugar, esas leyes comerciales no podían explicarse al margen del particular sistema político británico dado que eran, en suma, un resultado directo de él. De esta manera, a partir de los años sesenta, ante los ojos de los ilustrados españoles, esas leyes comerciales y políticas británicas comenzaron a presentarse estrechamente entrelazadas, sin que en realidad fuese posible disociarlas. La lectura de esta segunda idea por parte de esos ilustrados era la lógica: la solución a los problemas de su depauperada y vetusta monarquía no pasaban solo por la aceptación de la sociedad comercial cuanto también eventualmente del sistema parlamentario británico.

Ciertamente, el análisis de las ventajas y desventajas del sistema británico dividió a la elites ilustradas españolas una vez finalizada la Guerra. Un buen ejemplo de ello lo ofrece la prensa periódica de la época (vid. 4.2). Dos de los periodistas más insignes de la misma, Nifo y Saura, realizaron sendas lecturas antagónicas acerca de esa cuestión: la “anglofobia” del primero y la “anglofilia” del segundo tenían una de sus principales justificaciones en sus posiciones totalmente enfrentadas respecto a la sociedad comercial, tal y como había sido modelada en tierras británicas: al tiempo que el primero se oponía frontalmente a él, para así proseguir anudado a la tradicional y conservadora *oikonomía*, el segundo abría su periódico sin tapujos a los principios de la “ciencia del comercio”, así como a la literatura británica que la fundamentaba. En el trasfondo de esta discrepancia se hallaba la diseminación que estaban conociendo en España las ideas del círculo de Gournay a través principalmente de dos iniciativas periodísticas concretas: el *Journal Oeconomique* y el *Journal de Commerce*.

Precisamente, el círculo de Gournay desempeñó un papel central en la introducción en España de las ideas que comenzaron a relacionar el comercio con el *ethos* republicano. Esta cuestión debió mucho a las obras de cuatro autores miembros del mismo. Se trató concretamente de Butel-Dumont, Plumard de Danguel, Goudar y Coyer, cuyas traducciones españolas vieron la luz entre 1768 y 1781 (vid. 4.1). Su punto de partida era la veta anglófila característica —si bien, no

unánime— de ese círculo: Gran Bretaña se había convertido en una especie de “escuela de Política” para el resto de países europeos, y la razón de ello se hallaba esencialmente en su constitución política. A partir de este principio, en la excelente traducción de Danguel, de la mano de Marcoleta, se desarrollaba el pormenorizado análisis de su autor respecto a las ventajas del sistema británico frente al francés. Dangeul insistía en las virtudes de la participación política y mostraba su admiración hacia un régimen en el que toda la nación decidía sobre sus leyes. Su argumentación desembocaba así en la defensa del componente republicano de su sistema político, al cual se debía también el óptimo estado de su comercio. El mecanismo esencial era la “noble emulación” que incitaba el honor de todos los ciudadanos de convertirse en miembros del Parlamento: cada ciudadano participaba —o se imaginaba participar— en las tareas de gobierno, algo más decisivo aún si se tenía presente que en ello participaban también los comerciantes. Esta emulación social generaba este nuevo patriotismo del bien público republicano. Dangeul ponía el foco en dos elementos centrales. Y ambos subrayan la dimensión republicana de su análisis. El primero era eliminar de raíz todos los perjuicios hacia el comercio; y el segundo, ligado con él, la igualdad. Danguel percibía comparativamente Francia como una país especialmente dañado por la mala distribución de las riquezas. La igualdad, un valor adscrito a los sistemas republicanos, se situaba así en el centro de ese proyecto de monarquía francesa remodelada al que él aspiraba. Y la vía más expedita para lograrlo era la generalización del comercio.

Así lo reconocía también Goudar, cuya traducción, también de buena factura, fue debida a Marcoleta. Desde una perspectiva más anglófila aún que la de Danguel, este seguidor de Gournay venía a sostener sin tapujos que en todos los estados —incluso en los absolutos— había ramas de las administración que debían ser absolutamente republicanas. Mientras, el único sistema que podía hacer viable ello era el libre comercio. Goudar desbrozaba dos vías para mostrar la ligazón entre el comercio libre y este régimen con incrustaciones republicanas. En primer lugar, la libertad de comercio era la mejor garantía para alcanzar un sistema más igualitario, y ello se convertía en el mejor sustrato para mantener la unión entre los ciudadanos y garantizar su contribución al bien del Estado. En segundo lugar, esa libertad excitaba la emulación, dado que constituía el mejor mecanismo para repartir el talento entre quienes participaban en el comercio, y todo ello redundaba en el bienestar general.

La traducción de la famosa y polémica *La noblesse commerçante* (1756) de Coyer, publicada en 1781, además de roturar en la secular corriente española partidaria de redefinir el estatus económico de la nobleza, lo hacía también en estas mismas ideas acerca de la “república del comercio”. La versión, obra de José María Espinosa, contando con el respaldo de la Sociedad Mallorquina, era de gran calidad, íntegra y casi libre de censuras. En su inusualmente extenso “Discurso preliminar”, el traductor ahondaba en el enfoque republicano de Coyer; en su ataque a la nobleza por querer seguir atada a sus funciones sociales clásicas; en su apuesta por la igualdad; y en su defensa del comercio como una actividad libre, de utilidad universal y carente de barreras de entrada. Y, también como Coyer, Cantabrana entrelazaba las utilidades individual y pública que acarreaba el ejercicio del comercio, en suma, subrayaba el vínculo entre el interés propio y la virtud cívica, entendida ésta como la capacidad de servir voluntariamente al bien público. De esta manera, se consumaba la ligazón entre el comercio y la república. Portador pleno de las virtudes republicanas, el comercio adquiriría así el estatus de un nuevo modelo positivo de la sociedad, que permitía denunciar la pretensión de la nobleza de continuar capitalizando el sistema de valores globales de la misma. Suponía una especie de “Economía Política de la virtud”, en palabras de Shovlin, una reconsideración profunda de las clásicas relaciones que unían la virtud con el comercio y el honor⁶³. Pero, junto a todo ello, la magnífica traducción de Cantabrana parecía responder a una estrategia política más precisa. Venía a mostrar que la defensa de la “nobleza comerciante” se había convertido en un asunto de la máxima prioridad política en las altas esferas de la Monarquía española, algo relacionado, con toda probabilidad, con la apertura en 1778 de la nueva fase del *comercio libre* con los enclaves coloniales. La versión parecía destinada a servir de cortafuegos para evitar un debate virulento similar al que había despertado en Francia el libro de Coyer: oponerse a la “nobleza comerciante” era tanto como hacerlo a las “leyes fundamentales de la Monarquía” y, en suma, a la voluntad suprema del soberano.

El examen del sistema británico tuvo un último y muy activo foco en el debate que suscitó en el último tercio del siglo XVIII la cuestión del endeudamiento público. Diversas traducciones realizadas en los años sesenta y setenta tenían como trasfondo este problema, de índole no sólo económico, cuanto esencialmente político: en suma, se planteaba, como un mecanismo de creación de “opinión” entre

⁶³ John Shovlin, *The Political Economy of Virtue: Luxury, Patriotism, and the Origins of the French Revolution*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, 2006, y, complementariamente, Arnault Skornicki, *L'économiste, la cour et la patrie*, París, CNRS éditions, 2011, pp. 128 y ss.

las elites españolas respecto al estado presente del admirado sistema político británico, así como de “confianza” respecto a su viabilidad futura. Sonenscher ha explicado con mucho detalle que este problema no fue ciertamente marginal en el contenido de las polémicas intelectuales de la Ilustración europea en su conjunto, cuanto uno de sus focos centrales durante el medio siglo que precedió a la Revolución francesa, por cuanto operó como un auténtico disolvente de estructuras vertebrales del Antiguo Régimen⁶⁴. En el caso español, aunque ya presente en las décadas previas a la Guerra de los Siete Años, se situó, después de ésta, en el centro de la escena. La razón de ello es que el conflicto bélico había alterado profundamente no solo las estructuras financieras de los países contendientes, principalmente las de Gran Bretaña y Francia, sino el sistema crediticio europeo en su conjunto⁶⁵. La cuestión de la deuda pública fue utilizada por este motivo por los traductores españoles como una especie de *piedra de toque* de la validez del sistema británico en su conjunto: la tendencia a la financiación a través de deuda pública, exponencialmente creciente durante el conflicto bélico, ponía a Gran Bretaña aparentemente al borde del abismo: en la conocida disyuntiva lapidaria de Hume, o la nación destruía el crédito o el crédito destruía la nación.

El caso más expresivo de este devastador análisis de Gran Bretaña y de su incierto futuro como nación se reflejó de manera inmejorable en las traducciones de los escritos del exministro de Hacienda británico Grenville, a quien se apuntaba como causante principal de la supuesta catástrofe (vid. 4.3). Estas versiones se apoyaron en las publicadas pocos años después, también de la mano de Marcoleta, de los tratados del publicista francés, asentado en tierras autro-húngaras, Jacques Accarias de Serionne, no exentas de una intensa polémica en su llegada a España (vid. 4.4 y 4.5). Su traducción de *La Richesse de l'Angleterre* (1771), publicada en 1774, fue uno de los textos más anglófobos de toda la Ilustración española: en él, frente a las bondades de la monarquía absoluta, su sistema político y económico aparecía duramente sancionado. Pero además de estos ejes centrales, otras traducciones sirvieron de eco de este vertebral debate que se canalizó esencialmente a través de la Secretaría de Hacienda. Mientras las de Bielfeld, realizada por Torre Mollinedo, o Goudar, por Marcoleta, venían a reconocer las bondades económicas del crédito público y su correcto uso como política de Estado

⁶⁴ Michael Sonenscher, *Before the Deluge: Public Debt, Inequality, and the Intellectual Origins of the French Revolution*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2007.

⁶⁵ Vid., en particular, Michael Kwass, *Privilege and the Politics of Taxation in Eighteenth-Century France, Liberté, égalité, fiscalité*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

por parte de Gran Bretaña, la de Dangeul, también obra de Marcoleta, utilizaba ese argumento para contrarestar la profunda visión anglófila del sistema británico que se desprendía del libro de este discípulo de Gournay (vid. 4.1 y 4.5). En definitiva, el debate estuvo presidido por la pluralidad, todo un símbolo de la dilatación que conocía la emergente esfera pública española.

XII.

Los años centrales de la década de los setenta fueron particularmente intensos en lo que se refiere a la traducción y la circulación en España de textos económico-políticos. En menos de dos años, a lo largo de 1774 y 1775, coincidiendo con el inicio de la publicación de los seis tomos de los vertebrales *Discursos* de Campomanes, vieron la luz las versiones de tres autores de enorme relieve en el conjunto de la Ilustración europea: Dragonetti, Galiani y Beccaria. Si, al mismo tiempo, tenemos presente que en esos mismos años se inició la diseminación en España de los *arrêts* liberales de Turgot al frente del Ministerio de Hacienda francés, debemos concluir que la densidad característica de ese bienio abrió una auténtica encrucijada sobre la senda adecuada para el reformismo ilustrado español, con opciones más radicales (Turgot) que se sobreponían a las de un reformismo más templado y gradual (Galiani).

La nota más característica de ese bienio fue la fuente de procedencia de las ideas foráneas. Los tres autores traducidos procedían del ámbito italiano, en concreto, del Nápoles borbónico (Dragonetti y Galiani) y la Lombardía austríaca (Beccaria). Parece razonable, por tanto, aludir a la existencia de un giro italiano en la Ilustración española sobrevenido durante ese bienio. Hasta esa fecha sólo la obra de Muratori había tenido una audiencia, si bien notable, entre los ilustrados españoles de la etapa *temprana*, al tiempo que la publicística económico-política francesa del núcleo de Gournay había hegemonizado la agenda traductora durante las dos décadas previas. Esta apertura hacia el mundo italiano tiene sin duda mucho que ver con las propias características de la Ilustración italiana. Venturi ha explicado muy bien cómo a partir de los años sesenta se desarrolló un intenso proceso de recepción y adaptación de las ideas ilustradas del norte europeo al contexto plural de los distintos estados italianos. La publicística en la península italiana se había comenzado a desarrollar con cierta notoriedad en los años sesenta, alrededor de *Il Caffé* en la Lombardía austríaca y el núcleo de Genovesi y Galiani en el Nápoles borbónico. Los productos intelectuales surgidos en ellos constituían fuentes de emulación en temas prioritarios en la agenda reformadora

de Carlos III, como la reforma penal (Dragonetti y Beccaria) o la económica (Galiani), en cuanto que expresivos ejemplos de aclimatación de ideas foráneas a contextos diversos, en muchos casos, como el napolitano, muy afines al español.

En el ámbito económico-político, el autor más destacado de ese prolífico bienio fue Ferdinando Galiani. El extenso capítulo que se presenta en esta Tesis Doctoral acerca de él pretende dejar constancia de su enorme relevancia en el proceso europeo de emergencia de la Economía Política durante el siglo de la Ilustración. El célebre *abbé* napolitano fue autor de dos libros, *Della Moneta* (1748) y *Dialogues sur le commerce des blés* (1770), que han sido considerados claves en los ámbitos, por un lado, de la teoría monetaria y del valor y, por otro, de la teoría de la política económica. No obstante, como fue habitual en todo el ámbito europeo, mientras que la fortuna en España del primero fue muy escasa, la del segundo fue ciertamente excepcional. Nos hallamos ante uno de los tratados económicos más exitosos de toda la Ilustración económica española. A pesar de ello, hasta la fecha no se había emprendido una interpretación precisa de las razones de este éxito, así como del factor que lo propició, es decir, la traducción española de esa obra: los *Diálogos sobre el comercio de trigo* (1775). Esta es la problemática principal que se aborda en los cuatro epígrafes que componen este capítulo.

Una correcta interpretación de esta cuestión obliga, en primer lugar, a indagar acerca de las relaciones que mantuvo Galiani con el mundo político español de su tiempo. Su poliédrica figura como economista, diplomático, consultor y alto funcionario del *Regno delle Due Sicilie*, durante 1759 y 1787, contribuyó a que su nexo con ese mundo fuera mucho más estrecho que el de esos otros insignes ilustrados napolitanos —Genovesi, Dragonetti o Filangieri— con los que el abate compartió responsabilidades en las altas esferas de la política napolitana. Galiani no solo fue muy conocido entre las elites políticas y reformadoras de la España de Carlos III, sino que cultivó estrechas relaciones, tanto personales como a través de la correspondencia, con actores políticos esenciales del reinado de Carlos III durante esas casi tres décadas que prestó sus servicios al *Regno*. De esta manera, el *trasfondo español* de Galiani fue sin duda mucho más allá que el mero comercio intelectual relativo a la recepción y la circulación de sus escritos, en particular, de los mencionados *Dialogues*, en el ámbito de la Monarquía española. El vínculo principal con ésta lo estableció Galiani especialmente a través de los diplomáticos españoles arraigados en el París de los años sesenta y setenta, coincidiendo con el decenio (1759-1769) que él pasó en la

capital francesa trabajando para Tanucci como secretario —y en suma “hombre fuerte”— de la embajada de Nápoles. De manera poco explicable, si bien justificada en parte debido a la imposibilidad de acceder a la vertiente española de la correspondencia de Galiani, aún al día de hoy se carece de un estudio sobre las relaciones entre Galiani y España, cuando en cambio existen otros acerca de las que mantuvo con Francia, Italia e, incluso, Alemania.

Los dos primeros epígrafes de este capítulo tratan precisamente de solventar esa inexplicable laguna (vid. 6.1 y 6.2). El primero se sumerge en las relaciones de Galiani con las redes políticas y diplomáticas españolas. En éstas halló no sólo un espacio fundamental para el cultivo de las relaciones humanas, sino también un baluarte que le permitió afianzar su influencia en los círculos ilustrados de París — el “*café de l’Europe*”, los denominaba él— y también pergeñar a lo largo de 1769 sus *Dialogues*. De esta manera, una interpretación correcta de la carrera política e intelectual de Galiani debe integrar esta mirada sobre su vertiente española.

La llegada de Galiani a París a inicios de 1759 poseía un elevado contenido político (vid. 6.1). Aconteció en plena Guerra de los Siete Años —si bien antes de que España entrara en el conflicto bélico— y seis meses antes de que, con motivo del fallecimiento Fernando VI, *Carlo di Borbone* heredara el trono de España y dejara Nápoles en manos de un Rey niño y un Consejo de Regencia. Ante estas circunstancias, resultaba más perentorio que nunca para el *Regno* reafirmar su autonomía reconquistada en 1734 respecto, por un lado, las cortes borbónicas y, por otro, el poder austríaco, cuya tirón envolvente sobre Nápoles era cada vez más intenso. Esta presencia del sagaz Galiani en París se hizo más necesaria tras la firma en agosto de 1761 por Francia y España del Tercer Pacto de Familia. Es conocido que, aunque este Pacto no fuera aceptado por el *Regno*, éste quedó acoplado en cuanto a su política exterior y comercial a su órbita. En la decisión de Tanucci contraria a firmarlo primaron su tradicional hostilidad hacia Francia y su temor a su injerencia en los asuntos napolitanos. Desde su embajada parisina, Galiani, no solo compartió esta orientación de Tanucci, sino que fue un auténtico precursor de la misma.

El Pacto acotó perfectamente el terreno en el que hubo de operar el joven diplomático Galiani. En su funcionamiento práctico, el Pacto mostró rápidamente su jerarquía interna. La principal beneficiaria del mismo fue Francia, algo implícito en la lógica del acuerdo firmado. Esa lógica comportaba numerosas asimetrías — principalmente comerciales— difíciles de gestionar: mientras Nápoles carecía de

un acuerdo comercial con Francia, España estaba obligada con el *Regno* por sus viejos tratados; por tanto, Nápoles necesitaba de la mediación de España para hacer valer sus intereses ante el omnímodo Choiseul. Éste era plenamente consciente de que Galiani había sido destinado a París para combatir el deseo de Francia de vincular a Nápoles a ese Pacto. Por otra parte, Nápoles se hallaba mucho más próximo a España, debido al estrecho vínculo de parentesco entre sus dos monarcas y a la densa infiltración de elementos españoles en el gobierno de las *Due Sicilie* tras su constitución en 1734 como reino autónomo. Así pues, en el París de los años sesenta, Galiani estaba obligado a cultivar una relación privilegiada con los diplomáticos españoles allí desplazados y, a través de ellos, con las líneas políticas de la Monarquía española. Además, servir a Tanucci era también estar estrechamente vinculado a la política de Carlos III, a quien Galiani, aún muchos años después de que éste abandonara Nápoles, seguía tratando como su auténtico monarca.

Las relaciones de Galiani con los diplomáticos españoles cobraron toda su esplendor durante el decenio en el que la embajada española fue dirigida por el Conde de Fuentes (1763-1773), tras un breve paso por ella de Grimaldi. Estrechamente vinculado a Aranda, por lazos familiares y políticos, Fuentes abrió a Galiani a quienes serán sus principales personas de confianza en París: el marqués de Mora, el príncipe Pignatelli, Fernando Magallón y el duque de Villahermosa. Con ellos mantendrá Galiani una relación que se extenderá durante casi un par de decenios. Esta circunstancia le permitió al napolitano mantener un canal privilegiado de comunicación con la alta política española de su tiempo, así como de influencia con las elites que la protagonizaban. El grupo organizado alrededor de Fuentes era un núcleo esencialmente familiar, enraizado en los altos extractos de la nobleza, originario de Aragón y muy próspero económicamente. Poseía una poderosa proyección en el ámbito de las relaciones diplomáticas del reinado de Carlos III, en conexión permanente, a través incluso de relaciones familiares, con algunos de los diplomáticos napolitanos más relevantes de su tiempo. Por último, se trataba de un núcleo muy influyente en la política de ese reinado, no sólo en su tierra aragonesa de origen, cuanto en la política de reformas al más alto nivel de la Monarquía, en particular, a través de la ubicua presencia del partido "aragonés" que dirigía Aranda, al cual prestaron sus servicios todos los miembros más destacados de ese núcleo.

Durante su decenio parisino, Galiani encontró en ese núcleo su principal valedor en el mundo parisino para solventar los problemas de gestión del Pacto de

Familia, en particular, los de naturaleza comercial: el contrabando y la cláusula de reciprocidad (artículos 24 y 25). Esos problemas desataron una auténtica guerra comercial entre Nápoles y Francia —entre Tanucci y Choiseul—, que requirió de la paciente mediación española (vid. 6.2). La documentación diplomática y la correspondencia entre Tanucci y Galiani ponen de relieve que éste último fue el auténtico gestor del Pacto de Familia en París, desde el lado napolitano, mientras que el eficiente y fiel Fernando Magallón lo fue desde el español. En esos años hubo sin duda de tejerse la relación de amistad entre los dos secretarios de embajadas que se extenderá largamente en el tiempo. Frente a las desconfianzas iniciales de Tanucci, gracias precisamente a Magallón y Galiani, España y Nápoles fueron entrelazando una acción coordinada para solventar los problemas generados por los artículos comerciales del Pacto, tratando de acotar, si bien con poco éxito, la política agresiva desarrollada por Francia. Ya después de su regreso a Nápoles, a fines de 1769, Galiani seguirá utilizando de manera muy intensa sus contactos con el *chevalier* Magallón con el objetivo, finalmente fallido, de retornar a París.

Las relaciones que Galiani estableció con el mundo diplomático español extendieron también su sombra sobre el proceso de gestación y de circulación de sus *Dialogues*. En el epígrafe tercero de este capítulo se reconstruye con detalle estas cuestiones (vid. 6.3). Su punto de partida es una reconsideración de la génesis de los *Dialogues*. En el trasfondo del texto de Galiani y de su aguda crítica a la fisiocracia se hallaba la metodología relativista de Montesquieu y su defensa de la aplicación de las leyes a las particularidades propias de cada nación, es decir, en la esfera económica, la defensa de las "vías de desarrollo nacionales". Además, su mensaje vertebral que diferenciaba entre la dimensión 'política' y 'económica' del grano —en suma, aunque éste pudiera ser objeto de comercio, debía someterse a la "razón de Estado" y a los intereses políticos que imponía el mantenimiento de la estabilidad social— era una invitación a una agenda política basada en el realismo y el pragmatismo.

En la aplicación de estas ideas por parte de Galiani, la historiografía ha puesto tradicionalmente su énfasis en la relevancia de los contextos napolitanos (las *hambrunas* de 1763-1764) y francés (el denso debate sobre el comercio de los granos de los años cincuenta y sesenta, las reformas oficiales de Bertin-L'Averdy de 1763-1764 y, como una expresión relativa de su fracaso, las agudas crisis de subsistencia de 1768-1769). Desde nuestro criterio, esta interpretación margina injustamente el caso de España. El país había conocido una importante reforma del comercio de los granos —la famosa *Pragmática* de julio de 1765— y también

notables conflictos de crisis de subsistencia en 1765-1766, que culminaron en el tenebroso motín de Esquilache. Ambas cuestiones eran bien conocidas por Galiani, de la mano de los diplomáticos españoles en París. Ambas dejaron huella en sus *Dialogues*. De esta manera, el marco interpretativo de la elaboración de este libro debe ahondar en su naturaleza plural, más allá de las experiencias francesa y napolitana.

Una cuestión complementaria hace referencia a la traducción española de los *Dialogues*. La obra comenzó a circular en España muy pocas semanas después de haber sido publicada en París a finales de 1769, cuando, respondiendo a una petición expresa de Galiani, Magallón la remitió a cuatro destacadas autoridades del gobierno de Carlos III: Aranda, Campomanes, Roda y el Marqués de Llano. Sin embargo, su traducción se demoró cinco años: los *Diálogos sobre el comercio de trigo*, vieron la luz en Madrid en 1775. En nuestra interpretación, la razón de esta demora hay que buscarla en la audaz experiencia de liberalización del comercio de granos emprendida por Turgot en Francia, ya como *Controleur général des Finances*, a través de su conocido *Arrêt* de septiembre de 1774. Su posible efecto emulador como vía para profundizar en las reformas emprendidas con la *Pragmática* de 1765 era evidente. Pero las enormes resistencias prácticas que estaba teniendo en España la aplicación de esa *Pragmática* y las célebres *guerres des farines* de la primavera francesa de 1775 impidieron de cuajo cualquier posible efecto emulador.

Fue en ese contexto preciso en el que Campomanes promovió la traducción de Galiani. Ésta fue realizada con toda probabilidad por Juan Antonio de las Casas, bajo el título de *Diálogos sobre el comercio de trigo, atribuidos al abate Galiani. Traducidos del francés* (Madrid, Joaquín Ibarra, 1775). La traducción era de una calidad muy elevada. El análisis exhaustivo que se realiza de ella en este capítulo pone de relieve que solo en los planos político y religioso se advertía la intención del traductor de modificar suavemente el contenido del original con el fin de preservar el sistema monárquico y la ortodoxia católica (vid. 6.3).

En cuanto al significado político de esta traducción, era ciertamente profundo. Cualquier traducción tutelada por Campomanes y encabezada con una dedicatoria al poderoso Fiscal sólo podía interpretarse en 1775 como una toma de posición de los sectores reformadores del Consejo de Castilla, en este caso, respecto al trascendente debate europeo sobre el comercio del grano. Precisamente, en esas fechas este debate entre los fisiócratas y los enciclopedistas

alcanzaba uno de sus puntos más álgidos. Más aún cuando se producía en el mismo momento en que, no sólo Turgot en Francia, sino también Pietro Leopoldo en Toscana, estaban dando inicio a una nueva ofensiva liberalizadora del comercio del grano. Galiani había escrito en sus *Dialogues* que "toda la ciencia de la administración... se reduce al sólo y único principio muy simple y muy breve, *nihil repente, niente all'improvviso*"⁶⁶. Precisamente, esto era lo que Campomanes estaba haciendo al patrocinar la traducción española de esa obra en esos años cruciales para el curso futuro de la Ilustración europea. Esta traducción tenía la doble virtud de permitir atajar cualquier tentación de que España se viera arrastrada por una experiencia liberalizadora similar a la de Turgot en Francia sin tener por ello que abrazar la vieja *police*. Nada más ilustrativo a este respecto que la traducción española de los *Dialogues* guardara un escrupuloso silencio acerca de la reforma de Turgot. En la disyuntiva política de esos años ese silencio suponía secundar a quienes trataban de prolongar el ciclo liberalizador iniciado con la *Pragmática* de 1765 profundizando en esa especie de "tercer espacio" emplazado entre la vieja *police* y la nueva política de Turgot.

Por lo demás, el paso del tiempo no vendría sino a ratificar esa opción. Ninguno de los escritos favorables a las tesis fisiócratas (Baudeau, Roubaud, Le Mercier de la Rivière, Morellet, etc.) fue traducido en España. Todo ello pone de manifiesto la consciencia de los *policy makers* españoles acerca de la imposibilidad de aplicar a su contexto económico la política liberalizadora radical de los fisiócratas, así como su preferencia por los métodos relativistas y realistas de Galiani. Ello explica también la profusa utilización que los ilustrados españoles realizaron de los *Dialogues* durante las décadas de cambio de los siglos XVIII al XIX. El libro fue objeto de una doble recepción: la "primera", en 1770-1771, a manos de los diplomáticos del núcleo de Fuentes; y la "segunda", la acontecida una vez publicada la traducción española (vid. 6.4).

Desde que en enero de 1770 los *Dialogues* comenzaron su circulación en España hasta 1775, cuando se publicó su traducción española, tan sólo existe una única mención en toda la literatura económica española al libro de Galiani; en cambio, una vez publicada la traducción, las citas al mismo crecieron de una manera exponencial (vid. 6.4). Los *Dialogues* disfrutaron en España de una virtud poco frecuente: fueron citados por gran parte de los economistas más relevantes del último tramo del siglo XVIII, desde Campomanes o Jovellanos hasta Foronda o Salas. Como sucedió en otros contextos nacionales, su éxito fue inseparable de su

⁶⁶ Ferdinando Galiani, *Diálogos sobre el comercio de trigo*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1775, p. 236.

composición formal: el género del “diálogo” contribuyó enormemente a la diseminación del libro y a aproximarlos a públicos más amplios. En el plano territorial, además de la Corte, su influencia fue especialmente notable en Valencia, Aragón y Mallorca, donde se llegó a realizar una versión resumida y manuscrita del mismo; pero también fue leído en Cataluña, Navarra o el País Vasco. La lectura que se hizo de los *Dialogues* sobrepasó con creces los confines del siempre activo debate sobre el mercado y el comercio de los granos; bien al contrario, ese libro contribuyó decisivamente a perfilar temas centrales de la *mainstream* de la Ilustración económica española en lo relativo a las cuestiones metodológicas o de concreción de un patrón de crecimiento económico adecuado para la Monarquía. Todo ello es buena muestra que los ilustrados españoles leyeron los *Dialogues* como lo que era realmente: un libro sobre política, en concreto, sobre el arte de gobernar empleando criterios pragmáticos y realistas, que debían mucho a Montesquieu. Gobernar, en su caso, con el fin de utilizar la política con un fin anticíclico o neutralizador de los perturbadores efectos sociales que generaban los ciclos agrarios negativos. Todo ello convertía los *Dialogues* en un texto abierto a la interpretación. La profusa utilización que de él hicieron los ilustrados lo acabó encumbrando como uno de los tratados esenciales de la cultura económica española del siglo de la Ilustración.

XIII.

En buena medida, debido a la tradicional sobrevaloración de que disfrutaba la obra de Adam Smith en la Economía Política del tramo final de la Ilustración europea, a fecha de hoy, de manera algo inexplicable, apenas teníamos noticias sobre el eco en España de los escritos económicos del Anne-Robert-Jacques Turgot. Los dos epígrafes que componen el capítulo quinto de esta Tesis Doctoral tratan de llenar este vacío. Tienen como finalidad reconstruir las traducciones españolas de los escritos económicos de este célebre ilustrado francés con el objeto de resaltar, en primer lugar, la fortuna que hallaron durante el último cuarto del siglo XVIII español y, en segundo, la huella que dejaron en la política económica y las reformas de ese período.

En el primer epígrafe se reconstruye con detalle la senda de las traducciones de los escritos económicos de Turgot (vid. 5.1). En él se da cuenta de la existencia de al menos ocho versiones —bajo la forma de traducciones y resúmenes— de esos escritos, publicadas entre 1774 y 1791. Es indiscutible que la pieza clave de ese intenso proceso de recepción fue la traducción española de sus *Réflexions sur la*

formation et la distribution des richesses (*Éphémérides du citoyen*, 1769-1770), publicada en 1791. Este espléndido tratado está considerado una obra culmen de la Economía Política europea de la Ilustración. Su contenido analítico se asimila, con motivos fundados, al de la obra de Smith. Además refleja muy bien el viaje intelectual realizado por su autor desde los años cincuenta. Originariamente discípulo de Gournay, Turgot se movió gradualmente a posiciones cercanas a la fisiocracia, si bien sin aceptar plenamente todas sus tesis económicas —en particular, la productividad exclusiva de la agricultura—.

Por otra parte, el caso de Turgot pone también de relieve la extraordinaria importancia de determinadas fuentes, normalmente poco valoradas al estudiar la transferencia internacional de las ideas. Este es el caso de las normas jurídicas y los decretos legislativos. Estos desempeñaron un papel central en el impacto de Turgot en España: los ilustrados españoles mostraron un mayor interés por el Turgot “reformador” que por el más estrictamente analítico. *Intendant de la Généralité* de Limoges (1761-1774) y *Contrôleur Général des Finances* (1774-1776), los ecos en España de esta acción política fueron especialmente amplios y detallados durante los veinte convulsos meses que estuvo al frente de la Hacienda francesa. El canal principal a través del cual se diseminó su trayectoria política, así como los *arrêts* y los *édits* que la sustanciaron, fueron los dos periódicos oficiales de la época: la *Gaceta de Madrid* y el *Mercurio Histórico y Político*. El mayor impacto correspondió a las normas que cimentaron las dos reformas que el propio Turgot consideraba claves para la regeneración de la Monarquía francesa: la libertad del comercio de los granos (13 de septiembre de 1774) y la abolición de los gremios (febrero de 1776). En el caso de España, esta segunda representó sin duda el contenido más longevo de su ideario económico.

La suerte en España del *Arrêt* que decretó el libre comercio de los granos puede ser resumida de forma breve (vid. 6.3). Su objetivo era poner fin a una ley previa, de contenido muy conservador y paternalista, decretada en 1770 por Terray, el antecesor de Turgot al frente de la Hacienda. Para ello, el *Arrêt* establecía un marco regulador similar al de los decretos liberalizadores de Bertin-L’Averdy de 1763-1764, si bien prohibiendo drásticamente todas tipo de intervenciones públicas en el mercado de los granos. Su contenido ha sido destacado como una de las muestras más preclaras del siglo XVIII de aplicación sin fisuras de los principios de la libertad de comercio. El inmediato eco que tuvo en España debe de enmarcarse en la tradicional influencia que, en materia de comercio de granos, venía ejerciendo la legislación francesa sobre la española, más en concreto en las

dos reformas previas de 1756-1757 y 1765. Esta segunda, la famosa *Pragmática* de 11 de julio de 1765, a pesar de su indiscutible contenido liberalizador, creó un marco más intervencionista y regulado que el francés. Por tanto, en España existía un margen de maniobra suficientemente amplio para emular el *Arrêt* de Turgot, en particular en lo relativo a la supresión de las intervenciones públicas en el mercado de los granos (importaciones y exportaciones públicas; operaciones de los pósitos).

Otra cuestión diferente era valorar si las condiciones políticas permitían dar un paso en esa dirección radicalmente liberalizadora. En España no se había materializado un giro conservador similar al de Terray en Francia, pero en 1769 se había suspendido el derecho a la exportación y la *Pragmática* de 1765 se enfrentaba a resistencias crecientes en su aplicación práctica: los sectores partidarios de la misma se hallaban en franca minoría en el seno del Consejo de Castilla. Cualquier paso en la línea planteada en el *Arrêt* de Turgot carecía así de viabilidad política. Si ello fuera poco, el posible efecto emulador de esta ley quedó abortado de raíz con motivo de la llegada a España, durante la primavera de 1775, de las informaciones que relataban la ya mencionada *guerre des farines*, los famosos motines de subsistencia acontecidos en París y numerosas regiones francesas como reacción a los planes liberalizadores de Turgot. En los ambientes de la Corte de Madrid no tardaron en asimilarlas al tenebroso precedente del motín de Esquilache (1766), que diez años antes había hecho temblar los cimientos de la Monarquía. De esta manera, malgrado de forma inapelable el posible efecto emulador del *Arrêt* de Turgot, el contexto en cambio era el óptimo para que el centro de la escena pasara a ocuparlo el reformismo prudente de Galiani, cuyos *Dialogues*, como se ha visto, fueron traducidos precisamente en 1775.

Mientras esto ocurría en el debate sobre el comercio de los granos, la acción política de Turgot volvió a arrojar su poderosa sombra sobre la realidad española con ocasión de la promulgación de los *Six Édits* (febrero de 1776). Al igual que en la opinión pública francesa, el eco mayor de esta nueva iniciativa legislativa lo encontraron las normas relativas a la supresión de las *corvées* y los *jurandes*. Las noticias que sobre ellas fueron diseminadas en España tenían una finalidad política innegable. En el caso de las de los gremios, se incardinaban en el severo examen abierto en los años sesenta y setenta entre los ilustrados y reformadores españoles acerca de la imperiosa reforma de las artes y los oficios (vid. 5.2). La propuesta oficial, amparada por el Consejo de Castilla, quedó plasmada en el *Discurso sobre la educación popular de los artesanos* (1775) de Campomanes. En él se pormenorizaba un conjunto amplio de líneas de reforma para los gremios españoles sin explicitar

en ningún momento la posibilidad de su abolición. Sus fundamentos se hallaban en las propuestas liberalizadoras que habían abierto en la Francia de los años cincuenta Gournay y su círculo de economistas, en particular, Cliquot de Blervache.

Un año después de su *Discurso*, en 1776, Campomanes publicó una segunda y muy extensa obra sobre este mismo tema. Aunque poco citado, su *Discurso sobre la legislación gremial de los artesanos* presentaba la importante novedad de contener las primeras referencias en España a la posibilidad de abolir los gremios. Esta novedad era una consecuencia de las primeras legislaciones europeas en ese ámbito: en efecto, Campomanes mencionaba los edictos de Pietro Leopoldo de Toscana de noviembre de 1775 y el francés de Turgot de febrero de 1776. No obstante, su análisis se insertaba en un contexto más amplio. Campomanes realizaba un examen muy detallado de los sistemas gremiales vigentes en Gran Bretaña, Holanda, Francia e Italia. En su análisis él empleaba por vez primera en España el *Essai sur la liberté du commerce et de l'industrie* (1775) del fisiócrata Bigot de Saint-Croix. Él lo resumía de manera detallada y analizaba su utilidad potencial para su propio país, si bien de manera muy crítica: el Fiscal interiorizaba su despiadada censura de los gremios sin asumir su contenido fisiócrata. En todo caso el uso de este texto no era banal. Campomanes conocía que ese *Essai* había sido un instrumento para la acción del gobierno. Él mencionaba que el libro había sido escrito por petición de Laverdy, Ministro de Hacienda, y que constituía el marco doctrinal del edicto de Turgot. En consecuencia, sus comentarios sobre ese *Essai* constituían una evaluación indirecta de los acontecimientos sobrevenidos en Francia. Sin renunciar a su estrategia de reforma moderada, Campomanes radicalizaba sus posiciones antigremiales en este nuevo *Discurso*. Él consideraba las legislaciones abolicionistas toscana y francesa como elementos de reflexión ineludibles, porque suponían una alternativa manifiesta a la opción reformista.

No resulta irrelevante que este *Discurso* fuera concebido al mismo tiempo que la *Gaceta* y el *Mercurio* daban a conocer en España el *Édit sur les jurandes* de Turgot. La vertiginosa diseminación que éste conoció en España poco después de ser registrado —en la Ilustración española llegaron a circular cuatro versiones, manuscritas y publicadas, de la norma— no hacía sino anticipar su enorme éxito en las décadas finales de la Ilustración española. Ese éxito aludía en particular a su clarificador *Préambule*. Inspirado en principios *iusnaturalistas* radicales, éste establecía que el trabajo era un derecho natural que se transfería a la sociedad civil y que esta última estaba obligada a respetar como el derecho más sagrado de las personas. Tanto este *Préambule* como los veinticuatro artículos que lo

desarrollaban fueron utilizados por todos los principales autores españoles que participaron en el intenso debate sobre la libertad de trabajo acaecido en ese período, normalmente acompañado por el argumentario, combativamente contrario a las corporaciones gremiales, extraído del *Essai* de Bigot de Saint-Croix. Ello comprendió tanto a quienes prolongaron la senda reformista abierta por Campomanes (Espinosa, Jovellanos o Alonso Ortiz) como a aquellos que de manera pionera comenzaron a reclamar la supresión incondicional de los gremios (Foronda, Aguirre o Salas). Ahora bien, se debe subrayar que esta segunda corriente no solo fue minoritaria sino que no tuvo proyección en la política económica. La España de la Ilustración no sólo no consumó la abolición de los gremios sino que su programa gremial fue muy similar al sistema “intermedio” o “mixto” —los gremios coexistían con los sectores en los que imperaba la libertad de trabajo— y de implantación gradual concebido por Necker, alrededor del cual se reorganizó la política industrial francesa a partir de 1776, una vez consumada la caída de Turgot.

Este era el contexto intelectual que acogió la traducción española de las *Réflexions* de Turgot. Ésta fue publicada en 1791, inserta en una operación de transferencia de ideas más amplia, que comprendió tres traducciones: las *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas* de Turgot; la versión de Bigot, *Ensayo sobre la libertad del comercio y de la industria*; y el *Edicto publicado en Francia en Febrero de 1776* de Turgot. Estas tres traducciones, completas y de gran calidad, fueron publicadas conjuntamente en el mismo volumen de las *Memorias* de Gerónimo Suárez. Fueron realizadas por una misma persona, cuya identidad se ignora. No obstante, dado que su vía de publicación se hallaba cercana a la Sociedad Matritense, es razonable pensar en que fueran ordenadas por alguna de sus principales autoridades, entre las que bien pudieron hallarse Campomanes o Jovellanos, quienes conocían a la perfección los tres textos implicados.

Esta triple traducción poseía una intencionalidad política indudable. La manera en que el traductor estructuró las tres versiones revela su habilidad para predisponer favorablemente al lector hacia la libertad de trabajo. El conjunto se abría con las *Réflexions* de Turgot, en las que se explicaba el funcionamiento de una sociedad comercial sobre el principio de la libre competencia y el libre cambio. A continuación, el *Essai* de Bigot arrojaba toda su artillería pesada contra los gremios. La serie la cerraba el *Edit* de 1776, que ofrecía una iniciativa legislativa que podía ser aplicada de manera inmediata en España. Hay que recordar asimismo que esta triple traducción vio la luz en el mismo momento en que la

Asamblea Constituyente de la Francia revolucionaria analizaba la posibilidad de suprimir los gremios.

Con todo, no parece que la voluntad del traductor —y de las autoridades políticas que pilotaban su acción— fuera incidir en la línea abolicionista. Con toda probabilidad, las tres traducciones fueron realizadas antes de la promulgación de los decretos franceses que derogaron los gremios (septiembre de 1791), que no eran ni si quiera mencionados. Por otra parte, el traductor adelantaba su deseo de publicar en un número posterior de las *Memorias* la traducción del Edicto *neckeriano* de 1776, que había reorganizado los gremios franceses tras la caída de Turgot. Las *Memorias* no imprimieron la traducción de este *Edicto* debido, con toda probabilidad, al fallecimiento de Suárez en 1791 y la interrupción definitiva de sus *Memorias*. No obstante, ese anuncio del traductor revela que las tres traducciones españolas respondían a una finalidad que parecía hallarse en el punto opuesto del previsible: en realidad, se trataba de oponer contrafuegos a los nuevos movimientos abolicionistas inspirados desde Francia. Alertando a la opinión pública española sobre el fracaso de la operación conducida por Turgot en 1776, se trataba de utilizar el argumentario de la libertad de trabajo para defender y ampliar las libertades que venía reuniendo desde 1785 el sistema “intermedio”. Y esta misma finalidad pretendió la publicación en 1796 de la peculiar traducción de *Chinki*, una suerte de “novela económica” debida al francés Coyer.

En suma, a diferencia de lo ocurrido con el *Arrêt* sobre el libre comercio de los granos, los principios del *Édit* sobre la libertad de trabajo tuvieron una influencia mucho más prolongada en la Ilustración española. El sistema “intermedio”, que disfrutó de la inspiración conjunta de Turgot y Necker, quedó definitivamente constitucionalizado en 1813, en el conjunto de las resoluciones parlamentarias que acompañaron la aprobación de la Constitución de Cádiz. No obstante, la influencia de ese *Édit* entre los liberales españoles siguió viva al menos hasta los debates parlamentarios que acogieron las Cortes del Trienio liberal (1820-1823).

XIV.

Aunque carezcamos aún de un análisis definitivo de la enorme fortuna europea de Jacques Necker, resulta indiscutible que esta fortuna alcanzó plenamente a España. Como se analiza en el capítulo VII de esta Tesis, en este país el ilustrado ginebrino fue extensamente conocido, no sólo como autor de una obra insigne, sino como una

autoridad de dimensión europea de destacada trayectoria política, lo cual hacía referencia principalmente a su primer Ministerio al frente de la Hacienda francesa (1776-1781). Ambas dimensiones se hicieron muy presentes durante los dos últimos decenios del siglo XVIII español: mientras su trayectoria política y sus reformas quedaban exhaustivamente reflejadas en la prensa periódica de ese tiempo —en particular, nuevamente en el *Mercurio* y la *Gaceta*—, su obra era objeto de una profusa circulación en todo el ámbito de la Monarquía hispánica, con la marca de dos características muy notables.

La primera es que en el seno de la Ilustración económica española cuajó una literatura de raíz *neckeriana* integrada por las traducciones españolas de los escritos del Necker. En síntesis, entre 1780 y 1795 los ilustrados españoles publicaron —o trataron de publicar— diez de versiones de esos escritos: seis traducciones, tres plagios-adaptaciones y un resumen. Ello convierte al ginebrino en uno de los economistas europeos más traducidos —con toda probabilidad, el que más— en la España del siglo XVIII. Esas versiones alcanzaron a buena parte de su obra económica y hacendística, en concreto a cuatro de sus textos principales: *Sur la législation et le commerce des grains* (1775); *Compte rendu au Roi* (1781); *Memoire sur l'établissement des administrations provinciales* (1781); y *De l'Administration des Finances de la France* (1784).

En segundo lugar, todas esas versiones poseían una indiscutible naturaleza política. Fueron gestadas al amparo de poderosas autoridades políticas —o bien directamente fueron encargadas por ellas— y además fueron elaboradas con el propósito de que fueran utilizadas para el diseño de las reformas económico-políticas ilustradas que fueron desplegándose durante la última década del reinado de Carlos III y primeras del de Carlos IV. De esta manera, Necker se convirtió en el caso más paradigmático de la Ilustración española de autor cuya difusión fue inducida por motivos políticos y, ciertamente, fue un autor decisivo de cara a comprender el pensamiento y las reformas económicos de que fue testigo esa Ilustración entre 1780-1795. Si como se ha visto, respecto al tema gremial, su nombre abrió, en conjunción con el de Turgot, un sistema “intermedio” inspirado en la idea de la libertad de trabajo, su influencia se extendió también a otros tres ámbitos adicionales: el mercado de granos, la Hacienda pública y la administración territorial.

La primera obra de Necker traducida en España fue su *Compte rendu*. El libro constituyó uno de los gestos más significativos de su primer ministerio. Sus

objetivos principales eran dos: por un lado, divulgar y justificar las reformas realizadas y previstas durante ese primer ministerio; y, por otro, superar el estado de “tinieblas” y “obscuridad profunda” en la que se hallaban las finanzas francesas. La manera de alcanzarlos era establecer una nueva política de “publicidad” o de transparencia informativa por medio de la cual la “opinión pública” francesa recobrara su confianza en la situación económica y financiera de la Monarquía, especialmente amenazada por las bases de un sistema fiscal estructuralmente insuficiente en la generación de ingresos públicos, el conflicto bélico con Gran Bretaña iniciado en 1777 y un descontrolado déficit público ordinario. Necker, siguiendo el modelo de la Inglaterra parlamentaria, donde la publicación de los presupuestos públicos era una norma constitucional y una práctica ininterrumpida, presentaba al país un detallado “balance” presupuestario de los ingresos y los gastos públicos de la Hacienda francesa, que fue considerado de inmediato como un ejemplo de contabilidad pública y se convirtió en una especie de manual para la clase política de toda una generación.

España no fue ajena a la extensa fortuna internacional del *Compte rendu*, más bien, al contrario, éste suscitó en este país un interés muy amplio e inmediato. Con toda probabilidad, a lo largo de 1781 se llegaron a realizar en España tres traducciones de esa obra: una primera, en 1781, manuscrita y en paradero desconocido, debida al presbítero Miguel del Castillo; una segunda, también en 1781, manuscrita e íntegra, anónima, revisada por al menos dos personas y realizada en ámbitos cercanos a la Corte de Madrid; y una tercera, que vio la luz, bajo una autoría anónima y el sistema de ocho entregas fragmentarias, publicadas a lo largo de 1781 en el *Mercurio*. Esta última versión no respondió a una iniciativa particular, sino que, debido al canal de publicación, hubo de realizarse por iniciativa del poderoso Conde de Floridablanca, entonces Secretario de Estado. Se trataba de una versión desordenada, fragmentaria y, en particular, muy incompleta. Omitía, por un lado, todos los cuadros generales sobre los presupuestos de ingresos y los gastos que figuraban como apéndice al texto y, por otro, diversos capítulos destinados a explicar los proyectos futuros de reformas previstos por Necker. La justificación más razonable a este hecho puede residir en razones políticas de notable calado: cabe interpretar que mientras desde la Secretaría de Estado se juzgaba positiva la política *neckeriana* de transparencia financiera ante la opinión pública —tal y como el propio Ministerio de Hacienda español comenzará a practicar pocos años después de la mano de Pedro de Lerena—, en cambio se trataba de limitar la información al lector español acerca de los exhaustivos —y en algunos casos audaces desde la perspectiva española—

proyectos de reformas planteados para Francia por Necker. Quizás por este motivo, Floridablanca no autorizó las otras dos versiones del escrito, íntegras y mucho más fieles con el original. En síntesis, no deja de ser llamativo que, teniendo presente la intensa circulación que conoció el *Compte rendu* en España, la única y definitiva versión publicada del escrito fuera, debido a los intereses políticos precisos de ese momento, incompleta y desordenada.

No obstante, peor suerte que el *Compte rendu* conoció en España *Des Finances*. Esta obra de madurez de Necker, fruto de su primera experiencia ministerial y en la que exponía un meditado y extenso programa de reformas hacendísticas y económicas, contó con un intento muy maduro para ser traducida en España de la mano del francés J. Thévin, un editor y comerciante de libros residente en Madrid. Sin embargo, en un primer momento, un inexplicable error de los censores del Consejo —la confundieron con el *Compte rendu*—, en otro posterior, la muerte de Thévin, sucedida en 1787, y, por fin, el pánico que provocó en el gobierno español el triunfo de la Revolución en Francia impidieron que se consumara esa traducción, así como la de otras obras no menos relevantes del pensamiento de Necker —en concreto, su principal trabajo sobre cuestiones religiosas: *De l'importance des opinions religieuses* (1788)—. Ahora bien, como veremos, estos hechos no impidieron que esa obra circulara a través de vías paralelas. La más elocuente fue el resumen que realizó en 1786 de la misma el Duque de Almodóvar, bajo el título de "Apéndice sobre el estado político-económico de la Francia". Su versión, aunque muy breve, poseía un intenso componente político, dado que se insertó en su traducción española de *L'Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes* (1770) de G. Th. Raynal. Sin duda, la intención del este prestigioso diplomático español, que sin duda hubo de conocer personalmente a Necker, era mitigar el intenso componente republicano de la polémica obra de Raynal y reconducir al lector español hacia un modelo político y económico más moderado, asimilable a las posiciones monárquicas y filo-británicas características del pensamiento *neckeriano*: Almodóvar también incluyó en su traducción extensos fragmentos destinados a explicar la "Constitución de Inglaterra".

Mientras todo esto sucedía en el ámbito editorial, la aplicación en España de las ideas hacendísticas de Necker se produjo de la mano de Pedro de Lerena, Ministro de Hacienda entre 1785 y 1791. La autoridad de *Des Finances* no sólo le sirvió para justificar algunas de las líneas maestras de su Ministerio, sino que fue una fuente de inspiración complementaria de su reforma de las *rentas provinciales*.

Ésta fue la más importante de su gestión y una de las innovaciones fiscales más relevantes de todo el siglo XVIII español. Tal reforma aspiraba a dar una respuesta a la grave crisis hacendística a la que la Monarquía española se enfrentaba desde 1780, aproximadamente, e implicaba un importante giro en la política fiscal española, por cuanto suponía renunciar a la vieja pretensión de algunos ilustrados españoles (primero, Zavala, Loynaz o Ensenada; años después, Múzquiz o Cabarrús) de sustituir las *rentas provinciales* por una *contribución única*. Inducido por Floridablanca, Lerena, quien le debía todo su ascenso político, promovió en 1785-1788 la mencionada reforma de las *rentas provinciales*. Ésta consistió en una revisión sistemática de los encabezamientos y en una reducción de los tipos impositivos teóricos pagados en concepto de las principales *rentas provinciales* — las alcabalas, los cientos y los millones—; complementariamente, para resarcir el descenso esperado en la recaudación, se estableció un nuevo impuesto sobre los *frutos civiles*, que gravaba el arrendamiento de tierras y otras propiedades.

Esta reforma de Lerena nos sitúa ante un interesante caso de utilización activa de las ideas de Necker con el fin de revitalizar un viejo ideario reformista fiscal español. El principal inspirador de la misma fue el mencionado Alcalá, quien en un extenso escrito justificativo que elaboró junto a Vicente Mantecón, fue capaz de conciliar la autoridad de Necker con determinadas demandas presentes en una amplia tradición de economistas políticos españoles de los siglos XVII y XVIII, favorables a una reforma sustancial de las *rentas provinciales* (Martínez de Mata, Osorio, Moncada, Ulloa, Campomanes y Arriquíbar). Por un lado, la justificación de la reforma se basaba en la aceptación de dos viejos principios presentes en esa tradición: la equidad contributiva y la reducción de la carga fiscal que recaía sobre los bienes de consumo corriente. Pero, al mismo tiempo, estos principios se validaban a través de otros dos, que habían sido defendidos reiteradamente en *Des Finances* y otros escritos de Necker: en primer lugar, la idea de que era más adecuado proceder a una reforma gradual del sistema fiscal, en vez de intentar "variárla de golpe"; y, en segundo, la conveniencia de conservar la imposición sobre el consumo, tratando, por tanto, de repartir la carga fiscal total entre los impuestos directos y los indirectos. De esta manera, las ideas de Necker se ponían, de la mano de Lerena y Alcalá, al servicio de una solución de compromiso, que, sin embargo, como veremos, no quedó exenta de críticas.

En otras tres importantes decisiones de Lerena al frente de la Hacienda española puede apreciarse un influjo, al menos indirecto, del *Compte rendu* y *Des*

Finances. En primer lugar, Lerena fue el primer responsable de la Hacienda española que se preocupó en hacer públicos sus presupuestos. En segundo término, bajo su patrocinio se inició una importante obra sobre recopilación de las leyes de la Hacienda española, decisión a través de la cual Lerena trataba de acallar las quejas que la aparición de *Des Finances* había suscitado entre los ilustrados españoles, debido a la ausencia en España de una obra de sus mismas características. Lerena designó para esa labor al Fiscal Covarrubias, quien a lo largo de 1786 había contribuido a la difusión de *Des Finances* en España, si bien le impuso la colaboración de Alcalá. El Fiscal dejó inacabado un importante trabajo de recopilación de datos históricos y legislativos sobre la Hacienda española, aún inédito. En tercer lugar, más allá de la labor previa realizada por Ensenada, Múzquiz y Floridablanca en la elaboración de estudios empíricos sobre la economía española, Lerena fundó en 1786 la Oficina de la Balanza de Comercio, la primera institución específica de estadísticas oficiales en España, que a comienzos del siglo XIX quedaría transformada en Departamento de Estadística. Este importante éxito de los ilustrados españoles constituía un reflejo de una cuestión de una hondura superior. Está relacionada con la enorme fortuna que en la España de la segunda mitad del siglo XVIII tuvieron el enfoque cuantitativo de la Aritmética Política de Petty y Davenant como metodología central de la emergente ciencia de la Economía Política⁶⁷.

El segundo escrito traducido de Necker fue su tratado sobre el mercado de los granos. *Sobre la legislación, y comercio de granos* fue una versión íntegra, correcta y muy fiel al original. Fue publicada en 1783, ocho años después de publicado, como una pieza independiente en el seno de las *Memorias* de Suárez. No hay que incidir en la indisoluble línea de continuidad de ese escrito con los *Dialogues* previos de Galiani. En efecto, el libro de Necker era una muestra magnífica de su pensamiento económico y político, también de naturaleza pragmática, intervencionista y moderadamente liberal. Como es conocido, él lo dedicó a desarrollar su meticuloso alegato contra la metodología, la teoría y la política económicas fisiócratas, y, particularmente, contra el programa de liberalización del comercio de granos establecido por Turgot a través de su *Édit* de 13 de setiembre de 1774 —Necker elaboró su libro en plena *guerre des farines*—. De hecho, la fortuna en España de los planteamientos *neckerianos* sobre el mercado del grano está indiscutiblemente relacionada con el éxito que alcanzó esa

⁶⁷ Una visión de conjunto en Jesús Astigarraga, "Aritmética política y cálculos económicos en el Siglo XVIII español", en *Miscel·lània Ernest Lluch i Martín*, Barcelona, Fundació Ernest Lluch, 2006, pp. 47-67.

visión realista y relativista, en este caso, además, acompañada de un fuerte contenido social, proclive a seguir considerando el grano como una mercancía especial debido a sus indiscutibles implicaciones sociales y políticas; una visión, por tanto, opuesta al “espíritu de sistema” propio de los fisiócratas y de Turgot.

Fueron numerosos los ilustrados españoles que vieron en Necker —además de en Galiani— el principal soporte teórico de esas posiciones metodológicas y analíticas. Y no es casual que en el último tramo del siglo XVIII *Sobre la legislación* fuera un texto utilizado profusamente por los ilustrados españoles. La muestra más significativa de esa influencia se manifiesta a través de tres plagios-adaptaciones que se realizaron de esa obra en Cataluña, Navarra y Aragón: Caresmar, San Adrián y Anzano eligieron a Necker como su auténtico “*maître à penser*”. En sus escritos se utilizaban algunas de las tesis *neckerianas* más significativas, tanto las de contenido institucional (la desarmonía de los intereses económicos o el enfoque funcional de la propiedad), como las más propiamente económicas (la asimetría del poder y de la información en el mercado, la dimensión temporal de los intercambios o la tendencia de los salarios al mínimo de subsistencia). Pero su influencia alcanzó también al *Informe* de Jovellanos: De *Sur la législation* proceden tanto su análisis sobre el papel que la “opinión” y los comportamientos psicológicos desempeñan en el funcionamiento del mercado del grano, como sus tesis que sustentan su posición contraria a la libre exportación del grano: Jovellanos llegó a plagiar la propuesta legislativa concreta planteada por Necker para la regulación de este sector comercial en Francia.

La tercera obra de Necker traducida en España fue su mencionada *Mémoire* sobre las administraciones provinciales. Su versión española vio la luz en 1786 bajo el título de *Memoria reservada sobre el establecimiento de administraciones provinciales*, de la mano del alto funcionario de la Hacienda, además, como se ha visto, de traductor de Bielfeld, Domingo de la Torre y Mollinedo. Su traducción entroncaba directamente con la reforma de la administración territorial española auspiciada esos mismos años por el ministro de Hacienda Pedro de Lerena, de quien con toda probabilidad hubo de partir la iniciativa de realizarla y a quien estaba dedicada. Necker había consagrado su *Memoria* a la exposición de su principal proyecto de descentralización política y económica del Reino, basado en la creación de administraciones provinciales, con una intensa impronta hacendística, que complementaran la autoridad del poder central. En su escrito, el ginebrino describía las líneas maestras de lo que, poco tiempo después, habría de ser su programa experimental, y diseñado en el respeto a los “medios lentos,

suaves y prudentes", de fundación de las administraciones provinciales de Berry (1778) y Haute-Guyenne (1779).

Es indudable que la traducción de Torre Mollinedo poseía una indiscutible intencionalidad política. A lo largo de los años ochenta tuvo lugar en España una reforma descentralizadora de su administración territorial y ésta no fue ajena al ejemplo de las administraciones provinciales *neckerianas*. Avanzado el terreno desde 1780, por la iniciativa de Floridablanca y Múzquiz, su concepción final y su desarrollo quedó finalmente en manos de Lerena. Éste, tratando de reforzar la funcionalidad de su reforma de las rentas provinciales y aprovechando la exitosa traducción de la *Mémoire* de Necker realizada por su subordinado De la Torre, promulgó en 1787 un importante *Reglamento* sobre intervención de la administración en el que se promovía la fundación de Juntas Provinciales. La función primordial de estas Juntas era de naturaleza fiscal; ahora bien, también fueron designadas para cumplir funciones de intervención en el ámbito de la justicia, el ejército y el fomento de la economía y la demografía provinciales, así como su estudio estadístico. Lerena, fiel a los principios *neckerianos*, promovió el establecimiento de estas Juntas a partir de 1787 de una manera experimental y siguiendo un criterio de aplicación gradual y progresivo. A pesar de su indudable voluntad descentralizadora, este nuevo sistema de administración territorial no poseía la misma profundidad que el francés. En primer lugar, las Juntas Provinciales españolas nunca alcanzaron el carácter de auténticas administraciones provinciales con una estructura política representativa de los tres *états* —conviene recordar además que en ellas el “tercer estado” contó con el doble de representación que el clero y la nobleza— y con amplias competencias económicas, como lo fueron las *neckerianas* de Berry y Haute-Guyenne. En segundo lugar, a pesar de su moderación, el programa de Lerena no pasó de ser uno de tantos proyectos fallidos diseñado en la mente de los ilustrados. Las resistencias locales, las críticas de los sectores conservadores sobre la incompatibilidad de la Juntas Provinciales con el orden monárquico y la falta de iniciativa de la Hacienda fueron los factores que provocaron que las Juntas nunca traspasaran la fase experimental, si bien su supervivencia se prolongó hasta 1802.

En suma, la corriente *neckeriana* española, alimentada a través de autores tan significativos como Caresmar, Alcalá-Mantecón, Magallón, Covarrubias, Almodóvar, Anzano o Jovellanos, tuvo una influencia muy apreciable en la política económica de la época: la cuestión gremial, la Hacienda Pública, el mercado del grano y la Administración territorial. Este formidable éxito español de Necker requiere de

una interpretación diferenciada: no se explica exclusivamente por la concepción tradicional que considera sus escritos básicamente como una reacción contra la fisiocracia y su liberalismo radical y dogmático. Dada la ausencia en España de una corriente fisiócrata organizada e influyente, precisamos de un enfoque alternativo que atienda también a otras cuestiones imprescindibles. En primer lugar, debemos considerar las ventajas comparativas que ofrecía a los ilustrados españoles una obra como la suya, partícipe de un liberalismo económico moderado, así como de un reformismo gradualista y pragmático que no adolecía de falta de sinceridad y profundidad, cuya viabilidad práctica había quedado firmemente demostrada durante su etapa como hombre de Estado. En segundo lugar, se encuentra su opción política también moderada, cercana al modelo británico y favorable a la monarquía constitucional, que fue claramente utilizada, en el marco del debate constitucional abierto en España en 1780, por los sectores partidarios de reformas también templadas. Junto a ello, en tercer lugar, se situaba la opción descentralizadora, en términos tanto políticos como administrativos, que desempeñaba el papel de factor de activación de la estructura de la monarquía y que conoció una acogida notable en la Ilustración española. Por último, hay que tener presente la afinidad de sus ideas económicas con el núcleo de los autores europeos cuya influencia dominante en la Ilustración económica española está hoy fuera de toda duda: por encima de todos, Forbonnais y Galiani. Por tanto, el pensamiento *neckeriano*, debido a su carácter pragmático y relativista y a su talante económico y político moderado, tenía serias opciones de cuajar en una Ilustración tan temperada como fue la española y que, además, en términos generales, permaneció alejada del marco teórico de las leyes abstractas propio de la fisiocracia.

XV.

Al igual que ocurrió en Francia, la obra de Necker constituyó una pieza clave para que la Ilustración española fuera testigo de la definitiva transición desde el tradicional concepto de “opinión”, ya presente en Feijoo y en otros autores de la Ilustración *temprana*, al innovador de “opinión pública”, así como para la eclosión de este segundo como una vía incisiva de intervención en la vida política, incluso en un contexto de absolutismo monárquico. Ello fue posible, en primer lugar, debido al lento proceso de maduración de una “esfera pública”, iniciado tres décadas antes y que, a lo largo de los años ochenta, adquirió una significación más sustantiva y autónoma, gracias a la aparición de la prensa periódica crítica (*El Censor* o *El Espíritu de los mejores diarios*), la generalización de nuevas

instituciones ilustradas con sus innovadoras formas de sociabilidad (las sociedades económicas) y la aparición de la generación más radical de ilustrados *tardíos* (Aguirre, Foronda, Salas, Arroyal, etc.). También incidió en ello la circulación en España durante esos años de las obras de diversos autores, como Filangieri, Turgot o Raynal, consideradas decisivas en el descubrimiento de la “opinión pública”, una categoría fundamental en la discusión ilustrada de finales del siglo XVIII con la naturaleza, de acuerdo con autores como Ozouf o Baker, de un sistema implícito de autoridad, autónomo respecto del poder político y erigido en una especie de “tribunal invisible, impersonal y anónimo”⁶⁸.

En el caso de la Ilustración española se debe subrayar que la aparición de este tribunal de lo “público” se manifestó antes en el ámbito económico que en el propiamente político. Los ilustrados españoles aprendieron a calibrar su relevancia como medio de intervención indirecta en la vida pública en torno a diversas polémicas de sustancial contenido económico, abiertas a lo largo de los años ochenta y emplazadas, en particular, en ámbitos como la Hacienda Pública, el comercio de los granos y las instituciones económicas. Y ello explica la centralidad que ocupó Necker en el advenimiento en nuestro país de esta figura política del “tribunal” de lo público. Su obra puede identificarse como pionera en el contexto europeo en la aparición de lo que bien podría denominarse la “Economía política de la opinión pública”. Siempre teniendo presente el modelo de Gran Bretaña, donde la existencia de una opinión pública “politizada” era inherente al funcionamiento del sistema parlamentario, el ginebrino sostuvo que no era posible alcanzar una mejora de la eficiencia del sistema económico y financiero sin el contrapeso institucional que representaba la “opinión pública”. Es bien conocido que este concepto fue transversal al conjunto de su obra: fue identificado por él en su *Compte rendu* (1781) básicamente como “publicidad” y, posteriormente, en *Des Finances* (1784) y en *Sur le compte rendu au Roi en 1781. Nouveaux éclaircissements* (1788), como una categoría conceptual más compleja. Ésta, en la esfera más propiamente económica, se interpretaba, en primer lugar, como política de transparencia acerca de la situación económica y financiera del país tanto respecto a la información cuantitativa como a los métodos de contabilidad pública empleados —la apelación de Necker a la opinión pública en su *Compte rendu* era persistente—; en segundo lugar, como una especie de “tribunal anónimo” con

⁶⁸ Mona Ozouf, ‘L’opinion publique’, en *The Political Culture of the Old Regime*, ed. Keith M. Baker, Oxford-Nueva York, 1987, vol. I, pp. 419-434; Keith M. Baker, ‘Politics and Public Opinion under the Old Regime: Some Reflections’, en *Press and Politics in Pre-Revolutionary France*, Jack Censer and Jeremy D. Popkin (eds.), Los Angeles, 1987, pp. 204-246.

capacidad para juzgar y sentenciar, y que, por tanto, exigía armonizar la opinión pública y la administración de las Finanzas; y, por último, como un factor institucional imprescindible de cara al control de la moralidad pública de los políticos y funcionarios: Necker sostenía reiteradamente que las consideraciones morales debían de presentarse unidas al estudio de las informaciones cuantitativas, hasta el punto de presentar su obra *Des Finances* como el conjunto de principios de moral y de política esenciales para hacer compatible la felicidad de las personas y la prosperidad de la administración.

Con toda probabilidad, el ámbito en el que se percibe mejor esta eclosión en España del tribunal de lo “público” fue la Hacienda. Un momento particularmente decisivo en ello fue la mencionada reforma fiscal de Lerena-Floridablanca de 1785-1787 y el notable debate político y doctrinal que ésta suscitó, cuya sombra se extiende hasta las Cortes de Cádiz⁶⁹. La concepción de esa reforma resulta inseparable de la novedosa estrategia que la Hacienda diseñó para defenderla y legitimarla ante la “opinión pública”. Para ello, designó a prestigiosos colaboradores, traductores y publicistas (Alcalá, Mantecón y Covarrubias), para que trataran de ataviar doctrinalmente los fundamentos y las razones de la misma, contando con el aval de diversos organismos públicos o semioficiales, como la Sociedad Segoviana (Alcalá y Mantecón) o la Junta de Comercio (Covarrubias). Esta operación, ensayada por vez primera en España, vino a revalorizar la función social tanto del *adviser* político como del publicista “oficial”. Todo ello era lógico teniendo presente los antecedentes del Siglo, en particular, la existencia de diversas corrientes favorables a la puesta en marcha de reformas hacendísticas más audaces que la sustanciada por Lerena-Floridablanca, en concreto, la partidaria de la imposición directa y la supresión de las *rentas provinciales* —en este sentido preciso, la elocuente obra de Zavala fue reeditada por segunda vez en 1787—. Y, lo cierto, es que, una vez puesta en marcha en 1785-1787 la reforma, durante el decenio posterior, ésta pasó a ocupar el centro del debate hacendístico español.

Las posiciones contrarias a la reforma oficial fueron claramente dominantes. Son bien conocidas las críticas León de Arroyal, en un conjunto de cartas —inéditas en su tiempo— dirigidas precisamente a Lerena en las que advertía de que la Monarquía española no admitía ya “más remiendos” similares a los que el “desgraciado” Necker había tratado de aplicar en Francia. Por ello, lo más adecuado era proceder a una refundación íntegra de todo el sistema de rentas

⁶⁹ Vid. Jesús Astigarraga, “Hacienda pública y opinión pública: la reforma fiscal de 1785, sus publicistas y sus críticos”, *Storia e Politica*, II, 2010, pp. 563-591.

públicas. Pero no fueron las únicas. Esas críticas se estructuraron esencialmente en cuatro corrientes: los críticos expresos y radicales (Cabarrús); los críticos tácitos (Foronda o Jovellanos); los partidarios de la fiscalidad fisiócrata (Salas o Álvarez Guerra); y los favorables a la Única Contribución (Caamaño). Este debate fue muy plural en cuanto al uso de las fuentes y las escuelas económicas implicadas. El prudente reformismo de Lerena —y de Necker— quedaba situado así en el centro de una controversia esencial (gradualismo *versus* cambio radical) sobre la estrategia más apropiada para la reforma de la Hacienda española. Las pragmáticas soluciones *neckerianas* planteadas por Lerena-Floridablanca se confrontaron con las ideas fiscales *smithianas*, las favorables a la *contribución única* o al *impôt unique* fisiócrata, en torno a una discusión pública y abierta en la que tomaron parte los principales economistas de esa época. Al albur de todo ello fue articulándose una “opinión pública”, no ciertamente minoritaria, crítica con la reforma oficial y ávida de planes más audaces. Este debate alcanzó el de contenido fiscal que celebrarán las Cortes de Cádiz, no sólo en lo relativo a la aceptación definitiva en 1813 en ellas de la larga reclamación favorable a la contribución directa, cuanto incluso de los partidarios de la contribución mixta de Floridablanca-Lerena, de la mano precisamente de quien había ejercido como su principal publicista “oficial”, Alcalá Galiano.

Desde una perspectiva similar puede analizarse el debate que suscitaron los proyectos descentralizadores de Lerena en torno a la creación de órganos locales similares a las administraciones provinciales *neckerianas*⁷⁰. Esta corriente descentralizadora se nutrió no sólo del modelo del ginebrino, amparado detrás de la traducción de Torre Mollinedo, cuanto también de otros dispares, provenientes de un espectro amplio: desde los planes más radicales, de escala municipal, de Turgot-Du Pont de Nemours o los del también fisiócrata Schmid d’Avenstein, hasta las propuestas más moderadas, afines a las experiencias prusianas de Herzberg o a los proyectos de naturaleza aristocrática de Mirabeau o Montesquieu. Todo ello propició a lo largo de los años ochenta que se filtraran en la “opinión pública” económica problemas de profundo calado, como la conveniencia de promover la representación política o de establecer algún tipo de “órganos intermedios” que permitieran un ejercicio más atemperado del poder real en el seno del sistema monárquico español. Las críticas acabaron focalizándose en el programa oficial de

⁷⁰ Nos remitimos, para un análisis íntegro, a J. Astigarraga, “Esfera pública e instituciones ilustradas: el debate sobre las sociedades económicas en el último tercio del siglo XVIII en España”, en G. Pérez Sarrión (ed.), *Más Estado y más mercado. Absolutismo y economía en la España del siglo XVIII*, Madrid, Sílex, 2011, pp. 235-260.

sociedades económicas, entonces en plena ebullición. En el debate que se suscitó acerca de la utilidad de estas instituciones, en el que tomaron parte los principales economistas del siglo XVIII (Foronda, Aguirre, Jovellanos, Sempere, etc.), no afloró únicamente la conveniencia de corregir algunos de sus defectos concretos (la falta de financiación, su escasa uniformidad, etc.), cuanto una crítica más severa respecto a su defectuosa naturaleza y composición, debido a su régimen asociativo abierto, el número indefinido de socios o su carácter escasamente representativo (Cabarrús). Algunas de las opiniones más punzantes venían a reclamar su conversión en auténticas administraciones provinciales (Alcalá o Mantecón); otras exigían que dieran cobijo al ejercicio del derecho de representación (Duque de Almodóvar). Estas censuras se planteaban desde posiciones alejadas de los patrones con los que habían sido fundados las sociedades económicas, y que el Consejo de Castilla seguía considerando válidos en los años ochenta, y adelantaban los problemas de encaje de esas instituciones en un futuro político de factura constitucional.

El comercio de granos constituyó también un terreno privilegiado para la expresión en la espacio público de la emergente opinión pública. Ya se ha analizado cómo ese tema fue un terreno especialmente propicio para la diseminación desde los años cincuenta de posiciones doctrinales dispares y plurales, canalizada a través de una amalgama muy diversa de escritores agraristas, liberales eclécticos, agrónomos, fisiócratas, seguidores de Gournay o cameralistas, que abarcaban desde las posiciones reglamentistas de Bielfed hasta las de naturaleza netamente liberal de Quesnay, Turgot o Mirabeau, pasando por las posiciones más bien mixtas de Forbonnais, Danguel, Serionne, Galiani o Necker. Hasta los años ochenta, estas plurales posiciones doctrinales y reformadoras se alinearon con los proyectos oficiales de reforma agraria, que en el ámbito del comercio de granos suponían la defensa de un amplio programa de liberalización del comercio interior, pero no del exterior, en particular, respecto al conflictivo tema de la libre exportación. Estos orientaciones sirvieron para vincular las influyentes posiciones vertebrales sobre esta cuestión expuestas en los años sesenta en las *Respuesta* de Campomanes dirigida al Consejo de Castilla y, tres décadas después, en el *Informe* de Jovellanos a la Sociedad Matritense, que goza de la consideración de la expresión depurada de ese reformismo “oficial” en los años finales del siglo.

Ahora bien, con demasiada frecuencia se olvida que no fue la única expresión del reformismo agrario en esos años. El *Informe* de Jovellanos se vio, de alguna manera, acotado por otros escritos cuyos fundamentos doctrinales y reformistas

eran dispares. A un lado, se hallaban las posiciones conservadoras del pensamiento administrativista, emparentado con la *police*, proclive a mantener los controles comerciales sobre el mercado del grano propios del Antiguo Régimen. El ejemplo más representativo de esta corriente fue Anzano y su particular traducción del *Essai* del francés Herbert, radicalmente crítica con su liberalismo moderado⁷¹. Al otro lado, se hallaba una corriente filo-fisiocrática, cuyo mejor mensajero fue Álvarez Guerra. Su escrito, que bien puede interpretarse como una crítica fisiócrata al *Informe* de Jovellanos, era una expresión más de las posiciones contrarias a los fundamentos de la política oficial que se ordenaba en torno a la *Pragmática* de 1765 que se habían ido abriendo a lo largo de los años ochenta en torno al debate sobre el comercio de granos. Aquí se encuentra el primer germen de la corriente de la Ilustración española partidaria de su plena liberalización, incluida la siempre conflictiva cuestión de su exportación, cuyos fundamentos se hallaban tanto en la fisiocracia como en otros autores cercanos a ella, como Condillac o Turgot. No es ninguna casualidad que los textos de Jovellanos, Anzano y Álvarez Guerra fueran publicados de manera casi simultánea, a lo largo de 1795 y 1796, en una expresión fehaciente de que la Ilustración española contaba para esa fecha con una “opinión pública” muy activa en la esfera de los debates económicos.

XVI.

El notable desarrollo que la cultura económica conoció en España de la segunda mitad del siglo XVIII contó con una particular e intensa manifestación en el ámbito institucional. Durante ese período se asistió a la aparición de diferentes instituciones de naturaleza económica de nuevo cuño, algunas de las cuales tuvieron una incidencia directa en la política ilustrada y en sus reformas y que, a través de transformaciones sucesivas, han llegado hasta nuestros días. Esta cuestión puede ser ejemplificada a través del crecimiento exponencial de los tratados autóctonos y las traducciones de textos económicos; la aparición por vez primera de textos económicos de nueva factura, dirigidos a nuevos públicos, como los manuales educativos, las “novelas económicas” o los diccionarios de “comercio” o de “economía política”; la edición de publicaciones periódicas abiertas a la discusión de los temas económicos; la publicación de códigos de leyes con un contenido económico sustancial; la constitución de las primeras agencias públicas de estadísticas oficiales; la creación del nuevo lenguaje de la Economía Política; o, por último, la fundación de las primeras cátedras y otras instituciones docentes

⁷¹ Jesús Astigarraga y Javier Usoz, “Política y Economía en el *Análisis del Comercio del Trigo* (1795) de Tomás Anzano”, *Hispania. Revista Española de Historia*, 232, 2009, pp. 395-421.

dedicadas al cultivo de esta ciencia. Todos estos ámbitos se beneficiaron del intenso proceso de circulación de ideas característico de ese período. Estas expresiones de la institucionalización de la ciencia económica fueron el resultado del proceso de recepción y de adecuación al contexto español de diversas experiencias foráneas previas. El capítulo 11 de esta Tesis Doctoral se dedica al análisis de tres manifestaciones particularmente elocuentes: sociedades económicas, diccionarios de comercio y economía, y cátedras.

La institucionalización de la Economía Política a través de la creación de sociedades económicas se explora en su vertiente de movimiento decisivo en el creciente proceso de politización de las Luces españolas durante el último cuarto del siglo XVIII (11.2). Esta cuestión se aborda con una óptica algo distinta de la habitual consideración de estos organismos como simples instrumentos del absolutismo ilustrado destinados a extender y afianzar sus reformas. En el trabajo se repasa, en primer lugar, la génesis de esas sociedades desde el prisma del proceso de aclimatación de las experiencias de sociedades económicas y academias agrarias surgidas en todo el espectro europeo desde los años treinta del siglo XVIII —en particular, las de Dublín, Bretaña, Berna y Florencia—, primero, en 1765, al ámbito particular de las tres provincias forales vascas, a través de Peñaflorida y la Sociedad Bascongada; y después, a partir de 1774-1775, al conjunto de la Monarquía, de la mano de Campomanes y la Sociedad Matritense. A continuación, se enfatiza su papel de instituciones embrionarias en la politización de la vida ilustrada española. De acuerdo con los trabajos de Franco⁷², su naturaleza de órganos relativamente abiertos a la participación, las condiciones igualitarias en el trato de que disfrutaron en su seno los distintos estamentos sociales, la discusión regular de tópicos característicos de la cultura ilustrada, la difusión de novedades o la prolija edición de textos y memorias fueron factores que permitieron a esas sociedades albergar no sólo formas novedosas de sociabilidad, cuanto también dinámicas y prácticas culturales —pre-políticas, en algún sentido— muy innovadoras, contribuyendo decisivamente a la ampliación de la dimensión de la esfera pública española de ese tiempo. De esta manera, esas instituciones acabaron convirtiéndose en auténticas escuelas de una futura “ciudadanía”, coadyuvando a asentar diversos valores inherentes a ésta, como la crítica, la libertad de expresión

⁷² Entre otros trabajos, pueden verse “El ejercicio del poder en la España del Siglo XVIII. Entre las prácticas culturales y las prácticas políticas”, *Mélanges de la Casa de Velásquez*, 35-1, 2005, pp. 51-77, y “Las sociedades económicas de Amigos del País: un observatorio privilegiado para la práctica política y el nacimiento de la ciudadanía a finales del Antiguo Régimen”, en Jesús Astigarraga, María Victoria López-Cordón y José María Urkia (eds.), *Ilustración, ilustraciones*, San Sebastián, 2009, vol. I, pp. 351-368.

o la pluralidad ideológica. En suma, terminaron favoreciendo una nada despreciable participación de las elites sociopolíticas en la vida pública en torno a una dinámica que, en algunos casos, llegó a propiciar incluso el distanciamiento gradual de las sociedades económicas respecto del poder político que las había creado. Ciertamente, sin su experiencia pionera no es posible comprender el conjunto de dinámicas que abrieron España a la senda constitucional que encontró su culminación en las Cortes de Cádiz.

Los diccionarios de comercio y economía del siglo XVIII fueron un componente indiscutible del intenso “diálogo” sobre Economía Política de que fue testigo el conjunto de la Ilustración europea. Su genealogía y sus ricas ramificaciones, desde el omnipresente *Dictionnaire universel de commerce* (1723-1730) de los hermanos Savary hasta los posteriores de M. Postlethwayt, R. Rolt y Th. Mortimer, en Gran Bretaña, A. Morellet y la *Encyclopédie Méthodique*, en Francia, o J. E. Kruse, en Alemania, ponen de relieve que nos encontramos ante una manifestación de dimensión continental, cuya finalidad era lograr que la *langue du commerce* se institucionalizara en forma de vocabulario alfabético con una dimensión más amplia que un mero conglomerado de conocimientos y prácticas mercantiles. En el trasfondo de esta superposición de la cultura económica con la tradicional expresión del enciclopedismo proveniente del siglo XVII se hallaba el proceso de globalización del comercio internacional característico del siglo posterior, debido en buena medida al papel creciente que en él fueron jugando los codiciados enclaves coloniales. Todo ello exigió a los gobiernos ilustrados disponer de instrumentos mediante los cuales poder afrontar con éxito los perennes “celos del comercio”. Los diccionarios de comercio fueron uno de los más esenciales: permitían reducir costes de transacción al comerciante privado y acertar con el establecimiento de las políticas comerciales al poder público. Su relevancia no era menor que los tratados prácticos de artes y oficios.

No obstante, su historia en España presenta más sombras que luces (vid. 11.1). Si el papel de nuestro país en el movimiento enciclopedista europeo del seiscientos y setecientos fue marginal, algo similar se debe afirmar respecto a la literatura económica elaborada bajo la forma de diccionarios o enciclopedias a lo largo de este último siglo, siempre dejando a un lado el léxico de la *oikonomia* (Chomel, Pluche, etc.). Es cierto que gran parte de los diccionarios europeos de “comercio” fueron bien conocidos en España, incluido los más importante desde el punto de vista analítico: el *Prospectus* (1769) de Morellet y los volúmenes sobre *Commerce* (1783-1784) y *Économie politique et Diplomatique* (1784-1788) de la *Encyclopédie Méthodique* de Panckoucke; también lo es que algunos de ellos —en

particular, el *Dictionnaire* de los Savary— circularon asiduamente entre sus núcleos ilustrados, siendo piezas claves en la elaboración de la literatura económica española de todo este siglo, desde Uztáriz o Argumosa hasta Campomanes y Jovellanos.

Al mismo tiempo, la conciencia sobre la necesidad de contar con un diccionario de comercio de factura española se manifestó ya en la Ilustración temprana —en concreto, desde la obra del Marqués de Santa Cruz de Marcenado (1724-1727)— y también atravesó transversalmente todo el Setecientos español, de la mano de algunos de los “economistas políticos” más insignes de la centuria. Las referencias mas incisivas provienen de Campomanes, quien en 1774 abogó porque que en España se elaborara un diccionario de comercio de factura española, siguiendo el *Dictionnaire* de los Savary. Ahora bien, lejos de tratarse de una simple traducción, debía de acomodarse a la realidad ibérica —metropolitana y colonial—, abarcando incluso la portuguesa, exactamente en la línea de lo realizado en los años cincuenta en el ámbito británico por Postlethwayt. Por su parte, en la esfera de la traducción, las iniciativas fueron constantes, especialmente a partir de 1770, implicando algunos de los textos más emblemáticos de la literatura comercial europea, concretamente los de J. Savary, J. y L.-P. Savary, S. Richard, H. Lacombe de Prezel, W. Beawes, J. E. Kruse o M. La Porte (vid. 11.1). Sin embargo, ninguno de ellos llegó a ser traducido íntegramente. Ello justificó los lamentos de Jovellanos, en el último tramo del siglo XVIII, debido a la ausencia en España de una obra similar a la de los Savary. También estableció una anomalía respecto a los países de nuestro entorno —Gran Bretaña, Alemania, Italia o Portugal— donde sí fueron culminadas con éxito diversas traducciones, normalmente adaptadas a los respectivos marcos nacionales.

Al mismo tiempo, los esfuerzos para realizar un diccionario de comercio autóctono de factura española tuvieron algo más de éxito. Se pueden identificar cinco obras con formato de diccionario o cercano a él, elaboradas, al final del siglo XVIII, por Alcalá Galiano-Gallard, Marien Arróspide, Suárez, Larruga y Virio. Diversas características comunes a ellas dan la medida de los logros de la Ilustración española en este ámbito de la cultura comercial. Por un lado, fueron obras realizadas, en general, por funcionarios, lo cual viene a ratificar la dificultad de emprenderlas sin contar con el apoyo del poder político o, incluso, sin ser inducidas por éste. En este caso, se trató de ilustrados vinculados bien a la Secretaría de Hacienda —Alcalá Galiano y Gallard— o bien la Junta de Comercio —Larruga y Virio—, especialmente a esta segunda, y, por tanto, al servicio de sus precisos intereses políticos y económicos. Los autores de los diccionarios de

comercio fueron al mismo tiempo protagonistas de primera fila en la creación en el último tramo del siglo XVIII de la Dirección de Fomento y de estadísticas oficiales—Virio, Larruga, etc.—, así como en dar a la luz diversas publicaciones o gacetas periódicas destinadas a la información de los comerciantes: Gallard promovió la publicación del *Correo Mercantil de España y sus Indias* y el *Almanak Mercantil*. Por otro lado, se trató de textos “políticos” centrados en aspectos parciales de la realidad comercial —principalmente estudios comparados sobre la estructura arancelaria española—, lo cual, además de mostrar las dificultades técnicas que entrañaba su realización, refleja que carecían del espíritu de universalidad característico de la herencia procedente del *Dictionnaire* de los Savary. Por último, se hallaban más ceñidos a los “hechos” que a los “principios” del “comercio en general”.

En suma, España careció de un diccionario de comercio de factura nacional pergeñado con una óptica “universal” y con una marca de reflexión teórica significativa. Esta cuestión puede ser valorada en términos de una expresiva paradoja: el notable nivel alcanzado por la literatura económica española en las últimas décadas del siglo XVIII no tuvo un reflejo nítido en el ámbito de los diccionarios de comercio. Así las cosas, es probable que la principal herencia que nuestra Ilustración legó a las generaciones sucesivas fuera la conciencia de la necesidad de diferenciar los principios teóricos del comercio, algo que debería abordar la denominada “Economía Civil, Pública o Política”, de los usos y reglas prácticas de la profesión mercantil, más propios del “Comercio”, entendido ahora en sentido estricto, algo sobre lo que Jovellanos dejó en sus escritos muestras muy expresivas.

Las experiencias de institucionalización de la enseñanza de la Economía en España durante el último cuarto del siglo XVIII se desarrollaron en cuatro escenarios distintos: el Seminario de Nobles de Madrid, la Cátedra de Economía Civil y Comercio de Zaragoza, la Universidad de Salamanca y la Academia de Economía Política de Mallorca, bajo la dirección docente de Joaquín Danvila, Lorenzo Normante, Ramón de Salas y José Antonio Mon, respectivamente. La más relevante de todas fue sin duda la de Zaragoza. Allí se estableció la primera Cátedra de enseñanzas económicas de la historia de España (vid. 11.3). Su fundación en 1784, después de dos años de largos prolegómenos, tuvo lugar en el seno de la Sociedad Económica Aragonesa, una de las instituciones más activas de la Ilustración española en la promoción de nuevos programas educativos. Para esa fecha, eran conocidas en España las cátedras de ciencias camerales de Upsala y Viena, así como las italianas, de orientación doctrinal más plural, de Milán, Módena

y Nápoles. También eran muchas las voces de los ilustrados que habían venido reclamando enseñanzas económicas, entre ellos Peñaflorida, Campomanes o Jovellanos. Sus demandas se inspiraban en fuentes doctrinales diversas. En el caso de Peñaflorida, remitían a la aritmética política británica y a la extensa oferta de ciencias camérales generalizada en el ámbito germánico desde los años sesenta. Mientras, en el seno de la Sociedad Matritense, sus socios recurrieron a la brillante figura del francés Morellet para subrayar la importancia de institucionalizar un conjunto de enseñanzas que incluyeran la “teórica” del comercio y no sólo las “prácticas” y “usos” mercantiles (vid. 11.4). En cualquier caso, el modelo que inspiró las cuatro experiencias mencionadas fue la Cátedra de comercio de Nápoles (1754), dirigida por Antonio Genovesi hasta la fecha de su fallecimiento (1769) y para la cual elaboró como manual docente sus conocidas *Lezioni di commercio* (1765-1767).

En efecto, la cátedra napolitana fue el modelo escogido en Zaragoza (vid. 9.1). Su cátedra tendrá incluso una denominación similar: Cátedra de Economía Civil y Comercio. El propósito de los ilustrados aragoneses era reproducir en suelo español la iniciativa ideada treinta años antes en Nápoles por el toscano *napoletanizzato* Bartolomeo Intieri y desarrollada al amparo de Carlo di Borbone. Así, un primer carácter destacado de la fundación de la Cátedra Zaragoza fue su carácter experimental, de modo que, según sus resultados, se estudiaría la posibilidad de generalizar la experiencia, utilizando para ello la densa red de sociedades económicas de amigos del país generalizada a partir de 1775, bajo la protección del Consejo de Castilla, a lo largo de toda la Monarquía. Una segunda característica básica fue su naturaleza oficial: todos los aspectos sustantivos de la Cátedra, desde la designación del catedrático hasta el diseño del programa de estudios, quedaron bajo el control de la Secretaría de Estado, dirigida entonces por Floridablanca. Ello incluyó la propia planificación de los estudios.

Al igual que la Cátedra de Nápoles, la de Zaragoza fue un centro gratuito para sus alumnos, con enseñanza en lengua vernácula y ajeno a la estructura universitaria. Dependía de la Sociedad Económica Aragonesa, cuya financiación era la propia de estas instituciones semipúblicas, basada fundamentalmente en las aportaciones de los socios, aunque también recibiera fondos públicos. En cuanto a la orientación educativa, la Cátedra zaragozana estaba especialmente destinada a los alumnos de leyes, de la propia Universidad de Zaragoza, con particular atención a quienes aspiraban a dedicarse a la función pública. En cualquier caso, su fundación no dejaba de ser una preclara manifestación institucional de la extensión a través de la educación de los principios republicanos del comercio: la Cátedra no

solo estuvo abierta a todo el espectro social sino que uno de sus objetivos principales era extender la educación en materias económicas a la nobleza —hacer del noble, comerciante— en condiciones de igualdad con el resto de alumnos procedentes de otros estratos sociales.

Comparada con la napolitana, la iniciativa española tuvo caracteres propios. En primer lugar, trató de erigirse en un importante centro de creación y de difusión económica, a través de dos vías: la formación de una "gran biblioteca de escritores económicos" y el desarrollo de un intenso programa de traducciones. Todo ello, en palabras de Normante, el primer titular de la Cátedra, con el fin de "propagar los conocimientos político-económicos, quitándoles el aspecto de novedad peligrosa o inútil con que se presentan a los ignorantes". Para ello el propio Normante, quien se mantuvo al frente de la Cátedra entre 1784 y 1801, preparó materiales docentes inspirados en el *Essai* (1734) de J.-F. Melon y las *Lezioni* de Genovesi. Asimismo, entre 1784 y 1789, diversos miembros de la Sociedad Aragonesa tradujeron escritos de Carli, Condillac, Casaux, Grisellini, Melon, Filangieri y Genovesi. Entre la diversa procedencia doctrinal y geográfica, se aprecia el predominio de la economía política italiana, lo cual refuerza la ascendencia de su Ilustración sobre Aragón. En la mayoría de los casos esas traducciones fueron recensiones o extractos con fines docentes. El único caso peculiar fueron las *Lezioni* de Genovesi, que protagonizaron la orientación docente durante las dos primeras décadas de la Cátedra. En 1784 el Secretario de Estado Floridablanca ya había pedido expresa y textualmente a la Sociedad Aragonesa que elaborara un curso completo de Economía Política basado en los mejores autores italianos, franceses e ingleses. Conforme a esta voluntad de la autoridad política, el socio y profesor de Derecho en la Universidad de Huesca Victorián de Villava tradujo y vio editada su completa, fiel y esmerada versión de las *Lezioni* a lo largo de 1785 y 1786.

Una segunda particularidad de la Cátedra, en relación a su precedente napolitano, es que quedó insertada en un programa docente más amplio y ambicioso. Sus actividades se coordinaron con las de otras dos cátedras, de Filosofía Moral y de Derecho Público —también denominada de Derecho Natural o de Derecho Natural y de Gentes—, fundadas en 1785 por la Sociedad Aragonesa, siempre con la anuencia y el apoyo del Consejo de Castilla (vid. 11.3). Ante todo, resulta muy significativo que la Sociedad Aragonesa fuese capaz de desarrollar de manera simultánea la enseñanza de tres disciplinas que habían representado la punta de lanza de la renovación del pensamiento en ciencias sociales durante la Ilustración europea. Otra cuestión diferente, como el tiempo se encargará de

mostrar, fue el dispar alcance de las mismas. La experiencia docente de las cátedras de Derecho Público y Filosofía Moral fue de mucho menor relieve que la desarrollada en la de Economía Civil, además de más limitada en el tiempo: mientras ésta perduró, con diversos periodos de interrupción, hasta 1846, cuando fue absorbida por la Universidad, aquellas fueron clausuradas en 1794 y 1798, respectivamente.

Los contenidos docentes impartidos en las cátedras de derecho y ciencias políticas muestran con claridad su naturaleza conservadora. No parece que ese contenido cambiara durante el periodo en que ambas estuvieron vigentes. En la de Filosofía Moral, el texto escogido fue la *Philosophia moral* (1755) del médico y filósofo aragonés Andrés Piquer. Se trató de un manual de factura española, arraigado en la Ilustración temprana, mucho más cercano a Muratori que a las corrientes *iusnaturalistas* más distintivas —desde Grocio a Locke— y cuyo eclecticismo filosófico no desbordaba los lindes de una filosofía moral de inspiración católica. A su vez, en la Cátedra de Derecho Público el texto escogido fue los *Elementa Juris naturae et Gentium* (1758) de Heineccio. Este manual se insertaba en una cultura jurídica de raíz positivista, alejada del racionalismo propio del *iusnaturalismo*; su matriz absolutista y fuertemente conservadora informaba su ideología política.

Todo ello contrasta con la suerte que corrió la Cátedra de Economía Civil y Comercio. En primer lugar, sus enseñanzas fueron desde sus propios inicios relativamente actualizadas; en segundo lugar, fueron variando con el paso del tiempo con el fin de acomodarse a los cambios del pensamiento económico europeo; y, por último, fue un centro de elaboración de materiales docentes propios, que influyeron en el conjunto de la Ilustración española. Así, en 1798, una quincena de años después de fundada y el mismo año en que se clausuraba la cátedra de Filosofía Moral, cuatro después de que lo hubiese sido la de Derecho Público, en la de Economía se enseñaba, entre otros, a Quesnay, Condillac, Forbonnais y Necker, entre los autores franceses; Hume y Smith, entre los ingleses; y Muratori, Genovesi y Verri, entre los italianos. Ello refleja que esta experiencia tuvo un carácter de indudable cuño modernizador, a la vez dinámico e informado de un notable pluralismo doctrinal. Las informaciones que poseemos sobre su docencia regular vienen a mostrar que en sus aulas se enseñaron algunos de los tópicos centrales de la cultura económica y política de la Ilustración, desde las formas de gobierno o las leyes penales hasta la libertad de comercio o el lujo. Todo ello pone de manifiesto la gran asimetría con la que se desarrolló, incluso en el propio campo ilustrado, la cultura político-jurídica, por un lado, y la económica,

por otro. La Economía Política se había convertido a medida que transcurrió el siglo XVIII no solo en una de las ciencias mayores de la Ilustración española, sino también en un canal activo y abierto para la difusión de ideas y de propuestas que iban más allá de lo que estrictamente conocemos como contenidos de naturaleza económica. De hecho, como veremos, fue la Cátedra de Economía —y no las otras dos— el blanco de un ataque político contundente e intransigente por parte de los sectores reaccionarios españoles.

Un segundo ejemplo muy ilustrativo del perfil relativamente avanzado que había adquirido la Economía en el tramo final del siglo XVIII lo ofrece la figura de Ramón de Salas. Junto a Danvila en el Seminario de Nobles y Mon en la Academia de Economía Política de Mallorca, este ilustrado aragonés fue un indiscutible protagonista de otro de los ensayos de institucionalización de la Economía en el ámbito educativo⁷³. Asentado desde mediados de los años sesenta en Salamanca, Salas perteneció al núcleo renovador que mantuvo una polémica frontal con los poderosos sectores reaccionarios de dicha Universidad (vid 9.2). Con el apoyo de profesores tan distinguidos como Meléndez Valdés, Torrero, Núñez y otros futuros padres del primer constitucionalismo español, Salas fundó en 1787 una Academia de Derecho Español y Práctica Forense. El perfil innovador de la Academia se reflejó en sus métodos pedagógicos, cercanos a nuestros actuales seminarios, y en sus contenidos. Salas pretendía sustituir las anacrónicas enseñanzas escolásticas de Jurisprudencia y Teología por disciplinas “útiles” que no figuraban en el currículo universitario. De manera prioritaria le interesó la Economía Política, dando origen a la primera experiencia de enseñanzas económicas en el seno de la universidad pública española. A tal fin, Salas contó con la ayuda de profesores y alumnos que participaban en las tertulias que celebraba asiduamente en su domicilio. Con su ayuda realizó traducciones manuscritas de numerosas obras de Derecho Público, Filosofía Moral y Economía Política, de autores como Bodino, Voltaire, Rousseau o Schmid d’Avenstein, de acceso muy restringido en la España de su tiempo. Tales manuscritos eran copiados y difundidos clandestinamente entre los círculos intelectuales de Salamanca y de otras ciudades vecinas. Todo ello muestra que la aventura reformadora de Salas y su grupo tenía poco que ver con los patrones de la Ilustración oficial española, canalizada a través de las sociedades económicas. Su estructura, sus formas de sociabilidad y sus contenidos configuraron una todavía poco conocida corriente *radical* —en el sentido que esta expresión poseía antes de la publicación de la magna obra de Israel— de las Luces

⁷³ Nos remitimos a Jesús Astigarraga, *Luces y republicanismo. Economía y Política en las “Apuntaciones al Genovesi” de Ramón de Salas*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 2011.

españolas.

Tal es el contexto en el que Salas concibió su traducción personal de las *Lezioni* de Genovesi. Se trata de un manuscrito copiosamente anotado de los veintiún primeros capítulos de la obra. Fue elaborado alrededor de 1787-1790 y destinado a la Academia de Derecho Español, donde Salas enseñaba la doctrina de Genovesi. Su título, *Apuntaciones al Genovesi y extracto de las Lecciones de Comercio y Economía Civil*, manifiesta claramente la voluntad de comentar críticamente las ideas de Genovesi, así como de su traductor español, Villava. De hecho, las “Apuntaciones” son una refutación de las ideas económicas y políticas del napolitano, cuya extensión y profundidad las convierten en un libro dentro de otro libro. De este modo, a finales de los años ochenta, gracias al apoyo del Consejo de Castilla y a la iniciativa de los propios ilustrados, España comenzó a contar con diversos focos de propagación de las ideas político-económicas a través de experiencias educativas de nivel universitario.

XVII.

Como es perceptible, el despliegue de la cultura económica-política en la España de la Ilustración alcanzó a lo largo de los años ochenta unas cotas realmente notables. Ninguna de sus principales manifestaciones, desde la fundación de sociedades económicas o de cátedras de economía hasta la ininterrumpida edición de tratados autóctonos y de traducciones, tenía parangón en el escenario de la cultura española existente tan sólo tres décadas atrás: en un par de décadas todo había cambiado más que en todo el resto del siglo. Y, más aún cuando, adicionalmente, para esa fecha, ya había eclosionado una “opinión pública” bajo la cual subyacía, entre otras cuestiones, la aparición de una Ilustración *tardía* crítica con los fundamentos doctrinales y el contenido de las reformas oficiales.

Por supuesto, este despliegue no escapó de la atenta mirada de los sectores reaccionarios españoles. De hecho, no se puede escribir la historia de la diseminación de la cultura ilustrada a través de la Economía Política sin aludir a sus “descontentos”. Y en la primera fila de estos figuró una resistencia anti-ilustrada, más visible que sorda, que, como en la cercana Francia, tuvo sus principales marcas de distinción en sus componentes absolutista y, sobre todo, católico⁷⁴. Ahora bien, a diferencia de lo que normalmente tiende a considerarse, lejos de tratarse de un frente desarticulado y escasamente organizado, las

⁷⁴ Darrin McMahon, *Enemies of the Enlightenment. The French Counter-Enlightenment and the Making of Modernity*, Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 18-53.

informaciones que se van reuniendo respecto a la resistencia anti-ilustrada a la Economía Política ponen de manifiesto su naturaleza de oposición claramente “política” y menos disgregada de lo que se supone. Los años ochenta y noventa fueron particularmente significativos en ese combate desigual, en el que la Inquisición volvió a ocupar el centro de la escena, aupado, en parte, por el clima político que abrió en España el triunfo de la Revolución en Francia.

La narrativa de esta oposición “política” bien puede iniciarse en 1778 cuando el ilustrado vasco Manuel de Aguirre fue denunciado a la Inquisición debido a la publicación de su “Discurso sobre el lujo” —que llevaba detrás la huella de los *Political Discourses* de Hume—, poniendo en graves apuros a la Sociedad Bascongada, cuyos *Extractos* se habían hecho un amplio eco de su contenido. Las hostilidades se desataron con mucha mayor virulencia años después, a partir de 1786, en pleno proceso de expansión de la experiencia de las cátedras de Economía y de divulgación de las ideas *genovesianas*. Es bien conocido que la primera gran embestida fue contra la Cátedra de Zaragoza (vid 9.1 y 11.3). En diciembre de 1786, el capuchino y predicador errante Diego José de Cádiz denunció al catedrático Normante ante la Inquisición por tres ideas planteadas en sus escritos docentes: los inconvenientes del celibato eclesiástico, ligados al perjuicio de admitir en el clero a los menores de veinticuatro años; la licitud del lujo; y la justificación de la usura. La denuncia poseía una elevada significación política, toda vez que se producía al inicio del segundo año de la Cátedra, cuando ésta trataba de confirmar el gran éxito de convocatoria de su primer año; además, en la persona del catedrático Normante se atacaba una experiencia educativa avalada directamente por Floridablanca y la Secretaría de Estado.

Una vez abierto el frente, intervino de inmediato desde Córdoba otro capuchino, Jerónimo José de Cabra. Este ex-profesor de Teología publicó en 1787 una extensa obra con el fin de fundamentar doctrinalmente la denuncia de Cádiz. Desde una perspectiva hermética de dogmática católica, su trabajo refutaba los dos escritos más significativos de Normante, basados en los tratados de Melon y de Genovesi. Tal refutación, a pesar de su exhaustiva y puntillosa concreción, no poseía ningún interés teórico. Cabra no se situaba en el ámbito “anti-económico”, cuanto propiamente en el “pre-económico”: su impugnación tenía como centro la Economía Política en sí misma y ello le eximía de rebatir las propuestas concretas planteadas por Normante. Sus escritos eran interpretados desde el mayor rigor de las Sagradas Escrituras, reafirmando la absoluta prioridad de la religión católica sobre la política y sobre la economía. De hecho, el objeto principal del ataque era la Economía Política en sí misma. Cabra se refería despectivamente a Melon,

Genovesi, Dutot, Montesquieu, Cantillon, Mirabeau, Forbonnais y otros innumerables “políticos mundanos”, como individuos de ideas “peregrinas, extranjeras e inauditas en nuestra España”. Sus “teológicas demostraciones” se ensañaban especialmente con Melon y Genovesi. Del napolitano Cabra rebatía con detalle las políticas de fomento de la población y de restricción del celibato, la licitud del lujo y sus planteamientos educativos.

El ataque a la Cátedra de Zaragoza dividió a la opinión pública española y exigió de los sectores ilustrados nuevas iniciativas con el fin de salvaguardar esa experiencia pionera. El primer frente de defensa provino de la propia Sociedad Aragonesa, que hizo suya la causa de Normante, secundada por la generalidad de las sociedades económicas. También expresaron su apoyo de la Aragonesa insignes ilustrados españoles, como Foronda o Aguirre. Por último, fue el apoyo soterrado, pero efectivo, de la Corte de Madrid lo que logró apagar la mecha encendida por Cádiz y Cabra. Una Real Orden de 10 de septiembre de 1788 mandaba guardar silencio a ambas partes. El equilibrio de las fuerzas enfrentadas en la contienda se pone de relieve al comprobar los logros de aquel capuchino: la Cátedra continuaría su andadura, pero Normante no volvería a publicar más; el alumnado asistente a la Cátedra se redujo brusca y sustancialmente; la Sociedad Aragonesa interrumpió su “biblioteca de escritores económicos” y su programa de traducciones; y, finalmente, se frenó la generalización de la experiencia de la Cátedra de Economía a otros lugares de la Monarquía.

Las hostilidades abiertas por Cádiz y Cabra fueron ampliadas de inmediato por tres miembros del Oratorio de San Felipe Neri, quienes, en julio de 1788, denunciaron ante la Inquisición tres textos de Economía Política por considerarlos partidarios de la usura. Se trataba de dos traducciones y de una obra española: las *Lecciones de Comercio* (1785-1787) de Genovesi, *Los intereses de las Naciones de Europa* (1772-1774) de Jacques Accarias de Serionne y *Aumento del comercio con seguridad de la conciencia* (1785), del sacerdote José María Uría Nafarrondo. La denuncia se inscribía en un secular conflicto, omnipresente en el siglo XVIII español: la legitimidad del tipo de interés había venido enfrentando a eminentes eclesiásticos, como los padres Pedro de Calatayud o Antonio Garcés, con prestigiosas instituciones comerciales de la Monarquía, como los Cinco Gremios Mayores de Madrid o los Consulados de Comercio de Bilbao y de Barcelona. Ahora bien, la denuncia respondía a una coyuntura más precisa, con toda probabilidad, la emisión de los vales reales, premiados con el cobro de interés, por parte del Banco de San Carlos.

No es casual que el objetivo fundamental de sus ataques fuera la obra de factura española, debida a Uría Nafarrondo, miembro de una familia comercial vizcaína y sacerdote vinculado al Consulado de Bilbao. Su texto era una traducción, adaptada al contexto de la sociedad española, de un tratado del clérigo francés Paul T. de la Forest. En ella se justificaba el tipo de interés en el comercio respetando tanto la ortodoxia católica como el formalismo escolástico. Y esta es la razón por la que los tres oratorianos atacaron frontalmente este enfoque relativamente novedoso. Su cabeza visible era Eudaldo Corriols, ex-abogado de la Real Audiencia de Barcelona y para esa fecha hermano oratoriano. Éste se oponía rotundamente a considerar la usura como “ganancia y beneficio del dinero lícito e inocente”. Corriols temía principalmente que se tratara de calvinismo, una “doctrina que corrompía las costumbres, ofendía a la religión” y que se extendía “en las plazas de comercio, desterrando de ellas la doctrina católica”. Pero sus acusaciones a Genovesi y al traductor de sus *Lezioni*, el aragonés Villava, no eran menores: “hacen lo posible para persuadir a los fieles de las mentiras según las cuales sin usura moderada el comercio no puede sobrevivir”. Todo ello se tradujo en una delación inquisitorial que sostenía que las tres obras mencionadas merecían “prohibirse *in totum*”; incluso, con posterioridad, trataron de extender esa delación a los capítulos referidos al tipo de interés de la obra de Condillac, traducida en 1778. Finalmente los oratorianos solicitaban la prohibición total de la de Uría Nafarrondo y la purga parcial de las otras dos: en cuanto a la de Accarias de Serionne, había de desaparecer la sección sobre los billetes bancarios; respecto a la de Genovesi, sobraba el capítulo “*Delle usure*”. Sobre estas cuestiones incidirá incansable Corriols entre 1788 y 1791, elevando gradualmente el tono de sus denuncias.

No existe ninguna noticia de que sus demandas prosperaran, pero nuevas evidencias ponen de relieve lo encarnizado de este combate y que éste tuvo como un eje central la defensa de la legitimidad del cobro del tipo de interés. Así, en 1791 la primera censura de *Wealth of Nations* de Smith proponía que fueran eliminadas precisamente sus ideas sobre el interés del dinero. Y, de manera más significativa aún, en 1796, la Inquisición obligaba a expurgar cerca de un tercio del contenido de la traducción de las *Reflexions* de Turgot (capítulos LXX-C), publicada cinco años antes. La primera justificación avanzada para esta censura era una vez más la cuestión de la legitimidad de la tasa de interés, es decir, los pasajes relativos a la larga refutación realizada por Turgot contra las ideas de esos “rigoristas”, “teólogos escolásticos” y “moralistas” más conservadores que los ilustrados. En las

obras de Turgot y de Smith esa censura afectaba de lleno a elementos centrales de las mismas, como las teorías del capital o del empresario. Todo ello suponía de hecho el aborrecimiento de mecanismos insoslayables del funcionamiento de la sociedad comercial, que, en suma, constituía el blanco principal del ataque de los sectores reaccionarios.

También la implacable maquinaria de la Inquisición arrojó su sombra sobre el valiente ensayo universitario de Salas. La Inquisición seguía los pasos de este visionario de la España de finales del Siglo XVIII ya desde 1786, cuando fundó su Academia de Derecho español. Diversas delaciones y nuevos sumarios afloraron en 1787, 1788 y 1792, en muchos lugares de la geografía española, desde Salamanca, Ávila o Cáceres, hasta Madrid, Zaragoza o Granada. El “caso Salas” culminará en 1796, condenado por poseer libros prohibidos y ser autor de “varios manuscritos y papeles anónimos muy perniciosos a la religión y al Estado”. El aragonés fue privado de Cátedra, bienes y “papeles”, y recluido durante un año en un convento. Este juicio inquisitorial refleja la dureza empleada contra el sector universitario reformista salmantino. Salas fue escogido como “cabeza de turco” en un proceso ejemplarizador que presagió el fracaso en el corto plazo del primer liberalismo ilustrado español. Al mismo tiempo, representó un importante freno a la lenta modernización universitaria. El clima político que abrió en España el triunfo de la Revolución en Francia, con el consiguiente cierre de las fronteras culturales, la supresión de la prensa periódica crítica y la intensificación de la censura, impuso decisiones muy elocuentes en ese terreno: el cierre de las efímeras cátedras de Derecho Público, la prohibición del manual de filosofía, de factura *genovesiana*, del padre Villalpando o la clausura del renovador Colegio de Filosofía de la Universidad de Salamanca.

Esta ola represiva se llevó también por delante la Academia de Salas, cerrada en 1793, sólo cinco años después de su fundación. Este hecho es un buen reflejo de los aires de esos nuevos tiempos de involución. En 1793, el Padre José de Pando, profesor en Salamanca, solicitó que en la Academia se dejara de enseñar Economía Política, “un saber peligroso e inconsistente”. Su petición ante el Claustro universitario constituía una censura total de los métodos de enseñanza de Salas y del aprendizaje de la Economía Política, tal y como el propio Pando mencionaba había venido ocurriendo en las cátedras de Viena, Nápoles o Milán. El tiempo que se dedicaba a estudiar esa ciencia debiera emplearse en “nuestras propias leyes” y en el “Derecho de los romanos”, dado que era necesario “estudiar las leyes propias para saber Economía Política”. La posición de Pando se sustentaba en un

relativismo absoluto según el cual, la imposibilidad de establecer leyes económicas generales llevaba a la inconsistencia de la ciencia económica. El objeto central de sus críticas eran las *Lezioni* de Genovesi, arguyendo que el texto no se podía estudiar en un año académico y criticando duramente su contenido, incluso en la versión relativamente más moderada de Villava.

Así pues, el giro político conservador de los años noventa propició un nuevo ajuste de cuentas reaccionario, con más precisión, anti-ilustrado, apoyado en el todavía influyente Tribunal de la Inquisición. Ello habla de las enormes dificultades en las que se desenvolvía el movimiento ilustrado español en su afán por diseminar en su país la cultura económico-política europea. Retornaban las acusaciones a la Economía Política de ser la principal causante de desintegrar esa España moldeada conforme a la imagen modélica de una Monarquía católica y absoluta. Se sentó a la Economía Política en el banquillo de los acusados, señalando a Genovesi como una de las principales “*bêtes noires*”. Dicha corriente reaccionario apreció en la difusión del catolicismo ilustrado del filósofo napolitano el peligro más evidente para conservar el tradicional rigor católico de la Monarquía española. Nada extraña que la traducción de sus *Lezioni* fuera seguida por la de diversos textos de Muratori, otro eminente representantes de las Luces católicas italianas. Y tampoco es de extrañar que esta corriente antigenovesiana española se manifestara en las mismas fechas en que se producía el ataque frontal de diversos sectores jansenistas contra la *Scienza della Legislazione* del también napolitano Filangieri y la traducción española de la obra, iniciada en 1788 por el abogado valenciano Jaime Rubio, que, debido a la censura inquisitorial, nunca pudo ser culminada (vid. 9.2). En suma, con Cádiz, Cabra, Corriols o Pando nos hallamos ante el origen de una corriente reaccionaria española que apreció de inmediato el peligro real que estaba suponiendo la diseminación de la cultura económica y que tendrá continuidad en la centuria posterior en la figura del Padre Vélez, aguijón contra ese envenenado influjo llegado a España, no sólo desde Francia, sino también desde el Nápoles de Carlo di Borbone y Tanucci.

XVIII.

La oposición “política” de los sectores reaccionarios y antilustrados muestra con toda su crudeza el papel profundamente perturbador que la Economía Política acabó desempeñando para quienes trataban de preservar incólumes los seculares principios de la Monarquía. No obstante, esa oposición, que acabamos de describir sucintamente, no fue en realidad capaz de alterar de una manera significativa el

curso de la diseminación en España de la cultura económica durante los dos últimos decenios del siglo XVIII, y ello a pesar de que contó con el respaldo del poderoso Tribunal de la Inquisición. Pero para ese momento, éste carecía de instrumentos intelectuales y también, aún con mayor probabilidad, de recursos humanos para abortar un despliegue de la dimensión del que lideraron los ilustrados, que además venía desarrollando con la permisividad plena del Consejo de Castilla. En esas dos décadas ese despliegue terminó por desbordarse en un aluvión de textos y traducciones sobre la ciencia de la Economía Política que inundó toda la Monarquía, hasta sus últimos confines. De hecho, en esas fechas, la batalla ideológica que conducirá a España a su primera Constitución se había abierto ya en todos sus frentes y los ilustrados españoles encararon entonces con todas sus consecuencias la trascendencia de que su país asumiera los principios de esa nueva ciencia.

La secuencia cronológica de los tratados económicos más significativos que fueron objeto de traducción durante las dos últimas décadas de siglo constituye sin duda el índice más expresivo de lo que se señala: Davenant (1779), Condillac (1778-1780), Coyer (1781), Bielfeld (1781), Mably (1781, 1789), Necker (1781, 1783, 1786), Grisellini (1784), Justi (1784), Melon (1785), Genovesi (1785-1786), Beguillet (1786), Calonne (1787), Filangieri (1784, 1787-1789, 1793), Carli (1788), Hume (1789), Turgot (1791), Bigot de Saint-Croix (1791), Quesnay (1794), Giani (1794), Smith (1792, 1794), Herbert (1794), Bade (1796), Coyer (1796) y Payne (1797)⁷⁵.

Esta secuencia no incluye las versiones manuscritas ni tampoco determinados tratados que, sin ser traducidos, fueron intensamente leídos y utilizados por los ilustrados españoles. El caso más significativo de estos últimos fue sin duda el *Essai* de Cantillon; aunque será traducido en una fecha tan tardía como 1831, casi un siglo después de haber sido elaborado, fue un texto absolutamente familiar para los ilustrados españoles, desde Craywinkel hasta Danvila o Matanegui: en él trataron de encontrar vías de solución para la secular decadencia comercial española y su dependencia de las riquezas metálicas (vid. 3.1 y 8.1). En cualquier caso, la secuencia referida pone de relieve que nos hallamos ante una auténtica etapa de esplendor de la Economía Política en España, como si el despliegue gradual que se había iniciado en los años cincuenta hubiera culminado en dos décadas de auténtica “explosión” o “boom” en el interés por esta

⁷⁵ Llombart, “Traducciones españolas”.

ciencia, que bien pueden asimilarse a los treinta años que habían precedido, en el conjunto del contexto europeo, a la publicación en 1776 de la *Wealth of Nations* de Smith⁷⁶.

El rasgo más característico de esta nueva etapa —tan convulsa como reveladora, a un mismo tiempo— fue su pluralidad. Todas las corrientes más influyentes de la Economía Política europea se hallaron respresentadas en ella: el cameralismo (Bielfeld y Justi); la fisiocracia (Quesnay y Bade); la aritmética política (Davenant); la Economía “civil” napolitana (Genovesi, Filangieri), así como otros autores italianos, toscanos y lombardos (Giani, Carli); la economía *neckeriana* y sus aledaños (Necker, Calonne); la economía republicana del Humanismo Cívico (Mably); el círculo de Gournay, en sus generaciones primera (Coyer, Herbert) y segunda (Condillac, Turgot); y, por último, los economistas escoceses (Hume, Smith).

Esta misma naturaleza plural del período se extiende también a la multiplicidad de los focos originarios de las traducciones, de sus canales de transmisión y de sus traductores. En términos generales, las versiones publicadas siguieron siendo promovidas —o contaron con el aval— de diferentes instituciones, bien semipúblicas, como las sociedades económicas (Coyer, Grisellini, Davenant) o la cátedra de Economía de la Sociedad Aragonesa (Genovesi, Carli), o bien oficiales, el caso de la Secretaría de Hacienda (Necker) o la Junta de Comercio (Beguillet). En segundo lugar, las publicaciones periódicas pasaron a desempeñar un papel muy activo en la diseminación de las traducciones económicas, no sólo por la vía de los periódicos oficiales, como el *Mercurio* (Necker), cuanto también por medio de otras iniciativas, como las *Memorias instructivas y curiosas*, que con toda probabilidad fue pilotada desde la Sociedad Matritense (Turgot, Bigot de Saint-Croix, Condillac, Justi, Necker). En tercer lugar, de la multiplicidad de traductores implicados, destaca precisamente el nombre del director de estas *Memorias*, Miguel Gerónimo Suárez y Núñez. Él y Marcoleta fueron los principales traductores de textos económicos de toda la Ilustración española.

No obstante, junto a todo ello, en el tramo del final de siglo, emergió de manera definitiva el perfil del traductor que actuaba por su propia iniciativa, como si, por un efecto lógico de la propia maduración de la esfera pública, estos publicistas convertidos en traductores se hubieran desprendido por fin de la tutela

⁷⁶ Terence, Hutchison, *Before Adam Smith. The Emergence of Political Economy, 1662-1776*, Oxford, Basil Blackwell, 1988, pp. 189 y ss.

política de Campomanes, Lerena, Floridablanca u otras autoridades que marcaban la orientación y, con toda probabilidad, el contenido de las traducciones. En este sentido, una fecha especialmente significativa fue 1787. El abogado valenciano Jaime Rubio dio inicio entonces, con toda probabilidad por su libre iniciativa, a la publicación de la *Scienza della Legislazione* del napolitano Filangeri. Inserta de inmediato en un intenso proceso de críticas y refutaciones desde destacados sectores jansenistas, y objeto de una dura censura por parte de la Inquisición, Rubio no pudo culminar la edición de este extenso tratado de legislación, entre otros motivos, por la falta de apoyo del Consejo de Castilla (vid. 9.2). Pero otras traducciones coetáneas, como las de Giani, el *Chinki* de Coyer o Bielfeld, de la mano de Foronda, también parecen responder a este mismo esquema de iniciativas autónomas.

El caso de la *Scienza* de Filangieri no fue el único ejemplo de traducciones inacabadas o mutiladas. Ya se ha analizado previamente el caso del *Compte rendu* de Necker. Asimismo, aunque no tengamos noticias de su autor ni de las razones que llevaron a relizarla, la traducción de los *Political Discourses* de Hume fue enormemente expresiva del caso de estas versiones incompletas. Sólo incluyó ocho de los doce discursos que articulaban el libro original del filósofo escocés. El anónimo traductor daba a entender subrepticamente que la exclusión de esos cuatro discursos no era debida a su voluntad, cuanto a la exigencia de extremar el ejercicio de autocensura. También la traducción anónima de Justi quedó incompleta, aunque desconozcamos las razones de ello; mientras, la del *Essai* de Melon —por obra de Normante— excluyó todos los capítulos sobre teoría monetaria y la del asesor de Leopoldo II de Toscana, Francesco Maria Giani, *Governo della Toscana*, solo incluyó los pasajes del original dedicados a las reformas de liberalización del comercio de los granos (vid. 2.1 y 5.1). En fin, en otros casos, como los de Filangieri —de la mano de Villava—, Carli o Bielfeld —en la edición de Foronda—, se trató de la publicación de extractos o de pasajes concretos de su obras.

Las traducciones del tramo final de siglo presentaron todas las diferentes estrategias usuales para pasar los filtros de la censura o sencillamente para adaptar de manera adecuada el texto foráneo a la realidad española. El universo de esas estrategias es casi tan variado como lo fueron la traducciones. La versión del francés Herbert dio pie a su traductor, Tomás Anzano, a presentar en 1794 una especie de “libro dentro de otro libro”: el aragonés no se limitó a traducir el texto original sino que adicionó a todos y cada uno de sus capítulos unos comentarios

críticos, que convertían su traducción en una auténtica refutación del original⁷⁷. De manera muy similar había operado un par de años antes Franciso de Paula del Rey en su particular versión de Filangieri: había traducido dos capítulos del volumen segundo de su *Scienza*, dedicado a la leyes políticas y económicas, para proceder a una refutación muy exhaustiva y detallada de los mismos. Por su parte, la pulcra versión de Genovesi realizada por el aragonés Villava se presentó completada por unas “notas del traductor” cuya extensión y profundidad las convertían en un pequeño tratado original.

En cualquier caso, el conjunto de censuras o autocensuras tuvieron en realidad una dimensión menor de la que normalmente se considera. Ha sido bien estudiado el conjunto de modificaciones que José Alonso Ortiz introdujo en su traducción de la magna obra de Smith. Tales modificaciones afectaron a la cuestión religiosa, la usura, la educación, la teoría monetaria, los gremios o el librecambio; no obstante, se estima que en su conjunto su versión acabó siendo fiel al original⁷⁸. También conocemos bien las modificaciones que Rubio introdujo en los dos primeros volúmenes de su traducción de la *Scienza* de Filangieri: afectaron a la exposición de los derechos económicos individuales, a determinados temas religiosos y a los pasajes críticos con la realidad socioeconómica española (vid. 9.2).

Ahora bien, junto a todo ello, en otros casos de textos esenciales de la cultura económica europea de la Ilustración, se puede hablar sin tapujos de traducciones de una calidad impecable. Así sucedió, por ejemplo, con las versiones de Quesnay, Davenant o Bigot de Saint-Croix; también con la de Genovesi, solo sometida a ligeras modificaciones por parte de Villava destinadas a atenuar diversas expresiones políticas o religiosas; con la de Condillac, cuya única incorrección fue la defectuosa aceptación por parte del anónimo traductor de su teoría del *entrepreneur*; o, asimismo, con la de Turgot. Ésta fue, sin duda, una de las de mayor calidad de toda la Ilustración española: entre otras cuestiones, incluyó precisamente, por vez primera en España, una sagaz traducción de esa innovadora teoría del empresario, descubierta por Cantillon y desarrollada por los fisiócratas.

⁷⁷ Astigarraga y Usoz, “Política y Economía”.

⁷⁸ Pedro Schwartz, “La recepción inicial de La Riqueza de las Naciones en España”, en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles (vol. 4). La economía clásica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000, pp. 171-238.

Todo ello viene a subrayar que los ilustrados españoles lograron, a través de vías diversas, diseminar las principales corrientes activas de la Economía Política europea de final de siglo. La historiografía ha puesto tradicionalmente excesivo énfasis en las censuras, las modificaciones o las mutilaciones que incluían las versiones traducidas. Sin embargo, una visión de conjunto permite afirmar, una vez más, que esta labor de adaptación de los originales a contextos políticos y culturales tan distintos, como era el español, tuvo un alcance menor del que se supone. En cambio, a través de las versiones de Condillac, Turgot, Genovesi, Herbert, Quesnay o Smith fue posible aproximarse a diferentes prismas de análisis del funcionamiento de la sociedad comercial; y en otras, como la de Mably, a los de algunos de sus más acerbados críticos. Esta cuestión no solo constituye un éxito indiscutible de los ilustrados españoles, sino que revaloriza la Ilustración española en su conjunto. Uno de los grandes propósitos del programa de investigación internacional e intergeneracional que ocupó a algunos de los representantes más insignes de las Luces europeas fue, precisamente, hacer posible una interpretación del funcionamiento de esa sociedad comercial, que, en su visión, consistía en el estadio más depurado de una organización social fundamentada en la civilización y el buen gobierno.

XIX.

En el largo camino que condujo a esta fase de “explosión” o de “boom” de finales de la centuria los publicistas españoles sobre Economía Política habían desempeñado un papel protagonista y decisivo en la emergencia gradual de una cultura política que abrió la senda a un programa de naturaleza constitucional. A partir de 1780, con el recrudecimiento del debate sobre las formas de gobierno y la publicación de los primeros proyectos constitucionales, la Economía dejó de ser el único lenguaje modernizador de la Política. No por ello redujo su tradicional función instigadora. No es extraño que fueran precisamente ilustrados en la vanguardia de la introducción de las novedades de la publicística económica, como Aguirre, Foronda, Salas o Arroyal, quienes desempeñaron un papel muy activo en estos primeros pasos del constitucionalismo español. Ello era una consecuencia lógica de la senda iniciada en los años cuarenta, cuando la Ilustración española se abrió a las primeras discusiones sobre la sociabilidad del comercio, comenzó a aceptar la inseparable relación de éste con las diferentes formas de gobierno y dio inicio a la diseminación de diferentes autores —desde Bielfeld a Genovesi— que, desde una atalaya preconstitucional, abogaron porque los sistemas políticos contaran con códigos de leyes, fijos, estables y generales, que reglaran las cuestiones que serán

atendidas en los primeros proyectos constitucionales españoles. Por tanto, no se trata de incidir sólo en la naturaleza esencialmente “política” de las ideas y las reformas económicas diseminadas y materializadas en la segunda mitad de siglo XVIII, cuanto en la tesis de que esa primera cultura constitucional pudo brotar en buena medida gracias al camino que había desbrozado previamente la tratadística económico-política y que ésta fue, por ello, un elemento muy distintivo de la evolución que conoció el Absolutismo Ilustrado español en su conjunto.

Ese papel modernizador desempeñado por la Economía Política es perceptible en, al menos, cuatro ámbitos distintos. En primer lugar, los cultores de esa ciencia contribuyeron decisivamente al advenimiento de una cultura sociopolítica esencialmente secular, desprendida del abusivo dominio que continuaban imponiendo sobre ella los códigos católicos. En segundo lugar, desde esas mismas posiciones avanzadas, ellos favorecieron el desarrollo de determinados derechos del orden civil, como la libertad de escribir o la transparencia en la contabilidad de la Hacienda y las políticas públicas: los economistas-políticos españoles fueron pioneros, de la mano de Salas, en defender —eso sí, bajo premisas economicistas y lógicamente muy estrictas— la legitimidad de divorcio. En tercer lugar, algo similar sucedió respecto a algunos de los principales derechos económicos individuales, nucleados en torno al principio genérico de la “libertad de comercio”, como el ejercicio de la propiedad o la libertad de trabajo, de emprender, de consumir o de traficar. Por último, en cuarto lugar, todo ello tuvo una incidencia directa y decisiva en la aparición gradual de la esfera y la opinión públicas.

El complejo tránsito desde el reconocimiento de las libertades civiles y económicas al derecho de participación política no fue tampoco algo ajeno a este imponente despliegue de la cultura económica en su fase “explosiva” de finales de siglo. No obstante, esta cuestión no se derivó, en sentido estricto, de la lectura de los más conspicuos intérpretes del funcionamiento de la sociedad comercial, en particular, los escoceses Hume y Smith. Es conocido que para ellos el ejercicio de la libertad en el plano civil no era una consecuencia de la introducción previa de la libertad política; ni si quiera requería realmente de ella. Para Hume, la libertad civil era el fundamento de todas las formas de libertad: todo dependía en esencia de la propiedad y de su seguridad, derechos insoslayables para el ejercicio del comercio. Por su parte, Smith fue algo más preciso aún: la extensión a lo largo de toda Europa de la libertad civil no fue debida al renacimiento del republicanismo o de otras formas de libertades políticas, sino principalmente a la conjunción de la guerra y el

lujo, que alentaron, alimentándose mutuamente, al progreso de la sociedad comercial⁷⁹.

En cualquier caso, a través de estos autores, así como de otros insignes tratadistas de Economía Política, se fue desbrozando la idea de que el ejercicio de la libertad de comercio no se hallaba tan distante del que daba sustento a la participación de los ciudadanos en la vida política. Se ha analizado, en las líneas precedentes, la importancia de esos tratadistas en la diseminación en España del modelo británico. Este fue entendido, también desde posiciones críticas, como el paradigma de un sistema en el que las leyes económicas eran inseparables de las políticas y en el que, por tanto, la aceptación de los principios de la sociedad comercial se presentaba aunada a los del parlamentarismo. Asimismo, de manera complementaria, operaba la corriente que daba fundamento a la “república” del comercio, según la cual el ejercicio de éste se convertía en un poderoso instrumento para la cohesión sociopolítica y para la aceptación de determinados valores y dinámicas sociales propias de los sistemas republicanos: como después sucederá en la esfera estrictamente política, el comercio debía de operar en un sistema individualista, basado en la libertad y la igualdad. Todo ello garantizaba la participación en él de todos los miembros de la *res publica*, cualquiera que fuese su condición social o su estrato estamental de origen. De esta manera, el libre comercio daba fundamento a un *ethos* similar al propio de la participación política.

A estas propuestas, muy presentes en los círculos ilustrados españoles desde los años sesenta, las dos décadas finales de siglo añadieron nuevas líneas de apoyo. La primera procedió de la traducción y la diseminación de los primeros tratados jurídicos con formato constitucional en los que la Economía Política ocupaba un espacio central. Normalmente se olvida que, antes de las obras de Bentham, a la España de la Ilustración llegaron las del napolitano Filangieri o el suizo Schmid d'Avenstein. Los dos primeros volúmenes de la *Scienza della Legislazione* (1780-1791) del primero, dedicados a las leyes “económicas y políticas”, circulaban traducidos en España ya desde 1788 (vid. 9.2), lo cual significó una vía intensa de diseminación de los principios de patriotismo republicano⁸⁰. La suerte de los *Principes de législation universelle* (1776) del segundo fue algo peor. Este extenso

⁷⁹ Para todos los detalles, vid. Donald Winch, *Adam Smith's Politics. An essay in historiographic revision*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978.

⁸⁰ Vincenzo Ferrone, *La società giusta ed equa. Repubblicanesimo e diritti dell'uomo in Gaetano Filangieri*, Latreza, 2008. Sobre la enorme fortuna europea de la obra, injustamente olvidada, de Filangieri, vid. Antonio Trampus (ed.), *L'opera di Gaetano Filangieri e la sua fortuna europea*, Bologna, il Mulino, 2005.

tratado no será traducido hasta el Trienio Liberal, pero circuló entre los ilustrados españoles en los años finales del siglo XVIII y Salas comenzó a realizar una traducción del mismo durante su etapa como profesor de la Universidad de Salamanca (vid. 10.1).

Por otra parte, la afiliación fisiócrata de Schmid d'Avenstein —y también, si bien más marginal de Filangieri— constituye una muestra muy expresiva de que las ideas de los *économistes* franceses no desaparecieron totalmente de la escena ilustrada española. Todo lo contrario, en las dos décadas de finales de siglo, se asistió a una especie de florecimiento de las mismas. Esta cuestión debió a mucho a la diseminación en España de la *Encyclopédie Méthodique* de Panckoucke, portando con ella los extensos e incisivos artículos del fisiócrata Grivel. Ahora bien, ese florecimiento no se explica únicamente por el interés hacia su particular ideario económico cuanto por el hecho de que en el orden natural fisiócrata no era posible desgajar ese ideario del político. Ello presentaba un enorme atractivo para la generación de ilustrados *tardíos* españoles que se aproximaron a los *économistes* e hicieron uso, si quiera parcial, de sus ideas (Salas, Foronda, Álvarez Guerra, Cabarrús o Marchena). Y, en ese caso, salvo contadas excepciones, sus preferencias no se inclinaron ciertamente hacia las tesis del despotismo legal cuanto a las que permitían fundamentar el orden constitucional a partir del respeto a los tres principios individuales del orden natural fisiócrata: la libertad, la seguridad y la propiedad.

Otra vía complementaria que favoreció enormemente la politización del discurso económico en las décadas de finales de siglo fue, lógicamente, la irrupción de los principios del Humanismo Cívico, de la mano de autores como Rousseau o Mably. Se olvida, con demasiada facilidad, que uno de los primeros símbolos de la llegada de la obra del ginebrino a España por la vía de la traducción fue la versión, si bien muy comedida, que realizó mediados los años ochenta Alcalá Galiano, precisamente de su discurso sobre *Économie Politique* (1755). No obstante, en ese mismo plano de la traducción, la figura central fue Mably. Sus *Entretiens de Phocion* (1763) contaron con dos versiones españolas, publicadas en 1781 y 1788. Es más que probable que la intención de los traductores españoles fuera utilizar las ideas clásicas sobre la virtud del paseante solitario de Marly-le-Roy para dar un nuevo aliento a ese conservadurismo de raíz católica, agrarista y anticomercial que había estado siempre muy presente en la Ilustración española⁸¹. Sin embargo, de manera

⁸¹ Un ejemplo muy claro de ello se explica en Jesús Astigarraga, "Lecturas antirepublicanas de Mably. La Economía Política de Joaquín de Acevedo", en Gloria Franco Rubio y M^a Angeles Pérez Samper (eds.), *Herederas de Clío. Mujeres que han impulsado la historia*, Sevilla, 2014, pp. 95-110.

paralela, Ramón de Salas se erigió como un poderoso ejemplo de ilustrado español educado en los principios de la Economía Política que fundió los principios de esta ciencia con el republicanismo igualitario, sustentado en la virtud y el *vivere civile*, característico de Mably⁸².

Uno de los efectos más significativos del impacto del desarrollo de la cultura económica en la esfera política se derivó de la huella dejada en España por el debate europeo acerca de las funciones económicas del Estado. Abierto esencialmente por el *Essai* (1734) de Melon, ese debate tuvo uno de sus puntos de llegada culminantes en la *Wealth of Nations* (1776) de Smith. El objetivo de su libro era analizar las causas del crecimiento de la riqueza de las naciones y de sus ciudadanos; sin embargo, en realidad, fue algo más amplio que esto. De los cinco libros que lo formaban, los dos primeros estaban destinados a explicar las causas del crecimiento económico, alrededor de la teoría del valor y los precios y de la teoría de la distribución, incidiendo en factores como la división internacional del trabajo, el trabajo productivo y la acumulación de capital. El libro tercero era un ejercicio de historia económica en el que trataba del “progreso de la opulencia de las naciones”; el libro cuarto versaba sobre historia del pensamiento económico: Smith exponía en él sus críticas al “mercantilismo” y la fisiocracia como sistemas de Economía Política; y, por último, el libro quinto trataba sobre la Hacienda Pública, en él se desarrollaba una teoría de los ingresos y los gastos públicos.

Esta ambiciosa estructura pone de relieve que el libro era un intento de síntesis de ese periodo previo de efervescencia de la Economía Política y de la “ciencia del comercio”. En cualquier caso, el resultado es que Smith escribió el menos especializado de todos los tratados clásicos de ese período crucial; lo fue por ejemplo mucho menos que otros libros bien conocidos por los ilustrados españoles, como los de Cantillon, Turgot o Condillac. Esto fue en buena medida debido a que en la *Wealth of Nations* pesó mucho la herencia de la tradición escocesa de la Ilustración, muy visible en el notable peso relativo de la filosofía moral (Hutchenson) y la historia (la teoría de los cuatro estadios del desarrollo económico, que relacionaba los factores económicos de la vida social con el desarrollo de las instituciones legales y políticas). Sin abandonar estas facetas, los economistas políticos posteriores a Smith, incidirán en los dos primeros libros de la *Wealth of Nations*: la Economía Política debía estudiar las leyes (teóricas y aplicadas) de las riquezas en torno a tres ramas: su producción, su distribución y

⁸² Vid. Astigarraga, *Luces y republicanismo*.

su consumo. Este fue el esquema más aceptado entre los tratados de la denominada escuela clásica hasta mediados del siglo XIX.

En cualquier caso, la Economía Política *smithiana* no abandonó su orientación práctica: siguió siendo, como se ha mencionado, uno de “los ramos de la ciencia del legislador o del estadista” dirigido a enriquecer a los súbditos y al soberano. Eso sí, el hombre de Estado debía aprender a operar en el seno del “evidente y sencillo sistema de libertad natural”. Para favorecer la creación de este sistema era necesario limitar radicalmente las intervenciones políticas del Soberano, tal y como Smith explicó en el libro V de su obra. El Estado debía, en primer lugar, crear el marco constitucional que permitiera el libre juego de los agentes económicos. Y, en segundo, plantear un conjunto de intervenciones activas esencialmente en tres ámbitos: las infraestructuras, para permitir el ejercicio del comercio; el sistema judicial, para sostener el marco constitucional y garantizar la aplicación de los contratos; y los cuerpos de seguridad pública, para asegurar el orden interno y la defensa de la nación.

Conviene recordar que esta lectura de Smith fue tan solo uno de los puntos de llegada de la discusión sobre la agenda del Estado que atraviesa toda la Ilustración europea. El pensamiento económico de ese Siglo fue mayoritariamente de naturaleza intermedia o mixta, y ciertamente las políticas públicas no abandonaron su amplio programa de intervenciones, comenzando por la propia Gran Bretaña, supuestamente la más liberal: el país tardará muchas décadas en hacer efectivo este programa de Estado casi mínimo que relegaba la política y la administración a un papel menor⁸³. Y ello mismo sucedió en la España del siglo XVIII. Estas ideas *smithianas* no fueron asimiladas en su estricto contenido por los ilustrados españoles, y un ejemplo muy expresivo de ello es el de Jovellanos⁸⁴; ahora bien, esto no es contradictorio con el hecho de que ya circularan a comienzos de los años noventa, de la mano del Fiscal Covarrubias, como un posible modelo de aplicación para la futura Hacienda española⁸⁵.

⁸³ Para todos los detalles, vid. Mokyr, *Enlightened Economics*.

⁸⁴ Enrique Fuentes Quintana, “Una aproximación al pensamiento económico de Jovellanos a través de las funciones de Estado”, en Enrique Fuentes Quintana (dir.), *Economía y economistas españoles* (vol. 3). *La Ilustración*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999, pp. 331-420.

⁸⁵ Sobre esta cuestión nos remitimos a Astigarraga “Hacienda pública y opinión pública”. Se alude a los amplios capítulos de la obra de Smith dedicados a “los gastos del Soberano o de la República” (*Wealth of Nations*, pp. 614 y ss.).

En cualquier caso, para finalizar, cabe preguntarse: si en las manos de Gournay, Galiani, Condillac, Turgot, Smith y de otros autores tan familiares para los ilustrados españoles la Economía Política apenas experimentó variaciones en cuanto a su contenido y su visión aplicada, ¿a qué se debió la naturaleza de los cambios que se produjeron en esa decisiva segunda mitad del siglo XVIII? Básicamente, a que los nuevos economistas políticos se apropiaron de elementos esenciales de la cultura de la Ilustración y los aplicaron al nuevo campo de la “investigación sobre las causas de la riqueza de las naciones”⁸⁶. Se apropiaron de los métodos científicos de la ciencias naturales; de la idea ilustrada de “progreso”; de valores ilustrados como la tolerancia o el respeto a la libertad individual, sin los cuales no es posible el desarrollo científico. Todo ello no es extraño si pensamos que esos economistas políticos estuvieron también imbricados en el desarrollo de otras disciplinas de la cultura de las Luces, como la filosofía (Hume, Condillac), la filosofía moral (Smith), la historia (Turgot) o el Derecho (Beccaria, Filangieri). El cambio que se produjo, con especial intensidad en el tercer cuarto del siglo XVIII europeo —y en el período 1765-1795 en el caso español—, se debió a que las investigaciones sobre Economía Política se fusionaron con el amplio programa de estudios históricos, filosóficos o jurídicos que caracterizó el movimiento intelectual de la Ilustración. Y esta fusión explica tanto la naturaleza de esta ciencia como su importancia vertebral en la cultura del siglo XVIII. Por ello, resulta cada vez más legítimo pertinente hablar de la existencia de una Economía Política “ilustrada” con una incidencia decisiva en el programa político de las Luces.

⁸⁶ Winch, “La aparición de la Economía”, pp. 112-114.

CAPÍTULO 2

ROMPIENDO EL MOLDE

2.1 La dérangementante découverte de l'autre: les (més)aventures de l'Essai politique sur le commerce (1734) de Jean-François Melon dans l'Espagne du XVIIIe siècle (pp. 110-139).

2.2. Oeconomia y Comercio en la versión española del Journal Oeconomique: los Discursos Mercuriales (1751-1756) de Graef (pp. 141-166).



CAIRN.INFO

CHERCHER, REPÉRER, AVANCER

LA DÉRANGEANTE DÉCOUVERTE DE L'AUTRE : TRADUCTIONS ET ADAPTATIONS ESPAGNOLES DE L'ESSAI POLITIQUE SUR LE COMMERCE (1734) DE JEAN-FRANÇOIS MELON

Jesús Astigarraga

Belin | « Revue d'histoire moderne et contemporaine »

2010/1 n° 57-1 | pages 91 à 118

ISSN 0048-8003

ISBN 9782701155494

Article disponible en ligne à l'adresse :

<http://www.cairn.info/revue-d-histoire-moderne-et-contemporaine-2010-1-page-91.htm>

Pour citer cet article :

Jesús Astigarraga, « La dérangement découverte de l'autre : traductions et adaptations espagnoles de l'Essai politique sur le commerce (1734) de Jean-François Melon », *Revue d'histoire moderne et contemporaine* 2010/1 (n° 57-1), p. 91-118.

Distribution électronique Cairn.info pour Belin.

© Belin. Tous droits réservés pour tous pays.

La reproduction ou représentation de cet article, notamment par photocopie, n'est autorisée que dans les limites des conditions générales d'utilisation du site ou, le cas échéant, des conditions générales de la licence souscrite par votre établissement. Toute autre reproduction ou représentation, en tout ou partie, sous quelque forme et de quelque manière que ce soit, est interdite sauf accord préalable et écrit de l'éditeur, en dehors des cas prévus par la législation en vigueur en France. Il est précisé que son stockage dans une base de données est également interdit.

**La dérangement découverte de l'autre :
traductions et adaptations espagnoles
de l'*Essai politique sur le commerce* (1734)
de Jean-François Melon**

Jesús ASTIGARRAGA

La publication de l'*Essai politique sur le commerce*, en 1734, représente un événement de grande importance dans l'Europe des Lumières¹. Au moment où il l'écrit, son auteur, Jean-François Melon, vient d'achever une longue et prestigieuse carrière de juriste, de financier et de conseiller politique. Avocat et directeur de l'Académie de Bordeaux durant ses années de jeunesse, secrétaire personnel de John Law jusqu'à l'échec du « système » en 1720 et conseiller de Philippe d'Orléans sous la Régence, il meurt en 1738. Son *Essai*, le seul texte d'économie politique qu'il ait jamais écrit, témoigne d'une remarquable qualité de réflexion et d'un effort d'analyse particulièrement poussé dans l'explication du fonctionnement d'une économie commerciale. Cet effort est encore plus manifeste dans la seconde édition, publiée en 1736, où sept chapitres s'ajoutent aux dix-huit de la précédente.

C'est précisément cette seconde édition, dans laquelle Melon renforce le caractère systématique de son analyse économique – avec deux chapitres nouveaux sur l'arithmétique politique et sur les systèmes (chap. XXIV et XXV) – qui va faire de son auteur l'un des économistes les plus prestigieux du XVIII^e siècle. Publiée de façon anonyme à Amsterdam, cette édition connaît un succès immédiat et durable : durant quinze ans, c'est le texte économique le plus influent en Europe, et il restera abondamment consulté et cité tout au long du siècle. Compte tenu de ce qui précède, il n'y a guère lieu de s'étonner que l'*Essai* de Melon, longtemps éclipsé par l'*Essai sur la nature du commerce en général* de Richard Cantillon (publié en 1755, mais rédigé dans les années 1728-1730), connaisse depuis quelques années une véritable réhabilitation. Celle-ci a mis en évidence le fait qu'il s'agit de l'un des premiers traités systématiques d'économie

1. Cet article s'inscrit dans le projet HAR2008-10174.

politique publiés au cours du XVIII^e siècle, conçu comme un projet politique et économique original de paix et d'équilibre pour l'ensemble des nations européennes² – «le traditionnel équilibre des pouvoirs devrait être substitué par le nouvel équilibre des richesses», affirme Melon – et qui, sur plusieurs points significatifs, précède de vingt ans l'élaboration théorique et la confiance accordée à la liberté de commerce par les libéraux agrariens, les économistes du groupe de Vincent de Gournay et les physiocrates français³.

Par ailleurs, en termes de diffusion internationale, l'*Essai* constitue l'un des grands best-sellers de l'Europe des Lumières. Objet de quatre éditions françaises entre 1734 et 1764, le livre est traduit en anglais, en allemand, en italien, en danois, en russe, en suédois et en espagnol durant les cinquante années qui suivent sa publication⁴. De plus, des travaux récents montrent que, de la fin des années 1730 aux années 1750, il a une importance décisive dans plusieurs des centres européens qui contribuent à faire de l'économie politique l'une des sciences majeures des Lumières. Introduit par C. Galiani et B. Intieri à Naples, il exerce une influence notoire sur Ferdinando Galiani et, surtout, A. Genovesi; en Écosse, sur David Hume; dans l'aire germanique, sur les caméralistes Sonnenfels ou Bielfeld; et en France, de manière immédiate sur Voltaire et Montesquieu – ami personnel de Melon – et, à travers eux, sur quelques-uns des principaux auteurs à l'origine de l'éclosion de la littérature économique dans les années 1750⁵. Quoiqu'on n'en sût presque rien il n'y a pas si longtemps, il est indéniable que les idées novatrices de Melon sur le luxe ont joué un rôle décisif dans la diffusion de son *Essai*⁶. Toutefois, une

2. Istvan HONT, *Jealousy of Trade. International Competition and the Nation-State in Historical Perspective*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2005, p. 31.

3. Cf. entre autres Simone MEYSSONNIER, *La balance et l'horloge. La genèse de la pensée libérale en France au XVII^e siècle*, Montreuil, Éditions de la Passion, 1989, p. 61 sq.; Jean-Claude PERROT, *Une histoire intellectuelle de l'économie politique (XVII^e-XVIII^e siècle)*, Paris, Éditions de l'EHESS, 1992, p. 154 sq.; Catherine LARRÈRE, *L'invention de l'économie au XVIII^e siècle*, Paris, PUF, 1992; Peter GROE-NEWEGEN, *Eighteenth-Century Economics*, Londres-New York, Routledge, 2002; I. HONT, *Jealousy of Trade...*, *op. cit.*, p. 30 sq., et John ROBERTSON, *The Case for the Enlightenment. Scotland and Naples 1680-1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 340 sq.

4. Kenneth E. CARPENTER, «The economic bestsellers before 1850», *Bulletin of the Kress Library of Business and Economics*, Harvard Business School, 11, mai 1975, p. 14, dit avoir recensé vingt traductions de l'ouvrage en Europe.

5. Sur l'influence de Melon à Naples et en Écosse: Vincenzo FERRONE, *Scienza natura religione*, Naples, Jovene, 1982, p. 556-560; J. ROBERTSON, *The Case...*, *op. cit.*, p. 347 sq. et p. 360 sq.; dans les milieux caméralistes: Keith TRIBE, *Governing Economy: The Reformation of German Economic Discourse, 1750-1840*, New York, Cambridge University Press, 1988, p. 79, 83 et 87; sur sa forte présence dans les milieux intellectuels français: S. MEYSSONNIER, «Vincent de Gournay (1712-1759) et la Balance des hommes», *Population*, 1, 1990, p. 87-112; EAD., «Deux négociants économistes: Vincent de Gournay et Véron de Forbonnais», in Franco ANGIOLINI, Daniel ROCHÉ (éd.), *Cultures et formations négociantes dans l'Europe moderne*, Paris, Éditions de l'EHESS, 1995, p. 513-554; C. LARRÈRE, *L'invention...*, *op. cit.*, p. 95-134; Pour une analyse exhaustive de l'influence des idées de Melon sur le luxe dans l'espace italien: Till WAHNBAECK, *Luxury and Public Happiness. Political Economy in the Italian Enlightenment*, Oxford, Clarendon Press, 2004.

6. Pour une vision générale et actualisée de la célèbre controverse sur le luxe au XVIII^e siècle: Maxine BERG, Elizabeth EGER (éd.), *Luxury in the Eighteenth Century. Debates, Desires and Delectable Goods*, Londres, Palgrave MacMillan, 2003, p. 7-27.

telle diffusion se peut s'expliquer uniquement par le fait qu'il s'agit de l'un des premiers auteurs français à avoir théorisé la nouvelle économie politique épicurienne du luxe et des passions.

UN IMAGINAIRE ÉCONOMIQUE DE LA DIFFÉRENCE

Parmi les nombreuses lectures qui peuvent être faites de l'*Essai*, l'une des plus fructueuses consiste à étudier la façon dont s'y exprime ce que l'on pourrait appeler un « imaginaire économique de la différence », et à mesurer l'influence que ce thème a pu avoir dans la circulation internationale de l'ouvrage, en particulier dans sa réception par l'Espagne du XVIII^e siècle. De manière générale, c'est en suivant la trace laissée par la démarche empiriste que l'on découvre les nombreuses données et informations concrètes qui enrichissent l'analyse de Melon quant à la façon dont fonctionne le facteur socio-économique dans des situations chronologiques et géographiques bien éloignées de son Bordeaux natal. Sur ce sujet, l'*Essai* présente un intérêt extraordinaire et peut certainement être considéré, avec le traité de Cantillon, comme le meilleur point de départ pour étudier la façon dont l'économie politique du XVIII^e siècle s'ouvre à la diversité économique et socio-politique de l'Europe, dans un premier temps, et aux aspects qui la différencient des autres réalités, éloignées du Vieux Continent, dans un second temps.

L'*Essai* se compose de plusieurs plans superposés qui ne présentent pas tous le même intérêt. En premier lieu, on trouve dans ses pages, de temps à autre, des détails et des informations de nature historique, juridique, économique ou sociale qui visent à faire connaître au lecteur divers aspects de la réalité. Ceux-ci mettent en scène aussi bien les peuples de l'Antiquité que les Européens du temps de Melon – de la Russie des Tsars ou de la Genève républicaine à la décadente Monarchie espagnole, en passant par la Naples d'avant les Bourbons ou les différentes unités politiques qui composent la Monarchie britannique –, mais aussi, dans un contexte déjà planétaire, des réalités aussi éloignées de l'Europe que Formose ou la Chine, que les penseurs des Lumières tentent progressivement de découvrir.

Sur un deuxième plan, cette information de nature empirique, provenant de l'observation, de l'expérience, ou acquise par Melon au travers de sources secondaires, prend la dimension d'espaces continentaux que l'auteur, quoique de manière occasionnelle, oppose les uns aux autres, en essayant de faire ressortir les contours de réalités ou d'unités socio-économiques qui, en apparence, possèdent des traits particuliers qui les différencient clairement les uns des autres. Ainsi, dans des passages précis de son *Essai*, Melon oppose-t-il de façon générique l'Europe à l'Afrique ou à l'Asie, et les peuples européens du nord à ceux du sud.

Enfin, sur un troisième plan, il formule certaines généralités qui s'organisent autour d'« images » ou de « modèles » distincts, et qui, si elles ne décrivent pas

fidèlement la réalité, n'en sont pas pour autant contraire à celle-ci d'un point de vue scientifique. Melon ne va pas jusqu'à atteindre le niveau des idéaux-types quasi webériens qui prendront tant d'importance quelques années plus tard dans la composition de *L'Esprit des Lois* de Montesquieu; néanmoins, dans divers passages de son traité, il ne se limite pas à une généralisation empirique de faits et d'informations sur les lois, l'économie ou la société, mais comprend que ces données en viennent à former différentes structures, systèmes ou situations qui se présentent comme autant d'«images» ou de «modèles», lesquels, dans certains cas, se transforment ensuite en «images» ou en «modèles» positifs ou négatifs. En raison de la grande abondance de ce type d'éléments dans l'*Essai*, on a sans aucun doute affaire à l'un des textes pionniers de la littérature économique du XVIII^e siècle.

L'*Essai* de Melon comporte les principaux motifs de la découverte de l'«autre» qui seront utilisés dans les traités d'économie politique des Lumières. Non seulement apparaît, comme nous l'avons vu, la confrontation de l'Europe avec l'Asie et l'Afrique, mais aussi, de façon très explicite, celle qui oppose les peuples anciens aux peuples modernes, ou encore une forme d'altérité organisée selon une série d'axes thématiques qui, à des degrés divers, font leur apparition tout au long de l'*Essai*. Concernant ce dernier point, qui présente le plus grand intérêt pour notre propos, nous avons relevé au moins dix séries thématiques qui vont nourrir l'imaginaire économique de la différence tout au long du XVIII^e siècle :

- sociétés de «mœurs sauvages»/sociétés de «grandes commodités» (*Essai*, chap. I);
- «grand État»/«petit État» (chap. II);
- politique de la «liberté»/politique de la «protection» (chap. II);
- société «barbare»/société «policée» (chap. IV);
- pays «riches» (i.e. développés) / pays «pauvres» (i.e. non développés), (chap. I, II, etc.);
- esprit «républicain»/esprit «monarchique» (et leurs fondements économiques respectifs) (chap. IV, VI, IX, XXIII, etc.);
- «esprit de commerce»/«esprit de conquête» (chap. VII);
- peuples «industriels»/peuples «agraires» (entrepreneurs / agriculteurs), (chap. VIII);
- pays «fertiles»/pays «stériles» (chap. XXI);
- «capitale ou Cour»/«provinces» (chap. XXI).

Bien que tous ces thèmes soient présents dans l'*Essai*, tous n'y ont pas la même portée. Le principal fil conducteur est l'organisation d'une politique économique et juridique qui rende possible la construction d'une «nation policée». Bien que Melon ne précise à aucun moment en quoi consiste exactement celle-ci, il semblerait qu'il l'identifie à une société capable de s'autoréguler correctement à travers une série de lois, une administration et des mœurs adéquates. Celles-ci dérivent d'un pouvoir fondé sur le droit naturel, qui limite l'exercice des libertés individuelles et s'impose, de façon absolutiste si nécessaire, sur les intérêts privés, y compris dans le but de les aider à atteindre leur

propre félicité ou utilité⁷. Quoi qu'il en soit, il s'agit d'un gouvernement des lois, dont l'autorité doit garantir les trois objectifs de tout corps politique : la santé de la population, la sécurité et l'abondance⁸. Au fil de son ouvrage, Melon explique que les trois ne peuvent simultanément être atteints que dans une société fondée sur l'« esprit de commerce », de « conservation », de « législation » et de « paix », catégories qu'il oppose à celles de « conquête », de « barbarie » et de « guerre ». Or, contrairement aux jugements moraux trompeurs qui découlent de la religion, ces conditions présupposent la reconnaissance des passions humaines – y compris le désir de luxe et de raffinement – comme des facteurs constitutifs de cette société, que le législateur doit moduler afin de les mettre à la portée du plus grand nombre.

La « nation policée » admet une variété interne de régimes politiques et économiques. En ce qui concerne les premiers, l'auteur accepte indistinctement différentes formes de république et de monarchie, sans pencher pour l'un de ces régimes en particulier car, selon ses propres termes, « les uns et les autres présentent des défauts »⁹. Parmi les peuples de l'Antiquité, il condamne de façon répétée et pour des motifs différents Rome ou Lacédémone face à la « voluptueuse et créative » Athènes ; parmi les peuples modernes, il mentionne plusieurs expériences qui ont eu lieu dans les républiques de Genève et de Hollande, ou dans les monarchies britannique et française. Pour ce qui est des seconds, l'explication, guidée par un esprit de « système » (l'« arithmétique politique » britannique, que Melon a été l'un des premiers à introduire en France, lui permet d'assurer que « le meilleur calculateur devient le meilleur législateur »¹⁰), d'une stratégie de développement économique adaptée aux besoins d'une société commerciale occupe une bonne partie de l'*Essai*. L'argumentation détaillée qu'il livre à ce sujet, organisée autour de trois axes (liberté / protectionnisme ; esprit de conquête / esprit de commerce ; développement agraire / développement industriel) culmine dans la défense d'un modèle de développement dont les principes fondamentaux sont la priorité donnée à l'agriculture (allant de pair avec un développement subordonné de la manufacture), un accroissement modéré de la population, la libération du commerce intérieur et un protectionnisme tempéré pour le commerce extérieur, la faveur accordée au luxe, la dépréciation monétaire et une politique coloniale sur le modèle anglo-hollandais.

Par ailleurs, Melon se montre très explicite lorsqu'il affirme que l'apparition des peuples dotés « de police et de commerce » se situe après la découverte de l'Amérique ou la création de la république hollandaise¹¹. Cependant, dans

7. Jean-François MELON, *Essai politique sur le commerce. Nouvelle édition augmentée de sept chapitres & où les lacunes des éditions précédentes sont remplies* (1734), s.l., 1736, chap. I et XI.

8. *Ibidem*, chap. IX.

9. *Ibid.*, chap. IV.

10. *Ibid.*, chap. XXIV.

11. *Ibid.*, chap. VII.

d'autres passages de son œuvre, il identifie clairement l'idée de « nation policée » avec l'« Europe policée », en excluant les réalités non-européennes. Parmi celles-ci, le cas que l'*Essai* traite le plus en détail est celui de la Chine : Melon démonte avec sévérité les nombreux « lieux communs » tendant à prouver les bienfaits de son système économique – un pays fertile et très peuplé, doté de mœurs civilisées et d'une police défendue avec soin¹². De son côté, l'analyse des modèles européens embrasse un spectre qui va, à une extrémité, de la Hollande, la Grande-Bretagne et la France, qui sont les principaux modèles positifs, jusqu'à atteindre l'Espagne à l'autre extrémité. Une bonne partie de l'*Essai* est consacrée à exposer les politiques économiques adoptées par les trois premiers pays, afin de montrer lesquelles sont les plus avantageuses pour une nation « policée » et commerçante (quoique cela soit fait avec un parti-pris non dissimulé de défense des intérêts économiques français, comme le montrent les critiques abondantes et répétées que Melon adresse à Petty pour avoir utilisé son « arithmétique politique » afin de justifier la supériorité économique et démographique de l'Angleterre sur la France)¹³.

L'Espagne est traitée par Melon avec une sévérité à laquelle échappent les autres réalités nationales qu'il critique, y compris le Portugal et la Russie, dont le Français en arrive à affirmer, par contraste avec la réalité espagnole, qu'elle a, au cours des deux décennies précédentes, commencé à « bénéficier des Lumières du reste de l'Europe policée »¹⁴. De fait, chacune des mentions que Melon fait de l'Espagne dans son *Essai* contient de durs reproches¹⁵ : à ses yeux, l'Espagne n'est pas seulement un pays pauvre et mené par des politiques économiques erronées, il est de plus exempt de tous les traits de la « nation policée » et dominé par un « esprit de conquête » totalement éloigné des douceurs de « l'esprit de commerce ». Melon rejoint ainsi le courant, inauguré par ses compatriotes Montesquieu et Cantillon, qui tend à faire de l'Espagne un modèle-repoussoir, courant dont l'influence va perdurer tout au long du XVIII^e siècle.

Les réflexions innovantes de Melon sur la « nation policée » et les conséquences qui en découlent concernant l'Espagne auraient pu constituer un bon motif d'intérêt pour les Espagnols. De fait, ce traité correspondait parfaitement à l'une des raisons fondamentales qui suscitait – avec une intensité croissante

12. *Ibid.*, chap. XXIV et XXV.

13. *Ibid.*, chap. XXIV.

14. *Ibid.*, chap. XXV.

15. Le Français critique les méthodes cruelles de sa colonisation (chap. IV) ; il affirme qu'elle serait plus riche si elle ne disposait pas de colonies (chap. IV) ; il critique sa politique de repopulation des colonies avec des péninsulaires (chap. IV) ; il explique la baisse de sa population par l'expulsion inutile et injuste des morisques et la migration des Espagnols vers les colonies (chap. IV) ; il discrédite sa politique commerciale avec ses colonies (chap. VI) ; il la considère comme dominée par un intense « esprit de conquête » (chap. VII) ; en dépit de leur frugalité, il accuse ses troupes de faiblesse et de lâcheté (chap. IX) ; il considère que l'Espagne importe tous ses biens manufacturés de l'étranger (chap. XX) et enfin, qu'elle se finance par des « tributs exorbitants » provenant du Mexique et du Pérou (chap. XXIII).

depuis l'accession au trône des Bourbons – l'intérêt de l'Espagne pour tout ce qui se passait à l'étranger : du point de vue espagnol, la perception de l'altérité se réalisait principalement en fonction du binôme « pays riches / pays pauvres », conformément aux conditions d'un pays faiblement développé. La perception de « l'autre » était fondamentalement celle des théories et des politiques économiques, expliquées de manière systématique par Melon, et qui avaient permis à des pays comme la Hollande, la Grande-Bretagne ou la France de s'enrichir. S'ouvrait ainsi la possibilité que ces théories puissent également être utiles à l'Espagne, tout en tenant compte du fait que le pays était une monarchie marquée par une culture politique absolutiste et rigoureusement catholique, possédant un pouvoir colonial étendu, fortement dépendante de la puissance manufacturière étrangère, dotée d'un marché intérieur faiblement organisé et libéralisé ainsi que d'une politique économique très réglementée, intensément protectionniste et qui donnait la priorité au développement industriel. L'*Essai* de Melon n'en constituait pas moins pour l'Espagne une proposition d'« altérité » intéressante – ou inquiétante – lui servant à considérer son propre avenir.

L'ERUDICIÓN POLÍTICA DE TEODORO VENTURA DE ARGUMOSA (1743)

Les premières informations dont nous disposons sur l'arrivée du traité de Melon en Espagne remontent au début des années 1740. Elles correspondent à un moment d'intense circulation internationale de l'*Essai* : c'est au cours de ces années que sont publiées les premières éditions anglaise (1738) et allemande (1740), ainsi que la troisième édition française (1742). L'année suivante, en 1743, paraît en Espagne l'*Erudición política* de Teodoro Ventura de Argumosa¹⁶. Bien que l'auteur n'y mentionne jamais Melon, il ne fait aucun doute que l'architecture générale de cette œuvre volumineuse provient de l'*Essai*, et plus précisément de sa seconde édition augmentée, à tel point qu'elle a pu être considérée comme une traduction dissimulée ou un plagiat du traité de Melon¹⁷. Néanmoins, la nature de l'*Erudición política* est en réalité passablement plus complexe : des seize « discours » (chapitres) qui la composent, seuls quatorze proviennent directement de l'*Essai* et tous comportent en outre des différences

16. Teodoro Ventura de ARGUMOSA, *Erudición política, y despertador sobre el comercio, agricultura y manufacturas con avisos de buena política y aumento del Real Erario*, Madrid, 1743.

17. La première référence sur ce sujet se trouve chez Jesús ASTIGARRAGA, « Pensamiento económico y reforma ilustrada de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País (1760-1793) », thèse, Universidad de Deusto, 1990, p. 1790-1791. Par la suite, cf. José Miguel DELGADO, « La transmisión de escritos económicos en España: el ejemplo de la *Erudición política* de Teodoro Ventura Argumosa Gándara », *Cyber Review of Modern Historiography (Cromos)*, 9, 2004, p. 1-11, URL : http://www.cromos.unifi.it/9_2004/delgado.html ; Fernando BARAS, « La *Erudición política* de Teodoro Ventura de Argumosa y Gándara: un plagio del siglo XVIII... y algo más », *Revista Mágina*, 12, 2004, p. 121-134 ; et plus récemment Anne DUBET, « Pour une autre politique économique en Espagne au milieu du XVIII^e siècle ? Teodoro Ventura de Argumosa Gándara, traducteur pirate de Melon », in *Mélanges en hommage à Jacques Soubeyroux*, Saint-Étienne, Éditions du CELEC, 2008, p. 171-188.

significatives avec l'original. De même, le texte espagnol supprime dix chapitres du traité de Melon et introduit deux chapitres originaux, consacrés au développement des manufactures et aux finances de l'Espagne, ainsi qu'une longue digression sur les compagnies de commerce à charte (cf. Annexe). Les différences de l'*Erudición política* par rapport à l'*Essai* sont donc suffisamment importantes pour qu'on puisse considérer qu'elle n'en constitue pas un simple plagiat; il s'agit plutôt d'une adaptation tronquée et biaisée, correspondant au contexte de la monarchie espagnole et aux problèmes sociaux et économiques que connaît celle-ci au début des années 1740. Le problème de fond qui unit les deux textes relève de la dialectique «pays riches / pays pauvres»: c'est celui du sous-développement de l'Espagne ou, selon les termes de l'auteur espagnol, «l'état d'infortune dans lequel nous nous trouvons en regard des autres nations commerçantes»¹⁸.

L'auteur de l'*Erudición política*, Teodoro Ventura de Argumosa (ou Argumosa) y Gándara (Santander, 1711 ou 1713-Guadalajara 1774), était sans conteste bien placé pour percevoir le problème en question. Témoinant directement de nombreuses réalités nationales européennes des années 1729-1736¹⁹, son *Erudición política*, qui circule sous forme manuscrite et semi-clandestine dans les bureaux du Conseil de Castille avant sa publication définitive, est rédigée dans l'intention de favoriser la promotion de son auteur au sein de la bureaucratie économique de son temps, en particulier la *Junta de Comercio y Moneda* (1679), principale institution économique de l'époque consacrée au développement des manufactures, à laquelle Argumosa dédie son ouvrage²⁰. Ce faisant, celui-ci entre en dialogue non seulement avec J. Patiño, marquis de la Ensenada ou J. de Carvajal, c'est-à-dire la nouvelle bureaucratie qui au début des années 1740 commence à contrôler la *Junta* et les principaux centres économiques de la monarchie, mais aussi, en toute logique, avec le navarrais G. de Uztáriz et son disciple Bernardo de Ulloa.

18. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, op. cit., disc. II, p. 32.

19. Sous la tutelle de son premier protecteur politique, le ministre J. Patiño, Argumosa réalise au cours de ces années deux voyages en Europe centrale et septentrionale, où il étudie les méthodes de production de l'industrie textile. Il réside en particulier en France et en Hollande, pays où il séjourne durant de longues périodes, dont il fera abondamment l'éloge dans son œuvre et où il a pu connaître directement le texte de Melon. Son retour en Espagne, en 1736, coïncide avec une période de forte instabilité politique. Argumosa bénéficie du soutien des principaux responsables du pouvoir économique de la Monarchie durant les dernières années du règne de Philippe V, notamment de J. Carvajal, et se retrouve lié à la Junta de Commerce et, en particulier, à la manufacture royale de tissus de Guadalajara, où il travaille au sein de la direction, de façon intermittente, entre 1746 et sa mort en 1774. À côté de l'*Erudición política*, Argumosa publie en 1738 la traduction en espagnol d'un ouvrage à caractère historique de P. Massuet. Il fut Chevalier de l'Ordre de Santiago. Argumosa, donc, appartenait à ces corps de l'administration qui constituaient des observatoires privilégiés pour analyser les relations entre la théorie et la pratique de l'économie, et qui contribuèrent dans une large mesure à la libéralisation progressive des structures industrielles au XVIII^e siècle. Pour le cas français, cf. Philippe MINARD, *La fortune du colbertisme. État et industrie dans la France des Lumières*, Paris, Fayard, 1998.

20. Les détails de la publication de l'*Erudición política* et les raisons du bien-fondé de l'œuvre au plan politique sont précisément analysés dans le travail de J. M. DELGADO, «La transmisión de escritos económicos en España», art. cit.

Uztáriz a élaboré son influente *Theórica y Práctica del Comercio y la Navegación* (1724) sous la protection de la *Junta de Comercio* et en livre une seconde édition très soignée en 1742²¹, deux ans après la publication du *Restablecimiento de las fábricas y comercio español* (1740) d'Ulloa, également très influent, et quelques mois avant qu'Argumosa n'obtienne l'autorisation de publier son livre. Les traités d'Argumosa, Uztáriz et Ulloa ont en toile de fond la même préoccupation : comment appliquer en Espagne les politiques économiques de l'Angleterre, de la Hollande ou de la France, toutes couronnées de succès. Cependant, en raison précisément de l'influence de Melon, l'*Erudición política* vise à ce que la monarchie choisisse une stratégie de développement différente de celle proposée par Uztáriz et Ulloa. L'enjeu de ce débat porte principalement sur le rôle que doit jouer, dans le développement économique de l'Espagne, le secteur agricole, auquel les auteurs de la *Theórica* et du *Restablecimiento de las fábricas* ne portent pas une grande attention, et sur ce que cela implique en termes de libéralisation de l'économie espagnole. Cette confrontation a lieu à un moment où la croissance agricole dans la plupart des régions de la monarchie est suffisamment significative et durable pour que le choix entre développement industriel et développement agraire acquière pleinement son sens politique. Au-delà de cette question décisive, sur laquelle Argumosa n'a été précédé au cours du XVIII^e siècle que par la *Representación* de M. de Zavala (1732)²², le fait qu'une partie substantielle de l'*Erudición política* provienne de l'*Essai* fait de ce texte un canal de transmission privilégié de certaines nouveautés de grande importance dans le contexte de la pensée économique espagnole de l'époque.

La prétention d'Argumosa à rédiger un texte économique qui, en se fondant sur le traité de Melon, soit adapté aux circonstances particulières de la monarchie espagnole paraît évidente au vu de la confrontation détaillée des deux livres. Les différences vont des aspects formels – ordre et structure des extraits traduits – ou lexicaux – Argumosa a fréquemment recours à des gallicismes ; il traduit de manière inexacte plusieurs concepts en raison du fait que ceux-ci découlent d'une structure de production plus avancée que celle de l'Espagne (« entrepreneur » est ainsi traduit par *proveedor*, « fournisseur ») ou qu'ils nécessitent une autocensure préventive (« passions » est traduit par *inclinaciones*, « inclinaisons ») – aux questions les plus substantielles.

Concernant celles-ci, un premier point important concerne le traitement de la question religieuse : il est évident qu'Argumosa a revu et corrigé en détail les passages de l'*Essai* qui pouvaient se révéler délicats en regard d'une vision catholique orthodoxe. Bien que l'*Erudición política* laisse filtrer plusieurs des

21. Reyes FERNÁNDEZ, *Gerónimo de Uztáriz (1670-1732). Una política económica para Felipe V*, Madrid, Minerva, 1999, p. 292.

22. Miguel de ZAVALA, *Representación al Rey N. Señor D. Phelipe V*, Madrid, 1732. La 2^e partie de l'ouvrage est entièrement consacrée à cet sujet.

idées de Melon qui constituent des nouveautés importantes dans l'Espagne de l'époque, certaines étant même des critiques non voilées du pouvoir économique de l'Église²³, il semble exister dans d'autres cas une intention délibérée de censurer l'illustre Français à travers la suppression de passages significatifs. Cela renvoie, entre autres, au traitement des passions et du plaisir comme des pulsions irrépressibles du comportement humain, à la réforme des mœurs – par exemple la possibilité de dissoudre le mariage ou la diminution du nombre de jeunes gens entrant dans les ordres à un âge précoce –, à différents passages mettant en cause la subordination du pouvoir temporel aux « préceptes divins » ou, enfin, à l'existence supposée d'un esprit philosophique universel étranger à la doctrine catholique. Par ailleurs, Argumosa ne laisse aucune place à la tolérance religieuse : spécialement combatif envers l'idée selon laquelle la liberté de conscience aurait favorisé la prospérité de la Hollande, il recommande que l'Espagne devienne un lieu d'asile pour les catholiques installés dans les pays protestants, qui connaîtraient ainsi « la liberté si infiniment appréciable de la véritable religion »²⁴. Il démontre l'intérêt qu'il y aurait à promulguer une loi permissive concernant la naturalisation des étrangers, y compris « les esclaves maures et idolâtres », non seulement pour augmenter la population nationale mais avec la conviction que celle-ci permettrait d'accroître le nombre de catholiques, en même temps que de « nettoyer les côtes des maures qui les infestent »²⁵. En somme, l'ensemble des censures et des ajouts proposés par Argumosa concernant la question religieuse répond à un objectif précis : présenter un texte plus aisément accessible en l'adaptant aux conditions et aux contraintes propres à la monarchie catholique.

Une question centrale concernant la convergence d'Argumosa et de Melon renvoie aux dix chapitres de l'*Essai* qui se trouvent supprimés dans l'*Erudición política*. Neuf d'entre eux sont ceux qui, dans leur ensemble, constituent l'analyse monétaire de Melon, l'un des motifs qui l'ont précisément amené à écrire son ouvrage. Si l'on y ajoute le fait qu'Argumosa supprime tous les passages où le Français parle du système de Law ainsi que toutes les questions ayant des implications monétaires – que ce soient la circulation d'argent entre Paris et les provinces ou les différents moyens de gager l'emprunt public²⁶ –, il faut en conclure que la théorie monétaire de l'*Essai* est entièrement absente de la version espagnole. Par là même, Argumosa tente sûrement d'éviter de révéler au public

23. Par exemple, lorsqu'il signale, en suivant textuellement le Français, que « les hommes sont rarement guidés par les règles de la religion » ou que « nous ne différons des sauvages que par le seul fait d'acquiescer le plus grand nombre de commodités pour le plus grand nombre de personnes » (*Erudición política...*, *op. cit.*, disc. II, p. 28). Par ailleurs, Argumosa se montre partisan de limiter le nombre des clercs, critique le grand nombre de biens ecclésiastiques « qui ne ressortent jamais » ainsi que les exemptions fiscales dont bénéficient les religieux, et se montre enclin à interdire le célibat des clercs en-dessous d'un certain âge. Voir particulièrement, *Erudición política...*, *op. cit.*, disc. II et III.

24. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, *op. cit.*, disc. VI, p. 212 sq.

25. *Ibidem*, disc. IV, p. 77-78.

26. J.-F. MELON, *Essai...*, *op. cit.*, chap. XXIV et XXIII, respectivement.

espagnol la ruineuse opération financière de Law, ainsi que la vive controverse que celle-ci a engendrée au cours des années qui précèdent la parution de l'*Erudición política*, controverse qui se trouve alors à son point culminant avec les répliques croisées de Dutot (1738) et de Pâris-Duverney (1740), respectivement contre et en faveur de Melon²⁷. S'y ajoutent l'impossibilité pratique d'appliquer les propositions monétaires de Law-Melon en Espagne – dans les années 1740, celle-ci manque de papier-monnaie – ainsi que les dangers de la politique de dépréciation monétaire préconisée par l'*Essai* dans un pays comme l'Espagne, dont l'absence de stabilité monétaire a constitué l'une des causes les plus évidentes de son appauvrissement. Les désastres monétaires prolongés subis au cours de l'histoire espagnole se laissent entrevoir dans le texte d'Argumosa: celui-ci en arrive à omettre une idée centrale chez Melon, à savoir que la possession de monnaie et de métaux précieux représente le troisième objectif de la législation, après l'augmentation de la production agricole et celle de la population²⁸. Toutes ces questions mettent en évidence un profond fossé entre la pensée espagnole de l'époque et la pensée européenne: la question du système de Law a contribué de manière décisive au succès international de l'*Essai* de Melon et a orienté toute la littérature économique qui naît dans les années 1730-40 en France, en Hollande et en Grande-Bretagne²⁹.

Le dixième chapitre de l'*Essai* supprimé dans l'*Erudición política* est celui intitulé «Du gouvernement militaire»³⁰. Melon y expose sa thèse fondamentale, selon laquelle «l'esprit de conquête» et «l'esprit de commerce» se contredisent mutuellement, c'est-à-dire qu'il convient de dépasser l'esprit belliqueux et conquérant des peuples anciens au moyen du «doux commerce», qui met l'accent sur les vertus civilisatrices du négoce entre les nations modernes et la généralisation d'un «système de conservation» et de paix à même de limiter les aspirations nationales à de nouvelles conquêtes territoriales. Indépendamment du fait que ces idées manquent d'opportunité politique – l'Espagne se trouve alors en pleine guerre contre la Grande-Bretagne –, elles comportent des implications immédiates quant à la politique coloniale et européenne de l'Espagne. Pour cette raison, non content de supprimer intégralement ce chapitre, Argumosa

27. Selon Antoin E. MURPHY, «The enigmatic Monsieur Du Tot», in Gilbert FACCARELLO (éd.), *Studies in the History of French Political Economy*, Londres-New York, Routledge, 1998, p. 60, les livres de Melon, Dutot et Pâris-Duverney ont constitué dans leur ensemble «l'analyse contemporaine la plus importante de l'ascension et de l'effondrement du système de Law». Sur les relations entre Melon et Law: A. E. MURPHY, *John Law. Economic Theorist and Policy-Maker*, Oxford, Clarendon Press, 1997, p. 321 (trad. fr.: *John Law, économiste et homme d'État*, Bruxelles, P.I.B. Peter Lang, 2007); et sur les discussions monétaires et financières en France concernant le système de Law, voir par exemple, Joseph A. SCHUMPETER, *Histoire de l'analyse économique*, t. 1: *l'âge des fondateurs* (1954), Paris Gallimard, 1983, p. 446-447.

28. J.-F. MELON, *Essai...*, *op. cit.*, chap. I.

29. Ch. THÉRÉ, «Economic publishing and authors, 1566-1789», in G. FACCARELLO (éd.), *Studies...*, *op. cit.*, p. 18. La preuve en est que l'œuvre de Dutot, qui fit l'objet de six éditions entre 1738 et 1754 et de diverses versions européennes, ne fut pas traduite en Espagne; il en va de même pour celle de Pâris-Duverney.

30. J.-F. MELON, *Essai...*, *op. cit.*, chap. VII.

passé sous silence pratiquement tous les passages dans lesquels Melon critique avec sévérité les méthodes employées par les Espagnols lors de leurs conquêtes coloniales et expose les conséquences néfastes qu'eurent pour l'Espagne la chute démographique causée par l'émigration de ses ressortissants vers les colonies et l'expulsion des morisques. Argumosa va jusqu'à censurer l'avis de Petty selon lequel l'Angleterre aurait intérêt à abandonner l'Irlande et l'Écosse³¹. En dépit de cela, quoique de manière épisodique, Argumosa en arrive à faire siennes de nombreuses idées de Melon. Après avoir accepté que la politique coloniale des gouvernements monarchiques et républicains ne diffère pas essentiellement, il reconnaît que les Indes, bien qu'elles présentent encore un intérêt pour l'Espagne, ont causé de nombreux préjudices à son économie, principalement en termes de dépopulation et de manque de main-d'œuvre³². De même, il admet que la domination de régions éloignées finit par procurer plus d'inconvénients que d'avantages à une nation et va jusqu'à reconnaître que l'Europe n'est plus désormais en « état de [faire des] conquêtes »³³.

À la différence des questions religieuses, monétaires et du « doux commerce », les convergences d'Argumosa avec Melon sont très nombreuses concernant le modèle économique exposé dans l'*Essai*. Toute l'*Erudición política* se fonde sur l'idée que l'abondance des biens de première nécessité constitue le principal signe de richesse, favorise la croissance démographique – second objectif de la législation – et l'expansion des manufactures. Cependant, si le manque de subsistances engendre de redoutables pénuries, leur abondance peut également devenir un facteur négatif qui affecte le développement de l'agriculture. Cela se produit lorsque les excédents agricoles ne permettent pas la croissance de la population ou des manufactures, ou ne sont pas exportés, ce qui entraîne une chute des prix et décourage le paysan et les futurs investissements : tout comme les pénuries, les prix bas entraînent une dépression des activités agricoles. Dans plusieurs des longs passages ajoutés par Argumosa, celui-ci déclare que l'« état d'infortune » de l'Espagne résulte précisément des problèmes de son agriculture³⁴ et propose d'implanter en Espagne une série de mesures très concrètes – son projet de réforme agricole a comme unique précédent la *Representación* de Zavala –, qui ne correspondent pas toutes à celles de Melon : taxes sur le prix du grain, statistiques sur le rapport entre volume de grains et nombre d'habitants, réforme des greniers publics, augmentation de la superficie cultivée et irriguée, commercialisation accrue des excédents agricoles. Au sujet de cette dernière mesure, le plus urgent est d'organiser le marché intérieur dans son ensemble, ce qui rend nécessaires la libéralisation du commerce entre les provinces, l'élimination des douanes intérieures, l'égalsation des poids et mesures ainsi que

31. *Ibidem*, chap. IV.

32. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, *op. cit.*, disc. III, p. 52 sq.

33. *Ibid.*, disc. III, p. 55.

34. *Ibid.*, disc. I, p. 7 sq.

la construction d'un vaste réseau de routes et de canaux afin d'obtenir, entre autres, une plus grande fluidité dans l'exportation des grains. Inspiré par Melon, Argumosa semble pencher pour l'adaptation en Espagne du fameux système anglais du commerce des grains, comprenant une aide à l'exportation.

Tout ceci est particulièrement important dans la mesure où cela fait dépendre de la croissance du secteur agricole les possibilités d'une amélioration de la population espagnole (celle-ci étant également liée à une réduction de la main-d'œuvre destinée aux colonies) et d'un secteur manufacturier appauvri. L'un des deux chapitres introduits dans l'ouvrage porte sur cette question en particulier³⁵. Son contenu est pourtant le moins original de l'œuvre, car Argumosa s'y montre particulièrement redevable de l'héritage économique de Uztáriz-Ulloa, s'agissant des exemptions fiscales et de l'amélioration des conditions douanières pour les fabricants espagnols. Dans le même temps, Argumosa défend ouvertement le système des compagnies de commerce et des manufactures à charte : il introduit dans son livre une longue digression sur cette question, directement copiée du *Dictionnaire universel de commerce* de Jacques Savary des Brulons³⁶. Par conséquent, bien qu'il admette avec Melon que le libre commerce, compatible avec un protectionnisme modéré, soit la règle générale, il y introduit plus d'exceptions que le Français : Argumosa se montre plus favorable que Melon aux corporations de métiers, aux monopoles royaux pour des motifs fiscaux et, dans la pratique, aux manufactures et aux entreprises commerciales à charte.

En raison de sa convergence avec les idées de Melon, l'*Erudición política* représente un axe de modernisation de l'économie politique espagnole de cette époque³⁷. Cet aspect paraît particulièrement évident dans le traitement accordé par l'auteur aux différents thèmes centraux de l'*Essai*. Conformément à ce dernier, Argumosa est le premier auteur espagnol à réclamer la création d'une sphère publique, inexistante dans l'Espagne de l'époque, dans laquelle auraient lieu des discussions sur ces sujets. Il est également pionnier dans la défense d'une vision économique systématique : le chapitre consacré par Melon aux « systèmes »³⁸ est bien repris dans le texte d'Argumosa. Comme le Français, il conçoit les « systèmes » économiques dans un but éminemment pratique – il fait référence à Richelieu, Vauban ou Law –, d'où l'importance qu'il accorde dans son livre au thème des

35. *Ibid.*, disc. VI : « Sobre manufacturas ».

36. Jacques SAVARY DES BRULONS, *Dictionnaire universel de commerce, d'histoire naturelle et des arts et métiers* (1723-1730), Genève, Les héritiers Cramer et les Frères Philibert, 1744 (4 vol.), articles « Compagnie » (vol. I, p. 1039-1171) et « Manufacture » (vol. II, p. 1187-1196). Cf. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, *op. cit.*, disc. V. Sur toutes ces questions, Argumosa est très proche des principes directeurs de la politique économique menée à l'époque. Cf. J. M. DELGADO, *El proyecto político de Carvajal*, Madrid, CSIC, 2001, p. 155 *sq.*

37. Pour un état des lieux en français : Gérard CHASTAGNARET, Gérard DUFOUR (éd.), *Le règne de Charles III. Le despotisme éclairé en Espagne*, Paris, CNRS éditions, 1994.

38. J.-F. MELON, *Essai...*, *op. cit.*, chap. XXV ; cf. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, *op. cit.*, disc. XV.

finances publiques. De fait, le second des deux chapitres originaux de l'*Erudición política* porte sur les finances espagnoles³⁹. Afin de faire ressortir ses positions sur le sujet, Argumosa élimine toutes les références concrètes aux finances françaises exposées par Melon, ainsi que les réflexions de ce dernier sur les réformes financières, y compris ses allusions détaillées aux projets de Vauban⁴⁰. Au lieu de cela, il propose une série de réformes des finances espagnoles qui consiste fondamentalement à remplacer le système des impôts indirects castillans – les «rentes provinciales» – par un impôt «simple et unique» sur le blé ou le sel. Cela le rapproche de Melon, partisan d'un impôt sur la consommation de vin ou de sel, mais aussi de la tradition économique espagnole favorable à une contribution unique, celle de Zavala ou Loynaz, qui débouchera, quelques années plus tard, sur l'ambitieux quoiqu'avorté projet de cadastre d'Ensenada.

Un second thème central est celui de l'arithmétique politique. En suivant fidèlement l'*Essai*, Argumosa lui consacre un chapitre entier de son livre, où il la présente comme un élément indispensable de la «science du gouvernement»⁴¹. Ce chapitre constitue la première présentation détaillée de ce courant économique, destiné à rencontrer un grand succès dans les Lumières espagnoles⁴². Si Argumosa se montre fidèle à Melon dans le traitement de la question, il passe pourtant sous silence de nombreux éléments sur les réalités économiques et démographiques françaises et britanniques fournis par Petty ou Melon et, de façon encore plus significative, il remplace systématiquement «France» par «Espagne» dans les passages où Melon remet en cause l'anglophilie exacerbée de Petty, avec un résultat tout simplement absurde : l'Espagne appauvrie y est présentée comme occupant une position économique supérieure à celle de la Grande-Bretagne ou de la Hollande ! Cette position nationaliste qui imprègne toute l'*Erudición política* amène son auteur à prendre à de nombreuses reprises la défense des intérêts espagnols : non content de passer sous silence les nombreuses critiques qui caractérisent la position de Melon vis-à-vis de l'Espagne, il censure également les passages où le Français affirme qu'aucune nation ne surpasse la France au plan de l'«esprit philosophique»⁴³.

Également fondamentale est la question du luxe. Dans la mesure où l'*Erudición política* reprend le chapitre que l'*Essai* consacre au sujet, ce traité constitue la première argumentation en faveur du luxe dans l'Espagne du XVIII^e siècle. Néanmoins, une fois de plus, Argumosa lit Melon d'un œil critique. Il tente tout d'abord d'atténuer quelques-unes de ses réflexions les plus acérées, notamment en ce qui concerne la terminologie : au lieu du mot

39. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, *op. cit.*, disc. XVI : «Paradojas políticas: medios y arbitrios de aumentar la Hacienda Real, con beneficio de todos».

40. J.-F. MELON, *Essai...*, *op. cit.*, chap. XXV.

41. *Ibidem*, chap. XXV ; cf. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, *op. cit.*, disc. XIV. Sur Melon et l'arithmétique politique, cf. J.-C. PERROT, *Une histoire...*, *op. cit.*, p. 373 sq.

42. J. ASTIGARRAGA, «Aritmética política y cálculos económicos en el Siglo XVIII español», in *Miscelánea Ernest Lluch i Martín*, Barcelone, Fundació Ernest Lluch, 2006, p. 47-67.

43. J.-F. MELON, *Essai...*, *op. cit.*, chap. XXV.

«luxue», il emploie d'autres termes qui n'en sont pas exactement les synonymes, comme «profusion», «somptuosité» ou «magnificence». Ensuite, il se livre à des changements qui déforment dans une large mesure la pensée de Melon : là où celui-ci explique que «le luxe est le destructeur de la paresse et de l'oisiveté», l'Espagnol, à l'inverse, dit qu'il en est «la marâtre»⁴⁴. Là où le Français fait l'éloge des progrès du luxe dans toutes les classes sociales et place la société sur le chemin des «hommes libres»⁴⁵, Argumosa, membre d'une société d'ordres plus rigide, garde un silence significatif. Les divergences s'étendent enfin aux recommandations sur les politiques publiques destinées à contrôler le luxe : à la différence de Melon, Argumosa n'est pas favorable à la suppression de l'interdiction d'importer des biens coloniaux de luxe et il omet l'idée selon laquelle à mesure que la «police» se perfectionne, les lois somptuaires deviennent de moins en moins nécessaires, ce qui permet de mesurer le degré de civilité des nations en fonction de la rigidité de ce type de lois.

Un autre aspect modernisateur de l'*Erudición* réside dans sa dimension politique. Argumosa accepte les principes politiques essentiels de l'*Essai*, à savoir un substrat fondé sur le droit naturel qui, comme le montrera la suite, aura du mal à pénétrer en Espagne. À plusieurs reprises, il répète ainsi avec Melon que le meilleur étalon pour juger du bienfait des mesures publiques est le fait qu'elles bénéficient à la collectivité, au-delà des intérêts particuliers (il pousse néanmoins cette idée jusqu'à ses conséquences ultimes, dans un sens qui tend à accentuer presque sans limites le pouvoir du monarque). À côté de cela, il introduit l'approche réaliste de Melon sur les différentes formes de gouvernement, en particulier le binôme «systèmes monarchiques / systèmes républicains». Dans le contexte espagnol, l'importance de ses commentaires tient à l'éloge qu'il fait de certaines pratiques économiques caractéristiques de ces derniers – une plus grande sécurité de l'emprunt public, un plus grand développement du système bancaire, etc. – afin de montrer qu'elles peuvent parfaitement s'adapter à l'Espagne monarchique. Au-delà des républiques de l'Antiquité, Argumosa met l'accent, encore plus que Melon, sur l'exemple hollandais : celui-ci apparaît à plusieurs reprises dans l'*Erudición política* comme «le plus grand pays commercial d'Europe» et «la nation la plus habile pour tout type de commerce». De la sorte, bien que la propagande exaltant les vertus économiques de la Hollande soit déjà répandue dans l'Espagne de l'époque (par exemple, chez Dubos, Huet et, avec certaines nuances, Uztáriz et Ulloa), elle atteint avec Argumosa l'un des points culminants de la première moitié du XVIII^e siècle.

Penchons-nous désormais sur la réception de l'*Erudición política* dans l'Espagne de son temps. Comme nous l'avons vu, les années 1740 en Espagne sont marquées par l'apparition d'une littérature de type économique – *Restablecimiento de las fábricas* de Ulloa (1740), seconde édition de la *Théorica* de

44. *Ibidem*, chap. IX; cf. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, *op. cit.*, disc. VIII, p. 262.

45. J.-F. MELON, *Essai...*, *op. cit.*, chap. IX.

Uztáriz (1742), de la *Representación* de Zavala (1748), etc. — bien qu'une partie importante de celle-ci, en particulier celle émanant des autorités politiques de l'époque (J. del Campillo, J. de Carvajal ou P. de Campomanes), circule sous forme manuscrite. Notons à ce sujet que l'invitation d'Argumosa à ce que les «écrits, conférences ou méditations économiques» voient le jour et fassent l'objet de discussions publiques n'avait par conséquent rien d'anodin⁴⁶. Quoi qu'il en soit, nous n'avons trouvé aucune trace dans cette littérature des idées de Melon-Argumosa : l'héritage de Uztáriz-Ulloa est si vivace qu'il continue à dominer les modes de pensée économique de la période. Les options favorables à une nouvelle stratégie de croissance, fondée sur la priorité donnée à l'agriculture et à la liberté de commerce, gagnent des adeptes tout au long des années 1750 et, surtout, 1760. Le premier texte à présenter clairement cette stratégie est le *Bosquejo de política económica* (v. 1750) du très jeune Campomanes, mais son influence reste réduite à l'époque car le livre demeure à l'état de manuscrit⁴⁷. Il faut donc attendre le milieu du siècle, lorsque les vents de l'«agromanie» française se mettent à souffler sur l'Espagne avec les auteurs du groupe de Gournay (Herbert, Plumard de Dangeul, Forbonnais, etc.) et de la physiocratie, pour que ce changement s'impose de manière définitive. C'est également dans ce contexte que se mettent à circuler quelques-unes des idées qui ont fait de l'*Essai* de Melon une œuvre en avance sur son temps — l'esprit de système, la liberté de commerce, l'arithmétique politique, la notion de «doux commerce» ou la défense du luxe — et où commence à se manifester la volonté de la *Junta de Comercio*, institution à laquelle Argumosa a dédié son œuvre, de contribuer à une rénovation du secteur agraire espagnol : le premier mémoire qui aborde longuement cette question date de 1766. La fortune de Melon en Espagne, du moins concernant l'influence directe de ses idées, en reste ainsi à l'état d'ébauche. De fait, l'*Erudición política* d'Argumosa est un texte que les études sur le XVIII^e siècle ont injustement négligé jusqu'à une date très récente.

L'ESPÍRITU DEL SEÑOR MELON DE LORENZO NORMANTE (1786)

En 1786 paraît l'*Espíritu del Señor Melon, en su Ensayo político sobre el comercio*, de Lorenzo Normante⁴⁸. Les circonstances de cette publication sont bien différentes de celles de l'œuvre d'Argumosa : elle s'inscrit dans le processus des réformes «éclairées» lancé vingt ans auparavant par les différents ministres du roi Charles III, à un moment où l'économie politique européenne circule

46. T. V. de ARGUMOSA, *Erudición política...*, op. cit., disc. XV, p. 414 sq.

47. Pedro Rodríguez de CAMPOMANES, *Bosquejo de una política económica* (c.1750), Madrid, 1984; Vicent LLOMBART, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992, p. 50 sq.; Concepción de CASTRO, *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*, Madrid, Alianza, 1996, p. 48 sq.

48. Lorenzo NORMANTE, *Espíritu del señor Melon en su Ensayo político sobre el comercio* (1786), Saragosse, Diputación General de Aragón, 1984.

largement en Espagne, au sein d'une sphère publique déjà bien au fait de ces questions. De fait, la parution de l'*Espíritu del Señor Melon* a précisément lieu au moment où la réception des traités économiques étrangers par le biais des traductions est à son apogée. Le texte est élaboré dans un cadre institutionnel bien précis, celui de la chaire d'Économie civile et de commerce de Saragosse, fondée en 1784 par la Société économique aragonaise des amis du pays (*Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País*) et dont Lorenzo Normante est le premier titulaire.

Né dans la province aragonaise de Huesca en 1759, Lorenzo Normante y Carcavilla étudie la philosophie, le droit canon et la jurisprudence dans les universités de Huesca et de Saragosse où il obtient le titre de docteur. Après avoir vainement tenté de rester à l'Université de Saragosse, il entre en 1779 à la *Real Academia Jurídico-práctica* – dont il deviendra le secrétaire en 1784 – et obtient en 1782 un poste d'avocat aux Conseils royaux avant d'être admis au sein du collège des avocats de Saragosse. À cette date, il est déjà en relation depuis plusieurs années avec les cercles «éclairés» qui ont fondé en 1776 la Société économique aragonaise des amis du pays. Principal flambeau des Lumières dans les trois provinces aragonaises, cette institution est pionnière en Espagne dans le domaine de la modernisation des programmes d'enseignement, particulièrement en ce qui concerne les sciences sociales. Durant les années 1780, elle fonde, en plus de la chaire d'Économie, une chaire de Droit public et une autre de Philosophie morale. La chaire d'Économie civile et de commerce, la première du genre en Espagne, se caractérise par son inspiration «genovésienne», la Société aragonaise ayant tenté d'en faire l'équivalent de ce que B. Intieri avait réalisé trente ans auparavant dans la Naples de Charles de Bourbon. Bien que l'organisation soit ici un peu différente, le modèle suivi à Saragosse est indéniablement celui de la *Cátedra di Commercio e Meccanica* dirigée par Genovesi entre 1754 et 1769. La chaire aragonaise se distingue en outre sur deux points⁴⁹. D'une part, son caractère officiel : bien que créée à l'initiative de la Société aragonaise, son administration et ses programmes d'enseignement sont placés sous le contrôle de la *Secretaría de Estado*, dirigée à l'époque par le puissant comte de Floridablanca ; de l'autre, son caractère expérimental, le gouvernement des Bourbons ayant autorisé cette première expérience d'enseignement des idées économiques dans le but de l'étendre ensuite au reste des Sociétés économiques.

La fondation de la chaire d'économie fait de la Société aragonaise un important foyer de réflexion et de diffusion de la pensée politico-économique de l'époque. Au long des années 1780, plusieurs de ses membres traduisent

49. Javier USOZ, «Pensamiento económico y reformismo ilustrado en Aragón, 1760-1800», Ph. D., Université de Saragosse, 1996, p. 388 sq. ; ID., «El pensamiento económico de la Ilustración aragonesa», in Enrique FUENTES QUINTANA (éd.), *Economía y economistas españoles: La Ilustración*, Barcelone, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000, p. 589 sq.

des textes d'auteurs tels que Condillac, Filangieri, Mun, Grisellini, Casaux ou Carli, principalement à des fins d'enseignement⁵⁰. Du point de vue doctrinal, la principale autorité de la chaire est sans conteste Genovesi : au cours des années 1784-1786, tandis que l'un des membres de la Société, V. de Villaba, traduit les *Lezioni di Commercio* (publiées en 1785-1786)⁵¹, Normante élabore trois textes dans un même souci pédagogique. Si les deux premiers s'inspirent clairement du Napolitain – le second est un guide de lecture bref et synthétique des principaux chapitres économiques des *Lezioni*⁵² –, le troisième, en revanche, l'*Espritu del Señor Melon*, témoigne de l'intérêt de Normante pour l'*Essai Politique sur le Commerce*.

Les raisons de ce choix ne vont pas de soi. Durant les années 1760 et 1770, des auteurs importants comme N. de Arriquibar, E. Ramos, J. A. Valcárcel, P. de Campomanes ou G. M. de Jovellanos ont pu reprendre ça et là certaines des idées présentes chez Melon et Argumosa, mais aucun texte économique n'a directement et profondément été inspiré par Melon. À cette époque, celui-ci est devenu un auteur marginal, voire relativement oublié parmi les auteurs espagnols des Lumières, à l'exception de ses idées sur le luxe. Il est possible que Normante s'y soit intéressé à travers le livre d'Argumosa – très utilisé au sein de la chaire de Saragosse et dont Normante semble savoir qu'il s'inspire largement de Melon⁵³ – ou, plus vraisemblablement, grâce aux *Lezioni* de Genovesi : la dette du Napolitain envers Melon était telle qu'il citait son *Essai* à plusieurs reprises d'une manière très positive. De fait, la véritable raison de ce choix doit être recherchée dans le Royaume des Deux-Siciles et plus précisément dans les activités d'enseignement développées au sein des chaires d'économie politique de Naples (1754), Palerme (1779) et Catane (1779). L'*Essai* de Melon y connaît alors une phase de circulation accrue en raison de la traduction réalisée à Naples par Francesco Longano, désigné par Genovesi comme substitut de sa chaire⁵⁴. Cette seconde traduction locale a fait ressurgir l'œuvre de Melon dans le contexte napolitain, tandis que le professeur V. E. Sergio, à qui l'on attribue une autre

50. J. ASTIGARRAGA, « Victorián de Villava, traductor de Gaetano Filangieri », *Cuadernos Aragoneses de Economía*, 7-1, 1997, p. 181 sq.

51. Antonio GENOVESI, *Lecciones de comercio, o bien de economía civil*, Madrid, Viuda de Ibarra, 1785-1786 (3 vol.).

52. L. NORMANTE, *Proposiciones de Economía Civil y Comercio*, Saragosse, Blas Miedes, 1785. Cet ouvrage fut précédé par son *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos, y la necesidad de su estudio metódico*, Saragosse, Blas Miedes, 1784.

53. On le voit lorsque Normante affirme qu'en traduisant Melon, son intention n'était pas de « faire connaître les plagats de plusieurs auteurs modernes qui ont copié sans le citer des pages entières de l'*Essai Politique*, dans les passages où ils s'approprièrent sa doctrine, car il ne me semble pas que ce délit soit aussi grand que ne le croient certains lorsqu'il concerne des auteurs qui n'ont pas l'habitude de citer les sources qu'ils utilisent et qui, par ailleurs, possèdent une instruction suffisante » (L. NORMANTE, *Espritu...*, op. cit., p. 5). Avec la même intention, celle d'une utilisation pour l'enseignement, le livre d'Argumosa est recommandé en 1774 par Campomanes et en 1781 par Jovellanos à la Société Économique des Asturies.

54. Francesco LONGANO, *Saggio politico sul commercio tradotto dal francese colle annotazioni dell'Abate Longano*, Naples, Vincenzo Flauto, 1778 (2 vol.).

traduction de l'œuvre en 1787, l'utilise également dans ses cours à la chaire de Palerme⁵⁵. Bien qu'il soit possible que Normante ait connu la version de Longano, aucun indice ne montre qu'il l'ait utilisée, ce qui semble logique compte tenu de l'usage que faisait le disciple de Genovesi de la littérature européenne la plus récente – notamment l'abbé Raynal et W. Robertson – pour critiquer de manière radicale l'Espagne et sa politique coloniale.

Les caractéristiques de la version espagnole de Melon réalisée par Normante sont parfaitement justifiées dans l'*Avertissement* qui la précède. Son propos n'est pas de réaliser une traduction complète et rigoureuse dans le style académique, mais une version de type «manuel», «analyse» ou «extrait», offrant une synthèse de l'*Essai* de Melon dans le but d'en faciliter la compréhension par les étudiants de la chaire – il mentionne d'autres versions du même type présentes sur le marché éditorial français, notamment des œuvres de Montesquieu, Heineccius, Grotius ou Puffendorf⁵⁶. Normante envisageait de faire de son *Espiritu* le premier volume d'une collection d'œuvres économiques à des fins de divulgation, destinée à former une grande bibliothèque d'ouvrages d'économie politique espagnols et étrangers⁵⁷.

Normante montre à plusieurs reprises qu'il connaît bien les circonstances historiques dans lesquelles l'*Essai* a été rédigé. Il ne cache pas non plus les raisons pour lesquelles ce texte a sa faveur. Entre autres motifs, il déclare que son enracinement dans la réalité française constitue un atout de taille pour être accepté en Espagne, dans la mesure où il renvoie à «un État dont les caractéristiques sont tout à fait analogues aux nôtres». De même, il considère que son contenu politique ne pose aucun problème, étant donné qu'il respecte «les droits des souverains et des vassaux»⁵⁸. Le principal objectif de sa traduction consiste à «propager dans la mesure du possible les connaissances politico-économiques», tout en les expurgeant des «innovations dangereuses ou inutiles avec lesquelles on [a coutume] de les présenter aux ignorants»⁵⁹. Cette affirmation n'a évidemment rien de fortuit : elle se rapporte sans doute au climat extrêmement hostile qui a accompagné, en 1784, la création de la chaire d'économie, notamment au sein des groupes sociaux qui considèrent avec méfiance les réformes «éclairées». Pour apprécier correctement la qualité de la version de Normante, il faut rappeler qu'elle est inséparable de l'existence de la chaire et des soupçons dont celle-ci fait l'objet depuis sa création.

À la différence d'Argumosa, Normante conserve l'ensemble des chapitres de la seconde édition de l'*Essai* et n'en introduit aucun de sa propre

55. Luciano SPOTO, «Le cattedre di Economia Politica in Sicilia nel periodo 1779-1860: dal riformismo borbonico alla lotta ideologica contro il regime borbonico», in Massimo AUGELLO, Marco BIANCHINI, Gabriella GIOLI, Piero ROGGI (éd.), *Le cattedre di Economia Politica in Italia*, Milan, F. Angeli, 1988, p. 114.

56. L. NORMANTE, *Espiritu...*, op. cit., p. 4.

57. *Ibidem*, p. 6.

58. *Ibid.*, p. 7.

59. *Ibid.*, p. 5.

main (voir Annexe). Bien qu'elle soit présentée par son auteur comme fidèle à l'original, cette version ne l'est cependant pas du tout⁶⁰. D'une part, elle est considérablement plus réduite, le style de l'*Espíritu del Señor Melon* n'étant pas celui de la traduction proprement dite, mais celui de la synthèse ou du résumé. D'autre part, sur le plan du contenu, la version espagnole est amputée – Normante ayant éliminé, sans le signaler, de nombreuses idées du texte original – et comporte en outre de nombreux ajouts qui s'insèrent dans la version espagnole comme s'il s'agissait de passages du texte original.

Les omissions de Normante sont innombrables. Dans certains cas, elles concernent les renvois à des faits précis (lois, exemples historiques, compagnies de commerce, manufactures, données quantitatives sur la population, l'économie, les finances, etc.) relatives à des nations autres que l'Espagne ou à des peuples de l'Antiquité. De fait, une grande partie du riche catalogue d'exemples exposé par Melon se trouve absente de la version espagnole, ce qui en réduit passablement la qualité. Dans d'autres cas, ces omissions paraissent liées à une forme d'auto-censure obéissant à des motifs religieux ou politiques. Bien qu'il soit partisan de l'interdiction du célibat ecclésiastique jusqu'à l'âge de 24 ans (un an de moins que l'âge proposé par Melon), Normante passe sous silence une bonne partie des arguments critiques du Français contre ce type de célibat forcé. Il laisse également en dehors de sa version les positions les plus radicales de Melon en faveur de «l'esprit de commerce», ou son approche réaliste et variée des différentes formes de gouvernement: les allusions réitérées de Melon aux qualités des gouvernements «républicains», parfois ouvertement opposés aux gouvernements «monarchiques», apparaissent à peine dans la version espagnole, ce qui doit être interprété comme la manifestation d'une préférence inconditionnelle envers ces derniers. Et bien entendu, l'optique résolument nationaliste dans laquelle Normante élabore sa version l'amène à supprimer tous les passages de l'*Essai* comportant un jugement négatif envers l'Espagne, particulièrement importants en ce qui concerne la question coloniale. Les amputations de Normante s'étendent également à d'autres idées économiques présentes dans l'œuvre de Melon; elles sont particulièrement nombreuses dans les chapitres sur la monnaie, l'emprunt public et les finances de l'État (Normante allant jusqu'à supprimer totalement la longue digression de Melon sur la taille de Vauban). Elles concernent enfin les citations et les sources mentionnées dans l'*Essai*, régulièrement omises par Normante dans sa version, en particulier toutes les sources relatives aux aspects monétaires, ainsi que les références à Saint Pierre, Petty, Vauban, Jacquin, Duhalde, etc.

À l'inverse, les passages ajoutés par Normante sont, dans leur ensemble, extrêmement significatifs des objectifs qu'il poursuivait probablement. Une bonne partie d'entre eux visent à montrer sa concordance avec Melon et à fournir la preuve que ses idées ont déjà été appliquées en Espagne, ce qui revient à prendre la défense du programme de réformes économiques et sociales mis en

60. Une première interprétation dans J. USOZ, *Pensamiento económico...*, op. cit., p. 347-372.

place par les différents gouvernements de Charles III. Normante met particulièrement en valeur l'amélioration du réseau routier espagnol, le programme de libre commerce des grains lancé par la loi (*Pragmática*) de 1765, la politique d'encouragement à la diffusion des connaissances « utiles », les mesures de la Banque officielle de San Carlos, la lutte contre les monopoles industriels et l'oisiveté, le régime des compagnies à charte ou les mesures favorisant un usage modéré du luxe. À d'autres moments, il s'approprie les idées du Français pour suggérer des réformes qu'il conviendrait d'entreprendre en Espagne, comme lorsqu'il se prononce en faveur de la liberté du commerce intérieur et de la suppression des douanes dans les territoires dotés de *fueros* – Pays Basque et Navarre – ou qu'il recommande l'usage du système des prix maximum dans l'exportation des grains⁶¹. En dernier lieu, toujours dans le but de défendre les idées de Melon, Normante actualise certaines de ses sources : il a ainsi recours à l'autorité de Genovesi pour donner du poids à ses prises de position sur la population, à Forbonnais quant à l'importance d'un système d'assurances et à Child sur les avantages d'une balance commerciale favorable.

Par comparaison, les ajouts de Normante exprimant des dissensions avec Melon sont beaucoup moins nombreux, mais ils sont particulièrement significatifs en ce qui concerne la monnaie et les finances publiques. Normante en appelle à l'autorité de Dutot, Bielfeld, Genovesi, Cary ou Forbonnais pour s'opposer à la politique de dévaluation des monnaies – que ce soit en diminuant leur poids ou leur qualité, ou en augmentant leur valeur numéraire – pratiquée, en dépit de ses effets inflationnistes, dans le but d'obtenir une source supplémentaire de financement pour faire face aux besoins les plus pressants de l'État⁶². Il se démarque également du plaidoyer que le Français fait en faveur des impôts sur la consommation, en exprimant son opposition au système fiscal castillan dont les *alcabalas* sont jugées « contraires aux progrès de l'industrie »⁶³.

Trois thèmes méritent d'être commentés de manière plus approfondie. Le premier est la référence au luxe : en plein débat sur l'importance politique et économique de ce dernier, lancé en Espagne dans les années 1760, non seulement Normante soutient les idées modérées de Melon en la matière, mais il laisse entendre, dans une note pleine d'intérêt, que ces idées ont déjà été défendues par l'*arbitriste* espagnol du XVII^e siècle F. Martínez de Mata, comme l'a démontré Campomanes, le puissant magistrat du Conseil de Castille, dans une édition récente de ses écrits. En s'appuyant sur l'autorité de ces auteurs, il défend l'idée que le « luxe des manufactures ne saurait être préjudiciable » s'il est produit avec des matières premières nationales, se montrant par là même critique envers la promulgation de lois somptuaires rigoureuses⁶⁴.

61. L. NORMANTE, *Espíritu...*, *op. cit.*, p. 52 et 32.

62. *Ibid.*, p. 69.

63. *Ibid.*, p. 36.

64. *Ibid.*, p. 44.

En second lieu, comme nous l'avons vu, Normante ne se contente pas de supprimer toutes les remarques de Melon particulièrement critiques envers un processus de colonisation qui non content d'être «cruel», a contribué à «appauvrir» l'Espagne, mais il s'emploie à les réfuter dans de longs passages ajoutés de sa propre main. Cette question est particulièrement importante dans le contexte de l'époque, où les vieilles idées sur la «légende noire» ont regagné du terrain sur la scène européenne du fait des penseurs les plus influents des Lumières, tels que Masson de Morvilliers ou De Paw. Normante reconnaît que le processus de colonisation espagnol présente certains défauts, non pour les motifs invoqués par Melon mais en raison de l'absence d'un projet politique cohérent qui aurait pris en compte le développement économique et démographique des colonies, dont les carences les plus évidentes ont été corrigées par les réformes récentes. De la sorte, l'Espagnol prend une nouvelle fois la défense des mesures gouvernementales destinées à démanteler le monopole commercial de Cadix (1765), à réformer le système douanier du commerce avec l'outre-mer (1778), à promouvoir l'industrie et la croissance de la population dans les colonies, etc.⁶⁵

Enfin, Normante admet avec quelques nuances les opinions de Melon concernant l'esclavage et le nouveau pacte que celui-ci propose entre maîtres et esclaves⁶⁶. Conformément aux tendances humanitaires des Lumières, Normante envisage d'adoucir les conditions de l'esclavage, discute de l'opportunité de convertir les esclaves d'Amérique en main-d'œuvre salariée et condamne, à l'instar d'Argumosa, le «commerce direct des nègres» ainsi que leur emploi dans les territoires catholiques⁶⁷.

En définitive, plus qu'une simple traduction de l'*Essai* de Melon, l'*Espíritu del Señor Melon* de Normante est davantage une «adaptation» de ce texte, dont la nature s'explique non seulement par son but explicite de vulgarisation et d'enseignement – raison pour laquelle de nombreux chapitres de l'*Essai* ne sont pas reconnaissables –, mais aussi par les contraintes religieuses, politiques et économiques de la monarchie espagnole, à laquelle cette version est destinée. Les nombreuses suppressions et les passages significatifs ajoutés par Normante visent, d'une part, à proposer une vision plus strictement catholique et monarchique que celle de Melon et, de l'autre, à amoindrir ses positions les plus audacieuses en matière économique et sociale. Le penseur espagnol ne manifeste aucune divergence profonde avec les idées économiques du Français⁶⁸, dont l'*Essai* apparaît moins novateur qu'à l'époque d'Argumosa. Il réduit

65. *Ibidem*, p. 20-21.

66. Normante admet l'existence d'autres relations de servitude proches de l'esclavage et propose par exemple que la situation des serviteurs domestiques soit réglementée d'une façon claire (*ibidem*, p. 23).

67. L. NORMANTE, *Espíritu...*, *op. cit.*, p. 24-25.

68. De la façon, par exemple, dont le napolitain F. Longano l'avait fait en 1778 en défendant les avantages d'une application plus stricte du «principe de protection».

toutefois la portée des implications politiques et économiques de «l'esprit de commerce» et du «doux commerce» en atténuant l'esprit pacifiste du texte original, en réduisant les développements consacrés aux «passions» individuelles, en passant sous silence les allusions au cas exemplaire de la politique coloniale hollandaise ou encore en insistant sur l'intérêt politique de l'accueil d'étrangers «catholiques» dans les colonies. L'objectif de Normante est de sélectionner pour le lecteur espagnol des propositions concrètes qui opèrent davantage sur un plan «technique» que «politique», propositions qui correspondent parfaitement aux réformes sociales et économiques, présentes et à venir, des gouvernements de Charles III. Par conséquent, l'*Espíritu del Señor Melon* est en fait une adaptation, réalisée dans l'optique précise des intérêts espagnols, afin d'accommoder les idées de Melon à la ligne des réformes entreprises⁶⁹, ce qui confirme le caractère officiel des enseignements d'économie expérimentés dans le cadre de la chaire de Saragosse. Tout ceci montre les difficultés qu'a l'Espagne de 1786 pour assumer pleinement les idées de Melon près d'un demi-siècle après la publication de son *Essai*: bien que les réformes aillent désormais dans le sens de sa stratégie agrariste et libérale modérée, le fait est que Normante tend toujours à modérer le discours du Français et jamais à le radicaliser, sauf peut-être en ce qui concerne l'esclavage.

L'importance de ce point est encore plus manifeste si l'on considère le sort qui attend Normante et la chaire qu'il dirige. En décembre 1786, alors que celle-ci fonctionne depuis un an avec un succès indéniable, le capucin et prédicateur errant D. J. de Cádiz dénonce le docteur Normante devant l'Inquisition, en raison de l'existence de quatre propositions hérétiques dans ses écrits, toutes présentes dans la version de Melon: l'inconvénient du célibat ecclésiastique, le préjudice consistant à admettre dans les rangs du clergé des jeunes gens âgés de moins de 24 ans et le caractère licite du luxe et de l'usure⁷⁰. Son accusation est porteuse d'une intention claire. Depuis 1766 les penseurs espagnols des Lumières utilisent l'*Essai* de Melon afin de promouvoir une politique plus permissive envers le luxe. Ils invoquent le Français de manière récurrente, en particulier les économistes de la Société basque des amis du pays, ainsi que le puissant magistrat Campomanes, dont le rôle s'avère décisif dans l'acceptation des nouvelles façons de penser le luxe⁷¹.

69. La traduction de A. Genovesi par V. de Villava fut réalisée dans la même optique. Une interprétation exhaustive dans J. ASTIGARRAGA et J. USOZ, «From the Neapolitan A. Genovesi of Carlo di Borone to the Spanish A. Genovesi of Carlo III: V. de Villava's Spanish translation of *Lezioni di Commercio*», in Bruno JOSSA, Rosario PATALANO, Eugenio ZAGARI (éd.), *Genovesi Economista. Nel 250° anniversario dell'istituzione della cattedra di «Commercio e Meccanica»*, Naples, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2007, p. 193-220.

70. Guillermo GARCÍA, *La economía y los reaccionarios*, Madrid, EDICUSA, 1974, p. 299 sq.

71. J. ASTIGARRAGA, *Los ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Barcelone, Crítica, 2003, p. 122-131; P. Rodríguez de CAMPOMANES, *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (1775), Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1975, p. 342-343.

Tout ceci se complique lorsqu'en 1787, un autre capucin, J. J. de Cabra, fait paraître un long traité théologico-dogmatique dont le premier volume est destiné à réfuter, chapitre par chapitre, les idées de Melon-Normante⁷². Son schéma de pensée est, fondamentalement, anti-économique: il ne se livre à aucune discussion de fond sur les sujets abordés par l'*Espíritu del Señor Melon* et ne prétend même pas le faire. Le livre est traversé par tous les topiques de la littérature anti-Lumières et réactionnaire, sous-tendue par une lecture extrême de la rigueur religieuse et l'opposition résolue à ce que le pouvoir temporel puisse «mettre au pas la religion et l'Église» et supplanter le droit divin. La cible principale des critiques de Cabra est Melon, dont les idées sont considérées comme «bizarres, superficielles et étrangères à notre Espagne», mais à travers lui, c'est l'économie politique dans son ensemble qui est visée, comme le montrent les allusions aux textes de Genovesi, Montesquieu, Cantillon, Mirabeau ou Forbonnais⁷³. Cela confirme le rôle indiscutable de cette discipline comme véhicule de la modernisation et des idées de réforme dans l'Espagne du XVIII^e siècle, y compris au-delà de la sphère strictement économique.

Au-delà de leurs termes concrets, l'objectif de ces accusations apparaît clairement: elles représentent une attaque directe contre les programmes de modernisation que mènent à bien les secteurs «éclairés» à travers le projet de création des enseignements d'économie. Eu égard au caractère officiel de ces expériences, elles constituent, en somme, une attaque directe contre le gouvernement. De plus, elles ont lieu dans un contexte particulier, les Lumières espagnoles abordant dans les années 1780 un tournant «politique» décisif avec l'ouverture en leur sein du débat constitutionnel. De fait, outre le soutien immédiat que Normante reçoit de la Société Aragonaise, c'est l'appui discret mais effectif de la Cour qui parvient à éteindre en 1788 l'incendie allumé par les religieux. Les conséquences de l'épisode n'en sont pas moins évidentes: Normante interrompt l'élaboration de sa bibliothèque d'auteurs économique-politiques, entamée avec la traduction de Melon, et il ne publiera jamais plus (il reste le titulaire de la chaire d'économie jusqu'en 1801, moment où il part à Madrid pour occuper une charge officielle au sein du cabinet du Ministère des finances, *Secretaría de Estado del Despacho Universal de la Real Hacienda*). De son côté, le gouvernement met un frein à la généralisation des enseignements d'économie dans les Sociétés Économiques et les autres régions de la monarchie, bien que l'expérience de Saragosse parvienne à se maintenir dans la durée. Le conflit révèle bien les puissants moyens dont disposent encore les secteurs réactionnaires pour endiguer les réformes et la diffusion de la

72. Jerónimo de CABRA, *Pruebas del Espíritu del Señor Melon y de las Propositiones de Economía Civil y Comercio del Señor Normante: examen escriturístico teológico-dogmático de ambas partes*, Madrid, Isidoro de Hernández Pacheco, 1787 (2 vol.).

73. *Ibidem*, vol. I, p. 27 et 17-18.

pensée des Lumières, même dans le cas d'un auteur comme Melon dont l'œuvre remonte à un demi-siècle et en dépit des précautions notoires prises par Normante dans sa propre version de l'ouvrage.

* * *

L'*Essai* de Melon est assurément un texte d'une importance capitale dans l'Europe du XVIII^e siècle. En raison de sa grande diffusion internationale dès la parution de sa seconde édition en 1736, il contribue à asseoir la position de l'économie politique dans les grands centres des Lumières, comme la Naples de Galiani et de Genovesi, l'Écosse de Hume ou la Vienne de Sonnenfels. L'Espagne doit sans conteste être inscrite dans la sphère de rayonnement de l'*Essai* : bien connu dans le pays depuis les années 1740, le traité est consulté et cité, par le biais de sources directes ou indirectes, par certains des économistes les plus influents du moment (Campomanes, Jovellanos, Arriquibar, Ramos, etc.) et fait l'objet de deux versions en espagnol, l'*Erudición política* de Argumosa (1743) et l'*Espíritu del Señor Melon* de Normante (1786).

Ces deux versions sont de nature différentes : la première, publiée alors que l'*Essai* constitue un texte particulièrement novateur pour l'Espagne, est destinée à y implanter une stratégie de développement économique fondée sur le secteur agricole, tandis que la seconde, élaborée alors que plusieurs des idées de Melon ont déjà été mises en pratique en Espagne, répond essentiellement à un besoin de divulgation et d'enseignement. Néanmoins, toutes deux possèdent des traits communs : l'introduction de l'*Essai* et sa présence durable en Espagne peuvent très bien s'expliquer par le riche ensemble d'« altérités » que contient ce texte. Une bonne partie des images et des modèles qui vont imprégner l'imaginaire des principaux traités d'économie politique des Lumières a été présentée, parfois de façon admirable, par l'*Essai*. Les Espagnols ont certainement lu ce texte en tentant d'en tirer des leçons concernant la dialectique « pays riches / pays pauvres », laquelle, chez Melon, a suscité une autre discussion – longue et relativement ouverte – à propos de deux autres binômes : « agriculture / industrie » et « liberté de commerce / protectionnisme ». Mais cette discussion technique sur les mesures mercantilistes n'était certainement pas le point le plus intéressant de l'*Essai*.

Selon Melon, la dialectique « pays riches / pays pauvres » entraînait deux autres, « esprit de commerce / esprit de conquête » et « nation barbare / nation policée ». La façon dont Melon mettait en relation la richesse, le commerce, le luxe et la « nation policée », jusqu'à les présenter comme un tout unifié, constituait une symbolique profondément attrayante pour l'Espagne appauvrie, et faisait de l'*Essai* lui-même une proposition d'« altérité » intéressante dans la façon dont elle envisageait son propre avenir. Face à la pugnacité de la France, de la Grande-Bretagne et de la Hollande, l'Espagne était décrite par Melon comme le principal modèle négatif de son temps, celui d'une nation qui, après avoir pu être citée en exemple, apparaissait désormais comme pauvre, dépourvue

d'« esprit de commerce » et de tous les traits caractérisant les nations « policées ». Pour cette raison, il n'est pas étonnant que Melon ait été un auteur durablement présent chez les penseurs espagnols des Lumières, comme le mettent en évidence les cinquante années qui séparent les deux versions espagnoles de l'*Essai*.

Mais on ne peut souligner la fortune de Melon en Espagne sans faire mention également de son infortune relative, ou du moins de ses déboires. Les caractéristiques religieuses, politiques et économiques de l'Espagne ont profondément conditionné la réception du contenu de l'*Essai* : aucune des « versions-adaptations » que nous avons présentées ne peut être considérée comme une traduction fidèle de ce texte canonique des Lumières. Il s'agit plutôt de versions mutilées et biaisées, toujours orientées vers une plus grande modération, voire une censure pure et simple. Par ailleurs, l'incidence pratique des idées de Melon en Espagne reste également limitée : Argumosa ne parvient pas à provoquer un changement d'opinion dans les centres de décisions de la Monarchie en faveur d'un intérêt plus grand accordé à l'agriculture, pas plus que Normante n'obtient que l'enseignement et la vulgarisation économiques soient pleinement respectés dans l'Espagne de son temps. En tout état de cause, le sujet mériterait une analyse plus approfondie. L'ensemble des réformes et des changements que suggérerait l'*Essai* concernant l'« esprit de commerce », les fondements d'une « nation policée » ou la liberté de commerce était suffisamment profond pour que le livre ne constitue pas un simple « objet de consommation », dont le contenu allait s'épuiser en une génération. Pour cette raison, l'appréciation que l'on porte traditionnellement sur le traité de Melon, dans le cadre d'une discussion supposée doctrinale sur le fait de savoir s'il constitue ou non un exemple de littérature mercantiliste, se révèle aujourd'hui bien stérile.

Jesús ASTIGARRAGA

Université de Saragosse

Département de Structure et d'Histoire Économique et d'Économie Publique

Faculté de Droit

c/Pedro Cerbuna, 12

50009 Saragosse – Espagne

astigarr@unizar.es

Traduit de l'espagnol par Geneviève Verdo.

Annexe

TABLES DES MATIÈRES COMPARÉES DES DIFFÉRENTES VERSIONS DE L'ESSAI DE MELON

J.-F. Melon, <i>Essai politique</i> (1736)	Première édition (1734)	T. V. Argumosa, <i>Erudición política</i> (1748)	L. Normante, <i>Espíritu del Señor Melon</i> (1786)
Chapitre I. Principes		Discurso I, Sobre la agricultura de España, comercio de granos y origen de las carestías	Capítulo I. Principios
II. Du bled		II. Otros motivos de las carestías	II. Sobre el trigo
III. De l'augmentation des habitans		III. Aumento de habitantes y población de colonias	III. Del aumento de los habitantes del país
IV. Des colonies		III. Aumento de habitantes y población de colonias	IV. De las colonias
V. De l'esclavage		IV. Arreglamento de esclavos	V. De la esclavitud
VI. Des compagnies exclusives		V. Comercio por compañías privilegiadas; Relación cronológica de todas las Compañías de Comercio Europeas.	VI. Compañías exclusivas
VII. Du gouvernement militaire		Non	VII. Del género militar considerado con relación al comercio
VIII. De l'industrie		VII. Industria e inventos	VIII. De la industria
IX. Du luxe		VIII. Suntuosidad y magnificencia	IX. Del lujo
X. De l'exportation et de l'importation	Non	IX. Sobre la exportación y la importación	X. De la exportación e importación
XI. De la liberté du commerce	Non	X. En qué consiste la libertad de comercio	XI. De la libertad del comercio
XII. Des valeurs numéraires		Non	XII. De los valores numerarios
XIII. De la proportion dans les monnoies		Non	XIII. De la proporción de las monedas
XIV. De la sédition contre Philippes le Bel		Non	XIV. De la sedición contra Felipe el Hermoso
XV. Des monnoies de Saint Louis et de Charles VII		Non	XV. De las monedas de San Luis y de Carlos VII
XVI. Des diminutions		Non	XVI. De las disminuciones
XVII. De la cherté des denrées		Non	XVII. De la carestía de mercaderías
XVIII. Réponses aux objections		Non	XVIII. Satisfacción de las objeciones
XIX. Diverses observations sur les monnoies		Non	XIX. Diversas observaciones sobre las monedas
XX. Du change		XI. Sobre el cambio	XX. Del cambio
XXI. De l'agio	Non	Non	XXI. Del agio
XXII. De la balance du commerce	Non	XII. Modo de conocer cuándo es ventajoso el comercio a la nación y cuándo perjudicial	XXII. De la balanza de comercio
XXIII. Du crédit public		XIII. Del crédito público.	XXIII. Del crédito público
XXIV. De l'Arithmetique Politique	Non	XIV. Sobre la aritmética política	XXIV. De la aritmética política
XXV. Des Systèmes	Non	XV. Sistemas	XXV. De los sistemas
XXVI. Conclusions	Non	Conclusión	XXVI. Conclusión
		Nouveau discours VI. Sobre manufacturas	
		Nouveau discours XVI. Paradojas políticas: medios y arbitrios de aumentar la Hacienda Real, con beneficio de todos.	

Résumé / Abstract

Jesús ASTIGARRAGA

La dérangement découverte de l'autre: traductions et adaptations espagnoles de l'*Essai politique sur le commerce* (1734) de Jean-François Melon

L'*Essai politique sur le commerce* de Jean-François Melon (1734) est un texte d'une importance capitale dans l'Europe du XVIII^e siècle. Entre autres caractéristiques, il contient plusieurs des principaux thèmes de l'«imaginaire économique de la différence», qui seront repris dans les traités d'économie politique au cours du siècle des Lumières. Cet article porte sur la nature et l'importance de cette thématique, afin d'expliquer la réception particulière de ce traité en Espagne. Sont analysées en détail les ressemblances et les divergences de l'*Essai* avec ses deux versions espagnoles, réalisées en 1743 par T. V. de Argumosa et en 1786 par L. Normante. Il en ressort que les Espagnols ont lu le traité de Melon d'une manière nettement conservatrice, en fonction d'une dialectique «pays riches/pays pauvres», afin d'en tirer des leçons susceptibles de leur inspirer de nouvelles politiques économiques destinées à faire sortir leur pays de sa situation de pauvreté et de dépendance commerciale.

MOTS-CLÉS : Lumières, Espagne, XVIII^e siècle, économie politique, commerce, circulation internationale des idées économiques, traduction, Jean-François Melon ■

J.-F. Melon's *Essai politique sur le commerce* (1734) was a crucial work in the context of the European 18th Century. Amongst its outstanding and remarkable characteristics, the *Essai* embraces some of the main topics of the 'economic imaginary of otherness' which were used in the treatises on Political Economy during the Age of Enlightenment. This article inquires into the nature of such topics and their transcendence in order to explain the noticeable reception of the treatise in Spain during the 18th Century. The article analyses in detail the similitudes and divergences between the original French *Essai* and its Spanish versions by T. V. de Argumosa (1743) and L. Normante (1786). The article demonstrates that Argumosa and Normante made a conservative read of the *Essai* as they tried to interpret it in terms of 'rich countries-poor countries' dialectics in order to inspire new policies to remove poorness and commercial dependency from Spain.

KEYWORDS : Enlightenment, Spain, 18th century, political economy, trade, international circulation of the economic ideas, translation, Jean-François Melon ■

2. OECONOMIA y “COMERCIO” EN LA VERSIÓN ESPAÑOLA DEL JOURNAL OECONOMIQUE: LOS DISCURSOS MERCURIALES (1752-1756) DE GRAEF

1. Introducción.

En 1 de octubre de 1752 vio la luz el primer número de los *Discursos Mercuriales* (DM) de Juan Enrique Graef. Como ha sido estudiado con detalle¹, esta publicación periódica ocupa un lugar eminente en la historia del periodismo español debido a su incuestionable carácter pionero, que alcanzó las cuestiones tanto formales como de contenido². Incardinado en pleno reinado de Fernando VI (1746-1759), el periódico de Graef representó un avance muy significativo en la creación de una prensa relativamente autónoma, moderadamente crítica y abierta a un “público” interesado en los asuntos “políticos”. Además, como motivo adicional, fue el primero en la historia del periodismo español cuya cabecera incluía una alusión explícita a la Economía Política: vio la luz inicialmente en 1752 como *Discursos mercuriales económico-políticos*, si bien su título definitivo quedó acuñado tres años después como *Discursos Mercuriales. Memorias sobre la agricultura, marina, comercio, y artes liberales, y mecánicas*. Por este motivo, constituyó sin duda el punto de inicio de esa prensa económica que tendrá un lento —pero irreversible— despertar en la España de la segunda mitad del siglo XVIII y que será elogiosamente señalada por Campomanes, dos décadas después, como un instrumento esencial de la política ilustrada³. Todo ello invita al análisis de un aspecto relativamente postergado al día de hoy del plural y variado contenido que reunieron los DM. Se trata precisamente del pensamiento de naturaleza económica que se difundió en sus páginas, lo cual puede ayudar a evaluar su papel en el

¹ Aludimos a los trabajos pioneros y muy acertados de Francisco Sánchez-Blanco: “Introducción” a los *Discursos Mercuriales económico-políticos (1752-1756)*, Sevilla, 1996, pp. 19-76; “Los *Discursos Mercuriales (1752-1756)* de Juan Enrique Graef”, *Estudios de Historia Social*, 1990, 52-53, pp. 477-489. El epígrafe segundo de este trabajo es especialmente deudor de estas investigaciones.

² Cuestión reconocida ya por Juan Sempere, *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores de Carlos III*, Madrid, Imprenta Real, 1786, vol. III, p. 85; vid. asimismo, entre otros, Paul-J. Guinard, *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*, Paris, 1973; María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España. Vol. 1. Los orígenes. El Siglo XVIII*, Madrid, Alianza, 1983; Inmaculada Urzainqui, “Un nuevo instrumento cultural: la prensa periódica”, en Joaquín Álvarez Barrientos, Inmaculada Urzainqui y François Lopez (eds.), *La república de las letras en la España del Siglo XVIII*, Madrid, 1995, pp. 125-216; Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastián, *Historia del periodismo español*, Madrid, 1997.

³ “Las gacetas de comercio, los diarios económicos, y otras obras periódicas de esta naturaleza, son los escritos que han ilustrado a nuestros vecinos. Este mismo efecto producirán en España, luego que se haga de moda en los estrados su lectura y cálculo, en lugar de las bagatelas que suelen tratarse en ellos”. *Apéndice a la Educación Popular*, vol. I, Madrid, Antonio de Sancha, 1775, p. XXII.

proceso de emergencia que conoció la incipiente ciencia de la Economía Política en la España de la Ilustración.

2. Graef y sus *Discursos Mercuriales* (1752-1756).

Las escasas noticias que disponemos del periodista Juan Enrique Graef (o Greef) refieren que era de origen flamenco y que fue uno de tantos técnicos extranjeros reclutados durante el gobierno del marqués de Ensenada para estimular la modernización de la economía española. Antes de recalar en España, Graef había estudiado náutica en Le Havre de Grâce (Francia) y había viajado por diferentes países europeos. No obstante, la llamada de Ensenada pudo deberse a sus competencias en el fomento económico, probablemente en la labranza y la manufactura del lino. En 1744 se hallaba en Galicia colaborando con Gerónimo de Uztáriz en el cultivo de este material⁴. Esta cuestión pone de relieve que la política de Ensenada de captación de técnicos extranjeros supuso transferencias culturales en el ámbito no sólo científico-técnico sino también económico⁵. De hecho, Graef se autoproclamaba profesor de la “teórica del comercio”, expresión con la que parecía aludir, no tanto a una formación reglada, cuanto al cultivo personal de una “propensión hacia el comercio” a través de “la continua lectura, diferentes países que he visto y el trato con todo género de personas”⁶. Una vez asentado en España, este “extranjero de nacimiento, aunque no de inclinación, ni quizá de ascendencia”⁷, pudo recorrer diversos lugares de la península; no obstante, en los años cincuenta se hallaba asentado en Madrid. Allí intervino en algunas polémicas surgidas entre los comerciantes de la capital, así como en el seno de instituciones de nuevo cuño, como la Academia de San Fernando (1752), al tiempo que daba vida a sus DM. Estos conocieron dos etapas: tras sus dos primeros números, publicados en octubre de 1752, la publicación se reanudaría casi tres años después, en octubre de 1755, permaneciendo vigente durante diez meses.

⁴ *Discursos mercuriales* (DM), n. VIII, 14 de enero de 1756, “Continuación sobre el cultivo del lino”, pp. 81 y ss.

⁵ Casos cercanos a Graef son los del ingeniero francés Carlos Le-Maur, traductor en 1765 de los *Elemens du commerce* de Forbonnais, y el irlandés Bernardo Ward, autor del *Proyecto Económico* (c. 1762).

⁶ DM, n. I, 1 de octubre de 1752, pár. LI

⁷ DM, n. I, 1 de octubre de 1752, pár. LI.

Esta titubeante, a la vez que exigua, trayectoria de los DM de Graef hay que relacionarla con la carrera política de Zenón Somodevilla, marqués de Ensenada: a él estaban dedicados y él fue con toda probabilidad su instigador. Los DM fueron publicados durante el período en que el Marqués, en su condición de Secretario de Hacienda, Guerra, Marina e Indias (1748-1754), era, junto a Carvajal, el hombre fuerte del gobierno de Fernando VI, de tal forma que “pudieron constituir el órgano portavoz y difusor de la política del ministro”⁸. Así lo deja entrever una minuciosa *Magna Representación* que, a modo de programa de gobierno, Ensenada elevó a Fernando VI en noviembre de 1751. El desarrollo de sus reformas exigía moldear de alguna manera la “opinión”, más aún teniendo presentes las resistencias —a la postre insalvables— que estaba encontrando entre la nobleza y el clero la implantación del catastro castellano y la “contribución única”, una vez promulgado el emblemático Decreto de 10 de octubre de 1749. La sombra de Ensenada planeaba aún con una mayor verosimilitud en la suspensión definitiva de los DM. Una vez depuesto el ministro en julio de 1754, esa publicación persistió como una especie de canal de expresión de los sectores “*ensenadistas*”: en su último número, de julio de 1756, proseguían las loas al catastro y a otras reformas de Ensenada. Cuatro meses después Ricardo Wall, nuevo Ministro de Indias, invalidaba de forma definitiva la licencia de impresión de Graef, con toda probabilidad, para acallar cualquier oposición a la política del segundo equipo de Fernando VI. Además, para ese momento la coyuntura internacional había cambiado inapelablemente: abierto el frente europeo de la Guerra de los Siete Años, Graef era partidario de prolongar la política de neutralidad cimentada por Ensenada.

En su vertiente de servicio al “público”, el diario de Graef no fue un periódico oficial al uso, como la *Gaceta de Madrid* o el *Mercurio Histórico y Político*; más bien, exploró fórmulas novedosas en la España de su tiempo, extraídas de espacios culturales más desarrollados. Graef desafiaba la tradicional clandestinidad de los arcanos del poder. Frente a quienes pudieran imputarle el “delito de profanador de los misterios del gobierno”⁹ —o incluso de “sacrílego político”—, él exhibía las ventajas de airear las materias político-económicas, incluso contando para ello con

⁸ Sánchez Blanco, “Introducción”, p. 58. Sobre Ensenada, véase José Luis Gómez Urdáñez, *El proyecto reformista del marqués de Ensenada*, Lérida, 1996; y sobre Carvajal, José Miguel Delgado Barrado, *El proyecto político de Carvajal*, Madrid, CSIC, 2001.

⁹ DM, n. I, 13 de septiembre, “Al Excmo. Señor Marqués de la Ensenada”. Ese mismo espíritu iluminaba los periódicos de Rousset de Missy a los que se alude después; vid., *Le magazin, des événements de toutes sortes, passez, présente, et futurs*, vol. I, n. I, 6 de agosto de 1742, p. 1, concebido bajo la máxima “*post tenebras lux*”.

colaboradores externos o abriendo su periódico a la dinámica de críticas y réplicas. Sus *Discursos* cimentaron así la emergencia de un nuevo espacio público, vertebrado alrededor de un “público” lector e instruido, que se interesara por esas materias “políticas” semi-clandestinas¹⁰. Entre ellas figuraban en primera fila las cuestiones relativas al “comercio”. Junto a la educación, la mejor manera de combatir los prejuicios sociales existentes contra éste era seguir el ejemplo británico de instigar la publicación de escritos “políticos”. Precisamente, dejando a un lado esos ministros “infelices” que “sospechaban en cada cláusula una censura pública de su poco ajustada conducta”¹¹, los principales beneficiarios de esos escritos habrían de ser las autoridades políticas: en realidad, éstas no podrían disponer de la información precisa para una adecuada acción de gobierno sin la ayuda de “hombres desinteresados” que “tengan libertad para poderles hablar y representar con desahogo y sin adulación”¹².

No obstante, los límites de este espacio tíbiamente autónomo y crítico con el poder político respecto a las nuevas materias del “comercio” eran también muy nítidos. La iniciativa de Graef se planteaba, a un lado, como una especie de cortafuego “patriótico” contra quienes, como Montesquieu, desde el extranjero, distorsionaban las virtudes indiscutibles del genio español, nunca “tan caprichoso ni extravagante” como lo describen los extranjeros”. En el otro se hallaba lógicamente la política de Ensenada. Graef daba muestras de conocerla muy bien, seguramente a través de canales reservados cercanos al ministro. Sus DM cuajaban así en un formato de naturaleza semi-pública; se convertían en “un objeto político, o como se dice comúnmente una razón de Estado”¹³, cuyo primer —pero no único— destinatario eran esas autoridades políticas y cortesanas ávidas de información veraz para así establecer unas políticas adecuadas para el fomento de todos los ramos del “comercio”: las enfermedades políticas “se originan de que no se conoce y que toda su salud depende de que se conozca”¹⁴. Graef salía en defensa del ingente empeño político que había supuesto el catastro castellano. También era

¹⁰ Jan-Henrik Witthaus, “Los *Discursos Mercuriales* de Juan-Enrique Graef. Acerca de la constitución de la esfera pública a mediados del siglo XVIII”, en Marieta Cantos (ed.), *Redes y espacios de opinión pública*, Cádiz, Universidad de Cádiz, 2006, pp. 51-65.

¹¹ DM, n. I, 13 de septiembre, “Al Excmo. Señor Marqués de la Ensenada”.

¹² DM, n. I, 13 de septiembre, p. 12.

¹³ DM, n. XVI, 9 de mayo de 1756, p. 754.

¹⁴ DM, n. I, 13 de septiembre, par. I.

muy elocuente su elogio a Boulainvilliers en su afán por convertir los intendentes franceses en los “instrumentos inmediatos” para resolver la “calamidad pública”¹⁵.

El problema del “comercio” ocupó desde su mismo inicio las páginas de los DM. Ahora bien, su tratamiento no se libró de las vicisitudes que atravesó su publicación. Como se ha advertido, su primera tirada, iniciada en octubre de 1752, se interrumpió tras sus dos primeros números¹⁶; en cambio, la segunda dio origen a la publicación propiamente dicha, en veinte fascículos, de periodicidad bimensual, editados entre el 1 de octubre de 1755 y el 21 de julio de 1756¹⁷. Dado que no se conocen con exactitud las razones de este doble arranque de los DM, cabe plantear la hipótesis, que se explora en estas líneas, de que ello se debió precisamente al tratamiento dispar que recibió el tema del “comercio”. Como se analizará con más detalle, la publicación se inauguró en septiembre de 1752 con un *Discurso Preliminar* de factura *iusnaturalista* notoriamente radical, que culminaba en una desaprobación, no sólo a los teólogos, sino principalmente a las autoridades políticas españolas en su obligación de liderar el ineludible viraje de la Monarquía española hacia la “política del comercio”. Es muy probable que este planteamiento no fuera bien acogido entre quienes, en el corazón de la política de la Corte, escrutaban los primeros contenidos de la novedosa publicación de Graef y que, por esa razón, ésta se interrumpió silenciosamente tras su segundo fascículo. Cuando tres años después, en octubre de 1755, se reanudó su segunda serie, el *Discurso Preliminar* que la abría era mucho más templado, además de más afín a la cultura política oficial. Pero, como resultado de este doble arranque, el contenido económico de la publicación de Graef mantuvo un desigual equilibrio entre, por un lado, la *oikonomía* y, por otro, la ciencia “teórica” y “política” del comercio.

3. El *Discurso Preliminar* de 1755.

La principal razón del tono templado y oficial que nutre el *Discurso Preliminar* de 1755 es que no fue redactado por Graef sino por una pluma anónima, sin duda muy

¹⁵ DM, n. XV, 5 de mayo, pp. 660-661. Ese espíritu no era muy diferente al de los escritos de Ward, la *Obra pía* (1750; Madrid, Imprenta Antonio Espinosa, 1787) y el *Proyecto económico* (c. 1762; Madrid, Joaquín Ibarra, 1779). En ambos se recomendaba la realización de un “mapa político” del reino para instrucción de los ministros.

¹⁶ Fechados el 1 y 15 de octubre. Graef había intentado sin éxito previamente que le fuera aprobado un proyecto editorial similar, presentado bajo el seudónimo de Joaquín de Fenerag. Sobre estos prolegómenos, vid. los trabajos mencionados de Sánchez Blanco.

¹⁷ Esos veinte números contenían alrededor de ciento diez noticias bajo la forma de memorias, discursos, cartas o réplicas; sin embargo, no incluyeron reseñas bibliográficas.

próxima a Ensenada. Su contenido aparecía adornado con referencias a autores muy bien acogidos en esos círculos cortesanos que eran los destinatarios naturales de la publicación de Graef: Fleury, Moreri, Bossuet, Dubos, las memorias de Trevoux y, por supuesto, Feijoo. Estas fuentes eran puestas al servicio de una extensa narración histórica destinada a tejer una defensa apologética de la nación española. El incuestionable subdesarrollo español no justificaba que, como corroboraban gran parte de esos autores, los extranjeros nos trataran como “godos y bárbaros cuya presunción y altivez es escándalo de la humanidad”¹⁸; en cambio, sí invitaba a indagar acerca de las causas de ese atraso. Y, en esa línea, para Graef, el problema principal radicaba en el escaso aprecio de los españoles hacia todas esas artes productivas que se identificaban bajo el emblema del “comercio”: la agricultura, la industria, la marina o el tráfico. Y esto era una consecuencia más de su desinterés por el conjunto de las ciencias y las artes útiles. Debido a ello, el *Discurso* de 1755 se presentaba impregnado a lo largo de todas sus páginas de la defensa de esa cultura científica, utilitaria y práctica que estaba extendiéndose con notable dinamismo por los círculos ilustrados europeos y que era urgente que arraigara en España. Ese trasfondo *baconiano* no era muy diferente del que Genovesi trataba de insuflar en el cercano Nápoles de *Carlo di Borbone* durante esos mismos años¹⁹. La vía para ello era tan simple como la emulación: se trataba sencillamente de “imitar la eficacia y el anhelo de los extranjeros en remediar los males”²⁰. Los instrumentos para ello estaban a la vista. El primero eran los propios DM, diseñados con el objetivo esencial de instigar entre los españoles el cultivo de las ciencias y las artes. A ello añadía Graef la conveniencia de promover una reforma de la universidad que expulsara de raíz de sus aulas la escolástica e integrara la nueva cultura científica. También se trataba de vincular España a esa densa red de academias y “sabias juntas y sociedades” que estaba extendiéndose en toda Europa, con sus novedosos métodos de sociabilidad, basados en la crítica y la discusión, sus cátedras científicas y sus originales mecanismos de emulación social, a través de premios y experiencias.

Identificado el abandono de las artes útiles como la causa principal del atraso español, Graef apuntaba a la nobleza como la principal responsable de que los españoles fueran —junto a los polacos— los últimos “mirones de la fortuna de los

¹⁸ DM, 1 de octubre de 1755, *Discurso Preliminar*, p. 6.

¹⁹ Se alude a su *Discorso sopra il vero fine delle lettere e delle scienze* (1754), en A. Genovesi, *Scritti*, ed. de Franco Venturi, Torino, Einaudi, 1962.

²⁰ DM, 1 de octubre de 1755, *Discurso Preliminar*, p. 31.

demás laboriosos europeos”²¹. La sociedad española se hallaba lastrada por un intolerable sentimiento de honor nobiliario. Y debido a esas incontables “aprehensiones” y “extravagancias” heredadas, la nobleza “quiere que vivamos en el abandono y en el ocio”. Así pues, el principal antídoto contra el secular retraso español era el estímulo de una nobleza activa, una vez más, por medio de una adecuada educación, que la implicara en el desarrollo de todas las artes, tanto las liberales como las mecánicas, incluido el comercio y la manufactura. Estas afirmaciones favorables a la “nobleza comerciante” se alienaban con los autores económicos más influyentes, desde Uztáriz y Zavala hasta Ulloa. Ahora bien, todo ello requería asimismo de una decidida política de protección pública de las artes útiles, tal y como venían haciendo los principales soberanos europeos. Ensenada era señalado veladamente como un ministro de altura continental en esas políticas públicas instigadoras de las artes productivas, incluido, en un lugar destacado, el comercio. Por tanto, todo había de resolverse en el marco de un proyecto político asimilado al Absolutismo Ilustrado que invitaba a hermanar los esfuerzos del soberano y la nobleza en torno a un programa nacional de rehabilitación de las artes útiles y que, debido a la naturaleza del gobierno, requería de esfuerzos adicionales. A diferencia del sistema monárquico, las repúblicas y Gran Bretaña favorecían la participación en los asuntos públicos, de ahí que sus constituciones y formas de gobierno incentivaran un mayor aprecio al desarrollo de las artes²².

4. La fuente principal de los *Discursos* de Graef: el *Journal Oeconomique*.

Una vez reanudados los DM en octubre de 1755, Graef pasó a ser con toda certeza el autor principal de las memorias publicadas en ellos de forma anónima, que constituyeron la gran mayoría, si bien hubo de contar para ello con la ayuda de una segunda mano, dado su “poco manejo” del castellano²³. Su trabajo fue esencialmente el de un traductor. Siempre inspirado por los efectos virtuosos de la emulación, Graef defendió combativamente la utilidad social de este trabajo en un país como España, paralizado por un atraso cultural secular²⁴. En 1752 aseguraba llevar “más de ocho años” juntando los materiales para su publicación, que, en el

²¹ DM, 1 de octubre de 1755, *Discurso Preliminar*, p. 31.

²² DM, 1 de octubre de 1755, *Discurso Preliminar*, pp. 44 y 48.

²³ DM, n XVI, 19 de mayo de 1756, p. 754

²⁴ Ocasionalmente, hubo de salir al paso de las críticas por la calidad de sus traducciones: DM, n. VII, 7 de enero, “Introducción para el año 1756”.

caso de la “teórica del comercio”, habían sido editados seis años antes²⁵. Ahora bien, estas afirmaciones no soportan un análisis elemental de las fuentes veladas de sus DM. Los materiales de los colaboradores externos y los extraídos de algunos periódicos franceses familiares en la España de ese tiempo —como las *Mémoires de Trévoux*— fueron una clara minoría respecto a los provenientes de un periódico mensual francés, el *Journal Oeconomique* (JOE, 1751-1767)²⁶.

El JOE fue un magnífico exponente de la intensa eclosión del pensamiento ilustrado en la Francia de los años cincuenta. Su principal hilo conductor, ya desde su primer número de enero de 1751, fue su orientación científica y utilitaria, siguiendo el surco del emblemático primer volumen de *l'Encyclopédie*, publicado unos meses antes. Es más que probable que en su diseño general los *Diarios* de Graef siguieran esencialmente el formato del JOE. Las similitudes entre ambas publicaciones no eran pocas: su naturaleza semipública²⁷; sus características formales²⁸; la misma condición multidisciplinar en cuanto a sus contenidos, que abarcaron desde las bellas letras o la geografía política hasta la ingeniería o las ciencias naturales; y, por último, un similar trasfondo *baconiano*. No sólo la detallada descripción del plan de contenidos de los DM seguía a la del JOE²⁹, sino que buena parte de sus memorias, incluidas las consideradas más originales³⁰,

²⁵ DM, 1 de octubre de 1755, *Discurso Preliminar*, pár. LI y LII.

²⁶ Sobre el JOE, vid. J. Sgard (éd.), *Dictionnaire des journaux: 1660-1789*, Paris y Oxford, Universitäts- und Landesbibliothek Bonn, 1991; Gilles Feyel, *L'Annonce et la nouvelle. La presse d'information en France sous l'Ancien Régime (1630-1788)*, Oxford, Voltaire Foundation, 2000.

²⁷ Aunque atribuido tradicionalmente a la iniciativa del librero lionés Antoine Boudet (1715-1787), el JOE fue editado bajo la *Secrétariat d'Etat à la Maison du Roi*, dirigida por el Comte de Saint-Florentin; vid. Arnaud Orain, “Le *Journal Oeconomique*, le cercle de Gournay et le pouvoir monarchique: quelques preuves matérielles d'un lien organique”, *Dix-Huitième Siècle*, 2013, 45, pp. 567 y ss.

²⁸ En cuestiones como la apertura a colaboradores externos o la recurrente traducción de memorias extranjeras y noticias de academias científicas. Pero el periódico español no publicó informaciones oficiales (decretos, etc.) ni destinadas a comerciantes (precios, etc.). Tampoco presentó una subdivisión en apartados, como sucedió en el JOE con su inicial clasificación en agricultura, ciencias y artes, y comercio.

²⁹ Cfr. DM, 1 de octubre de 1755, *Discurso Preliminar*, pp. 53 y ss.; *Journal œconomique ou Mémoires notes et avis sur les Arts, l'Agriculture, le Commerce et tout ce qui peut y avoir rapport, ainsi qu'à la conservation et à l'augmentation des biens de famille*, París, Antoine Boudet, vol. 1, enero 1751, pp. 5 y ss.

³⁰ El caso más significativo es el de los discursos sobre la polémica que despertó la memoria a la academia de Dijon sobre el progreso de las artes y las ciencias de Rousseau, una de las primeras huellas de la obra del ginebrino en el mundo hispánico; vid. J. R. Spell, *Rousseau in the Spanish World before 1833*, Texas, University of Texas Press, 1938, pp. 22-26.

fuieron extraídas de él y traducidas después para su inclusión en los DM. Así pues, tal y como denunciaron algunos periodistas coetáneos de Graef³¹, el JOE fue la fuente abrumadoramente mayoritaria de sus DM, de tal forma que estos pueden ser calificados como la versión española de esa emblemática empresa periodística francesa previa. Muestras manifiestas —y aún sin duda incompletas— de esta indiscutible deuda intelectual figuran en el cuadro adjunto.

<i>Discursos Mercuriales</i>		<i>Journal Oeconomique</i>
n. II, 15 octubre de 1755	<i>Sobre el amianto que se encuentra en algunas minas de Italia</i>	Junio de 1753, pp. 166 y ss.
n. II, 15 de octubre de 1755	Desagravio de las ciencias contra el atentado de la Academia de Dijon, premiando el Discurso del señor Rousseau. Discurso de Mr. Le Roy	Noviembre de 1751, pp. 108 y ss.
n. III, 4 de noviembre de 1755	Principios de economía, fundados sobre la ciencia natural y sobre la física	Enero de 1752, pp.
n. III, 4 de noviembre de 1755	Multiplicación y mejora del trigo por la mudanza del grano que se siembra	Enero de 1753, pp. 83 y ss.
n. III, 4 de noviembre de 1755	Cultivo del lino	Diciembre de 1752, pp. 25 y ss.
n. V, 3 de diciembre de 1755	Cuestión sobre si es lícito y conveniente que asegure una nación los navíos y efectos de otras naciones con quienes estuviere en guerra	Junio de 1755
n. VI, 17 de diciembre de 1755	Minas de oro de los holandeses	Diciembre de 1751, pp. 148 y ss.
n. VI, 17 de diciembre de 1755	Discurso que empató los votos de la Academia de Dijon para el premio del año 1750, en que se examina si el establecimiento de las ciencias y artes ha contribuido a mejorar las costumbres	Enero de 1752, pp. 101 y ss.
n. VIII, 14 de enero de 1756	Comercio de Génova	Mayo de 1751, pp. 95 y ss.
n. VIII, 14 de enero de 1756	Continuación sobre el cultivo del lino	Diciembre de 1752, pp. 25 y ss.
n. VIII, 14 de enero de 1756	Continuación de la cuestión sobre los seguro desde el n. V	Junio de 1755
n. IX, 4 de febrero de 1756	Respuesta al Discurso I, del n. VI sobre la <i>Disertación</i> de Rousseau	Noviembre de 1751, pp. 108 y ss.
n. X, 18 de febrero de 1756	Continuación de las minas de oro de los holandeses, desde el n. VI	Diciembre de 1751, pp. 148 y ss.
n. XI, 3 de marzo de 1756	Discurso sobre La Luisiana por el señor le Page du Prats	Septiembre de 1751, pp. 128 y ss.; Octubre de 1751, pp. 134 y ss.; Diciembre de 1751, pp. 113 y ss.; Marzo de 1752, pp. 138 y

³¹ Mariano Nifo, *Correo general histórico, literario económico de la Europa* (Madrid, 1763, 2 vol.), vol. II, p. 218. Citado por Luis Miguel Enciso, *Nipho y el periodismo español del siglo XVIII*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1956, p. 306. Tanto él como Araus (Saura) harán uso del JOE en sus empresas periodísticas posteriores.

		ss.; Septiembre de 1752, pp. 145 y ss.; Noviembre de 1752, pp. 145 y ss.; Diciembre de 1752, pp. 119 y ss.
n. XI, 3 de marzo de 1756	Descripción geográfica de aquel país [La Luisiana]	<i>Ibidem</i>
n. XI, 3 de marzo de 1756	Examen sobre las materias que pueden servir para fabricar papel hecho, por M. Guettard de la Academia de las Ciencias de París, médico del serenísimo Duque de Orleans	Julio de 1751, pp. 76 y ss.; Agosto de 1751, pp. 102 y ss.
n. XI, 3 de marzo de 1756	Cuestiones mineralógicas, con un ensayo para resolverlas, por el señor Zimmerman	Junio de 1751, pp. 27 y ss.
n. XI, 3 de marzo de 1756	Observación sobre los topacios de Brasil, por Monsieur de Guettard, médico del Señor Duque de Orleans y miembro de la Real Academia de las Ciencias de París	Octubre de 1751, pp. 100 y ss.
n. XI, 3 de marzo de 1756	Origen, elección, estado y gobierno del banco y cambio establecido en Viena de Austria	Febrero de 1752, pp. 161 y ss.
n. XI, 3 de marzo de 1756	Extracto de una carta escrita por un profesor de Suecia sobre el estado de la Historia Natural	Febrero de 1754, pp. 146 y ss.
n. XI, 3 de marzo de 1756	Secreto para reverdecer un cerezo casi seco, por el señor Merret	Julio de 1753, pp. 168 y ss.
n. XII, 17 de marzo de 1756	Historia natural de La Luisiana	Septiembre de 1751, pp. 128 y ss.; Octubre de 1751, pp. 134 y ss.; Diciembre de 1751, pp. 113 y ss.; Marzo de 1752, pp. 138 y ss.; Septiembre de 1752, pp. 145 y ss.; Noviembre de 1752, pp. 145 y ss.; Diciembre de 1752, pp. 119 y ss.
n. XII, 17 de marzo de 1756	Continuación del comercio de Génova, desde el n. VIII	Mayo de 1751, pp. 95 y ss.
n. XIII, 7 de abril de 1756	Descripción de la isla de Menorca	Agosto de 1754, pp. 159 y ss.
n. XV, 5 de mayo de 1756	Comercio de la Rusia	Desde Enero de 1751: <i>Mémoire sur le commerce de la Rusie</i>
n. XVI, 19 de mayo de 1756	Disertación sobre las colonias y posesiones de los ingleses en América en general	Desde marzo de 1754: <i>Vues politiques et économiques d'un voyageur en Amérique.</i> Desde mayo de 1755: <i>De l'Angleterre. Des colonies angloises.</i>
n. XVI, 19 de mayo de 1756	Última expedición que han hecho los americanos por el noroeste de América	Febrero de 1754, pp. 188 y ss.
n. XVIII, 16 de junio de 1756	Colonias y comercio de la Nueva Inglaterra	Desde marzo de 1754: <i>Vues politiques et économiques d'un voyageur en Amérique.</i> Desde mayo de 1755: <i>De l'Angleterre. Des colonies angloises.</i>

n. XX, 21 de julio de 1756	Continuación del comercio de la Rusia	Desde Enero de 1751: <i>Mémoire sur le commerce de la Russie</i>
----------------------------	---------------------------------------	--

5. La *Oeconomie* en los *Discursos Mercuriales* de Graef.

El contenido económico de los DM de Graef fue, en términos generales, dispar y heterogéneo, así como, en apariencia, carente de un plan preconcebido³². No obstante, si existe un *filo rosso* que lo califica es sin lugar a dudas la *oeconomie*. Esta cuestión alarga la sombra de influencia del JOE sobre el periódico de Graef. Debido a su interés por el fomento de la agricultura y el comercio, así como por difundir informaciones útiles para el comerciante, el JOE ha sido identificado como la publicación periódica francesa pionera de cuantas contribuyeron a la promoción de la emergente Economía Política, las cuales, en esa misma década de los años cincuenta, partiendo desde la *oeconomie*, se dilatarían hasta alcanzar primero la “*science du commerce*” y después la “*économie politique*” fisiócrata³³.

En el caso del JOE, ha sido bien explicado que su contenido económico basculó desde su primigenia adscripción a la *oeconomie* hasta integrar los debates propios de la “ciencia (política) del comercio”³⁴. Ello se debió a que en 1754 cayó en el ámbito de influencia del círculo de Vicent de Gournay. Fue en concreto el historiador y publicista económico Georges-Marie Butel-Dumont quien, tan solo un año después de iniciar su relación con este ubicuo intendente de comercio, aprovechó su labor como editor del JOE para escorar a éste hacia las posiciones de ese reputado círculo. De esta manera, tres años después de su arranque, el JOE comenzó a publicar resúmenes de los libros de Herbert, Plumard de Danguel o Duhamel de Monceau; inauguró una sección de “extractos de periódicos de Inglaterra” para la divulgación de los autores británicos preferidos por Gournay

³² En los DM fueron publicados discursos sobre economía jurídica (seguros, corsarios, correos o postas), banca, pesca o minas. La geografía económica se hallaba presente a través de noticias sobre diversos enclaves europeos (Génova, Rusia, Menorca o Leipzig) y coloniales (Luisiana, Nueva Escocia, Nueva Inglaterra y, más en general, el conjunto de las colonias británicas). Sus sugerencias acerca de la política de los hospicios ya habían sido adelantadas por Ward en su *Obra pía* (1750) y parecen tomadas de la traducción española de Gee, obra de Benito de Novoa, siguiendo la versión francesa de Jean-Baptiste de Secondat: *Consideraciones sobre el comercio*, Madrid, 1753, pp. 64 y ss., 110 y ss.

³³ Phillippe Steiner, “Les grandes revues économiques de langue française au XVIIIème siècle (1751-1776), en Luc Marco (ed.), *Les revues françaises d’économie politique XVIIIe-XIXe siècle*, París, L’Harmatan (pp. 33-78), pp. 35-37 y 46-52; y *La “science nouvelle” de l’économie politique*, París, PUF, 1998, pp. 13-14.

³⁴ Se sigue el análisis de Arnaud, “Le Journal Oeconomique”.

(Gee, Hume o Tucker); y se abrió a los debates teóricos sobre el comercio, adhiriéndose a sus teorías en materia de libertad de comercio de granos, de las artes y comercio y de fabricación de las telas pintadas.

En cualquier caso, en sus inicios, la *oeconomie* fue la “ciencia central” del JOE³⁵. Entendida en el sentido de gestión o administración, así como de gasto prudente, la *oeconomie* detentaba un lugar propio entre la “utilidad” de las ciencias y lo “agradable” de las bellas letras en el plan de contenidos de la publicación. En ese plan, formulado en enero de 1751, un desarrollo adecuado de la agricultura, las artes (liberales y mecánicas) y el comercio constituía el origen de las riquezas y las comodidades de la vida³⁶. Esta misma idea de que el dominio económico-político se ceñía a la esfera de la *oeconomie* estructuraba en gran medida los *Discursos* de Graef³⁷. Buena muestra de ello es que en uno de sus primeros números publicó una esclarecedora memoria sobre los “Principios de la Economía, fundados sobre la ciencia natural y sobre la física”³⁸. Aunque presentada como anónima y original, era debida al naturalista sueco Linneo y procedía del JOE en donde había desempeñado un papel central sobre otras memorias posteriores a la hora de elevar el discurso económico a un nivel de reflexión general.

En esta memoria Linneo abordaba las relaciones de la *oeconomie* con las ciencias naturales y la física; es decir, la administración de un dominio por medio de estas ciencias³⁹. La economía —o ciencia económica— era tratada en ella a la manera clásica, es decir, en palabras de Graef, como “ciencia que se vale de los elementos para enseñarnos el modo de disponer las cosas naturales. El

³⁵ Steiner, “Les grandes revues”, pp. 35-37.

³⁶ JOE, vol. I, enero 1751, p. 4.

³⁷ Los discursos que estructuran esta visión son: n. III, 4 de noviembre de 1755, “Principios de la Economía, fundados sobre la ciencia natural y sobre la física” (pp. 1-25); n. III, 4 noviembre de 1755, “Cultivo del lino” (pp. 45-62); n. IV, 17 de noviembre de 1755, “Tratado de la agricultura en general, de la naturaleza de los granos y de su conservación y gobierno” (pp. 1-24); n. V, 3 de diciembre de 1755, “Continuación sobre la agricultura y anatomía del grano y su vegetación” (pp. 19-35); n. VIII, 14 de enero de 1756, “Continuación sobre el cultivo del lino” (pp. 73-90) y “Principios de las labores del campo, huertas y jardines, para los doce meses del año” (pp. 139-159); n. XI, 3 de marzo de 1756, “Extracto de una carta escrita por un profesor de Suecia sobre el estado de la Historia Natural” (pp. 387-392); n. XIII, 7 de abril de 1756, “Examen de las tierras para la labranza” (pp. 489-507); n. XV, 5 de mayo de 1756, “Discurso sobre el modo de regar los campos y de mejorar las tierras” (p. 653-680); n. XVIII, 16 de junio de 1756, “Mejora del cultivo de las tierras” (pp. 945-966).

³⁸ DM, n. III, 4 de noviembre de 1755, p. 2.

³⁹ Steiner, “Les grandes revues”, p. 36.

conocimiento de las cosas naturales y de la potestad que tienen sobre ellas los elementos y la práctica de saber dirigir esta potestad a un determinado fin y objeto son los dos polos sobre que se mueve toda esta ciencia económica". De aquí se derivaba la gran afinidad de la economía con disciplinas como la agronomía, la botánica y otras similares. A través del respeto a los patrones científicos expuestos en ellas, y, más en particular, en la física y las ciencias naturales, se alcanzaría una mejor explotación de los recursos naturales, así como una mejor asociación entre la teoría y la práctica. La aspiración principal de esta visión económica era alcanzar una explotación eficiente de las tres ramas del reino natural —los metales, la agricultura y la ganadería—, las cuales se erigían en las tres ramas de la economía y daban sustento al poder de los Estados. Hasta tal punto Graef estrechaba la relación entre los dominios de la ciencia económica, de un lado, y de la física y las ciencias naturales, de otro, que sostenía que la "Historia Natural es la basa de la economía" y refería la existencia de una "Ciencia Natural Económica"⁴⁰.

Esta visión de la *oeconomie* se asentaba sobre un conjunto de ideas muy tradicionales. Partía del origen divino de las riquezas naturales, revalorizaba la visión práctica frente a la teórica —apostaba por la realización de experiencias siempre guiadas por "la antorcha de la física" o la "luz de la química"— y extendía su persuasión a través de las metáforas clásicas de la naturaleza como un cuerpo armónico o el comercio como un sistema circulatorio similar al de la sangre. En esas metáforas operaba de manera especial el símil entre la familia y el cuerpo del Estado —"los Estados y reinos son familias; la misma economía que sostiene a éstas sostiene a aquellas"⁴¹—, que se extendía a la equivalencia entre las finanzas públicas y las domésticas, o entre los padres de familia y unas autoridades políticas benefactoras y paternalistas. Todas las virtudes "económicas" propias del padre de familia lo eran también del hombre de Estado⁴²; esto es, la austeridad, la sobriedad, la prudencia o el rechazo del lujo, en coincidencia con la etimología del uso de la palabra "economía" como un "prudente ecónomo". De hecho, Graef dirigía sus DM a un agente que denominaba reiteradamente como el "sabio", "juicioso" o "prudente" "ecónomo" o "labrador". Éste debía gobernar su hacienda respetando los principios de esa "Ciencia Natural Económica" que se fundía con la física y las ciencias naturales⁴³, de ahí la conveniencia de promover la instrucción de esos

⁴⁰ DM, n. XI, 3 de marzo de 1756, p. 388.

⁴¹ DM, n. XV, 5 de mayo de 1756, pp. 660-661.

⁴² JOE, enero 1751, vol. I, pp. 6-7.

“ecónomos” en unas nuevas academias rurales y por medio de textos divulgativos, con una atención especial para la agricultura de los granos, que era señalada como uno de los ramos esenciales de la *oeconomie*.

En efecto, en los DM de Graef la *oeconomie* se proyectaba esencialmente sobre una economía de base agraria. Las memorias de la publicación dedicadas a la agricultura teórica y práctica eran sin duda las mayoritarias en la misma⁴⁴. Su *filo rosso* era el descontento por el olvido en que había caído la agricultura en España. Esto era especialmente grave dado que ésta era el sector económico que garantizaba el poder y la riqueza nacionales, sin duda alguna mejor que el comercio o la manufactura: frente a la pujanza de las repúblicas comerciales, operaba poderosamente el arquetipo de la agricultura china, de acuerdo con lo explicado por Jean-Baptiste Duhalde⁴⁵. Sin embargo, también en este terreno, en el periódico de Graef dominaba una visión conservadora. Sus DM eran opacos a la “nueva economía” anglo-francesa de Tull-Duhamel de Monceau, y ello a pesar de que ésta había encontrado su espacio en el JOE y de que, de manera más llamativa aún, en 1751 el *Traité* (1750) de Duhamel de Monceau había sido traducido al español⁴⁶. Lejos de todo ello, las fuentes de la *oeconomie* agraria de Graef eran los tratados de agronomía provenientes del acervo geopónico, tanto español como francés. La mejor expresión de ello se encuentra en una extenso e inacabado discurso, publicado entre enero y julio de 1756, cuya fuente central era el agrónomo castellano del siglo XVI Alonso de Herrera. Mientras, aunque los DM aludieran a diversos “filósofos naturalistas” franceses, como Buffon, Linneo o Reaumur y trataran de rehabilitar la tradición española asentada por Feijoo, su adscripción se hallaba más cerca de los tratados enciclopédicos franceses de agricultura tradicional, en concreto, los de Vallemont, Liger o Pluche, de los cuales ya circulaban traducciones españolas⁴⁷. El tratado de este último filósofo

⁴³ DM, n. III, 4 de noviembre de 1755, p. 21.

⁴⁴ Alrededor de un treinta por ciento de los discursos eran de tema agrario, bien reflexiones sobre la economía agropecuaria y sus principios (14 discursos) o bien experiencias y normas prácticas para la promoción de materias primas, frutales, árboles o animales domésticos. Esa cantidad alcanzaría alrededor del cuarenta por ciento si agregáramos las noticias sobre otras ciencias y artes fronterizas, como las ciencias naturales, la botánica, la minería o la pesca.

⁴⁵ DM, n. VIII, 14 de enero de 1756, pp. 73-4.

⁴⁶ *Tratado del cultivo de granos*, Madrid, José Ortega, 1751. La versión, realizada bajo la instigación de Campomanes, incluía la traducción del árabe de dos capítulos del tratado de agricultura de Abu Zacharia. La auténtica difusión en España de la “nueva agricultura” de Duhamel, Dupuy-D’Emportes, Patullo, etc. se iniciará a partir de 1763.

⁴⁷ Sobre las traducciones españolas de Louis Liger (1728), Pierre Lorrain de Vallemont (1735; 2ª ed. 1786) y Noël-Antoine Pluche (1753-1755), vid. E. Lluch y Ll. Argemí, *La fisiocracia en España*,

jansenista constituyó un asidero continuo de los DM de Graef. Esta cuestión vuelve a poner de relieve su perfecta inserción en la cultura política de su tiempo: entre 1753 y 1755 Esteban de Terreros dio a la luz una versión completa del extenso tratado de historia natural de Pluche⁴⁸, la cual constituyó una de las traducciones más importantes de la España de los años cincuenta⁴⁹.

Aunque esencialmente influidos por el JOE, en cambio, los DM de Graef no interiorizaron el giro que supuso su caída en el ámbito de influencia de Gournay. Un ejemplo muy ilustrativo de ello se encuentra en la espinosa cuestión del comercio de granos. En enero de 1756 Graef anunciaba la publicación de un discurso dedicado al almacenamiento de los granos y su comercio, incluyendo una reflexión sobre los medios para evitar las carestías y una posición crítica sobre su libre exportación⁵⁰. El planteamiento apuntaba hacia el *Essai* de Herbert, ya reseñado para esa fecha en el JOE. Sin embargo, ese discurso quedó inacabado — no pasó de ser uno más sobre agricultura práctica— y, al volver sobre este tema meses después, Graef mostraba su oposición a organizar el comercio de granos por medio de almacenes privados, pues, en su opinión, ello reduciría los precios y arruinaría al labrador⁵¹. Así pues, la liberalización del comercio suponía un peligro para la *oeconomie* del “prudente agrónomo”. De esta manera, aparentemente, los *Discursos* de Graef no interiorizaron el giro del JOE hacia la “ciencia (política) del comercio” en la versión del círculo de Gournay, ni el énfasis de éste en comenzar a combinar la “protección” con la “libertad”. Y ello a pesar de que en esas mismas fechas habían comenzado a circular en España las primeras traducciones de Herbert y Plumard de Danguel⁵². Todo ello era reflejo de la persistencia de un

Valencia, Alfonso el Magnánimo, 1985. Para situarlas en el seno de la historia agronómica francesa, vid. André Bourde, *Agronomie et agronomes en France au XVIIIème siècle*, Paris, SEVPEN, 1967, 3 vol.

⁴⁸ *Espectáculo de la Naturaleza, o conversaciones acerca de las particularidades de la Historia Natural*, Madrid, Gabriel Ramírez, 1753-1755, 16 vol.; se reeditarán en 1755-1758, 1771-1773 y 1785. El jesuita Terreros era profesor de matemáticas en el Real Seminario de Nobles de Madrid. En su “Prólogo del traductor” (vol. I, 1753, sin paginar), además de detallar las dificultades técnicas de la traducción, acentuaba el sentido profundamente conservador del libro de Pluche. Tenía como acompañante el *Telémaco* (1699) de Fenelon, que en 1758 conoció su quinta traducción española.

⁴⁹ Para un panorama general que, sin embargo, apenas se detiene en las versiones de Economía Política, vid. Françoise Étiennevire, “Traducción y renovación cultural a mediados del siglo XVIII en España”, en Pablo Fernández Albaladejo (ed.), *Fénix de España*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 93-117.

⁵⁰ DM, n. n. IV, 17 de noviembre, p. 3.

⁵¹ DM, n. XV, 5 de mayo, pp. 657-658.

agrarismo conservador, de raíz religiosa y aristocrática, y ajeno a las bondades que el comercio podía ejercer sobre el sistema agrario. Ninguna alusión a la libertad de comercio, una de las marcas de identidad del círculo de Gournay, podía hallarse en los DM de Graef.

6. De la *oiconomie* a la “ciencia del comercio”: el *Discurso sobre el comercio en general* (1755-1756).

En el segundo número de noviembre de 1755, Graef iniciaba la publicación de un nuevo discurso: el *Discurso —o Tratado— sobre el comercio en general*⁵³. Éste fue el más extenso de todo su periódico: no solo conocerá tres entregas adicionales, sino que su lectura debe realizarse en conjunción con el *Discurso Preliminar* de 1752⁵⁴, del cual fue una indiscutible prolongación.

Estos dos discursos parecían nutrirse de dos fuentes principales. La primera eran las reflexiones acerca de la ciencia “política” del comercio promovidas en Francia por el grupo de Gournay. No obstante, su canal de transmisión no era en este caso el JOE durante la etapa en que fue dirigido por Butel Dumont cuanto los escritos económicos del discípulo más conspicuo de Gournay François Véron de Forbonnais, en particular, su singular traducción de los artículos del inglés Charles King⁵⁵, bajo el título de *Le Négociant Anglois* (1753)⁵⁶. La segunda fuente era Jean

⁵² Francisco de la Quintana, *Dos discursos sobre el gobierno de los granos, y cultivo de las tierras*, Madrid, Francisco Xavier García, 1755. El ejemplar reunía las traducciones de la primera (y muy reducida) versión del *Essai* (Londres, 1753) de Herbert y el capítulo de la obra de Plumard sobre la agricultura británica (*Remarques sur les avantages et les desavantages de la France et de la Gr. Bretagne*, Leude, 1754). Hubo de estar inspirado en una edición posterior de este segundo (Dresde, 1754), dado que incorporó la de Herbert. Las versiones tenían un sentido más bien instrumental, dado que fueron concebidas en apoyo de la reforma agraria de 1756-1757, que supuso la liberalización del comercio interior y una moderada apertura del exterior. No obstante, Graef, a pesar de estar en contacto con la publicística del grupo de Gournay, se mantiene en un nivel especulativo que no da entrada al reformismo económico propio de ese grupo, presidido por las ideas del libre comercio y la libre competencia.

⁵³ DM, n. IV, 17 de noviembre de 1755, pp. 25-78; n. IX, 4 de febrero de 1756, pp. 176-202; n. XIV, 21 de abril, pp. 617-632; n. XX, 21 de julio, pp. 1104-1117. El *Discurso* quedó inacabado.

⁵⁴ DM., n. I, 13 de septiembre de 1752, *Discurso preliminar. Exposición de la respuesta del Oráculo délfico sobre la Monarquía de España*.

⁵⁵ Se alude a *Le négociant anglois, ou traduction libre Du livre intitulé: The British Merchant, contenant divers Mémoires sur le Commerce de l'Angleterre avec la France, le Portugal et l'Espagne*, Dresde, 1753, 2 vol. Se trató de una traducción parcial de *The Bristish Merchant*, un conjunto de artículos recopilados por Charles King y publicados entre 1713 y 1714 en el periódico con ese mismo título. Una selección de los mismos fue editada en 1721 como un único volumen. Estos artículos se inscribían en la fuerte polémica que había despertado el tratado comercial de Utrecht y las supuestas ventajas que Francia obtendría del mismo en su comercio con Gran Bretaña. Mientras en *The Mercator* se reunieron las tesis más favorables al libre cambio, King recopiló las de los

Rousset de Missy⁵⁷. De la extensísima obra de este periodista e historiador francés, asentado por razones religiosas en los Países Bajos y Bélgica, Graef parecía ser especialmente deudor de los periódicos que Rossuet comenzó a publicar en Ámsterdam en 1741 bajo el título de *Magazin des événements de toutes sortes, passés, présents et futurs*, prolongados con otros títulos diferentes a lo largo de los años cuarenta. Su deuda principal parecía proceder de las dos series publicadas tras la Paz de Aquisgrán (1748) bajo el título de *Le Vrai patriote hollandais* (1748-1750, 6 vol.) y *L'Épilogueur moderne* (1750-1755, 16 vol.).

La significación del “comercio”, siguiendo ahora un enfoque diferente que la *oikonomia*, era el núcleo central de los dos *Discursos* de Graef. Su análisis entroncaba con el Derecho Natural y de Gentes, la tradición jurídica abierta por Grotius con la que alguien como Graef, procedente de los Países Bajos, hubo sin duda de hallarse familiarizado⁵⁸. En el *Discurso Preliminar* de 1752 éste explicaba

partidarios, Gee entre ellos, de favorecer el desarrollo de la manufactura británica por medio del sistema aduanero proteccionista y el logro de una balanza de pagos positiva. Forbonnais entendía que este libro recogía las “sanas máximas del comercio” (*Le négociant anglois*, vol. I, p. xxvi).

⁵⁶ Una interpretación de la traducción de Forbonnais, considerada el primer paso de este autor en exponer su método epistemológico, su rechazo a establecer un Acta de Navegación, su proyecto de “monarquía comercial” y su manera de interpretar las relaciones interestatales, figura en Antonella Alimento, “Beyond the Treaty of Utrecht: Véron de Forbonnais’ French Translation of the British Merchant (1753)”, *History of European Ideas*, 40-8, 2014, pp. 1044-1066.

⁵⁷ Rousset (1686-1762) era un hugonote exiliado en Holanda entre 1704 y 1749, año en que hubo de abandonar este país debido a su participación en la revolución de 1747-1748. Se trasladó entonces a Bruselas, donde vivió de su pluma y de los servicios prestados a Cobenzl y al gobierno austríaco de los Países Bajos. Aunque en esos años mantuvo contactos con el *Journal Oeconomique* no llegó a colaborar en él. En cambio, su actividad publicista y política en los Países Bajos fue muy intensa y, en parte, incardinada en la tradición de los *anglo-dutchs radicals* y los *radical english whigs*, como Tolland, Collins y otros librepensadores, republicanos y francmasones, como él mismo lo fue. Para comienzos de los años cincuenta Rousset se había convertido en un prolífico periodista e historiador, que había ayudado a difundir las obras de Barbeyrac o Mably, aunque éste fuese muy crítico con él. Sobre su perfil biográfico, pueden verse, sin ánimo de exhaustividad, Margaret C. Jacob, *Radical Enlightenment. The Origins of Freemasonry: facts and fictions*, University of Pennsylvania Press, 2006, pp. 62 y ss.; D. Gembicki, “Le journalisme à sensation : *L'Épilogueur moderne* (1750-1754) de Rousset de Missy”, en *Le Journalisme d'ancien régime*, Lyon, 1982, p. 241-255; Christiane Berkvens-Stevelinck, *Prosper Marchand La vie et l'oeuvre (1678-1756)*, Leiden, Universitaire Pers Leiden, 1987; Christiane Berkvens-Stevelinck y Jerom Vercruysse (ed.), *Le Métier de journaliste au XVIII^e siècle*, Oxford, Voltaire Foundation, SVEC 312, 1993. Y sobre su faceta periodística, Jean Sgard (ed.), *Dictionnaire des journalistes (1600-1789)* [<http://dictionnaire-journalistes.gazettes18e.fr/journaliste>], voz Jean Rousset de Missy; *Dictionnaire des journaux (1600-1789)* [<http://dictionnaire-journaux.gazettes18e.fr/journal>], en particular, voces, *Le vrai patriote hollandais* y *L'épilogueur moderne*. Rossuet no era totalmente desconocido en España dado que fue el editor entre 1724 y 1750 del *Mercure historique et politique* (La Haye, 1686-1782).

⁵⁸ Una década antes de Graef, Campillo ya había recomendado la inclusión del derecho natural y de gentes en el sistema de enseñanza, si bien siguiendo el libro, de tono moderado, de Heineccio: *España despierta* (1742), voz “letrados y leyes”.

que, una vez que todos los pueblos hubieran sustanciado su status político autónomo bajo la forma de reinos o estados, el derecho vigente, hasta entonces universal y común a todos ellos, encontró su cauce de organización en el *Jure Naturae et Gentium*, alusión precisa de Graef a la obra de Pufendorf, quien parece inspirarle. Su fin era “el mayor bien” y la “conveniencia de todos los individuos de un Estado”. Ello desbordaba la ciencia jurídica convencional. Ésta podía informar acerca del derecho positivo o la historia de las leyes, pero no alcanzaba a precisar el vínculo normativo de las leyes con el bien común. Mientras los “digestos y *pandectos* y sus comentadores” llegaban “*ad infinitum*”, los derechos naturales y de gentes enseñaban con claridad la senda para alcanzar la mayor utilidad del Estado y de sus individuos; por ello, “nos dan mejores luces para poder disfrutarla que las leyes civiles de los antiguos emperadores”⁵⁹.

En defensa de esa tradición jurídica, Graef no tenía ningún pudor en apelar a la autoridad de humanistas y *iusnaturalistas* como Lipsio, Klock, Grocio, Pufendorf o Schelius. Tampoco en ensalzar que, gracias a la implantación de esa tradición, el ubicuo papel de los teólogos había quedado restringido en el terreno de la política a ser simples consultores en materia de conciencia. Ese terreno había pasado a manos de juristas y letrados, en el ámbito civil y penal, y de canonistas, en el eclesiástico. Ahora bien, el problema de la política moderna era de orden diferente al de las viejas disputas entre los teólogos-políticos y los *juris*-políticos. De hecho, según Graef, ninguna de las tradiciones jurídicas propias del “estado teológico” o del “derecho de gentes” daba acceso a lo que denominaba intencionadamente la “política del comercio”. Desafortunadamente en España los asuntos propios de ésta seguían en manos de teólogos o juristas, pero en la práctica ni los unos ni los otros podían solventarlos: los primeros porque desbordaban el dominio de las Sagradas Escrituras y estos últimos debido a que carecían de conocimientos precisos para ello. Toda la argumentación de Graef desembocaba así en una desacreditación rotunda, no sólo de los teólogos, sino también de esos *juris*-políticos que dominaban las covachuelas del poder y que hubieron de ser sin duda los primeros lectores de sus DM y, quizás, en ese sentido, los más interesados en que se interrumpiera su publicación. El mensaje último de Graef era que no estaban capacitados para liderar el forzoso viraje de la Monarquía española hacia la “política del comercio”, para aceptar, en definitiva, que el comercio había pasado a ser el fundamento de la política moderna⁶⁰.

⁵⁹ DM, n. I, 13 de septiembre de 1752, *Discurso Preliminar*, párrafo XLIV.

En su posterior *Discurso sobre el comercio en general* Graef proseguía esta misma línea especulativa tratando de delinear lo que él denominaba la “filosofía del comercio” y de persuadir que éste era la única “medicina política” que podía sanar a la maltrecha Monarquía española. Su eje axial era ahora, con más claridad aún, el principio de la sociabilidad del comercio procedente de Puffendorf⁶¹. El comercio constituía un medio “suave, benéfico y glorioso” de apuntalar la sociedad política. En cuanto que actividad destinada a la creación y la apropiación de riquezas, suponía una “sociedad de hombres libres e independientes”, que disponían de libertad para tratar de buscar su propia riqueza a través del acuerdo común y recíproco. Ello suponía el derecho al goce pacífico de los bienes nacionales: las ideas del poder nacional —o de la Monarquía universal— basadas en la superioridad militar se hallaban ya obsoletas. También implicaba la negación de cualquier comunidad política de esclavos o regida por un tirano: ambas, al coartar la administración de las riquezas, eran irremediamente pobres. A diferencia de ello, el comercio era el mecanismo principal para atraer las riquezas, que, además de contribuir al bienestar, eran la base esencial y cierta de la opulencia y el poder del Estado. Había pasado a ser el instrumento esencial no sólo para dilatar ese poder, sino sencillamente para conservarlo. El comercio se erigía así en una actividad insoslayable para el logro del objetivo político de la felicidad pública, en suma, el vértice de lo que Graef denominaba la “verdadera política”. Y ello justificaba que, además de a los comerciantes, debía cautivar también a los hombres de Estado. Graef volvía a señalar a esos “pseudo políticos”, a esos “políticos de callejuela”, “arbitristas”, “plumistas” o “vanos políticos”, por desconocer las reglas más elementales del comercio. Su incompetencia lastraba la posibilidad de reformar la anquilosada Monarquía española integrando la gestión de este asunto clave en la política del Estado.

Graef, por vez primera en la Ilustración española, partía del reconocimiento —expuesto en 1752 y reiterado en 1755— de que el comercio se había convertido en una “ciencia” y, como, tal disponía de “sus propias reglas, axiomas y postulados”⁶².

⁶⁰ Este mismo sentido de que “el comercio debe tener la primer estimación entre la política moderna” resonaba en la obra de Huet, cuya traducción española, de 1717, fue reeditada en 1746; vid. el “Prólogo del autor”, sin paginar.

⁶¹ Vid. C. Larrère, *L’Invention de l’économie au XVIIIe siècle. Du droit naturel à la physiocratie*, París, PUF, 1992, cap. 1; Istvan Hont, *Jealousy of Trade*, Cambridge-Massachusetts-London, Cambridge University Press, 2005, pp. 159-184. Graef consideraba que ese principio era de mandato divino lo cual hace pensar que leyó a Puffendorf a través de Barbeyrac, su traductor francés: *Le droit de la nature et des gens*, Amsterdam, Henri Schelye, 1706, 2 vol.

Estos eran distintos a los de la teología o el derecho, por lo que no se podía acceder a ellos a través de estas disciplinas tradicionales: “ni el derecho natural ni el de gentes nos han dejado reglas para establecer manufacturas o marina”⁶³. Los asuntos de la “política mercantil” eran por tanto de otra jurisdicción, “diversa de la del Estado”⁶⁴; ahora bien, siempre sometida al gobierno de las leyes. Se trataba por tanto de una jurisdicción parcial que debía de anclarse entre la libertad y la soberanía⁶⁵. El comerciante debía de tener derecho a ser consultado en los asuntos propios de esa jurisdicción, a administrar sus propios tribunales o a elevar representaciones al legislador cuando estableciera medidas contrarias al comercio; pero todo ello siempre bajo el manto de las leyes generales y los preceptos de la autoridad política. El comercio no podía usurpar los privilegios de la autoridad legislativa; debía “dejarse gobernar”.

Respetar esta jerarquía resultaba particularmente obligado debido a que los intereses del comerciante privado y el Estado no tenían porqué ser coincidentes. En este análisis resuenan con fuerza las ideas de Forbonnais⁶⁶. Los intereses del comercio y el Estado eran inseparables, pero ambos poseían objetivos contradictorios, pudiendo ser el comercio útil para los negociantes y al mismo tiempo ruinoso para el Estado. De ahí la necesidad de crear una ciencia “política” del comercio que deslindara con claridad ambos ámbitos y estableciera la jerarquía de lo público frente a lo privado: el comercio debía hallar “protección” en el Estado⁶⁷, pero la “verdadera política” debía “atropellar por encima de los intereses particulares”⁶⁸. Su función era precisamente hermanar estos intereses con los públicos detectando aquellas actividades del negociante privado que

⁶² DM, n.4, IX, 4 de febrero de 1756, p. 191.

⁶³ DM, n. I, 13 de septiembre de 1752, *Discurso Preliminar*, párrafo XLVIII.

⁶⁴ DM, n. I, 13 de septiembre de 1752, *Discurso Preliminar*, párrafo XLVIII.

⁶⁵ Vid., por ejemplo, de J. Rousset de Missy, *Le vrai patriote hollandais*, vol. IV, n. XV, 17 marzo 1749, pp. 114 y ss., donde se defendía que los asuntos del comercio eran de una naturaleza totalmente diferente a los propios de la sociedad civil, por ello el comercio debía tener sus leyes y sus jueces particulares que no se aplicaran a otros ámbitos.

⁶⁶ *Le négociant anglois*, vol. I, p. 1.

⁶⁷ La idea de que los intereses del comercio se separan de los intereses políticos si no reciben de estos una protección eficaz figura en *The British Merchant*, vol. I, p. IV. Este resguardo incluía una defensa del proteccionismo arancelario, idea omnipresente en la obra de Gee, cuya versión francesa, realizada en 1749 por el hijo de Montesquieu, había sido traducida en España por Benito de Novoa: *Consideraciones sobre el comercio y la navegación de la Gran Bretaña: escritas en inglés por Mons. Joshua Gee*, Madrid, Imprenta de Juan de San Martín, 1753.

⁶⁸ DM, n. IV, 17 de noviembre de 1755, p. 68.

contrariaban el bien general. Ello suponía rechazar la identificación de los intereses públicos con los del real erario, es decir, por ejemplo, negar la posibilidad de establecer un nuevo impuesto o un privilegio exclusivo con el fin único de satisfacer los intereses de la hacienda o de un *arbitrista* codicioso. La culminación de esa “verdadera política” a la que apelaba Graef era la indisolubilidad de los intereses de la nación, la corona y el comercio. Negarse a reformar la idea común del interés mercantil era tanto como asumir la ruina del Estado.

Más aún si tenemos presente que Graef publicó sus DM en pleno debate europeo sobre el éxito militar y comercial de Gran Bretaña y las repúblicas comerciales y la oportunidad para las monarquías de aceptar ese reto. Ello implicaba una transmutación radical en el orden de las virtudes cívicas tradicionales en éstas. El nuevo patriotismo del comercio exigía no sólo abandonar la anacrónica división entre las artes liberales y mecánicas —incluido entre éstas el comercio al por menor—, sino aceptar con todas sus consecuencias el principio de que el comercio otorgaba nobleza. Distinguir a los comerciantes con los honores propios de la nobleza y los hombres más eminentes del Estado era lo que habían hecho naciones como Gran Bretaña o Holanda, donde eran tratados como héroes que, a costa de sus bienes, procuraban la felicidad del país. Era por tanto necesario proceder a una mutación de las virtudes clásicas que daban origen a la nobleza estimulando un nuevo patriotismo basado en las virtudes del comercio. Todo ello se hallaba en la senda de la propaganda a favor de la “nobleza comerciante” a manos de Gournay y su círculo, antes incluso de la publicación del conocido texto de Coyer. Además de sus ventajas económicas, el *doux commerce* ayudó a generalizar un conjunto de virtudes bien conocidas en España antes de que la palabra “comercio” se hiciera “desabrida e ingrata”, como la liberalidad o la caridad, necesarias para mantener activos los vínculos sociales.

Ahora bien, Graef era muy consciente de que en este terreno los problemas para España se multiplicaban en el caso de tratar de avanzar por el proyecto, bien armado, de una “Monarquía comerciante”. En el país no sólo operaba un erróneo y extendido sentido nobiliario que impedía dar honor y decoro al ejercicio del comercio, sino que imperaba el desinterés por la teoría del comercio, amén de los dificultades que oponía la tradición católica: en el país era “casi contradictorio el ser mercader y cristiano”⁶⁹. Y, a pesar de ello, Graef no desistía en declarar las bondades de la “política del comercio”. En realidad, entre todos quienes obedecían

⁶⁹ DM, n. IV, 17 de noviembre de 1755, p. 26.

las leyes políticas y se gobernaban por las reglas de la humana prudencia eran los comerciantes quienes mejor coadyuvaban a la propagación de la religión católica y ayudaban a sostener la Corona. Por eso España fue feliz cuando fue comerciante.

En cuanto al contenido de la “ciencia” del comercio, Graef reproducía los esquemas del derecho natural: fundía la universalidad de sus principios en el terreno de la política con la pluralidad de las leyes y las costumbres. En este terreno volvía a aflorar su deuda con Forbonnais. Aunque Graef utilizara un lenguaje de impronta *iusnaturalista*, con sus apelaciones a los axiomas, los postulados y las reglas geométricas, ello no velaba su certeza de que la ciencia del comercio debía adaptarse a los contextos particulares. Precisamente, su *Discurso* iba encabezado con la expresión del “comercio en general”. Parecía apuntar con ello al *Traité sur la nature du commerce en général* de Cantillon, publicado de forma anónima en París en 1755 por la iniciativa de Gournay. Ahora bien, en el *Discurso* de Graef no hay ninguna huella del mismo. Esa reveladora expresión parecía referida a la política global —en cuanto que no sectorial— del comercio de un país, de forma similar a como había sido utilizada por Forbonnais⁷⁰. De éste extrajo también las reglas que debían organizar las ramas teórica y práctica de esa nueva ciencia. Graef identificaba la primera con el estudio de las diferentes vías establecidas por las naciones para el gobierno de su comercio. Para ello era necesario alcanzar una noticia detallada y precisa de los ramos, las leyes y las circunstancias que afectaban a ese gobierno. La nueva ciencia no era, por tanto, muy diferente a ese estudio de los detalles particulares que reclamaba Forbonnais⁷¹, si bien, a diferencia de éste —y de Davenant— Graef no apelaba en ningún momento a la importancia de la rama cuantitativa de la Aritmética política como instrumento insoslayable para desarrollarla⁷². Por tanto, el reconocimiento de la existencia de una teórica del comercio no se sustentaba en un cuerpo de leyes abstractas y de aplicación universal, al modo como, de forma inminente, defenderán los fisiócratas⁷³.

⁷⁰ *Le négociant anglois*, vol. I, pp. 209 y ss.

⁷¹ *Le négociant anglois*, vol. I, pp. xxvii-xxviii, y pp. 1-2.

⁷² Forbonnais había introducido en *Le négociant anglois* una traducción del divulgativo ensayo sobre Aritmética política de Davenant, *Of the Use of Political Arithmetick* (1698).

⁷³ Hay que advertir que la publicación de los primeros escritos fisiócratas en *L'Encyclopédie*, debidos a Quesnay, coincidieron con el cierre del periódico de Graef.

En cambio, al igual que Forbonnais, Graef sostenía que, en cuanto que “nueva ciencia”, el comercio requería de una educación reglada. Al igual que era necesario formar al comerciante —Graef esbozaba en 1755 un plan de formación del “perfecto comerciante” que parecía inspirado en la tradición de Savary—, coincidía plenamente con el francés —y con Davenant— en la pionera recomendación en la España de la Ilustración de fomentar la educación en el comercio, también entre los estadistas y los altos funcionarios. Y apelaba a su autoridad para subrayar que incluso en la modélica Gran Bretaña la ciencia del comercio carecía aún de un sistema de educación reglado y generalizado. Graef apuntalaba así el tránsito desde Uztáriz a Forbonnais⁷⁴, y escribía un primer capítulo de la decisiva influencia que ejercerá la Economía Política de éste en la España de los años cincuenta y sesenta⁷⁵.

La trasposición que requería la aceptación del comercio como razón de Estado en una monarquía llevaba a Graef a valorar las bondades que ofrecían para ello las diferentes constituciones políticas. Una vez más se trataba de ensalzar la utilidad de interiorizar políticas que pudieran ser útiles para España. Graef partía de la constatación de que ésta era una economía subdesarrollada y dependiente, usurpada, tanto en la metrópoli como las colonias, por el poder económico de tres potencias extranjeras, Gran Bretaña, Francia y Holanda. Sus DM fueron sin duda una poderosa caja de resonancia de la inestable coyuntura política internacional en los que fueron concebidos y publicados, concretamente entre la paz de Aquisgrán y el inicio de la Guerra de los Siete Años. Es indudable, en este sentido, que Graef conocía a Montesquieu. Pero en su tratamiento de esta cuestión resonaban más bien los ecos de las publicaciones de Rossuet⁷⁶. Una vez que la paz de Aquisgrán le permitió evitar que sus periódicos fuesen un parte de guerra, los transformó en una poderosa caja de resonancia para la difusión del Derecho Natural y de Gentes, en particular, de autores como Grotius, Puffendorf o Barbeyrac, si bien también de Locke o Mably, así como de otros pensadores claves de la filosofía política

⁷⁴ Conviene recordar que la *Théorica* de Uztáriz había sido traducida al francés en 1753 por el propio Forbonnais, quien en su *Preface du traducteur* se extendía sobre ideas que Graef incorporará después a sus DM, como la ventaja del comercio sobre las conquistas (p. iii) o la idea de que España disfrutó durante su esplendor de los buenos principios del comercio (pp. vi-vii).

⁷⁵ Sobre la llegada a España de la obra de Forbonnais y la traducción por Le Maur en 1765 de sus *Éléments du commerce*, vid. J. Astigarraga, “Forbonnais and the Discovery of the “Science of Commerce” in Spain (1755-1765)”, *History of European Ideas*, vol. 40-8, 2014, pp. 1087-1107.

⁷⁶ En este tema, y siempre en discrepancia con Montesquieu, Graef parece actuar dialécticamente con Rousset; vid. *Le vrai patriote hollandais*, por ejemplo, vol. VI, 13 de octubre de 1749, pp. 36 y ss.; 27 de octubre de 1749, pp. 59 y ss.; 10 de noviembre de 1749, pp. 73 y ss.

holandesa, como Bayle. Rousset trató de aplicar esas ideas al nuevo contexto de la política europea. Los problemas de la soberanía civil, la división de poderes o las formas de gobierno eran tratados recurrentemente en sus periódicos, en los que Rousset defendía la alianza anglo-holandesa, repudiaba la monarquía francesa y mostraba sus preferencias hacia el sistema republicano holandés y en menor medida al sistema británico, que era tratado como un sistema mixto.

En los DM de Graef resuenan con especial énfasis las críticas a Francia por aspirar a convertirse en una monarquía universal. España era una víctima de ello, una vez que tras la llegada a trono de Felipe V los comerciantes franceses hubieran pasado a dominar su mercado manufacturero. El peligro más inminente ahora, ya detectado por Charles Davenant o William Wood, era que Francia se apropiara del comercio holandés⁷⁷; ello le llevaba a defender la alianza anglo-holandesa. Ahora bien, sus DM volvieron a editarse en 1755-1756, cuando ya se ha abierto la Guerra de los Siete años. Graef era muy consciente de que ésta no era debida ya a intereses puramente militares o políticos sino esencialmente “mercantiles”⁷⁸.

Graef trabajaba con una división de las formas de gobierno diferente a la de Montesquieu: rechazado el despotismo, aludía, además de a la monarquía, a otros tres sistemas, la democracia, la aristocracia y la oligarquía⁷⁹. Las ventajas no se encontraban ciertamente en el ámbito de la primera. Graef planeaba crudamente la posibilidad de que en ella los ministros y los consejos tuvieran intereses contrarios al bien común, lo cual echaba por tierra no sólo el derecho que tenían los pueblos a la protección del soberano, sino que marchitaba la pureza de los ministros, así como de esos arbitristas que les rodeaban y que utilizaban el título de bien público para sus fines particulares. En la monarquía no sólo los intereses de algunos particulares eran “demasiado distantes” de los del pueblo, sino que ese régimen planteaba dificultades adicionales para el ejercicio del comercio respecto a otros sistemas políticos. El mejor preparado para ejercerlo eran las repúblicas, que “por instituto y constitución” debían honrar y recompensar el comercio. Pero, a pesar de su más que discutible anglofilia, Graef elogiaba la constitución y forma del gobierno británico, desde la revolución, al dar entrada en su parlamento a la clase mercantil y a los debates sobre el comercio, así como al estimular la publicación de

⁷⁷ DM, n. IV, 17 de noviembre de 1755, p. 55 y ss., donde parecen resonar los ecos anti-franceses de Rousset; vid., por ejemplo, *Le vrai patriote Holandais*, vol. 1, 4 de diciembre de 1747, p. 7 y ss.

⁷⁸ DM, n. IV, 17 de noviembre de 1755, p. 63.

⁷⁹ DM, n. XIV, 21 de abril de 1755, pp. 206-207.

escritos sobre ese asunto: “A los escritos (...) de los autores ingleses y a las poderosísimas y desinteresadas resoluciones parlamentarias debe la Gran Bretaña la prosperidad y fuerza de sus colonias, la extensión del comercio”⁸⁰. Todo ello se puede inscribir en la enorme propaganda filo-británica del grupo de Gournay, con toda probabilidad a través de Plumard de Danguel, quien sostuvo que la superioridad del comercio inglés se debía a la dimensión republicana de su constitución y a que la nación entera, incluidos los comerciantes, participaban en la elaboración de las leyes⁸¹.

Por otra parte, la Guerra de los Siete Años había vuelto a situar la cuestión colonial en la primera fila del orden internacional. Graef identificaba la gestión del imperio como una de las causas principales de la decadencia económica española. Aunque no parecía conocer el libro de Forbonnais sobre las finanzas españolas, aludía, como él, al “mal gobierno” de los Austrias como desencadenante principal de la misma. Rechazaba los anacrónicos sistemas regulatorios de la gestión del imperio, incluido el monopolio de Cádiz⁸², dado que su resultado había sido que el control real del mismo había pasado a manos de los extranjeros a través de medios lícitos (comercio) e ilícitos (contrabando). No obstante, el elemento más original de sus DM es que representaron la primera vía de entrada en España a la propaganda que el núcleo de Gournay realizó del sistema colonial británico. Sus fuentes fueron *Le négociant anglois* y los amplios fragmentos de *De la Histoire et commerce des colonies angloises* (1755) de Butel Dumont-Forbonnais que fueron avanzados en el JOE y después traducidos y glosados extensamente en los DM⁸³. Graef defendía que las “colonias inglesas son los más firmes y seguros apoyos sobre que descansa el poder y la grandeza de la nación británica”⁸⁴. Pero no creía que pudieran ser un buen modelo para España. Sus críticas al sistema británico se

⁸⁰ DM, n. IV, 17 de noviembre de 1755, p. 60.

⁸¹ Sobre sus elogios a la nación “filósofa” de Gran Bretaña, vid. DM, n. IV, 17 de noviembre de 1755, pp. 58 y ss. Louis-Joseph Plumard de Danguel, *Remarques sur les avantages et les désavantages de la France et de la Grande Bretagne par rapport au commerce et aux autres sources de la puissance des états*, Leyde, 1754.

⁸² DM, n. IV, 17 de diciembre de 1755.

⁸³ Deben verse, en particular, los discursos n. IV, 17 de diciembre de 1755, pp. 41-61, sobre la Acadia o Nueva Escocia, traducción textual del cap. II, pp. 56 y ss., de *De la Histoire et commerce des colonies angloises dans l’Amérique septentrionale* (Londres, 1755), y n. XVI, 19 de mayo de 1756, pp. 752-771, en que glosa numerosas informaciones de ese mismo libro acerca de otras colonias británicas de la América septentrional. También otros textos sobre colonias británicas extraídos del JOE, como el dedicado a la Luisiana.

⁸⁴ DM, n. XVI, 19 de mayo de 1756, p. 765.

iniciaban en la diversidad de los gobiernos existentes en las colonias americanas, principalmente en las septentrionales, cuya consecuencia era el tratamiento desigual, en los planos político y comercial, entre súbditos de un mismo soberano. Continuaban, siguiendo a Davenant, por la rigidez tiránica, contraria a toda religión y derecho, con la que habían sido administradas por la metrópoli. Y finalizaban apreciando la escasa capacidad de ésta para sujetarlas a las reglas constitucionales y para evitar su previsible desagregación. La alternativa a la imposibilidad de mantener una unión amistosa y sujeta a las leyes de su patria era cortar esos “miembros gangrenados y podridos del cuerpo humano”. Ese “mal gobierno”, acerca del cual ya se habían hecho eco Davenant o Child y que desaconsejaba utilizarlo en España, alentaba la posibilidad de perder posiciones respecto al poder francés, en pleno período previo a la Guerra de Siete Años, que, sin embargo, terminará recomponiendo el equilibrio colonial en un sentido favorable a Gran Bretaña.

CAPÍTULO 3

LA “NUEVA POLÍTICA” DEL COMERCIO (1755-1765)

3.1. *Francisco Craywinkel, plagario de Richard Cantillon (1760-1763). Una “nueva política” para la Monarquía española (pp. 168-179).*

3.2. *Un nuevo sistema económico para la Monarquía española. Las “Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España” (1761) de Simón de Aragoirri (pp. 180-195).*

3.3. *Forbonnais and the Discovery of the Science of Commerce in Spain (1755-1765) (pp. 196-216).*

Francisco Craywinkel, plagiaro de Richard Cantillon (1760-1763)

Una «nueva política» para la Monarquía española

Jesús Astigarraga — Juan Zabalza

Universidad de Zaragoza — Universidad de Alicante

Introducción: el *Essai* de Cantillon

225

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, España fue testigo de la emergencia gradual en su esfera pública de la ciencia de la Economía Política. Esta cuestión tuvo su expresión en manifestaciones tan significativas como la fundación de sociedades económicas, cátedras de economía y órganos oficiales de estadística, así como la edición de un conjunto notable y plural de publicaciones. Al mismo tiempo que crecía la publicación de tratados elaborados por los autores españoles, lo hacía también la traducción de los principales libros de la Economía Política de la Ilustración europea y la edición de numerosas publicaciones con formatos diversos —revistas o diccionarios de comercio— cuya finalidad era tratar de que esa emergente cultura económica llegara a nuevos públicos. La investigación que en torno a estas cuestiones viene desarrollándose está mostrando el papel central que desempeñó en ello la Economía Política francesa. Ésta no solo fue protagonista respecto a los autores que fueron mejor conocidos y más traducidos entre los ilustrados españoles (Forbonnais, Accarias de Serionne, Herbert, Necker o Turgot, entre otros muchos), sino que también desempeñó una labor de intermediación en la llegada a España de textos cuyo origen no era francés. Un caso paradigmático de esta segunda manifestación fue el *Essai sur la nature du commerce en général* (1755) del irlandés Richard Cantillon.

Hoy no se pone en duda que este *Essai* representó un símbolo indiscutible de la relevancia que la Economía Política alcanzó durante el siglo de la Ilustración en el conjunto de las ciencias sociales. Como su propio título sugería, el objetivo del tratado era ofrecer un estudio sistemático sobre el «*commerce en général*¹». De esta manera, desde finales del siglo XIX, ese tratado quedó cano-

¹ Sobre el contenido del *Essai* de Cantillon, véase SCHUMPETER, 1954, pp. 218-223. Para una mayor extensión y concreción de las ideas planteadas en este primer epígrafe del trabajo, véase ASTIGARRAGA y ZABALZA, 2007.

nizado como una pieza maestra de la Ilustración europea, que poco o nada tenía que envidiar al *Tableau économique* de Quesnay o la *Wealth of Nations* de Smith, al plantear innovaciones teóricas tan relevantes como el flujo circular de la renta, la velocidad de circulación del dinero, el enfoque monetario de la balanza de pagos, el mecanismo de ajuste automático de los metales preciosos y, por supuesto, el «*entrepreneur*». Publicado de forma algo enigmática en 1755 en París, bajo el anonimato, en francés, pero como si se tratara de una traducción del inglés, el *Essai* fue uno de esos numerosos tratados sobre «comercio» que vieron la luz en Europa durante la denominada «*mid-century efflorescence*» de 1746-1756; así como, más en especial, al albur de la «*cheureuse révolution*» que conoció en Francia durante los años cincuenta². El responsable de su publicación fue Vicent de Gournay, intendente de comercio, economista y animador de un influyente núcleo de autores al que se atribuye el intento de fundar la naciente ciencia económica de acuerdo con unos criterios analíticos y normativos diferenciados de los de sus contemporáneos fisiócratas³. Si atendemos a la manera en que los textos de esos autores fueron diseminados en países como España, no existe duda de que fueron el cauce central a través del cual llegó la Economía Política francesa a ese país: entre 1765 y 1781 fueron traducidos en España autores del círculo de Gournay tan emblemáticos como Forbonnais, Herbert, Plumard de Danguel o Butel-Dumont.

Al día de hoy, gracias en particular a la exhaustiva biografía de Murphy sobre Cantillon⁴, el *Essai* ha sido reinterpretado tanto en clave del avance teórico que supuso respecto a sus predecesores (Petty, Locke, Law o Boisguilbert), como también teniendo presente el contexto en el que fue concebido. El libro, que, según Murphy, fue escrito entre 1728 y 1730, circuló de forma manuscrita póstumamente antes de ser publicado en 1755. En Gran Bretaña fue objeto de plagio por Postlethwayte y otros autores. En Francia, el Marqués de Mirabeau estuvo en posesión del manuscrito durante dieciséis años y realizó dos resúmenes del mismo, quizás con intenciones docentes, en 1751-1752 y 1756; asimismo, trasladó numerosas de sus ideas a las tres primeras partes, de contenido no fisiocrata, de *L'ami des hommes* (1756-1760).

No obstante, como se ha adelantado, el responsable de su publicación fue Gournay. Su edición en París no fue casual ni aislada, sino una pieza más del programa de publicaciones económicas, muy importante respecto a la traducción de textos británicos (Hume, Cary, etc.) y españoles (Uztáriz y Ulloa), que comprometió a los principales miembros de su círculo. Por esas fechas, estos autores estaban investigando sobre teoría, política y aritmética política del «*commerce en général*». Según Murphy, el *Essai* no sólo encajaba bien en

² HUTCHINSON, 1988, pp. 185-192; THIÉRE, 1998, pp. 18-23.

³ TSUDA, 1979, pp. 401-438; Id., 1983, pp. 445-485; MURPHY, 1986a, pp. 521-541.

⁴ MURPHY, 1986b. Deben verse, asimismo, los trabajos de TSUDA, 1979; Id., 1983.

su programa «híbrido de *laissez faire* e intervencionismo estatal⁵», sino que desempeñó un papel importante en la formación de Gournay y sus discípulos, contribuyendo a definir el pensamiento económico francés antes del «*grand tourment*» que supuso la aparición de la fisiocracia y el tránsito desde una «política realista de libertad y protección» al «sistema teórico dogmático de libertad extremadamente idealizada» que caracterizó a esta última⁶. De esta manera, el *Essai* no fue, como señalaba la edición original, una traducción del inglés ni vio la luz clandestinamente en Francia, sino que fue publicado de manera oficial, con un pie de imprenta falso (Londres, Fletcher Gyles) para eludir la censura francesa, con la intencionalidad «política» de servir a los propósitos reformadores de Gournay y su círculo.

La publicación del *Essai* en Francia fue el punto de arranque de un intenso proceso de circulación internacional que poseyó ciertos rasgos particulares; y ello por dos motivos: la enorme trascendencia que Cantillon alcanzó como «economista de economistas» y, por tanto, la necesidad de prestar atención a la vía de la difusión indirecta (en España, esta cuestión se manifestó a través, en particular, de Acarias de Serionne, Mably y Condillac); y el peculiar formato de las ediciones francesas del *Essai*, que propició la confusión de este con los *Political Discourses* (1752) de David Hume. Aun no siendo el único, el canal de difusión más poderoso de esta obra en Francia fue la traducción realizada en 1754 por Jean-Bernard Le Blanc, activo miembro del círculo de Gournay. Debido a la fortuna editorial de la misma, sus editores decidieron ampliar los «*Discours politiques*» originales con otros nuevos volúmenes, que incluyeron traducciones —de Bolingbroke y O'Hegerty— y tratados recientes de diversos autores franceses —Forbonnais, Goudar o Le Blanc— hasta completar, durante 1756-1758, cinco nuevos volúmenes, que, sin embargo, se presentaron como una continuación de la misma obra, los «*Discours politiques de Mr. David Hume*». Precisamente, el tercero de ellos incluyó la edición anónima del *Essai* de Cantillon. Es más que probable que la resonancia internacional de esta obra fuera debida primordialmente a esta «colección» francesa de *Discours politiques*, propiciándose así una cierta confusión entre Hume y Cantillon.

Esto ocurrió precisamente en España⁷. La tardía y anacrónica primera traducción de la obra de Cantillon no evitó esta confusión: en 1833, Portier publicó un escrito titulado *Fuentes de la Riqueza Pública*, que atribuía a Hume, cuando en realidad se trataba de una traducción, si bien de muy baja calidad, por incompleta y «tergiversada», del *Essai* de Cantillon⁸. Esta confusión procedía del propio siglo XVIII español. Es sabido que, aunque el *Essai* no fue tra-

⁵ MURPHY, 1986a, pp. 521-541.

⁶ TSUDA (ed.), 1993, p. xvi.

⁷ Para el caso, muy similar, italiano, véase BECAGLI, 1976, pp. 513-518.

⁸ SMITH, 1967, pp. 572-573.

ducido en esa centuria, fue conocido entre los ilustrados españoles⁹; no sólo fue leído y usado por autores como Jovellanos, Normante, Villava o Foronda, sino que además fue una fuente esencial en la elaboración de tres textos: las *Lecciones de Economía Civil* (1779) de Bernardo Danvila; un ensayo, en forma de un conjunto de artículos, publicado en 1785-1787 en *El Censor*; y las *Cartas críticas* (1793) del abate Matanegui¹⁰. El objetivo de las próximas líneas es explicar que esta influencia del *Essai* en España fue anterior y se materializó en un contexto distinto al de las décadas de los setenta y ochenta, cuando la diseminación de textos económico-políticos extranjeros era más general. El principal protagonista de la misma fue Francisco de Craywinkel.

España en el *Essai*

La primera y principal razón que explica el interés que el *Essai* suscitó entre los ilustrados españoles reside en las referencias que Cantillon había incluido en él acerca de España. Aunque el libro fuera realizado siguiendo un método abstracto de impronta cartesiana¹¹, Cantillon, con el fin de ejemplarizar, ilustrar o concretar sus ideas, aludía en numerosos pasajes a distintos casos de naciones, regiones o ciudades concretas, siguiendo una tipología cuya clasificación no parece en principio simple. Por un lado, se remontaba habitualmente a los imperios y los pueblos de la Antigüedad (Mesopotamia, Macedonia, Lacedemonia, Grecia o Roma), refiriéndose con similar intensidad a algunas de sus ciudades-estado más representativas (Esparta o Atenas). Este plano abarcaba las realidades americana (incluía pueblos como los iroqueses, o bien, en el «Nuevo Mundo», a Méjico, Brasil o Perú), africana (Egipto) y asiática, como Japón o, más en particular, China. Entre los pueblos «modernos» mencionaba a países tanto monárquicos como republicanos, incluyendo, entre estos últimos, a Venecia, Génova y otras repúblicas «comerciales» de antiguo esplendor. También hacía lo propio con diversos territorios o naciones característicamente agrarios (Nápoles, Sicilia o Polonia) o con algunas de las ciudades comerciales europeas más prósperas (Flandes, Bruselas, Londres, Ámsterdam, París, Hamburgo o Dantzig). Ahora bien, en este espectro de los «modernos», su atención se focalizaba en aquellas naciones con economías más avanzadas en los ámbitos financiero y comercial, plano que abarcaba principalmente Gran Bretaña, Holanda y, en menor medida, Francia y algunos estados italianos. Precisamente, esta razón explica que España, un país que Cantillon había conocido personalmente durante la Guerra de Sucesión, ocupara un espacio marginal en esta geografía

⁹ ESTAPÉ, 1951, pp. 38-77.

¹⁰ ASTIGARRAGA Y ZABALZA, 2007, pp. 9-36.

¹¹ MURPHY, 1986b, pp. 250-251.

de la «alteridad» de su *Essai*. Además, como fue habitual en la época en que éste fue concebido, España aparecía con la marca de ser uno de los «modelos negativos» más preclaros de toda la realidad europea. Cantillon caminaba así por la misma senda sobre la que lo harán figuras centrales de la Ilustración francesa, como Melon o Montesquieu, durante el cuarto de siglo en que su *Essai* permaneció inédito.

En el *Essai* no se ofrecía ninguna caracterización global de la economía española, de tal forma que las diferentes referencias dispersas en él respondían a niveles diversos. En primer lugar, Cantillon presentaba informaciones precisas sobre la realidad económica española, en concreto, sobre precios de sus mercancías, sobre la composición metálica de sus monedas y sobre la calidad de los metales americanos usados con fines monetarios, resaltando la enorme influencia del stock extraído en Méjico y Perú, junto al de Brasil, en la determinación del precio internacional de esos metales. A continuación, se hallaban las informaciones que perfilaban algunos rasgos generales de la economía española. Es cierto que en ella existían diversos caracteres positivos —en un pasaje del *Essai* se destacaba la afinidad de España con países como Francia, Inglaterra o Alemania respecto a la elevada producción agraria de sus tierras más fértiles—; pero éste no era el caso más habitual. Cantillon atacaba duramente la proveniencia de las propiedades del Imperio español, que como las de los turcos en Jerusalén, eran consecuencia de «la violencia y la conquista»¹². Junto a ello, la economía española era percibida por él como poco desarrollada, carente de capital, prioritariamente agraria, dependiente comercialmente del exterior y que sobreexplotaba sus riquezas metálicas americanas. La condena de las políticas económicas monetarias y comerciales españolas constituía el *filo rosso* esencial de la mirada de Cantillon sobre la Monarquía española.

Como ha sido asiduamente destacado, una de las innovaciones teóricas principales del *Essai* radicaba en el análisis de las diferentes vías que una economía nacional poseía para incrementar la cantidad de dinero y las consecuencias dispares que ello acarrea en las economías real y monetaria. Ese fue precisamente el prisma a través del cual analizó el secular problema de la sobreexplotación por España —y Portugal— de sus riquezas metálicas americanas. Un país podía acaparar metales preciosos a través de medios diversos: el descubrimiento de nuevas minas, una balanza comercial positiva, los subsidios abonados desde el extranjero, la inmigración de familias de otros países, la residencia de embajadores o viajeros, los préstamos obtenidos del extranjero o el uso de la violencia. Todos estos medios traían consigo un incremento de la oferta monetaria y con él un crecimiento del consumo, y, por tanto, de los precios internos, produciéndose a largo plazo un ajuste entre el nivel de éstos y la cantidad de dinero. No obstante, Cantillon se distanciaba de la

¹² CANTILLON, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio*, part. I, cap. xi.

teoría cuantitativa ortodoxa del dinero —dominante en las esferas ilustradas españolas debido a la herencia de los escolásticos y los *arbitristas*— al apreciar que las consecuencias sobre la economía real eran dispares según cuál fuera la fuente del incremento de la cantidad de dinero efectiva. Los beneficios de la obtenida por la vía *endógena* de una balanza de pagos comercial con superávit eran notables: antes de que se produjera el ajuste automático entre la oferta monetaria y los precios, la economía real, animada por el crecimiento del consumo, conocía incrementos en la producción y el empleo, así como mejoras en su nivel de competitividad internacional. En cambio, esto no sucedía con la vía *exógena* basada en el descubrimiento de nuevas minas, cuyos ejemplos paradigmáticos eran España y Portugal. En este caso, la sobreexplotación de sus riquezas metálicas, amén de trasladarse con el tiempo a los precios, generaba pérdidas en la población nacional y en la economía real, la producción y el empleo, por la vía de la menor competitividad internacional de la manufactura nacional. De esta manera, los auténticos beneficiarios de los metales preciosos americanos pasaban a ser los países industriales extranjeros, al lograr exportar a España sus manufacturas y capturar así esos codiciados metales preciosos. Por ello, en España o Portugal la llegada de los metales preciosos no dejaba de ser una realidad ilusoria y pasajera: «todo el oro y la plata que estos dos Estados extraen de las minas no les procura, en la circulación, más metales preciosos que a los otros. Ordinariamente Inglaterra y Francia [se] benefician [de] una mayor cantidad»¹³.

En cualquier caso, la situación de postración comercial de la economía española no era debida únicamente a los desórdenes monetarios provocados por sus riquezas metálicas americanas. En un segundo pasaje en el que Cantillon volvía con detalle sobre esa economía, relacionándola ahora con la francesa, planteaba los problemas comerciales de la escasez de navíos. Ahora la visión pro-británica de Cantillon se revolvía contra la Europa borbónica franco-española. A pesar de ser un país marítimo, España carecía de una marina acorde «al volumen de sus productos y a la extensión de sus costas marítimas»; debido a ello, cedía buena parte de su negocio comercial a los países del norte de Europa. Un primer problema radicaba en la falta de medidas adecuadas para estimular la marina: el ejemplo positivo de Gran Bretaña con la eficiente explotación de sus colonias contrastaba con el de aquellos países en los que «el comercio no mantiene constantemente un número considerable de barcos y de marinos»; en ellos resultaba «casi imposible que el Príncipe pueda mantener una marina floreciente a no ser con tales gastos que arruinarían los tesoros de su Estado»¹⁴. Junto a ello, se hallaba la condición de los comerciantes: estos no pasaban de ser «factores» o «comisionistas» de negociantes extranjeros, en vez de «empresarios animados por la idea de

¹³ *Ibid.*, part. II, cap. VI.

¹⁴ *Ibid.*, part. III, cap. I.

efectuar por cuenta propia este comercio»¹⁵. Una y otra causas traían consigo efectos ruinosos para España: aunque el país mantuviera su comercio interior, difícilmente podría sostener un comercio exterior activo que generara una balanza de pagos favorable, en particular, a través de la exportación de manufacturas, la estrategia comercial más efectiva para la riqueza nacional. Todo ello no era sino una muestra más de que las políticas económicas aplicadas en España eran inadecuadas, lo cual apelaba a la necesidad de disponer de una «buena administración», en particular, en la gestión de su comercio»¹⁶.

Francisco Craywinkel y las élites políticas de Carlos III

En 1755, fecha de la publicación en Francia del *Essai*, veían la luz en la vecina España *Dos discursos sobre el gobierno de los granos y cultivo de las tierras*¹⁷. La finalidad de este opúsculo, firmado por Francisco de la Quintana, era persuadir de la necesidad de situar a la agricultura en el centro del desarrollo económico español. Esos *Dos Discursos* representaban la primera muestra de la llegada a España de la publicística económica francesa de los años cincuenta: lejos de ser originales, constituían una traducción parcial de los tratados de Herbert y Plumard de Dangeul, dos autores emblemáticos del círculo de Gournay. En cualquier caso, esta traducción representaba tan solo una muestra más de que la llegada al trono de España de Carlos III en 1759 estuvo rodeada de una actividad notable en la elaboración de escritos de contenido económico-político. El trasfondo de inestabilidad política, relacionado no sólo con el cambio dinástico sino también con la guerra de los Siete Años (1756-1763), explica que una parte sustancial de esos escritos quedara manuscrita. Con todo, resulta indiscutible que las élites que comenzaron a rodear al nuevo Rey se implicaron en esa actividad publicista, una de cuyas principales novedades radicaba en que trataba de emular lo que venía aconteciendo en Francia respecto a la proliferación de textos sobre la «ciencia del comercio».

De esta manera, Villarreal, Ward, Campomanes, Llanos, Goossens, Aragorri y otros financieros, funcionarios o comerciantes dejaron tras de sí una notable colección de tratados y discursos que vamos conociendo de manera gradual. Algunos de ellos, como los *Elementos políticos* (c. 1754) de Francisco J. Villarreal, las *Reflexiones sobre el comercio español a Indias* (c. 1762) de Pedro R. Campomanes, el *Proyecto Económico* (c. 1762) de Bernardo Ward o las recientemente descubiertas *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España* (1761) de Simón Aragorri constituían auténticos tratados político-económicos que utilizaban las ideas que, vía Francia, arribaban a España con el fin tanto de abrir en

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, part. II, cap. VIII.

¹⁷ QUINTANA, *Dos discursos sobre el Gobierno de los granos*.

el país una «esfera pública», a través de la creación de sociedades económicas o la promoción de «papeles públicos», como de perfilar reformas económicas para toda la Monarquía, sus colonias incluidas¹⁸. Porque, en definitiva, detrás de esta intensa actividad de circulación de las ideas se hallaba un auténtico debate doctrinal acerca de la estrategia económica más adecuada para ella, con el fin de influir sobre las autoridades políticas clave de ese momento, Esquilache, ministro de Hacienda, o Grimaldi, secretario de Estado.

Este debate doctrinal se vio alimentado por fuentes de indiscutible calidad. Durante la década previa a 1763-4 cuando, una vez finalizada la guerra de los Siete Años, se intensificó la publicación de textos y traducciones de Economía Política, circularon entre las élites españolas tratados fisiócratas (*L'ami des hommes* o la *Théorie de l'impôt*), antifisiócratas (Accarias de Serienne) o del círculo de Gournay, tanto de sus autores propios (Herbert, Forbonnais, Plumard de Danguel o Duhamel de Monceau) como de otros a los que ese círculo sirvió de intermediario (Hume, Cantillon o Davenant). Todo ello es una muestra clara de que ese debate, además de plural, estuvo bien documentado. En su trasfondo se hallaba particularmente una concreción sobre cuál debía ser la base del desarrollo económico español, si la agricultura o la industria, además de la incidencia que ello tenía en determinadas reformas insoslayables, como en esos años fueron consideradas las relativas a la hacienda, el comercio de granos y el comercio colonial.

Ya ha sido analizada la influencia que las ideas económicas de Boisguilbert dejaron en Villarreal y las de Hume en Aragorri o, en menor medida, Campomanes¹⁹. A esta relación se debe de añadir el nombre de Richard Cantillon. Su receptor a este lado del Pirineo —con toda probabilidad, primero de la historia de España— fue Francisco de Craywinkel. En un escrito elaborado en 1763, éste citaba expresamente el título del libro del economista irlandés²⁰. Este dato era tan sólo el reflejo de una influencia más profunda. Entre 1760 y 1763 este autor elaboró cuatro escritos, profundamente enraizados en las prioridades políticas de ese momento²¹. Un análisis detenido de su contenido pone de relieve que una influencia doctrinal central de los mismos fue el *Essai* de Cantillon, hasta

¹⁸ Véanse, respectivamente, VILLARREAL, *Elementos políticos*; CAMPOMANES, *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*; WARD, *Proyecto Económico*; y [ARAGORRI], *Reflexiones sobre el estado actual de el comercio de España*.

¹⁹ Véanse, respectivamente, el «Estudio Introductorio» de Barrenechea y Astigarraga en VILLARREAL, *Elementos políticos*, pp. LXII-XC; y ASTIGARRAGA, 2011.

²⁰ Esta información fue mencionada por LLOMBART, 1992, p. 131.

²¹ Uno de estos manuscritos, redactado en 1761, fue publicado en 1791: CRAYWINKEL, «Sobre el comercio del trigo, para que ese sea libre en lo interior y exterior, pues de ello se siguen muchas utilidades y conveniencias». El resto permanece aún inédito: Francisco de Craywinkel, «Estudio en que se trata de demostrar la necesidad de atender por igual a la agricultura como a la industria» (c. 1760); «Discurso sobre la utilidad que la España pudiera sacar de su desgracia en la pérdida de la Havana» (1762); «Discurso sobre si conviene o no abrir indistintamente y sin limitaciones todos los puertos de España al comercio de Indias» (c. 1763).

el punto de que pueden caracterizarse como un plagio y una aplicación al caso español de algunas de sus ideas económicas más características.

Craywinkel (o Craywinckel; originariamente Gray Winckel) fue un prósero comerciante que logró insertarse en las altas esferas de su Administración para terminar convirtiéndose en un influyente *adviser* (consejero) en los primeros gobiernos de Carlos III²². Pertenecía a una prestigiosa y próspera familia comercial de origen belga que alcanzó un notable ascenso social y político merced a sus servicios a la Monarquía, a ambos lados del Atlántico. Los Craywinkel poseían un arraigo notable en el mundo del comercio, participando en la carrera de Indias desde Cádiz y Sevilla, lugar donde se habían establecido los padres de Francisco y donde la familia poseía haciendas territoriales. No obstante, buena parte del ascenso de ésta se materializó en las propias Indias, en concreto, en Cartagena de Indias, donde el padre de Francisco ejerció como contador y «veedor de la gente de guerra». Allí nació Francisco en 1713. Fue primogénito de otros dos hermanos varones. La prueba de la solidez de ese ascenso familiar reside en que ya en 1745 los tres hermanos alcanzaron la dignidad de Caballero de Santiago. Ahora bien, mientras el progreso social de sus hermanos procedió de los habituales servicios castrenses ofrecidos a la Monarquía por las familias de origen flamenco, el de Francisco se centró en el de los negocios comerciales, no solo en las Indias, sino también en Cataluña, donde, además de emparentarse con destacados núcleos de su vieja nobleza, tuvo intereses en su pujante industria textil. Este perfil profesional le llevó a integrar en 1757 la Junta de Comercio. Lo hizo en una etapa de la institución destacada precisamente por su apertura a eminentes comerciantes extranjeros afincados en España, como Ward²³. Francisco permaneció vinculado a la Junta hasta su fallecimiento en 1772, desde 1767 residiendo en Barcelona. Fue al amparo de esta institución cuando su carrera como *adviser* en materias económicas alcanzó su punto más álgido. En 1764 fue llamado por el ministro Esquilache a participar en la comisión encargada de diseñar la primera reforma que liberalizó el comercio colonial y asimismo recibió el encargo de la Junta de Comercio de realizar una exhaustiva «instrucción» en «materias de comercio», que su quebrada salud le impidió finalizar.

El *Essai* y los escritos de Francisco de Craywinkel

Los cuatro escritos que se atribuyen a Craywinkel eran concisos, estaban dirigidos a autoridades del primer rango de la Monarquía —Esquilache o Grimaldi— y poseían una indiscutible orientación de «política económica». Aunque quedaron manuscritos en su tiempo —aún tres de ellos permanecen

²² Sobre la biografía de Craywinkel, véase MOLAS, 1987, pp. 159 et seqq.

²³ *Ibid.*, 1978, pp. 27-28.

inéditos—, no hay duda de que circularon entre las élites políticas, de ahí que, como la bibliografía ha destacado reiteradamente²⁴, Craywinkel desempeñó un papel central entre quienes prepararon el terreno para las reformas económicas más emblemáticas de los primeros años del reinado de Carlos III.

Junto a su orientación de «política económica», un segundo rasgo caracterizó a esos escritos: la voluntad de su autor de aplicar a la Monarquía española determinadas ideas emergidas en la Francia de los años cincuenta, entre ellas, las de Herbert y, sobre todo, Cantillon. De hecho, si existe una idea que recorre de manera transversal todos ellos, es un principio, omnipresente en su *Essai*, relativo a que existen unas reglas generales que instruyen la «ciencia del comercio» que era necesario descubrir y respetar si se deseaba que las naciones fueran bien gobernadas. Craywinkel las denominaba los «verdaderos principios de una sana política», los «principios generales», las «principales circunstancias», los «grandes principios» o las «máximas fundamentales», y entendía que permitían la consecución de los objetivos económicos y políticos del Estado: además de garantizar la mayor población y riquezas, también lo hacían respecto a su mayor poder y autonomía respecto de otras naciones, de tal manera que aquel Estado que fuera capaz de respetarlos lograría a un mismo tiempo ser «fuerte y opulento».

Craywinkel sostenía que esos principios generales eran universales, hasta el punto de que podían llegar a establecer un «sistema fijo de gobierno»²⁵. Ahora bien, consideraba que su aplicación a los diferentes casos nacionales era dispar. De esta manera, se distanciaba de las posiciones metodológicas de sus contemporáneos fisiócratas, cuya creencia en la existencia de un conjunto de leyes universales abarcaba también la política económica. Craywinkel entendía además que no era suficiente que esos principios hubieran sido probados con éxito en otras naciones —sobre todo, en el ejemplar caso de Gran Bretaña— para darles validez. De hecho, el objetivo principal de sus escritos era tratar de explicar esas diferentes «máximas generales para ir las aplicando según convenga a los casos particulares»²⁶; porque, en suma, solo una correcta aplicación de las mismas permitiría a los Estados alcanzar los objetivos económicos y políticos antes mencionados.

Esta aplicación correcta dependía de una toma de decisiones adecuada por parte de los políticos. En este ámbito Craywinkel conectaba plenamente con la idea emergente en la Francia y la España de su tiempo respecto a la necesidad de perfilar una «nueva política»²⁷. La riqueza y el poder de los Estados

²⁴ HAMILTON, 1947, pp. 192-194; ANES, 1970, pp. 340-341; VILAR, 1987, t. II, p. 366. Una revisión de los escritos de Craywinkel figura en DELGADO, 2007, pp. 241-249.

²⁵ Carta de Craywinkel a Ricardo Wall (Madrid, 12 noviembre 1762), Madrid, Archivo Histórico Nacional, Estado 2927-271.

²⁶ Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre la utilidad», p. 26.

²⁷ Sobre la idea de la emergencia de una «nueva política» en la España de la Ilustración, véase Usoz, 2011, pp. 11-46.

no dependían tanto de determinadas condiciones físicas o naturales, o de factores como el «genio» o las costumbres de las naciones, cuanto de otros esencialmente políticos: «gobiérnese España como la Inglaterra lo que sea adaptable a su Constitución y antes de muchos años será superior en poder y riquezas»²⁸. En la medida en que «los pueblos, a la corta o a la larga, son lo que los gobiernos quieren que sean, sabios, guerreros, industrioses»²⁹, era insoslayable una aplicación adecuada de los principios generales de la «ciencia del comercio» a las características propias de España. Y para ello resultaba imprescindible mejorar la información factual sobre su realidad demográfica y económica, un problema que Craywinkel, en su condición de miembro de la Junta de Comercio, conocía muy bien. En este ámbito, conectaba con el afán cuantificador de Cantillon, esto es, sus ensayos de aritmética política, que ilustraron el anexo estadístico de su *Essai* cuyo paradero se desconoce. A falta de informaciones precisas sobre la realidad española, sugería, siguiendo expresiones similares a Uztáriz, que las decisiones políticas se basaran en «noticias», «conjeturas» o, mejor aún, en algún «cálculo y juicio prudencial»³⁰.

Los «principios generales» de la «ciencia del comercio» solo podían ser efectivos en un contexto en el que la tradicional política basada en la fuerza militar fuera reemplazada por la del poder pacificador y civilizador del comercio. Ésta, bien orientada, debía permitir a las naciones alcanzar los objetivos tradicionales perseguidos por la política: en la terminología de la época, el «espíritu de comercio» debía sustituir al de la «guerra». La traumática pérdida de La Habana a manos británicas en 1762, una vez que España irrumpiera en la guerra de los Siete Años en defensa de Francia, no era sino un reflejo más del auge del poder británico. Éste era debido básicamente a una correcta aplicación de los auténticos «principios del comercio». La capacidad mostrada por Gran Bretaña para explotar los «verdaderos manantiales» de su riqueza nacional, tanto su agricultura, artes y comercio como sus colonias³¹, a raíz principalmente de las reformas económicas emprendidas a finales del siglo xvii, permitía explicar sus éxitos tanto en el comercio internacional como en la esfera militar.

Uno de esos principios de la «ciencia del comercio» al que Craywinkel aludía reiteradamente, y que fue derivado de Cantillon, era que el poder de un Estado venía determinado por el «número y riqueza de sus habitantes»³². A su vez, estos dependían de los medios de subsistencia, el «único y verdadero

²⁸ Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre la utilidad», p. 25.

²⁹ *Ibid.*, pp. 23-24.

³⁰ Francisco de Craywinkel, «Estudio», p. 13.

³¹ Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre la utilidad», p. 15.

³² *Ibid.*, p. 3.

medio de conservar y aumentar la población³³. Tales medios venían determinados no tanto por reglas naturales, sino una vez más por los «aciertos del gobierno», de los que dependían, entre otras cosas, una producción agrícola acorde a la fertilidad de la tierra o una fructífera relación comercial con las colonias. Por su parte, los medios de subsistencia se derivaban de los sectores productivos. El origen de la riqueza no se hallaba en los metales preciosos, sino, como en Cantillon³⁴, en el stock de bienes producidos, de manera que aquella dependía del desarrollo de los sectores productivos. Por ello, en el contexto colonial, el cultivo de las tierras era más provechoso que el de las minas: aquel «ocupa mucha más gente en sus ejercicios, no destruye la población, como el trabajo de las minas, antes bien la multiplica, porque aumenta la subsistencia³⁵». Ahora bien, Craywinkel, enfrentado a la tesis fisiocrata de la «esterilidad» de las labores no agrícolas, y otra vez en sintonía con Cantillon, sostenía que los sectores productivos eran la agricultura, la industria y el comercio. Por esta razón, de acuerdo con su *Essai*,

en igualdad de circunstancias el Estado más poblado será el más grande; en igualdad de población, el que tuviese más medios de subsistir, esto es, el que tuviese en mejor disposición su agricultura, sus artes y su comercio, será el más rico y el más poderoso³⁶.

La reflexión acerca de la relación que mantenían entre sí los sectores productivos partía del indiscutible peso relativo que habían adquirido entre los «autores franceses» las corrientes partidarias de priorizar la agricultura: en su opinión, en Francia la industria había copado la primera atención del gobierno, cosechando honores y subvenciones que eran negadas a la agricultura, favoreciendo así su abandono y débil desarrollo. Asimismo, Craywinkel no tenía ninguna duda de la incidencia que esas corrientes agraristas estaban alcanzando entre las élites españolas de su tiempo: «pretenden algunos sujetos muy respetables y cuyo dictamen es digno del mayor aprecio que es intempestivo el deseo de adelantar en España las fábricas mientras se halla atrasada la agricultura³⁷». El problema radicaba en que la política de desplazarse desde un «extremo» al «opuesto», es decir, de ponderar la importancia de la agricultura marginando la de la industria, o viceversa, era errada: el principio de un «gobierno bien arreglado» consistía en que ambas se «den la mano» y «estén en proporción». Por tanto, la opulencia del Estado solo podía provenir de un desarrollo armónico de la agricultura, las artes y el comercio. En él reposaban los «verdaderos principios de una sana política». Para persuadir sobre esta

³³ Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre si conviene», f. 23.

³⁴ CANTILLON, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio*, part. I, cap. 1.

³⁵ Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre si conviene», f. 23.

³⁶ Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre la utilidad», f. 3.

³⁷ Francisco de Craywinkel, «Estudio», f. 1.

idea, Craywinkel glosaba un concepto muy característico de Cantillon: el flujo o circulación recíproca de las rentas generadas por la agricultura y la industria. Así se infiere de este extenso párrafo:

[Si] se aumentase el número de los labradores proporcionadamente más que el de los artistas, lo que de aquí se seguirá es que este aumento extraordinario se repartirá insensiblemente y con la misma proporción entre todas las artes y profesiones, inclusa la misma agricultura. Por que, a mi parecer, no admite duda que, si teniendo un Estado cabalmente la agricultura y las artes que necesita para su manutención se aumenta el número de los labradores, es menester que en la debida proporción se aumente también el número de artistas, para poder proveer a los nuevos labradores de todos los efectos que necesitan para su vestuario y demás usos. De modo que del aumento de la agricultura se seguirá el de las artes, y de la misma suerte del aumento de las artes se seguirá el de la agricultura [...] Y, a la contra, del atraso de las unas resultará el de las otras, en la misma proporción. Y de aquí se deduce que de contribuir la agricultura a proporción más que las manufacturas al aumento de la población, no se debe inferir que aquella se haya de preferir a ésta o que se les haya de quitar a las últimas alguna gente de la precisa para darla de más a la primera [...] Pero siempre será cierto que a unas y otras se debe atender y que no se podrá dar la preferencia a la agricultura en perjuicio de las artes sin que el atraso de las artes se convierta contra la misma agricultura³⁸.

Aun sin renunciar a este modelo de desarrollo armónico, Craywinkel defendía que la contribución de la agricultura al desarrollo económico era superior que la de la industria. Esto se debía a que aquella era el sector que más contribuía al aumento de la población y el empleo, además de a conformar habitantes saludables y alejados del «vicio» propio de las ciudades. Uno de los problemas principales de España era la existencia de numerosas tierras sin cultivar, debido a la falta de población. Según Craywinkel, España solo poseía seis o siete millones de habitantes, cuando, de acuerdo con los cálculos para Francia de Herbert sobre el mantenimiento medio de habitantes por legua cuadrada, podía sostener el doble o, incluso, más³⁹. Ahora bien, más agudo aún que el problema de la despoblación era el de la gente «ociosa» y desempleada: a Craywinkel, como a Cantillon, no le preocupaba el volumen global de población, sino el del empleo. Éste era la auténtica fuente de las subsistencias, y no al revés: «el modo de aumentar la población es aumentar la manutención; y aumentar la manutención es aumentar el trabajo o que la gente esté ejercitada, porque así ganan su

³⁸ *Ibid.*, f. 3-5; véase CANTILLON, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio*, part. I, cap. IX.

³⁹ Diversas estimaciones sobre la población potencial española figuran en: Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre la utilidad», f. 14; Francisco de Craywinkel, «Estudios», f. 38; y CRAYWINKEL, «Sobre el comercio del trigo», p. 142.

manutención⁴⁰. Si España fuera capaz de emplear a todos sus habitantes, abastecería de frutos y manufacturas su mercado interior y colonial. Por que, en suma, en la economía española actuaba el principio de Cantillon del ajuste automático entre la población y las subsistencias: «siempre que la población tenga una manutención abundante ella se aumenta por sí misma, como lo enseña la buena política⁴¹».

Todos estos principios económicos cambiaban cuando el comercio exterior poseía un peso significativo en la economía nacional. Craywinkel, como Cantillon, sostenía que, en igualdad de condiciones económicas, la prosperidad de un país exigía alcanzar una balanza de pagos favorable, esto es, saldos positivos en el comercio de sus frutos agrarios o industriales, lo cual establecía la especialización comercial de ese país hacia uno u otro sector. En cualquier caso, el patrón comercial más adecuado se basaba, de acuerdo con Cantillon, en la «balanza de pagos del empleo»: la mejor garantía para el aumento de su población era exportar manufacturas dado que, a diferencia de los frutos agrarios, eran bienes con un mayor valor añadido por el trabajo doméstico y ello permitía sostener el empleo nacional a costa del extranjero. En palabras de Craywinkel, que glossaba otra vez a Cantillon, el comercio de dos países que intercambiaban bienes agrarios por manufacturas sería «recíproco», si bien

hay que advertir que no será igualmente ventajoso a ambos, pues aquel que da tejidos en cambio de frutos vende más trabajo, porque en los géneros entra más manióbra que en los frutos; y si estos fuesen materiales de las artes, será mucho más considerable la diferencia, porque es mayor el trabajo que en estos se emplea para reducirlos a tejidos. De aquí se sigue que el Estado que vende más trabajo que el que compra tendrá más gente ejercitada en este trabajo, y de resulta aumentará innegablemente su población más que el otro, porque emplea más gente y, cuanta más gente tuviese ejercitada, tantos más medios tiene de mantenerla; y aumentada la manutención se sigue infaliblemente en buena política el aumento de la población⁴².

La economía española tenía muy difícil poner en práctica estos principios, dado el enorme atraso de la industria nacional. Prueba de ello era el ingente saldo deficitario que acumulaba año tras año la balanza comercial de manufacturas. Este problema crónico debía interpretarse en el seno del secular proceso de decadencia económica. Craywinkel admitía una pluralidad de causas explicativas de ésta: la expulsión de los judíos, la pésima gestión del comercio colonial o la falta de empleo⁴³. Ahora bien, siguiendo a Cantillon,

⁴⁰ Francisco de Craywinkel, «Estudios», p. 40.

⁴¹ *Ibid.*, p. 41.

⁴² *Ibid.*, p. 11. Este principio es mencionado en tres ocasiones en este escrito. Véase CANTILLON, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio*, part. III, cap. 1.

⁴³ Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre si conviene», pp. 13-15.

subrayaba la relevancia de la sobreexplotación de los metales preciosos americanos. Admitía la tesis del *Essai* acerca de las disparas consecuencias de los efectos *endógenos* (balanza de pagos) y *exógenos* (minas) en el aumento del stock monetario, atribuyendo a los segundos el diferencial inflacionista de la industria española y, a éste, la causa central de su proceso de decadencia económica:

esta misma opulencia y copia de metales que nos vinieron de las minas de América introdujeron el lujo e hicieron subir considerablemente el precio de todas las cosas; y de aquí provino que, como las otras naciones que poco a poco fueron estableciendo, aumentando y mejorando, las suyas podían dar sus géneros más baratos, decayeron los nuestros, efectos todos necesarios de una excesiva y repentina abundancia de oro y plata, y así ésta fue la primera y principal causa de la decadencia de nuestras fábricas⁴⁴.

Así pues, era irreal pensar que España pudiera capturar una parte del comercio internacional de manufacturas; más bien, a lo sumo, podía aspirar a abastecer su mercado interior y americano, ahora en disputa entre Gran Bretaña y Francia, a través de una política de sustitución de las importaciones. Craywinkel era partidario de la promoción de los textiles «ordinarios», en vez de los «finos», debido a que eran de consumo masivo, generaban más empleo y tenían garantizada su venta, al ser los únicos competitivos en esos mercados⁴⁵. Para que este programa de sustitución de las importaciones fructificara, eran necesarias dos políticas complementarias, una de reducción del lujo y otra de evitar que no se limitara, a través de políticas proteccionistas, la exportación de las materias primas españolas y, menos aún, como sucedía con la seda, se prohibiera: «mientras no tenemos fábricas en que poderlos consumir todos, no nos privemos del beneficio que nos da su extracción⁴⁶». Por tanto, Craywinkel, a pesar de defender la prioridad de la agricultura, no renunciaba a la promoción de un sector industrial, si fuera posible, con una proyección exportadora: precisamente, sostenía que el escaso poder exportador de la manufactura española era la mejor prueba de que «son nuestras fábricas las que están atrasadas y no nuestra agricultura», e insistía en la inutilidad de tratar de compensar el atraso económico español únicamente a través de la exportación de frutos agrarios. España debía tratar de afianzar un sector industrial-exportador que apuntalara un patrón comercial cuyas ventajas en términos de creación de riqueza y empleo eran indiscutibles.

⁴⁴ Francisco de Craywinkel, «Estudios», p. 14; véase CANTILLON, *Ensayo sobre la naturaleza del comercio*, part. II, cap. VI.

⁴⁵ Francisco de Craywinkel, «Estudios», p. 42.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 30.

Dos reformas imprescindibles: el comercio de los granos y el comercio colonial

En sus escritos, Craywinkel no sólo trataba de aplicar al caso español esos «principios generales» de una «buena política», sino que también realizaba indicaciones precisas para acometer las reformas del comercio de granos e indiano, consideradas cruciales cuando los redactó, y que fueron abordadas en 1765 por el Consejo de Castilla.

Respecto al comercio de granos, Craywinkel consideraba su reforma como el eje central de una nueva política de desarrollo agrario para España⁴⁷. De esta manera, no hacía sino interiorizar en este país una prioridad ya empleada en el centro de la esfera pública en Francia: las leyes de liberalización de los granos decretadas en 1754 y, principalmente, en 1763-1764, de la mano de Bertin-Laverdy, tuvieron una influencia decisiva en la España de esos años. En esta cuestión, a la que dedicó uno de sus escritos⁴⁸, se aprecia el notable influjo que en él dejó el *Essai* (1753) de Herbert, de quien glosa sus principales ideas.

Su punto de partida era la ratificación de que España era incapaz de garantizar al abastecimiento de su territorio nacional, esto es, en suma, de lograr que las excedentarias provincias interiores abastecieran a las deficitarias costeras. Los procesos de acumulación de granos, lejos de garantizar la estabilidad de los precios y del sistema agrario, tendían a deprimirlo: en general, generaban bajos precios cuando las cosechas eran abundantes y elevados cuando eran escasas. Esto era debido a la existencia de un mercado estrecho y víctima de operaciones especulativas. Una vía de solución debía proceder de la modernización de la red de transportes, abriendo canales y caminos y convirtiendo en navegables los ríos. Ello permitiría articular el mercado interior y evitar que, como Craywinkel sostenía, los costes de transporte se convirtieran en una traba insuperable para la competitividad exterior de los granos españoles⁴⁹. La otra línea de soluciones debía proceder de la instauración de un sistema de «libertad de comercio». Craywinkel identificaba el origen del mismo en la política agraria británica de finales del siglo xvii, pero volvía a Herbert al apreciar los problemas que la «preocupación vulgar» y la «opinión» generaban, por una aprensión «continuada de siglo en siglo», en la reforma de un sistema cuyas raíces se remontaban al mundo

⁴⁷ Acerca de la amplia discusión que precedió la reforma liberalizadora del comercio de los granos sustentada en la *Pragmática* de 1765, véanse CASTRO, 1987, pp. 115 *sqq.* y LLOMBART, 1992, pp. 155 *sqq.*

⁴⁸ Se alude a «Sobre el comercio del trigo», publicado en 1791, cuando el Consejo de Castilla había aprobado una nueva regulación del comercio de granos muy restrictiva, que vino a cerrar el ciclo liberalizador abierto por la *Pragmática* de 1765. Una amplia explicación de la cuestión del comercio de granos, también inspirada en Herbert, figura en Francisco de Craywinkel, «Estudios», f.º 13-25.

⁴⁹ *Ibid.*, f.º 24.

clásico: muy intencionadamente, oponía el modelo de Roma al de Atenas que, al ser más abierto al comercio, cosechó resultados más favorables para los consumidores⁵⁰.

Su defensa del «libre comercio» partía de la idea de que la agricultura, como el resto de las actividades productivas, sólo podía funcionar con una serie de incentivos que estimularan al productor: «es regla general de buena política que para que el cosechero pueda cultivar la tierra ha de lograr venta y consumo de sus frutos⁵¹». Tales incentivos venían determinados básicamente por el nivel de precios de los granos, lo que a su vez determinaba su competitividad internacional. Todo ello contradecía el sistema vigente de tasar los precios para lograr «pan barato», en beneficio de los consumidores. Ahora bien, en la práctica ese sistema no lograba ninguno de esos objetivos: generaba precios inestables y escaseces, que perjudicaban tanto a los productores como a los consumidores. La vía para resolver estos problemas era introducir la competencia, estableciendo la libertad de precios y dejando el mercado en manos del comerciante privado. Sus beneficios para el conjunto de la economía eran indiscutibles: en primer lugar, se garantizaría a los labradores la capitalización de su producción, primera condición para la mejora del cultivo; en segundo, se establecería un precio «medio» o «moderado», en los años de abundancia y de escasez, que beneficiaría a las dos partes del mercado; por último, se garantizaría el abastecimiento del mercado interior y se abriría la posibilidad a la exportación. En suma, la solución radicaba en la «libertad de comercio»: de ella nace «la concurrencia que atrae la abundancia, a que es consiguiente la baratura⁵²», transformando así la «utilidad particular» en «beneficio común».

Para que el sistema de «libertad de comercio» fuera operativo, era necesario decretar la libertad de almacenamiento de granos y renunciar a una red de pósitos públicos no sólo anacrónica y mal gestionada, sino que, como verificaba la «experiencia», se hallaba «en nombre del público» al servicio de los «negocios particulares con perjuicio del común»⁵³. El protagonismo que en ese sistema alcanzaba el comerciante privado llevaba a Craywinkel a presentar fragmentos de documentos de la Iglesia de Roma para persuadir de que sus operaciones no eran usurarias. El comercio interior debía organizarse siguiendo una libertad «absoluta y sin limitación», aunque, tal y como se había regulado en 1754 en Francia, ceñido a «ciertas reglas»: licencias para operar como comerciante, prohibición de anticipar capital a los labradores a cuenta de la producción futura y libertad de precios y de almacenamiento. Ahora bien, Craywinkel, como Herbert, se mostraba más prudente respecto

⁵⁰ CRAYWINKEL, «Sobre el comercio del trigo», pp. 132-133.

⁵¹ Francisco de Craywinkel, «Estudios», f.º 16-17.

⁵² Francisco de Craywinkel, «Sobre el comercio del trigo», p. 139.

⁵³ *Ibid.*, p. 136.

al comercio exterior. Aunque elogiara el modelo británico de gratificación de las exportaciones de granos, no era partidario de activarlo en España. En cambio, sí mostraba su confianza en el potencial exportador de frutos y granos. Su comercialización ayudaría a extender el cultivo y a compensar el imponente déficit comercial del sector manufacturero. Ahora bien, el temor al desabastecimiento del mercado interior le llevaba a oponerse a la libertad plena del comercio exterior de los granos. Su propuesta era regular ese flujo exportador manteniendo el sistema de precios máximos, si bien elevando los vigentes, dado que en la práctica impedían la exportación⁵⁴. Esta propuesta adelantaba el contenido de la *Pragmática* de 1765 liberalizadora del comercio de granos, siguiendo los dictámenes de Campomanes, fiscal del Consejo de Castilla. Todo ello viene a ratificar la importancia de Herbert en los primeros autores españoles defensores de la libertad de comercio de granos: su *Essai* también fue el influjo central de este poderoso político español⁵⁵.

El segundo ámbito de las propuestas reformadoras de Craywinkel fue el comercio colonial. El centro de su análisis era ahora la más que discutible eficiencia y viabilidad del sistema regulador vigente, basado en el monopolio de Cádiz, determinadas compañías privilegiadas de comercio, las «flotas y galeones» y niveles elevados de impuestos y aranceles⁵⁶. Siguiendo una idea omnipresente en Francia, Craywinkel sostenía que, a diferencia de Gran Bretaña, España no estaba siendo capaz de extraer todo el rendimiento económico a sus territorios de ultramar; significativamente calificados por él como «colonias». De acuerdo con los principios del «pacto colonial», ello requeriría básicamente lograr en el mercado indiano una mayor presencia de las manufacturas españolas y en el territorio americano, cambiar el sistema vigente de sobreexplotación de la riqueza metálica por otro que promocionara la agricultura para evitar que España se siguiera abasteciendo de bienes coloniales y materias primas a través de Francia, Portugal y otros países extranjeros.

Consciente de la importancia que en el desarrollo colonial poseía el factor del «comercio», Craywinkel lo era también de la relevancia de un régimen comercial proteccionista favorable a la industria nacional, el único que podía ayudar a ésta a limar su escasa competitividad internacional. Y, en este sentido, el obstáculo principal del sistema imperial español no radicaba en el régimen de puerto único: muy intencionadamente, Craywinkel recordaba que éste operaba como un instrumento de protección de la producción nacional,

⁵⁴ Su propuesta concreta era pasar desde 16 y 20 reales, en las fronteras interiores y marítimas, respectivamente, a 24 y 28.

⁵⁵ Tal y como explicó LLOMBART, 1992, pp. 155 sqq. Otro intenso eco de Herbert se encuentra en las *Reflexiones* de Aragorri.

⁵⁶ Sobre el sistema regulador vigente, véase WALKER, 1979; y sobre el amplio debate que precedió al decreto liberalizador del comercio con las colonias de 1765, en particular, STEIN y STEIN, 2003, pp. 83-95, y DELGADO, 2007, pp. 209-233.

gracias al cual España había alcanzado siglos atrás su hegemonía comercial internacional. Por el contrario, el centro del problema era un sistema fiscal que encarecía el precio de los bienes españoles e impedía su presencia en las Indias. Por ello, la mejora de la competitividad de éstos requería, además del fomento de los navíos americanos y la lucha contra el contrabando, la reducción de los «crecidos impuestos» que soportaba el comercio con América debido al coste del embarque en Cádiz y al derecho de toneladas y de palmeo. En esa misma dirección incidiría también el establecimiento un nuevo sistema de aranceles, cambiando el vigente de palmeo por el de «piezas o varas» de carga. Desarrolladas estas medidas, consideraba innecesario reformar las «flotas y galeones», las compañías privilegiadas de comercio o el monopolio gaditano: «el medio de aumentar el consumo y por consiguiente el embarque de todos los efectos es abaratar su precio mediante la baja o moderación de los derechos⁵⁷». Craywinkel era partidario de que esas reformas se introdujeran de manera gradual y no «de golpe», a medida que la agricultura y la industria españolas se fueran recuperando. Se trataba, en suma, de una propuesta de reforma moderada, cuya incidencia en la primera legislación del *comercio libre* de 1765 fue parcial, y ello a pesar de que Craywinkel participó en la Junta creada para fundamentar sus principios⁵⁸; aunque se eligiera la vía gradual y se decretaran rebajas en los sistemas fiscales y arancelario, esa legislación también aprobó la disolución del monopolio de Cádiz y un proceso progresivo de libertad de puertos.

Así pues, como se ha adelantado, los escritos de Craywinkel se insertaron en un contexto de intensa discusión sobre la estrategia adecuada para la economía española en la que participaron otros destacados representantes del nuevo *establishment* próximo a Carlos III. El fin de esos escritos era evitar que éste acogiera favorablemente la idea de que el desarrollo agrario podía ser suficiente para apuntalar el crecimiento económico español, tal y como sostuvieron otros coetáneos, en particular, el comerciante Aragorri en sus mencionadas *Reflexiones*. En este sentido, cobra una especial relevancia el que los escritos de Craywinkel fueran analizados por destacados representantes de esas nuevas élites políticas. Así sucedió en primera instancia con Campomanes. En un informe elaborado en 1760, poco después de recibir uno de los escritos de Craywinkel, el futuro fiscal del Consejo de Castilla ratificaba su idea de armonizar el desarrollo agrícola e industrial, si bien con la matización de que el fomento de este segundo exigía también el de las fábricas «finas», al garantizar un mayor valor añadido «con menos gente»⁵⁹. El principio de libertad de industria no estaba refido con la intervención pública con el fin

⁵⁷ Francisco de Craywinkel, «Discurso sobre si conviene», f.º 26.

⁵⁸ Véase el contenido íntegro de la «Consulta» emanada de esa Junta en Madrid, Archivo del Palacio Real, II/2639.

⁵⁹ Carta de Campomanes a Craywinkel «devolviéndole un discurso sobre el estado de las artes y la agricultura», editada en CAMPOMANES, 1983, pp. 67-68.

de lograr el desarrollo de determinados sectores económicos que «los particulares no pueden por ahora fabricar por sí», como era el de las fábricas «finas». Asimismo, es probable que un segundo receptor de los escritos de Craywinkel fuera Marcoleta. Este prolífico traductor, en una de sus versiones de un libro de Grenville, publicada en 1770, introduca diversas notas en las que parecía conocer los escritos de Craywinkel o, al menos, se inspiraba en un «autor inglés», que era sin duda Cantillon⁶⁰.

A modo de conclusiones

Como en buena parte de los países europeos, la España de la segunda mitad del siglo XVIII conoció una proliferación notable de todo tipo de escritos sobre la «ciencia del comercio». Resulta indiscutible la centralidad que el pensamiento económico francés ocupó en ese proceso. Esta cuestión se puede advertir en el debate doctrinal y reformista que acompañó la llegada en 1759 de Carlos III al trono de España. Craywinkel fue uno de sus principales protagonistas. Aunque relativamente conocidos, sus escritos no habían sido analizados desde la óptica escogida en este trabajo, estos, tratando de advertir su naturaleza de textos propios de un *adviser* que trataba de acomodar a la España de su tiempo determinadas ideas extranjeras. Éstas procedieron principalmente de dos autores: Herbert y Cantillon. De este último plagió numerosos extractos de su *Essai*, incluida la idea de que España necesitaba una «nueva política», de fundamentos esencialmente económicos. De esta manera, él fue con toda probabilidad el primer autor del setecientos español en hacer uso de las innovadoras ideas de su canónico *Essai*. Esta cuestión vuelve a poner de relieve la notable influencia que en el contexto español alcanzaron las ideas del círculo de Gournay, el responsable de la edición del texto de Cantillon, en detrimento de las coetáneas de los fisiócratas, de las que no existe ningún eco en los escritos de Craywinkel. Al mismo tiempo, pone de relieve la trascendencia de las ideas de ese círculo en dos reformas centrales de los primeros años de Carlos III: el comercio de granos y el comercio colonial. No obstante, es obligado subrayar que Craywinkel no hizo uso de diversas teorías centrales del *Essai*, como las de los precios y el valor; la banca o la de los tipos de cambio y de interés. Y esto mismo puede afirmarse de conceptos como la velocidad de circulación del dinero o el empresario, tratándose por tanto de un empleo selectivo y parcial del contenido de este libro clave de la Economía Política de la Ilustración europea.

⁶⁰ Véase GRENVILLE, *Pintura de la Inglaterra*, pp. 9-10 y 38-39.

FUENTES

[ARAGORRI, Simón], *Reflexiones sobre el estado actual de el comercio de España*, s.l., 1761.

CAMPOMANES, Pedro Rodríguez, Conde de, *Epistolario*, t. I: 1747-1777, ed. de Miguel Avilés y Jorge Cebudo, Madrid, 1983.

CAMPOMANES, Pedro Rodríguez, Conde de, *Reflexiones sobre el comercio español a Indias* (c. 1762), ed. de Vicent Llobert, Madrid, 1988.

CANTILLON, Richard, *Essai sur la nature du commerce en general*, 1755; *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, ed. de Manuel Sánchez Sarto, México, 1950.

CRAYWINKEL, Francisco de, «Sobre el comercio del trigo, para que ese sea libre en lo interior y exterior, pues de ello se siguen muchas utilidades y conveniencias», *Semanario Erudito*, XXXIV, 1791, pp. 131-159.

CRAYWINKEL, Francisco de, «Estudio en que se trata de demostrar la necesidad de atender por igual a la agricultura como a la industria», c. 1760 [Madrid, Archivo de la Fundación Universitaria Española, 14-2].

CRAYWINKEL, Francisco de, «Discurso sobre la utilidad que la España pudiera sacar de su desgracia en la pérdida de la Havana», 1762 [Madrid, Archivo Histórico Nacional, Estado, 2927-271].

CRAYWINKEL, Francisco de, «Discurso sobre si conviene o no abrir indistintamente y sin limitaciones todos los puertos de España al comercio de Indias», c. 1763 [Madrid, Archivo de la Fundación Universitaria Española, 18-20].

GRENVILLE, George, *Pintura de la Inglaterra*, Madrid, 1770.

HERBERT, Jean-Claude, *Essai sur la police des grains*, Berlín, 1753.

QUINTANA, Francisco de la, *Dos discursos sobre el Gobierno de los granos y cultivo de las tierras*, Madrid, 1755.

VILLARREAL, Francisco Joaquín, *Elementos políticos* (c. 1754), ed. de José Manuel Barrenechea y Jesús Astigarraga, Vitoria, 1997.

WARD, Bernardo, *Proyecto Económico* (c. 1762), ed. de Juan Luis Castellano, Madrid, 1982.

BIBLIOGRAFÍA

ANES, Gonzalo (1970), *Las crisis agrarias*, Madrid.

ASTIGARRAGA, Jesús (2011), «Las Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España (1761), de Simón de Aragorri: contenido, estudio de fuentes y primera interpretación», Documento de trabajo, *Asociación española de Historia Económica*, 9, en línea en <<http://www.aeh.net/2011/12/dt-aehe-1109.pdf>>.

- ASTIGARRAGA, Jesús, ZABALZA, Juan (2007), «La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII», *Investigaciones de Historia Económica*, 7, pp. 9-36.
- BECCAGLI, Vieri (1976), «Hume o Cantillon? A proposito di un errore ricorrente nella pubblicistica italiana del Settecento», *Ricerche storiche*, 2, pp. 513-518.
- CASTRO, Concepción de (1987), *El pan de Madrid*, Madrid.
- DELGADO, Joseph María (2007), *Dinámicas imperiales, 1650-1796*, Barcelona.
- ESTAPÉ, Fabián (1951), «Algunos comentarios a la publicación del Ensayo general sobre la naturaleza del comercio en general, de Cantillon», *Moneda y Crédito*, 39, pp. 38-77.
- HAMILTON, Earl J. (1947), *War and prices in Spain, 1651-1800*, Nueva York.
- HUTCHISON, Terence (1988), *Before Adam Smith*, Nueva York.
- LIOMBART, Vicent (1992), *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid.
- MOLAS, Pere (1987), «Tres textos económicos sobre la Catalunya Ilustrada», *Pedralbes*, 7, pp. 147-162.
- MOLAS, Pere (1978), «La Junta General de Comercio y Moneda. La institución y los hombres», *Cuadernos de Historia*, 9, pp. 1-38.
- MURPHY, Antoin E. (1986a), «Le développement des idées économiques en France (1750-1756)», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXXIII, pp. 521-541.
- MURPHY, Antoin E. (1986b), *Richard Cantillon. Entrepreneur and Economist*, Oxford.
- SCHUMPETER, Joseph A. (1954), *History of Economic Analysis*, Oxford.
- SMITH, Robert Sidney (1967), «A Spanish Edition of Cantillon's *Essai*», *Southern Economic Journal*, 33, pp. 572-573.
- STEIN, Stanley J., STEIN, Barbara (2003), *El apogeo del Imperio*, Barcelona.
- THÉRÉ, Christine (1998), «Economic publishing and authors, 1566-1789», en Gilbert FACCARELLO (ed.), *Studies in the History of French Political Economy*, Londres - Nueva York.
- TSUDA, Takumi (1979), «Étude bibliographique sur l'*Essai de Cantillon*», en Richard CANTILLON, *Essay de la Nature du Commerce en Général*, ed. de Takumi TSUDA, Tokio.
- TSUDA, Takumi (1983), «Un économiste trahi, Vicent de Gournay (1712-1759)», en Josiah CHILD, *Traité sur le commerce de Josiah Child avec les Remarques inédites de Vicent de Gournay*, ed. de Takumi TSUDA, Tokio.
- TSUDA, Takumi (ed.) [1993], *Mémoires et lettres de Vincent de Gournay*, Tokio.
- USOZ, Javier (2011), «La nueva política ilustrada y la esfera pública las introducciones a la economía en el siglo XVIII español», *Revista de Estudios Políticos*, 153, pp. 11-46.

VILAR, Pierre (1987), *La Catalogne dans l'Espagne Moderne*, Barcelona.

WALKER, Geoffrey J. (1979), *Política española y comercio colonial, 1700-1789*, Barcelona.

PALABRAS CLAVE

CIRCULACIÓN INTERNACIONAL DE LAS IDEAS ECONÓMICAS, COMERCIO ATLÁNTICO, COMERCIO DE GRANOS, ILUSTRACIÓN ECONÓMICA ESPAÑOLA, RICHARD CANTILLON

NOTA BIBLIOGRÁFICA

- Albert Broder, *Los ferrocarriles españoles (1854-1913): el gran negocio de los franceses*..... 177
por Pere Pascual i Domènech

RESEÑAS

- Yolanda Blasco y Carles Sudrià, *El Banco de Barcelona (1844-1874): historia de un banco emisor*..... 195
por Pedro Tedde de Lorce
- Giovanni Federico, *Breve historia económica de la agricultura*..... 201
por José Ignacio Jiménez Blanco
- Josep Bernabeu-Mestre y Josep Lluís Barona Vilar (eds.), *Nutrición, Salud y Sociedad. España y Europa en los siglos XIX y XX*..... 207
por Antonio Escudero
- Lourdes Pérez Moral, *La Casa Pallarés. Familia y negocio oleícola*..... 211
por Ramon Ramon-Muñoz
- Francisco M. Parejo Moruno, *El negocio del corcho en España durante el siglo XX*..... 215
por Eusebio Medina García
- Myrddin John Lewis, Roger Lloyd-Jones, Josephine Maltby y Mark David Matthews, *Personal Capitalism and Corporate Governance. British Manufacturing in the First Half of the Twentieth Century*..... 217
por Yocentia Binda
- Berry Eichengreen, *Un privilège exorbitant. Le déclin du dollar et l'avènement du système monétaire international*..... 221
por Yolanda Blasco Martel

Un nuevo sistema económico para la monarquía española. Las «Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España» (1761), de Simón de Aragorri

• JESÚS ÁSTIGARRAGA
Universidad de Zaragoza

Las «Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España» (1761), de Simón de Aragorri*

En la primavera de 1762, pocos meses antes de ser nombrado fiscal del Consejo de Castilla, llegaba a manos de Campomanes un libro anónimo, editado en 1761 y titulado *Las Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España*. El momento de su recepción no podía ser más oportuno. Campomanes se hallaba finalizando entonces sus *Reflexiones sobre el comercio española e Indias*, una extensa obra que había venido elaborando en los meses previos y que finalmente quedó inédita.¹ A pesar de que, según su narración, solo puso de unos pocos días para consultar aquellas anónimas *Reflexiones*, ello no fue óbice para que apreciara su singularidad, y el hecho es que le dedicó el apéndice más extenso de los cinco que componían el «Suplemento» a su trabajo. El futuro fiscal realizaba en él un comentario crítico de su contenido, el

* Este trabajo se integra en el Proyecto de Investigación HAR2008-10174. Una visión previa y más extensa sobre el mismo se presenta en la Colección de Documentos de Trabajo de la Asociación Española de Historia Económica (DT-AEHE), 2011, n.º 1109. Se trata de uno de los frutos derivados de una estancia de investigación como *Senior Research Visiting Associate* en el Modern European History Research Centre de la Universidad de Oxford. Su autor desea agradecer al profesor John Robertson su apoyo y su amabilidad. En su versión final, este trabajo se ha beneficiado de las valiosas sugerencias y aportaciones realizadas al mismo por sus dos evaluadores anónimos. Por último, un análisis más extenso del ofrecido aquí acerca de las ideas sobre el comercio transatlántico contenidas en las *Reflexiones* verá la luz próximamente en la *Revista de Indias*.

1. Campomanes (1762). Debemos el conocimiento de esta obra a Llobmari, quien la publicó en 1988.

cual sin embargo no empañaba el patriotismo que atribuía a su autor. Él le mantenía en el anonimato, a pesar de que la persona que le había proporcionado el libro, Francisco de Craywinckel, un próspero comerciante de origen flamenco bien entroncado con la nobleza catalana, le había advertido de que era Simón de Aragorri.² Aunque el análisis de Campomanes no se cifrara a sus ideas sobre el comercio de Indias, en realidad, una parte menor de las *Reflexiones*, este enigmático libro, del cual no se conocía ejemplar hasta la fecha, quedó inscrito en el conjunto de documentos elaborado en los prolegómenos de la creación en 1764 de la mano de Esquilache y Grimaldi de una Junta Especial, en la que tomarán parte los propios Craywinckel y Aragorri, para analizar la reforma del comercio transatlántico,³ y que desembocará un año después en el *Reglamento del Comercio Libre*, la primera revisión sustancial de todo el siglo XVIII de ese comercio.⁴

Las *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España* es un libro fechado en 1761, impreso en formato octavo y de una extensión muy notable.⁵ Algunas de las características formales de su edición dejan al descubierto aspectos reveladores de lo que hubo de ser su elaboración y su impresión. Publicado no solo anónimo, sino también sin referencia editorial y sin apenas párrafos, el libro parecía el resultado final de una elaboración rápida, que pudo extenderse entre septiembre u octubre de 1760 y febrero o marzo de 1761; también su impresión parecía apresurada: incluía algunos errores gramaticales y otros tipográficos. Por otra parte, con toda probabilidad, su edición hubo de ser financiada por el propio autor. Ello explica que fuera publicado como libro, cuando la mayoría de los documentos de temática similar que circulaban esos años en sus mismos canales quedaron manuscritos. En cualquier caso, su tirada fue indiscutiblemente escasa. Ello explica que, aun cuando su existencia fuera conocida desde 1988 gracias a Llombart, hasta la fecha no se tenía noticia de su contenido, debido a la imposibilidad de encontrar un ejemplar del mismo.

Un primer análisis de ese contenido permite afirmar que las *Reflexiones* eran originales respecto a otros escritos económicos elaborados entre 1755 y 1764 por el marqués de Llanos, Goossens, Craywinckel, Ward o Campomanes. Al mismo tiempo, ese análisis muestra que, a lo largo de sus casi tres centenares de páginas, se pasaba revista a los principales problemas de la econo-

2. Tal y como explicó Llombart, Campomanes (1762), p. 409 (nota 78).

3. Diversos autores, además de Llombart (1992), se han referido en ese sentido a las *Reflexiones*. Torres (2006), Stein-Stein (2005) y Delgado (2007).

4. Sobre esta cuestión, bien conocida, véase Llombart (1992), pp. 113-153; Stein-Stein (2005), pp. 83-95, y Delgado (2007), pp. 235-271.

5. Textualmente, *Reflexiones sobre el estado actual de el comercio de España*, 1761; a continuación de las 295 páginas se incluía, sin paginar, el índice de los asuntos que contiene este libro. Un ejemplar de la obra puede consultarse en la Biblioteca Nacional de España (signatura: R/40476).

mía española de su tiempo—desde la balanza de pagos o la hacienda pública hasta el comercio de granos—, proponiendo una serie de reformas muy concretas y con una orientación económica muy precisa, muchas de las cuales podían ser activadas con cierta celeridad. Se trataba, por tanto, de un auténtico programa de gobierno para el conjunto de la monarquía. De hecho, el libro culminaba en un capítulo titulado «Sistema de gobierno» en el que el autor sintetizaba en veinticuatro máximas ese conjunto de reformas que, desde su criterio, convenía activar en España.

Acompañando su estructura teórica, las *Reflexiones* presentaban un conjunto notable de datos sobre el comercio interior y exterior de España. Esta cuestión pone de relieve que su autor poseía un conocimiento muy preciso de esa realidad comercial, y ello permite ratificar la autoría de Aragorri.⁶ En la fecha en que escribió sus *Reflexiones*, con apenas treinta y cinco años, este poseía una posición muy consolidada en el ámbito mercantil que fue testigo de la llegada al trono de Carlos III.⁷ Simón de Aragorri y Olavide (Hendaya, 1725—Madrid, 1806) era un emblemático representante del grupo de negociantes vasco franceses que supieron aprovechar su condición fronteriza para desarrollar un conjunto variado de negocios, de dimensión internacional, basado en la intermediación de España con Francia y otros mercados europeos. De un perfil similar al de Cabarrús, comerciante, banquero y financiero a un mismo tiempo, sus negocios comprendieron el comercio de mercancías y jugosas operaciones financieras, incluyendo las monetarias y especulativas. Esos negocios se emplazaron en Madrid y Santander, donde situó su casa de comercio, Aragorri y Hermanos. Partiendo de esta, su primer ascenso en el mundo mercantil, durante los años cincuenta, se debió a operaciones con el Real Servicio, operadas como cabeza de negocio o a través de agentes interpuestos.⁸ Para ello tuvo que desplazar a otros asentistas y financieros muy consolidados y crear al mismo tiempo una densa red de colaboradores financieros, de arraigo internacional, a través de la cual importaba los bienes requeridos por el Real Servicio, obtenía crédito y explotaba la rentabilidad de la plaza que apropiaba a través de ese cuantioso flujo comercial. De esta manera, antes de la llegada de Carlos III, se había convertido en uno de los grandes

6. Especialmente significativos eran, en este sentido, los numerosos y detallados cálculos e informaciones sobre el comercio español, en particular, los referidos al de los granos con epicentro en Santander, lugar donde Aragorri tenía ubicada su casa de comercio. Por otra parte, como fue habitual en ese tiempo, la frontera entre los intereses privados y los, supuestamente, públicos aparece muy desdibujada en numerosas de sus propuestas y proyectos de reforma.

7. No se pretende suplir aquí la imprescindible falta de una biografía completa de Aragorri, sino tan solo reflejar algunos de los principales rasgos de la misma. Tres autores que han abordado este asunto con una especial atención son Zylberberg (1993), pp. 135-139; Torres (2006) y Delgado (2007), pp. 212-219. También nos remitimos a nuestra síntesis incluida en el Documento de Trabajo mencionado.

8. Torres (2006), pp. 710-713.

proveedores de la Armada española; y todo ello sin renunciar a otro tipo de operaciones comerciales.⁹ Poco después, siguiendo una estructura patrimonial singular en España, en razón a «su variedad, su amplitud y su carácter excepcional»,¹⁰ sus negocios se ampliarán al comercio colonial, en su faceta de importador mayorista e intermediario de otros comerciantes de Cádiz y Madrid, y al de granos: en los años previos al motín de Esquilache, Aragorri fue nombrado director del Pósito de Madrid, desde el cual gestionó compras masivas de grano procedente de Francia, Italia y el norte de África. Así pues, durante los años de elaboración de sus *Reflexiones*, Aragorri consolidó una de las fortunas más cuantiosas de la España de su época.¹¹ Al mismo tiempo, su ascenso social se veía reconocido a través de la concesión en 1769 de los títulos de vizconde de Ascubea —pronto revocado— y de marqués de Irandia, así como del prestigioso cargo de ministro honorario del Consejo de Hacienda.

Es indudable que las *Reflexiones* de 1761 ayudaron a Aragorri en su imparable ascenso. El libro roturaba sobre el terreno más apropiado: las reformas de la hacienda pública o el mercado del grano eran las prioridades políticas del primer gobierno de Carlos III. Todos estos asuntos eran tratados en él con la máxima atención, de manera que su puntilloso examen sobre el «estado actual del comercio de España» merece engrosar esa selecta relación de tratados generales sobre el «comercio» del siglo xviii español acotada por Uztáriz y Jovellanos. Con más precisión aún, se trató del primero con esa temática precisa tras la entronización en 1759 de Carlos III. Esta circunstancia marcaba indiscutiblemente su contenido. La obra destacaba debido a su intenso sabor pro francés y antibritánico, dado que fue redactada en plena Guerra de los Siete Años —durante la fase de neutralidad española, aunque no sea posible precisar si lo fue antes de la firma del Tercer Pacto de Familia en agosto de 1761—.¹² Al mismo tiempo, poseía como su primer destinatario ese *établissement* emergente que comenzaba a rodear al nuevo rey y que, como Campomanes o Craywinckel, fue el primero en conocerla. Aragorri alzaba su voz ante él para aprovechar, con esa astucia que mostrará durante toda su vida, la oportunidad que brindaba el nombramiento de Esquilache como consejero de Hacienda en mayo de 1760 para proponer un cambio profundo en la estrategia económica de la monarquía: Irandia escribió sus *Reflexiones* para combatir el legado económico heredado de Uztáriz y Ulloa. Al mismo tiempo, viene a ratificar el pró-

9. Algunos de sus negocios llegaron a implicar al gobierno francés; véase Delgado (2007), p. 214.

10. La cita es de Zylberberg (1993), p. 136.

11. Según Zylberberg (1993), p. 136.

12. Por tanto, su redacción precedió a los decisivos acontecimientos que afectarán a España poco después: la traumática toma de La Habana por los ingleses (junio de 1762); la de Manila (octubre de 1762); y el Tratado de París (febrero de 1763). No obstante, cuando se escribieron las *Reflexiones*, el Golfo de San Lorenzo y Canadá ya habían caído en manos británicas (septiembre de 1760); véase Aragorri (1761), p. 79.

tagonismo que esa generación de burocratas, políticos y financieros otorgó a la economía política como el lenguaje central para razonar acerca de las reformas necesarias para la monarquía y para explicatlas en la esfera pública.

Las fuentes de las «Reflexiones»: Accarias de Serionne y el «Journal de Commerce»

Casi carentes de notas, las *Reflexiones* apenas contenían alusiones a sus fuentes. Irandia citaba reiteradamente a Uztáriz, Ulloa y, más ocasionalmente, a otros economistas españoles de los siglos previos —Valle de la Cerdá, Moncada o Fernández Navarrete—; en cambio, omite totalmente sus fuentes foráneas. El análisis detallado de estas ha revelado que el libro poseía una fuente central. Se trataba de un conjunto de artículos publicado en 1759-1760, bajo autoría anónima, en el *Journal de Commerce*. Editada en Bruselas y decana de todas las revistas europeas dedicadas a cuestiones del «comercio», esta publicación periódica fue un proyecto semigubernamental, tutelado y financiado por el poder austriaco, tanto por la emperatriz María Teresa, como, en particular, por Cobenzl, principal autoridad de los Países Bajos austriacos entre 1753 y 1770.¹³ Fue fundada y dirigida durante sus cuatro años de vigencia —entre 1759 y 1762— por el economista francés Jacques Accarias de Serionne.¹⁴ Este había recalado en Bruselas en 1758, tras exiliarse de Francia debido al estado ruinoso de sus negocios privados. A partir de ese momento, inició su intensa relación con Viena, que ya no se interrumpiría. Serionne fue primero una persona de confianza de Cobenzl y fue pagado con fondos secretos por sus prestaciones al menos hasta 1767, es decir, cinco años después de que fuera clausurado el *Journal*. En 1769 se trasladó primero a Viena y después a Hungría para cumplir funciones como asesor económico. En esos lugares redactó buena parte de su obra económica. De amplia circulación en los ámbitos del poder austriaco, Holanda, Alemania y Francia, dos de sus principales tratados fueron traducidos en España años después de que Aragorri utilizara el *Journal* para elaborar sus *Reflexiones*.¹⁵

13. Sobre el *Journal*, véase Vercruysse (1991). A partir de enero de 1761, la publicación se denominó *Journal de Commerce et d'Agriculture*.

14. Las mejores biografías de Accarias de Serionne (Châtillon-en-Diois, 1706-Viena, 1792) se deben a Accarias de Serionne (1886) y Hasquin (1974; 2008). Probablemente, en su labor editorial, aquel recibió la colaboración del comerciante francés Montadoin de la Touche.

15. Accarias de Serionne (1772-1774) y (1774). Ambas traducciones fueron realizadas por el vizcaíno y funcionario de la Hacienda Domingo de Marcolela. Las estrechas relaciones que tuvo en España la difusión de la obra de Serionne con la del ex ministro de Hacienda británico George Grenville, de la mano del propio Marcolela, se analizan en Astigarraga (2012a). Por su parte, una refutación anónima a su obra, atribuida a Campomanes, se analiza en Astigarraga (2012b).

Aunque el *Journal* poseyera un contenido plural, publicando noticias de las sociedades ilustradas europeas (premios, discursos o memorias), informaciones para los comerciantes (precios, tipos de cambio o centros del comercio), referencias de obras de autores célebres (Mirabeau, Patullo o Biefeld) o discursos sobre las ciencias auxiliares del comercio (química, derecho o tecnología), destacó debido a sus numerosos artículos de contenido económico, atribuidos a Serionne, versados sobre el comercio internacional y la agricultura, así como otros numerosos polémicos, en particular, con los fisiócratas. Todos ellos estaban atravesados por una fuerte polarización entre las que eran consideradas las potencias de ese momento, Gran Bretaña o Francia, y la realidad de los países periféricos, principalmente, Portugal y España. Acerca de estos últimos, ofreció dos exhaustivos trabajos, con el perfil de tratados económicos especializados. El relativo a España, cuyo autor fue sin duda Serionne,¹⁶ se titulaba *Considérations sur le commerce d'Espagne, sur les divers moyens de le relever et sur l'intérêt général de l'Europe dans ce commerce*. Vio la luz en nueve extensas entregas, publicadas entre mayo de 1760 y enero de 1761.¹⁷ Seis de ellas constituyeron el eje vertebral de las *Reflexiones* de Aragorri.¹⁸ La tabla adjunta reconstruye la equivalencia entre ambos textos.

<i>Reflexiones</i> de Aragorri	<i>Considérations</i> de Serionne
pp. 1-42	Septiembre de 1760, pp. 3-43
pp. 42-75	Octubre de 1760, pp. 3-36
pp. 75-109	Noviembre de 1760, pp. 3-41
pp. 109-207	Mayo de 1760, pp. 3-51
pp. 207-232	Junio de 1760, pp. 3-56
pp. 232-283	Agosto de 1760, pp. 3-33
—	Julio de 1760, pp. 3-120
—	Diciembre de 1760, pp. 3-33
—	Enero de 1761, pp. 30-66

El análisis detallado de la deuda contraída por Aragorri con Serionne revela que, en efecto, la obra de aquel fue principalmente un plagio, bajo la for-

16. El francés publicará este trabajo en el primero de sus tratados económicos, como un extenso capítulo independiente, bajo el título de «*Sur l'Espagne*» (Accartías de Serionne, 1766, vol. I, cap. V).

17. *Journal de Commerce*, mayo de 1760, pp. 3-51; junio de 1760, pp. 3-56; julio de 1760, pp. 3-120; agosto de 1760, pp. 3-33; septiembre de 1760, pp. 3-43; octubre de 1760, pp. 3-36; noviembre de 1760, pp. 3-41; diciembre de 1760, pp. 3-33; enero de 1761, pp. 30-66.

18. En este trabajo no podemos ofrecer una relación detallada de todas las divergencias que poseen ambos textos. De todas ellas se dejará constancia en la edición futura de las *Reflexiones* que se está preparando.

ma de una traducción-adaptación, de la de este, pero también algo más que esto. Iranda desplazaba a la segunda parte de su libro las ideas de Serionne sobre la reforma del comercio transatlántico, que habían abierto sus *Considérations*; asimismo, prescindía de tres de las nueve entregas que componían el trabajo del francés, debido con toda probabilidad, por un lado, a que no trataban estrictamente sobre la realidad española y, por otro, a que podían desenfocar el sentido profundamente agrarista que quería imprimir a sus *Reflexiones*. En este último sentido, resultaba muy ilustrativa la renuncia a traducir una extensa entrega en la que Serionne examinaba la competencia como principio activo del comercio y la industria, así como los criterios para el desarrollo de esta en España.¹⁹ Por último, incorporaba a su obra tres fragmentos muy amplios, tanto originales como deudores de otras fuentes. El primero, versado sobre el comercio de granos, abordaba las posibilidades de la economía española de fomentar su exportación, incorporando una extensa defensa del comerciante privado y la libertad de comercio. El segundo, versado sobre el reforma del comercio transatlántico, incluyendo un reglamento de quince artículos sobre ello. Por último, el tercero era el ya citado «Sistema de comercio» que, a modo de programa de gobierno, sintetizaba en veinticuatro artículos los diferentes asuntos abordados en la obra.

En suma, las *Reflexiones* fueron derivadas principalmente de las *Considérations* de Serionne. Ahora bien, esta cuestión plantea el problema adicional de conocer cuáles fueron las fuentes de estas. Ello se debe a la prácticamente nula atención que ha cosechado el estudio de la obra de este influyente economista francés del siglo XVIII. Esta ha sido asiduamente emplazada en la amplia corriente de intensa inspiración agraria y liberal que, sin embargo, se opuso abiertamente y expresamente a la fisiocracia.²⁰ En efecto, el análisis de las fuentes de las *Considérations* —en su mayoría ocultas— revela que su estructura teórica se alzaba a partir de textos diversos y no fáciles de conciliar entre sí, principalmente, las *Considérations sur les Finances d'Espagne* (1753) y los *Éléments du commerce* (1754) de François Véron de Forbonnais, el *Essai sur la Police générale des Grains* (1753) de Claude-Jacques Herbert y los *Political Discourses* (1752) de David Hume. Así pues, la obra de Serionne desempeñó un auténtico papel de mediación en Aragorri, quien, con toda probabilidad, sin conocer directamente esas fuentes, realizó un uso intenso de ellas en la elaboración de sus *Reflexiones*. Esto, sin embargo, no ocurrió con otros textos también inspiradores de esta obra. En los fragmentos incorporados por Iranda, este hacía

19. Dicha entrega, de enero de 1761, será incorporada al capítulo «*Sur l'Espagne*» del primer tratado económico de Serionne. Además, este omitió la de julio de 1760, dedicada a unas «Observaciones» sobre la economía británica, y la de enero de 1761, que incluía una extensa digresión sobre el efecto de la abundancia de los metales preciosos en el precio de los bienes, refutatoria de las ideas de Herbert e inspirada con toda probabilidad en Cantillon.

20. Spengler (1942), pp. 316-321; J. Airiau (1965).

uso, además del texto de Herbert, de otros dos de Mirabeau, *L'ami des hommes* (1756-1760) y la *Théorie de l'impôt* (1760) —su autoría era compartida con Quesnay—. Ello le permitía incorporar a su obra un filón fisiócrata ausente en el trabajo de Serionne. Por tanto, sus *Reflexiones* eran especialmente deudoras del ambiente intelectual de la Francia de los años cincuenta, además de Serionne, el grupo de Gournay (Forbonnais y Herbert) y los fisiócratas (Mirabeau). Gracias a la intermediación del primero, su contenido doctrinal deja al descubierto su indudable modernidad: Irlanda fue uno de los primeros autores —si no el primero— en utilizar en España las ideas de Hume y la fisiocracia.

Forbonnais y la decadencia económica española

Todas las *Reflexiones* de Aragorri se hallaban vertebradas en torno a una propuesta metodológica basada en las posiciones antifisiócratas de Serionne. Este no aceptaba la existencia de leyes absolutas del desarrollo económico. La «ciencia del comercio» poseía ciertas máximas útiles a todas las naciones, pero, en sustancia, otras particulares que debían adaptarse a cada realidad nacional, en función de su situación geográfica, producciones o constitución de sus gobiernos.²¹ Por ello, resultaba particularmente necesario afinar con una interpretación correcta de las causas de la decadencia económica española. Y aunque para ello Irlanda parecía inspirarse en las ideas de Uztáriz, Ulloa y la literatura *arbitrista* del seiscientos, en realidad analizaba esa cuestión a través de la lectura interpuesta que había realizado de ellas Forbonnais en sus *Considérations sur les Finances d'Espagne*.²²

Este libro fue el primero de argumento económico de este destacado miembro del círculo de Gournay, pocos meses antes de que tradujera la *Théorie de Uztáriz*. Su finalidad era presentar un modelo teórico sobre los criterios de una fiscalidad equitativa.²³ Para ello, Forbonnais realizaba una «traducción-reeleboración» de un conjunto de escritos fiscales españoles —esencialmente, los contenidos en la *Miscelánea económico-política* (1749), que incluía entre otros la *Representación* (1732) de Zavala y la *Instrucción* (1749) de Loynaz—, cuyas ideas habían emergido al albur de la elaboración del catastro de Ensenada y su intento de implantar la «única contribución». Forbonnais las explotaba mirando a ambos lados del Pirineo, tanto hacia el ministro de Hacienda francés Maichault, como hacia Ensenada y su fortuna una vez fracasado su audaz intento

de reforma fiscal. Así, no solo trataba de explicar por qué la prosperidad española «s'écoûla comme un torrent» en menos de un siglo y de aquilatar la relevancia en ello de la nefasta política hacendística de los Austrias, cuanto de explicar su alternativa al sistema fiscal castellano. Su propuesta, discrepante de Ensenada, se basaba en Zavala y el catastro catalán establecido por Patiño, aunque ligeramente modificado. A pesar de su rechazo a las rentas provinciales, aceptaba el establecimiento de un impuesto sobre los consumos, junto con otro sobre la renta de la tierra,²⁴ avalando por tanto un sistema mixto que defenderá años después cuando plante cara al *impôt inique* fisiócrata.²⁵ Ahora bien, junto a ello, enfatizaba la idea, que él atribuía parcialmente a Uztáriz, de que la decadencia española había sido causada por la «mala administración», en particular, en la Hacienda.²⁶

Precisamente, este fue el argumento de las primeras páginas de las *Reflexiones*: Su autor aceptaba, como Forbonnais, que, durante el Imperio, las leyes españolas habían respondido a los «buenos principios» de las «naciones más inteligentes», dado que, la política bélica y expansiva, al anudar el «espíritu de comercio» con el de «conquista», había permitido a España soslayar las consecuencias económicas indeseables de un exceso de numerario y preservar así su estructura industrial. El cambio de ciclo, en el reinado de Felipe III, fue debido a la «mala administración». De ella se derivó la imposibilidad de mantener el gasto militar —y con ello la pérdida de los dominios europeos— y la ruina económica. Aun sin obviar los problemas causados por los metales preciosos, tal ruina se debió a un conjunto de políticas fiscales erróneas: incremento de los impuestos, recargo de los aranceles, trabas a la circulación del dinero, alteraciones del valor metálico de las monedas o la «codicia insaciable» de los recaudadores. Los efectos combinados de la «mala administración» y el «exceso de cargas» se trasladaron a la población, el empleo y todos los sectores productivos, incluido el agrario, pues, frente a Ulloa, «la causa que motivó el abandono de las manufacturas es la misma que destruyó nuestra agricultura».²⁷ Por su parte, ese declive económico agudizó el del Erario, al tiempo que redujo la competitividad de las manufacturas nacionales, pasando los mercados de Indias a manos extranjeras. Para reforzar sus argumentos, Aragorri rebatía detenidamente la supuesta relevancia de otros factores, ya aducidos desde la literatura *arbitrista*: el peso económico excesivo de las Indias, las migraciones de españoles a ellas o la deficiente estructuración del mercado interno español. Todo ello suponía una reprobación de las tesis de

24. Forbonnais (1755), p. 154.

25. De acuerdo con Alimento (1985), quien subraya también la importancia del catastro piemonés y lombardo en la propuesta hacendística de Forbonnais.

26. Insiste sobre esta tesis en otros pasajes de sus escritos: Forbonnais (1753), p. vii; (1755), pp. 45-46. Juicios similares en Hume (1755), vol. I, p. 187; vol. II, pp. 317-318.

27. Aragorri (1761), p. 20; cf. Forbonnais (1755), p. 12.

21. Aragorri (1761), pp. 1-2.

22. La obra, publicada anónima y con una notable circulación en Europa, incluida España, aunque no fuera traducida al castellano, contó con numerosas reediciones (1755, 1757, 1761 y 1769).

23. Seguimos la excelente interpretación de Guasti (2004).

Uztáiz y, sobre todo, de Ulloa: poner el foco, como este, en el control del ultramar español por el comercio extranjero era convertir en causa una de las consecuencias de la decadencia, incluso, el indiscutible efecto negativo de la expulsión de los judíos y musulmanes se había visto agravado por la política fiscal de los Austrias, quienes, pese a la caída de la población activa, mantuvieron los ingresos fiscales aumentando los impuestos. En suma, Irlanda hacía suya la tesis de Forbonnais sobre el nexo causal existente entre decadencia económica y fiscalidad.

Los problemas originados por la «mala administración» se agravaron debido a la prolongación, casi hasta el reinado de Carlos III, de las políticas dañinas. A la ley que prohibía, sin éxito, la llegada de manufacturas extranjeras a las Indias, se unieron otras, igual de «absurdas», «infructuosas» e «innútiles»: la prohibición de extraer metales solo sirvió para alimentar un mercado ilícito; la de importar manufacturas extranjeras, para «hacer conocer la inutilidad de una ley prohibitiva»; y la que impedía la exportación de seda, para hacer perder a los cosecheros sus mercados exteriores. Irlanda convertía su rechazo a estas y otras medidas similares en una desautorización de la política económica precedente. Tales medidas no lograron «hacer revivir la industria de una nación, ya optimizada por el peso de sus contribuciones»,²⁸ y, lo que es peor, demeritaron la agricultura. La excesiva presión fiscal derivó en la pobreza de las clases productoras, condenadas a abandonar tierras y fábricas, algo lógico cuando el salario real no cubría la subsistencia y el tributo.²⁹ Aun antes que la felicidad pública, el empleo era la política clave para garantizar el crecimiento económico y la solidez de las finanzas públicas: «el único medio útil y seguro de acrecentar las rentas de una corona consiste en multiplicar y aumentar los medios de ocupar al pueblo».³⁰

Todas estas argumentaciones adquirían una proyección política más indiscutible aún cuando Irlanda explicaba que los «abusos introducidos en los tributos» contrariaban los fundamentos de la conducta humana. El espíritu de industria era una consecuencia de la necesidad, pero, sobre todo, del interés individual; por ello, los cosecheros y artesanos «abandonan un trabajo que no les produce nada y llevan a otra parte su industria».³¹ De acuerdo con Hume,³² aunque los políticos pensaran que el patriotismo o la pasión militar gobernaban a las personas, lo que realmente les inducía al trabajo era la codicia y el lujo. Por ello, en los regímenes «libres», el perfeccionamiento de la in-

28. Aragorri (1761), p. 34.

29. Aragorri (1765), p. 29, sigue textualmente a Forbonnais (1754), pp. 61-62 y (1755), pp. 50-51, 58-59, quien había sostenido que si los salarios se limitaban a cubrir la subsistencia, ese tipo de ocupación se abandonaría, y ponía como ejemplo de ello a España.

30. Aragorri (1761), p. 28; cf. Forbonnais (1755), pp. 51 y 251.

31. Aragorri (1761), p. 23.

32. Hume (1755), p. 28.

dustria garantizaba el desarrollo de las artes, es decir, el bienestar individual, y aunque él considerara que la opulencia no se correspondía infaliblemente con la libertad, la pobreza era un efecto natural del gobierno despótico, de ahí que, según Aragorri, «la industria es incompatible y huye del despotismo».³³ Buen ejemplo de ello era la República de Holanda, todo un ejemplo de frugalidad y laboriosidad mercantil: su creación fue debida a la necesidad y a una serie de «casualidades imprevistas»; pero, una vez fundada, la defensa de su libertad obligó a sus habitantes a hacerse laboriosos.

Así las cosas, la única solución era un «auxilio general», basado en «el buen orden y la moderación en la administración, el gusto de las ciencias, el fomento de todas las artes, las invenciones que las facilitan, un comercio floreciente».³⁴ Y todo ello pasaba lógicamente por una reforma fiscal profunda. Aragorri defendía la reducción de los impuestos y los aranceles soportados por la industria y la agricultura españolas. Esta medida, lejos de originar problemas añadidos a la Hacienda, multiplicaría la creación de rentas, debido al aumento de la actividad económica y la población, y al mismo tiempo evitaría que las «imposiciones, derechos de salida o prohibiciones» estimularan el ingenio extranjero e hicieran perder mercados a la economía nacional. La «buena administración» exigía afrontar en paralelo la disminución del gasto público; por ello, Irlanda situaba en el primer orden de urgencias políticas la reducción de la deuda; una cuestión en la que se percibía el eco de Davenant, bien recogido por Forbonnais, respecto al excesivo endeudamiento de España y la pésima gestión del mismo:

las cargas son excesivas pero las obligaciones del reino las hacen indispensables, con que se hace preciso minorar las cargas del Estado para moderar las imposiciones: el verdadero remedio se debe buscar en la extinción de las deudas de la Corona, lo que únicamente depende de los efectos de una buena administración.³⁵

Todas estas ideas eran indiscutiblemente un guiño hacia Esquilache. Aun sin presentar una propuesta fiscal cerrada, el foco de las críticas de Irlanda eran esas rentas provinciales que «encarecían de mucho nuestras fábricas» y las situaban ante la «imposibilidad de sostener la concurrencia de las extranjeras». Al mismo tiempo, trataba de evitar que se perdiera el hilo del esfuerzo fiscal de Ensenada. Así, apoyaba la realización de cálculos sobre el valor de

33. Aragorri (1761), p. 23.

34. Aragorri (1761), pp. 36 y 24-25.

35. Aragorri (1761), pp. 33-34, parece aceptar la tesis de Forbonnais (1755), p. 110, acerca de la dificultad de establecer reformas bajo la presión de las urgencias públicas. Respecto a Davenant, éste criticaba las vastas anticipaciones de deuda realizadas por España desde 1608 y su nefasto efecto sobre el crecimiento. En efecto, este problema no era banal si apreciamos que Carlos III se encontró ante una hacienda muy endeudada, con préstamos que procedían de la guerra de Sucesión; Stein-Stein (2005), pp. 49 y ss.

las tierras y los consumos, como parte de un programa más general de estadística económica, partiendo de las informaciones que «se han tomado para la única contribución», con ello «logrará nuestro Monarca la satisfacción de tener un conocimiento perfecto de su Reino; ventaja inapreciable tanto para la repartición de los tributos como para los socorros extraordinarios que pidan las urgencias de la Corona».³⁶

Hume y el análisis monetario de las *Reflexiones*

En su análisis de la decadencia española, junto a los problemas de la «mala administración», Irlanda subrayaba los derivados de la afluencia de los metales preciosos americanos. Ahora su fuente de inspiración, siempre tácita, eran los *Political Discourses* de Hume.³⁷ Su punto de partida era la idea de este respecto a la existencia de un «orden natural de las cosas» —o bien «curso ordinario de los asuntos humanos» o «general de las cosas», al cual debían someter los políticos sus decisiones, en particular, las del gobierno económico, si es que, como proclamaban, deseaban alcanzar el bien general. Este dependía de la concurrencia de una azarosa multitud de sucesos, y no del capricho o el deseo de personas concretas. Según Aragorri, la participación de las naciones en las distintas «revoluciones» históricas —el descubrimiento de América u otras similares— no se debía al raciocinio, la voluntad o a determinaciones «principios generales», sino a la «casualidad» y a «su posición, carácter, industria, naturaleza y constitución de su gobierno», de manera que «las naciones no pueden vaticinar los acasos; se dirigen según los sucesos».³⁸ Por ello, aunque los políticos lo pretendieran, no resultaba sencillo cambiar ese «orden natural», ni prevenir su curso:

Las revoluciones continuas sobre los precios de frutos y ropas ocasionadas por las vicisitudes de la abundancia y escasez, los caprichos en el gusto de los compradores, la mala fe de los deudores, su imposibilidad de satisfacer sus empeños, los sucesos de guerra o de paz, las plagas con que el cielo castiga de tiempo en tiempo a algún reino, los naufragios, incendios y otras casualidades son accidentes naturales del comercio y querremos prevenir por providencias que estrechen su libertad

36. Aragorri (1761), p. 285.

37. Aragorri hizo uso de la traducción francesa de la obra de Hume, debida a J.-B. Le Blanc (1754), encuadrada en la política cultural del círculo de Gournay (Charles, 2008), esa versión fue reiteradamente reeditada en Francia y traducida en muchos países europeos. También lo fue en 1789, aunque parcialmente, en España. De los ocho discursos sobre temática económica de la obra (Arkin, 1956), el vasco francés se inspiraba en «De l'argente», «De l'intérêt» y «De la balance du commerce». Del eco de Hume en la ilustración española conocíamos el uso que en los años setenta Foronda o Aguirre realizaron de sus ideas sobre el hijo y la honorabilidad del comercio; véase Astigarraga (2003).

38. Aragorri (1761), p. 21; cf. Hume (1755), pp. 4-5.

es quitarles enteramente los medios que tiene de recuperarse por la industria, y actividades de los comerciantes».³⁹

Dado que era necesaria la confluencia de una gran variedad de circunstancias para la culminación de los cambios —Hume sostenía que incluso la opulencia era el resultado de «ciertos accidentes»—, la mejor política era acomodarse a la inclinación común del género humano, rectificándola de forma gradual, pero, en la medida de lo posible, dejando que el «curso natural» de las cosas operara con libertad y rectificara por sí solo esos accidentes «naturales» del comercio. Esto era así porque la libre competencia era el único sistema de organización socioeconómica que garantizaba que el comercio fluyera de acuerdo con su «curso natural»; dado que «la concurrencia se establece de por sí adonde es necesaria, y se retira lo mismo de donde es nociva».⁴⁰ Así pues, en un régimen de competencia, la sociedad comercial lograría alcanzar un bien general en el que la industria y el comercio se armonizarían con el poder del soberano y la felicidad individual de los súbditos,⁴¹ en suma, en palabras de Irlanda, «todas las cosas tienen su curso y sus efectos y se dirigen naturalmente a establecer una utilidad general, que es el principal objeto de la primera ley de las sociedades».⁴²

Estas ideas planeaban a lo largo de toda la obra de Irlanda, incluyendo la cuestión monetaria. Su punto de partida era, como en Hume, la teoría cuantitativa.⁴³ el primer efecto de la llegada a España desde el descubrimiento de América de cerca de cuatro mil millones de pesos —unos quince millones al año— había sido el aumento de los precios de «todos los frutos, géneros, jornales y tierras».⁴⁴ Ese aumento, con todo, había sido gradual, se había extendido durante casi tres centenares de años a todas las naciones, a medida que los metales preciosos se habían esparcido entre ellas. Pero ello no había producido «por sí ninguna revolución en el comercio general»; sencillamente las naciones habían adquirido sus bienes necesarios más caros, vendiendo también a un mayor precio sus mercancías superfluas, con lo que el comercio requería de una mayor cantidad de dinero. Por tanto, aunque Aragorri no detallara los cambios en la economía real y monetaria producidos por un incremento del

39. Aragorri (1761), pp. 223-224.

40. Aragorri (1761), p. 163.

41. Aragorri (1761), pp. 20-21; véase Hume (1755), pp. 4-5 y 15. Para este, cuanto menos natural fuera el fundamento de una sociedad, mayores serían las dificultades del legislador para conformarla; por ello, pretendía influir sobre los políticos «especulativos», tratando de persuadirlos de que se olvidaran de la moneda y los metales preciosos.

42. Aragorri (1761), p. 55; véase Hume (1755), p. 15.

43. Una revisión actualizada de la teoría monetaria de Hume, en Wennerind (2008).

44. Aragorri (1761), p. 46, en cambio, no contemplaba, como Hume, el efecto de los bancos, el papel moneda y otros instrumentos financieros sobre la masa monetaria. Sobre el alcance de la tesis tradicional de Hamilton acerca de la relación entre metales preciosos e inflación, véase Bernal (2005), pp. 427-430.

numeralario, aceptaba la tesis del ajuste automático de los metales preciosos: a largo plazo se producía un nuevo equilibrio entre la cantidad de dinero y los precios, si bien no tenía por qué ser exactamente proporcional.⁴⁵ En esta versión más sofisticada de la teoría cuantitativa, la moneda era endógena, en la medida en que se ajustaba a los niveles de industria, y no era neutral, dado que la llegada de metales poseía un efecto multiplicador, particularmente en la industria, con lo que generaba riqueza adicional. De esta manera, era esencial diferenciar entre los efectos del incremento de la masa monetaria a corto y largo plazo, así como subrayar su capacidad de autoajuste con los precios.⁴⁶

La razón de que los precios no crecieran tan rápido se debía a que las costumbres sociales mejoraban a medida que aumentaba la cantidad de dinero, debido a que subían los salarios.⁴⁷ Las naciones se abrían entonces al lujo, pues, a medida que crecía la liquidez monetaria, «los consumos de lujo han aumentado también con la misma proporción». Irlanda parecía suponer que en una economía de comercio y lujo los metales preciosos circulaban por toda la nación, en vez de concentrarse en unas pocas manos. Además, como Hume, entendía que durante el largo tiempo necesario para el ajuste entre la cantidad de dinero y los precios, la economía real se activaba: la entrada de dinero generaba un efecto multiplicador que premiaba a las naciones en crecimiento, ocupando sus recursos desempleados, y penalizaba a las estancadas, haciendo que su actividad remitiera aún más: el dinero no creaba nueva riqueza, sino que era el transmisor del incremento de la industria a través de la economía.⁴⁸ Por tanto, antes de que los cambios se hubieran hecho «sin más diferencia que la de haberse empleado mayor cantidad de dinero», el comercio y la industria «han tenido más actividad, se ha trabajado más, se han hecho más negocios, porque ha crecido el número de los consumidores... Las mares que no se conocían antes se han visto cubiertas de los navíos de Europa y la navegación se han extendido a todas las partes del mundo».⁴⁹ Precisamente, era en ese intermedio entre el logro de la opulencia y el aumento de los precios

45. Según Hume (1755), pp. 86-87, ese nuevo equilibrio se conservaba «plus près de l'ancien pied»: desde el descubrimiento de América, los precios habían podido triplicarse o cuadruplicarse, pero la masa monetaria había crecido en una proporción aún mayor. La contróvuelta relación entre metales, remesas y oferta monetaria, para el caso español, se estudia en Bernal (2005), pp. 303-309.

46. Viner (1937), pp. 74 y ss., y Echabaz (2008).

47. A largo plazo un alto nivel de salarios no creaba problemas en el comercio internacional, pues generaría mejoras en la industria y así el coste del trabajo por unidad de output pasaría a ser similar en una nación con altos salarios y alta productividad que en otra con bajos salarios y baja productividad.

48. Hume (1755), pp. 73 y ss., consideraba que esa mayor actividad se extendería a todos los sectores, la agricultura incluida, y pensaba que tras el descubrimiento de las minas americanas la industria había crecido en todas las naciones salvo en las propietarias de estas, lo cual podía ser atribuido precisamente al gran crecimiento del oro y la plata en ellas.

49. Aragorri (1761), pp. 47-48.

cundo la mayor liquidez generaba efectos positivos en la industria, de ahí que, al pasar de un estado a otro, los países abandonarían los tiempos de la «rusticidad» e «ignorancia» para culminar en los de refinamiento. Por ello, una buena política consistía en incrementar gradualmente la cantidad de dinero, aunque los precios crecieran, porque ello hacía aumentar las verdaderas riquezas del pueblo.

En las *Reflexiones*, todo ello se presentaba unido al símil de Hume de que el dinero era no sólo «l'hulle qui rend le mouvement des roues plus doux et facile»,⁵⁰ sino que se asimilaba al agua pues, sin trabas que lo impidieran, nivelaba su nivel de forma natural. Irlanda consideraba «nuestro comercio» como «el consumo general de los frutos de la industria de toda la Europa y como un bien público en que cada nación participa a proporción de su industria»,⁵¹ es decir, la masa monetaria gravitaba internacionalmente, desplazándose hacia los países más desarrollados en población e industria y ajustando el saldo de las balanzas de pagos nacionales; pero, dado que generaba un efecto multiplicador en la industria nacional, era importante el sentido en que se desplazaba:

las riquezas del mundo se han dividido entre todas las naciones en proporción a las producciones naturales e industria de cada una; y de esto ha dimanado una balanza natural, que las artes, los talentos, las guerras, las conquistas, los tratados y la capacidad de los ministros han hecho inclinar con variedad a favor de diferentes reinos.⁵²

Aragorri extraía en sus *Reflexiones* las consecuencias lógicas de estas ideas. El dinero no solo no era símbolo de riqueza, sino que todo incremento del mismo debía proceder de una mejora de la industria, de ahí que la tendencia usual de los gobernantes a la sobreexplotación de la moneda carecía de sentido. Como advertía certeramente Hume, de acuerdo con su carácter de «corps d'eau», esta se ajustaría a su «nivel natural» y no podría ser amasada por encima del mismo; por ello las leyes destinadas a limitar su circulación o a estímular la industria nacional eran tan ineficaces como «absurdas e inútiles». Y así le mostraba el ejemplo de España. Según Irlanda, nuestro gobierno

prohibió bajo la pena de muerte, la extracción de oro y plata, como si nos fuera posible excusar la paga de los géneros que nos son indispensables y que nos suministran los extranjeros. Resultaba que salía el dinero en contrabando y que las gratificaciones que se daban para este efecto recaían en el precio de las mercadurias, que nos vendían a proporción más caras.⁵³

50. Hume (1755), p. 65.

51. Aragorri (1761), p. 158.

52. Aragorri (1761), pp. 48-49.

53. Aragorri (1761), pp. 18-19.

y Ulloa, Irlanda consideraba los metales americanos como un fruto natural más que debía ser utilizado para financiar esas importaciones. Ello permitiría, como en Hume, tras realizar los cálculos precisos pertinentes, mantener una justa proporción entre la oferta monetaria y el nivel de industria. En suma, se trataba de alcanzar la cantidad «óptima» de moneda, logrando al mismo tiempo que creciera anualmente, aun a costa de soportar cierta inflación «contenida», dado que ese crecimiento alentaba el espíritu de industria, el fondo de trabajo y la riqueza nacional. En esas condiciones precisas, Aragorri era partidario, como Hume, de una balanza de pagos positiva, pero mostraba aversión hacia la protección de industrias estratégicas y las barreras o prohibiciones al comercio: estas no solo eran inútiles sino que estorbaban «la circulación general» y encarecían los bienes importados. Por último, defendía el establecimiento «por ley» del tipo de interés, así como la reducción del mismo —del 6 u 8% vigente hasta el 4%—, pues, como mostraba el ejemplo británico, «el bajo precio del interés del dinero fomenta el comercio».⁵⁷

Un modelo agrario para el desarrollo de la economía española

En su análisis sobre la estrategia de crecimiento adecuada para la economía española, Aragorri abogaba por una reorientación profunda de la política económica que le había precedido. Su fracaso se debía no solo a la «mala administración» y el problema de los metales preciosos, sino también a la prioridad otorgada al sector industrial, sustanciada en diversas medidas —exenciones y privilegios a las fábricas o prohibiciones a la importación de textiles extranjeros y la exportación de la seda nacional— que Irlanda repasaba con detalle justificando su inutilidad y su efecto depresivo sobre la agricultura. El foco principal de sus críticas era, por tanto, el legado de Uztiariz y Ulloa, si bien también se distanciaba de Zavala, el principal economista agrario español de la primera mitad del siglo xviii. Ello era debido a que sus ideas, siempre tácticas, procedían de las corrientes agraristas y fisiócratas francesas de última hora, en concreto, de Herbert, Forbonnais y Mirabeau. De hecho, el punto de partida de Irlanda era el propio de esas corrientes: la agricultura era la «primera base» y el cimiento principal de todo el edificio económico. Era erróneo pensar que las manufacturas fueran «unos alivios siempre necesarios a la agri-

neraban su comercio y las operaciones financieras basadas en «dinero ficticio». España debía tener «la demasiada cantidad de dinero efectivo y las mismas causas que atraen la decadencia de las manufacturas en Inglaterra y Holanda», Aragorri (1761), p. 6.

57. Aunque no sea posible precisar si Aragorri leyó a Gournay, es muy probable que en este punto se inspirara en su traducción de la obra del británico Child (1753), cuyo objetivo era precisamente persuadir de la necesidad de reducir en Francia el tipo de interés. Esta tesis fue claramente mayoritaria entre los principales seguidores de Gournay; véase Murphy (1986).

Dado que las fuentes de la riqueza eran la población y la industria, el gobierno tenía más razones para estimular estas que los metales preciosos: estos siempre encontrarían el medio para retornar a las naciones opulentas. Aragorri suponía, como Hume, que no era posible —ni tenía sentido— utilizar leyes prohibitivas o el dominio exclusivo de un arte productivo concreto para que España acumulara todos esos metales americanos más allá de su nivel «natural», pues «no hay nación cuyas manufacturas puedan sostener una circulación interior de una cantidad de dinero que excede con tanta exorbitancia a la porción natural que puede tener en la masa de la circulación general de la Europa».⁵⁴ Y dado que la competitividad internacional dependía de los precios, era lógica la subordinación de España a la manufactura extranjera. En los ciclos generados por una política que pretendiera retener una masa monetaria excesiva y fomentar la industria, las riquezas nacionales serían primero «exorbitantes», pero poco después se abriría sin remedio la «decadencia de nuestras manufacturas y el tiempo de nuestra pobreza»; es decir, el efecto de todo programa económico que tratara de fomentar la manufactura nacional sin recurrir a la extranjera sería «de muy poca duración y aun destruiría la poca industria».

De todo ello se derivaba una de las ideas vertebrales de las *Reflexiones*: estas fueron escritas para mostrar la imposibilidad de hacer compatible en España el desarrollo de la manufactura con un elevado stock monetario. La alternativa más lógica era reconocer que los metales americanos constituían un «fondo inmenso de riquezas» que no era posible retener entre nosotros ni «exclusarnos de [re]partir con las demás naciones de Europa».⁵⁵ Acaso España se hallaba teóricamente en posición de alcanzar una independencia económica plena, en razón a sus riquezas naturales y sus posibilidades comerciales; pero ese proyecto sería «más extravagante que el de una Monarquía universal», pues «el primer instante de nuestra independencia... sería la señal de nuestra ruina». La autarquía no solo no era posible, sino incluso no deseable, ya, en el caso de España, una opción ruinosa. De hecho, ni siquiera las naciones más opulentas habían «podido ponerse en la independencia de la industria extranjera», debiendo recurrir a un comercio internacional que no era, sino la expresión de los «lazos de la sociedad general» en la que sus diferentes partes obtenían beneficios recíprocos. Por tanto, España, lejos de aspirar a abrazar todo tipo de manufacturas, debía elegir solo aquellas posibles, en cuanto que competitivas,⁵⁶ e importar el resto, principalmente las de lujo. Enfrentado a Uztiariz

54. Aragorri (1761), pp. 50-51.

55. Aragorri (1761), pp. 53-54.

56. Su modelo industrial era el francés, con su elevado comercio interior, sus manufacturas en el centro de la nación, sus materias primas abundantes y una buena administración. Por el contrario, era previsible que Inglaterra y Holanda fueran perdiendo su poder manufacturero debido a la incidencia sobre los jornales y los precios de la excesiva cantidad de dinero que ge-

cultura»: esta podía desarrollarse plenamente sin el auxilio de aquellas cuando el cosechero comerciaba con buenos precios y en mercados amplios. Pero, incluso en el caso contrario —Aragorri suponía que en los lugares con trabas para el comercio agrario «tienen las fábricas los mayores progresos»—, el papel de la industria era subsidiario, como simple acicate de la agricultura. Por ello, un «exceso de protección a las fábricas no solo era nocivo, sino que, en casos como el español, se había realizado dañando a la agricultura y el comercio. En suma, el desarrollo nacional no podía provenir ya de ese «corto número de fábricas privilegiadas». La agricultura debía relevar a la industria y transformarse en el eje del mismo a través de un programa agrario tan preciso como amplio.⁵⁸

El foco de ese programa se ponía en las relaciones entre la agricultura y el comercio. El problema del escaso desarrollo agrario español no residía en sus potencialidades naturales cuanto en la inadecuación de su marco regulador. Este debía estructurarse en torno al libre comercio. Ello ponía en entredicho la validez de las leyes agrarias vigentes. Así se había revelado recientemente, con ocasión de la tímida liberalización de las exportaciones decretada en 1756, cuando «el labrador ganó mucho dinero, aumentó sus labores y desde entonces han sido las cosechas generalmente buenas».⁵⁹ Ahora bien, el establecimiento del libre comercio requería de medidas muy precisas.⁶⁰ Un espacio muy significativo de las *Reflexiones* se destinaba a persuadir de la conveniencia de dejar la iniciativa económica en manos de los comerciantes privados. Su dignificación era especialmente necesaria debido a que, frente a su indiscutible utilidad social, existía una «prevención general», en particular, con quienes traficaban con granos: estos, a diferencia del resto de comerciantes, debían enfrentarse a «las persecuciones de las justicias y el odio de los pueblos», hasta el punto de ser tratados con «desprecio» e «infamia» como «usureros» o «logreros». En defensa de sus ideas, Aragorri realizaba una traducción selectiva del *Essai* de Herbert y sus críticas a una *police* de granos que, en aras a una más que discutible defensa de los intereses del consumidor, marginaba al comerciante de granos.⁶¹ En caso de requerir un tratamiento especial, este era merecedor de una mayor protección, siempre bajo el imperio de la ley.

⁵⁸ La conveniencia de materializar una estrategia de desarrollo de esas características ya había sido planteada en España por Argumosa en 1743; véase Astigarraga (2010).

⁵⁹ Aragorri (1761), p. 110.

⁶⁰ Aragorri adelanta aquí algunas de las reformas que en 1764 propondrá Campomanes en su *Respuesta fiscal sobre abolir la tasa*.

⁶¹ Cf. Aragorri (1761), pp. 125-142, y Herbert (1753), pp. 125-140. El francés se había empleado a fondo para combatir la «prevención general» existente en su país contra los comerciantes de granos, las regulaciones provenientes del antiguo mundo romano y los viejos tratados de la ciencia de la *police* (De la Mare). No obstante, Aragorri aquilataba perfectamente los fragmentos de su traducción: omite las duras acusaciones de Herbert a los *régisseurs* debido a su incapacidad de gobernar siguiendo los intereses públicos y no aceptaba una política de exportación de granos regulada por el sistema de precios. En 1755 había visto la luz una traducción

La emergencia del comerciante privado se presentaba vinculada a la libertad de almacenar: «si conviene al bien público tener almacenes de trigo, no debe importarse que haya comerciantes que entiendan y se dediquen a este género de comercio». La construcción de estos almacenes, destinados a reemplazar esosósitos municipales con cuyos «reglamentos es imposible que prospere la agricultura», no podía ser pública, debido a su alto coste y su compleja gestión; también quedaba fuera del alcance de los comerciantes «regulantes» y los labradores, al carecer de capital para ello. La iniciativa debía recaer, por tanto, en «hombres ricos». Estos, merecedores de honores y gratificaciones, eran los únicos capaces no solo de financiar su construcción, las «anticipaciones» a los cosecheros y los gastos de la conservación de los granos, sino también de enfrentar la competencia de los traficantes extranjeros, los principales beneficiarios del marco actual, debido a los «intereses crecidos por sus anticipaciones».

Comerciantes y almacenistas privados componían el sustrato sobre el que fundar un sector agrario organizado en torno a las reglas de la libre competencia. Esta era la única vía para lograr que el comercio alcanzara su «curso natural». Al igual que en Inglaterra, el comerciante debía disponer de libertad plena para operar, conducido por su propio interés. Las operaciones de compra y venta del grano, informadas por los precios y siguiendo los mecanismos del mercado, constituían el mejor antídoto para eliminar esos beneficios extraordinarios obtenidos de diferenciales de precios derivados de mercados monopolizados; en cambio, en su «curso natural», el comercio lograría «ganancias moderadas», que retribuirían «a la industria lo preciso para animarla y mantenerla en su actividad natural».⁶² La reducción de los márgenes de beneficio provocada por la ampliación de la competencia se vería compensada por la extensión de los consumos y, por ello, solo dañaría a ciertos comerciantes «imprudentes o demasiado codiciosos».

Al mismo tiempo, el libre comercio era el mejor sistema para precaver la escasez y la abundancia, es decir, para evitar las «fatales consecuencias» de esas dos situaciones usuales extremas. Frente a los prejuicios sociales, los granos debían convertirse en un auténtico «objeto de comercio». La libertad para almacenarlos, venderlos y exportarlos actuaría como un resorte para la emulación, al ser la competencia «el objeto que continuamente ejercita la habilidad y perspicacia del comerciante», posibilitando la emergencia social de esos

ción española muy incompleta del libro de Herbert. Su presencia en la ilustración española fue muy prolongada, con lecturas del mismo también muy críticas; véase Astigarraga-Usoz (2009).

⁶² Aragorri (1761), p. 126.

⁶³ Aragorri (1761), p. 222. Esta estrategia económica de precios bajos, beneficios reducidos y proliferación de comerciantes, como garantía de un mayor consumo y de la expansión del mercado, provenía de los economistas británicos del final del siglo xvii; véase Appleby (1987), pp. 112-115.

sell). En el caso concreto de Irlanda, este contacto con las ideas de los *économistes* tuvo un impacto limitado en su obra. Él no hacía uso en ningún caso de su marco teórico —*Tableau Économique*—, ni tampoco de todo su aparato conceptual; además, conceptos tan característicos de ellos, y empleados por Irlanda, como «labradores ricos», «anticipaciones» o «buen precio» aparecen también profusamente utilizados en el *Essai* de Herbert. Ahora bien, este no era el caso de algunas de sus políticas económicas más características: es cierto que Irlanda no mencionaba el «impôt unique» ni la «grande culture» y que, sin duda, pudo extraer de la plural corriente agrarista francesa numerosas ideas que esta compartía con la fisiocracia, como la prioridad de la agricultura, la importancia de su capitalización y el libre comercio interior de los granos; sin embargo, esto no ocurría con su apoyo al libre comercio exterior de los estos. Esta estrategia no era defendida ni por Serionne ni por ninguna de las fuentes principales de su escrito, Hume, Forbonnais y Herbert. Por tanto, respecto a esta delicada cuestión, Irlanda se distanciaba tanto del antifisiócrata Serionne como de Herbert y Forbonnais, pues mientras estos —como en general el grupo de Gournay— eran partidarios de limitar el comercio exterior de granos aplicando el sistema británico —uso de precios máximos y gratificación eventual de las exportaciones—, para él, como para los *économistes*, el «bon prix» del grano era una condición insoslayable para la mejora de la agricultura y solo se lograría con un comercio exterior libre, «general» e «indefinido», exento de trabas y gratificaciones.

Ciertamente, Aragóni poseía una mayor confianza en la eclosión en España de un sector agrícola de vocación exportadora, basado en los granos, lanas, sedas, aceites, vinos y otros bienes, como el ganado lanar o la barrilla, en otro similar de sustrato industrial, y confiaba en él para consolidar una balanza de pagos positiva: a pesar del abandono secular de su agricultura, España extraía al año unos seis millones de pesos en esos frutos. Esta cifra podría duplicarse en poco tiempo en el caso de hacer efectiva una política agraria como la descrita, dado que ampliaría la capacidad exportadora de esos frutos y garantizaría el «buen precio» con el que los adquirirían los extranjeros. Ahorita bien, la posibilidad de penetrar en los mercados exteriores se veía limitada por múltiples factores. No todas las regiones agrarias españolas poseían las mismas potencialidades. Andalucía generaba excedentes regulares y a un precio competitivo respecto al de los mercados inglés u holandés, por lo que sus posibilidades de exportación eran ciertas; en cambio, Castilla los generaba más ocasionalmente, con lo que su desarrollo agrario se hallaba vinculado al mercado local y a la posibilidad, más casual, de extraer sus frutos a Portugal. En todo caso, Aragóni describía una realidad agraria española desvertebrada, con mercados mal comunicados, medios materiales para el tráfico deficientes, tiempos de transporte dilatados —tres meses estivales desde Castilla a Santander para conducir veinte mil fanegas de trigo—, carente de almacenes

comerciantes «ricos» con capacidad para crear almacenes y favorecer la ampliación del mercado. Y en esas mismas reglas se hallaba también la garantía de que este no acabaría monopolizado o en manos de unos pocos comerciantes con capacidad de imponer su ley al mercado: «poniendo este comercio en entera libertad, crece el número de los mercaderes y sus intereses serán tan diversos, que la actividad, la envidia, el deseo de ganar y el miedo a perder, determinarán sus operaciones». ⁶⁴ Los efectos benéficos del libre comercio alcanzarían también a los labradores, dado que ese sistema aseguraba precios agrarios estables y adecuados, principal garantía del progreso agrario: «la venta a un buen precio de todas las producciones que nacen del trabajo del cosechero es el auxilio del cual no se puede privar al labrador [...] las tierras se hallan bien cultivadas en los parajes en donde sus productos se venden a buenos precios». ⁶⁵

El problema principal para transitar hacia ese nuevo sistema era el marco regulador vigente: «el rigor de la ley nos priva de todas estas ventajas». Pero Aragóni llevaba sus planteamientos hasta sus últimas consecuencias. Era partidario de la «exención total sobre las tierras incultas por algunos años» para extender el cultivo; de eliminar las tasas sobre el precio de todos los frutos agrarios; de reducir los impuestos soportados por labradores y comerciantes; y de un libre comercio interior basado en la proliferación de almacenes privados: «habiendo libertad y graneros no faltarán comerciantes que se animen en años regulares a comprar trigo para extraerlo o para guardarlo».

Este marco de libertad debía ampliarse al comercio exterior. En este debía imperar una libertad «general» e «indefinida», que incluyera a los granos. Esta propuesta, pionera en la España del siglo XVII, representaba la principal divergencia de Irlanda con el texto original de Serionne y fue extraída de la fisiocracia. Los dos textos que parecen inspirar al comerciante vasco francés fueron, por un lado, los volúmenes de inspiración fisiócrata incluidos en *L'Art des hommes* (1756-1760) de Mirabeau y, por otro, la *Théorie de l'impôt* (1760), atribuido a la colaboración de este con Quesnay. Nada extraña el uso de ambas cuando fueron tratados que circularon intensamente en la España de los años sesenta y representaron una vía privilegiada para la primera difusión en ella de las ideas fisiócratas (Arriquitbar, Olavide, Campomanes o Romá y Ro-

⁶⁴ Aragóni (1761), p. 133.

⁶⁵ Aragóni (1761), pp. 39-41. Razonamientos contra los privilegios exclusivos para la industria y a favor del libre comercio exterior de los granos, de su libre almacenamiento, de los «hombres ricos» como agentes de la prosperidad, de la idea de que la prohibición del comercio de granos genera escasez y excedentes, de la relación entre libertad comercial, prosperidad nacional y «buen cultivo». Y, por último, de que una nación agrícola solo puede enriquecerse por la venta y el «buen precio» de sus producciones, figuran en los dos textos mencionados de Mirabeau (1756-1760, vol. VI, pp. 168-171; 1760, pp. 15-16, 79, 148, 242-243, 245-247). Aragóni sigue asimismo a este (1760), pp. 93-94; en su idea de que la «verdadera utilidad de la industria est en faciliter la consommation», por ello, se muestra favorable como él a las fábricas de géneros básicos.

en la costa —ello impedía responder con celeridad a la demanda exterior: los extranjeros tienen más «facilidad para cargar un millón de fanegas que nosotros veinte mil»— y, por último, con escasez de navíos mercantes. Todos estos factores, unidos a la escasa calidad del grano español, incidían en su baja competitividad: mientras Inglaterra podía exportar los suyos a un precio de 25 reales, esto no era posible para los castellanos a 10 reales, lo cual representaba un «precio ínfimo para el labrador». Así las cosas, Iranda entendía que el único puerto español competitivo era el de Sevilla, si bien abogaba por activar otra vía, a través de Santander.⁶⁶ Por tanto, la estructuración del mercado interior debía ser una de las prioridades de las políticas públicas. Aragorri abogaba por la construcción de caminos y canales que conectarán las regiones interiores con las costeras —especialmente el canal de Castilla, que rebajaría a la mitad el coste del transporte—, así como por integrar plenamente a las provincias forales «exentas». Bilbao era una vía propicia para la extracción de los frutos alaveses y castellanos, pero los pésimos caminos y el Fuero lo impedían:

parece increíble que [en] un pueblo que se compone de tantos sujetos recomendables por su inteligencia y capacidad prevalezca con tanta ceguera la práctica invariable de un fuero cuyos efectos se oponen diametralmente a todo principio de comercio.⁶⁷

Otra de las prioridades políticas era sin duda la reforma del comercio transatlántico. Aragorri defendía que, dentro de las limitaciones del pacto colonial, es decir, la plena subordinación de las colonias a la metrópoli, los principios que debían regir las relaciones comerciales entre ambas eran similares a los del resto. Se derivaban, en suma, de la existencia de un «curso natural del comercio» que garantizaba una distribución armónica de los metales preciosos y, con ella, el equilibrio de las balanzas de pagos en los territorios de ambas lindes del Atlántico. El problema residía en que España padecía crónicamente de unas «causas ajenas» o «accidentes» que impedían la consecución de ese beneficio «orden natural» y que se sustentaban básicamente en dos: el contrabando y el monopolio gaditano. La única manera de solventarlos era extender la libre competencia al comercio ultramarino. Ello suponía reducir la presión fiscal y arancelaria, fomentar el tráfico por medio de navíos sueltos, eludir la creación de compañías privilegiadas y decretar la libertad de puertos.

66. Aragorri proponía una gratificación sustanciosa a quien creara graneros en la costa cántabra, en particular, en Reinosa, adonde afluirían los granos castellanos, gracias al camino recién construido hacia Castilla.

67. Aragorri (1761), pp. 144-145. De esta manera, este sintetizaba con los futuros planes de la Sociedad Bascongada, de la que fue miembro, de reformar los fueros vascos navarros con el fin de hacerlos compatibles con el desarrollo del comercio y la industria; véase Astigaraga (2003).

en España y América. Paralelamente, debía reconducirse un crecimiento americano focalizado en el monocultivo del oro y plata hacia otro que abarcara la promoción de la población y la agricultura, la vía más adecuada para hacer efectivo un patrón comercial basado en el cambio de frutos agrícolas, materias primas y metales preciosos americanos por manufacturas metropolitanas. Iranda confiaba en drenar hacia la metrópoli «granos, sedas, lanas, vinos, aceites, azúcares» y diversas especias ahora importadas de Europa, así como esos metales preciosos imprescindibles para sostener la monarquía y para financiar las importaciones españolas de manufacturas suntuarias.

A todo ello, debía unirse una nueva política arancelaria, con el fin no tanto del «aumento de las rentas», cuanto del «fomento del comercio, de la agricultura y de los verdaderos intereses de la Real Hacienda». Sin embargo, erróneamente, los aranceles actuales no distinguían entre frutos y manufacturas, y cargaban en exceso la exportación respecto a la importación. La pieza clave de la nueva estrategia era la reducción de los derechos sobre la extracción de los frutos agrarios, metropolitanos y americanos, la seda, vinos, aceites o la barrilla, de la que España era monopolista. —«su consumo sería infinito si no estuviese tan recargada de derechos de salida»—, pues los aranceles elevados —o las prohibiciones— contraían la demanda, perjudicaban al cosechero y, como ocurría con la seda, invitaban a los extranjeros a aprovisionarse en otros mercados. Paralelamente, en el ámbito de las importaciones, Iranda estimaba el ahorro posible en siete millones de pesos anuales, y ello, frente a Uztáriz, «sin el auxilio de las manufacturas». Buena parte de su confianza residía en la explotación en la América hispana de esos frutos y especias ahora importados de Europa. Otro ramo estratégico era el pescado curado: su fomento estimularía la marinería y las industrias costeras dedicadas a beneficiarlo, para lo cual debían incrementarse los derechos sobre el cecial extranjero, eximiendo los de «los víveres, pertrechos, sal y los productos de la pesca» nacionales. Iranda incidía también en el fomento de la pesca de la ballena, ahora en declive, lo cual exigía gratificaciones a quienes armaran navíos. Por último, la promoción del comercio exterior español requería de diversas reformas de naturaleza institucional: la mejora del sistema de registro de las aduanas; la fundación de consulados en las ciudades mercantiles; la incorporación de comerciantes a la Junta de Comercio; y la creación de una nueva Secretaría de Estado para «todos los asuntos de comercio y navegación».

A la reducción de las importaciones debía colaborar la industria nacional, si bien esta debía desarrollarse sin perjudicar a una agricultura que, hallándose libre el comercio de los granos, no requería del «socorro de las fábricas». Ahora bien, Iranda desconfiaba de cualquier programa industrial basado en políticas prohibicionistas o altamente proteccionistas. Su principal consecuencia era la pérdida de mercados para la industria nacional y la emulación de la extranjera: «cuando se piensa en imposiciones, derechos de salida o en prohi-

biciones se deben siempre temer las invenciones de la industria extranjera que produce la necesidad»,⁶⁸ Además, aunque los tipos arancelarios nominales no se cobraban íntegramente, la manufactura nacional disponía ya de casi un 30% de protección arancelaria, de manera que «si con esta ventaja nuestras fábricas no tonran fomento, digo redondamente que nunca las podremos sostener».⁶⁹ Por todo ello, se debían establecer «límites» a esas industrias que podrían «extenderse demasiado y perjudicar a otros ramos de comercio más naturales y precisos». El reto era desarrollar una política de sustitución de las importaciones de las manufacturas bastas —«las fábricas de primera necesidad»⁷⁰ y el fomento de las ligadas al sector agropecuario —«las que gastan más producciones naturales»—, como las de harinas o aguardiente, que la libertad de comercio con Indias haría brotar de manera casi espontánea en el área costera. Todas ellas debían «ser atendidas antes que las fábricas y manufacturas» y, en particular, las «finas» y de lujo, fuera del alcance de la estructura industrial española.

Entre Hume y Cantillon: Aragoiri frente a Craywinckel y Campomanes

En suma, el programa económico de las *Reflexiones* era claro: especialización agraria que estimulara la exportación de todo tipo de excedentes y fomento medido de la industria, en torno a dos sectores precisos, el agroindustrial y el de bienes de consumo necesario, con vistas a cubrir la demanda interna y americana. De esta doble estrategia, la principal era la primera. Enfrentado a Uztáriz y Ulloa, Iranda apuntalaba la prioridad de la agricultura a través de un programa profundamente liberalizador, cuyos fundamentos procedían de Senonnet, Herbert y la fisiocracia, y cuya pieza clave era el libre comercio interior y exterior, única vía para garantizar el «buen precio». A los beneficios derivados de este sector agrícola modernizado, habría que añadir el de los frutos americanos, destinados tanto a su reexportación como al abastecimiento del mercado metropolitano y su industria. España disponía con todos ellos de recursos suficientes para, por un lado, financiar ese modesto sector industrial que abastecía parcialmente la metrópoli y las Indias, y, por otro, importar esas manufacturas suntuarias europeas que ella no podía producir en condiciones competitivas y que, además, tampoco era conveniente que lo hiciera, pues su compra con cargo a las remesas metálicas transatlánticas constituía la mejor vía para soslayar los desórdenes monetarios generados

por estas. Así pues, como se ha adelantado, las *Reflexiones* constituían un auténtico programa de gobierno para el conjunto de la monarquía. Esta cuestión invita a volver sobre el contexto preciso en que fueron pergeñadas, pues ello puede arrojar más luz sobre los motivos que hubieron de llevar a su autor a elaborarlás.

Diversos manuscritos elaborados en 1760-1763 ponen de manifiesto la existencia de un intenso debate doctrinal entre las élites políticas de la monarquía acerca de la estrategia económica más adecuada para el futuro de la misma.⁷¹ Es indudable, asimismo, que ese debate se nutrió de fuentes doctrinales de indiscutible calidad, además del libro de Hume, el *Essai sur la nature du commerce en général* (1755) de Cantillon, cuya circulación internacional se venía produciendo en paralelo a la de aquel.⁷² Ya se ha analizado la intensa influencia que las ideas del escocés dejaron en Aragoiri. Y lo mismo puede decirse de Campomanes, dado que los fragmentos más significativos de teoría monetaria de sus *Reflexiones sobre el comercio español a Indias* también tenían como fuente indiscutible sus *Political Discourses*.⁷³ En cuanto a Cantillon, su receptor a este lado del Pirineo —probablemente, primero de la historia de España— fue Craywinckel.⁷⁴ En sendos escritos de 1760 y 1763, este comerciante holandés aplicaba al caso español diversas ideas centrales de su *Essai*: las dispares consecuencias de los efectos endógenos (balanza de pagos) y exógenos (minas) en el incremento del stock monetario, atribuyendo a los segundos el diferencial inflacionista de la industria española y la razón de su proceso de decadencia posterior; la interdependencia de la agricultura y la industria, justificada en la circulación recíproca de las rentas generadas en ambos sectores; la mayor capacidad del primero en el fomento demográfico; y la «balanza de pagos del empleo», según la cual la exportación de manufacturas a diferencia de la de frutos agrarios, permitía sostener la ocupación doméstica a costa del extranjero, lo cual representaba la mejor garantía para el aumento de la población. Craywinckel utilizaba estas ideas, en particular, esta última, en su escrito de 1760, para defender que la agricultura y la industria españolas

71. Acerca de otros escritos de ese tiempo, elaborados por Goossens, Ortiz de Landáuzuri y el marqués de Llanos, de indiscutible valor reformista, pero de menor interés desde la óptica doctrinal, pueden verse Stein-Stein (2005), pp. 83 y ss., y Delgado (2007), pp. 235 y ss.

72. El *Essai* había sido utilizado intensamente por Senonnet en la redacción de diversos artículos del *Journal de Commerce*. Tras permanecer más de dos décadas inédito, este tratado había sido publicado en 1755 en Francia, como la traducción del de Hume, por iniciativa de Gournay. Ambos textos circularon en Europa, confundiendo uno con otro, debido a que formaron parte de una edición miscelánea que incluía aún otros textos adicionales (Astigarraga-Zabalza, 1997); por ello, nada extraña que su llegada a España fuera simultánea.

73. Véase, en particular, Campomanes (1762), pp. 204-205 y 339; sobre la notable influencia en sus *Reflexiones* de Child y Culpeper respecto al tipo de interés, véase Lombardi (1988).

74. Estas próximas líneas malizan nuestro trabajo sobre la llegada a España de las ideas de Cantillon; véase Astigarraga-Zabalza (2007).

68. Aragoiri (1761), pp. 106-107.

69. Aragoiri (1761), p. 290.

70. Y ello reclamaba una atención especial a la promoción del lino y cáñamo, un tópico omnipresente en esos años en la ilustración española debido a la recepción de la obra del francés Marcandier (Lluch-Aragón, 1993).

debían crecer armónicamente, así como la necesidad de crear un sector industrial-exportador de manufacturas bastas, las únicas que podían resultar competitivas en los mercados metropolitanos y americano.⁷⁵

Este escrito de Craywinckel fue examinado de manera inmediata y positivamente por Campomanes, si bien matizaba que el fomento industrial español debía apostar por las fábricas «finas».⁷⁶ Todo lo contrario ocurrió, sin embargo, dos años después, cuando el holandés le hizo llegar para su análisis la obra de Irlanda. Como se ha adelantando, su extenso informe, adjunto a sus *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, consistía en un puntilloso análisis crítico de la misma, pasando su contenido por el tamiz del de su propio libro. Campomanes mostraba una discrepancia doctrinal de fondo con Aragorri. Interpretaba que el principal objeto de su libro era «aconsejar los progresos de la agricultura como verdadero mérito de dar fuerzas al Estado», hasta el punto de mirar «como vano empeño el de establecer fábricas en España».⁷⁷ Por contra, él se reiteraba en la idea de que España no debía renunciar a desarrollar su potencial manufacturero. Sus distintas líneas de defensa de esta tesis confluyen en la convicción de que la suerte de su país no podía ser confiada a un sector agro-exportador, sino que requería del desarrollo de la industria, y para alcanzarlo, lejos de inclinarse por opciones librecambistas, recomendaba reforzar la política arancelaria, bien prohibiendo «la entrada de paños y tejidos de seda» o bien cargando de «derechos los extranjeros para que los nuestros ganen la concurrencia».⁷⁸ Esta réplica suponía una desestimación del conjunto de la obra de Aragorri, dado que incidió sobre una de las ideas vertebrales de la misma.⁷⁹ Por ello, resulta posible interpretar que la elección de Aragorri de un autor como Serionne para vertebrar sus *Reflexiones*, habría tenido como objetivo combatir ese estado de opinión instalado en el nuevo e influyente *establishment* próximo a Carlos III, tratando de inclinarlo hacia otro mucho más favorable a las posiciones agraristas, que era descrito con todo detalle en su obra.

⁷⁵ Craywinckel (1760 y 1763).

⁷⁶ Campomanes (1760). No obstante, conviene recordar aquí que, en esos mismos años, en otros escritos, este se apoyaba en la *Théorie de l'impôt* de Mirabeau para justificar su preferencia por los géneros «bastos»; Llobat (1988), p. 87 (nota 31).

⁷⁷ Campomanes (1762), p. 410.

⁷⁸ Campomanes (1762), p. 410.

⁷⁹ El crucial debate acerca de la aportación potencial de la agricultura y la industria al desarrollo económico nacional será uno de los tópicos centrales en la primera publicación que allorará durante los años sesenta (Arriagabarr, Anzano, Romá, etc.), acompañando los primeros pasos de la apertura de la esfera pública española de la mano de la economía política (Usoz, 2011).

Conclusiones

Las hasta la fecha desconocidas *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España*, publicadas de forma anónima en 1761, constituyen un texto de enorme valía para conocer las ideas político-económicas que circulaban en los alrededores del poder de la monarquía tras la llegada al trono de Carlos III y permiten arrojar una nueva mirada sobre las medidas liberalizadoras promulgadas por sus primeros gobiernos. Este primer trabajo acerca de su contenido pone de relieve que este extenso tratado de «comercio», debido a Simón de Aragorri, fue esencialmente —si bien no solo— un plagio, bajo la forma de una traducción-adaptación, de un trabajo de Accarias de Serionne. Su objetivo principal era presentar un programa de gobierno que implicara un cambio profundo de orientación en la política económica de la monarquía, incluyendo sus territorios transatlánticos, respecto a tres cuestiones centrales: el saneamiento de la hacienda pública, la resolución de los desórdenes monetarios causados por la llegada de los metales preciosos americanos y el viraje desde la herencia proteccionista e industrialista proveniente de Uztáiz y Ulloa hacia una nueva orientación agrarista y librecambista. Gracias, en buena medida, a la intermediación de Serionne, sus fundamentos doctrinales proscedían esencialmente de Forbennais, Hume, Herbert y Mirabeau, si bien Irlanda añadía a ellos un filón fisiócrata en defensa del libre comercio exterior de los granos ausente en la fuente original. De esta manera, la obra emergía como un tratado con un profundo sentido agrario y liberal, así como el primero en España en hacer uso de ideas económicas pioneras, tanto las monetarias de Hume como las librecambistas de los fisiócratas, a través de las cuales vertebraba una estrategia de crecimiento dispar a la defendida en esos mismos años por otros miembros de las nuevas élites políticas que comenzaban a rodear a Carlos III, como Craywinckel o Campomanes.

BIBLIOGRAFÍA

- ACCARIAS DE SERIONNE, Jacques (1766), *Les intérêts des nations de l'Europe, développés relativement au commerce*, Leide, Elie Luzac, 2 vols.
- (1772-1774), *Historia y descripción general de los intereses del comercio de todas las naciones de Europa en las cuatro partes del mundo*, Madrid, Miguel Escribano, 4 vols.
- (1774), *La riqueza de la Inglaterra*, Madrid, Miguel Escribano.
- ACCARIAS DE SERIONNE, Joseph (1889), *Un publiciste dauphinois du XVIII^e siècle*, Jacques Accarias de Serionne, Grenoble, F. Allier.
- AIRIAU, Jean (1965), *L'opposition aux physiocrates à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, Librairie Générale de Droit et Jurisprudence.

- BECHAS, Margareit (2008), «Temporal Dimensions in Hume's Monetary Theory», en C. WENNERLIND y M. SCHABAS (eds.), *David Hume's Political Economy*, Routledge, pp. 127-145.
- FORBONNAIS, François Véron de (1753), «Preface du traducteur», en G. UZTARIZ, *Théorie et pratique du commerce et de la marine*, Paris, Veuve Estienne, 2 vols.
- (1754), *Éléments du commerce*, Leiden, 2 vols.
- (1755), *Considérations sur les finances d'Espagne*, Dresde y París, 2.^a ed.
- GIUSTI, Niccolò (2004), «Il vago di Francia e la mosca di Spagna: Forbonnais e la riforma della fiscalità all'epoca di Ensenada e Machault», *Cyber Review of Modern Historyography*, n.º 9, pp. 1-38.
- HASQUIN, Hervé (1974), «Jacques Accarias de Serionne, économiste et publiciste français au service des Pays-Bas Autrichiens», en R. MORTIER y H. HASQUIN (eds.), *Études sur le XVIII^e siècle*, Bruselas, Université de Bruxelles, pp. 159-170.
- (2008), «Jacques Accarias de Serionne et le Journal de Commerce. Un publiciste français au service de l'Autriche», en *Population, commerce et religion au siècle des Lumières*, Bruselas, Université de Bruxelles, 2.^a parte, cap. IX.
- HERBERT, Jean-Claude (1753), *Essai sur la police générale des grains, sur leurs prix et sur les effets de l'agriculture*, ed. Berlin, 1755.
- HUME, David (1755), *Discours Politiques, traduits de l'anglais de Monsieur Hume*, Dresde, Michel Groell, 2 vols.
- JOURNAL DE COMMERCE (1759-1762), Bruselas, J. Van den Berghen y P. de Bast, 20 vols.
- LLOMBART, Vicent (1988), «Estudio Preliminar» a Campomanes, *Reflexiones sobre el comercio español a Indias* (1762), Madrid, IEF.
- (1992), *Campomanes, economista de Carlos III*, Madrid, Alianza.
- LUCH, Ernest, y ARGEMÍ, Lluís (1993), «Genealogia teórica e influencia práctica del Discurso sobre el fomento de la industria popular (1774)», *Revista de Historia Industrial*, n.º 3, pp. 179-190.
- MIRABEAU, Marqués de, V. Riqueti (1756-1760), *L'ami des hommes*, s.e., s.l.
- (1760), *Théorie de l'impôt*, s.e., s.l.
- MURPHY, Antoin.E. (1986), «Le développement des idées économiques en France (1750-1756)», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXXIII, pp. 521-541.
- SPENGLER, Joseph J. (1942), *French Predecessors of Malthus*, Durham, Duke University Press.
- STEIN, Stanley J., y STEIN, Barbara J. (2005), *El apogeo del imperio*, Barcelona, Crítica.
- TORRES, Rafael (2006), «Campomanes y el comerciante y financiero Simón Aragorri», en M. D. MATEO (ed.), *Campomanes, doscientos años después*, Oviedo, Instituto Feijóo de Estudios del Siglo XVIII, pp. 709-718.
- ULLOA, Bernardo de (1740), *Restablecimiento de las fábricas y comercio español*, Madrid, IEF, 1992.

- ALIMENTO, Antonella (1985), «Véron de Forbonnais tra Spagna, Francia e Lombardias», *Anali dell'Istituto Luigi Einaudi*, n.º XIX, pp. 171-194.
- APPLEBY, Joyce Oldham (1978), *Economic Thought and Ideology in Seventeenth-century England*, Princeton, Princeton University Press.
- ARKIN, Marcus (1956), «The Economic Writings of David Hume: A Reassessment», en M. BLAUG (ed.), *David Hume (1711-1776) and James Stewart (1712-1780)*, E. Elgar, 1991, pp. 71-87.
- [ARAGORRI, Simón de] (1761), *Reflexiones sobre el estado actual de el comercio de España*, s.e., s.l.
- ASTIGARRAGA, Jesús (2003), *Los ilustrados vascos*, Barcelona, Crítica.
- (2010), «La dérangeante découverte de l'autre: traductions et adaptations espagnoles de l'Essai politique sur le commerce (1734) de Jean François Melon», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, n.º 57-1, pp. 91-118.
- (2012a), «La finalidad política de las traducciones económicas: George Grenville en la Ilustración española», *Historia y Política*, 27, pp. 169-201.
- (2012b), «L'économie espagnole en débat. L'oeuvre d'Accarias de Serionne et sa réfutation par Campomanes», *Revue Historique*, n.º 662, pp. 356-389.
- ASTIGARRAGA, Jesús, y ZABALZA, Juan (2007), «La fortuna del Essai sur la nature du commerce en général (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII», *Investigaciones de Historia Económica*, n.º 7, pp. 9-36.
- ASTIGARRAGA, Jesús, y USOZ, Javier (2009), «Política y Economía en el Análisis del Comercio del Trigo (1795) de Tomás Anzanov», *Hispania*, n.º 232, pp. 395-421.
- BERNAL, Antonio Miguel (2005), *España proyecto inacabado. Costes/beneficios del Imperio*, Madrid, Marcial Pons.
- CAMPOMANES, Pedro Rodríguez de (1760), *Carta de Campomanes a Craywinckel devolviéndole un discurso sobre el estado de las artes y la agricultura* (manuscrito), FUE, 14-1.
- (1762), *Reflexiones sobre el comercio español a Indias*, ed. de V. Llombart, Madrid, IEF, 1988.
- CANTILLON, Richard (1755), *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, ed. de M. Sánchez Sarto, México y Buenos Aires, FCE, 1950.
- CHARLES, Loïc (2008), «French "New Politics" and the Dissemination of David Hume's Political Discourses on the Continent, 1750-1770», en C. WENNERLIND y M. SCHABAS (eds.), *David Hume's Political Economy*, Routledge, pp. 181-202.
- CHILD, Josiah (1753), *Traité sur le commerce et sur les avantages qui résultent de la réduction de l'intérêt de l'argent*, Amsterdam y París, Guérin.
- CRAYWINCKEL, Francisco (1760), *Estudio en que se trata de demostrar la necesidad de atender por igual a la agricultura como a la industria* (manuscrito), FUE, 14-2.
- (1763), *Discurso sobre si conviene o no abrir indistintamente y sin limitaciones todos los puertos de España al comercio de Indias* (manuscrito), FUE, 18-20.
- DELGADO, Joseph Maria (2007), *Dinámicas imperiales (1650-1796)*, Barcelona, Bellaterra.

Usoz, Javier (2011), «La nueva política ilustrada y la esfera pública: las introducciones a la Economía en el siglo XVIII español», *Revista de Estudios Políticos*, n.º 153, pp. 11-46.

UZTÁRIZ, Jerónimo (1724), *Teórica y práctica de comercio y de marina*, Madrid, Imprenta de A. Sanz, 1742.

VERCRUYSE, Jerom (1991), «Journal de commerce (1759-1762)», en J. SGARD (ed.), *Dictionnaire des journaux 1600-1789*, Paris, Universitäts, noticia 643.

VINER, Jacob (1937), *Studies in the Theory of International Trade*, New Jersey, ed. August M. Kelley, 1975.

WENNERLIND, Carl (2008), «An Artificial Virtue and the Oil of Commerce: A Synthetic View of Hume's Theory of Money», en C. WENNERLIND y M. SCHABAS (eds.), *David Hume's Political Economy*, Routledge, pp. 105-126.

ZYLBERBERG, Michel (1993), *Une si douce domination. Les milieux d'affaires français et l'Espagne vers 1780-1804*, Paris, Ministère de Finances.

A new economic system for the Spanish monarchy. «Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España» (1761), by Simón de Aragón

ABSTRACT

The vast political and economical treatise entitled *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España* was published in 1761. Despite historians, from, at least, two decades ago, are well aware about its existence and had identified its author as Simón de Aragón, the treatise had materially vanished and therefore there was not any analysis available about it. This article, therefore, first analyzes its content emphasizing its structure, intellectual sources and economic significance. The analysis concludes that *Reflexiones* is basically a translation-adaptation of a French work by the economist Jacques Accarias de Serionne that aims at promoting a shift on the economic policy of the Spanish Monarchy, either in the peninsula or in the colonial territories, in order to rationalize Public Finances, solving monetary distress caused by the coming to Spain of precious metals and transforming the old protectionist and industrialist policies inherited from Uzáriz and Ulloa into a new strategy of economic growth based on the agrarian development and the free trade. Thanks to Accarias de Serionne's influence, Aragón profusely used Forbonnais, Hume and Herbert economic ideas, to which he added those of the physiocrats.

KEYWORDS: international circulation of ideas of political economy, Spanish Enlightenment, economic reforms, Jacques Accarias de Serionne, David Hume, physiocracy

JEL CODES: B11, B31

Un nuevo sistema económico para la monarquía española. Las «Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España» (1761), de Simón de Aragón

RESUMEN

En 1761, veía la luz un amplio tratado político-económico titulado las *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España*. Si su existencia era conocida desde hacía más de dos décadas, así como su autoría de la mano del comerciante Simón de Aragón, sin embargo, hasta la fecha no había sido objeto de estudio debido a la imposibilidad de encontrar un ejemplar del mismo. En este primer trabajo de análisis de su contenido se pone el énfasis en su estructura, sus fuentes y su significación económica. Se concluye que las *Reflexiones* fueron esencialmente una traducción-adaptación de un trabajo del economista francés Jacques Accarias de Serionne. Su objetivo primordial era propiciar un cambio de orientación en la política económica de la monarquía, tanto en la península como en los territorios de ultramar, para tratar de sanear su hacienda pública, solventar los desórdenes monetarios causados por la llegada de los metales preciosos y reorientar la herencia proteccionista e industrialista proveniente de Uzáriz y Ulloa hacia otra estrategia de crecimiento de naturaleza agraria y librecambista. Gracias a la intermediación de Accarias de Serionne, Aragón hacía un uso intensivo de las ideas económicas de Forbonnais, Hume y Herbert, a las que él añadía las de los fisiócratas.

PALABRAS CLAVE: circulación internacional de las ideas político-económicas, Ilustración española, reformas económicas, Jacques Accarias de Serionne, David Hume, fisiocracia

Códigos JEL: B11, B31

Forbonnais and the Discovery of the ‘Science of Commerce’ in Spain (1755–1765)

JESÚS ASTIGARRAGA*

Departamento de Estructura e Historia Económica y Economía Pública, Universidad de
Zaragoza, Spain

Summary

This paper analyses the broad and plural reception in Spain, in the period of 1755–1765, of the work by François Véron de Forbonnais, especially his *Elémens du commerce*. It focuses on the various ways in which this treatise was translated into Spanish. Several national newspaper articles as well as a published translation and an unpublished manuscript reproduced this important book. A detailed analysis of its reception amongst the major Spanish economists of the period leads to the conclusion that the *Elémens du commerce* fulfilled the consensus reached by the political elites regarding the need to redirect the monarchy towards a ‘New Politics’ based on the application of the principles of the ‘science of commerce’.

Keywords: International circulation of ideas; economic discourse; translations; Enlightenment; circle of Gournay; science of commerce.

Contents

1. A New King, a New Political Consensus	1
2. An Enigmatic Handwritten Translation of the <i>Elémens</i>	5
3. Forbonnais in the Periodical Press: Clavijo and Nifo	7
4. Carlos Lemaury	10
5. Lemaury’s Translation of the <i>Elémens</i>	12
6. Beyond Lemaury’s Translation (1757–1765).	19
7. By Way of Conclusion: An Economic Text for a New ‘Political’ Consensus. .	21

1. A New King, a New Political Consensus

The ten years preceding the publication, in 1765, of the Spanish translation of François Véron de Forbonnais’s *Elémens du commerce*, undertaken by Carlos Lemaury, was a highly fruitful period in terms of the publication of writings on the ‘science of commerce’. The new political elites who welcomed the arrival of Charles III to the crown of Spain in 1759 sought to emulate the French example with respect to the proliferation of texts of this kind.¹ Villarreal, Ward, Campomanes, Craywinkel, Llanos, Aragorri, Gándara and other civil servants, financiers and merchants wrote a considerable number of texts, in the

*E-mail: astigarr@unizar.es

¹ See Christine Théré, ‘Economic Publishing and Authors, 1566–1789’, in *Studies in the History of French Political Economy: From Bodin to Walras*, edited by Gilbert Faccarello (London, 1998), 18–23.

form of translations, treatises and newspaper articles, on this emerging—and somewhat enigmatic in Spain at that time—‘science of commerce’.

Two landmarks established the beginning of the period of dissemination in Spain of the French economic literature corresponding to the booming mid-century decade: a 1753 translation of the treatise by Gee and a 1755 translation of the works by Herbert and Plumard de Danguel.² During the following ten years, translations of Davenant (1759), Thomas (1763), Mirabeau (1764), Herbert (1765) and the aforementioned Forbonnais (1765) were produced.³ Furthermore, while in 1762/3 the Spanish press published the first articles on ‘commerce’, books such as *Elementos políticos* (c. 1756) by Villarreal, *Apuntes sobre el bien y el mal en España* (c. 1759) by Gándara, *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España* (1761) by Aragoirri, *Reflexiones sobre el comercio español a Indias* (c. 1762) by Campomanes, *Proyecto económico* (c. 1762) by Ward and *Recreación política* (c. 1764–1771) by Arriquiribar constituted authentic economic treatises that used the ideas which had reached Spain, mainly from France,⁴ to reflect on the monarchy and proposing reforms in all its domains, including its colonies.

Writing a work about the arrival in Spain of Forbonnais’s book requires, therefore, a consideration of a historical period of intense circulation of foreign economic ideas. In the background was the discovery by the Spanish elites of the importance of ‘commerce’ as an authentic ‘science’ of the State. The origin of this discovery was none other than the influential ‘circle’ of Gournay,⁵ with its powerful strategy of communication,⁶ whose echoes soon reached and had a penetrating impact on Spain. These elites perceived this emerging ‘science’ as an attractive coded system of principles and laws which could be adapted to the monarchy and which, in political terms, was essential to guarantee not so much its ‘expansion’ but simply its ‘conservation’. The old political culture based on military force had to give way to other new cultures based on the development of the

² Terence Hutchison, *Before Adam Smith* (Oxford, 1988), 189 and following; Peter Groenewegen, *Eighteenth-Century Economics* (London, 2000), 80 and following.

³ John Reeder, ‘Bibliografía de traducciones al castellano y catalán durante el siglo XVIII, de obras de pensamiento económico’, *Moneda y crédito*, 126 (1973), 57–86; Vicent Llombart, ‘Traducciones españolas de Economía Política (1700–1812): catálogo bibliográfico y una nueva perspectiva’, *Chromoks*, 9 (2004). The only noteworthy edition before these translations was the unique edition of Melon’s *Essai* by Argumosa; see Jesús Astigarraga, ‘La dérangement découverte de l’autre: traductions et adaptations espagnoles de l’*Essai politique sur le commerce* (1734) de Jean François Melon’, *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, 57 (2010), 91–118. For a general overview of other Spanish translations during this period, see Françoise Etienne, ‘Traducciones y renovación cultural a mediados del siglo XVIII en España’, in *Fénix de España: modernidad y cultura propia en la España del siglo XVIII (1737–1766)*, edited by Pablo Fernández Albaladejo (Madrid, 2006), 93–117. AQ1

⁴ With the exception of Miguel Antonio Gandara, *Apuntes sobre el bien y el mal de España*, edited by Jacinta Macías Delgado (Madrid, 1988, first published c. 1759), the framework of which was the Naples of Tanucci.

⁵ On this influential circle, see *Le cercle de Vincent de Gournay. Savoirs économiques et pratiques administratives en France au milieu du XVIII^e siècle*, edited by Loïc Charles, Frédéric Lefebvre, and Christine Théré (Paris, 2011); Takumi Tsuda, ‘Un économiste trahi, Vincent de Gournay (1712–1759)’, in Josiah Child and Jean-Claude-Marie Vincent de Gournay, *Traité sur le commerce de Josiah Child avec les Remarques inédites de Vincent de Gournay*, translated by Jean-Claude-Marie Vincent de Gournay, edited by Takumi Tsuda (Tokyo, 1983), 445–85; Antoin Murphy, ‘Le développement des idées économiques en France (1750–1756)’, *Revue d’histoire moderne et contemporaine*, 33 (1986), 521–41; Hutchison, *Before Adam Smith*, 224–27; Simone Meyssonier, *La balance et l’horloge. La genèse de la pensée libérale en France au XVIII^e siècle* (Montreuil, 1989), 161–275; Catherine Larrère, *L’invention de l’économie au XVIII^e siècle* (Paris, 1992), 95–193; Jean-Claude Perrot, *Une histoire intellectuelle de l’économie politique (XVII^e–XVIII^e siècles)* (Paris, 1992); Antonella Alimento, *Réformes fiscales et crises politiques dans la France de Louis XV* (Brussels, 2008), 87 and following. AQ2

⁶ See Robin Ives, ‘Political Publicity and Political Economy in Eighteenth-Century France’, *French History*, 17 (2003), 1–18; John Shovlin, *The Political Economy of Virtue* (Ithaca, NY, 2007), 44–47. We are still lacking an overall balance of the influence of the circle of Gournay on the Spanish political economy of the eighteenth century.

economy and the production sectors. These constituted the real source of the wealth of nations and also of their political power, and therefore an irreplaceable factor in the conservation—and where possible, the enhancement—of the international position of the monarchy. Everything basically consisted in adapting to the monarchy those economic policies that had been successful, particularly in Great Britain, and would help to reposition Spain in the rough seas of the 'jealousy of trade',⁷ in which it seemed to be inevitably condemned to a role of underdevelopment and trading dependence. Thus, thanks to the circle of Gournay, the discovery of the importance of the 'science of commerce' became one of the great 'political' consensuses reached by the Spanish political elites during the years of the dynastic change.

The fundamental principles of the 'science of commerce' were identified by what Craywinkel, following Cantillon, coined in 1760–1763 as the design of a 'New Politics' for the monarchy.⁸ As well as exploring and applying these principles, this 'New Politics' embraced two additional dimensions. First, it melded with a new 'patriotism', particularly useful for mobilising the political elites—most of all, the noble class—around a new programme of economic reforms on an imperial level.⁹ Second, it was essential for the creation of a public sphere which accommodated the discussion of political and economic issues; this was another idea coming from the strategists of the ubiquitous Gournay group, including Forbonnais.¹⁰ The political instability that prevailed at the time, due not only to the dynastic change but also to the Seven Years' War (1756–1763), explains why many of the texts written in Spain during these years remained unpublished. However, the end of the war, with the defeat of the axis led by France, and the prior traumatic fall of La Havana and Manila to British troops, was understood by the Spanish elites as an urgent reason to begin developing this 'public sphere' which would enable the country to emulate, mainly through translations, the envied economic policies of the leading nations, primarily the British. Forbonnais's edition was one of the first in Spain to open a cycle of the use of translation to this end, which would be uninterrupted for the rest of the century.¹¹

The desirability of developing a 'New Politics' articulated around the 'science of commerce' attracted the agreement of the elites surrounding the new king; but this was not the case for the choice of the concrete strategy on which to base the future

⁷ Istvan Hont, *The Jealousy of Trade: International Competition and the Nation-State in Historical Perspective* (Cambridge, 2005).

⁸ Jesús Astigarraga and Juan Zabalza, 'Francisco Craywinkel plagiarlo de Richard Cantillon (1760–1763). Una "nueva política" para la Monarquía española', *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 44 (2014), 225–47. The expression 'New Politics' was commonplace in the circle of Gournay; see Loïc Charles, 'French "New Politics" and the Dissemination of David Hume's *Political Discourses* on the Continent, 1750–1770', in *David Hume's Political Economy*, edited by Carl Wennerlind and Margaret Schabas (London, 2008), 181–202. The expression had been used by Uztáriz in 1724 in order to underline the new ambitions of the reign of Felipe V and subsequently by Forbonnais; see François Véron de Forbonnais, 'Introduction', in Jerónimo de Uztáriz, *Théorie et pratique du commerce et de la marine*, translated by François Véron de Forbonnais (Paris, 1753), iv.

⁹ Shovlin, *Political Economy of Virtue*, 65 and following.

¹⁰ On the relationships between Enlightenment, public sphere and political economy, see John Robertson, 'Enlightenment, Public Sphere and Political Economy', in *L'Économie Politique et la sphère publique dans le débat des Lumières*, edited by Jesús Astigarraga and Javier Usoz (Madrid, 2013), 9–32. On France, see Antonella Alimento, 'La concurrence comme politique moderne. La contribution de l'école de Gournay à la naissance d'une sphère publique dans la France des années 1750–1760', in *L'Économie Politique et la sphère publique*, edited by Astigarraga and Usoz, 213–27. On Spain, see Javier Usoz, 'La nueva política ilustrada y la esfera pública: las introducciones a la economía en el siglo XVIII español', *Revista de estudios políticos*, 153 (2011), 11–46.

¹¹ Sophus Reinert, *Translating Empire: Emulation and the Origins of Political Economy* (Cambridge, 2011), 44 and following.

development of the Spanish economy. Charles III acceded to the throne amidst disagreements. At one extreme were those who urged greater attention to the old industrial and protectionist tradition, whose main supporters were responsible for the economic apparatus of the State; on the other, there were those who supported the transformation of agriculture into the central axis of Spain's economic development, even within an eventual free-trade regime.¹² The dilated space bounded by these two extreme positions harboured a deep political debate. Its main aim was to influence the key policymakers of those years—Esquilache, the Minister of Finance, and Grimaldi, the Secretary of State—in the areas constituting the priorities of their governmental action: colonial policy, public finance, and the trade of grain. Political consensus, therefore, also required further agreement on the best economic strategy for the future development of Spain. This was the ground on which stood the gradual discovery in Spain of the work of Forbonnais during the last years of Ferdinand VI's reign (1746–1759) and the first of Charles III (1759–1788); the long period of neutrality of Spain during the war, promoted by Wall, contributed to this.

A change in monarch was not necessary for the first Spanish scholars of the 'science of commerce' to develop an interest in this conspicuous disciple of Gournay. This was not only due to the aforementioned central role of his influential circle in the arrival of the new treatises on this 'science' to Spain, but also to the fact that Forbonnais starred in one of those trips of the ideas so characteristic of the European Enlightenment. Before his work reached Spain, he had made a decisive contribution to disseminating in France—and from there throughout all Europe—the ideas of the *arbitristas* and of the three principal economists and reformers of the reign of Felipe V. In the same year, 1753, he translated Uztáriz's *Théorica* (1724), promoted the translation of Ulloa's *Restablecimiento de las fábricas* (1740),¹³ and disseminated the ideas of Zavala's *Representación* (1732) through his *Considérations sur les Finances d'Espagne* (1753), the first of his writings with an economic content. This book sought to influence both sides of the Pyrenees through the presentation of the criteria of a fair taxation system.¹⁴ Therefore, Forbonnais carried out a 'translation-rewriting' of a series of Spanish taxation texts, essentially the contents of the *Miscelánea económico-política* (1749), which included the *Representación* by Zavala and the *Instrucción* (1749) by Loynaz, which had emerged in the finance debates surrounding the creating of Ensenada's cadastre and his attempt to implement a *única contribución*—a single tax. In his critical review of these ideas, Forbonnais disagreed with Ensenada and supported, albeit with modifications, those of Zavala and those that inspired the Catalanian cadastre established by Patiño, favouring a mixed taxation system, on

¹² These two positions were perfect and thoroughly exposed in the writings of the following: Nicolás Joaquín Adame, *Estado infeliz de las fábricas de España* (c. 1759), manuscript, in Biblioteca del Palacio Real (BPR), Madrid, bundle E/II/1897; finance officer and a good representative of the Colbertist tradition, Philippe Minard, *La fortune du colbertisme* (Paris, 1998); and influential merchant Simón Arago, *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España* (1761).

¹³ Ulloa's book, which was considered by Forbonnais as a supplement of Uztáriz's treatise, was translated by Plumard of Danguel; see Forbonnais, 'Introduction', in Uztáriz, *Théorie et pratique du commerce*, ix. Regarding these two translations, see Niccolò Guasti, 'Forbonnais and Plumard traduttori di Uztáriz e Ulloa', *Il pensiero economico italiano*, 8 (2000), 71–97.

¹⁴ François Véron de Forbonnais, *Considérations sur les finances d'Espagne* (Paris, 1753). On this work, published anonymously and with remarkable publishing fortune until 1769, see Niccolò Guasti, 'Il ragno di Francia e la mosca di Spagna: Forbonnais e la riforma della fiscalità all'epoca di Ensenada e Machault', *Cronohs*, 9 (2004), 1–38. On the trace on this book of the Piedmont and Lombard cadastres, see Antonella Alimento, 'Véron de Forbonnais tra Spagna, Francia e Lombardia', *Annali dell'Istituto Luigi Einaudi*, 19 (1985), 171–94. AQ4

consumptions and land income, which he would defend again years later when he opposed the physiocratic *impôt unique*. The critical tone with Ensenada and the debt to Zavala may have prevented the book from being translated in Spain, although not to its use in the debates during the 1750s and 1760s on the reform of the pernicious Castilian taxes on consumption and trade, the so-called *rentas provinciales*. However, the imminent fortune of Forbonnais in Spain was not only because he was the member of the circle of Gournay who best knew the Spanish reality (like his master, during the 1740s, he had visited Spain in person); it was also due to the different scale of the *Considérations*, with its profound—although not exclusive, as it also addressed agricultural issues—rooting in financial matters, regarding the *Elémens*, an all-encompassing book of all the different issues of the 'science of commerce'. Furthermore, the dissemination of the latter was supported by the prior publication of many of its chapters in the *Encyclopédie*, which, despite the inquisitorial restrictions, was widely consulted in Spain by literate elites. Since 1755 Spanish reformers and economists had been anxiously seeking a text, such as the *Elémens*, which they could use as a guide in the labyrinths of this 'science of commerce', which they considered as crucial for the political survival of the monarchy.

2. An Enigmatic Handwritten Translation of the *Elémens*

Between 1763 and 1765 four editions of the *Elémens* were produced: two partial translations by the journalists Clavijo and Nifo; and two complete translations, one by Lemaux and another one in the form of a handwritten work. The lack of details regarding the material execution of these editions raises questions about their order and the reasons why they were written. It is most likely that they were all interrelated. A factor that could trigger this intense translating machinery was the existence from 1763 of at least one complete edition of the *Elémens*. According to the description by Nifo, it had been carried out in circles close to the Court and was disseminated among the elite scholars who were close to this environment; it was, more specifically, a 'printed translation in Spanish, reviewed and corrected by truly wise men, although not for public sale'.¹⁵

This first translation of the *Elémens* most probably would have been the aforementioned handwritten translation.¹⁶ It was written anonymously, it is not dated and there are no notes or translator's comments, therefore it is impossible to hypothesise about the identity of the author or the period during which the translation was carried out. However, the fact that it was kept in the Library of the Royal Palace in Madrid undeniably indicates that it was translated by a reputable member of the political circles, in which the other translators of Forbonnais—Nifo, Clavijo and Lemaux—also moved. The formal characteristics of the translation, which we will be examined later, indicate that it was a work intended for publication. This also explains why it began to circulate, even in restricted nuclei. An analysis of its quality sheds light not only on Forbonnais's success in Spain but also on the real nature of Lemaux's translation.

The handwritten translation was given the title *Elementos del comercio* and deserves a brief overall assessment. It was a complete, faithful, high-quality translation of the second edition of the *Elémens* (1754). These characteristics are visible from the very first pages,

¹⁵ Abate J. Langlet [Francisco Mariano Nifo], 'Satisfacción al público', *El hablador juicioso, y crítico imparcial* 1(6) (1763). All translations are my own.

¹⁶ François Véron de Forbonnais, *Elementos del comercio* [hereafter denoted by (ms)], handwritten manuscript in BPR, bundle A/II/1241. This translation has been completely ignored and remains unpublished. The first volume of the *Elémens* occupies pages 1–109 and the second pages 111–209.

which open in an identical way to the original text, with its *Avertissement*, contents page and the list of the chapters of the book previously published in the *Encyclopédie*. This faithfulness is also present in the formal aspects of the translation. In general, it respects the parts that are underlined or in italics in the original, it incorporates very few new underlined parts, and only very occasionally does it alter the structure of the paragraphs or omit any chronologically specific information.

A clear indication of its quality is that in some passages it even improved the narrative sequence of the original. The anonymous translator included succinct modifications in specific paragraphs and passages in order to facilitate the understanding of the text and to simplify its reading. It seems that several brief expressions were incorporated in the translation or others were omitted from the original for the same reason: these were mainly reiterations that hindered a fluid reading of the text. Another sign of its high quality is that it correctly incorporated the titles of the books quoted by Forbonnais, normally translated into Spanish, although there were a few errors with respect to their authors. The translation also incorporated all of the footnotes included in the original, but in some cases, due to the relevance of their content, they were incorporated into the main body of the text: this was the case with the long note in which Forbonnais criticised the position held by Plumard de Dangeul with respect to taxation.¹⁷

With regard to its content, the handwritten *Elementos del comercio* shared nevertheless some of the negative characteristics of the majority of the Spanish economic literature at that time: namely, the ambiguity, inaccuracy and incorrectness in the translation of certain words. Aside from the errors typical of an unfinished work,¹⁸ certain terms were translated with a clear lack of uniformity¹⁹ or incorrectly.²⁰ In other cases, it appears that the original meaning was modified in order to soften its political content;²¹ however, this did not seem to be due to an explicit censorship but to the difficulties of interpreting vocabulary that did not exist in the Spanish language or which introduced new meanings. The quality of the translation is somewhat lower in terms of the words pertaining to the new economy of trade.²² But similar translation problems arose with the countless expressions relating to farming and agricultural uses, industry and trade,²³ as well as the many taxation terms and institutions of the French administration mentioned in Forbonnais's original.

However, there are also unquestionable signs that the anonymous translator had an excellent command of French in the translation of the many pages of the *Eléments* that addressed agricultural practices in Britain. In addition he also correctly incorporated the abundant mathematical reasoning and expressions regarding the exchange rate which represented a true innovation in treatises on 'Politics'. In this respect, this edition of *Elementos del comercio* contained a pioneering translation of the terms 'entreprendre', as 'emprender', and 'entrepreneur', as 'impresario' or 'emprendedor'.²⁴ In short, although

¹⁷ François Véron de Forbonnais, *Eléments du commerce*, 2 vols (Leiden, 1754), I, 314–19; Forbonnais, *Elementos del comercio* (ms), 89v–91.

¹⁸ Among other issues, the translator mistook 'the west' for 'l'orient'; 'faces' for 'corps'; 'bastion' for 'boulevard'; 'infallibility' for 'instabilité'; 'prohibition' for 'production'; and 'the summer' for 'l'hyver'.

¹⁹ For example, 'superflu' was translated as 'exceso', 'más necesidades', 'lo que sobraba', 'más de lo que ha menester', 'sobrante' and 'superfluo'.

²⁰ Thus, 'prix' as 'coste'; 'luxe' as 'superfluo'; 'profits' as 'provechos' or 'lucros'; and 'culture' as 'cultura'.

²¹ 'Republicains' was translated as 'repúblicos', instead of 'republicanos'; and 'citoyens' as 'miembros de una sociedad'.

²² Such as 'concurrence', 'profit', 'prix', 'avances', 'prix d'assurance', 'peuples policés', 'demandeur', 'capitaux' and 'richesses de convention'.

²³ This is the case with 'fermier', 'détailleur', 'manufactureur', 'routier', 'commanditer' and 'négociant'.

²⁴ See Forbonnais, *Elementos del comercio* (ms), 95 and following.

some errors were made in the terminology, this should not be a reason to underestimate the manuscript's high quality. In the case of Spain, the complex problems of translating the terms of the new political economy were not resolved until 1778 and 1791, when respectively two excellent translations of *Le commerce et le gouvernement* by Condillac (1776) and the *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses* (1769–1770) by Turgot were published.

Together with the above-mentioned terminological aspects, there are two highly characteristic aspects of this handwritten translation. The first is that it does not incorporate any additions to the original text, either in the main body of the text or the footnotes. The second is that it hardly exercised any self-censorship. In this sense, there are only three passages in which it seems that the meaning of the text was intentionally modified in order to censor the content: the omissions refer to the complementary remark made by Forbonnais on the 'liberté de conscience' in the Netherlands as a positive socio-economic value; the problems caused to the trade of this country by the imposition of new taxes and the creation of the Inquisition under the reign of Felipe II;²⁵ and, finally, the difficulty of reinforcing agriculture in countries such as Spain where farmers were poor and taxes were 'arbitraires'.²⁶ The exquisite faithfulness to the original edition was even maintained in other passages that were more critical of Spain, such as the reference made by Child who claimed that the depopulation was due more to the 'intolerance of the Inquisition' than 'all of its vast establishments in the Indies'.²⁷

Therefore, the *Elementos del comercio* was mainly characterised by its high quality: the author even corrected errors made by Forbonnais in his profuse exchange rate calculations.²⁸ Furthermore, there were no spelling mistakes or crossings out. The existence of some paragraphs and spaces between empty brackets, intended perhaps for the inclusion of last-minute additions, indicate that it was in the final review phase before being sent to the editor. Consequently, all these details could lead one to believe that it was a practically definitive work. However, as has been highlighted, many important facets of this translation remains a mystery: we only know for sure that it was written by someone who knew the French language very well and who was most probably a direct witness of the voluminous wave of texts on the 'science of commerce' that, together with those of Forbonnais, reached the circles of the Court during the period under examination. Additionally, it is not easy to determine its relationship with Lemaury's edition. There is no indication which suggests that Lemaury was familiar with this handwritten translation. The most likely explanation is that, as on other occasions during the Spanish Enlightenment, the most emblematic case being that of Necker,²⁹ these two editions overlapped, so that the publication of Lemaury's translation condemned the handwritten text to remaining unpublished.

3. Forbonnais in the Periodical Press: Clavijo and Nifo

The circulation in restricted circles since 1763 of a translation of the *Elémens* immediately triggered logical reactions in the heart of Spain's public sphere that was beginning to take

²⁵ Both statements can be found in Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, 31, Confer Forbonnais, *Elementos del comercio* (ms), 9v.

²⁶ Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, 145–46.

²⁷ Forbonnais, *Elementos del comercio* (ms), 118v; Forbonnais, *Elémens du commerce*, II, 29.

²⁸ Forbonnais, *Elémens du commerce*, II, 112; Forbonnais, *Elementos del comercio* (ms), 142.

²⁹ See Jesús Astigarraga, 'La traducción au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles', *Annales historiques de la Révolution française*, 364 (2011), 3–27.

shape. During these years, a translation was still essentially a 'political' action: it was either the result of commissions—explicit or tacit—ordered by a high-ranking civil servant or political authority who used translators as mere executors of their mandates; or it was the consequence of a personal initiative carried out in order to win the favour of these top-ranking figures. In any event, emulation and a public show of skills constituted substantial parts of this promotional game which, in general, surrounded all translations.

This is the context in which the journalists Clavijo and Nifo stormed onto the scene. Throughout 1763 they incorporated three extracts of Forbonnais's *Elémens* in their periodical publications.³⁰ This was perfectly in keeping with the nature of these publications, which were on the whole made up of translated fragments of other periodicals or foreign texts. The relevance of these two journalists should not be ignored; they both played leading roles in the 'maturing' and 'specialisation' stage of the Spanish press during these years, which coincided with the introduction of the first articles on the 'science of commerce'.³¹ The Canarian José Clavijo (Lanzarote, 1726–Madrid, 1806), a well-positioned civil servant in the Madrid Court, directed *El Pensador* (1762–1767),³² a journal that followed in the wake of Joseph Addison's *The Spectator* and was a pioneer during Charles III's reign in terms of its critical coverage of customs and social institutions. The Aragonese Mariano Nifo (Alcañiz, 1719–Madrid, 1803) was the most prolific journalist at that time and a key player in the promotion of periodicals with economic content.³³

The controversy involving the two journalists based on Forbonnais's work is of interest not because of its specific content but rather due to the undercurrent that justified it.³⁴ It was Clavijo who opened the dispute in 1763, shortly after creating *El Pensador*, when he published an article about the 'general principles and history of commerce'. It was the first on this subject published by the periodical and would be followed by a second article.³⁵ Before this was published, Nifo, in his journal *El hablador juicioso* (1763), criticised the poor quality of Clavijo's article and the concealment of his original source from the readers; he defined it as what it really was: a simple translation of the first pages of the '*Elementos del comercio*'. All of this gave him arguments to get ahead of Clavijo and publish the second article that the latter had promised.³⁶ The controversy, based on serious reproaches regarding the poor quality of the respective translations, was drawn out over two further issues of both journals. *El Pensador* included a new edition of the fragment previously published by Nifo,³⁷ who in turn criticised it severely: 'a comparison will dispel all doubts'.³⁸

As a result of this controversy, the first fragments of Forbonnais's work in Spanish were published together with some of the earliest economic articles in the Spanish press. These referred fragments were original, but they were very different from one another and

³⁰ I owe this information to Elena Carpi.

³¹ See, in particular, P. J. Guinard, *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre* (Paris, 1973); María Dolores Sáiz, *Historia del periodismo en España*, 3 vols (Madrid, 1983); Francisco Fuentes and Javier Fernández Sebastián, *Historia del periodismo español* (Madrid, 1997).

³² On Clavijo and *El Pensador*, see Agustín Espinosa, *Don José Clavijo y Fajardo* (Las Palmas, 1970).

³³ On Nifo, see Miguel Enciso, *Nifo y el periodismo español del siglo XVIII* (Valladolid, 1956).

³⁴ However, the two journalists repeatedly debated literary issues; see Espinosa, *Clavijo y Fajardo*, 60–61. Nifo raised a serious accusation against Clavijo for 'selling other peoples' thoughts' and 'giving money for the thoughts of others'; see Francisco Mariano Nifo, in *El hablador juicioso*, 1(1) (1963), x.

³⁵ José Clavijo y Fajardo, *El Pensador* (1762–1767), facsimile edition (Tenerife, 1999), I, pensamiento III, 315. AQ6

³⁶ Francisco Mariano Nifo, in *El hablador juicioso*, 1(4) (1763), 37–49.

³⁷ In his two articles, Clavijo had translated pages 1–44 of the first volume of the *Elémens*. AQ7

³⁸ Nifo, 'Satisfacción al público'.

they also diverged from the two complete Spanish translations of the *Elémens*. However, there is no doubt that the comparison called for by Nifo favoured Clavijo. In his article, Nifo omitted expressions and phrases of the original text and he glossed over some passages rather than translating them. On the contrary, the two published by Clavijo were more faithful to the *Elémens*, and also closer to the two complete editions, although there were differences in terms of format and content, particularly regarding economic vocabulary and the names of geographical places and villages of the former age.

However, behind this fruitless debate were underlying issues. The accusations exchanged between Clavijo and Nifo revealed the central role that 'commerce' had acquired in social circles, not only among the elites of the Court but also among the general 'public'. In the words of Clavijo, this subject was 'highly useful for the public which, on the whole, hears about trade in very vague terms without being able to form fair ideas about such an important issue due to a lack of principles'.³⁹ So, as Clavijo himself pointed out, 'trade' had become a prized object of emulation and public promotion: 'I have heard many men talking about trade so incorrectly that I could not resist the temptation of putting some of its principles in the form of thoughts, or at least some of the most general ones'.⁴⁰ The controversy with Nifo resided in how the periodical press could be used to promote the science of trade and who would benefit from it. And the work of Forbonnais represented a perfect excuse, given how it had been so well received by the 'truly wise men' who had promoted the first translation of the *Elémens*.

It is fundamental to contemplate the disparate way in which the publications of these two journalists responded to this new—and now also tempting—'science of commerce'. In the preface of *El Pensador*, Clavijo had expressed his interest in addressing 'politics', but without referring to 'trade';⁴¹ on the contrary, there was an abundance of French mid-century economic literature in the pages of the *Estafeta de Londres* (1762), the second periodical edited by Nifo.⁴² Hence, it justified his criticism of Clavijo, stressing that his Forbonnais article surpassed the 'limits of what he proposed in the idea of his work' and 'was confused' with the objective of the *Estafeta*.⁴³ He was obstinate in his reply: in the same issue in which he blamed Clavijo for camping on foreign ground, he announced the creation of the *Correo general histórico, literario y económico de la Europa* (1763), a new periodical that extended the analysis of the political and economic situation of Great Britain carried out in his *Estafeta* to other European countries.

The future position of the two journalists with respect to the 'science of commerce' was thus clarified. The inclusion of Forbonnais's two articles in the *El Pensador* was an isolated case. It may have been a simple 'nod' to the circles in the Court who scrutinised the written press, particularly Ricardo Wall, the Secretary of State and then the political guardian of Clavijo: he could guide the anglophile vision of *El Pensador*, which was radically opposite to Nifo's outright rejection of 'anglomania'.⁴⁴ On the other hand, Nifo would become the leader of the periodical economic press. His strategy was to insert articles on the subject in more general publications. This was the case of the *Correo*

³⁹ Fajardo, *El Pensador*, III, pensamiento XL.

⁴⁰ Fajardo, *El Pensador*, I, pensamiento III, 299.

⁴¹ Fajardo, *El Pensador*, I, pensamiento I, 1–22.

⁴² Minor background on the origin of the economic press in Spain can be found in the *Discursos mercuriales* (1755/6) written by the Dutch Graef and in the *Diario noticioso* (1758/9) by Nifo.

⁴³ Francisco Mariano Nifo, in *El hablador juicioso*, 1(4) (1763), 37.

⁴⁴ Francisco Mariano Nifo, *Estafeta de Londres* (Madrid, 1762), I, xxii. It should be remembered that this magazine was published during the Seven Years' War. AQ8

general, which, besides the many articles on agriculture and agronomy, included extracts of the writings of Mirabeau and Bielfeld.⁴⁵ A short time later, Pedro Saura followed this same strategy in his *Semanario Económico* (1765–1767), in which he published the first extracts in Spanish of foreign authors such as Coyer, Mably and Hume.⁴⁶ In short, as Sempere would approve two decades later, the ‘periodical papers’ had begun to play an essential role in ‘extending the Enlightenment more rapidly and widely to all types of citizens’,⁴⁷ including the new ‘science of commerce’, which was first given coverage by Clavijo and Nifo through Forbonnais’s *Elémens*.

4. Carlos Lemaur

While Clavijo and Nifo settled their differences, Carlos Lemaur (or Le Maur), the imminent translator of Forbonnais, was finishing his appraisal of some of the main political actors of the first government of Charles III. Originally from the French region of Champagne, Lemaur (Montmirail, 1721–Madrid, 1785) perfectly exemplified the lines of continuity that existed between the reigns of Ferdinand VI and Charles III, the two worlds to which he belonged.⁴⁸ Trained as a hydraulic engineer, he was employed by Ensenada as part of his policy to recruit foreign technical experts, upon the recommendation of Francisco Pignatelli, the Spanish ambassador in Paris, and the scientist Antonio de Ulloa, due to his renowned skill in the construction of canals. He was recruited as an ordinary engineer after arriving in Spain in June 1750. In 1781 he was promoted to chief engineer and brigadier, before which he became one of the main officials of the infrastructure network constructed during these two reigns, both in the military and civil fields. His work included, amongst others, the *Camino real* (royal road, in Galicia) and the canals, particularly irrigation channels (in Castile and in Guadarrama).

As was usually the case in a framework such as the Spanish Enlightenment, in which scientific policy was highly militarised, Lemaur developed his colossal technical undertaking without abandoning the cultivation of the sciences. This enabled him to interact with some of the most eminent Spanish scientists of his time (Ulloa, Jorge Juan and Guillermin) while remaining close to the political power. After falling out of favour with Ensenada in 1755, due to his disputes with Ulloa over the construction of the Castile canal, he was sent to Galicia as a kind of professional banishment. But two years later he was called back to Madrid by the Count of Aranda—he was then the Director General of the Artillery—in order to collaborate in the creation of a new scientific institution, the Military Academy of Mathematics.⁴⁹ Although this institution was dissolved in 1760 due to a lack of funding and the internal disagreements between the engineers and

⁴⁵ Enciso, *Nipho y el periodismo español*, 247 and following.

⁴⁶ Pedro Araus [Pedro Saura], *Semanario Económico*, 3 vols (Madrid, 1765–1767).

⁴⁷ Juan Sempere, *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III* (Madrid, 1785–1789), IV, 177.

⁴⁸ Lemaur, a paradigm of the usual presence of French engineers in the Spanish army, was the origin of a long line of military engineers who extended his influence to the Spanish public works until the first third of the nineteenth century; for more on his life and career, see Horacio Capel and others, *Los ingenieros militares en España, Siglo XVIII. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial* (Barcelona, 1983); Horacio Capel, Joan Eugeni Sánchez, and Omar Moncad, *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII* (Madrid, 1988); Teresa Sánchez Lázaro, *Carlos Lemaur y el canal de Guadarrama* (Madrid, 1995); Martine Galland, *Les ingénieurs militaires espagnols de 1770 à 1803* (Madrid, 2008). See also the reconstruction by Lemaur himself, in the Fundación Universitaria Española (FUE), Madrid, bundle 19-14.

⁴⁹ On this academy, see Capel, Sánchez, and Moncad, *De Palas a Minerva*, 179–82; Lázaro, *Lemaur y el canal de Guadarrama*, 36–38; Galland, *Les ingénieurs militaires*, 82–85.

artillerymen, this did not stop Lemaury from conserving the prominent scientific contacts that he had at that time.⁵⁰ Neither did it distance him from the top-ranking bureaucrats of Charles III with whom he maintained a very close relationship.⁵¹ After participating in the preparations for the arrival of Charles III in Spain in 1760 and, a year later, together with Aranda, in the Spanish–Portuguese war, he returned to Galicia to continue his work on the *Camino real*. There he showed more signs of his undeniable ability to penetrate the enlightened networks that were emerging with the new king. In 1765 he was among the founders of the Academy of Agriculture of the Kingdom of Galicia, a forerunner of the future economic societies, created in La Coruña for ‘researching the causes of the decadence of agriculture’ in the seven provinces of Galicia.⁵²

At the same time, he continued his scientific activities. In 1762, he published his *Discurso sobre la astronomía*. This was a belated account of his time at the frustrated Academy of Mathematics where, under the instruction of Aranda (‘a very respectable person who had several titles to be obeyed’), he had written some of the scientific manuals. Lemaury converted his *Discurso* into a kind of perfect manual of this new ‘enlightened’ class which openly boasted about its many virtues in order to reinforce its political position. Lemaury began the book by referring to his huge works on the Castile canal and the benefits of a modest Academy of Mathematics under the reign of Felipe II which preceded Aranda’s initiative;⁵³ he finished it with a detailed account of his astronomical observations, which he had carried out in his domestic laboratory in Madrid.⁵⁴ In between, he included a superficial description of the principal theories of astronomy, from Kepler to Newton, and the latest great international scientific expeditions. His writing was a tangible example of his competence as a translator, at least of manuals for the scientific training of the army.⁵⁵ His second book had a similar format; it was on the ‘elements’ of mathematics; and despite the fact that he was preparing it at the same time, it was not published until 1778.⁵⁶

There is no doubt, therefore, that Lemaury successfully repositioned himself in the newly formed political networks that surrounded Charles III. However, although his arrival at the Court was endorsed by Aranda and he never lost his good relations with the section of the Bourbon bureaucracy identified as the ‘Aragonese party’, led by Aranda himself,⁵⁷ when Aranda relocated to Valencia in 1763 to become the *Capitán General*—

⁵⁰ See a 1757 letter written by a French citizen to Lemaury recounting the creation of a scientific academy in Cadiz with the involvement of Jorge Juan, in the FUE, bundle 48-150.

⁵¹ This was the case of the future minister of finance, Múzquiz, who in 1767 introduced him, together with Olavide, to the tasks of colonising the *nuevas poblaciones*—new settlements—of Sierra Morena. His correspondence reveals personal contact with Campomanes, Ricla and Floridablanca. He also became a member of the Madrid Society when it was founded in 1776.

⁵² On this agrarian academy, with a court life and a modest activity, see Fausto Dopico, *A ilustración e a sociedade galega* (Vigo, 1978), 43–51.

⁵³ Carlos Lemaury, *Discurso sobre la astronomía* (Madrid, 1762), ‘Prólogo’ (no page numbers).

⁵⁴ Lemaury, *Discurso sobre la astronomía*, 179 and following.

⁵⁵ Lemaury probably authored the translation of Jean-Étienne Montucla, *Histoire des mathématiques* (1758); see Lázaro, *Lemaury y el canal de Guadarrama*, 38.

⁵⁶ Carlos Lemaury, *Elementos de matemática pura* (Madrid, 1778).

⁵⁷ For more on this ‘party’, see Rafael Olaechea, *El Conde de Aranda y el ‘Partido Aragonés’* (Zaragoza, 1969). Lemaury’s relationship with it could have arisen as a result of his military status. He would dedicate his subsequent treatise on mathematics, published in 1778, to another distinguished ‘Aragonese’ military, as well as a powerful politician of Charles III, Ambrosio Funes de Villalpando, Conde de Ricla, cousin of Aranda, who was Secretary of War from 1772; see Lemaury, *Elementos de matemática pura*; José Vicente Gómez Pellejero, ‘Nobleza militar y redes de poder en el siglo XVIII: el VIII Conde de Ricla’, *Revista de historia Jerónimo Zurita*, 75 (2000), 107–31.

Captain Chief of the Army—Lemaury had to re-establish his contacts at the Court. In this context could emerge his relationship with Campomanes, with whom it seems that he became acquainted in 1757,⁵⁸ and it was possibly he who recruited Lemaury's collaboration in the translation of Forbonnais. Campomanes was not only familiar with Forbonnais's work, at least from 1757, but after his appointment in 1762 as *Fiscal*—Public Prosecutor—of the Council of Castile, he became the main promoter in the Court of the publication of economic translations and treatises.⁵⁹ On the other hand, Lemaury might be chosen due to his biographical profile, which he had been carving out for years. It is true that he was not a specialist in the new 'science of commerce',⁶⁰ but in 1765 his qualifications and political position rendered him the ideal candidate to undertake a translation, repeating what had occurred with his *Discurso sobre la astronomía*: protected by Aranda, well inserted in the circles of power and the emerging enlightened networks, Lemaury had also proven to be an ideal scientific researcher which, with his perfect knowledge of the French language, enabled him to write 'elementary' or introductory books. This was precisely the profile that positioned him to undertake the Forbonnais translation.

5. Lemaury's Translation of the *Elémens*

Going against unanimous opinion, Lemaury's *Elementos del comercio* contained the translation of two of Forbonnais's texts.⁶¹ Instead of beginning it with the 'Avertissement' that opened the *Elémens*, he started with an extensive '*Discurso preliminar*'—'Preliminary Discourse'. This was presented as an original work,⁶² but was in fact a translation of Forbonnais's *Réflexions sur la nécessité de comprendre l'étude du commerce et des finances dans celles de la politique* (1755). This was an illuminating methodological discourse, never before translated in Spain, which Forbonnais had incorporated in 1755 into the second edition of his *Considérations*. Lemaury's edition was complete, although he left his mark on it. First, most likely in order to adapt the original text to the Spanish reader, he introduced a note about Uztáriz and his translation of the English Navigation Acts.⁶³ Second, he omitted three fragments of the original text,

⁵⁸ See FUE, bundle 48-150.

⁵⁹ On this ubiquitous and influential politician of Charles III, see Vicent Llobart, *Campomanes, economista y político de Carlos III* (Madrid, 1992); Concepción de Castro, *Campomanes: estado y reformismo ilustrado* (Madrid, 1996). For the historical context of the period during which Lemaury's translation took place, see Niccolò Guasti, *Lotta politica e riforme all'inizio del regno di Carlo III?* (Rome, 2006).

⁶⁰ His handwritten texts, which among other aspects contained his speeches to the Academy of Galicia, reveal his interest for the 'new agriculture' and the agronomic advances, although these ratify his coolness towards the principles of political economy, including those of Forbonnais. His speeches read to the Academy, in 1766 and 1767, can be found in the Archivo Histórico del Reino de Galicia (AHRG), Section XII, Cornide's papers, bundles 5, 79, 81, and in the FUE, bundle 24-29. His projects included the colonisation of the banks of the river Betanzos, the use of peat as a fuel and the prospecting of iron and coal mines. With respect to the prospecting, see the FUE, bundle 19-19bis. Finally, with respect to his relationship with Campomanes and Floridablanca, in 1781 and 1783, see the FUE, bundles 19-13, 48-25-48-26.

⁶¹ For a much more comprehensive interpretation on the quality of the Lemaury's translations, see Elena Carpi, 'The Spanish Translation of the *Elémens du commerce* by François Véron Duverger de Forbonnais: A Linguistic Analysis', this issue.

⁶² Carlos Lemaury [François Véron de Forbonnais], '*Discurso preliminar sobre la necesidad de comprender el estudio del comercio y administración de la Hacienda en el de la Política*', in François Véron de Forbonnais, *Elementos del comercio*, translated by Carlos Lemaury, 2 vols (Madrid, 1765), I, i-lxxiv.

⁶³ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, lxxv. Once again, this allows for deeper relationships of continuity between Uztáriz and Forbonnais, who had distanced himself from Gournay to defend the emanation of a navigation act; see Antonella Alimento, 'Entre animosité nationale et rivalité d'émulation: la position de Véron

AQ13

AQ14

concerning laws regarding duels, the incorrect education of politicians as the cause of their wrong decisions and, even if critical, the freedom of the press.⁶⁴ It seems that these omissions were a result of self-censorship. In fact, Lemaury replaced the last two fragments with others whose content would have been less inappropriate for the elite scholars to whom his translation was aimed: in the first case, he re-established the social function of politicians by identifying the nation with 'a small number of enlightened people';⁶⁵ and, in the second, he expressed praise, common in Spain at that time, for the British policy of disseminating texts on 'commerce', emphasising that their authors deserved to be considered as 'national heroes'.⁶⁶

Lemaury also applied this 'translation-rewriting' criterion to his edition of the *Elémens*, of which he translated the second edition (1754). His translation lacked the accuracy of the handwritten text in terms of its formal criteria. He introduced many changes to the structure of the paragraphs, he ignored many words and expressions underlined and in italics, and he deleted numerous references to publications and authors quoted by Forbonnais—Mun, Plumard de Danguel and even Forbonnais himself. Instead, he adapted the numerical examples to the Spanish case and selectively introduced underlining, italics and parentheses in order to emphasise those ideas that were particularly relevant to the future Spanish reader.

In terms of content, the complex terminological problems were resolved by Lemaury through the introduction of, albeit random, notes on the meaning of certain words. Therefore, the above-referred problems detected in the handwritten translation were repeated here: the lack of uniformity and the errors present in the translation of specific words, which were particularly serious in the most characteristic terms of the new 'science of commerce'.⁶⁷ The disparate translation of some of them sometimes seemed to indicate a tempering of the political or religious language of the original text. Notwithstanding, in other respects, Lemaury's work was truly commendable. This can be appreciated in his treatment of the aforementioned terms such as 'entreprendre' and 'entrepreneur', which he translated consistently—never seen before in an economic treatise published in Spain—into terms such as 'emprender' and 'impresario', which he identified with the activities of a new economic agent who operated in situations of uncertainty and was worthy of a specific income in the form of 'profit'.⁶⁸

There are three other significant features of this translation that deserve further reflection: first, it was incomplete; second, it contained censored fragments; and, finally, it incorporated many translator notes in the form of brief phrases included in the main body of the text and almost twenty footnotes.

de Forbonnais face à la compétition anglaise', in *Governare il mondo. L'economia come linguaggio della politica nell'Europa del Settecento*, edited by Manuela Albertone (Turin, 2009), 125–48.

⁶⁴ François Véron de Forbonnais, *Réflexions sur la nécessité de comprendre l'étude du commerce et des finances dans celle de la Politique* (1755), in *Mémoires et considérations sur le commerce et les finances d'Espagne* (Amsterdam, 1761), II, 267, 278–80, 285–86.

⁶⁵ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, lxxviii.

⁶⁶ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, lxxiii–lxxiv.

⁶⁷ Words such as 'culture', 'police', 'profit', 'avances' and 'taux d'intérêt'.

⁶⁸ Robert F. Hébert and Albert N. Link, *A History of Entrepreneurship* (London, 2009), 8–10. See, particularly, Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 335 and following. Lemaury seems inspired by the *Essai* written by Cantillon that, although unpublished, circulated within Gournay's circle. Unlike Lemaury, the first Spanish readers of Cantillon, as Craywinkel, missed his theory of the entrepreneur; see Astigarraga and Zabalza, 'Craywinkel plagio de Cantillon'; Jesús Astigarraga and Juan Zabalza, 'La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII', *Investigaciones de Historia Económica*, 7 (2007), 9–36.

Although the translation covered all twelve chapters of the original, Lemaury left out five long fragments, accounting for a total of eighty pages. There appear to be different reasons for these omissions. In some cases they may be due to self-censorship. This is the case of two long fragments. In the first Forbonnais defended the advisability of applying a more adaptable policy in France with respect to the naturalisation of foreigners.⁶⁹ In the second fragment, he criticised the privileged nobility, and suggested several measures, without removing this status—it would be ‘plus éclatante qu’utile’—to correct the abusive behaviour of these classes: a fairer distribution of public burdens, the involvement of the nobility in all the economic activities and the promotion among this class of an academic training more oriented towards ‘useful’ knowledge, a criterion which should be extended to all levels of education.⁷⁰

The reason for the other three omissions can be found in the context of the reception of the translation. While the aforementioned note of Forbonnais criticising the fiscal positions of Plumard de Danguel could have been deleted by Lemaury because it was too specific to the French case,⁷¹ the pages of the *Elémens* assessing the British policy of promoting manufacturing in workhouses may have been removed because it had already been extensively addressed in the Spanish translation of the treatise by Gee.⁷² Finally, the fifth omission was the longest. It consisted of a digression of Forbonnais regarding the practices of the ‘new agriculture’ in Great Britain, which included specific details of methods developed in the county of Norfolk.⁷³ It may have been eliminated because it was already being addressed in detail in Spain at that time through different channels: the translation of the Tull-Duhamel treatise, published in 1751 and commissioned by Campomanes;⁷⁴ the periodical press between 1763 and 1765 edited by Nifo and Saura; and different translations of French texts on the ‘new agriculture’, such as those written by Dupuy-Demportes, Mirabeau and Duhamel de Monceau.⁷⁵

At the same time, through the introduction of slight changes in certain expressions in the original text, Lemaury moderated the political language in his translation.⁷⁶ He made changes to some of the historical interpretations,⁷⁷ and, again, he eliminated Forbonnais’s criticism of the ‘political’ class.⁷⁸ He also modified, or completely eliminated, praise for the Netherlands and particularly Great Britain. The translation, published two years after the end of the Seven Years’ War at a time when the Family Pact between France and Spain prevailed,⁷⁹ had a profound anti-British undercurrent. This was evident in several additions and changes made by Lemaury. He accused Great Britain of intentionally promoting contraband in the Spanish and Portuguese colonies;⁸⁰ he replaced the

⁶⁹ Forbonnais, *Elémens du commerce*, II, 320–23.

⁷⁰ Forbonnais, *Elémens du commerce*, II, 336–47.

⁷¹ Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, 314, footnote and following. Other brief passages omitted by Lemaury, perhaps due to their referring to the French reality, include Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, 326–27, 333. AQ16

⁷² Forbonnais, *Elémens du commerce*, II, 324–25.

⁷³ Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, 201–62 (232–62 for the broad letter on the agrarian methods in Norfolk).

⁷⁴ Lemaury alluded to this translation in Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 156.

⁷⁵ For a broader analysis, see Ernest Lluch and Lluís Argemí, *Agronomía y fisiocracia en España (1750–1820)* (Valencia, 1985).

⁷⁶ Thus, he translated ‘citoyens’ as ‘vasallos’; ‘état’ as ‘monarquía’; and ‘habiles républicains’ as ‘holandeses’.

⁷⁷ For example, when added to the original the idea that the ‘continuous warfare’ which Spain had suffered had ‘exhausted their treasures’ and prevented ‘trade promotion’; see Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 29–30.

⁷⁸ For example, ‘thoughtful little political’ was replaced with ‘a poorly thought out policy’. Lemaury stressed that ‘the concerns of the ministers have been firstly those of the people’.

⁷⁹ Lemaury explicitly quoted this pact; see Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 143, note.

⁸⁰ Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, 38; Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 35.

expression describing the country as a 'skilful nation' with 'the English nation'; and he rejected Forbonnais's opinion that the trading agreements signed between Great Britain and the two Iberian nations were a 'model of perfection', something that could only be said from a British standpoint.⁸¹

Lemaur also exercised self-censorship. He did this mainly by eliminating, most probably intentionally, different fragments of the original text. His objective was basically to defend the Spanish monarchy and its old policies. Lemaur ignored references to Spain's 'dominance' over Portugal,⁸² and also Child's comments regarding the problems of depopulation created by the 'intolerance' of the Inquisition, which he supported by underlining that the root of these problems was not only due to the emigration of the population to the Indies.⁸³ This Catholic orthodoxy was also present in his comment referring to contraband as a sin.⁸⁴

Another series of changes were aimed at contextualising and Hispanicising different historical events mentioned in the original text.⁸⁵ Lemaur also clarified for the Spanish reader the meaning of different currencies, areas of land or French administrative or judicial institutions and different words that were new to the Spanish language, such as '*metrópoli*'—metropolis. Furthermore, he illustrated Forbonnais's ideas by comparing them to the Spanish context; for example, he equated the rural textile industry of the region of Brittany in France with that of Castile in Spain.⁸⁶

However, while all of the above is noteworthy, what is truly significant is that Lemaur transformed his translation into a sounding board in demand for immediate reforms for the Spanish monarchy. The French engineer explained, in general terms, that the 'intelligent reader' would know how to introduce the 'appropriate modifications' of the detailed programme proposed by Forbonnais to be applied to the Spanish case.⁸⁷ More specifically, he also referred to his good advice with respect to the use of mathematical calculations in politics—namely Political Arithmetic, lamenting the impossibility of doing this in Spain due to a 'lack of news'.⁸⁸ Lemaur's most illuminating indications, though, referred to the trade of grain. Based on the French example, he understood that Spain was on a path of 'good principles': he praised the measures adopted in 1756/7—a reduction in price rate and the promotion of the export of domestic grain—but called for further steps.⁸⁹ He was more expressive on this issue in another passage of his translation: where Forbonnais maintained that the extension of the laws of competition to the grain market would benefit consumers and landowners, and would give rise to a 'complete reform' in France, Lemaur added; 'may God grant that we see this in Spain, which needs it more'.⁹⁰

⁸¹ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 239.

⁸² Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 37.

⁸³ Forbonnais, *Eléments du commerce*, II, 29; Forbonnais, *Elementos del comercio*, II, 25.

⁸⁴ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 84.

⁸⁵ Abundant are the passages in which Lemaur is forced to introduce short expressions in order to overcome the fact that the book's author was French, replacing 'the capital' with 'Madrid', for example. Something similar happened with the historical chronology: when alluding to the 'last war', it was clarified that it was the 1739–1748 war.

⁸⁶ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 221.

⁸⁷ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 155, note.

⁸⁸ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 151. Forbonnais himself had associated Uztáriz's book with this new 'spirit of calculation'. However, perhaps due to the absence of precise calculations, Lemaur eliminated Forbonnais's reference dealing with the need to know precisely the yields of the toll rights before abolishing them; see Forbonnais, *Eléments du commerce*, I, 192.

⁸⁹ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 141–42, note.

⁹⁰ Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, 144.

Through these comments, Lemaury attempted to pave the way for the imminent reform of the grain trade, enacted in 1765, which would ratify the hypothesis of the existence of deep-rooted connections with the government of Charles III, particularly with Campomanes, the inspirer of that reform.⁹¹

Therefore, Lemaury's translation was intensely 'political'. It was most likely commissioned by a high-ranking authority of the monarchy—probably Campomanes—not only to be immediately inserted into the economic debate that prevailed at the time, but also to become the bastion in defending the official reforms. This explains the main changes that Lemaury made in his translation. There were a greater number and they were qualitatively more relevant than those in the handwritten translation that had been circulated in small nuclei since 1763 and lacked its 'political' dimension. This is why his edition was published.

It seems that with the publication of this translation the political authorities of Charles III sought to close this lively and plural economic debate through an introductory or 'elementary' text that had a dual function: it satisfied the curiosity of the Spanish elites for the 'science of commerce' and channelled it towards an economic strategy that was appropriate for the monarchy. Lemaury's translation was intended to illustrate to these elites how the reform programme proposed in the *Elémens* for France could be useful for the Spanish case. The advantages of applying the ideas in this book were clear. It enabled the ties between France and Spain established through the Family Pact to remain close through a programme that was perfectly adaptable to both countries, as it was designed to be applied to a 'large' territorial monarchy based on agriculture and the trade of 'property', which did not allow the monarchic political foundations to be put into question in favour of alternatives, namely the republican or 'mixed' British systems. Actually, the freedom of trade was substantially a principle of civil nature that was also compatible with the 'monarchy'; so it perfectly opened the possibility of turning Spain into a 'Monarchie commerçante'.⁹²

At the same time it enabled a prudent change of direction—which it had also been prompted by other members of the elites, such as Aragorri, Campomanes and Craywinkel—away from the industrialist, interventionist and protectionist economic tradition advocated by Uztáriz and Ulloa, and still dominant in mid-century Spain. As he had previously done in his former analyses of the Spanish economy,⁹³ in his *Elémens*, Forbonnais elevated agriculture to the status of the principal sector for economic development as an 'object of trade' and the basis of domestic manufacturing. This gave rise to the defence of a mixed system, based on a suitable balance between agriculture and industry, disregarded by both Uztáriz and Ulloa: in the Spanish case, only Argumosa and, partially, Zavala had previously proposed such a mixed system. As Forbonnais pointed out in his text, achieving this would constitute one of the most delicate aspects of government action.⁹⁴ Every nation should be able to find this balance using a flexible analysis adaptable to national contexts. On the one hand, this analysis would reveal the advantages that government action could draw from the 'details' that made the work of

⁹¹ Llombart, *Campomanes, economista y político*, 155–76. Its guidelines were exposed in Pedro Rodríguez de Campomanes, *Respuesta fiscal sobre abolir la tasa y establecer el comercio de granos* (1764).

⁹² See the analysis in Alimento, 'Entre animosité nationale et rivalité d'émulation', in *Governare il mondo*, edited by Albertone.

⁹³ See, in particular, Forbonnais, 'Introduction', in Uztáriz, *Théorie et pratique du commerce*, viii; Forbonnais, *Considérations sur les finances*, 12 and following, where he reworked Zavala's agrarian ideas.

⁹⁴ Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, 166.

the merchant successful,⁹⁵ and, on the other, as eloquently expressed by Forbonnais, it would selectively apply the policies successfully implemented in other countries, particularly Great Britain. However, all of this implies an acceptance of the principle of competition. This was understood not only as a basic foundation for organising the economic system⁹⁶ but also as the authentic new weapon for the exercise of 'politics' in the international field.⁹⁷ This principle had to guide a programme of liberalising the domestic market and fighting against privileges and arbitrary interventions in a more far-reaching and profound way than the programme designed by Uztáriz and Ulloa. At the same time, Forbonnais shared their commitment to tariff protectionism although from a much more selective and moderate perspective.

Therefore, the Spanish enlightened classes understood the fundamental issue of the *Elémens*. They used it as the key text to redirect the model created by Uztáriz and Ulloa towards another based on the priority of agriculture, its harmonious development with industry, and a moderate and selective tariff of protectionism and free domestic trade; authors such as Campomanes, Ward and Arriquibar had supported this model before the publication of Lemaure's translation. As an expression of 'official' economic interests, although this model of mixed development did not destroy all possibilities of the future thriving of physiocracy in Spain, it certainly greatly restricted them. This is why, years later, during the 1770s and 1780s, when the Spanish enlightened classes began to become aware of the 'grand tourment' which had arisen with the emergence of physiocrats principles of the '*royaume agricole*', with the subsequent transition from a 'realist policy of freedom and protection' to the 'dogmatic theoretical system of extremely idealised freedom',⁹⁸ they remained faithful to this 'hybrid of laissez faire and state interventionism',⁹⁹ characteristic of Forbonnais and, in general, the circle of Gournay. Other authors whose ideas were close to Forbonnais, such as Accarias de Serionne, Galiani and Necker, extended his influence in Spain over time.

In this regard, and returning to the features of Lemaure's translation, it is not surprising that in several passages he emphasised the enormous possibilities that the new 'science' offered in terms of the 'political' control of trade through, precisely, the actions of the public administration: he gave his edition the meaningful subtitle '*Elementos de la ciencia de la administración política del comercio* [*Elements of the Science of the Political Government of Trade*]',¹⁰⁰ further evidence that the acceptance of Forbonnais's ideas were intended to refute the usefulness of the principles of the physiocrats' 'natural order'. Neither is it surprising that Lemaure added a translation of the *Réflexions* by way of an introduction. This essay had circulated alongside the *Considérations* since its publication in 1755, but the publication of the *Elémens* had greatly reduced the usefulness of the *Considérations*; its two central themes—taxation and agriculture—were more extensively addressed in the *Elémens*. Nevertheless, this was not the case with the *Réflexions*. Its usefulness in Spain was undeniable, as it was the first guide to the methodological

⁹⁵ Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, 87.

⁹⁶ See, particularly, Forbonnais, *Elémens du commerce*, I, chapter II.

⁹⁷ Alimento, 'La concurrence comme politique moderne', in *L'Économie Politique et la sphère publique*, edited by Astigarraga and Usoz.

⁹⁸ Tsuda, 'Un économiste trahi', in Child and Gournay, *Traité sur le commerce avec les Remarques inédites*, xvi.

⁹⁹ Murphy, 'Le développement des idées économiques en France', 541.

¹⁰⁰ Lemaure also translated 'Finances' as the '*administración política de la Hacienda o Rentas Públicas*'; see Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, xxv. All this would underline the affinities of Forbonnais with the 'Aristotelian mercantilism', as stressed by Larrère, *L'invention de l'économie*, 112–18.

principles of the new 'science of commerce'; totally opposed once again to the abstract quantitative methods of the physiocrats,¹⁰¹ it could be integrated into the statistical approach and Davenant's teachings on the usefulness of the balance of trade and Political Arithmetic. At the same time, it addressed other aspirations that fit perfectly in the plans of this 'New Politics' which the elites of Charles III were attempting to implement: as Forbonnais pointed out, 'economic matters' should be 'discussed in public' and be the object of education.¹⁰²

An additional argument to justify the focus of the *Elémens* on the Spanish economic debate of 1755 to 1765 can be provided. Lemaury's double edition had unique features with respect to the translations that had preceded it. First, unlike the rest, it was almost complete;¹⁰³ second, it was published;¹⁰⁴ and, finally, it had a singular aim. All the other translations had sought to reinstate the importance of agriculture as the key element of Spain's development, evaluating the usefulness for the country of the praised British policies to promote agriculture and a prudent reform of the grain trade—it was the strategic piece of the new liberalising policy. Therefore, the *Elémens*, while integrating all of these issues, went even further, given its objective of addressing all the different 'elements of commerce'; at the same time, the affinity between the ideas contained in the book and the two more important economic reforms to be developed in 1765 was apparent—those of the grain trade and the colonial system. In short, Lemaury's translation transformed this book into the first economic manual of the Spanish Enlightenment with which to educate its political elites.

¹⁰¹ Perrot, *Une histoire intellectuelle*, 80 and following.

¹⁰² Forbonnais, *Elementos del comercio*, I, lxviii–lxix, lxxi.

¹⁰³ The only complete edition was that of Antoine Léonard Thomas, *Elogio de Maximiliano de Béthune, Duque de Sully* (Madrid, 1763). This was not the case of the translation carried out in 1755 by Francisco de la Quintana: *Dos discursos sobre el gobierno de los granos, y cultivo de las tierras* (Madrid, 1755). It contained two texts: a translation of the brief discourse *Essai sur l'agriculture* (1753) by Herbert, which would form the appendix of his definitive and much more extensive *Essai* (1755), and another translation of one chapter of the book by Plumard de Dangeul—that corresponding to the 'productions naturelles de l'Angleterre'. The aim of this edition was to prepare for the subsequent reform of the trade of grains of 1756/7. Secondly, the translation of Mirabeau, *Disertación sobre el cultivo de trigos* (Madrid, 1764) by Serafin Trigueros only glossed over a small part of *L'ami des hommes* (1756–1760), its well-known *Mémoire sur l'agriculture* (1759), which won an award from the Berne Agricultural Society and was included in the fifth section of that book. Finally, the second edition of Herbert, *Discurso sobre el gobierno de granos* (Madrid, 1765), carried out under the patronage of Campomanes, was not strictly a translation. In the first pages, respecting the original narration, its author, José López, summarised six chapters of the *Essai*; however, this did not reflect the profoundness and breadth of the book. Its final pages (xlv–l) included different ideas to those of the official reforms during those years (defence of agricultural academies, the 'new agriculture', etc.), which led to a recommendation to 'reform the regulations to give freedom to the trade of grain'; see Herbert, *Discurso sobre el gobierno de granos*, I. Such reform would be enacted in the same year, 1765. To this same kind of partial and reworked translation belonged the brief pamphlet by Ramos, *Reflexiones de Don Desiderio Bueno sobre el papel intitulado: el trigo considerado como género comerciable* (Madrid, 1764), inspired by Herbert and Plumard de Dangeul.

¹⁰⁴ In fact, different handwritten texts produced during these years ratify that the partial editions published were only a part of what was being circulated and translated. The British Library contains different handwritten documents relative to the preparation of Quintana's double translation (1755); a chapter-by-chapter summary of the four first volumes of Mirabeau's *L'ami des hommes*; and different summaries drawn from the *Éphémérides du citoyen*, the physiocratic journal directed by Baudouin, in which references are made to the 'emprenedores' or 'emprehendedores' of grains, and the 'great merit of the work titled *Tableau Économique*, as one of its kind', which was explained in *L'ami des hommes*; see, respectively, The British Library, *Eggerton*, bundle 501, 82–107; bundle 509, 68–118; bundle 502, 50–52).

6. Beyond Lemaure's Translation (1757–1765)

As the process that would culminate in Lemaure's double translation developed, simultaneously, during the decade preceding its publication, Forbonnais's ideas were being disseminated through Spanish economic treatises. The foreign sources on which these treatises were based were highly esteemed: Boisguilbert, Melon, the physiocracy (*L'ami des hommes* and *Théorie de l'impôt*), the anti-physiocracy (Accarias de Serionne) ^{AQ19} and the Gournay circle (Herbert and Plumard de Danguel, as well as Forbonnais), including the text written by the authors for whom this circle acted as an intermediary (Gee, Hume, Cantillon and Davenant). The Spanish treatises repeatedly made abundant use of Forbonnais's ideas, even before Lemaure's translation was published. These ideas were taken from texts other than the *Elémens*, original texts including the *Considérations* and the *Histoire et commerce des colonies angloises dans l'Amérique septentrionale* (1755), which Butel-Dumont wrote together with Forbonnais, ¹⁰⁵ and the translation of Charles King, *Le négociant anglois* (1753), which contained Davenant's edition of *On the Use of Political Arithmetic* (1698). ¹⁰⁶

Campomanes was, most probably, the first Spanish economist to use Forbonnais's ideas. As Arriquirar and other Spanish economists who were in favour of far-reaching reforms in the *rentas provinciales* would do later, between 1757 and 1759, in different handwritten financial texts, he echoed the fiscal ideas of the *Considérations* when defending a taxation system that was far removed from the *única contribución* and which maintained consumer tax although with an emphasis of taxation on luxury goods. ¹⁰⁷ He was also the first Spanish author to appreciate the usefulness of Political Arithmetic, carrying out in 1759 a personal translation of Davenant's short treatise using the translation of Forbonnais—it remains today in manuscript form. Finally, he returned to Forbonnais once again in 1761, in this case with respect to his colonial ideas contained in the *Elémens* and the *Histoire*, in his meticulous analysis of the liberalising reforms that were required in the Spanish imperial system. ¹⁰⁸ The use of these two texts coincided, even chronologically, with Aragorri's use of them in 1761, in this case through the intermediation of different articles by Accarias de Serionne published in the *Journal de commerce* (1759–1762). These articles enabled this powerful Basque–French merchant to plagiarise the extensive analysis of the *Considérations* regarding the 'poor government' of finances as the main cause of Spain's economic decline. ¹⁰⁹ A few years later, in 1765, the 'history of trade' described in the first chapter of the *Elémens* was once again the object of a new 'plagiarism-translation', this time by the Marquis of Narros, secretary of the Basque Society of Friends of the Nation, the first Spanish economic society. ¹¹⁰

¹⁰⁵ See Alimento, 'La concurrence comme politique moderne', in *L'Économie Politique et la sphère publique*, edited by Astigarraga and Usoz, 218.

¹⁰⁶ Charles Davenant, *De l'usage de l'Arithmétique Politique dans les commerce et les finances par M. Davenant en 1698*, in Charles King, *Le négociant anglois, ou traduction libre du livre intitulé The British Merchant, contenant divers mémoires sur le commerce de l'Angleterre avec la France, le Portugal et l'Espagne. Publié pour la première fois en 1713*, translated by François Véron de Forbonnais, 2 vols (Paris, 1753), I, cxi–cxi.

¹⁰⁷ Llombart, *Campomanes, economista y político*, 80–83; Niccolò Guasti, 'Más que catastro, catástrofe: il dibattito sull'imposizione diretta nel Settecento spagnolo', *Storia del pensiero económico*, 40 (2000), 77–128. ^{AQ20}

¹⁰⁸ Vicent Llombart, 'Estudio preliminar', in Pedro Rodríguez de Campomanes, *Reflexiones sobre el comercio español a Indias* (Madrid, 1988).

¹⁰⁹ Jesús Astigarraga, 'Un nuevo sistema económico para la Monarquía española: las *Reflexiones sobre el estado actual del comercio en España* (1761), de Simón de Aragorri', *Revista de Historia Industrial*, 52 (2013), 13–44. ^{AQ21}

¹¹⁰ Jesús Astigarraga, *Los ilustrados vascos* (Barcelona, 2003), 96–97.

Special consideration should be given to the economic treatises of Ward and Arriquíbar. They helped to prolong the influence of Forbonnais over time through different forms of translation: they were both written before Lemaury's translation was published, although they were published years later, in 1779. In the *Proyecto Económico* (c. 1762) by Ward, this influence was channelled through the *Elémens* and *Le négociant anglois*, a text whose approach was very close to Political Arithmetic and which, despite not being translated into Spanish, was omnipresent in the literature of these years, being used by Campomanes, Aragorri and Arriquíbar. In the case of the book of Ward, an Irishman who had settled in Spain and was an influential member of the Board of Trade, it supported a selective protectionism—drawing from Gee, another notable author opposed to free trade—and established principles for a Spanish foreign trade policy that were plagiarised from Forbonnais, making no reference to him.¹¹¹

The Bilbao-born merchant, Arriquíbar, was of all the Spanish authors during this fruitful period the closest to Forbonnais.¹¹² His economic vision, including finance, dominated all the main arguments of the *Recreación política*, a lengthy treatise that Arriquíbar wrote between 1764 and 1771, although its two main parts were completed in 1765. Its most distinguishing feature is that it was a pioneering text in terms of using Forbonnais's ideas in order to construct a systematic rebuttal of physiocratic ideas. In addition, the *Recreación política* was preceded by the first Spanish translation of the essay on Political arithmetic by Davenant, which had been translated in 1771/2. This confirms the leading role of Forbonnais in the introduction of this British quantitative current of economic thought into Spain, which was to be highly successful in Spain's Enlightenment as a 'science of the State';¹¹³ Political Arithmetic was essential in order to understand the position of the nations in international trade and, consequently, to formulate suitable economic policies.¹¹⁴

Therefore, before Lemaury's translation was published in 1765, Forbonnais's work was already present in the doctrinal and reforming debate developing among the political and economic elite of the monarchy. This constitutes a further reason for considering this translation as a natural consequence of the dissemination process that reached Campomanes, Arriquíbar, Ward, Narros and Aragorri, namely the most influential Spanish promoters of texts on the 'science of commerce'. This dissemination continued in subsequent years, even through translation. In 1768, a distorted edition of *Histoire* by Butel-Dumont was published with the objective of influencing the 'opinion' of political elites in favour of the liberalising reform of colonial trade enacted three years earlier.¹¹⁵

¹¹¹ See, in particular, chapter XIII on the 'trade', in which, point by point, are synthesised the core ideas of these two works of Forbonnais; Bernardo Ward, *Proyecto Económico* [c. 1762] (Madrid, 1779), 119 and following.

¹¹² Nicolás de Arriquíbar, *Recreación política* (c. 1764–1771), edited by Jesús Astigarraga and José Manuel Barrenechea (Vitoria, 1987); Jesús Astigarraga and José Manuel Barrenechea, 'Estudio preliminar', in Arriquíbar, *Recreación política*.

¹¹³ It was also recommended by Ward during these years: see Ward, *Proyecto Económico*, 154, 169.

¹¹⁴ See Forbonnais, in King, *Le négociant anglois*, I, xxix–xxx.

AQ22

¹¹⁵ Georges Marie Butel-Dumont, *Histoire et commerce des colonies angloises dans l'Amérique septentrionale* (London, 1755); *Historia del establecimiento y comercio de las colonias inglesas en la América septentrional* (Madrid, 1767). On this crucial reform of the colonial system, see Stanley J. Stein and Barbara J. Stein, *El apogeo del imperio* (Barcelona, 2005), 49–83. The author of the Spanish translation was the Austrian-born Francisco Álvarez, who presented it as his own work. However, the censor of the book realised that it was taken from Butel-Dumont and accused Álvarez of plagiarism and of writing a 'superficial' work. In short, it was accepted for publication only because there was not a book in Spanish with the same content; see Archivo Histórico Nacional, Madrid, *Consejos*, bundle 5540-21. In fact, the quality of the translation was very low, totally obscuring the remarkable political projection of Butel-Dumont's original.

Two decades later, Forbonnais was present in the first Chair of Economics and Commerce in Spain, founded in 1784 in Zaragoza by the Aragonese Economic Society. This initiative definitively put into practice in Spain the idea opened by Forbonnais's *Réflexions* that 'commerce' should not only form part of 'public' discussions but should also be integrated into the education of future civil servants, the sectors at which this Chair was particularly aimed. The first director of the Chair, Lorenzo Normante, used the *Elémens* in order to create a 'teaching notebook' for instructing his students, in the same way as he had done before with the treatises of Melon and Genovesi. It must have been a later, summarised translation of this work which, however, was not published because it was uncovered by an anonymous censor as a disguised extract of Forbonnais.¹¹⁶

7. By Way of Conclusion: An Economic Text for a New 'Political' Consensus

Forbonnais's success in Spain between 1755 and 1765 was extraordinary, as demonstrated by the many translations of, articles containing and plagiarism of his work, and even more so in the case of his *Elémens du commerce*. In the same way as in Gournay's France, the Spanish enlightened class was immersed in an intense debate of the *commerce en général* during this decade. Physiocratic Political Economy was practically absent from this debate and the *Elémens* was the book that not only buried it but which, with its precise pragmatic content, fulfilled the consensus reached by the political elites during these years regarding the need to redirect the monarchy towards a 'New Politics', based on the application of the principles on the theory, politics and Political Arithmetic of the 'science of commerce'. The need to have a complete programme that made this 'New Politics' coherent was even more urgent if we take into account that in 1765, the year in which Lemaire published *Elementos del comercio*, two of the most important reforms of the whole of the eighteenth century in Spain—relating to the commerce of grains and the colonial system—were enacted. In this way, during the first years of Charles III's reign, Forbonnais played the same key role as he had done in Gournay's France. Enlightened Spain, therefore, responded fittingly to the French writer with the most knowledge of the theoretical and reformist Spanish tradition of the *arbitristas* and of the first half of the eighteenth century.

Acknowledgements

The author acknowledges the suggestions and information kindly provided by Antonella Alimento, Elena Carpi and Niccolò Guasti, and by the anonymous referees.

¹¹⁶ The censor's report was extremely critical; see The British Library, *Eggerton*, bundle 513, 100–02v.

CAPÍTULO 4

GRAN BRETAÑA EN EL LABORATORIO DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA: ¿ENEMIGO, ADVERSARIO O MODELO?

4.1. *La “República del comercio” de Vicent de Gournay en la Ilustración española (1767-1785) (pp. 218-256).*

4.2. *Anglofobia y anglofilia en la prensa periódica: Nifo y Saura (1762-1779) (pp. 257-270).*

4.3. *La finalidad política de las traducciones económicas: George Grenville en la Ilustración española (pp. 271-303).*

4.4. *L'économie espagnole en débat. L'oeuvre d'Accarias de Serionne et sa réfutation par Campomanes (pp. 304-336).*

4.5. *Una piedra de toque sobre el sistema británico: el “fantasma” de la deuda pública (pp. 337-360).*

I. LA "REPÚBLICA DEL COMERCIO" DE VICENT DE GOURNAY EN LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA (1767-1785)

1. Introducción.

El fin de la Guerra de los Siete Años, con sus traumáticas consecuencias para el eje de los países borbónicos, abrió una etapa relativamente nueva en la cultura político-económica de la Ilustración española. Como ya ha sido analizado, desde mediados de los años cincuenta había comenzado en España la diseminación de escritos acerca de las bondades de las políticas comerciales británicas, en particular, respecto a las cuestiones agraria y colonial, así como los primeros intentos de adaptar esas políticas al marco específico de la Monarquía española, con el propósito de explorar ese modelo de "Monarquía comercial" que debía tanto a Forbonnais. Pero la firma del Tratado de París (1763) instigó un tipo de reflexión más ambiciosa, siempre teniendo como trasfondo el ejemplar y, entonces más que nunca, envidiado modelo británico. Un conjunto notable y cuantioso de traducciones publicadas en el decenio posterior al final de la Guerra pone de relieve que en el corazón mismo de la Ilustración española, entre sus elites más influyentes, en su propia Corte y sus Secretarías más influyentes, fue espoleado un debate, relativamente plural y ya expuesto al desnudo en la esfera pública, cuya finalidad era realizar una evaluación detallada del modelo económico y político británico. Más bien, en concreto, se trataba de evaluar la relación existente entre esas dos esferas. El punto de partida era que el poder de los Estados no dependía ya tanto de sus fuerzas militares, cuanto de su "comercio", de tal manera que tomó fuerza la tesis de que el éxito británico en el reciente conflicto bélico había sido una consecuencia directa de su hegemonía en el ámbito del comercio internacional y del reguero que ello dejaba después en la capacidad de operar militarmente. Y, en la medida en que el comercio dependía, entre otras cuestiones, pero de manera particularmente indiscutible, de las diversas formas de gobierno, el análisis de la interrelación que en el particular caso británico mantenían las leyes políticas y las económicas pasó a situarse en el primer plano de la escena. Se comenzó a apreciar que las elogiadas leyes comerciales británicas eran un resultado más de su sistema político y que no podían explicarse sin remitir a él.

No resulta en absoluto casual que el foco principal de este debate se localizara en la Secretaría de la Hacienda, dirigida entonces por Múzquiz. De su seno surgieron las principales traducciones que trataron de exponer las

principales ventajas y desventajas que podía presentar el modelo británico para una Monarquía Absoluta como la española. Este dato pone de relieve el protagonismo que altos funcionarios de la Hacienda (Marcoleta, De la Torre, Alcalá Galiano, Mantecón, Anzano, Le Maur, etc.) desempeñaron a lo largo de toda la Ilustración española en la diseminación por la vía de la traducción de autores esenciales de la Economía Política europea (Danguel, Serionne, Forbonnais, Necker, Bielfeld, Dupont de Nemours, Herbert, etc.)¹. Lógicamente, en ese debate se hallaba implicada también una reflexión sobre la posibilidad de modernización de la propia Hacienda, su estructura, organización y políticas financieras, en su naturaleza de órgano esencial en el fomento del desarrollo económico nacional y de las políticas que podían posibilitarlo. La Hacienda se convirtió así en el principal canal de transmisión en España del debate sobre la "anglofobia" y la "anglofilia" propio del contexto europeo. Inglaterra era enemigo militar, rival comercial, pero también podía ser al mismo tiempo modelo político para una monarquía cuyas debilidades habían quedado particularmente al desnudo en episodios bélicos tan traumáticos como la toma de La Habana y de Manila. En las próximas líneas se repasan los perfiles principales de ese debate desde 1767, cuando vio la luz una pionera traducción de John Chamberlayne, hasta 1785, cuando el Duque de Almodóvar hizo lo propio, por vez primer en la Ilustración española, con la Constitución de Inglaterra.

2. A la sombra de Domingo Marcoleta.

Si el gran laboratorio de ese período fue sin duda la Hacienda Pública, su gran figura desde el plano de la traducción de textos de Economía Política fue el funcionario vizcaíno Domingo de Marcoleta. Como se analiza con más detalle en otro trabajo², éste fue uno de esos ubicuos personajes que poblaron los círculos de la Corte y sus ambientes ilustrados. Marcoleta ejemplifica la habitual figura del hombre de negocios que percibe la Administración como una vía sólida de enriquecimiento y promoción social, y deja desvanecer su perfil de comerciante, a medida que refuerza el de burócrata. Todas sus traducciones fueron realizadas durante su etapa en la Tesorería Real. No obstante, la labor de Marcoleta debe ser distinguida en razón a su calidad y su cantidad. Antiguo responsable de la

¹ La Hacienda fue también un foco central en el debate económico francés; vid. Michael Kwass, *Privilege and the Politics of Taxation in Eighteenth-Century France, Liberté, égalité, fiscalité*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 213-252.

² Jesús Astigarraga, "La finalidad política de las traducciones económicas: George Grenville en la Ilustración española", *Historia y Política*, 27, 2012, pp. 169-201.

Secretaría de Lenguas, él poseyó sin duda un excelente conocimiento de lenguas extranjeras, y así lo testifica la elevada calidad de todas sus versiones. Al mismo tiempo, fue uno de los traductores de textos económicos más prolíficos de la Ilustración española³. En apenas una decena de años, entre 1771 y 1781, tradujo seis textos: dos de Accarias de Serionne (entre 1772 y 1774), otros dos del ex-ministro de Hacienda británico Grenville (1770 y 1781) y sendos de Plumard de Danguel (1771) y de Goudar (1772).

El contexto de estas traducciones fue en general bien distinto al de las que le precedieron. La figura de Marcoleta expresa bien cómo se había desplazado la línea que establecía los lindes de la labor traductora y la esfera pública. Sus versiones ya estaban destinadas a insertarse en una "esfera pública" que comenzó a ampliarse de forma gradual una vez finalizada la Guerra de los Siete Años, no obstante, siempre todavía bajo la escrutadora mirada de los ministros de Carlos III. De hecho, las seis traducciones de Marcoleta parecían encargos —tácitos o solapados— de autoridades políticas del primer rango: las dos de Serionne estaban dedicadas a Múzquiz, Ministro de Hacienda, y al Duque de Alba, Grande de Primera Clase, para quien el vizcaíno había trabajado como contador y tutor familiar; el resto lo eran a la Sociedad Bascongada y a Francisco de Montes, del Consejo de Hacienda. También los sucintos prólogos de esas traducciones delatan la gran cercanía de su autor con el poder político. Y esta razón ayuda a explicar, como veremos, que en el trabajo de Marcoleta operara, si bien de manera ocasional, una fina y cuidadosa labor de autocensura. Se puede especular con que detrás del Marcoleta traductor se hallara el mencionado Montes, pero quizás también la larga sombra de Aragoz, miembro asimismo del Consejo de Hacienda y con quien el vizcaíno compartía negocios, ámbitos de sociabilidad y, en particular, paisanaje, un factor considerado clave en la creación de las redes clientelares y de mecenazgo en los aledaños de la Hacienda⁴.

³ Un segundo ejemplo de prolífico traductor es el Archivero de la Junta de Comercio, Miguel Jerónimo Suárez y Núñez. Las traducciones españolas de Necker, Turgot, Bigot de Saint-Croix, Justi o Condillac vieron la luz en las *Memorias Instructivas y curiosas* (1778-1791) que él dirigía, pero él no fue su autor material.

⁴ Acerca de la estructura social de la Hacienda y de sus sistemas de captación y promoción interna, vid. Teresa Nava, "La Secretaría de Hacienda en el Setecientos español: una aproximación prosopográfica", en *El mundo hispánico en el Siglo de las Luces*, Madrid, Editorial Complutense, 1996, vol. II, pp. 949-966. Y sobre la importancia del burócrata "erudito" en la "República de las Letras" españolas, María Victoria López-Cordón, "Burocracia y erudición en la España del siglo XVIII", en Jean Pierre Dedieu y Bernard Vincent (eds.), *L'Espagne, L'État, les Lumières*, Madrid, 2004, pp. 155-171, y Joaquín Álvarez Barrientos, *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII*. Madrid, Castalia, 2006.

En todo caso, Marcoleta puso sus traducciones al servicio de la política de Estado de creación de una esfera pública en la que los escritos económicos ya venían desempeñando un papel central. Será pocos años después Campomanes quien canonizará la utilidad pública de los "escritores económicos" y de sus escritos para que una nación fuera "capaz de descubrir sus propios intereses"⁵. En este sentido, la traducción en 1772 de *Les intérêts* de Serionne por parte de Marcoleta resultaba particularmente reveladora. Según Serionne, el necesario equilibrio político de la Europa post-bélica solo podía alcanzarse a través de un adecuado "espíritu público" que incentivase el interés por las cuestiones económicas a través de la publicación de escritos sobre el "comercio" y la fundación de sociedades económicas y agrarias. Como expresión más brillante de ese nuevo patriotismo, ese "espíritu", originario de Gran Bretaña, se había extendido a Francia con Melon, Montesquieu o Forbonnais, los "fundadores" en ella de la "ciencia del comercio"⁶; y después a otros países europeos "*avec cette noble liberté qu'exige la discussion de l'intérêt public*"⁷. A través de sus traducciones, Marcoleta trataba de que arribara también a España. Si, como era deseable, su país pretendía sacudirse "la servidumbre en que nos tiene el ingenio de las demás naciones"⁸, era insoslayable que "nuestra inclinación al consumo de tanta y tan excelentes obras como en ellas [las naciones extranjeras] se trabajan, sea más propensa que lo ha sido hasta aquí"⁹.

En todo ello operaban como modelo de fondo una vez más Gran Bretaña. Una parte de la opinión anglófila que se fue abriendo en España en esos años ponía precisamente su foco en la importancia que la actividad literaria de publicación de textos sobre asuntos "políticos" tenía en la determinación de unas decisiones públicas convenientes. En esa línea precisa, y teniendo como espejo Gran Bretaña, se habían ido manifestando durante los años sesenta autores como Arriquíbar, Ramos o Romà. Desde esa óptica, las bondades de esas decisiones públicas no dependían solo de una correcta maquinaria administrativa y de poder político,

⁵ Pedro Rodríguez de Campomanes, *Apéndice a la educación popular*, Madrid, Antonio Sancha, 1775-1777 (4 vol.), vol. I, pp. X y XLVI.

⁶ Accarias de Serionne, *Les intérêts des nations*, vol. I, p. 325.

⁷ Accarias de Serionne, *Les intérêts des nations*, vol. I, p. 26.

⁸ Accarias de Serionne, *La Riqueza de la Inglaterra*, "Dedicatoria", s. p.

⁹ Louis Plumard de Dangeul, *Observaciones sobre las ventajas y desventajas de la Francia y la Gran Bretaña*, Madrid, Blas Román, 1771, "Prólogo del traductor", s. p.

cuanto de la existencia de una esfera pública activa e instigadora, relativamente libre, en suma, "politizada", que influía sobre esos mecanismos de poder y sus procesos de determinación política, todo lo cual redundaba en la mejora de la riqueza y el bienestar generales. Estas ideas quedaron perfectamente expuestas por Marcoleta en su traducción de Serionne. Seguramente, nadie lo expresó mejor que éste: en Gran Bretaña resultaban especialmente evidentes las ventajas sobre las interrelaciones cruzadas entre la publicación de escritos, la apertura de la "voz pública" y sus efectos en la legislación y las políticas públicas:

"Inglaterra debe a sus escritores... los progresos de las artes, de su industria, de su comercio, los sobresalientes efectos de su agricultura y casi todo lo mejor que tiene en las instituciones de su Administración... Sus escritos excitan desde luego el aplauso general... Los dictámenes de un infinito número de lectores, ciudadanos y filósofos se unen, componen la voz pública y ésta arrebatada la atención de los legisladores. Tal es el origen de una gran porción de las riquezas de la Gran Bretaña" ¹⁰.

3. Gran Bretaña y la "república del comercio".

En el terreno de la conformación de una opinión de contenido anglófilo, un posible camino a seguir para la Monarquía española quedó expresa y muy nítidamente señalado en 1767. En ese año vio la luz la traducción de un texto prolijo y extenso, bajo el título de *Noticia de la Gran Bretaña, con relación a su estado antiguo, y presente*¹¹. El autor de la traducción era Nicolás de Ribera. Apenas poseemos más noticias de él que esta traducción, con toda probabilidad el único texto publicado por él¹². Respecto al libro original, se trataba del difundidísimo tratado del pensamiento político británico, *Magnæ Britannix Notitia, or the Present State of Great Britain*, de John Chamberlayne. Aunque ya con un siglo de antigüedad, la versión de Ribera remitía a alguna de las numerosas ediciones revisadas de este

¹⁰ Accarias de Serionne, *Historia y descripción*, vol. I, p. 28. Sobre el "espíritu público" como factor de progreso del comercio de Gran Bretaña, vid. Accarias de Serionne, *La Riqueza de la Inglaterra*, pp. 99-100; para el caso español, vid. Javier Usoz, "La nueva política ilustrada y la esfera pública: las introducciones a la Economía en el siglo XVIII español", *Revista de Estudios Políticos* 153, 2011, 11-46.

¹¹ *Noticia de la Gran Bretaña, con relación a su estado antiguo, y presente*: escrita en inglés por Juan Chamberlain, y traducida al castellano por Don Nicolás de Ribera, Madrid, Joaquín Ibarra, 1768.

¹² Según se deriva de las informaciones de Francisco Aguilar Piñal, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, vol. VII (R-S), Madrid, CSIC, 1993, p. 108.

tratado clásico, a partir de inicios del siglo XVIII, por su hijo John Chamberlayne¹³. El libro contenía una exhaustiva descripción de los aspectos legislativo, institucional y socioeconómico más relevantes de Gran Bretaña, desde su geografía, población, costumbres o religión, hasta su denso andamio político. De hecho, de sus tres libros, el segundo estaba íntegramente dedicado a este último tema. Ello convertía la traducción de Ribera en una magnífica guía para aproximarse a las complejidades de la monarquía parlamentaria británica, a ese refinado juego de equilibrios que ésta debía respetar entre el Rey, las dos Cámaras Parlamentarias y el poderoso *Exchequer* o Tesorero Mayor; todo ello quedaba muy detalladamente explicado en sus páginas.

Ahora bien, más allá de su función informativa, Ribera no ocultaba en ningún momento la naturaleza eminentemente política de su traducción; antes bien, revelaba sin tapujos esa intención. La traducción estaba dedicada al Conde de Aranda, entonces Presidente del Consejo de Castilla. Su fin primordial era desvelar los "verdaderos fundamentos del comercio y prosperidad de los ingleses", que, desde la perspectiva española, "excitan ideas de comparación". En su clarificador aviso del "traductor al público", Ribera presentaba las realidades económicas y políticas inexorablemente entrelazadas: la prosperidad económica británica era debida sencillamente a la "libertad y excelencia de su Constitución"¹⁴. De las diferentes vías de la nación para conservarse, el comercio o la guerra, Gran Bretaña venía explotando con éxito la de la "libertad política". Aún sin denostar la trascendencia de las leyes comerciales dictadas a finales del siglo XVII, detalladamente expuestas en su libro¹⁵, el énfasis se ponía en las ventajas que ofrecía el sistema político para un correcto desarrollo de las mismas: un sistema de leyes "fijas y conocidas" que garantizaba la seguridad; la división de poderes entre una "voluntad general o potestad legislativa", y los poderes ejecutivos y judicial; y, en suma, un sistema político "mixto", con componentes monárquicos y republicanos, de naturaleza aristocrática y democrática; ese sistema generaba un marco de dependencia recíproca presidido por un principio de "libertad política" en el que todos los ingleses "creen tener parte en la legislación, por sí o por sus

¹³ El origen de este popular texto se remonta a 1669 cuando el historiador Edward Chamberlayne editó la *Angliæ notitia or The present state of England*, que en su edición vigésimo primera, de 1708, y ya a cargo de su hijo John, traductor y editor literario, fue publicado bajo el título de *Magnæ Britannix Notitia, or the Present State of Great Britain*. Su edición trigésimo sexta data de 1756. Desde 1669 hasta, al menos, 1748 circularon numerosas traducciones francesas de la obra.

¹⁴ *Noticia de la Gran Bretaña*, p. 17.

¹⁵ *Noticia de la Gran Bretaña*, libro primero, cap. VI.

diputados”¹⁶. En suma, la prosperidad comercial británica eran debida a esa “organización exquisita”, que lejos de derivar en un sistema inestable o degenerado, había creado una “máquina política” poderosa, cuyos frutos eran el progreso de la nación británica.

Y si en el ámbito del comercio era necesario resaltar alguno de ellos, Ribera ponía su énfasis en las leyes comerciales que, como la exportación de los granos y de los textiles de lana, habían posibilitado el desarrollo en las décadas recientes de su agricultura. Ribera recordaba a Aranda que este sector era la “raíz verdadera del comercio y bienestar de las naciones, y el nervio más solido de todos los estados”. Todo ello “excitan reflexiones para aplicarnos más a la agricultura, que es el manantial de la abundancia de todas las naciones”¹⁷. Por tanto, Ribera ponía en circulación una traducción muy bien encajada en el espíritu de su tiempo, en cuanto que orientada hacia la defensa de la agricultura y que, lejos de discutir las bondades del sistema político británico, las ensalzaba y las presentaba como un posible modelo para la Monarquía española.

La traducción de Chamberlayn fue seguida por cinco traducciones que poseían un expresivo rasgo en común: todas ellas procedían de la tratadística emanada del círculo del Intendente de comercio francés Vicent de Gournay. Sus fuentes originales remitían a Butel-Dumont, Danguel, Goudar (dos traducciones) y Coyer. En todas ellas se volvía a resaltar la idea de que la prosperidad económica y comercial británica resultaba inseparable de las bondades de su sistema político.

La primera era una versión de la *Histoire et commerce des colonies angloises dans l'Amérique septentrionale*, publicada en 1755, bajo la autoría de Georges Marie Butel-Dumont, aunque bien pudo ser realizada con la ayuda de Forbonnais. Se trataba de un texto familiar para los ilustrados españoles: había sido utilizado ya por Graef, Aragorri o Campomanes. Su versión española, la *Historia del establecimiento y comercio de las colonias inglesas en la America septentrional*, fue publicada en 1768, anónima¹⁸. No obstante, el expediente de censura da a conocer

¹⁶ Noticia de la Gran Bretaña, “El traductor al público”, sin paginar.

¹⁷ Noticia de la Gran Bretaña, “Dedicada al Conde de Aranda”, sin paginar.

¹⁸ Georges Marie Butel-Dumont, *Histoire et commerce des colonies angloises dans l'Amérique septentrionale*, Londres-París, 1755; *Historia del establecimiento y comercio de las colonias inglesas en la America septentrional*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1768. Sobre la crucial reforma del sistema colonial, puede verse Stanley J. Stein and Barbara J. Stein, *El apogeo del imperio*, Barcelona, 2005, p. 49-83. A esta traducción se hace una referencia breve en J. Astigarraga, “Forbonnais and the Discovery of the

que su autor fue el asturiano Francisco Álvarez. Con toda probabilidad, la traducción perseguía alinear a las elites españolas en defensa de la reforma liberalizadora del comercio colonial decretada ese mismo año.

El texto de Dumont-Forbonnais tenía como finalidad persuadir de que las colonias eran la fuente principal del poder y la opulencia británica¹⁹. No obstante, al mismo tiempo, lo más característico de mismo era el engarce de la idea de la prosperidad comercial con la composición plural de las constituciones coloniales británicas:

"La constitución de un gobierno merece también la atención del estadista, del filósofo y de todo hombre razonable en cuanto que varía en cada colonia. Esta variedad de sistemas demuestra que la legislación es una de las ciencias que se cultivan menos y que... aun está en sus principios... prueba también que los ingleses han procurado adelantarse más en ella que las otras naciones"²⁰.

Precisamente, el texto presentaba en ocho capítulos las peculiaridades de las estructuras económica y política de los principales enclaves coloniales británicos, con una detallada exposición de sus respectivas estructuras constitucionales: a lo largo de sus páginas, eran expuestas las cartas constitucionales de La Carolina, Pensilvania, Virginia o Nueva Georgia. Desde la óptica española, el texto presentaba la importante novedad de contribuir por vez primera a detallar la pluralidad de esas estructuras constitucionales. Ahora bien, el traductor no ocultaba los problemas de gestión de esa pluralidad. Así, abría su versión con una breve explicación de los suscitados entre la metrópoli y las colonias a raíz del establecimiento por aquélla del impuesto sobre el papel sellado, prolegómeno de los inminentes procesos de independencia. Desde ese momento, "el espíritu de independencia reina en aquellas colonias" y aún se hallaba vivo el "fuego de la sedición", sin que las medidas tomadas desde la metrópoli para restablecer la "subordinación" hubieran surtido ningún efecto²¹.

Un análisis detallado de su calidad pone de relieve que la traducción era muy deficiente: no solo glosaba o resumía abruptamente, sino que ocultaba y omitía

"Science of Commerce" in Spain (1755-1765)", *History of European Ideas*, vol. 40-8, 2014, pp. 1087-1107.

¹⁹ *Historia*, p. 1.

²⁰ *Historia*, p. 2.

²¹ *Historia*, Prólogo del traductor, sin paginar.

informaciones muy relevantes del original, hasta el punto de que en muchos pasajes oscurecía totalmente el sentido profundamente “político” del texto de Dumont-Forbonnais. Así pues, se trataba de una traducción relativamente fallida. Esto pudo deberse a que, con toda probabilidad, fue una iniciativa particular. Si todo ello fuera poco, Álvarez presentó su trabajo como si fuera original²²; pero el censor se apercibió de ello y le acusó de plagio y de ser autor de un libro “superficial”. No obstante, en última instancia, aceptó su publicación debido a que no existía en España un libro de esas características.

Tres años después de esta versión, y ya en el corazón de la Hacienda española, Marcoleta daba a la luz dos traducciones que compartían un mismo prisma: evaluaban Gran Bretaña en el espejo de Francia con el fin de subrayar las ventajas de la primera. Este tópico había sido un eje transversal de la publicística del grupo de Gournay, fuertemente influido por los autores comerciales ingleses. Las posiciones de su círculo fueron en realidad más plurales de lo que tiende a considerarse, pero su veta anglófila fue dominante. En 1750 Gournay había “adoptado Inglaterra como ejemplo, no sólo en nombre de una anglomanía circunstancial, sino como consecuencia de un análisis económico pragmático” sobre el estado económico de Gran Bretaña²³. Cuatro años después, el más anglófilo de los miembros del círculo, Jean-Bernard Le Blanc, traductor de Hume y Bolingbroke, admitía que Gran Bretaña se había convertido en una “escuela de Política para otros países de Europa”, aunque, de acuerdo con Hume, fuera difícil establecer sus reglas generales. Y todo ello no era consecuencia de la naturaleza insular del país o del genio de sus habitantes sino de su “constitución política”: a ella debían los ingleses “su libertad y sus riquezas”²⁴.

Esta línea de reflexión debía mucho a uno de los discípulos más cercanos a Gournay, además de familiar directo del influyente Forbonnais, perteneciente como éste a una familia de industriales del textil de Mans, Louis-Joseph Plumard de Danguel (1722-1777). Este dio a la luz en 1754 un texto, bajo el seudónimo de John Nickolls, con un título muy revelador: *Remarques sur les avantages et les désavantages de la France et de la Gr. Bretagne par rapport au commerce et autres*

²² AHN (Madrid), *Consejos*, leg. 5540-21.

²³ Simone Meyssonnier, *La balance et l'horloge: la genèse de la pensée libérale en France au XVIII^e siècle*, París, Éditions de la Passion, 1989, p. 185.

²⁴ *Discours politiques de Monsieur Hume traduits de l'anglois*, Amsterdam 1754, 2 vols., vol. I, “Préface du traducteur”, pp. VII-VIII.

sources de la puissance des États (Leyde, 1754). El libro no sólo contó con nuevas ediciones en el contexto francés (1754 y 1782), sino que disfrutó de una enorme fortuna internacional²⁵. A España llegó primero a través de una traducción muy parcial —solo comprendió el capítulo sobre el comercio de los granos—, publicada en 1755, y después, de la mano de Marcoleta, en 1771, como *Observaciones sobre las ventajas, y desventajas de la Francia, y la Gran Bretaña, en orden al Comercio, u la Agricultura, y demás recursos de la soberanía de los Estados. Escritas en Inglés por el Caballero John Nickolls* (Madrid, Blas Román, 1771). A diferencia de la breve versión previa, ésta era íntegra, todo un símbolo de la maduración de la esfera pública española durante esa quincena de años transcurridos.

Marcoleta buscaba insertar su traducción en el proceso de las reformas económicas que se había extendido en la Monarquía. La dedicaba a la Sociedad Bascongada. También elogiaba otros nuevos establecimientos de educación y beneficencia, en particular la casa de caridad que estaba fundándose en la Corte. En ese contexto era fundamental aumentar “nuestra inclinación” a “tantas y tan excelentes obras” extranjeras, y relacionaba ello con la necesidad de conocer mejor la economía española: sus manufacturas eran en realidad más competitivas de lo que la sangrienta introducción de géneros extranjeros hacía suponer²⁶.

Su traducción no sólo era íntegra, sino también de excelente calidad. Esto es especialmente destacado si tenemos presente que el texto de Dangeul era una versión comentada del *Essay* del inglés Josiah Tucker relativo al siempre delicado asunto de las leyes de naturalización de extranjeros y las políticas de tolerancia religiosa²⁷. Las variaciones que incluía su versión eran realmente muy sucintas. En diversas notas propias, Marcoleta remitía al lector a algunas de sus traducciones

²⁵ Sobre este todavía poco conocido miembro de Gournay, que era familiar muy cercano de Forbonnais, puede verse Antoin Murphy, “L.-J. Plumard de Dangeul (1722-1777)”, *Revue Historique et archéologique du Maine*, 2000, vol. CLI, pp. 81-96.

²⁶ *Observaciones*, Prólogo del traductor, sin paginar.

²⁷ Dos años después, el texto de Josiah Tucker era traducido en el seno del grupo de Gournay, en una versión que se atribuye a Turgot: *Questions importantes sur le commerce à l'occasion des oppositions au dernier Bill de Naturalisation*, Londres, Fletcher Gyles, 1755. La cuestión de fondo era la política de tolerancia religiosa respecto a la confesión protestante. Como se mencionaba en el *Advertissement du traducteur*, el libro trataba de recuperar la tradición católica en favor de la tolerancia, de emular a los ingleses, de tratar de corregir la “severidad con la cual se trata en Francia a los protestantes” y de reconocer la “la ligazón íntima de la religión de la humanidad y de la política en materia de tolerancia” (p. IX). La intención subyacente era claramente poblacionista, pero el traductor advertía de que el volumen de población se hallaba en función de “su libertad y de su bienestar” (p. IX).

previas²⁸. Por su parte, sus censuras abarcaban dos cuestiones. La primera eran precisamente algunos fragmentos referidos a la naturalización de extranjeros, que implicaban críticas tácitas a la Inquisición²⁹. La segunda era la usura. Las censuras de Marcoleta se referían a tres extractos en los que Danguel justificaba las leyes francesas de la usura —es decir, el préstamo de dinero a interés— que bajo ciertas condiciones podían beneficiar incluso al Estado, y explicaba que su exceso —es decir, un tipo de interés excesivo— era una consecuencia de la excesiva desigualdad de las riquezas y, por tanto, se corregiría sin necesidad de leyes específicas a través de los mecanismos del mercado cuando se resolviera ese problema “vicioso”³⁰. Pero junto a ello Marcoleta respetaba numerosas tesis y expresiones de difícil aceptación en la España oficial de su tiempo. Ello incluía las durísimas críticas de Dangeul al encantamiento de los españoles por los metales preciosos, que había extendido entre ellos un “esclavitud deplorable” y les había hecho perder “todo espíritu de industria, toda actitud al trabajo”³¹.

Como apuntaba el título de su libro, Dangeul realizaba en él un pormenorizado balance de situación entre Gran Bretaña y Francia, que incluía “los principios del gobierno en relación con el comercio y las otras fuentes del poder de los Estados”. Su visión era extremadamente utilitaria: él se quejaba de la existencia en Francia de academias de ciencias y no de agricultura, y presentaba el comercio como un “remedio más eficaz que la guerra”. Ello le llevaba a pormenorizar que las ventajas cosechadas por Gran Bretaña eran debidas a un conjunto de políticas económicas beneficiosas, que alcanzaban a todo los sectores productivos. Dangeul se alineaba con las directrices de “libertad y protección” características del grupo de Gournay, que alcanzaban tanto a la agricultura como a la industria, ambos concebidos como sectores productivos. Aceptaba la liberalización del comercio de los granos, restringiendo su exportación; la desregulación de la producción manufacturera y la instauración de una proteccionismo selectivo, que apuntaba hacia el libre cambio.

Dentro de un marco de protección arancelaria, en línea con Forbonnais, la economía nacional debía de reordenarse en torno al principio general de

²⁸ *Observaciones*, pp. 334, 335 y 343-4.

²⁹ *Remarques*, p. 334. Danguel entendía que a la hora de favorecer la conversión de ciudadanos al catolicismo, la naturalización era un medio más seguro y humano que “un horrible auto de fe”.

³⁰ *Remarques*, pp. 71, 304 y 357.

³¹ Vid., en particular, *Remarques*, pp. 91-2 y 112-113.

competencia. El ejemplo británico era en este sentido admirable. En la isla habían convertido la agricultura en un "objeto de comercio". Se mostraba así que no había desarrollo agrario sin expansión del comercio. Las leyes comerciales que habían activado ese desarrollo habían "cambiado de manera radical la agricultura inglesa y con ello toda la economía inglesa", instigando la extensión del área de cultivo, los cercamientos, las experiencias agronómicas o los nuevos usos agrarios de dedicación intensiva. Y también resultaban convenientes sus políticas en el ámbito industrial, tanto debido a su promoción de la industria rural, como, en el ámbito de las manufacturas, por la disolución de los monopolios comerciales, la lucha contra los privilegios, la eliminación de las rigideces gremiales, las leyes de naturalización de los extranjeros —judíos incluidos—, los bajos tipos de interés o la maquinización. Todo ello se presentaba como una programa económico de gobierno, que podía ser asimilado fácilmente por una Francia que era presentada al mismo tiempo como empobrecida, arruinada por su lujo, perdiendo población y empleo productivo, y en la que administración y economía tendían a confundirse debido a los escasos espacios de que disfrutaba el ejercicio de la libertad de comercio.

Ahora bien, junto a todo ello, Dangeul consideraba que el "primero y más fecundo de todos los principios" de las ventajas de Gran Bretaña nacía de la "Constitución de su gobierno"³². Toda su argumentación desembocaba en una defensa del componente republicano del sistema político británico, al cual se debía la superioridad de su comercio. Dangeul insistía acerca de la participación política y admiraba las ventajas de un régimen donde toda la nación decidía sobre las leyes. La lógica de las ventajas de una administración colegiada frente a la de un "solo hombre" —la propia de las monarquías— se hallaba muy presente en su argumentación. Una legislación económica y hacendística correcta sólo podía ser el resultado de un gobierno bien fundamentado, como el de Gran Bretaña, donde esas decisiones eran tomadas por "toda la Nación", a través de un Consejo Nacional. En él tenían representación los diputados de todas las provincias del reino, de ahí que debía naturalmente decretar las leyes "más conformes al interés general de la nación". Los miembros del parlamento garantizaban que los intereses particulares del comercio sobre las materias más delicadas —los impuestos, las aduanas o el fomento económico— se plegaran a los intereses generales, entre otros motivos, porque a diferencia de los países con una administración unipersonal, se hallaban instruidos en esas materia.

³² *Observaciones*, pp. 134-144.

Esto mismo convertía el sistema político en un auténtico antídoto contra la proclividad hacia la guerra o las conquistas, y en defensa de la hegemonía del comercio. Las posibles veleidades bélicas del monarca encontrarían un freno rotundo en una estructura parlamentaria más proclive a este último. Y, frente a lo que solía sostenerse, esa misma estructura política, lejos de favorecer la corrupción, generaba por sí sola mecanismos institucionales precisos para frenarla y combatirla. Posibilitaba el riguroso control del destino de los subsidios y los fondos públicos, incluidos los destinados a la casa real, para así limitar su potencial capacidad de sobornar. Asimismo, se sostenía sobre el principio de la transparencia de las cuentas públicas: la "publicidad del estado de nuestras fuerzas y de nuestras finanzas acarrea muchas ventajas al cuerpo de la Nación"³³, entre otras, una mejora de la confianza pública, es decir, la basa de la política de endeudamiento; además, si la corrupción de los parlamentarios fuera generalizada, se desataría una "revolución forzada", similar a una enfermedad profunda solo resuelta a través de una "crisis violenta"³⁴.

Todas esas ventajas, descritas con minuciosidad por Dangeul, se materializaban también en la capacidad de la Constitución británica para convertirse en crisol que transformaba los intereses privados en bien público³⁵. En este caso, el mecanismo esencial era la "noble emulación" que incitaba el honor de todos los ciudadanos de convertirse en miembros del Parlamento. Esta estructura constitucional presentaba la ventaja de que cada ciudadano participaba —o se imaginaba participar— en las tareas de gobierno, algo más decisivo aún si se tenía presente que se hallaba abierta también al comerciante. Su participación, bajo determinados requisitos, en la vida parlamentaria era sin duda la mejor vía para dignificar el comercio: quienes lo ejercían, no debían de buscar en otros estados las distinciones sociales que reclamaban; se convertían en caballeros por gracia real, sin tener que abandonar su actividad mercantil. Para Dangeul, era "esta igualdad, hija de la libertad", la única que podía "mantener con honor el comercio"³⁶. Éste se presentaba así con toda su legitimidad republicana: las diversas clases sociales tenderían a confundirse, sin tener que estar rígidamente

³³ *Observaciones*, pp. 138-139.

³⁴ *Observaciones*, p. 144.

³⁵ Vid., en particular, *Observaciones*, pp. 145-149.

³⁶ *Observaciones*, pp. 146-147.

adscritas a los órdenes de la monarquía, y los ciudadanos que trabajaran por el bien de la patria serían recompensados por su ello.

En la narrativa de Dangeul todo ello trascendía además el marco parlamentario y de las instituciones políticas británicas. La emulación social que generaban éstas generalizaba el marco social de este patriotismo del bien público republicano. Era visible en todo ese conjunto de libros sobre materias públicas que conformaban la "opinión" e incidían en las decisiones parlamentarias: de hecho sus actas eran una especie de "libro universal de los ciudadanos"³⁷. Mientras, los debates y las polémicas sostenidos en la esfera pública eran escuela de la razón. Ese mismo espíritu patriótico inspirado por el bien público guiaba las iniciativas de creación de las sociedades ilustradas en Dublín o Edimburgo, de las casas de beneficencia londinenses o de las proyectos de comercio y manufacturas promocionados por la nobleza. En un país donde cada ciudadano podía alcanzar el honor de ser miembro del Consejo de la Nación, las acciones privadas se hallaban dirigidas por el bien general. Y todo ello no encontraba sino un contrapunto negativo en la constitución de las monarquías absolutas, "donde el monarca se encarga de hacerlo todo", "donde todo fomento no puede venir sino del monarca"³⁸.

Todo ese espíritu de indagación e información pública habría de tener una incidencia positiva en el problema central que todo sistema económico debía tratar de dilucidar, ya apuntado por Forbonnais: un adecuado equilibrio en el empleo y en las riquezas entre los dos únicos sectores que los promovían: los propietarios y labradores, por un lado, y los artesanos y comerciantes, por otro. El desarrollo económico aparecía como una consecuencia de mantener un adecuado equilibrio entre esos sectores productivos y los improductivos, es decir, los magistrados, militares y religiosos, por un lado, y los rentistas, mendigos y desempleados, por otro. A diferencia de lo que ocurría en Gran Bretaña, Francia no lo había alcanzado³⁹. Padecía una pérdida continua de empleo productivo y la desproporción entre las clases útiles y las que no lo eran. Ello se debía a factores diversos. Pero Dangeul ponía el foco en dos elementos centrales. Ambos subrayaban la dimensión republicana de su análisis. El primero eran los perjuicios hacia el comercio: resultaba acuciante alterar los códigos de honor para evitar la

³⁷ *Observaciones*, p. 149.

³⁸ *Observaciones*, p. 151.

³⁹ *Remarques*, p. 43.

tendencia al ennoblecimiento de las clases útiles y para distinguirlas en función a su indiscutible contribución al bien público. El segundo, y aún más central, era la igualdad. Danguel percibía Francia como una país especialmente dañado por la mala distribución de las riquezas. Esta era debida a factores diversos: el mal uso del lujo —“el lujo bien ordenado consume, el lujo excesivo abusa y destruye”—; la excesiva concentración territorial en las ciudades populosas; la excesiva apropiación por parte de los religiosos de patrimonio nacional; la existencia de clases exentas y de numerosos sectores mantenidos gratuitamente por el Estado (rentistas, desempleados o mendigos). Pero también a causas más profundas: Danguel sostenía que en “todo sistema de gobierno existe una proporción más favorable a otra de la distribución del empleo”, y el sistema británico era más proclive a la promoción del empleo útil. La igualdad, un valor adscrito asiduamente a los sistemas republicanos, se situaba así en el centro de ese proyecto de monarquía francesa remodelada al que aspiraba Danguel. De hecho, su virulento denuncia del desigual reparto de la propiedad, las riquezas y de la carga fiscal, que compartió con Coyer, ha sido interpretado como una radicalización del discurso del grupo de Gournay⁴⁰. En esa misma línea se situaba su posición contraria a que el comerciante fuera forzado a ennoblecerse para ver reconocido su mérito honorífico: ello supondría a la larga que abandonara su oficio: era mejor favorecer la participación de la nobleza en el comercio, más allá de las legislaciones vigentes desde el siglo XVII cuyo efecto había sido dudoso.

La admirable dinámica británica presentaba un contrapunto negativo de cuya gravedad daba buena cuenta Marcoleta en su traducción. Su admirable régimen parlamentario no había sido capaz de solventar adecuadamente cuestiones esenciales de la organización de la Hacienda británica. La primera se refería a los tributos⁴¹. En sintonía con su lógica *iusnaturalista*, Danguel se ceñía a la norma general de que el Estado no podía enriquecerse a costa del bienestar de sus súbditos. Pero la estructura británica no garantizaba el respeto a esta norma. Su extensa digresión de la estructura de los ingresos fiscales británicos culminaba con una crítica, que extendía a Forbonnais, a los impuestos sobre el consumo, debido a que afectaban directamente a la competitividad de la manufactura nacional, y en cambio con una defensa de los que gravaban las tierras y el lujo. Todo ello era fundamental teniendo presente que el sistema fiscal francés había que reformarlo: era arbitrario y dañaba a las ocupaciones útiles.

⁴⁰ Meyssonnier, *La balance*, p. 254.

⁴¹ *Observaciones*, pp. 342 y ss.

Ahora bien, el problema central de la Hacienda se situaba en el terreno de la deuda pública o, más precisamente, de los "abusos" de su empleo⁴². Aquí volvía a surgir el elogio del componente republicano de la Constitución inglesa. Dangeul apuntaba al rey como un posible foco de corrupción, principalmente electoral, pero sin efectos reparables. A consecuencia de esos "abusos", según Danguel, la deuda pública británica venía conociendo un incremento incesante, reinado tras reinado. Ello era debido no solo a las coyunturas bélicas y a diversos mecanismos inherentes al funcionamiento del sistema parlamentario, cuanto también al escaso control por parte del Parlamento del gasto público. Las incesantes subvenciones destinadas a financiar compañías de comercio o privilegios económicos eran presentadas como una suerte de "corrupción", "desórdenes" y operaciones de "mala fe" que el Parlamento no era capaz de contener. El problema emergía con toda su potencial capacidad destructiva y distorsionadora que se le ha atribuido⁴³, toda vez que conducía a Gran Bretaña a una "ruina cierta". Al mismo tiempo, dejaba al desnudo la vertiente republicana del sistema político inglés y arrojaba serias dudas acerca de su correcta operatividad práctica. No debe de olvidarse que el libro de Danguel fue publicado antes de la Guerra de los Siete Años, si bien cuando ésta era ya inminente y previsible, y ello puede justificar su posición. Mientras, su traducción española vio la luz después del conflicto bélico, esto es, cuando éste había alterado profundamente el sistema crediticio europeo y, en el caso de Gran Bretaña, agravado los problemas que adelantaba Danguel. Por si todo esto fuera poco, Marcoleta incorporaba en su traducción diversas notas propias⁴⁴, por otra parte, las únicas de toda su traducción, en las que remitía al lector a su versión previa del ex-ministro Grenville. En ellas el problema de la deuda británica era presentado con toda su potencial gravedad, como un factor que podía conducir al colapso de Gran Bretaña. De esta manera, Marcoleta aquilataba, de una manera prudente e imperceptible, la anglofilia de Danguel, las supuestas bondades de un sistema como el británico que estaba siendo objeto de una revisión profunda entre las elites españolas que buscaban una salida a la crisis política que siguió al final de la Guerra.

⁴² *Observaciones*, pp. 313-342.

⁴³ Vid., a este respecto, Michael Sonenscher, *Before the Deluge: Public Debt, Inequality, and the Intellectual Origins of the French Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 2007.

⁴⁴ *Observaciones*, pp. 324 y 336.

Un año después de traducir a Danguel, Marcoleta dio a la luz su versión de una obra de Ange Goudar (1708-1791). Periodista, aventurero, agente del gobierno, espía y literato, entre otras tantas ocupaciones, este polifacético —y algo extravagante— escritor, amigo de Casanova, fue autor de una ingente obra, con incursiones en el mundo de la literatura, las artes, la historia o los relatos de viajes. Goudar también lo hizo en el ámbito de la Economía Política, particularmente durante la fértil década de los años cincuenta, cuando tuvo la oportunidad de inmiscuirse personalmente en los ambientes intelectuales parisinos, si bien sin trabar ninguna relación orgánica con los núcleos de economistas entonces emergentes, el de Gournay o los fisiócratas. La más importante de sus obras económicas fue su extenso tratado *Les Intérêts de la France mal entendus*⁴⁵, que elaboró, quizás, tratando de alcanzar un puesto en la administración francesa, desde un obligado exilio en Avignon en donde hubo de esconderse huyendo de deudas motivadas por el juego⁴⁶. Publicado durante el primer año de la Guerra de los Siete Años, el libro tuvo una cierta audiencia entre los *enciclopedistas*, con los que, no obstante, su autor no mantuvo buenas relaciones, siempre en los ambientes cortesanos alejados de la fisiocracia. De hecho su difusión internacional tuvo una notoriedad más amplia a raíz de que el grupo de Gournay lo integrara en 1761 en los cinco volúmenes de *Discours politiques* que venía publicando Mauvillon, a la sombra de Gournay, y que para esa fecha había incluido tratados como los de Hume o Cantillon⁴⁷. Sin duda, esa fue la fuente que utilizó Marcoleta en su versión española, que vio la luz en 1772⁴⁸.

El texto de Goudar presentaba un extenso y profundo programa económico de reformas para Francia en los seis ramos en que se estructuraba: agricultura, industria, comercio, hacienda pública, población y navegación. Se trataba, en diversos pasajes, de un texto severo y radical, rayando en algunas ocasiones en la provocación: su primera edición vio la luz con censuras y su primer volumen fue

⁴⁵ *Les Intérêts de la France mal entendus, dans les branches de l'agriculture, de la population, des finances, du commerce, de la marine et de l'industrie*, Amsterdam [i.e. Avignon], Jacques Cœur, 1756, 3 vol.

⁴⁶ Sobre Goudar y su obra económica, vid. Jean-Claude Hauc, *Ange Goudar. Un aventurier des Lumières*, Paris, Honoré Champion, 2004, pp. 55 y ss.

⁴⁷ Hauc, *Ange Goudar*, pp. 64 y ss. El extenso libro de Goudar ocupaba los vol. 4 y 5, ambos de 1761, de esos *Discours politiques*. Además de ser traducido al español, lo fue al alemán en 1766.

⁴⁸ [Ange Goudar], *Los intereses de la Francia mal entendidos. Destierro de errores comunes en la agricultura, Industria, Comercio, Población y Navegación. Plan de sistema económico, en que se descubren los vicios con que se manejan estos Ramos, y se proponen los medios para poderlos reparar*, Madrid, Blas Román, 1772, 4 vol.

interpretado de manera inmediata como una sátira hacia el gobierno francés⁴⁹. Acaso con el fin de solventar los posibles problemas de censura, Marcoleta glosaba en su "Prólogo" al propio Goudar para desmentir que éste hubiera tratado de criticar al gobierno y sus ministros⁵⁰. Salvado ese punto, el libro era presentado por el traductor ante sus lectores como "quizás la obra más bien escrita de cuantas hasta aquí se han publicado" sobre los seis ramos citados⁵¹. Pero, por si ello fuera poco, añadía al título original del libro un subtítulo muy expresivo: "Plan de sistema económico en que se descubren los vicios con que se manejan estos ramos, y se proponen los medios para poderlos reparar". Así pues, la intención de Marcoleta era tan clara como persuadir de que las ideas del libro de Goudar eran "adaptables a todas las naciones del mundo".

Debido a ello, resulta especialmente destacable la excelente calidad de su trabajo. Su versión era una traducción íntegra del original, tanto del prolijo texto principal como de sus notas, con algunos breves episodios de censura —más propiamente, con toda probabilidad, de autocensura—. El más significativo era la eliminación de unos fragmentos en los que Goudar acusaba a la monarquía francesa de perseguir a los protestantes para "conservar el trono"; calificaba de "mala política" el Edicto de Nantes, dado que, al expulsarlos de Francia, había propiciado el auge económico de las potencias vecinas; y se manifestaba a favor del pluralismo y la tolerancia en materia de religión: un "herético puede ser un buen ciudadano"⁵². Sin embargo, siendo esto cierto, no lo es menos que Marcoleta respetaba en su versión otros numerosos fragmentos del original que se hallaban en el linde de lo que podía resultar políticamente aceptable en la España de su tiempo: los duros párrafos en los que Goudar reclamaba una política estricta para limitar el crecimiento de eclesiásticos⁵³; su defensa de la libertad de imprenta; su apoyo a numerosas políticas propias de los países republicanos y los "estados libres"; su crítica al exceso de gasto de los monarcas —"la Casa Real entre nosotros consume un caudal inmenso"⁵⁴—; la política de honores a la nobleza

⁴⁹ *Les Intérêts*, vol. II, Déclaration de l'auteur, p. V.

⁵⁰ *Los intereses*, Prólogo; cfr. *Les Intérêts*, vol. II, Déclaration de l'auteur, p. V.

⁵¹ *Los intereses*, Prólogo.

⁵² *Les Intérêts*, vol. I, pp. 305-316.

⁵³ *Los intereses*, vol. II, pp. 334-338. Precisamente estas páginas habían sido censuradas en la versión inicial de Goudar.

⁵⁴ *Los intereses*, vol. II, pp. 67 y 229.

como causa de la depauperación de las monarquías; la corrupción de la nobleza y de los intermediarios del Rey; la "avaricia" de la Iglesia por poseer excesivos bienes de oro y plata; o, por último, entre otras muchas, su extensa digresión favorable al regreso de los judíos a Francia "para aumentar la población"⁵⁵.

Sin necesidad de entrar en todos los detalles de su contenido, todavía carente de un estudio en profundidad, el libro de Goudar fue en general un texto descosido, a veces, contradictorio o, en el mejor de los casos, poco coherente. Todo hace pensar que fue escrito con celeridad y que ello se tradujo, además de en los rasgos ya mencionados, en una falta palpable de originalidad. En excesivas ocasiones Goudar se limitaba a copiar o glosar fragmentos muy extensos de otros tratados económicos: toda la tradición económica francesa no fisiócrata del siglo XVIII, desde Vauban hasta Gournay, se hallaba presente en sus páginas. En particular, la óptica del trabajo debía mucho a Forbonnais: fiel a éste, Goudar lo caracterizaba como "un libro de detalles económicos"⁵⁶. Ello incidía también en su afinidad con otros economistas de Gournay: el propio Gournay, Danguel, Herbert o Coyer, cuyos textos eran reiteradamente copiados o mencionados en sus páginas. De esta manera, no extraña que su difusión internacional se consumara en los círculos próximos al Intendente de Comercio.

Por otra parte, el contenido doctrinal de su libro era también lógicamente muy afín a éste: Goudar bebía de la corriente *anticolbertista* y anti-industrialista francesa; era un economista agrarista y poblacionista, favorable a un modelo equilibrado de la agricultura y la industria —si bien sustentado en la prioridad de aquella— y a un programa contrario a los monopolios y los privilegios, así como basado, al menos moderadamente, en el principio de la libre competencia en el mercado interior. Junto a ello, dado que el comercio internacional era lo que determinaba el poder económico y político de las naciones, era primordial que Francia protegiera con aranceles su mercado interior y se especializara en la exportación de granos y frutos; además, en vez de las manufacturas de lujo, debía promover las bastas y populares. Al mismo tiempo, aunque no se mostrara partidario de la libre exportación de granos, entendía que la agricultura francesa debía de ser sometida a un riguroso proceso de reformas con el fin de convertir

⁵⁵ *Los intereses*, vol. II, pp. 435 y ss.

⁵⁶ *Les Intérêts*, vol. II, *Déclaration de l'auteur*, p. I, y también, por ejemplo, vol. II, pp. 315-316.

sus frutos en objeto de comercio: hasta la fecha estos eran una simple "*police de commerce*" en vez de un "*système politique de commerce*"⁵⁷.

Como característica transversal de todo el libro de Goudar, operaba el continuo paralelismo de Francia con sus dos principales competidores comerciales, Holanda y, sobre todo, Gran Bretaña. "¿De qué nace que la Francia no disfrute las ventajas que tienen sus vecinos?"⁵⁸, era la pregunta que él trataba de responder en su extenso libro. Y la respuesta que brotaba reiteradamente en él era que, en la misma medida en que un conjunto de políticas erróneas había llevado a Francia a la postración, las adoptadas en Gran Bretaña le habían permitido alcanzar su abrumadora superioridad comercial. Ciertamente, Francia debía de tratar de poner coto a esa expansión comercial, tan favorecida por ejemplo por sus injustas actas de navegación⁵⁹; pero ello no estaba reñido con la idea de que debía sencillamente tratar de adoptar esas políticas británicas tan indiscutiblemente provechosas. El libro de Goudar se presentaba así como uno de los más anglófilos de cuantos cabe relacionar con el círculo de Gournay, aunque pocos años después, con la Guerra ya en plena ebullición, su autor se manifestará combativamente opuesto a Gran Bretaña⁶⁰.

Si existía un terreno en el que, a los ojos del funcionario de la Hacienda Marcoleta, podía resultar especialmente útil ese prolijo cotejo de la "balanza de poder" entre los países europeos, este era la Finanzas Públicas. El propio Goudar, informado principalmente a través de las *Réflexions politiques* de Dutot, consideraba a éstas como el auténtico "nudo gordiano" de las ventajas entre las naciones, que "la política busca siempre en otras causas"⁶¹. En realidad, la fuente del poder ya no era la virtud militar, sino las riquezas: frente a aquélla, el genio o el clima, eran en realidad las finanzas las que ponían "en movimiento todos los resortes del poder político", de ahí que "una pequeña ventaja en este ámbito produce una gran ventaja en los otros"⁶². Y en este delicado terreno, que ilustraba

⁵⁷ *Les Intérêts*, vol. II, p. 283.

⁵⁸ *Les Intérêts*, vol. I, p. 18.

⁵⁹ *Les Intérêts*, vol. III, pp. 7-22.

⁶⁰ Hauc, *Ange Goudar*, pp. 82-83. El *Journal de commerce* llegó a censurar el libro de Goudar, que inicialmente había incluido en su "*Catalogue raisonné des meilleurs ouvrages concernat le commerce*", bajo la acusación de haber exagerado el juicio negativo sobre Francia (*Journal de commerce*, marzo de 1759, pp. 164-166 y 166-172).

⁶¹ *Los intereses*, vol. II, p. 90.

⁶² *Los intereses*, vol. II, p. 152.

como ningún otro el poder precario de Francia frente a Gran Bretaña —y también Holanda—, ésta se mostraba inmensamente más próspera y poderosa. El cotejo de Goudar no dejaba lugar a la duda: respecto a Gran Bretaña, Francia disponía de un menor volumen de masa monetaria —unos trescientos millones de libras, según Goudar—, menos ingresos públicos y unos tipos de interés más elevados; también la renta personal de sus ciudadanos era más reducida. No todos los problemas residían estrictamente en el ámbito financiero: un problema central provenía de la ventajas que Gran Bretaña obtenía de comerciar con países como Portugal o España, propietarios de los metales preciosos, una tendencia comercial que Francia debía tratar de alterar⁶³. Pero, en el orden de las finanzas, el problema para Goudar era que en su país reinaba una situación de "desorden" que no existía en Gran Bretaña, y que ésta se había aprovechado sagazmente para emprender la Guerra⁶⁴. Esta se presentaba como un escenario perfecto para aquilatar las bondades que el sistema monárquico francés y el "mixto" británico obtenían de sus respectivos sistemas de Hacienda Pública.

Las guerras continuas, con sus costes infinitos, las pensiones militares, los pillajes y los beneficios que obtenían intermediarios "corruptos" del rey eran la primera causa de esos desórdenes financieros. Pero, en este terreno preciso, tampoco las previsiones podían ser muy esperanzadoras. El problema no era solo que Gran Bretaña poseía un sistema financiero más saneado, sino las diferencias que se derivaban entre los sistemas monárquicos y "mixtos". Ambos compartían problemas, como el pillaje o la corrupción de los intermediarios del Rey, pero los infinitos costes de la guerra tendían a castigar más a los primeros, dado que al estar basados en el honor y en los ejércitos regulares, debían de hacerse cargo de las recompensas pecuniarias y las pensiones de los soldados: cada victoria agotaba las finanzas francesas⁶⁵. Todo se dirigía al aumento de los impuestos y a dañar al sistema productivo de los artesanos y agricultores: el arte de la guerra terminaba por destruir las artes productivas. En efecto, la separación en los gobiernos "mixtos" entre la administración política y la sociedad civil, formando ambas una especie de constitución aparte, preservaba el sistema productivo de los efectos devastadores de la guerra. En cambio, Francia se veía obligada a hacerla frente con

⁶³ *Los intereses*, vol. II, pp. 129-134.

⁶⁴ *Los intereses*, vol. II, p. 88.

⁶⁵ *Los intereses*, vol. II, p. 102.

el capital de la agricultura, industria y finanzas; y con los campesinos y artesanos, convertidos en soldados⁶⁶.

Pero, en tiempo regulares, el crónico problema de los "desórdenes" de las finanzas francesas suponía que debía recurrir a financiación extraordinaria y residía en los incontables "vicios" en que se hallaban gobernadas. El reclamo de la igualdad, derivado sin duda de la obra de Dangeul, emergía como un factor esencial en la necesaria reforma de las finanzas francesas: la riqueza de una nación se entendía relacionada estrechamente con su mejor distribución. Por el lado de los gastos, era indiscutible que la monarquía tendía a multiplicarlos, por ello, era necesario extinguir los privilegios de las compañías de comercio y de las manufacturas; limitar las prerrogativas destinadas al fomento de determinadas artes; abolir parcialmente las pensiones militares; practicar políticas que contribuyeran a reducir la excesiva desigualdad entre los cuerpos sociales; suprimir los cargos de la casa real; poner límite a sus gastos; reducir el tipo de interés con el fin de bajar el endeudamiento; o, por fin, distribuir mejor la masa monetaria en el interior del cuerpo político. Por el lado de los ingresos, era necesario reformar el sistema fiscal estableciendo un impuesto sobre los grandes propietarios y el producto de sus tierras, y otro sobre la fortuna de los financieros; asimismo, se debía convertir a la Iglesia en contribuyente neto a las finanzas públicas, además de responsabilizarla de financiar las pensiones militares. El objetivo era alcanzar un sistema social menos pervertido por las diferencias: "la mejor política es la que tiene como base la igualdad"⁶⁷. De esta manera, Goudar incorporaba a su plan de reforma un valor, la igualdad, que se consideraba intrínseco a los gobierno republicanos y lo presentaba como una estrategia también posible en el interior de las monarquías.

No obstante, por encima de todos, el principal vicio de las finanzas francesas radicaba en su forma de administración⁶⁸. Y en este terreno el ejemplo de Gran Bretaña brillaba con todo su esplendor. En primer lugar, y con el fin de atajar los problemas de corrupción y de prevaricación de financieros, intermediarios y otros agentes, resultaba necesario, de acuerdo otra vez con Dangeul, sustituir los sistemas fundados en el gobierno de un solo responsable, o de un número reducido, por un sistema colegiado: mientras subsistiera el primero, "la confusión

⁶⁶ *Los intereses*, vol. II, pp. 166-167.

⁶⁷ *Los intereses*, vol. II, p. 234.

⁶⁸ Vid, en particular, *Los intereses*, vol. II, pp. 145-156.

estará siempre presente". Pero para evitar que las finanzas siguieran devastadas por prácticas corruptas al servicio de los intereses particulares, resultaba necesario también garantizar que en su administración participaran ciudadanos de todas las clases del Estado. Todo ello confluía en la creación de un Consejo General de Finanzas, presidido por el Rey, de carácter colegiado y compuesto de diputados de los diferentes órdenes del Estado, la nobleza, el clero y los sectores populares. Goudar volvía su mirada hacia Gran Bretaña para admitir que debía su poder comercial a un sistema de administración similar: este sistema era en realidad el que había sostenido al país. El criterio que adoptar no dejaba lugar a la duda: "todas las constituciones deben ceder a esta máxima política, hoy la primera de todas, a saber: que cuando un Estado está rodeado de gobiernos que tienen un sistema de finanzas más favorable hace falta imitarlos sin que todo sea perdido". No se trataba, en suma, de que Francia renunciara a su condición de país monárquico, sino de introducir en su seno elementos de la tradición republicana que habían mostrado su eficacia en experiencias vecinas: "en todos los Estados (incluso en los absolutos) hay ramas de la administración que deben ser absolutamente republicanas sin que el poder del príncipe se debilite y con él la constitución del Estado; en este caso, es la república la que sostiene a la monarquía". No se podía aducir contra ello que la autoridad del Rey disminuiría; ni tampoco los supuestos problemas que generaba administrar a través de órganos colegiados: la experiencia del Parlamento británico en situaciones tan delicadas como los conflictos bélicos era un buen ejemplo de ello.

Así pues, la estrategia de Goudar consistía en revitalizar la depauperada Monarquía francesa a través de la introducción en ella de valores y elementos institucionales procedentes de la experiencia mixto-republicana británica. Su emulación de Gran Bretaña no podía detenerse en el escenario de las finanzas públicas, sino que alcanzaba a "su sistema de gobierno, el grado de libertad de sus pueblos, su aptitud, su constancia al trabajo, su industria"⁶⁹. Goudar volvía a recuperar otros elementos de tradiciones políticas ajenas a la monarquía en otros pasajes de su libro: como sus grandes enemigos, Gran Bretaña u Holanda, Francia necesitaba crear una banca real, no solo para aumentar sus recursos financieros, sino con el fin de atajar el problema de que los gobiernos monárquicos no fueran capaces de generar "confianza" y "opinión" favorable en la misma medida que los republicanos⁷⁰.

⁶⁹ *Los intereses*, vol. II, pp. 13-14.

⁷⁰ *Los intereses*, vol. II, pp. 251.

No hubo de pasar una decena de años para que otro texto atribuido a Goudar circulara en España por la vía de la traducción. Se trató del anónimo *Testament politique de l'amiral Bing*. Éste era un panfleto propagandístico profundamente antibritánico, publicado en 1759, en plena Guerra de los Siete Años⁷¹. Su traducción española fue debida a otro servidor de la Hacienda, Antonio Rato, oficial primero de la Tesorería del ejército y Reino de Valencia⁷². Fue dada a la luz dos décadas después, en 1780, al poco de iniciado el nuevo conflicto bélico con Gran Bretaña, con lo que, a pesar del tiempo transcurrido, el texto podía ser leído con absoluta naturalidad. La versión destacaba además por su formato novedoso. Reflejaba el creciente interés de los traductores españoles por hacer uso de nuevos estilos narrativos, en este caso, próximos a una novela, con trasfondo testamentario⁷³, con el fin de aproximar las ideas económico-políticas al gran público. De hecho, éste, "el público", era el destinatario de la traducción, cuya esencia era tanto apuntalar entre él un más necesario que nunca sentimiento antibritánico, como lanzar una diatriba radical en favor del libre comercio.

La principal característica del texto —su anglofobia— no era una mera toma de partido respecto a la guerra en favor de las posiciones francesas. En cualquier caso, el conflicto bélico era tratado como una simple agresión de Gran Bretaña, en su voluntad de apuntalar una nueva Monarquía universal y de hacerse con el control del comercio internacional. Goudar entendía que este propósito era prácticamente imposible en los delicados equilibrios europeos de ese momento, pues difícilmente sería admitido por el resto de Europa; no obstante, apelaba a la entente entre Francia y España para contener el ya más que virtual avance británico.

⁷¹ *Testament politique de l'amiral Bing, traduit de l'anglois*, Portsmouth, 1759; sobre su autoría, vid. Hauc, Ange Goudar, pp. 82-83.

⁷² *Testamento político del almirante Bing: en el que se manifiestan las máximas del partido Realista para sojuzgar al pueblo inglés, y quitarle la libertad que se ha adquirido; y asimismo la senda que éste debe seguir para conservarla*, Valencia, Joseph y Thomas de Orga, 1780. A esta traducción hizo una breve referencia J. A. Maravall, "Las tendencias de reforma política en el siglo XVIII español", en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Madrid, Mondadori, 1991, p. 69.

⁷³ El texto, que incluía una apretada y singular historia de Inglaterra, estaba narrado en primera persona por el almirante Bing (o Byng), uno de los protagonistas de la toma de Menorca por las tropas británicas y después condenado a muerte en su propio país, por el arbitrio de las facciones cercanas al Rey, debido a no haber sido capaz de abatir las tropas francesas.

Goudar acompañaba todo ello de una valoración profundamente negativa del sistema político británico. La guerra —como reflejo de la insaciable ambición británica— era una simple expresión de problemas de mayor calado cuya raíz se hallaba en su sistema político. La cuestión no procedía tanto de ese componente republicano que posibilitaba a la nación participar de la soberanía: este envidiado sistema de libertad lo era tan solo en apariencia. El auténtico problema lo provocaba una facción próxima al Rey, que Goudar denominaba reiteradamente “realista”, constituida, en términos textuales, como un “partido”, que ejercía su poder despótico sobre el Parlamento. El mecanismo principal era el simple proceso de compra de votos de los parlamentarios. Todos los ciudadanos ingleses deseaban poder tomar parte en esa “augusta asamblea”, y el camino más eficaz para ello era la compra de votos de los condados y ciudades bajo su representación, que, a continuación, eran vendidos al partido “realista”. De esta manera, éste maniataba plenamente el margen de maniobra del Parlamento en la actividad política. Los esfuerzos de éste, con la ayuda del pueblo, “no han tenido otros fines que el aumento de los privilegios de la nación y la disminución de la autoridad del Rey”, en realidad, con escaso éxito.

En la medida en que la conducta del monarca contra el Parlamento era generalizada, Goudar podía dibujar un régimen político “prostituido” y profundamente “corrupto”, totalmente inclinado ante esas “riquezas, dignidades y fortunas” con las que los “realistas” sometían a los débiles parlamentarios. Gran Bretaña debía de ser, entre todas las naciones europeas, la más libre de “alborotos, facciones, y mal gobierno”, el modelo de la “política sana” y el gobierno por “excelencia”. Y, sin embargo, ese proceso, enquistado como una práctica plurisecular y regular, anegaba todas las supuestas virtudes de su sistema político. Pudo haber un tiempo en el que el Parlamento actuaba con su auténtico sentido republicano de independencia, libertad y virtud, de auténtica sabiduría presidida por el principio del bien de la patria. Pero, ahora, lejos de ser un ejemplo de división de poderes y de equilibrio entre ellos, lo era de un régimen sostenido en las facciones y la división, motivadas por el omnímodo poder del rey. Inglaterra carecía así de las principales virtudes que se reclamaban a cualquier régimen político: un sistema “fijo” de político y un conjunto de leyes “sabias, fijas y duraderas”⁷⁴ que pudiera transmitir tranquilidad y estabilidad al sistema político.

⁷⁴ *Testamento político*, p. 182.

Debido a todo ello el Parlamento era incapaz de cumplir con las funciones que le asignaban los mecanismos constitucionales: no ejercía su labor de control del monarca y de transparencia pública. Una de las principales consecuencias de ello es que el sistema tendía a generar endeudamiento. Y ello justificaba a su vez los ciclos bélicos en los que una y otra vez se veía comprometida la nación británica. Las guerras se transformaban en un mero ejercicio de soberanía real, toda vez que el Parlamento carecía de capacidad para frenar la petición reiterada y continua de créditos públicos. El resultado era que Gran Bretaña poseía un nivel de endeudamiento inasumible: sus deudas eran tan “espantosas” que debería conquistar el reino de Francia para salir del “abismo”⁷⁵. La raíz de todos estos problemas no se hallaba, según Goudar, en la compleja política de mantener los equilibrios internacionales. Todo era propiamente una cuestión de “mala inteligencia doméstica”. El problema radicaba en la perniciosa forma de gobierno y la Constitución “viciosa” que lo permitía.

Por si todo esto fuera poco, los mecanismos de corrupción naturalizados con el sistema político británico arrojaban también su sombra sobre el sistema económico. En esta vertiente el problema principal lo suscitaba la falta de libertad de comercio. Por sus características geográficas y naturales, más en particular, debido a su condición insular, Gran Bretaña debía de estructurar su economía productiva en torno a ese principio de libertad de comerciar. Sin embargo, los mecanismos de compra de voluntades en la esfera parlamentaria, principalmente, a través del otorgamiento de subsidios y privilegios, habían estrechado el comercio hasta reducirlo a unas pocas manos. Goudar desarrollaba en su escrito una auténtica diatriba contra la economía de los privilegios comerciales. En particular, las cinco compañías de comercio británicas, comenzando por la de Indias, reflejaban mejor que cualquier otra manifestación similar, todos los efectos devastadores de un sistema comercial restringido y mediado por el poder político.

Goudar volvía a retomar el hilo de la importancia del comercio como nutriente del espíritu republicano. Como él señalaba una y otra vez en su escrito, todo ello era una simple derivación de los principios del Derecho Natural. Las consecuencias que solían atribuirse al ejercicio del comercio por medio de compañías privilegiadas —defectos en la gestión, administración onerosa o precios finales comparativamente elevados— eran menos graves que sus efectos sobre el conjunto del sistema socioeconómico. Esos efectos se traslucían no sólo

⁷⁵ *Testamento político*, p. 208.

en la esfera de la eficiencia económica sino de la moralidad del sistema político: quien incumplía esos principios, como era el caso de las compañías de comercio privilegiadas, atentaba sencillamente contra las leyes naturales; por ello, su daño era doblemente pernicioso. Detrás de estas ideas parecían hallarse las primeras críticas sustanciales al sistema de privilegios planteadas, a través de Clicquot-Blervache o de Morellet, en el seno del grupo de Gournay⁷⁶.

Goudar partía de la tesis de la sociabilidad del comercio: los ciudadanos lo ejercían porque obtenían ventajas mutuas del mismo; pero ese cambio, simple y mutuamente beneficioso, también generaba efectos sobre el conjunto de la comunidad política. El comercio ataba por interés a los particulares que componían la república y se erigía en una actividad vertebral para mantener vivo en ella el "espíritu republicano"⁷⁷. Ahora bien, todo ello únicamente se materializaba cuando el comercio era libre. Goudar desbrozaba dos vías para mostrar la ligazón entre el comercio libre y el mantenimiento del "espíritu republicano". En primer lugar, la libertad de comercio era la mejor garantía para alcanzar un sistema socioeconómico más igualitario, y ello se convertía en el mejor sustrato para mantener la unión entre los ciudadanos y para garantizar su contribución al bien de la comunidad. En segundo lugar, la libertad de comercio excitaba la emulación entre los ciudadanos; constituía el mejor mecanismo para repartir en proporción al talento el trabajo de quienes participaban en el comercio.

Todo ello era especialmente evidente cuando nacía un nuevo ramo en el comercio. Éste era debido a un "talento superior", que le otorgaba a quien lo poseía cierta superioridad sobre el resto de sus conciudadanos. A medida que las ventajas de ese descubrimiento se iban haciendo comunes a todos los miembros del Estado, todos sacaban fruto de él. De esta manera, en la sociedad comercial, el deseo de riquezas era más intenso que el de honores, por ello resultaba particularmente trascendente el ejercicio de una actividad como el comercio que permitía la búsqueda del interés individual sin dañar el bien de la comunidad. En cualquier caso, esta dinámica solo se materializaba en un régimen de libre comercio. Éste garantizaba la percepción de beneficios "normales", en vez de "extraordinarios", como era el caso de los monopolios, con lo que toda la dinámica del sistema apuntalaba las condiciones de igualdad y de beneficio para la

⁷⁶ Larrère, *L'invention*, pp. 162 y ss.

⁷⁷ *Testamento político*, p. 216.

colectividad: "cuando el comercio es libre, el mercader solo consulta su interés particular, vive frugalmente y se contenta con una mediana ganancia [...] la abundancia abarata las mercancías y mayor número de ciudadanos halla su subsistencia en la multiplicación de negocios corrientes que un comercio libre mantiene indispensablemente en un Estado"⁷⁸.

Mientras tanto, el sistema de compañías de comercio privilegiadas atentaba contra todos estos principios. Lejos de contribuir a la igualdad, la impedía, al favorecer el logro de una "desproporción exorbitante en el repartimiento de bienes"; lejos de ayudar al asentamiento de las virtudes de la frugalidad y la contención, obligaba a mantener activo un consumo suntuario que garantizara un reparto mínimo de esos caudales acumulados en pocas manos; por fin, lejos de favorecer la emergencia de ciudadanos libres movidos por su propio interés, envilecía el sistema social y obligaba, para subsistir, "a hacerse esclavos los que deberían ser iguales". Así pues, ese tipo de compañías eran más propias de los tiempos de la "barbarie" y la "ignorancia". Solo tenían lugar en "un país donde el pueblo sea esclavo y el monarca despótico"⁷⁹. No eran sino la expresión de una forma de abuso que atentaba contra los derechos del individuo.

De hecho, el ejemplo británico venía a poner de relieve precisamente cómo el sistema de compañías apuntalaba un régimen despótico: las compañías habían acabado por transformarse en una especie de "república dentro de la república", incluso con capacidad para sostener sus propios ejércitos. Controlar su actividad y ganar su adhesión a la causa "realista" resultaba tan simple como comprar su voluntad en la escena parlamentaria. En cambio, todo ello, no resultaba posible en un sistema de libre comercio en el que operasen una multitud de compañías y comerciantes. De esta manera, ese sistema se podía presentar realmente como el único posible que podría llegar a garantizar un régimen de sustrato republicano.

4. La "nobleza comerciante".

La extensión de elementos de factura republicana en la Ilustración española a través de la tratadística político-económica tuvo un nuevo y expresivo episodio en la difusión de *La noblesse commerçante* (1756) del Abbé Coyer. Muy cercano a Gournay, quien pudo instigarle a que la escribiera, ese libro se situó en el centro de

⁷⁸ *Testamento político*, p. 231.

⁷⁹ *Testamento político*, p. 229.

una extensa polémica, que se extendió más allá de las fronteras de Francia, acompañando el notable eco internacional que conoció⁸⁰. El punto de partida de Coyer se hallaba en la experiencia de Gran Bretaña y en la posibilidad de adaptar sus instituciones sociales y políticas. No obstante, él percibía también que una mera imitación de la misma no proveería un argumento suficientemente convincente para sus recomendaciones. Su obra operó como una especie de catalizador del problema socioeconómico de la nobleza de bajo rango y empobrecida. Coyer proponía, en síntesis, que era posible ampliar al comercio las funciones económicas clásicas de la nobleza. Su primera preocupación era encontrar una salida digna para la multitud de hidalgos y miembros de la baja nobleza empobrecidos, al no encontrar una vía de subsistencia en el ejército, la administración u otras labores tradicionales, y que, atrapados en el código de honor, no podían introducirse en el próspero mundo del comercio. Así, el agudo Coyer les presentaba el comercio como "una tabla en un naufragio", haciéndoles ver que seguir negándose a participar en él era desdeñar absurdamente el camino de la riqueza, algo así como "elevar los diques a lo largo del Nilo para impedir que fertilicen los campos"⁸¹.

En la Ilustración española la diseminación de las ideas de Coyer se presentó inmersa en el amplio debate acerca de la falta de consideración social de algunos oficios, los considerados "mecánicos", que convertía a artesanos y comerciantes en ciudadanos de segunda fila y se manifestaba crudamente en la imposibilidad de que accedieran a empleos municipales, al igual que a la hidalguía. En esa corriente de opinión confluyeron Pérez y López, Arteta, Sánchez y tantos otros ilustrados españoles que abanderaron la batalla por la rehabilitación de las artes y los oficios en la España de Carlos III; y, por supuesto, Campomanes, cuyos *Discursos* de 1774-1777 prepararon nítidamente este terreno⁸². Con todo, la llegada a España de las

⁸⁰ Para una biografía vital e intelectual de Coyer, vid. Leonard Adams, *Coyer and the Enlightenment*, Oxford, Voltaire Foundation, 1974; sobre la extensa polémica acerca de la "nobleza comerciante", vid. pp. 45-104. Con mayor precisión Jacqueline Hecht, "Un problème de population active au XVIII^e siècle en France : la querelle de la Noblesse commerçante", *Population*, 2, 1964, pp. 267-290; vid. también, Meyssonier, *La balance et l'horloge*, pp. 263-267; Larrère, *L'invention*, pp. 150-152, 155-161.

⁸¹ *La Noblesse commerçante*, Londres, Fletcher Gyles, 1756, p. 179. El vocablo comercio hay que interpretarlo en sentido amplio, comprensivo de la comercialización de los bienes y de cualquier aplicación a la industria.

⁸² Para el caso español, sin ser exhaustivos, pueden verse: Ana de Otaola, "Nobleza comerciante y Sociedades de Amigos del País", *BRSVAP*, XXI, 1965, pp. 131-150; W. J. Callahan, *Honor, Commerce and Industry in Eighteenth-century Spain*, Boston, Baker, 1972; J. Guillamón, *Honor y honra en la España del siglo XVIII*, Madrid, Universidad Complutense, 1981, pp. 39-112; Astigarraga, *Los ilustrados vascos*, pp. 141-146.

ideas de Coyer había sido previa. Se había iniciado de la mano de Saura y su *Seminario económico*, donde en 1766 se publicó un extenso resumen de esta obra; prosiguió entre 1766 y 1778 bajo la iniciativa de diversos ilustrados vinculados a la Sociedad Bascongada, como Narros, Heros y Foronda; y tuvo su culminación en 1781, año en que vio la luz la traducción española de Coyer, bajo el título de *La nobleza comerciante*. Su marco fue la Sociedad Económica de Mallorca, y su autor Jacobo María de Espinosa y Cantabrana, un alto funcionario de la Monarquía, en concreto, Fiscal de Real Audiencia de Barcelona cuando publicó su versión⁸³. No obstante, según su propia aseveración, su elaboración respondió a su etapa profesional previa, emplazada en Mallorca, donde había trabajado como Oidor de su Audiencia y había colaborado con la Sociedad de Mallorca.

La versión de Espinosa no fue una traducción improvisada. Su factura material era excelente: parecía cuidada en todos sus detalles. Se abría con la bellísima estampa del libro de Coyer, así como con la misma leyenda explicativa de su sentido: "el Caballero cansado de vivir en el infortunio e inutilidad... que quiere enriquecerse buscando su fortuna en el comercio". A continuación, figuraba la dedicatoria a Francisco González de Basecourt, militar con rango de Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de Cataluña, es decir, el jefe jerárquico de Espinosa. En su texto, identificaba al autor del libro como Coyer y subrayaba su deseo de que sus "suaves y eficaces persuasiones" pudieran tomar forma en la nobleza catalana y la del conjunto de la Monarquía: las "razones con que el autor [Coyer] persuadía a la Francia deben hacer la misma fuerza a nuestra nobleza española"⁸⁴. Por último, la versión incluía una *Carta* del Tesorero de la Mallorquina, Bernardo Contestí⁸⁵. En el trasfondo de su escrito, inusualmente extenso, parecía hallarse un propósito muy concreto: adelantase a la más que posible polémica que pudiera instigar la publicación de la traducción, tal y como había ocurrido en Francia con el texto de Coyer: Contestí llegaba a plantear que las posibles impugnaciones a *La nobleza comerciante* fuesen proscritas, en la medida en que "dañaban" al cuerpo político⁸⁶. También aseveraba que la traducción

⁸³ *La Nobleza comerciante. Traducción del tratado que escribió en francés el Abate Coyer, hecha para la utilidad de la Real Sociedad Económica de los Amigos del País de Mallorca, con un discurso preliminar y varias notas*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1781.

⁸⁴ *La Nobleza comerciante*, Dedicatoria, p. IV.

⁸⁵ *Carta que el Dr. D. Bernardo Contestí y Bennasar escribe al Traductor, respondiendo a otra, en que este le había pedía le manifestase el juicio que había formado de la obra original y del pensamiento de traducirla*, en *La Nobleza comerciante*, pp. XIII-XXX.

⁸⁶ Contestí, *Carta*, pp. XXVII-XXVIII.

contaba con el apoyo pleno de la Sociedad de Mallorca y daba a entender que respondía a un asunto de la máxima prioridad política de la Monarquía.

En buena medida, esta clave interpretativa explica también la naturaleza del, también singularmente extenso, *Discurso Preliminar* de Espinosa⁸⁷. Su factura hace ver la agudeza de éste en el uso de fuentes de procedencia y contenido diverso para acompañar las ideas de Coyer. Espinosa recurría a la tradición económica española, tratando de mostrar con ello que las ideas de la nobleza comerciante no eran ajenas a ella. Mencionaba a los *arbritristas* (Navarrete y Saavedra), Uztáriz, Ulloa y a diversos autores del periodo de Carlos III, como Romá y, en especial, Campomanes: sus reiteradas alusiones a su "excelente" obra hacían redundante el deseo de Espinosa de integrar su traducción en una Ilustración "oficial" que, como era el caso del Fiscal, ya había venido señalando, en sus *Apéndices* al *Discurso sobre la Educación Popular de los artesanos*, una solución para la baja nobleza española, orientándola hacia el comercio. Por su parte, el uso de las fuentes extranjeras, el caso de Genovesi, Bielfeld, Cary, Forbonnais y el historiador escocés Robertson, se percibía esencialmente como alusiones de autoridad. El caso más evidente, en cuanto que algo paradójico, era el del autor más citado, el napolitano Genovesi, quien lejos de ser partidario de Coyer, había seguido a Montesquieu —objeto de críticas por parte de Coyer— en su idea de que si la nobleza se dedicaba al comercio, se destruiría⁸⁸.

El contexto de la traducción de Espinosa tampoco parecía prescindir de la secuencia reformista de Carlos III. Aquélla salía en apoyo de diversas medidas adoptadas por su "sabio gobierno"⁸⁹: la ampliación de la reforma del *comercio libre* con las colonias de 1778 y la progresiva multiplicación de los consulados marítimos, como el propio de Mallorca, fundado en 1779. Junto a ello, aparecía cruzado el tan recurrente sentido de "anglofilia" y "anglofobia" propio de esos años de la Ilustración española: este segundo, manifestado al comienzo mismo de su *Discurso*, justificado por el inicio de la nueva guerra con Gran Bretaña; y el primero en razón de que Espinosa consideraba que Holanda e Inglaterra eran

⁸⁷ Jacobo María de Espinosa, "Discurso Preliminar", en *La Nobleza comerciante*, pp. XXXI-LXXXV. Espinosa no parece hacer uso del segundo escrito de Coyer en el que replicaba con todo detalle a sus adversarios: *Développement et défense du système de la Noblesse Commerçante. Par M. l'Abbé Coyer*, Amsterdam, 1757.

⁸⁸ Montesquieu, *Esprit des lois*, vol. I, p. 237; vol. II, pp. 20-21; Genovesi, *Lecciones de comercio*, vol. I, cap. 19.

⁸⁹ Espinosa, "Discurso Preliminar", p. XLVIII.

ejemplos palmarios de la "nobleza comerciante". Él no tenía ninguna duda de la ventajosa situación comercial de esta segunda respecto de Francia.⁹⁰

En su *Discurso Preliminar*, Espinosa rechazaba dos de los argumentos clásicos de los impugnadores de la "nobleza comerciante". Por un lado, rompía con la supuesta incompatibilidad del interés y el honor, así como la del espíritu militar y el comercial. Mencionaba a Genovesi para aseverar que "al espíritu de conquistar provincias ha sucedido el espíritu de comercio, el espíritu de conquistar riquezas y de hacer felices a los pueblos"; de esta forma, la tradicional pericia militar de la nobleza debía de mostrarse ahora en el terreno del comercio⁹¹. Por otro lado, tampoco aceptaba la vinculación del comercio con determinadas formas de gobierno, en cuanto que la oposición entre la nobleza y el comercio se sobreponía a la de la monarquía y la república: "Antes el comercio era ejercicio de unas repúblicas rivales entre si y ricas en riquezas de opinión, mientras los reinos más extendidos solo apetecían de sus riquezas naturales; pero ahora domina en todas partes el *espíritu de comercio*"⁹². Espinosa copiaba los numerosos ejemplos presentados por Coyer sobre el ejercicio exitoso del comercio en diferentes sistemas republicanos y monárquicos para mostrar que la conservación de ambos quedaba supeditada al comercio.

En esta misma línea argumentativa, Espinosa ahondaba en la idea de que España no necesitaba cambiar de forma de gobierno para introducir la figura social de la "nobleza comerciante": aquellos que se oponían a ello por riesgo a un peligro "republicano" sin duda exageraban. La libertad de comercio no era una libertad política que afectase a la nación, sino esencialmente civil y perfectamente compatible con la monarquía. De hecho, durante el siglo XVII diversas leyes habían decretado ya la posibilidad de que los nobles participaran en la creación de fábricas; también otras más recientes, como las ya mencionadas que permitían a la nobleza entrar en la matrícula del comercio a través de los Consulados. Resulta especialmente significativo que Espinosa mencionara la Pragmática de 1682, que permitía a los nobles participar en el dirección de las fábricas, sin tomar parte en las labores manuales, y cómo esa Pragmática había sido aducida, ya con Carlos III, al elaborar las Ordenanzas del Consulado de Barcelona, extendiendo esa posibilidad ya a todo tipo de comercio. La lectura de todo ello era la lógica: abrir el

⁹⁰ Ver, en particular, Coyer, *Développement*, Parte II, cap. IV.

⁹¹ Espinosa, "Discurso Preliminar", p. LVIII.

⁹² Contestí, *Carta*, p. XXVI.

comercio a la nobleza era una mera cuestión de la soberanía del Rey: era sencillamente “la voluntad del Rey, explicada en varias ordenanzas”. En un momento en que era necesario captar capitales de la nobleza para financiar el comercio con las colonias, en que se había reformado el arancel para facilitar el comercio nacional y se trataba de implicar a la aristocracia en los nuevos consulados de comercio, era importante recordar que defender la “nobleza comerciante” era sencillamente hacer cumplir la ley; una ley vigente y dictada en el marco de una monarquía. Por ello, oponerse, “a las leyes fundamentales de la Monarquía, sería hacer resistencia a la voluntad soberana”⁹³, y quienes impugnaban esa posibilidad, debían ser tratados, en palabras de Contestí, con la dureza de los “reos de crimen de Estado”, al sembrar “una preocupación capaz de cortar los progresos de la nación”⁹⁴.

En todo estos sentidos, la defensa de la “nobleza comerciante” suponía, por un lado, atacar a la nobleza, por querer seguir atada a sus viejas funciones sociales; y, por otro, defender la eminencia de la monarquía. En ella el monarca disfrutaba de la potestad de modular según su criterio la jerarquía social y de configurar las elites, a través del reconocimiento de distinciones que no otorgaban poder, si no que reconocían méritos. El soberano, de la misma manera que estaba capacitado para dignificar a la nobleza por sus contribuciones bélicas, podía hacerlo también con las propias del comercio: en definitiva, ambas se trataban de servicios al bien común.

Por tanto, era conveniente que, al igual que en Inglaterra, el comerciante pudiera llegar a asumir las máximas responsabilidades de la política del Estado: Coyer se lamentaba de que el comercio careciera de un ministerio propio y fuera tratado como un mero asunto “accesorio” de la Hacienda⁹⁵. En pleno debate sobre la viabilidad de la nobleza comerciante, estas líneas argumentales encontraron un eco expresivo en Cabarrús. Más propiamente que de la nobleza comerciante, el francés era partidario de la creación de un código de “premios de honor”

⁹³ Espinosa, “Discurso Preliminar”, p. LVI-LVII. Esta era la línea argumentativa de los partidarios de la participación de la nobleza en el comercio en la literatura de la primera mitad de siglo. Algunos de los precedentes más insignes, remiten a Uztáriz (*Théorica*, cap. XXV), Zabala (*Representación*, pp. 151-152), Santa Cruz del Marcenado (*Rapsodia económica-política-monárquica*, pp. 71-74) o Ulloa (*Restablecimiento de fábricas*, t. II, cap. XIX). En el plano legislativo contaban las dos Pragmáticas dictadas en 1675 y 1682 dirigidas a propiciar la participación de la nobleza en la dirección de manufacturas, pero sin tomar parte en las labores manuales.

⁹⁴ Contestí, *Carta*, p. XX.

⁹⁵ *La Nobleza comerciante*, p. 187.

diferenciado para el comerciante virtuoso, para evitar así que la tentación por el ennoblecimiento le apartara de su profesión y, en cambio, pudiera ser distinguido por los méritos cosechados en ella. Su solución permitía además solventar un problema crónico en el sistema institucional español: la falta de presencia de comerciantes en los órganos de la Monarquía que establecían su política comercial, en concreto, en la Junta de Comercio: sus ministros "ignoran los primeros elementos de esta ciencia". Todo pasaba por crear un "Consejo Supremo de Comercio", formado por vocales de diversas ciudades y representantes de las juntas de comercio y los consulados provinciales, quienes, como en Francia, servirían a ello de forma desinteresada, por "el mero honor". La propuesta, que desarrollaba en todas su integridad en un reglamento de casi seis decenas de artículos, parecía provenir del texto de Goudar y su sustrato republicano. De hecho, como el propio Cabarrús señalaba, respondía al intento de promocionar una especie de clase "media", que creciera entre la nobleza y el pueblo, sin la "grosería" de éste ni las "preocupaciones" de aquella⁹⁶.

Volviendo al escrito de Espinosa, éste reiteraba que la "nobleza comerciante" no atentaba a principios elementales del orden monárquico, por cuanto mantenía los de la jerarquía social y la racionalidad de la desigualdad social. Esto mismo sucedía al permitir al comerciante el acceso a los códigos de honor de la nobleza. Lo insoslayable era que las elites fueran distinguidas; y por ello se aceptaba que solo el comercio "en grueso" fuera accesible para la nobleza, dado que el de "detalle" resultaba demasiado popular. Pero bajo esa lógica del mantenimiento de los rangos y jerarquías, con los comerciantes insertados en las elites del honor, el comercio se presentaba como una actividad absolutamente necesaria para el sostenimiento de las monarquías: la clase distinguida habrá de "dar siempre el tono, arrastrará a su imitación, hará un carácter nacional: dichosa España si este carácter es el del comercio, y si llegase a ser nación comerciante" ⁹⁷. Pruebas irrefutables del poder del comercio era que había dotado a las colonias americanas de suficiente riqueza y poder para "sacudirse el yugo de Inglaterra", y, al mismo tiempo, que toda la nación se podría beneficiar de las ventajas del "*doux commerce*" de las que carecían los pueblos "bárbaros" de Asia o África. El comercio incluso resultaba una nueva vía para alcanzar nueva soberanía a la nobleza, como

⁹⁶ AHN, Estado, leg. 2944-434. Este extenso manuscrito de Cabarrús, de marzo de 1783, tenía como principal propósito permitir a los comerciantes extranjeros comerciar libremente en España.

⁹⁷ Espinosa, "Discurso Preliminar", p. LIX.

era el caso de las poderosas Compañías de comercio, que, de acuerdo con Uztáriz, llegaron a disponer de sus propias armadas y ejércitos.

Ahora bien, otorgar honores al comerciante e integrarlo en la nobleza no era suficiente. Espinosa entendía que en España ya “se había dado este grande golpe de política” con la legislación precedente, si bien, con escaso resultado. Por ello, Espinosa, como Coyer, se inclinaba a que fuera el noble quien entrara en el comercio, sin establecer ninguna distinción en la naturaleza de éste: grueso o en detalle, interior o exterior, marítimo o terrestre. En esta defensa específica de la “nobleza comerciante”, su *Discurso Preliminar* se abría a una línea interpretativa de naturaleza más republicana, que empatizaba plenamente con Coyer⁹⁸.

Para Espinosa, como para el francés, el comercio era un todo único. Considerar que toda la sociedad se podía aprehender como un comercio, era una manera de afirmar esta unidad. De ahí que fuera absurdo establecer las clásicas divisiones entre el comercio en grueso y en detalle: “el comercio es un cuerpo sano del todo, sin que haya parte alguna que cortar”⁹⁹.

Otra manera de remarcar esa misma unidad era la comprensión unificadora del comercio respecto al resto de las actividades económicas: el comercio las englobaba a todas. Mientras, la agricultura y la industria no bastaban para la felicidad del país, el comercio “se basta a sí mismo para causar la opulencia de una nación”¹⁰⁰. El ejemplo más útil de ello era el propio caso de España: Espinosa mencionaba las emblemáticas *Reflexions sur les commerce de l’Espagne* (1753) de Forbonnais para explicar que España pasó de la posibilidad de convertir en realidad la idea de una Monarquía universal al “estado triste que pintan con lágrimas nuestros políticos” debido a la decadencia de su comercio, que arrastró consigo al resto de los sectores productivos¹⁰¹.

Este mismo sentido universal del comercio se podía extender a sus agentes. Se trataba de una actividad libre, sin barreras de entrada y que no dependía de la arbitrariedad del soberano. Espinosa era partidario de que participaran en él

⁹⁸ Vid. Larrère, *L’invention*, pp. 155-161.

⁹⁹ *La Nobleza comerciante*, p. 180-181.

¹⁰⁰ Espinosa, “Discurso Preliminar”, p. XXXVIII.

¹⁰¹ Espinosa, “Discurso Preliminar”, pp. XXXVIII-XXXIX.

también los agentes extranjeros. También subrayaba que no hacía falta un gran capital para introducirse en él. Esta cuestión dotaba al comercio de un enorme sentido igualitario. Buena prueba de ello era que admitía la participación en él de esa nobleza empobrecida que Espinosa, de acuerdo con Campomanes, situaba en torno a las doscientas veinte mil personas; a esos segundones, condenados a no hallar un ejercicio profesional digno; o a los propios cosecheros quienes, también en afinidad con Campomanes, deberían asumir personalmente las labores de distribución de sus excedentes agrarios. El comercio poseía la enorme virtud de garantizar el empleo y, de esta manera, se convertía en un poderoso factor de redistribución de las riquezas. En las sociedades con comercio, esa distribución se materializaba de forma similar a las de las repúblicas y no por medio del lujo, como era habitual en las monarquías. Por este motivo, los capitales acumulados por la nobleza a través de las rentas de sus mayorazgos no deberían destinarse al consumo suntuario sino a capitalizar el comercio. De esta manera, el comercio partía de la igualdad, más aún sino se realizaban diferencias entre el comercio en grueso y al por menor. Esta requisitoria violenta contra los privilegios, en particular los nobiliarios, y en favor de la igualdad conectaba con el giro radical que se atribuye al grupo de Gounay, de la mano de Coyer y Danguel¹⁰².

Este mismo sentido igualitario del comercio se ponía de manifiesto en las diferentes vías por medio de las cuales el noble podía introducirse en el comercio: como simple comisionado, director de un asiento o responsable de una fábrica. Ninguna de ellas era impropia para el noble. Más bien, lo normal era que éste comenzara por el comercio al por menor para pasar luego al grueso; por ello, una vez más, como enfatizaba Coyer, esa división era contraria al comercio mismo. Detrás de todo ello subyacía la idea del "buen comerciante", que obligaba a abandonar los perjuicios sociales sobre el comercio porque ésta era una profesión honorable en si misma. Se afirmaba así la buena fe del comerciante y la confianza como las hipótesis reguladoras del comercio. Tan importante como disponer de caudales, era hacerlo con sus virtudes más características: la laboriosidad, la pericia y la economía.

Esta visión horizontal e igualitaria de Espinosa incluía una requisitoria favorable a la educación de la nobleza en el comercio. Espinosa elogiaba la Cátedra napolitana de Genovesi, amparada por Carlo di Borbone, por cuanto veía en ella un símbolo de que el comercio no perjudicaba a la nobleza. No obstante, su

¹⁰² Meyssonier, *La balance*, pp. 252-253.

inspiración procedía en este ámbito del británico Cary, uno de los pioneros en el contexto europeo en apoyar la educación regular en materias comerciales. Es cierto que no todos los comerciantes necesitaban de una misma formación y que ésta debía ser eminentemente práctica. Por ello, y esto es lo auténticamente significativo, eran los propios comerciantes quienes habían de instruir a los nobles. El sentido de la igualdad viraba así en sus propios términos: eran los nobles quienes habían de buscar ayuda en el comerciante.

Y, por si esto fuera poco, la dignificación del comerciante implicaba la del interés individual: el comercio se movía para satisfacerlo. Ahora bien, al hacerlo así se estaba beneficiando también al bien común. Espinosa, como Coyer, unía así las utilidades individual y pública, el amor por sí y la virtud cívica, entendida ésta como capacidad de dedicarse al bien público, encontrando así una ligazón entre el comercio y la república. Al enriquecerse el comerciante, se enriquecía el Estado, por tanto, no había razón para oponer virtud y comercio. Todo lo contrario, cuantos más tomaran parte en el comercio, más crecerían las riquezas de la nación. En suma, en alguna medida, la virtud republicana había encontrado un nuevo vigor en el comercio.

Además, al ligarse el comercio con la virtud, también se ligaba con la paz y esto permitía romper la asociación clásica entre virtud cívica y militar, y también descalificar los juicios contra el comercio cuando no respondían al criterio de la conquista. Portadora de las virtudes republicanas, el comercio adquiriría así el estatus de un nuevo modelo positivo para la sociedad. Ello suponía denunciar la pretensión de la nobleza de capitalizar el sistema de valores globales de la misma. La ventaja que ofrecía el planteamiento de Coyer era que ello no tenía porqué suponer el restablecimiento de la república como forma de gobierno; cualquiera que fuese la forma de éste, el comercio lo convertía en próspero y poderoso. Coyer, como después hará Espinosa, rehusaba entrar en la cuestión de la Constitución y, en el caso de Gran Bretaña, no establecía ninguna relación entre ésta y su éxito comercial. De esta manera, como Coyer, Espinosa conectaba con la apertura de Gournay hacia el *doux commerce* —la humanización de las costumbres, las relaciones pacíficas y las leyes— y se abría a una visión igualitaria de un comercio que servía de modelo completo a la sociedad, al integrar los principios republicanos.

Todas estas líneas interpretativas que sugiere el *Discurso* de Espinosa se veían ratificadas al analizar la calidad de su traducción. Ésta era completa y de

excelente factura, algo que se extendía también a las notas de Coyer. También se hallaba prácticamente libre de censuras. Solo se ha detectado la omisión en un fragmento del original en el que Coyer comparaba prácticas abortivas extremadamente violentas practicadas en Formosa para reducir la población con la tendencia a aumentar el número de clérigos, también atentatoria al crecimiento de la población: "*S'il y avoit plus de commerce, il y auroit moins de pauvres et s'il y avoit moins de pauvres, il y auroit moins de moines. Cette vocation ne descend ordinairement que sur l'infortune*"¹⁰³.

Al margen de ciertos cambios formales —en concreto, en la estructura de los párrafos—, la característica más destacada de su versión es que iba acompañada de un conjunto de veinticinco notas originales del traductor. En un sentido general, esas notas no pretendían polemizar con Coyer. Se trataba más bien de ofrecer información adicional al lector para una mejor comprensión de su texto¹⁰⁴. Espinosa ofrecía noticias adicionales acerca del origen de los feudos, el sistema financiero de Law, los tributos, cuestiones geográficas o el comercio británico; también sobre determinados términos poco usuales en castellano. Una nota algo más característica de su versión eran sus informaciones acerca de diversos políticos, nobles y comerciantes mencionados por Coyer, como Vauban, Witt o Colbert. En algunas ocasiones, las notas servían para ratificar, subrayando, en lo ya planteado por Coyer, como cuando Espinosa ahondaba en su idea de que en China se castigaba de manera severa la ociosidad. Por último, de una manera marginal, poseían un contenido discrepante al de Coyer. Espinosa le corregía respecto a la supuesta negativa aceptación del comercio entre los antiguos barones alemanes o en el caso de Carlo Magno; también, en contra de su valoración, trataba a Cronwell como a un "tirano"; le corregía en su explicación histórica de que el fomento del comercio por los reyes británicos se inició en el siglo XVI; y, por último, le replicaba en su aseveración de la existencia de una arraigada costumbre entre los indios americanos de abortar para no dar sus hijos a "dueños y señores tan crueles como los españoles". Espinosa aseguraba haber repasado las principales fuentes clásicas de la historia de América sin hallar ese dato: "puede ser que alguna vez haya sucedido, aunque el modo con que Mr. Coyer lo dice supone, cuando no costumbre, a lo menos frecuencia en hacerlo"¹⁰⁵. Todo esto viene a ratificar en la

¹⁰³ *La Noblesse commerçante*, p. 57.

¹⁰⁴ Sus fuentes son muy convencionales: Gee, Huet y La Comte, así como los diccionarios de Moreri, Savary o Posthelwayt.

¹⁰⁵ *La nobleza comerciante*, p. 76. El resto de discrepancias figura en las notas de las pp. 8, 59-60, 61-62 y 131-132. Sin embargo, Espinosa traducía otras expresiones de Coyer muy duras contra España, como, por ejemplo, "*les maures chassés d'Espagne par la superstition*" (*La noblesse*

idea de que la traducción fue reposada y laboriosa; y, en cualquier caso, muy fiel al original. Nada podía hallarse en ella que pudiera interpretarse como una modulación de la requisitoria, en algunos pasajes seca, dura y muy directa, de Coyer contra la nobleza francesa: al igual que Coyer, el español escribía que ésta "en tiempo de paz es un cuerpo paralítico, sin movimiento y sin acción, y aun podré decir que sin ideas"¹⁰⁶.

En suma, una magnífica traducción que trataba de enfrentar esa "callosa, y arraigada preocupación" contra el comercio, que "es un enemigo duro, terco e insidioso, a quien por la maña, más que por la fuerza, se ha de vencer"¹⁰⁷; pero, al mismo tiempo, con un objetivo político más preciso. El trasfondo de la traducción venía a reflejar la incorporación del ideal de la nobleza comerciante como un eje de la política de la Monarquía y, con ello, servir como cortafuegos para evitar que pudiera generar un virulento debate en el escena pública sobre la dignidad política de la nobleza. De hecho, eso era lo que había sucedido ya en el seno de la Sociedad Bascongada cuando Foronda, unos años antes de la traducción de Espinosa, había planteado, siguiendo a Hume, abiertamente la dignidad del comercio: las réplicas favorables a las tesis tradicionales se habían dejado oír con notable virulencia. Nos hallamos, por tanto, en el terreno de la preparación de la "opinión pública" para que las reformas ilustradas pudieran no sólo adoptar forma legislativa, sino también arraigar. En 1783 Cabarrús, al valorar las razones por las cuales la política de implicar a la nobleza en las manufacturas había fracasado, apuntaba a que no se había preparado a la "opinión pública por medios indirectos"¹⁰⁸. Ese mismo año, y en parte como una culminación de esta corriente que había venido trabajando en el plano ideológico sobre las ventajas de sumarse a la "república del comercio", en virtud de una Cédula de 18 de marzo de 1783, el Consejo de Castilla otorgaba a los oficios "viles" la misma consideración legal que a las artes mayores.

commerçante, p. 62). No obstante, las críticas de Coyer a España eran más profundas y reiteradas en su obra posterior, en la que citaba reiteradamente a Uztáriz, pero sin duda seguía a Forbonnais, aun sin citarlo, para presentar al país como ejemplo de un "mal gobierno" y de aplicación de malas políticas en una Monarquía "grande". Estas políticas erróneas se referían a la falta de comercio, el mal uso de los metales preciosos, la despoblación, el abandono de la agricultura y, por supuesto, la falta de empleo y distribución del numerario y la riqueza, que apuntalaran un sistema más igualitario; vid. parte I, pp. 13-14, 23, 25-26, 38-39; parte II, pp. 8, 25, 57, 91, 100-101. Coyer presentaba a Uztáriz como "*un illustre espagnol, pressé par le bien public et qui soulage son coeur à la face de l'Inquisition*" (parte II, p. 57).

¹⁰⁶ *La nobleza comerciante*, p. 44; vid. p. 36 del original.

¹⁰⁷ *La nobleza comerciante*, p. 183.

¹⁰⁸ AHN, Estado, legajo, 2944-434.

2. ANGLOFOBIA Y ANGLOFILIA EN LA PRENSA PERIÓDICA ESPAÑOLA: NIFO Y SAURA (1762-1779)

En el terreno de la prensa periódica, la evaluación de las ventajas del sistema británico la abrió el periodista Nifo¹. Éste fue el continuador de Graef en la labor de introducir en las gacetas artículos sobre la emergente “ciencia del comercio”². Esta labor caracterizó sus prolíficos proyectos periodísticos de los años sesenta³, marcados, así mismo, por su crítica profunda y transversal al sistema político y económico de Gran Bretaña. No conocemos con exactitud las fuentes que alimentaron esta visión censora. No obstante, con toda probabilidad, se hallaban en el cercano contexto francés, en donde la anglofobia alcanzó su paroxismo entre 1755 y 1760, con ocasión de la Guerra de Siete Años⁴. Nifo parecía beber tanto de la publicística de libelos que se presentaba como un *Préservatif contre l’anglomanie*, de acuerdo con el elocuente título del folleto de Fougeret de Montbron⁵, cuanto, más en particular, del *État politique actuel de l’Angleterre* (10 vol., 1757-1759). Esta iniciativa periodística fue desarrollada durante casi tres años por el Secretario de Estado de Asuntos extranjeros, Edme-Jacques Genet, en

¹ Para una visión de conjunto, puede verse el estudio clásico de Luis Enciso, *Nipho y el periodismo español del siglo XVIII*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1956.

² La primera iniciativa periodística de Nifo encabezada con el calificativo de “económico” había sido el *Diario noticioso, curioso-erudito, y comercial público, y económico* (Madrid, Imprenta del Diario, s.a.), publicado entre el 1 de febrero de 1758 y el 31 de enero de 1759. Ahora bien, esta publicación es irrelevante desde el prisma aquí escogido: estaba imbuida de una “filosofía práctica” ligada con la visión tradicional de la economía como parte de la ética, la política y la escolástica. De hecho, sus noticias sobre “comercio civil y económico” eran sobre compraventas y geografía económica.

³ Aludimos, en particular, a la *Estafeta de Londres. Obra periódica, repartida en diferentes cartas, en las que se declara el proceder de la Inglaterra, respecto a sus costumbres, industria, artes, literatura, comercio y marina*, Madrid, Gabriel Ramírez, 1762, que fue publicada con el seudónimo de Mariano de Gija y tuvo continuidad en la *Estafeta de Londres, y extracto del Correo General de Europa, distribuido en varias cartas en las que se declara el proceder común de la Inglaterra y se proponen medios casi infalibles de hacer feliz España con el auxilio de la Agricultura, Artes, Comercio, Marina y Ciencias*, 1763; fue reeditada, nuevamente, en 1779, al inicio de la nueva guerra con Gran Bretaña (es la edición empleada aquí: Madrid, Miguel Escribano, 1779, 2 vols.), así como en 1786 (2 vols.); ha de verse, asimismo, el *Correo General, Histórico, Literario y Económico de la Europa*, Madrid, Gabriel Ramírez, 1763, 4 vol.

⁴ Edmond Dziembowski, *Un nouveau patriotisme français, 1750-1770. La France face à la puissance anglaise à l’époque de la guerre de sept Ans*, Oxford, Voltaire Foundation, 1998, pp. 59-110.

⁵ Jean-Louis Fougeret de Montbron, *Préservatif contre l’anglomanie*, Minorque, 1757. Sobre la naturaleza de esa publicística, vid. Gilles Feyel, *L’Annonce et la nouvelle. La presse d’information en France sous l’Ancien Régime (1630-1788)*, Oxford, Voltaire Foundation, 2000; y sobre las fases de la creciente anglomanía en Francia a partir de la publicación en 1748 de *l’Esprit de Loix*, Josephine Grieder, *Anglomania in France 1740-1789. Fact, fiction and Political Discourse*, Genève, Droz, 1985, pp. 7 y ss.

respuesta a una demanda expresa procedente del Secretario de Marina y subordinado del poderoso Choiseul, Antoine-Louis Rouillé⁶. Los proyectos periodísticos de Nifo respondían al mismo propósito que este proyecto periodístico gubernamental: en suma, ampliar el campo de la guerra a la creación de “opinión”: “*ce sont les gazettes, les journaux et nombre de brochures politiques qui ont servi de champ de bataille*”⁷. Y lo hacía desde una posición que no dejaba lugar a la duda. Su principal voluntad era tratar de revertir la “inglomanía” instalada entre las elites españolas. En su afán por alejar a su país del “raptó político de Inglaterra”⁸, Nifo desgranaba algunas tesis centrales que la densa publicación de Genet había empleado para defender la superioridad de Francia frente a Gran Bretaña.

Por encima de todas aparecían, lógicamente, los efectos nefastos que la guerra tendría para el futuro comercial y económico de Gran Bretaña: de continuar el conflicto bélico, este país no podría sostener su actual dominio en la esfera de la industria y la marina, y habría de renunciar a convertirse en dueña de la balanza de comercio europea⁹. Con todo, este problema de inminente e insoslayable decadencia no era ocasionado solo por la coyuntura bélica. De su profundidad daba fe el hecho de que remitía a la propia constitución política de Gran Bretaña. En realidad, la tan admirada libertad civil de sus ciudadanos era más “engañosa” que real, además de constituir un factor opuesto a la “pública tranquilidad” y al “orden de la subordinación y del mando”¹⁰. La relación de las libertades civiles perjudiciales era muy extensa, pero entre las más dañinas figuraban la libertad de

⁶ *État politique actuel de l'Angleterre, ou lettres sur les écrits publics de la Nation Angloise relativement aux circonstances présentes*, 1757-1759, 10 vol., sin más datos de edición. Esta iniciativa, desarrollada hasta que la gradual victoria británica la dejó caduca, fue continuada por otras más efímeras (*Papiers anglais*, 1760; *Etat actuel et politique de l'Angleterre*, 1760); vid. J. Sgard (ed.), *Dictionnaire des journaux 1600-1789*, Paris, Universitäts, 1991. Sobre Genet, vid. Edmond Dzziembowski, “Le peuple français instruit: Edme-Jacques Genet et la traduction des écrits politiques britanniques pendant la guerre de Sept Ans”, en Ann Thomson, Simon Burrows y Edmond Dzziembowski (eds.), *Cultural transfers: France and Britain in the long eighteenth-century*, Oxford, Voltaire Foundation, 2010, pp. 175-188.

⁷ *État politique actuel de l'Angleterre*, 1757, vol. I (1757), Avertissement, p. V.

⁸ *Estafeta de Londres*, vol. I, p. XXIII.

⁹ Cfr. con los numerosos pasajes en los que en el *État politique actuel de l'Angleterre* se vincula la guerra con la futura ruina de Gran Bretaña y, en su caso, el auge francés, por ejemplo, vol. I (1757), Avertissement, pp. III y ss., o vol. II (1757), pp. 1-38.

¹⁰ *Estafeta de Londres*, vol. I, p. 41, nota. Sobre las recurrentes críticas al sistema político británico en el periódico de Rouillé, pueden verse, por ejemplo, vol. I (1757), cartas II (43 y ss.), IV (96 y ss.) o VIII (226 y ss.). Frente a las ventajas del absolutismo monárquico, “*un gouvernement mixte est de tous les gouvernements les plus tyrannique*” (p. 57).

prensa, de opinión y de imprenta. Todas ellas fomentaban el tumulto y la sublevación, y ofendían al decoro de la religión¹¹.

Algo similar ocurría con las de naturaleza política. Se suponía que el gobierno británico gozaba de una libertad superior que el republicano y además que, sin exponerse a los riesgos de cualquier poder arbitrario, disfrutaba de las ventajas esenciales del monárquico. Se presentaba, de hecho, como un gobierno “mixto de monarquía, aristocracia y democracia, de modo que cada parte de la legislatura se corresponda y contrabalancee mutuamente”; por ello gozaba de la apariencia de ser “el más ventajoso entre todos los gobiernos”¹². Nada más lejos de la realidad. El problema principal residía en el sistema parlamentario. Éste constituía un foco de problemas insuperables: no era propiamente un sistema de contrapoderes; se asentaba sobre una supuesta y falsa libertad en la elección de los representantes; sus dos cámaras no respondían a los intereses particulares de los parlamentarios elegidos; y, por último, alentaba la corrupción y un falso patriotismo basado en el sentimiento partidista y faccionario. El problema residía en que, en realidad, no era posible fusionar tres gobiernos de naturaleza tan opuesta en uno único, hasta crear uno “mixto”. Y la traba no se localizaba en la arena del componente monárquico, cuanto en la del republicano: los dos parlamentos eran un foco de disputas permanentes y, por ello, carecían de legitimidad para obligar a cumplir las leyes. Todo se traducía en un gobierno “hermafrodita” o “anfíbio”, que no respondía a los intereses del bien común: a diferencia de Francia y España, que los conocían muy bien, “todo es en Inglaterra monstruosidad”¹³.

Los innumerables defectos del sistema político británico arrojaban su sombra sobre la esfera económica. El problema aquí no se sustanciaba en el *ethos* de su sociedad civil. Nifo realizaba un encendido elogio de las virtudes cívicas y públicas dominantes en Gran Bretaña. Identificaba el patriotismo de sus habitantes con la particular materialización del mismo en la esfera económica: elogiaba su espíritu de iniciativa privada, su amor por la emulación, su apego a todas las artes productivas, y todo ello en el marco de un conjunto de virtudes como la liberalidad, la emulación o el honor ligado a la utilidad, que justificaban las ventajas alcanzadas por Gran Bretaña en el comercio internacional. Buenos ejemplos de esas virtudes

¹¹ *Estafeta de Londres*, vol. I, pp. 201-202.

¹² *Estafeta de Londres*, vol. I, pp. 43-44.

¹³ *Estafeta de Londres*, vol. I, pp. XIII-XIV.

eran la Sociedad de Dublín y otras sociedades patrióticas y agrarias similares, al igual que su ejemplar política de pobres y de beneficencia.

A pesar de ello, había que observar al ejemplo británico con mucha precaución. En realidad, de todo su esplendor económico, España tan sólo debía de extraer una lección práctica: la primacía que Gran Bretaña había otorgado a la agricultura como motor de su desarrollo. En particular, desde finales del siglo XVII, el país había progresado debido a que había transformado su sistema agrario en su “deidad”. La posterior recuperación de la población y el comercio internacional eran tan solo una consecuencia de ello. Si la agricultura, las artes y el comercio formaban un círculo, su origen se hallaba en el primero de estos sectores. Los británicos fueron los primeros en apercebirse de que al “cultivo de los campos siguen todos los provechos de la industria humana”¹⁴. Por ello, expandieron primero su agricultura, después su ganado y, solo por último, su industria de cáñamo y lino. Su poder, en suma, se asentaba sobre bases tan simples como honrar al labrador, promover la industria rural y combatir la ociosidad mediante la piedad. España debía sin duda alguna emular estas lecciones. Debía sencillamente de tratar de recuperar su antiguo esplendor, que Nifo identificaba sin tapujos, no con un supuesto poder manufacturero, sino agrario. España fue rica, venerada y temible, “casi absoluta señora del orbe”, debido sencillamente a la solidez de su agricultura: “siempre que vuelva al honor y a la dicha de agricultura se le vendrán el decoro y las felicidades a casa y no será tanto el orgullo ni tanta la tiranía de los ingleses”¹⁵.

Esta reivindicación de la agricultura, tan afín por otro lado al giro intelectual característico de la mitad del siglo XVIII europeo, tenía en Nifo unos límites muy precisos. Él no apelaba a las leyes del comercio de granos, sin las cuales Gran Bretaña nunca habría alcanzado el desarrollo agrario que él tanto elogiaba; ni tampoco a sus admiradas reformas en el ámbito agrario. En sus artículos periodísticos existía algún pequeño espacio para la defensa de éstas —la eliminación de los comunales—, así como de otros elementos significados de la política de desarrollo británico —los canales navegables, la red de caminos, las compañías de pesca o las casas parroquiales de caridad—. No obstante, todas esas propuestas se hallaban impregnadas de la conservadora y tradicional *oikonomía*, que Nifo presentaba entrelazada con el elogio de las virtudes moderadas y paternalistas del ecónomo clásico, en suma, de ese celoso administrador de las

¹⁴ *Estafeta de Londres*, vol. I, p. 138.

¹⁵ *Estafeta de Londres*, vol. I, p. 142, nota.

haciendas rústicas, ajeno a la contaminación de las vilezas intrínsecas al comercio. Haciendo uso, con toda probabilidad, de materiales que pudo encontrar en la etapa inicial del *Journal Oeconomique* (JOE)¹⁶, él ensalzaba una y otra vez las bondades de este trabajo rústico. Su desconfianza hacia el comerciante y el resto de responsables de todas las perversiones propias de la sociedad comercial, se contrapesaba con su paternalismo y conservadurismo político. Éste dejaba en manos de los propietarios agrarios y los curas párrocos el dominio de una organización sociopolítica concebida sencillamente como una mera extensión a la esfera pública de esas contenidas virtudes privadas¹⁷. A ellos debía corresponder también la dirección de las añoradas academias y sociedades patrióticas. Éstas debían estar orientadas exclusivamente hacia la agricultura, dado que las manufactura y el comercio requerían de “otros sujetos”¹⁸. No es casual, por tanto, que Nifo publicara el texto del JOE más simbólico en defensa de los principios de la *oikonomía*, que ya había visto la luz previamente en los *Discursos* de Graef: los “Principios de Economía fundados sobre la ciencia natural y sobre la física”, que atribuía correctamente al científico sueco Linneo¹⁹.

En Nifo todas estas ideas se presentaban inseparablemente unidas a una profunda y detallada crítica de la sociedad comercial. En realidad, la suerte futura de Gran Bretaña se hallaba comprometida debido precisamente a su naturaleza de sociedad eminentemente comercial. Ante todo, el país nunca debería haber emprendido una política de conquistas tan agresiva. Sus condiciones naturales eran propicias para defenderse, no para dilatarse: las naciones comerciantes debían combatir para proteger su comercio no para disputar la soberanía de sus vecinos. Tampoco ayudaba a mejores augurios su sistema político: la “libertad, favorecida por sus leyes, causa atrasos ruinosos a su comercio y artes”²⁰. El

¹⁶ En su *Estafeta de Londres, y extracto del Correo General de Europa* (vol. II, pp. 345-361), Nifo recuperaba el programa del JOE sobre el necesario equilibrio entre las artes, la agricultura, el comercio y las ciencias. Esta cuestión constituye su diferencia más notable con el periódico de Rouillé: a pesar de su anglofobia, éste sostenía que el poder británico se basaba en una acertada política de fomento de las manufacturas y control de las colonias, de tal manera que apenas había referencias en él a su sistema agrario. Respecto a este tema, Nifo conectaba con la corriente política agrarista, absolutista y del catolicismo popular que tenía sus fuentes en autores como Maubillon, Fleury, Pluche o Fénelon.

¹⁷ Vid., por ejemplo, *Estafeta de Londres, y extracto del Correo General de Europa*, vol. II, pp. 209-219.

¹⁸ *Estafeta de Londres, y extracto del Correo General de Europa*, vol. II, pp. 252-254.

¹⁹ *Estafeta de Londres, y extracto del Correo General de Europa*, vol. II, pp. 220-242.

²⁰ *Estafeta de Londres*, vol. I, p. 13.

problema era que ese sistema favorecía la hegemonía de un nuevo *ethos* que estaba devastando las meritorias virtudes cívicas del admirable ecónomo y que había aupado a la agricultura al centro del sistema económico. Todo se había iniciado con la introducción del fausto y la vanidad, que habían traído consigo la extensión de la ociosidad. Nifo pasaba revista a los nuevos ídolos de esa sociedad del comercio y la industria: el lujo; la “odiosa moneda”; la gran circulación de ésta, que multiplicaba “por diez” los precios; y las grandes urbes: Londres convertida en el “socorro de toda Inglaterra”. Nifo relacionaba estos males con un sistema económico basado en la profusión y el gasto, movido por los cambios continuos en los gustos, espoleados por el lujo: el consumo era señalado como el origen principal de todos esos males: Todo ello, como es perceptible, encerraba una crítica sin fisuras de la nueva economía del comercio y el lujo, que de manera tan simbólica representaba Gran Bretaña y cuyo auge no era en absoluto ajeno a la dinámica de su sistema político.

Resulta notable que Nifo apuntara con el dedo a algunos de los economistas más cercanos a Gournay o que habían sido difundidos en Francia a través de su prestigioso círculo. Es indiscutible que conocía bien la publicística relacionada con el célebre Intendente de Comercio: no sólo había traducido los capítulos iniciales de los *Éléments du commerce* de Forbonnais²¹, sino que hacía un uso intenso de la obra de O’Herguety en defensa de la política de pesca aplicada en Holanda y Gran Bretaña²²; apelaba en diferentes ocasiones a Cary, vertido al francés por Butel Dumont, en defensa de las bondades cívicas de la piedad; y volvía a traducir numerosos capítulos de la obra de Gee, que disfrutaba de una versión española ya desde 1753, para difundir diversas noticias sobre el comercio internacional y subrayar la importancia de las colonias en el desarrollo económico británico. No obstante, otros autores eran los principales destinatarios de sus acusaciones: Hume, por su defensa de los “géneros de vanidad”; Danguel, debido a su elogio de la prosperidad británica, frente a las carestías y hambrunas de otros reinos; o aritmético-políticos como Petty o Davenant. No es casual que su *Estafeta de Londres* se iniciara criticando a Le Blanc, traductor de Hume y el más anglófilo de todos los publicistas franceses, condición que mantuvo incluso en plena tormenta

²¹ Esta cuestión se explica en J. Astigarraga, “Forbonnais and the Discovery of the “Science of Commerce” in Spain (1755-1765)”, *History of European Ideas*, vol. 40-8, 2014, pp. 1087-1107.

²² Se alude a Pierre-André O’Heguerty, *Remarques sur plusieurs branches de commerce et de navigation*, 1757, sin más datos de edición. El libro se incluirá después en la edición ampliada de los *Discours politiques* (Amsterdam, 1758).

de la guerra²³. Su dedo acusador se elevaba hasta la propia “ciencia del comercio”. Resultaba elogioso el afán de los británicos por difundirla y tratar de materializar en la práctica su “exquisita teórica”²⁴. Pero su principal defecto persistía: no solo no había resuelto los problemas principales de la sociedad de la vanidad y el lujo —tesoros exhaustos, guerras continuas, facciones o falta de crédito— sino que los había agravado; en suma, no había sido capaz de sacar la política de su “gabinete”, es decir, de la condición desesperada en que se hallaban los intereses británicos²⁵.

Nifo combatía así al núcleo de economistas que, en buena parte de Europa —también en España—, estaba representando a inicios de los años sesenta la punta de lanza de la defensa de la sociedad comercial. En este sentido, sus iniciativas periodísticas cobraban su auténtica dimensión en la propia escena de la opinión española. Nifo se presentaba en ésta sin tapujos como un referente del conservadurismo político y económico. Su crítica radical a los fundamentos políticos y económicos de Gran Bretaña podía ser bien acogida en el contexto bélico en el que se producía, pero, en cuanto que atada a la *oikonomia*, suponía además un auténtico freno a la dinámica de modernización puesta en marcha. Y ello mismo traslucía el empleo por parte del prolífico periodista de otras fuentes, más allá del círculo de Gournay. Como explicó bien Enciso, los dos autores que más le influyeron fueron Mirabeau y Bielfeld²⁶. No obstante, las extensas reseñas que incluyó sobre sus libros resultaban perfectamente compatibles con su conservadurismo. Se referían a cuestiones propias de la esfera de la administración de la Monarquía: el ejército y la hacienda, en el caso del cameralista monárquico Bielfeld; y las administraciones provinciales, de sesgo aristocrático y

²³ Dziembowski, *Un nouveau patriotisme*, pp. 157-162.

²⁴ *Estafeta de Londres*, vol. I, p. 376.

²⁵ *Estafeta de Londres*, vol. I, p. 376. Se debe volver a subrayar la prolongación de estas ideas de Nifo a lo largo del conjunto de su obra periodística, así como el papel, sin duda alguna muy activo en la conformación de una mentalidad popular conservadora, de las prolíficas traducciones que realizó de los escritos del francés Caracciolo. En ellas los tópicos del catolicismo popular, el virtuosismo religioso, el paternalismo social, el origen divino de la monarquía, la defensa de la beneficencia y el agrarismo se hallaban omnipresentes. La expresión más significativa de todas ellas en la esfera económica se halló en los *Verdaderos intereses de la patria* (Madrid, Miguel Escribano, 1785), que en 1818 llevaba la undécima impresión. La obra abundaba en sus críticas al lujo, la industria, la usura y la “nobleza comerciante” de Coyer. La “economía” era ante todo una pulcra administración: “tiene por objeto el buen orden de una casa, el arreglo de los negocios y de los gastos, que sean proporcionados” (p. 269).

²⁶ Enciso, *Nipho*, pp. 105 y 116. A esos nombres suma los de Justi, Duhamel, Chomel y otros agrónomos franceses.

profundamente estamental, en el de Mirabeau²⁷. No obstante, todo ello hace ver que Nifo había utilizado en la elaboración de su obra periodística materiales del *Journal de Commerce* (JC); efectivamente, de él parecen proceder ambas reseñas²⁸. Pero este uso marginal del periódico de Accaria de Serionne, antibritánico, pero firmemente alineado con los nuevos fundamentos de la “ciencia” y el “espíritu” del comercio defendidos por los discípulos de Gournay, no viene sino a remarcar el sentido profundamente combativo de Nifo respecto a estos.

Precisamente, la cercanía con el JC fue una de las características principales del proyecto periodístico que continuó la línea abierta por Graef y Nifo: el *Semanario Económico* (1765-1767) de Juan Pedro Saura²⁹. Sus contenidos económicos bebían de fuentes diversas, como las *Mémoires de Trévoux*, el *Journal des Savants* o el JOE; pero sin duda entre ellas se encontraba el JC. Debe de recordarse que los contenidos de este periódico, nacido y gestionado a la sombra del poder austríaco, se ordenaban en torno a tres ejes principales: en primer lugar, su defensa del “patriotismo” de comercio”, así como de dos de sus manifestaciones principales: los tratados y las sociedades económicas y agrarias; en segundo lugar, su posicionamiento doctrinal antifisiócrata y afín al núcleo de Gournay: el autor más elogiado fue sin duda Forbonnais³⁰; y, por último, su radical sentido antibritánico: publicado en plena Guerra de los Siete Años, el periódico fue, en este sentido, un activo instrumento de creación de “opinión” contraria a quien acabaría triunfando en el conflicto bélico.

²⁷ *Correo General, Histórico, Literario y Económico de la Europa*, Madrid, Gabriel Ramírez, 1763, t. II, cartas IV, V y VI, acerca del plan castrense de Bielfeld; t. IV, cartas I a V, sobre la Real Hacienda del alemán; t. II, cartas VII, VIII, IX y X, acerca del plan de administraciones provinciales de Mirabeau

²⁸ La reseña de Mirabeau fue publicada en los números de enero-marzo de 1759 del *Journal de Commerce*; la de Bielfeld, en los de octubre-diciembre de 1760 y enero-marzo de 1761.

²⁹ *Semanario Económico. Compuesto de noticias prácticas, curiosas y eruditas de todas las Ciencias, Artes y Oficios: traducidas y extractadas de las Memorias de las Ciencias de París, de las de Trevoux, y de muchos otros libros de fama Franceses, Ingleses, Italianos, Alemanes, etc.*, Madrid, Imprenta de Andrés Ramírez, 1765-1766, 3 vols. Se mantuvo vivo entre el 11 de abril de 1765 y el 12 de noviembre de 1767. Fue publicado bajo el anagrama de su director: Araus. Conoció una segunda etapa, con Saura ya fallecido, un decenio después, bajo la dirección de Juan Biceu, anagrama del bibliotecario Juan Cubié. Un análisis en profundidad, en Joaquín Ocampo, “El Semanario Económico (1765-1767): a la Ilustración por la utilidad”, *El Argonauta español*, 10, 2013 [<http://argonauta.revues.org/1926>].

³⁰ Vid., por ejemplo, *Journal de commerce* (enero de 1759), pp. 33-34 y 43.

Como fue característico en la prensa española del siglo XVIII, en el *Semanario* de Saura las noticias sobre el “comercio” aparecían normalmente bajo la forma de breves artículos, reseñas e informaciones bibliográficas, así como entremezcladas con otras informaciones. Las relativas a las cuestiones científico-técnicas y de las artes aplicadas eran mayoritarias en el periódico³¹. También eran significativas las referidas a los temas agronómicos. Las relacionadas con la “nueva agricultura” ocupaban un espacio notable, si bien menor que el de las fuentes clásicas de la *oikonomia*, a través de obras como las de Liger o Chomel. Precisamente el *Dictionnaire* de este último fue una de las vías privilegiadas en noticias relativas al comercio, si bien éstas se hallaban más próximas de la geografía comercial que de la teoría del comercio³².

La presencia del *JC* en el periódico de Saura comenzó a hacerse visible a lo largo de 1765, en el seno de una nueva sección de “Noticias literarias y de comercio”. En agosto de ese año, se hacía mención en ella al “Diario de comercio de Bruselas”, en cuyas páginas, según Saura, se ventilaban “todos los principios de la opulencia de las naciones”: al modo de los “manuales de comerciantes”, en sus noticias se desplegaban los principios de “un siglo que solo piensa en aprovecharse de todas las ventajas del comercio”, a la par que se “impugnaban por arbitrarias especulaciones que se quieren hacer pasar por buena política”³³. Saura anunciaba en ese mismo mes su intención de introducir en los números posteriores de su *Semanario* “algunos pedazos importantes” de esta “excelente” obra, en la que “todo es útil”³⁴. En efecto, dos meses después extractaba la introducción de Serionne para el *Journal del commerce*. En ella se defendía que, en ese siglo, la “política hace al comercio la basa de los estados”³⁵ y lo presentaba como un diario dedicado “solo” al comercio: “su plan es dilatado y alcanza no solo la mecánica del comercio sino también su administración, de suerte que se puede contemplar como un manual de los comerciantes y código de legisladores”³⁶.

³¹ Para más detalle, vid. Ocampo, “El *Semanario Económico*”, nn. 18-21.

³² *Semanario Económico*, vol. II (1766), n. II, pp. 14-16; n. III, pp. 23-24; n. IV, pp. 30-32; n. V, pp. 39-40; n. VI, pp. 47-48; n. VII, pp. 55-6; n. VIII, p. 64; n. IX, pp. 71-2.

³³ Vid. el nº 26, del vol. I, de 3 de octubre de 1765, del *Semanario Económico*.

³⁴ *Semanario Económico*, vol. I, n. XVIII, 8 agosto 1765, p. 144.

³⁵ *Semanario Económico*, vol. I, n. XXVI, 3 octubre 1765, pp. 227-228.

³⁶ *Semanario Económico*, vol. I, n. XXVI, 3 octubre 1765, p. 228.

Saura comenzó por introducir en su *Semanario* referencias a una extensa memoria de Serionne sobre el comercio de Portugal. En siete fragmentos, glosaba, al tiempo que copiaba, numerosos extractos de la misma³⁷. Como se hacía explícito, la razón de esta inclusión era que el patrón comercial de Portugal era cercano al de España. El problema central radicaba en que el exceso de metales preciosos procedentes del Brasil había devastado la agricultura, el comercio y la manufactura de la metrópoli portuguesa. En su explicación, Saura extractaba párrafos textuales del discurso del *JC* en el que Serionne hacía uso de la teoría de Cantillon para explicar el efecto inflacionista de un país propietario de minas, a través del mecanismo del gasto, así como la incompatibilidad entre el desarrollo manufacturero y un crecimiento continuo y elevado de la masa monetaria³⁸. Pero, al mismo tiempo, aludía a las ideas de Serionne, inspiradas con toda probabilidad en Forbonnais, acerca de la mala administración económica de Portugal: el privilegio exclusivo cedido a Gran Bretaña en 1703 en el Tratado de Methuen para traficar en sus puertos era el motivo principal de su servidumbre comercial. La solución pasaba por abrir el comercio portugués al libre comercio internacional. Y dada su dificultad para poder competir con éxito en el mercado de las manufacturas, debía de especializarse en la oferta de bienes agrarios, productos coloniales y servicios de navegación.

Una vez finalizada esta correcta síntesis de la extensa memoria de Serionne, la voluntad de Saura era proseguirla a través de la memoria pareja sobre España. Y ya adelantaba su valoración crítica: “si se hubiera de formar concepto a primera vista, podríamos hacer juicio que la expresión será vigorosa, fuerte y con un grado de pimienta, pero el diarista arregla en todo a los principios rígidos del Derecho Natural, las máximas de la Política, en punto de Comercio”³⁹. Finalmente, su *Semanario* no incluyó nuevas referencias a la misma, quizás debido a que el contenido esencial de esa memoria ya circulaba en España a través de las *Reflexiones* (1761) de Arago. Pero esto mismo ocurrió también con otras referencias cuya fuente era el *JC*: Saura incluyó en su *Semanario* tres breves reseñas de libros de Child, Butel-Dumont y Forbonnais. En el caso de este último hacía referencia a su polémico tratado de *Reflexiones sobre la libre fabricación y uso*

³⁷ Los siete extractos fueron publicados en el vol. I, n. XXVI, 3 de octubre de 1765, pp. 227-228; n. XXVII, 10 de octubre de 1765, pp. 135-136; n. XXVIII, 17 de octubre de 1765, pp. 242-244; n. XXIX, 24 de octubre de 1765, pp. 251-252; n. XXX, 31 de octubre de 1765, pp. 239-240; n. XXXI, 7 de noviembre de 1765, pp. 247-248; n. XXXI, 14 de noviembre de 1765, p. 256.

³⁸ *Semanario Económico*, vol. I, n. XXVII, 10 de octubre de 1765, pp. 235-236.

³⁹ *Semanario Económico*, vol. I, n. XXXI, 14 de noviembre de 1765, p. 256.

de los lienzos pintados en Francia (París, 1758), sobre el cual anunciaba un comentario más extenso —la “materia es en extremo importante”⁴⁰—, que sin embargo nunca vio la luz.

La diseminación de contenidos económicos prosiguió a través de otras noticias que combinaban materiales del *JC* con otras publicaciones periódicas francesas. Este fue el caso, en particular, del *JOE*, si bien ahora no se trataba tanto de rescatar sus numerosas memorias sobre *oikonomía*, cuanto los materiales publicados durante la etapa en el cual fue dirigido por Butel-Dumont y se puso al servicio de la “ciencia del comercio” promovida por el círculo de Gournay.

La introducción en el *Semanario* durante los primeros meses de 1767 de una extensa noticia, en diez entregas, acerca de los “*Principios de negociaciones que pueden servir de introducción al Derecho Público de la Europa del abate Mably*” (La Haya, 1757)⁴¹ se hallaba plenamente justificada en el contexto del final reciente de la Guerra de los Siete Años. Saura glosaba bien las ideas de Mably respecto a la conveniencia de que cada país creara un “sistema fijo de política”, bien defensivo o bien expansivo, acorde con su extensión geográfica y su forma de gobierno; ahora bien, debía de ser respetuoso con el Derecho Público, ciencia destinada a “hacer los pueblos felices y enriquecerlos con los tesoros de la paz [y] libertarlos de los horrores de la guerra”⁴². Saura destacaba el papel que en todo ello debía de atribuirse al comercio: éste emergía como el principal agente pacificador y estimulador de los nuevos pactos y equilibrios entre las naciones, hasta el punto de que Mably parecía haber “confundido el arte de negociar con el arte de hacer florecer el comercio”⁴³. Pero, al mismo tiempo, esos nuevos equilibrios exigían que Gran Bretaña limitara sus aspiraciones expansionistas: debía “ceñir según su sentir la sagacidad y ambición para conservar su superioridad”⁴⁴.

⁴⁰ *Semanario Económico*, vol. I, n. IV, 2 de mayo de 1765, p. 32. Se aludía al libro de Forbonnais, que incluía su réplica cruzada con Gournay, *Examen des avantages et desavantages de la prohibition des toiles peintes* (Marseille, 1755). Sobre la discrepancia entre Forbonnais, partidario de mantener la prohibición, y Gournay, de derogarla, vid. Larrère, *L'invention de l'économie*, pp. 137-144.

⁴¹ *Semanario Económico*, vol. III, n. IV, 22 de enero de 1767, pp. 32; n. V, 29 de enero, p. 40; n. VI, 5 de febrero, pp. 47-48; n. VII, 12 de febrero, pp. 55-56; n. VIII, 19 de febrero, pp. 63-64; n. IX, 26 de febrero, pp. 71-72; n. X, 5 de marzo, pp. 79-80; n. XI, 12 de marzo, p. 88; n. XII, 19 de marzo, pp. 94-96; n. XIII, 26 de marzo, pp. 103-104.

⁴² *Semanario económico*, n. IV, 2 de enero de 1767, p. 32.

⁴³ *Semanario Económico*, n. VII, 12 de febrero de 1767, p. 56.

⁴⁴ *Semanario Económico*, n. VIII, 19 de febrero de 1767, p. 64.

Esta misma idea de que el “equilibrio político de la balanza de poder se confunde en el día con el de la balanza del comercio”⁴⁵ servía de guía a Saura para reclamar un nuevo papel económico para la nobleza: ésta debía de implicarse en esas actividades que, como el comercio y la industria, se habían convertido en árbitros del poder internacional. El *JC*, pero con toda probabilidad también otras publicaciones bien conocidas en España, como el *JOE*, las *Mémoires de Trévoux* o el *Journal Encyclopédique*, pudieron hallarse detrás del amplio resumen que su *Semanario* incluyó, en siete entregas, a lo largo de 1766, de *La Nobleza Comerciante*, obra de otro miembro del grupo de Gournay, el abad Coyer. Se trató de la primera versión de este libro, destinado a tener un enorme éxito en la Ilustración española⁴⁶. Saura glosaba con corrección las ideas centrales del mismo. Dado que precisamente el comercio era la fuente de las riquezas y el poder nacional, resultaba imprescindible abrirlo a la participación de la nobleza. El comercio se había transformado en la única vía posible de enriquecimiento para esos sectores de la misma ociosos o empobrecidos. En la medida en que ellos prosperaran a través del comercio, lo haría también toda la nación. Saura subrayaba que una razón evidente del subdesarrollo comercial de Francia respecto a las pujantes Gran Bretaña y Holanda se debía precisamente a la “inacción” de su nobleza⁴⁷.

Nuevos tópicos propios de la “ciencia del comercio” se hallaban en unas extensas “Reflexiones sobre la balanza de comercio” que el *Semanario* publicó a fines del 1765, en cuatro entregas⁴⁸. Su primera finalidad era mostrar que los registros de aduanas eran, a diferencia del saldo monetario, un criterio equívoco para cuantificar las transacciones de la balanza de comercio. Esta idea se presentaba unida, en segundo lugar, a una amplia reflexión sobre las ventajas que se podían derivar de una correcta política colonial para el saldo de la balanza de pagos. En el *Semanario* se aludía, en primer lugar, al caso británico y a su fomento de la manufactura basado en políticas arancelarias proteccionistas o prohibicionistas, que incluían el incremento de la importación de las materias

⁴⁵ *Semanario Económico*, n. XL, 9 de octubre de 1766, p. 320.

⁴⁶ *Semanario Económico*, n. XXXIII, 21 de agosto de 1766, pp. 263-264; n. XXXIV, 28 de agosto, pp. 271-272; n. XXXV, 4 de septiembre, p. 278-280; n. XXXVI, 11 de septiembre, pp. 287-288; n. XXXVIII, 25 de septiembre, pp. 203-204; n. XXXIX, 2 de octubre, p. 312; n. XL, 9 de octubre, p. 320.

⁴⁷ *Semanario Económico*, n. XXXVIII, 25 de septiembre de 1766, p. 204.

⁴⁸ *Semanario Económico*, n. XXXVII, 19 de diciembre de 1765, p. 295-296.

primas desde las colonias, previa repoblación de las mismas, a cambio de manufacturas provenientes de la metrópoli británica: se sostenía que Londres podría financiar sus importaciones con el saldo positivo obtenido del comercio de esas materias primas. No obstante, el modelo más útil para la economía española era el francés. Desde el *Semanario* se animaba la elaboración de reglamentos específicos para la promoción de la manufactura nacional aprovechando la posesión de colonias. Así, el gobierno debía de fomentar la producción de madera y de otros bienes necesarios para la marina nacional. También todo tipo de materias primas y metales: cáñamo, lino, azúcar, hierro o seda. En el periódico de Saura se repasaban con un ánimo emulador las medidas comerciales adoptadas ya durante el reinado de Luis XIV: desde la prohibición de vestir textiles extranjeros hasta la reducción de aranceles para captar los frutos procedentes de las colonias británicas.

Ahora bien, todo ello exigía una voluntad clara de protección por parte del gobierno. El caso de Francia venía a ratificar que el fomento de nuevas explotaciones agrarias en las colonias, repobladas con indigentes a los que se había otorgado tierras y esclavos, había propiciado su dominio del comercio de azúcar; y lo mismo comenzaba a suceder con el del tabaco. En suma, los particulares no asumían riesgos a menos que tuvieran garantizada la protección del gobierno. Ésta era la condición previa para operar con éxito en el comercio internacional. Aunque no se aludiera a ello, esta larga digresión parecía tener como trasfondo la reciente aprobación en 1765 del primer reglamento de “libre comercio” con las colonias. Pero, como hemos avanzado, todas estas ideas eran menos originales de lo que Saura podía pretender. En realidad, sus “Reflexiones sobre la balanza de comercio” eran sencillamente un resumen de fragmentos diversos del tratado del inglés Gee, ya traducido al castellano en 1753, del cual se habían incluido extensos fragmentos dos años después en el *JOE*⁴⁹. Y esta misma fuente fue sin duda la que incitó a Saura a introducir una amplia reseña sobre el “*Discurso de Monsieur Hume, célebre autor inglés, sobre el carácter de las naciones*”, que supuso la primera traducción, si quiera bajo la forma de resumen, de Hume en España: el *JOE* había incluido en 1755 amplios fragmentos sobre esa obra⁵⁰.

⁴⁹ *JOE*, abril de 1755, pp. 168 y ss.; mayo de 1755, pp. 372 y ss.; vid., asimismo, en la traducción española del tratado de Gee, concretamente, su capítulo XXXIV, “Reflexiones sobre la balanza general del Comercio”, pp. 199-222, y sus conclusiones, pp. 223 y ss.

⁵⁰ *Semanario Económico*, vol. III, n. XXIV, 11 de junio de 1767, pp. 291-292, y n. XXXI, 30 de julio de 1767, pp. 347-348. Los extractos del “carácter distintivo de los hombres y de las naciones”, relativos al capítulo XXI, “*Of National Characters*”, de los *Essais* de Hume (1748), vieron la luz en el *JOE* a partir de julio de 1755 (pp. 726 y ss.).

El *Semanario* de Saura ofrecía así un balance con luces y sombras sobre su papel en la emergencia en España, de la mano de la prensa periódica, de la nueva “ciencia del comercio”. Ésta ocupó un lugar relativamente marginal respecto a otros contenidos de su periódico; pero al mismo tiempo se debe resaltar, y más aún teniendo presente la coetánea obra periodística de Nifo, que Saura realizaba una apuesta decidida por algunos de los tópicos más característicos de esa “ciencia del comercio”, siguiendo a autores especialmente significados, el caso de Hume, Coyer, Gee o Accarias de Serionne, y de dos de sus publicaciones periódicas más representativas, el *JOE* y, en particular, el *JC*.

LA FINALIDAD POLÍTICA DE LAS TRADUCCIONES ECONÓMICAS. GEORGE GRENVILLE EN LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA

JESÚS ASTIGARRAGA

Universidad de Zaragoza

E-mail: astigarr@unizar.es

(Recepción: 15/02/2011 ; Revisión: 03/07/2011; Aceptación: 25/10/2011; Publicación: 20/03/2012)

1. INTRODUCCIÓN.—2. INFORMACIÓN ECONÓMICA, ESFERA PÚBLICA Y SUS MEDIADORES.—3. DOMINGO DE MARCOLETA.—4. MEDIANDO EN LA OPINIÓN PÚBLICA: MARCOLETA Y SUS TRADUCCIONES ECONÓMICAS.—5. GEORGE GRENVILLE Y SU PUBLICISTICA ECONÓMICA.—6. TRADUCIR RESCRIBIENDO: LA CIRCULACIÓN INTERNACIONAL DE LA OBRA DE GRENVILLE.—7. CONCLUSIONES.—8. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

Durante la segunda mitad del siglo XVIII los países europeos fueron testigos de una intensa circulación de traducciones de obras de contenido económico-político. En el caso de España, esta activa labor traductora no estuvo desligada del contexto político que la acogió, más bien, al contrario, fue en buena medida instigada y tutelada por los grandes actores políticos de ese momento para quienes las diferentes experiencias extranjeras podían resultar útiles como modelo de las reformas económicas y políticas. El objeto de análisis de este trabajo han sido los escritos económicos del ministro de Hacienda de Gran Bretaña George Grenville y su circulación a través de Francia y España, destacándose el papel «mediador» que en este segundo país desempeñó Domingo Marcoleta, el traductor de sus escritos. En este intenso proceso de transmisión y diseminación de ideas se hallaban implicados dos ejes fundamentales de la discusión político-económica de la España del último tramo del siglo XVIII: la modernización de la Hacienda y la transparencia informativa, en particular, respecto a las cuestiones económicas y hacendísticas.

Palabras clave: Circulación internacional de las ideas político-económicas; Ilustración española; Hacienda pública; Opinión pública; Transparencia pública.

THE POLITICAL PURPOSE OF POLITICAL ECONOMY'S TRANSLATIONS. GEORGE GRENVILLE IN THE SPANISH ENLIGHTENMENT

ABSTRACT

European countries witnessed a strong flux of translations of foreign political economy works during the second half of the 18th century. In Spain, such literary activity should not be untied from the political context in which these works had a decided diffusion. Conversely, to a great extent, the main Spanish politicians at the time promoted and supervised the translations of foreign works as they esteemed that foreign reforms might be taken as useful models for the economic and political transformation of Spain. This article focuses on the economic works by the then Minister of Public Finance of Great Britain George Grenville and its economic diffusion in France and Spain, putting particular emphasis on his Spanish interpreter Domingo Marcoleta who acted as a genuine mediator. The modernization of Spanish Public Finances and transparency, with particular reference economic and financial issues, were two of the main central economic debates in Spain of the last 18th century and also protagonized this intense process of transfer and dissemination of economic ideas.

Key words: Political Economy and its internacional circulation; Spanish Enlightenment; Public Finances; Public Opinion; Public transparency.

* * *

1. INTRODUCCIÓN (*)

Durante la segunda mitad del siglo XVIII España conoció una intensificación notable de la publicación y la circulación de obras de contenido económico-político. Una de las expresiones más notables de este fenómeno se produjo en el ámbito de la traducción. A través de esta vía en nuestro país se pudo tener conocimiento de buena parte de los principales tratados de esa ciencia de la Economía Política que venía emergiendo con una personalidad cada vez más diferenciada en los ambientes intelectuales europeos desde las décadas de mediados de siglo, desde los fisiócratas, Turgot o Condillac hasta Hume o Smith. Ahora bien, junto a la importancia que esta actividad traductora tuvo de cara a la consolidación en España de una cultura económica que, gracias a la publicación de libros, revistas o diccionarios o a la fundación de sociedades o cátedras universitarias específicas, contribuyó decisivamente a la creación de la esfera pública en la España del Setecientos, también tuvo una relevancia notable en la

(*) El autor agradece los comentarios de los evaluadores anónimos de su trabajo, muy útiles para mejorar las versiones iniciales del mismo. Este trabajo se inscribe en los Proyectos DER2008-06370-C03-01 y HAR2008-10174.

esfera más estrictamente política, por cuanto, en países como España, esas traducciones fueron una vía privilegiada para la introducción de las tradiciones más modernizadoras del pensamiento político de la Ilustración y además sirvieron para orientar las reformas de ese momento y ampliar el grado de implicación en ellas de los diferentes sectores sociales. Así pues, esta activa labor traductora no estuvo en absoluto desligada del contexto político que la acogió, más bien, al contrario, fue en buena medida instigada por la demanda de los grandes actores políticos de ese momento (Aranda, Campomanes, Lerena, Floridablanca o Godoy), por lo que hay que convenir que los traductores, al tiempo que fueron unos activos generadores de opinión durante las cuatro décadas que precedieron a las Cortes de Cádiz, desarrollaron su actividad bajo diversas formas de tutela de un poder político que se convirtió precisamente en un interlocutor privilegiado de esas versiones traducidas que proliferaron durante ese período preconstitucional. Detrás de este intenso proceso de traducción y de diseminación de ideas económico-políticas se hallaba precisamente la voluntad de acomodación a la Monarquía española de diferentes modelos extranjeros, al servicio de determinadas opciones políticas y de reforma económica y hacendística, de tal manera que parece posible interpretar los procesos de creación de la esfera pública en determinados países europeos — así como la opinión pública que le es inherente a ella —, no como fenómenos aislados y auto-explicados, sino como reflejo de otros modelos ya existentes. En este trabajo se atiende a la importancia que pudo tener un modelo como el británico, donde esa «esfera» y «opinión» públicas eran consustanciales a su estructura política, de cara a la emergencia en la España del tramo final del siglo XVIII del delicado asunto de cómo abrir una política de transparencia pública en la información económica y hacendística. Su hilo conductor es una figura totalmente olvidada, pero muy significativa, desde nuestro criterio, en esa problemática, el ministro de Hacienda de Gran Bretaña George Grenville.

2. INFORMACIÓN ECONÓMICA, ESFERA PÚBLICA Y SUS MEDIADORES

En 1781, Jacques Necker escribía:

«Otra causa del gran crédito de Inglaterra, es, no lo dudemos, la notoriedad pública en la que se halla sumido el estado de sus finanzas. Cada año este estado es presentado en el Parlamento, a continuación se imprime y todos los prestamistas, conocedores de forma regular de la proporción que se mantiene entre las rentas y los gastos públicos, no son perturbados por sospechas y temores, compañeros inseparables de la oscuridad» (1).

Este significativo texto figuraba entre los primeros párrafos de su famoso *Compte-rendu* (1781). Esta obra, a pesar de su brevedad, está considerada una

(1) NECKER (1781): 2-3.

pieza decisiva en la apertura definitiva en la Francia de los últimos años del Antiguo Régimen a una política de transparencia y de publicidad sobre la información económica y hacendística. De hecho, es bien conocido que este difundidísimo texto de Necker, que terminó por convertirse en una especie de «*handbook* para toda una generación» (2) y que vio la luz cuando este culminaba cuatro años como principal responsable del Ministerio de Finanzas de Francia, tuvo una enorme trascendencia no solo en este país, sino también más allá de las fronteras del mismo, de cara a que esa innovadora política pudiera comenzar a ser considerada, de manera definitiva, una obligación de los gobernantes hacia los gobernados, contribuyendo así a ampliar los lindes de las esferas públicas que estaban siendo creadas en buena parte de los países europeos.

La expresa y contundente referencia que Necker hacía a Gran Bretaña no era banal y, ciertamente, guardaba una enorme sintonía con sus conocidas posiciones políticas anglófilas y de defensa de una monarquía constitucional y parlamentaria británica en la que él veía encarnado su ideal de un sistema en el que «el poder es fuerte y al mismo tiempo controlado» (3). En cualquier caso, a través de esa referencia, se traía a la escena francesa un elemento que era inherente al entramado político e institucional de Gran Bretaña, un país donde existía una amplia demanda de información política, económica, histórica o judicial, y una actividad editorial dinámica y moderna, en interdependencia con los hombres políticos de la época, a la cual pertenecían periodistas, escritores profesionales, publicistas, libelistas o, en general, expertos en el arte de la propaganda y la comunicación (4), y cuyos intensos debates públicos sobre cuestiones económicas estaban también alentados por el mandato parlamentario de la obligación de presentar regularmente los presupuestos y otros documentos económicos en sus Cámaras. En este sentido, la operación de Necker poseía una intensa significación política por cuanto venía a representar un intento de introducir esa innovadora política de transparencia en la información económica —en sus propias palabras, de combate contra la *obscurité* y las *ténèbres* (5)—, que en su *Compte rendu* calificaba reiteradamente como «publicidad», en una estructura política carente del sustrato constitucional y parlamentario que poseía la británica —en suma, de naturaleza todavía absolutista— sin acometer paralelamente reformas políticas que apuntaran a una aceptación de los fundamentos de esa monarquía británica modélica por la cual él manifestaba una enorme admiración. Pero no debe de olvidarse que la política de información, con sus consiguientes eventuales efectos en el reconocimiento del derecho de los súbditos a participar en los asuntos del Estado y en la liberalización de las relaciones entre gobernantes y gobernados, fue una de las claves centrales del pensamiento de Necker y una de

(2) HARRIS (1979): 218-219.

(3) GRANGE (1974): 307-308.

(4) ABBATTISTA (1990): 17-18.

(5) NECKER (1781): 1-2.

las notas características de su acción política en su apuesta fallida por ofrecer salidas pragmáticas a la rígida herencia del absolutismo francés (6).

En cualquier caso, es bien conocido que la figura de Necker desempeñó un papel central en la aparición de la «opinión pública» durante las dos últimas décadas del siglo XVIII, y más aún si consideramos la enorme importancia que en ese momento tuvo en Francia la dimensión económica en el descubrimiento de esa categoría conceptual fundamental entre insignes representantes de su Ilustración (los fisiócratas, Turgot, Condillac, etc.). En un trabajo reciente se ha identificado la obra de Necker como pionera en la aparición de lo que puede ser denominado la «Economía política de la opinión pública» (7), en cuanto que autor clave en la defensa de la idea de que no es posible alcanzar una mejora de la eficiencia del sistema económico y financiero sin el contrapeso institucional de esa «opinión pública». Es bien conocido que este concepto fue inherente al conjunto de su obra: como se ha mencionado, fue identificado por él en su *Compte rendu* básicamente como «publicidad»; en sus obras posteriores, en particular, en *Des Finances* (1784) y en *Sur le compte rendu au Roi en 1781. Nouveaux éclaircissements* (1788), se convirtió en una categoría conceptual más compleja (8). Esta, en la esfera propiamente económica, se interpretaba, ante todo, como política de transparencia acerca de la situación económica y financiera del país respecto a la información cuantitativa y a los métodos de contabilidad pública empleados, con el fin básico de afianzar la confianza pública en la situación financiera nacional, principalmente ante inversores y prestamistas, es decir, de «fundar la confianza sobre bases más sólidas» (9); en segundo lugar, como una especie de «tribunal anónimo» con capacidad no solo para atemperar el poder absoluto, sino incluso para juzgarlo y sentenciarlo, y que, por tanto, exigía establecer «une sorte d'harmonie entre l'opinion publique et l'administration des Finances» (10); y, por último, como un factor institucional imprescindible de cara al control de la moralidad pública de los políticos y los funcionarios: Necker sostenía reiteradamente que las consideraciones morales debían de presentarse unidas al estudio de las informaciones cuantitativas, hasta el punto de presentar *Des Finances* —su obra más madura— como el conjunto de principios de moral y de política esenciales para hacer compatible la felicidad de las personas y la prosperidad de la administración (11).

(6) GRANGE (1974): 362 y ss.

(7) ASTIGARRAGA (2011).

(8) Sobre Necker y la gradual eclosión en su obra del concepto de opinión pública, pueden verse FERNÁNDEZ SEBASTIÁN (2004): 9-29, y BURNAND (2004).

(9) NECKER (1781): 3.

(10) NECKER (1788): 13. La agria polémica que en esos años Necker mantuvo con Calonne, responsable de la Hacienda francesa, fue bien conocida en España, dado que el discurso de este último, elaborado en 1787, fue traducido en nuestro país: CALONNE (1788).

(11) NECKER (1788): 2-4.

La importancia que en la Francia de finales del siglo XVIII pudo tener la experiencia británica en el descubrimiento de esta compleja categoría conceptual de la «opinión pública» debe ser objeto de análisis más precisos. Para ello, resulta fundamental atender a la circulación internacional de las ideas político-económicas dado que esa naturaleza diferencial del modelo británico fue revelada a los ilustrados europeos esencialmente a través de esos flujos ideológicos que alentó la literatura político-económica que circuló intensamente a través de los países europeos más influyentes (12). Y un protagonista indiscutible —aunque olvidado— de esos flujos internacionales fue el británico George Grenville. Su incidencia en la problemática objeto de estudio se emplaza en la fase de los prolegómenos que prepararon la llamativa operación política ante la opinión pública francesa planteada en 1781 por Necker a través de la publicación de su *Compte rendu*. En realidad, Grenville poseía indudables puntos en común con el famoso ilustrado ginebrino: había sido Ministro de Hacienda de Gran Bretaña (1763-1765) y también un publicista muy activo y polémico en su país, cuya obra, como la de Necker, conoció un eco relativamente notable en el extranjero, en unos términos que, sin embargo, al día de hoy resultan todavía poco conocidos.

Como veremos, la obra económica de Grenville no puede interpretarse al margen de los particulares y consolidados hábitos fiscales y presupuestarios británicos y, asimismo, de la estrategia política de cómo ponerlos al servicio de una coyuntura particular, cual fue la situación posbélica de la Europa que despertó en 1763 al final de la Guerra de los Siete Años. Sin embargo, lo que debe subrayarse ahora es que los escritos económicos de Grenville dieron origen a un caso particular de circulación de ideas entre Gran Bretaña, Francia y España, cuyo trasfondo era la apertura en estos dos últimos países de una política de transparencia pública en la información económica y hacendística. La manera en que la experiencia británica pudo incidir en la experiencia francesa y esta, a su vez, en la española en la inducción de sus respectivas «esferas públicas» nacionales se plantea como una especie de gran juego de *matrioskas* rusas en el que solo el descubrimiento de cada unidad abre la oportunidad para el resto.

En el preciso caso español, resulta bien conocida la importancia de la figura de Necker en la aceptación de esa política de información pública, en particular, durante el *neckeriano* Ministerio de Hacienda dirigido por Pedro de Lezana (1785-1791): de su mano fueron publicados los primeros presupuestos de la Hacienda española y creadas las primeras agencias oficiales de estadística (13). Al mismo tiempo, durante su mandato acabó fraguando una estrategia de comunicación pública relativamente novedosa, que se venía abriendo paso

(12) Lógicamente, algo similar podría afirmarse respecto a etapas posteriores, durante las cuales el modelo británico siguió siendo referencial para los liberales españoles; vid., por ejemplo, SIERRA (2009).

(13) Sobre esa cuestión, nos remitimos a ASTIGARRAGA (2000).

desde décadas atrás y que había comenzado a otorgar un protagonismo nuevo en el espacio público a un conjunto de agentes —en todo caso *semi* o *cuasiprofesionales*— que pueden ser caracterizados como «mediadores de la opinión pública». Se trataba de esos aludidos editores, publicistas, periodistas o traductores, en suma, «hombres de letras» convertidos en agentes de comunicación, que emergían en la esfera pública como consecuencia de la interacción de cambios políticos de notable calado: por un lado, la de una «esfera pública» que venía dilatándose año tras año desde 1760, aproximadamente, hasta acoger en su seno la demanda reiterada y periódica de información económica como un deber inexcusable que competía a los gobernantes; por otro, la de un poder político que percibía, con una claridad creciente, la necesidad de practicar esa política de información como elemento conveniente de su acción política e, incluso, imprescindible para sacar adelante sus diferentes reformas; y, por último, la de esos incipientes mediadores que, aunque todavía estrechamente dependientes del poder político, comenzaban a operar como agentes de contacto entre este poder y el «público», como ampliadores del mercado de las ideas y como ejecutores de esa política de información más flexible y puesta al servicio de un «público» cada vez más vasto y mejor formado, que en las décadas de finales del siglo XVIII comenzó a exigir insistentemente información acerca de los asuntos públicos, entre ellos los de contenido económico y hacendístico (14). La apertura de las *matrioskas* rusas que favoreció gradualmente ese proceso en países como Francia o España quedó, en buena medida, en manos de estos agentes y, en el preciso caso español, un protagonismo central entre estos últimos recayó durante la segunda mitad del siglo XVIII en los traductores de textos político-económicos. La prolífica actividad que ese período conoció a ese respecto debe quedar emplazada en los confines de este intenso debate sobre el derecho a la información —siquiera, en sus primeras fases, parcial o censurada— y el papel activo que el poder político, y sus activos mediadores, pudieron desempeñar para promoverlo. Y, de hecho, en estas mismas coordenadas se ha de situar la interpretación de la llegada a España de la olvidada publicística económica del ministro británico Grenville, a través de la traducción de dos de sus escritos más significativos, que vieron la luz en 1770 y 1781, y fueron realizadas por Domingo de Marcoleta, uno de los traductores de textos político-económicos más prolíficos de la segunda mitad del siglo XVIII español.

3. DOMINGO DE MARCOLETA

Acerca de Marcoleta, no existe ninguna biografía —ni siquiera sucinta— sobre su figura, de manera que solo podemos esbozar aquí algunos datos bio-

(14) Un ejemplo muy sensible del empleo de esta estrategia de información se encuentra en la reforma fiscal promovida por Lerena en 1785, tal y como se explica en ASTIGARRAGA (2010).

gráficos muy parciales de la misma (15). De origen vizcaíno, natural, en concreto, del valle y lugar de Gordejuela, de donde lo eran también sus padres —Simón de Marcoleta e Inés de la Barrieta, nacidos respectivamente en los pueblos de Alonsotegui y Güeñes—, Domingo Julián de Marcoleta y de la Barrieta (1717-1796) fue uno de tantos nativos que, a lo largo del siglo XVIII, nutrió la numerosa e influyente emigración a la Corte proveniente de Las Encartaciones, la comarca del Occidente vizcaíno. Mediado el siglo, esa emigración constituía el grupo dominante de la colonia vasca establecida en Madrid (16), más aún, incluso, que los influyentes núcleos vinculados al próspero comercio de Bilbao —el caso, entre otros, de los Gorbea, Arriquíbar o Gardoqui—. Todo apunta, por tanto, a que, una vez inserto en esos prósperos círculos vizcaínos cortesanos, Marcoleta se consolidó, con una fortuna más que relativa, en la red de negocios generada, en particular, alrededor de los Cinco Gremios, cuyos intereses manufactureros, financieros y del comercio mayorista estaban entonces en manos de *encartados*, en concreto, de miembros de las familias De la Cuadra, Mollinedo, De la Torre o, en particular, De los Heros, con la que Marcoleta mantuvo relaciones muy estrechas, además de negocios comunes (17). De hecho, los primeros datos biográficos que disponemos de él lo sitúan, tras haber residido en las Indias, en Madrid en 1741, inserto en la Hacienda, con el cargo de Contador de nombramiento de la Contaduría Mayor de Cuenta. Unos años después, en 1750, figuraba operando en la capital como agente de negocios. Esta situación le permitió ejercer ese mismo año como apoderado de Buenos Aires, elaborando una extensa *Representación* impresa, fechada ese mismo año, en defensa de los intereses de esta ciudad, que reclamaba la intensificación del tráfico comercial directo con la península y medidas eficaces para combatir el contrabando (18). No obstante, sobre su indiscutible capacidad para progresar en el seno de la Administración borbónica da fe su nombramiento, probablemente en esa misma década, como responsable de la Secretaría de Interpretación de Lenguas (19), cargo que, como era norma habitual, hubo de proporcionarle en 1750 el título de Caballero de la Orden de Santiago. Pero lo mismo puede afirmarse de su habilidad para moverse en los círculos más selectos de la nobleza española de su tiempo: Marcoleta llegó a trabajar en la influyente familia de los Álvarez de Toledo, Duque de Alba, Marqués de Villafranca y Duque de Montalvo, en suma, Grande de España de Primera Clase, como tutor y contador privado de las posesiones en sus «dilatados estados en Italia y

(15) Además de las fuentes bibliográficas citadas en los párrafos siguientes, este apartado ha sido elaborado utilizando información manuscrita procedente del Archivo Histórico Nacional (A. H. N., Estado, leg. 3234-37 y 3421-4) y el Fondo Urquijo de la Biblioteca de la Diputación Foral de Guipúzcoa (nº 022209765 y 028709765), así como diversos datos contenidos en la útilísima Base de datos históricos FICHOZ (nº 000482 y 00178C).

(16) BARRENECHEA (1989): XXVII.

(17) BARRENECHEA (1989): XLII.

(18) Vid. a este respecto, MARILUZ (1981).

(19) Tal y como él mismo escribe en GRENVILLE (1770): Prólogo (sin paginar).

España», y esposó en 1783 en Madrid con María Magdalena de la Torre, catalana perteneciente a un poderoso clan familiar.

El ascenso de Marcoleta en la Administración tuvo como marco principal la Real Hacienda. En 1760 ocupaba el cargo de Oficial Mayor de la Contaduría General de Indias y, cinco años después, el de Contador de la Intervención del cargo en la Tesorería Mayor. Su principal valedor en la Hacienda hubo de ser Francisco de Montes, quien en 1770 era ya Consejero de su Majestad en el Consejo de Hacienda, así como su Tesorero General (20). Durante los años posteriores, como refiere el propio Marcoleta en sus traducciones, alcanzó los nombramientos de Contador de Hacienda y Guerra de la Tesorería general; Ministro Honorario del Tribunal de la Contaduría Mayor; Contador del Ejército de Castilla la Nueva y del Tribunal de la Contaduría mayor; y Contador del cargo de la Tesorería Mayor, a los que se debe añadir el de Alguacil Mayor del Consejo de Órdenes Militares, que ocupaba en 1780. Para esa fecha, Marcoleta gozaba ya de un protagonismo indiscutible en los círculos de la sociabilidad vasca de su tiempo —ilustrada o no—, como fue el caso de la poderosa Congregación de San Ignacio de Loyola (21) y la Sociedad Bascongada de los Amigos del País (22). Al mismo tiempo, y siempre trabajando simultáneamente como agente y representante en el mundo de los negocios, aparecía vinculado a las grandes operaciones financieras de su época. Fue accionista y comisario del Banco Nacional de San Carlos (23) y en 1780 estuvo implicado en la primera emisión de vales reales, como Contador de Data y de la Tesorería Mayor, junto a Francisco Montes, entonces Tesorero General. Diez años después, en 1790, figuraba en el Ministerio de Hacienda de Lerena, como comisionado para la renovación de los vales reales, al tiempo que ocupaba los cargos de Ministro Honorario del Tribunal de la Contaduría Mayor, con los cargos de Secretario del Rey, Contador de la Data de Guerra de la Tesorería General y Contador del Ejército de la Provincia de Castilla la Nueva. A la fecha de su muerte, sucedida

(20) A él dedicó Marcoleta su traducción de GRENVILLE (1770).

(21) La Congregación de San Ignacio de Loyola era una institución fundada en 1713, de fines primordialmente religiosos y benéficos, de molde, en suma, tradicional, pero con un papel central en la creación de la red social que cohesionaba a ese poderoso entramado de financieros y comerciantes naturales de las tres provincias vascas radicados en la Corte. Marcoleta fue Secretario y Prefecto, el cargo de más relevancia de la misma, en 1792; vid. ANÓNIMO (1896): 58 y 82.

(22) Marcoleta fue nombrado miembro de Mérito de la Bascongada en 1771; seis años después fue ascendido a Benemérito. El vizcaíno fue uno de sus principales responsables de las denominadas Comisiones en la Corte, siendo entre 1777 y 1793 el Vicerrecaudador de las mismas, su cargo principal, desde el cual fue un auténtico responsable de la imponente extensión de la Sociedad por tierras americanas, así como el principal muñidor de la simbólica operación de hermanamiento que esta fraguó con la Congregación de San Ignacio. También gestionó en la Corte diversos asuntos de la Sociedad, entre ellos la cesión del colegio de los jesuitas de Bergara para instalar en él el centro docente de la misma, el Seminario Patriótico; vid. TELLECHEA (1987): 116, 167-168, 441-442; ASTIGARRAGA (2003): 65-66.

(23) TEDDE (1988): 77-78, 182 y 192.

en 1796, su posición administrativa era la de Secretario del Rey y Contador de la Intervención del Cargo de la Tesorería Mayor.

4. MEDIANDO EN LA OPINIÓN PÚBLICA: MARCOLETA Y SUS TRADUCCIONES ECONÓMICAS

Es indiscutible que el perfil de Marcoleta como traductor de obras económicas remite a su prolongada carrera en la Hacienda española. De hecho, todas sus versiones vieron la luz cuando se hallaba vinculado a la Tesorería Mayor, en el corto período de tiempo de siete años, entre 1767 y 1774. En este sentido, perteneció a la misma estirpe que V. Alcalá Galiano, D. de la Torre y otros coetáneos cuyos escritos o traducciones han de interpretarse como una prolongación de sus amplios servicios a la Hacienda real. No obstante, esas traducciones presentan, en su caso, un rasgo distintivo respecto a estos funcionarios: el de quien, como se ha mencionado, había ocupado años atrás la Secretaría de Interpretación de Lenguas. Este hecho, justificativo en sí mismo de su buen manejo de las lenguas extranjeras, algo que deja en evidencia la excelente calidad de sus traducciones, nos sitúa ante un perfil que apunta a la emergencia en la España del siglo XVIII de la figura del traductor profesional de textos económicos. Ciertamente, le aproxima a la del Archivero de la Junta de Comercio, M. J. Suárez y Núñez, también relacionado en su momento con esa misma Secretaría y que compartió con él la distinción de ser dos de los traductores político-económicos más prolíficos del siglo XVIII español: si en los doce volúmenes de las *Memorias instructivas y curiosas* (1778-1791) que dirigía Suárez vieron la luz versiones de autores tan emblemáticos como Necker, Turgot, Justi o Condillac, Marcoleta realizó seis traducciones, también de escritores muy distinguidos: además de las dos de Grenville (1770 y 1781), otras dos del francés Jacques Accarias de Serionne (1772-1774 y 1774) y sendas de los también franceses Louis Joseph Plumard de Danguel (1771) y Ange Goudar (1772).

Esta prolífica labor traductora, canalizada siempre, como veremos, a través de Francia, se enmarca en un doble contexto. Por un lado, la notable intensificación que la traducción de textos económicos conoció en España a partir de las décadas de 1760 y 1770 (24), precisamente las que concentran la labor traductora de Marcoleta; junto a ello, por otro, todo apunta a que esta fue realizada bajo una estricta tutela política, pudiendo tratarse de traducciones con la naturaleza de encargos —tácitos o solapados—, tal y como, por otra parte, fue característico de esta fase de apertura de la esfera pública española. Diversos elementos vienen a ratificar este supuesto. En primer lugar, la mayor parte de las traducciones de Marcoleta fueron dedicadas a destacadas autoridades políticas o instituciones españolas de su tiempo: la Sociedad Bascongada; el Rey,

(24) Para un análisis de conjunto, vid. LLOMBART (2004).

«por mano» de Miguel de Múzquiz, entonces ministro de Hacienda; y los ya mencionados José Álvarez de Toledo y Francisco de Montes (25). En segundo lugar, los sucintos prólogos que, en su caso, las acompañaban dan a entender también esa misma estrecha cercanía con el poder político de su tiempo. En cualquier caso, por último, se trató de trabajos realizados con una intencionalidad política indudable: su pretensión era tratar de influir sobre la realidad española y sobre esas líneas de reformas emprendidas por los gobiernos borbónicos, con una particular atención hacia los problemas de la Hacienda. Y esta razón puede explicar que en esas traducciones operara un fino y cuidadoso sentido de la autocensura, especialmente evidente en las cuestiones religiosas y referida a la defensa de los intereses económicos españoles. En su versión de Plumard de Dangeul, Marcoleta omitía las referencias a la «usura» y los «usureros», al hilo de la defensa que en el libro original se realizaba de la legitimidad del cobro del tipo de interés en las operaciones de préstamo, así como diversas ideas respecto a la inutilidad de las leyes destinadas a combatir esas excesivas «usuras»; también se censuraban, por su supuesta contradicción con los dogmas católicos, extensos planteamientos en defensa de una política respetuosa con la naturalización de extranjeros (26). En esta misma línea, en su versión de Goudar, el intenso sentido patriótico de Marcoleta le llevaba a eliminar amplias referencias a la administración francesa y al supuesto notable poder relativo de Francia en el contexto del comercio internacional; asimismo, por ejemplo, el traductor vizcaíno también censuraba un abundante número de páginas en las que en el original francés se defendía la libertad, la tolerancia y el pluralismo religiosos, al tiempo que añadía otras propias en las que, de un modo prudente, abordaba una posible estrategia para reducir el número de religiosos en España (27).

En suma, la figura de Marcoleta apunta a estos «mediadores de la opinión», que con características de semioficialidad, en estrecha sintonía con el poder político y, en su caso, utilizando la plataforma de la Administración, trataban de ampliar la esfera pública española de su tiempo a través de la edición de «escritos públicos» (28). En su caso, la clave de esta estrategia era la traducción de obras extranjeras, un elemento que Marcoleta consideraba no solo conveniente, sino también absolutamente necesario, partiendo de la conciencia acerca del atraso económico español y la consiguiente —y noble— pretensión de tratar de «sacudir[se] la servidumbre en que nos tiene el ingenio de las demás naciones» (29).

(25) Véanse, respectivamente, PLUMARD DE DANGEUL (1771), ACCARIAS DE SERIONNE (1772-1774; 1774) y GRENVILLE (1770).

(26) Las censuras figuran en las pp. 71, 334 y 357 del texto original: PLUMARD DE DANGEUL (1754).

(27) Vid las páginas 305-316 del vol. I del original de GOUDAR (1756) y, asimismo, las pp. 334-337 del vol. III de su traducción: GOUDAR (1772).

(28) Acerca de la importante función de la circulación de los escritos impresos en la formación del espacio público y el creciente «uso público de la razón», vid CHARTIER (1995): 36 y ss.

(29) ACCARIAS (1774): «Dedicatoria» (sin paginar). Esta posición abría el camino de las posteriores y conocidas afirmaciones de Campomanes respecto a la utilidad pública de los «es-

De hecho, su país era percibido por Marcoleta con un atraso relativo sustancial también en esa política cultural concreta, de ahí que «solo nos resta que nuestra inclinación al consumo de tantas y tan excelentes obras como en ellas [las naciones extranjeras] se trabajan, sea más propensa que lo ha sido hasta aquí» (30). El ejemplo a seguir provenía en concreto de Gran Bretaña, un país en el que resultaban especialmente visibles las ventajas que el cuerpo social obtenía de las interrelaciones cruzadas entre la difusión de escritos públicos, la consiguiente apertura de la «voz pública», sus efectos en la legislación y, por último, el resultado de todo ello en el progreso socioeconómico, tal y como pone de manifiesto este expresivo texto:

«Inglaterra debe a sus escritores... los progresos de las artes, de su industria, de su comercio, los sobresalientes efectos de su agricultura y casi todo lo mejor que tiene en las instituciones de su Administración... Sus escritos excitan desde luego el aplauso general... Los dictámenes de un infinito número de lectores, ciudadanos y filósofos se unen, componen la voz pública y esta arrebatada la atención de los legisladores. Tal es el origen de una gran porción de las riquezas de la Gran Bretaña» (31).

En términos doctrinales, la labor traductora de Marcoleta poseía una filiación doble. Por un lado, remitía a la publicística francesa de la fructífera década de los años cincuenta. Esta constituyó un punto de referencia continuado de la labor traductora del último tercio de la Ilustración española, en sus vertientes tanto agrarista como fisiócrata, más en particular la relacionada con uno de los polos centrales de la cultura económica francesa de esos años: el círculo de economistas de Vicent de Gournay (Forbonnais, Coyer, etc.), que, en el caso de Marcoleta, quedó bien reflejado en sus versiones de Goudar y Plumard de Dangeul, dos cercanos colaboradores de ese influyente e instigador Intendente de Comercio (32).

Por otro lado, las dobles traducciones que realizó de las obras de Accarias de Serionne y de Grenville presentaban, en principio, una naturaleza dispar, lo cual hacía referencia tanto a su formato como a su filiación doctrinal. Los dos textos traducidos del primer autor, consejero político en los Países Bajos y otras

critores económicos» y «memorias, apuntamientos o tratados al uso común» sobre cuestiones económicas, con la finalidad de que una nación fuera «capaz de descubrir sus propios intereses», razón por la cual consideraba la publicación de estos como un eje central de la política del Estado. Puede verse, principalmente, CAMPOMANES (1775-1777): vol. I, X, XLVI.

(30) PLUMARD DE DANGEUL (1771): «Prólogo del traductor» (sin paginar).

(31) El texto pertenecía a una de las traducciones de Marcoleta: ACCARIAS DE SERIONNE (1772-1774) I, 28. En su otra traducción de este mismo autor, se referirá al mismo fenómeno como el «espíritu público», considerándolo un factor del progreso del comercio de Gran Bretaña: ACCARIAS DE SERIONNE (1774): 99-100. La relación entre escritos públicos, riqueza y bienestar comenzaba a constituir un lugar común en esos años de la Ilustración española, de la mano de autores como Arriquíbar, Romá y tantos otros; vid. Usoz (2011).

(32) Sobre ese influyente círculo de economistas pueden verse, MURPHY (1986), HUTCHISON (1988): 185 y ss., y LARRÈRE (1993).

Cortes del Imperio austriaco, eran propiamente tratados económicos, con una naturaleza muy próxima a la de los *cuasi-sistemas schumpeterianos* en los que el análisis económico se hallaba al servicio de un objetivo económico primordialmente aplicado (33); en su caso, su sustrato doctrinal se adscribía a posiciones combativamente antifisiócratas. Mientras tanto, los escritos del segundo eran memoriales derivados directamente de la acción gubernamental y las posiciones políticas de Grenville y carentes en general de una pretensión teórica. Ahora bien, estas cuatro traducciones estaban más relacionadas entre sí de lo que estas extremas divergencias dejaban suponer. La razón es que tenían como un elemento central el sistema económico y político británico; suponían, al mismo tiempo, un elogio y un balance o un examen de la validez del mismo, en un momento preciso en que, como dejaba entrever reiteradamente el propio Marcoleta, la «anglomanía» era un estado de opinión dominante en los ambientes intelectuales europeos (34).

Este segundo componente de examen o de balance de Gran Bretaña se derivaba de las circunstancias históricas en las que habían sido concebidas esas cuatro obras y hacía aflorar en ellas un intenso y transversal *filo rosso*. Tanto los autores como sus escritos estaban marcados por el fin de la Guerra de los Siete Años (1756-1763) y por las consecuencias políticas de la victoria del frente encabezado por Prusia y Gran Bretaña, refrendadas rotundamente en el Tratado de París (1763): significativo reforzamiento del sistema imperial británico, en detrimento particularmente de Francia, gracias a la notoria extensión de sus posesiones asiáticas y americanas, incluyendo la más que simbólica ampliación de sus dominios, por un lado, en India y, por otro, en Canadá, La Florida y diversos enclaves insulares americanos. Y todo ello precedido por el Tercer Pacto de Familia (1761), alentado por la unión dinástica borbónica y sustentando la gran alianza franco-española frente a Gran Bretaña, que terminó por arrastrar, aunque de manera tardía, pero con efectos desastrosos, a España a la guerra, en apoyo de la que será la gran derrotada en ella, Francia.

Todos estos acontecimientos decisivos situaban a Europa ante la necesidad de un nuevo equilibrio político, algo particularmente necesario en el ámbito colonial americano, dado que este había quedado básicamente en manos británicas y españolas (35). Y la publicística político-económica que vio la luz en los años posteriores al Tratado de París no fue ajena a ello. Precisamente, la obra de Accarias de Serionne, en su conjunto, apuntaba con toda rotundidad a la búsqueda de ese necesario nuevo equilibrio, desde posiciones antibelicistas, favorables a la cultura y el espíritu del «comercio» frente al previo de la guerra —aquel era, a sus ojos, el «agente principal de la política» (36)—, pero remar-

(33) SCHUMPETER (1971): 237 y ss.

(34) Vid., por ejemplo, su «Prólogo» a la traducción de PLUMARD (1771) (sin paginar).

(35) ELLIOTT (2006): 431 y ss.

(36) ACCARIAS DE SERIONNE (1772-1774): I, 6.

cando inequívocamente el peligro que para alcanzarlo representaba el resucitado poder político e imperial británico. Esta idea se hallaba muy presente en su obra principal, hasta el punto de que todas sus primeras páginas estaban destinadas a abordar ese problema preciso del «equilibrio político de Europa» y a defender el papel positivo que en su consecución podría obrar un correcto desarrollo de los intereses del «comercio en general», alentado por un buen conocimiento de esos principios de la «ciencia del comercio» que venían diseminándose en todo el Continente a través de los innumerables tratados económicos que circulaban por él (37). Y a ese mismo nudo aparecía sólidamente atada la obra de Grenville: sus escritos tenían como objetivo poner la maquinaria de la comunicación pública al servicio de sus posiciones políticas y de la defensa concreta que, frente a sus adversarios, él venía realizando de los intereses económicos e imperiales británicos en el nuevo escenario posbélico; pero, todo ello no solo ante su país, sino, incluso, con una mirada que traspasaba el Canal de la Mancha. De hecho, sus escritos formaban parte de una operación publicística destinada también a incidir en la opinión pública europea, mostrando ante ella la fortaleza económica y política británica.

5. GEORGE GRENVILLE Y SU PUBLICÍSTICA ECONÓMICA

Ciertamente, no puede afirmarse que la publicística de Grenville (Wotton Hall, 1712-Londres, 1770) deba figurar por méritos propios en el notable progreso analítico que la Economía Política conoció durante el fértil medio siglo que separó la elaboración del *Essai* (1728-1730) de Cantillon y la publicación de la *Wealth of Nations* (1776) de Smith. Esa publicística era la propia del memorial, cuyo contenido está íntimamente relacionado con una acción política concreta y que, además, no es posible de interpretar fuera del mercado de ideas de Gran Bretaña. Los textos de Grenville, objeto de intensos debates en su tiempo, incluso por autores de la talla de Burke, no dejaban de ser una pequeña expresión de la enorme corriente que la opinión económica movía en la Gran Bretaña parlamentaria. La principal particularidad de sus textos residía en que eran obra de una autoridad política del mayor rango, precisamente el Ministro que había gestionado la salida de Gran Bretaña de la Guerra de los Siete Años. Ese nombramiento había supuesto en realidad el colofón de una intensa carrera política, iniciada en 1741 como parlamentario en el partido *whig* y después, a partir de 1754, como político en cargos de la mayor relevancia —entre ellos, Lord del Almirantazgo (1744), Lord del Tesoro (1754) y Secretario de Estado para el Departamento del Norte (1762)—, antes de que en abril de 1763 recibiera de la mano del rey George III la doble y poderosa nominación —por otra parte, la habitual entre los grandes Ministros de Hacienda británicos (Walpole,

(37) ACCARIAS DE SERIONNE (1772-1774): I, 1-10 y 20 y ss.

Pitt, etc.)— de Primer Ministro y Ministro de Hacienda (*Lord High Treasurer y Chancellor of the Exchequer*). En ese cargo permaneció hasta julio de 1765 cuando, tras perder la confianza real, fue destituido y pasó a encabezar en el Parlamento la oposición del partido *whig*, puesto que ocupó hasta su muerte en 1770 (38).

En paralelo a esta extensa carrera política, Grenville articuló una intensa estrategia de propaganda y defensa de la misma, a través de memoriales, panfletos y otros escritos de similar naturaleza (39), en cuya elaboración colaboraron personalmente panfletistas como William Knox, Thomas Whateley o Charles Lloyd (40). De hecho, sus dos escritos más relevantes, ambos exhaustivos y excelentes defensas de su política económica e imperial, fueron obra de estos colaboradores: el inglés Whately (1726-1772) estuvo detrás de las *Considerations of the Trade and Finances of this Kingdom* (1766), mientras que *The Present State of the Nation* (1768), se atribuye a su secretario personal, el irlandés Knox (1732-1810). Como veremos, ambas tuvieron su eco en España, pero Marcoleta consideraba que «toda la sustancia» de la primera se hallaba «extrac-tada y resumida» en la segunda (41), de tal forma que esta fue el objeto principal de su labor traductora.

El objetivo de *The Present State*, que Grenville presentó ante el Rey y las Cámaras británicas, era recabar el apoyo político y de la opinión pública de su país para un programa de política económica adecuado para los intereses británicos en el nuevo escenario europeo posterior a la guerra. Su análisis encerraba una crítica, ciertamente más que tácita, a las medidas adoptadas por sus sucesores en el Ministerio de Hacienda —una errática política había llevado a que entre 1765 y 1767 lo ocupasen tres responsables, Dondeswell, Townshed y North—, en particular, respecto a la cuestión imperial; pero, al mismo tiempo, en el escrito se diseñaban posibles líneas de reforma futura, que en realidad se planteaban como una continuidad de las adoptadas por él durante sus dos años largos al frente de ese Ministerio, entre abril de 1763 y julio de 1765. Su punto de partida era el escenario posbélico. Grenville valoraba el Tratado de París como un éxito indiscutible para los intereses británicos, pero, de una manera muy sagaz, en su escrito subrayaba una y otra vez la idea de que había que gestionar con cierta prudencia ese nuevo escenario. La razón era que sus principales rivales —es decir, la alianza hispano-francesa articulada en torno a la Casa de Borbón— se hallaban en una situación económica notoriamente mejor que la británica de cara a su recuperación. Francia fue «afligida de menos calamidades» que Gran Bretaña y su salida de la guerra estaba siendo más vigorosa que

(38) Sobre la vida y la carrera política de Grenville, pueden verse LAWSON (1984), JOHNSON (1984) y CORNISH (1084): XX-XXXIV.

(39) En CORNISH (1984): 164-217, figura una relación detallada de la prolífica opinión pública creada en torno a la figura de Grenville, su administración y su política colonial.

(40) JOHNSON (1984): 241-242; LAWSON (1984): 236-237.

(41) GRENVILLE (1781): XII (nota 3).

la de esta, entre otras razones porque sus vasallos soportaban una presión fiscal menor y «su Tratado con España ha obtenido un comercio exclusivo con esta Monarquía» (42); incluso, en contraste con Gran Bretaña, la paupérrima España «podía sacar de sus fértiles provincias provisiones suficientes para la manutención de sus tropas» (43). Por tanto, la futura seguridad británica se planteaba como una exigencia en un marco internacional nada cómodo para su país. La paz aparecía inexorablemente unida, por un lado, a una *strict economy* que debía de ser capaz de asimilar dentro del sistema imperial a los nuevos territorios obtenidos en la Paz de París; y, por otro, a la creación de unas bases financieras nuevas y sólidas que despejaran la tentación en sus adversarios de emprender un nuevo conflicto bélico y permitieran a Gran Bretaña mantener tanto la supremacía marítima mostrada durante la guerra como el nuevo estatus colonial alcanzado: «si la debilidad de su Hacienda y la falta de rentas no permiten a Inglaterra equipar una escuadra o mantener a la gente de mar, de nada servirán las nuevas colonias» (44).

El problema central de la economía británica era el peso excesivo de la deuda pública contraída durante la guerra. La necesidad de recurrir al préstamo había sido creciente entre 1756 y 1763, y ello había obligado a Gran Bretaña a tener que abonar unos tipos de interés y unos costes por los seguros del endeudamiento cada vez más elevados. Con ello, el conjunto de la deuda y el interés anual que pagar por ella no había hecho sino crecer de una manera desorbitada. Además, una parte sustancial de los fondos para solventar ese endeudamiento había provenido del exterior. Ello provocaba que el pago de los enormes intereses por la deuda afectara negativamente al saldo de la balanza por cuenta corriente británico. Mientras el excesivo volumen de préstamo recibido cerraba en términos reales la vía del recurso a otros nuevos créditos, tampoco resultaba conveniente que la autoridad económica británica recurriera a la emisión de moneda. Esto sería considerado una prueba de debilidad económica ante sus poderosos acreedores públicos. Por tanto, en el centro de la escena se situaba el problema de la posible falta de confianza en Gran Bretaña por parte del sistema financiero internacional, lo cual no haría sino agravar aún más su delicada situación económica.

Ahora bien, si, como se señalaba expresamente en *The Present State*, «cada nuevo préstamo exige para su seguridad una nueva creación de nuevas contribuciones» (45), en Gran Bretaña, en efecto, el recurso al crédito se había

(42) GRENVILLE (1770): 21 y 23. En cambio, la interpretación actual considera que, a diferencia de Gran Bretaña, Francia hubo de elevar notablemente su presión fiscal para poder financiar la Guerra: HARRIS (1979): 69. También un contemporáneo tan privilegiado como ADAM SMITH (1776) [1958]: 803, admitía que el «pueblo francés se halla más oprimido por los impuestos que los ingleses».

(43) GRENVILLE (1770): 27.

(44) GRENVILLE (1770): 32.

(45) GRENVILLE (1770): 18.

traducido en un incremento excesivo de la presión fiscal sobre la población de la isla, en «contribuciones opresivas impuestas sobre el pueblo inglés» (46). Ese «tributo excesivo, que nos impuso la guerra», había terminado por convertir Gran Bretaña en «la hipoteca de un censo tan bárbaro» (47). Y la solución a este problema solo podía venir de la mano de la «dañosa ciencia de la tasación» (48). Esta política de endeudamiento financiada a través de impuestos tenía como consecuencia inmediata la reducción de la renta familiar disponible. Para afrontarla, sería preceptivo favorecer un incremento de los salarios; sin embargo, ello produciría un efecto económico tan negativo como el propio del incremento de los impuestos: en realidad, este incremento se había trasladado directamente a los salarios, generando un aumento del precio de las manufacturas inglesas, con la correspondiente pérdida de su competitividad internacional, caída de las exportaciones y de las rentas públicas, y, asimismo, con los efectos perniciosos consiguientes en el saldo de la balanza de pagos y en la confianza internacional para devolver los créditos, reducir la masa del endeudamiento y poder optar a nuevos préstamos: «nuestro crédito nacional será destruido inmediatamente que los acreedores del Estado reconozcan su insuficiencia para cumplir con sus empeños» (49). Problemas similares se dejaban notar en el ámbito de la población y el empleo: las contribuciones excesivas unidas a la reducción de la población activa provocada por la obligación de nutrir el ejército estaban creando problemas de falta de mano de obra, con las dificultades consiguientes para reactivar la economía nacional: «con este cebo ha recibido la agricultura un golpe violento y por falta de gente ha caído la industria nacional en una indolencia letárgica» (50). A ello, y a la consiguiente caída del consumo interior y las rentas fiscales obtenidas por el comercio y el consumo, había que añadir, por último, las posibles dificultades adicionales que podría ocasionar la emigración de la población, atraída por la supuesta menor presión fiscal existente en las potencias vecinas.

En resumen, los efectos depresivos de la combinación de una deuda y una presión fiscal excesivas eran palpables de cara al inicio de una nueva fase de

(46) GRENVILLE (1770): 5. Según Grenville, el total de la deuda pública británica al final de la guerra alcanzaba los 150.000 millones de libras esterlinas, la mitad de los cuales era nueva deuda contraída durante la guerra; el efecto en términos de incremento anual de los tributos era de alrededor de 5.000 millones de libras esterlinas.

(47) GRENVILLE (1770): 27 y 49.

(48) GRENVILLE (1770): 100. Todo ello vuelve a contradecir la interpretación más moderna, que considera que hasta la guerra de 1797 Inglaterra no hubo de recurrir a los impuestos para financiar sus enfrentamientos bélicos y que el coste de estos se pagó vía préstamos, con un muy moderado incremento adicional de los impuestos: BINNEY (1958): 105; HARRIS (1979): 68-69. Así lo consideró el propio SMITH (1776) [1958]: 389-390: la Guerra de los Siete Años costó a Gran Bretaña noventa millones, setenta y cinco de los cuales fueron financiados a través de nueva deuda; el resto provino del incremento de los tipos del impuesto sobre las tierras, de determinadas cantidades tomadas prestadas del fondo de amortización y de la exportación de géneros ingleses.

(49) GRENVILLE (1770): 18-19.

(50) GRENVILLE (1770): 21.

crecimiento. Más aún cuando la disminución del gasto público era más que impensable en el escenario posbélico: los golpes recibidos por Francia y España al finalizar la guerra «han irritado su orgullo», de tal manera que el mantenimiento de la posición británica exigía no bajar la guardia respecto a nuevos posibles enfrentamientos bélicos: «un estado de paz tan dispendioso es opuesto a la reducción de las contribuciones impuestas o a la liquidación de la deuda nacional» (51). La única alternativa era, por tanto, tan clara como utilizar el período de paz para una estrategia que redujera la deuda y la presión fiscal. Y ello solo resultaba posible a través de una política de crecimiento económico: Inglaterra debía de «reanimar el comercio, restituir a nuestras manufacturas su actividad y esplendor primitivo, llenar el inmenso vacío del tesoro público, ocurrir al abatimiento que padece nuestra Hacienda y favorecer la población» (52). Lógicamente, en el centro del análisis de *The Present State* afloraban, una vez más, los problemas de pérdida de confianza en el sistema, no solo económica, sino también política, pues, como Grenville mencionaba una y otra vez, la «opinión» era el fundamento del crédito. Y, en este sentido, el núcleo del problema era cómo solventar la deuda pública, en sus palabras, la mejor prueba «que podrá dar un estadista de su habilidad en la parte correspondiente a la real hacienda» (53).

Ahora bien, complementariamente a una política de crecimiento, la propuesta de Grenville articulaba un planteamiento global que lógicamente integraba a todos los territorios del Imperio. En suma, se trataba de trasladar a ellos una parte de la presión fiscal sostenida hasta esa fecha por los habitantes de la metrópoli; una propuesta cuya lógica era indiscutible para Grenville, toda vez que, en su análisis, «todo el peso» de la financiación de la guerra había recaído exclusivamente sobre Gran Bretaña. Por ello, ahora, esos territorios —Irlanda, por un lado, y las colonias norteamericanas y asiáticas, por otro— debían coadyuvar «proporcionadamente a sus fuerzas» en esos «generosos sacrificios y esfuerzos inauditos» que habían venido realizando ingleses y escoceses. En el caso de Irlanda, el objetivo era conservar la actual «comunidad de intereses», sin tratar por tanto de promover «una reunión total y completa de los dos reinos» (54). Su propuesta era acordar la creación en Irlanda de un *land tax* de nuevo cuño a cambio de concederle determinadas ventajas comerciales, básicamente, la apertura del mercado interior inglés al paño ordinario manufacturado

(51) GRENVILLE (1770): 46-47.

(52) GRENVILLE (1770): 35. Una vez más esa impresión subjetiva era diferente a la de SMITH (1776) [1858]: 826-7. Este entendía que la Guerra de los Siete Años, a pesar de ser «de las más costosas que jamás emprendiera la Gran Bretaña», había afectado poco al sistema productivo británico, a su agricultura, comercio y manufacturas, y que con el restablecimiento de la paz el crecimiento económico fue inmediato, a pesar de la deuda pública contraída, y debido en parte a que su sistema fiscal había ocasionado «muy pocas, o casi ninguna dificultad, a las actividades económicas».

(53) GRENVILLE (1770): 92.

(54) GRENVILLE (1770): 119.

irlandés y la participación de los irlandeses en el comercio colonial en las mismas condiciones que los ingleses y los escoceses (55). Al mismo tiempo, otras nuevas vías de obtención de impuestos debían de abrirse en India y el resto de territorios asiáticos. Mientras, para los norteamericanos la solución contemplada era lógicamente más compleja. El problema se hallaba en los difíciles equilibrios que exigía el escenario de revueltas abierto por las Asambleas Provinciales americanas a raíz de la aprobación en marzo de 1765, por mandato del propio Grenville, de la *Stamp Act* o *Ley del Timbre*, impuesto que gravaba el papel sellado, los periódicos y otros productos impresos. Como es conocido, esta decisión, con profundas implicaciones constitucionales (56), está considerada un paso clave en la creación del caldo de cultivo que culminará en la definitiva rebelión de las Trece Colonias contra Gran Bretaña (57). A pesar de esta situación, en *The Present State* se defendía la soberanía del Parlamento británico para imponer nuevos tributos sobre esos territorios. En realidad, se trataba de retornar a una senda similar a la ya planteada por Grenville durante su Ministerio, reorientando las erradas decisiones adoptadas por sus sucesores: estos, con el fin de aquietar las posiciones rebeldes, habían suprimido ese simbólico impuesto y ampliado la liberalización comercial, con grave perjuicio para los intereses económicos de la metrópoli — caída de las exportaciones de las manufacturas británicas a esos territorios y de la llegada de las materias primas y los metales preciosos americanos —. La propuesta de Grenville era calcular la presión fiscal global que debían de soportar las Asambleas Provinciales de las Trece Colonias y concretar después la suma específica de cada una, dejando el repartimiento y la elección de los medios a las respectivas Asambleas; no obstante, él se manifestaba favorable a establecer «tributos internos o domésticos», en vez de hacerlo sobre las manufacturas y el comercio. A cambio de ello, planteaba una liberalización leve de las condiciones comerciales — básicamente, permitir a esos territorios exportar sus materias primas a áreas comerciales en las que Gran Bretaña no tuviera intereses — y plantear la representación de esos territorios en la Cámara de los Comunes.

Esta última cuestión pone de relieve que, más allá de su contenido preciso, *The Present State* constituía una vía privilegiada para aproximarse al funcionamiento de la compleja Monarquía Constitucional británica. En sus páginas se elogiaba reiteradamente «nuestra excelente Constitución» y se describían los

(55) GRENVILLE (1770): 119 y ss.

(56) En suma, las discrepancias ponían al descubierto las ambigüedades del sistema constitucional británico, al aludir a la competencia del Parlamento británico en la aprobación de la legislación fiscal para las colonias, un precepto que desde la metrópoli era considerado como consustancial a la lógica del «Rey en el Parlamento» y que desde las colonias se percibía como un atentado al principio de *no taxation without representation*; vid. ELLIOTT (2006): 448 y ss.; GONZÁLEZ-ADÁNEZ (2005): 96-116.

(57) Para más detalle, vid. CHRISTIE (1966): 47 y ss.; LAWSON (1984): 193-202 y JOHNSON (1984): 179-204.

difíciles equilibrios entre las dos Cámaras de los «Lords y los Comunes», y de estas con la figura del Rey. También los problemas de representación, soberanía, interpretación de la Constitución y límites de jurisdicción de las respectivas Cámaras se hallaban muy presentes en él, así como los propios derivados de una supuesta falta de patriotismo o de desinterés por la causa pública derivados de las distinciones partidistas entre los *whigs* y los *torys*. Y como otra característica adicional de ese sistema aparecía la idea de que su funcionamiento reposaba sobre el principio de la transparencia informativa. De hecho, *The Present State* reunía un conjunto muy valioso de estadísticas económicas sobre presupuestos públicos y balanzas de pagos británicas, así como otras muy numerosas sobre ingresos, gastos, comercio, etc. relativos a Francia, España y otros países europeos (58). El recurso a la información económica aparecía como un presupuesto básico del patriotismo, la confianza y la recuperación de la opinión pública. Por ello, Grenville confiaba en que

«una exacta noticia de la actual situación de la Gran Bretaña podrá producir una fermentación feliz en el público que reanime su atención y la fije sobre estos grandes objetos que son capaces de desempeñar a todo aquel que fuese amigo del Rey y de su patria, a emplear sus noticias y talentos para formar y sostener un plan de operaciones cuyo suceso sea capaz de asegurar a la Gran Bretaña su primitiva tranquilidad y dignidad» (59).

6. TRADUCIR RESCRIBIENDO: LA CIRCULACIÓN INTERNACIONAL DE LA OBRA DE GRENVILLE

Aunque, sin duda, enraizado en el debate político británico de su tiempo, es indudable que la audiencia a la que iba destinado *The Present State*, así como el resto de los escritos de Grenville, apuntaba, de manera particular y directa, hacia Francia y España. Por ello, no resulta extraño que, como se ha advertido, esos escritos conocieran una intensa e inmediata circulación en estos dos países. En Francia, durante 1768 y 1769 fueron traducidos tres escritos del exministro británico. Los dos primeros, publicados con pocos meses de diferencia, ambos en 1768, aunque anónimos, se atribuyen a un mismo autor, el inglés Israel Mauduit (1708-1787) (60). Este era un conocido panfletista, escritor político y auténtico profesional de la comunicación, especialmente relacionado con el debate colonial durante la década previa a la Revolución americana. La lógica de sus dos traducciones era la misma: difundir una respetuosa y elogiosa versión de los escritos del exministro británico. Ello nos hace pensar que el propio Grenville,

(58) Esta información económica fue empleada profusamente, entre otros, por el propio Adam Smith.

(59) GRENVILLE (1770): 112-113.

(60) Vid., por ejemplo, GUILLAUMIN-COQUELIN (1854), HIGGS (1990) y CANNEY-KNOTT (1970).

con quien el publicista Mauduit ya había estado relacionado previamente, pudiera estar detrás de esta operación de propaganda de sus ideas y de su carrera política en suelo francés.

Respecto a la primera traducción, la *Mémoire sur l'Administration des Finances de l'Angleterre* (1768), se trataba en realidad de una especie de *collage* de cuatro textos, dos de los cuales, muy breves, pertenecían al traductor, y otros dos, ambos debidos a Grenville, eran los esenciales: la *Idée du Revenu de l'Angleterre* y la propia *Mémoire sur l'Administration des Finances de l'Angleterre* (Grenville 1786b) (61). Este último, eje central del libro, era una traducción de las *Considerations on the trade and finances of this Kingdom* (1766), atribuidas en su ejecución material, como se ha mencionado, a Whately. Este escrito, publicado pocos meses después de la salida de Grenville de la Hacienda británica, poseía un triple objetivo: identificar los males causados a Gran Bretaña por la guerra; describir con gran detalle —casi mes a mes— la etapa ministerial de Grenville, incluyendo su política colonial, con el fin de defenderla ampliamente; y, por último, y también de manera muy extensa, examinar las medidas adoptadas por sus sucesores en el Ministerio, cuya gestión era duramente enjuiciada (62). Las numerosas notas añadidas por el traductor Mauduit no hacían sino corroborar los argumentos sostenidos en el texto, de forma que su traducción alcanzaba un sentido casi hagiográfico de la figura de Grenville.

Por su parte, la segunda memoria traducida, la *Idée du Revenu de l'Angleterre*, constituía una presentación en todo su detalle de la estructura completa de los ingresos públicos de Gran Bretaña, incluyendo algunas breves referencias a la historia y el rendimiento de los impuestos —a través de alusiones breves a Hume y, sobre todo, a Blackstone, de quien se tomaban y se discutían sus informaciones cuantitativas—, así como a la deuda pública y a su gestión a través del «fondo de extinción». Para una mayor precisión, Mauduit, introducía un texto explicativo amplio sobre esta memoria (63). En él se informaba que Grenville la había concebido para defender su acción ministerial ante la opinión pública, tal y como a continuación hacía el propio traductor francés: el Ministro británico había «trabajado durante tres años para esclarecer el caos de las finanzas de un Estado, agotado por una guerra en la que sus gastos habían sido tan desmesurados como su ambición»; y aunque en algunos pasajes de sus escritos él exagerara la defensa de su propia gestión, esta cuestión había que entenderla en el contexto del intenso debate público a que estaba sometida en su país tanto su gestión política como sus escritos. En realidad, este era el tono que envolvía,

(61) La estructura de esta traducción era la siguiente: *Introduction* (pp. I-V); *Idée du Revenu de l'Angleterre* (pp. V-XLIV); *Précis raisonnée du Mémoire* (pp. XLIV-XLVIII); y, por último, *Mémoire sur l'administration des finances de l'Angleterre* (pp. 1-210). El primer y el tercer escritos eran debidos a Mauduit.

(62) GRENVILLE (1768b): 125 y ss.

(63) GRENVILLE (1768b): XLIV-XLVIII («Précis raisonné du Mémoire»).

en su conjunto, este *collage* de escritos: ya desde la «Introducción» que lo abría, la realidad británica y el propio Grenville eran intensamente elogiados: sus escritos habían «ofrecido el desarrollo más claro y más completo de las finanzas de Inglaterra», y esto permitía presentar la traducción como un «curso de estudio de las finanzas inglesas» que podía resultar muy útil en el contexto francés (64). En cualquier caso, adicionalmente, parece más que probable que la versión de Mauduit estuviera también pensada para su inserción en el debate fiscal francés de ese momento, dado que apareció impresa junto a la *Théorie de l'impôt* (1760), el extenso trabajo atribuido a Mirabeau y Quesnay en el que se justificaba *l'impôt unique* fisiócrata.

A la *Mémoire sur l'Administration des Finances de l'Angleterre*, siguió, muy poco después, el escrito *Situation des finances de l'Angleterre en 1768* (Grenville 1768c). Esta nueva traducción se presentaba como una continuación de la previa; ahora bien, en realidad, se trataba de una nueva versión de la *Idée du Revenu de l'Angleterre*, como advertía el traductor —supuestamente el propio Mauduit—, con «cambios y adiciones» (65). Su particularidad no residía en el tono de la misma, siempre muy respetuoso y elogioso con Grenville, cuanto en el notable número de notas nuevas que la completaban. Su gran mayoría provenían de Blackstone —de sus *Commentaries on the laws of England*—, de tal manera que la traducción era una especie de simbiosis entre este y Grenville con un gran volumen de información cuantitativa adicional sobre los ingresos y gastos públicos británicos publicitados hasta 1768.

Obra, sin duda, de una meditada operación de propaganda política, estas dos traducciones de Grenville encontraron una réplica inmediata en Francia. Como reacción a las mismas, en 1769 era publicada por Guyard de Troyes, si bien de manera anónima, una traducción de *The Present State of the Nation*, bajo el título de *Tableau de l'Angleterre relativement à son commerce, à ses finances* (Grenville 1769). En su «Introducción», el traductor presentaba el texto original como obra de un Ministro de Hacienda, advirtiendo de su enorme éxito en Inglaterra, donde «hizo una impresión terrible», y reconociendo su utilidad tanto para el político como para el comerciante (66). Ahora bien, al mismo tiempo, adelantaba que su versión —por otra parte, de gran calidad respecto del original— tenía poco que ver con las dos previas (67). De hecho, se presentaba acompañada de un conjunto muy nutrido de casi cuatro decenas de notas nuevas. Como precisaba Guyard de Troyes, un buen número de ellas tenía como propósito aclarar al lector francés numerosas informaciones sobre lugares geográficos, conceptos relativos al sistema político británico, los debates parlamentarios, datos fiscales y comerciales, manufacturas o la historia de la Compañía de Indias. El escaso

(64) GRENVILLE (1768b): I-V («Introduction»).

(65) GRENVILLE (1768c): «Avertissement».

(66) GRENVILLE (1769): IX-XVI («Introduction»).

(67) GRENVILLE (1769): «Advertencia».

interés de estas notas contrastaba con el de otras, poseedoras de un contenido político y económico más sustancial, llegando a abordar también la delicada cuestión del tratamiento que Francia había recibido en la obra de Grenville.

Respecto al sistema político británico, la posición del traductor no podía ser más complaciente. Presentado como algo distinto a una «pura Monarquía», él reiteraba sus elogios a su Constitución y a su política de división de poderes o salía en defensa de las decisiones económicas de su Parlamento, aun a pesar de que «los asuntos del comercio [...] son delicadísimos y muy difíciles» (68). El «señalamiento anual y parlamentario de las rentas y gastos del Estado» acaparaba una extensa defensa del traductor, que lo presentaba como un adecuado mandato parlamentario, establecido tras la Revolución de 1688, para que las Cámaras realizaran las labores de publicidad, ejecución y control presupuestario (69). Adicionalmente, como Guyard de Troyes advertía con sumo detalle, ese mandato incluía los gastos atribuidos a la Casa Real a través de la «Lista Civil» —la *Civil List*—, como «efecto de una deliberación parlamentaria» y con la misma naturaleza y obligaciones que el resto de partidas presupuestarias (70).

Al mismo tiempo, el traductor francés intervenía en el ámbito doctrinal a través de sus notas, subrayando, aclarando o rectificando determinados principios económicos —expresos o tácitos— presentes en el texto de Grenville. Para ello, hacía uso exclusivamente de fuentes británicas, desde Locke y Davenant hasta Hume. Como Grenville, Guyard de Troyes se negaba a identificar la riqueza con la acumulación de moneda y metales, se mostraba favorable a la exportación libre de oro y plata y, apoyándose en su autoridad y la de Bolingbroke, defendía sin fisuras el impuesto británico sobre la propiedad de la tierra —*land tax*— y no sobre el valor de sus productos, pues aquel «excita al propietario a cultivarlas con más cuidado para facilitar su reembolso» (71); sin embargo, a diferencia del exministro británico, discrepaba del estatus del comercio exclusivo de la Compañía de Indias (72) y defendía el uso del tipo de

(68) Textualmente: el Parlamento «sabe perfeccionar lo que bosqueja y corregir lo que puede ser defectuoso; conoce a la primer vista, pero con el auxilio de la experiencia ve aún mucho mejor». GRENVILLE (1770): 64 (nota 19).

(69) GRENVILLE (1770): 114-115 (nota 32). La política de transparencia informativa era presentada por Guyard de Troyes como un requisito para la libertad política: «Antes de esa época [la Revolución de 1688], todos los fondos, así para la entrada, como para la salida, estaban a disposición de la Corona. La libertad inglesa, dicen los historiadores, era entonces precaria e ideal; el ciudadano no estaba asegurado de que la patria se hallase en estado de defensa y el temor de una invasión sitiaba todos sus corazones». Sobre esta misma idea de transparencia insistía el traductor francés en su *Idée du Revenu de l'Angleterre*, en la que aconsejaba que los «estados» de la Hacienda fueran insertados en la Gaceta de Comercio o el Diario de Francia; vid. GRENVILLE (1781): 67 (nota 10).

(70) GRENVILLE (1770): 97-98 (nota 28).

(71) GRENVILLE (1770): 70-72 (nota 21) y 129 (nota 35).

(72) Guyard de Troyes consideraba que su Junta directiva tenía como fin «impedir el acrecentamiento y atrasar los progresos del comercio particular. Los ingleses, por otra parte tan celosos de sus prerrogativas, sufren con paciencia esta atalaya eterna, construida sobre su industria,

cambio frente a los registros de aduanas de cara a valorar el saldo de la balanza de pagos.

Ahora bien, el rasgo que marcaba la personalidad de esta traducción era, sin duda, el enfoque de su autor frente a los comentarios de Grenville relacionados con Francia: «En su exordio hinchado parece que [éste] no ve a los dos pueblos sino con el anteojo de la preocupación nacional. Como su tono enfático no engaña a nadie, tampoco deberá ofender a ninguno» (73). Guyard de Troyes sostenía que las afirmaciones del exministro sobre la falta de crédito en Francia estaban «desmentidas con la experiencia», le acusaba de «falta de exactitud» en sus datos sobre los ingresos públicos franceses y de realizar afirmaciones «falsas» acerca de la forma en que Inglaterra accedió a sus nuevas colonias: en suma, «es de admirar que un Ministro tan instruido y tan activo como Monsieur Grenville no hay podido adquirir [...] noticias menos defectuosas» (74). Esta lectura crítica alcanzaba su mayor expresión en los comentarios del traductor acerca del nuclear problema de la ingente deuda pública británica. En su nota más extensa (75), Guyard de Troyes situaba a Grenville en la estela de otros prestigiosos economistas británicos —entre otros, mencionaba a Petty, Decker o Davenant—, pero con el ánimo de advertir que sus diferentes propuestas no habían resuelto ese «coloso tan prodigioso», cuya «sombra asusta continuamente la imaginación inglesa»; y reiteraba esa misma idea al analizar con detalle y muy críticamente otros proyectos recientes, debidos, entre otros, a Hutchenson o Posthelwayt.

En esta misma línea, se situaban las referencias del traductor respecto a la estructura fiscal británica: el denominado «fondo de extinción» —financiado por medio de los saldos percibidos de los fondos agregado, general y de la Compañía del Sur— era percibido por los ingleses como una salvaguarda esencial de su sistema económico y político, «como el apoyo, el alma y la vida de su Constitución»; pero, ideado inicialmente como instrumento de gestión y amortización de la deuda pública, estaba en realidad destinándose a «usos extraños» (76). El traductor copiaba extensamente a Hume para mostrar que «el crédito público es una especie de riqueza secundaria y de opinión, que aumenta y crece según la idea que se forma de la riqueza efectiva de una nación. En algún modo es el fruto y la recompensa de su buena conducta, de su probidad y de su industria» (77). Pero esa mención de autoridad era utiliza-

que vela, calcula y medita sin cesar contra la prosperidad de la Nación». GRENVILLE (1770): 69 (nota 20).

(73) GRENVILLE (1769): «Introduction».

(74) La cita textual corresponde a GRENVILLE (1770): 25 (nota 5); también pueden verse, por ejemplo, 3 (nota 1) y 22 (nota 4).

(75) GRENVILLE (1770): 151-158 (nota 40).

(76) GRENVILLE (1770): 77-78 (nota 23).

(77) GRENVILLE (1770): 17-18 (nota 3). Su fuente eran sus *Political Discourses* (Hume 1982), en concreto, su discurso «Of Public Credit», en el que Hume presentaba su defensa del

da para mostrar las enormes dificultades que tendría Gran Bretaña para deshacerse de su crédito público: «¿cómo se han de extinguir las deudas y destruir los impuestos sin perjudicar a los acreedores públicos, agraviar el crédito nacional, ni dañar la buena fe del Parlamento?», se preguntaba, para concluir recordando el dilema planteado por el propio Hume: o «la nación destruirá su crédito público o el crédito público, por las cargas que impone, destruirá a la nación» (78). Esas dificultades se habrían de extender pronto al sistema comercial británico. Gran Bretaña no disponía de la masa monetaria en circulación señalada por Davenant y otros «calculistas», y el hecho es que «de mucho tiempo a esta parte la política, o tal vez la necesidad, ha obligado a la Inglaterra a emplear medios gravosos para hacer frente a las necesidades urgentes»; con el paso del tiempo, lo previsible es que «se convertirán puramente en pasivas sus relaciones con país extranjero» y se volverán «contra ella misma todas las ventajas que aún saca en parte del comercio que ha establecido con las diferentes naciones del Continente» (79).

En suma, este intenso *filo rosso* que atravesaba las notas de Guyard de Troyes hacía que cambiara plenamente el sentido de la obra original: ya no se trataba de un balance elogioso de la figura política y la obra de Grenville — como era el caso de las dos traducciones anteriores — ni tampoco de una acomodación de la misma con el fin de adecuarla a un contexto político y económico distinto del original, cual era el francés; la traducción contenía una rectificación sustancial de las ideas del texto original, cuyo principio era la defensa de los intereses económicos franceses respecto a la manera en que estos habían quedado reflejados en *The Preset State*. Guyard de Troyes se quejaba amargamente del «tono que toma su autor cuando habla de Francia» y, frente a su juicio, sostenía reiteradamente que este reino disponía de «recursos infinitamente superiores a la Inglaterra». Su posición poseía, por tanto, una marca política indiscutible: el traductor trataba de poner coto a la recepción positiva de la obra de Grenville en Francia, en torno a una posición que trasladaba al tribunal de lo «público» en este país — además, con argumentos propios y enraizados en él — un estado de opinión divergente respecto a la figura de Grenville, tal y como de hecho ya había sucedido antes en Gran Bretaña.

La dimensión política de esta traslación internacional de ideas resulta fundamental para comprender la manera en que operará Marcoleta en su posterior introducción de las obras de Grenville en España, a través de sus dos traducciones (80). En realidad, estas estaban basadas en las francesas de Guyard de Tro-

presupuesto equilibrado y auguraba, pesimistamente, que debido al comportamiento deshonesto de los políticos y la credulidad del público el déficit público aumentaría sin cesar. Para mayor detalle, vid. HONT (2010): 325-354.

(78) GRENVILLE (1770): 158 (nota 39).

(79) GRENVILLE (1770): 106 (nota 30).

(80) Marcoleta realizó la solicitud para obtener la licencia de impresión de su primera traducción de Grenville en junio de 1770. El censor de la misma, Francisco Molés, Abad de Vi-

yes y Mauduit; ahora bien, se trataba de una escrupulosa reelaboración de las mismas. La primera —y más importante— de estas traducciones españolas, la *Pintura de la Inglaterra*, publicada en 1770 (81), se basaba en la versión de *The Present State* de Guyard de Troyes, pero poseía particularidades notables. Por un lado, aun traduciendo la «Introducción» del traductor francés, Marcoleta incorporaba a la misma un «Prólogo» de nuevo cuño en el que justificaba los motivos de su traducción. Del análisis de diversos libros franceses sobre el comercio de Gran Bretaña, escogió el de Grenville debido a su «método, exactitud, concisión, claridad, cálculo», pero también a que el «Ministro de Hacienda» (82), «halló en sus providencias y máximas de gobierno arbitrios para sacar las espantosas sumas que consumieron los ingleses en la guerra pasada». A pesar de su patriotismo, y «frente a tanta parcialidad... de unos hombres que miran a los ingleses con envidia, celos y afectado desdén», en realidad, Grenville terminaba por mostrar «la pobreza y ruina de la Gran Bretaña. Estos han sido los amargos frutos que les ha producido la última guerra: aquella guerra que les embriagó con sus transitorias prosperidades y los hinchó de vanidad y presunción» (83).

Estas palabras, con las que Marcoleta iniciaba su traducción, marcaban el fuerte sentido antibritánico de la misma. Esta cuestión se apreciaba ya en el propio título de esa traducción: su autor añadía a la versión francesa un subtítulo nuevo, absolutamente expresivo sobre el estado de Gran Bretaña: «Infeliz situación, decadencia, y próxima ruina de uno y otro ramo; y bancarrota a que se halla inevitablemente expuesta a causa de su espantosa deuda nacional». La mano del traductor era también visible en el interior de su versión. El objetivo perseguido por él era tan claro como «instruir al público del legítimo y verdadero estado de la Nación [Gran Bretaña], y de la decadencia en que se halla por falta de medios para subvenir a los crecidos empeños que ha contraído antes y después de la última guerra». Marcoleta respetaba plenamente el conjunto de notas introducido por Guyard de Troyes, pero añadiendo otras propias: es decir, re-escribía sobre la traducción francesa, elaborando una versión dentro de otra. Y todo ello con el fin de intensificar aún más su marca antibritánica. En algunos casos, esta operación se realizaba sencillamente añadiendo «España» a una realidad que en la traducción francesa abarcaba solo a Francia, de tal manera que no solo esta, sino también aquella nación, dispondrían de «recursos infinitos superiores a la Inglaterra» (84); adicionalmente, Marcoleta acusaba a Grenville de la «falta de noticias seguras» sobre los ingresos públicos de la Monar-

llafranca, no halló en ella «cosa alguna digna de censura», por lo que el Consejo le concedió el derecho de impresión en noviembre de ese mismo año; A. H. N., Consejos, leg. 5532-53.

(81) Una parte de la edición apareció erróneamente como si hubiera sido impresa en 1707.

(82) Como el propio Marcoleta advertía, en el momento en que a lo largo de 1770 se estaba imprimiendo su traducción se produjo el fallecimiento de Grenville.

(83) GRENVILLE (1770): «Prólogo».

(84) Así opera Marcoleta en la nota 1 (p. 3) de su traducción.

quía española (85). Al mismo tiempo, el traductor español introducía también algunas notas con reflexiones doctrinales; su fuente era un «autor inglés», expresión bajo la que se escondía, sin duda, Richard Cantillon (86). Marcoleta defendía, apelando expresamente al caso de España, que los metales preciosos eran un objeto de comercio similar al de otras mercancías y que la nación exportadora de bienes manufacturados sería la dueña del comercio internacional, incluso frente a las supuestamente más ricas poseedoras de minas, cuyos productos «son como los demás efectos» (87). En otra nota, partiendo de los cálculos sobre la distribución de las rentas nacionales entre propietarios, comerciantes y labradores procedentes de Petty, Davenant y otros autores, tomados con toda probabilidad del propio *Essai* de Cantillon, insistía en la idea de que el comercio exterior era la principal fuente de la riqueza nacional, frente a la producida por la tierra, una afirmación que «da honor al comercio y debía humillar saludablemente a aquellos cuyo orgullo y mérito no tienen por basa más que la reputación de hombres opulentos o la vana denominación de *hacendados*» (88). Pero, junto a todo esto, resaltaba, una y otra vez, la intención demoledora de Marcoleta con Gran Bretaña, multiplicándose así el efecto del contenido de la traducción francesa previa sobre el público español.

La segunda traducción de Marcoleta se publicó en 1781, como un «Suplemento» a la tercera edición de la *Pintura de Inglaterra*, bajo el título de *Demonstración de los ramos de que se componen las rentas del reino de Inglaterra* (Grenville 1718). Se trataba de una versión de la *Idée du Revenu de l'Angleterre*, uno de los escritos de Grenville traducidos por Mauduit e incorporado a la *Mémoire sur l'administration des finances de l'Angleterre* (1768). El interés de la versión española no se hallaba en el contenido de la versión: esta era absolutamente fiel a la francesa, de quien Marcoleta copiaba textualmente todas sus notas, sin añadir ninguna adicional. Ese interés se desplazaba así a la «Introducción» que la precedía y que ponía muy claramente de relieve las intenciones del traductor español. Este presentaba esa «Introducción» como propia, cuando en realidad se trataba de una traducción sesgada y parcial de la propia de Mauduit en su *Mémoire*. Marcoleta, en primer lugar, diseccionaba muy puntiliosamente el texto del traductor francés con el fin de elegir únicamente aquellos párrafos del mismo de naturaleza informativa sobre la figura de Grenville, sus escritos, la polémica pública despertada por estos, sus fuentes —principalmente, Black-

(85) GRENVILLE (1770): 28 (nota 6). En otra nota, Marcoleta informaba al lector español sobre la traducción española del inglés Joshua Gee: GRENVILLE (1770): 54-55 (nota 18).

(86) El *Essai sur la Nature du Commerce in Général* había sido publicado en París, en 1755, al amparo del grupo de Gournay. Respecto a este uso relativamente temprano en España de esta emblemática obra, no debe de olvidarse que en esos mismos años Marcoleta estaba traduciendo los escritos de Accarias de Serionne cuya deuda con el enigmático economista irlandés es bien conocida. Sobre Cantillon en España, puede verse ASTIGARRAGA-ZABALZA (2007).

(87) GRENVILLE (1770): 9-11 (nota 2).

(88) GRENVILLE (1770): 38-39 (nota 15).

stone y Anderson— y ciertas informaciones sobre la historia reciente de la Hacienda británica. Ahora bien, al mismo tiempo, censuraba aquellos en los que el elogio al exministro y a la situación británica resultaba más expresivo (89). Al mismo tiempo, en segundo lugar, Marcoleta introducía numerosos párrafos propios cuya finalidad era justificar su traducción española, en términos, básicamente de hacer más comprensible la lectura de la *Pintura de Inglaterra*, «cuya inteligencia se intenta facilitar», y de seguir cultivando en la opinión pública española una visión de debilidad del sistema económico británico: esta nueva traducción tenía como objetivo

«salir de la oscuridad en que hemos vivido, persuadiéndonos a que la Inglaterra es tan formidable y temible que nadie puede resistir sus fuerzas ni oponerse a las altanerías pretensiones con que continuamente altera la Europa, preocupada con las mismas ideas y guiada por los caprichos de sus Ministros y naturales» (90).

En cualquier caso, junto a esta indiscutible voluntad de formar a la opinión pública en un sentido que contribuyera a sostener políticamente el Pacto de Familia, resulta obligado preguntarse por otras posibles motivaciones subyacentes a las dos traducciones de Marcoleta. Precisamente, este mencionaba la falta de «noticias elementales de la Hacienda de aquel Estado (Gran Bretaña), sin las cuales no es posible entender con la perfección que se requiere ni aún lo que se nos refiere en las gacetas públicas» (91). Es decir, en el sustrato de la operación de traslación internacional de ideas económicas pergeñada por este funcionario de la Hacienda española se hallaba también el necesario proceso de modernización de esta y lo que a ello podía aportar la experiencia británica. En este sentido, su segunda traducción, la *Demostración de los ramos de que se componen las rentas del reino de Inglaterra*, era notablemente importante, dado que contenía una descripción funcional muy exhaustiva y actualizada de las figuras fiscales de Gran Bretaña —de las ordinarias, con su división en seculares y eclesiásticas, y de las no ordinarias—, que además incluía una explicación detalladísima de la estructura de la deuda pública, de los métodos de su gestión a través del «fondo de extinción» y de la descripción del papel del Parlamento en la gestión de todas esas rentas. Esta transferencia de información debía, sin duda, ayudar a orientar las futuras decisiones de la Hacienda española. La estructura fiscal británica se presentaba ante el público español mucho más madura que esta, al incluir diversas figuras de imposición directa —el tributo sobre las casas o sobre las tierras, largamente explicado en el texto (92)—, una estructura aduanera más eficiente o la propia «Lista Civil» o renta presupuestaria atribuida a la casa real, y todo ello «bajo garantía del Parlamento».

(89) En particular, las pp. I-II de la «Introduction» de GREENVILLE (1768b).

(90) GREENVILLE (1781): III-IV («Introducción»).

(91) GREENVILLE (1781): XV («Introducción»).

(92) GREENVILLE (1781): 25-30.

Todos estos datos no solo adelantaban la inminente ola de información sobre el funcionamiento del sistema británico que acompañará la apertura, alrededor de 1780, del debate constitucional, sino que abrían en España el proceso de modernización de la Hacienda que traerá consigo la llegada de las ideas *neckerrianas*. Esas informaciones estaban lógicamente destinadas a insertarse en el intenso debate hacendístico que España estaba conociendo en el último tercio del siglo XVIII y, sin duda, a incidir en la corriente más favorable a abrir, por un lado, una política de transparencia respecto a las informaciones económicas y hacendísticas y, por otro, la vía de la imposición directa, en línea con las posiciones representadas en esos años por Múzquiz o Cabarrús, entre otros. De hecho, las traducciones españolas de Grenville contaron con un enorme éxito, poco usual en el siglo XVIII español para este tipo de publicística: la *Pintura de la Inglaterra* fue editada en tres ocasiones, en 1770, 1771 y 1781. No resulta casual que estas ediciones coincidieran con los sucesivos intentos de reformar la Hacienda española (93) y con el curso de otros enfrentamientos bélicos con Gran Bretaña. De hecho, la necesidad de mantener cohesionada a la opinión pública frente a este enemigo cultivando en ella un intenso sentido antibritánico permanecerá muy viva durante el resto del siglo XVIII, no solo en Francia (94), sino también en España. Esta misma retórica dominará una de las obras de Accarias de Serionne, traducida en 1774 por Marcoleta, en la que se insistía reiteradamente en que el mayor grado de opulencia de Gran Bretaña se había alcanzado en la década de los años cuarenta y que su posterior y gradual decadencia de esa nación se debía al exceso de deuda y de presión fiscal, discutiéndose abierta y reiteradamente los datos ofrecidos por Grenville en su *Pintura de Inglaterra* y los resultados de su programa de gobierno (95).

7. CONCLUSIONES

Durante la segunda mitad del siglo XVIII la mayoría de los países europeos fueron testigos de una intensa circulación de traducciones de tratados económico-políticos. En países como España, esas traducciones tuvieron un marcado carácter político, por cuanto, además de ser alentadas y tuteladas por los actores y autoridades políticos más influyentes de ese tiempo, sirvieron para orientar las reformas precisas impulsadas por ellos. Detrás de este intenso proceso de traducción y de diseminación de ideas se hallaba precisamente el intento de aco-

(93) En 1770-1771 Múzquiz tanteaba por vez enésima la posibilidad de introducir en España la «única contribución» y diez años después se estaba abriendo el debate fiscal entre el propio Múzquiz, Cabarrús y Floridablanca, prolegómeno de la reforma de Lerena de 1785.

(94) Vid., por ejemplo, el breve escrito de PANCHAUD (1781).

(95) ACCARIAS DE SERIONNE (1774). Sus críticas hacia el supuesto poder económico británico y, en particular, a Grenville son innumerables. El capítulo VI íntegro de esta obra está dedicado a esta materia.

modación a la Monarquía española de diferentes modelos extranjeros, al servicio de determinadas opciones políticas y de reforma económica y hacendística. En las líneas precedentes se ha atendido a la importancia que pudo tener un modelo como el británico de cara a la emergencia en la España del tramo final del siglo XVIII de una política de transparencia pública en la información económica y hacendística. De hecho, en aquel país la información económica y hacendística era una obligación de la vida parlamentaria y, al mismo tiempo, existía una amplia demanda de información política, económica o judicial, y una actividad editorial dinámica, en interdependencia con los hombres políticos de la época, a la cual pertenecían esos expertos en el arte de la propaganda y la comunicación, que, en suma, ejercían una labor de mediación entre el poder político y ese «público» que germinaba a medida que se iba ampliando la «esfera pública». En este trabajo se ha reflexionado sobre esta cuestión de fondo atendiendo a un caso particular: los escritos económicos del ministro de Hacienda de Gran Bretaña George Grenville y su circulación a través de Francia y España, destacándose el papel «mediador» que, en el caso de este segundo país, desempeñó Domingo Marcoleta, el traductor de sus escritos. En este intenso proceso de transmisión y diseminación de ideas se hallaba implicado un asunto central de la discusión político-económica de la España del último tramo del siglo XVIII: la modernización de la Hacienda.

8. BIBLIOGRAFÍA

- ABBATTISTA, GUIDO (1990): *Commercio, colonie e impero. Alla vigilia della rivoluzione americana*, Florencia, Leo S. Olschi.
- ACCARIAS DE SERIONNE, JACQUES (1772-1774): *Historia y descripción general de los intereses de comercio de todas las naciones en las cuatro partes del mundo*, Madrid, Miguel Escribano, 4 vol. (traductor Domingo de Marcoleta).
- (1774): *La Riqueza de la Inglaterra*, Madrid, Miguel Escribano (traductor Domingo de Marcoleta).
- ANÓNIMO (1896): *Noticia del origen, objeto y constituciones de la Real Congregación de Naturales y Originarios de las tres Provincias Vascongadas*, Madrid, Hijos de M. G. Hernández.
- ASTIGARRAGA, JESÚS (2000): «Necker en España, 1780-1800», *Revista de Economía Aplicada*, nº 23, pp. 119-141.
- (2003): *Los ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Barcelona, Crítica.
- (2010): «Hacienda pública y opinión pública. La reforma de 1785, sus publicistas y sus críticos», *Storia e politica*, n. II-3, pp. 563-591.
- (2011): «La traduction au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles», *Annales Historiques de la Révolution Française*, n. 364-2, pp. 3-27.

- ASTIGARRAGA, JESÚS y ZABALZA, JUAN (2007): «La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII», *Investigaciones de Historia Económica*, n° 7, pp. 9-36.
- BARRENECHEA, JOSÉ MANUEL (1989): «Prólogo» a J. A. de los Heros, *Discursos sobre el comercio*, Bilbao, Fundación BBV.
- BINNEY, J.D.E. (1958): *British Public Finance and Administration, 1774-1792*, Oxford, Clarendon Press.
- BURNAND, LÉONARD (2004): *Necker et l'opinion publique*, Paris, Honoré Champion.
- CALONNE, CHARLES A. (C. 1788) [1787]: *Discurso con que dio principio el Rey de Francia a su Asamblea de Notables tenida en 22 de febrero de 1787 y el que pronunció en su nombre y presencia en dicho día Mr. de Calonne, Ministro de Hacienda... traducido del francés al castellano por D. S. R. T.*, Madrid, Manuel González.
- CAMPOMANES, PEDRO RODRÍGUEZ DE (1775-1777): *Apéndice a la Educación Popular*, Madrid, Antonio Sancha, 4 vol.
- CANNEY, MARGARET y KNOTT, DAVID (1970): *Catalogue of the Goldsmith's Library of Economic Literature*, Cambridge, University of London Library, 2 vol.
- CANTILLON, RICHARD (1950) [1755]: *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, México-Buenos Aires, F. C. E. (ed. de Manuel Sánchez-Sarto).
- CORNISH, RORY T. (1984): *George Grenville, 1712-1770. A Bibliography*, Westport, Connecticut y London, Greenwood Press.
- CHRISTIE, IAN (1966): *Crisis of Empire: Great Britain and the American Colonies, 1754-1783*, London, Arnold.
- CHARTIER, ROGER (1995): *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII*, Barcelona, Gedisa.
- ELLIOTT, JOHN H. (2006): *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*, Madrid, Taurus.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, JAVIER (2004): «Introduction. Le concept d'opinion publique, un enjeu politique euro-américain (1750-1850)», en J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y J. CHASSIN (coord.), *L'avènement de l'opinion publique. Europe et Amérique XVIIIe-XIXe siècles*, Paris, L'Harmattan, pp. 9-29.
- GONZÁLEZ ADÁNEZ, NOELIA (2005): *Crisis de los imperios. Monarquía y representación política en Inglaterra y España, 1763-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- GOUDAR, ANGE (1756): *Les intérêts de la France mal entendus, dans les branches de l'agriculture, de la population, des finances, du commerce, de la marine, et de l'industrie. Par un citoyen*, Amsterdam, Jacques Coeur, 3 vol.
- (1772): *Los intereses de la Francia mal entendidos. Destierro de errores comunes en la Agricultura, Industria, Comercio, Población y Navegación*, Madrid, Blas Román, 3 vol. (traductor Domingo de Marcoleta).
- GRANGE, HENRI (1974): *Les idées de Necker*, Paris, C. Klincksieck.
- GRENVILLE, GEORGE (1766): *Considerations of the Trade and Finances of this Kingdom*, London.

- (1768a): *The Present State of the Nation; particularly with respect to its Trade, Finances, etc., etc., adressed to the King and both Houses of Parliament* (sin más datos de edición).
- (1768b): *Mémoire sur l'administration des finances de l'Angleterre, depuis la paix. Ouvrage attribué à M. Grenville, Ministre d'État, Chargé de ce Département dans les années 1763, 1764 et 1765*, Mayence, Jean Faust et Jean Guttenberg (traductor Israel Mauduit).
- (1768c): *Situation des finances de l'Angleterre en 1768*, s. l., Imprimerie des Successeurs de Jean Faust et Jean Guttenberg (traductor Israel Mauduit).
- (1769): *Tableau de l'Angleterre relativement à son commerce, à ses finances, présenté al roi, et aux deux Chambres du Parlement, par M. Grenville, ex-Ministre de ce Département*, London y Paris, Desaint, 1769 (traductor Guyard de Troyes).
- (1770): *Pintura de la Inglaterra: Estado actual de su comercio y Hacienda*, Madrid, Blas Román; 2ª ed. corregida, Madrid, Blas Román, 1771; 3ª ed., Madrid, Joaquín Ibarra, 1781 (traductor Domingo de Marcoleta).
- (1781): *Demostración de los ramos de que se componen las rentas del Reyno de Inglaterra [...] Suplemento a la Pintura de Inglaterra, para su más perfecta inteligencia* (sin más datos de edición), impreso a continuación de la 3ª ed. de la *Pintura de Inglaterra*, Madrid, Joaquín Ibarra (traductor Domingo de Marcoleta).
- GUILLAUMIN, CHARLES y COQUELIN, CHARLES (1854): *Dictionnaire de l'Économie Politique*, Paris, Guillaumin.
- HARRIS, ROBERT D. (1979): *Necker. Reform Statesman of the Ancien Régime*, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press.
- HIGGS, HENRY (1990) [1935]: *Bibliography of Economics, 1751-1775*, Chippenham Emo Press.
- HONT, ISTVAN (2010): *Jealousy of Trade*, Harvard University Press.
- HUME, DAVID (1982) [1752]: *Discursos políticos*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales (ed. de Enrique Tierno Galván).
- HUTCHISON, TERENCE (1988): *Before Adam Smith. The Emergence of Political Economy, 1662-1776*, Nueva York, Basil Blackwell.
- JOHNSON, ALLEN S. (1984): *A prologue to Revolution. The Political Career of George Grenville (1712-1770)*, Lonham-New York-London, University Press of America.
- LARRÈRE, CATHERINE (1992): *L'invention de l'economie au 18ème siècle: du Droit Naturel à la physiocratie*, Paris, PUF.
- LAWSON, PHILIP (1984): *George Grenville. A political life*, Oxford, Clarendon Press.
- LLOMBART, VICENT (2004): «Traducciones españolas de Economía Política (1700-1812): catálogo bibliográfico y una nueva perspectiva», *Cyber Review of Modern Historiography*, nº 9, pp. 1-80.
- MARILUZ URQUIJO, JOSÉ M. (1981): *Bilbao y Buenos Aires. Proyectos dieciochescos de compañías de comercio*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- MURPHY, ANTHONY E. (1986): «Le développement des idées économiques en France (1750-1756)», *Révue d'histoire moderne et contemporaine*, nº XXXIII, pp. 521-541.
- NECKER, JACQUES (2005) [1781]: *Compte-rendu au Roy*, Génève, Slatkine Reprints (ed. de L. Burnand).

- (1788): *Sur le compte rendu au Roi en 1781. Nouveaux éclaircissements*, Paris, Hôtel de Thou.
- PANCHAUD, BENJAMIN (1781): *Réflexions sur l'état actuel du Crédit Public de l'Angleterre et de la France*, s. l., s. e.
- PLUMARD DE DANGEUL, LOUIS JOSEPH (1754): *Remarques sur les avantages et les désavantages de la France et de la Gr. Bretagne par rapport au commerce et autres sources de la puissance des états. Traduction de l'anglois du chevalier John Nickolls*, Leyde y Paris, Frères Estiennes.
- (1771): *Observaciones sobre las ventajas, y desventajas de la Francia, y de la Gran Bretaña, en orden al Comercio, y la Agricultura, y demás recursos de la Soberanía de los Estados*, Madrid, Blas Román (traductor Domingo de Marcoleta).
- SCHUMPETER, JOSEPH ALOIS (1971) [1954]: *Historia del Análisis Económico*, Barcelona, Ariel.
- SMITH, ADAM (1958) [1776]: *La riqueza de las naciones*, México, Fondo de Cultura Económica (ed. de E. Cannan).
- SIERRA, MARÍA (2009): «El espejo inglés de la modernidad española: el modelo electoral británico y su influencia en el concepto de representación liberal», *Historia y Política*, n° 21, pp. 139-167.
- TEDDE, PEDRO (1988): *El Banco de San Carlos*, Madrid, Alianza Editorial-Banco de España.
- TELLECHEA, JOSÉ IGNACIO (1987): *La Ilustración vasca*, Vitoria, Parlamento Vasco.
- USOZ, JAVIER (2011): «La «nueva política» ilustrada y la esfera pública: las introducciones a la Economía en el siglo XVIII español», *Revista de Estudios Políticos*, n° 153, pp. 11-46.

L'économie espagnole en débat. L'œuvre d'Accarias de Sérionne et sa réfutation par Campomanes

Jesús ASTIGARRAGA

En 1773, l'éditeur Antonio de Sancha publiait à Madrid un petit livre intitulé *Impugnación de diferentes máximas perjudiciales a España, que se encuentran en la obra titulada Historia, o Descripción general de los intereses de Comercio* (Réfutation de nombreuses maximes préjudiciables pour l'Espagne, se trouvant dans l'œuvre intitulée *Histoire, ou Description générale des Intérêts du Commerce* ; ci-après *Impugnación*). En dépit de sa brièveté, ce texte anonyme, passé inaperçu jusqu'à nos jours, possède une portée historique non négligeable, ne serait-ce que parce qu'on peut en attribuer la paternité au puissant membre du Conseil de Castille Pedro Rodríguez de Campomanes, l'un des hommes politiques les plus influents du règne de Charles III (1759-1788) et le principal inspirateur des réformes bourbonniennes. Comme l'indique clairement son titre, la *Impugnación* avait pour but de contester un ensemble d'idées contenues dans le volumineux traité de l'économiste français Jacques Accarias de Sérionne, *Les Intérêts des nations de l'Europe*¹. Celui-ci avait été publié en 1766 et sa traduction espagnole, due à un haut fonctionnaire du Trésor royal, Domingo de Marcoleta, avait commencé à voir le jour avec un premier volume publié en 1772, pour s'achever deux ans plus tard². Resté dans l'anonymat, l'auteur de la *Impugnación* se livrait à une lecture pointilleuse

1. *Les Intérêts des nations de l'Europe, développés relativement au commerce*, Leyde, Élie Larzac, 1766, 2 t.

2. *Historia y descripción general de los intereses del comercio de todas las naciones de Europa en sus cuatro partes del mundo*, Madrid, Miguel Escribano, 1772-1774, 4 t. L'édition d'Accarias utilisée par Marcoleta (et que nous avons également utilisée) est la seconde (Paris, Desain, 1767, 4 t.), dédiée à « Sa Majesté l'Impératrice de toutes les Russies ».

des longs développements qu'Accarias de Sérionne consacrait à l'Espagne et il les critiquait dans les moindres détails. Son objectif principal était de prendre la défense des intérêts économiques et impériaux espagnols – et, dans une moindre mesure, portugais – durement mis en cause par le Français et, du point de vue de l'auteur, insuffisamment défendus dans la traduction espagnole en cours. Dans le même temps, avec son *Impugnación*, il prétendait démontrer l'importance qu'avait la diffusion des « écrits publics » dans la stratégie des Lumières. Dans ce cas précis, il s'agissait de mobiliser l'opinion publique espagnole contre un courant d'envergure européenne qui prétendait, de façon de plus en plus affirmée, que l'Espagne était inadaptée aux projets des Lumières. Sur un plan plus strictement économique, ce courant d'idées mettait en évidence un retard qui datait de plusieurs siècles, assorti d'un jugement très pessimiste quant aux possibilités réelles de le rattraper.

Au-delà des intérêts nationaux, le jeu de miroirs que provoquèrent en Espagne l'ouvrage d'Accarias de Sérionne, sa traduction par Marcoleta et sa réfutation par Campomanes doit être replacé dans le contexte d'une des caractéristiques fondamentales des Lumières espagnoles, à savoir l'importance de l'économie politique, conçue comme l'un des principaux langages par lesquels les idées des Lumières, dans leur acception la plus ample, arrivèrent dans ce pays. Cette constatation a gagné du terrain à mesure que l'on a pris en compte le fait que dans des pays comme l'Espagne, où les circonstances politiques, religieuses ou culturelles empêchaient une transformation substantielle des idées politiques et philosophiques dominantes, l'économie politique a pu être l'un des fers de lance de cette rénovation et jouer un rôle central dans la création d'une sphère publique. C'est là un des éléments permettant d'expliquer l'extraordinaire circulation des textes économiques en Espagne pendant la seconde moitié du XVIII^e siècle. L'activité notoire que les auteurs déployèrent sur ce terrain à partir de 1760 répondait à une indiscutable motivation politique. Même empreinte de nuances, de critiques ou de censures, la traduction en espagnol de la plupart des traités d'économie politique européens n'était pas le fruit du hasard ni ne répondait à la seule intention de diffuser les idées des Lumières ; elle révélait la volonté d'utiliser ces traductions afin qu'elles puissent être utiles à la mise en place d'un programme de réformes. De ce fait, la *Réfutation* analysée dans cet article s'inscrit dans le cadre de ces motivations politiques, inséparables de la dynamique que les milieux ralliés aux Lumières ouvrirent dans la seconde moitié du XVIII^e siècle à travers les publications de contenu politico-économiques en faveur de la création d'un espace public.

QUELQUES REMARQUES SUR JACQUES ACCARIAS DE SÉRIONNE ET SON ŒUVRE

La démarche analytique qui a longtemps dominé l'étude de l'émergence de l'économie politique dans l'Europe du XVIII^e siècle a empêché de savoir avec exactitude quels furent les traités économiques qui contribuèrent de façon substantielle à faire de cette discipline l'une des sciences majeures des Lumières. Là est sans doute la raison principale pour laquelle un auteur comme Jacques Accarias de Sérionne, né à Châtillon-en-Diois en 1706 et mort à Vienne en 1792, est tombé dans l'oubli jusqu'à aujourd'hui, alors que ses livres avaient connu un grand succès de son vivant, et ce, dans plusieurs pays européens. Une partie de cette infortune tient probablement à une trajectoire biographique singulière, qui se joua sur deux terrains prestigieux : la France, où il reçut sa formation et commença sa carrière professionnelle, et l'Autriche, où il fit carrière comme publiciste et conseiller politique³. De fait, son œuvre économique s'inscrit dans le contexte de la relation prolongée qu'il eut avec le pouvoir autrichien, tout d'abord, à partir de 1758, au service de Cobenzl (la principale figure du Gouvernement des Pays-Bas autrichiens de 1753 à 1770) et, après 1769, dans divers emplois qu'il occupa à Vienne et en Hongrie. D'après ce que l'on sait aujourd'hui, Accarias fut principalement le conseiller économique de Kaunitz et de ses subordonnés. Cette spécialisation était déjà présente lors de ses premiers pas comme publiciste, lorsque, résidant à Bruxelles, il édita, outre un *Almanach des négociants* (1762), le *Journal de commerce* (1759-1762) qui devint le *Journal de commerce et d'agriculture* en décembre 1761. Il s'agissait de l'une des premières publications périodiques européennes consacrées aux thèmes économiques et commerciaux, et elle devint l'organe du gouvernement de Bruxelles, tout

3. Originaire de la Drôme, Accarias de Sérionne s'installa à Paris en 1732, où il exerça comme précepteur du président de la Chambre des comptes puis comme avocat entre 1736 et 1753. En 1746, il acquit la charge de secrétaire du roi, maison, Couronne de France et de ses finances, qui lui permit de s'introduire dans l'élite financière et politique parisienne, lui ouvrant la voie à l'anoblissement. Cependant, en raison de l'état désastreux de ses affaires privées, il dut quitter la France en 1758, pour ne plus jamais y revenir. Il trouva refuge aux Pays-Bas autrichiens, tout d'abord à Bruxelles puis, à partir de 1763, à Amsterdam. En même temps qu'il se lançait dans une activité de publiciste, il devint l'homme de confiance de Cobenzl. En raison de sa réputation croissante, celui-ci tenta de le faire nommer maître de la Cour des comptes de Vienne, sans toutefois y parvenir. Malgré cela, Accarias partit pour Vienne en 1769. Un an plus tard il s'installa en Hongrie où il travailla entre 1769 et 1774 comme conseiller du comte Théodore de Bathany. Il occupa ensuite une charge dans les finances, avant de revenir à Vienne où, selon ses biographies, il s'éteignit en 1792. Voir Joseph Accarias, *Un publiciste dauphinois du XVIII^e siècle : Jacques Accarias de Sérionne*, Grenoble, F. Allier, 1890 ; Hervé Hasquin, Jacques Accarias de Sérionne, économiste et publiciste français au service des Pays-Bas autrichiens, dans *Études sur le XVIII^e siècle*, R. Mortier et H. Hasquin (éds.), Bruxelles, Université de Bruxelles, 1974, p. 159-170.

en étant subventionnée par Marie-Thérèse d'Autriche. La remarque vaut pour l'ensemble de son œuvre économique : publiée entre 1766 et 1778 aux Pays-Bas et à Vienne, une bonne partie de celle-ci, y compris *Les Intérêts des nations* qui était à la fois le premier et le plus abouti de ses ouvrages⁴, était composée des nombreux mémoires qu'Accarias avait élaborés sur différents pays européens pour le compte des autorités autrichiennes.

Toute l'œuvre d'Accarias porte ainsi la marque des circonstances historiques dans laquelle elle fut élaborée, à savoir la fin de la guerre de Sept Ans (1756-1763) et les conséquences politiques de la victoire de la Prusse et de la Grande-Bretagne, dûment ratifiées par le Traité de Paris (1763). Grâce à celui-ci, le système impérial et commercial britannique se renforça considérablement, surtout au détriment de la France qui était la grande vaincue. Tous ces événements obligèrent l'Europe à chercher un nouvel équilibre politique. L'ensemble de l'œuvre d'Accarias s'inscrivait résolument dans cette perspective. Son point de départ était un pacifisme hérité de Jean-François Melon et de Montesquieu : la défense de l'« esprit de commerce » face à la guerre ou à la conquête. L'équilibre des puissances ne pouvait plus servir de prétexte pour conserver ces économies aux fondements belliqueux, car le commerce, qui était l'« agent principal dans la politique »⁵, s'était érigé en arbitre du pouvoir des nations. De ce fait, il devenait plus nécessaire que jamais d'étudier les deux « branches » qui composaient cette « science » : la « pratique », destinée au commerçant, et la « théorie », orientée vers le « commerce en général »⁶. Cette seconde branche, dont Accarias situait la naissance en Grande-Bretagne, enseignait l'existence de plusieurs principes universels en matière de commerce, quoique chaque pays dût les adapter à ses circonstances propres en fonction de son climat, de ses conditions naturelles, etc. De même, il semblait possible de concevoir un « intérêt général » de toutes les nations commerçantes, au-delà de l'intérêt propre de chacune.

4. Ce fut également celui qui connut la plus large diffusion internationale, puisqu'il fut traduit en allemand en 1766. Sont en outre attribués à Accarias, *Le Commerce de la Hollande* (Amsterdam, 1768, 3 t.) ; *La Richesse de l'Angleterre* (Vienne, 1771) ; *La Vraie richesse de l'État* (Vienne, 1772, 2 t.) et *La Richesse de la Hollande* (Londres, 1778). Ce dernier livre, traduit en néerlandais en 1780-1783, fut élaboré conjointement avec Elie Luzac, avec lequel on confond quelques-uns de ses travaux. De même, entre 1775 et 1781, il écrivit plusieurs livres en défense de la liberté de la presse et sur la situation politique européenne, publiés en Autriche et dédiés, dans certains cas, à l'impératrice Marie Thérèse. Sur la paternité encore controversée de quelques-unes de ses œuvres, voir Ch. Coquelin et Ch. Guillaumin, *Dictionnaire de l'économie politique*, Paris, Guillaumin, 1854, t. II, p. 610 ; Joseph J. Spengler, *French Predecessors of Malthus*, Durham, Duke University Press, 1942, p. 2 ; Margaret Canney et David Knott, *Catalogue of the Goldsmith's Library of Economic Literature*, Cambridge, University of London Library, 1970, n° 10188, 10438, 10704 et 11660.

5. *Les Intérêts*, t. I, p. 6.

6. *Ibid.*, p. 9 et sq.

De là découlait l'obligation de définir une stricte division du travail à l'échelle internationale, afin que ces intérêts nationaux en viennent à se fondre ensemble dans le « bien de l'humanité » : en ce sens, il était possible, et même recommandé qu'il existât des nations ayant « une balance avantageuse par le secours des mines, pendant que les autres travaillent à se donner les mêmes avantages par les manufactures ».⁷ Dans cet arbitrage du pouvoir international exercé par le commerce, l'essentiel ne résidait pas tant dans les formes de gouvernement – le commerce convenait tant aux républiques qu'aux monarchies⁸ – que dans le « vice ou la bonté » de l'administration : un gouvernement « sage » se devait de favoriser la croissance du commerce, tant à l'intérieur qu'à l'extérieur de ses frontières. Accarias proposait un programme de réformes précises – abaissement des droits de douane, réduction de la pression fiscale, en particulier sur les biens de première nécessité, contrôle du crédit public et politique de libéralisation de l'agriculture et des économies nationales – ainsi qu'une nouvelle politique impériale.

Ce programme économique était fondé sur la littérature française et britannique présmithienne, de William Petty à David Hume et de Vauban à François Véron de Forbonnais, Jean-Claude Herbert et aux physiocrates, qu'Accarias connaissait remarquablement bien. Cet ensemble comprenait trois auteurs de premier plan : Montesquieu (bien qu'Accarias ait réalisé une lecture très critique de *l'Esprit des lois*, cette œuvre était l'une des références centrales de ses idées politiques)⁹, Richard Cantillon (Accarias fut l'un des principaux acteurs de la diffusion des idées de *l'Essai sur la nature du commerce en général* – 1755 – en Europe)¹⁰ et Hume (de nombreux passages des *Political Discourses* – 1753 – sont discutés dans *Les Intérêts des nations*). À côté de ceux-ci, il faut mentionner le courant anti-physiocratique français, les auteurs du groupe de Vincent de Gournay (Herbert) et en particulier Herbert et Forbonnais. Accarias prenait ouvertement position contre les « économistes », tant sur leurs méthodes et analyses que sur leur politique économique (il rejetait leur théorie de la

7. *Ibid.*, p. 68.

8. *Ibid.*, p. 65.

9. En résumé, Accarias n'acceptait pas la division de Montesquieu entre despotisme, monarchie et république, ni les principes actifs de chacun de ces régimes – la peur, l'honneur et la vertu. Il ne faisait de distinction qu'entre les gouvernements despotiques et ceux « des lois », inclinant vers un régime monarchique « doux, modéré », en tout cas différent de celui de la France, qu'il considérait « absolu ». Voir par exemple *La Richesse de l'Angleterre*, *op. cit.*, chap. II.

10. Accarias recourait fréquemment à l'œuvre de Malachy Postlethwayt, qui devait une bonne part de son inspiration à Cantillon. *L'Essai* de ce dernier circula en Espagne dans une large mesure par des voies indirectes. Cf. J. Astigarraga et J. Zabala, La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII, *Investigaciones de Historia Económica*, 7, 2007, p. 9-36.

production et de l'impôt unique)¹¹. Partisan d'un libéralisme radical et éclectique, fondé sur la primauté de l'agriculture, Accarias restait en retrait de la pure orthodoxie caméraliste allemande¹², en dépit de la marque que celle-ci — en particulier Johann H. G. Justi — laissa dans son œuvre au fil du temps.

Accarias aspirait à établir un ordre commercial dans lequel les intérêts particuliers de chaque nation seraient en harmonie avec ceux de l'ensemble. Pour ce faire, il établissait une distinction très nette entre, d'un côté, l'Espagne et le Portugal et, de l'autre, la France, la Hollande et l'Angleterre. Un des arguments poursuivis dans *Les Intérêts des nations* était de définir le rôle qui revenait aux deux nations ibériques, régions sous-développées et de second plan dans le commerce international. Les grands thèmes analysés dans l'ouvrage, typiques d'un traité d'économie de cette période (depuis le luxe jusqu'au développement de la population et des différents secteurs économiques), étaient ainsi passés au crible de cette perspective duale. Pour cela, il se fondait sur l'analyse des modèles britannique et hollandais, auxquels étaient consacrés bon nombre de ses livres. Son jugement sur ces deux cas était positif, mais pour autant très nuancé. Au sujet de l'Angleterre, il mettait en évidence ses atouts non seulement économiques, mais aussi politiques, notamment ceux qui se rapportaient au système constitutionnel et aux différents « droits de l'humanité » — le droit de propriété, mais aussi la liberté de presse et d'expression, l'*habeas corpus*, etc.¹³. Accarias voyait dans la Grande-Bretagne le premier pays à avoir dépassé l'« anarchie du gouvernement féodal » — aucune nation n'était parvenue à « être si libre » — et en faisait le berceau de cet esprit public nécessaire à l'analyse des questions politico-économiques, qui avait essaimé par la suite en France et dans les autres pays européens « avec cette noble liberté qu'exige la discussion de l'intérêt public »¹⁴ et dont participait la prolifération de traités sur la « science du commerce » et de sociétés agraires et économiques.

Cependant, ces éloges s'accompagnaient de nombreuses remarques sur le danger que représentait ce pouvoir britannique reconstitué pour atteindre ce nouvel équilibre, fondé sur l'« esprit de commerce » qu'Accarias appelait de ses vœux. Accarias considérait que le point

11. Dans *La Richesse de l'Angleterre*, on trouve de nombreux jugements contraires à ceux des physiocrates et à leur « théorie entièrement inutile » (*op. cit.*, p. 8-9, 17, 137, 226-227, etc.). Voir également J. J. Spengler, *French Predecessors*, *op. cit.*, p. 315-321, et J. Airiau, *L'Opposition aux physiocrates à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, Librairie générale de droit et de jurisprudence, 1965, p. 147.

12. Accarias paraît occuper une position marginale dans l'histoire de l'orthodoxie caméraliste et dans l'enseignement universitaire où cette orthodoxie fut institutionnalisée entre 1760 et 1790. Cf. K. Tribe, *Governing Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

13. *La Richesse de l'Angleterre*, *op. cit.*, p. 32 sq., 54 sq.

14. *Les Intérêts*, *op. cit.*, t. I, p. 26.

culminant du pouvoir économique et démographique de la Grande-Bretagne avait été atteint en 1741, au début de sa précédente guerre avec l'Espagne : depuis lors, son commerce n'avait cessé de décroître. Le commerce hollandais connaissait une évolution similaire : dès la fin du XVII^e siècle, celui-ci ne pouvait déjà plus résister à la force de la concurrence britannique. Les principales causes de cette évolution étaient, selon Accarias, le poids excessif des impôts et du crédit public. Dans son analyse critique de la Grande-Bretagne, l'auteur pointait du doigt George Grenville, participant ainsi à la forte polémique que les mémoires de l'ancien ministre des Finances britannique avaient soulevée non seulement dans son pays, mais aussi dans d'autres nations européennes, attisant un vif sentiment antibritannique¹⁵. En raison du fort accroissement de la dette publique britannique, résultat d'une mauvaise administration, Accarias en venait à comparer la situation de ce pays avec celle de l'Espagne après la découverte de l'Amérique, lorsque l'or et l'argent avaient réduit à néant un commerce autrefois florissant¹⁶. Cependant, malgré cette éventuelle faiblesse, il suggérait une série d'alliances internationales, impliquant principalement la France et l'Espagne, acteurs du troisième Pacte de famille (1761), destinées à ramener l'Angleterre à ses anciennes limites. Pour retrouver un rôle sur la scène internationale, l'Espagne devait toutefois entreprendre un ensemble de profondes réformes. Accarias consacrait de longs passages de ses livres à cette question, raison pour laquelle il n'est guère étonnant qu'ils aient connu un relatif succès en Espagne : ainsi, la traduction espagnole des *Intérêts des nations*, en 1772-1774, fut suivie en 1774 de celle de *La Richesse de l'Angleterre* (1771), due au même traducteur, Domingo de Marcoleta¹⁷.

L'ÉCONOMIE ESPAGNOLE EN DÉBAT

Dans le premier volume des *Intérêts des nations*, Accarias consacrait un très gros chapitre à l'Espagne¹⁸, sans doute l'un des plus longs de toute la littérature politico-économique européenne du XVIII^e siècle.

15. Ce point est particulièrement évident dans *La Richesse de l'Angleterre*. Sur la diffusion de l'œuvre de Grenville en France et en Espagne, voir J. Astigarraga, *La finalidad política de las traducciones económicas: George Grenville en la Ilustración española*, *Historia y Política*, 27, 2012.

16. *La Richesse de l'Angleterre*, *op. cit.*, p. 110 sq. et 219.

17. *La Riqueza de la Inglaterra*, Madrid, Miguel Escribano, 1774.

18. *Les Intérêts*, *op. cit.*, t. I, chap. V, p. 131-286.

Son objectif était de définir un ensemble de réformes pour l'économie espagnole et sa structure impériale. Ses principales sources étaient, pour les Espagnols, Gerónimo de Uztáriz et Bernardo de Ulloa¹⁹, et, pour les Français et les Anglais, (toujours mentionnés de façon tacite), le Mirabeau pré-physiocratique, Herbert, Forbonnais et, surtout, Hume. Des *Political Discourses* de ce dernier, Accarias tirait l'essentiel de ses vues théoriques sur l'économie espagnole et ses conseils pour que celle-ci parvienne à combler l'énorme brèche existant entre ses capacités réelles et sa triste situation actuelle : l'Espagne était en effet devenue une sorte de « débouché général des fruits de l'industrie européenne » alors qu'« aucune [nation] n'égalerait sa puissance si sa population et son industrie étaient proportionnées à l'étendue et à la richesse de ses fonds »²⁰.

Sa thèse de départ était que les intérêts de l'outre-mer étaient subordonnés à ceux de la métropole, du fait d'un modèle commercial essentiellement fondé sur l'échange de produits manufacturés contre des produits agricoles et des matières premières. Dans le même temps, Accarias soutenait qu'il était nécessaire d'appliquer « sagement » les principes de la « science du commerce », afin que grâce à des réformes adéquates, les intérêts de l'Espagne et ses Indes puissent s'harmoniser avec ceux du commerce européen : « C'est une maxime de l'administration éclairée de tout État commerçant qu'on ne doit jamais favoriser une branche de commerce aux dépens du bien général. »²¹ Le point le plus grave était sans doute la contrebande à laquelle les Britanniques (*via* la Jamaïque) et les Hollandais (*via* Curaçao) se livraient de façon exponentielle dans les territoires d'outre-mer espagnols. Accarias estimait que ce commerce illégal augmentait « de près du double depuis dix ans »²² et, avec Ulloa, qu'il pouvait atteindre la moitié du volume total du commerce de Cadix, de sorte que la façon la plus rapide de restaurer la position espagnole était d'en venir à bout. Les principaux responsables de cette situation étaient les Britanniques. Accarias donnait la preuve qu'il connaissait en détail leurs pratiques frauduleuses, y compris les manifestations d'« usurpation violente », et les accusait d'enfreindre délibérément les lois les plus élémentaires du droit naturel et du droit positif, qui les obligeaient à « se renfermer

19. Voir Gerónimo de Uztáriz, *Teórica y Práctica de Comercio y de Marina*, Madrid, 1724 et Bernardo de Ulloa, *Restablecimiento de las fábricas, y comercio español*, Madrid, A. Marín, 1740. Les deux ouvrages avaient été traduits en français en 1753, respectivement par Forbonnais et Plumard de Danguel.

20. *Les Intérêts*, op. cit., t. I, p. 131-132.

21. *Ibid.*, p. 185.

22. *Ibid.*, p. 139.

dans les bornes de [leurs] possessions »²³. Devant l'insuffisance des mesures adoptées par l'Espagne (garde-côtes, registres des bateaux et des marchandises, *etc.*), il était urgent que ce pays exigeât de la Grande-Bretagne l'élaboration d'une loi internationale qui, sous couvert de la « cause publique », interdît ces pratiques clandestines ou les punit avec rigueur. Toutefois, le « monopole le plus nuisible, le plus destructif et le plus odieux qu'on puisse exercer sur le commerce de l'Europe »²⁴ n'était pas uniquement dû à la voracité britannique. C'était aussi la conséquence, pour une part, de la conviction erronée de l'Espagne selon laquelle toute conquête se transformait automatiquement en propriété, alors qu'en réalité celle-ci ne pouvait être obtenue que dans « les établissements qu'elle [avait] formés et dans lesquels elle s'[était] maintenue »²⁵, et, d'autre part, de l'administration économique de son empire. Accarias approuvait la décision censément prise par l'Espagne de renoncer à canaliser ce commerce impérial par le biais de compagnies à charte, étant donné que celles-ci « resserreroient ce commerce au lieu de l'étendre »²⁶, mais il critiquait par ailleurs son incapacité à créer un vrai système de « liberté du commerce ». Il recourait une fois encore à Ulloa pour montrer comment les innombrables régulations du commerce espagnol d'outre-mer (le système des troupes et des galions, les tarifs douaniers et les taxes, *etc.*) constituaient en réalité le principal moteur de la contrebande et rendaient urgente la réforme de ce commerce.

Pour Accarias, l'existence de la contrebande – outre des pratiques peu honorables, comme la subornation des fonctionnaires – était due en dernier recours aux bénéfices extraordinaires qui découlaient de ce marché étroit et soumis au monopole, en plus d'être exempté d'impôts. Par là même, la seule façon de combattre ce fléau était de limiter ces bénéfices au moyen de la libre concurrence. D'après Hume, celle-ci était le seul système qui pouvait garantir le « cours naturel » du commerce, c'est-à-dire en corriger les « accidents naturels »²⁷. Tel n'était pas le cas de la contrebande qui était une « cause étrangère » à ce « cours naturel » et engendrait « une révolution [...] dont la cause est permanente » et empêchait le fonctionnement du principe selon lequel la concurrence « s'établit d'elle même par tout où elle

23. *Ibid.*, p. 142.

24. *Ibid.*, p. 141.

25. *Ibid.*, p. 145.

26. *Ibid.*, p. 145.

27. *Ibid.*, p. 138. L'édition de Hume que nous avons utilisée est la seconde de la traduction française, due à J.-B. Le Blanc : *Discours politiques, traduits de l'anglais de Monsieur Hume*, Dresde, Michel Groell, 1755 ; voir t. I, p. 4-5, 15.

est nécessaire et se resserre bien vite là où elle est nuisible »²⁸. C'est la raison pour laquelle Accarias s'étendait longuement sur les effets bénéfiques de la liberté de commerce : celle-ci permettait d'éviter aussi bien les excès que la rareté des marchandises et favorisait l'établissement d'un niveau correct des prix. De même, elle limitait les bénéfices extraordinaires de la contrebande et, à l'inverse, garantissait « un profit modéré et souvent répété » qui était « le plus sûr et le plus solide que le commerce puisse donner »²⁹. En dernier lieu, il convenait d'abaisser le prix des marchandises espagnoles afin de favoriser leur abondance et leur compétitivité avec les marchandises étrangères (y compris celles échangées par les puissantes compagnies de commerce) et de fermer ainsi ses portes à la contrebande. En réalité, la libre concurrence était la seule façon pour le commerce espagnol de retrouver son « cours ordinaire », afin que celui-ci « ne donne que des bénéfices modérés et ne paye l'industrie qu'autant qu'il est nécessaire pour l'animer et l'entretenir dans son activité naturelle »³⁰.

Au vu de ces idées, il n'est guère surprenant qu'Accarias critiquât les timides réformes d'Ulloa, qu'il accusait de « rejeter ou restreindre infiniment cette liberté »³¹ (quoique comme Uztariz, il n'appuyât pas en général la création de compagnies à charte, Ulloa se montrait encore un partisan du monopole commercial gaditain), et plaidât pour une plus grande libéralisation du commerce impérial espagnol. Celle-ci exigeait la liberté des ports, l'abaissement des impôts et des droits de douane, un trafic privé et de petites embarcations qui réaliseraient des voyages fréquents et obtiendraient des bénéfices modérés et continus : « Le but, du négociant est de gagner peu mais de gagner promptement. »³² Même s'il s'avérait que quelques commerçants pouvaient y perdre, le commerce dans son ensemble ne manquerait pas de progresser et l'État de s'enrichir. Les bénéfices de cette libéralisation s'étendraient aussi aux territoires d'outre-mer, surtout si l'Espagne y implantait la « douceur » d'une bonne administration. Mais tout ceci profiterait également au commerce européen dans son ensemble : la concurrence abaisserait le prix des produits américains et grâce à cela, on verrait s'établir cet équilibre commercial des nations européennes avec l'Amérique espagnole, en harmonie avec le « cours naturel » de celui-ci, pour l'heure dénaturé par le trafic de

28. *Ibid.*, p. 134. Toujours dans le but de combattre la contrebande, il proposait en outre d'ouvrir dans les points de la côte les plus fréquentés par les contrebandiers des magasins offrant des produits à des prix compétitifs par rapport à ceux du marché illégal.

29. *Ibid.*, p. 166.

30. *Ibid.*, p. 173.

31. *Ibid.*, p. 170.

32. *Ibid.*, p. 177.

contrebande. Cependant, comme cela se faisait si souvent à l'époque, Accarias en arrivait à contredire une bonne partie de ces idées en recommandant à l'Espagne de créer sa propre compagnie à charte pour assurer une liaison commerciale directe entre la péninsule et les Philippines. Il justifiait son choix par l'adaptation nécessaire des règles générales du commerce à chaque circonstance et par le fait que l'absence de cette liaison directe garantissait aux seuls étrangers les bénéfices de ce commerce³³.

Au-delà de la réforme du commerce impérial, Accarias abordait celle de l'économie de la péninsule. En interprétant les causes de sa décadence, il s'agissait de tirer des leçons utiles pour le temps présent, en particulier concernant les désordres monétaires engendrés par l'arrivée des métaux américains et les effets que ceux-ci avaient eus sur l'industrie espagnole, jusqu'à la faire pratiquement disparaître. Deux des principales mesures adoptées pour juguler ces effets – l'interdiction d'exporter des biens manufacturés étrangers aux colonies et l'interdiction d'extraire de l'or et de l'argent, jugée « encore plus absurde et plus inutile » – s'étaient soldées par des échecs : « La sévérité des loix ne triomphe jamais de la nécessité. »³⁴ Accarias ne s'en tenait pas à cette constatation, et son analyse se révélait beaucoup plus critique que celles ordinairement pratiquées dans la littérature espagnole. Ainsi, il était faux de prétendre, comme Ulloa, que les Espagnols avaient abandonné leurs manufactures parce qu'ils étaient devenus riches car, comme le montrait l'exemple hollandais, « chaque particulier est industriel par intérêt ou par nécessité »³⁵. Les autres raisons couramment invoquées pour expliquer cet abandon – l'oisiveté supposée des Espagnols, l'expulsion des morisques, les coûts de l'empire ou l'émigration de la population en Amérique – n'étaient selon lui pas plus fondées. Au total, la paupérisation de l'économie espagnole n'était pas due à ces facteurs ni, en dernière instance, à une arrivée massive de métaux précieux, mais aux effets désastreux d'une « mauvaise administration ». Quoique sans le citer, Accarias reprenait Forbonnais lorsqu'il attribuait les défauts de cette administration à l'existence d'un « vice dans la police intérieure » et, en particulier, à une très mauvaise politique fiscale. Celle-ci aurait mené

33. *Ibid.*, p. 178 et sq. La Compagnie en question exploiterait la route du cap Horn ou du détroit de Magellan et non la route habituelle, qui était celle d'Acapulco. Une autre compagnie serait chargée du trafic des marchandises d'Acapulco aux Philippines et les acheminerait ensuite vers Cadix. Accarias reprend cette idée dans *La vraie richesse de l'État*, *op. cit.*, t. I, p. 101 sq.

34. *Les Intérêts*, *op. cit.*, t. I, p. 206.

35. *Ibid.*, p. 209. De plus, les « vexations » et le « despotisme » des Espagnols durant la période de leur domination des Pays-Bas y justifiaient non seulement les projets de libération politique mais firent naître dans la population l'intérêt pour la recherche des richesses (*Le Commerce de la Hollande*, t. I, p. 12 et sq.).

à sa perte non seulement l'industrie nationale mais aussi la population, y compris celle des campagnes (selon Accarias, l'Espagne était le seul pays d'Europe à avoir connu une baisse de sa population)³⁶. Le Français reprenait l'analyse d'Uztáriz et Ulloa pour expliquer l'échec des réformes tentées pour remédier à cette situation — protection sur les biens manufacturés nationaux, réforme des impôts, *etc.* — mais en fin de compte, comme l'avaient en partie remarqué ces auteurs et, de manière plus générale, Forbonnais, les maux les plus grands étaient le poids excessif des impôts et leur très mauvaise administration. À partir de ce constat, Accarias établissait les grandes lignes de ce qui pouvait être un programme de développement économique pour l'Espagne.

Le fil directeur de ce programme consistait à examiner les possibilités réelles qu'avait l'Espagne d'améliorer sa position dans le commerce international. Ses conditions naturelles la prédisposaient à développer les produits de l'agriculture, ainsi que les industries fondées sur ces produits, en somme, des produits peu transformés et destinés à la consommation de masse. En revanche, la faiblesse de sa structure industrielle ne lui permettait pas de concurrencer avec succès les autres puissances européennes pour le reste des productions industrielles, en particulier les industries somptuaires. S'inspirant de nouveau de Hume³⁷, Accarias estimait que cette « balance » entre les différentes nations était « naturelle » et que, loin de constituer un obstacle pour l'Espagne, elle représentait un moteur important de sa croissance. Entre autres, parce qu'elle résolvait le problème crucial de l'excès de métaux précieux : « La trop grande abondance du numéraire [...] fait infailliblement tomber les manufactures par le prix excessif qu'elle met à la main d'œuvre. »³⁸ Les millions de *pesos* de produits manufacturés étrangers qui étaient arrivés en Espagne depuis la découverte de l'Amérique, en échange de l'or et de l'argent américains, constituaient en effet les fondements d'un modèle commercial auquel l'Espagne ne pouvait pas se soustraire : aucun pays ne pouvait connaître une croissance si extraordinaire de sa masse monétaire tout en conservant ses manufactures. Selon Accarias, cette masse monétaire espagnole excédait de plus de la moitié sa proportion « naturelle » par rapport à l'ensemble de l'Europe. Il estimait que si l'Espagne avait possédé une industrie et

36. *Les Intérêts*, t. III, p. 178-179, 314-316. En revanche, il considérait que le commerce, même le commerce colonial, avait favorisé la croissance de la population espagnole. La thèse de la « mauvaise administration » comme cause des désastres de l'Espagne était centrale dans les *Considérations sur les finances d'Espagne* (Paris, 1753) de Forbonnais. Accarias la reprend dans *La Richesse de l'Angleterre*, *op. cit.*, p. 183-185.

37. Voir *Discours Politiques*, *op. cit.*, discours III, « De l'argent ».

38. *Les Intérêts*, *op. cit.*, t. I, p. 197.

avait tenté de retenir ces neuf millions de métaux précieux, l'inflation, la perte de compétitivité et la ruine conséquente de ses manufactures auraient entraîné des cycles dépressifs très accentués, et qu'il aurait fallu au moins quarante ans pour les surmonter. Étant donné l'état de sa balance des paiements, si l'Espagne retenait les 15 millions de *pesos* qu'elle recevait sous forme de métaux précieux et le million qui entrait par l'exportation de ses productions naturelles, elle accumulerait durant ces quarante ans une quantité de métaux en circulation qui excèderait de plus des deux tiers celui de n'importe quelle autre nation européenne. Par conséquent, avec Hume, quelle que soit la tentative de l'Espagne pour renoncer aux produits de l'industrie étrangère, celle-ci n'amènerait que des succès conjoncturels. La solution était de considérer les métaux comme n'importe quel autre produit naturel, c'est-à-dire comme un immense « fonds de richesse » qu'il était impossible de retenir à l'intérieur de ses frontières et qui devait être exporté en échange de biens manufacturés. Ce modèle commercial permettrait aux intérêts espagnols de s'harmoniser avec ceux du commerce européen dans son ensemble : avec Hume, ces métaux précieux se répartiraient sur le continent, conformément aux niveaux d'industrie et de population de chaque pays, et ainsi s'établirait une « balance naturelle » entre les différentes nations.

L'Espagne devait donc se borner à moderniser son agriculture et à produire des biens agricoles, ainsi qu'un petit nombre de produits manufacturés dont elle avait besoin pour sa consommation intérieure. Le premier point était sans doute le plus important : Accarias inaugurerait un changement de cap radical par rapport à la tradition économique espagnole et s'insérerait dans un débat économique qui allait se révéler central au cours des quarante dernières années du XVIII^e siècle. Ce débat opposait essentiellement les secteurs industriels et agraristes. À l'époque où Accarias élaborait son œuvre, l'héritage économique d'inspiration industrialiste et protectionniste, issu des ouvrages d'Uztáriz et d'Ulloa, conservait une large prééminence dans les milieux officiels espagnols. De ce fait, la réception des écrits d'Accarias accompagnant le courant agrariste français des années 1750, aux multiples facettes (Mirabeau, Herbert, Goudar, *etc.*), contribua sans doute à renforcer la position de ceux qui donnaient la priorité à l'agriculture, position qui devint hégémonique à partir des années 1760³⁹. La critique que faisait Accarias de

39. Cependant, ces visions agraristes circulaient déjà en Espagne depuis l'arrivée des idées économiques de Melon dans les années 1740 ; voir J. Astigarraga, La dérangeante découverte de l'autre : les (més)aventures de *l'Essai politique sur le commerce* (1734) de Jean-François Melon dans l'Espagne du XVIII^e siècle, *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 57-1, 2010, p. 91-118.

l'héritage d'Uztáriz et d'Ulloa prônant un industrialisme à outrance, était très claire : selon lui, ces auteurs « n'[avaient] prêté qu'une attention médiocre à cet objet important [l'agriculture] qui doit être considéré comme la première base, comme le fondement essentiel de tout l'édifice »⁴⁰. La priorité donnée à l'agriculture devait se traduire par un vigoureux programme de libéralisation agraire, fondée sur des impôts « répartis avec plus d'égalité, perçus avec douceur et sans abus »⁴¹, sur la promesse pour les cultivateurs de goûter aux fruits de leur travail, sur l'extension des surfaces cultivées, la liberté de stocker les grains et les produits de l'agriculture, la liberté des prix et celle du commerce intérieur⁴². Tandis que ce dernier garantirait un niveau de demande suffisant pour les produits agricoles, l'industrie devrait se cantonner à un rôle secondaire, se contentant d'absorber le surplus des produits agricoles, notamment « dans les lieux qui n'[avaient] point de débouché ». En somme, l'Espagne devait développer ses manufactures avec une grande prudence, sans jamais remettre en cause la priorité de l'agriculture, jusqu'à envisager « d'assigner des limites à un genre d'industrie, à une branche du commerce, qui pourroit nuire à d'autres branches plus riches et plus naturelles si elle étoit portée aussi loin qu'elle l'a été chez d'autres nations »⁴³.

Grâce aux produits qui émaneraient de ce secteur agricole modernisé et aux stocks de métaux précieux, l'Espagne pourrait financer une partie importante des toiles et autres biens manufacturés importés qu'elle envoyait en Amérique, car, quoiqu'elle prétendit, elle ne pouvait se passer des biens manufacturés étrangers⁴⁴ ni, encore moins, produire des articles de luxe de manière compétitive. Accarias présentait un projet très détaillé de redressement des productions naturelles espagnoles, en identifiant les secteurs stratégiques (laines, lin, chanvre, huiles, eaux-de-vie, etc.) qui soutiendraient ce processus. Ces productions pourraient réduire de sept millions de *pesos* la dépendance de l'Espagne vis-à-vis de l'extérieur, à partir d'un programme de développement de la production et de baisse des impôts, notamment des droits de douane à l'exportation. En fixant le taux de ces derniers, l'Espagne semblait n'avoir songé qu'aux nécessités de ses finances

40. *Les Intérêts*, op. cit., t. I, p. 230.

41. *Ibid.*, p. 218.

42. Les principales sources d'Accarias dans ce sujet étaient Forbonnais, *l'Essai sur la police générale des grains* (1753) de Herbert et les volumes préphysiocratiques de *L'Ami des hommes* (1756) de Mirabeau.

43. *Les Intérêts*, op. cit., t. I, p. 220.

44. Accarias estimait par ailleurs que c'était là la norme habituelle : « C'est une vérité assurée par l'expérience qu'un seul pays n'est pas susceptible de l'établissement de toute sorte [de] manufactures » (*Ibid.*, p. 238).

publiques et non à la possibilité de soutenir les productions nationales par le biais de la demande étrangère. En complément de ce qui précédait, il importait donc de choisir correctement le type d'industries qu'il convenait de développer et, dans la mesure où l'on ne pouvait imiter celles de France, d'Angleterre et des autres puissances « industrielles » de l'Europe (les Flandres, la Hollande et l'Italie), il fallait s'en tenir aux industries « communes » qui « n'exigent que des bras sans génie et sans art ». En somme, l'Espagne devait se consacrer essentiellement à l'agriculture, à la navigation et aux colonies, en finançant par ses produits agricoles et ses métaux précieux l'ensemble des biens manufacturés de luxe qui restaient hors de sa portée⁴⁵.

DOMIGO DE MARCOLETA, TRADUCTEUR D'ACCARIAS DE SÉRIONNE

Les deux traductions espagnoles d'Accarias, qui virent le jour de manière presque simultanée, en 1772 et en 1774, étaient l'œuvre d'un même auteur, Domingo de Marcoleta. Ce natif de la Biscaye était un haut fonctionnaire des Finances, temporairement rattaché au Secrétariat d'interprétation des langues (*Secretaría de Interpretación de Lenguas*) et particulièrement versé dans la traduction des œuvres de l'économie politique, au point d'être l'un des traducteurs les plus prolifiques de toutes les Lumières espagnoles dans ce domaine. Outre les deux traductions d'Accarias, on lui attribue en effet celles des Français Louis Joseph Plumard de Danguel (1771) et Ange Goudar (1772) et deux autres de Grenville (1770 et 1781). Son travail s'inscrit dans le contexte de l'accélération que connut en Espagne la traduction des ouvrages d'économie politique à partir des années 1770⁴⁶, au moment où cette activité commença à être jugée indispensable pour étendre les limites de la « sphère publique » espagnole, alors très étroite. Elle n'en demeurait pas moins une activité protégée et contrôlée par le pouvoir politique. De fait, même de manière tacite, les deux traductions d'Accarias semblaient être des commandes officielles : la

45. Le long diagnostic qu'Accarias dressait sur le Portugal n'était pas très différent (*Ibid.*, t. I, chap. IV), quoiqu'il recommandât de plus à ce pays de s'éloigner de la protection commerciale britannique instaurée par le Traité de Methuen (1703) et de lui préférer la protection d'autres puissances européennes au moyen de l'« entière liberté de son commerce en Europe ».

46. Pour une vision d'ensemble, voir V. Llombart, 'Traducciones españolas de Economía Política (1700-1812): catálogo bibliográfico y nueva perspectiva', *Cronos, Cyber Review of Modern Historiography*, 9, 2004, p. 1-14.

Historia y descripción de los intereses del comercio (Histoire et description des intérêts du commerce) était dédiée au roi, par le biais de Miguel de Múzquiz, alors ministre des Finances, tandis que le premier destinataire de *La riqueza de la Inglaterra* (La Richesse de l'Angleterre) était José Álvarez de Toledo, duc d'Albe, « Grand d'Espagne de première classe », au service duquel Marcoleta avait travaillé comme comptable et tuteur.

Sur le plan doctrinal, les traductions de Marcoleta relevaient d'une double appartenance. Dans le cas de Goudar et de Plumard de Danguel, elles s'enracinaient dans la fructueuse production des publicistes français durant les années 1750 associée au groupe de Vincent de Gournay⁴⁷, une référence centrale dans les travaux de traduction réalisés sous les Lumières espagnoles. En ce qui concerne Accarias et Grenville, en dépit de leurs différences doctrinales et de la nature très différente de leurs écrits – ceux de l'Anglais étaient essentiellement des mémoires élaborés pour défendre sa trajectoire politique – les traductions de Marcoleta avaient en commun un même fil conducteur : elles étaient à la fois un éloge et un bilan du système économique et politique britannique, à une époque où l'anglomanie dominante dans les milieux intellectuels européens s'opposait aux conséquences néfastes que la guerre de Sept Ans avait eues pour la France et l'Espagne. Il convenait par conséquent d'influer sur l'opinion de ces deux pays en suscitant un certain sentiment antibritannique.

Là était précisément l'un des principaux objectifs des deux traductions espagnoles de Grenville⁴⁸, et le même propos se trouvait, d'un bout à l'autre, dans *La Richesse de l'Angleterre* d'Accarias. Dans cet ouvrage, celui-ci accusait en effet Grenville d'avoir été à l'origine des principaux obstacles qui obéraient la croissance britannique : le niveau élevé des impôts et de la dette publique. Contrairement à ce qui était communément affirmé, Accarias soutenait que ces deux problèmes plaçaient le pays dans une situation d'extrême faiblesse sur le plan économique. Dans sa traduction espagnole, Marcoleta ne fit rien pour atténuer la profonde tonalité antibritannique de l'œuvre originale. Il se contenta de réaliser un travail d'une qualité impeccable, se bornant à ajouter quelques brèves notes qui renvoyaient à

47. Sur ce point, voir A. E. Murphy, Le développement des idées économiques en France (1750-1756), *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXXIII, 1988, p. 521-541 ; S. Meyssonnier, *La Balance et l'horloger : la genèse de la pensée libérale en France au XVIII^e siècle*, Montreuil, Éditions de la Passion, 1989 ; J. C. Perrot : *Une histoire intellectuelle de l'économie politique (XVII^e-XVIII^e siècles)*, Paris, Éditions de l'EHESS, 1992 ; C. Larrère, *L'Invention de l'économie au XVIII^e siècle : du droit naturel à la physiocratie*, Paris, PUF, 1992.

48. *Pintura de la Inglaterra* (Madrid, Blas Román, 1770) et *Demostración de los ramos de que se componen las rentas del Reino de Inglaterra* (Madrid, Joachin Ibarra, 1781). Sur le processus de circulation qui fit arriver les idées de Grenville en Espagne, à travers la France, voir J. Astigarraga, *La finalidad política*, *op. cit.*

sa traduction préalable des *Intérêts des nations*⁴⁹. Cette dernière était une version intégrale de l'œuvre, d'une grande qualité et initialement dépourvue de toute information supplémentaire. Ainsi parurent les deux premiers volumes, y compris le chapitre consacré à l'Espagne, que Marcoleta traduisit sans apporter aucune nuance aux jugements, pourtant discutables, émis par Accarias. Là réside précisément l'origine de la *Impugnación* de Campomanes.

L'AUTEUR DE LA *IMPUGNACIÓN* :
PEDRO RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES

Afin de justifier l'attribution de la paternité de la *Impugnación* à Campomanes, on peut alléguer une série de facteurs liés à la personnalité de l'auteur, au contenu du texte et au contexte dans lequel celui-ci fut produit. En premier lieu, il faut rappeler que la *Impugnación*, datée du 7 janvier 1773, fut rédigée dans la foulée de la parution du premier volume de la traduction de Marcoleta. Son contenu montre qu'elle fut certainement rédigée par un seul individu, appartenant aux milieux intellectuels de la Cour et particulièrement versé en histoire espagnole : le texte cite plus de 25 auteurs ou livres en espagnol, des historiens de l'Amérique espagnole et des économistes appartenant aux courants de la scolastique, de l'arbitrisme, et de l'économie politique du XVIII^e siècle. L'ensemble comprenait également des sources contemporaines, parmi lesquelles un livre sur le « libre commerce des grains », dont l'auteur s'identifiait à celui de la *Impugnación* – qui parlait de lui à la première personne – et dont le contenu était assez longuement décrit : il s'agissait sans doute de la *Réponse fiscale sur l'abolition de la taxe* (*Respuesta fiscal sobre abolir la tasa*), œuvre anonyme publiée en 1764 et attribuée à Campomanes⁵⁰. Cette identification masquée – relativement habituelle dans les écrits, souvent anonymes, de Campomanes – était bien sûr intentionnelle : cette stratégie avait pour but d'informer le public de manière suffisamment précise quant à l'auteur de la *Impugnación*, en dépit du caractère anonyme de la publication.

49. Le fait qu'il fut l'un des premiers auteurs espagnols à traduire avec précision le mot « entrepreneur », qu'Accarias utilisait continuellement, donne une idée de la qualité de ses traductions.

50. *Impugnación*, *op. cit.*, p. 56-57. Cet ouvrage donne l'orientation du programme de libéralisation de l'agriculture entrepris par le Conseil de Castille à partir de 1764.

En réalité, la *Impugnación* cadrerait parfaitement avec les préoccupations intellectuelles et les habitudes de travail de Campomanes⁵¹. Celles-ci se rapportaient à sa tâche habituelle de censeur de livres – il faisait partie du Conseil de Censure depuis juillet 1756 – ainsi qu'à ses habitudes personnelles de lecteur critique et toujours informé. D'après Llombart⁵², sa méthode de travail se fondait sur une « accumulation de nombreux matériaux provenant de l'histoire et du présent qui n'étaient pas systématiquement replacés dans leur contexte », débouchant souvent sur cette « érudition répétitive et embrouillée » si caractéristique de ses écrits. En ce sens, il n'est pas difficile de mettre en relation la *Impugnación* avec certains des précédents écrits de Campomanes. On sait que dès sa jeunesse, celui-ci était un familier de l'histoire du commerce et de la marine ; il fut impliqué à partir de 1755 dans l'écriture d'une *Historia de las Indias* (*Histoire de l'Amérique espagnole*) promue par l'Académie de l'histoire, dont il était membre depuis 1748. À côté de cela, il faut rappeler le grand intérêt que Campomanes avait pour l'économie politique, spécialement durant les trente années où il fut membre du Conseil de Castille, à partir de sa nomination comme *fiscal* (conseiller) en 1762. Campomanes était un fervent lecteur, un auteur prolifique – on lui attribue plus de 20 textes économiques – et un instigateur incessant de traductions, activités qu'il développa à travers l'étude (et la publication) des principales œuvres économiques de son temps et de celles de l'histoire de l'Espagne, en particulier celles des XVII^e et XVIII^e siècles.

Toutes ces facettes se retrouvaient, d'une façon ou d'une autre, dans le processus qui allait, selon les termes de son auteur, le conduire à élaborer la *Impugnación*⁵³. Bien qu'il n'ait pas été le premier économiste espagnol à réfuter Accarias – le catalan Francesc Romà y Rosell⁵⁴ l'avait déjà fait en 1768 – l'auteur de la *Impugnación* affirmait avoir connu le livre avant la publication de la traduction espagnole.

51. Sur les multiples facettes de ce personnage-clé du règne de Charles III, voir V. Llombart, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992, et C. de Castro, *Campomanes. Estado y reformismo ilustrado*, Madrid, Alianza, 1996.

52. C. De Castro, *Campomanes, op. cit.*, p. 114-115 et 119.

53. Le processus en question est décrit dans la *Impugnación*, p. 16-18.

54. *Las señales de la felicidad de España y medios de hacerlas eficaces* (1768), E. Lluch éd., Barcelone, 1989, p. 108-114. Le catalan s'exprimait dans des termes qui annonçaient ceux de Campomanes : « Les productions naturelles du Royaume ne peuvent être aussi abondantes que le promet l'auteur [Accarias] ni que le laisse espérer la fertilité et l'extension de terres sans l'aide des fabriques, qui puissent augmenter la population et assurer la consommation et le commerce intérieur, sans lequel le commerce extérieur n'a jamais prospéré. » Il proposait comme alternative de stimuler « tout à la fois » la population, l'agriculture, les manufactures et le commerce. L'industrialisme fut l'un des traits les plus caractéristiques de la pensée économique catalane du XVIII^e siècle ; voir E. Lluch, *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)*, Barcelona, Edicions 62, 1973.

Entraîné par son « inclination envers ce type d'écrit », il avait lu l'original « avec soin, et quoique mon jugement ne puisse pas modeler l'opinion », ajoute-t-il, « il m'apparut être l'une des œuvres les plus utiles qui aient jamais été publiées ». Par la suite, « persuadé que sa traduction pouvait être utile », il traduisit pour son usage personnel « plus de la moitié de l'ouvrage », en expurgeant et en améliorant les passages sur l'Espagne et le Portugal, et en confrontant le texte d'Accarias à ses différentes sources, « car [il] possédai[t] la moitié d'entre elles ». L'objectif de ce travail méticuleux était de publier la traduction de l'œuvre, mais « purifiée des erreurs qu'elle contenait, principalement dans tout ce qui regarde le commerce de l'Espagne, dans lequel j'ai bien vu que l'auteur avait commis de nombreuses erreurs et avait même fait preuve d'une certaine passion en élaborant son système contre les intérêts de notre nation ». Pour cela, lorsqu'avant de « solliciter l'autorisation d'imprimer », il eut connaissance de la traduction de Marcoleta, il crut, à tort, que celle-ci comportait des corrections. Le premier destinataire de sa *Impugnación* était donc Marcoleta lui-même. Le ton sur lequel celle-ci est rédigée montre que son auteur possédait une prééminence indiscutable sur le traducteur : il affirme le connaître et croire en sa capacité de traduire l'œuvre « avec exactitude ». De même, il considère son travail « digne d'éloges », quoique comportant « beaucoup de choses » devant être amendées⁵⁵. Pour cela, il le contraint à corriger les volumes suivants de sa traduction — ce que Marcoleta fit effectivement.

Campomanes paraissait spécialement inquiet de l'effet qu'aurait la traduction des *Intérêts des nations* sur les jeunes Espagnols « peu instruits de ce qui appartient à notre histoire civile et politique », raison pour laquelle ils étaient « remplis d'idées peu favorables à la nation »⁵⁶. Dans son attitude entrant donc en ligne de compte un sens patriotique typique de la haute autorité de la Monarchie qu'il représentait à ce moment-là. Seul un homme politique de haut rang pouvait se montrer si sensible à l'importance du tort qu'une œuvre comme celle d'Accarias pouvait causer aux intérêts économiques espagnols. Toutefois, vis-à-vis de l'opinion publique européenne, il pouvait paraître inconvenant qu'une autorité de son envergure signât un texte de réfutation contre un livre comme celui d'Accarias, qui avait connu un succès international non négligeable et dont l'auteur était bien situé dans l'entourage politique du pouvoir autrichien. De

55. *Impugnación*, op. cit., p. 17. Il n'existe aucune preuve du fait qu'ils se connaissent personnellement, mais lors de la parution du premier volume de la traduction d'Accarias, Marcoleta avait déjà publié ses traductions de Grenville, Goudar et Plumard de Danguel, toutes de grande qualité, malgré les corrections et l'autocensure auxquelles elles avaient été soumises.

56. *Ibid.*, p. 17-18.

plus, dans le contexte espagnol, être l'auteur de la réfutation d'une œuvre étrangère pouvait être utilisé par les secteurs opposés à la politique d'ouverture culturelle promue par Campomanes qui accordait de plus en plus d'importance à la diffusion des « papiers publics »⁵⁷. Enfin, un an à peine après la publication de la *Impugnación*, une référence explicite à celle-ci apparaissait au début du célèbre *Discours sur l'industrie populaire* (*Discurso sobre la Industria Popular*)⁵⁸, preuve supplémentaire de ce que Campomanes en était probablement l'auteur.

Ce dernier point met en évidence le fait que la *Impugnación* faisait sans doute partie d'un ensemble de textes plus vaste. Celui-ci aurait commencé avec les *Réflexions sur le commerce espagnol en Amérique espagnole* (*Reflexiones sobre el comercio español a Indias*), autre brochure anonyme datée de 1762 et demeurée inédite à l'époque, également attribuée à Campomanes⁵⁹. Ce texte se proposait d'analyser le système impérial espagnol et de présenter des alternatives aux réformes envisagées notamment par Uztáriz et Ulloa. Campomanes le concevait comme un travail sur le « calcul politique » (c'est-à-dire l'Arithmétique politique) fondé sur Uztáriz – « le premier », selon lui, « à avoir introduit le calcul politique dans le royaume »⁶⁰ – ayant pour but que l'Espagne puisse tirer tout le parti possible de son système impérial face aux puissances étrangères. À cette fin, il envisageait des solutions possibles aux trois principaux problèmes que connaissait ce système : la contrebande, le monopole gaditain et le poids excessif des droits fiscaux et douaniers⁶¹. Il présentait un ensemble de pistes qui jetèrent les bases de ce qui allait devenir, quelques années après, le programme du « commerce libre » (*comercio libre*), sanctionné à travers deux séries de lois promulguées en 1765 et 1778. En vertu de celles-ci, le monopole de Cadix fut supprimé, des ports furent habilités à commercer directement avec l'Amérique espagnole, les impôts

57. Par exemple, dans son *Apéndice a la Educación Popular*, Madrid, Sancha, 1775, t. I, p. X, XLVI.

58. À propos du livre d'Accarias, Campomanes écrivait qu'« un auteur doté d'une grande conviction réussit à dissuader [sic] les manufactures en Espagne et au Portugal, mais avec l'inconvénient de ce que ses assertions sont réduites à néant par les faits mêmes qu'il rapporte au sujet de l'Espagne. De sorte que je ne m'arrête pas à les réfuter, en dépit du fait qu'une grande digression serait nécessaire pour mettre ses contradictions à la vue du public. L'auteur d'une *Disertación* publiée à ce sujet a déjà pris cette peine » (*Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid, Sancha, 1774, p. VIII). À notre connaissance, un seul autre auteur espagnol connaissait la *Impugnación* : Lorenzo Normante, le titulaire de la chaire d'économie civile de Saragosse, la première du genre dans l'histoire de l'Espagne ; voir *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos*, Saragosse, B. de Miedes, 1784, p. 10.

59. *Reflexiones sobre el comercio español a Indias* (v. 1762), V. Llombart éd., Madrid, jef, 1988. Pour une analyse de son contenu, voir l'étude préliminaire (« Estudio Preliminar ») de l'éditeur (p. VII-XLV).

60. *Reflexiones*, *op. cit.*, p. 232.

61. *Ibid.*, p. 345.

et les droits de douane furent réduits et l'on prit des mesures pour développer l'économie américaine⁶². De façon à donner du poids à ses propositions, comme il avait l'habitude de le faire, Campomanes introduisait dans ses *Reflexions* une analyse détaillée de la littérature politico-économique des XVII^e et XVIII^e siècles sur la situation espagnole, mais également française et britannique, ces deux dernières étant passées au crible des « intérêts authentiques » de l'Espagne. Campomanes consacrait des chapitres à la réfutation de Josiah Child et de Montesquieu⁶³, deux des auteurs qui avaient le plus influé sur la façon de considérer la situation impériale espagnole en Grande-Bretagne et en France, ainsi qu'à des auteurs de moindre importance comme Jean-Baptiste Dubos, dont l'œuvre avait cependant été traduite en espagnol. Ses critiques touchaient également d'autres auteurs britanniques (comme Charles Davenant) et français (comme ceux du groupe de Gournay). Ce biais critique avait amené Campomanes à ajouter à ses *Reflexions* un « Supplément » dans lequel il examinait, pièce par pièce, plusieurs textes en fonction de ce dont avaient besoin les réformes prévues. La *Impugnación* de 1773 s'inscrivait tout à fait dans cet ensemble critique et correspondait parfaitement aux chapitres des *Reflexiones* dans lesquels Campomanes passait plusieurs œuvres étrangères au crible de son esprit « patriotique ».

LA IMPUGNACIÓN DE CAMPOMANES ET LA DÉFENSE DES INTÉRÊTS ÉCONOMIQUES ESPAGNOLS

La *Impugnación* n'obéissait pas à un plan très structuré ; elle présentait, en suivant l'ordre des *Intérêts des nations*, l'ensemble des corrections élaborées par Campomanes afin de les intégrer dans sa traduction personnelle, ainsi que les diverses erreurs – y compris les fautes d'orthographe – qu'il avait détectées dans la version de Marcoleta. Le texte commençait par une digression historique sur le commerce espagnol depuis l'Antiquité jusqu'au XVII^e siècle, appelé en Espagne le « siècle de la décadence ». Campomanes y discutait l'idée, omniprésente chez Accarias et exprimée par « plusieurs auteurs, dont quelques-uns que leur érudition rendait tout à fait dignes de foi »

62. V. Llombart, *Campomanes, op. cit.*, p. 113 et sq. Cependant, la libéralisation du commerce d'outre-mer que proposait Campomanes était beaucoup plus radicale que celle établie par les lois de 1765 et 1778, dont il critiquerait en 1788 les réalisations (C. de Castro, *Campomanes, op. cit.*, p. 316-317).

63. *Reflexiones, op. cit.*, chap. XV et XXII.

— allusion, peut-être, à Melon et sans doute à Montesquieu et à l'*Esprit des Lois* —, que « le commerce et les armes sont deux arts qui ne peuvent s'épanouir en même temps et de manière égale dans un même pays, rendant incompatible leur existence »⁶⁴. Pour le conseiller, cette vision des choses ne permettait pas d'expliquer de longues périodes de l'histoire de l'Espagne, notamment celle où intervenaient ces anciens habitants « dominés par l'esprit guerrier typique de la barbarie de leurs coutumes », pas plus que celle de la splendeur espagnole, inaugurée sous le règne des Rois Catholiques, période durant laquelle « nos fabriques et notre industrie connurent un envol si rapide » dans les échanges intérieurs — en dépit de l'existence de douanes intérieures — et dans le commerce extérieur, quoique « les armes et le commerce y connussent en même temps des progrès égaux »⁶⁵. Ainsi donc, il fallut attendre que cette ancienne splendeur s'épuisât « en richesses et en individus » pour que « le système de conquête et d'acquisition » soit remplacé par celui de « rétablissement et de conservation »⁶⁶. Campomanes n'attribuait pas comme le faisait Accarias les causes de la décadence à un facteur presque unique — la « mauvaise administration » — mais accordait une plus grande importance aux guerres incessantes et à la pression fiscale excessive. En revanche, il conférait aux « auteurs économiques » espagnols un rôle majeur dans le changement de perspective qui privilégiait désormais l'« esprit de commerce » sur l'« esprit de conquête ». Comme dans le reste de son œuvre, il faisait l'éloge de plusieurs politiques adoptées (sans succès) durant l'époque de la décadence et, en particulier, de cette littérature arbitriste si dépréciée à son époque et qu'il contribua à réhabiliter en éditant quelques-uns de ses auteurs les plus emblématiques — Francisco Martínez de Mata, Miguel Álvarez de Osorio, *etc.* À partir de la réflexion engagée par ceux-ci sur les causes et les remèdes de la décadence, l'importance du commerce dans l'« immense splendeur à laquelle s'était élevée cette Monarchie », ainsi que son poids décisif tant en termes économiques (les richesses) qu'en termes politiques (la conservation de l'État) avait été mise en évidence. Pour cette raison, il convenait d'examiner en détail les propos d'Accarias sur l'économie espagnole.

Pour ce faire encore fallait-il être attentif à l'émergence récente du commerce comme une « science à part », ayant des implications décisives dans les affaires publiques : « Celui qui deviendrait supérieur dans ce domaine [le commerce] le serait aussi dans ses forces

64. *Impugnación*, *op. cit.*, p. 8.

65. *Ibid.*, p. 8.

66. *Ibid.*, p. 12.

[politiques], et ferait la loi aux autres. »⁶⁷ Son rôle de plus en plus important avait entraîné, pour une part, la « recherche de nouvelles sources de richesse dans les arts ou les fabriques », ce qui permettait de comprendre la prospérité de la Grande-Bretagne et, de l'autre, la prolifération de « traités généraux de commerce ». L'Espagne ne devait pas rester en marge de cette « espèce de fermentation générale qui s'est diffusée en Europe en faveur de l'industrie et du commerce, [de sorte] qu'il n'existe point, aujourd'hui, de royaume, de province ni même de ville ou de village où l'on ne trouve point de sujets dévoués au bien public qui pratiquent ou écrivent pour que leur enseignement serve de leçons aux autres »⁶⁸. Campomanes considérait donc qu'il existait déjà dans son pays une tradition solidement établie sur ce sujet. Son *Impugnación* était une réhabilitation de la littérature économique espagnole des XVII^e et XVIII^e siècles, où il faisait montre non seulement de son patriotisme, mais aussi de l'adéquation de ses analyses aux problèmes qu'avait connus l'Espagne à chaque période de son histoire. Ce n'est donc pas par hasard si le livre d'Accarias trouvait grâce à ses yeux : Campomanes l'incluait dans le petit nombre de « traités généraux de commerce » triés sur le volet, louant le projet de son auteur de rendre compatibles les spécificités commerciales de chaque nation avec le « bien universel de l'Europe », et le félicitant d'avoir « pris en compte de nombreux traités écrits sur cette question dans chacun des États »⁶⁹. Cette seconde remarque renvoyait à l'Espagne, quoique de manière peu convaincante : l'un de ses angles d'attaque contre Accarias était de montrer que la faiblesse de son texte provenait soit de sa mauvaise connaissance de la littérature espagnole, soit du piètre usage qu'il en faisait, comme cela se produisait également chez d'autres auteurs, « peu délicats ou peu au fait des choses de notre nation »⁷⁰.

Cette méconnaissance ou cette mauvaise interprétation se traduisait par le fait que diverses réformes recommandées par le Français avaient déjà été exposées dans la littérature espagnole. Dans un passage consacré aux vues d'Accarias sur la modernisation de l'agriculture espagnole, Campomanes le confrontait à une série de 13 auteurs qui, depuis le XVI^e siècle, avaient considéré que « l'agriculture était indispensable au rétablissement de l'État », et remontait jusqu'aux Rois Catholiques pour attester l'existence d'une tradition très développée qui démontrait « théoriquement et

67. *Ibid.*, p. 13 et 14-15.

68. *Ibid.*, p. 1-2.

69. *Ibid.*, p. 16.

70. *Ibid.*, p. 26.

pratiquement le retard dont souffr[ait] l'agriculture et la nécessité de son rétablissement »⁷¹. Ces mêmes défauts entraînaient un manque d'originalité dans le texte d'Accarias, au sens où celui-ci tentait de présenter comme siennes des idées qui avaient déjà été défendues par des auteurs espagnols. Le passage qui illustre le mieux ce point est celui où Accarias prônait avec vigueur la création d'une compagnie pour le commerce direct avec les Philippines. Quoique Campomanes partageât entièrement le point de vue d'Accarias, il s'étendait longuement sur le fait que « cette pensée n'était pas une production nouvelle » et qu'elle avait déjà été défendue par d'autres auteurs, entre autres par Ulloa. Il allait jusqu'à reproduire de longs extraits de sources britanniques afin de montrer quel danger courait l'Espagne si elle restait inactive : face aux possibilités d'un commerce si lucratif, le risque était grand qu'« ils [les Britanniques] ou quelque autre nation n'y créent des établissements préjudiciables aux nôtres », comme cela était expressément mentionné dans les sources⁷². Toutefois, en dépit de son manque d'originalité, l'ouvrage d'Accarias avait incité Campomanes à s'intéresser à nouveau au sujet. Étant donné le retard pris par les projets espagnols de restructuration du commerce entre l'Espagne et les Philippines, en gestation depuis longtemps, le membre du Conseil de Castille affirmait avoir élaboré un « compte-rendu succinct » sur la teneur de ce commerce, qu'il aurait inséré dans sa traduction comme supplément au chapitre sur l'Espagne. Celui-ci, selon ses dires, prenait en compte non seulement une série très complète de sources historiques et économiques, mais aussi le dossier que le Conseil des Indes était en train d'élaborer sur ce sujet, rectifié et complété par ses soins « sur plusieurs points qui manquaient d'exactitude ».

Cette convergence de vues avec Accarias était cependant exceptionnelle dans la *Impugnación*. Dans un autre passage, le conseiller accusait à nouveau le Français d'avoir fait un mauvais usage des sources espagnoles, d'avoir commis de nombreuses erreurs sur plusieurs points, comme le rendement des impôts ou des droits de douane, ainsi que sur d'autres sujets très sensibles, comme par exemple d'avoir surévalué le volume de métaux précieux arrivé d'Amérique espagnole ou le nombre de métiers à tisser existant à Séville avant la décadence. De manière significative, Campomanes corrigeait ces données en citant avec exactitude l'information contenue dans la

71. *Ibid.*, p. 56.

72. *Ibid.*, p. 63. Campomanes semble avoir utilisé comme source *An Universal History, from the Earliest Account of Time to the Present* (Londres, 1736-1765), qu'il avait pu consulter dans sa traduction française (Amsterdam, 1742-1792).

source originale, qui n'était autre qu'Uztáriz⁷³. Dans le même temps, il montrait qu'Accarias avait écrit son livre sans utiliser les sources espagnoles les plus récentes, comme ses propres livres, par exemple la *Réponse fiscale sur l'abolition de la taxe*, ce qui, une nouvelle fois, allait à l'encontre de l'originalité de son texte. Selon une optique actuelle, il s'agissait là d'un argument clé dans la défense de Campomanes, dans la mesure où les sources d'Accarias s'arrêtaient à Ulloa (dont le livre datait de 1740) et qu'il passait à côté de plusieurs réformes récentes, ce qui était particulièrement grave s'agissant du commerce impérial. Ainsi, Accarias paraissait ignorer la création des compagnies de commerce de Caracas, La Havane et Barcelone (la première d'entre elles datant de 1728), ainsi que l'importante réforme du *comercio libre* de 1765 qui, en mettant fin au monopole de Cadix, anticipait d'une certaine façon, quoique timidement, la libéralisation que lui-même proposait.

Les critiques de Campomanes touchaient également à l'interprétation de divers faits historiques. Il considérait comme faussée l'interprétation d'Accarias selon laquelle le Portugal avait perdu son industrie du fait de la domination espagnole⁷⁴. Tout au contraire, ce royaume avait pu durant cette période conserver son commerce avec l'outre-mer « en restant absolument séparé des Castillans », sans participer à l'entretien de l'Empire espagnol et sans avoir à supporter « les contributions en hommes et en argent qui étaient exigées pour soutenir l'effort de guerre »⁷⁵. Il disait aussi avoir supprimé de sa traduction l'affirmation d'Accarias, d'après lui empruntée à Voltaire et également erronée, selon laquelle l'Espagne aurait falsifié sa monnaie pour financer ses dettes⁷⁶. En réalité, l'Espagne n'avait rien fait d'autre qu'imiter les autres pays : la rareté de l'or et de l'argent, conséquence de l'énorme quantité de biens étrangers introduits dans la Monarchie, avait contraint les rois de Castille à augmenter la valeur de la monnaie de cuivre et à frapper une autre monnaie inférieure au taux réglementaire. Par là même, ils n'avaient fait qu'imiter « d'autres souverains, qui ont coutume de faire de même dans

73. Campomanes excusait en partie Accarias, mais pas Marcoleta : avant de publier sa traduction, celui-ci aurait dû « s'assurer de la justesse et de la véracité de ce qu'il affirme, corriger ou expliquer certains passages lorsque cela était nécessaire, afin de se soustraire à la critique qu'on ferait de son travail s'il y laissait de tels défauts » (*Ibid.*, p. 36).

74. Allusion à la période de l'union des trois couronnes de Castille, Portugal et Aragon (1580-1640).

75. *Ibid.*, p. 22. De temps à autre Campomanes fait des observations précises et très érudites concernant le commerce du Portugal, par exemple lorsqu'il met en cause la possibilité, envisagée par Accarias, que ce pays récupérât certains de ses comptoirs commerciaux en Afrique.

76. Selon Campomanes, l'« imagination » d'Accarias l'amène à « ne pas s'arrêter à la vérité ou à la fausseté de ce qu'il écrit, lorsqu'il veut encenser ou rabaisser la personne dont il parle, sans faire de distinction avec les têtes couronnées » (*Ibid.*, p. 23).

leurs États lorsqu'ils n'ont pas d'autre moyen de payer les armes et les troupes, ainsi que les autres charges de l'État »⁷⁷.

L'analyse critique de Campomanes se focalisait naturellement sur le modèle commercial proposé par Accarias. Le conseiller centrait son attaque sur l'incompatibilité supposée entre l'abondance d'argent et la promotion des manufactures. Il jugeait purement et simplement fausse l'hypothèse d'Accarias selon laquelle l'état florissant des fabriques espagnoles au XVI^e siècle n'était dû qu'aux guerres, dans la mesure où celles-ci facilitaient la fuite des métaux précieux. Campomanes ne se contentait pas de nier que l'or et l'argent pussent être considérés comme n'importe quel autre bien⁷⁸ ; son argumentation allait dans le sens exactement inverse de celle d'Accarias : l'impossibilité de disposer de ces métaux avait été l'une des causes de la décadence, car lorsque l'Espagne avait commencé à ressentir les effets de la fuite des métaux, elle avait dû augmenter les impôts et s'endetter davantage, ce qui, joint à la conquête progressive du marché intérieur par les biens manufacturés étrangers, avait provoqué la décadence des arts utiles, y compris l'agriculture, et avec elle la réduction du nombre de contribuables, la baisse de la population et la réduction des rentes du Trésor : « Si la fuite de tous ces millions ne s'était pas produite [...] les fonds du Trésor ne se seraient pas épuisés [et] les vassaux n'auraient point été opprimés par les gabelles qui causèrent ou accélérèrent leur perte. »⁷⁹ Campomanes citait l'exemple de la Chine et des autres pays de l'Orient pour affirmer que la ruine de l'État ne provenait pas des richesses, mais de leur abus, et pour défendre le fait que l'existence de fabriques était compatible avec l'abondance de métaux, même si une économie prudente devait « prévenir à temps les effets de cette même abondance »⁸⁰.

La même chose pouvait être affirmée quant à la compatibilité entre le développement de l'agriculture et celui de l'industrie. En tant qu'économiste résolument agrariste et principal inspirateur des réformes agraires du règne de Charles III, Campomanes rejoignait forcément Accarias sur la nécessité que l'Espagne abandonnât la « mauvaise politique » en matière de grains et de produits agricoles

77. *Ibid.*, p. 25.

78. Voir les réflexions critiques de Campomanes sur cette affirmation, *Ibid.*, p. 26-31.

79. *Ibid.*, p. 47-48.

80. *Ibid.*, p. 49. Campomanes ne précise pas quels sont les effets de cette abondance ni quels en sont les abus. Cette position diffère de celle exposée dans d'autres passages de ses œuvres où il accepte la théorie quantitative et celle de l'ajustement automatique des métaux précieux.

qu'elle avait suivie depuis « plusieurs siècles »⁸¹. Toutefois, il s'en éloignait quant au rôle que devait y jouer l'industrie. En premier lieu, il était selon lui hautement improbable que le progrès agraire trouvât à s'accomplir sans être accompagné par le progrès industriel : là où Accarias considérait que la demande de produits agricoles pouvait être garantie par les puissances étrangères, Campomanes affirmait que l'agriculture espagnole avait besoin des manufactures locales pour garantir cette demande, notamment dans les provinces intérieures « à cause de la difficulté d'extraction [des produits] et de la faible valeur que ceux-ci auraient si à côté de ceux qui les récoltent il n'y avait pas d'artisans ni de fabricants pour [les] consommer »⁸². De plus, il n'était pas raisonnable de penser que les produits espagnols dussent terminer irrémédiablement entre les mains des puissances étrangères, du fait de l'impossibilité des manufactures espagnoles à progresser et à devenir compétitives sur le marché international. Certes, l'Europe était « trop chargée » de biens manufacturés et il existait des produits spécifiques, comme les dentelles de Saxe, d'Angleterre et de Flandre ou les toiles de Hollande, qui, « par la délicatesse et la finesse de leur exécution [étaient] d'une certaine façon inimitables », mais ces niches industrielles ne « ruinaient » pas l'Espagne et celle-ci « n'avait pas besoin de leur faire concurrence »⁸³. En revanche, le cas des tissus de laine et de soie était différent : l'Espagne ne devait pas craindre la concurrence dans ce domaine, car elle possédait des matières premières, des artisans et un vaste marché dans la péninsule et en Amérique espagnole, en dépit de la forte présence des produits étrangers⁸⁴. Par conséquent, le pays ne devait pas se limiter à produire des toiles ordinaires de consommation courante : les tissus de laine et de soie devaient au contraire bénéficier de « la première attention du Gouvernement, car ce sont elles qui peuvent absorber l'ensemble ou la majeure partie de nos matières premières, faire vivre des ouvriers qui augmentent la population, fournir un emploi à de nombreux pauvres et donner un avenir à nos laboureurs »⁸⁵.

Sur ce point, Campomanes en arrivait à examiner quelle politique douanière était la plus adéquate pour promouvoir ces produits

81. *Ibid.*, p. 55.

82. *Ibid.*, p. 55.

83. *Ibid.*, p. 59.

84. De ce fait, Campomanes diverge nettement avec Accarias quant à l'opportunité d'établir des maisons de commerce étrangères sur le territoire national, comme le suggère celui-ci pour le Portugal. *Ibid.*, p. 31-32.

85. *Ibid.*, p. 61

manufacturés, au vu des propositions très claires d'Accarias. Celui-ci s'opposait à l'interdiction d'exporter de la soie espagnole et aux forts droits de douane sur les sorties des autres biens et des matières premières, arguant du fait que la demande extérieure compenserait la demande intérieure et garantirait à l'agriculture espagnole des niveaux de revenus élevés et stables, quoique au détriment d'un secteur industriel très affaibli. Campomanes considérait ces suggestions comme une preuve supplémentaire de la conviction discutable du Français selon laquelle les fabriques « ne conviennent pas [à l'Espagne] et qu'elle n'en a pas besoin ». Son rejet de ces suggestions se fondait sur la défense de la souveraineté royale dans l'exercice du gouvernement économique, en particulier la défense du marché national contre les biens manufacturés étrangers, par des politiques protectionnistes ou de prohibition⁸⁶. En ce qui concernait le marché de la soie, toujours stratégique, le conseiller ne remettait pas en cause les divergences d'intérêts existant entre les récoltants et les tisserands, quant à la détermination d'une politique douanière (plus ou moins protectionniste) et d'un niveau de prix à même de satisfaire les intérêts des deux secteurs. Les ressources des finances publiques (*Hacienda Pública*), également concernées par ces différentes alternatives, ne pouvaient être prises en compte autrement que de manière partielle : « Ce ne sont pas les intérêts du Budget que le Gouvernement prend en compte dans ses décisions, mais ce qui convient aux vassaux en général, en faisant en sorte que l'emploi ne leur manque pas et que celui qu'ils ont leur donne de quoi subsister. »⁸⁷ En fin de compte, tout en soulignant que l'interdiction d'exporter la soie avait donné des résultats positifs en stimulant l'industrie espagnole, Campomanes éludait les deux positions extrêmes – celle qui prônait la prohibition et celle qui prônait la libéralisation totale – pour se prononcer en faveur d'un protectionnisme sélectif qui taxerait différemment l'exportation des matières premières et celle des produits manufacturés et qui, au moyen de statistiques annuelles, permettrait l'exportation de la soie à partir du moment où l'industrie nationale aurait été ravitaillée.

Par conséquent, en dépit de son profond agrarisme, Campomanes faisait le pari, contre Accarias, des possibilités d'avenir de l'industrie espagnole. Sur ce point, la différence de vues entre l'« économiste » Accarias et le « politique » Campomanes concernant l'économie espagnole et son avenir apparaît très clairement : la vision cosmopolite du

86. *Ibid.*, p. 43. Ceci, une fois de plus, en opposition à Accarias, qui paraissait supposer que les traités de commerce ne permettaient pas à l'Espagne de refuser l'introduction de biens manufacturés étrangers.

87. *Ibid.*, p. 53.

premier et son intérêt pour une méthode relativiste, à travers laquelle il détaillait les lois économiques les plus appropriées à chaque réalité nationale, s'opposaient frontalement à la raison d'État qu'alléguait le second comme considération préalable à chaque proposition visant le développement économique du pays. À cet égard, la position de Campomanes vis-à-vis de l'avenir de l'industrie espagnole n'était pas en dissonance avec le reste de son œuvre. Déjà défendue dans les *Reflexiones*⁸⁸, ce serait l'un des principaux arguments de ses *Discours* (*Discursos*) de 1774 et 1775⁸⁹, dans lesquels, sans renoncer à la priorité de l'agriculture, le conseiller réitérerait sa thèse de ce que le développement économique espagnol avait autant besoin de l'« industrie rurale populaire » que d'autres formes industrielles plus élaborées. En ce sens, l'œuvre d'Accarias avait pu le décider à exposer publiquement ses convictions dans ses *Discours* : le débat ouvert par le Français quant à l'avenir économique de l'Espagne avait en effet rencontré un écho remarquable dans l'opinion publique européenne, conditionnant fortement l'analyse que proposeraient, quelques années plus tard, des auteurs aussi influents que l'abbé Raynal, Gaetano Filangieri ou l'historien écossais William Robertson⁹⁰.

L'EFFET DE LA *IMPUGNACIÓN* SUR LA TRADUCTION

Il reste à analyser l'effet de la *Impugnación* sur la traduction qui l'avait inspirée. Comme de juste, s'agissant d'un personnage ayant l'autorité et le prestige de Campomanes, cet effet fut à la fois positif et immédiat. On le constate autant dans l'analyse du processus de censure mené par le Conseil de Castille, qui précéda la publication de la traduction, que dans la qualité de celle-ci.

S'agissant du processus, le dossier de censure⁹¹ révèle que les deux premiers volumes de la traduction, remis au censeur le 22 mai et le 13 juillet 1772, ne rencontrèrent aucun obstacle pour être publiés dans la version originale envoyée par Marcoleta : l'abbé de Villafranca Francisco Martínez Molés, désigné par le Conseil

88. *Reflexiones*, op. cit., p. 409 sq.

89. *Discurso*, op. cit. et *Discurso sobre la educación popular de los artesanos* (Madrid, A. de Sancha, 1775).

90. Sur cette question nous renvoyons à J. Astigarraga et J. Usoz, G. Filangieri's Political Economy in the 18th century Spain: *Reflexiones económica-políticas* (1792) by Francisco de Paula del Rey, *Il pensiero economico italiano*, XIII, 2005, p. 51-77.

91. Archivo Histórico Nacional, Madrid (AHN), *Consejos*, leg. 5573-71.

de Castille pour réaliser cette tâche, se montrait non seulement un partisan indiscutable de sa publication, mais il faisait de plus l'éloge de la qualité de la traduction et glissait des allusions critiques aux « sages espagnols » qui n'écrivaient pas de livres comparables sur le commerce. Selon ce censeur, tout ceci rendait encore plus louable le travail de Marcoleta : la « science du commerce » y était traitée avec « tant de solidité et de maîtrise que son application en langue vulgaire [pouvait] être très utile à cette caste de personnes de l'État (*sic*) qui se consacrent à cette profession sans plus de principes ni de connaissances que celles qu'ils acquièrent par la pratique ».

Cependant, tout changea l'année suivante, lorsque le troisième volume de la traduction fut soumis à la censure. Le Conseil de Castille décida alors de changer de censeur et envoya la traduction à Felipe de Samaniego, directeur du Secrétariat d'interprétation des langues (*Secretaría de Interpretación de Lenguas*). Le dossier constitué par ce prestigieux traducteur, daté du 31 mars 1773, semble avoir été rédigé sous l'influence de la *Impugnación* de Campomanes. Ainsi, il faisait remarquer que Marcoleta avait déjà « pris soin de réfuter par des notes certains passages dans lesquels l'auteur de cette œuvre [Accarias] parle de nos réalités en répétant des vulgarités et des erreurs malicieuses qui se trouvent d'ordinaire dans les livres étrangers, particulièrement dans le demi-pli 89 de ce manuscrit sur les cruautés qui ont eu lieu lors de la conquête de l'Amérique et dans le demi-pli 76 sur la supposée baisse de la population de l'Espagne », ainsi que dans d'autres endroits où « il se livrait à des mises en garde opportunes pour éviter toute impression sinistre dans l'esprit des lecteurs ». Toutefois, il suggérait à Marcoleta d'inclure de nouvelles notes dans d'autres « nombreux passages qui devaient être retouchés », afin que dans la version définitive on ne trouvât « rien » qui puisse donner « matière à empêcher sa publication ». Pour sa part, il donnait son approbation à celle-ci à la condition que « soient imprimées avec l'œuvre les notes mentionnées »⁹².

De fait, si l'on considère à présent la qualité de la traduction, on doit souligner que Marcoleta avait radicalement changé ses méthodes de travail dans les deux derniers volumes de sa version d'Accarias, ce qui met en évidence le contrôle politique qui s'exerçait alors sur l'espace public espagnol, encore en voie de constitution : il intégrait à son texte un ensemble de notes dans lesquelles il nuancait, critiquait

92. Le quatrième volume, examiné en octobre 1773 par des membres de l'Académie de la langue, obtiendrait sans problème l'autorisation d'édition. Ce travail de censure fut en tout cas insuffisant pour les secteurs religieux les plus intransigeants, qui, en 1788, essaieraient de faire supprimer de la traduction de Marcoleta différents passages consacrés aux banques, qu'ils jugeaient contraires à la doctrine de l'Église sur l'usure (AHN, *Inquisición*, leg. 4463-10 et 4482-11).

ou réfutait les idées du Français. Le but de ces annotations était de prendre la défense des intérêts espagnols que Campomanes avait ouvertement réclamée dans sa *Impugnación*. Le traducteur commençait par y faire l'éloge des réformes entreprises par les gouvernements de Charles III, louant « le zèle notoire [...] avec lequel notre ministère actuel travaille depuis quelques années [...] à rendre la nation heureuse en promouvant l'agriculture, le commerce et la population »⁹³. Il remettait en cause l'idée d'Accarias selon laquelle la baisse de la population en Espagne serait due à un poids excessif des impôts sur l'agriculture, en alléguant qu'en France, ce poids était supérieur⁹⁴. De même, face à un commentaire très dur d'Accarias sur les modes de colonisation des Espagnols par rapport à celui des Hollandais, Marcoleta soutenait que « l'auteur, étant étranger, s'est laissé emporter par toutes les diatribes que ses compatriotes ont publiées contre le Gouvernement de l'Espagne en Amérique » et, comme preuve de la « douceur » de la conquête, il s'en remettait aux « fidèles historiens » espagnols⁹⁵. De même, lorsque Accarias disait que l'Espagne était le seul pays européen à avoir connu une baisse de sa population en raison de la « grande réduction [de celle-ci] depuis la découverte de l'Amérique », le traducteur espagnol accusait l'auteur de « manquer d'informations » et invitait ses lecteurs à réviser les affirmations d'Accarias en la matière « en connaissance de cause », en utilisant les sources espagnoles⁹⁶. Enfin, plusieurs notes étaient destinées à adoucir la marque profonde laissée par les Lumières dans le texte d'Accarias. Ainsi, lorsque Marcoleta niait qu'en Angleterre il « existât la liberté de déclamer contre le Roi » ; de même, Accarias, citant Voltaire et Rousseau, déplorait que « de tels génies ne se soient pas cantonnés à l'intérieur des confins licites dans leurs écrits »⁹⁷, ou encore, lorsqu'il soulignait le fait que les arguments d'Accarias en faveur de « l'ivresse de la liberté » de presse se référaient à la France, un pays où « [avaient été] publiés des livres nocifs pour les bonnes mœurs et la religion », à la différence de ce qui se passait en Espagne, grâce au « zèle et à la vigilance de nos tribunaux »⁹⁸. Ce faisant néanmoins,

93. *Historia y descripción general*, op. cit., t. III, p. 211.

94. *Ibid.*, p. 211.

95. *Ibid.*, p. 248. Accarias avait écrit que l'Espagne « a fait presque un désert du continent de l'Amérique. Pour y cimenter sa puissance, elle a presque détruit tous les anciens habitants. Elle a cru qu'il valait mieux les égorger, que les civiliser, les détruire, que les gouverner » (*Les Intérêts des nations*, t. III, p. 210).

96. *Historia y descripción general*, op. cit., p. 370.

97. *Ibid.*, p. 376.

98. *Ibid.*, p. 386. Il existe d'autres notes destinées à protéger différents produits stratégiques espagnols (la cannette, l'huile ou la soude commune) de la voracité des étrangers, à éclairer la signification de certains termes français ou à recommander la traduction en espagnol de la collection des arts et métiers de l'Académie des sciences de Paris.

Marcoleta conservait un respect scrupuleux envers le texte original, qui était fidèlement traduit, y compris dans ses envolées les plus radicales en faveur de la liberté de la presse, de la liberté d'expression ou de la représentation politique.

CONCLUSION

Quoique relativement oubliée à l'heure actuelle, l'œuvre économique de Jacques Accarias de Sérionne connut une notoriété importante dans l'Europe du XVIII^e siècle et indiscutable dans le cas de l'Espagne. Deux des principaux traités qui composent cette œuvre y furent assez rapidement traduits, en 1772-1774 et 1774, par le même traducteur, Domingo de Marcoleta. De plus, chose exceptionnelle, cette œuvre fit l'objet d'une *Impugnación*, publiée en 1773 et demeurée inconnue jusqu'à nos jours. Plusieurs facteurs confèrent à celle-ci un réel intérêt historique : en premier lieu, elle est due à Campomanes, l'une des principales autorités politiques de la Monarchie ; en second lieu, elle rend compte de la volonté des auteurs de faire passer les idées étrangères par le filtre de ce qu'ils considéraient comme les intérêts nationaux authentiques ; enfin, elle met en évidence les motivations politiques avec lesquelles les auteurs des Lumières espagnoles entreprirent, à partir de 1760, un important travail de traduction des principaux traités de l'économie politique européenne, tâche consubstantielle à la création, au cours des mêmes années, d'une sphère publique en Espagne.

Jesús Astigarraga est professeur à l'université de Saragosse (Espagne). Ses domaines de recherche sont l'histoire de la pensée économique, l'institutionnalisation de l'économie politique et la circulation internationale des idées économiques et politiques (XVIII^e-XIX^e siècles). Son dernier livre s'intitule *Lucas y Republicanismo* (Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011). Il est l'auteur de nombreux chapitres de livres et articles publiés notamment dans les revues suivantes : *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, *Annales historiques de la Révolution française*, *Bulletin hispanique*, *European History Quarterly*, *History of Economic Ideas*, *The History of Economic Thought*, *Journal of the History of Economic Thought*, *Il pensiero economico italiano*, *Storia del pensiero economico*, *Studi Storici* et *Rivista Storica Italiana*.

RÉSUMÉ

En 1773 fut publié un petit livre intitulé *Impugnación de diferentes máximas perjudiciales a España, que se encuentran en la obra titulada Historia, o Descripción general de los intereses de Comercio* (Réfutation de nombreuses maximes préjudiciables pour l'Espagne, se trouvant dans l'œuvre intitulée Histoire, ou Description générale des Intérêts du Commerce). Ce texte anonyme possède une portée historique non négligeable parce qu'on peut en attribuer sa paternité au puissant membre du Conseil de Castille, le comte de Campomanes. Le livre avait pour but de contester un ensemble d'idées sur l'Espagne contenues dans le traité de l'économiste français Jacques Accarias de Serionne *Les Intérêts des nations de l'Europe* (1766). Campomanes prenait la défense des intérêts économiques et impériaux espagnols, de son point de vue insuffisamment défendus dans la traduction espagnole du traité d'Accarias de Serionne. Dans le même temps, avec son *Impugnación*, il prétendait démontrer l'importance qu'avait la diffusion des « écrits publics » dans la stratégie des Lumières. Dans ce cas précis, il s'agissait de mobiliser l'opinion publique espagnole contre un courant intellectuel d'envergure européenne qui prétendait que l'Espagne était inadaptée aux projets des Lumières. Cette *Impugnación* trouve donc sa place dans le champ d'une littérature européenne de type polémique qui constitue l'une des expressions du processus de création de la sphère publique dans la majorité des pays européens.

Mots-clés : XVIII^e siècle, Espagne, Lumières, économie politique, sphère publique.

ABSTRACT

In 1773 was published the brief work *Impugnación de diferentes máximas perjudiciales a España, que se encuentran en la obra titulada Historia, o Descripción general de los intereses de Comercio*—Impugnment to the harmful dictums to Spain, which are found in the work entitled History or General Description of the Commerce interests—. The historical significance of this anonymous work is substantial as its authorship may be attributed to the powerful member of the Castile's Council Count of Campomanes. The book aimed at rebutting a set of ideas about Spain that had been embodied in *Les intérêts des nations de l'Europe* (1766) by the French economist Jacques Accarias de Serionne. Campomanes championed the Spanish economic and Imperial interests, which, according to him, had not been sufficiently advocated in Accarias de Serionne's Spanish translation. Likewise, by releasing *Impugnación*, Campomanes aimed at remarking the significance of spreading out « public writings » according to the strategy of the Enlightenment. In this case, it comes down to deploy the Spanish public opinion against an intellectual movement of European magnitude that regarded Spain as inappropriate to the Enlightenment scheme. In this is one of the manifestations of the process of construction of the public sphere in most European countries.

Keywords: Eighteenth-century, Spain, Enlightenment, political economy, public sphere.

V. UNA PIEDRA DE TOQUE SOBRE EL SISTEMA BRITÁNICO: EL "FANTASMA" DE LA DEUDA PÚBLICA

1. Introducción.

A lo largo de los años sesenta y setenta, una vez finalizada la Guerra de los Siete Años, afloró con una intensidad creciente en las traducciones españolas de contenido económico-político la cuestión de la deuda pública. El problema que esta cuestión suscitaba no era sólo de índole económico, cuanto esencialmente político: en definitiva, se planteaba, en primer lugar, como un mecanismo de creación de "opinión" entre las elites respecto al estado presente del admirado sistema político británico y, en segundo lugar, de "confianza" respecto a su viabilidad futura. La obra de Sonenscher explica con mucho detalle que este problema no fue ciertamente marginal en el contenido de los debates intelectuales de la Ilustración europea en su conjunto, cuanto uno de sus focos centrales durante las décadas que precedieron a la Revolución francesa: operó como un auténtico disolvente de las estructuras centrales del Antiguo Régimen¹. Ahora bien, aunque ya presente en las décadas previas a la Guerra, se situó después de ésta en el centro de una extensa polémica debido a que el conflicto bélico había alterado profundamente no solo las estructuras financieras de los países contendientes, principalmente Gran Bretaña y Francia, sino el sistema crediticio europeo en su conjunto². En los epígrafes precedentes de este capítulo hemos tenido ocasión de apreciar cómo la cuestión de la deuda pública fue utilizada por los traductores españoles como una especie de *pedra de toque* de la validez del sistema británico en su conjunto. El caso más expresivo fue el devastador análisis de Gran Bretaña que se reflejaba en las traducciones de los escritos del exministro de Hacienda británico Grenville. Ahora bien, también otras versiones se habían manifestado críticas respecto a la política británica de empleo recurrente al endeudamiento —el caso de Dangeul o Goudar— o favorables a ella —otra vez, el de Goudar—. En el curso de los años sesenta y setenta esa polémica se introdujo de lleno en el corazón de la Hacienda Pública española, de la mano de Torre Mollinedo y Marcoleta.

¹ Michael Sonenscher, *Before the Deluge: Public Debt, Inequality, and the Intellectual Origins of the French Revolution*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2007.

² Vid., en particular, Michael Kwass, *Privilege and the Politics of Taxation in Eighteenth-Century France, Liberté, égalité, fiscalité*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

2. Torre Mollinedo y la traducción de Bielfeld.

Domingo de la Torre y Mollinedo fue, junto a Marcoleta, uno de los traductores españoles más significados vinculado a la Real Hacienda³. Si en los años ochenta se verá implicado personalmente, como colaborador de Lerena, en la traducción del escrito de Necker relativo a las administraciones provinciales, durante los años previos fue el responsable de traducir las extensas *Institutions politiques* (1760) del Barón de Bielfeld⁴. Torre tardó una quincena de años en culminar los cinco volúmenes de su versión: el primero vio la luz en 1767; el último, algo seminal y de naturaleza diferente al resto, en 1781. De hecho, el núcleo de su traducción se comprendía en los cuatro primeros volúmenes, publicados entre 1767 y 1771, si bien las cuestiones referidas al ámbito político-económico se concentraban en los dos primeros, publicados en 1767-1768 y dedicados a analizar las reglas de la política en el "interior de un Estado".

La traducción del político y publicista alemán Jacques Frédéric Bielfeld, Baron de Bielfeld (1717-1770), alto consejero de Federico II, Rey de Prusia⁵, se inscribe en el seno de la fértil recepción que conoció en la España de la Ilustración el cameralismo germánico, bien conocida gracias a los trabajos de Lluch⁶. No obstante, su obra era algo periférica respecto a la ortodoxia que establecían los tratados sobre ciencia de la policía elaborados en los círculos académicos de Viena por Justi —cuyos inspiradores escritos antecederon a las *Institutions politiques* de Bielfeld— y Sonnenfels —cuya obra fue posterior y estuvo influida por la del

³ Las escasas noticias que disponemos de este traductor se deben a Ernest Lluch, *Las Españas vencidas del siglo XVIII. Claroscuros de la Ilustración*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 146-148.

⁴ *Institutions politiques par Monsieur le Baron de Bielfeld*, La Haye, Pierre Gosse, 1760, 2 tomos en 1 vol. Torre pudo sin embargo emplear como fuente la segunda o tercera ediciones, ambas publicadas en París, en 4 vol., por Duchesne, en 1761 y 1762, respectivamente. Y, sin duda, lo hizo también con la cuarta (Leyde, Leipsick, et Liège, J.F. Bassompierre, 1768-1774, 3 vol.), pues su volumen tercero se destinaba a una tercera parte inédita, póstuma, publicada en 1774, acerca del estado político de Europa, que él tradujo en 1781. La versión de Torre se titulaba: *Instituciones políticas: Obra en que se trata de la sociedad civil, de las leyes, de la policía, de la Real Hacienda, del comercio, y fuerzas de un Estado, y en general de todo cuanto pertenece al Gobierno. Escrita en Idioma Francés por el Barón de Bielfeld, y traducida al castellano por Domingo de la Torre y Mollinedo*, vol. I, Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez, 1767; vol. II, Madrid, Viuda de Manuel Fernández, 1768; vol. III y IV, Madrid, Andrés Otega, 1771; Madrid, Antonio Fernández, 1781.

⁵ Sobre su vida, vid. el "Éloge de M. de Bielfeld", leído en la academia real de ciencias y bellas letras de Berlín en 31 de mayo de 1770 y publicado en *Institutions politiques*, vol. V, pp. VI y ss.

⁶ Para una panorámica general, vid. Ernest Lluch, *Las Españas vencidas*, pp. 129 y ss.

propio Bielfeld—⁷. En cualquier caso, no debe de olvidarse que su obra fue publicada en plena Guerra de los Siete Años, cuando Prusia operaba como aliado de Gran Bretaña en la escena continental del conflicto.

Como buena parte de los autores carmeralistas, Bielfeld trataba de perfilar en sus *Institutions politiques* unas reglas “seguras e invariables” de todos los aspectos relevantes de la ciencia del gobierno, tratando de reducir la Política a un sistema de reglas metódicas que no solo resultara útil para el monarca y sus ministros, sino que pudiera ser enseñado en las cátedras de Derecho natural y de gentes. La ligazón con esta disciplina jurídica era indiscutible, pues en ella se encontraban los principios invariables que establecían lo que era justo desde el punto de vista moral. Por su parte, la Política tenía como finalidad definir “los medios más propios para hacer a un Estado formidable y felices a sus súbditos”⁸; por ello, establecía, no lo que era justo, sino lo que era útil. Sus leyes no podían ser similares en todo tiempo y lugar. Su variedad, debida a las condiciones naturales o el clima, obligaba a los monarcas a acomodar a ella las leyes positivas.

En sus líneas centrales, en las *Institutions politiques* la cuestión del origen de la sociedad y de la aparición de la soberanía política remitían a las obras sobre el Derecho natural y de gentes de Puffendorf⁹: las sociedades políticas tenían como objetivo garantizar las conveniencias, las comodidades y la seguridad. En cambio, su posición acerca de las formas de gobierno partía de Montesquieu, con cuya división tripartita, no obstante, Bielfeld manifestaba profundas discrepancias¹⁰. El consejero prusiano abogaba por la existencia de tres formas de gobierno —de uno solo (monarquía), de varios (aristocracia) y de muchos (democracia) —, así como de otros regímenes de naturaleza “mixta”, como el británico. Su planteamiento suponía un rechazo de las diversas formas de degeneración de esos tres regímenes (la tiranía, la oligarquía y la polutia), así como del despotismo, la tiranía u otras formas de poder absoluto que partiera del respeto al gobierno de las leyes. No obstante, resultaba incuestionable su preferencia por la monarquía absoluta, por “una nación gobernada por un rey cuya autoridad absoluta la modera la fuerza de

⁷ Keith Tribe, *Governing Economy. The Reformation of German Economic Discourse, 1750-1840*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988, pp. 78-84.

⁸ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. I, p. 37.

⁹ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. I, pp. 37-38.

¹⁰ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. I, pp. 39-40, 44-46.

las leyes”¹¹. En buena medida, su prolija y extensa obra trataba de establecer una guía muy detallada del conjunto de intervenciones públicas para un gobierno y una hacienda de esas características, en las diferentes áreas que establecía normalmente el camerialismo para la ciencia del gobierno: política interior (*polizei*), política exterior (*politik*), actividades económicas productivas y comercio (*Handlungswissenschaft*) y gobierno de las Finanzas (*Finanzwissenschaft*). La enorme precisión con la que esas intervenciones, teniendo como trasfondo principal la experiencia prusiana, eran descritas convertía la obra en particularmente atractiva para el gobierno de una monarquía como la española y, más aún, en los ámbitos de su Hacienda en donde podía ser comprendida como una especie de manual para guiar la política de intervenciones públicas y de fomento económico. No es por ello casual que la autoridad política destinataria de la traducción fuera el Conde de Aranda, Presidente del Consejo de Castilla; y tampoco que se realizara en un momento especialmente tormentoso de la primera fase del reinado de Carlos III, una vez cerrada la Guerra y los efectos inmediatos de la crisis política provocada por el motín de Esquilache.

Con relación a la traducción de Torre, aunque fuera íntegra, carecía de la calidad de las coetáneas de Marcoleta. Los posibles defectos de su versión eran debidos, según el propio Torre, a que él sólo poseía un conocimiento de la lengua francesa como “aficionado”¹². No obstante, en realidad, una revisión detallada de su contenido muestra que, aunque no añadiera apenas informaciones adicionales propias a su traducción, aplicó en cambio un riguroso criterio censor en la misma. Las materias más relacionadas con las cuestiones económicas eran las menos distorsionadas por el traductor español. Sus omisiones principales hacían referencia al marco político y de leyes civiles en el que se inscribía la labor de fomento económico. Hacían referencia a cuatro ámbitos principales.

El primero, sin bien con carácter de censura leve, aludía al planteamiento de Bielfeld acerca de los ya mencionados principios del origen de la sociedad y los derechos naturales y civiles. Aquí Torre omitía recurrentemente —si bien no siempre— las citas expresas a las fuentes del alemán, autores sin duda conflictivos desde la perspectiva española, como Montesquieu, Puffendorf, Grotius, Barbeyrac, Rousset o Wolf, además de Voltaire. También limaba algunas de sus aristas más punzantes en defensa de ciertos derechos “fundados en la naturaleza” y del

¹¹ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. I, p. 48.

¹² Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. I, “El traductor”, sin paginar.

carácter peculiar de la soberanía británica, repartida entre el Rey y el Parlamento. Ello, no obstante, no suponía, en absoluto, ocultar o censurar un planteamiento que se introducía sin ambages en terrenos tan resbaladizos como lo eran la mención a obras como las de Puffendorf, Grotius o Montesquieu.

Las censuras de Torre alcanzaban una dimensión mayor, en segundo lugar, respecto a diversas ideas de Bielfeld relativas al ejercicio de la soberanía y la promulgación de las leyes civiles. En este ámbito emergían con toda su crudeza los límites de la permisibilidad de la España católica de su tiempo. Torre omitía en su versión numerosas páginas relativas a cuestiones como la superstición religiosa; la estructura de las iglesias protestantes; la confesión religiosa como criterio de naturalización de extranjeros; los principios del pluralismo y la tolerancia en materias de religión; la defensa del divorcio, una cierta permisibilidad a diversas expresiones de la incontinencia privada y, por último, las duras y radicales expresiones a las que recurría una y otra vez Bielfeld para describir la "monstruosa" Inquisición española y condenar su existencia. En el trasfondo de todo ello se encontraba no sólo el intento de preservar la ortodoxia católica, cuanto la profunda discrepancia con el alemán en relación con los límites de la soberanía política: para Bielfeld, el Estado debía celar para evitar que pudiera ser creado "un estado dentro del Estado", como era precisamente el caso de la Inquisición. El soberano —o el cuerpo del Estado en el que residiera la soberanía— disfrutaba de todo el poder para dictar leyes en materia de religión: las reglas que estableciera la Iglesia debían de ser aprobada por él y publicadas bajo su autoridad. No obstante, todo ello no suponía que la versión de Torre cercenara otras cuestiones religiosas también de notable calado: por ejemplo, aunque en la obra original se defendiera el matrimonio católico, se discutía abiertamente de las supuestas ventajas de la poligamia; y aunque también se abogara por la vinculación entre la monarquía y la religión católica, figuraba discutido el legado de Bayle respecto a la existencia de pueblos que habían carecido de religión.

La contradicción entre los principios de la "sana política" y la severidad de la moral católica aparecía en un tercer contenido del texto original de Bielfeld que Torre censuraba en diversos pasajes de su traducción —si bien, una vez más, no siempre—, cual era la defensa del lujo: copiando a Melon, el alemán saltaba por encima de los límites religiosos para poder expresarse como "un político". Y junto a ello, por último, la cuestión del contexto de la recepción explicaba también la cuarta línea de censuras: Torre omitía numerosas digresiones de Bielfeld acerca de la economía española, que alcanzaban, además de sus críticas recurrentes a la

Inquisición y al "falso celo por la religión", la mala gestión del oro y los metales procedentes de América, la continuada pérdida de población, la política de expulsión de judíos y moriscos, o el excesivo número de célibes, eclesiásticos y conventos.

Como se ha mencionado, las censuras de Torres apenas alcanzaban el prolijo planteamiento de Bielfeld respecto a las funciones económicas del monarca, que se hallaban insertas en los dos primeros volúmenes de su obra. Como era habitual entre los autores cameralistas, esas funciones económicas tenían un carácter normativo muy acusado: estaban diseñadas para garantizar el control de la economía por parte del Estado, de tal manera que así se pudiera garantizar un orden económico y político que en ningún caso brotaba de manera armónica. En todo ello cobraba una importancia central la Hacienda Pública, como agencia responsable de las intervenciones públicas en el ámbito de la *policía*, principalmente la provisión y la baratura de los comestibles —en ella es muy visible la influencia de la tradición francesa de la vieja *police* a través de De la Mare—, y de otras que formaban parte del Derecho Público, que incluía las políticas demográficas, agrarias, financieras (moneda y deuda pública) y tributarias (ingresos y gastos públicos).

Significativamente, Bielfeld desgajaba de ellas tres ámbitos que hacían referencia a las manufacturas, el comercio y la navegación. Respecto a estos, su obra era menos interesante respecto a las fuentes manejadas por él —sus ideas partían normalmente de dos autores bien conocidos en España, Melon y Forbonnais—, cuanto de la conveniencia de crear al margen de la Hacienda un órgano propio que se encargara de diseñar las intervenciones públicas en esos tres sectores estratégicos. La propuesta de Bielfeld se concretaba en la creación de un Consejo Superior de Comercio¹³. La idea se asimilaba sin duda a la Junta de Comercio vigente en España; pero el planteamiento de Bielfeld podía resultar útil como elemento de contraste o de posible reforma de la misma. El Consejo propuesto por el alemán, aunque encabezado por el Ministro de Hacienda, no dependía de ésta. Era de naturaleza colegiada. En él debían de participar "banqueros, negociantes y fabricantes". Aunque establecido en la capital, debía de disponer de cámaras provinciales y acaparar las competencias del fomento de la manufactura, el comercio y la navegación. Así pues, desde la perspectiva de un funcionario de la Hacienda, como Torre, el texto de Bielfeld poseía la enorme

¹³ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. II, pp. 158 y ss.

utilidad de presentar todas las intervenciones públicas que requería una adecuada gestión de la Hacienda, lo cual podía presentarse ante Aranda como un auténtico programa de gobierno y de administración, a un mismo tiempo, una especie de manual útil para las autoridades y los funcionarios de la Hacienda.

El trasfondo rígidamente monárquico del contenido de la obra de Bielfeld no era óbice para que la realidad británica apareciera modulada en ella con un respeto que no le merecían las aristocracias o las repúblicas. Gran Bretaña era el mejor ejemplo de un gobierno de naturaleza mixta¹⁴, cuya soberanía residía conjuntamente en el rey y el parlamento y cuya dinámica política había sido la razón de la promulgación de numerosas leyes económicas elogiadas y asumidas por Bielfeld como positivas de cara al fomento agrario, comercial y manufacturero de las monarquías. En cualquier caso, su mirada hacia Gran Bretaña poseía una profundidad aún mayor. Según Bielfeld, el origen de las sociedades políticas traía como consecuencia la creación de "una constitución regular del Estado y por consiguiente leyes fundamentales que obligan al soberano y a los vasallos"¹⁵. Su afán codificador, tan propio de la tradición cameralista, se extendía a la idea preconstitucional de que cada Estado —grande o pequeño— sujeto al gobierno de las leyes debía tener su código de leyes completo, incluyente también de las leyes generales y de ciertas leyes fundamentales, relativamente fijas y públicas, "a que no se puede llegar sin destruir todo el sistema del Estado". Y el ejemplo principal de ello era Gran Bretaña. Allí el Parlamento articulaba una legislación continuada y pública. Este elogio del sistema político británico se extendía también a algunas de las líneas más polémicas de las decisiones parlamentarias en la esfera económica. Bielfeld se manifestaba abiertamente partidario del crédito público y de la política de endeudamiento seguida por Gran Bretaña. Así, atacaba duramente a Montesquieu y Melon debido a su posición contraria al uso del crédito público. Él sostenía que la posesión de deuda era un síntoma de opulencia de los países, y que los ingleses y los holandeses eran quienes habían desarrollado una política más correcta en este terreno. El único límite de esta política era el endeudamiento público destinado a financiar el consumo de lujo y los gastos frívolos¹⁶.

Esta particular mirada sobre Gran Bretaña se hacía más expresiva aún en el volumen último de la obra. Como se ha adelantado, la versión de Torre contó con

¹⁴ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. I, pp. 44-46.

¹⁵ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. I, p. 39.

¹⁶ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. I, pp. 348 y ss.

una especie de epílogo tardío en 1781, cuando, diez años después de publicada la traducción del volumen cuarto, se publicó el quinto, último y póstumo, que había visto la luz en 1774. La coyuntura de la nueva guerra con Gran Bretaña puede explicar que la calidad de la traducción de este volumen algo seminal fuera similar a la de los previos. Bielfeld presentaba en ese volumen su “Plan del Estado actual de la Europa”, con una descripción detallada, capítulo por capítulo, de sus principales países, España y Gran Bretaña, incluidos¹⁷.

El tratamiento de Torre respecto al primero siguió la línea censora de los volúmenes previos, pero con una extensión, intensidad y radicalidad quizás inusual. Esta es la razón principal por la que en 1781 vio la luz una nueva traducción de ese quinto volumen, debida al vasco Valentín de Foronda¹⁸. Torre aplicaba con un rigor implacable su criterio censor a todas y cada una de las ideas de Bielfeld atentatorias con la cultura política monárquica y católica de España, así como gravosas respecto a sus intereses. Contra Montesquieu y el propio Bielfeld, omitía las numerosas expresiones de éste que maldecían el carácter de los españoles —su pereza, orgullo, superstición, *grandezza* o sentido del honor—, condenados, en palabras del francés, “à posséder un vaste et beau pays inutilement”¹⁹. La secuencia censora continuaba con las consecuencias que, según el consejero prusiano, había tenido todo ello como lastre en el desarrollo económico español: la indolencia de la nación, el desprecio por los trabajos “útiles” y la inacción de su nobleza habían terminado por depauperar el comercio español y convertir en imposible el desarrollo de su manufactura, y todo ello a pesar de los dignos esfuerzos de Ensenada; mientras, la ingente posesión de metales preciosos no había cuajado en la creación de una nación “comercial”. A ello se unían después las censuras a Bielfeld acerca de la escasa población de España, motivadas entre otras razones por la injusta expulsión de judíos y musulmanes; el excesivo poder económico y político de su Iglesia; el incontable número de eclesiásticos, célibes y ociosos; o la injusta distribución de las riquezas, que apuntalaba el secular dominio de las clases exentas y privilegiadas de clérigos y nobles. Tampoco figuraban en la

¹⁷ El versado sobre España ocupaba las pp. 48-90 del vol. V de las *Institutions politiques*, y las pp. 48-106 de la traducción de Torre.

¹⁸ *Instituciones Políticas. Obra en que se trata de los reinos de Portugal y España... escrita en idioma francés por el Varon de Bielfeld y traducida al castellano, aumentada de muchas notas, por Don Valentín de Foronda*, Burdelos, Francisco Mor, 1781. Para todos los detalles de esta traducción, cuya publicación en Burdeos fue debida a razones de censura y de preferencia por parte del Consejo a la versión más severa de Torre Mollinedo, vid. José Manuel Barrenechea, *Valentín de Foronda, reformador y economista ilustrado*, Vitoria, Diputación Foral de Alava, 1984, p. 61.

¹⁹ Bielfeld, *Institutions politiques*, vol. V, pp. 46-47.

versión de Torre las críticas de Bielfeld respecto a la auténtica capacidad militar de España o a su deficiente sistema fiscal, así como sus duras censuras a los "horrores" de la Inquisición y a la enorme debilidad regalista de los monarcas españoles frente al Papa o "*contre les grands, contre le clergé et contre l'inquisition, d'où dépend le repos et le bonheur de la nation*"²⁰. En suma, la rigurosidad censora de Torre, de la que hemos señalado todas sus líneas centrales, terminaba por convertir en irreconocible el capítulo que Bielfeld había dedicado a España en su mapa político de Europa.

Todo lo contrario ocurría con el versado sobre Inglaterra²¹. El consejero prusiano Bielfeld había desplegado toda su narrativa elogiosa en su descripción de este país. Primero, elogiaba su forma de gobierno mixta y sus estructuras políticas²²; después, la madurez de su sociedad civil: los ingleses eran los que piensan "con más libertad en el mundo"²³; a continuación, lo hacía con su política de tratados comerciales y de búsqueda del equilibrio europeo; y, por último, y muy significativamente, respetaba las razones de Gran Bretaña en la nueva guerra y salía en su defensa en el delicado asunto de su posición fiscal y crediticia. El volumen de sus rentas era "inmenso" debido a que, frente a lo que sostenían "hábiles calculadores" y gracias en buena medida a la existencia de un banco, hacía uso del crédito público y gozaba de una más que merecida confianza internacional:

"El que concibiese la idea de agotar la Real Hacienda de Inglaterra se equivocaría en extremo en su modo de pensar y quedaría sorprendido al ver después de muchos años de una guerra ruinosa que el Parlamento concede al Soberano cantidades inmensas y que las encuentra sin mucha fatiga. De dos manantiales inagotables procede esta abundancia, que son el comercio y el crédito público... El crédito es el eje en que estriban los fondos públicos y este es el segundo recurso. Apenas hay país en la Europa cuyos vasallos no hayan puesto capitales considerables en los fondos de Inglaterra... Es increíble cuanto dinero se ha atraído la Inglaterra por este medio. Puede decirse que casi todas las riquezas de Europa han ido a perderse en aquel abismo"²⁴.

Como se ha mencionado, el contenido de la obra de Bielfeld acerca de España y, con toda probabilidad, la deficiente traducción publicada por Torre se hallan

²⁰ Bielfeld, *Institutions politiques*, vol. V, p. 82.

²¹ Bielfeld, *Institutions politiques*, vol. V, pp. 190-239.

²² Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. V, pp. 207-211.

²³ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. V, p. 212.

²⁴ Bielfeld, *Instituciones políticas*, vol. V, pp. 204-205.

detrás de la versión que Foronda publicó en 1781 de aquella obra. Ésta incluía únicamente su conflictivo capítulo sobre España, si bien aparentemente también se presentaba como una réplica a la traducción de Torre. Foronda pretendía ser más respetuoso con el contenido original, si bien su versión tampoco se hallaba exenta de censuras. Éstas abarcaban cuatro líneas de críticas presentes en el original de Bielfeld: la Inquisición, el clero español, la superstición y la debilidad de una política regalista que acotara el poder de la Iglesia. Ahora bien, y ahora a diferencia de Torre, en sus abundantes notas, Foronda se revolvía también contra Bielfeld. Su capítulo sobre España se hallaba plagado de errores groseros sobre la geografía, la historia, la economía o la política española. Además, si ello fuera poco, no se hallaba actualizado. Foronda sacaba a colación algunas de las reformas principales de los gobiernos de Fernando VI y Carlos III para, con un acento en ocasiones apologético, mostrar que esa falta de actualización distorsionaba totalmente el relato de Bielfeld. Pero, y nuevamente a diferencia de Torre, trataba de corregir también su profundo sentido anglófilo. Foronda se alineaba entre quienes salían en defensa del bloque borbónico franco-español y de la posibilidad de ampliar el campo de la guerra al ámbito del comercio, a través de políticas prohibicionistas de la exportación de mercancías a Gran Bretaña. Al mismo tiempo, copiando textualmente las informaciones económicas ofrecidas en las traducciones de Marcoleta, entendía que ese país, en razón a sus continuos conflictos bélicos, se hallaba en el límite de su capacidad de endeudamiento: era inminente que

“el peso de las deudas del Estado destruyese sus manufacturas, por el recargo que padecería el jornal del artesano para subvenir el pago de los intereses del dinero que había tomado el reino para sufragar los gastos de la guerra”²⁵.

3. Marcoleta y las traducciones españoles de Accarias de Serionne.

A medida que Torre Mollinedo daba a la luz su traducción de Bielfeld, la sombra de Accarias de Serionne volvía a hacerse presente en el escena española de la mano de Marcoleta. De los cinco tratados económicos que se atribuyen a ese periodista y economista francés, que hizo fortuna y carrera política en Austria y Hungría²⁶, dos

²⁵ Bielfeld, *Instituciones políticas* (ed. de V. de Foronda), pp. 143-144.

²⁶ Jacques Accarias de Serionne, *Les intérêts des nations de l'Europe, développés relativement au commerce*, 2ª ed., Leyde and Paris, Dessain (4 vol.); 1ª ed., Leyde, 1766 (2 vol.); *Le commerce de la Hollande*, Amsterdam, Changuion, 1768 (3 vol.); *La Richesse de l'Angleterre*, Vienne, Jean-Thomas de Trattner, 1771; *La vraie richesse de l'État*, Vienne, Joseph Kurzböck, 1774 (2 vol.); *La richesse de la Hollande*, London, aux dépends de la Compagnie, 1778 (5 vol.). En todos estos tratados abundan las

de ellos fueron traducidos de forma íntegra entre 1772 y 1774 en España por el funcionario vizcaíno de la Real Hacienda: *Les intérêts des nations* (1766) y *La Richesse de l'Angleterre* (1771), bajo el título respectivo de *Historia y descripción de los intereses del comercio* (1772-4) y *La Riqueza de la Inglaterra* (1774)²⁷.

Estas dos versiones poseían más en común de lo que aparentemente parece con las otras dos traducciones que realizó el propio Marcoleta de los escritos del ex-ministro de Hacienda George Grenville, cuyo contenido y finalidad han sido analizados en otro trabajo²⁸. Las dobles traducciones de Serionne y Grenville provenían de dos realidades políticas enfrentadas —la austríaca y británica— y poseían un perfil muy contrastado: frente al carácter de *cuasi-sistemas* de los textos de Serionne²⁹, los de Grenville eran simples memoriales en defensa de su labor como hombre de Estado. Ahora bien, en realidad, todas ellas compartían un intenso *filo rosso*. En ellas se realizaba una evaluación en profundidad del sistema económico y político británico, en el momento preciso en que, como dejaba entrever Marcoleta, la “anglomanía” era un clima de opinión dominante en España³⁰.

Las traducciones de Marcoleta reflejarán muy bien esos senderos minados de anglofilia y anglofobia entre los que caminaban las elites españolas. Para ellas las dos obras de Serionne presentaban el poderoso imán de hallarse sólidamente incardinadas en la búsqueda de un nuevo equilibrio político tras el Tratado de París (1763). En esa dirección apuntaba con toda rotundidad *Les intérêts*. Serionne había volcado en ella algunos de sus numerosos artículos para el *Journal de commerce*, escritos en plena Guerra, sobre el “comercio en general” y los diferentes países europeos, incluidos los de Portugal y España³¹, ya utilizados para esa fecha,

repeticiones y las copias de fragmentos. El último fue elaborado con toda probabilidad en colaboración de E. Luzac.

²⁷ Los títulos completos de las traducciones españolas eran, respectivamente: *Historia y descripción general de los intereses del comercio de todas las naciones de Europa en las cuatro partes del mundo*, Madrid, Miguel Escribano, 1772-1774 (4 vols.); *La Riqueza de la Inglaterra*, Madrid, Miguel Escribano, 1774.

²⁸ Astigarraga, “Las finalidades políticas de las traducciones españolas”.

²⁹ De acuerdo con la expresión de Joseph A. Schumpeter, *A History of Economic Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 1954, pp. 237 y ss.

³⁰ Vid., por ejemplo, su “Prólogo” a la ya mencionada traducción de Dangeul, sin paginar.

³¹ Respectivamente, Accarias de Serionne, *Les intérêts des nations*, vol. I, chap. IV y V. Otras referencias críticas a España subrayaban que se trataba de una nación con un agudo problema de despoblación rural y el único país europeo que perdía población, algo que no se podía deber al

como hemos analizado, de manera relativamente intensiva cinco años antes en el *Semanario* de Saura, en el caso del primero, y diez en las *Reflexiones* del vasco-francés Aragorri, en el del segundo.

Significativamente, *Les intérêts* se iniciaba con un capítulo sobre el “equilibrio”, que alumbraba el conjunto del mismo. A partir de fuentes clásicas (Polibio) y modernas (Hume y Montesquieu), en él se revisitaba el tópico de la necesidad de reemplazar sin dilación el tenebroso espíritu de “guerra y conquista” por el pacífico y civilizador del “comercio”. Dado que éste era el “*agent principal dans la politique*”³², la balanza de poder en Europa no dependía ya de la fuerza bélica; era, ante todo, balanza de comercio. Ésta se alcanzaba en el seno de una economía global en la que, de acuerdo con Montesquieu, no se podía excluir a ninguna nación del comercio y que, por encima de los intereses nacionales “particulares”, existía un “interés general” a todos ellos. Por ello, resultaba imprescindible el estudio de las dos ramas que componían la “ciencia del comercio”, a las que se dedicaba la obra —la “práctica” o mercantil (vol. IV) y la “teórica” sobre el “*commerce en général*” (vols. I-III)—, y, más en general, el de esos tratados sobre esa ciencia que venían diseminándose en todo el Continente.

Así pues, Serionne advertía de la existencia de un “interés general” de todas las naciones comerciantes. Una adecuada especialización en el comercio internacional lograría que los intereses nacionales particulares acabaran fundiéndose en el “*bien de l’humanité*”. En este arbitraje del poder internacional a través del comercio, lo sustancial no residía en las formas de gobierno —el comercio era adecuado para las repúblicas y las monarquías—, cuanto en el “vicio” o la “bondad” de la Administración, es decir, en lo acertado de sus políticas públicas. Un gobierno “sabio” debía ser capaz de adaptar los principios generales del comercio a las circunstancias de su economía, a la luz del papel que su país podía desempeñar en el comercio internacional. En este sentido, la siempre conflictiva posesión de minas de metales preciosos podía constituir un poderoso resorte para el crecimiento económico si era gestionada de manera opuesta a como lo habían hecho los países ibéricos: no sólo era posible sino positivo para el “*bien de l’humanité*” que hubiera naciones que alcanzaran “*une balance avantageuse par le secours des mines*”, mientras que otras “*travaillent à se donner*

sistema colonial, pues el comercio había favorecido el crecimiento de su población: *Les intérêts des nations*, vol. III, pp. 178-179 y 314-316.

³² Accarias de Serionne, *Les intérêts des nations*, vol. I, p. 6.

les mêmes avantages para les manufactures”³³. Por tanto, para Serionne, el comercio era un medio de resolver las rivalidades políticas y promover la virtud del patriotismo, pero, al mismo tiempo, y sin tapujos, una vía nada sutil de dominación.

La búsqueda de un nuevo equilibrio global basado en la pugna comercial pacífica requería de nuevos acuerdos comerciales, principalmente, uno bilateral entre Francia e Inglaterra, inspirado en la reducción de los aranceles, lo cual favorecería la reactivación del comercio global. Ahora bien, este planteamiento no estaba reñido con la consciencia de que Gran Bretaña se hallaba al límite de alcanzar la “Monarquía universal del comercio” y que, por tanto, era conveniente ponerle coto. El profundo sentimiento antibritánico de su obra remite a sus prolíficos artículos del *Journal del commerce*, escritos durante la Guerra de los Siete Años. Ya en el primer artículo de la publicación planteaba una tesis central muy presente en todo su obra. Gran Bretaña padecía de dos problemas difícilmente resolubles: sus elevadas presión fiscal y nivel de endeudamiento. Ello constituía el “principio de la ruina infalible” de su comercio³⁴. Esas críticas se extendían tanto a sus sistema político como a su estructura industrial. Y todo ello a diferencia de Francia. Este país poseía un sistema político más fiable y estable, y no padecía los profundos problemas fiscal y financiero británicos; de ahí que la libertad de Francia se llegara a confundir con la de Europa³⁵. Si el sentido común había proscrito la “monarquía universal”, debía ahora hacerlo con el eventual sistema de “comercio universal”³⁶. El descrédito del comercio y la manufactura británica será recurrente en toda la publicación.

³³ Accarias de Serionne, *Les intérêts des nations*, vol. I, p. 68.

³⁴ *Journal de commerce* (enero de 1759), pp. 88-89. Los ecos de Hume sobre el problema del crédito público, figuran en las pp. 105-106. Ese mismo sentido antibritánico se extendía al *Almanach des négociants* (1761), publicado por el propio Serionne: sobre sus críticas a la situación de la manufactura británica, vid. pp. 241-2, 313-314 y 340. Los problemas del posible *default* y de la insoslayable necesidad de que Gran Bretaña aprovechara el interregno de la paz, que siguió al Tratado de Aquisgrán, para desarrollar un plan “pacífico” de reducción de impuestos y de deuda había sido relatados con gran dramatismo en 1749 por Bolingbroke, en un texto que circuló en Francia y en España inserto en el volumen I de la traducción de Hume realizada por Le Blanc: *Reflexions politiques sur l'état présent de l'Angleterre, principalement à l'égard de ses taxes et ses dettes et sur leurs causes et leurs conséquences*, traduites de l'anglois de Mylord Bolingbroke, en *Discours Politiques, traduits de l'anglois de David Hume*, vol I, Amsterdam, 1754, pp. 331-429.

³⁵ *Journal de commerce* (enero de 1759), p. 133.

³⁶ *Journal de commerce* (febrero de 1759), p. 7.

Esta idea será integrada en un esquema más mucho amplio en *La Richesse de l'Angleterre*, la segunda de las versiones de Marcoleta³⁷. Los siete densos capítulos de este libro se incardinaban en el debate europeo sobre las formas de gobierno abierto por Montesquieu, con quien Serionne manifestaba discrepancias muy serias³⁸. En este caso, se trataba de una evaluación puntillosa del sistema británico. Su contenido respondía a una sagaz construcción, orientada a resaltar las ventajas de la monarquía frente a sus alternativas de los sistemas republicano y, principalmente, británico. Su resultado final era una condena sin paliativos de este último. Para Serionne, el sistema británico era de naturaleza mixta, con componentes propios de la aristocracia, la democracia y la monarquía³⁹. Ahora bien, esta singularidad no se traducía en ventajas para sus habitantes. Serionne disparaba contra fuentes clásicas de la tratadística política británica —Bolingbroke, Blackstone, Chamberlayne o Grenville— con el fin de poner al desnudo uno a uno todos sus defectos. Sus dos cámaras parlamentarias ejercían con la misma ambición que un monarca absoluto y eran un nido de “tumultos, artimañas, facciones”. En ellas, el espíritu de partido y el interés personal de los parlamentarios —una minoría de la población, como recordaba sagazmente Serionne— se imponía sobre el general de la nación, transformando el conjunto del sistema político en un factor disgregador de ésta. A ello contribuía también el que las dos cámaras distribuyeran arbitrariamente los empleos y se atribuyeran funciones legislativas y ejecutivas. De esta manera, Gran Bretaña adolecía de la carencia de una adecuada división de poderes y contrapesos de “cuerpos intermedios”. A falta de estos, esas dos cámaras no eran capaces de cumplir funciones equilibradoras y, por tanto, de “sostener y perpetuar la libertad”⁴⁰. Tampoco era extraño que, víctima de una administración “complicada e incierta”, el país padeciera una legislación imperfecta, en cuanto que derivada de normas arbitrarias, y asimismo que su justicia fuera “lenta, ruinosa, incierta e injusta”⁴¹.

³⁷ Muchas de esas ideas ya habían sido adelantadas en el cap. VIII del vol. I de *Les intérêts des nations*, dedicado a Gran Bretaña.

³⁸ A falta de un estudio en profundidad, vid., en particular, Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, chap. II, pp. 12-31, y *La vraie richesse de l'État*, vol. I, chap. II; en este segundo caso esas críticas se veían reforzadas por la influencia del escritor cameralista Justi.

³⁹ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, p. 13.

⁴⁰ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, p. 23.

⁴¹ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, pp. 13 y 16.

Los defectos del sistema político británico eran tan graves que llegaban a neutralizar los beneficios sociales derivados del notable desarrollo alcanzado por determinados derechos individuales, en particular, el de propiedad, pero también los de libertad de imprenta, expresión o *habeas corpus*⁴². Gran Bretaña había sido el primer país en superar la "anarquía" de los gobiernos feudales, expresión depurada de la tiranía; ninguna nación había logrado "ser tan libre" como ella; ahora bien, pagando un precio muy elevado por ello⁴³. La libertad política británica aparentaba ser superior a la de otros países también ajenos al sistema feudal y bajo el "gobierno de las leyes"; pero, en realidad, era de peor calidad, incluso respecto a las monarquías absolutas: éstas garantizaban mejor la seguridad de los bienes y las personas y el respeto a los derechos de la humanidad. Las supuestas ventajas de la admirada libertad británica se traducían en un conjunto de obligaciones tiránicas, como los servicios al Rey, las milicias o el exceso de impuestos, que no se aplicaban en "nuestras monarquías absolutas" y que, en términos prácticos, no hacían sino socavar la operatividad real de esos elogiados derechos individuales: la libertad en el gobierno monárquico generaba mejores resultados sociales que el *habeas corpus*⁴⁴. Así pues, el pueblo británico vivía bajo la opresión de los Grandes y los parlamentarios, y no presentaba "ninguna ventaja" respecto a los pueblos bajo el absolutismo monárquico. Ahora bien, la alternativa no consistía en la libertad republicana: profundamente crítico también con ella, Serionne entendía que ésta había de corromperse irremediabilmente hasta derivar en el despotismo. De esta manera, la monarquía se presentaba como el único sistema aceptable. El contraste era muy elocuente: mientras en éstas el monarca era un auténtico símbolo de un "sistema unitario", es decir un sistema con capacidad para armonizar los infinitos detalles de la administración⁴⁵, en Gran Bretaña aquél tenía intereses propios y sus habitantes vivían bajo la opresión de los parlamentarios.

Los graves defectos del sistema político de Gran Bretaña se trasladaban también a la esfera económica. El prodigioso crecimiento de sus riquezas era más supuesto que real. Su punto álgido se había alcanzado al inicio de la anterior

⁴² Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, pp. 32 y ss., 54 y ss.

⁴³ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, p. 12.

⁴⁴ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, p. 20.

⁴⁵ Insiste sobre ello, en particular, en Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, p. 65, bajo influencia cameralista.

guerra hispano-británica, alrededor de 1741⁴⁶. A partir de esa fecha Gran Bretaña había priorizado el ejercicio de derechos como los de expresión, *habeas corpus* o supuesta participación política, en detrimento del esencial para el desarrollo económico⁴⁷: la libertad que garantizara el ejercicio de la propiedad. En su extensa narración sobre la historia económica de Gran Bretaña, Serionne trataba de mostrar que sus fases de crecimiento se habían cimentado en el respeto al derecho de propiedad, en un contexto de "buenas leyes" y de bajo endeudamiento y presión fiscal. El país mejoró aún más su posición internacional cuando, a fines del siglo XVII, situó como prioridad la mejora de su agricultura, a través de la extensión del cultivo y el comercio de frutos agrarios. Este aumento de los "fondos de riquezas naturales" incentivaba poderosamente el desarrollo de la industria; por ello constituía la fuente principal de la riqueza de las naciones, en particular, de las monarquías territoriales⁴⁸. En este sentido, una muestra elocuente del declive británico era la sustitución gradual de su pujante comercio de bienes propios por el de intermediación. Este era propio de las repúblicas, y estaba condenado al fracaso, como mostraba el caso de Holanda, al cual Gran Bretaña se acercaba de manera peligrosa⁴⁹.

Adicionalmente, Gran Bretaña había trasladado el eje de su desarrollo económico desde las riquezas "naturales" a las "artificiales" o "ficticias", es decir, las que tenían su origen en el crédito público, con sus irremediables efectos dañinos en el volumen de deuda pública y en la presión fiscal, que debía de crecer irremediablemente para sufragar aquélla. Serionne retomaba aquí el crucial debate europeo sobre esta cuestión, abierto por la obra de Hume⁵⁰. Según el francés, esta situación afectaba a todo tipo de impuestos, pero era especialmente grave en los aranceles y los que gravaban los bienes de primera necesidad, hasta el punto de que las ventajas derivadas de la libertad de comercio no podían neutralizar el daño ocasionado por ambos⁵¹. Además, esta excesiva presión fiscal era imposible de conciliar con la libertad económica, porque acababa destruyendo

⁴⁶ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, pp. 28 y ss.

⁴⁷ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, pp. 32-3.

⁴⁸ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, p. 35; *La vraie richesse de l'État*, vol. I, p. 142.

⁴⁹ Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, p. 8, 142 y ss., 167.

⁵⁰ David Hume, *Discours Politiques, traduits de l'anglois de Monsieur Hume*, Dresde, Michel Groell, 1755 (2 vol.), vol. I, discours VIII.

⁵¹ Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, p. 145.

el espíritu de propiedad, al impedir a los trabajadores apropiarse del fruto de su trabajo, y reducía la riqueza nacional, al estimular el comercio clandestino y elevar el precio de los bienes agrarios e industriales⁵²: su palpable pérdida de competitividad radicaba en el exceso de deuda y de impuestos. En suma, el problema de la gestión de su nuevo imperio colonial no era ciertamente el más grave de los que debía afrontar Gran Bretaña.

En su riguroso análisis crítico de la economía británica el dedo acusador de Serionne apuntaba a Grenville, en concreto, a su *State of the Nation* (1767)⁵³. En este escrito, publicado poco después de que Grenville abandonara el Ministerio de Hacienda británico, se ponía toda la maquinaria de la comunicación pública al servicio de sus posiciones políticas y de la defensa concreta que, frente a sus adversarios, él venía realizando de los intereses británicos en el nuevo escenario post-bélico. Pero, todo ello no sólo ante su país, sino también mirando más allá del Canal de la Mancha. Por ello, no es extraño que esa obra generara una cascada inmediata de traducciones encadenadas entre sí que, partiendo de Francia, alcanzaron a España y Nápoles, es decir, a todo el frente de la Europa borbónica derrotada en la Guerra. Su objetivo era contrarrestar el sutil balance ofrecido por Grenville en defensa de la fortaleza económica y política de Gran Bretaña y su imperio. En España fue el propio Marcoleta quien tradujo en 1770 y 1781 dos escritos de Grenville. Y lo hizo reescribiendo con un sentido aún más negativo sobre las traducciones francesas previas, ya extremadamente críticas con su figura⁵⁴. De esta manera, se reforzaba el balance devastador ofrecido por Serionne de la gestión política de Grenville. Aquel dudaba de la veracidad de sus presupuestos, discutía en detalle sus estadísticas y desestimaba sus políticas públicas destinadas a activar la economía británica post-bélica: lejos de invertir la trayectoria negativa de ésta, aún la había agravado más con sus nuevas operaciones ruinosas de crédito, la emisión de riqueza "ficticia" de masa monetaria y la elevación de los impuestos.

Así pues, frente a lo que se afirmaba comúnmente, el presente económico de Gran Bretaña era de extrema postración. Serionne llegaba a comparar su situación

⁵² Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, p. 25.

⁵³ Vid., en particular, Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, cap. VI.

⁵⁴ Sobre la recepción crítica de esa obra en la Europa borbónica, vid. Astigarraga, "La finalidad política". El análisis que se elabora en este trabajo se ve reforzado por la traducción posterior a las españolas y francesas que realizó en Nápoles en 1775 el calabrés Michelle Torcia de la obra de Grenville.

con la de España tras el descubrimiento de América, antes de que el oro y la plata aniquilaran su floreciente comercio⁵⁵. El problema no poseía una solución simple pues era sencillamente estructural: obligaba a un cambio radical en el sistema británico de finanzas con el fin de acometer una reducción drástica de la deuda pública y la renuncia a seguir empleándola para financiar guerras. Ello permitiría bajar los impuestos y los aranceles, condición indispensable para la reactivación de la economía británica. Serionne recordaba en este contexto la lapidaria disyuntiva de Hume: o la nación destruía el crédito o el crédito destruía la nación. Por tanto, la solución requería de un cambio radical en el sistema británico de finanzas con el fin de acometer una reducción drástica del “*phantome du crédit publique*”, así como la renuncia a seguir empleando ésta con fines bélicos. Ello permitiría bajar los impuestos y los aranceles, condición indispensable para la reactivación de la economía. No obstante, a pesar de esta eventual situación de extrema debilidad económica, Serionne sugería un conjunto de alianzas internacionales, que comprometían principalmente a Francia y España, es decir, a los protagonistas del Tercer Pacto de Familia (1761), para imponer a Gran Bretaña un trato de reciprocidad y evitar que su “espíritu de conquista y de ambición” pudiera culminar en la innombrable “monarquía universal del comercio”.

Desde la perspectiva de España, la mirada crítica de Serionne sobre Gran Bretaña resolvía perfectamente la encrucijada que su sombra arrojaba sobre el país durante esos años. Contrario a los sistemas republicano⁵⁶ y “mixto” británico, Serionne defendía sin fisuras un gobierno de las leyes “*doux et modérée*”, basado en la mejora de las costumbres y los conocimientos a través de la divulgación de las ciencias y las artes y la extensión contenida de un “espíritu patriótico” que garantizara la seguridad de la propiedad⁵⁷. Su forma óptima era el gobierno monárquico, el único que podía armonizar los intereses en conflicto y reunir en torno a un sistema general todos los infinitos detalles de la administración⁵⁸. Su

⁵⁵ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, pp. 114-116.

⁵⁶ Insiste sobre ello, en particular, en Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, pp. 55 y ss.

⁵⁷ Para mayor abundamiento, vid. Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, pp. 33 y ss. En esa obra identifica al gobierno monárquico como el único que puede garantizar la felicidad pública (p. 118). Las costumbres “dulces” y el progreso en las ciencias y las artes son la mejor vía de establecer la virtud social (Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. II, pp. 340 y ss.).

⁵⁸ Insiste sobre ello, en particular, en Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, p. 65. Y ello frente a las repúblicas, que carecen de un “sistema general de un buen gobierno”: Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, pp. 78-9; vol. II, p. 107.

defensa sin fisuras de éste era una pertinente llamada de atención a las elites españolas en un momento en que, por un lado, la lenta apertura del debate constitucional en España les hacía mirar hacia Gran Bretaña como un posible modelo para el tránsito de su país hacia una Monarquía parlamentaria y, por otro, la coyuntura política del momento obligaba a aquilatar más que nunca la imagen que difundir en su país de esa pujante Gran Bretaña. La obra de Serionne, con su trasfondo político austríaco y su profundo contenido antibritánico, era perfecta en ese sentido.

También en la faceta más estrictamente económica *La Richesse de l'Angleterre* alimentaba la formación de una "opinión" correcta entre las elites españolas. Esa obra se presentaba como un catálogo de políticas económicas para una monarquía "grande". Tras su análisis, Serionne podía presentar a Francia como una economía más pujante que Gran Bretaña: por un lado, menos endeudada y atenazada por los impuestos; por otro, dado que el comercio era el auténtico pilar de los países, las monarquías incluidas, Francia seguía agarrada a su comercio de riquezas territoriales, "a lo Sully"⁵⁹, con una especial dedicación a los bienes agrarios, también como sustento básico para el desarrollo de la industria nacional, y propio de la monarquía⁶⁰. Ahora bien, este agrarismo de Serionne seguía siendo, como en todos sus escritos previos, radicalmente antifisiócrata. En *La Richesse de l'Angleterre* él había intensificado su particular cruzada contra estos "economistas modernos"⁶¹. El centro de sus críticas era ahora el sistema "quimérico" y la "teórica enteramente inútil" de Le Mercier de la Rivière. Esta marca identitaria antifisiócrata era una razón adicional para explicar la buena acogida de esa obra en España. Como es conocido, durante los años sesenta y setenta no había surgido en este país una corriente fisiócrata propiamente dicha⁶². De hecho, la corriente principal de la Ilustración española se venía construyendo en torno a autores antifisiócratas y ajenos a la escuela. En este sentido, Forbonnais resultaba especialmente relevante, toda vez que constituía un autor central en Serionne y, al mismo tiempo, era la referencia central del gradual descubrimiento por parte de los ilustrados españoles de los principios de la "ciencia del comercio". De hecho, la

⁵⁹ Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, p. 200 y 297.

⁶⁰ Accarias de Serionne, *La Richesse de l'Angleterre*, p. 129; Accarias de Serionne, *La vraie richesse de l'État*, vol. I, pp. 136-138 y 145 y ss.

⁶¹ Así lo hará años después también en *La vraie richesse de l'État*.

⁶² Sobre la fisiocracia en España, vid. Ernest Lluch and Lluís Argemí, *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1830)*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1985.

corriente principal de la Ilustración española siguió construyéndose en torno a autores ajenos a la fisiocracia, incluido el cameralismo de Justi y Bielfeld, con su intensa inclinación hacia la industria⁶³.

Todo estas cuestiones ayudan a comprender el curso que siguió la traducción de *La Richesse de l'Angleterre* por Marcoleta. Fue publicada en 1774, con una dilación de tres años sobre el original, poco habitual para el caso español. Además, el vizcaíno no hizo nada para mitigar el contenido antifisiócrata y antibritánico de la obra: la tradujo de manera impecable, íntegramente y sin censuras. Tan sólo incorporó a ella algunas notas propias procedentes de su traducción de los dos primeros volúmenes de *Les intérêts*, ya publicados en 1772.

Por su parte, la culminación de ésta se vio envuelta en un proceso muy singular. Marcoleta la había iniciado con su maestría habitual, realizando una versión de gran calidad y desnuda de cualquier censura e información adicional. Así vieron la luz esos dos primeros volúmenes. Estos eran sin duda los de mayor calidad de todas las traducciones publicadas en España hasta esa fecha. Buena muestra de ello es que incluían por vez primera la teoría del *entrepreneur* o *undertaken* de Cantillon, a quien Marcoleta identificaba con el neologismo de "empresario". También incorporaban el controvertido capítulo *De l'Espagne*, ahora además íntegro, con lo que, a diferencia de la versión "pirata" de Aragoz, incluía la extensa reflexión de Serionne sobre las manufacturas españolas y la conveniencia de promoverlas con el trasfondo de una poderosa base agraria y sometiénolas a la competencia internacional. Estos dos excelentes volúmenes pasaron en mayo y julio de 1772 sin ningún problema la censura. El censor elogió su calidad y deslizó críticas a los "sabios españoles" por no elaborar escritos similares sobre la "ciencia del comercio"⁶⁴. Ahora bien, el contenido de la traducción cambió radicalmente de signo cuando, pocos meses después, vio la luz una impugnación anónima, si bien elaborada a la sombra del poderoso Campomanes, que refutaba el capítulo *De l'Espagne*. Como se explica con detalle en otra investigación⁶⁵, el resultado de esa impugnación en los dos últimos volúmenes de su traducción fue inmediato. Marcoleta incorporó un cuantioso conjunto de

⁶³ Sobre esta cuestión, vid. Ernest Lluch *Las Españas vencidas*.

⁶⁴ Vid. el expediente en el Archivo Histórico Nacional (A.H.N.), *Consejos*, leg. 5573-71.

⁶⁵ J. Astigarraga, "L'économie espagnole en débat. L'oeuvre d'Accarias de Serionne et sa réfutation par Campomanes", *Revue Historique*, 2012, nº 662, pp. 356-389.

notas que matizaban, criticaban o refutaban las ideas del francés. La emergente "esfera pública" española seguía bajo la férrea tutela del poder político.

¿Cuál fue la suerte de la obra de Serionne una vez culminadas la versión "pirata" de Aragorri, las traducciones de Marcoleta y el escrito refutatorio de Campomanes? En el caso de este último todo apunta a que fue un escrito con una circulación reducida en la Ilustración española. Sólo sabemos que la conociera Normante, responsable de la Cátedra de Economía Civil y Comercio de Zaragoza, pionera en la historia de España⁶⁶. En cambio, eso no fue lo que sucedió con la obra de Serionne en su conjunto. Desde el corazón de la Hacienda, Marcoleta logró con sus traducciones que las ideas del francés se diseminaran a lo largo de toda la Monarquía hispana. El economista español más influido por Serionne fue sin duda Jaime Caresmar, cuyo *Discurso* (c. 1780), inédito en su tiempo, está considerado el manifiesto central de la Ilustración económica en Cataluña⁶⁷. Pero esa influencia alcanzó también a Argáiz, Villava, Danvila, De los Heros, Arteta, Caresmar, Normante, Sempere o Gutiérrez, quienes aplicaron las ideas de Serionne a marcos regionales concretos: Navarra, Aragón, Valencia o el País Vasco. Los métodos relativistas del economista francés, su visión agro-industrial, su rechazo a identificar la riqueza con los metales preciosos y su oposición al uso abusivo de la riqueza "ficticia" del crédito público fueron argumentos reiterados por todos estos destacados autores de la Ilustración española. Ahora bien, si hubo un ámbito en el que la obra de Serionne fue especialmente influyente, fue sin duda el comercio colonial: a través de vías diversas, esa obra se hizo presente en los prolegómenos de los *Reglamentos* de 1778 y 1789, que ampliaron el área del "comercio libre" y la libertad de puertos a todo el Imperio⁶⁸.

⁶⁶ Lorenzo Normante, *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos y la necesidad de su estudio metódico*, Zaragoza, Blas de Miedes, 1784, p. 10. El catedrático salía en defensa de las críticas de Campomanes a Marcoleta: el traductor debía de "señalar las ideas poco conformes a la nación".

⁶⁷ De acuerdo con la valoración que realizó Ernest Lluch, editor del extenso escrito de Caresmar; vid. su *Discurso sobre la agricultura, comercio e industria del Principado de Cataluña*, Barcelona, Alta Fulla, 1997.

⁶⁸ En 1778, el ubicuo Aragorri fue decisivo, junto a Campomanes, para persuadir al ministro Gálvez de que elaborara un nuevo *Reglamento* sobre el *comercio libre*; vid. Stanley J. Stein and Barbara J. Stein, *Apogee of Empire. Spain and New Spain in the Age of Charles III, 1759-1789*, The Johns Hopkins University Press, 2003; trad. española, Barcelona, Crítica, 2005, pp. 161 y ss., p. 413, nota 78. En 1789, cuando el programa de liberalización gradual del comercio colonial fue culminado, las ideas de Serionne sobre las colonias españolas volverán a ser traducidas y a circular, ahora de manera manuscrita, de la mano de un "celoso profesor del comercio", con toda probabilidad, Lorenzo Normante. El manuscrito, cuyo contenido fue destacado por Anthony Padgen ("Identity Formation in Spanish America", in N. Canny and A. Padgen, *Colonial Identity in the Atlantic World, 1500-1800*, Princeton University Press, 1987, p. 92), se encuentra en la British Library, Add. 13984, ff. 136-167.

Por tanto, la obra de Serionne fue no solo objeto en España de plagios, traducciones, refutaciones o resúmenes, sino también sirvió de guía para el diseño de políticas económicas durante la segunda mitad del siglo XVIII. Detrás de este intenso proceso de circulación y aplicación de ideas se hallaba el hecho de que el trabajo de Serionne armonizaba muy bien con la corriente principal de las ideas económicas de este período. Esta consistió esencialmente en la investigación de cómo diseñar un modelo de crecimiento mixto, agrario e industrial, adecuado para una “gran monarquía” que padecía de subordinación comercial y subdesarrollo económico, como era el caso de España.

Mientras esto ocurría en España, la obra de Serionne conocía una diseminación notable en otros países europeos. Por la vía de la traducción, su tratado más exitoso fue *La richesse de la Hollande* (1778). Gracias a la versión notablemente ampliada que realizó del mismo al holandés el jurista Luzac (*Hollands Rijkdom*, Leyden, 1780-1783), fue entusiásticamente recibido en Alemania, donde en 1788 y en 1790 vieron la luz una traducción abreviada y otra completa del mismo, cuyo eco se extenderá hasta los economistas clásicos británicos⁶⁹. En cambio, no hay ninguna huella de su influencia en España, una prueba más de que el paradigma de Holanda como modelo de nación comercial era objeto de un declive imparable desde la generación de Uztáriz y la traducción en 1717 del texto de Huet, *Le Grand trésor historique et politique du florissant commerce des Hollandais* (1713), promovida por él⁷⁰. Ahora bien, al mismo tiempo,

El manuscrito volvía a traducir el primer capítulo de *Les intérêt des nations* de Serionne. Sobre las diferencias entre el modelo “gradual” español y el británico, vid. David Armitage, *The ideological Origins of the British Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, pp. 146-169, y John H. Elliott, *Imperios del mundo atlántico. España y Gran Bretaña en América (1492-1830)*, Madrid, Taurus, 2006, pp. 443 y ss.

⁶⁹ Tribe, *Governing Economy*, pp. 168-169; Wyger R. E. Velema (1993). *Enlightenment and Conservatism in the Dutch Republic. The Political Thought of Elie Luzac (1721-1796)*, Assen, 1993, pp. 119-121. La huella del jurista Luzac era particularmente visible en el “Prefacio” de *La Richesse Hollande* (vol. I, pp. 1ff.) en el que eran desarrolladas las ideas del contrato social y la sociabilidad del comercio. Ahora bien, debe subrayarse que este trabajo era en realidad una segunda edición del previo *Le commerce of Hollande* (1768), el primer libro de Serionne dedicado a mejorar los tratados previos de Huet y Ricard acerca del auge y el declive de la economía holandesa (*Le commerce de la Hollande*, vol. I, pp. VI y ss.). *La Richesse de la Hollande* ocupaba los volúmenes II, III, IV y V. *La vraie richesse de l'état* (1774) fue el único trabajo de Serionne sin una difusión internacional clara. Tenía un perfil más nítidamente cameralista, debido a la influencia de Justi. Parece haber sido elaborado específicamente para el contexto austro-húngaro.

⁷⁰ A ello contribuía sin duda el intenso espíritu crítico con el que Serionne abordaba la “humillación” y el “despotismo” español durante su etapa de ocupación de Holanda. Ello contrastaba con la “dulzura” de la Administración Pública holandesa (vid. *Le commerce de la Hollande*, por ejemplo, vol. I, pp. 12 y 16).

una segunda vía de diseminación continental de la obra de Serionne —más relevante para el caso español— fue la huella que ésta dejó en otros tratados económicos europeos. En concreto, su análisis sobre el porvenir económico de España encontró un eco muy notable en ellos, entre otros, en autores tan influyentes como Raynal o Filangieri. Ello generó en España una nueva ola de textos refutatorios cuya orientación seguía el contenido de la *Impugnación* previa de Campomanes⁷¹. Por tanto, la convicción de éste sobre la necesidad de incidir en una "opinión" favorable a la industria española a través de los escritos "ilustrados" no era desacertada.

Ahora bien, más allá de las discusiones doctrinales precisas, los ilustrados españoles consideraron la obra de Serionne como una pieza central de la cultura económica que venía consolidándose en su país desde mediados de siglo; incluso, como sostuvieron Normante o Capmany, resultaba especialmente útil para el fomento del estudio del "comercio", tal y como sucedió en los programas de la Cátedra de Zaragoza. Por ello tiene una enorme significación que en una fecha tan tardía como 1788 la Inquisición tratara, si bien sin ningún éxito, de que los capítulos de *Les intérêts* dedicados al sistema bancario fueran censurados y retirados de la traducción de Marcoleta, al considerarlos contrarios a la doctrina católica sobre la usura⁷². Este hecho muestra con toda su crudeza las dificultades que envolvió el despliegue de la Ilustración en España y, al mismo tiempo, el papel perturbador que la Economía Política acabó desempeñando para quienes trataban de preservar incólumes los seculares principios de España como una monarquía, absolutista y católica: sin el significativo papel modernizador desempeñado en España por la Economía Política no es posible comprender la emergencia de la cultura constitucional. De hecho, en esas fechas, la batalla ideológica que conducirá al país a su primera Constitución se había abierto ya en todos sus frentes. Los ilustrados españoles encararon entonces con todas sus consecuencias la trascendencia de que su país asumiera los principios de la "ciencia del comercio", poniendo en circulación entre 1786 y 1794 traducciones, entre otros, de Melon, Necker, Condillac, Turgot, Hume, Genovesi, Filangieri o Smith. Esa ciencia había dejado de ser para entonces el único lenguaje con potencial reformador de la Política, pero no por ello perdió un ápice de su interés. En 1801, cuando el declive

⁷¹ Las nuevas refutaciones a las que aludimos fueron obra de Francisco Paula del Rey y Matanegui; sobre esta cuestión nos remitimos a Jesús Astigarraga y Javier Usoz, "G. Filangieri's Political Economy in the 18th-century Spain: *Reflexiones económico-políticas* (1792) by Francisco de Paula del Rey", *Il pensiero economico italiano*, XIII, 2005, pp. 51-77.

⁷² El expediente se encuentra en el A.H.N., *Inquisición*, leg. 4463-10 et 4482-11.

de la obra de Serionne era más que cierto, Aragorri, su primer introductor en España, legaba a su sobrino su enorme fortuna, una de las amplias de la España de su tiempo, con la única condición de que fuera educado en la ciencia de la Economía Política.

CAPÍTULO 5

ANNE-ROBERT-JACQUES TURGOT

5.1. Les traductions espagnoles des normes législatives et des écrits économiques de Turgot (1774-1791) (pp. 362-385).

5.2. Turgot en Espagne (1774-1813): entre la liberté du travail et le système intermédiaire (pp. 386-409).

1. LES TRADUCTIONS ESPAGNOLES DES NORMES LÉGISLATIVES ET DES ÉCRITS ÉCONOMIQUES DE TURGOT (1774-1791)

1. Introduction.

Le célèbre économiste espagnol Gaspar Melchor Jovellanos raconte dans ses *Journaux — Diarios —* que, au cours du printemps 1794, il a pu lire avec attention et une certaine assiduité la *Vie de M. Turgot* de Condorcet¹. De cette lecture, il a tiré un ensemble de *Notes — Apuntamientos —* concernant les idées de Turgot, qui sont restées manuscrites et à l'état de fragments². Conçues comme une sorte de dictionnaire conceptuel, ces *Notes* n'étaient pas destinées à la publication ; elles devaient servir à construire une « étude sur l'économie sociale et politique ». Leur contenu est tout à fait caractéristique des écrivains espagnols des Lumières qui appartiennent à la même génération que Jovellanos : dans la bigarrure de ses notes personnelles, Jovellanos s'intéressait davantage au Turgot « physiocrate » portraituré par Condorcet qu'au Turgot « républicain », minutieusement décrit dans la deuxième partie de la *Vie de M. Turgot*³. Cette lecture orientée de cet ouvrage, qui se focalise donc sur son contenu économique, n'est pas surprenante. Elle correspond à un moment précis de l'évolution intellectuelle de Jovellanos : la période de préparation à cette « étude sur l'économie sociale et politique », qu'il mentionne dans ses *Apuntamientos* et qui deviendra quelques mois plus tard son célèbre *Rapport sur la Loi Agraire — Informe de Ley Agraria —* (1795).

* L'auteur tient à remercier les rapporteurs anonymes des AHRF pour les remarques, critiques et suggestions qu'ils ont formulées. Ce travail fait partie du Projet HAR2011-29036-C02-01.

¹ [Marie Jean Antoine Nicolas CARITAT, Marquis de CONDORCET], *Vie de M. Turgot*, [Londres], Paris, 1786. Jovellanos était aussi lecteur de sa *Bibliothèque de l'homme public*, Paris, Buisson, 1790-1792, 28 vol. Voir Gaspar Melchor de JOVELLANOS, *Diarios*, vol. VI (Oviedo, 1994) et vol. VII (Oviedo, 1999), 23 mai 1794 et 15 février 1795.

² *Apuntamientos (o mejor pensamientos) extractados de las obras de Turgot (que, a su vez, los toma de Adam Smith), con los cuales planea Jovellanos los suyos, para un estudio sobre Economía social y política*, manuscrit, Biblioteca Municipal de Gijón, dossier XV-177. Ces notes furent éditées par Vicent LLOMBART et Joaquín OCAMPO (eds.), *Escritos económicos*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII et KRK Editores, 2008, p. 928-931.

³ Sur Condorcet et Turgot, voir Jean-Claude PERROT, *Une histoire intellectuelle de l'Économie Politique (XVIIe-XVIIIe siècle)*, Paris, EHESS, 1992, p. 306 et ss.

Le Turgot « politique » n'était certes pas inconnu des contemporains de Jovellanos⁴, mais l'œuvre de Condorcet a surtout permis de prolonger l'accueil très favorable dont bénéficiait en Espagne la figure du Turgot « économiste » depuis déjà deux décennies⁵. Jovellanos le considérait comme un auteur dont le rôle était déterminant dans le développement récent de l'économie politique, cette science qui, pour lui, avait donné à connaître « la condition misérable des peuples » et qui était la base de la richesse publique et privée⁶. Cette bonne fortune de Turgot en Espagne a été rendue possible en raison de la considérable diffusion de ses écrits dès la moitié des années 1770 grâce à de nombreuses traductions. On a l'habitude de surévaluer l'influence de *Wealth of Nations* de Smith sur le développement de l'économie politique dans la dernière période des Lumières en Europe ; mais il est inexplicable que l'on ne dispose pas aujourd'hui d'informations fiables sur la diffusion en Espagne des écrits économiques inspirés ou produits par le célèbre intendant de la généralité de Limoges (1761-1774), nommé par la suite contrôleur général des Finances (1774-1776). L'historiographie espagnole actuelle rend à peine compte de la publication en 1791 d'une traduction espagnole de son œuvre la plus importante : *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses* (*Ephémérides du citoyen*, 1769-1770). Le présent travail vise à reconstituer la diffusion des traductions espagnoles des écrits économiques de Turgot, pour permettre d'évaluer leur influence majeure sur la pensée espagnole des dernières décennies du XVIIIe siècle. Une première partie du travail (épigraphes deuxième et troisième) est consacrée aux textes législatifs, signés et sanctionnés par l'autorité royale, dont Turgot est l'inspirateur ; une seconde (épigraphes quatrième) est relative à le « tournant décisif » que constitue la traduction des *Réflexions* en 1791. La travail se termine par quelques conclusions d'ordre général.

2. L'Arrêt sur le libre commerce des grains (13 septembre 1774).

Le bon accueil de Turgot par les Lumières espagnoles a davantage été suscité initialement par son parcours politique et son œuvre de réformateur que par ses

⁴ Tel est le cas, par exemple, du *Mémoire sur les municipalités*, que Turgot a élaboré vers 1775 avec Dupont de Nemours, et aussi de leurs idées sur l'opinion publique. Le débat constitutionnel avait éclaté en Espagne au cours des deux dernières décennies du Dix-huitième siècle

⁵ Sur la diffusion de l'œuvre de Condorcet en Espagne, y compris sa version de la *Wealth of Nations* de Smith, qui a été traduit en 1792, voir, Ernest LLUCH et Lluís ARGEMÍ, « La difusión en España de los trabajos económicos de Condorcet y Lavoisier, dos científicos entre el enciclopedismo y la revolución », *Hacienda Pública Española*, 108-109, 1987, p. 147-156.

⁶ JOVELLANOS, *Apuntamientos*, op. cit., f. 3.

écrits théoriques et ses *Réflexions*. Les hommes des Lumières espagnols ont cependant pu prendre la mesure des deux facettes du personnage grâce aux nombreuses informations diffusées par la *Gazette de Madrid* — *Gaceta de Madrid* — et le *Mercure Historique et Politique* — *Mercurio Histórico y Político* —. Ces deux journaux étaient des périodiques officiels et leur contenu était donc strictement soumis à un contrôle politique⁷. En tant que journaux officiels, ils bénéficiaient d'une audience particulièrement large auprès les élites espagnoles mais ils touchaient aussi d'autres milieux sociaux. Dans la Monarchie espagnole, ces deux journaux permirent donc de donner un écho majeur à la figure de Turgot et à ses réformes, qui furent connues jusque dans les territoires coloniaux, puisque ces deux journaux y bénéficiaient d'une bonne diffusion.

De la sorte, la première information en Espagne relative à l'ascension politique de Turgot date du mois d'août 1774, au moment de sa nomination au poste de contrôleur général⁸. A partir de cette date et au cours de la période de vingt mois pendant laquelle Turgot a dirigé le ministère des Finances français, jusqu'en mai 1776, son action politique et les idées qui la sous-tendaient ont été largement relayées et commentées dans ces journaux. Aussi bien la *Gazette* que le *Mercure* ont informé de ses mesures fiscales mais aussi de ses programmes de bienfaisance, scientifiques ou d'éducation⁹. Cet écho donné à son action a résonné avec une intensité particulière lors de deux moments décisifs du ministériat de Turgot : l'Arrêt sur le libre commerce des grains (13 septembre 1774) et les *Six Édicts* (en février 1776).

On sait bien que l'Arrêt a signifié un profond changement de direction sur la question particulièrement épineuse de la politique sur le commerce des grains. Sa finalité principale était de mettre un terme à l'Arrêt du 23 décembre 1770, édicté

⁷ Voir, entre autres, Paul-J. GUINARD, *La presse espagnole de 1737 à 1791*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques et Institut d'Etudes Hispaniques, 1973 ; María Dolores SÁIZ, *Historia del periodismo en España. Vol. 1. Los orígenes. El siglo XVIII*, Madrid, Alianza, 1983.

⁸ *Mercurio*, août 1774, p. 270, à propos de sa nomination comme ministre de la Marine, en juillet 1774.

⁹ Ils avaient en effet rendu compte, parmi d'autres mesures, de : l'unification de la valeur des monnaies (*Mercurio*, octobre 1774, p. 111) ; la réforme des ordonnances de marine (*Mercurio*, décembre 1774, p. 292) ; la fondation du collège de chirurgie et des nouveaux hospices (*Gaceta*, 3 janvier 1775, p. 6 ; *Mercurio*, mars 1775, p. 229-230) ; la réduction des taxes sur le commerce intérieur du poisson (*Gaceta*, 31 janvier 1775, p. 45) ; la libéralisation des normes de fabrication du fer (*Gaceta*, 22 août 1775, p. 310-311) ; la création de chaires d'hydrodynamique (*Mercurio*, décembre 1775, p. 344-348) ; les mesures concernant la police des indigents (*Mercurio*, août 1776, p. 370-371).

par l'Abbé Joseph-Mary Terray, prédécesseur de Turgot à la tête du ministère des Finances. Cette Arrêt de Terray avait représenté un tournant très conservateur et paternaliste, lui-même en rupture avec la ligne politique établie par les mesures libéralisatrices de 1763-1764 de Bertin (en matière de commerce intérieur) et de L'Averdy (pour le commerce extérieur). L'Arrêt de Terray a en effet imposé des contrôles stricts sur le commerce intérieur (avec un précédent, pris le 14 juillet 1770, Terray avait préalablement suspendu les exportations). Turgot n'avait pas tardé à répliquer à ces mesures dans un ensemble de lettres, adressées précisément à Terray¹⁰. Ces lettres anticipaient pour une bonne part l'orientation de son Arrêt daté de septembre 1774. Ce Arrêt — tout particulièrement dans le texte de son *Préambule* — formulait l'une des critiques les plus sévères de tout le XVIII^e siècle à l'encontre de la police et de toute forme d'intervention publique sur le marché du blé. Cependant, d'un point de vue concret, l'Arrêt a instauré un cadre régulateur similaire à celui qui existait avant l'intervention de Terray, avec les initiatives législatives de Bertin-L'Averdy, mais avec des différences importantes : l'Arrêt de Turgot empêchait les exportations — alors que la loi de 1764 les autorisait en dessous d'un certain seuil — et interdisait radicalement toutes les interventions publiques sur le marché des grains¹¹.

L'active campagne d'opinion qui a accompagné en France la publication de l'Arrêt de Turgot a été immédiatement relayée en Espagne par le biais de la *Gazette* et du *Mercure*. Ce n'était pourtant pas la première fois que ces journaux informaient en détail des lois françaises en matière de commerce des grains. Dix ans auparavant, le *Mercure* avait publié une traduction intégrale de l'Édit de L'Averdy de 1764, qui incluait son préambule — dont l'auteur serait Dupont de Nemours — et ses neuf articles¹². Par la suite, ces deux publications ont accordé

¹⁰ Les *Lettres à M. l'abbé Terray sur la liberté du commerce des grains, écrites par A. R. J. TURGOT*, encore comme intendant de Limoges, en novembre et décembre 1770 ; voir *Oeuvres de M. Turgot, ministre d'état, précédées et accompagnées de Memoires et de notes sur sa vie, son administration et ses ouvrages*, ed. Pierre Samuel DUPONT DE NEMOURS, Paris, Déclange, 1808, vol. VI, p. 118-292.

¹¹ Steve L. KAPLAN, *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV*, Te Hague, 1976, vol. II, p. 661 et ss. ; et, aussi, *Le pain, le peuple, le roi : la bataille du libéralisme sous Louis XV*, Paris, Perrin, 1986. L'Arrêt de Turgot a révoqué les normes législatives de Bertin de 1763 et de Terray de 1770.

¹² *Édit du Roi, concernant la liberté de la sortie et de l'entrée des grains dans le Royaume. Donné à Compiègne, au mois de Juillet de 1764*, Lyon, F. Valfray, 1764 ; voir le *Mercurio*, août 1764, p. 297-303. Son contenu avait été avancé dans le *Mercurio*, juillet 1764, p. 213. Sur la position favorable de certains parlements provinciaux pour développer l'exportation des grains, voir le *Mercurio*, août 1763, p. 328-329. Cependant, la *Déclaration du roi, portant permission de faire circuler les grains, farines et légumes dans toute l'étendue du Royaume, en exemption de tous droits, même ceux de péages. Donnée à Versailles le 25 mai 1763* (Paris, Imprimerie Royale, 1763) de Bertin a été seulement très brièvement mentionnée dans le *Mercurio*, août 1763, p. 328-329. Cette disparité

une place encore plus importante à Turgot : en septembre 1774, le *Mercure* a publié une traduction-résumé pratiquement intégrale de son Arrêt¹³ ; un mois plus tard, la *Gazette* a offert une brève synthèse de son contenu¹⁴.

La traduction du *Mercure*, qui était la première en Espagne d'un écrit économique inspiré par Turgot, comprenait le préambule et l'unique article de l'Arrêt, mais elle atténuait ses aspects les plus saillants sur trois questions bien précises. Il s'agissait tout d'abord de la défense des « droits de la propriété et de la liberté légitime » des individus ; puis des expressions les plus élogieuses concernant les commerçants privés et l'effet bénéfique de leurs transactions sur le marché des céréales ; enfin, la traduction estompait l'allusion au fait que la pernicieuse intervention du gouvernement sur ce marché « devient odieuse au peuple ». Quoi qu'il en soit, les longs extraits de l'Arrêt qui ont été publiés dans le *Mercure* révélaient que la nouvelle orientation de Turgot représentait une vigoureuse initiative législative en faveur de la liberté du commerce intérieur des céréales et des farines, qui mettait à bas subitement tout le système préexistant de Terray. D'autres informations postérieures sont venues confirmer cette idée. En janvier 1775, la *Gazette* informait des nouvelles régulations de Turgot pour que le commerce des céréales soit organisé en respectant « la forme et la teneur » de son Arrêt. Six mois plus tard, le *Mercure* se faisait l'écho du nouveau décret du 24 avril qui interdisait de « faire obstacle à la libre circulation des céréales et des farines »¹⁵.

Toutes ces informations doivent être resituées dans un cadre plus général qui est celui de la traditionnelle influence qu'exerçait la législation française sur la législation espagnole dans le domaine du commerce des céréales. Les deux réformes entreprises par le Conseil de Castille — *Consejo de Castilla* —, en 1756-1757 et en 1765, se situaient en effet dans le sillage des réformes françaises de

peut être expliquée parce que ces nouvelles ont été publiées au moment où se débattait la *Pragmatique* de juillet 1765, qui a libéralisé le commerce des grains en Espagne : l'opposition politique à la libéralisation des exportations était assez plus forte que celle du commerce intérieur.

¹³ *Mercurio*, septembre 1774, p. 23-28. Sur les titres originaux des écrits de Turgot et des ses traductions en espagnol, voir l'appendice au présent travail. En revanche, il y a peu de traces dans la presse espagnole de l'expérience de la libéralisation graduelle du commerce des grains entreprise en Toscane par Pietro Leopoldo (1766-1775).

¹⁴ *Gaceta*, 11 octobre 1774, p. 369.

¹⁵ *Gaceta*, 17 janvier 1775, p. 21 ; *Mercurio*, juin 1775, p. 142-143.

1754 et de 1763-1764¹⁶. De la sorte, les informations précieuses publiées dans la *Gazette* et dans le *Mercure* avaient une intentionnalité politique manifeste : la réforme de Bertin-L'Averdy de 1763-1764 avait en quelque sorte ouvert la voie à Campomanes, alors puissant procureur — *Fiscal* — du Conseil de Castille, pour établir la *Pragmatique* — *Pragmática* — du 11 juillet 1765 qui établissait le « libre commerce des grains » dans toute la monarchie. L'Arrêt de Septembre 1774 pouvait donc laisser penser qu'une dynamique similaire pouvait être engagée en Espagne. Cette *Pragmatique* castillane, de nature indiscutablement libéralisatrice, a cependant créé un cadre plus régulé que celui qui existait en France. Elle a en effet maintenu les greniers publics municipaux, de nombreuses interventions publiques et a soumis le commerçant privé à un contrôle très strict. De fait, dans la pratique, à la suite de la mise en place de cette loi, la réalité du commerce des grains en Espagne se rapprochait davantage de la situation de la France après la réforme de 1754. Il restait donc encore en Espagne une ample marge de manœuvre pour aller dans le sens de l'Arrêt de Turgot, notamment en ce qui concernait les interventions publiques sur le marché des céréales par le biais des importations ou des opérations des greniers. La version publiée dans le *Mercure* insistait sur le fait que la liberté du commerce des céréales était « l'unique moyen de prévenir les disparités excessives des prix et d'empêcher à l'avenir les altérations du prix juste et naturel que doivent avoir les biens de subsistance ». Ceci obligeait à renoncer aux interventions gouvernementales « presque toujours précipitées et très coûteuses, et qui, lorsque elles sont trop lentes et mal organisées, n'atteignent pas l'effet escompté »¹⁷.

Savoir si en Espagne les conditions politiques étaient réunies pour permettre une avancée dans cette direction libéralisatrice était un tout autre problème¹⁸. En effet, dans le pays, il ne s'était pas produit un virage conservateur comparable à celui réalisé par Terray en France, mais en 1769 le droit d'exporter avait été suspendu et la *Pragmatique* de 1765 suscitait de vives résistances qui faisaient

¹⁶ Sur la politique agricole espagnole de l'époque, voir, en particulier, Laura RODRÍGUEZ, *Reforma e ilustración en la España del XVIII : Pedro Rodríguez de Campomanes*, Madrid, 1975, p. 179-221 ; Concepción de CASTRO, *El pan de Madrid*, Madrid, Alianza, 1987, p. 118 et ss. ; Vicent LLOMBART, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992, p. 155 et ss. ; Concepción de CASTRO, *Campomanes : Estado y reformismo ilustrado*, Madrid, Alianza, 1996, p. 134-136.

¹⁷ *Mercurio*, septembre 1774, p. 25.

¹⁸ Pour une analyse plus approfondie de ce qui se développe ci-dessous, voir Jesús ASTIGARRAGA, « Entre la Naples de Galiani, le Paris de Turgot et le Madrid de Campomanes : la traduction espagnole des *Dialogues sur le commerce des blés* », dans André Tiran et Cecilia Carnino (eds.), *Économie et Politique chez Ferdinando Galiani*, Paris, Classiques Garnier, 2015.

obstacle à sa mise en œuvre effective. Les partisans de cette loi avaient même été mis en minorité au sein du Conseil de Castille¹⁹. Dans un tel contexte, toute nouvelle tentative libéralisatrice inspirée par l'Arrêt de Turgot manquait de viabilité politique. Qui plus est, toute émulation possible de la loi française fut coupée net par l'arrivée en Espagne en mai et juin 1775 des informations concernant la guerre des farines²⁰. Ces nouvelles furent communiquées par les diplomates espagnols en poste à Paris, le comte d'Aranda, l'ambassadeur, et son secrétaire Ignacio de Heredia. Elles furent aussi publiées par la *Gazette* et le *Mercure*²¹. A la Cour de Madrid, ces événements faisaient beaucoup penser à la révolte d'Esquilache (1766) qui, dix ans auparavant, avait fait trembler les fondements mêmes de la monarchie espagnole²².

L'Arrêt de Turgot n'a donc pas pu devenir un modèle à suivre, mais le contexte était en revanche particulièrement favorable pour rendre attractif le réformisme prudent et pragmatique du napolitain Ferdinando Galiani qui, de ce fait, s'est retrouvé propulsé au centre de la scène politique espagnole. Il n'est pas fortuit que les *Dialogues sur le commerce des blés* (1770), qui étaient très bien connus par les élites politiques espagnoles depuis janvier 1770, juste quelques semaines après la publication, aient été traduits précisément en 1775, à l'instigation du tout-puissant Campomanes. Cette version avait pour finalité de couper court à tout essai d'appliquer en Espagne le modèle de l'expérience libéralisatrice menée en France ou, plus précisément, de montrer les avantages d'une troisième voie, qui ouvrait un moyen terme entre le radicalisme de Turgot et la vieille et anachronique police des grains. Si un doute pouvait planer sur ces avantages, les diplomates espagnols de l'ambassade d'Espagne à Paris se chargeaient de les souligner. Aranda et Heredia connaissaient en effet aussi bien

¹⁹ En ce sens, il est peu surprenant que dans la *Gazette* et le *Mercure* n'a pas été publiée aucune nouvelle sur l'Arrêt de Terray de décembre de 1770 : cela pourrait renforcer les secteurs conservateurs.

²⁰ Voir Edgar FAURE, *La disgrâce de Turgot*, Paris, Gallimard, 1961 ; et, aussi, entre autres, Robert DARNTON, « Le lieutenant de police J.C.P. Lenoir, la Guerre des Farines, et l'approvisionnement de Paris à la veille de la Révolution », *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 16, 1969, p. 611-624 ; Vladimir S. LJUBLINSKI, *La Guerre des Farines*, Grenoble, 1979 ; E. P. THOMPSON, Florence GAUTHIER et Guy-Robert IKNI, *La Guerre du blé au XVIIIe siècle : la critique populaire contre le libéralisme économique au XVIIIe siècle*, Montreuil, 1988.

²¹ *Gaceta*, 30 mai 1775, p. 212-214, et 6 juin 1775, p. 220-223 ; *Mercurio*, mai 1775, p. 35-47, et juin 1775, p. 142-143.

²² Voir, entre autres, RODRÍGUEZ, *Reforma*, op. cit., p. 223-261, et « The Spanish riots of 1766 », *Past and Present*, 59, mai 1973, p. 117-146 ; CASTRO, *Campomanes*, op. cit., p. 139-150 ; José ANDRÉS-GALLEGO, *El motín de Esquilache, América y Europa*, Madrid, Mapfre, 2003.

Galiani que Turgot et ils avaient transmis aux ministres de Charles III leur claire préférence pour le premier. Ils répétaient aussi à l'envi que la réalité de l'Espagne ne permettait pas de mener une expérience comparable à celle de Turgot. Celui-ci était à leurs yeux un réformateur excessivement radical et intransigeant, un « défenseur entêté du système de la liberté du commerce des grains » et « capable de tout compromettre pour défendre à tout prix son idée »²³. En fin de compte, l'influence de son Arrêt resta très limitée en Espagne, en raison de l'énorme engouement suscité par l'option réformiste proposée dans ces années par des auteurs comme Galiani ou Necker²⁴.

3. Les Six Édits (mars 1776) : l'abolition des jurandes.

Alors que le débat sur le commerce des grains était posé en ces termes, la promulgation des *Six Edits* remit l'action politique de Turgot au premier plan sur la scène politique espagnole²⁵. Une fois dissipée le choc suscité par la guerre des farines, le *Mercurio* avait recommencé à évaluer les réformes entreprises par le contrôleur général en décembre 1775. Le journal relatait qu'à la Cour de Paris on recommençait à parler avec passion des « projets de l'économie politique », pour annoncer ensuite que des « nouveautés dans l'administration des finances royales » étaient sur le point de se produire²⁶. Trois mois après, une fois les *Six Edits* enregistrés par le lit de justice le 12 mars 1776, ce journal ainsi que la

²³ L'expression correspond à Ignacio de Heredia ; voir Jesús PRADELLS, « Política, libros y polémicas culturales en la correspondencia extraoficial de Ignacio de Heredia con Manuel de Roda (1773-1781) », *Revista de Historia Moderna*, 18, 1999-2000, p. 152-222. En effet, Turgot avait maintenu des relations étroites avec des membres célèbres des Lumières espagnoles. Il les avait rencontrés régulièrement dans ces salons parisiens où était également présent l'ubiquiste Galiani. Parmi eux se trouvaient, outre Aranda, Olavide et le groupe de diplomates qui ont travaillé avec le comte de Fuentes, le prédécesseur d'Aranda dans l'ambassade entre 1764 et 1772 ; voir Gustav SCHELLE, *Oeuvres de Turgot*, Paris, Félix Alcan, 1923, vol. IV, p. 666 et ss. ; vol. V, p. 435 et 608 ; *Correspondance inédite de Condorcet et du Turgot 1770-1779* [1883], ed. Charles HENRY, Genève, Slatkine, 1970, p. 76 et 86.

²⁴ Sur Necker et l'Espagne, voir Jesús ASTIGARRAGA, « La traduction au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles », *Annales Historiques de la Révolution Française*, 364, 2011, p. 3-27.

²⁵ Pour une analyse plus approfondie sur la question abordée dans cette section, voir Jesús ASTIGARRAGA, « Turgot et le débat sur la liberté du travail dans l'Espagne des Lumières (1776-1813) » (en cours d'évaluation). Les *Six Édits* visaient à supprimer les corvées, les jurandes, la régie des juifs, la classe de Poissy, des charges sur les ports et les impôts sur les grains et farines établis à Paris. Sur la forte opposition qui ont trouvé dans la scène parlementaire, en particulier concernant la suppression des jurandes, voir CONDORCET, *Vie de Turgot*, op. cit., p. 77 et ss. ; [Pierre-Samuel DUPONT DE NEMOURS], *Mémoires sur la vie et les ouvrages de M. Turgot* (Philadelphie, 1782), p. 216 et ss. ; SCHELLE, *Oeuvres de Turgot*, op. cit., vol. V, p. 4-9 ; FAURE, *La disgrâce*, op. cit., p. 429-436.

²⁶ *Mercurio*, décembre 1775, p. 349-350.

Gazette, déployèrent de grands efforts pour expliquer l'importance de ces mesures législatives considérées comme un élément crucial de la politique économique dans les années qui précédèrent la Révolution. C'est la *Gazette* qui a diffusé l'information la plus détaillée sur cet ensemble de six édits. Comme ce fut le cas en France, aussi bien aux yeux de l'opinion publique que dans la vie parlementaire, l'aspect le plus important souligné par le journal concernait la portée considérable de la suppression des corvées et des jurandes et publiait des extraits significatifs de ces deux édits, y compris, dans ce dernier cas, le préambule, qui était particulièrement éclairant²⁷. Le *Mercurio* est même allé plus loin. Dans ses numéros de mars et avril il a traduit de manière intégrale et littérale le texte de ces deux édits²⁸. De plus, les informations sur les mesures abolitionnistes concernant les corporations en provenance de France furent complétées par les nouvelles qui faisaient état de mesures similaires prises en Toscane en 1775 par Pietro Leopoldo²⁹.

Là encore, la diffusion de toutes ces nouvelles avaient une claire visée politique. En ce qui concernait les corporations, les informations diffusées insistaient sur la sévère réflexion menée entre 1760 et 1770 par les hommes des Lumières et les réformateurs espagnols pour plaider en faveur d'une réforme profonde des arts et métiers. La proposition officielle, qui avait reçu l'aval du Conseil de Castille est exposée dans un volumineux *Discours sur l'éducation populaire des artisans —Discurso sobre la educación popular de los artesanos —* (1755) qui fut un ouvrage énormément diffusé³⁰. Dans ce texte, le *Fiscal* Campomanes détaillait un ensemble très important de réformes des corporations mais en prenant soin de ne jamais mentionner la possibilité même de leur suppression. Ces idées étaient inspirées des propositions de libéralisation des arts et métiers qui avaient été formulées en France dans les années 1750 par Vincent de Gournay et son cercle d'économistes³¹.

²⁷ *Gaceta*, 9 avril 1776, sur les corvées, p. 128-132, et sur les jurandes, p. 130-132 ; des autres informations supplémentaires, dans la *Gaceta*, 12 mai 1776, p. 92-93.

²⁸ *Mercurio*, mars 1776, p. 221-244, et avril 1776, p. 321-353, respectivement.

²⁹ *Mercurio*, février 1776, p. 24-26, et juillet 1776, p. 274.

³⁰ Pedro RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, Madrid, Antonio Sancha, 1775.

³¹ Voir, par exemple, Simone MEYSSONIER, *La balance et l'horloge. La genèse de la pensée libérale en France au XVIII^e siècle*, Paris, Édition de la Passion, 1989, p. 175 et ss., 233-234 ; Philippe MINARD, *La fortune du colbertisme. État et industrie dans la France des Lumières*, Paris, Fayard, 1998, p. 313-315. La pierre angulaire de ce courant critique était la *Dissertation sur les corps des métiers* (Londres [Paris], M. Deslile, 1758) de CLIQUOT DE BLERVACHE-GOURNAY.

Cependant, en 1776, un an après son *Discurso*, Campomanes a publié un nouvel ouvrage sur ce sujet. Quoique peu cité, le *Discours sur la législation des corporations des artisans — Discurso sobre la legislación gremial de los artesanos*³² — a inauguré une importante nouveauté : il contient les premières références en Espagne à la possibilité d'abolir les corporations. Cette nouveauté était une conséquence des premières législations européennes dans ce domaine. Campomanes a effectivement cité l'Édit de Toscane de novembre 1775 —qui avait été précédé d'un autre, pris en février 1770— et l'Édit français de Turgot de février 1776. Son analyse est donc déjà insérée dans un contexte plus large. Campomanes a donné lieu à une analyse très détaillée des systèmes des corporations en Grande-Bretagne, en Hollande, en France et en Italie. Dans son analyse, il a utilisé pour la première fois en Espagne l'*Essai sur la liberté du commerce et de l'industrie* (1775) de Bigot de Saint-Croix³³, qu'il a résumé de manière détaillée et dont il a analysé son utilité potentielle pour son propre pays, quoique d'une manière très critique : le *Fiscal* espagnol se désintéressait de tout le contenu physiocratique de ce livre³⁴. En tout cas, la question n'était pas banale, puisqu'il savait que cet *Essai* était un instrument pour l'action du gouvernement. Il a mentionné que le livre avait été rédigé à la demande de Laverdy, ministre des Finances, et qu'il constituait le cadre doctrinal de l'Édit de février 1776³⁵. Par conséquent, ses commentaires sur l'*Essai* constituaient une évaluation indirecte des événements survenus en France. Sans accepter la voie abolitionniste et sans renoncer à sa stratégie de réforme modérée, Campomanes a radicalisé ses propres prises de position anti-corporations dans son *Discurso*. Il considérait les législations abolitionnistes toscane et française comme des éléments de réflexion incontournables, car elles supposaient une alternative manifeste à l'option réformiste. Tout particulièrement en France, où «les opinions [...] portaient pendant quelque temps sur la question de réformer les abus des corporations d'artisans ou les faire disparaître totalement»³⁶.

³² Pedro RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, « Discurso sobre la legislación gremial de los artesanos », dans *Apéndice a la educación popular*, partie III, Madrid, Sancha, 1776, p. lli-ccxl. Ce texte a été probablement écrit avant août 1776, moment de la restauration des corporations en France.

³³ Louis Claude BIGOT DE SAINT-CROIX, *Essai sur la liberté du commerce et de l'industrie*, Amsterdam et Paris, Lacombe, 1775. Le livre avait été commandé par L'Averdy à Bigot père et fils, alors tous deux magistrats à Rouen.

³⁴ CAMPOMANES, « Discurso legislación gremial », *op. cit.*, p. clxxi-cci.

³⁵ Georges WEULERSSE, *La physiocratie sous les ministres de Turgot et de Necker (1774-1781)*, Paris, PUF, 1950, p. 95-98.

Il est important de prendre en compte le fait que ce *Discours* a été rédigé au moment même où la *Gazette* et le *Mercur*e faisaient connaître en Espagne l'Édit de Turgot portant sur les jurandes. En effet, c'est sans doute Campomanes lui-même qui a réalisé en 1776 une traduction de l'Édit pour son usage personnel et qui est restée à l'état de manuscrit³⁷. L'extraordinaire diffusion qu'a connu l'Édit en Espagne, peu après avoir été décrété en France, n'a fait que précéder le considérable succès de ce texte en Espagne au cours des dernières décennies de l'époque des Lumières. Il existe donc une nette différence avec le sort qu'a connu son Arrêt sur le libre commerce des grains, et cet autre Édit. Son préambule —qui affirmait que le travail est un droit naturel transféré à la société civile, que cette dernière doit respecter comme le droit le plus sacré de l'être humain — et ses vingt-quatre articles qui le suivaient ont tous été utilisés par les principaux auteurs espagnols qui sont intervenus dans l'intense débat sur la liberté du travail et la réforme des corporations. À cette époque, ce texte était utilisé avec un autre argumentaire emprunté à l'*Essai* de Bigot de Sainte Croix, lui aussi résolument engagé dans le combat contre les corporations. Ce mouvement intégrait aussi bien ceux qui étaient partisans de la voie réformiste engagée par Campomanes (Espinosa, Jovellanos ou Alonso Ortiz), comme ceux qui avaient été des pionniers en réclamant la suppression inconditionnelle des corporations (Foronda, Aguirre ou Salas).

Toutefois, il faut bien remarquer que le second mouvement — le plus résolument abolitionniste — a été très minoritaire et n'a eu influence sur la pratique de la politique économique. L'Espagne des Lumières ne s'est pas engagée dans l'abolition des corporations. Elle a opté pour un système très proche du système « intermédiaire » ou « mixte » et pour une solution graduelle, comme celle promue par Necker, qui a réorganisé la politique française après la disgrâce de Turgot. Ce système « intermédiaire » faisait coexister les corporations avec des secteurs dans lesquels le travail était libre et il a reçu une assise constitutionnelle définitive en 1813, dans le cadre des décrets parlementaires qui ont accompagné la Constitution de Cadix (1812)³⁸. Toutefois, l'influence exercée par l'Édit sur les

³⁶ CAMPOMANES, « Discurso legislación gremial », *op. cit.*, p. cc-cci.

³⁷ Fundación Universitaria Española (Madrid), Archive Campomanes, dossier 54-5. Cette traduction, différente de celle du *Mercurio*, était complète et de haute qualité.

³⁸ *Decreto CCLXII de 8 de Junio de 1813 sobre el establecimiento de fábricas y ejercicio de cualquier industria útil* (Cádiz, 1813). Dans l'imaginaire des économistes libéraux du XIXe siècle, la liberté du travail a été considéré comme la réforme clé de Turgot ; voir, par exemple, Léon SAY, *Turgot*, Chicago, A. C. McClurg, 1888, p. 161 et ss.

jurandes de Turgot sur les libéraux espagnols continua à être très sensible jusqu'aux débats parlementaires qui eurent lieu pendant la période du « Triennat Liberal » — *Trienio Liberal* — (1820-1823). Mais cette fortune incontestable de Turgot au cours du « long » XVIII^e siècle espagnol fut rendue possible aussi par la traduction espagnole de ses *Réflexions*.

4. La traduction des *Réflexions* (1791).

La traduction espagnole des *Réflexions* de Turgot a été publiée en 1791, insérée dans une opération de transfert des idées beaucoup plus vaste, qui a compris de trois traductions au total. Tout d'abord, les *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas. Obra recomendable por los principios y máximas que contiene, y aun también por ser su autor el célebre Mr. Turgot, quien la publicó en 1766* ; ensuite la version de l'*Essai* de Bigot de Saint-Croix, *Ensayo sobre la libertad del comercio y de la industria*, dans laquelle figurait en note bas de page la mention « par le Président Bigot de Sainte Croix » ; et, en dernier lieu, et comme appendice de cet *Essai*, *Edicto publicado en Francia en Febrero de 1776, por el cual suprimió S. M. Cristianísima las Veedurías y comunidades de comercio y de artes y oficios*, c'est à dire, l'Édit de Turgot qui a aboli les jurandes.

Ces trois traductions ont été publiées dans le même volume des *Mémoires instructifs et curieux sur l'agriculture, le commerce, l'industrie, l'économie, la chimie, la botanique, l'histoire naturelle, etc.* — *Memorias instructivas, y curiosas sobre agricultura, comercio, industria, economía, química, botánica, historia natural, etc.* —³⁹. Depuis la parution en 1778 du premier volume, cette publication périodique a permis au lectorat espagnol d'avoir accès à des informations relatives aux domaines évoqués dans le titre, qui étaient extraites de dictionnaires, de revues ou de compte-rendus d'académies étrangères, tout particulièrement ceux de l'Académie des Sciences de Paris. La thématique de prédilection de cette publication savante concernait principalement les sciences appliquées (l'agronomie, les sciences naturelles, la chimie et toutes les techniques liées de la production textile), mais elle intégra aussi la traduction de traités sur l'économie

³⁹ *Memorias instructivas*, Madrid, Pedro Marín (1778-1790) et Antonio Fernández (1791), 12 vol. Dans le vol. XII, la traduction de Turgot occupait le mémoire CXII, p. 1-100 ; celle de Bigot, le mémoire CXIII, p. 101-190 ; et l'Édit de Turgot les p. 190-218 de ce dernier. Un compte-rendu de ces trois traductions a été publié dans le *Mercurio*, avril 1791, p. 314-316. Les originaux utilisés sont : TURGOT, *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses* (s. l., 1788) ; et BIGOT DE SAINT-CROIX, *Essai sur la liberté du commerce*, op. cit..

politique. En plus des ouvrages de Turgot et Bigot, elle offrit aussi des versions de Condillac (*Le commerce et le gouvernement*, 1778), de Necker (*Sur la législation*, 1783) et de Justi (*Éléments généraux de police*, 1791). Toutes ces œuvres traduites étaient cependant anonymes et, hormis celle de Justi, intégrales. Leur qualité inégale laisse supposer que leurs traducteurs ont été différents.

Quoi qu'il en soit, ces traducteurs ont dû être proches du directeur de publication des *Mémoires*, Miguel Gerónimo Suárez y Núñez. Si sa biographie n'est pas connue dans sa totalité, on sait néanmoins qu'il a été à la tête des manufactures royales de textile de la ville andalouse de Puerto de Santa María (Cadix). Par la suite, il a exercé la charge de chef des archives du Bureau de Commerce — *Junta de Comercio y Moneda* —, et ce poste lui a permis de se consacrer à une intense activité de traduction, qui lui vaut d'être reconnu comme l'un des traducteurs les plus prolifiques de toute l'Espagne des Lumières. En outre, il faut souligner qu'il a appartenu à des institutions particulièrement prestigieuses, telles que la Société des Amis du Pays Basque (*Sociedad Bascongada*, à partir de 1771) ou la Société savante Madrilène (*Sociedad Matritense*, à partir de 1776), pour laquelle il exerça d'ailleurs la fonction de Vice-secrétaire dans le secteur des métiers. Il est fort probable que les *Mémoires* ont été produites dans le cadre de cette institution extra-officielle⁴⁰, qui réunissait les principales figures des Lumières espagnoles, le plus souvent en position d'exercer des responsabilités de gouvernement. Au-delà de l'identité des auteurs matériels des traductions, nous pensons que ces travaux de traduction ont été supervisés —ou peut-être même commandés— par un membre de cette société savante, parmi lesquels figuraient Campomanes et Jovellanos, qui en étaient d'ailleurs les têtes pensantes. Depuis les années soixante, la traduction d'ouvrages d'économie politique en Espagne représentait un acte essentiellement « politique » : les hommes d'État utilisaient en quelque sorte ces versions pour « parler » à travers elles.

La traduction des trois textes publiés en 1791 a très certainement été réalisée par une seule et même personne, dont nous ignorons cependant l'identité. On peut supposer l'existence d'un seul traducteur au vu de l'homogénéité des critères employés, en particulier en ce qui concerne le domaine toujours complexe d'une terminologie économique inédite. De plus, ces trois ouvrages sont des traductions complètes et toute de grande qualité. Le traducteur a inclus dans les traductions de Turgot et de Bigot différentes notes personnelles, mais qui se

⁴⁰ Lucienne DOMERGUE, « La Real Sociedad Matritense de Amigos del País y la prensa económica », *Moneda y Crédito*, 109, juin 1969, p. 25-58.

contentaient d'éclairer quelques expressions idiomatiques françaises. Leur grande qualité est également révélée par l'appareil de notes ajouté par Du Pont et Baudeau, les éditeurs de ces deux œuvres. L'hypothèse la plus plausible est donc que le traducteur a utilisé comme texte-source des *Réflexions* l'édition de 1788, la première sous forme de livre, mais il ne fait aucun doute que les deux autres traductions ont été extraites des volumes sur *Commerce* de l'*Encyclopédie Méthodique*, dont l'éditeur était Baudeau⁴¹.

Dans le cadre de l'histoire de l'économie politique dans l'Espagne des Lumières, la traduction des *Réflexions* représente un tournant décisif. Il s'agit de l'une des premières versions en Europe⁴² et, comme dans le reste du continent, elle a été publiée à un moment clé de la phase de traduction des grands textes économiques du XVIII^e siècle⁴³. Dans la décennie qui a précédé, les hommes des Lumières espagnols avaient publié, entre autre, les œuvres de Condillac (1778), Coyer (1781), Melon (1785), Genovesi (1785-1786), Filangieri (1788-1789), Justi (1791) ou Hume (1790) ; cette série s'achèvera avec les traductions espagnoles d'Adam Smith, celle de la version du Condorcet (1792) et celle du texte original (1794).

Dans un tel contexte, la traduction de Turgot était importante à plusieurs titres. Tout d'abord, comme nous l'avons dit, parce qu'il s'agissait d'une traduction du texte intégral de l'édition modifiée par Baudeau. Sur le plan formel, le traducteur a fréquemment changé la structure des paragraphes, mais il a respecté le découpage des chapitres du texte original. Un des éléments les plus importants de cette version est l'adaptation de la terminologie économique employée par Turgot, car une bonne partie de son lexique ne trouvait pas d'équivalent préexistant dans la langue espagnole. Comme c'est le cas dans d'autres ouvrages de cette époque, la traduction de Turgot présente des erreurs manifestes dans la

⁴¹ Dans ces volumes sur *Commerce* Baudeau a diffusé essentiellement les positions de la physiocratie et de Turgot. Dans l'article « jurande » avaient été copiés le *Traité* de Bigot (p. 760-783), l'*Édit* de Turgot (p. 783-790) et l'*Édit* d'août 1776 (p. 790-797). La séquence de la traduction espagnole était identique. Voir *Encyclopédie Méthodique. Commerce* (3 vol.), vol. III (Paris, Panckoucke, 1784), « jurande », p. 760-797. Sur la nature plurielle du contenu économique de l'*Encyclopédie Méthodique*, voir PERROT, *Une histoire intellectuelle*, op. cit., p. 127 et ss.

⁴² La traduction espagnole a été précédée par une version allemande (1775), faite par Jacob Mauvillon à partir du manuscrit original des *Réflexions*. Les versions anglaises ont été publiées après (1793, 1795 et 1801) ; voir Peter GROENEWEGEN, *Eighteenth-century economics*, London, Routledge, 2002, p. 352-354.

⁴³ Sophus REINERT, *Translating Empire*, Cambridge-London, Harvard University Press, 2011, p. 45 et ss.

traduction de certains termes⁴⁴, ainsi qu'un évident manque d'uniformisation des choix de traduction pour d'autres termes⁴⁵. Quoi qu'il en soit, la version n'a pas imposé de censure, même si dans certains passages le traducteur a essayé d'atténuer le sens original, pour des raisons politiques ou religieuses⁴⁶. Enfin, elle présentait des efforts d'adaptation au contexte hispanique, dans le but de faciliter la compréhension pour le lectorat espagnol (adaptations des poids, devises, mesures et quantités de change). En définitive, il s'agit d'une traduction de qualité exceptionnelle et de l'une des meilleures versions produites dans l'Espagne des Lumières. Il n'est pas exagéré de considérer qu'avec la traduction de Condillac de 1778, elle a permis de fixer le nouveau lexique économique qui avait été forgé en Grande-Bretagne et en France dès les années 1750, et qui avait jusque-là posé de nombreux problèmes aux traducteurs espagnols.

En ce qui concerne le sens d'une telle traduction, il s'agissait tout d'abord de continuer la divulgation en Espagne de la culture économique des Lumières, grâce à la mise en circulation des textes fondamentaux de l'économie politique. Mais cette publication, ajoutée au traité de Bigot et à l'Édit de 1776, avait de surcroît une évidente intentionnalité politique. La date de publication ne pouvait être plus révélatrice. La traduction a été publiée en pleine période de bouleversement politique, à la suite des événements révolutionnaires en France, qui ont eu pour conséquence la clôture des frontières culturelles avec ce pays et l'intensification de la censure, donc un virage conservateur dans la politique espagnole ⁴⁷.

⁴⁴ Par exemple : « culture » par « cultura » ; « salaire fixe » par « precio fijo » ; « fermier » par « arrendador » et « arrendatario » ; « fonds de commerce » par « comercio » ; « tenanciers » par « feudatarios » ; « partage » par « aparcería » ; « valeur fictive » par « precio ficticio » ; « monnaie fictive » par « moneda ideal » ; « revenus de la terre » par « frutos de la tierra » ; « fonds » par « heredades » ; « grande culture » par « labranza » ; « petite culture » par « cultivo menor » ; « tipo de interés » par « interés » ; « offer » par « ofrecimiento ». Il y a aussi des erreurs dans la traduction de certains lieux géographiques en France.

⁴⁵ « Culture » est traduit comme « labor », « trabajo », « cultivo » ; « produit net », comme « producto líquido o producto neto » ; « ouvriers », comme « operarios », « trabajadores », « artesanos » ; « avances », comme « suplementos », « adelantar caudales », « gastos », « gastos de anticipaciones », « anticipaciones », « costear el cultivo » ; « revenue de la tierra », comme « canon », « renta », « rédito » ; « profit », comme « utilidad », « ganancia », « beneficio » ; « denrées » comme « frutos », « mercaderías » ; « fond », comme « caudal », « fondo », « terreno » ; « producteur » comme « artifice ».

⁴⁶ Par exemple, quand il substitue « ces esclaves » par « esos miserables », ou traduit « préjugés » par « preocupaciones », afin d'adoucir les accusations à l'encontre des théologiens scolastiques ; ou, dans le même contexte de la discussion sur le taux d'intérêt, quand il remplace « crime » par « delito », parlant d'un contrat avantageux pour les deux parties.

⁴⁷ Voir, par exemple, Jean-René AYMES (ed.), *España y la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, 1989.

D'autre part, la façon dont le traducteur a structuré les trois versions révèle toute son habileté pour prédisposer favorablement le lecteur envers la liberté du travail. L'ensemble s'ouvre en effet avec les *Réflexions* de Turgot, un splendide « squelette exposé analytique »⁴⁸ expliquant le fonctionnement d'une société commerciale sur le principe de la libre concurrence et le libre-échange. Par la suite, l'*Essai* de Bigot déploie toute son artillerie lourde à l'encontre des corporations. La série s'achève avec l'Édit de 1776, qui est une mise en pratique directe, selon les explications du traducteur, de ce même *Essai*⁴⁹. La traduction de l'Édit, la troisième espagnole, constitue une version différente de celle de Campomanes et de celle du *Mercure*, et comme dans ces deux cas, elle était complète, avec son préambule et ses vingt-quatre articles. Cette traduction offrait une initiative législative qui pouvait être appliquée immédiatement en Espagne. Il faut ainsi rappeler que cette triple traduction avait pour arrière-plan la diffusion préalable d'un argumentaire en faveur des bénéfices de la liberté du travail défendue par un courant des Lumières « tardives » et qui avait aussi vu le jour au moment même où, en France, l'Assemblée Constituante envisageait de supprimer les corporations et les organismes complémentaires⁵⁰.

Malgré tout, ces faisceaux d'interprétations ne permettent pas de rendre compte à eux seuls de la volonté précise du traducteur et des hommes politiques qui pilotaient son action. Selon toute probabilité, les trois traductions furent réalisées avant la parution des décrets français d'abolition (septembre 1791), qui ne sont donc pas même mentionnés. Par ailleurs, le traducteur a jugé bon de préciser ses propres intentions en ces termes :

« En vertu de cet Édit [l'Édit de février 1776] toutes les mesures ont été prises pour le mettre à exécution, mais il y eut tant de requêtes publiées à son encontre (la plus grande partie d'entre elles n'ayant d'ailleurs aucune licence, ce qui leur valut d'être annulées par Décret du Conseil d'État du 22 février de la même année 1776), qu'au vu de ces mêmes requêtes et des règlements du Parlement, Sa Majesté Très Chrétienne finit par instituer six corporations de Marchands, 44 guildes d'arts et métiers, par un Édit prononcé au mois d'août de la même années 1776 [...]. Cet Édit sera publié dans les présents *Memorias* ».

⁴⁸ Joseph A. SCHUMPETER, *History of Economic Analysis* (1754), trad. espagnole, Barcelona, Ariel, 1971, p. 293.

⁴⁹ BIGOT, *Ensayo*, *op. cit.*, p. 190.

⁵⁰ MINARD, *La fortune*, *op. cit.*, p. 350 et ss.

Malgré cette déclaration, les *Mémoires* n'intègrent pas la traduction de cet Édit *neckerien* qui a réorganisé les corporations après l'échec des plans de Turgot, et ce, très certainement, à cause du décès de Suárez en 1791, qui a interrompu même la publication des *Mémoires*.

Quoi qu'il en soit, cette annonce du traducteur révèle que les trois traductions espagnoles répondaient en réalité à une finalité qui se trouve à l'exact opposé de ce que l'on pouvait attendre : il s'agissait d'opposer des contre-feux aux nouveaux mouvements abolitionnistes inspirés par la France. En alertant l'opinion publique espagnole pour lui montrer l'échec de l'opération menée par Turgot en 1776, il s'agissait d'utiliser à rebours l'argumentaire en faveur de la liberté du travail, pour défendre les libertés acquises en Espagne depuis 1785 en faveur du système « intermédiaire » ou « mixte » : la liberté d'organisation des tisserands (1787) ; la licence pour vendre des tissus, au seul nom de leur fabricant ou de leur lieu de résidence, aux travailleurs du secteur libre, ce qui leur permettait de se passer du sceau du Bureau de Commerce (septembre 1789) ; enfin, la suppression du poinçon royal imposé depuis 1786 pour distinguer les tissus espagnols destinés à l'exportation vers les Indes des tissus étrangers (novembre 1790).

La première réception de la traduction des *Réflexions* nous éclaire par ailleurs sur les motivations qui ont pu être à l'origine de la publication de cette œuvre. L'élément le plus remarquable à cet égard est que la traduction a été immédiatement soumise à l'examen de l'Inquisition. A la suite de cela, un Édit a été prononcé par le Tribunal du Saint Office en juillet 1796, obligeant à expurger le texte de près d'un tiers de son contenu (chapitres LXX-C)⁵¹. La première justification avancée à cette censure est la question de la légitimité des taux d'intérêts, c'est-à-dire les passages relatifs à la longue réfutation faite par Turgot à l'encontre des idées de ces « rigoristes », « théologiens scholastiques » et « moralistes » plus conservateurs que des hommes des Lumières⁵². Par ailleurs, l'Édit a également censuré d'autres arguments fondamentaux des *Réflexions*, tout particulièrement les théories portant sur le capital et sur l'entrepreneur.

Tout au long du XVIII^e siècle, la défense de la légitimité de la perception d'un intérêt a été un sujet d'affrontement constant entre d'éminents membres

⁵¹ L'Édit avait été signé par Pedro García. Il sera confirmé par un Décret ultérieur du 21 janvier 1807 : *Compendio en orden alfabético de los Edictos del Santo Tribunal de Inquisición* (Biblioteca Nacional de España —Madrid—, manuscrit 17.485, f. 33).

⁵² TURGOT, *Réflexions*, op. cit., chap. lxxiii.

ecclésiastiques et le Conseil de Castille et les institutions commerciales les plus prestigieuses de la Monarchie, comme les Cinq Grandes Corporations — *Cinco Gremios Mayores* — de Madrid ou les Consulats — *Consulados* — de commerce de Bilbao et de Barcelone⁵³. Mais la publication de la traduction de Turgot a été réalisée à un moment particulièrement tendu de cette polémique pluriséculaire. Depuis 1786, les secteurs les plus réactionnaires de l'Église espagnole avaient choisi ce thème précis pour faire porter leurs attaques contre l'économie politique, qui représentait quant à elle le sujet de prédilection des partisans des Lumières, leur permettant de plaider pour une sécularisation de la vie culturelle et sociopolitique, et pour une acceptation des valeurs morales relatives aux sociétés commerciales. Cette bataille idéologique a pris une nouvelle ampleur en juillet 1788, lorsque trois membres de l'Oratoire de Saint Philippe Neri ont dénoncé à l'Inquisition divers fragments de trois textes économiques emblématiques qu'ils considéraient comme des plaidoyers en faveur de l'usure⁵⁴ : les *Lezioni di commercio* (1765-6 ; traduction en espagnol en 1785-6, part. 2, chap. 13) de Genovesi, *Les intérêts des Nations d'Europe* (1766 ; traduction en espagnol en 1772-4, pp. 202-262) d'Accarias de Serionne et *Aumento del comercio con seguridad de la conciencia* (1785) du prêtre, étroitement associé avec le Consulat de Bilbao, Uría Nafarrondo. Les hostilités se sont poursuivies par la suite : en 1788-9, les inquisiteurs de Barcelone ont tenté d'élargir les charges contre *Le commerce et le gouvernement* de Condillac (1776 ; traduction en espagnol en 1778) et en 1791 la première censure de la *Wealth of Nations* a également proposé d'éliminer les idées de Smith sur l'intérêt de l'argent.

Dans tout cela, l'œuvre de José María Uría Nafarrondo était sans doute la plus pernicieuse de toutes. Elle était une traduction-adaptation d'une œuvre du prêtre lyonnais La Forest⁵⁵. Bien qu'il s'agisse d'un travail mineur, par comparaison par exemple avec les traités d'Aubert (1738), Maffei (1744), Rulié (1780) ou avec les *Réflexions* de Turgot — son célèbre *Mémoire sur les prêts d'argent* sera publié sous les auspices de Condorcet en 1789 —, son contenu avait une énorme importance

⁵³ Pour une interprétation générale, voir José Manuel BARRENECHEA, « Estudio Preliminar », dans *Moral y Economía en el siglo XVIII*, Vitoria, 1995, p. xv-civ, et René TAVENEAUX, *Jansénisme et prêt à intérêt*, Paris, Vrin, 1977.

⁵⁴ Archivo Histórico Nacional (Madrid), Inquisición, dossiers 4482-11 et 4463-10. L'attaque avait probablement un objectif politique : la émission de *vales* —bons— par la Banque de San Carlos. Voir aussi Jesús ASTIGARRAGA et Javier USOZ, « The Enlightenment in Translation. Antonio Genovesi's Political Economy in Spain, 1778-1800 », *Mediterranean Historical Review*, 28-1, 2013, p. 24-45.

⁵⁵ José María URÍA NAFARRONDO, *Aumento del Comercio con seguridad de la conciencia* (Madrid, Ibarra, 1785) ; Paul Timoléon de La Forest, *Traité de l'usure et des intérêts* (Paris, 1769).

dans le contexte espagnol : pour la première fois, un membre de l'Église a attaqué les lois sur l'usure et la rigueur traditionnelle du jansénisme espagnol en défendant ouvertement un jansénisme évolué qui respectait à la fois l'orthodoxie catholique et le formalisme scholastique. C'est d'ailleurs précisément pour cela que les oratoriens souhaitaient faire interdire cette œuvre « *in totum* ». Ils luttèrent sans relâche et ils durcirent le ton de leurs dénonciations entre 1788 et 1791. La défense argumentée en faveur des « théologiens modérés et avisés » contenue dans les *Réflexions* de Turgot et toutes ses justifications de la légitimité de la perception d'intérêts⁵⁶ est donc parue en Espagne en plein milieu d'une bataille acharnée et elle a servi à opposer une ligne de défense à l'encontre des secteurs les plus réactionnaires, comme le prouve l'Édit de censure de 1796.

Cet Édit a également visé les théories du capital et, plus particulièrement, celle de l'entrepreneur⁵⁷. En réalité, il s'agissait là d'une conséquence collatérale, due à l'excellente qualité de la traduction espagnole des *Réflexions*. En effet, hormis quelques légères approximations de traduction de ce nouveau terme⁵⁸, le traducteur espagnol a judicieusement choisi de traduire « entrepreneur » par *empresario*, *impresario* ou *emprehendedor*, en restituant de la sorte toute la signification du terme français avec une grande fidélité à l'original, alors même que ce vocable n'existait pas jusque-là dans la langue espagnole. Il a su transcrire ainsi son sens aussi bien que les diverses fonctions économiques précises que Turgot attribuait à ce nouvel acteur, dans toutes les branches de l'économie. En réalité, la traduction des *Réflexions* a été le premier texte dans l'Espagne des Lumières à aborder de manière globale la théorie novatrice de l'entrepreneur⁵⁹. Il

⁵⁶ TURGOT, *Réflexions*, op. cit., chap. lxxv. En revanche, Condillac, aussi permissif que Turgot en ce qui concerne le taux d'intérêt, avait été très fidèlement traduit en Espagne en 1778, peut-être parce qu'il était assez moins agressif contre les secteurs réactionnaires ; voir *Sobre el comercio, y el gobierno, considerados con relación recíproca*, dans *Memorias instructivas* (1778), chap. XVIII. Un réexamen de la pensée économique de Condillac, dans Arnaud ORAIN, « Condillac face à la Physiocratie : terre, valeur et répartition », *Revue Economique*, 53-5, 2002, p. 1075-1099. Dans ce domaine de la défense de la légitimité du taux d'intérêt, la mémoire de Turgot restera vivante parmi les libéraux espagnols du XIX^e siècle. Voir la version espagnole de la traduction française de Jeremy Bentham mentionnée dans la note 63.

⁵⁷ Sur la théorie de l'entrepreneur au dix-huitième siècle, voir Bert F. HOSELTZ, « The early history of entrepreneurial theory », *Explorations in Entrepreneurial History*, 41-2, 1951, p. 193-220 ; Robert F. HÉBERT et Albert N. LINK, *A History of Entrepreneurship*, London-New York, Routledge, 2009, p. 7-23.

⁵⁸ Il y a des erreurs dans la traduction de « capitalistes entrepreneurs » comme « *capitalistas* » ; « riches entrepreneurs » comme « *arrendadores ricos* ». Dans le contexte de l'agriculture, il identifie dans plusieurs reprises « entrepreneurs » comme « *baillleurs* ».

faut rappeler que l'*Essai* de Cantillon n'a pas été traduit en Espagne au cours du XVIIIe siècle et qu'aucun des économistes qui avaient utilisé ce texte n'avait été capable de saisir l'importance de ce nouvel agent économique, qui intervenait dans des situations de risque ou d'incertitude⁶⁰. Avec tout cela, la faible diffusion en Espagne de la physiocratie a limité considérablement l'impact des idées de Quesnay et Baudeau en ce qui concernait l'importance des « entrepreneurs agricoles et de leur rôle pour organiser et superviser la production.

Deux autres points permettent de comprendre les difficultés qui faisaient obstacle à la diffusion de cette nouvelle théorie en Espagne. En dépit de sa grande qualité, et contrairement à celle de Turgot, la version espagnole de *Le commerce* de Condillac (1778) ne présente pas une seule fois une traduction correcte du terme « entrepreneur ». Par ailleurs, il faut considérer les positions respectives des espagnols dans le débat concernant la liberté du travail. Campomanes avait employé le terme *impresario* dans sa propre traduction manuscrite de l'Édit de Turgot, mais il ne l'a pas utilisé dans ses publications. De son côté, dans son *Informe* de 1785, Jovellanos a fait allusion à ce terme une seule fois, dans un sens tout à fait superficiel ; Foronda, pour sa part, ne l'a même pas mentionné. De la sorte, à la fin du XVIIIe siècle, dans le sphère publique espagnole la théorie de l'entrepreneur était encore inconnue. « L'entrepreneur capitaliste » ou « manufacturier » dont parle Turgot, une figure centrale dans le processus de création du profit et de l'accumulation du capital, a contribué à ouvrir un espace conceptuel jusqu'alors inexistant. De plus, si nous prenons en compte les liens étroits qui existent dans les *Réflexions* de Turgot entre l'entrepreneur, la défense des taux d'intérêts et la liberté de l'organisation du travail, il est bien compréhensible que la traduction de son livre ait été propulsée au coeur même de la bataille contre les secteurs réactionnaires et l'Inquisition. Dans le stade de la société « commerciale-capitaliste », la condamnation de l'usure impliquait celle de l'entrepreneur et, à travers lui, celle de la liberté du travail⁶¹. C'est donc précisément pour cela que la version espagnole des *Réflexions* a eu en Espagne une

⁵⁹ En attendant l'arrivée de l'œuvre de Say, qui sera décisive en Espagne sur cette question : José Manuel MENUDO et José María O'KEAN, « La recepción de la obra de Jean-Baptiste Say en España : la teoría económica del empresario », *Revista de Historia Económica*, XXIII-1, 2005, p. 117-142.

⁶⁰ Jesús ASTIGARRAGA et Juan ZABALZA, « La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII », *Investigaciones de Historia Económica*, 7, 2007, p. 9-36 ; et « Francisco Caraywinkel, plagiaire de Richard Cantillon (1760-1763). Una "nueva Política" para la Monarquía española », *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 44-2, 2014, p. 225-247.

⁶¹ GROENEWEGEN, *Eighteenth-century economics*, op. cit., p. 299-313. À propos de Turgot et la théorie des stades, voir Ronald L. MEEK, *Turgot on Progress, Sociology and Economics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, p. 4-11.

portée aussi décisive : elle a représenté une étape décisive dans la diffusion de l'analyse d'une société commerciale fondée sur le libre-échange et essentiellement sécularisée.

Il y avait cependant une autre raison qui expliquait que la diffusion d'une analyse de cette nature puisse être particulièrement bien reçue en Espagne. En 1790, un an avant la publication de la traduction de Turgot, le Conseil de Castille avait décrété une réforme particulièrement conservatrice dans le domaine du commerce des grains, qui mit un terme au mouvement libéralisateur que la *Pragmatique* de 1765 avait inauguré. Le contexte était donc particulièrement propice pour continuer la bataille en faveur de la liberté du commerce des grains. En pleine diffusion de traductions favorables à cette libéralisation (Condillac, Filangieri, etc.) c'est précisément dans cette bataille que s'est engagé le traducteur espagnol anonyme qui a traduit en 1792 une des œuvres les plus connues de Francesco Maria Gianni, haut fonctionnaire du Duché de Toscane. Ce texte soutenait la valeur des réformes entreprises par Pietro Leopoldo, tout particulièrement les décrets très importants en faveur de la liberté du commerce des grains⁶².

6. Conclusions.

Même si l'historiographie n'a jusqu'à présent pas manifesté un grand intérêt pour les traductions espagnoles des normes législatives inspirées par Turgot et pour leurs écrits économiques, une analyse approfondie de leur diffusion permet d'identifier l'existence d'au moins huit traductions et résumés de ces normes et écrits, qui ont été publiés entre 1774 et 1791—neuf, si l'on inclut une traduction très séminale et tardive réalisée en 1828 des *Mémoires sur le prêt à l'intérêt* — ⁶³. Il est évident que le texte le plus important pour la diffusion dans l'aire hispanique des idées de Turgot en matière d'économie politique a été la traduction espagnole

⁶² *Gobierno de la Toscana, bajo el reinado del Gran Duque Pedro Leopoldo*, Madrid, Imprenta Real, 1792. L'original, omis par le traducteur, était *Governo della Toscana sotto il Regno di sua Maestà il Re Leopoldo II* (Florence, Gaetano Cambiagi, 1790 ; 2^{ème} ed., Florence, Stamperia Bonducciana, 1791). Contrairement à l'original, dans la version espagnole sont soulignés de réformes agraires, en particulier sur le commerce des grains, par rapport à celles de promotion des arts industriels ; voir, p. 26 et ss. La traduction semblait représenter un éventuel programme de gouvernement pour le nouveau roi Carlos IV.

⁶³ Jeremy BENTHAM, *Defensa de la usura, ó Cartas sobre los inconvenientes de las leyes que fijan la tasa del interés del dinero*, par Jeremías Bentham, con una memoria sobre los préstamos de dinero por Turgot, Paris, 1828. La traduction, publiée sous l'acronyme J. E., a été réalisée à partir de la version française d'Amand BAZARD (Paris, Malher, 1828).

de ses *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses*, publiée en 1791. Notre analyse a cherché à mettre en lumière de manière détaillée sa signification et son contexte de production. En raison de sa haute qualité, cette traduction représente un point culminant du travail, profond et étendu, que les *ilustrados* espagnols avait fait depuis le début des années soixante dans le domaine de la traduction et la diffusion des principaux textes de l'économie politique européenne. La traduction fait partie d'un moment décisif dans l'Espagne des Lumières —le dernier quart de XVIIIe siècle— quand les idées de l'économie politique représentent l'avant-garde dans la lutte contre les secteurs réactionnaires et anti-Lumières ; et, aussi, elle a été le principal héritage de la pensée économique de Turgot à l'avenir du XIXe siècle.

Cependant, le cas de Turgot permet de mettre en évidence l'importance déterminante de certaines sources qui sont, de manière générale, très peu prises en compte lorsque l'on étudie la question des transferts intellectuels à l'échelle internationale : il s'agit de décrets, de lois et d'autres normes juridiques. Comme nous avons pu le montrer, ce type de textes a joué pourtant un rôle essentiel dans l'impact qu'a pu avoir la pensée de Turgot en Espagne. Condorcet n'avait donc sans doute pas tort lorsqu'il écrivit que les édits de Turgot étaient un « chef-d'œuvre dans un genre pour lequel il n'y avait pas de modèle »⁶⁴. Les hommes des Lumières espagnols ont entamé un dialogue à l'échelle européenne dans le domaine de la science émergente de l'économie politique, tout particulièrement dans le domaine de la politique économique. De la sorte, ils ont manifesté plus d'intérêt pour le Turgot « réformiste » qui avait été décrit avec un grand luxe de détails par ses deux premiers biographes, Dupont de Nemours et Condorcet, que pour le Turgot analytique. C'est ainsi que l'on peut expliquer que l'influence majeure exercée dans l'Espagne des Lumières par ses écrits économiques ait pu davantage se fonder sur les édits qui avaient posé les fondements juridiques des deux réformes que Turgot lui-même considérait comme cruciales pour la réforme de la Monarchie française : la liberté du commerce des grains et l'abolition des corporations. Dans le cas de l'Espagne, c'est sans nul doute cette deuxième mesure qui a eu l'influence la plus durable et qui constitua le principal legs de sa pensée.

⁶⁴ CONDORCET, *Vie de M. Turgot*, *op. cit.*, p. 132.

Appendice. Les versions espagnoles des écrits économiques de Turgot : traductions (*) et résumés ().**

Arrêt du Conseil d'État du Roi, du 13 Septembre 1774 par lequel Sa Majesté établit la liberté du commerce des grains et farines dans l'intérieur du Royaume : et se réserve à statuer sur la liberté de la vente à l'étranger, lorsque les circonstances seront devenues plus favorables, Aix, Esprit David, 1774.

(*) « Decreto del Consejo de Estado del Rey de 13 de septiembre sobre comercio de granos », dans *Mercurio Histórico y Político*, septembre 1774, pp. 23-28. Auteur : anonyme.

Édit du Roi, par lequel Sa Majesté supprime les corvées, et ordonne la confections des grandes routes à prix d'argent. Donné à Versailles au mois de Février 1776. Registré le douze Mars mil sept cent soixante-seize, Paris, P. G. Simon, 1776.

(**) « Primer edicto sobre la abolición de las corvées », dans *Gaceta de Madrid*, 9 avril 1776, pp. 128-130. Auteur : anonyme.

(*) « Edicto del Rey en que S. M. suprime el servicio personal y manda que la construcción y reparación de caminos reales se haga a precio de dinero », dans *Mercurio Histórico y Político*, avril 1776, pp. 321-353. Auteur : anonyme.

Édit du Roi, portant suppression des Jurandes et Communautés de Commerce, Arts et Métiers. Donné à Versailles au mois de Février 1776. Registré en Parlement le 12 Mars audit an, Paris, Imprimerie Royale, 1776.

(*) « Edicto del Rey en que se suprimen los gremios y comunidades de comercio, artes y oficios », dans *Mercurio Histórico y Político*, mars 1776, pp. 221-244. Auteur : anonyme.

(**) « Edicto sobre la supresión de oficios de veedores y de los gremios de comercio, artes y oficios », dans *Gaceta de Madrid*, 9 avril 1776, pp. 130-132. Auteur : anonyme.

(*) Manuscrit sans titre, dans *Fundación Universitaria Española* (Madrid), *Archive Campomanes*, dossier 54-5, c. 1776. Auteur probable : Pedro Rodríguez de Campomanes.

(*) « Edicto publicado en Francia en Febrero de 1776, por el cual suprimió S. M. Cristianísima las Veedurías y comunidades de comercio y de artes y oficios », dans *Memorias instructivas, y curiosas sobre agricultura, comercio, industria, economía, chymica, botánica, Historia natural, etc. sacadas de las obras que hasta hoy han publicado varios autores extrangeros, y señaladamente las Reales Academias, y Sociedades de Francia, Inglaterra, Alemania, Prusia, y Suecia*, vol. XII, Madrid, Antonio Fernández, 1791, p. 190-218. Auteur : anonyme.

Réflexions sur la formation et la distribution des richesses (Éphémérides du citoyen, 1769-1770 ; s. l., 1788).

(*) « Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas. Obra recomendable por los principios y máximas que contiene, y aun también por ser su autor el célebre Mr. Turgot, quien la publicó en 1766 », dans *Memorias instructivas, y curiosas sobre agricultura, comercio, industria, economía, chymica, botánica, Historia natural, etc. sacadas de las obras que hasta hoy han publicado varios autores extrangeros, y señaladamente las Reales Academias, y Sociedades de Francia, Inglaterra, Alemania, Prusia, y Suecia*, vol. XII, Madrid, Antonio Fernández, 1791, mémoire CXII, p. 1-100. Auteur : anonyme.

2. TURGOT ET LE DÉBAT SUR LA LIBERTÉ DU TRAVAIL DANS L'ESPAGNE DES LUMIÈRES (1776-1823)

1. Introduction.

Une traduction des *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses* (*Éphémérides du citoyen*, 1769-1770) de Anne-Robert-Jacques Turgot a été publiée en Espagne en 1791. La décision de faire circuler dans le pays le plus important ouvrage économique de Turgot représentait l'aboutissement d'un long processus. Le fil conducteur qui relie la première réception des ces idées (en 1774) et la traduction des *Réflexions* (en 1791) est sans aucun doute le débat sur la liberté du travail, c'est-à-dire, son célèbre Édit de février 1776 qui supprimait les corporations (à l'exception de quatre). Cette mesure a été considérée, aussi en Espagne, comme l'un des événements clés de sa politique de réforme¹. Les idées de Turgot sur cette question ont été utilisées par certains des meilleurs économistes espagnols du Siècle des Lumières et elles ont continué à avoir une influence majeure jusqu'en 1813 quand, dans le contexte des *Cortes* de Cadix, le principe de la liberté du travail a été constitutionnalisé. Au cours de ces quatre décennies, le débat sur cette question a suscité une intense activité de traduction et d'adaptation en Espagne de plusieurs grands textes économiques, principalement français, de Turgot avant tout, mais aussi d'autres auteurs très proches de lui, comme Bigot de Saint-Croix ou Coyer. Dans la France pré-industrielle de la fin du dix-huitième siècle, le débat sur les guildes —ou plus généralement sur le marché du travail— était devenu un espace de réflexion très dynamique, qui a donné lieu à nouvelles interprétations, allant à l'encontre des thèses alors les plus traditionnelles². Cependant, nous savons encore très peu de choses sur l'influence de l'expérience française au-delà de ses frontières hexagonales. Notre travail actuel cherche à répondre à cette question et à expliquer quelle a été l'utilisation politique faite par les élites espagnoles des Lumières des livres cités, ainsi que ceux de Smith et de

¹ [PIERRE-SAMUEL DUPONT DE NEMOURS], *Mémoires sur la vie et les ouvrages de M. Turgot*, Philadelphie, 1782, p. 216; [MARIE JEAN ANTOINE NICOLAS CARITAT, MARQUIS DE CONDORCET], *Vie de M. Turgot*, [Londres], Paris, 1786, p. 86.

² Deux amples bilans historiographiques dans STEPHAN R. EPSTEIN et MAARTEN PARK, « Introduction », in STEPHAN R. EPSTEIN ET MAARTEN PRSAK (ed.), *Guilds, Innovation and the European Economy, 1400-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 1-34 ; et JAN LACASSEN, TINE DE MOOR et JAN LUITEN VAN ZANDEN, « The return of the guilds towards a global history of the guilds in pre-industrial times », in *The return of the guilds*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, p. 5-17.

Say, afin d'évaluer l'importance de cette expérience dans la création d'une nouvelle police des métiers. Sans être forcément de grands théoriciens, les économistes espagnols étaient cependant bien informés et ils ont fait des choix judicieux en ce qui concerne l'instrumentalisation de leurs connaissances économiques à des fins politiques³.

2. Le *Discurso sobre la educación popular de los artesanos de Campomanes*.

Au cours du dernier tiers du XVIII^e siècle, les premières remises en question significatives du statut des arts et métiers ont commencé à être formulées en Espagne. En ce qui concerne la la réforme des corporations, même si des positions pionnières favorables à leur dissolution avaient déjà commencé à circuler à cette époque (via Child ou la physiocratie), les premières critiques concernant les guildes, exposées par Ward (c. 1762) ou Ramos (1769), s'intégraient à un courant de pensée majoritairement favorable d'une réforme modérée et progressive du régime des corporations, sans toutefois l'abolir. Cette position était fondée sur une critique, souvent sévère, du fonctionnement de ces corporations, mais sans remettre en cause leurs traits les plus caractéristiques : la nécessité de bonnes ordonnances, le contrôle de la réglementation industrielle ou de l'apprentissage basé sur la maîtrise. Les espagnols des Lumières ont ainsi étendu à l'Espagne, quoique tardivement et modérément, des opinions critiques qui avaient commencé à être formulées en France depuis l'arrivée au Bureau de Commerce de Trudaine (1749) et Gournay (1751), et qui ont ensuite été exposées par les auteurs du groupe de Gournay (Gournay lui-même, Clicquot de Blervache, Forbonnais ou Plumard de Dangeul)⁴.

C'est dans ce contexte que Pedro Rodríguez de Campomanes, *Fiscal* du Conseil de Castille et principal idéologue des réformes socio-économiques pendant le règne de Carlos III (1759-1788), a publié entre 1774 et 1777 ses six volumes de *Discursos*, bien connus et diffusés dans le monde hispanique. L'auteur a abordé le

³ JOSEPH A. SCHUMPETER, *Historia del análisis económico* (1954), Barcelona, Ariel, 1971, p. 214-215.

⁴ La pierre angulaire de ce courant critique était la *Dissertation sur les corps des métiers* (Londres [Paris], M. Deslile, 1758) de CLIQUOT-GOURNAY. Sans être exhaustif, voir sur ce sujet, ainsi que sur le rapport entre Gournay et le jeune Turgot à propos de la traduction française de Tucker (1755) et l'*Éloge de Gournay* (1759) : EDGAR FAURE, *La disgrâce de Turgot*, Paris, Gallimard, 1961, p. 424-429; SIMONE MEYSSONNIER, *La balance et l'horloge. La genèse de la pensée libérale en France au XVIII^e siècle*, Paris, Éditions de la Passion, 1989, p. 175-177, 200-202 et 233-234 ; CATHERINE LARRÈRE, *L'invention de l'économie au XVIII^e siècle*, Paris, PUF, 1992 ; PHILIPPE MINARD, *La fortune du colbertisme. État et industrie dans la France des Lumières*, Paris, Fayard, 1998, p. 313-315.

projet de réforme de l'industrie concentré autour des corporations dans le *Discurso sobre la educación popular de los artesanos* (1775)⁵, en essayant de garder une vision systématique —qui, selon lui, manquait à la littérature économique *arbitrista* espagnole du XVIIIe siècle—, et à partir d'une prise de conscience claire de la responsabilité du système de corporations dans le déclin industriel espagnol.

Ce texte appartenait aux courants de pensée européennes qui critiquaient les corporations, y compris d'un point de vue radical, sans forcément prendre en compte de la possibilité de leur dissolution. Son axe central était une politique d'orientation régaliennne —*regalista*—, visant à restreindre l'autonomie injustifiée acquise par ces organismes aux dépens des lois communes du Royaume. La solution consistait dans un ensemble de réformes inspirées par un esprit homogénéisateur et uniformisateur, tandis que modérément libéralisateur. Les éléments clés de cette réforme étaient doubles : d'une part, il s'agissait de faire acquérir aux artisans une formation technique efficace et uniformisée, dans le cadre d'écoles professionnelles (de dessin ou de mathématiques) ; en effet, il fallait établir des traités des arts et métiers car, selon Campomanes, la France et l'Angleterre avaient conquis l'«empire des arts» grâce à ces traités et à l'action des académies scientifiques, dont l'Espagne était encore cruellement dépourvue. Par ailleurs, une modification homogène des ordonnances relatives aux corporations était nécessaire. Dans ses innombrables conseils de réforme, Campomanes a donc tracé les principales lignes directrices de la future réforme officielle des corporations qui se développera au cours des deux décennies suivantes : liberté de travail pour les femmes, mobilité géographique pour les artisans, admission d'artisans étrangers, unification des corporations ou suppression des délimitations géographiques pour des ateliers. Tout cela grâce à une politique régaliennne, dirigée par le Conseil de Castille, qui devait imposer ses critères au Bureau du Commerce, l'organisme responsable de la politique industrielle en Espagne. Dans ce contexte, un rôle de premier plan devait être joué par les Sociétés Économiques des Amis du Pays, et tout particulièrement par la de Madrid —ou *Matritense*— (1776), une sorte de corps consultatif du Conseil de Castille. Ces institutions, qui étaient en plein processus de création sur le modèle de la *Matritense*, étaient tenues de veiller à la révision des ordonnances, de faciliter l'exécution de celles-ci via des «protecteurs des métiers», de fonder des écoles techniques et de traduire des traités concernant les arts. En tout cas, cette dynamique s'intégrait dans un champ

⁵ CAMPOMANES, PEDRO RODRÍGUEZ DE, *Discurso sobre la educación popular de los artesanos*, Madrid, Sanja, 1775. Sur ce sujet, voir VICENT LLOMBART, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992, p. 269-277.

beaucoup plus générale. Campomanes a défendu cette réforme sans renoncer à sa préférence pour l'agriculture et pour une industrie domestique rurale et dispersée, telle qu'elle s'était développée dans la prospère Grande-Bretagne⁶, dans un contexte où le libre commerce intérieur s'allierait à un régime protectionniste dans le but de sortir l'Espagne de sa situation de «manque d'une industrie propre»⁷.

Le *Discurso* de Campomanes a conféré un statut officiel à la stratégie de réforme progressive et modérément libéralisatrice impulsée par le Conseil de Castille et mise en pratique par les Sociétés Économiques. Ce livre majeur a également réussi à influencer de manière décisive les principaux courants de pensée des Lumières espagnoles en faveur de cette stratégie : les mesures de nature interventionnistes et protectionnistes proposées par Campomanes sont devenues un lieu commun chez les économistes espagnols les plus influents du dernier quart de siècle, non seulement à la Cour, mais aussi en Aragon (Arteta, Normante, Generés ou Villava), en Galice (Sánchez) ou à Valence (Danvila ou Sempere)⁸. Ainsi, sur une période très réduite, les Lumières espagnoles ont profondément évolué, en passant d'une défense enflammée des corporations à une justification de leur réforme partielle. La seule exception à ceci se trouve chez les économistes catalans. Dans l'ombre du puissant Bureau de Commerce de Barcelone, ces économistes reliaient étroitement le survie des corporations au destin de leur florissante industrie de coton, qui avait commencé à s'installer dans les principales villes et zones rurales catalanes⁹: déjà en 1768, le premier de tous, Romá, s'est catégoriquement opposé aux approches libérales de Danguel¹⁰.

⁶ Voir à ce sujet : MAXINE BERG, PAT HUDSON et MICHAEL SONENSCHER, *Manufacture in town and country before the factory*, Cambridge, 1983, p. 18-28.

⁷ CAMPOMANES, *Discurso educación popular...*, op. cit., p. 341.

⁸ Le meilleur exemple de l'énorme influence de Campomanes sur ce courant réformiste est la *Disertación sobre el aprecio y estimación que se debe hacer a las artes prácticas* d'ANTONIO ARTETA, Zaragoza, Blas Miedes, 1781.

⁹ ERNEST LLUCH, *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)*, Barcelona, Edicions 62, 1973, p. 27-29, 51-53, 122-124 et 287-290. Sur la Catalogne industrielle, voir PIERRE VILAR, "La Cataluña industrial: reflexiones acerca de un arranque y de un destino", in *La industrialización europea*, Barcelona, Crítica, 1981, p. 173-191, et JORDI NADAL, *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913*, Barcelona, Crítica, 1975, p. 188-193.

¹⁰ FRANCISCO ROMÁ Y ROSSELL, *Disertación histórico-legal por los colegios y gremios de la ciudad de Barcelona y sus privativas*, Barcelona, Thomas Piferrer, 1766, p. 47.

3. Le *Discurso sobre la legislación gremial de los artesanos* de Campomanes.

En 1776, un an après son *Discurso sobre la educación popular*, Campomanes a publié un nouvel ouvrage et prolongé de la sorte le débat sur ce sujet. Quoique peu cité, le *Discurso sobre la legislación gremial de los artesanos* contient les premières références à la possibilité d'abolir les corporations¹¹. Cette nouveauté était une conséquence des premières législations européennes dans ce domaine. Campomanes a effectivement cité l'Édit de Toscane de novembre 1775 —qui avait été précédé d'autre, pris en février 1770— et le français de février 1776¹². Son analyse est donc déjà insérée dans un contexte plus large. Entre Août 1774 et Août 1776, les deux journaux espagnols officiels de l'époque, la *Gaceta de Madrid* et le *Mercurio histórico y político*, avaient donné un écho sans précédent aux réformes entreprises par Turgot, alors Contrôleur général. Cette diffusion intense, bien que lancé avec l'Arrêt de libéralisation du commerce des grains de 13 Septembre 1774¹³, a trouvé son point culminant à l'occasion de la promulgation des Six Édits dans mars 1776. Tandis que la *Gaceta* a publié de divers résumés des six Édits¹⁴, le *Mercurio* a traduit les deux sur les corvées et les jurandes entièrement pour la première fois en Espagne¹⁵. Dans son *Discurso*, Campomanes a immédiatement perçu l'importance décisive de ces lois : c'est en effet en 1776, qu'il a probablement réalisé une traduction de l'Édit sur les jurandes pour un usage personnel¹⁶.

¹¹ CAMPOMANES, "Discurso sobre la legislación gremial de los artesanos", in *Apéndice a la educación popular*, parte III, Madrid, Sancha, 1776, p. llii-ccxl. Ce texte a été probablement écrit avant août 1776, moment de la restauration des corporations en France.

¹² *Ibidem*, p. cci-cci, note.

¹³ Sur Turgot en Espagne à propos la libéralisation du commerce des grains, voir JESÚS ASTIGARRAGA, "Turgot, Galiani et la traduction espagnole des *Dialogues sur le commerce des blés*", in ANDRÉ TIRAN et CECILIA CARNINO (éd.), *Économie et Politique chez Galiani*, Paris, Classiques Garnier, 2015.

¹⁴ *Gaceta*, 9 avril 1776, p. 128-130. Cet écho immédiat de Turgot en l'Espagne confirme l'efficacité de la campagne de publicité menée pendant son Ministère : STEVE L. KAPLAN, *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV*, Te Hague, 1976, p. 662. Sur l'opposition généralisée à l'Édit de Turgot et ses remarquables effets de troubles sociologiques et idéologiques, voir du même auteur, "Social classification and representation in the corporative world of Eighteenth-century France: Turgot's *Carnival*", in STEVE L. KAPLAN et CYNTHIA J. KOEPP (ed.), *Work in France*, Ithaca, Cornell University Press, 1986, p. 176-227.

¹⁵ *Mercurio*, mars 1776, p. 221-244 (corvées) et avril 1776, p. 321-353 (jurandes); sur les édits toscanes, voir le *Mercurio*, février 1776, p. 24-26, et juillet 1776, p. 274. Pour une analyse conjointe de toutes les traductions espagnoles de Turgot, voir JESÚS ASTIGARRAGA, "Les traductions espagnoles des écrits économiques de Turgot (1774-1791)", *Annales Historiques de la Révolution Française*, en cours de publication, 2017-2.

¹⁶ Fundación Universitaria Española (Madrid), Archivo Campomanes, dossier 54-5.

Cependant, ces célèbres initiatives législatives françaises n'ont pas conduit le *Fiscal* à abandonner ses prises de position réformatrices modérées et progressives. Le but principal de son *Discurso* de 1776 consistait d'ailleurs à formuler des directives pour favoriser une évolution cohérente du processus de réforme des corporations, qui était déjà amorcé à cette date : le *Discurso* s'achève sur 34 articles qui spécifient et précisent ces directives. Toute la première partie du *Discurso* développe donc des aspects précédents de l'œuvre de Campomanes. Faisant toujours preuve de grandes qualités dans le domaine de l'histoire économique, Campomanes proposait un exposé historique détaillé de l'existence des corporations en Espagne, depuis les peuples antiques, chez qui régnait une "parfaite liberté et une protection réservée aux artisans par les anciens Grecs", en opposition avec ce qui exista ensuite chez les Romains et les Goths, peuples guerriers, où les corporations ont anéanti la richesse et la population. Cette situation a atteint son point culminant au XVI^e-XVII^e siècles, qui coïncide avec le début de la décadence espagnole. Même si l'expulsion des Maures et des Juifs, l'arrivée de l'or américain ou la politique de guerre constituent des causes indiscutables du déclin économique espagnol, un examen détaillé des différentes ordonnances des corporations des anciennes villes industrielles castillanes, andalouses et catalanes révèle que c'est plutôt le renforcement des corporations dans un système fermé, exclusif et lourd, qui constitue une des « causes principales » de la décadence de l'ensemble du système économique. Ceci fut l'origine du chômage et de la stagnation des techniques de production, et un obstacle insurmontable à une union mutuelle entre les artisans et les commerçants ; et au-delà, entre l'industrie et l'agriculture.

Campomanes considérait donc les législations abolitionnistes toscane et française comme des éléments de réflexion incontournables, car elles supposaient une alternative manifeste à l'option réformiste. Tout particulièrement en France, où « les opinions [...] portaient pendant quelque temps sur la question de réformer les abus des corporations d'artisans ou les faire disparaître totalement »¹⁷. Sans toutefois renoncer à sa stratégie de réforme modérée, il a radicalisé ses propres prises de position anti-corporations dans la deuxième partie de son *Discurso*. Ceci a donné lieu à une analyse très détaillée des systèmes des corporations en Grande-Bretagne, Hollande, France et Italie, et à un examen particulièrement approfondi de la littérature économique européenne à ce sujet. Le point de départ de sa

¹⁷ CAMPOMANES, "Discurso legislación gremial", *op. cit.*, p. cc-cci.

réflexion se trouvait donc dans un grand rapprochement entre le modèle des corporations en Espagne et France, qui était un pays où le système de corporations était central dans la régulation industrielle¹⁸. Dans son analyse, Campomanes a utilisé pour la première fois en Espagne l'*Essai sur la liberté du commerce et de l'industrie* (1775) de Bigot de Saint-Croix, qu'il a résumé de manière détaillée et dont il a analysé son utilité potentielle pour son propre pays¹⁹. La question n'était pas banale, puisqu'il savait que cet *Essai* était un instrument pour l'action du gouvernement. Même s'il n'a pas cité l'éditeur Baudeau, il a mentionné qu'il avait été rédigé à la demande de Laverdy, Ministre des Finances, et qu'il constituait le cadre doctrinal de l'Édit de février 1776²⁰. Donc, ses commentaires sur l'*Essai* constituaient une évaluation indirecte des événements survenus en France. Le changement par rapport au *Discurso* de 1775 était très significatif : dans cet ouvrage les rares références aux corporations françaises provenaient du *Traité de la police* (1710) de De la Mare.

La lecture du livre de Bigot par Campomanes était donc manifestement orientée. Le *Fiscal* espagnol se désintéressait de tout le contenu physiocratique de ce livre, y compris du principe selon lequel la liberté de l'industrie était un droit naturel inaliénable ce qui, comme souvent chez les physiocrates, éte issu du droit de propriété²¹. Pour Campomanes en revanche, le travail était bien davantage une obligation du citoyen qu'un droit au sens propre du terme. En émancipant de la sorte l'*Essai* du « Président et éminent magistrat » Bigot de sa base physiocrate, Campomanes a tempéré les aspects plus radicaux de ce texte. Toutefois, bien que différentes expériences de la France antérieures à l'Édit de Turgot pouvaient être appliquées en Espagne sans problèmes — l'admission d'étrangers dans les corporations nationales (Décret de 1767) —, le cas de la France n'était que partiellement utile pour l'Espagne. Selon Campomanes, l'effet négatif des corporations sur l'économie était encore plus considérable dans le pays voisin. Ceci était visible dans des phénomènes tels que la dispersion des arts, les frais

¹⁸ ELI HECKSCHER, *La época mercantilista* (1931), Méjico, Fondo Cultura Económica, 1943, p. 152 et ss.

¹⁹ CAMPOMANES, "Discurso legislación gremial", *op. cit.*, p. clxxi-cci.

²⁰ *Ibidem*, p. cci. Le livre avait été commandé par L'Averdy à Bigot père et fils, alors tous deux magistrats à Rouen. Sur une utilisation plus large en France des idées de la liberté naturelle dans le domaine du marché du travail, voir MICHAEL SONENSCHER, *Work and Wages*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, en particulier, p. 42-72.

²¹ LOUIS CLAUDE BIGOT DE SAINT-CROIX, *Essai sur la liberté du commerce et de l'industrie*, Amsterdam et Paris, Lacombe, 1775; voir la traduction espagnole : *Ensayo sobre la libertad del comercio*, in *Memorias instructivas y curiosas*, vol. XI, Madrid, Antonio Fernández, 1791, p. 190-193.

élevés d'inscription ou la formule même des *jurandes*, qui n'existait pas en Espagne en tant que telle. Cependant, la France avait réussi à maintenir sa présence dans le marché international de l'industrie manufacturière, malgré les corporations et grâce à d'autres politiques publiques de promotion des arts. Contrairement aux thèses de Bigot, la politique industrielle ne pouvait donc pas se limiter à décréter la liberté du commerce et à établir le cadre législatif pour que cette liberté puisse être développée. Cette politique devait être basée, selon le *Fiscal*, sur le trois piliers qui avaient permis à la France de maintenir sa compétitivité industrielle : l'éducation, la protection et la législation. Tout cela le mène à défendre à nouveau une formation technique adéquate des artisans ainsi que l'usage d'impôts et de droits de douane pour protéger l'industrie nationale. Sur la base de l'exemple négatif de l'Espagne depuis le règne de Felipe II, il réfute les principes de la liberté du commerce et de l'industrie de Bigot. Sans une politique d'encouragement et de protection, la structure industrielle se détériorerait dans un laps de temps très court. En somme, selon Campomanes, le sous-développement industriel de l'Espagne est ce qui l'empêche d'adopter la voie abolitionniste.

Dans cette même ligne de pensée, ce n'est pas un hasard si le *Fiscal* reproche à Bigot de défendre le modèle hollandais des corporations. Sa préférence allait au contraire au modèle britannique, qu'il présentait comme une alternative au modèle français et un exemple pour l'Espagne. Sa parenthèse détaillée sur les corporations britanniques a essayé de montrer que l'existence des corporations n'entraîne pas irrémédiablement des problèmes de monopoles et de régimes privatifs²². En Grande-Bretagne, les corporations ne portaient pas atteinte à la liberté du commerce et de l'industrie ; leur existence était compatible avec les « droits de la société politique ». Par conséquent, l'ordre britannique "modéré" avait su harmoniser l'existence des communautés privées de producteurs et la préservation du bien public et du pouvoir royal. Bien régulées, les corporations apparaissent alors comme une sorte de « corps intermédiaire » nécessaire pour le bon fonctionnement d'une monarchie. L'exemple britannique permettait de mettre en évidence l'insuffisance d'une politique uniquement régaliennne et absolutiste. Campomanes a donc utilisé cet exemple pour illustrer l'aspect positif de la constitution britannique mixte, à la fois monarchique et républicaine. Toutefois, de la Catalogne, Capmany a mené une lecture plus stricte de ces mêmes idées. Les

²² CAMPOMANES, "Discurso legislación gremial", *op. cit.*, p. lxxliv- clxi. Campomanes a mentionné à Cary et Hume, mais semble également être influencé par Dangeul dans son éloge du développement industriel des villes anglaises dépourvues de corporations: *Observaciones sobre las ventajas y desventajas de la Francia y la Gran Bretaña*, Madrid, Blas Román, 1771, p. 181-192. Sur les spécificités des corporations britanniques, voir HECKSCHER, *La época*, *op. cit.*, p. 217 et ss.

écrits de Turgot ou Bigot, qu'il a cité tacitement, étaient davantage remplis d'«axiomes pompeux» que de «vraie politique»; avec leurs coutumes séculaires de discipline, de paternalisme et leur hiérarchie, les corporations ont été instituées comme des corps «politiques» dont la dissolution, par l'application de la «liberté absolue» du travail, était incompatible avec les principes de la monarchie²³.

Campomanes a également évalué de manière très favorable les nombreuses interventions en faveur de la promotion de l'industrie en Grande-Bretagne, un pays qu'il a considéré, comme la plupart des espagnols des Lumières, comme profondément interventionniste. Son point de vue anglophile reposait sur le constat que la compétitivité de l'industrie britannique était supérieure à celle de la Hollande ou la France. Ceci était principalement dû au système d'apprentissage des corporations, durement critiqué par Bigot —qui était pour sa part plus proche du modèle hollandais—, mais que Campomanes a préconisé pour l'Espagne. Cette solution “britannique” lui permettait de désapprouver toute tendance abolitionniste, toscane ou française, car ce type d'extrémisme pouvait nuire à l'industrie espagnole. Cependant, ces tendances abolitionnistes ont été formulées pour la première fois dans les Lumières espagnoles comme une éventuelle perspective d'avenir: Turgot commençait à être apprécié comme pionnier réformiste ayant éliminé les «chaînes du travail»²⁴.

4. Le “Informe sobre el libre ejercicio de las artes” de Jovellanos.

Une nouvelle étape dans le débat en Espagne sur la liberté du travail a été franchie au cours de l'année 1785-1786, en plein processus de réforme de la législation. Grâce à la persévérance de Campomanes, un Arrêt, pris le 18 Mars 1783, a assimilé les métiers “méprisables” à des arts majeurs; et le milieu industriel a pris des mesures largement revendiquées: l'admission d'artisans étrangers “catholiques” au sein des corporations (1777), la mobilité géographique des artisans (1777) et la liberté de travail pour les femmes (1779 et 1784). Cette phase de réformes a culminé en Octobre 1785 quand un Décret a autorisé la coexistence des arts exercés selon les ordonnances établies pour la fabrication de textiles avec les arts “libres”, sous réserve d'un permis et un sceau accordés par le Bureau de

²³ ANTONIO CAPMANY (sous le pseudonyme de Miguel Ramón Palacio), *Discurso económico-político en defensa del trabajo mecánico de los menestrales*, Madrid, 1778, p. 14, 28-29 et 48-63.

²⁴ CAMPOMANES, *Apéndice a la Educación Popular*, Madrid, Sancha, 1775-1777 (4 vol.), vol. IV (1777), p. 184, note.

Commerce. Ces mesures sont inspirées par le système « intermédiaire » *neckerienne*, en vigueur en France depuis 1779²⁵.

Ce nouveau contexte a produit ses premières conséquences au cours des années 1785-1786, notamment au sein de la Société *Matritense*. Son examen des ordonnances des corporations avait conduit à essayer de concevoir « un système général de législation » pour y inclure tous les arts. Ce système incluait la possibilité d'adopter une « entière et absolue liberté » dans l'industrie²⁶. Toutefois, le Décret d'Octobre 1785 a forcé la Société à réaliser des évolutions stratégiques immédiates. La réponse est venue du Secrétaire de la Commission des Arts, Manuel Sixto Espinosa²⁷. Son travail a été inspiré par une vision pragmatique de la « liberté des arts ». Espinosa semblait être influencé par les articles rédigés pour l'*Encyclopédie Méthodique* du physiocrate Grivel, lorsqu'il a préconisé de perfectionner les arts en éliminant les obstacles à l'encontre des droits de propriété du travail, en reconnaissant aux travailleurs les principes de « liberté, propriété et immunités »²⁸. En effet, à partir de ce moment-là, l'œuvre de Panckoucke est devenue en Espagne une source privilégiée pour apprécier les nuances du débat français au cours de la seconde moitié du dix-huitième siècle²⁹. Toutefois, l'acceptation de ces principes ne conduisit pas à la défense, selon

²⁵ PH. MINARD, *La fortune*, op. cit., p. 321 et ss.

²⁶ *Memorias de la Sociedad Económica*, Madrid, Sancha, 1780-1795 (5 vol.), vol. IV (1787), p. 2-3.

²⁷ MANUEL SIXTO ESPINOSA, "Memorias e informe sobre las ordenanzas para el gremio de sastres de esta Corte" (1786), in *Memorias de la Sociedad*, op. cit., vol. IV (1787), p. 228 et ss.

²⁸ ESPINOSA, "Memorias", art. cit., p. 234 et 236; voir l'article "commerce" (1784) de GUILLAUME GRIVEL pour la *Méthodique* in *Mélanges de Philosophie et d'Économie Politique* (Paris, Briand, 1789, 2 vol.), vol. II, p. 246 et ss.

²⁹ Les volumes sur les *Finances* étaient dominés par les positions réformistes exposées dans la précédente *Encyclopédie* (article "maîtrises" de FAIGUET DE VILLENEUVE) et plus particulièrement par celles de GOURNAY-CLIQUOT, dont les *Considérations sur le commerce* (1758) ont été résumées dans ces volumes. Tout menait à la défense de l'Édit de août 1776, qui a réorganisé les corporations après l'échec des plans de Turgot et qui a été transcrit (*Finances* (3 vol.), vol. III (Paris, Panckoucke, 1787), "maîtrises", p. 15-57). Quelque chose de semblable s'est passé avec les volumes sur *Jurisprudence*, attribués à HUE DE MIROMESNIL, qui étaient loin de la stratégie abolitionniste de Turgot et favorables au régime de 1776 (*Jurisprudence* (10 vols.), vol. III (Paris, Panckoucke, 1783), "communauté", p. 43-44; vol. IV (Paris, Panckoucke, 1785), "jurande", p. 340). Cependant, dans les volumes sur *Commerce*, son rédacteur en chef, le physiocrate NICOLAS BAUDEAU, a diffusé essentiellement les positions de la physiocratie et de Turgot (*Commerce* (3 vols), vol. III (Paris, Panckoucke, 1784), "jurande", p. 760-797; "règlement", p. 569). Enfin, dans les volumes sur *Économie Politique et Diplomatie*, élaborés par JEAN-NICOLAS DÉMEUNIER et GUILLAUME GRIVEL, les idées sur les corporations étaient *smithiennes* (*Économie Politique et Diplomatie* (4 vols.), vol. III (Paris, Panckoucke, 1788), "industrie", p. 44-56). Tout cela démontre la nature plurielle du contenu économique de cette œuvre (JEAN-CLAUDE PERROT, *Une histoire intellectuelle de l'économie Politique (XVIIe-XVIIIe siècle)*, Paris, EHESS, 1992, p. 127 et ss.).

l'expression même de Sixte, de la «révolution» de la dissolution de tous les métiers. Il s'agissait, dans la droite ligne de Campomanes, d'élaborer un programme intégrant l'«éducation» et la «protection» des arts. Dans le nouveau contexte créé par le système «intermédiaire», la question centrale était alors la perte éventuelle de compétitivité de l'«ancien» système de corporations par rapport au «nouveau», qui était libre. En effet, à la fin de son texte, Espinosa a présenté une série d'ordonnances qui pourraient bien être considérées comme un modèle pour cette nouvelle phase de «liberté des arts» dans un système «mixte». Pour améliorer l'efficacité des corporations, il était nécessaire de retirer les normes techniques de les ordonnances, de libéraliser la détermination des salaires, de réduire les taxes, d'accepter la possibilité de dissoudre le contrat de travail et, surtout, de réduire l'apprentissage de sept à cinq années, un conseil qui montre qu'Espinosa était lié aux vives critiques contre le système d'apprentissage des corporations formulées par Smith, dans la *Wealth of Nations*, qui avait déjà circulé parmi les élites espagnoles au cours des années 1780.

Alors que ces évolutions étaient menées dans le cadre de la *Matritense*, en novembre 1785, Jovellanos a rédigé, à la demande du Bureau du Commerce, un *Informe —Rapport—*, resté manuscrit à l'époque, sur «le libre exercice des arts»³⁰. L'*Informe* a été considéré comme un premier exemple d'un écrit de tendance *smithienne* en Espagne. Cependant, il doit être interprété avant tout comme une nouvelle tentative de combiner la tendance réformiste du «sage» Campomanes avec celles de Bigot et Turgot, mais avec une plus grande préoccupation pour les problèmes d'efficacité économique que pour celles de la dimension régaliennne. Le contenu de l'*Informe* semble reproduire le schéma de l'Édit 1776, comprenant un long préambule doctrinal qui établit les fondements de la liberté du travail, suivi par un règlement ayant un objectif législatif. Tous ceci est conçu dans le cadre des récents changements législatifs européens, et ce contexte fait l'objet chez Jovellanos d'une appréciation très différente de celle de Campomanes: pendant qu'en Toscane, «l'on jouit [...] des avantages de la liberté dont se voient récompensés le zèle et la constance des gouvernements éclairés», le «célèbre président» Bigot «avait démontré en France, de manière concluante, les énormes

³⁰ GASPARD M. DE JOVELLANOS, "Informe dado a la Junta General de Comercio y Moneda sobre el libre ejercicio de las Artes" (1785), in *Biblioteca de Autores Españoles. Obras publicadas e inéditas de Don Gaspar Melchor de Jovellanos* (2 vols.), CÁNIDIO NOCEDAL (ed.), vol. II, Madrid, Rivadeneira, 1859, p. 33-45. Cet écrit a été réimprimé dans VICENT LLOMBART (ed.), *Gaspar Melchor de Jovellanos. Escritos económicos*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2000; et dans VICENT LLOMBART et JOAQUÍN OCAMPO (ed.), *Escritos económicos*, Gijón, Ayuntamiento de Gijón, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII et KRK Editores, 2008.

préjudices causés par les formations et Monsieur Turgot les a catégoriquement détruites moyennant les lettres patentes du 12 février 1776 ».

Cette différence de point de vue entre Jovellanos et Campomanes est due au fait que le premier a construit son *Informe* sur le fondement du principe de la liberté du travail. Ce principe a été copié textuellement de l'Édit de 1776, ce qui démontre l'influence de ce texte législatif particulier —et surtout de son préambule—, aussi sur la propagation internationale des idées de Turgot qui, à cette période, avait commencé à être identifié en Espagne comme un « physiocrate »³¹. Jovellanos explique que le travail est un droit naturel qui est transféré à la société civile. Cette dernière est obligée de le respecter comme le droit le plus sacré de l'être humain, sans admettre la moindre contrainte de la part du souverain. La liberté civile est considérée comme un élément primant sur la législation. En vertu de ceci, les citoyens sont obligés de déduire de leurs revenus la « partie strictement nécessaire » pour préserver l'Etat. Cette approche jusnaturaliste, très proche de celle de Locke, est aussi imprégnée de la tendance physiocrate de Bigot. Jovellanos approuve l'ordre naturel basé sur les piliers des trois droits individuels de "liberté, propriété et sécurité", qui seraient la récompense en échange de la part de liberté que l'on sacrifie à l'ordre public. A partir de ces principes Jovellanos déduit les droits au travail, à la liberté du commerce, d'entreprendre et de consommation. Il fonde sur cela ses critiques à l'encontre des corporations : celles-ci restreignent la faculté de travailler et, par conséquent, portent atteinte tant à la propriété naturelle qu'à la liberté civile. Dans son *Informe*, Jovellanos a fait une analyse approfondie des effets négatifs des corporations sur le bien-être public et sur la croissance économique en Espagne. Ses principales sources sont l'Édit de 1776, Campomanes, Bigot et, probablement, Smith. Sa conclusion était que la croissance de la population et de la richesse nationale dépendent des progrès de l'industrie et, par conséquent, de la liberté des arts.

Dans son *Informe*, Jovellanos ne se limite cependant pas à une analyse abstraite des avantages de la liberté du travail. Il expose également la manière concrète selon laquelle ce principe peut être appliqué en Espagne. Son

³¹ Précisément au moment où la physiocratie a perdu de manière significative son influence; voir, par exemple, PEDRO ALMODÓVAR (sous le pseudonyme de Francisco María de Silva), *Década epistolar sobre el estado de las letras en Francia* (Madrid, Antonio de Sancha, 1781), p. 166, et les notes de VILLAVA, le traducteur de Genovesi: *Lecciones de Comercio, o bien de Economía Civil* (Madrid, Ibarra, 1785-6, 3 vols.), vol. II, p. 174-175. Et tout cela contre Turgot lui-même, qui détestait "l'esprit de secte" : DUPONT DE NEMOURS, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 40; CONDORCET, *Vie de M. Turgot*, *op. cit.*, p. 31.

interprétation était clairement modérée. La prolifération des règlements pouvait être résolue par un élargissement de la liberté individuelle; cependant, le défi était de fixer les limites jusqu'où cette liberté pouvait s'étendre. Les risques découlant de la liberté individuelle ne peuvent servir d'alibi pour le maintien des corporations; mais le fait de livrer soudainement les arts à une "liberté absolue" à travers une « transition subite de la dépendance à la liberté » pourrait augmenter les risques et générer des problèmes d'ordre civil sur le plan de problèmes d'insécurité juridique, de préjudices causés au consommateur (sous forme de fraudes ou d'augmentations artificielles des prix), des coûts d'information et, en particulier, de formation du capital humain de la main-d'œuvre³². La seule manière d'atténuer ces risques et de garantir le maintien de l'ordre social consistait à adopter une législation venant compléter le principe de la liberté de travail.

Sur ce point, l'approche concrète de Bigot —appliquée dans une large mesure dans les 24 articles de l'Édit de Turgot— s'est avérée inapplicable à la situation espagnole. Le magistrat de Rouen estimait qu'il était possible de concilier l'ordre social et l'exercice de la liberté individuelle moyennant un ensemble de lois très simples, dérivées du système de la libre concurrence, qui devrait être étendue sur la totalité des arts³³. Bigot finissait par défendre la suppression de tous les privilèges exclusifs de l'industrie manufacturière et du réseau administratif du commerce. Le seul principe auquel il fallait veiller était l'ordre public, mais il ne fallait pas craindre que la suppression des corporations donnât lieu à l'impunité. En effet, la mise en place des organismes qui doivent les remplacer continue à attribuer à la loi tout son pouvoir et confère même un pouvoir judiciaire plus direct à la police. Toutefois, dans son Édit, Turgot attribue un rôle bien précis à l'« entrepreneur », en tant que nouvel agent social, chargé résoudre les problèmes dans le domaine de l'embauche et l'emploi dans ce nouveau contexte³⁴.

La concrétisation de ces suggestions dans l'*Informe* de Jovellanos était fort limitée. La législation industrielle ne devait pas seulement garantir l'ordre public, mais également préserver la « protection » des artisans et la « sécurité » des consommateurs. C'est ainsi que Jovellanos a basculé de Bigot et Turgot vers

³² De nouvelles interprétations des fonctions des guildes dans les activités d'entreprise et d'innovation, dans S. R. EPSTEIN et M. PRSAK (ed.), *Guilds...*, *op. cit.*

³³ L.-C. BIGOT DE SAINT-CROIX, *Ensayo*, *op. cit.*, p. 167-173, 179 et 189-190.

³⁴ Il s'agit là d'un aspect très novateur de l'Édit : E. FAURE, *La disgrâce*, *op. cit.*, p. 432; RONALD L. MEEK, *Turgot on progress, sociology and economics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, p. 21 et ss.

Campomanes. L'éventuelle suppression des corporations ne pouvait avoir lieu que dans le cadre d'un nouveau réseau institutionnel susceptible d'amortir le choc créé par le vide généré par une telle dissolution et qui n'avait rien à voir avec la figure de l'entrepreneur : la désignation parmi les membres des Sociétés Économiques de « protecteurs » des métiers ; la promulgation de règlements pour garantir la protection de l'artisan, en intégrant trois aspects: un système d'enseignement réglementé, un ensemble d'institutions de protection sociale, alors partiellement gérées par les corporations (hospices, maisons de charité, etc.), et, pour finir, des mesures d'encouragement de l'industrie nationale, par une politique de primes et par l'usage actif du système fiscal et douanier en la matière³⁵. L'exemple britannique apparaissait à nouveau comme une éventuelle piste utile: là où Bigot prenait pour modèle la Suisse ou la Hollande, pays dans lesquels le « commerce ne connaissait pas d'autre loi que celle de la libre concurrence », Jovellanos soulignait que la « constitution anglaise et les lois et coutumes de cette république réussissaient miraculeusement à concilier la liberté des arts et les corporations des artistes »³⁶.

L'alternative pragmatique de Jovellanos a admis encore trois autres exceptions en ce qui concerne la possibilité d'instaurer la liberté du travail : la conservation de certaines ordonnances —mais pas de leurs corporations— relatives à des métiers particuliers (métaux; médicaments) pour des raisons de sécurité ou de santé publique ; la possibilité de faire une distinction entre les corporations (institutions) et les réglementations (normes techniques) : comme pour Bigot ou Tugot, la suppression de l'un n'impliquait donc pas la de l'autre ; et, en dernier lieu, l'opportunité d'expérimenter la « liberté absolue » pour quelques corporations et dans quelques villes avant de le généraliser. Ainsi, bien que Jovellanos ait exprimé quelques points communs avec l'Édit de Turgot (inscription obligatoire ou préservation de certaines corporations), son approche a été plus modérée. En définitive, il ne faisait que soutenir le Décret d'octobre 1785 sur le système « mixte », promulgué un mois avant son *Informe*, avec la possibilité de tester expérimentalement la « liberté absolue », ce qui démontre à nouveau l'énorme influence des idées de Necker dans l'Espagne des années 1780³⁷.

³⁵ Un autre membre influent des secteurs éclairés de la Cour, Francisco Cabarrus, n'était très loin de cette même stratégie de « protection » et de « promotion » des arts; voir son important écrit manuscrit (de 1783) dans l'Archivo Histórico Nacional (Madrid), Estado, dossier 2944-434.

³⁶ BIGOT, *Ensayo*, op. cit., p. 188; JOVELLANOS, "Sobre el libre ejercicio", art. cit., p. 42.

³⁷ JESÚS ASTIGARRAGA, "La traduction au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles", *Annales Historiques de la Révolution Française*, 364, 2011, p. 3-27. Avec

5. Les *Cartas* de Foronda.

En mai 1788, Valentín de Foronda a entrepris la rédaction d'un ensemble de lettres pour le journal *Espíritu de los mejores diarios literarios* (1787-1791), qui constitueront, un an et demi plus tard, son célèbre livre *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política* (1788-1789)³⁸. Les principes économiques de cet ouvrage, unique dans les Lumières espagnoles, étaient les principes de l'ordre naturel physiocrate : la propriété, la liberté et la sécurité. Même si Foronda n'interprète pas cet ordre comme les *économistes* —en s'inspirant de Rousseau, il y ajoute un quatrième droit, celui de l'égalité—, selon lui, la mise en place de ces principes, « évidents » et « inséparables », constitue une condition indispensable pour toute politique de développement économique. Ces droits ne pouvaient être exercés qu'au sein d'une économie basée sur le libre concurrence. Par conséquent, l'Espagne devait procéder à une entière transformation des bases de sa législation socio-économique, dans le respect des principes physiocrates. Toutefois, dans les *Cartas* de Foronda, l'influence de la physiocratie qui concerne de l'ordre naturel était d'une nature différente à celle qui relève de leurs théories et de leurs politiques économiques. Foronda n'utilisait pas les catégories conceptuelles des *économistes* ni leur modèle du *Tableau*. Il leur reprochait d'avoir créé des « systèmes d'apparence merveilleuse, élégante et magnifique mais ayant un fond médiocre »³⁹, et il désapprouvait les principes de la productivité exclusive de l'agriculture, le bon prix, la grande culture et l'impôt unique ; en revanche, il se ralliait à leur défense de la liberté du travail, qui impliquait l'abolition des corporations.

Foronda mène donc la critique la plus radicale des corporations qui ait vu le jour dans les Lumières espagnoles. Il s'inspire d'auteurs très divers, de Bielfeld à Forbonnais, Dangeul ou Accarias de Sérionne ; cependant, ses sources principales

Necker et toujours dans la courant anti-physiocratique, Galiani a eu également une influence centrale. Ces trois auteurs clés (Turgot, Galiani et Necker) ont été plus liés entre eux de ce qui est communément admis, voir GILBERT FACCARELLO, "Galiani, Necker and Turgot. A debate on economic reform and policy in eighteenth-century France", in G. FACCARELLO (ed.), *Studies in the History of French Political Economy*, London-New York, Routledge, 1998, p. 120-195.

³⁸ VALENTÍN DE FORONDA, *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política, y sobre las leyes criminales* (1788-1789), Pamplona, R. Domingo, 1821 : p. 39-65 sur la lettre (de juin 1788) "Sobre los gremios de artesanos". Nous suivons ici l'analyse de JOSÉ M. BARRENECHEA, *Valentín de Foronda, reformador y economista ilustrado*, Vitoria, 1984. Sur la physiocratie en Espagne, voir ERNEST LLUCH et LLUIS ARGEMÍ, *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1985.

³⁹ V. DE FORONDA, *Cartas*, op. cit., p. 240.

étaient Bigot et, en particulier, l'*Encyclopédie Méthodique*⁴⁰. Foronda a expliqué en détail que, dans la pratique, le système des corporations ne satisfaisait à aucun des objectifs pour lesquels il avait été créé; il ne garantissait pas un apprentissage correct, l'innovation technique ou l'adaptation des biens aux goûts des consommateurs. Ces organismes ne constituaient qu'un système de privilèges dont l'effet principal était de limiter l'offre d'emploi et d'augmenter les coûts de production, paralysant ainsi l'industrie. A cela s'ajoutait le préjudice qu'ils portaient aux "droits de l'homme", en faisant obstacle à la liberté de travail. Foronda a d'ailleurs repris le principe de Turgot : la « seule propriété détenue par la grande majorité du peuple résidait dans le travail » et, donc, il était impératif pour le peuple de « pouvoir disposer sans restrictions du droit d'utiliser les seules ressources dont il disposait pour sa subsistance »⁴¹. A partir de ce critère, la seule manière de résoudre ces contradictions était d'abolir les corporations et décréter la liberté du travail, de l'entreprise et de la circulation de la main d'oeuvre; surtout lorsque le bien public, fondé sur la simple réunion d'individus, ne peut se construire qu'au détriment du bien-être du peuple.

La mise en pratique de ces idées se rapprochait de fait de la physiocratie. L'État ne devait pas interférer dans les principes de l'ordre naturel. Il devait se limiter à supprimer les corporations et leurs réglementations, sans étapes expérimentales préalables, sans exception pour certains métiers et sans imposer des mesures supplémentaires d'"encouragement" ou "protection" des arts. Cette suppression allait configurer le cadre légal de "liberté et sécurité" susceptible de garantir la prospérité de l'industrie. A partir de là, l'émulation entre les artisans et les règles de la concurrence au sein d'une économie de libre-échange feraient le reste. Loin de Campomanes, Espinosa ou Jovellanos, l'objet des critiques de Foronda étaient les réformes officielles, dont les résultats ont été très lents ou presque inexistants⁴², y compris pour le système « intermédiaire » qui encore préservait ces « codes obscurs des corporations, introduits en Europe dans les siècles antiphilosophiques ». En cela, sa position n'était pas très différente de celle

⁴⁰ J. M. BARRENECHEA, *Valentín de Foronda, op. cit.*, p. 231-234; cependant, contrairement à ce que dit l'auteur, la source de Foronda n'était l'article "maîtrises" (dictionnaire des *Finances*) mais la rubrique "jurandes" (*Commerce*).

⁴¹ V. DE FORONDA, *Cartas, op. cit.*, p. 66-67.

⁴² Le cas le plus significatif a été le plan de réforme des corporations conçu en 1779 par la Société *Aragonesa*, en suivant les lignes de Campomanes : il a été frustré par les obstacles mis à l'intérieur de la Société et par les principales institutions d'Aragon : FRANCISCO J. FORNIÉS, *La Real Sociedad Económica de Amigos del País en el período de la Ilustración (1776-1808)*, Madrid, 1978, p. 197-253.

des autres auteurs sous le règne de Carlos IV (1788-1808), qui appartienne à ce qu'on peut qualifier (avant l'oeuvre de Jonathan Israel) des Lumières « radicales ». La défense de l'abolition des corporations, avec les idées de Turgot en arrière-plan, constituait un de leur principal signe d'identité⁴³. Même si ce courant de pensée était minoritaire en Espagne et qu'il n'a pas eu de véritable impact à l'époque, il a supposé l'introduction d'une double nouveauté. En premier lieu, avec son libéralisme radical, Foronda a généré un cadre intellectuel plus propice aux idées économiques de Turgot et il s'est émancipé de la pensée dominante des auteurs espagnols : le défense des corporations dans un régime protectionniste et interventionniste. De plus, en plein essor de la politisation des Lumières, tout cela a conduit à une constitutionnalisation du principe de la liberté du travail. En effet, c'est bien un membre de ces courants radicaux, Manuel de Aguirre, qui en 1787 a intégré ce principe dans l'un des premiers codes des lois constitutionnelles des Lumières espagnoles⁴⁴.

6. Les traductions de Turgot et Bigot.

Tel était le contexte intellectuel qui a accueilli la traduction espagnole des *Réflexions* de Turgot⁴⁵. Elle a été publiée en 1791, insérée dans une opération de transfert des idées beaucoup plus vaste, qui a compris de trois traductions au total : les *Reflexiones sobre la formación y distribución de las riquezas* de Turgot; la version de Bigot, *Ensayo sobre la libertad del comercio y de la industria*; et, en dernier lieu, l'*Edicto publicado en Francia en Febrero de 1776*. Ces trois traductions ont été publiées ensembles dans le même volume des *Memorias instructivas y curiosas* (1778-1791)⁴⁶. Toujours sous la direction de Miguel Gerónimo Suárez, cette publication périodique —et donc les trois traductions— a été produite fort probablement dans le cadre de la Société *Matritense*, qui réunissait les principales figures des Lumières espagnoles, parmi lesquels figuraient Campomanes et

⁴³ Voir, par exemple, RAMÓN DE SALAS, "Apuntaciones al Genovesi y extracto de las *Lecciones de Comercio*" (Archivo Histórico Nacional, Consejos, dossier 11025, chap. IX); *El Censor* (1786), vol. VI, p. 1129-1143; ou JOSÉ DE UGARTIRIA ("Carta", in *Espíritu de los mejores diarios*, 2 mars 1789, p. 958, et 16 mars 1789, p. 996-7), qui a défendu l'extension de la liberté du travail aux colonies espagnoles.

⁴⁴ "Discurso de la legislación" (1787), in *Cartas y Discursos del Militar Ingenuo al Correo de los Ciegos*, ANTONIO ELORZA (ed.), San Sebastián, 1974, p. 174, 184 et 194.

⁴⁵ Pour une analyse plus détaillée de cette traduction, voir J. ASTIGARRAGA, "Les traductions", art. cit.

⁴⁶ Madrid, Pedro Marín (1778-1790) et Antonio Fernández (1791), 12 vol. Dans le vol. XII, la traduction de Turgot occupait le mémoire CXII, p. 1-100; celle de Bigot, le mémoire CXIII, p. 101-190; et l'Édit de Turgot les p. 190-218 de ce dernier; la version de l'Édit était différent de celles réalisées auparavant dans le *Mercurio* et par Campomanes.

Jovellanos, qui en étaient d'ailleurs les têtes pensantes. La traduction des trois textes a très certainement été réalisée par une même personne, dont nous ignorons cependant l'identité. Il s'agit des traductions complètes et toute de très grande qualité. L'hypothèse la plus plausible est que le traducteur anonyme a utilisé comme texte-source des *Réflexions* l'édition de 1788, la première sous forme de livre de l'édition qui avait modifiée Baudeau, mais il ne fait aucun doute que les deux autres traductions ont été extraites des volumes sur *Commerce* de l'*Encyclopédie Méthodique*, dont l'éditeur était le même Baudeau⁴⁷.

Cette triple traduction avait une évidente intentionnalité politique. La date de publication ne pouvait être plus révélatrice : elle a été publiée en pleine période de bouleversement politique, à la suite des événements révolutionnaires en France. D'autre part, la façon dont le traducteur a structuré les trois versions révèle toute son habileté pour prédisposer favorablement le lecteur envers la liberté du travail. L'ensemble s'ouvre avec les *Réflexions* de Turgot, expliquant le fonctionnement d'une société commerciale sur le principe de la libre concurrence et le libre-échange. Par la suite, l'*Essai* de Bigot déploie toute son artillerie lourde à l'encontre des corporations. La série s'achève avec l'Édit de 1776, qui offrait une initiative législative qui pouvait être appliquée immédiatement en Espagne. Il faut ainsi rappeler que cette triple traduction avait vu le jour au moment même où, en France, l'Assemblée Constituante envisageait de supprimer les corporations et les organismes complémentaires⁴⁸.

Malgré tout, ces faisceaux d'interprétations ne permettent pas de rendre compte à eux seuls de la volonté précise du traducteur et des hommes politiques qui pilotaient son action. Selon toute probabilité, les trois traductions furent réalisées avant la parution des décrets français d'abolition (septembre 1791), qui ne sont donc pas même mentionnés. Par ailleurs, le traducteur a déclaré sa volonté de publier dans un numéro ultérieur des *Memorias* la traduction de l'Édit *neckerienne* de février 1776, qui a réorganisé les corporations après l'échec des plans de Turgot. Malgré cette déclaration, les *Memorias* n'intègrent pas la traduction de cet Édit à cause du décès de Suárez en 1791. Quoi qu'il en soit, cette annonce du traducteur révèle que les trois traductions espagnoles répondaient en réalité à une finalité qui se trouve à l'exact opposé de ce que l'on pouvait attendre :

⁴⁷ La séquence de la traduction espagnole était identique à celle de l'article "jurande", déjà mentionnée : le *Traité* de Bigot (p. 760-783), l'Édit de Turgot (p. 783-790) et l'Édit d'août 1776 (p. 790-797).

⁴⁸ PH. MINARD, *La fortune*, op. cit., p. 350 et ss.

il s'agissait d'opposer des contre-feux aux nouveaux mouvements abolitionnistes inspirés par la France. En alertant l'opinion publique espagnole pour lui montrer l'échec de l'opération menée par Turgot en 1776, il s'agissait d'utiliser à rebours l'argumentaire en faveur de la liberté du travail, pour défendre les libertés acquises en Espagne depuis 1785 en faveur du système « intermédiaire » : la liberté d'organisation des tisserands (1787) ; la licence pour vendre des tissus, au seul nom de leur fabriquant ou de leur lieu de résidence, aux travailleurs du secteur libre, ce qui leur permettait de se passer du sceau du Bureau de commerce (septembre 1789) ; enfin, la suppression du poinçon royal imposé depuis 1786 pour distinguer les tissus espagnols destinés à l'exportation vers les Indes des tissus étrangers (novembre 1790)⁴⁹.

7. La traduction du *Chinki* de Coyer.

L'approbation en 1796 d'un édit inquisitorial imposant la censure partielle de la traduction de Turgot pourrait être à l'origine de la publication d'une nouvelle traduction, mise en circulation par les partisans des Lumières pour continuer à défendre la liberté du travail. Il s'agissait d'une version du *Chinki, histoire cochinchinoise* de Gabriel François Coyer⁵⁰, publiée sous le titre de *Chinki, Historia conchinchinesa*⁵¹. Bien qu'elle ait été publiée en 1796, elle a très certainement été réalisée quelques années auparavant, peut-être dans le sillage des trois traductions publiées dans les *Memorias* de Suárez. Son traducteur, Tomás Genet Viance, a présenté son travail comme une traduction, mais il s'agissait en réalité d'un de ces nombreux textes au statut incertain qui ont été publiés en Espagne sous le label générique de « traduction ». Ce statut hybride est dû aux innombrables variantes

⁴⁹ Sur le soutien de JOVELLANOS à ces mesures dans son "Dictamen sobre el embarque de paños extranjeros para nuestras colonias" (1789), in V. LLOMBART, *Jovellanos, op. cit.*, p. 513-520. Cependant, au-delà des ordonnances, le fonctionnement des corporations était relativement flexible et ouvert; voir SONENSCHER, *Woark and wages, op. cit.*, et KAPLAN et KOEPP, *Work in France, op. cit.*. En Espagne, dans les zones industriellement développées, comme la Catalogne, ces décrets ont donné un cadre juridique à une situation habituelle ; JAUME TORRAS, "The old and the new. Marketing networks and textile growth in Eighteenth-century Spain", in MAXINE BERG (ed.), *Markets and Manufacture in Early Industrial Europe*, London-New York, Routledge, 1991, p. 93-113, ici 112-113.

⁵⁰ GABRIEL FRANÇOIS COYER, *Chinki, histoire cochinchinoise*, Londres [Paris, 1768] ; voir CHRISTINE THERE: "Économie Politique, stratégies littéraires et pratiques culturelles dans la France des Lumières", in JESUS ASTIGARRAGA et JAVIER USOZ (éd.), *L'Économie Politique et la sphère publique dans le débat des Lumières*, Madrid, Casa de Velázquez, 2013, p. 35-53, ici p. 38-41. Le *Chinki* était une reformulation de la *Mémoire* de Cliquot. Il aurait été fait, sous le manteau du groupe de Gournay, à l'instigation de L'Averdy.

⁵¹ *Chinki, Historia conchinchinesa, útil y aplicable a otros países traducida libremente del francés*, Madrid, Blas Román, 1796.

introduites par le traducteur, notamment avec l'insertion d'une trentaine de pages inédites et d'un appendice nouveau après chacun des chapitres de l'original. Ces ajouts avaient une double fonction : édulcorer ou, ponctuellement, censurer des passages du texte original et introduire des réflexions concernant la réalité espagnole. Le résultat final est que le traducteur a fini de la sorte par écrire un "autre livre dans le livre". Quoi qu'il en soit, cette traduction singulière du succès d'édition qu'était le "roman économique" *Chinki*⁵² offrait une vraie nouveauté dans le panorama espagnol : elle supposait une exploration de nouvelles formes littéraires, très affranchies de la typologie des traités ou essais, ce qui permettait de transposer le langage abstrait de l'économie politique et de toucher ainsi un lectorat plus large. Comme ce fut le cas en France, où l'arrivée de Turgot au sommet des Finances avait valu au *Chinki* un vrai succès populaire, en Espagne la traduction de *Chinki* était liée aux traductions de Turgot et Bigot. Ainsi, trois textes qui sont considérés comme étant essentiels pour la consolidation en France des positions favorables à la liberté du travail⁵³, ont été publiés en Espagne entre 1791 et 1796.

Les nouveautés introduites par Viance n'ont pas altéré l'enjeu principal du récit du *Chinki* : la description ironique des « extravagances » du système des corporations dans le but de mettre en valeur les avantages de la liberté du travail. Le traducteur essaie de montrer que les innombrables défauts que Coyer attribue au système des corporations s'appliquaient parfaitement au cas de l'Espagne. Cependant, les passages incorporés par lui permettent avant tout d'édulcorer les positions de Coyer, allant même jusqu'à remettre en cause l'idée de supprimer les corporations. Viance se positionne ainsi dans le sillage des mesures prises par les réformes officielles en Espagne. Pour y parvenir, il fait référence à différents auteurs, que le texte original de Coyer ne mentionnait pas : deux, appartenant au courant réformiste (Ward et Campomanes) et d'autres, bien plus critiques du système des corporations (Accarias de Serionne) ou même partisans de leur suppression (Foronda et Filangieri). Mais, une fois encore, les efforts du traducteur se concentrent sur le pouvoir détenu par l'Administration publique, envisagé comme facteur central de l'organisation du système industriel et comme un levier

⁵² Pendant les années 1770 d'autres versions du *Chinki* ont été réalisées en italien et en allemand. Le traducteur espagnol a reconnu que le livre circulait dans son pays avant sa traduction (*Ibidem*, p. 18).

⁵³ GUSTAVE SCHELLE, *Vicent de Gournay*, Paris, Guillaumin, 1897, p. 131; GEORGES WEULERSSE, *La physiocratie sous les ministères de Turgot et de Necker (1774-1781)*, Paris, PUF, 1950, p. 94-95; E. FAURE, *La disgrâce*, *op. cit.*, p. 424-425.

pour enclencher des réformes modérées, comme celles qui ont été prises au cours des dernières années, parmi lesquelles figuraient le développement de l'éducation populaire et de monts-de-piété. L'essentiel de l'analyse de Viance porte donc sur les préjugés que, d'un point de vue pratique, deux des aspects du système « intermédiaire » étaient en train de propager parmi les producteurs espagnols. Cela concernait, en premier lieu, l'intégration d'artisans étrangers : celle-ci était nécessaire pour une économie aussi en retard que l'espagnole, mais cela revenait aussi à accorder des avantages aux étrangers, puisqu'ils travaillaient en dehors du système de corporations. De plus, la vente sur le marché colonial des produits espagnols et étrangers posait problèmes car les premiers étaient soumis aux normes des corporations, ce qui portait finalement préjudice à l'industrie nationale : il fallait donc éliminer toute distinction pour les produits nationaux. En arrière-plan de cette proposition, on retrouve la difficulté de rivaliser avec une production étrangère qui dominait le marché colonial, sans que le système de poinçon ne puisse remédier à cela. Il fallait donc essayer d'accomplir une avancée dans le système « intermédiaire », ainsi qu'avaient pu le faire les Décrets de 1789 et 1790 susmentionnés, qui étaient vigoureusement défendus par Viance.

8. Vers la constitutionnalisation du principe de la liberté de travail.

Chronologiquement, la traduction du Chinkî de Coyer a presque coïncidé avec la publication en 1794 de la première traduction complète en espagnol de la *Wealth of Nations* de Smith, par José Alonso Ortiz⁵⁴. En dépit de la position défendue par l'économiste écossais, qui était favorable à la liberté du travail et d'ailleurs en cela très proche de Turgot⁵⁵, ce livre n'a pas profondément modifié les opinions dominantes parmi les réformateurs espagnols. Ceci s'explique par les modalités précises de la première réception de la *Wealth of Nation* en Espagne. Les deux premières versions de cette oeuvre, tous les deux très partielles, publiées par Alcalá Galiano et Martínez de Irujo, ont repris le principe de Smith concernant la liberté de travail comme un droit naturel, mais elles ont réduit au minimum et

⁵⁴ Sur l'introduction de Smith en Espagne, voir PEDRO SCHWARTZ, "La recepción inicial de *La Riqueza de las Naciones* en España", in E. FUENTES QUINTANA (ed.), *Economía y economistas españoles. Vol. III. La Ilustración*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000, p. 171-238; et ERNEST LLUCH et SALVADOR ALMENAR, "Difusión e influencia de los economistas clásicos en España", in E. FUENTES QUINTANA (ed.), *Economía y economistas españoles. Vol. IV. Los economistas clásicos*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000, p. 93-170, ici p. 106-109.

⁵⁵ À propos du "mythe" Turgot-Smith, voir PETER GROENEWEGEN, *Eighteenth-century economics*, London, Routledge, 2002, p. 363-378.

sensiblement modéré sa critique sévère contre les corporations⁵⁶. En revanche, ce phénomène ne s'est pas produit dans la traduction d'Alonso Ortiz. Elle était complète et entièrement fidèle à l'original, toutefois le traducteur a imposé sur le texte original sa propre marque en insérant diverses notes de bas de pages, qui modifient de manière manifeste le sens du texte original. Ceci est particulièrement visible, entre autres, dans la longue digression de Smith à l'encontre des corporations⁵⁷. Alonso Ortiz a fait allusion à l'exemple de l'Ecosse pour s'opposer radicalement à la suppression de l'apprentissage. En outre, il a défendu la possibilité d'arriver à une intégration harmonieuse des corporations au sein de la société civile et d'une économie bien réglée, par l'élimination de leurs conséquences plus néfastes, telles que les monopoles et les privilèges. Il a supposé d'ailleurs que c'était précisément le but des réformes entreprises par le gouvernement espagnol, qui entérinaient la coexistence entre les corporations et les producteurs « libres ». Dans tous les cas, le traducteur avait un deuxième grand point de désaccord avec Smith, qui concernait le libre-échange, puisqu'Alonso Ortiz soutenait que les droits de douane étaient « indispensables » pour préserver le niveau de compétitivité internationale du secteur industriel. Ce faisant, il a aligné parfaitement sa traduction avec la politique officielle espagnol. Tout autre chose se produisit avec la traduction de l'ouvrage de Say. La première version en espagnol de son *Traité* (1804-1807) a fidèlement transcrit ses positions anti-corporations, qui provenaient non seulement de Smith, mais aussi de Child, Turgot, Steuart et Danguel. Elle intègre de plus des observations ajoutées par le traducteur concernant les avantages de procéder en Espagne à une dissolution de la majorité des corporations et de leur systèmes d'apprentissage⁵⁸.

Les oeuvres de Smith et de Say ont donc servi de tête de pont pour présenter le principe de la liberté du travail sur la scène parlementaire espagnole. La

⁵⁶ VICENTE ALCALÁ GALIANO, "Sobre la necesidad y justicia de los tributos", in *Actas y Memorias de la Real Sociedad Económica de los Amigos del País de la Provincia de Segovia*, vol. IV, Segovia, Espinosa, 1793, p. 324 et 354-5; et la versión, très défectueuse, réalisée par CARLOS MARTÍNEZ DE IRUJO du *Compendio de la obra inglesa intitulada Riqueza de las Naciones, hecho por el Marqués de Condorcet* (1792), Palma, Imprenta de D. Miguel Domingo, 1814, p. 28-38.

⁵⁷ A. SMITH, *Investigación de la naturaleza y causas de la Riqueza de las Naciones*, Valladolid, Viuda e Hijos de Santander, 1794, 2 vol.; voir vol. I, livre I, chapitre X, sections I et III. Les notes d'Alonso dans les vol. I, p. 208-209, 216-218, 222 et 243.

⁵⁸ *Tratado de Economía Política, o exposición simple del modo como se forman, distribuyen y consumen las riquezas*, Madrid, Pedro María Caballero et Gómez Fuentenebro, 1804-1807, 3 vol.; voir le vol. II (1805), lib. I, chap. XXXVII et XXXVIII; les notes du traducteur, dans p. 8-9 et 16. À propos de l'intense réception de Say en Espagne à partir de 1814, voir LLUCH et ALMENAR, "Difusión e influencia", art. cit., p. 109 et ss.

constitutionnalisation de ce principe a pris par la suite des formulations très différentes dans l'*Estatuto* de Bayonne —l'*Acte Constitutionnel de l'Espagne*— (en juillet 1808) et lors des *Cortes* de Cadix (1810-1813). Le premier texte, rédigé, en pleine révolution, par Joseph Bonaparte avec le soutien de les factions libérales *afrancesadas*, a opté pour un programme économique radical qui, en ce qui concerne les corporations, semblait suivre la législation abolitionniste française, dans la défense de la suppression de « tous les privilèges » en vigueur existant entre « des corps ou des individus »⁵⁹.

L'application très limitée de cet *Estatuto* confère encore plus d'importance aux décisions prises ultérieurement par les *Cortes* de Cadix. Le débat parlementaire sur la question des corporations, tenu le 3 Juin 1813, a été articulé autour de deux positions: les défenseurs des corporations et ceux du système "mixte"⁶⁰. Cette deuxième position, appuyée par de prestigieux parlementaires de l'aile libérale —tels que le Comte de Toreno, auteur de la proposition initiale, García Herreros, Argüelles ou Antillón—, était censée constitutionnaliser le régime élaboré au cours des deux dernières décennies du dix-huitième siècle, mais en allant un peu plus loin. Il s'agissait de conférer aux municipalités un pouvoir jusqu'alors détenu par le Bureau de Commerce, en ce qui concernait la capacité à accorder des licences pour des nouveaux ateliers. Ce pouvoir avait entraîné dans la pratique des coûts supplémentaires et barrières artificielles à l'entrée. Même si ces parlementaires libéraux ont salué la contribution des textes de l'Économie Politique et de les sociétés économiques, la justification doctrinale de leur position renvoyé à Smith et Say, avec qui ils partageaient une même méfiance vis-à-vis de la régulation de la politique industrielle par l'État et du respect de l'intérêt individuel entendu comme le meilleur moyen d'assurer une bonne formation, d'améliorer la qualité des produits et de réduire les coûts. Dans tous les cas, ces parlementaires n'ont eu aucune difficulté pour faire valoir leurs positions. À l'autre extrême des *Cortes*, les avocats défenseurs des corporations —le catalán Dou et le religieux, très conservateur, de Majorque Llaneras— ont utilisé un arsenal argumentatif très traditionnel pour éviter à tout prix que l'on puisse adopter l'abolition complète des corporations. Finalement, les *Cortes* ont décrété la liberté de créer des "usines ou des artefacts de toutes sortes [...] à condition qu'ils soient soumis aux règles de la

⁵⁹ *Constitución de Bayona de 6 de julio de 1808*, IGNACIO FERNÁNDEZ SARASOLA (ed.), in *La Constitución de Bayona (1808)*, Madrid, Iustel, 2007, tít. XII, art. CXVIII.

⁶⁰ *Diario de Sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias*, Cadix, 1810-1813, p. 5409-5414.

police" des villes et sans la nécessité "d'examen, de titre ou d'intégration dans les corporations respectives"⁶¹.

Il est très significatif qu'aucun parlementaire n'ait défendu l'abolition totale des corporations. Les rappels de Smith lancés depuis la tribune parlementaire, par l'intermédiaire de Say, se sont alors révélés de nature essentiellement rhétorique : il étaient de citations d'autorité, visant à rendre possible la consolidation d'un secteur libre, à côté des corporations. Tout ces débats démontrent à quel point la Constitution de Cadix a été un véritable produit des Lumières. Alors que l'exemple de l'expérience française était présent depuis quatre décennies chez les réformateurs et les économistes espagnols, il a été intégré en Espagne à travers une application pragmatique et graduelle du principe de la liberté du travail. Il s'agit là de l'expression d'un programme des Lumières, certes modéré, "*Ilustración*" de toute façon⁶². La longue durée en Espagne d'un système de corporations ne peut pas être interprétée en termes manichéens, c'est-à-dire comme un clivage opposant les partisans des libertés et ceux de l'interventionnisme, ou encore les tenants de la réforme progressive et ceux de la rupture, ce qui reconduirait la fausse dichotomie entre Necker et Turgot⁶³. Ce sont précisément ces deux auteurs —et non les économistes classiques— qui par leur influence conjointe ont ouvert la voie en Espagne à la liberté de l'industrie. Alors que Turgot a été promu dans l'imaginaire libéral comme un pionnier de la liberté du travail⁶⁴, le système « mixte » *neckerienne* a eu une longue vie : les libéraux espagnols ont introduit de nouveaux modes de coexistence entre la liberté d'industrie et le système de corporations, jusqu'à la dissolution finale de celles-ci en 1834.

⁶¹ "Decreto de 8 de junio de 1813 sobre el establecimiento de fábricas y ejercicio de cualquier industria útil", in *Colección de Decretos y Órdenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias*, vol. IV, Madrid, Imprenta Nacional, 1820, decreto CCLXII.

⁶² Voir JESÚS ASTIGARRAGA (ed.), *The Spanish Enlightenment Revisited*, Oxford, Voltaire Foundation, 2015.

⁶³ S. L. KAPLAN, *Bread*, op. cit., p. 697.

⁶⁴ Voir, les nouvelles références à Turgot dans les *Cortes* du *Trienio* libéral (1820-1823); *Diario de las Sesiones de Cortes*, Madrid, Imprenta de J. A. García, 1871-1873 (session de 8 Mai 1821), p. 1471.

CAPÍTULO 6

FERDINANDO GALIANI

6.1. *Ferdinando Galiani, ¿al servicio de la Monarquía española?* (pp. 411-446).

6.2. *Galiani ante el Tercer Pacto de Familia* (pp. 447-459).

6.3. *Entre la Naples de Galiani, le Paris de Turgot et le Madrid de Campomanes: la traduction espagnole des « Dialogues sur le commerce des blés »* (pp. 460-484).

6.4. *La recepción en España de los “Dialogues” de Galiani* (pp. 485-514).

1. FERDINANDO GALIANI, ¿AL SERVICIO DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA?

1. Introducción.

En 1775 vio la luz en Madrid una traducción española de los *Dialogues sur le commerce des blés* (1770) de Ferdinando Galiani. Tanto el contenido de esta traducción, como el contexto en que fue realizada, carecen hasta la fecha de un estudio en profundidad. Resulta indiscutible que esta traducción, destinada a tener una fortuna inmensa en el conjunto del mundo hispánico, solo puede encontrar un marco de interpretación en el intenso y prolongado proceso de circulación de personas, libros e ideas que envolvió las relaciones entre España y Nápoles a lo largo del siglo XVIII. No obstante, también lo es, en la misma medida, que cualquier análisis de la traducción española de los *Dialogues* debe partir de las especificidades que distinguen el perfil político e intelectual de su autor, el célebre *abate* napolitano Ferdinando Galiani (Chieti, 1728 - Nápoles, 1787)¹, respecto al de Giacinto Dragonetti, Antonio Genovesi o Gaetano Filangieri, otros autores napolitanos cuya influencia en la Ilustración española fue también particularmente notable. La poliédrica figura de Galiani como economista, diplomático, consultor y alto funcionario del *Regno delle Due Sicilie* durante 1759 y 1787, contribuyó a que su nexo con el mundo español de su tiempo fuera, además de real y cierto, mucho más estrecho que el de esos otros insignes ilustrados napolitanos con los que, en muchos casos, el *abate* compartió responsabilidades en las altas esferas de la política napolitana. Además de ser notablemente conocido entres las elites políticas y reformadoras de la España de Carlos III, Galiani cultivó estrechas relaciones, tanto personales como a través de la correspondencia, con actores — tanto políticos como funcionarios— esenciales del reinado de Carlos III durante las

¹ Algunos de los hitos principales de la ingente bibliografía acerca de la vida y la biografía intelectual de Galiani son los siguientes: Luigi Diodato, *Vita dell'abate Ferdinando Galiani Regio Consigliere*, Napoli, Vincenzo Orsino, 1787; Benedetto Croce, "Il pensiero dell'Abate Galiani", en *Saggio sullo Hegel*, Bari, & figli, 1948, pp. 331-322; Furio Diaz, *Per una storia illuministica*, Napoli, Guida, 1973, pp. 289-334; Furio Diaz, "Introduzione", en *Opere di Ferdinando Galiani*, ed. Furio Diaz y Luciano Guerri, *Illuministi italiani vol. VI*, Milán y Nápoles, 1975; Furio Diaz, "Política estera e problema economici del Regno di Napoli nell'opera di Ferdinando Galiani", en *Convegno italo-francese sul tema: Ferdinando Galiani, Roma, 25-27 maggio 1972*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1975, pp. 79-107; Vincenzo Ferrone, *Scienza, Natura, Religione. Mondo newtoniano e cultura italiana nel primo Settecento*, Napoli, Jovene, 1982; John Robertson, *The Case for the Enlightenment: Scotland and Naples, 1680-1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; Koen Stapelbroek, *Love, self-deceit and money: commerce and morality in the early Neapolitan Enlightenment*, Toronto, University of Toronto Press, 2008.

casi tres décadas que prestó sus servicios a la administración del *Regno*. Su vínculo principal fueron las redes diplomáticas españolas arraigadas en el París de los años sesenta y setenta. De esta manera, debe afirmarse con rotundidad que el *trasfondo* “español” de Galiani fue sin duda mucho más allá que el mero comercio intelectual relativo a la recepción, circulación y uso activo de sus escritos en el ámbito de la Monarquía española.

Esta cuestión convierte en particularmente llamativa la paradoja de la ausencia de un estudio en profundidad sobre las relaciones entre Galiani y España. Más aún cuando ya existen otros trabajos que enmarcan su trayectoria en ámbitos nacionales diversos, no solo lógicamente el napolitano o el francés —Galiani permaneció durante casi una década, entre 1759 y 1769, como responsable de negocios de la embajada de Nápoles en París— sino también incluso el germánico. Al día de hoy seguimos, de alguna manera, siendo deudores de los estudios pioneros que realizó en su día Franco Venturi acerca de las fructíferas relaciones entre la España y la Italia de la Ilustración²; apenas se han dado nuevos pasos relevantes para un conocimiento más profundo y exhaustivo de ese Galiani “español” cuyo perfil se tratará de reconstruir en las próximas líneas. Y cualquier interpretación de este perfil olvidado del napolitano debe partir esencialmente del estudio de las relaciones que cultivó durante su decenio parisino con el cuerpo diplomático español. Como se desprende de una lectura atenta de su correspondencia, Galiani halló en él un mundo fundamental para el cultivo de las relaciones humanas, a la vez que un baluarte que le permitió tanto afianzar su influencia en lo que él denominaba el “*café de l’Europe*” como pergeñar en los meses finales de 1769 su libro económico más exitoso, el ya mencionado *Dialogues sur le commerce des blés* (1770).

2. Un problema de fuentes.

Como sucede con las distintas facetas de la vida y la obra de Galiani, la vía más fértil para abordar el análisis de esas múltiples facetas que él cultivó a lo largo de su vida es la detallada, exhuberante y, en términos cronológicos, muy prolongada

² Puede verse, en particular, Franco Venturi, “Economisti e riformatori spagnoli e italiani del Settecento”, *Rivista storica italiana*, LXXIV, 3, 1962, pp. 532-561 (trad. española, F. Estapé (ed.), *Textos olvidados*, Madrid, I. E. F., 1973, pp. 203-252); *Settecento riformatore*, Torino, Einaudi, 1969-1984, 5 vol. Asimismo, una primera y sucinta interpretación de España y los *Dialogues* figura en Jesús Astigarraga, “Diálogo económico en la otra Europa. Las traducciones española de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri)”, *Cyber Review of Modern Historiography*, CROMOHS-Firenze University Press, 2004, nº 9, pp. 1-21.

correspondencia que él nos legó. Esta correspondencia se extendió en particular a lo largo del periodo de casi dos décadas que transcurrió entre su retorno a Nápoles en 1769, tras cerrar definitivamente su decenio diplomático parisino, y su muerte, sucedida en la capital del *Regno* en 1787. Ya ha sido destacado de forma reiterada que sus cartas no respondían a los estándares comunes de una correspondencia al uso³. Esas cartas, escritas en numerosas etapas de su vida con una periodicidad al menos semanal y un criterio en algunos casos seriado, eran pequeñas obras que en numerosas ocasiones funcionaban al modo de breves relatos o de *plaisanteries*; además fueron escritas con la voluntad expresa de que circularan por París y de que fueran leídas en sus salones, dejando abierta la eventualidad de que, llegado el caso, pudieran incluso ser publicadas. No es extraño así que la publicación de la extensa correspondencia de Galiani haya comprometido a numerosos autores, que haya sido objeto de un proceso muy prolongado en el tiempo —se ha extendido esencialmente entre 1818 y 1997— y que haya sido esencialmente polémica.

Por lo que respecta al contenido de este trabajo, es fundamental adelantar la dificultad que al día de hoy entraña realizar una reconstrucción, si quiera muy parcial, de la amplia y sostenida correspondencia que Galiani intercambió con diversos corresponsales españoles, en particular, con el grupo de diplomáticos españoles adscrito a la embajada de París durante las décadas de los años sesenta y setenta. La razón de ello estriba en la imposibilidad de acceder a los archivos que las pudieran contener. Las indagaciones realizadas en los principales archivos públicos españoles relacionados con la diplomacia española del siglo XVIII (en concreto, el Archivo Histórico Nacional, el Archivo General de Simancas y el Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores) vienen a mostrar que, con toda probabilidad, ninguno de ellos posee depositado en sus fondos ejemplares de esa correspondencia. Todo lo contrario sucede ciertamente con diversos archivos privados familiares, en los que hay constancia de la existencia de la misma, si bien, al día de hoy, desconozcamos no solo su estado sino también su eventual existencia. Como resultado de estas circunstancias, el número de cartas que hoy conocemos de la correspondencia de Galiani con sus corresponsales españoles es alarmantemente reducida: apenas alcanza el medio centenar.

El núcleo principal de las mismas procede de las más de mil trescientas cartas de Galiani depositadas en la *Biblioteca della Società Napoletana di Storia*

³ Luciano Guerci, "Aspetti e problema dell'epistolario di Ferdinando Galiani", *Rivista Storica Italiana*, 84, 1972, pp. 80-110.

Patria (BSNSP)⁴. Ésta conserva 41 cartas enviadas “por” o “a” Galiani (43 si se incluyen dos cruzadas entre éste y Jerónimo Grimaldi) por parte de diversos corresponsables españoles. Lógicamente, la gran mayoría de ellas (40) son cartas destinadas al napolitano: sólo una (dirigida al Duque de Losada) tiene como origen su pluma. Este conjunto de cartas está mayoritariamente relacionado con el decenio parisino de Galiani o bien con los años inmediatos de su regreso a Nápoles (38 cartas fueron redactadas entre 1760 y 1772); tan sólo dos de ellas fueron escritas en el período napolitano previo (son de 1754 y se atribuyen a Mariana de Aguirre y Claude Hernández) y una en fechas alejadas a su marcha de la capital francesa (1782, de Fernando Escarano). El rasgo más notable de las 38 cartas relacionadas con el decenio parisino de Galiani es la dispersión de sus autores⁵.

A este conjunto de cartas depositadas en la BSNSP hay que añadir otro grupo, también muy exiguo, extraído de dos tipos de fuentes, ambas impresas. La primera son diversas memorias editadas en España a finales del siglo XIX acerca del núcleo parisino de diplomáticos españoles, en particular, por Luis Coloma y por Marcelino Menéndez Pelayo. En concreto, este segundo publicó 4 cartas remitidas desde Nápoles por Galiani al duque de Villahermosa (entre febrero y diciembre de 1770)⁶. La segunda remite al voluminoso conjunto de cartas de Galiani publicado durante los dos siglos pasados, tanto antes de 1818 (por Diodato, Custodi, Ignarra, Cesarotti o Paisiello)⁷, como más en particular a partir de ese año, cuando vieron la luz las dos primeras colecciones sistemáticas de las más de quinientas cartas que dieron cuerpo a ese intenso “*commerce d’amitié*” que Galiani mantuvo entre 1769 y 1782 con Lousie D’Épinay y su hija Madame de Belsunce. En la medida en que la reciente edición de las cartas realizada entre 1982 y 1997 por Georges Dulac y

⁴ Giuseppe Galasso, “I manoscritti napoletani dell’Abate Galiani”, in *Convegno italo-francese sul tema: Ferdinando Galiani, Roma, 25-27 maggio 1972*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1975, p. 245.

⁵ Sólo existe un grupo de cartas cuantitativamente significativo que procede de un único autor: las 15 cartas remitidas a Galiani por el Duque de Losada (1763-1765); a ellas les siguen 7 atribuidas, con toda probabilidad, al embajador de Nápoles en Madrid (1760-1765) y, a continuación, 16 escritas por el núcleo de diplomáticos adscrito a la embajada de España en París: el conde de Pignatelli (6, 1769-1770), el duque de Villahermosa (5, 1770), el marqués de Mora (3, 1771-1772) y Fernando Magallón (2, 1770).

⁶ Marcelino Menéndez Pelayo, “Lettres inédites de Beaumarchais, Galiani et D’Alembert adressées au Duc de Villahermosa”, *Revue d’Histoire littéraire de la France*, 1-3, 1894, pp. 330-352. Una de esas cartas será también editada décadas después por Luis Coloma en *Retratos de antaño*, Madrid, Razón y Fe, 1941, vol. II, pp. 168-169.

⁷ Sobre su historia, puede verse *Écrivains du XVIIIe siècle. L’abbé Galiani correspondance avec Madame D’Épinay*, Paris, Calman Lévy éditeur, 1881, pp. II-IV.

Daniel Magett⁸ —por otra parte, la primera que ha comprendido la doble vertiente de la correspondencia— excluyó las cartas que implicaban a otros destinatarios distintos de Galiani y D'Épinay o su hija, para los objetivos de este trabajo resulta obligado el recurso a las fuentes clásicas. Esto se refiere, en primer lugar, a las dos ediciones francesas publicadas en 1818 por Antonio Serieys, por un lado, y Antoine Alexandre Barbier y Francesco Salfi, por otro; en segundo, a otras dos ediciones, corregidas y ampliadas, publicadas en 1881-1882 por Lucien Perey —pseudónimo de *mademoiselle* Luce Herpin— y Gaston Maugras, por un lado, y Eugène Asse, por otro⁹; y, por último, a los dos volúmenes de la correspondencia recíproca editados por Fausto Nicolini¹⁰. En todas estas ediciones fueron editadas 2 cartas de Galiani a Fernando Magallón (de junio de 1772 y de octubre de 1774)¹¹.

En suma, como se ha adelantado, en la actualidad, la correspondencia conocida de Galiani con sus corresponsales españoles —tanto la manuscrita como la ya publicada— apenas alcanza el medio centenar de cartas: se extiende, en concreto, a 47. Este volumen constituye sin duda una muestra muy exigua y muy poco representativa si tenemos presente que la correspondencia íntegra del *abate* napolitano se extiende a cerca de tres mil cartas¹². Esta cuestión se infiere con claridad de una lectura atenta de toda la correspondencia de Galiani publicada hasta la fecha, no sólo de la ya mencionada con D'Épinay y su hija, sino también de la cruzada tanto con Tanucci¹³, como con otros corresponsales distintos, que

⁸ Ferdinando Galiani y Louise D'Épinay, *Correspondance*, Paris, Les éditions Desjonquères, 1992-1997, 5 vol.: vol. I (1992), 1769-1770; vol. II (1993), 1771-février 1782; vol. III (1994), mars 1772-mai 1773; vol. IV (1996), juin 1773-mai 1775; vol. V (1997), juin 1775-juillet 1782. Las citas a la correspondencia de Galiani en este trabajo refieren a esta edición.

⁹ Los datos de edición de estas obras figuran en Fausto Nicolini, "Per una nuova edizione della corrispondenza francese dell'abate Galiani", *Bolletino dell'Archivio Storico*, VIII, 1964, pp. 14 y 28.

¹⁰ *La signora D'Épinay e l'Abate Galiani. Lettere inedite (1769-1772)*, Bari, Laterza e figli, 1929; y *Gli ultimi anni della Signora D'Épinay. Lettere inedite dell'Abate Galiani (1773-1782)*, Bari, Laterza, 1933.

¹¹ Puede verse *Correspondance inédite de l'Abbé Ferdinand Galiani, Conseiller du Roi, pendant les années 1765 à 1783*, Paris, J. G. Deutu, 1818, vol. I, pp. 326-8 y vol. II, pp. 136-141, que incluye la traducción de la carta al italiano. Una versión, de mayor calidad, de la primera carta figura en la edición posterior de la correspondencia a cargo de Lucien Perey y Gaston Maugras (Paris, Calmann Levy Éditeur, 1881), vol. I, pp. 87-89.

¹² Nicolini, *Per una nuova edizione*, p. 9.

¹³ *Lettere inedite di Bernardo Tanucci a Ferdinando Galiani*, ed. Fausto Nicolini, Bari, Laterza, 1914, 2 vol.

comenzó a publicar Fausto Nicolini a partir de 1908¹⁴. En toda ella abundan las referencias a las relaciones estrechas y persistentes en el tiempo que Galiani estableció con diversos ilustrados, reformadores y autoridades diplomáticas vinculados a los gobiernos de Carlos III. Por tanto, la única vía para reconstruir la red de contactos de Galiani con el mundo español de su tiempo es recurrir a la voluminosa correspondencia del abate napolitano que ya ha sido publicada, ampliándola a otras series de cartas redactadas por otros protagonistas del París de la Ilustración del que fue testigo Galiani (como D'Alembert, Grimm, Walpole, Lespinasse, Condorcet o Turgot, además de Aranda, Roda, Heredia o Azara), que incluyeron referencias habituales a sus corresponsales españoles. En esta misma línea, resultan especialmente útiles los libros de memorias, ya mencionados, publicados en España durante los últimos años del siglo XIX sobre sus amigos diplomáticos españoles.

El recurso a esta vía indirecta de análisis plantea tres problemas adicionales que deben de ser mencionados. El primero se refiere a la conocida escasa calidad de las cuatro ediciones francesas de la correspondencia entre Galiani y D'Épinay publicadas en 1818 y en 1881-1882, las que contienen las cartas del napolitano con sus coetáneos españoles. Aunque la emulación entre los responsables de esas ediciones contribuyó a la mejora de su calidad, algo especialmente visible en la edición de Eugène Asse de 1881-1882, no logró que se solventaran algunos problemas de notable gravedad, como la supresión de pasajes, por razones de censura religiosa o de *polissoneries*, o incluso la inclusión de cartas apócrifas¹⁵. No obstante, aunque en mucha menor medida, tampoco la ingente labor de edición realizada posteriormente por Fausto Nicolini quedó exenta de críticas, incluidas las que denunciaban falta de uniformidad en los criterios editoriales e identificaban la supresión de diversos fragmentos originales¹⁶. En cualquier caso,

¹⁴ Además de la ya mencionada con d'Épinay, otros trabajos publicados por Fausto Nicolini que contienen extractos de correspondencia sobre España son los siguientes: "Intorno a Ferdinando Galiani a propósito d'una pubblicazione recente", in *Giornale storico della letteratura italiana*, LII, 1908, pp. 1-55; *Il pensiero dell'Abate Galiani. Antologia dei suoi scritti e inediti con un saggio bibliografico*, Bari, Laterza, 1909; "Lettere inedite di G. B. Suard all'Abate Galiani", in *Mélanges de philologie, d'histoire, et de littérature offerts à Henri Hauvette*, París, 1954, pp. 461-469; "Amici e corrispondenti francesi dell'Abate Galiani. Notizie, lettere, documenti", *Bolletino dell'Archivio Storico*, 7, 1954, pp. 1-244; "L'abate Galiani e il Marchese Caracciolo", in "Pegaso", II, 1932, pp. 641-669.

¹⁵ Las razones sobre su mediocre calidad se explican en Fausto Nicolini, "Per una nuova edizione", pp. 15 y ss.; Paul Bédarida, "La correspondance française de l'abbé Galiani", in *Convegno italo-francese sul tema: Ferdinando Galiani, Roma, 25-27 maggio 1972*, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1975, pp. 14-16; Galiani y D'Épinay, *Correspondance*, vol. I, Préface de George Dulac, pp. 7-8.

¹⁶ Pueden verse, por ejemplo, Guiseppe Galasso, "I manoscritti napoletani", p. 247; Luciano Guerci, "Aspetti e problema", p. 96; Galiani y D'Épinay, *Correspondance*, vol. I, Préface de George Dulac, p. 8.

estos problemas pueden considerarse en buena medida solventados en la ya mencionada edición publicada entre 1992 y 1997 por Dulac-Magetti, elaborada a partir de las copias autógrafas de la correspondencia recíproca cruzada entre Galiani y D'Épinay y su hija depositadas en la Biblioteca Nacional de París y en la BSNP.

El segundo problema se refiere al tratamiento que Nicolini dio a la vertiente española de la correspondencia de Galiani. Este no es precisamente un problema menor, al tratarse del estudioso que ha tenido acceso al mayor volumen de cartas del *abbé* napolitano. Precisamente, Nicolini fue el primer autor en identificar la existencia de un "*gruppo diplomatico italo-spanuolo*", que vinculó estrechamente a Galiani con los diversos diplomáticos españoles adscritos a la embajada de París y que tuvo una relativa trascendencia en la actividad política del napolitano¹⁷; incluso, llegó a anunciar la realización de algún estudio monográfico sobre esta cuestión¹⁸. Sin embargo, ello nunca llegó a materializarse. De manera no siempre justificada, Nicolini siempre priorizó vertientes de la correspondencia de Galiani — por ejemplo, la germánica — claramente secundarias en el perfil de un diplomático, como fue el napolitano, que en su calidad de funcionario borbónico tenía como una de sus principales responsabilidades mantener los equilibrios políticos de Nápoles con España y con Francia. Además, algunos de los principales pasajes suprimidos en sus ingentes trabajos de edición de la correspondencia de Galiani hacían precisamente alusión a sus relaciones con los diplomáticos españoles. El Galiani "español" de Nicolini quedó así totalmente desdibujado en el conjunto de una obra que en su conjunto tendió a minusvalorar el peso de las relaciones del *abbé* con la España de Carlos III y quienes la dirigían.

El tercer problema, aún de mayor gravedad, se circunscribe al caso español y se focaliza en la labor publicista de la generación de estudiosos de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. En este caso, su legado no puede sino considerarse especialmente desafortunado dado que esos estudiosos han sido en realidad los únicos que han tenido acceso a los archivos de las familias nobiliarias españolas depositarias de la correspondencia española de Galiani¹⁹. De hecho, numerosos

¹⁷ Vid. el apéndice IX de su edición de los *Dialogues sur le commerce de bleds*, Milano-Napoli, Riccardo Ricciardi, 1959, pp. 390-395.

¹⁸ Nicolini, "Amici e corrispondenti", p. 102, nota 1.

¹⁹ Esas fuentes se refieren principalmente a los archivos del Conde de Fuentes (en Fuentes de Ebro, Aragón) y Duques de Villahermos (en Madrid). Además de las cartas conservadas en ellos, una segunda fuente privilegiada es el "Diario" que el Duque de Villahermosa elaboró durante su

extractos de la misma vieron la luz entre 1890 y 1940, aproximadamente, en diversos trabajos publicados por Vicente Ortí y Bull, Marcelino Menéndez Pelayo, Alfred Morel-Fatio o Luis Coloma, entre otros²⁰. El problema es que, como resulta bien conocido, la principal preocupación de esa generación de estudiosos fue mostrar la “ortodoxia” católica de las principales figuras de la Ilustración española, incluidos precisamente los diplomáticos españoles que tuvieron relación con el napolitano. Realmente poco podía esperarse de una lectura neutral de la actividad de estos diplomáticos y de sus relaciones con Galiani una vez que se hubiera identificado al conde de Aranda, la cabeza política de todos ellos, como uno de los más significados “heterodoxos” españoles del reinado de Carlos III²¹. El resultado fue el previsible: no sólo quedaron sin ser transcritas aquellas cartas que pudieran reflejar lejanía respecto a los cánones católicos, sino que las cartas editadas se publicaron normalmente de manera muy fragmentaria y tras padecer una profunda censura²². Al igual que los diplomáticos españoles, el propio Galiani aparecía profundamente desdibujado en los fragmentos elegidos por esos autores, quienes identificaron en él, en palabras de Coloma, a un “desvergonzado clérigo” y a un “corrompido abate” que fue uno de los principales responsables de sus desviaciones “heterodoxas”²³.

En suma, como se ha adelantado, ha habido, por razones dispares y múltiples, un olvido casi absoluto de la vertiente española de Galiani, algo que cabe extender abiertamente a la propia historiografía española. Precisamente la hipótesis que se

estancia parisina, del cual solo se conservaban a finales del siglo XIX dos de sus tres volúmenes. En la actualidad se desconoce el estado de todo este material manuscrito.

²⁰ Se alude, en particular, a: *Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. Duque de Villahermosa el día 10 de febrero de 1884*, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubruli, 1884, pp. 76-85; Alfred Morel-Fatio, *Études sur l'Espagne (deuxième série)*, París, E. Bouillon, 1890; *Obras de D. Marcelino de Aragón Azlor y Fernández de Córdoba, Duque de Villahermosa, Conde-Duque de Luna, de la Real Academia Española*, Madrid, Estab. Tip. Viuda e Hijos de M. Tello, 1894; Marcelino Menéndez Pelayo, “Lettres inédites”; Vicente Ortí y Bull, *Doña María Manuela Pignatelli de Aragón y Gonzaga, Duquesa de Villahermosa*, Madrid, Viuda e hijos de M. Tello, 1896, 2 vol.; Luis Coloma, *El marqués de Mora*, Razón y Fe, 1941; y *Retratos de antaño*, Madrid, Razón y Fe, 1941, 2 vol.

²¹ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Biblioteca de autores cristianos, 1967, libro VI, cap. III, pp. 486 y ss.

²² Coloma proponía que esta operación de expurgación y castración se mantuviera en el futuro: esta correspondencia “permanecerá siempre inédita, al menos en parte, por las inconcebibles crudezas con que el desvergonzado clérigo [Galiani] suele matizar sus cartas” (*Retratos de antaño*, vol. I, p. 63).

²³ Fragmentos muy significativos del “famoso y corrompido abate, encarnación del chiste volteriano”, figuran, por ejemplo, en Coloma, *Retratos de antaño*, vol. I, pp. 48, 62-63.

trata de desarrollar en este trabajo es que si bien ese trasfondo español no tuvo una especial trascendencia en la concepción del primer texto económico de Galiani, es decir, *Della Moneta*, su conocido trabajo sobre la utilidad, el problema del valor y de la cuestión monetaria, publicado en Nápoles en 1751, en cambio, sí que influyó en el segundo, los *Dialogues sur le commerce des blés*, publicados en París en 1770, tanto en su concepción como en su posterior proceso de circulación internacional. Y no es posible abordar esas líneas de influencia sin indagar acerca de las relaciones que Galiani mantuvo con el grupo de diplomaticos españoles adscrito a la embajada de París.

3. El diplomático Galiani, entre Nápoles, París y Madrid.

Cualquier interpretación correcta de la relación de España con los *Dialogues* de Galiani obliga a remontarse a enero de 1759, cuando el *abate* se hizo cargo de la secretaría de la embajada de Nápoles en París y se abrió una etapa de su formación intelectual que ha sido considerada como decisiva²⁴. En ella permanecerá hasta mayo de 1769, con una breve interrupción durante 1765-1766, en la que Tanucci reclamó su presencia en Nápoles. De hecho, siguiendo una recomendación de Caracciolo²⁵, futuro embajador del *Regno* en París, Tanucci no tardó en elegir al sagaz Galiani para complementar —o, en términos reales, reemplazar— al embajador oficial, el vetusto castellano conde de Cantillana, arquetipo del viejo estilo de la nobleza estamental castellana, de capacidad limitada y realmente poco interesado en defender los intereses del *Regno*²⁶. La posición de Galiani de “hombre fuerte” en la embajada napolitana se vio reforzada poco después de su llegada a París, cuando durante el transcurso de un año —entre 1760 y 1761— Cantillana se vio obligado a regresar a España para recoger los bienes de la sucesión de su hermano, el marqués de Castromonte, y ello le obligó a complementar las labores de secretario y de responsable de negocios de la embajada.

²⁴ Desde Benedetto Croce (“Il pensiero dell’Abate Galiani”, pp. 331-322) hasta Furio Díaz (“Introduzione”, en *Opere di Ferdinando Galiani*, pp. XLIII-XLV).

²⁵ Nicolini, “L’abate Galiani e il Marchese Caracciolo”, p. 642.

²⁶ Esa imagen de Cantillana proviene ya del primer biógrafo de Galiani: Diodato, *Vita dell’abate Ferdinando Galiani*, pp. 26 y ss. Galiani lo describirá como “lugubre come un funerale e idiota de prima classe tutto d’un pezzo”; Bernardo Tanucci, *Lettere a Ferdinando Galiani*, Introduzione e note de Fausto Nicolini, Bari, Laterza, 1914, vol. I, p. xiii.

La presencia de Galiani en París poseía un elevado contenido político. Su llegada aconteció en plena Guerra de los Siete Años —si bien antes de que España entrara en el conflicto bélico en apoyo de Francia— y seis meses antes de que, con motivo del fallecimiento Fernando VI, *Carlo di Borbone* heredara el trono de España y dejara Nápoles en manos de un Rey niño y un Consejo de Regencia. Ante estas circunstancias, resultaba más perentorio que nunca para el *Regno* reafirmar su autonomía reconquistada en 1734 respecto, por un lado, las cortes borbónicas y, por otro, el poder austríaco²⁷. Más aún cuando en agosto de 1761 Francia y España firmaban el Tercer Pacto de Familia, con el que trataban de poner coto al renovado poder económico y político internacional de Gran Bretaña. Todos estos acontecimientos acotaban perfectamente el terreno en el que hubo de operar el joven diplomático Galiani a su llegada a París a inicios de 1759.

Desde la perspectiva española, el nuevo rey Carlos III estableció respecto a la política italiana un doble criterio, según fueran o no territorios gobernados por príncipes de la rama borbónica, es decir, Parma y Nápoles²⁸. Respecto a este último, se trataba, por un lado, de acoplar la política exterior de Nápoles a la órbita del Pacto de Familia, que el *Regno* no había finalmente suscrito, y, por otro, de intervenir veladamente en su gobierno, donde Carlos III había dejado, bajo la férula del fiel ministro Tanucci, a su hijo Fernando IV. El obstáculo principal para ello era que el *Regno* conocía un creciente presión de Austria, algo particularmente evidente a partir de 1767, cuando fue disuelta la Junta de Regencia, Fernando IV fue declarado mayor de edad, contrajo matrimonio con la archiduquesa austríaca María Carolina (1768) y fue firmado el tratado austro-napolitano (1769). Al margen de otras consecuencias, la caída en desgracia de Tanucci en 1776 y el creciente protagonismo que alcanzará en la vida política napolitana desde 1778 el *favorito* de la Reina y futuro Secretario de Estado del *Regno*, John Acton, pusieron fin a la etapa de contrapesos en la que operó Galiani durante su decenio parisino. Durante esa etapa el peso político de Tanucci ayudó a compensar parcialmente —y sin duda también a ralentizar— el influjo creciente de la Corte de Viena sobre la de Nápoles.

²⁷ Para una visión general, puede verse Girolamo Imbruglia, *Naples in the Eighteenth Century. The Birth and Death of a Nation State*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

²⁸ Para un marco más general de esta política, trazada con una mayor nitidez tras la llegada de Floridablanca a la Secretaría de Estado, vid. Rafael Olaechea, "Relaciones diplomáticas entre España y el reino de Nápoles a fines del 700", en Mario di Pinto (ed.), *I Borbone di Napoli e i Borbone di Spagna*, Napoli, Guida, 1985, vol. II. pp. 7-102.

Por otra parte, resultan bien conocidas las reticencias de Tanucci a que Nápoles firmara el Pacto de Familia, debido a su tradicional hostilidad hacia Francia y al temor a la ingerencia de este país en los asuntos napolitanos: de acuerdo con Furio Diaz, Nápoles necesitaba “paz y expansión económica”. Como se analiza con más detalle con posterioridad²⁹, Nápoles hubo de establecer una cierta alianza estratégica con España para frenar al omnímodo Choiseul: éste era plenamente consciente de que Galiani había sido destinado a París para combatir la política exterior de Francia enfocada a vincular a Nápoles a ese Pacto. Por otra parte, Nápoles se hallaba mucho más próximo a España, debido al estrecho vínculo de parentesco entre sus dos monarcas y a la profunda infiltración de elementos españoles en el gobierno de las *Due Sicilie* tras la reconquista de Don Carlos en 1734 y la constitución del reino autónomo. Por si esto fuera poco, su coronación en 1759 como Rey de España y el posterior desembarco en la Corte de Madrid, entre otros, del genovés Grimaldi y el siciliano Esquilache, inaugurando un decenio de relativa “italianización” de la vida política española³⁰, no vendrá sino a apuntalar en un sentido casi simétrico esos lazos hispano-napolitanos en las más altas esferas de la política de ambos países. Ciertamente, todas las tensiones políticas que acarreó la vigencia del Pacto de Familia se focalizaban en París, de ahí que Tanucci requiriera de una persona de confianza que le mantuviera informado de lo que sucedía en la corte francesa. Esa persona fue Ferdinando Galiani durante su decenio parisino.

Así pues, en el París de los años sesenta, Galiani estaba obligado a cultivar una relación privilegiada con los diplomáticos españoles allí desplazados y, a través de ellos, con las líneas políticas de la Monarquía española. Además, servir a Tanucci era también estar estrechamente vinculado a la política de Carlos III, a quien Galiani, aún muchos años después de que éste abandonara Nápoles, seguía tratando como su auténtico monarca. Ahora bien, por encima de la indudable sintonía humana que Galiani encontró con el grupo de diplomáticos españoles adscritos a la embajada de París, se encontraba su sagaz manera de utilizar las relaciones diplomáticas para servir a los intereses del *Regno*. Su acción diplomática

²⁹ Vid, en epígrafe independiente, “Galiani ante el Tercer Pacto de Familia (1761)”.

³⁰ Jesús Pradells Nadal, “Italianos en la España del siglo XVIII”, en Enrique Giménez, Miguel A. Lozano y Juan A. Ríos (eds.), *Espanoles en Italia e italianos en España*, Alicante, Universidad de Alicante, 1996, pp. 69-72. Este periodo se considera el segundo en importancia respecto a la influencia de Italia en la política española del siglo XVIII, tras el reinado de Felipe V. Para una visión de conjunto de la Corte madrileña y de sus plurales raíces italianas, vid. María Victoria López-Cordón, “The merits of good *gobierno*: culture and politics in the Bourbon Court”, en J. Astigarraga (ed.), *The Spanish Enlightenment revisited*, Oxford, Voltaire Foundation, 2015, pp. 19-39.

hay que analizarla como parte de una estrategia más amplia de los ilustrados napolitanos dirigida a crear las condiciones políticas, económicas y comerciales que ayudaran a consolidar de una manera más definitiva la deseada autonomía del *Regno*³¹.

4. Galiani ante el mundo español.

Antes de iniciar su intenso decenio parisino, la relación de Galiani con el mundo español hubo de proceder de sus contactos con la nutrida red de autoridades y funcionarios españoles infiltrados en la estructura política del *Regno* dirigido por *Carlo di Borbone*. Ahora bien, su correspondencia previa a 1759 pone de relieve que, más allá de la vertiente religiosa —sus relaciones con escolásticos, jansenistas y jesuitas españoles, particularmente intensa, acaso, durante su etapa de formación en la carrera eclesiástica hasta 1745, cuando la culminó tomando las órdenes menores—, el influjo de la cultura española en sus años de formación parece realmente marginal. De esa época parecen provenir diferentes tópicos provenientes de esa cultura que irán aflorando en su correspondencia a lo largo de los años posteriores. A todo ello hubo de ayudar, sin duda, el cultivo de la lengua española, que Galiani parecía conocer con cierta soltura³². Así lo pone de manifiesto el empleo, en algunos fragmentos de su correspondencia, de vocablos castellanos ciertamente sofisticados³³. El abate parecía ser también un buen conocedor de la historia de España —su fuente recurrente era la *Historia general de España* (1601-1609) del jesuita Juan de Mariana—, lo cual le permitirá realizar acotaciones críticas en diversos pasajes de su correspondencia a la política colonizadora española, durante la etapa del Imperio, con sus “bárbaras” políticas belicistas. No obstante, el legado cultural más notorio enraizado en el mundo hispánico fue el enorme aprecio que él manifestará a lo largo de toda su vida por la literatura española, en particular, por los escritores del Siglo de Oro, con Garcilaso de la Vega y, especialmente, Cervantes y *El Quixote* a la cabeza. Galiani apreciaba de este libro sus cualidades más cómicas y burlescas. Así lo ponía de relieve el *Socrate*

³¹ Tal y como fue la característica de la publicística napolitana de esos años, si bien, desde perspectivas diferentes. Una comparativa entre Genovesi y Galiani se desarrolla en Koen Stapelbroek, “Preserving the Neapolitan state: Antonio Genovesi and Ferdinando Galiani on commercial society and planning economic growth”, *History of European ideas*, n. 32-4, 2006, pp. 406-429.

³² Fausto Nicolini, “La puerizia e l’adolescenza dell’abate Galiani (1735-1745)”, *Archivio Storico per le provincia napoletane*, Nuova serie, anno IV, n. XLIII, 1918, pp. 114-115.

³³ Fausto Nicolini, *Il pensiero dell’Abate Galiani. Antologia dei suoi scritti e inediti con un saggio bibliografico*, Bari, Laterza, 1909, p. 149.

immaginario, la pieza cómica que escribió en 1775 a imitación del mismo³⁴. Pero este personaje universal tenía también su proyección política. Don Quijote era para Galiani un auténtico arquetipo de una libertad engañosa o irreal, de tal manera que el fisiócrata Morellet, con quien Galiani mantenía discrepancias severas en el ámbito doctrinal, era el “*Don Quichotte de la liberté*”, pues esta ansiada libertad era tan ilusoria que solo había existido en su relación con la “ilustre Doña Dulcinea del Toboso”³⁵. Para Galiani, el emblemático personaje de Cervantes era también un buen símbolo de un gobierno funesto y calamitoso: él interpretaba que Voltaire se “*moque de nous*” en su elogio de diersas etapas del gobierno de Cicerón, dado que, en realidad, se habían asemejado al de “*Sancho-Pança dans l’île de Barataria*”³⁶. En otros pasajes de su correspondencia se valdrá del conocimiento que tenía de la literatura española clásica para justificar el escaso éxito que había cosechado en la escena parisina el *Alzire* de Voltaire, emplazada en la España colonial. Galiani criticará el perfil de los personajes de la pieza, que “*ne vaut pas le diable*”, debido a su escasa empatía con los tópicos del carácter propio de los castellanos, como el “coraje” o el “orgullo”: “*Montèze n’est ni américain ni espagnol, ni sauvage ni chrétien, on ne sait ce que c’est, si c’est un imbécile*”³⁷.

Tal y como se desprende de otros pasajes de su correspondencia, la imagen que Galiani poseía de la Monarquía española no era muy diferente a la de otros ilustrados europeos de su tiempo y, en algunos casos, no muy alejada a la de su Nápoles natal. Él la percibía como la de un país atrasado en los planos cultural y educativo. Criticaba duramente la situación de su sistema de educación, que asimilaba a los de Turquía o Portugal. Evocando a Montesquieu, afirmaba que “*l’éducation publique pousse à la démocratie, l’éducation particulière mène droit au despotisme. Point de collèges à Constantinople, en Espagne et en Portugal*”³⁸. Otras expresiones de ese mismo atraso eran la ubicua presencia del latín en el mundo culto español —un español “habla latín sin saberlo”, ironizaba Galiani³⁹— y de la teología en el sistema formativo español, así como de la iglesia de Roma y de sus órdenes religiosas, en particular, de los jesuitas, en la vida socioeconómica

³⁴ Carta de Galiani a D’Épinay, Nápoles, 16 de septiembre de 1775.

³⁵ Carta de Galiani a D’Épinay, Nápoles, 26 de mayo de 1770.

³⁶ Carta de Galiani a D’Épinay, Nápoles, 20 de julio de 1770.

³⁷ Carta de Galiani a D’Épinay, Nápoles, 20 de febrero de 1773.

³⁸ Carta de Galiani a D’Épinay, Nápoles, 4 de agosto de 1770.

³⁹ Carta de Galiani a D’Épinay, Nápoles, 19 de junio de 1773.

española. De manera similar, percibía la administración pública española como atrofiada y vetusta, así como expoliada por los intereses particulares: al igual que en Nápoles, en España la escasa movilidad entre los magistrados conducía a una especie de “*esclavage de la robe*”, que no era sino un tipo de esclavitud “*lent et mou*”⁴⁰. Y, por supuesto, consideraba que España era un país profundamente atrasado en los planos económico y commercial del cual se podían extraer muy pocas lecciones de utilidad para el futuro del *Regno*. Mientras que las fuentes utilizadas en la elaboración de *Della moneta* ponen de relieve la escasa utilidad que pudo obtener de la literatura económica *arbitrista* y *escolástica* castellana, con la que Galiani daba muestras de estar familiarizado, el abate pareció conocer las obras emblemáticas de Uztáriz y Ulloa cuando lo hizo la mayoría de la Ilustración europea, es decir, una vez que Vicent de Gournay estimulara la realización de sendas traducciones francesas de las mismas en 1753, de la mano de Forbonnais y Dangeul, respectivamente⁴¹.

Esta profunda asimetría entre la intensa presencia española en la vida política del Nápoles de *Carlos di Borbone* y el pobre influjo de su cultura en los intelectuales y los reformadores napolitanos no era sino una consecuencia del papel marginal que España venía desempeñado en las primeras fases del movimiento de cambio intelectual que ha sido identificado con los orígenes de la Ilustración en el *Regno*. En realidad, muy poco podían aportar las Monarquías de Felipe V y de Fernando VI, la España de Feijoo, Sarmiento o los *novatores*, al profundo proceso de renovación cultural, científica y filosófica, de raíz *post-lockiana* y *post-newtoniana*, que había comenzado a impregnar la tierra napolitana a partir de los años treinta, de la mano de Giuseppe Orlandi o, más en particular, Celestino Galiani, del cual su sobrino Ferdinando fue un testigo más que privilegiado⁴². Su excelente formación en filosofía moderna quedaba palpable en *Della Moneta*, un libro que no tiene paragón en el mundo español de su tiempo, donde la cultura económica de los años cuarenta seguía dominada por las obras de Uztáriz y Ulloa, en algún sentido, todavía muy próximas a la literatura *arbitrista* española del siglo XVII y, en cualquier caso, impermeables a esas corrientes

⁴⁰ Fausto Nicolini, *Il pensiero dell'Abate Galiani*, p. 194.

⁴¹ Así lo pone de relieve cuatro cartas que Gaspare Cerati envió a Galiani desde Pisa a lo largo de 1755 y 1756, BSNP, XXXI-9.

⁴² Sobre esta cuestión resultan fundamentales los trabajos de Ferrone, *Scienza, Natura, Religione*, y John Robertson, *The Case for the Enlightenment*; vid., asimismo, de Stapelbroek, *Love, self-deceit and money*.

filosóficas renovadoras que circulaban con notable intensidad en el Nápoles que constituyó el trasfondo formativo del joven abate Galiani.

El interés de Galiani hacia la Monarquía española hubo de experimentar un cambio notable a medida que se consolidaba su ligazón política con Tanucci y, con más motivo aún, una vez que en 1759 se abriera la etapa de esperanza que, también en Nápoles y para el propio Galiani, acogió la llegada de Carlos III a la Corte de Madrid. La correspondencia de Galiani viene a mostrar que en un primer momento éste se integró con naturalidad en el *network* de relaciones políticas con las autoridades españolas que venía cultivando desde décadas atrás Tanucci. Este es el caso, en primer lugar, de miembros de poderosas familias nobiliarias napolitanas, cuyos ramales familiares alcanzaban también a España: el caso de los Egmont, Pignatelli, Cantillana o Caracciolo. Ahora bien, en segundo lugar, el fecundo epistolario de Tanucci pone de manifiesto que desde mediados de los años cincuenta, y dejando a un lado casos como los de Esquilache o el Conde de Losada, el político toscano había comenzado a conectar con la burocracia que protagonizará los primeros años del reinado de Carlos III. Este es el caso concreto del Conde de Aranda, de quien Tanucci tiene referencias precisas ya en enero de 1756, cuando era embajador en Lisboa; de Ricardo Wall; y, más en particular, del Conde de Fuentes, el futuro embajador de España en París durante el decenio en que residió allí Galiani. De hecho, Tanucci comenzó a relacionarse epistolarmente con Fuentes en abril de 1757, cuando éste dirigía el cuerpo diplomático de España en Turín⁴³. Su interés por afianzar esa relación se intensificó a partir de marzo de 1758, cuando en plena Guerra de los Siete Años el toscano recibía las primeras noticias de la posibilidad de que pudiera ser nombrado embajador en París⁴⁴, y se mantendrá vivo durante todos los años posteriores.

Ahora bien, lógicamente, la estructura de los contactos españoles de Tanucci conoció un cambio muy sustancial a raíz de la partida de *Carlo di Borbone* a España en 1759. En primer lugar, debido a que comenzó a mantener una relación epistolar con los políticos que acompañaron al nuevo Rey en su viaje a Madrid, en particular, Esquilache, Grimaldi y Losada. Y, en segundo, porque esa relación epistolar fue abriéndose a algunas de las nuevas figuras ascendentes que irán ganando posiciones en los gobiernos sucesivos de Carlos III. Fuentes, Roda o Wall fueron los principales corresponsales de Tanucci durante los primeros años de su reinado, si

⁴³ *Epistolario*, vol. IV (1756-1757), Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1984.

⁴⁴ *Epistolario*, vol. V (1757-1758), Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1985, pp. 730 y 808.

bien, por encima de todos ellos, siempre permaneció el influyente Duque de Losada⁴⁵.

Como se ha mencionado, a su llegada a París en enero de 1759, Galiani se sumergió en este denso *network* de relaciones con el mundo político español que rodeaba a Tanucci. Para mayo de 1760 el *abbé* había comenzado a cruzar cartas con un corresponsal anónimo emplazado en Madrid, con toda probabilidad, el embajador de Nápoles en España, Giuseppe Bonanni Filangieri, Príncipe Della Cattolica. Pocos años después, entre 1763 y 1765, existe constancia de la existencia de una relación epistolar muy fluida entre París y las distintas sedes cortesanas de los Borbones españoles a través del Duque de Losada. Persona muy cercana al *Carlo di Borbone* napolitano, José Fernández Miranda Ponce de León (1707-1783) acompañó a éste en su viaje a Madrid, donde fue nombrado, además de Duque de Losada, teniente general y *soumillier* de corps. Este último cargo suponía un contacto personal y diario con el Rey, en cuya Cámara Real trabajó hasta su muerte en 1783. Por otra parte, esta relación reforzaba la ascendencia jerárquica que Tanucci poseía sobre Galiani: Losada no era otra cosa en la Corte sino la hechura del político toscano —éste le trataba como un “amigo” ya desde agosto de 1731⁴⁶— así como eco fiel de sus inspiraciones en los oídos del monarca. No obstante, al mismo tiempo que sucedía todo esto, Galiani inauguraba sus relaciones con el cuerpo diplomático español destinado en la embajada de París.

5. El núcleo diplomático español en París.

Una vez abiertas las relaciones de Galiani con Grimaldi durante su conciso período al frente de esa embajada, entre enero de 1761 y septiembre de 1763, esas relaciones cobrarán toda su esplendor durante el decenio en el que ésta fue dirigida por el Conde de Fuentes, entre septiembre de 1763 y agosto de 1773. Esos agentes diplomáticos —el mencionado “*gruppo diplomatico italo-spanuolo*” de Nicolini— constituía, en cuanto a su vertiente española, un grupo cultural y, en particular, político con unas características muy definidas. A la cabeza del mismo figuraba el siciliano Joaquín Atanasio Pignatelli de Aragón y Moncayo, XVI Conde

⁴⁵ Vid. *Epistolario*, vol. IX (1760-1761), Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1985; *Epistolario*, vol. IX (1761-1762), Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1980; vol. XI (1762-1763), Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1980.

⁴⁶ *Epistolario*, vol. I (1723-1746), pp. 155-156. Nicolini sostiene que la relación de Galiani con las Cortes de Madrid y Aranjuez se canalizó también a través del confesor de Carlos III desde 1761, el franciscano Joaquín de Eleta, si bien no existen indicios de correspondencia entre ambos (“Intorno a Ferdinando Galiani”, p. 26).

de Fuentes (Caltanissetta, 1724- Madrid, 1776). Grande de España de primera clase, Fuentes era miembro de una de las familias más linajudas arraigada tanto en España como en Italia; más en particular, en Aragón, donde se emplazaba el condado de la familia, y en el *Regno* de Nápoles, donde había nacido y había transcurrido buena parte de la vida de sus padres y algunos años de su niñez y juventud, como primogénito de cuatro hermanos que escogieron la carrera eclesiástica —entre ellos José Pignatelli, el futuro restaurador de la Compañía de Jesús—.

Fuentes, cuya ligazón con el mundo italiano se reforzó aún más a raíz de su matrimonio en 1741 con María Luisa Gonzaga Caracciolo —directamente relacionada, a su vez, con los núcleos familiares de los Pico de la Mirandola y los Caracciolo—, era un político experimentado cuando se hizo cargo de la embajada de París. Su trayectoria era la propia de esos sectores de la alta nobleza que, habiendo logrado afianzar una notable posición política durante el reinado de Fernando VI, tuvieron la habilidad suficiente para resituarse en las altas esferas de la administración de Carlos III. Gentilhombre de Cámara de Fernando VI (1751), embajador en Turín (1754-1758) y en Londres (1760-1762), tras la ruptura de relaciones entre Gran Betaña y España regresó a Madrid, donde fue nombrado consejero de Estado (1762), poco antes de ser designado embajador extraordinario en Francia. Para esa fecha, como se ha mencionado, era un corresponsal asiduo de Tanucci. La correspondencia de éste deja entrever que, más allá de una cierta estima personal por él⁴⁷, el político toscano no le consideraba especialmente dotado para su cargo, una cuestión en la que inciden también otros diplomáticos que le conocieron personalmente, como Ossun o Walpole, para quien era “*a dull, cold man, and wedded to all weakness of his religion*”. Todos ellos coinciden también en que en la arena política la “*longue et silencieuse figure*” del taciturno y *chagrin* Fuentes era en buena medida la de Choiseul⁴⁸. De hecho, Fuentes había tomado parte activa, en primera fila, bajo la dirección de Grimaldi y junto a Wall, en las negociaciones del Tercer Pacto de Familia. Su principal misión en París fue precisamente aplicar sus directrices, en el

⁴⁷ Vid, por ejemplo, sobre el tono cordial de sus relaciones a lo largo del tiempo, *Epistolario*, Vol. X (1761-1762), Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1988, carta 70, 296 y 596; *Epistolario*, Vol. XV (1765), Napoli, Società Napoletana di Storia Patria, 1996, carta 270.

⁴⁸ La expresión es de Horace Walpole, *The letters of Horace Walpole*, ed. by Peter Cunningham, London, 1857-1859, vol. 9, p. 338, nota 3; vid., asimismo, vol. III, pp. 316-318 y 337. Una relación completa de sus irónicos comentarios, en Eugène Asse, *Mme. de Lespinasse et la Marquise du Deffaud*, Paris, Charpentier, 1877, pp. 101-102. La descripción de Ossun, en A. Morel-Fatio, *Études sur l'Espagne (deuxième série)*, p. 132; y la de Tanucci, en *Epistolario*, Vol. V (1757-1758), p. 283.

momento preciso en el que, debido a ese Pacto, París se había convertido en el centro de las otras tres principales sedes diplomáticas (Roma, Londres y Viena), lo cual le obligaba a mantener una fiel ligazón con Choiseul —y, por tanto, una medida distancia respecto a otros ministros, como Terray y su tutor político D'Aiguillon— y una relación directa con el Rey Luis XIV, que cultivó también a través de una de sus *favoritas*, Mme. Du Barry.

Alrededor de Fuentes, y siempre teniendo como centro la embajada española, se movían los otros cuatro españoles con los que Galiani estableció relaciones estables e intensas en París y, con posterioridad, a través de la correspondencia, desde Nápoles. Dos eran hijos de Fuentes: el marqués de Mora y el príncipe de Pinatelli; los otros dos pertenecían al cuerpo diplomático destacado en la embajada: su secretario entre 1763 y 1773, Fernando de Magallón, y su agente agregado entre junio de 1763 y la primavera de 1772, el duque de Villahermosa⁴⁹. El perfil social de estas cuatro personas remitía a la duplicidad clásica de las familias nobiliarias de ese tiempo: la milicia y el cuerpo diplomático. A pesar de haber acompañado a su padre durante su periplo diplomático por Turín y Londres, los dos hijos de Fuentes fueron dirigidos hacia la carrera castrense. Luis (Gonzaga) Pignatelli de Aragón (-1776?), príncipe de Pignatelli, alcanzó el grado de maestro de campo, mientras que José María Pignatelli y Gonzaga, primogénito de Fuentes y, como tal, marqués de Mora (Zaragoza, 1744-Burdeos, 1774), conoció una promoción interna muy rápida, gracias a su suegro el conde de Aranda, hasta alcanzar el grado de coronel agregado en los regimientos de Mallorca y Galicia, antes de su traslado a París en 1764⁵⁰.

La vertiente diplomática venía representada por los otros dos miembros. El secretario de la embajada, Fernando de Magallón (Tarazona, 1724-Parma, 1781), era un buen exponente de los miembros de los bajos extractos de la nobleza que supieron aprovechar el proceso de lenta profesionalización de la carrera diplomática que venía desarrollándose alrededor del Secretario de Estado, el jefe

⁴⁹ El resto del personal adscrito a la embajada, en el que figuraban otros miembros de la familia Azlor, en Rafael Olaechea, *El Conde de y el "Partido Aragonés"*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1969, p. 97.

⁵⁰ Mora fue presentado al Rey de Francia en noviembre de ese año: AGS, Estado, leg. 4555. La petición de retiro del servicio militar por parte de su padre el Conde de Fuentes a Girmaldi figura en el AGS, Estado, leg. 4574. Una visión más general en María Pilar Ruigómez García, "La política exterior de Carlos III", en Ramón Ménéndez Pidal, *Historia de España*, vol. XXXI, *La época de la Ilustración. Las Indias y la política exterior*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, pp. 428-435, y Didier Ozanam, *Les diplomats espagnols du XVIIIe siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 1998.

ministerial de los emabajadores⁵¹. Tras ingresar en esa Secretaria como oficial durante los años cincuenta, había alcanzado el cuarto grado cuando fue designado en 1763 secretario de la embajada en Londres, poco antes de ser enviado definitivamente a la de París en junio de ese mismo año, como secretario de negocios, cuando todavía estaba dirigida por Grimaldi. Magallón, debido al carácter algo inerte de Fuentes, a su llegada relativamente tardía a París⁵² y a sus reiteradas ausencias de la embajada (de octubre de 1764 a junio de 1766, motivada por una enfermedad; y de septiembre de 1772 a septiembre de 1773), se convirtió en el hombre fuerte de la misma: fue el principal responsable del seguimiento de las cuestiones comerciales derivadas del Pacto de Familia y de la aplicación de la no menos conflictiva convención comercial de 1768, así como de cuestiones tan delicadas como el establecimiento de los límites fronterizos en la Navarra española y francesa. Toda esta labor se realizó con la confianza plena de Fuentes. Éste no paró de solicitar una y otra vez a Grimaldi nuevos cargos y méritos que reconocieran su labor, que normalmente le fueron concedidos⁵³. Cuando en 1774 Magallón abandonó París tras una docena de años de intensa dedicación al servicio diplomático, dejaba tras de sí acontecimientos cruciales en la política francesa: no solo había sido testigo de la caída de Choiseul, sino también de los incesantes giros en el ámbito del vertebral departamento de la Hacienda. Si su llegada a París fue recibida con la sustitución del liberal Bertin por el más moderado Laverdy — cercano al “partido de los más opuestos a los últimos edictos del Consejo”, habría de “echar por tierra” el sistema con que gobernaba Bertin—⁵⁴, a finales de esa década el ascenso del conservador Abad Terray le permitió transmitir a Madrid

⁵¹ Con Carlos III se estableció que los secretarios de las cuatro embajadas principales (Roma, París, Viena y Londres) fueran oficiales de la Secretaría de Estado. La idea de la “carrera” diplomática fue organizada en particular a partir del reglamento de 1760, decretado por Ricardo Wall: María Victoria López-Cordón, “La primera Secretaría de Estado: la institución, los hombres y su entorno (1741-1759)”, *Revista de la Universidad Complutense*, 1980, pp. 15-44; Didier Ozanam, “La diplomacia de los primeros Borbones (1700-1759)”, *Cuadernos de Investigación histórica*, 6, 1982, pp. 171-193, y *Les diplomats espagnols*, pp. 72 y ss.

⁵² Grimaldi abandonó París en septiembre de 1763 y Fuentes presentó sus credenciales en Versalles en febrero de 1764: AGS, Estado, leg. 4555. A diferencia de Fuentes, Magallón solo se ausentó de la embajada en la primavera de 1769 para realizar un breve viaje por Gran Bretaña y Holanda (AGS, Estado, leg. 4558).

⁵³ En abril de 1764 se le concedió gajes y casa de aposento (AGS, Estado, leg. 4563). En julio de 1766, el Rey le nombró Ministro de la Junta de Comercio, Moneda y dependencias de extrajeros, con sueldo y honores y la plaza de oficial en la primera secretaría de Estado (AGS, Estado, leg. 4555). Un año y medio después, en diciembre de 1767, fue autorizado a ponerse la cruz de Malta (AGS, Estado, leg. 4564). En 1773 se le concedió una plaza de ministro de capa y espada en el Consejo de Indias en la primera vacante entre una plaza de número, si bien se le conminó a continuar en París (AGS, Estado, leg. 4589).

⁵⁴ AGS, Estado, leg. 4555, Magallón a Grimaldi, París, 16 de diciembre de 1763 y 4 de enero de 1764.

con mucho detalle los, para esa fecha, notables problemas no solo financieros sino también agrarios en que se encontraba envuelta la Monarquía francesa⁵⁵. Su regreso a España coincidió con el ascenso de Turgot al Ministerio de Marina, en agosto de 1774, con Terray todavía en la Hacienda. En primer instancia, Turgot fue recibido en la embajada de España, entonces dirigida ya por Aranda, con un cierto halo de esperanza: “En sentir general, [Turgot] es hombre de talento y juicioso... Pasa por virtuoso y trabajador”⁵⁶.

Por su parte, Juan Pablo de Aragón Azlor, XI duque de Villahermosa (Zaragoza, 1730-Madrid, 1790), representaba el perfil de la alta nobleza española que supo aprovechar sus contactos familiares para introducirse en el mundo de la diplomacia. Educado en Francia, en el colegio de Sorèze, cercano a Toulouse, estudió después Derecho en la Universidad de Zaragoza. Cuando todo parecía destinado a que emprendiera la carrera militar, se desplazó a Viena entre 1750 y 1752, bajo la tutela de su tío Antonio Azlor, quien, como embajador oficial en la Corte austríaca (1750-1754), le inició en la carrera diplomática. A su regreso a Madrid, ingresó en la Secretaría de Estado, todavía durante la etapa política de Ensenada. Su posición social y posibilidades de promoción conocieron un giro brusco en 1761 cuando Juan Pablo de Aragón, entonces IV Conde de Guara, heredó el título y los cuantiosos bienes de su tío el Duque de Villahermosa. Cuando dos años después el nuevo Duque se desplazó a París era un joven rico, cuyo grado de Grande de España de primera clase le abrió las posibilidades a una intensa promoción social. Por tanto, a través de Villahermosa y Fuentes, ambos Grandes de España de primera clase, el núcleo diplomático de la embajada de París conectaba con los extractos más elevados de la nobleza española de su tiempo, a la cual tan solo era ajeno el secretario Magallón.

Si la estructura familiar de este núcleo diplomático le permitía conectar con destacadas familias nobiliarias con ramas muy arraigadas en Nápoles y España (los Pignatelli, Gonzaga, Caracciolo o Pico de la Mirandola), su posición en el entramado de la nobleza de su tiempo se vio reforzada gracias a la clásica estrategia de matrimonios endogámicos. Esta estrategia terminó convirtiendo al grupo en un núcleo eminentemente familiar. Lo más significativo, en ese sentido, fueron los matrimonios que establecieron, por un lado, en 1760 el marqués de Mora con la única hija del conde de Aranda, María del Pilar Ignacia Abarca de Bolea, y, por otro, en 1769 el duque de Villahermosa con la hija del Conde de Fuentes, María Manuela

⁵⁵ AGS, Estado, leg. 4572.

⁵⁶ AGS, Estado, leg. 4594, Aranda a Grimaldi, París, 5 de agosto de 1774.

Pignatelli de Aragón. Aquel primer matrimonio poseía una significación política muy profunda dado que suponía reunir en los descendientes del mismo las dos casas de Aranda y Fuentes; sin embargo, el fallecimiento temprano, con toda probabilidad en 1764, primero de la marquesa de Mora y tres años después del único hijo del matrimonio, lo impidió. En cualquier caso, todo ello venía a consolidar lazos familiares ya existentes previamente, especialmente con Aranda, quien era primo de Villahermosa y de Fuentes. A pesar de que las relaciones de Aranda con Fuentes no fueron siempre muy cordiales, por razones básicamente de disputas patrimoniales, lo cierto es que el primero tuteló personalmente esta estrategia de vinculación endogámica de estas tres familias nobiliarias: la condesa de Aranda fue durante largos períodos la encargada de la educación de sus sobrinos, el marqués de Mora y la hija del Conde de Fuentes, antes de que ésta se desplazara a París para esposarse en 1769 con el duque de Villahermosa⁵⁷. Por si esto fuera poco, a través de dos de los hermanos varones de la Duquesa de Villahermosa, la red familiar se extendió a las familias Casimir Pignatelli d'Egmont, conde d'Egmont, también Grande de España de la primera clase, cuya única hija casó en 1768 con el príncipe Luis Pignatelli, alférez de guardias marinas⁵⁸, y también a la del ministro de Carlos III, Ricardo Wall, cuya hija esposó con Juan, en quien acabará recayendo la casa de Fuentes.

Otro de los rasgos característicos de este núcleo era la ascendencia aragonesa de sus miembros. Esta cuestión benefició sin duda sus contactos con la diplomacia española establecida en las principales Cortes europeas, que en esas fechas se encontraba en manos de políticos y funcionarios aragoneses. Además, reforzó la centralidad de la actividad que, con Fuentes a la cabeza, había alcanzado París en la diplomacia española, una vez firmado el Pacto de Familia⁵⁹. No obstante, el ascenso político de este núcleo era una consecuencia natural de su íntima ligazón —como hemos visto también de carácter familiar— con Pedro Pablo Abarca de Bolea, Conde de Aranda (Siétamo, Huesca, 1719-Épila, Zaragoza, 1798). De hecho, la embajada de Fuentes en París coincidió con el apogeo de su ascenso político.

⁵⁷ AGS, Estado, leg. 4558.

⁵⁸ AGS, Estado, leg. 4566.

⁵⁹ Este era el caso de Francisco Escarano (1730-1794), cuyo linaje era procedente de Nápoles, quien desempeñó el cargo de secretario de la embajada de Londres desde el primer año de la llegada a ella de Fuentes, y permaneció como hombre fuerte de ella, también temporalmente como encargado de negocios, hasta la llegada del Duque de Almodóvar en 1778. Y, por supuesto, el de Manuel de Roda y Nizolás de Azara, el primero como secretario y agente general (1758-1765) y el segundo, como secretario (1765-1798) en la embajada de Roma.

Después de formarse en Bolonia y en Roma, Aranda dio inicio en 1736 a una carrera militar exitosa —alcanzó en 1763 el grado de capitán general— que combinó con otra no menos afortunada en el campo diplomático —fue embajador en Lisboa (1755-1756) y en Varsovia (1760-1762)—, antes de alcanzar en 1766 el cargo político más elevado de la Monarquía, la Presidencia del Consejo de Castilla, en el que permanecerá hasta junio de 1773. La ligazón con Aranda del núcleo diplomático encabezado por Fuentes establecía claramente su orientación política. En la escena política española, el núcleo operó, por un lado, en defensa de la herencia de Ensenada, al cual parecía estar estrechamente vinculado Villahermosa, y, por otro, en el bando opositor a Grimaldi, Campomanes, Floridablanca y los otros ministros “golillas” de Carlos III. Se trató, en suma, de un núcleo muy relevante que, junto a otros destacados políticos de su reinado —en particular, Manuel de Roda— operaba en el seno del denominado partido “aragonés”, tradicionalista, militar y de fuerte impronta nobiliaria, al frente del cual se hallaba precisamente Aranda⁶⁰. Esta adscripción permitió a este núcleo familiar operar en la más altas esferas de la política de Carlos III. A medida que, a partir de inicios de los años setenta, Aranda fue perdiendo crédito ante Carlos III como Presidente del Consejo de Castilla debido a la oposición de Grimaldi, Campomanes y otros *golillas*, el núcleo familiar de Fuentes operó para tratar, si bien sin éxito, de que esa máxima autoridad de la Monarquía recayera, primero, en el propio Conde de Fuentes y, después, en su hermano Ramón Pignatelli. Además, como resulta conocido, como consecuencia de esas disputas con los *golillas*, en particular con el Secretario de Estado Grimaldi, éste logró que Carlos III aceptara la marcha de Aranda a la embajada de París, en sustitución de Fuentes⁶¹. En septiembre de 1773, el ex-Presidente del Consejo de Castilla daba inicio a una larga estancia de más de trece años al frente de esa embajada, en compañía de otro aragonés, reclutado entre la baja nobleza oscense de tendencias políticas austracistas, Ignacio de Heredia⁶². Éste había sido el secretario personal de Aranda durante la presidencia del Consejo de Castilla, y llegó a París como caballero de la Orden de Carlos III y oficial de la Secretaría de Estado⁶³. No obstante, la llegada de Aranda a

⁶⁰ Para una visión general, vid. Olaechea, *El Conde de Aranda y el “Partido Aragonés”*. Sobre los enfrentamientos entre Aranda y Campomanes, pueden verse: Marcelin Defourneaux, *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado*, París, PUF, 1959, pp. 149-165; Janine Fayard y Rafael Olaechea, “Notas sobre el enfrentamiento entre Aranda y Campomanes”, *Pedralbes*, 3, 1983, pp. 5-42; y desde una perspectiva más favorable al Fiscal del Consejo de Castilla: Vicent Llombart, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 102-106

⁶¹ Puede verse, en particular, Rafael Olaechea y José Antonio Ferrer Benimelli, *El Conde de Aranda (mito y realidad de un político aragonés)*, Zaragoza, Librería General, 1978, vol. I, pp. 41-46.

⁶² AGS, Estado, leg. 4589. Aranda había sido nombrado en junio de 1773: AGS, Estado, leg. 4589.

París en septiembre de 1773⁶⁴ no supuso cambios inmediatos respecto al periodo previo, a tenor de las instrucciones secretas que Grimaldi dio al aragonés⁶⁵. El Rey y Grimaldi, bajo el pretexto de las negociaciones entonces activas sobre las fronteras en el Pirineo navarro hispano-francés y las dificultades que estaba suscitando la plasmación de la convención commercial de 1768⁶⁶, lograron que Magallón permaneciera en el puesto de la embajada hasta agosto de 1774. La salida de éste supuso, en términos prácticos, el punto final a la etapa parisina del embajador Fuentes, dos años antes de que éste falleciera en Madrid, retirado de la vida política⁶⁷.

Además de su presencia en las altas esferas políticas de los gobiernos de Carlos III, la actividad política del núcleo familiar que maduró al amparo de Aranda tuvo una expresión también muy notable en los procesos de reforma que tuvieron como escenario el Aragón natal de sus miembros. Resulta muy ilustrativo, en este sentido, que el Conde de Fuentes liderara personalmente, ya en 1759-1760, una ambiciosa y pionera iniciativa en la España de su tiempo para fundar una nueva "Academia" en Zaragoza, cuya creación fue sin duda abortada debido a su inminente marcha a la embajada de Londres. El objetivo de la Academia era la promoción de las ciencias y las artes, no solo la teología, sino también otras diversas de contenidos útiles, entre las que se mencionaban la jurisprudencia, la medicina, las matemáticas, la filosofía y las humanidades, cuya inspiración principal parecía proceder de Muratori⁶⁸. A partir de esa fecha, ese grupo familiar,

⁶³ Sobre Heredia, sus relaciones con Aranda y su trabajo en la secretaría de la embajada, vid. Rafael Olachea, "Ignacio de Heredia y su biblioteca", *Revista de Historia Moderna*, n. 4, 1984, pp. 211-291; y Jesús Pradells Nadal, "Libros y polémicas culturales en la correspondencia extraoficial de Ignacio de Heredia con Manuel de Roda (1773-1781)", *Revista de Historia Moderna*, n. 18, 1999-2000, pp. 125-222.

⁶⁴ AGS, Estado, leg. 4589. La publicación del nombramiento de Aranda había tenido lugar en junio de 1773: AGS, Estado, leg. 4589.

⁶⁵ Olachea, *El Conde de Aranda y el "Partido Aragonés"*, pp. 94 y ss.; vid., asimismo, Miguel Gómez del Campillo, *El Conde de Aranda en su embajada a Francia (años 1773-1787)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1945.

⁶⁶ AGS, Estado, leg. 4589.

⁶⁷ Un "Elogio" a la figura de Fuentes, elaborado por José de Guevara Vasconcelos, Censor de la Sociedad Matritense, de la que aquel fue socio de Número, figura en las *Memorias de la Sociedad Económica*, vol. II, Madrid, Antonio de Sancham 1789, Apéndices, pp. 93-98. Entre otras facetas de promoción de las artes y las ciencias, se destaca su apoyo a la creación del Gabinete de Historia Natural de Madrid.

⁶⁸ George M. Addy, *The Enlightenment in the University of Salamanca*, Durham, N. C., Duke University Press, 1966, pp. 79-83. De manera muy significativa en el informe que la Universidad de Salamanca realizó por petición del Consejo de Castilla con el fin de encontrar una vía legal para esa iniciativa,

con el propio Fuentes, Aranda y Villahermosa a la cabeza, no dejó de estar presente en todas las principales iniciativas “ilustradas” que fueron cuajando en tierra aragonesa durante la segunda mitad del siglo XVIII.

En esta última esfera los intereses familiares fueron canalizados en buena medida a través de uno de los cuatro hermanos del Conde de Fuentes, Ramón de Pignatelli (Zaragoza, 1734-Zaragoza, 1793), canónigo de Zaragoza, Director de la Real Casa de Misericordia de Zaragoza, Rector de su Universidad y auténtico instigador de todas las principales iniciativas de reforma cultural y económica que fueron desarrollándose en Aragón durante el reinado de Carlos III⁶⁹. La más notable de todas fue sin duda el Canal Imperial de Aragón⁷⁰. Ramón, también responsable de la gestión en España del patrimonio de su hermano el Conde de Fuentes, fue el auténtico responsable en hacer efectiva esta vieja idea del Conde de Aranda, con la ayuda de éste, Villahermosa y Juan Pignatelli, uno de los hijos del Conde de Fuentes. Este ambicioso proyecto, considerado la obra pública de mayor calado desarrollada en España durante ese reinado, fue iniciado en 1768, precisamente por iniciativa Aranda como Presidente del Consejo de Castilla, y tenía como finalidad principal el regadío de las tierras interiores de Aragón y Cataluña, así como el comercio interregional entre Aragón y Cataluña, posibilitando una salida al mar Mediterráneo —en concreto, hasta el enclave tarraconense de Los Alfaques—, y desde él a los mercados europeos y coloniales, para los cuantiosos excedentes agrarios aragoneses y de la Ribera sur de Navarra, no solo de trigo, sino también de vino y aceite. La resolución de esta cuestión resultaba clave para la prosperidad futura de los clanes familiares de los Aranda, Villahermosa o Fuentes. No hay que olvidar que todos ellos eran propietarios de numerosos mayorazgos y otros bienes raíces, emplazados en Madrid, Navarra o Valencia, si bien, de manera particular, a lo largo de toda la tierra aragonesa. Ramón, que fue nombrado en 1772 protector del Canal, tuvo la capacidad para mantener vivo este proyecto que políticamente era identificado con los intereses de los “aragoneses” entre los ministros opuestos a estos, en particular, Grimaldi.

se mencionaba que ésta había nacido bajo la influencia de autores como Heineccio, Rollin, Verney y, en particular, Muratori, pues el objeto de la academia era una “traducción literal” de su *República literaria*. Addy valora este informe como una génesis del inminente plan de reforma de la Universidad salmantina de 1771.

⁶⁹ Una visión actualizada de este influyente ilustrado aragonés figura en Guillermo Pérez Sarrión y Guillermo Redondo (dirs.), *Los tiempos dorados: estudios sobre Ramón Pignatelli y la Ilustración*, Zaragoza, 1996.

⁷⁰ Para una visión general, puede verse, de Guillermo Pérez Sarrión, *El Canal Imperial y la navegación hasta 1812*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1975.

De hecho, tras la caída de éste en 1776 de la Secretaría de Estado, él trató de acceder sin éxito a ese puesto, finalmente concedido al Conde de Floridablanca, quien, a pesar de su lejanía con el partido “aragonés”, acabó convirtiéndose en el principal colaborador en la Corte de ese proyecto, hasta su finalización en 1790⁷¹.

Asimismo, el núcleo familiar de los Aranda-Fuentes se hará especialmente visible en la principal expresión de la Ilustración en tierras aragonesas, la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Fundada en Zaragoza en febrero de 1776, siguiendo el patrón de la Sociedad Económica de Madrid⁷², fue una de las Sociedades más activas de toda la Ilustración española, en particular, en el ámbito de la docencia de las nuevas disciplinas científicas, en particular, el derecho natural, la filosofía moral y la economía política. Todos los miembros de ese núcleo mantuvieron una activa relación con la Sociedad. Comenzando por el propio Aranda, a quien se considera un auténtico instigador en la distancia de su creación, así como financiador regular de sus actividades; o, más en particular, Ramón Pignatelli, quien desde su puesto de Censor de la misma, no solo vinculó la Sociedad al ambicioso proyecto del Canal Imperial, sino que fue uno de sus principales artífices y gestores de la misma. No obstante, tampoco quedaron al margen de sus actividades, Fuentes, Magallón y Villahermosa, a pesar de que ninguno residiera en Aragón. Si el primero, fallecido pocos meses después de su fundación, legó en 1776 un nutrido volumen de su biblioteca privada a la misma⁷³ y el segundo colaboró con ella dos años después patrocinando el envío de artesanos aragoneses a Madrid con el fin de que mejoraran su formación técnica⁷⁴, fue sin duda Villahermosa quien de todos ellos estableció una relación más estable con la Sociedad.

⁷¹ Olachea, *El Conde de Aranda*, pp. 98 y ss.

⁷² Francisco Forniés Casals, “Nacimiento y primeros años de vida de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País”, en *Las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País y su obra*, San Sebastián, 1972, en particular, pp. 253-255.

⁷³ Archivo de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País (ARSAAP), junta de 31 de enero de 1777, ff. 208-227. La donación incluía buena parte de los volúmenes sobre artes y oficios de la Academia de Ciencias de París, así como un nutrido conjunto de libros en francés sobre agronomía (Duhamel o Dupui-Demportes) y Economía Política (Hume, Mirabeau, Grenville o Morellet). El “Elogio” al Conde de Fuentes fue leído en su junta de la Sociedad Aragonesa de 12 de junio de 1778, f. 100.

⁷⁴ ARSAAP, juntas de 29 de mayo de 1778, ff. 86-90, y 12 de junio de 1778, f. 100v. En esas fechas Magallón era juez conservador de la Junta de Comercio en Madrid.

Esta relación se inscribe básicamente durante el decenio previo a su muerte, sucedida en Madrid en 1790, en el momento en que el Duque se hallaba ya retirado de la vida política, una vez culminada su estancia al frente de la embajada de Turín (1779-1784), a la que había sido enviado como una especie de castigo obligado por sus conocidos enfrentamientos políticos con el Secretario de Estado Floridablanca⁷⁵. Una vez asentado en sus residencias habituales, en sus palacios de Madrid y de Pedrola (Zaragoza), Villahermosa pudo desarrollar con mayor intensidad su perfil de erudito, científico aficionado y estudioso de las humanidades clásicas⁷⁶. El Duque convirtió su casa madrileña en un verdadero salón cortesano⁷⁷, intensificó sus actividades en las academias y sociedades españolas —fue miembro de la Academia Española, la Sociedad Bascongada, de Buenas Letras de Sevilla y San Fernando de Madrid y participó en las actividades de la academia de San Luis de Zaragoza—, desarrolló su amplia cultura humanista, en particular, respecto a la cultura clásica —entre otros trabajos que se le atribuyen, legó traducciones de Homero y Rollin, y editó a Gracián⁷⁸— y, como hemos mencionado, colaboró estrechamente con la Sociedad Aragonesa, de la que fue Socio Protector. A través de esa colaboración, trató de extender a ella, principalmente por medio de la donación de fondos, la formación científica que había adquirido en París, en particular, en lo relativo a la agronomía y la historia natural. En 1780 donaba a la Sociedad fondos para promover la plantación de árboles⁷⁹ y, en especial, para que ésta emprendiera un ambicioso estudio de introducción a la Historia Natural, geográfica y física del Reino de Aragón⁸⁰, que la Aragonesa derivó a la promulgación de un premio público destinado al descubrimiento y descripción de las minas de carbón de piedra existentes en el

⁷⁵ Coloma, *Retratos de antaño*, vol. II, p. 17; Ortí y Bull, *Doña María Manuela Pignatelli*, p. 147

⁷⁶ Este perfil se describe con detalle en Ortí y Bull, *Doña María Manuela Pignatelli*, pp. 55-62.

⁷⁷ *Discursos leídos ante la Real Academia Española*, p. 80.

⁷⁸ Vid. Félix de Latassa y Orín, *Biblioteca nueva de los escritores aragoneses que florecieron desde el año de 1753 hasta 1795*, Pamplona, Joaquín de Domingo, 1801, pp. 489-493.

⁷⁹ ARSAAP, junta de 23 de junio de 1780, f. 83. Sobre sus aficiones a la astronomía en su etapa parisina, cuando planeaba establecer un observatorio en España, vid. Juan Andrés, *Cartas familiares del Abate Juan Andrés a su hermano D. Carlos Andrés, dándole noticia del viaje que hizo a varias ciudades de Italia en el año 1785, publicadas por el mismo D. Carlos*, Madrid, Antonio de Sancha, 1786-1793, 5 vol., vol. III, p. 331-332.

⁸⁰ ARSAAP, juntas de 3 de febrero, 20 de octubre de 1780, f. 138 y f. 150v, respectivamente, y de 12 de enero de 1781, f. 1v. El trabajo fue desarrollado por el destacado científico aragonés Ignacio de Asso.

Reino⁸¹. Aún tres años después volvería a enviar nuevos fondos a la Sociedad para la promoción de experiencias agronómicas en tierras de secano⁸². Indudablemente Villahermosa, fue uno de los sustentos de las actividades científicas de la Aragonesa. Por ello, no es extraño que, una vez fundada en su seno en 1784 la pionera cátedra en la historia española de Economía Civil y Comercio, siguiendo el modelo que Genovesi había desarrollado a partir de 1754 en el Nápoles de Carlo di Borbone, fuera reconocido como un instigador de esa iniciativa: al Duque dedicó Victoriano de Villava la traducción que en 1785-1786 realizó de las *Lecciones de comercio* de Genovesi para ser empleadas como manual docente en esa Cátedra⁸³.

En resumen, el grupo tutelado por Aranda y Fuentes se consolidó como un núcleo con unas características muy marcadas. Por un lado, se trataba de un núcleo esencialmente familiar, enraizado en los altos extractos de la alta nobleza, originario de Aragón y muy próspero económicamente. Por otro, poseyó una poderosa proyección en el ámbito de las relaciones diplomáticas durante la primera etapa del reinado de Carlos III, con una intensa presencia de sus miembros en las embajadas españolas más influyentes, en conexión permanente, a través incluso de relaciones familiares, con algunos de los diplomáticos napolitanos más relevantes de su tiempo, como Caracciolo o Pignatelli. Por último, se trataba de un núcleo muy influyente en la política de ese reinado, no sólo en su tierra aragonesa de origen, cuanto en la política de reformas al más alto nivel de la Monarquía que trajo consigo la llegada a España de Carlos III, en particular, a través de la ubicua presencia del partido "aragonés" que dirigía Aranda, al cual prestaron sus servicios todos los miembros más destacados de ese núcleo familiar. Así pues, la intensa relación que Galiani estableció con ese núcleo diplomático español le permitió abrir un canal ciertamente privilegiado de comunicación con la alta política española de su tiempo, así como de influencia con las elites que la protagonizaban.

⁸¹ ARSAAP, juntas de 20 de febrero de 1784, ff. 24-24v. Las prórrogas posteriores de la donación de Villahermosa se describen en las juntas de 27 de enero de 1786, ff. 20-21, de 11 y 18 de enero de 1788, f. 18. En la mayoría de los casos quedaron desiertos, al no presentarse propuestas a los premios públicos convocados por la Sociedad.

⁸² ARSAAP, junta de 7 de septiembre de 1787, ff. 169-170.

⁸³ Antonio Genovesi, *Lecciones de comercio, o bien de Economía Civil*, Madrid, 1785-1786, 3 vols.

6. Galiani ante los diplomáticos españoles de la Embajada de París.

Las primeras noticias de los contactos de Galiani con el cuerpo diplomático español en París se remontan a marzo de 1760 cuando conocemos, a través de Choiseul, que Galiani había conectado con Grimaldi. Al parecer, el *abbé* napolitano fue introducido en varias casas diplomáticas por el marqués de Sorba (1715-1771), plenipotenciario genovés en París, incluida la española, en la que, una vez arribado a ella Fuentes, según Alfieri, testigo presencial de esos hechos, él “rondaba” todo el día⁸⁴. Por otra parte, como documentan profusamente los libros de memorias de los diplomáticos españoles⁸⁵, el napolitano compartió con ellos, en particular, con Magallón, Mora y Villahermosa, un segundo espacio de sociabilidad: la densa red de salones parisinos —en particular, los de Madame D’Épinay, Madame Lespinasse y Madame Necker— a los que, por las noticias que poseemos, fueron especialmente asiduos esos diplomáticos españoles. En realidad, estos fueron, junto con Aranda, los ilustrados españoles que, con una mayor frecuencia e intensidad, lograron introducirse en estos espacios de la sociabilidad mundana, presididos por el arte de la conversación y en los que, como resulta conocido, el mundo diplomático europeo desempeñó un papel central, entre ellos, y ciertamente desde posiciones de gran protagonismo, el propio Galiani⁸⁶. De hecho, en esos espacios públicos de sociabilidad los diplomáticos españoles conocieron personalmente a Condorcet, Véri, Necker, Turgot y otros ilustrados franceses cuyas obras disfrutarán de una fortuna relativa en España durante el último cuarto de siglo⁸⁷. De todos ellos fue sin duda el Marqués de Mora quien logró un mayor

⁸⁴ *Vita di Vittorio Alfieri scritta da esso*, Firenze, Gaspero Ricci, 1822, pp. 117-118. Una carta muy ilustrativa en la que se narra con mucha precisión cómo fue presentado Galiani a la Condesa de Fuentes figura en Coloma, *Retratos de antaño*, vol. I, pp. 62-63.

⁸⁵ Vid., en particular, los libros de Ortí y Bull, *Doña María Manuela Pignatelli de Aragón*, y Coloma, *El marqués de Mora y Retratos de antaño*.

⁸⁶ De la notable y extensa literatura sobre el tema, resulta pertinente destacar el trabajo de Antoine Lilti, *Le monde des salons. Sociabilité et mondanité à Paris au XVIIIe siècle*, Paris, Fayard, 2005. Una interpretación que viene a identificar los salones con un espacio público “ilustrado” en el que resultó fundamental la mediación de las mujeres, puede encontrarse en Dena Goodman, *The Republic of letters*, Cornell University Press, 1994. La vertiente del arte de la conversación, tan propia de estas instituciones nucleares de las Luces parisinas, se desarrolla en Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*, Madrid, Siruela, 2003. Una visión reciente de la presencia de Galiani en los salones parisinos, en Lilti, *Le monde des salons*, pp. 281-282 y 289-290.

⁸⁷ Puede verse, por ejemplo, *Oeuvres de Turgot*, ed. Schelle, vol. IV, pp. 666 y ss.; vol. V, pp. 435 y 601; *Correspondance inédite de Condorcet et de Turgot 1770-1779*, ed. Charles Henry, Genève, Slatkine, [1883] 1970, pp. 86 y 96; Véri, vol. II, chap. XVI, junio-agosto dce 1776, p. 14; chap. XXII, diciembre 1778-febrero 1779, p. 165. A esa relación hay que añadir también el nombre de Hume, durante los cinco años (1763-1766) en que permaneció en París como diplomático de la embajada de Gran Bretaña. Magallón refiere diversos encuentros personales con él, a quien describió como

reconocimiento en la intensa vida cotidiana de los salones parisinos. La relación personal que estableció con Lespinnasse contribuyó a que fuera especialmente bien acogido, además de por Galiani, por D'Alembert, Grimm y otros *philosophes*.

Las numerosas referencias que Galiani incluyó a los diplomáticos españoles en su correspondencia con D'Épinay, una vez regresado a Nápoles, ofrecen pistas muy valiosas para calibrar cual fue su relación con los diferentes miembros del grupo diplomático del embajador Fuentes. Su abrupta salida de París, en el otoño de 1769, dejó a Galiani en una situación de notable debilidad, no solo ante las autoridades diplomáticas francesas y españolas, sino también respecto a las de la embajada napolitana. A pesar de que tras el fallecimiento de Cantillana en febrero de 1770 ésta pasó a ser dirigida entre septiembre de 1771 y 1781 por Domenico Caracciolo, diplomático muy cercano a Galiani y muy bien relacionado con Fuentes —exactamente igual que éste, Caracciolo venía de dirigir el cuerpo diplomático de Nápoles en Turín (1754-1764) y Londres (1764-1771)—, el *abbé* debía solventar el problema de sus pésimas relaciones con Francesco Pérez, su sustituto en la secretaría de la embajada napolitana en París, a quien no solo consideraba un incompetente, sino también un feroz enemigo y potencial delator⁸⁸, sin duda, en esos años de enfriamiento de sus relaciones con Tanucci, debido a que se trataba de una persona muy cercana a éste⁸⁹. De esta manera, Galiani hubo de consolidar una vía de contacto reservada para resguardar sus contactos regulares con París, en particular, los que mantenía con su fiel informadora D'Épinay. Ello le llevó a buscar nuevamente la colaboración de los diplomáticos españoles. Aunque, una vez más, su correspondencia de los años posteriores a su regreso a Nápoles pone de relieve la gran sintonía humana que había alcanzado con ellos, detrás de esta estrategia se hallaba sin duda la supervivencia —así como la eventual proyección futura— de Galiani en el mundo de la diplomacia napolitana. No hay que olvidar, entre otras cuestiones, que el abandono abrupto de París se había producido en el preciso momento en que trataba de finalizar sus *Dialogues* —que verán la luz a finales de 1769, inacabados— y en el que se iniciaba la árida polémica que mantendrá con los fisiócratas y otros ilustrados franceses afines a estos. De esta

“uno de los hombre más hábiles en materias de comercio y autor de diferentes libros escritos sobre este asunto”: AGS, Estado, leg. 4555, Magallón a Grimaldi, París, 24 de octubre de 1763.

⁸⁸ Carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 7 de abril de 1770. Galiani escribirá sobre Pérez que “*non fa nulla perche non sa far nulla*”: Nicolini, “L'abate Galiani e il marchese Caracciolo”, p. 660. En otro pasaje le acusará de no conocer el idioma francés y se extrañará de la elección de Tanucci: Nicolini: “Amici e corrispondenti”, pp. 86-7.

⁸⁹ Tanucci, *Lettere a Ferdinando Galiani*, vol. II, p. 71, nota.

manera, los años posteriores a su regreso a Nápoles estuvieron marcados por reconstruir alguna vía que le permitiera recuperar esa centralidad que había alcanzado durante los años previos en su añorado "*café de l'Europe*". Y esta estrategia pasaba por recobrar el reconocimiento político perdido ante las autoridades españolas, quienes en suma habían forzado su retirada diplomática.

Una primera posibilidad de regresar a París se abrió a raíz de que, durante el verano de 1769, el embajador napolitano Cantillana hubo de retornar a España gravemente enfermo y en París comenzó a circular la idea de que no volvería a reintegrarse a su servicio —de hecho, falleció en febrero de 1770—. Esta circunstancia dejaba abierta la puerta para que Galiani se reintegrara en la embajada napolitana en la Corte de Francia como responsable de los negocios hasta la llegada del nuevo embajador. Sin embargo, esta contingencia, no dependía tanto de Choiseul, quien presionaba para que el nuevo dignatario fuera Caracciolo, tal y como finalmente sucedió, sino de Fuentes, todavía embajador español. Al mismo tiempo que, desde Nápoles, Galiani redoblaba su campaña contra Francesco Pérez —"*questo animale e detestato da tutti*"—, le llegaban noticias de que los embajadores napolitano y español no creían que fuera posible su reincorporación. El problema parecía residir en Tanucci quien acusaba a Galiani tanto de haber sido imprudente como de alimentar "deseos absurdos, difíciles e imposibles"⁹⁰.

Con el doble fin de consolidar una vía reservada en sus contactos con París y de recuperar el crédito perdido antes las autoridades españolas, Galiani recurrió a su amigo Magallón. A él se refería habitualmente en su correspondencia como "*le chevalier*". Esta cuestión viene a ratificar la auténtica centralidad que acabó ocupando este eficiente funcionario aragonés en las actividades de la embajada española durante el periodo en que fue dirigida por Fuentes. A partir de 1770, Magallón se afianzó como el puente habitual entre Galiani y D'Épinay. Complementariamente, el abate napolitano empleó otros canales de la red diplomática española para preservar la reserva de su correspondencia, como el consulado de España en Marsella, al ser más barato que otros conductos⁹¹; y, de manera más particular, el enlace a través de Roma, utilizando como mediador

⁹⁰ Vid. Cartas de Gatti a Galiani, París, 28 de agosto de 1769 y 36 de febrero de 1770, en "Amici e corrispondenti", pp. 78-9 y 98-9. La relación entre Galiani y Choiseul se deterioró irremediablemente, hasta el punto de que éste le escamoteó la promesa de hacerle llegar una caja de oro con el retrato del Rey de Francia (Carta de Galiani a destinatario anónimo, Nápoles, junio de 1774, en "Amici e corrispondenti", pp. 134).

⁹¹ Carta de Galiani a Baudouin, Nápoles, 28 de noviembre de 1772.

entre Galiani y Magallón al también aragonés Azara⁹², quien mantenía una excelente relación con el secretario de la embajada española. En cualquier caso, desde Nápoles Galiani convirtió a Magallón en un virtual secretario personal para solventar sus asuntos parisinos.

Magallón no había conocido personalmente a D'Épinay durante la estancia parisina de Galiani⁹³, pero éste insistía una y otra vez ante ella en que el secretario de la embajada de España era su auténtico hombre de confianza en París⁹⁴. De hecho, en la práctica, el aragonés fue el auténtico responsable de mediar en todas las cuestiones relativas a la densa correspondencia que Galiani cruzó durante esos años con D'Épinay. Sus servicios se ampliaron también a otros ámbitos, como el trasiego de bienes, alimentos y dinero. Esta segunda cuestión era particularmente delicada, toda vez que Galiani había contraído una notable deuda con Villahermosa, para tapar el “agujero” que había dejado a su salida de París con los herederos del embajador⁹⁵; además, ya desde Nápoles, necesitaba hallar fuentes de financiación adicionales para sufragar el coste del envío regular de las gacetas y los almanaques desde París, lo cual le obligó a ajustar cuentas, con la mediación de Magallón, no solo con Villahermosa, sino también con Caracciolo y Fuentes⁹⁶. Galiani recurrió también a Magallón para obtener informaciones diversas de contenido histórico, a las que no podía acceder desde Nápoles, además de para el envío reiterado de libros desde París⁹⁷, incluso, también, para hacer llegar al mundo parisino algunas de sus obras. Éste fue el caso del *Dialogue sur les femmes*, que el *abbé* napolitano prefirió que circulara por París y que fuera presentado ante Lespinnasse de la mano de Magallón. Éste no solo ejerció fielmente esa labor de mediación —también ante el embajador Fuentes—, sino que fue un auténtico

⁹² Carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 23 de marzo de 1771.

⁹³ Carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 23 de marzo de 1771. El sagaz Galiani, con el fin de mantener activa la vía reservada con Magallón, hacía ver reiteradamente a D'Épinay que el aragonés “vous aime à la folie”.

⁹⁴ Por ejemplo, cartas de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 7 de abril de 1770, de 19 de mayo de 1770. D'Épinay conoció a Magallón en mayo de 1770. Aun agradeciendo a Galiani haberle puesto en contacto con él (éste es “un ami que je vous dois”; carta de D'Épinay a Galiani, París 6 de junio de 1772), a quien consideraba de una “excellente société”, le contestaba que su supuesta pasión era “extrêmement métaphysique”; carta de D'Épinay a Galiani, París, 25 de abril de 1771.

⁹⁵ Carta de Galiani a D'Épinay, vol I, pp. 196-197, en la que reconoce haber contraído una deuda de cerca de cinco mil libras.

⁹⁶ Carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 6 de julio de 1772.

⁹⁷ Carta de D'Épinay a Galiani, París 2 de mayo de 1771.

confidente de Galiani⁹⁸. De él recibió numerosas informaciones sobre el mundo parisino dejado por él atrás, incluidas las referidas a la vehemente acogida de sus *Dialogues*.

Mientras tanto, el sagaz *machiavellino* Galiani, sin duda para ganarse el crédito de los diplomáticos españoles, se ofrecía una y otra vez para acogerlos en Nápoles. En realidad, el único miembro del núcleo de Fuentes con el que volvió a tratar personalmente fue el Príncipe Pignatelli, quien le visitó en esa ciudad en dos ocasiones —febrero-noviembre de 1773 y en el invierno y la primavera de 1778-1779—; pero se trataba, sin duda, el de menor interés de todos ellos. Quizás debido a la grave enfermedad mental que padecía, Galiani parecía tenerle solo una estima relativa: desde Nápoles relataba a D'Épinay que Pignatelli era muy indeciso y voluble, “una especie de Diderot”⁹⁹. Precisamente, una de las visitas de Pignatelli a Nápoles permitía a Galiani rememorar las largas estancias pasadas con ellos en la embajada de España en París, añorar a sus amigos españoles (“*l’absence est un mal irréparable*”) y suspirar por recrear un “pequeño París” en ese Nápoles que tan poco alicientes le generaba. En cualquier caso, más que cualquier otro, Magallón siempre ejerció durante esos años como su auténtico hombre de confianza: “*je vous souhaitais à Naples; puisque vous n’y venez pas, je vous sohaite à Paris*”¹⁰⁰.

Galiani utilizó también esa vía diplomática privilegiada para mostrar su afinidad con algunas de las líneas políticas más emblemáticas de los primeros años del reinado de Carlos III. El asunto más palpable en este sentido fueron las reiteradas muestras de apoyo que, desde sus bien conocidas posiciones antijesuiticas¹⁰¹ y en sintonía plena con Tanucci, el *abbé* manifestó con la política española respecto a la Compañía de Jesús, tanto en su expulsión de los territorios de la Monarquía en 1767 —espoleada en el plano ideológico por Roda y Campomanes, y en el de su materialización práctica, por Aranda— como en el largo proceso posterior, que supuso un campo de batalla de toda la diplomacia española

⁹⁸ Esta relación confidencial era mutua, tal y como pone de relieve las pocas cartas que hoy poseemos de cuantas cruzaron Galiani y Magallón; vid., por ejemplo, *Correspondance inédite de l’Abbé Ferdinand Galiani, Conseiller du Roi, pendant les années 1765 à 1783*, París, J. G. Deutu, 1818, vol. I, pp. 326-8 y vol. II, pp. 136-141.

⁹⁹ Carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles 17 de julio de 1773. En otro pasaje le comparaba con “*les gens étouffés par l’odeur du charbon et qui restent parce que leur tête est attaquée*” (carta de Galiani a D'Épinay, vol II, p. 62).

¹⁰⁰ Carta de Galiani a Magallón, pp. 326-328.

¹⁰¹ Ya desde Diodato, *Vita dell’abate Ferdinando Galiani*, pp. 60-61; vid., en particular, Diaz, “Introduzione”, pp. LV y LXIV-LXV.

en tierras italianas, en particular, para Azpuru y Floridablanca, con el fin de lograr su extinción total, tal y como sucedió finalmente con el *Breve* de 20 de julio de 1773, firmado por el Papa Clemente XIV en junio de 1773, y que Galiani no pudo sino celebrar con satisfacción¹⁰².

Las relaciones de Magallón con Galiani y D'Épinay no siempre fueron sosegadas. Esta última descargaba sobre el diplomático aragonés algunos de los errores que le atribuía Galiani, en particular cuando no era capaz de responder a sus continuas exigencias de mantenerle informado al día y de manera profusa de lo que sucedía en París. Ocasionalmente, D'Épinay se quejaba de las desapariciones pasajeras de Magallón, así como de su carácter: "*il est trop étourdi ou trop distrait, car, passé trente ans, on donne à l'étourderie le beau nom de distraction*"¹⁰³. No obstante, el trasfondo de estos problemas en las relaciones cruzadas entre estos tres actores del París de las Luces era de otra índole. Sin duda alguna, el honesto Magallón debía de realizar equilibrios constantes para no ver comprometida su posición de funcionario de la Secretaría de Estado español: en suma, Galiani se había visto obligado a abandonar París por la decisión de su superior Grimaldi.

Estos juegos de equilibrios se vieron relativamente comprometidos, a lo largo de 1772 y 1773, a medida que se dilataba la posibilidad de que Galiani hallara alguna vía para retornar a París. A lo largo de ese primer año, el abate se quejó reiterada y enérgicamente ante D'Épinay por diversos errores cometidos por Magallón en el envío de su correspondencia, al no hacerlo a través de Roma y de Azara, sino de Tanucci; el error, enfatizaba, sería costoso económicamente, pero, lo que era más grave, habría de valerle numerosos "preocupaciones e insultos"¹⁰⁴. En realidad, detrás de todo ello parece encontrarse la decepción de Galiani por el escaso apoyo que, pasados tres años y desde su criterio, estaba hallando en Magallón para lograr su desembarco en París. Lo más pausable es que el *abbé* recurriera entonces a su amigo Caracciolo, entonces embajador de Nápoles en la capital francesa. Pero a fines de 1773, éste le relataba desde París que sus presiones venían a tocar "*una corda cosé sensibile e delicate*"; la solución a su "exilio" napolitano no pasaba ya seguramente por París, sino que debía de tomar

¹⁰² Puede verse, entre otras numerosas, una carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 28 agosto 1773.

¹⁰³ Cartas de D'Épinay a Galiani, París, 13 de septiembre de 1771 y 13 de abril de 1771.

¹⁰⁴ Carta de Galiani a D'Épinay, vol. I, p. 311.

otra senda, quizás la de la embajada napolitana en Madrid¹⁰⁵, una eventualidad que nunca se confirmó.

Si el paso del tiempo hacía cada vez más improbable el regreso de Galiani a París, la posible fortuna de éste empeoró de manera súbita con motivo de la sustitución de Fuentes al frente de la embajada de París. Muy afectado por la desgracia de Chosiseul en diciembre de 1770, Fuentes regresó a España en septiembre de 1772, para no regresar nunca más a París. Unos meses después, en abril de 1773, el Conde de Aranda era nombrado embajador titular. Galiani no parecía tener una buena imagen de éste, quizás influido por Caracciolo, quien asemejaba su carácter brusco y poco refinado a un “pozo profundo cuyo orificio era estrecho”. En cualquier caso, el *abbé* napolitano percibió de inmediato que su posición cambiaba de una manera radical con la llegada a París del ex Presidente del Consejo de Castilla, entre otros motivos porque venía acompañado de un nuevo secretario de embajada, Ignacio de Heredia, destinado a desplazar a su amigo y fiel colaborador Magallón. Galiani pronosticaba que Aranda sería el primero en abandonar un país como Francia, que habría de “disgustarle profundamente”¹⁰⁶. Además, percibió que sus relaciones con Magallón, a quien deseaba “ver en Nápoles”, no serían fáciles: Aranda estaría “*jaloux et dépité*” de él y trataría de destinarlo a “*le bas rang des secrétaires d’ambassade*”. Mientras tanto, suponía que la política del nuevo embajador de tratar de que España tomara una mayor distancia respecto a las exigencias del Pacto de Familia tendría un recorrido limitado, a menos de que hubiera algún conflicto bélico¹⁰⁷.

Fue D’Épinay quien se encargó de hacer comprender a Galiani lo erróneo de sus previsiones. Ante los primeros movimientos diplomáticos de Aranda en París, le relataba que la Corte de Francia no era en ningún caso un lugar de paso para él —“*il a des grans projets*”— y, al mismo tiempo, de que este país no le resultaría especialmente hostil: “*par le peu que je l’ai vu dans ce pays-ci, je suis persuadé qu’il y plaira infiniment*”¹⁰⁸. Poco después, le informaba de que no debía temer por la

¹⁰⁵ La quejas de Galiani por la actitud de Choiseul recibían de Caracciolo una respuesta contundente: “*non conviene ricordare materie così gravi... e molto meno conviene accusare il ministero passato*”; Galiani, *Dialogues*, ed. de F. Nicolini, pp. 595-597.

¹⁰⁶ Carta de Galiani a D’Épinay, Nápoles, 31 de julio de 1773.

¹⁰⁷ Carta de Galiani a D’Épinay, Nápoles 7 de agosto de 1773. Ante la salida inminente de París de Magallón, Épinasse se lamentaba de la ausencia en París de sus mejores amigos, Grimm o el propio Galiani (carta de D’Épinay a Galiani, París, 10 de abril de 1775).

¹⁰⁸ Carta de D’Épinay a Galiani, París, 23 de agosto de 1773.

suerte de Magallón, pues Heredia, el nuevo secretario, era su “amigo íntimo” y su salida de París no era inminente. En efecto, mientras Grimaldi convertía las negociaciones sobre el establecimiento de los límites fronterizos en la Navarra española y francesa conducidas por Magallón en una coartada para mantenerle durante un tiempo adicional en París, y así poder controlar los primeros movimientos de su opositor Aranda, la coexistencia de los dos secretarios en la embajada fue pacífica y cordial.

La situación de debilidad que supuso para Galiani el fin de la embajada de Fuentes se agudizó aún más a raíz del fallecimiento de su segundo valedor español en el mundo parisino: el marqués de Mora. Los extractos de la correspondencia del napolitano dejan entrever no solo su enorme aprecio hacia él, sino su relativo talento singular. Mora se hallaba fuera de los arquetipos más clásicos de la nobleza española de ese tiempo; era, sin duda, bien distinto a Fuentes o Villahermosa. Su muerte, sucedida en Burdeos en la primavera de 1774, siendo aún muy joven, cuando trataba de regresar a París para unirse a Lespinasse, era interpretada por Galiani como una especie de maleficio para el conjunto de esa España que él tanto apreciaba. Siempre desde una visión política conservadora que consideraba la participación de las elites en la vida pública como un elemento clave de la regeneración política, el abate napolitano comparaba la desaparición de Mora con el destino de Cartago tras la muerte de Asdrúbal, el hermano de Anníbal: a diferencia de Francia, la regeneración de España no pasaba por un “*fausse lueur de polissement*”, sino por algo más profundo; por ello, el país estaba destinado a “*rester barbare*”¹⁰⁹. Galiani comparaba a Mora con “*un descendant du Cid attardé dans le siècle de la poudre et des moches*”. Conocía pocos extranjeros de su edad que tuvieran un “espíritu más justo, más neto y más cultivado e ilustrado” y entendía que estaba destinado a ocupar “*un jour de grandes places et il peut faire un grand bien*”¹¹⁰.

En suma, el lento declive de las intensas relaciones que Galiani venía manteniendo con el núcleo diplomático español se debió básicamente a la suerte que corrieron sus protagonistas. Fallecidos Mora y Fuentes en 1774 y 1776, respectivamente, y padeciendo Pignatelli una enfermedad irreparable, la salida de Magallón de París en abril de 1775 para regresar a España supuso el fin virtual de

¹⁰⁹ Carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 8 de julio de 1774. D'Épinay tenía un juicio favorable de Mora muy similar al de Galiani (carta de D'Épinay a Galiani, Boulogne, 26 de noviembre de 1772).

¹¹⁰ En términos elogiosos similares hablará de Mora (“*le plus grand des grands d’Espagne*”) ante Grimm. Carta de Galiani a Grimm, Nápoles, 17 de octubre de 1772.

esas relaciones, que Galiani solo conservó, de manera algo esporádica, a través del Duque de Villahermosa. De hecho, a partir de 1776 los vínculos cruzados entre él, Magallón y D'Épinay se convirtieron en circunstanciales. Todavía en 1780 Galiani, ya consolidado en el Tribunal de Comercio napolitano, se lamentaba ante D'Épinay de que no debían desesperar de volver a ver a Magallón, aunque, a través de noticias interpuestas, sabía que se hallaba "*en mouvement sur la surface de l'Europe*"¹¹¹. En efecto, después de cinco años de estancia en España trabajando en el Consejo de Indias, en noviembre de 1780 Magallón se desplazó a Parma en calidad de ministro plenipotenciario. Allí falleció tan solo un año después.

¹¹¹ Carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 28 de Julio de 1780.

2. GALIANI ANTE EL TERCER PACTO DE FAMILIA (1761)

Dos años y medio después de la llegada de Galiani a París, el 15 de agosto de 1761, Grimaldi y Choiseul refrendaban en París el Tercer Pacto de Familia. Firmado en plena Guerra de los Siete Años y como consecuencia directa de ella¹, una convención secreta entre ambos países preveía la entrada en la Guerra de España el primer día de mayo de 1762 si la paz no había sido restablecida para esa fecha; no obstante, Gran Bretaña comenzó las hostilidades bélicas contra España en enero de ese mismo año. Aunque de manera decreciente en cuanto a su capacidad de condicionar la política exterior de los dos países firmantes, el Pacto se mantendrá vigente hasta la proclamación de la República francesa, en concreto, el inicio de la guerra contra la Convención en 1793.

A través del Pacto las dos Cortes borbónicas trataban de poner coto al renovado poder internacional, en particular, en el ámbito colonial, que alcanzaría de una manera definitiva e insoslayable Gran Bretaña tras la firma del Tratado de París en febrero de 1763. Junto a su vertiente eminentemente defensiva de unión y amistad de ambas potencias (“quien ataca a una corona, ataca también a la otra”, art. 4) y las detalladas disposiciones que la hacían efectiva en la primera veintena de los artículos del Pacto, éste poseía además una notable dimensión comercial. Ésta venía a representar el reconocimiento tácito de que el avance británico se sustentaba también en su creciente capacidad de dominar la esfera del comercio internacional. Ello obligaba a las potencias firmantes a establecer vías de coordinación en esa esfera con el fin de protegerse mutuamente. El Tratado exceptuaba a los súbditos de ambas monarquías de las respectivas leyes de extranjería (art. 23), les obligaba a tratar como naturales en los asuntos propios del comercio exterior (art. 24) e impedía la posibilidad de ampliar estos privilegios comerciales a los súbditos de otras potencias (art. 25). Así pues, el acuerdo final alcanzado no llegó a establecer una zona de libre comercio entre Francia y España, y menos aún una unión aduanera, pero sí un sistema de trato preferencial para los súbditos de ambos países que establecía la igualdad y la reciprocidad respecto a todas las cuestiones principales de la actividad comercial: registros aduaneros, derechos aduaneros y fiscales, exenciones propias de la libre importación y

¹ Sobre el Pacto de Familia y todos los detalles del protagonismo en su concepción de Wall, desde Madrid, Grimaldi, desde París, y Fuentes, desde Londres, puede verse Vicente Palacio Atard, *El Tercer Pacto de Familia*, Madrid, Marsiega, 1945. En las etapas previas a su firma, Fuentes representó la posición más favorable a las posiciones francesas y a la entrada de España en la Guerra (vid., pp. 105 y ss.).

exportación, herencias y relación de mercancías identificadas como materias de contrabando². El Pacto certificaba adicionalmente otras dos cuestiones: ninguna nación podía alcanzar en España o Francia mejores ventajas comerciales que las de sus súbditos y además vetaba la cláusula de la nación más favorecida: en un acuerdo comercial de alguna de esas dos potencias con una tercera, este Pacto no podía “ser citado ni servir de ejemplo” (art. 25).

Resulta conocido que, aunque no fuera firmado por ellos, el Pacto incluyó a los dos territorios italianos ligados a los Borbones españoles, Parma y Nápoles. No es casual que ello se debiera a la intermediación española: el reconocimiento de los derechos a “los súbditos de S. M. Siciliana como los españoles” respondió “a la demanda del Rey Carlos III en nombre del Rey de las Dos Sicilias³. De esta manera, el *Regno* quedó acoplado en cuanto a su política exterior y comercial a la órbita del Pacto. Ya se ha mencionado que el principal responsable de que Nápoles no lo hubiera firmado fue Tanucci. En su decisión contraria primaron su tradicional hostilidad hacia Francia y su temor a la injerencia de este país en los asuntos napolitanos. Desde su embajada parisina, Galiani, no solo compartió esta orientación de la política exterior de Tanucci, sino que fue un auténtico precursor de la misma⁴.

En su funcionamiento práctico, el Pacto de Familia mostró de inmediato su indiscutible jerarquía interna. La principal beneficiaria del mismo fue Francia, algo implícito en la lógica del acuerdo firmado. No era posible que éste generara beneficios mutuos en el plano comercial para España (o Nápoles) cuando la situación de partida era tan dispar; en palabras del embajador Fuentes: “porque tenemos más que guardar en América, menos gente en España que en Francia, menos industria y, finalmente, por antiguas preocupaciones, menos facilidad para restablecernos”⁵. Esta dimensión del Pacto como un instrumento de dominación de Francia, no se ciñó solo, como veremos, al ámbito comercial y económico, sino que alcanzó también al cultural. Un ejemplo muy ilustrativo de ello es el trasiego de libros que se realizó a su sombra entre París y Madrid, que se analiza con posterioridad (vid. epígrafe 4 de este mismo capítulo). Ese trasiego pone de relieve

² Se emplea la versión editada por Palacio Atard, *El Tercer Pacto*, pp. 336-346, art. 24.

³ AGS, Estado, leg. 4555, Grimaldi a Wall, París, 13 de Agosto de 1761.

⁴ Díaz, “Política estera e problema economici”, pp. 79-107.

⁵ AGS, Estado, leg. 4559, Fuentes a Grimadli, París, 18 de junio de 1764.

que la capital francesa se convirtió a la sombra de ese Pacto en un centro clave de la red diplomática española en la difusión muy selectiva de todo tipo de libros y periódicos editados en el ámbito europeo. Choiseul no fue en absoluto ajeno a esa difusión selectiva. Con más precisión aún, en marzo de 1762, muy pocos meses después de firmado el Tratado, el primer ministro de Luis XV trataba de lograr de la Corte de Madrid que las gacetas francesas pudieran llegar a España a través de una vía privilegiada, sin pagar los costes de los portes, a lo que esa Corte se negó aduciendo que ello supondría no sólo la pérdida de los ingresos para la agencia de correos sino que perjudicaría la conveniente circulación de otras gacetas extranjeras⁶. Pero en 1764, y otra vez en 1772, Francia trató de comenzar a cobrar los derechos de tránsito a los correos provenientes de Nápoles que circulaban a través de territorio francés, a lo cual España se negó frontalmente⁷.

El Pacto de Familia no cerró otras vías de lucha comercial para encarar desde el ámbito borbónico la hegemonía británica, aunque, en la práctica, ninguna de ellas llegó a materializarse⁸. El acuerdo invitaba, en primer lugar, a establecer una paulatina coordinación de las políticas comerciales franco-españolas, con el fin de establecer marcos arancelarios similares. En el ámbito colonial, Fuentes propuso la ampliación definitiva del régimen de “libre comercio” a todas las Indias, como sucedía en los enclaves franceses, para así frenar el comercio clandestino franco-británico en las colonias españolas⁹. También se mostró partidario de armonizar las políticas respecto al comercio del pescado salado, en particular, del bacalao. La reiterada y cuantiosa importación que desde España se realizaba del salazón británico suponía “financiar al enemigo político”, por lo que Fuentes, sugería al Ministro Múzquiz que se adoptara la misma política vigente en Francia, que prohibía rigurosamente ese comercio¹⁰. Otra medida comercial aún más expeditiva era la posibilidad de que Francia elaborara unas actas de navegación similares a las británicas de 1651, que habían prohibido el uso de navíos extranjeros en el transporte de mercancías inglesas. Esta posibilidad volvió a emerger vigorosamente en la agenda política y en la tratadística económica francesas durante el período previo a la Guerra, así como después de firmado el Pacto de

⁶ AGS, leg. Estado 4546, Grimaldi a Wall, Madrid, 13 de marzo de 1762.

⁷ AGS, Estado, leg. 4557 y leg. 4591.

⁸ Sobre las reticencias de España a firmar un tratado de comercio con Francia, previas a la firma del Pacto de Familia, vid. Palacio Atard, *El Tercer Pacto*, pp. 124 y ss.

⁹ AGS, Estado, leg. 4584, Fuentes a Grimaldi, París, 10 de abril de 1772.

¹⁰ AGS, Estado, leg. 4566, Fuentes a Grimaldi, París, 6 de junio de 1766.

Familia. No obstante, en 1764 Francia informaba al cuerpo diplomático español que renunciaba a activar esa nueva vía, al tratarse de “una materia que pedía mucho tiempo y especulación”¹¹. El problema parecía residir en que la firma del Pacto de Familia no sólo limitaba, sino invalidaba de hecho, la posibilidad de activar unas actas de navegación propias que hubieran obligado, bajo el pretexto de la reciprocidad comercial, al reconocimiento del derecho mutuo de navegación en barcos nacionales en el interior de todo el espacio borbónico, las colonias incluidas. Y ello, además, sin considerar que, al tratarse de una medida comercial más agresiva que el propio Pacto, poseía consecuencias imprevisibles en el delicado equilibrio comercial y militar emanado del Tratado de París.

Es bien conocido que el Pacto de Familia no cosechó en la práctica ninguno de sus propósitos originales, más allá, acaso, de postergar nuevas posibles situaciones bélicas con Gran Bretaña hasta 1779. La falta de apoyo de Francia a España en el conflictivo enclave de las Malvinas ya dejó al desnudo las debilidades del acuerdo en el flanco estrictamente militar. En el terreno más específicamente comercial, los problemas principales se suscitaron respecto a dos cuestiones: el contrabando y el cumplimiento del artículo 24 del Pacto, que certificaba la reciprocidad para los súbditos de ambos países.

El problema del contrabando halló dos focos particularmente conflictivos. El primero era la asentada tradición del comercio ilícito de tabaco, sal y moneda, tanto por la vía marítima como por la terrestre, que se realizaba entre las comarcas de la Cataluña española y el Rosellón francés. Las quejas por ese tráfico ilegal comenzaron a llenar expedientes pocos meses después de la firma del Tratado, de la mano de Ossun, embajador de Francia en España¹². El segundo era la no menos arraigada rutina de contrabando de los comerciantes franceses en las costas sicilianas, reiteradamente denunciado por Tanucci, entre otros motivos porque suponía un agujero para las finanzas tanto de Francia como de Nápoles. Desde el flanco español y napolitano se extendió la sospecha de que Francia —con Choiseul a la cabeza— no era suficientemente combativa con esas prácticas ilegales que, a la postre, le beneficiaban. Según Tanucci, el contrabando francés en las costas sicilianas era notablemente superior al de los británicos —normalmente bajo bandera genovesa—, y llegó a denunciar a Francia con la contundencia de declarar a sus ministros colaboradores directos de la situación: “El ministerio francés ... en

¹¹ AGS, Estado, leg 4555, Fuentes a Grimaldi, París, 9 de marzo de 1764.

¹² Vid., por ejemplo, AGS, Estado, leg. 4546, Ossun a Choiseul, Madrid, 13 de marzo de 1762.

tiempo de guerra defiende a los corsarios y en tiempo de paz defiende a los contrabandistas”¹³. En la Corte de Madrid se apreciaba una rigurosidad extrema en los controles franceses de la llegada desde Cataluña de tabaco y sal que no existía sin embargo con la de los metales preciosos y la moneda. Ante la insistencia de las quejas, en 1769 Choiseul llegó a sugerir que este contrabando era lógico, dada la estructura del comercio de los dos países y la existencia de minas en las colonias españolas: Francia necesitaba moneda para el ejercicio de su comercio activo. Incluso llegaba a plantear que España bajara los derechos fiscales de la exportación de moneda (del 3% al 2%) para así reducir el contrabando y beneficiar a su Hacienda con el aumento de las exportaciones legítimas¹⁴. El creciente tráfico fraudulento en la línea fronteriza catalana suscitó la necesidad de elaborar una convención específicamente destinada a evitarlo; sin embargo, no llegó a materializarse bajo la embajada de Fuentes¹⁵. En cualquier caso, en suma, el Pacto de Familia en ningún caso ayudó a solventar estos problemas seculares, incluso dio cobijo a otras nuevas formas de contrabando, como la importación de grano desde Francia por navegantes ingleses utilizando el señuelo de la bandera española¹⁶.

Tanto o más conflictivo que la gestión del comercio ilegal lo fue el del artículo 24 del Pacto que reconocía el trato recíproco para los súbditos de los países. El problema de su escasa claridad se planteó con toda su crudeza en marzo de 1763 cuando comenzaron las denuncias de la realización por parte de las autoridades francesas de visitas aduaneras sistemáticas y sin órdenes superiores —una treintena de visitas desde la firma del Pacto hasta verano de 1763— a buques napolitanos en los puertos del Languedoc y la Provenza, sometiéndolos a un trato similar que a los ingleses y los holandeses. El problema se extendió después al cobro indebido del cabotaje y otros derechos.

Ante esta situación, Tanucci inició de forma inmediata una ofensiva diplomática que pretendía preservar los intereses napolitanos y, al mismo tiempo, utilizar las agresiones francesas para dilatar la entrada de Nápoles en el Pacto. En

¹³ Tanucci a Galiani, Nápoles, 13 de agosto de 1763, en *Lettere*, vol. I, p. 59.

¹⁴ AGS, Estado leg. 4570, Fuentes a Grimaldi, París, 14 de noviembre de 1769.

¹⁵ AGS, Estado, leg. 4589, Magallón a Grimaldi, 26 de julio de 1773. Para esa fecha existía ya una propuesta de la Hacienda francesa, que vendría a profundizar en el artículo 20 de la Convención de 1768.

¹⁶ AGS, Estado, leg. 4567, Aranjuez, 29 de mayo de 1768.

septiembre de 1763, denunciaba el incumplimiento de su espíritu de igualdad; más bien, al contrario, entendía que el Pacto consolidaba la existencia de potencias de “primer rango” —Francia— y de “rango mediocre” —Sicilia—¹⁷. En su visión, el acuerdo estaba incluso empeorando las condiciones comerciales para el *Regno*, por cuanto antes de él no había visitas a los buques napolitanos y solo el Rey de España tenía potestad para ordenarlas.

Todos estos problemas eran consecuencia directa de las asimetrías comerciales implícitas al Pacto: mientras Nápoles carecía de un acuerdo comercial con Francia, España estaba obligada con el *Regno* por sus viejos tratados; por tanto, Nápoles necesitaba de la mediación de España para hacer valer sus intereses ante Choiseul. La extensa correspondencia de Tanucci con su fiel *arlecchino* Galiani muestra que primero aquél dudó de si España pudiera estar detrás de las agresivas visitas a los buques napolitanos; pero una vez aclarada esta cuestión desde Madrid en la primavera de 1763, se quejó amargamente de la falta de apoyo de Fuentes a las reivindicaciones napolitanas, insinuando incluso que su lentitud “comenzaba a disgustar” al propio Carlos III¹⁸. Al mismo tiempo, y a medida que las visitas arreciaban y Nápoles se mantenía en la “moderación y la “continencia”, Tanucci fue subiendo el tono de sus acusaciones contra Francia: en septiembre de 1763 le señalaba por haber concedido el estatus de nación más favorecida a Cerdeña, su tradicional enemiga comercial¹⁹; y, asimismo, se lamentaba de que el Pacto, lejos de reducir la tensión comercial de las tres partes en litigio, condenaba a España y Nápoles a convertirse en “provincias” de Francia²⁰: “el *borbonismo* es un termino equívoco”, zanjaba.

Todo se complicó aún más en 1764 cuando, en plenas hambrunas napolitanas, Francia pretendió hacer valer su edicto sobre libre exportación de granos, dictado ese mismo año, que establecía una tasa al transporte de grano a través de barcos no franceses, algo contrario al Pacto, según Tanucci. A partir de esa fecha, ese decreto fue aducido por Francia en reiteradas ocasiones también para negar permisos de exportación de trigo a España, entre otros, al poderoso comerciante Aragorri²¹. Así las cosas, ya en el verano de 1764 era evidente que el

¹⁷ Tanucci a Galiani, Nápoles, 3 de setiembre de 1763, en *Lettere*, vol. I, p. 63.

¹⁸ Tanucci a Galiani, Nápoles, 15 de enero de 1764, en *Lettere*, vol. I, pp. 97-8.

¹⁹ Tanucci a Galiani, Nápoles, 3 de septiembre de 1763, en *Lettere*, vol. I, p. 67.

²⁰ Tanucci a Galiani, Nápoles, 3 de diciembre de 1763, en *Lettere*, vol. I, p. 85.

²¹ AGS, Estado, leg. 4570.

Tratado requería de especificaciones adicionales: se trataba de terminar “la grande obra del sistema” sin necesidad de “alterar ninguno de sus artículos”²². Unos meses antes, en mayo de 1764, El Escorial y Versalles habían convenido en analizar todos los casos en que fuese de aplicación el conflictivo artículo 24 del Pacto. Pero el hecho es que, a pesar de esta iniciativa política, la situación fue adquiriendo los perfiles de una auténtica guerra comercial. El nuevo foco del conflicto se situó en Nápoles donde en marzo de 1765, por orden de la “Regencia de Nápoles o el Marqués de Tanucci”, se abrió la autorización para que fueran “visitadas todas las embarcaciones francesas”, lo cual, “no siéndolos en los puertos de S. M. siciliana las inglesas, suecas”, era una auténtica “ofensa que se hace a Francia”²³. La seca contestación de Tanucci a Choiseul aún agravó más la situación, de forma que en noviembre de ese año Francia dio órdenes de “detener y de visitar todas las embarcaciones napolitanas”²⁴.

Para esa fecha las posiciones afloradas a la sombra del problema de las visitas no resultaban nada fáciles de conciliar. Mientras Choiseul era partidario de que Nápoles acudiera en forma “pura y absoluta” a todos los artículos del Pacto (se discutía si se debían exceptuar los artículos 19 y 23), el problema de las visitas era utilizado por Tanucci para exigir que, antes de que el *Regno* subscribiera el Pacto, se acordase un convenio entre Nápoles y París para solventar los puntos de litigio. Mientras España, trataba de mediar, en términos generales, en apoyo de las reclamaciones napolitanas.

La documentación diplomática y la correspondencia entre Tanucci y Galiani pone de relieve que éste último fue el auténtico gestor del Pacto de Familia en París y que actuó con total independencia de Cantillana y Della Cattolica en la solución del conflicto de las visitas. Al mismo tiempo, esas mismas fuentes reflejan que su interlocutor en el lado español fue una y otra vez Magallón. En esos años hubo sin duda de tejerse una relación de amistad entre los dos secretarios de embajadas, que se extenderá largamente en el tiempo, como se ha explicado. También resulta claro que, frente a las desconfianzas iniciales de Tanucci, gracias precisamente a Magallón y Galiani, España y Nápoles fueron tejiendo una acción coordinada para solventar los problemas generados por el artículo 24 del Pacto. En 1765, y de una forma ya rotunda y expresa, Magallón saldrá en defensa una y otra

²² AGS, Estado, leg. 4559, Fuentes a Grimaldi, París, 18 de junio de 1764.

²³ AGS, Estado, leg. 4557, Magallón a Grimaldi, París, 7 de marzo de 1765.

²⁴ AGS, Estado, leg 4557, Magallón a Grimaldi, Fontainebleau, 4 de noviembre de 1765.

vez de Nápoles ante Francia, acusando a ésta de haber sido la auténtica causante de un conflicto que Choiseul quería echar sobre las espaldas de Tanucci, al haber iniciado previa y unilateralmente las visitas a buques napolitanos en puertos franceses²⁵. Y nada extraña, por tanto, que a finales de 1766, Tanucci se mostrara particularmente agradecido a los “*carissimi e rari*” Magallón y Fuentes²⁶.

Así las cosas, nada extraña tampoco que Tanucci llamara a Galiani a Nápoles en abril de 1765 con el fin de buscar una solución a un problema que, desde 1763, no había hecho sino enconarse. Por petición expresa de España se creó en esa fecha en la capital del *Regno* una Junta en la que junto a Galiani —recién nombrado consejero del *Supremo Magistrato di Commercio*—, participó entre otros el economista Genovesi. Su objetivo era diseñar, siempre con la anuencia de Carlos III, un tratado de comercio de Francia con Nápoles con el fin de que éste se sumara definitivamente al Pacto de Familia. Pocas informaciones disponemos del curso de las discusiones en la Junta. Tan solo que, una vez cerrada sin éxito, Galiani regresó a París en noviembre de 1766 con la instrucción de seguir haciendo posible las relaciones franco-napolitanas, si bien con menos tensiones que antaño²⁷.

España estaba igual de interesada que Nápoles en que la Junta creada en la capital del *Regno* ofreciera resultados positivos. No es casualidad que la llamada de Tanucci a Galiani para que se personara en Nápoles coincidiera con la elaboración del informe más detallado realizado durante la embajada de Fuentes acerca de las consecuencias comerciales para España de la firma del Tratado de Familia²⁸. Este informe, que el embajador remitió a Grimaldi a principios de 1767, se elaboró recabando información de los cónsules españoles de los principales puertos franceses (Dunquerque, Burdeos, Bayona, Havre...). En él se explicaba que el Tratado apenas había generado ventajas para España ni ninguna mejora en su balanza de comercio con Francia. El problema no era únicamente que la poderosa

²⁵ AGS, Estado, leg. 4557, Magallón a Grimaldi, París, 7 de marzo de 1765.

²⁶ Tanucci a Galiani, Nápoles, 6 de diciembre de 1766, en *Lettere*, vol. II, p. 3.

²⁷ Sobre la amplia labor de Galiani en el seno del *Supremo Magistrato di Commercio*, continuada tras su regreso a Nápoles en 1769, véase Díaz, *Per una storia illuministica*, pp. 289-334; y sobre el episodio de la junta de 1765-1766, Nicolini, “L’abate Galiani e il Marchese Caracciolo”, pp. 653-4; “Amici e corrispondenti”, pp. 30-1. Como subraya Díaz, el regreso de Galiani de París no supuso la interrupción de su trabajo diplomático en la esfera internacional. Su nombramiento en noviembre de 1770 como secretario del Supremo Magistrado de Comercio le permitirá seguir desarrollando una actividad que tenía como objetivo que los países borbónicos realizaran tratados comerciales separadamente y relativamente a sus circunstancias particulares (“Política estera”, p. 89).

²⁸ AGS, Estado, leg. 4564, Fuentes a Grimaldi, París, 23 de febrero de 1767.

manufactura francesa era la principal beneficiada de un régimen de igualación arancelaria, sino que además, en determinados productos esenciales, como las estofas, los terciopelos y otros textiles de lana y seda, Francia seguía practicando políticas de proteccionismo arancelario respecto a sus afines españolas, cobrándoles derechos adicionales. También obstaculizaba la llegada de otros bienes estratégicos que trataban de introducirse desde España, como era el caso de la sardina y el pescado salado de Galicia y sus costas atlánticas. En suma, el Tratado continuaba sin acreditar el principio de reciprocidad. A la vista de ello, Múzquiz, una vez remitido el informe a la Junta General de Comercio y la Dirección rentas, transmitió a Fuentes que se debían solventar ambos problemas: “no costará dificultad su logro. Saben los franceses que el partido no es igual, tienen más gente, más industria y más navegación que nosotros, les faltan las Indias, que ocupan todas nuestras facultades²⁹.

La falta de resultados de la junta de Nápoles obligó a buscar otros caminos alternativos; en concreto, aceleró la realización de unas nuevas Convenciones que trataron de canalizar los conflictos pendientes. Ya desde diciembre de 1766 Múzquiz comenzó a trabajar con el abate Beliardí sobre el artículo 24 del Pacto. Sus trabajos culminaron en el acuerdo, sellado por Grimaldi y Ossun el 2 de enero de 1768, bajo la forma de una Convención explicativa de ese conflictivo artículo, que fue adicionada como un apéndice al Tratado original de 1761³⁰. De acuerdo con esta Convención, se imponía la cláusula recíproca, y sin duda ventajosa para los intereses hispano-napolitanos, de que todas las embarcaciones debían de someterse a la visita de fondeo y las menores de cien toneladas a las de pesquisas, siempre en presencia del cónsul o su representante. Una segunda Convención especial, de 13 de marzo de 1769, explicitó las potestades, funciones y privilegios de los cónsules y vicecónsules en los dos países³¹. A diferencia de lo ocurrido en el Pacto, en ambas Convenciones los sicilianos no eran ni siquiera nombrados porque en 1765 Nápoles había logrado ser dispensada de cualquier participación posterior en el Pacto de Familia.

²⁹ AGS, Estado, leg. 4564, Múzquiz a Grimaldi, El Pardo, 22 de marzo de 1767.

³⁰ *Convención entre las coronas de España y Francia para aplicar o ampliar el artículo 24 del Pacto de Familia en punto a navegación, comercio marítimo y visitas de embarcaciones: ajustada y firmada en Madrid (2 de Enero de 1768).*

³¹ *Convention... pour mieux régler les fonctions des consuls et vice-consuls des deux couronnes dans leurs ports et domaines respectifs (13 de marzo de 1769).*

En la práctica, ninguna de estas Convenciones logró resolver los problemas pendientes. Estos no sólo se perpetuaron, sino que tendieron a agravarse. A lo largo de 1770 Fuentes comenzó a lamentarse de manera reiterada ante Choiseul de que persistía el incumplimiento de las obligaciones comerciales convenidas. El embajador no hacía sino transmitirle las repetidas quejas de los cónsules españoles en suelo francés acerca de que la realización de visitas, embargos y confiscaciones en los puertos franceses, bajo pretexto de contrabando, se había convertido en una norma continuada. La agresión más grave se localizaba en Caen, pero el embajador relataba situaciones similares en Burdeos, el Rosellón y Marsella³². La respuesta de Choiseul agravó aún más la delicada situación. El Secretario de Estado se escudó en que la responsabilidad de esas prácticas recaía en los *administradores generales* y sus subalternos, sobre los que su Departamento carecía de competencias. En su incumplimiento de la Convención de 2 de enero de 1768, esos directores de rentas aducían que ésta no derogaba la legislación previa —en concreto, las letras patentes de 10 de octubre de 1752— y que ésta justificaba esas actuaciones agresivas. Esto es, en palabras de Fuentes, los franceses seguían más “adictos a las leyes generales y positivas de la nación que a las de los tratados que suspenden su uso”³³. Su recomendación a Grimaldi era que España comenzara a comportarse con reciprocidad, es decir, a “seguir los mismos principios, máximas y conducta que siguen aquí los arrendadores generales y sus subalternos. Al principio habría tal vez muchos clamores, pero esto mismo haría abrir aquí los ojos a los dichos arrendadoras generales y mudarían tal vez su conducta”³⁴.

Unos meses después, en julio de 1771, Fuentes volvía a escribir a Grimaldi en términos aún más expeditivos acerca de las “vejaciones que sufren en estos puertos los navegantes” españoles, para que trasladara sus quejas al Cónsul General de Francia, pues, ante la respuesta recibida por las autoridades francesas, entendía que no “era decente el volver a pasar más oficios”³⁵. Y volvía a reiterarse en la justicia de “tener nosotros la misma conducta que tienen en los puertos de Francia en cuanto al modo de ejecutar los tratados y las convenciones”³⁶; más aún

³² AGS, Estado, leg. 4578, Fuentes a Grimaldi, París, 17 de septiembre de 1770.

³³ AGS, Estado, leg. 4578, Fuentes a Grimaldi, París, 17 de septiembre de 1770.

³⁴ AGS, Estado, leg. 4578, Fuentes a Grimaldi, París, 17 de septiembre de 1770. En cualquier caso, la escasa utilidad de la Convención de 1768 se refleja rotundamente en el hecho de que en 1773 Múzquiz barajaba ya una propuesta para variar algunos artículos de la misma (AGS, Estado, leg. 4589, Magallón a Girmaldi, París, 28 de junio de 1773).

³⁵ AGS, Estado, leg. 4579, Fuentes a Grimaldi, París, 8 de julio de 1771.

³⁶ AGS, Estado, leg. 4579, Fuentes a Grimaldi, París, 8 de julio de 1771.

cuando el contrabando francés persistía de manera creciente y era de un volumen notablemente superior al realizado en la dirección inversa. El punto culminante de este proceso de desafección se alcanzó en abril de 1772 cuando Fuentes informaba a Madrid de que habían sido confiscadas en suelo francés diversas piezas de paño procedentes de Aoiz (Navarra), bajo el pretexto de que en Francia regía la prohibición de la importación de cualquier género de seda y lana; y que algo similar había ocurrido también con la importación de vinos desde España³⁷. Su recomendación, reiterada una y otra vez a la Corte de Madrid desde 1770, no podía ser más concluyente: “no hay esperanza alguna de que experimentemos ninguna correspondencia en semejantes asuntos. El único modo de hacer entender razón a estos señores es en mi opinión el de tomar aquellas providencias recíprocas que se crean más convenientes para mirar en todos los ramos de comercio el bien y utilidad de los vasallos del Rey, a quienes las prohibiciones de Francia causan perjuicios muy considerables al paso que la libre entrada en España de los géneros de Francia embaraza el aumento de nuestras manufacturas y extingue el espíritu de iniciativa y comercio”³⁸.

Este duro informe de Fuentes reflejaba a la perfección el cambio de la dinámica de las relaciones diplomáticas franco-españolas a raíz de la caída de Choiseul como Secretario de Estado de Luis XV, en diciembre de 1770. La información diplomática viene a ratificar que, en buena medida, el Pacto de Familia se había mantenido vivo debido a la confianza personal entre Choiseul y Fuentes: a pesar de que no siempre resultara beneficioso para su país, el diplomático español lo consideraba un auténtico sistema de unión que hacía “una solo nación de los dos” y que desde los intereses españoles resultaba insoslayable preservar³⁹. Pero con la sustitución de Choiseul por Aiguillon el Pacto comenzó a mostrar sus auténticas debilidades. Ello fue debido entre otras cuestiones a la escasa consideración del embajador español hacia Aiguillon: lo juzgaba como “bajo y apocado”, de “genio natural vengativo” y de reputación “muy dudosa”⁴⁰. Esta pérdida de confianza se tradujo en críticas muy severas de Fuentes hacia el estado de la economía francesa, en particular, desde su criterio, debido a la falta de crédito

³⁷ AGS, Estado, leg. 4579, Fuentes a Grimaldi, París, 14 de abril de 1772.

³⁸ AGS, Estado, leg. 4579, Fuentes a Grimaldi, París, 14 de abril de 1772.

³⁹ AGS, Estado, leg. 4179, Fuentes a Grimaldi, París, 24 de junio de 1771.

⁴⁰ AGS, Estado, leg. 4179, Fuentes a Grimaldi, París, 24 de junio de 1771, y leg. 4583, Fuentes a Grimaldi, París, 17 de enero de 1772.

público. Y esto le condujo a plantear abiertamente la “dolorosa necesidad” de revisar los vínculos existentes entre las dos naciones, ante la posibilidad de que España pudiera verse envuelta en la futura “ruina” previsible de Francia⁴¹.

Según Fuentes, casi una decena de años después de la firma del Pacto, los problemas persistían casi en los mismos términos que entonces, en particular, respecto a la tensión sorda entre Francia y Gran Bretaña debido al interés de este país de “apoderarse de las islas de Francia y de Borbón para hacerse dueña absoluta de las riquezas que produce el comercio de las Indias Orientales”. De ahí que, la desaparición de Choiseul invitara al balance. Fuentes no tenía ninguna duda de que el principal beneficiario del Pacto había sido Francia. En el plano militar, se anotaba el escaso apoyo que había recibido España en el conflicto con Gran Bretaña en el enclave de las Malvinas; en el comercial, nada se había obtenido del Pacto de cara a revertir una tendencia secularmente negativa para España: la “falta de comercio activo de nuestra parte hace que no haya rivalidad”. Si, en este contexto, según Fuentes, a Francia le era suficiente con el Pacto de Familia y el apoyo de Viena, España, en cambio, debía de tratar de aproximarse a Gran Bretaña, pero sin romper el Pacto, “por lo que atemoriza y contiene a la Inglaterra” y para que ésta “difiera los proyectos que pueda tener”⁴². En efecto, como había expuesto en 1767 Galiani a Fuentes después de una breve estancia en Londres, el freno principal a la ambición británica seguía siendo la “íntima unión de nuestras coronas” sustentada en el Pacto de familia⁴³. Pero el deterioro de las relaciones diplomáticas en París tras la llegada de Aiguillon había llegado a tal nivel que Fuentes se había negado, “por espíritu de partido” con Choiseul, a visitar a Du Barry, la nueva preferida del Rey y a quien el embajador creía la auténtica responsable de giro negativo de la política francesa tras la salida de Choiseul⁴⁴. Hasta la llegada de Aranda en 1773 todo ello no volvió a tomar un nuevo cauce, al menos en los términos protocolarios, pues, como es conocido, el nuevo embajador no fue especialmente partidario del Pacto de Familia.

⁴¹ AGS, Estado, leg. 4179, Fuentes a Grimaldi, París, 24 de junio de 1771. “Está el público tan escarmentado y con tanta desconfianza que si se le ofreciese al Rey hacer un empréstito, sería casi imposible que encontrara quien le prestase nada”; AGS, Estado, leg. 4584, Fuentes a Grimaldi, París, 9 de marzo de 1772.

⁴² AGS, Estado, leg. 4583, Fuentes a Grimaldi, París, 17 de enero de 1772.

⁴³ AGS, Estado, leg. 4566, Fuentes a Grimaldi, París, 25 de diciembre de 1767.

⁴⁴ AGS, Estado, leg. 4590, Aranda a Grimaldi, París, 23 de noviembre de 1773.

Para esa fecha, Galiani llevaba ya tres años residiendo en Nápoles. Su súbita salida de París en noviembre de 1769 pone de relieve que su actividad diplomática había estado acotada esencialmente por las exigencias del Pacto de Familia. Aunque durante los meses de ausencia del embajador Cantillana, a lo largo de 1760 y 1761, Galiani hubiera trabado una buena relación con Choiseul, éste no dudó en exigir ante España el cese inmediato del abate napolitano cuando se confirmó una inoportuna infidelidad diplomática, en el escenario de los salones parisinos, relacionada directamente con ese Pacto. Grimaldi no tardó en llevar a la práctica los deseos de Choiseul⁴⁵ y, en mayo de 1769, Tanucci exigió a Galiani su salida de París y su incorporación a su puesto en el *Supremo Magistrato di Commercio* napolitano⁴⁶.

⁴⁵ El suceso comprometió a Galiani y al Barón de Gleichen, miembro del cuerpo diplomático danés. En pleno escenario prebélico con Inglaterra, el napolitano informó a éste que la Corte de Nápoles no accedería al Pacto de Familia, que en este hecho radicaba la escasa entente entre los dos ministerios de Francia y Nápoles, y que el *Regno* buscaría la primera oportunidad para distanciarse de la Corte de Versalles. No obstante, la posición de Galiani no era muy diferente que la de Tanucci. Las cartas más ilustrativas sobre este episodio fueron las cruzadas a lo largo de junio de 1769 entre Galiani y su amigo el doctor Angelo Gatti. Fueron publicadas por Nicolini en "Amici e corrispondenti", pp. 67-71.

⁴⁶ *Lettere a Ferdinando Galiani*, vol. II, pp. 343-7.

3. ENTRE LE NAPLES DE GALIANI, LA PARIS DE TURGOT ET LE MADRID DE CAMPOMANES : LA TRADUCTION ESPAGNOLE DES *DIALOGUES SUR LE COMMERCE DES BLÉS*

1. Introduction.

La genèse des *Dialogues sur le commerce des blés* ([Londres] Paris, 1770) de Ferdinando Galiani a fait l'objet de nombreuses études qui ont pu établir l'importance particulière de deux événements historiques sur l'élaboration de ce texte. En tout premier lieu, cet ouvrage se faisait l'écho des épisodes de famines qui avaient frappé le royaume des Deux-Siciles en 1763-1764, révélant ainsi au grand jour l'incurie bureaucratique et le manque d'audace réformatrice du gouvernement de Bernardo Tanucci, incapable de mettre en place à Naples un système efficace de stockage et de commerce des grains. Par ailleurs, dans un contexte plus immédiat, l'ouvrage était marqué par la politique de libéralisation du commerce des grains instaurée en France par les décrets promulgués en 1763 par Bertin et en 1764 par L'Averdy, et dont l'échec était manifeste près de cinq années plus tard. Cette politique libéralisatrice, qui avait institué le libre commerce des céréales sur le marché intérieur et, sous certaines conditions, la possibilité d'exporter librement, s'était trouvée confrontée, à partir de la fin de l'année 1767, à plusieurs crises de subsistance particulièrement graves et à une hausse constante du prix du blé. Comme conséquence directe, au cours du printemps 1768, de nombreuses révoltes sociales avaient éclaté sur toute la façade atlantique du royaume de France. La nomination de l'abbé Terray à la charge de Contrôleur Général en décembre 1769 fut le symbole le plus criant d'un profond changement de cycle dans le domaine de la politique sur le commerce céréalier en France. Son arrivée au pouvoir mit un terme à une décennie de ministres et de réformes d'esprit libéral qui avaient suscité un grand enthousiasme, en particulier dans les milieux physiocrates. L'arrêt que promulgua Terray en décembre 1770 signifia donc un retour à l'ancien système de police du blé, avec l'établissement de nouveaux contrôles sur le commerce des grains entre les différentes provinces françaises et l'interdiction de toute exportation¹.

La situation critique de la fin des années 1760 explique l'évolution idéologique

¹ Voir, en particulier, KAPLAN, Steven L., *Bread, Politics and the Political Economy in the Reign of Louis XV*, The Hague, M. Nijhoff, 1976, 2 t., t. 2, p. 532-554.

de l'abbé Galiani. Installé à Paris depuis 1759 en tant que responsable des affaires de l'ambassade de Naples, il a occupé un poste d'observation tout à fait privilégié. Dans un contexte général beaucoup plus complexe¹, cette crise bien particulière explique cependant pourquoi il réalise un véritable virage idéologique. En 1764, il exprime son adhésion aux positions proches à la physiocratie, en faveur de la pleine liberté du commerce intérieur des grains et très large de l'extérieur ; en revanche, à la fin de 1768, il exprime des idées diamétralement opposées aux *économistes*, qui contiennent en ferments les thèses qu'il développera par la suite dans ses *Dialogues*. Grâce à diverses lettres échangées par Diderot et Sophie Volland en novembre 1768, nous savons que Galiani a entamé sa croisade anti-physiocrate dans les salons parisiens dès la fin de l'année 1768, date qui correspond au début de l'écriture de ses *Dialogues*, dont la période de rédaction est datée entre novembre 1768 et juin 1769. L'abbé Galiani quitta Paris avec précipitation à l'automne 1769, en raison de la diffusion d'informations secrètes concernant le troisième « Pacte de famille » (1763). Ce départ soudain l'empêcha donc de terminer son oeuvre et de prendre en charge son édition. Comme on le sait, la publication du texte fut réalisée à partir d'une copie manuscrite exécutée par le secrétaire de Madame d'Épinay, l'abbé Mayeul, entre le 25 juin et le 3 juillet 1769. Le texte fut soumis à la relecture de Madame d'Épinay elle-même, ainsi que particulièrement à la révision attentive de Diderot².

A la fin de l'année 1769, peu après la publication de son ouvrage à Paris, depuis Naples Galiani sollicite Madame d'Épinay pour organiser la diffusion des trente exemplaires d'auteur dont il disposait³. Sa requête ne désignait toutefois que deux destinataires précis à qui adresser l'ouvrage : l'ambassadeur de Naples à Paris et Fernando Magallón. Ce dernier était un ami intime de Galiani, qui occupait le poste de responsable des affaires à l'ambassade d'Espagne. Il reçut une autre copie de l'ouvrage de Galiani, « aussitôt qu'il fut imprimé », des mains d'Antoine de Sartine, Lieutenant Général de la Police de Paris. A la demande de Galiani, Magallón se chargea de faire parvenir immédiatement les *Dialogues* en Espagne. Le 21 janvier

¹ Voir DIAZ, Furio, « Introduzione » à *Opere di Ferdinando Galiani*, éd. F. Diaz et L. Guerci, Milano et Napoli, R. Ricciardi, 1958, p. LV et LXIV-LXV ; pour une vue encore plus large, DIAZ, Furio, *Filosofia e política nel Settecento francese*, Torino, Einaudi, 1962, pp. 565-641.

² KOCH, Ph., « Introduction » à GALIANI, Ferdinando, *Dialogues entre M. Marquis de Roquemare et M. Le Chevalier Zanobi*, Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 1968.

³ Dans ce travail nous avons utilisé l'édition de DULAC, Georges et MAGETTI, Daniel de la correspondance de Galiani : GALIANI, Ferdinando et D'ÉPINAY, Louise, *Correspondence (1769-1782)*, Paris, Desjonquères, 1992-1997, 5 t. Lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 18 Novembre 1769, t. I, p. 95-96.

1770 il écrivait à Galiani pour lui annoncer qu'il avait remis son ouvrage au comte d'Aranda, Président du Conseil de Castille, « en disant l'auteur et en lui parlant de ses Lumières, de sa science et ses talents ». Il le transmet également à Campomanes, qui était alors fiscal du Conseil de Castille, et au marquis de Llano, qui était un diplomate influent. Magallón devait également le remettre à Manuel de Roda, ministre de la Justice¹. Comme on le voit, le choix des destinataires était particulièrement judicieux : il s'agissait des quatre figures les plus puissantes du gouvernement de Charles III. Les *Dialogues* ont ainsi réalisé en janvier 1770 leur premier voyage entre Paris et Madrid, et leur introduction auprès de personnages si influents laissait grandement présager de leur succès en Espagne.

Il faudrait cependant attendre cinq ans pour voir publier à Madrid une traduction espagnole de cet ouvrage. Le contenu de cette traduction et son contexte de publication n'ont pas été étudiés dans le détail jusqu'alors. Il est néanmoins évident que la réalisation de cette traduction, qui allait connaître un immense succès dans l'ensemble du monde hispanique, s'intègre à un vaste mouvement de circulation d'idées, de livres et des personnes qui existait entre l'Espagne et Naples tout au long du XVIII^e siècle². En effet, dans le cas de Galiani tout particulièrement, il faut prendre en considération les relations étroites que celui-ci a pu nouer lors de son séjour à Paris avec les diplomates de l'ambassade d'Espagne. Toutefois, ce délai relativement important de cinq ans entre la réception du texte en Espagne et la traduction des *Dialogues* s'explique par des facteurs idéologiques et réformateurs qui ont émergé dans l'Espagne des années soixante-dix autour le débat concernant le commerce des grains. Notre analyse tend donc à resituer la traduction espagnole des *Dialogues* dans le contexte spécifique de l'expérience de libéralisation du commerce céréalier instaurée en France par Turgot en septembre 1774.

2. Avant la traduction espagnole des *Dialogues*.

Au cours des deux décennies précédant la publication de cette traduction, nombre d'auteurs auteurs avaient critiqué un système espagnol de commerce des grains

¹ GALIANI, Ferdinando, *Dialogues sur le commerce des bleds*, éd. Fausto Nicolini, Milano et Napoli, R. Ricciardi, 1959, p. 393.

² Voir, en particulier, VENTURI, Franco, « Economisti e riformatori spagnoli e italiani del Settecento », *Rivista storica italiana*, vol. LXXIV, n° 3, 1962, p. 532-561 ; ASTIGARRAGA, Jesús, « Diálogo económico en la otra Europa. Las traducciones española de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri) », *Cyber Review of Modern Historiography*, CROMOHS-Firenze University Press, vol. 9, 2004, p. 1-21.

qu'ils jugeaient obsolète. Ces critiques se fondaient sur trois principaux courants de pensée. La première, et manifestement la plus importante, s'inspirait du modèle britannique de commerce du blé, tel qu'il avait été établi en 1689 (restriction des importations, subvention à l'exportation et commerce maritime sous pavillon national). Les principales sources théoriques étaient la plupart des membres les plus éminents du cercle de Gournay —ou des auteurs importantes qui en étaient proches—, tels que Herbert principalement, mais aussi Plumard de Dangeul, Thomas, Forbonnais, Accarias de Serionne ou Goudar. La deuxième source d'influence venait principalement d'une traduction anonyme, intégrale et très fidèle au texte original, d'un bref opuscule d'Abeille, publiée en 1764. Cette traduction apportait une autre contribution efficace à la grande offensive en faveur de la pleine liberté du commerce des grains, qui avait été menée en France entre 1759 et 1764, en marge cependant du courant physiocrate, par quelques disciples de Gournay, parmi lesquels se trouvaient Morellet ou Abeille lui-même¹. La principale visée de ce bref traité consistait à dénoncer que le libre commerce pouvait être représenté par les lois britanniques. En Grande Bretagne, le commerce des grains jouissait d'une « liberté moyenne » ou « mixte », alors que la France avait pour sa part besoin d'un commerce totalement libre : « cette liberté consiste à pouvoir importer ou exporter le blé à n'importe quel moment et en n'importe quelles circonstances »². Enfin, la troisième source d'influence provenait des physiocrates, qui avaient défendu avec ardeur les principes du libre commerce, y compris aussi celui de la liberté d'exporter. Les deux traductions physiocrates publiées avant la traduction espagnole des *Dialogues* étaient dues à Serafin Trigueros et Pedro Dabout qui ont utilisé des textes de Mirabeau (1764) et de Patullo (1774). Dans ces traductions le libre commerce des grains est présenté comme une conséquence du principe général de la liberté de commercer, mais ils expliquaient avec détail la relation entre la théorie du « bon prix » et les politiques de dérégulation du marché intérieur et de libre exportation³.

¹ *El trigo considerado como género comerciable. Traducido del francés*, Madrid, Imprenta de la Gaceta, 1764. Il était une traduction de la brochure de ABEILLE, Louis-Paul, *Réflexions sur la police des grains en France et en Angleterre*, Paris, 1764.

² *Ibidem*, p. 37-38.

³ MIRABEAU, Victor Riquetti, Marquis de, *Dissertación sobre el cultivo de trigos, que la Academia de Agricultura de la ciudad de Berna, en Suiza, premió en el año de 1760*, Madrid, Ibarra, 1764 (traduction de la *Mémoire sur l'agriculture, envoyé à la très-louable Société d'Agriculture de Berne*, Zurich, 1760-1761) ; PATULLO, Henri, *Discurso sobre el mejoramiento de los terrenos*, Madrid, Sancha, 1774 (traduction de l'*Essai sur l'amélioration des terres*, Paris, Marmontel, 1758). Le marchand Aragorri a été le premier à accepter en Espagne la thèse sur le libre commerce des grains : ASTIGARRAGA, Jesús, « Un nuevo sistema económico para la Monarquía española. Las Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España (1761) de Simón de Aragorri », *Revista de Historia Industrial*, n° 52, 2013, p. 13-44.

Cette considérable diffusion des courants réformistes français, tout comme la politique française en la matière, a profondément influencé les deux réformes entreprises en Espagne à cette époque dans le domaine du commerce des grains¹. La première date de 1756-1757 et elle a été précédée en France par celle de Gournay-Herbert, en 1754 : il s'agissait de dynamiser le libre commerce intérieur des céréales en éliminant les permis pesant sur les échanges intérieurs, mais en conservant la taxation des prix ; il rendit également possible l'exportation des grains en dessous d'un prix maximum. Le second train de mesures se révéla cependant encore plus déterminant, tant il est vrai que la *Pragmática* sur le libre commerce des grains du 11 juillet 1765 représenta la réforme la plus importante de tout le XVIII^e siècle espagnol. Son inspirateur principal fut Campomanes, fiscal du Conseil de Castille. Elle avait été précédée en France par l'expérience des décrets de Bertin-L'Averdy, de 1763 et 1764, et elle se situait dans la droite ligne des préconisations de l'*Essai* de Herbert. En matière de commerce intérieur, la réforme instaurait la liberté des prix et attribuait une importance privilégiée à la figure du commerçant privé, mais, comme les lois françaises l'avaient prévu pour Paris, la capitale, Madrid, était exclue du système de libre commerce. En ce qui concerne le commerce extérieur, toujours sans permettre la libre exportation des grains, les prix maximaux concernant l'exportation avaient été relevés. De la sorte, même si cette réforme avait de nombreuses similitudes avec les mesures prises en France par Bertin-L'Averdy, la *Pragmática* prévoyait un cadre de libertés beaucoup plus restreint, car elle préservait l'existence d'un réseau important de greniers publics et elle veillait à encadrer plus étroitement l'activité du commerçant privé. Toutes ces restrictions n'ont cependant pas contribué à atténuer les réactions sociales d'hostilité à l'encontre de la réforme. La *Pragmática* a certes survécu à l'épisode violent appelé « l'émeute d'Esquilache », un ensemble de révoltes qui éclatèrent au printemps 1766 dans de nombreuses villes espagnoles et qui prirent à Madrid un tour éminemment politique contre les réformes menées par le tout-puissant ministre des finances de Charles III². C'est ainsi, qu'avec de menues restrictions, —en 1767 Madrid fut intégrée au système du libre commerce—, cette *Pragmática* établit le contexte de l'arrivée en Espagne des *Dialogues* de Galiani.

¹ Voir, en particulier, RODRÍGUEZ, Laura, *Reforma e ilustración en la España del XVIII: Pedro Rodríguez de Campomanes*, Madrid, 1975, p. 179-221 ; CASTRO, Concepción de, *El pan de Madrid*, Madrid, Alianza, 1987, p. 118 et ss. ; LLOMBART, Vicent, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992, p. 155 et ss.

² Voir, entre autres, RODRÍGUEZ, L., *Reforma*, op. cit., p. 223-261, et "The Spanish riots of 1766", *Past and Present*, vol. 59, mai 1973, p. 117-146 ; CASTRO, Concepción de, *Campomanes: Estado y reformismo ilustrado*, Madrid, Alianza, 1996, p. 139-150 ; ANDRÉS-GALLEGO, José, *El motín de Esquilache, América y Europa*, Madrid, Mapfre, 2003.

Dix ans après avoir été promulguée, la *Pragmática* de 1765 a dû faire face aux conséquences directes des diverses politiques européennes de libéralisation du commerce des grains. Il s'agissait des effets concrets de l'expérience menée en Toscane par Pietro Leopoldo, mais surtout de ceux de l'Arrêt de Turgot du 13 septembre 1774. A partir de cette date, la confrontation entre Turgot et Galiani dans le contexte espagnol se transforma en une extension du domaine de la lutte entre ces deux figures majeures des Lumières. Alors qu'ils avaient été si proches dans les salons parisiens durant les années 1760¹, leur éloignement fut consommée à partir de la diffusion à Paris en décembre 1769 des premiers exemplaires des *Dialogues*.

Turgot a apprécié les qualités de style et littéraires de cette œuvre, qu'il jugeait « amusante et pleine d'esprit »; mais, quelques mois après sa publication, la condamna sans appel : il s'agissait pour lui d'« un terrible livre », qui était même « dangereux » et qui frisait la provocation. Il déconseillait d'ailleurs aux physiocrates de prendre la peine de le réfuter, comme lui-même avait pu le faire, pour ne pas contribuer à faire encore enfler l'énorme polémique que sa publication avait déclenchée. De son côté, en 1774 Galiani, depuis sa résidence napolitaine, avait considéré que la nomination de Turgot à la charge de Contrôleur général était une excellente nouvelle. Turgot était pour lui « un homme particulièrement honnête, tout fait de probité, de raison et de philosophie » : ne l'ayant jamais identifié comme un physiocrate, il ne l'avait jamais traité avec dédain avec lequel il traitait les *économistes* —ce fut également le cas de Morellet—, cette secte « absurde et ridicule » qui n'aurait jamais dû compter en ses rangs un seul ministre. L'abbé napolitaine, qui était tenu au fait par Mme D'Épinay de la « haine » que Turgot manifestait à l'égard de ses *Dialogues*², trouva que l'ascension politique du même Turgot lui fournissait une excellente occasion pour se livrer à un règlement de comptes en bonne et due forme. Sans jamais se départir de l'estime personnelle envers son « vieil ami », il fit la prédiction que Turgot ne resterait que très peu de temps à son poste et qu'il ne parviendrait donc pas à « exécuter ses systèmes ». Galiani n'eut de cesse de répéter que ces « systèmes » de Turgot n'étaient pas physiocratiques : ses différences avec la « secte » étaient plus évidentes dans le domaine de la politique économique que dans la sphère de la théorie. De la sorte, son opposition aux réformes de Turgot ne fut donc jamais véritablement frontale. Ses principales critiques concernaient les décrets de libre commerce des grains et la suppression

¹ Les détails se trouvent dans LILTI, Antoine, *Le monde des salons*, Paris, Fayard, 2005.

² Lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 24 jule 1774, t. IV, p. 186.

des jurandes (en février 1776). Son désaccord avec le premier ne fit que croître au cours des mois qui précédèrent la publication de la traduction espagnole des *Dialogues*.

3. L'Espagne et l'Arrêt de Turgot du 13 septembre 1774.

Les hommes des Lumières espagnols ont été informés très en détail de l'action réformatrice entreprise par Turgot dans le même mois de sa nomination en tant que Contrôleur Général des Finances, en août 1774. Les sources d'information principaux ont été les deux journaux officiels de l'époque, la *Gazette de Madrid* — *Gaceta de Madrid*— et le *Mercure historique et politique* —*Mercurio Histórico y Político*—. Tout ce qui avait trait à l'Arrêt de Turgot sur le libre commerce du blé et des farines fut d'ailleurs soigneusement relayé. Comme on le sait, cet Arrêt avait pour but de mettre un terme aux mesures déjà mentionnées décrétées en décembre 1770 par Terray, le prédécesseur de Turgot, et qui avaient imposé un tournant conservateur et paternaliste en rupture avec les positions libéralisatrices défendues par les décrets de Bertin-L'Averdy. En voulant s'opposer résolument à Terray, l'Arrêt de Turgot — tout particulièrement dans son célèbre *Préambule*— exposait l'un des réquisitoires les plus sévères de tout le XVIII^e siècle français à l'encontre de la *police* et de tout type d'interventionnisme public dans le domaine du commerce des grains. Néanmoins, dans la pratique, cette loi prévoyait un cadre de régulation fort semblable à celui des décrets de Bertin-L'Averdy, mais, à la différence de ceux-ci, elle empêchait l'exportation et prohibait de manière drastique toute forme d'intervention publique sur le marché des grains¹.

La campagne d'opinion particulièrement active menée en France pour préparer favorablement le terrain à la promulgation de l'Arrêt a immédiatement arrivée à l'Espagne. De l'autre côté des Pyrénées, ces mesures furent considérées comme une politique énergique en faveur de la liberté du commerce intérieur des grains et des farines. On trouve la preuve de ce bon accueil dans la *Gazette de Madrid*, qui publia en octobre 1774 un résumé de l'Arrêt², et surtout dans le *Mercure* qui, un mois auparavant, avait édité une traduction-résumé de ce texte de loi³. Cette

¹ KAPLAN, S. L., *Bread*, op. cit., t. 2, p. 661 et ss.

² *Gaceta*, 11 octobre 1774, p. 369.

³ *Mercurio*, septembre 1774, p. 23-28. L'Arrêt a été traduit presque simultanément en Italie, avec une dédicace au Vice-roi de Sicile ; pour Galiani cette version était « une pièce tout à fait curieuse » (lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 19 septembre 1774, t. IV, p. 203). Le *Mercurio* avait publié dix ans avant l'Édit de L'Averdy, son préambule (attribué à Dupont de Nemours) et ses neuf articles. En revanche, l'expérience

traduction constituait la première version espagnole d'un écrit économique de Turgot et elle reproduisait le *Préambule* et l'article unique de l'Arrêt, ce qui donnait ainsi à comprendre au lecteur la radicalité du tournant entrepris par la politique du commerce des grains en France, qui mettait à bas d'un seul coup tout le système précédemment élaboré par Terray. D'autres informations virent par la suite abonder en ce sens. En janvier 1775, la *Gazette* informait des nouvelles mesures instaurées par Turgot pour garantir que le libre commerce des grains respectait « la forme et la teneur » de l'Arrêt¹.

Compte tenu de l'influence exercée par la législation française sur les réformes entreprises en Espagne en 1756-57 et 1765, il faut bien mesurer que la diffusion de telles informations n'était pas dénuée d'intentionnalité politique. Il existait en effet en Espagne une importante marge de manoeuvre pour les partisans d'approfondir la *Pragmática* de 1765 dans la droite ligne de supprimer toutes les formes d'intervention publique sur le marché des grains comme avait été édicté par l'Arrêt de Turgot. Par ailleurs, comme nous l'avons dit, dans la même année 1774, Pedro Dabout avait mit en circulation en Espagne son excellente traduction de l'*Essai* du physiocrate Patullo. Dans la seule et unique note qu'il avait ajoutée à sa version, le traducteur espagnol soulignait de manière acerbe que le modèle de développement agraire présenté dans cet *Essai* était différent que le « libre commerce » instauré par la *Pragmática* de Campomanes, inspirée selon lui par des auteurs comme Herbert, Forbonnais ou Hume². De la sorte, la physiocratie était présentée comme un mode de développement agraire alternatif qui exigeait, entre autres choses, ainsi que le droit de libre exportation, la totale dérégulation du marché intérieur.

Quoi qu'il en soit, la question de savoir si la situation politique permettait une avancée dans le sens de la libéralisation était encore un tout autre problème. En Espagne, il n'y avait pas eu une tournure conservatrice semblable à celle menée Terray en France, mais en 1769 on avait suspendu le droit à la libre exportation des grains et la *Pragmática* de 1765 était en butte à des oppositions croissantes qui faisaient entrave à sa mise en application effective. Ces réticences ne provenaient pas uniquement des intendants, des directeurs des greniers et des autorités municipales, donc les véritables garants de l'application de la loi, mais aussi se trouvaient dans le même Conseil de Castille, où les partisans du *libre comercio*

parallèle de libéralisation graduelle entrepris par Pietro Leopoldo en Toscane (1766-1775) a reçu peu d'attention dans ces publications espagnoles.

¹ *Gaceta*, 17 janvier 1775, p. 21.

² PATULLO, H., *Discurso*, op. cit., p. 157.

étaient désormais mis en minorité. Les nouvelles relatives à l'Arrêt de Turgot —et la traduction de Dabout— étaient donc diffusées à un moment politique particulièrement sensible. Peut-être inspiré par les décisions de Terray en France, en 1770 le fiscal conservateur Espinosa de los Monteros avait remis au Conseil un volumineux rapport dans lequel il critiquait ouvertement les résultats de la *Pragmática*, pour laquelle il exigeait une abrogation immédiate. Trois ans après, les opposants à cette loi parvinrent à faire diligenter une vaste enquête auprès des maires, des évêques, et des directeurs de greniers pour remettre en cause son application. Le résultat de cette enquête fut que le 14 juin 1775, le Conseil décida de demander au Roi la suppression du libre commerce des grains —en particulier, pour tout ce qui concernait les licences accordées à des négociants privés— et de solliciter le rétablissement des anciennes lois castillanes¹. Bien qu'il n'existe pas de preuves directes de cela, il est très probable que ce nouveau tour de force conservateur piloté par le Conseil de Castille représente en Espagne la première conséquence directe de la « guerre des farines » qui avait éclaté en France.

5. L'Espagne et la *guerre des farines*.

Les premières nouvelles concernant les émeutes qui avaient éclaté en France arrivèrent à Madrid au début du mois de mai 1775, soit seulement un mois après leur déclenchement. Elles furent transmises par la voie diplomatique, par le biais du comte d'Aranda, ambassadeur d'Espagne à Paris depuis 1773, et de son secrétaire personnel et chargé d'affaires, Ignacio de Heredia². Leur récit de ce qui était en train de se produire à Paris, mais aussi au Nord et à l'Ouest du pays, était empreint de leur profonde méfiance envers Turgot, qu'ils connaissaient tous deux très bien, grâce à leurs positions de diplomates³. Heredia dépeignait Turgot sous les traits d'un politique intransigeant —on le « dit entiché à un tel point du système de la liberté du commerce des grains qu'il serait capable de tout sacrifier pour préserver son idée ». Pour Aranda, il s'agissait d'un homme radical et sévère à l'excès, et il écrivit à son sujet « qu'il était enclin aux plus grandes rigueurs » ce qui aurait à causer « de grandes déconvenues au Roi ». Sans jamais mentionner les mauvaises récoltes de

¹ RODRÍGUEZ, L., *Campomanes, op. cit.*, p. 206-213.

² Sur ce sujet voir les travaux de GÓMEZ DEL CAMPILLO, Miguel, *El Conde de Aranda en su Embajada de Francia (años 1773-1787)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1945, p. 72-76, et de PRADELLS, Jesús, « Política, libros y polémicas culturales en la correspondencia extraoficial de Ignacio de Heredia con Manuel de Roda (1773-1781) », *Revista de Historia Moderna*, vol. 18, 1999-2000, p. 152-222.

³ Sur le rapport entre Turgot et Aranda dans le contexte des affaires internationales, voir les *Oeuvres de Turgot*, éd. G. Schelle, Paris, Alcan, 1913-1923, 5 t., t. IV, p. 666 et ss. ; t. V, p. 435 et 601.

1773 et de 1774, les deux hommes s'accordaient à rejeter l'intégralité de la faute sur l'Arrêt de Turgot, qu'ils désignaient comme la source unique de tous les maux : selon Heredia, « dès que, à la demande du Contrôleur [Turgot], les règles du règne précédent concernant le commerce des grains ont été abolies, les troubles dans les provinces ont commencé et les prix n'ont cessé d'augmenter ».

Dans la même veine, par l'intermédiaire de Mme D'Épinay, Galiani diffusait depuis Naples l'idée selon laquelle ces révoltes ne faisaient que confirmer tous les funestes présages qu'il avait lui-même formulés à l'encontre du ministériat de Turgot. La confrontation entre le « philosophe » et « l'homme d'État » se révélait particulièrement évidente au miroir de la « guerre des farines ». L'importance cruciale que l'Arrêt de Turgot avait accordée au commerce intérieur et la position secondaire des exportations le rapprochait apparemment des idées défendues dans les *Dialogues* : Galiani avait écrit en octobre 1774 à son ami Magallón qu'il n'avait trouvé dans cet Arrêt « cosa nessuna che fosse in contrasto colla minima frase di miei combatuti *Dialoghi* »¹. Malgré tout, quelques mois plus tard, les émeutes avaient fait ressortir toute la distance qui existait entre les deux textes. Turgot s'en était intégralement remis à son esprit de géométrie, mais il avait omis de prendre en considération une chose élémentaire : la « méchanceté des hommes » ainsi que l'obligation pour tout homme d'État de « prévoir les cas imprévus » et de « se régler sur les circonstances »². En effet, les émeutes françaises remettaient gravement en cause les principes économiques qui présidaient à sa gestion du ministère des Finances. La conviction absolue qu'une stricte mise en pratique de la liberté du commerce serait suffisante pour en finir définitivement avec le risque des hausses de prix devait alors céder la place à une intervention directe et dirigiste sur le marché des grains : « donner des récompenses pour l'importation, épuiser le trésor royal et flétrir sa gloire »³. En définitive, c'est bien le réalisme des *Dialogues* qui était en train de s'imposer dans les faits, ce qui faisait de cet ouvrage un texte annonciateur de la conjecture particulièrement critique que la France était en train de traverser. Galiani pensait que tout ceci contribuerait à aider ses bons amis Turgot

¹ En d'autres fragments de ses lettres est venu à suggérer que Turgot « a tiré de mon livre tous les principes de son Édit » (lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 24 décembre 1774, t. IV, p. 372). En effet, les modèles économiques de Galiani et Turgot étaient relativement proches : FACCARELLO, Gilbert, « Galiani, Necker and Turgot », éd. G. Faccarello, *Studies in the History of French Political Economy*, London-New York, Routledge, 1998, p. 120-195.

² Lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 27 mai 1775, t. IV, p. 250-251 ; lettre de D'Épinay à Galiani, Paris, 19 juin 1775, t. V, p. 39.

³ Lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 3 juin 1775, t. V, p. 32.

et Morellet à mieux prendre en compte la nature humaine et l'état réel du monde qui, disait-il, « n'est pas celui des ouvrages des *économistes* »¹, chose qui aurait également dû les amener à assouplir leurs dogmes économiques. Toutefois, en juin 1775, la question la plus urgente était de savoir si la carrière politique de Turgot allait pouvoir bénéficier d'une deuxième chance : « Si votre jeune souverain ne sacrifie pas M. Turgot aux caprices, ou à la terreur panique de son peuple, il mérite d'acquérir par ce seul trait le surnom de Grand. Mais je crains qu'on ne surprenne sa jeunesse. Voyons »².

Alors que tout ceci se déroulait à Naples, à Madrid, le récit des émeutes fait depuis Paris par les diplomates espagnols allait dans un sens qui avait déclenché l'alarme à la Cour madrilène : ce qui était en train de se produire en France ressemblait fort à « cette situation que nous avons connue en [17]66 [le soulèvement d'Esquilache] car, à cause de la disette et de la cherté du blé, de nombreux peuples se sont révoltés »³. En faisant de tels commentaires, Heredia était en tout point fidèle à la version que Aranda s'efforçait de diffuser auprès des ministres de Charles III. Et nul n'était mieux placé que lui pour le faire : l'ambassadeur était en effet l'homme politique espagnol de plus haut rang qui était passé d'un soutien sans faille à la *Pragmática* de 1765 à une opposition à celle-ci. Les événements des émeutes françaises n'avaient fait que conforter son orientation nouvelle vers le conservatisme. A partir de ce moment-là, Aranda ne va cesser d'exprimer sans fard de virulentes critiques contre les principales réformes de Turgot —notamment contre l'imminente suppression des corvées et des jurandes—. En ce qui concerne l'épineux problème du commerce des grains, en pleine « guerre des farines », il considéra que tant que l'Arrêt ne serait pas abrogé, la France serait condamnée à rester au bord du gouffre : « le mal n'est pas seulement la disette de pain, mais il tient à un système qui a été établi et tant qu'il demeurera, il provoquera les mêmes effets néfastes »⁴.

Les informations concernant les émeutes françaises ont été diffusées par la *Gazette* et le *Mercure* quelques semaines à peine après leur déroulement⁵. Le sujet

¹ Lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 27 mai 1775, t. IV, p. 250.

² Lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 10 juin 1775, t. V, p. 36.

³ Le sagace Galiani s'avait aperçu très vite de cette similitude ; lettre de Galiani à D'Épinay, Naples, 27 mayo 1775, t. IV, p. 249-250.

⁴ Archivo Histórico Nacional (Madrid), section Estado, fichier n° 497, 10 jule 1775.

fit l'objet d'un traitement empreint de gravité : aux termes d'« émeutes », de « troubles », « tumultes » et « perturbations » s'ajoutaient ceux de « soulèvement », « violences » et « sédition ». Le récit qui était fait dans les deux journaux espagnols faisait porter l'accent sur quatre aspects principaux. En tout premier lieu, les deux périodiques offraient une description très succincte et sans doute quelque peu superficielle des événements qui venaient de se produire. Ceux-ci étaient ensuite interprétés comme une action organisée de manière coordonnée par des éléments séditieux, qui étaient « conçus d'un commun accord et qui avaient une même origine ». De plus, ces émeutes étaient provoquées par des individus qui avaient « des mots de passe pour se reconnaître entre eux et des cris de ralliement pour se regrouper ». Enfin, les deux journaux espagnols présentaient de la même manière ces événements comme des troubles injustifiés. Les émeutes étaient attribuées à des « hommes malhonnêtes », des « malandrins » et des « dévoyés », que l'on traitait aussi d'« escouade de bandits des grands chemins ». Tous ces individus étaient accusés de vouloir s'approprier du blé « pour en tirer un bénéfice personnel en essayant de le revendre à la meilleure occasion, afin de satisfaire ainsi leur vorace cupidité ». Le mobile avancé n'était donc en aucun cas la « nécessité », pas plus que la cherté du pain, car « on avait déjà souvent vu des prix plus hauts sans qu'il n'y ait eu aucune révolte. De plus, le manque de pain n'était pas en cause car toutes les villes en étaient abondamment achalandées ». Le véritable objectif des séditieux était d'« attiser une révolte subite ou de la préparer en provoquant une disette causée par la destruction ou la pénurie de blé ». Selon cette interprétation, on accusait les responsables d'avoir « mis le feu à des halles et à des fermes entières... pour exciter ainsi les populations à commettre les pires excès » et de s'adonner aux pires saccages en vue de « rendre moins cher et plus accessible le blé » et d'inciter le peuple à « commettre des vols », en même temps qu'ils se proclamaient « les défenseurs du peuple ». A cela s'ajoutait l'accusation d'avoir semé la « discorde parmi les différentes catégories de citoyens en prétendant que le gouvernement favorisait les riches et abandonnait les pauvres » ; et pour finir, on leur attribuait même le projet de préparer « la mise à sac » de Paris et de Versailles. Tout cela conduisait au résultat final : « la foule aveugle » s'était laissée « tromper et abuser », et en arrivait même à douter de la « bonté du Roi ».

Le dernier élément de ce récit tendait à mettre en scène les mesures adoptées par les autorités ainsi que les décisions officielles prises en matière de commerce des grains. On soulignait alors la « prudence du gouvernement » pour restaurer la «

⁵ Pour les références textuelles qui suivent, voir la *Gaceta*, 30 mai 1775, p. 212-214, et 6 juin 1775, p. 220-223, et le *Mercurio*, mai 1775, p. 35-47, et juin 1775, p. 142-143. Sur la *guerre des farines*, voir FAURE, Edgar, *La disgrâce de Turgot*, Paris, Gallimard, 1961.

tranquillité publique » et pour « rétablir le calme, avant que ne se produisent les funestes conséquences qui surgissent d'ordinaire lors de pareils troubles ». Au lieu d'accorder de la place au récit factuel des épisodes de révolte, la *Gazette* et le *Mercure* offraient un large espace à la reproduction des édits du Roi et en particulier à ceux qui punissaient les responsables des émeutes. Il s'agissait aussi des instructions royales envoyées aux évêques et aux prêtres, à qui la couronne demandait de prêter main forte, en vertu des « sublimes préceptes de la religion ». Le texte envoyé aux prêtres avait d'ailleurs été intégralement traduit dans le *Mercure* et il était devenu un document crucial, qui éclairait la « guerre des farines » et justifiait l'action des autorités. Les deux journaux espagnols trouvaient également à justifier les régulations commerciales rétablies après les émeutes (par les Décrets du 22 et du 24 avril 1775), qui visaient à empêcher la libre circulation des grains et des farines, à encourager l'importation de blé étranger et à supprimer les impôts sur les céréales à l'entrée des villes.

L'issue du conflit avait été réglée en allant dans le sens de l'Arrêt de Turgot, mais la « guerre des farines » avait tué dans l'oeuf toute velléité de mettre en chantier un tel programme libéral en Espagne. En effet, le clivage politique existant en 1775 en Espagne était clair : il ne s'agissait pas d'une simple querelle entre les partisans et les détracteurs de la *Pragmática* de 1765, mais bien d'une guerre sans merci, menée depuis le Conseil de Castille, pour lancer une offensive visant à rétablir les anciennes lois agraires castillanes, y compris la fixation des prix.

Un tel clivage était alimenté par les nouvelles que les diplomates espagnols envoyaient depuis Paris et qui relataient la véritable « guerre de plumes » que l'Arrêt de Turgot avait suscitée. En effet, Heredia racontait avec un grand luxe de détails savoureux comment l'opinion publique était agitée par une vive polémique idéologique entre la *Bewegung* physiocrate dont les portes-voix étaient les figures les plus éminentes de la « secte physiocrate »¹, et les tenants d'une réaction anti-physiocrate. Cette âpre polémique s'était déroulée entre la publication du livre de Galiani en 1770 et celle du livre de Necker en 1775 :

« Galiani fut le premier à les attaquer [les physiocrates] et après lui ce fut Linguet, qui a tracé d'eux une cruelle satire, dans sa réponse aux docteurs modernes. De la sorte, pendant le ministériat de Feurai [Terray], ils [les physiocrates] connurent bien des revers. Dès le début du gouvernement actuel, ils recommencèrent à inonder la place publique de leurs écrits et ils firent paraître une réponse à Galiani en prétendant qu'ils avaient été empêchés de le faire immédiatement après la publication du livre de Galiani. Ils se

¹ DIAZ, F., « Introduzione », *op. cit.*, p. XLVII-XLVIII.

vengèrent alors contre Linguet, grâce à la brochure écrite par l'Abbé Moriais [l'Abbé Morellet] intitulée *La théorie du paradoxe*. Celui qui était visé ne tarda pas 15 jours à répliquer, en publiant *La théorie du libelle*. Quelques temps après, Mr. Necker publia un ouvrage ayant pour titre : *Sur la législation et le commerce des grains*, dans lequel il s'opposait aux principes défendus par les économistes. Ceux-ci ont essayé de riposter de leur mieux, mais sans grand succès jusqu'à présent »¹.

Ces informations très détaillées répondaient à la demande émanant de la Cour madrilène, qui attendait avec impatience de pouvoir disposer des principaux textes qui faisaient la lumière sur la politique française en matière de commerce des grains. Ces écrits ont commencé à être adressés depuis Paris par Heredia à Manuel de Roda, Ministre de la Justice et responsable de la Surintendance des greniers. Le 30 juin 1775, soit seulement quinze jours après la demande émise par Conseil de Castille auprès du Roi pour obtenir la fin du libre commerce des grains :

« Puisque Votre Excellence désire avoir connaissance de tout ce qui a été nouvellement publié sur le sujet, j'ai fait l'acquisition de la réponse à Galiani [écrite par Morellet] mais je ne l'ai pas encore lue. L'ouvrage de Necker m'a semblé écrit avec modération et digne d'être pris en compte. J'ai également lu la réponse que l'Abbé Baudeau a adressée à Necker, lui qui est le héraut des économistes. Je vous adresserai par courrier ces livres et tous ceux que je pourrai trouver parmi ceux que vous m'avez demandés : je vous tiendrai par la suite informé de leur coût. Je commence par vous adresser dans ce premier envoi l'Édit du gouvernement qui porte sur le blé et l'ouvrage de Necker »².

Il va de soi que toutes ces informations avaient une claire intentionnalité politique. Il s'agissait de permettre de prendre un recul critique vis-à-vis de la politique de Turgot. Les informations transmises depuis Paris laissaient donc comprendre, dès l'été 1775, la profondeur du clivage qui opposait Turgot et Necker : Turgot était présenté par les diplomates espagnols comme le « protecteur déclaré » des physiocrates, « ces défenseurs acharnés du libre commerce » dont les principes avaient été mis en application par l'Arrêt de 1774. Necker apparaissait comme une

¹ Cité par PRADELLS, J., « Política », *op. cit.* On fait allusion aux travaux suivantes : LINGUET, Simon-Nicolas-Henri, *Réponse aux docteurs modernes, ou Apologie pour l'auteur de la Théorie des loix*, et des "Lettres sur cette théorie", avec la réfutation du système des philosophes économistes (s. l., 1771, 2 t.) ; [MORELLET, André], *Réfutation de l'ouvrage qui a pour titre Dialogues sur le commerce des bleds* (Londres [Paris], 1770) : en effet, le livre avait été écrit en 1770, à la demande de Trudaine, mais déjà imprimé avait été interdite par Terray ; finalement, il avait été publié en novembre 1774, après l'arrivée de Turgot au Ministère des Finances (voir les *Mémoires de l'abbé Morellet sur le dix-huitième siècle et sur la révolution*, Paris, 1821, p. 170-174) ; [MORELLET, André], *Théorie du paradoxe* (Amsterdam [Paris], 1775) ; [LINGUET, Simon-Nicolas-Henri], *Théorie du libelle, ou l'art de calomnier avec fruit. Dialogue philosophique, pour servir de supplément à la Théorie du paradoxe* (Amsterdam [Paris], 1775) ; [NECKER, Jacques], *Sur la législation et le commerce des grains* (Paris, Pissot, 1775).

² Cité par PRADELLS, J., « Política », *op. cit.* ; on fait allusion à BAUDEAU, Nicolas, *Eclaircissements demandés à M. N., sur ses principes économiques et sur ses projets de législation au nom des propriétaires fonciers et des cultivateurs français* (s. l., 1775).

alternative solide et de confiance : *Sur la législation*, publié en pleine « guerre des farines », était particulièrement séduisant du point de vue espagnol car il plaidait pour un réformisme prudent et pragmatique. Necker s'agissait d'un auteur « genevois », en pleine ascension politique, car « après avoir longtemps été l'un des banquiers les plus influents de la Cour, il a été nommé à la charge de Ministre ». Il semblait représenter la voie de la raison et il prenait en grande considération compte les *Dialogues* de Galiani, car il était particulièrement redevable à ce traité, qui était en circulation depuis 1770 dans les milieux réformistes de la cour espagnole sans pour autant avoir été traduit.

6. La traduction espagnole des *Dialogues* de Galiani.

En dépit du manque d'informations précises, on peut supposer que la traduction espagnole des *Dialogues* fut commandée et supervisée par Campomanes. Comme on le sait, ce fiscal du Conseil de Castille et principal architecte de la politique des grains pendant le règne de Charles III avait en sa possession le livre de Galiani depuis janvier 1770. En outre, il était le principal commanditaire de l'édition et de la traduction de textes d'Économie Politique à la cour espagnole¹. Très concrètement, la traduction de Galiani fut publiée sous le titre *Diálogos sobre el comercio de trigo, atribuidos al abate Galiani. Traducidos del francés* (Madrid, Joaquín Ibarra, 1775).

L'auteur de la traduction fut probablement Juan Antonio de las Casas, dont l'acronyme figure d'ailleurs sur le frontispice de l'ouvrage. De las Casas était un ecclésiastique très proche de Campomanes. En 1774, déjà sur sa demande, il avait réalisé une traduction de *Dei delitti e delle pene* (1764) de Beccaria. Sa traduction des *Dialogues* publiée l'année suivante exhibait d'ailleurs son lien de proximité avec le fiscal du Conseil, car la dédicace était adressée à l'« Illustre Monsieur Rodríguez Campomanes ». Le traducteur s'excusait de « placer cette traduction sous l'égide de ce nom, car elle avait été réalisée avec son approbation », afin que « le plus grand nombre puisse voir les grands résultats obtenus par la vertu des sages et que tous puissent contribuer au profit public par le travail de leurs esprits mieux éclairés »².

¹ La correspondance de Galiani fait état de son peu de proximité avec Campomanes. C'est sans doute ce qui peut expliquer l'absence de référence à la traduction espagnole des *Dialogues*. Campomanes fut l'un des opposants les plus acharnés à Aranda et à son parti *aragonés* qui avait tout d'abord soutenu la défense des *Dialogues* dans le contexte hispanique.

² *Diálogos*, *op. cit.*, « Dedicatoria ».

Contrairement au texte original, qui avait été publié de manière anonyme, la traduction espagnole attribuait à « l'abbé Galiani » la paternité du texte. Cette attribution laisse à penser que le napolitain était un auteur assez connu et prisé en Espagne dans les milieux de l'élite politique réformatrice. Son nom représentait d'emblée un signe de ralliement, avant même la lecture du livre. En effet, cet ouvrage était cité en Espagne, avant même la parution de la traduction espagnole. Campomanes lui-même l'avait mentionné en 1774 et 1775 dans des termes très élogieux. Les raisons qui expliquent sa traduction ne se bornent pourtant pas à cela. Selon le traducteur De las Casas, les *Dialogues* étaient destinés à connaître un immense succès international et la traduction espagnole venait d'ailleurs s'ajouter à de nombreuses autres traductions dans les principales langues européennes (allemand, russe, etc.). Le traducteur espagnol a fait allusion à cela lorsqu'il a mentionné « l'excellent accueil que cet auteur a jusqu'à présent reçu ». Il justifiait de plus la nécessité de la traduction par des raisons linguistiques : en Espagne « nombre de gens peuvent aujourd'hui lire l'original car la maîtrise de la langue française est assez commune ». Toutefois, pour assurer une large diffusion de l'oeuvre et accroître ainsi son influence, la traduction semblait nécessaire, notamment pour qu'elle puisse être disponible dans les zones agricoles de l'intérieur de la péninsule, qui étaient traditionnellement moins développées économiquement et culturellement que les façades maritimes. Or, c'était bien dans ces régions reculées que, selon le traducteur, « la doctrine que contient ce livre est la plus précieuse ». Un tel avis laisse supposer que De las Casas souhaitait que sa traduction soit reçue en dehors des cercles de pouvoir espagnols et qu'elle parvienne jusqu'aux acteurs qui étaient les responsables directs de la production et de la commercialisation des produits agricoles.

De las Casas réalisa donc un travail de traduction très solide et d'une indéniable qualité. Sa traduction était intégrale et elle comprenait les huit dialogues qui composaient le texte original. Elle présentait cependant quelques résumés synthétiques et ajoutait quelques notes. On peut relever par ailleurs quelques omissions, des imprécisions et des écarts de formulation et de style par rapport au texte original. Ces prises de distances témoignent de la nécessité d'adapter légèrement le texte original à la réalité espagnole en lui imprimant de subtils aménagements, qui pouvaient parfois impliquer une autocensure. De las Casas explique d'ailleurs à ce sujet que l'ouvrage original ne se trouvait pas « purgé de quelques outrances, qui bien que spirituelles, n'en demeurent pas moins incompatibles avec la mesure et la gravité de nos censeurs et avec le caractère

profond de notre nation »¹. De telles « outrances » concernaient le contenu politique et religieux des *Dialogues*.

Pour ce qui avait trait aux questions de style, le traducteur était resté fidèle à l'artifice littéraire de la forme du dialogue, choisie par Galiani. Comme ce fut le cas dans d'autres pays, ce genre littéraire favorisa en Espagne son succès auprès du public. De las Casas a tout à fait respecté le dialogue entre trois personnages principaux et leurs allusions à la vie culturelle parisienne de l'époque mais il a omis de préciser les dates et les lieux qui figuraient en tête de chaque dialogue de l'ouvrage original. Il a également supprimé quelques passages de certaines conversations, qui ne présentaient pas d'intérêt majeur et qui servaient essentiellement à ménager la tension des dialogues. La traduction espagnole offre donc quelques passages résumés et, de manière très ponctuelle, elle modifie l'ordre d'exposition de l'oeuvre originale. Sans doute pour mettre le texte à la portée du public espagnol, le traducteur a également opéré quelques retouches formelles supplémentaires. Il a ainsi supprimé de brèves allusions, quelques exemples (concernant une manufacture romaine) et plusieurs phrases redondantes. Par ailleurs, quelques ajouts au texte original, notamment par des commentaires brefs, permettent au traducteur de donner plus de relief à certaines idées.

Une autre grande qualité de cette traduction espagnole tient à son respect des expressions originales en italien et à sa transcription de l'usage de l'italique dans le texte source, qui a parfois été étendu à d'autres passages. Le traducteur a aussi pris soin d'hispaniser les toponymes français (Fointenebló, Avevilla o Vivviana) ou les noms de personnages de l'Antiquité. Ponctuellement, il a aussi introduit quelques précisions pour aider le lecteur espagnol à mieux situer les lieux mentionnés par Galiani². Il a aussi converti de manière systématique les unités de mesures, de poids et les monnaies, et ajouté des notes bas de page pour éclairer le sens de certains mots ou de certaines expressions en français. Le traducteur a soigné son travail au point de traduire des proverbes ou des tournures idiomatiques françaises en recherchant leurs équivalents en espagnol, ce qui révèle sa très bonne maîtrise du français.

¹ *Ibidem*.

² Les Landes, étaient « los arenales de Burdeos » ; ou le Havre, « en Normandía » ; *Ibidem*, p. 143-144 et p. 265.

L'analyse lexicographique de la traduction révèle cependant que le traducteur s'est trouvé en butte à des difficultés de plusieurs natures. Il a manifestement beaucoup de mal à traduire correctement les charges relevant de l'autorité politique ou des principales administrations françaises (*maire, syndic* ou *échevin*) en les accompagnant de quelques précisions. Les légères modifications apportées sur des passages à première vue anodins sont beaucoup plus révélatrices, car elles témoignent du désir du traducteur de modifier le sens du texte original. Cette tendance s'explique par une forme d'autocensure précautionneuse, lorsqu'il s'agissait d'aborder deux domaines bien précis : la religion et la politique.

En matière religieuse, l'autocensure est tout particulièrement notable, car le traducteur a supprimé toutes les expressions de dérision, de critique ou d'attaque à l'encontre de l'église catholique, des autorités ecclésiastiques ou de l'Inquisition. Il a ainsi éliminé des expressions comme « aller déposer un cierge à la Vierge » ou « que Dieu me pardonne ». Il a aussi soigneusement évité les questions d'idolâtrie, en éliminant nombre d'allusions aux divinités de la mythologie grecque. D'autres censures portaient sur des affirmations qui tendaient à laisser voir que le peuple n'avait pas un très grand attachement à la religion catholique, ou encore à l'usage ironique de l'expression « vous seriez un excellent inquisiteur ».

En ce qui concerne les questions politiques, la traduction de De las Casas expurge méticuleusement toutes les formulations qui pourraient être interprétées comme une remise en cause de l'ordre social et politique, en trouvant des euphémismes ou en les supprimant purement et simplement. C'est ainsi que la traduction rend le mot « bourgeois » par celui de « vecino » (« habitant »), mais aussi « usuriers » par « ladrones » (« voleurs »). Le traducteur modère les expressions qui se moquent ou tournent en ridicule le peuple (l'expression « peuple absurde et imbécile » a été remplacée par « pueblo fatuo y necio »¹, à savoir « peuple infatué et niais »). Il supprime aussi un passage qui faisait l'éloge du développement de la culture des grains en Turquie, pays hérétique.

Il existe trois autres points précis où l'on peut clairement voir apparaître l'intervention du traducteur espagnol sur le contenu politique des *Dialogues*. La manière la plus discrète de réorienter le message initial consistait à euphémiser tout le vocabulaire relatif aux émeutes et aux troubles sociaux en réaction aux errements

¹ *Ibidem*, p. 133.

de la politique publique dans le commerce des grains¹. La deuxième intervention concernait les formes de gouvernement et imposait également une atténuation ou parfois même une suppression pure et simple de certaines expressions qui aurait pu laisser planer un doute sur le bien-fondé du système monarchique. De las Casas a par exemple traduit « en partie monarchique et en partie aristocratique » comme « en una parte monárquicos en otra democráticos »². Dans la même veine, il a omis dans sa traduction l'expression « la forme de gouvernement qui l'entretienne, soit la monarchie soit républicain ». Enfin, lorsque le texte original fait allusion au système « mixte » britannique, comme le plus « artistement composé », la traduction mentionne « le plus artificieusement composé »³. En dernier lieu, De las Casas a supprimé toute référence négative à l'économie espagnole. Alors qu'il respecte scrupuleusement la quinzaine de mentions qui concernent l'Espagne dans les *Dialogues*, il altère celle qui porte sur « la faiblesse » de l'Espagne actuelle ; en traduisant de manière tout à fait intentionnelle « la flaqueza de otros reinos actuales » (« la faiblesse d'autres royaumes de ce temps »)⁴.

Pour ce qui est du contenu plus spécifiquement économique des *Dialogues*, on sait bien que ce texte ne se distingue pas par la maîtrise d'un vocabulaire conceptuel économique particulièrement pointu et innovant, comme c'était par exemple le cas chez les physiocrates ou Turgot. Pourtant, dans ces cercles où se développait la pensée économique la plus pionnière et la plus réformiste de Paris, le texte de Galiani reçu un accueil triomphal, qui allait bien au-delà de la convergence d'idées. L'efficacité persuasive du récit et son habileté littéraire lui ont valu tous les suffrages, bien plus que l'usage maîtrisé d'un nouveau vocabulaire économique qui était alors en train de s'élaborer dans le creuset de cette science émergente qu'était l'économie politique.

Il est évident, qu'au même titre que le reste des ses contemporains espagnols, De las Casas s'est trouvé confronté à la difficulté d'inventer en castillan un lexique jusqu'alors inexistant, suffisamment solide pour contribuer à faire vivre cette science que, comme Galiani, il appelait indifféremment « économie politique », « science économique » ou « économie philosophique ». Il n'est donc guère surprenant

¹ Por exemple, révolte était « amotinar » o « motín » ; revolution, « variación » ; émeutes, « alborotos » o « motines » ; révolter, « levantarse » ; et, enfin, trouble ou allarme, « turbación » ou « alboroto ».

² *Ibidem*, p. 62.

³ *Ibidem*, p. 65.

⁴ *Ibidem*, p. 262.

qu'il ait pu commettre plusieurs séries d'erreurs pour la traduction de certains termes relevant du vocabulaire économique¹, en plus des quelques contre-sens flagrants qui se trouvent dans sa traduction². Par ailleurs, même si les *Dialogues* ne font pas une utilisation particulièrement intense de la terminologie physiocrate, ce vocabulaire a été généralement bien traduit par De las Casas³.

En revanche, dans la version espagnole le traitement réservé aux *économistes* est sensiblement différent de l'original dans lequel Galiani ne les désigne jamais comme « physiocrates ». Selon Venturi, la polémique avec les physiocrates représenta d'ailleurs « l'aspect le moins original » des *Dialogues*⁴. De las Casas n'a visiblement pas perçu l'existence d'une « école », au sens d'école de pensée qui réunit des auteurs autour des mêmes options doctrinales et normatives. Il traduit en effet « économistes » par « auteurs économistes » (« autores económicos »), « écrivains économistes » (« escritores económicos ») ou « écrivains d'économie » (« escritores de economía »), allant même jusqu'à traduire simplement par « ces écrivains » ou « les écrivains » (« esos escritores » ou « escritores ») ; il mentionne aussi volontiers une formule utilisée ponctuellement par Galiani qui les désigne comme « les auteurs du système de la libre exportation » (« autores del sistema de la libertad de exportar »). On peut relever une même tendance à banaliser le terme « économistes » dans la traduction de plusieurs autres expressions dérivées, telles que les « théories des économistes » ou le « système des économistes », qui ont respectivement été traduites par « les écrivains économistes » (« los « escritores económicos ») ou « le système des écrivains économistes » (« el « sistema de los escritores económicos »). Pour ce qui est des œuvres et des auteurs cités par Galiani, au demeurant peu nombreux, leur traduction a été généralement correcte : c'est le cas de la *Théorie de l'impôt*, *L'Ami des Hommes* ou *L'Esprit de lois*.

En outre, la traduction espagnole a visiblement beaucoup pâti du manque de précisions concrètes concernant divers aspects du contenu économique de l'œuvre.

¹ Fond était « fondo » plutôt que « capital » ; économe, « económico » plutôt que « ecónomo » ; enrichissement, « ganancia » ; profit, « provecho » ou « utilidad » plutôt que « beneficio » ; parfois bénéfice était identifié comme « beneficio ».

² Culture par « cultura » plutôt que « cultivo » ; monopole naturel comme « artificial ».

³ Tel est le cas de « producto neto », « clase productiva » ou « buen precio » ; fermier figure comme « colono » ou « arrendador » et terrains communes, comme « propios ».

⁴ VENTURI, Franco, « Galiani entre les encyclopédistes et les physiocrates », *Europe des Lumières. Recherches sur le 18e siècle*, Paris-La Haye, Mouton, 1971, p. 176.

C'est par exemple tout particulièrement le cas pour les diverses classes sociales et les hiérarchies professionnelles mentionnées par les *Dialogues*, surtout dans le domaine de l'activité commerciale. Le traducteur utilise des termes tout à fait variables et imprécis pour désigner de nombreux métiers¹, ce qui s'explique sans doute par la différence des réalités économiques entre la France et l'Espagne. En la matière, le problème le plus grave est sans conteste celui de la traduction du terme « entrepreneur », que Galiani avait rencontré au fil de ses lectures des auteurs du cercle de Gournay —les responsables de la publication de l'*Essai* de Cantillon en 1755— et des physiocrates, en particulier, Quesnay et Dupont de Nemours. Ce terme n'avait pas encore été intégré au lexique castillan ni adopté par les traducteurs de textes d'économie politique. De las Casas en fit de même, car dans sa traduction l'entrepreneur n'est jamais traduit par « empresario » ou « emprendedor » et il ne perçoit visiblement pas toutes les fonctions spécifiques attribuées à ce mot par Cantillon et les physiocrates, lorsqu'ils en firent de l'entrepreneur un nouvel acteur économique primordial. Pour De las Casas, l'entrepreneur n'est pas très éloigné du « marchand » (« mercader »), du « commerçant » (« comerciante ») ou du « fournisseur » (« asentista ») ; et l'« entrepreneur de la manufacture » a été tout bonnement traduit par « celui qui prend à son compte la manufacture » (« el que toma por su cuenta una manufactura »)². Toutes ces approximations concernaient aussi d'autres concepts qui caractérisaient une économie qui s'engageait alors sur la voie du capitalisme. Par exemple, les termes de « journalier » (pour le compte d'un entrepreneur) et de « manouvrier » ont été abusivement associés par De las Casas à l'artisan indépendant (« artesano »). De semblables inexactitudes sont dues à un décalage dans le niveau d'évolution des mentalités espagnoles et françaises, mais aussi à l'écart de développement entre les réalités commerciales des deux pays.

De las Casas traduit de plus de manière tout à fait diverse les concepts d'administration, de gouvernement et de police. Contrairement à Galiani, sous sa plume la « science de la administration » devient très souvent la « science du gouvernement » (« ciencia del gobierno »). Il a également tendance à substantiver le concept de police en le traduisant par le terme de « policía » polysémique en castillan, que De la Casas semblait pour sa part identifier avec le concept « d'administration ». Tous ces glissements sémantiques contribuaient à faire régner une certaine confusion conceptuelle sur l'objet même de l'économie politique.

¹ Par exemple, producteur, marchand, expéditionnaire et débitant en détail étaient « productor, mercader, comisionado y vendedor por menor » ; roulier, « trajinero » ; charetiers, « carrujeros » ; et débitant en détail, « el que vende al por menor ».

² *Diálogos*, op. cit., p. 42.

L'expression originale de « cette science d'administration, cette science qu'on appelle économie politique » était traduite comme « la science du gouvernement, que l'on nomme économie politique » (« la ciencia del gobierno llamada economía política »)¹.

7. Conclusion: les *Diálogos* de Galiani ou l'anti-Turgot.

Notre étude approfondie de la traduction de De las Casas nous a permis de démontrer ses qualités remarquables. Les nuances apportées par le traducteur sur le plan religieux et politique s'expliquent par son souci constant d'infléchir le contenu original pour défendre le système monarchique et l'orthodoxie catholique : si les *Dialogues* étaient une œuvre résolument conservatrice dans leur forme originale, leur version espagnole l'était donc finalement encore davantage.

En tout cas, le sens politique d'une telle traduction a été particulièrement important : l'ombre de Campomanes plane en effet sur la traduction de ce texte. En 1775 une traduction qui commençait de la sorte par une dédicace au puissant fiscal signifiait forcément une prise de position émanant du Conseil de Castille, et qui engageait l'ensemble de la Monarchie espagnole, dans le débat européen crucial sur le commerce des grains. A cette période, ce sujet de débat était justement particulièrement sensible. La prise de position du Conseil de Castille au côté des physiocrates ou des encyclopédistes, selon l'expression de Venturi², était alors particulièrement claire. D'autant plus au moment où Turgot en France et Pietro Leopoldo en Toscane avaient respectivement engagé une nouvelle offensive en faveur de la libéralisation du commerce des grains.

Galiani avait écrit dans ses *Dialogues* que « toute la science de l'administration... peut se réduire à un seul et unique principe, fort bref et fort simple, *nihil repente, niente all'improvviso* »³. Justement, il est ce qui a fait Campomanes de promouvoir la traduction espagnole des *Dialogues*. Une telle version permettait de couper court en Espagne à la tentation d'engager une expérience libéralisatrice similaire à celle menée par Turgot sans pour cela embrasser la « vieille police » des grains. La traduction espagnole des *Dialogues*

¹ *Ibidem*, p. 172.

² Voir, entre autres, DIAZ, F., « Introduzione », *op. cit.*, p. lxxviii-lxxxiv, et *Filosofia*, *op. cit.*, p. 411-418 ; VENTURI, F. « Galiani », *op. cit.*, p. 173-192 ; et KAPLAN, S. L. *Bread*, *op. cit.*, t. II, p. 601 et ss.

³ *Diálogos*, *op. cit.*, p. 236.

conservait d'ailleurs un silence complet sur l'expérience entreprise par Turgot. Dans le contexte des clivages politiques de l'époque, ce silence impliquait un soutien à tous ceux qui s'efforçaient de prolonger la dynamique libéralisatrice initiée par la *Pragmática* de 1765 en essayant de tenir une sorte de « troisième voie » entre l'« ancienne police » et la « nouvelle politique » de Turgot. A ce titre, la demande présentée par le Conseil de Castille en juin 1775 pour abroger le libre commerce resta sans suite car elle ne trouva pas l'appui du Roi. Un tel refus permit de prolonger le cadre de la libéralisation modérée créé par la *Pragmática*, qui sera prolongée jusqu'en 1790.

Les années qui suivirent la chute de Turgot venaient à ratifier cette option. Aucun des écrits en faveur des thèses des physiocrates ne fut traduit en Espagne (Roubaud, Le Mercier de la Rivière, Morellet, etc.). L'influence exercée par les *Dialogues* de Galiani sera par ailleurs renforcée en Espagne par la diffusion des écrits de Necker, qui jouirent d'un énorme prestige parmi les élites politiques espagnoles¹. Tout ceci montre bien que les hommes de pouvoir espagnols avaient conscience qu'une politique aussi radicalement libéralisatrice que celle que défendaient Turgot et les physiocrates était impossible à mettre en place dans le contexte économique réel de l'Espagne. La démarche pragmatique de Galiani et son plaidoyer pour des modes de développement nationaux apportaient des idées beaucoup plus faciles d'accès que les complexes raisonnements abstraits et universels des physiocrates. Ce souci de réalisme politique et de pragmatisme en matière de réforme correspondait parfaitement au caractère modéré des Lumières espagnoles. C'est précisément pour cela que ses protagonistes ont utilisé abondamment les *Dialogues*, et c'est ce qui a permis à cet ouvrage de devenir l'un des textes les plus importants de la culture économique espagnole du siècle des Lumières.

Bibliographie

[ABEILLE, Louis-Paul], *El trigo considerado como género comerciable. Traducido del francés*, Madrid, Imprenta de la Gaceta, 1764.

ANDRÉS-GALLEGO, José, *El motín de Esquilache, América y Europa*, Madrid, Mapfre, 2003.

ASTIGARRAGA, Jesús, « Diálogo económico en la otra Europa. Las traducciones española de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G.

¹ ASTIGARRAGA, Jesús, « La traduction au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles », *Annales Historiques de la Révolution Française*, n° 364, 2011, p. 3-27.

Filangieri] », *Cyber Review of Modern Historiography*, CROMOHS-Firenze University Press, vol. 9, 2004, p. 1-21.

ASTIGARRAGA, Jesús, « La traduction au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles », *Annales Historiques de la Révolution Française*, n° 364, 2011, p. 3-27.

ASTIGARRAGA, Jesús, « Un nuevo sistema económico para la Monarquía española. Las *Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España* (1761) de Simón de Aragorri », *Revista de Historia Industrial*, n° 52, 2013, p. 13-44.

CASTRO, Concepción de, *El pan de Madrid*, Madrid, Alianza, 1987.

CASTRO, Concepción de, *Campomanes: Estado y reformismo ilustrado*, Madrid, Alianza, 1996.

DIAZ, Furio, « Introduzione » à *Opere di Ferdinando Galiani*, éd. F. Diaz et L. Guerci, Milano et Napoli, R. Ricciardi, 1958.

DIAZ, Furio, *Filosofia e politica nel Settecento francese*, Torino, Einaudi, 1962.

FACCARELLO, Gilbert, « Galiani, Necker and Turgot », éd. G. Faccarello, *Studies in the History of French Political Economy*, London-New York, Routledge, 1998, p. 120-195.

FAURE, Edgar, *La disgrâce de Turgot*, Paris, Gallimard, 1961.

GACETA DE MADRID, [Madrid, Imprenta Real], 1774-1775.

[GALIANI, Ferdinando], *Dialogues sur le commerce des blés*, [Londres] Paris, 1770.

GALIANI, Ferdinando, *Diálogos sobre el comercio de trigo, atribuidos al abate Galiani. Traducidos del francés*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1775.

GALIANI, Ferdinando, *Dialogues sur le commerce des bleds*, éd. Fausto Nicolini, Milano et Napoli, R. Ricciardi, 1959.

GALIANI, Ferdinando et D'ÉPINAY, Louise, *Correspondence (1769-1782)*, éd. Georges DULAC et Daniel MAGETTI, Paris, Desjonquères, 1992-1997, 5 t.

GÓMEZ DEL CAMPILLO, Miguel, *El Conde de Aranda en su Embajada de Francia (años 1773-1787)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1945.

KAPLAN, Steven L., *Bread, Politics and the Political Economy in the Reign of Louis XV*, The Hague, M. Nijhoff, 1976, 2 t.

KOCH, Ph., « Introduction » à GALIANI, Ferdinando, *Dialogues entre M. Marquis de Roquemare et M. Le Chevalier Zanobi*, Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 1968.

LILTI, Antoine, *Le monde des salons*, Paris, Fayard, 2005.

LLOMBART, Vicent, *Campomanes, economista y politico de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992.

MERCURIO HISTÓRICO Y POLÍTICO, Madrid, Imprenta Real, 1774-1775.

MIRABEAU, Victor Riquetti, Marquis de, *Dissertación sobre el cultivo de trigos, que la Academia de Agricultura de la ciudad de Berna, en Suissa, premió en el año de 1760*, Madrid, Ibarra, 1764.

MORELLET, André, *Mémoires de l'abbé Morellet sur le dix-huitième siècle et sur la révolution*, Paris, 1821.

PATULLO, Henri, *Discurso sobre el mejoramiento de los terrenos*, Madrid, Sancha, 1774.

PRADELLS, Jesús, « Política, libros y polémicas culturales en la correspondencia extraoficial de Ignacio de Heredia con Manuel de Roda (1773-1781) », *Revista de Historia Moderna*, vol. 18, 1999-2000, p. 152-222.

RODRÍGUEZ, Laura, *Reforma e ilustración en la España del XVIII: Pedro Rodríguez de Campomanes*, Madrid, 1975.

TURGOT, Anne-Robert-Jacques, *Oeuvres de Turgot*, éd. G. Schelle, Paris, Alcan, 1913-1923, 5 t.

VENTURI, Franco, « Economisti e riformatori spagnoli e italiani del Settecento », *Rivista storica italiana*, vol. LXXIV, n° 3, 1962, p. 532-561.

VENTURI, Franco, « Galiani entre les encyclopédistes et les physiocrates », *Europe des Lumières. Recherches sur le 18e siècle*, Paris-La Haye, Mouton, 1971.

4. LA RECEPCIÓN EN ESPAÑA DE LOS *DIALOGUES* DE GALIANI

1. Introducción.

En las líneas que siguen se emprende el análisis de la recepción que tuvieron los *Dialogues* de Galiani en España. Esta cuestión se desarrolla a lo largo de tres apartados. El primero se destina al estudio de la llegada de ese libro en el conjunto más amplio de textos enviados a la Corte de Madrid desde la embajada parisina del Conde de Fuentes. El segundo analiza lo que podemos denominar como la “primera recepción” en España de los *Dialogues*, esto es, la protagonizada entre 1770 y 1771 por los diplomáticos españoles del núcleo de Fuentes, colaboradores y amigos de Galiani, una vez que el libro vio la luz en París a finales de 1769. El último y tercer apartado describe la “segunda recepción” del libro, es decir, la que tuvo lugar una vez publicada en 1775 la traducción española del libro, precisamente cuando Galiani barajaba la realización de una segunda edición del mismo¹.

2. La embajada española de París y la circulación de libros (1763-1773).

La llegada a España de los *Dialogues* de Galiani a comienzos de 1770 de la mano de Fernando Magallón se debe enmarcar en la actividad de mediación no sólo política, sino también cultural y científica, que realizó la embajada española bajo el mandato de Fuentes. Su trabajo en este ámbito, y una vez más, en particular, el de su laborioso colaborador Magallón, constituyó una caja de resonancia muy representativa del contenido de la primera ola de reformas emprendida por Carlos III. Así lo ponen de relieve las numerosas y dispares demandas requeridas desde la Corte de Madrid a sus diplomáticos en París, desde el envío de semillas o la mediación para facilitar la formación de artesanos españoles en manufacturas francesas, hasta la solicitud de todo tipo de noticias de carácter histórico, geográfico o científico. Esta dinámica implicó a numerosas personalidades notables de la Ilustración española, como los científicos Jorge Juan o Dávila; o a Mata Linares e Ignacio Luis de Aguirre. Todo ello no era sino un reflejo de que el Tercer Pacto de Familia había terminado por convertir París en el centro de la red diplomática española: la capital francesa no se limitó a ser una auténtica mediadora entre el mundo cultural y científico español y francés, sino que su *hinterland* fue mucho más extenso. Desde la embajada parisina fue muy habitual

¹ Koch, *Dialogues*, pp. 339-341. Entre octubre de 1774 y junio de 1775, Galiani barajó la realización de una segunda edición de su obra, que incluyera un último diálogo y, quizás, algunas de las líneas de defensa que para entonces había desplegado en contra de los fisiócratas. Esta segunda edición nunca llegó a realizarse.

recabar libros y gacetas que procedían de todo el ámbito europeo, principalmente, desde Suiza y Holanda. Pero esta centralidad de París tuvo una importancia esencial también de cara a la creación de la “opinión” de las elites políticas españolas sobre el estado político y económico de Francia. A ello contribuía, en particular, el envío sistemático desde París de publicaciones periódicas (no sólo francesas); de edictos, *arrêts* y otras leyes dictadas por la Corte de París o los parlamentos provinciales; y, por último, de informes no sólo políticos sino también económicos, comerciales o hacendísticos sobre la coyuntura francesa.

Lógicamente, bajo el Tercer Pacto de Familia, esta labor de mediación se halló sometida a una particular, y en general, más celosa labor de censura. Los diplomáticos españoles eran los principales responsables de velar por la imagen de España que se difundía en Francia. Prueba de ello es el meticuloso control a que sometían las noticias acerca de su país publicadas en las gacetas francesas. En 1766 Magallón hubo de intervenir ante la *Gazette de France* para moderar las noticias que se estaban publicando en ella sobre el motín de Esquilache². Dos años después, Fuentes elevó una queja a Choiseul sobre diversas informaciones relativas a España publicadas nuevamente en la *Gazette*, con la advertencia, aceptada formalmente por Choiseul, de que “nada se pusiese en el artículo de España sin que un oficial de su secretaría se encargase de pedirle antes su aprobación”³.

Es bien conocido que esta labor de censura alcanzó también el contenido de libros. Ha sido bien estudiado el paradigmático caso de la versión española de la *Histoire philosophique et politique* (1770) de Raynal-Diderot —y años después los polémicos escritos de Langle o Masson— cuyo contenido definitivo debe mucho a la labor de censura y de reformulación de su contenido acerca de la colonización española realizada a partir de 1773 en la embajada de París bajo la iniciativa de Aranda y, en particular, de su secretario Ignacio de Heredia⁴. Pero algo igual de elocuente había ocurrido en los años previos con otros textos. El expediente más significativo, en este sentido, fue el relacionado con el tratado de Louis Antoine de Bougainville, *Voyage autour du monde* (1771). Su elaboración fue pagada

² AGS, Estado, leg. 4563, Magallón a Grimaldi, París, 11 de abril de 1766.

³ AGS, Estado, leg. 4566, Fuentes a Grimaldi, París, 25 de mayo de 1768.

⁴ Una visión más general en Ovidio García Regueiro, “Ilustración” e intereses estamentales (*Antagonismo entre sociedad tradicional y corrientes innovadoras en la versión española de la “Historia” de Raynal*), Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1982.

directamente por la legación española⁵. Una vez finalizado el libro, por petición expresa de Choiseul, se solicitó a los diplomáticos españoles una revisión de su contenido antes de remitirlo a su publicación, tal y como ellos hicieron de manera minuciosa⁶. En este caso, el problema lo suscitaba la interpretación histórica acerca de la soberanía del archipiélago de las Malvinas, un enclave que, desde el punto de vista de la estrategia defensiva de las colonias españolas, era considerado clave por las autoridades españolas, y que se hallaba entonces amenazado por la inmensa sombra de Gran Bretaña⁷.

En este trasiego de libros la actualidad política establecía las prioridades de la actividad de los diplomáticos. Fuentes y su equipo desarrollaron una notable labor para mantener bien informada a la Corte de Madrid en las novedades editoriales acerca de la suerte de la compañía de Jesús o del Ducado de Parma, dos de los centros principales de la actividad diplomática española durante esos años. A otro nivel, menos acuciante pero también con una notable relevancia, realizaron también una auténtica labor de orientación doctrinal a través de la remisión de aquellos productos del comercio intelectual que pudieran resultar de interés para la elite política española. Y en ese trasiego se fue abriendo paso, de manera gradualmente creciente, la actualidad editorial de los textos de contenido económico-político, algunos de los cuales, como fue el caso de los propios *Dialogues* de Galiani, serían traducidos después al español. En este ámbito, los diplomáticos españoles no siempre respondían a las demandas que provenían de la Corte de Madrid, sino que tomaban la iniciativa en el envío de novedades que pudieran resultar de interés en los ambientes políticos españoles. A continuación figura la relación de libros con ese contenido remitidos desde París durante 1763-1773, el decenio en que Fuentes dirigió la embajada⁸.

⁵ AGS, Estado, leg. 4591.

⁶ AGS, Estado, leg. 4570, Fuentes a Grimaldi, París 14 de noviembre de 1769.

⁷ Precisamente, Bouganville había sido el responsable personal de traspasar en 1767 el archipiélago de las Malvinas (o Falkland) a España, su soberano secular, tras tres años de conflictivo asentamiento francés en el mismo, bajo el mandato de Bouganville. Una vez resuelto este problema, la Corte de Madrid debía de enfrentarse al asentamiento que los británicos mantenían desde 1765 en una de sus islas, en el enclave de Port Egmont, un conflicto que, en el momento en que se produjo la petición de Choiseul, amenazaba con derivar en un enfrentamiento bélico. Como es conocido, España hubo de aceptar en enero de 1771 la persistencia de ese enclave británico, debido en buena medida al escaso apoyo que le prestó Francia.

⁸ Se refieren los libros de contenido específicamente económico-político, dejando a un lado fuentes clásicas (Cicerón, Bossuet, Fenelon, traducciones francesas de Saavedra, Mariana, etc.) y otras de contenido literario, geográfico o histórico (Henault, Vertot, Pluche, Bellin, etc.), si bien, en ambos casos, también con implicaciones importantes en ese ámbito económico-político.

1763. Edme-François Darigrand, *L'Antifinancier*, Amsterdam, 1763. (***)

1764. Gaspard de Réal de Curban, *La Science du gouvernement*, Aix-la-Chapelle, 1761-1765, 8 vol.

1764. Anónimo, *Réponse à l'auteur de l'Anti-financier*, 1763.

1764. Louis-Paul Abeille, *Réflexions sur la police des grains en France et en Angleterre*, [Paris], [1764]. (**)

1764. Henri-Louis Duhamel de Monceau, *Traité de la conservation des grains et en particulier du froment*, Paris, 1753.

1768. Gabriel de Mably, *Le Droit public de l'Europe fondé sur les traités conclus jusqu'en l'année 1740*, s. l., 1746.

1768. Antoine-Léonard Thomas, *Eloge de Sully*, Paris, 1763 (**).

1768. Samuel von Puffendorf, *Introduction à l'histoire générale et politique de l'univers*, Amsterdam, 1721, 6 vol.

1768. Emer de Vattel, *Le Droit des gens, ou Principes de la loi naturelle appliqués à la conduite et aux affaires des nations et des souverains*, Leide, 1758.

1768. Gabriel de Mably, *Des Principes des négociations, pour servir d'introduction au Droit public de l'Europe fondé sur les traités*, La Haya, 1757.

1768. Jacob Friedrich von Bielfeld, Barón de, *Institutions politiques*, La Haye, Pierre Gosse, 1760. (**)

1768. Jean-Charles de La Vie, *Des corps politiques et de leurs gouvernements*, Lyon, P. Duplain, 1764, 2 vol.

1768. René-Louis d'Argenson, Marqués de, *Considerations sur le gouvernement ancien et présent de la France*, Yverdon, 1764.

1768. Charles-Louis de Secondat, Barón de Montesquieu, *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*, Amsterdam, Jacques Desbordes, 1734.

1768. Victor Riquetti, Marqués de Mirabeau, *L'ami des hommes ou Traité de la population*, s. l., 1758-1760, 6 vol. (**)

1769. André Morellet, *Mémoire sur la situation actuelle de la Compagnie des Indes, juin 1769*, s.l., 1769.

1769. Louis Antoine de Bougainville, *Voyage autour du monde, par la frégate du Roi La Boudeuse, et la flûte l'Étoile en 1766, 1767, 1768, et 1769*, Paris, Saillant et Nyon, 1771.

1769. Jacques Necker, *Réponse au mémoire de M. l'abbé Morellet sur la Compagnie des Indes, imprimée en exécution de la délibération de Mrs les actionnaires, prise dans l'assemblée générale du 8 août 1769*, Paris, 1769.

1770. Ferdinando Galiani, *Dialogues sur les commerce des blés* [Londres], Paris, 1770. (**) (****)

1773. *Recueil de quelques pièces relatives aux Finances et au Commerce de l'Angleterre traduit de l'Anglois*, Berne, 1771 (*)

1773. Guillaume-Thomas Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissemens et du commerce des Européens dans les deux Indes*, Amsterdam, 1772, 6 vol. (**)

(*) Identificación dudosa.

(**) Existe una traducción española, parcial o total, de esta obra.

(***) Larga síntesis de esta obra en la *Gaceta de Madrid*.

(****) Envío al margen de la vía diplomática.

Como refleja la relación de libros remitidos, el centro de la atención eran los libros sobre la ciencia de gobierno, en algunos casos, en su conexión precisa con la Real Hacienda, pero normalmente con un sentido más general. Con respecto a la publicística económica, el catálogo de textos establece una orientación relativamente conservadora, en sintonía sin duda con la mentalidad del embajador Fuentes: en él apenas figuran tratados representativos del espectro económico más liberal o librecambista. En este sentido, resulta evidente la escasa atención que desde París se ofreció a la economía fisiócrata (solo representada por Mirabeau y Morellet, así como por el *Journal de l'agriculture, du commerce et des finances*, que comenzó a ser remitido a Madrid desde el mismo momento de su publicación, en mayo de 1765), así como el peso relativo considerable de los textos con una orientación agraria y sobre el comercio de granos (Duhamel, Mirabeau, Thomas o Abeille) y sobre las cuestiones hacendísticas.

Resulta obligado matizar que el conjunto de libros que circuló desde París a Madrid no era en absoluto representativo de la densidad que había alcanzado el debate económico en la Francia de los años cincuenta y sesenta, incluso en la senda, que se profundizará con la llegada de los *Dialogues* de Galiani en 1770, del debate entre los autores fisiócratas y antifisiócratas. El único testimonio en ese

sentido fue la remisión de las memorias cruzadas entre Necker y Morellet sobre la conveniencia de mantener el privilegio exclusivo de la Compañía de Indias o, como sostenía el fisiócrata, de anular ese privilegio y abrir ese comercio a la iniciativa privada⁹.

En cuanto a la publicística más estrictamente política, no se debe pasar por alto la afluencia de libros clásicos del *iusnaturalismo* europeo (Puffendorf, Vattel o Mably), así como de diversos tratados generales de política, también con una notable impronta *iusnaturalista* (De Réal de Curban) o con una orientación cameralista (Bielfeld). En cualquier caso, la correspondencia cruzada entre Madrid y París pone de relieve que ese trasiego tenía motivaciones más profundas que la simple erudición.

El importante expediente que abrió la solicitud en 1768 de un copioso conjunto de libros por parte de la familia real española ayuda también a aclarar cuáles eran los principales centros de interés intelectual en la Corte. Ante la llegada de los libros solicitados, desde Madrid no solo se rectificaron los errores contenidos en el envío desde París, sino que se realizaron peticiones muy precisas que habían sido soslayadas en el envío realizado por Fuentes y su equipo. Esta cuestión afectaba principalmente a dos autores: Mirabeau y Montesquieu. En la valija parisina ya figuraban dos obras surgida al calor del debate suscitado por *l'Esprit des Loix*, de la mano de La Vie (desde posiciones contrarias) y Argenson. Pero Fuentes cerraba su envío señalando que acerca de esa obra “no se han publicado más que algunos de lo que llaman aquí *petites brochures* contra Montesquieu, que no han sido estimadas y que al cabo de seis o ocho meses se han perdido o empleado en las boticas y tiendas para envolver mercaderías”¹⁰. La réplica inmediata desde Madrid era indicativa de que se requería información más concreta y que las fuentes de información manejadas eran de notable precisión. Así, se subrayaba que la obra de Montesquieu había dado lugar a algo más que un debate canalizado a través de *petites brochures* y se reclamaba el envío de ediciones precisas de la obra de Montesquieu (la de Jean-Baptiste-Louis Crévier), escritos contrarios a ella (Louis de Bonnaire, *L'Esprit des loix quintessencié par une suite de lettres analytiques*, s. l. 1751, 2 vol.) y otros afines (*Le Génie de Montesquieu*, Ámsterdam, 1758), incluso pensando en la posibilidad de que alguna

⁹ AGS, Estado, leg. 4569, Fuentes a Grimaldi, París, 12 de agosto de 1769.

¹⁰ AGS, Estado, leg. 4570, “Libros para el Príncipe N. S. que se han remitido a Madrid” (16 de septiembre de 1768).

de estas obras afines pudiera circular en España, al no hallarse censurada. Y lo mismo sucedía con Mirabeau. La petición se centraba en una obra de Charles-Étienne Pesselier (*Doutes proposés à l'auteur de la Théorie de l'Impôt*, 1761), contraria a sus ideas favorables al *impôt unique* fisiócrata. Es claro, por tanto, que en el laboratorio de la Corte de Madrid había un seguimiento muy preciso de los debates ideológicos franceses y que el foco estaba puesto en autores, como Montesquieu o Mirabeau, que ofrecían alternativas moderadas al sistema monárquico de factura borbónica¹¹. Y en este mismo sentido de orientación moderada, ahora de la cultura económica, se debe inscribir la remisión desde París de los *Dialogues* de Galiani.

3. La “primera recepción” de los *Dialogues* en España.

A fines de 1769, a los pocos días de haber sido publicados los *Dialogues* en París, Galiani pidió la colaboración de d'Épinay para la distribución de los treinta ejemplares de que disponía. Sus instrucciones solo mencionaban dos nombres precisos a los que hacérselos llegar: el embajador de Nápoles en París y Magallón¹². Por su parte, este último recibió otro ejemplar del libro de manos de Sartine, “*aussitôt qu'il fut imprimé*”. Magallón fue el primer responsable de que los *Dialogues* llegaran de forma inmediata a España. Esta llegada fue instigada, por tanto, de manera personal por el propio Galiani, cinco años antes de que se relizara su traducción española. Esta cuestión representaba un síntoma inequívoco de que el napolitano consideraba que su obra podía resultar un texto útil para delinear la política española y que, asimismo, a través de ella él podía extender su influencia sobre la Monarquía y quizás así ganar posiciones en sus presiones para encontrar un atajo que le permitiera regresar a París.

El 21 de enero de 1770 Magallón escribía al napolitano anunciándole que había remitido los *Dialogues* a Aranda, “*en disant l'auteur et en lui parlant de ses lumières, de sa science et ses talents*”, así como al Fiscal Campomanes y al Marqués de Llano. También le informaba que lo haría, de manera inminente, con Manuel de Roda¹³. La selección de destinatarios no podía ser más precisa: alcanzaba a cuatro de las principales autoridades políticas del gobierno de Carlos III.

¹¹ AGS, Estado, leg. 4570.

¹² Carta de Galiani a D'Épinay, Nápoles, 18 de noviembre de 1769.

¹³ Galiani, *Dialogues*, ed. F. Nicolini, p. 393. En el texto se alude a los libros, por este orden, de Mercier de la Rivière, Mirabeau-Quesnay y Louis de Montalte.

No existen noticias sobre cuál fue la recepción precisa del libro de Galiani entre estas cuatro autoridades. En cambio, sí se conoce, a través de Villahermosa, que el libro comenzó a circular de manera inmediata en los aledaños de Carlos III, y también que su primera recepción no fue muy positiva. Al parecer, las críticas al mismo procedieron de dos autoridades muy cercanas al Rey: el conde de Albaret y Francisco Paula Balbi, conde de Siruela, Grande de España y Gentilhombre de Cámara del Rey. Ante estas primeras noticias llegadas desde Madrid, la reacción de Galiani fue rotunda e inmediata. En febrero de 1770, escribía a Villahermosa que “*assurancement, c’est le premier livre sur les matières economistiques qu’ils [Albaret y Siruela] aient lu*”. El tono irónico del napolitano estaba más que justificado: no tenemos ninguna noticia de que esos dos aristócratas, bien insertos en los ambientes cortesanos, hubieran tenido algún protagonismo en el notable despliegue que la cultura económica conocía durante esos años. A continuación, Galiani añadía:

“Cela prouve du moins qu’il [les *Dialogues*] n’est pas écrit comme l’*Ordre naturel et essentiel*, etc., comme la *Théorie de l’impôt*, comme les ouvrages de Quesnay, etc. Cet ouvrage aura le sort et l’effet des *Lettres provinciales*. Grand bruit, grandes refutations, grande persecution contre l’auteur, mais toutes fois qu’une question traitée avec une obscurité affectée, et rendue par cela interminable, est mise à la portée de tout le monde, le publique prend son parti et en moins de cinquante ans l’Europe a décidé la question. Les *économistes* seront regardés en politique comme les jésuites en morale, et tout le monde mangera son bled et son pain”¹⁴.

Este brillante texto prueba que el propósito de Galiani era utilizar sus magníficos contactos con los diplomáticos españoles para extender desde la capital de Francia hasta la de España el campo de batalla ideológico en defensa de sus ideas y en contra las tesis fisiócratas. Los primeros apoyos que Galiani encontró en defensa de su libro en los ambientes españoles fueron sus amigos diplomáticos, además de Magallón, Mora, Pignatelli y Villahermosa. Ellos fueron los protagonistas de esta “primera” recepción de los *Dialogues* en España, es decir, la que siguió a la publicación del libro en París.

La correspondencia fragmentaria que poseemos de las cartas que todos ellos cruzaron con Galiani durante el año posterior a la publicación de los *Dialogues* viene a mostrar dos cuestiones esenciales. En primer lugar, que ellos constituyeron

¹⁴ M. Menéndez Pelayo, “Lettres inédites de Beaumarchais”, pp. 332-333.

para el *abbé*, ya entonces residente en Nápoles, un canal de transmisión privilegiado de información de la recepción que su libro estaba teniendo en la capital francesa. En segundo lugar, que todos ellos adoptaron una posición favorable al mismo en la polémica que suscitó el libro, y que al mismo tiempo contribuyeron a extender esa posición positiva en la Corte de Madrid.

Acerca de la recepción de los *Dialogues* en Francia, son muy expresivas diversas cartas que los diplomáticos españoles remitieron desde París a Galiani. En enero de 1770 Magallón escribía a éste: "*votre livre a fait ici una sensation extraordinaire... On ne parle que de votre livre dans toutes les conversations*". En otra carta que le remitió ese mismo mes Villahermosa, los juicios eran más contundentes aún:

"ne soyez pas inquiet sur le sort de votre livre. Il a été généralement applaudi, fêté, lu avec avidité. Je ne l'ai entendu fronder que par quelqu'un, qui, un moment après, trouva une tache dans un des satellites de mars. Jugez par ce trait de sa profonde érudition. Il y a eu des imbéciles qui ont trouvé certaines expressions déplacées... Je les laisse dire".

En términos similares se manifestaba el príncipe Pignatelli, en su carta enviada a Nápoles desde Nancy unos meses después, el 5 de agosto de 1770:

"no hay que admirar que su excelente libro de Vm. haya tenido la misma suerte... El pequeño número de hombres racionales y de talento han hallado su libro de Vm. sublime. La mayor parte de los demás ni siquiera lo han entendido, y las gentes du *bon-ton* solo han oído campanas sin saber en donde. *Je parie que vous n'en attendiez pas advantage*. No puedo dejar este asunto sin decirle a Vm. que por más que se den buenas cartillas a los hombres para hacerlos bien sazonar, nunca se logrará que algunas cabezas mal organizadas (aunque pasan por de talento) entiendan las cosas por más claras que se las den".

Al mismo tiempo, como se ha mencionado, Galiani encontró en todos estos diplomáticos unos auténticos aliados en defensa de los *Dialogues*, en algunos casos en el contexto preciso de los salones parisinos. El 12 de marzo de 1770 Villahermosa relataba a Galiani las críticas orales que su libro había recibido del *abbé* Nicolini, para a continuación añadir:

"Il [l'abbé Nicolini] a lu les *Dialogues sur le commerce des blés* et il ne les a pas entendu, parce que je crois que ne pas les entendre ou de n'être pas de l'avis du livre son synonymes. Il prétend même que vous n'aviez fait ce livre que pour vous moquer des parisiens, mais que vous n'adoptiez pas ces principes.

Peut-on pousser plus loin la stupidité et sera-ce jamais celui-ci un home don't on pourra tirer parti".

Otra muestra, más alejada en el tiempo, de esta recepción positiva del libro entre los diplomáticos españoles fue la de Mora. Desde Madrid, donde permanecía aquejado de una larga enfermedad, hacía saber a Galiani el 2 de septiembre de 1771 lo siguiente:

"votre divin livre qui m'a pourtant donné les seuls moments de plaisir que j'ai éprouvés depuis longtemps. Je l'ai lu et relu avec le ravissement qu'il a donné à toute l'Europe, et qui était d'autant plus vif pour moi par les sentiments de mon amitié pour son auteur. Je n'en ferai pas l'éloge, puisque j'aurai tant d'occasions de vous parler de ce livre charmant, qui réunit tout ce que la philosophie la plus profonde, le gout le plus exquis et le genie le plus sublime et le plus vaste ont pu rassembler de grand, d'utile, d'agréable. Aussi en suis-je véritablement enthousiasmé, le regardant comme le premier des livres, le seul qui enseigne à penser et qui fera sans doute une époque dans les idées et les connaissances de l'Europe".

Esta defensa de los *Dialogues* incluía normalmente una toma de posición expresa en contra del ideario económico fisiócrata. En enero de 1770, Magallón escribía a Galiani:

"Les d'Alembert, les Diderot, les académiciens, la robe, en général, sont pour le livre. Ceux qui ne l'ont pas entendu, les *économistes*, quelques financiers qui se piquent d'acheter des livres sont contre".

Pocos meses después le advertía de que el fisiócrata Morellet había recibido la orden del gobierno de refutar su libro y que debía de prepararse para "*un combat à mort en champ clos avec vous*"¹⁵.

Por su parte, Villahermosa había manifestado su sintonía con el contenido de los *Dialogues* tan solo unas pocas semanas después de que hubiera visto la luz. El 11 de enero de 1770 le escribía desde París:

"J'adopte vos principes sur le sujet principal et je tire les conséquences pour d'autres... Votre livre apprend à raisonner et, au moins, il m'a appris déjà à ne pas raisonner quand il ne faut pas".

¹⁵ Carta de Galiani a d'Épinay, Nápoles, 26 de mayo de 1770.

Casi un año después, en diciembre de 1770, Villahermosa hacía llegar a Nápoles la percepción de que, doce meses después de haber sido publicado, su libro estaba logrando que los fisiócratas comenzaran a flexibilizar sus posiciones, aunque sus escritos mantuvieran todavía su rigidez doctrinal clásica:

“vous regrettez meme les économistes, et vous n’avez pas tort: ils vous rendront enfin justice. Malgré leur coeur apostolique, ils commencent déjà à dire que le commerce des blés est un problème à ressoudre: autrefois ils prêchaient qu’il n’y avait rien de plus utile que l’entière liberté. Il est vraie qu’ils ne l’expliquent comme ça que sous cape, c’est-à-dire sans oser le faire imprimer”.

Estos fragmentos de la correspondencia cruzada entre Galiani y los diplomáticos españoles, aún poco conocidos, son muy expresivos de la rápida y positiva aceptación entre ellos de los *Dialogues*. Además, más allá de la toma de posiciones doctrinales en contra de la fisiocracia, ellos percibieron de inmediato su utilidad para el preciso caso de España. En sus cartas se muestran abiertamente favorables al uso del realismo empírico con el que Galiani había elaborado sus *Dialogues*, y también a sus principales tesis económicas. Es decir, al igual que Grimm en París, entendieron que el libro de Galiani era esencialmente un libro sobre política, destinado esencialmente a ofrecer luz en el complejo arte del gobierno. Por esta misma razón, subrayaban que debía de ser interpretado en el contexto de las circunstancias particulares de la Monarquía española. Esta cuestión extendía la sospecha, más que velada, de que diversas líneas de reforma expuestas en él sólo podían ser aplicadas parcialmente en el caso de su país. Aludían, en concreto:

al "genio particular que caracteriza aquella nación [España] y particularmente sobre el atraso que allí hay en cuanto a caminos, canales [y] comunicaciones interiores, todos puntos importantísimos, y que por no haber sido nunca bastante bien examinados, han causado siempre mil mudanzas y revoluciones en este ramo importantísimo de la administración en el que, como en Francia, les queda aún el rabo por desollar”.

Es suma, el atraso español en la red de vías de comunicación dificultaba la creación de un mercado agrario único que permitiera conectar los abastecidos mercados del interior de la Monarquía con los deficitarios de la periferia peninsular. En cualquier caso, durante los meses posteriores a la aparición de los *Dialogues*, Magallón, Mora, Pignatelli y Villahermosa funcionaron como una auténtica caja de resonancia de las bondades del libro y contribuyeron a que éste comenzara una primera fructífera circulación entre las elites políticas españolas.

4. La “segunda recepción” de los *Dialogues* en España.

Desde que en enero de 1770 Campomanes, Llanos, Aranada y, con toda probabilidad, Roda recibieron desde París un ejemplar de los *Dialogues* hasta 1775, cuando se publicó su traducción española, tan sólo existe una única mención en la literatura económica española del libro de Galiani, debida a Campomanes; en cambio, una vez publicada la traducción, las citas al mismo crecieron a un ritmo exponencial. Los *Dialogues* disfrutaron en España de una virtud poco frecuente: fueron citados por gran parte de los economistas más relevantes del último tramo del siglo XVIII, desde Campomanes o Jovellanos hasta Foronda o Salas. Como sucedió en otros contextos nacionales¹⁶, su éxito fue inseparable de su composición formal: el género del “diálogo” entre tres supuestos personajes, el Presidente (Baudoin de Guémadeuc), el Marqués de Roquemare (el Marqués de Croismare) y el caballero Zanobi (el propio Galiani), contribuyó enormemente a la diseminación del libro y a aproximarlos a públicos más amplios. En el plano territorial, además de la Corte, el libro tuvo una influencia especialmente notoria en los viejos territorios de la Corona de Aragón, en Valencia, Mallorca y el propio Reino de Aragón. Este último fue el centro más activo de su empleo en toda la Monarquía: una larga lista de economistas, entre los que figuran Anzano, Villava, Calomarde o Larruga, citaron en sus escritos el libro de Galiani.

Esta gran fortuna de que disfrutó éste establece su enorme asimetría con *Della Moneta*, el primer libro económico de Galiani, publicado en 1748 en Nápoles. Éste magnífico tratado sobre teoría monetaria y del valor no sólo no fue traducido al español, como por otra parte ocurrió en los principales países europeos, sino que apenas existen huellas marginales de su uso activo entre los ilustrados españoles. Tan sólo pudo influir en autores interesados en la elaboración de una teoría subjetiva del valor basada en la utilidad, como fue el caso de Foronda¹⁷.

¹⁶ Sobre la acusación entre los fisiócratas de que esas cuestiones formales habían ayudado enormemente a la buena recepción del libro, vid., por ejemplo, l'Abbé Morellet, *Réfutation de l'ouvrage qui a pour titre Dialogues sur le commerce des bleds*, Londres [Paris], 1770, pp. 2-3.

¹⁷ Véanse sus *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política y sobre la leyes criminales* (1788-1789). Ello no quiere decir que el libro, que conoció una segunda edición más amplia en 1780, no circulara en España. A modo de ejemplo, Juan Andrés refiere que su hermano Carlos le había solicitado desde España un ejemplar del mismo: *Cartas familiares del Abate Juan Andrés a su hermano D. Carlos Andrés, dándole noticia del viaje que hizo a varias ciudades de Italia en el año 1785, publicadas por el mismo D. Carlos*, Madrid, Antonio de Sancha, 1786-1793, 5 vol., vol. II, p. 223.

La lectura que se hizo de los *Dialogues* sobrepasó con creces los confines del siempre activo debate sobre el mercado y el comercio de los granos; bien al contrario, el libro contribuyó decisivamente a perfilar cuestiones centrales de la *mainstream* de la Ilustración económica española en lo relativo a las cuestiones metodológicas o de concreción de un patrón de crecimiento económico apropiado para la Monarquía.

Una de las vertientes mejor aceptadas en España de los *Dialogues* fueron sin duda sus presupuestos metodológicos. Por encima de todos, el *Informe de Ley Agraria* (1795) de Jovellanos fue el tratado económico que mejor refleja esa notable ascendencia de los métodos de análisis de Galiani en el conjunto de la Ilustración española. Si en 1785-1787 el asturiano parecía hallarse más cercano a posiciones afines al legado fisiócrata, transmitido en concreto a través de Condillac, su famoso tratado remitido a la Sociedad Matritense fue elaborado desde una visión crítica con el dogmatismo y el universalismo fisiócrata: Jovellanos empatizó plenamente con el enfoque pragmático y relativista defendido en los *Dialogues*, un libro que figuraba en su biblioteca personal desde, al menos, 1778¹⁸. Una similar defensa, expresa y contundente, de la valía de ese enfoque fue realizada también por autores como Anzano o Calomarde. En palabras de este último:

“La legislación sobre el arreglo de los granos ha de tener presentes muchas circunstancias a las cuales se ha de acomodar cada Reino, como dice Galiani. Quiere este escritor que se atienda a la población del país, a su situación, a su gobierno, al mayor o menor número de tierras propias para la cosecha de granos... Fundados en estos principios no hemos de extrañar que muchos reinos de la Europa discorden en la parte de la legislación que trata de los granos”¹⁹.

Todo ello es buena muestra de que los ilustrados españoles leyeron los *Dialogues* como lo que era realmente: un libro no cerrado y definitivo, sino abierto a la interpretación. Su punto de partida era, como esa corriente de economistas españoles percibió perfectamente, que no existía una ciencia económica única y universal válida para todos los contextos nacionales, de tal manera que la política

¹⁸ Francisco Aguilar Piñal, *La biblioteca de Jovellanos (1778)*, Madrid, CSIC, 1984, p. 52.

¹⁹ Tadeo Francisco de Calomarde, *Discurso Económico-político leído en la Real Sociedad Aragonesa*, Madrid, Gerónimo Ortega, 1800, p. 72-73.

económica no debía ser emprendida a partir de una esquema abstracto sino de un examen preciso de las circunstancias particulares y concretas. El libro estaba redactado como una superposición de experiencias concretas, con una mirada especialmente aguda y extensa hacia los casos de Francia o Nápoles. España, sus regiones y sus ciudades, a pesar de ocupar un espacio marginal, era mencionada en una docena y media de ocasiones, y esto, como veremos, actuó como señuelo para la lectura y la discusión del libro entre los ilustrados de la Monarquía. Esta metodología relativista y favorable a las vías de desarrollo “nacionales” ha sido interpretada como una aplicación en el terreno económico de las ideas sobre el espíritu relativo de las leyes de Montesquieu y daba coherencia a un conjunto de ideas más fáciles de comprender y aplicar que los razonamientos abstractos de los fisiócratas. No hay que olvidar también que el mensaje vertebral de Galiani que diferenciaba entre la dimensión ‘política’ y ‘económica’ del grano —en suma, aunque éste pudiera ser objeto de comercio sometido a la reglas del mercado, debía de supeditarse a la “razón de Estado” y a los intereses políticos que imponía el mantenimiento de la estabilidad social— obligaba al realismo sociopolítico y al pragmatismo a la hora de emprender las reformas. Todo ello empatizaba bien con una Ilustración como la española, relativamente templada.

Por otra parte, todas estas premisas conectaban perfectamente con la tradición previa asentada en la España ilustrada a través de autores como Forbonnais o Accarias de Serionne y encontrarán un enfático apoyo en la posterior —y casi simultánea— recepción que conoció en España la obra económica de Necker, cuyos principios metodológicos debían mucho al propio Galiani. La importancia que todo ello tuvo en la formación de la *mainstream* de la Ilustración española queda muy bien reflejada en la decantación a favor de esos métodos que se realizó en los primeros estudios estadísticos de rango oficial, alrededor de la pionera Oficina de la Balanza de Pagos, durante el ministerio de Lerena. Uno de esos investigadores pioneros, el aragonés Larruga, reconocía en 1787, con una claridad poco habitual en la literatura económica de su tiempo, la indiscutible utilidad de estos enfoques relativistas que tanto debieron a la figura de Galiani:

“La mayor parte de los hechos económicos son relativos. La extracciones de un Estado suponen introducciones en otro. Un país no puede tener gran masa de agricultura e industria sin una población proporcionada; ni una cierta población sin bastante cantidad de riquezas y subsistencias. De aquí se deduce la dificultad de asentar proposiciones generales en materia de comercio. Esto requiere un estudio profundo de todos los casos particulares; examinar como se diferencian entre sí, y en qué convienen; y finalmente ver

qué diferencias no impiden el poderse combinar por un lado común, y sacar de aquí un principio general”²⁰.

Como se ha mencionado, junto a este vertiente metodológica, los *Dialogues* también incidieron en la discusión abierta acerca del modelo de desarrollo apropiado para la economía española. Su contenido medió en un tema clave en ese terreno cual era el debate acerca de la conveniencia de un modelo de crecimiento que acompasara el desarrollo de la agricultura con el de la industria. Precisamente, esta cuestión vertebral motivó que Campomanes mencionara a Galiani por vez primera en España, en concreto, en 1774, antes de que su libro fuera traducido. Según el Fiscal asturiano, el napolitano había demostrado que

“la agricultura sola es insuficiente e incapaz de sostener un país; y la cosa es clara, porque ésta no emplea todos los hombres, ni en todos los tiempos. Un gran número de habitantes no tiene robustez ni disposición para sus faenas, ¿qué se hará de tan gran porción de pueblo si se descuidan las artes y se pone solo la atención en la agricultura y la cría de ganado?”²¹.

Un año después volvía a incidir sobre esta misma idea. En pleno proceso de elaboración de la traducción de los *Dialogues*, instigada por él, Campomanes volvía a incidir en que “faltando las fábricas, perecen los cosecheros, porque no hallan quien consuma las cosechas”; y a continuación añadía que “los *Díálogos* del Abate Galiani, que se están actualmente traduciendo, traen muy buenas reflexiones sobre este punto”²².

Así pues, Campoamnes utilizaba a Galiani para subrayar que el desarrollo agrícola exigía como condición indispensable el fomento simultáneo de la industria. Ningún autor mejor que uno procedente de la siempre cercana realidad napolitana y tan afamado como Galiani podría ayudar a mostrar esta evidencia, reforzando así las líneas de reforma que en esos años habían pasado a ser la prioridad del Consejo de Castilla. Se debe recordar que durante el bienio 1774-5 Campomanes estaba empeñado en que las reformas oficiales se ampliaran desde las medidas ya adoptadas sobre agricultura, comercio del grano y comercio

²⁰ Eugenio Larruga, *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, Madrid, Benito Cano, 1787, vol. I, pp. III-IV.

²¹ *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid, Antonio de Sancha, 1774, p. IX. El texto aparece recogido en los mismos términos en el *Tratado del cáñamo, escrito en francés, por Mr. Marcandier, Consejero en la Elección de Bourges* (Madrid, Antonio de Sancha, 1774, pp. VII-VIII), de Manuel Rubín de Celis.

²² *Apéndice a la Educación Popular*, Madrid, Antonio de Sancha, vol. I, 1775, pp. 44-45.

colonial, hasta las relacionadas con los problemas de la industria popular, las fábricas y los gremios²³. Sus bien conocidos seis volúmenes de *Discursos* publicados durante 1774-1777, en los que precisamente se contenían las dos citas textuales mencionadas sobre Galiani, tenían esa finalidad primordial. Además, la conveniencia de no descuidar el desarrollo de la industria resultaba especialmente acuciante cuando desde Europa arremecían las voces que pretendían condenar a España a ser un país especializado en la exportación de granos y bienes agrarios. Campomanes acababa de publicar en 1773 una refutación anónima contra una obra de Accarias de Serionne en la que éste había defendido abiertamente esa posibilidad²⁴. Así pues, el Fiscal estaba abanderando durante esos años una auténtica cruzada ante la opinión pública de su país tratando de persuadir de que éste no debía de renunciar bajo ningún motivo al desarrollo de sus manufacturas y la obra de Galiani resultaba especialmente persuasiva respecto a esta cuestión. La traducción española de los *Dialogues* presentaba así un argumento justificativo adicional a su motivación principal: servir como muro de contención contra la experiencia liberalizadora de Turgot y como sostén de la vía reformadora en el comercio de los granos abierta por el Consejo de Castilla a través de la *Pragmática* de 1765.

Ahora bien, resulta obligado matizar que, respecto a esta cuestión de la función económica de la industria, la fidelidad de Campomanes hacia Galiani era tan sólo parcial: un economista tan convecidamente agrarista como el Fiscal del Consejo no podía aceptar la idea de la superioridad de la industria sobre la agricultura y las ventajas de las naciones industriales sobre las agrarias, tal y como había argumentado con mucha precisión el napolitano en el quinto diálogo de su obra. Precisamente, esta era la interpretación del libro que se realizó desde el ámbito de los ilustrados españoles mucho más proclives que Campomanes a la prioridad de la industria y el comercio, tal y como fue el caso, por ejemplo, del vasco Foronda²⁵.

En cualquier caso, la lectura de los *Dialogues* por parte de Campomanes en relación con la cuestión de la industria encontró pronto nuevos partidarios. La

²³ Llombart, *Campomanes*, pp. 282-283.

²⁴ Jesús Astigarraga, "L'économie espagnole en débat. L'oeuvre d'Accarias de Serionne et sa réfutation par Campomanes", *Revue Historique*, 2012, nº 662, pp. 356-389.

²⁵ Aludimos, nuevamente, a sus *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política*.

procedencia de estos era la Sociedad Económica Matritense. En 1776 Vicente Juez Sarmiento, en una memoria destinada a mostrar las ventajas de la “nueva agricultura” de Tull y Duhamel, realizaba una puntual, pero muy expresiva, corrección a los *Dialogues*: este miembro de la Matritense aceptaba la idea de que las ciudades populosas e industriosas eran un factor favorecedor del desarrollo de la agricultura en sus comarcas vecinas; ahora bien, a diferencia de lo sostenido por el napolitano, este fenómeno se extendía también a urbes como Roma o Madrid, cuyas campiñas circundantes no se hallaban desiertas²⁶. Un año después, otro miembro también relativamente secundario de la Sociedad, Juan Bautista Felipó, citaba a Galiani en relación nuevamente a la conveniencia de acompañar el desarrollo de la agricultura y el de la industria, pero con la particularidad de que superponía esta idea a las propias de Campomanes, al copiar textualmente los fragmentos del texto de Galiani elogiosos con la industria rural popular, también extensamente elogiada por el Fiscal en su *Discurso sobre la industria popular* de 1774:

“Una familia es por mitad tan presto labradora, tan presto fabricante: no todo el año se emplea en riegos y demás trabajos del campo. Una manufactura puede trabajarse por la mujer, hijas, hermanas y parientes del labrador, y como el dinero que produce queda en la familia, sostiene el cultivo de la tierra, sirve para hacer sus provisiones con tiempo, y para evitar las ventas precipitadas con pérdidas, de modo que sin préstamo sale el labrador de sus obligaciones”²⁷.

Por último, diez años después, el miembro valenciano de la Matritense Manuel Sisternes y Feliú ampliaba en el tiempo esta línea genealógica de lectura de los *Dialogues*. Su defensa de la elaboración de una Ley Agraria de carácter no uniforme y relativamente descentralizada incidía en la relevancia, a la hora de diseñarla, de tener en cuenta el caso de determinadas regiones españolas, como era el caso de las mediterráneas, donde la industria se había configurado como un factor clave para el desarrollo agrario. En defensa de esta idea Sisternes copiaba textualmente un expresivo fragmento de los propios *Dialogues*:

²⁶ “Memoria del señor don Vicente Juez Sarmiento, sobre el producto, y gastos de una labranza de trigo, en el término de Madrid, leída en junta de 12 de noviembre de 1776”, en *Memorias de la Sociedad Económica*, Madrid, Antonio de Sancha, 1780, vol. I, p. 31; cfr., *Diálogos*, p. 88.

²⁷ “Memoria del Señor Don Juan Bautista Felipó, sobre el cultivo de moreras, leída en Junta de 20 de Mayo de 1777”, en *Memorias de la Sociedad Matritense*, Madrid, Antonio de Sancha, 1780, vol. I, pp. 148-9, nota; cfr., *Diálogos*, pp. 88-89.

“El Abate Galiani en sus *Diálogos*... confiesa que después que en Valencia y Cataluña se han establecido fábricas y manufacturas estas dos provincias tienen una cultura que admira: el que las recorra, pensará que ve los jardines de Armidas”²⁸.

La naturaleza de los *Dialogues* de libro abierto a interpretaciones y lecturas diversas resulta especialmente nítido cuando se analiza el uso que los ilustrados españoles realizaron del mismo respecto a la siempre polémica cuestión del comercio de los granos, tanto durante los veinticinco años de período de vigencia de la *Pragmática* de 1765 como del nuevo marco más moderado y estricto que se decretó a partir de 1790, en plena coyuntura de escasez de granos y de hambrunas, como símbolo del final del extenso ciclo del crecimiento agrario que había caracterizado el siglo XVIII español.

Es indiscutible que, con relación al asunto del comercio de los granos, los primeros y más cuantiosos receptores de los *Dialogues* fueron los ilustrados adscritos a la corriente “oficial”, en cuanto que alineados con el reformismo que simbolizaba la *Pragmática* de 1765 y su implantación práctica. Comenzando por los propios Campomanes y Jovellanos. Aquél no dudó en presentar su *Respuesta Fiscal* de 1764, es decir, el escrito que sirvió de base teórica para esa *Pragmática*, como un texto que adelantaba los contenidos centrales de los *Dialogues*: “yo he tocado antes los principales [puntos] en mi *Respuesta Fiscal* sobre la libertad del precio de los granos”, zanjaba Campomanes²⁹. Con relación a Jovellanos, ha sido ya estudiado con detalle que, más allá de los presupuestos metodológicos, el libro de Galiani constituyó, junto a autores como Herbert o Necker, una fuente esencial de su *Informe*, en el que era citado expresamente en diversas ocasiones. El asturiano coincidía con el napolitano en el diagnóstico esencial de que la agricultura española requería una liberalización plena del comercio interior y una más moderada y regulada relación con el mercado exterior, en particular respecto a la siempre delicada cuestión de las exportaciones de granos³⁰.

Pero las ideas sobre el comercio de los granos de los *Dialogues* conocieron también una diseminación muy intensa en diferentes ámbitos regionales. Tres

²⁸ Manuel Sisternes, *Idea de una Ley Agraria española*, Valencia, Benito Monfort, 1786, p. 129, nota. Una interpretación del conjunto de la obra en V. Llombart, “Estudio Preliminar” a *Idea de una Ley Agraria Española*, Barcelona, Alta Fulla, 1993.

²⁹ *Apéndice a la Educación Popular*, vol. I, 1775, p. 45.

³⁰ Llombart, *Campomanes*, pp. 155 y ss.

casos muy significativos de ello fueron los de Navarra, Aragón y Mallorca. En el Reino navarro Galiani fue un autor citado por los dos ilustrados más relevantes del tramo final del siglo, el marqués de San Adrián y Argáiz, en el ámbito de las discusiones que albergaron las Cortes del Reino en 1780-1 acerca de la posibilidad de transformar el marco foral vigente en el comercio de granos, liberalizando las transacciones en el interior del Reino y ampliando el precio máximo para la exportación del grano a los territorios colindantes³¹. En el vecino Aragón, y dejando ahora a un lado el peculiar caso de Tomás Anzano, Villava, en sus extensas notas a las *Lezioni* de Genovesi, salía en defensa de dos ideas presentes en los *Dialogues*, “que se hallan bien traducidos al castellano”: la conveniencia de restringir las exportaciones de granos a los años de abundancia de cosechas utilizando para ello los derechos fiscales a la exportación, en vez del sistema vigente de precios máximos; asimismo, compartía con el napolitano su convicción de que la ley de navegación inglesa “más parece un reglamento para fomentar la marina, que no una Ley Agraria para animar la labranza”³². Esta misma visión crítica del napolitano respecto a la legislación agraria británica era recogida por otro aragonés, Calomarde: éste sostenía, con el napolitano, que la causa del desarrollo agrario de ese país no se había debido a su política de gratificación de las exportaciones, cuanto a su capacidad de venta de sus excedentes a precios relativamente elevados³³.

Mallorca fue el marco de una singular experiencia en el proceso global de recepción y diseminación de los *Dialogues* en España. Todo apunta a que, originariamente, la obra de Galiani fue introducida en el archipiélago a través de los miembros de la Sociedad Mallorquina. A inicios de los años ochenta, el abogado y tesorero de la misma, Bernardo Contestí y Benassar, mencionaba al napolitano en sendas memorias en defensa de dos ideas por él expuestas: en primer lugar, que un cierto grado de libertad en la extracción de los granos “anima al labrador y aumenta las cosechas”; y, en segundo, que, salvo en el caso de hambrunas, no

³¹ Los detalles y el marco general de la explicación se encuentra en el Jesús Astigarraga, “Estudio Preliminar” a *Ilustración y economía en Navarra (1770-1793): el pensamiento económico de José María Magallón y Francisco Javier de Argáiz*, Vitoria, Departamento de Justicia, Economía, Trabajo y Seguridad Social, 1996.

³² Victorián de Villava, “Notas del traductor” a las *Lecciones de Economía Civil y Comercio* (1785-1786) de Antonio Genovesi, vol. I, p. 227.

³³ Calomarde, *Discurso económico-político*, p. 74.

convenía sustituir el grano como elemento básico de la alimentación, pues “cuando se quiere suplir con otros frutos se siguen enfermedades y epidemias”³⁴.

No obstante, la huella de Galiani en Mallorca cuenta con una evidencia mucho más contundente aún. Se trata de un manuscrito totalmente desconocido hasta la fecha. Su contenido carece de cualquier información relativa a su autor, año de elaboración y procedencia³⁵. En realidad, este escrito manuscrito conjuntaba, uno detrás de otro, dos textos sobre el comercio de los granos cuyos títulos eran: “*Extracto de las Principales razones y Reflexiones del Libro Intitulado: Dialogues sur le commerce des bleds. Cuya obra se reputa del Abate Galliani. Londres 1770*” (ff. 1-82); y “*Reflexiones de Dn. Desiderio Bueno, sobre el Papel Intitulado: el Trigo considerado como Género Comerciable*”. Madrid. De orden superior. En la Imprenta Real de la Gaceta año 1764” (ff. 93-149).

Una revisión detallada de su contenido permite afirmar que este segundo era sencillamente lo que su título señalaba con claridad: una copia textual e íntegra del escrito que había publicado en 1764 el valenciano Enrique Bueno con el seudónimo de Desiderio Bueno. Por su parte, el primero era una versión totalmente singular de los *Dialogues* de Galiani. Como adelantaba el título del escrito, su anónimo autor realizó en él una síntesis tan apretada como fiel de algunas de las principales tesis del libro; una síntesis que recorría, uno tras otro, los siete diálogos que componían el libro original y que finalizaba con una breve “conclusión de esta obra” debida al autor del escrito³⁶. El rasgo más significativo del mismo, además de su reducido tamaño respecto al original, era que en él el método de diálogo utilizado por Galiani era reemplazado por una narrativa lineal que trataba de condensar en algo más de ochenta folios manuscritos la exuberancia ideológica y formal de los *Dialogues* originales. Carente de contribuciones o comentarios originales del autor del manuscrito, en éste se revisaban las posiciones de Galiani acerca del relativismo de las leyes económicas, la existencia de vías nacionales diferenciadas para el crecimiento económico y,

³⁴ Véase, su “Memoria sobre los medios de abastecer la isla de Mallorca de granos de su propia cosecha” (s. a.) y su “Memoria sobre el libre comercio de higos” (1782), ambas en las *Memorias de la Real Sociedad Económica Malloquina de Amigos del País*, Palma de Mallorca, Ignacio Sarrá y Frau, MDCCLXXXIV, pp. 173 y 202, respectivamente.

³⁵ El manuscrito se encuentra en la Biblioteca Pública del Estado en Palma de Mallorca, mss. 317. Contiene 149 folios en 89 cuartillas. Debo esta información a la generosidad y la amabilidad del Profesor Fernando Bouza.

³⁶ “*Extracto de las Principales razones*”, ff. 76 y ss.

muy en particular, el rechazo del napolitano a la exportación de granos libre y sin restricciones.

Esta última cuestión viene a ofrecer una explicación plausible acerca de las razones por las que el resumen de Galiani se presentó junto al breve escrito de Ramos. Este último había sido escrito con el fin de refutar la traducción española del economista francés Abeille, publicada ese mismo año de 1764, en la que se defendía, si bien desde posiciones no estrictamente fisiócratas, la libre exportación de los granos. Ramos se oponía a esta posibilidad y presentaba como alternativa el sistema comercial británico de regulación del comercio exterior a través de la gratificación de las exportaciones, la restricción de las importaciones y el tráfico en navíos nacionales. Una vez más, la corriente contraria a la libre exportación se presentaba como un antecedente afín a Galiani.

Una última cuestión abierta a la interpretación de esta singular versión de los *Dialogues* se refiere al hecho de que el manuscrito que la contenía lleva un encabezado que reza lo siguiente: “A uso Fray Luis de Villafranca Capuchino. Año 1808”. Este breve texto figura con una letra y un tono de tinta dispares de los del cuerpo central del manuscrito. Al mismo tiempo, ese mismo tono diferente es utilizado para subrayar, tanto en el entrelineado como en los márgenes, diferentes fragmentos de los dos textos que forman el manuscrito. Todo hace pensar, por tanto, que el eclesiástico mencionado pudo ser un lector, seguramente, posterior de este escrito, más que propiamente su autor. La interpretación más lógica es pensar que éste pudo ser realizado, pocos años después de publicada la traducción española de los *Dialogues*, en el seno de la Sociedad Mallorquina o en sus aledaños, donde, como hemos visto, existen pruebas de que los *Dialogues* estaban siendo leídos y consultados.

La influencia de los *Dialogues* sobre el debate del comercio de los granos fue más allá de los confines de la Ilustración “oficial”. En la fecha en que se produjo su diseminación, durante el último cuarto del siglo XVIII, las interpretaciones en el seno de la Ilustración española sobre esta cuestión eran más plurales, en cuanto que no siempre se hallaban alineadas con el reformismo que simbolizaba la *Pragmática* de 1765 y la línea vertebral que vinculaba la *Respuesta* de Campomanes con el *Informe* de Jovellanos. Con un sentido crítico se había abierto una corriente de naturaleza más radical cuya inspiración principal procedía de Condillac y la fisiocracia. Aun a pesar del giro conservador de 1790, esta corriente defendía la liberalización plena no sólo del comercio interior sino también del

exterior, las exportaciones del grano y de otros bienes agrarios incluidas, y todo ello a través de una ley general y única que estableciera ese marco de libertad indefinida. El aragonés y profesor en la Universidad de Salamanca Ramón de Salas fue uno de ellos; y otro, también muy significativo, su discípulo en esa Universidad y futuro padre de la patria Argentina, Manuel Belgrano³⁷. Pues bien, aunque ambos defendieran esos principios liberalizadores más radicales es muy significativo que mencionaran a Galiani, apelando a él como una fuente de autoridad, con el fin de defender que sus *Dialogues* representaban una especie de vía de transición que podía resultar adecuada para favorecer un cambio armonioso y cohesionado desde el vigente marco regulado hasta alcanzar el deseado sistema plenamente liberal y librecambista de los frutos agrarios. La cuestión más expresiva es que Belgrano citara los *Dialogues* de Galiani en su traducción de uno de los textos canónicos de la fisiocracia, las *Máximas de un Reino agrícola* de Quesnay, publicado en 1794³⁸; además lo hacía siguiendo expresiones copiadas textualmente de las que su maestro Salas había empleado en su defensa del modelo de reforma gradual del napolitano Galiani.

En ese mismo año de 1794 el aragonés Tomás Anzano daba a la luz una traducción del *Essai sur la police des grains* (1753) del francés Herbert. Se trataba verdaderamente de una versión muy singular, por cuanto Anzano adicionaba al final de cada uno de los dieciocho capítulos del *Essai* original un conjunto muy amplio de comentarios originales que terminaban por transformar su versión en una especie de “libro dentro de un libro”³⁹. En su conjunto, esos comentarios de Anzano eran críticos y sintonizaban bien con el nuevo clima establecido tras la derogación en 1790 de la *Pragmática*: representaban una desautorización de la política oficial pergeñada en torno a ésta, así como de la línea reformadora ideológicamente sustentada en los escritos de Campomanes, muy cercanos precisamente al *Essai* de Herbert. En su análisis crítico Anzano mencionaba

³⁷ Todo ello se explica con más detalle en J. Astigarraga, “Ramón de Salas y la difusión de la fisiocracia en España”, *Historia Agraria*, 2010, nº 52, pp. 75-120. Acerca del uso por parte de Salas de la obra de Galiani, nos remitimos a Jesús Astigarraga, *Luces y republicanismo. Economía y Política en las “Apuntaciones al Genovesi” de Ramón de Salas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011.

³⁸ F. Quesnay, *Máximas generales del gobierno de un reyno agricultor*, traducido del francés por D. Manuel Belgrano (1794), ed. de E. Lluch, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica e Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1984.

³⁹ *Ensayo sobre la policía general de los granos*, Madrid, Imprenta de Antonio Espinosa, 1795. Para una interpretación general, puede verse J. Astigarraga y J. Usoz, “Política y Economía en el *Análisis del Comercio del Trigo* (1795) de Tomás Anzano”, *Hispania. Revista Española de Historia*, 2009, nº 232, pp. 395-421.

reiteradamente a Galiani. Llevaba hasta sus últimas consecuencias el relativismo del napolitano con el fin de defender que en España no eran aplicables ninguna de las reformas inspiradas en modelos foráneos, ya fueran el francés o el británico, debido a las especificidades propias del mercado de granos español: la política económica debía atender de manera radical a las particularidades de cada tiempo y de cada lugar. Y con la misma radicalidad defendía que el trigo era una mercancía singular que requería de una regulación única y particular. Su orientación debía de ser la defensa del consumidor. Con el fin de garantizar las subsistencias a precio reducido, el mercado de granos y su comercio debían de estar sometidos a una reglamentación muy estricta, si bien manteniendo el criterio de libertad de precios. Se trataba, en palabras de Anzano, de establecer un sistema de “comercio limitado”. Éste implicaba una falta de fe absoluta en el funcionamiento de los mecanismos naturales del mercado. Anzano salía en defensa de los pósitos públicos, de las compra-ventas públicas masivas de grano, de intervenciones de intendentes y corregidores en el comercio interior y, por encima de todo, del cierre virtual de la posibilidad de la exportación. En defensa de este programa regulador e intervencionista, Anzano reiteraba sus citas a autores como Galiani y, en particular, a Necker. Se debe subrayar que este retorno, en suma, a la *police* y a una economía porfundamente administrativa se producía en 1794, es decir, en los mismos años en que eran publicados el *Informe* de Jovellanos y las *Máximas* de Belgrano; era por tanto el momento preciso en que tanto el asturiano como los autores de la corriente filo-fisiócrata española hacían uso de los *Dialogues* para defender, si bien desde posiciones dispares, la necesidad de seguir explorando las vías de un reformismo agrario de orientación liberal. No obstante, esta relación de Galiani con la tradición económica española más netalmente intervencionista se mantendrá vigente durante las primeras décadas del siglo XIX español. Un expresivo ejemplo de ello lo encontramos en el economista catalán Lázaro Dou. Traductor crítico de la *Wealth of Nations* de Smith, de quien rechazó frontalmente sus críticas al “sistema mercantil”, el tratado de Galiani representó para él, junto al de Ward, la mejor guía para abordar la materia de abastos y de extracción de granos⁴⁰.

De esta manera, Galiani se configuró como una especie de puente entre una tradición española previa no fisiócrata y Necker, un autor que gozará de un gran

⁴⁰ Ramón Lázaro Dou, *Instituciones de Derecho Público General de España con noticia particular de Cataluña y de las principales reglas de gobierno en cualquier estado*, Madrid, Benito García y Compañía, 1800-1809, 9 vol., vol. V (1802), pp. 4 y 12. Según Lluch, Galiani fue precisamente el economista extranjero que más influyó en Dou: *El pensament economic en Catalunya* (1760-1840), Barcelona, Edicions 62, 1973, pp. 189-201.

prestigio en los años ochenta. No debe olvidarse, con relación a esto, que la mayor parte de los autores traducidos —y también más influyentes— que precedieron a la versión española de los *Dialogues* (Herbert, Accarias de Serionne, Forbonnais, Bielfeld, Plumard de Dangeul, etc.) eran afines a Galiani respecto a las reformas convenientes: aunque fueran partidarios del libre comercio interior del grano, eran, en cambio, muy cautos, cuando no expresamente contrarios, a su libre comercio exterior; es decir, a diferencia de lo que ocurrió en Francia con los fisiócratas, en España apenas existieron divisiones en una línea de liberalización hasta 1790 aproximadamente que, de manera casi unánime, excluyó el comercio exterior⁴¹, y, por tanto, el planteamiento moderado de Galiani se sembraba sobre un terreno bien roturado previamente.

Una cuestión complementaria que suscita la fortuna en España de los *Dialogues* se refiere a la suerte que corrieron en el país los libros favorables y contrarios a sus tesis. El “gran ruido” que generó la publicación del libro en Francia fue alimentado, en particular, por los “filósofos agrónomos” afines a la fisiocracia y contrarios a Galiani: Dupont de Nemours, Baudeau, Roubaud, Le Mercier de la Rivière y Morellet. Todos ellos sometieron a una exhaustiva y detallada crítica las principales tesis metodológicas y económicas de los *Dialogues*; un libro que, en su visión, no hacía sino “*consagrer toutes les opinions populaires sur l’administration du commerce des bleds*” y reforzar “*les antiques routines trop pratiquées pour le malheur des nations*”⁴². Ya hemos adelantado que ninguno de estos escritos favorables a las tesis fisiócratas fue traducido en España. Ahora bien, tampoco

⁴¹ Teniendo presentes las posiciones de los economistas españoles más importantes de este periodo, tales como E. Ramos, N. de Arriquíbar, T. de Anzano, P. de Campomanes, F. Romà o P. de Olavide, las influencias más importantes procedieron principalmente de Herbert, así como de otros miembros del grupo de V. de Gournay (Forbonnais o Plumard de Dangeul), del Mirabeau prefisiócrata y del cameralismo (Bielfeld); mientras, las ideas fisiócratas fueron en general marginadas. No obstante, las investigaciones recientes vienen a mostrar que esas ideas fueron mucho más conocidas de lo que se supone y que la generación de finales de siglo se abrió a la aceptación del libre comercio de granos, de la mano de autores como Foronda, Salas, Belgrano o Álvarez Guerra. Puede verse, por ejemplo, J. Astigarraga y J. Usoz, “Una alternativa fisiócrata al Informe de Ley Agraria de Jovellanos”, *Revista de Historia Económica. Journal of Iberian and Latin American Economy History*, 2007, nº XXV, pp. 427-458; y “Algunas puntualizaciones sobre la fisiocracia en la Ilustración tardía española”, *Revista de Historia Económica. Journal of Iberian and Latin American Economy History*, 2008-3, nº XXVI, pp. 489-498. En todo ello la obra de Condillac desempeñó un papel central. Asimismo, posiciones favorables al libre comercio exterior de los granos se habían manifestado en España ya desde 1760, si bien de forma minoritaria: Jesús Astigarraga, “Un nuevo sistema económico para la Monarquía española. Las Reflexiones sobre el estado actual del comercio de España (1761) de Simón de Aragorri”, *Revista de Historia Industrial*, 2013, 52, pp. 13-44. Todo ello invita a una reconsideración de la presencia de la fisiocracia en España.

⁴² Vid., respectivamente, l’Abbé Morellet, *Réfutation de l’ouvrage qui a pour titre Dialogues sur le commerce des bleds*, Londres [París], 1770, p. 28, y el periódico fisiócrata *Éphemerides du citoyen*, 1769, vol. XII, p. 124.

existen noticias de menciones o citas expresas a ellos. Esta cuestión viene a confirmar que la ardua polémica que despertó la publicación de los *Dialogues*, ya desde 1769, tenía su sustrato principal en la realidad francesa y que alargaba en el tiempo el extenso debate generado por el nacimiento de la fisiocracia a mediados de los años cincuenta.

No obstante, existe una razón adicional para explicar la ausencia en España de referencias a esa literatura polémica. Se trata precisamente de la escasa presencia que este país ocupó en el seno de la misma. Entre los autores favorables a Galiani tan sólo Diderot incluía una breve referencia a España en un escrito que quedó inédito en su tiempo⁴³. El contenido de ese escrito ratificaba el total alejamiento del filósofo de la “secta” fisiócrata, consumado alrededor de 1769: en su opinión, mientras Morellet, asiduo en “*la bottega degli economisti*”, era “*un uomo di buon senso*”, Galiani era “*un uomo di genio*”⁴⁴. Este distanciamiento de la “secta” se debió en particular a la falta de realismo de sus principios. Así, era evidente que la industria generaba producto neto, y en defensa de ello aducía los acertados ejemplos de Galiani de lugares como Valencia o Cataluña, a los que también podía haber añadido los de Bolonia o Suiza⁴⁵.

Por su parte, entre los fisiócratas, el caso de España aparecía, en primer lugar, en relación con la geografía del comercio de granos en el conjunto del ámbito continental. Las primeras informaciones en este sentido fueron aportadas en el primer escrito refutatorio de los *Dialogues* de Galiani, debido a Le Mercier de la Riviére. A pesar del elevado grado de abstracción con el que éste fue concebido, el fisiócrata se introducía, si bien marginalmente, en las diversas circunstancias concretas del comercio de grano europeo. En ese sentido, España, que tenía todas las características para ser una nación “comerciante de grano”, era sin embargo normalmente una nación importadora, aunque en cantidades reducidas; y, en la medida en que ello ocurría también en Holanda, Suiza o Italia, Francia no sólo podía convertirse en una especie de almacén de granos extranjeros, sino que su sistema agrario podía verse estimulado ante la posibilidad de exportar grano hacia esos mercados deficitarios; eso sí, siempre que ello no se viera coartado por el

⁴³ Se hace uso de la versión italiana del escrito D. Diderot, *Apologia dell'Abate Galiani*, en F. Díaz (ed.), *Scritti politici di D. Diderot*, Torino, Tipografia Torinese, 1967, pp. 193-196.

⁴⁴ Diderot, *Apologia*, p. 144.

⁴⁵ Diderot, *Apologia*, pp. 179-180.

establecimiento por parte de España del derecho de importación sobre los granos recomendado por Galiani para regular su comercio internacional⁴⁶.

Estas ideas acerca de España (extendidas pronto a Portugal) fueron bendecidas de manera inmediata por el fisiócrata Roubaud⁴⁷. Sin embargo, al mismo tiempo, recibieron, una crítica inmediata desde el *Journal de l'Agriculture, du commerce, et des finances*. Antes de que fuera dirigido por el fisiócrata Roubaud entre junio de 1770 y 1774, este periódico operaba en el terreno antifisiócrata, en buena medida, como réplica a los *Éphémérides du citoyen*, que a partir de su volumen XI, de finales de 1769, habían comenzado su propia cruzada contra el libro de Galiani⁴⁸. Desde el *Journal* se admitía que España (y Portugal) era un país deficitario en grano⁴⁹, pero se dudaba de que pudiera resultarle útil la propuesta fisiócrata de decretar esas leyes “generales, constantes e invariables” sobre el libre comercio exterior de los granos, que reclamaba Roubaud⁵⁰. Una ley de esa naturaleza, en su faceta de libre exportación, perjudicaría notablemente a un país deficitario, como era el español. Además, tampoco tenía porqué reportar las ventajas para la economía francesa que suponía Le Mercier. En realidad, Francia tenía una capacidad reducida de exportación de granos: sólo podía abastecer a dos o tres pequeños países a los que no les faltara todos los años; y ese no era precisamente el caso de España. De hecho, cuando se estimaba que no habría una buena cosecha nacional, Cádiz se llenaba “*d’une infinité de navires chargés de bled*” procedentes de numerosos lugares europeos. Sólo una pequeña porción de ese comercio podría ser acaparada por los comerciantes franceses. Por tanto, ese comercio exportador era más precario para Francia de lo que la “*troupe économique*” fisiócrata suponía⁵¹.

⁴⁶ Pierre-Paul Le Mercier de la Rivière, *L'intérêt général de l'État, ou la liberté du commerce des blés*, Ámsterdam, Desaint, 1770, pp. 294, 302 y 373.

⁴⁷ Pierre Joseph André Roubaud, *Récréations économiques*, Ámsterdam, 1770, pp. 130 y 227. El caso contrario más reiterado era el de Polonia o Turquía. Roubaud criticaba a Galiani debido a que no hubiera vinculado la situación de Portugal con la de España (p. 224).

⁴⁸ *Éphémérides du citoyen, ou Bibliothèque raisonnée des sciences morales et politiques*, París, Lacombe, 1769, pp. 193 y ss.

⁴⁹ *Journal de l'Agriculture, du commerce, et des finances*, París, Imprimerie de Knapen, abril de 1770, p. 163, y julio de 1770, pp. 94-5 y 116. El periódico estimaba que los déficits españoles se manifestaban cada cuatro o cinco años.

⁵⁰ Roubaud, *Recreations économiques*, p. 11.

⁵¹ *Journal de l'Agriculture*, Abril de 1770, p. 164

El segundo tema polémico en el que aparecía de manera incidental el caso de España se refería a las críticas de los fisiócratas al relativismo de los *Dialogues*: estos, en palabras de Roubaud, en vez de seguir la “*route de la nature*”⁵² y de reconocer unos principios y unas políticas económicos universales (“*ce que vous ferez en Espagne, je le ferai en France*”)⁵³, eran una superposición desordenada de casos y ejemplos, cuyos fundamentos económicos no habían sido probados por la experiencia. Como señalaba l’abbé Morellet, buen amigo de Galiani, el problema no era sólo la elección de un método erróneo, sino que el propio relativismo del napolitano era “falso” y se hallaba “mal informado”⁵⁴; el propio Morellet acusaba a Galiani de que, en nombre de la razón de Estado y de la “*grandeur de la Nation*”, se atacaban los derechos más sagrados del ciudadano y de su “*abus des faits pour prouver des prétendus principes avec lesquels ils n’ont aucune liaison*”⁵⁵. El caso de España aparecía de forma reiterada para mostrar esta falsedad del relativismo de los *Dialogues*. En primer lugar, en relación a la falsa catalogación de las naciones entre agrícolas e industriosas. Según Roubaud, a diferencia de lo que señalaba Galiani, países como Suiza, Francia o España eran ejemplos precisos de que la tierra era la fuente de todas las riquezas e, incluso, de la supremacía de los pueblos agrícolas⁵⁶. En segundo lugar, respecto a la supuesta conveniencia de un modelo de desarrollo equilibrado. Para Roubaud, Galiani erraba al considerar que Madrid era una capital desprovista de manufacturas: en ella “*il y a des manufactures et des laboureurs, comme il ne tient qu’à vous de l’apprendre*”; además, las había también de lujo, como en todas partes, “*excepté votre peuple imaginaire*”. Y todo ello era un factor beneficioso para el desarrollo agrario pues el campesino no tenía así que enviar las materias primas a lugares industriosos remotos, como Valencia⁵⁷. En la misma línea, para Morellet el ejemplo de las regiones mediterráneas españolas, Cataluña, además de Valencia, al que apelaba Galiani para mostrar que allí la manufactura y la agricultura prosperaban juntos, y concluir después que aquélla eran la razón del progreso de éste, “*c’est pis que le sophisme*”. En realidad, no era posible saber qué sector influía sobre el otro, y él no tenía ninguna duda: “*se sont*

⁵² Roubaud, *Recreations économiques*, p. 188.

⁵³ Roubaud, *Recreations économiques*, p. 179.

⁵⁴ André Morellet, *Réfutation de l’ouvrage qui a pour titre Dialogues sur le commerce des bleds*, Londres [Paris], 1770, p. 37.

⁵⁵ Morellet, *Réfutation*, p. 80 y 145.

⁵⁶ Roubaud, *Recreations économiques*, p. 19.

⁵⁷ Roubaud, *Recreations économiques*, pp. 86-87 y 89.

les produits de la culture que mettent les propriétaires de terre espagnols, qui achètent les ouvrages des manufactures de Valence et de la Catalogne en état de les payer"⁵⁸.

En último lugar, las críticas a la casuística de las circunstancias de Galiani alcanzaba también a la estructura del mercado de granos español. Según Morellet, el napolitano desconocía la divergencia española en la producción del cereal entre las provincias marítimas y las del interior⁵⁹. En un sentido similar, Roubaud le acusaba de errar al explicar que "*la vieille Castille qui occupe à peu près le milieu de l'Europe est très fertile en grains, au lieu que les provinces à bled de la France sont sur les frontières*", al tiempo que minusvaloraba la importancia estratégica de la posición geográfica de las regiones productoras de granos; gracias al transporte marítimo los puertos de la Bretaña francesa se hallaban más próximos a los puertos españoles que al último de la Normandía, de ahí la importancia de no poner trabas a la libre exportación⁶⁰. Así pues, entre los fisiócratas el caso de España era utilizado para subrayar la cadena de errores que contenían los *Dialogues*, debido a su pésima orientación metodológica y su negativa a aceptar la existencia de principios económicos absolutos y universales.

Abortada la vía de una posible influencia de los textos alumbrados a la luz de la polémica que despertaron los *Dialogues* en Francia, en cambio, una cierta reactivación de su presencia fue debida a las circunstancias que acompañaron en la década de los años ochenta el fin del largo ciclo de crecimiento agrario característico del siglo XVIII, las duras crisis de subsistencia de 1787-1788 y el cierre en 1790 de la etapa de vigencia de la *Pragmática* de 1765. Esa reactivación se produjo en dos líneas complementarias.

La primera aludía a la defensa de los pósitos municipales. Un primer testimonio muy expresivo en este sentido, procedente de Cataluña, era el de los *Discursos* de Antonio Elies⁶¹. Publicados en 1787, constituían una defensa en toda

⁵⁸ Morellet, *Réfutation*, p. 211.

⁵⁹ Morellet, *Réfutation*, p. 37.

⁶⁰ Roubaud, *Recreations économiques*, p. 188.

⁶¹ Antonio Elies y Rubert, *Discursos sobre el origen, antigüedad y progresos de los pósitos o graneros públicos de los pueblos*, Cervera, Imprenta de la Real y Pontifica Universidad, 1787. Dedicados al Obispo de Ibiza, el texto conectaba con autores tan moderados como Finestres y Dou, citados por su autor, así como, en general, con el conservadurismo característico de la Universidad de Cervera.

regla de la *police*, de la vieja regulación de las repúblicas de la Antigüedad, en especial la de Roma, que era repasada con sumo detalle por el autor del libro y calurosamente elogiada por él. Esa regulación implicaba no solo sostener y ampliar la operatividad de los pósitos, sino también otras intervenciones públicas que contribuyeran a garantizar las subsistencias a bajo precio, es decir, a defender desde las instancias públicas los intereses del consumidor. Elies mencionaba positivamente el reformismo agrario castellano de Campomanes y Ward, y se autoemplazaba a la defensa de la *Pragmática* de 1765. No obstante, en realidad, se hallaba bien alejado de su espíritu: esa ley pretendía ir reemplazando gradualmente los pósitos por las operaciones en un mercado libre y ageno a las obligaciones que aquellos imponían. Elies se proclamaba partidario de la libertad de precios y del libre comercio interior, pero en un marco en el que éste se hallaba limitado debido precisamente a la actividad de los pósitos. Todo desembocaba en una defensa matizada de la política que la Superintendencia de pósitos venía desarrollando desde los años cincuenta: cabía la posibilidad, ya apuntada por Campomanes, de que estos fueran excesivos, pero estas “oficinas de la popular tranquilidad”⁶² resultaban imprescindibles para el desarrollo agrario y la cohesión social.

Otro testimonio afín, relacionado con la cuestión de los pósitos, procedía del Reino de Navarra, de la mano del Marqués de San Adrián. En 1789, ya con el telón de fondo presente de las crisis agrarias de ese momento, este insigne ilustrado navarro reclamaba como antídoto a las mismas una reactivación de los pósitos municipales. Se trataba, más bien, de una propuesta de naturaleza coyuntural cuya fuente de inspiración era el paternalismo intervencionista de Necker, cuyo texto *Sur la législation et le commerce des grains* era citado reiteradamente como fuente de autoridad por San Adrián. En particular, él se anclaba en una teoría de la propiedad de talante relativista e institucional, que permitía interpretar ese derecho individual en función de las necesidades colectivas y que se hallaba muy cercana a la defendida unos años antes por el propio Galiani. Esta interpretación de la propiedad privada le permitía exigir una reactivación de los pósitos públicos que ayudara a amortiguar los efectos más devastadores de la difícil coyuntura agrícola de esos años⁶³.

La segunda línea aludía a la presencia en España de la literatura agronómica preocupada por la modernización de la industria del pan, es decir, por la tecnología

⁶² Elies, *Discursos*, p. CVIII.

⁶³ Vid. Astigarraga, “Estudio Preliminar” a *Ilustración y economía en Navarra (1770-1793)*.

de los alimentos y su conservación. Se trataba de una línea de investigación muy presente en esa literatura, que ampliaba el marco de la cuestión agraria desde el plano estrictamente político al científico-técnico, y a la cual autores como Duhamel de Monceau y el propio Galiani —con la ayuda de Intieri— habían prestado su apoyo, al escribir diversos tratados para promover la mejora de las técnicas de conservación de los granos. Ninguno de esos tratados —el *Traité de la conservation des grains et en particulier du froment* (1753) del primero, y *Della perfetta conservazione del grano* (1754) del segundo— habían sido traducidos en España. Sin embargo, en 1786, al filo de las primeras manifestaciones de agotamiento del largo ciclo de desarrollo agrario característico del siglo XVIII, la Junta de Comercio patrocinaba la realización de la traducción de M. R. Beguillet, *Tratado de los granos y modo de molerlos con economía* (Madrid, 1786). Se trataba en realidad de una versión que incluía dos textos de este agrónomo francés⁶⁴, que eran traducidos al español de una manera fiel, completa y muy pulcra. Esta magnífica versión se hallaba en una línea de gran afinidad con la tradición española asentada por los *Dialogues* de Galiani, de quien, según Kaplan, Beguillet era seguidor⁶⁵.

La influencia de los *Dialogues* se verá reforzada pocos años después por la llegada a España —de la mano ahora de Floridablanca y Lerena— de los escritos de Necker, autor que gozó de una enorme simpatía entre la clase política española⁶⁶. Y durante esos mismos años de dominio de la economía *neckeriana*, tal y como hemos tratado de explicar en las líneas precedentes, la profusa utilización que los ilustrados españoles realizaron de los *Dialogues* acabaron encumbrando a su autor como un miembro relativamente familiar de la Ilustración española y a su libro como uno de los textos esenciales y más profusamente citados de la cultura económica española del siglo de las Luces.

⁶⁴ *Traité de la connoissance générale des grains et de la mouture par économie*, Dijon, L. N. Frantin, 1778, y *Traité des subsistances et des grains qui servent à la nourriture de l'homme*, París, Prault Fils, 1780.

⁶⁵ Steven L. Kaplan, *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV* (The Hague, 1976), vol. I, pp. 68, 335, 351, 361, 364 y 373.

⁶⁶ Astigarraga, "La traduction au service de la Politique".

CAPÍTULO 7

JACQUES NECKER

7.1. La traduction au service de la Politique. Le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles (pp. 516-541).



ARTICLES

LA TRADUCTION AU SERVICE DE LA POLITIQUE. LE SUCCÈS DE JACQUES NECKER DANS LES LUMIÈRES ESPAGNOLES

Jesús ASTIGARRAGA

Cet article analyse la réception de l'œuvre de Jacques Necker dans l'Espagne des Lumières. Il étudie en détail les différentes traductions dont celle-ci fit l'objet et la façon dont les Espagnols des Lumières utilisèrent les idées de Necker dans différents domaines de la politique économique, principalement les finances publiques, le commerce des grains et l'administration territoriale. Il démontre ainsi que les deux aspects (traduction et influence) sont étroitement liés et que l'importance de la circulation de ces idées dans l'Espagne de la fin du XVIII^e siècle est largement due à leur utilisation politique.

Mots-clés : histoire de la pensée économique, circulation internationale des idées, Lumières espagnoles, finances publiques, commerce des grains, administration territoriale.

« La circulation des idées est, de tous les genres de commerce, celui dont les avantages sont les plus certains. [...] c'est à l'universel qu'il faut tendre, lorsqu'on veut faire du bien aux hommes [...] Traduire un poète, ce n'est pas prendre un compas et copier les dimensions de l'édifice ; c'est animer du même souffle de vie un instrument différent », écrivait en 1816 Madame de Staël¹. Ce judicieux commentaire reflète à merveille l'esprit d'une époque que l'auteure vivait aux premières loges, et dont les bienfaits, au moment où elle écrivait, devaient lui apparaître évidents. Même

(1) Anne-Louis Germaine Necker, Baronne de Staël-Holstein, *De l'esprit des traductions* (1816), *Œuvres inédites de Mme la Baronne de Staël publiées par son fils*, Paris, 1821, tome III, p. 345.

s'il manque encore une synthèse sur l'imposant héritage du XVIII^e siècle en matière de traductions, il est indéniable que, sans celles-ci, il serait difficile d'expliquer la nature cosmopolite des Lumières et la bénéfique circulation des idées à laquelle fait allusion Madame de Staël. Quoi qu'il en soit, on peut mieux comprendre la justesse de son appréciation si l'on considère qu'elle fut directement témoin de l'énorme succès de traduction que connut l'œuvre de son père, Jacques Necker. Comme cela a été largement démontré, celui-ci fut en effet l'auteur de quelques-uns des principaux *best-sellers* du XVIII^e siècle dans le domaine de l'économie politique².

Bien qu'on ne dispose pas d'une analyse définitive de cet énorme succès européen, il ne fait aucun doute que l'œuvre de Necker atteignit pleinement l'Espagne³. L'illustre Genevois y était bien connu, non seulement comme auteur d'une œuvre importante mais aussi comme personnalité politique d'envergure européenne, notamment durant son premier passage au ministère des Finances (1776-1781). Ces deux dimensions de la personnalité de Necker étaient très présentes en Espagne durant les vingt dernières années du XVIII^e siècle : tandis que son parcours politique était abondamment commenté dans la presse – notamment dans les deux journaux officiels de l'époque, le *Mercurio histórico y político* et la *Gaceta de Madrid*⁴ –, son œuvre connaissait une grande diffusion dans toute la péninsule. De fait, Necker fut l'un des économistes européens les plus traduits en Espagne au XVIII^e siècle : les différentes versions de ses textes embrassent quatre de ses principaux textes : *Sur la législation et le commerce des grains* (1775); *Compte rendu au Roi* (1781); *Mémoire de M. Necker au Roi sur l'établissement des administrations provinciales*

(2) Kenneth E. Carpenter, « The Economic Bestsellers before 1850 », *Bulletin of the Kress Library of Business and Economics*, 1975, n° 11, p. 22-23. Les nombreuses allusions faites au cours de ce travail à Necker et ses écrits proviennent des travaux suivants : Henri Grange, *Les idées de Necker*, Paris, 1974; Jean Egrét, *Necker, Ministre de Louis XVI (1776-1790)*, Paris, 1975; Robert D. Harris, *Necker. Reform Statesman of the Ancien Régime*, Berkeley/Los Angeles/Londres, 1979; *Id.*, *Necker and the Revolution of 1789*, Londres/Boston, 1986; Franco Venturi, *Settecento riformatore. La caduta dell'Antico Regime (1776-1789)*, Torino, 1984, vol. IV, p. 329 sqq.

(3) Le présent article complète et reformule sur la base de nouveaux arguments les premières interprétations que nous avions proposées il y a quelques années dans « La obra de Jacques Necker : una influencia fundamental en la Ilustración económica española », dans Enrique Fuentes Quintana (ed.), *Economía y economistas españoles. Vol. III : La Ilustración*, Barcelone, 2000, p. 729-753, et dans « Necker en España, 1780-1800 », *Revista de Economía Aplicada*, 2000, n° 23, p. 119-141.

(4) Ce ton de louange envers Necker se retrouve aussi dans un bref manuscrit destiné à expliquer les mesures de son premier ministère et les causes de sa démission : *Monsieur Necker, Director General de Real Hacienda en Francia. Su retiro del Ministerio, el año de 1781* (Biblioteca Nacional, Madrid, n° 12939-17, 16 ff., c. 1781).



(1781) et *De l'Administration des Finances de la France* (1784)⁵. Par ailleurs, ces versions espagnoles possèdent toutes un caractère politique marqué : élaborées grâce à la protection de puissants personnages, elles devaient servir à la conception des réformes entreprises sous les règnes de Charles III et Charles IV. En ce qui concerne l'Espagne, Necker constitue ainsi un cas relativement paradigmatique d'auteur dont la diffusion s'explique par un contexte de circulation des idées étroitement lié à des motifs d'ordre politique. De fait, il s'agit certainement d'un auteur crucial si l'on veut comprendre la pensée et les réformes qu'inspirèrent les Lumières espagnoles à la fin du XVIII^e siècle, en particulier dans les trois domaines qui feront l'objet de cette analyse : les finances publiques, le commerce des grains et l'administration du territoire.

Les Finances publiques

Le premier ouvrage de Necker qui fut traduit en Espagne était le *Compte rendu*. Publié à Paris en janvier 1781, ce livre constituait l'un des actes les plus décisifs de son premier ministère : il s'inscrivait dans une « stratégie d'ensemble » qui comprenait des motifs financiers, l'appel à l'opinion publique et la justification de la trajectoire politique de son auteur⁶. Si l'Espagne ne resta pas en marge de l'aire d'influence du *Compte rendu*, le succès espagnol de l'ouvrage pose certains problèmes d'interprétation. Trois traductions de l'ouvrage furent probablement réalisées en Espagne au cours de l'année 1781 mais seule l'une d'entre elles vit le jour, sous la forme de huit livraisons publiées anonymement dans le *Mercurio histórico y político*.

La première de ces traductions, dont on n'a plus de traces à l'heure actuelle, est probablement due à Miguel del Castillo. Ce prêtre résidant à Madrid, spécialiste de traductions religieuses, adressa en janvier 1781 une requête au Conseil de Castille dans le but de publier sous forme de livre une version du *Compte rendu*. En mars 1781, cette requête obtint l'appro-

(5) Dans la suite du texte, nous désignerons ces ouvrages de la manière suivante : *Sur la législation*, *Compte rendu*, *Des Administrations Provinciales* et *Des Finances*. En revanche, il n'existe que des preuves lacunaires de la circulation en Espagne des deux premiers écrits économiques de Necker, son bref feuillet de 1769 en faveur de la Compagnie des Indes Orientales et l'*Éloge de Jean-Baptiste Colbert* (1773).

(6) Léonard Burnand, « Préface » à J. Necker, *Compte rendu au Roi* (1781), Genève, 2005, p. VIII-XIII. Durant la seule année 1781, cinq éditions parurent en France, ainsi que diverses traductions en anglais, en danois, en italien, en allemand et en espagnol, faisant ainsi de l'ouvrage l'un des livres les plus vendus au XVIII^e siècle sur la question des finances.

bation des censeurs de l'Académie d'Histoire, Guevara Vasconcelos et Capmany. Ceux-ci estimaient que l'œuvre de Necker était « excellente » et contenait de « très grands principes d'économie politique » mais ils la considéraient comme « extrêmement difficile à traduire, tant à cause de son objet qu'en raison du succès de son auteur »⁷. Cela étant, ils reconnaissaient la qualité de la version de Castillo et le félicitaient d'avoir introduit une longue note destinée à corriger l'unique défaut qu'ils trouvaient au texte original : l'opposition de Necker au système du « papier monnaie », que le Genevois paraissait assimiler à l'échec du système financier de Law. Ce jugement était certainement à même de causer du tort à la récente décision des autorités financières espagnoles d'émettre des titres de la dette publique (*vales reales*). L'affaire était d'importance : à la même époque, l'influent Cabarrús écrivait, de Paris, au *Fiscal* Campomanes, pour tenter d'éviter une publication officielle du « Compte rendu de M. Necker », notamment en raison de sa critique du « papier monnaie »⁸. Quoi qu'il en soit, au moment où les membres de l'Académie d'Histoire rendaient leur jugement, la seconde traduction espagnole du *Compte rendu* avait déjà commencé à paraître dans le *Mercurio*. Guevara Vasconcelos et Capmany continuèrent néanmoins à considérer que la publication de la version de Castillo était nécessaire car elle présentait l'avantage de constituer une unité sous forme de livre⁹. En octobre 1781, ils firent connaître leur décision à Floridablanca, entre les mains duquel la traduction demeura.

La raison de cette obstruction est que comme nous l'avons dit, depuis mars 1781, le *Mercurio* publiait sous forme de livraisons mensuelles une traduction de l'œuvre de Necker. Cette version, la deuxième de notre classement¹⁰, était dotée d'une importante charge politique.

(7) Archivo de la Real Academia de la Historia (Madrid), 11-1-4-8017-50.

(8) Néanmoins, Cabarrús, l'opposant le plus actif à la circulation de l'œuvre de Necker en Espagne, ne jugeait pas plus positivement son *Compte rendu* auprès de Campomanes : « Le lieu et le temps ne permettent pas de m'étendre sur les défauts de cet ouvrage, écrit de manière artificieuse, combattu ouvertement ici [à Paris] et dont j'ai en ma possessions les attaques imprimées » (Archivo de la Federación Universitaria Española (Madrid), leg. 48-19).

(9) Archivo Histórico Nacional (Madrid), *Consejos*, leg. 5546-29.

(10) « Cuenta dada al Rey por Mr. Necker, Ministro de Hacienda », *Mercurio histórico y político*, 1781, mars, p. 224-9; avril, p. 335-345; mai, p. 35-40; juillet, p. 247-253; août, p. 352-359; octobre, p. 145-152; novembre, p. 243-248; décembre, p. 338-346. Le *Compte rendu* fit l'objet de deux recensions dans la presse espagnole de l'époque : *Correo literario de la Europa*, 6 septembre 1781, p. 215-216; *Mercurio histórico y político*, mars 1781, p. 224. Un autre résumé très synthétique du *Compte rendu* se trouve dans la traduction de Eduardo Duc d'Almodóvar (publié sous le pseudonyme de Eduardo Luque de Malo), « Apéndice sobre el estado político-económico de la Francia », Guillaume-Thomas Raynal, *Historia política de los establecimientos ultramarinos de las naciones europeas*, Madrid, 1784-1790, vol. III, lib. IV, p. 129-132.



Quoiqu'anonyme, elle avait probablement été réalisée sur ordre du secrétaire d'État, le Comte de Floridablanca. Le *Mercurio* dépendait en effet du secrétariat d'État et étant donné sa grande diffusion, ce mode de publication garantissait à cette version une circulation très large dans l'espace ibérique. Cependant, cette traduction ne reflétait pas de manière fidèle le contenu du texte original. Désordonnée, fragmentaire et surtout très incomplète, elle se bornait à rendre compte de « l'état actuel des finances de France », c'est-à-dire qu'elle reprenait la première partie du *Compte rendu*, mais omettait les tableaux généraux sur les ressources et les dépenses, plusieurs chapitres de la deuxième section, ainsi que toute la troisième et dernière section qui traitait des projets de réforme prévus par Necker. L'explication la plus plausible de ce traitement est qu'il répondait à des motifs politiques de première importance : si, au secrétariat d'État, on jugeait favorablement la politique « neckerienne » de transparence financière devant l'opinion publique – politique que le ministère des Finances allait adopter quelques années plus tard, sous Lerena –, il convenait à l'inverse de limiter les informations sur les projets de réforme que Necker avait imaginés pour la France, jugés trop audacieux du point de vue espagnol. Peut-être est-ce là la raison pour laquelle Floridablanca avait bloqué la traduction précédente, celle de Castillo.

La version du *Mercurio* n'avait probablement rien à voir avec la troisième traduction espagnole du *Compte rendu*, également anonyme, qui dut être réalisée au même moment et demeura, à l'époque, sous forme manuscrite¹¹. À la différence des deux précédentes, cette nouvelle version était pratiquement complète. Elle fut réalisée d'abord par un seul auteur et révisée ensuite par (probablement) deux autres personnes : toutes les pages du manuscrit comportent de nombreuses corrections destinées à améliorer la qualité de la traduction originelle. Cette troisième traduction ne paraissait pas donc pas sur le point d'être publiée : c'était probablement un brouillon réalisé par plusieurs traducteurs et correcteurs. En tout cas, il s'agissait d'une version presque intégrale du texte de Necker : pratiquement dépourvue de censure, elle n'omettait que les derniers paragraphes de la troisième partie, ainsi que les tableaux sur les ressources et les dépenses publiques figurant en annexe.

Par ailleurs, la superposition des différentes écritures dans le manuscrit montre bien les problèmes que posait la traduction d'un livre

(11) « Informe presentado a S. M. Cristianísima en el mes de Enero de 1781 sobre el estado de la Real Hacienda. Por Necker Director general de ella » (Biblioteca Nacional, n° 11.185, 144 ff., c. 1781).

comme celui de Necker, en raison de son abondante terminologie comptable et financière. De fait, l'un des auteurs avait ajouté dans la marge de nombreuses notes personnelles, destinées à éclairer divers concepts fiscaux français (*corvées, aides*, etc.)¹² et à situer les réformes de Necker par rapport à celles de Turgot, ou les idées du *Compte rendu* dans la perspective des travaux antérieurs du Genevois¹³. Un autre indice nous incite à croire qu'il pourrait également s'agir d'une traduction réalisée dans les cercles officiels, très proches du pouvoir royal : la seule partie importante du texte original qui ait été supprimée correspond aux passages dans lesquels Necker aborde les différentes objections faites à son projet des Administrations Provinciales, notamment celles se rapportant à leurs compétences et à leur structure de représentation. Ces considérations critiques devaient être malvenues dans le contexte espagnol alors que, comme nous le verrons, les ministres Múzquiz et Floridablanca envisageaient à la même époque de promouvoir des « Juntas provinciales pour les affaires de Finances », institutions décentralisées probablement inspirées des administrations provinciales de Necker. En conclusion, compte tenu de l'intense circulation que connut le *Compte rendu* en Espagne, il est remarquable que la seule version publiée de ce texte ait été incomplète, désordonnée et fragmentaire, en raison des intérêts politiques du moment.

Des Finances connut en Espagne un sort pire encore que celui du *Compte rendu*. Cette œuvre de maturité de Necker fit pourtant l'objet d'une tentative très sérieuse de traduction. Son auteur était le français Thévin, éditeur et libraire résidant à Madrid, très bien placé sur le marché éditorial espagnol. En même temps qu'il obtenait le permis de vente de *Des Finances* en Espagne en 1785, il en commençait la traduction et entamait les démarches pour qu'elle soit approuvée par le Conseil de Castille. Cependant, une erreur inexplicable des censeurs du Conseil – qui la confondirent avec le *Compte rendu*¹⁴ – suivie de la mort de Thévin, en 1787, retardèrent sa publication, et ce alors qu'apparemment il existait déjà, depuis mai 1785, une traduction du premier volume de l'ouvrage, enrichie « de notes pour sa compréhension des termes les plus obscurs et les

(12) *Ibid.*, ff. 38, 43v, 75v, 83 et 98v.

(13) *Ibid.*, ff. 130v et 137.

(14) « Informe de M. de Lardizábal y R. de Guevara », du 29 juin 1785 (Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, leg. 5541-43). Les censeurs demandaient à nouveau que soit supprimée l'allusion négative de Necker aux *vales reales* espagnols. Mais, à côté de cela, ils considéraient que l'ouvrage contenait « des observations très profitables et applicables même à d'autres pays sur les principaux points de l'Économie Politique et Publique ».



plus difficiles »¹⁵. Néanmoins, après cette date, bien que les demandes en faveur d'une traduction de *Des Finances* se soient multipliées, la panique suscitée dans le gouvernement espagnol par le triomphe de la Révolution française empêcha la réalisation de celle-ci, ainsi que celle d'un autre ouvrage non moins révélateur de la pensée de Necker, *De l'importance des opinions religieuses* (1788)¹⁶.

De ce fait, l'Espagne demeura en marge de la remarquable diffusion internationale qu'allait connaître, par le biais de la traduction, *Des Finances*¹⁷. Ceci n'empêcha pourtant pas cette œuvre d'être abondamment consultée et utilisée en Espagne. De même, il faut mentionner la circulation de l'ouvrage par des voies parallèles : la preuve plus éloquente en fut le résumé réalisé en 1786 par le Duc d'Almodóvar, sous le titre d'*Appendice sur l'état politique et économique de la France*¹⁸. Cette version, quoique très brève, avait une importante portée politique ; c'est la raison pour laquelle elle fut insérée dans la traduction espagnole de *L'Histoire philosophique et politique* (1770) de Raynal. Elle s'inscrivait ainsi dans une opération longuement mûrie de censure et de réélaboration méticuleuse de cette œuvre polémique, dans le but de l'adapter au contexte espagnol¹⁹. L'intention de ce prestigieux diplomate, qui avait du connaître personnellement Necker, était sans doute d'atténuer la forte composante républicaine de Raynal et de réorienter le lecteur espagnol vers un modèle politique et économique plus modéré, assimilable aux positions monarchiques et philo-britanniques caractéristiques de Necker. De fait, Almodóvar incluait également dans sa traduction de longs passages destinés à expliquer à ses lecteurs la « Constitution anglaise ».

Tandis que tout cela se produisait sur le plan éditorial, l'application des idées de Necker en matière de finances était réalisée par Pedro de Lerena, ministre des Finances de 1785 à 1791, aidé de son collaborateur

(15) Archivo Histórico Nacional, *Consejos*, leg. 5546-29.

(16) Voir Marcelin Defourneaux, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1973, p. 154. *L'Espirito de los mejores diarios* (17-19 avril 1788, p. 51-3 et 57-8, respectivement) publia un compte-rendu élogieux de cet ouvrage de Necker.

(17) Durant les trois années qui suivirent sa publication en France et en Suisse, ce troisième *best seller* de Necker fut traduit en anglais, en allemand, en italien, en russe et en danois. Pour le contexte français, Perrot le situe parmi les livres ayant connu la plus grande divulgation de tout le XVIII^e siècle, au même titre que ceux de Vauban ou de Mirabeau (*Une histoire intellectuelle de l'économie politique*, Paris, 1992, p. 144).

(18) Duc d'Almodóvar, *op. cit.*, vol. III (1786), livre IV. Un compte-rendu élogieux de *Des Finances* fut publié dans la *Gaceta de Madrid* (25 janvier 1785, p. 52-3 ; 8 février 1785, p. 83-84 ; 4 mars 1785, p. 144 ; 7 juin 1785, p. 360).

(19) Voir Ovidio García, *« Ilustración » e intereses estamentales*, Madrid, 1982.

le plus proche, Vicente Alcalá²⁰. *Des Finances* constitua l'une des sources d'inspiration de sa réforme des *rentas provinciales*²¹, la plus importante de son mandat et l'une des innovations fiscales les plus marquantes de tout le XVIII^e siècle espagnol. Cette réforme tentait d'apporter une solution à la grave crise financière que connaissait la Monarchie depuis 1780. Elle constituait en outre un tournant décisif dans la politique fiscale, dans la mesure où elle impliquait de renoncer aux anciens projets de certains représentants des Lumières (Zavala, Loynaz, etc.) qui envisageaient de remplacer les *rentas provinciales* par une « contribution unique ». Deux ministres, Ensenada (1745-1749) et Múzquiz (1766-1785), avaient déjà tenté, sans succès, de procéder à cette substitution. Le projet connut une nouvelle impulsion en 1783-1784 lorsque Cabarrús, avec l'appui de Múzquiz, présenta à Floridablanca une proposition radicale, consistant à asseoir le système fiscal sur un impôt direct portant sur la valeur des terres et des immeubles. Loin d'y consentir, Floridablanca choisit alors une voie beaucoup plus modérée : il encouragea Lerena à mener à bien la réforme des *rentas provinciales* dans les années 1785-1787. Celle-ci consistait en une révision systématique de l'assiette de l'impôt et en une réduction des types d'impôts théoriques payés au titre des principales *rentas provinciales* ; de surcroît, elle établissait un nouvel impôt sur les *frutos civiles*, qui portait sur les affermage des terres et des autres propriétés.

La réforme de Lerena nous confronte à un cas intéressant, celui d'une utilisation active des idées de Necker pour réactiver un vieil idéal de réforme fiscale. Le principal inspirateur de celle-ci fut Alcalá, qui se montrait capable de concilier l'autorité de Necker avec les exigences de plusieurs économistes politiques espagnols des XVII^e et XVIII^e siècles, favorables à une réforme substantielle des *rentas provinciales* (Mata, Osorio, Moncada, Ulloa, Campomanes et Arriquirar)²². La justification de cette

(20) Lerena connaissait à fond *Des Finances*. Voir son *Mémoire* rédigé en 1789 et publié par José Canga Argüelles, *Diccionario de Hacienda con aplicación a España* (1834), Madrid, 1968, vol. II, p. 129-145. Il en existe également une copie manuscrite (Biblioteca Nacional, n° 11259-46).

(21) Cette dénomination recouvre un vaste ensemble d'impôts indirects dont les plus importants sont les *alcabalas*, les *cientos* et les *millones*, qui portent sur le commerce et la consommation, y compris des biens de première nécessité, dans les 22 provinces de la Couronne de Castille.

(22) Vicente Alcalá et Vicente Mantecón, « Perjuicios del antiguo sistema de rentas provinciales », *Continuación de las Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Provincia de Segovia*, Ségovie, 1787. Les deux auteurs comptaient parmi les membres dirigeants de la Société Économique de Ségovie, qui à cette époque se transformait en caisse de résonance des réformes de Lerena. Sur Alcalá, voir José Manuel Vallés, *Ciencia, Economía Política e Ilustración*, Madrid, 2008.



réforme se fondait sur deux anciens principes présents dans cette tradition de pensée : l'équité des contributions et la réduction des charges fiscales portant sur les biens de consommation courante. Dans le même temps, ces principes se trouvaient validés par deux autres d'inspiration « neckerienne » : d'une part, l'idée selon laquelle il était plus adéquat de procéder à une réforme graduelle du système fiscal plutôt que de tenter de le « changer d'un seul coup » ; de l'autre, l'avantage qu'il y avait à conserver l'impôt sur la consommation, en essayant, par conséquent, de répartir la charge totale entre les impôts directs et les impôts indirects²³. Les idées de Necker n'étaient cependant pas exemptes de critiques : dans une série de lettres adressées précisément à Lerena (et non publiées à l'époque), le valencien Arroyal soulignait que la Monarchie espagnole n'était plus en état d'admettre des rafistolages semblables à ceux que le « malheureux » Necker avait tenté d'appliquer en France et que la solution la plus adéquate était de procéder à une refonte intégrale de tout le système des rentes publiques²⁴. Toutefois, Arroyal voyait bien que l'efficacité d'un système d'organisation des finances dépendait d'autres changements fondamentaux, y compris une révision en profondeur du système politique²⁵. Le réformisme prudent de Lerena – et de Necker – se trouvait ainsi au centre d'une controverse essentielle (changement graduel vs changement radical) portant sur la stratégie à adopter pour réformer les finances de l'Espagne.

Étant donné le point de vue qu'il défendait, il était logique que Arroyal fit preuve d'un jugement sévère envers Lerena. Cependant, une vision rétrospective permet d'évaluer de façon plus nuancée l'action du ministre des Finances. De fait, il est aujourd'hui admis que, grâce à sa réforme, les finances retrouvèrent leur équilibre budgétaire, sans que le niveau de la dette publique ne s'en trouvât réduit. Ce bilan positif n'empêche pas de souligner que ses décisions constituaient une nouvelle victoire des corps privilégiés, qui demeuraient exemptés d'impôts. Elle offre également une preuve supplémentaire des obstacles que l'Ancien Régime opposait, en Espagne, à une transformation substantielle du système fiscal, laquelle était par ailleurs tout à fait nécessaire au vu des difficultés financières des vingt dernières années du XVIII^e siècle. En ce sens, bien qu'il soit possible de considérer les réformes de Lerena comme une sorte de réédition de celles réalisées par Necker en France (comme

(23) Vicente Alcalá et Vicente Mantecón, *op. cit.*, p. 63, 79, 170, 200, 201 et 204-206.

(24) León de Arroyal, *Cartas político-económicas al Conde de Lerena* (c. 1786-1791), Oviedo, J. Caso (éd.), 1971, p. 3, 6, 84-85 et 152.

(25) Pablo Fernández Albaladejo, *Fragmentos de Monarquía*, Madrid, 1992, p. 468-487.

Arroyal lui-même le faisait remarquer à plusieurs reprises), on ne saurait en aucun cas établir de parallèle entre leurs résultats, du moins dans le sens où Boscher²⁶ défend l'action de Necker, en la considérant comme un pas décisif pour libérer les finances royales des « intérêts privés », conformément à un critère moderne d'organisation bureaucratique.

Une influence du *Compte rendu* et de *Des Finances* peut être vue dans trois autres décisions importantes que prit Lerena au cours de son ministère. Tout d'abord, il fut le premier responsable des finances espagnoles qui s'occupa de rendre publics ses budgets. Ensuite, dans la ligne des efforts entrepris par Ensenada, Múzquiz et Floridablanca, Lerena fonda en 1786 le Bureau de la Balance de Commerce (*Oficina de la Balanza de Comercio*), qui fut la première institution des études empiriques sur l'économie espagnole avant d'être transformée, au début du XIX^e siècle, en Département des Statistiques. Enfin, c'est sous son impulsion que fut entamé un important effort de compilation des lois de finances espagnoles. Par cette décision, Lerena tentait de répondre aux plaintes que la parution de *Des Finances* avait suscitées parmi les représentants des Lumières, en raison de l'absence en Espagne d'une œuvre de cette nature²⁷. Pour mener à bien cette tâche, Lerena désigna le *Fiscal* Covarrubias, qui au cours de l'année 1786 avait contribué à la diffusion de *Des Finances* en Espagne. Le *Fiscal* laissa inachevé un gros travail de compilation des données historiques et législatives sur les finances espagnoles, lequel demeure inédit à ce jour²⁸.

L'œuvre de Necker permit ainsi d'inaugurer une nouvelle étape de transparence dans les finances espagnoles. En même temps, et de la même façon qu'en France, celle-ci fut un facteur décisif de l'éclosion du nouveau concept d'« opinion publique », à laquelle contribua également l'ouverture progressive d'une « sphère publique » au cours des années 1780 avec l'apparition d'une presse critique, de nouvelles formes de sociabilité et de la génération plus radicale des Lumières « tardives ». Y prit également part la circulation d'auteurs comme Filangieri, Turgot, ou Raynal dont les œuvres sont considérées comme décisives dans la

(26) John F. Boscher, *French Finances, 1770-1795*, Cambridge, 1970, p. 142-165 et 276-277.

(27) Voir, en particulier, la « Disertación sobre el Consejo de Hacienda o historia general de la administración pública », *Espíritu de los mejores diarios literarios*, n° 212-214, décembre 1789 et janvier 1790. Faisant tacitement allusion à Necker, son auteur, D. M. M. B., y déplore que l'Espagne soit dépourvue d'un « traité complet » sur les Finances.

(28) José Covarrubias, *Código, o Recopilación de Leyes de Real Hacienda* (manuscrit), Biblioteca del I. E. F. (Madrid), c. 1790.



découverte de cette catégorie fondamentale de la discussion éclairée à la fin du xviii^e siècle, formant une espèce de « tribunal invisible, impersonnel et anonyme »²⁹. Il faut souligner, dans le cas de l'Espagne, l'énorme importance des débats économiques dans l'émergence de cette « opinion publique »³⁰, d'où découle la centralité de la figure de Necker : ce dernier peut être considéré comme pionnier dans l'apparition de « l'économie politique de l'opinion publique », dans la mesure où il affirme qu'il est impossible d'améliorer l'efficacité du système économique sans le contrepoids institutionnel de l'opinion publique. On sait que ce concept est inhérent à l'ensemble de son œuvre : simplement défini dans le *Compte rendu* comme « publicité », il fut ensuite repris, dans *Des Finances* et *Sur le compte rendu au Roi en 1781. Nouveaux éclaircissements* (1788), comme une catégorie conceptuelle plus complexe³¹. Dans un contexte strictement économique, celle-ci était interprétée de trois manières : l'opinion publique était d'abord comprise comme une politique de transparence sur la situation économique et financière du pays et sur les méthodes de comptabilité publique employées. En second lieu, elle était vue comme une espèce de « tribunal anonyme » ayant la compétence de juger et qui, par là même, exigeait que soit établie « une sorte d'harmonie entre l'opinion publique et l'administration des Finances »³². Enfin, elle était considérée comme un facteur institutionnel indispensable, destiné à contrôler la moralité publique des hommes politiques et des fonctionnaires, Necker allant jusqu'à présenter son ouvrage *Des Finances* comme l'ensemble des principes de morale et de politique essentiels pour rendre compatibles la félicité des personnes et la prospérité de l'administration³³.

De la même façon qu'en France, le cadre contraignant des pratiques fiscales et des procédures arbitraires de l'administration de la Monarchie se révéla décisif dans l'émergence progressive de ce tribunal du « public » (et la même chose pourrait être dite du marché des grains).

(29) Mona Ozouf, « L'opinion publique », dans Keith M. Baker, *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture*, Oxford, 1987, 5 vol.

(30) Cette question a été mise en évidence par Keith M. Baker pour le cas de la France : « Politics and Public Opinion under the Old Regime : some reflections », dans J. R. Censer et J. D. Popkin (ed.), *Press and Politics in Pre-Revolutionary France*, Berkeley/Los Angeles/London, 1987.

(31) Voir Léonard Burnand, *Necker et l'opinion publique*, Paris, 2004 ; et Javier Fernández Sebastián, « Introduction », dans Javier Fernández Sebastián et Joëlle Chassin (coord.), *L'avènement de l'opinion publique*, Paris, 2004, p. 9-29.

(32) Jacques Necker, *Sur le compte rendu au Roi en 1781*, op. cit., p. 13.

(33) *Ibid.*, p. 2-4.

L'arrière-plan de cette question est la situation extrêmement grave dans laquelle se trouvaient les finances espagnoles à partir des années 1780. Cette dernière fit l'objet d'un débat rigoureux qui connut son apogée lors des *Cortes de Cádiz* et puisa à plusieurs sources doctrinales (Necker, Smith, l'« impôt unique » des physiocrates, etc.). Ces échanges eurent lieu dans le cadre d'une discussion publique et ouverte, à laquelle prirent part la majorité des économistes de l'époque et, dans certains cas, dans une perspective qui prônait des solutions plus profondes, bien au-delà des bornes modérées de la réforme officielle. Fait remarquable, ces économistes étaient parfaitement au courant des débats sur les finances qui étaient menés dans la lointaine France et connaissaient, entre autres, l'ardente polémique qui opposa dans les années 1787 et 1788 Calonne et Necker sur la situation réelle des finances françaises et les responsabilités du premier ministre de Necker en la matière (le fameux *Discours* de Calonne devant l'assemblée des notables du 22 février 1787 fut immédiatement traduit en Espagne)³⁴. De même, divers textes de l'époque montrent que la réponse de Necker, dans laquelle il incluait ses « nouveaux éclaircissements » de son *Compte rendu* (1788), était également bien connue en Espagne³⁵. Il n'est donc guère surprenant qu'un auteur assez radical des Lumières « tardives » aussi illustre que Aguirre ait identifié en 1788 l'autorité de Necker et de son *Compte rendu* comme le point de départ d'une politique de transparence, qui devrait donner lieu à un audacieux programme d'édition des « papiers ministériels et publics » destinés à l'opinion publique³⁶. C'est là un fait de plus qui montre que le personnage de Necker fut central dans le processus de modernisation des finances espagnoles dans les dernières années du XVIII^e siècle. De même, l'ensemble de son œuvre sur la question participa à la formation de deux générations d'économistes et de

(34) Charles A. Calonne, *Discurso con que dio principio el rey de Francia a su Asamblea de Notables tenida en 22 de febrero de 1787 y el que pronunció en su nombre y presencia en dicho día Mr. de Calonne, ministro de Hacienda... traducido del francés al castellano por D. S. R. T.*, Madrid, c. 1788.

(35) Les Espagnols des Lumières découvrirent ces débats sur les finances grâce aux *Annales* de Linguet; voir par exemple l'*Espíritu de los mejores diarios literarios* (17 juillet 1788, n° 136, p. 129-13). Voir, dans la même publication, le texte anonyme « Estado fiel de las revoluciones de la Real Hacienda en el Reino de Francia y sus situación actual » (n° 136, juillet 1788), dans lequel étaient présentés les budgets publics de Terray, Turgot, Clugny, Necker, Fleury, d'Ormesson et Calonne, probablement extraits des récents écrits de Calonne et de Necker.

(36) Manuel de Aguirre, « Carta del Militar Ingenuo sobre el fanatismo y la ignorancia » (1788), dans Antonio Elorza (ed.), *Cartas y Discursos del Militar Ingenuo al Correo de los Ciegos de Madrid*, 1974, p. 331-335.



financiers³⁷. De fait, tous les grands auteurs du tournant du siècle, de Foronda à Cabarrús en passant par Salas, utilisèrent largement ses idées en matière de finances, lesquelles furent également très présentes dans les débats des *Cortes de Cádiz*³⁸.

Le commerce des grains

Aux diverses traductions du *Compte rendu* fit suite celle de *Sur la législation et le commerce des grains* (1775). Ce livre fut le premier écrit de Necker qui lui assura un indiscutable succès public³⁹. Au-delà des circonstances précises qui expliquent sa genèse – il fut élaboré en pleine « guerre des farines » – l'ouvrage ne peut se comprendre que dans le contexte du débat crucial et prolongé que la pensée économique européenne développa tout au long du XVIII^e siècle sur le commerce des grains. *Sur la législation* introduisait dans le débat une conception pragmatique, réaliste et relativiste, au contenu social marqué, tendant à considérer le grain comme une marchandise particulière. C'était, enfin, une vision relativement paternaliste qui, comme l'a bien montré Kaplan, devait beaucoup au « stock commun des idées sur l'administration et la "police" » et mettait au centre de l'analyse la question des responsabilités de l'administration publique dans le contrôle des subsistances et la défense des intérêts du consommateur comme aucune autre autorité de l'Ancien Régime ne l'avait fait avant lui⁴⁰.

La traduction espagnole de *Sur la législation* fut publiée dans un périodique intitulé *Memorias instructivas, y curiosas* (1778-1789, 12 vol.). Celui-ci fournissait au lecteur espagnol différentes informations extraites de dictionnaires, de publications périodiques ou de mémoires de diverses académies scientifiques étrangères, en particulier celle de Paris.

(37) Une autre preuve en est qu'il fut utilisé comme texte de référence dans la Chaire d'Économie Civile de la Société Économique Aragonaise, la première du genre en Espagne. Le processus de modernisation doit également beaucoup à l'influence du ministre britannique Grenville, dont les textes furent traduits avant ceux de Necker et firent l'objet de quatre éditions entre 1770 et 1787.

(38) Voir Fernando López Castañero, *Liberalismo económico y reforma fiscal*, Grenade, 1995.

(39) On estime qu'en France vingt éditions furent réalisées en dix ans. Dans le même temps parurent plusieurs traductions en anglais, en allemand et en italien, avant la traduction espagnole de 1783. L'édition de *Sur la législation* utilisée ici est celle de Eugène Daire, *Mélanges d'Économie Politique*, Paris, 1847.

(40) Steve L. Kaplan, *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV*, La Haye, 1976, p. 3, 258-259, 506 et 677.

Son directeur était Suárez y Núñez dont le principal emploi fut celui d'archiviste de la Junte Royale du Commerce, des Monnaies et des Mines (*Real Junta General de Comercio, Monedas y Minas*). Ce poste lui permit d'entreprendre un important travail de traduction, dont le résultat fit de lui l'un des traducteurs les plus prolifiques des Lumières espagnoles. De même, il faut souligner son appartenance à quelques-unes des institutions les plus représentatives des Lumières espagnoles, dont les puissantes Sociétés des Amis du Pays du Pays Basque et de Madrid. Ce fut probablement sous la protection de cette dernière qu'il publia les *Memorias instructivas*. Les principaux sujets de cette publication périodique étaient les arts et métiers et les sciences naturelles mais elle publiait également, quoique de manière sporadique, des mémoires économiques. Des traductions espagnoles des principaux ouvrages de Condillac, Turgot, Bigot de Sainte-Croix et Justi accompagnèrent dans différents volumes celle de Necker. Celle-ci fut publiée en 1783 dans le tome VIII ; elle s'accompagnait d'une mention indiquant qu'il s'agissait de l'œuvre d'un ministre des Finances français⁴¹. Il y a peu de choses à dire quant à la qualité de cette traduction : la version espagnole était correcte et très fidèle à l'original. Suárez se contenta d'introduire quatre nouvelles notes, dans le but d'éclaircir la signification de certaines unités de mesure employées dans le contexte français et de l'existence, dans l'agriculture espagnole, du système des approvisionnements publics organisés autour des halles aux grains municipales.

Le but de la traduction de Suárez était sans doute de faire connaître les positions de Necker sur la scène publique espagnole afin d'intervenir dans le débat sur le marché des grains qui se développait depuis les années 1750-1760. Ce débat, relativement bien connu, puisait à des sources doctrinales diverses, principalement françaises et italiennes : le spectre allait du libéralisme doctrinaire des physiocrates jusqu'aux positions conservatrices de la pensée administrative, en passant par ce vaste groupe d'auteurs qui occupaient des positions intermédiaires et étaient en général favorables à une grande libéralisation du commerce intérieur, mais pas extérieur. Ces dernières positions étaient les plus courantes en Espagne, comme le montre le fait que le français Herbert fut l'auteur le plus souvent traduit (en 1755, 1765 et 1795) et celui qui influença le plus la réforme officielle libérant le commerce des grains, inaugurée par la

(41) La version, publiée sous le titre *Sobre la legislación, y comercio de granos*, occupe les pages 1 à 237 du volume mentionné, et les *Memorias* n° LXXIII et LXXIV.



Pragmática de 1765⁴². De son côté, la traduction de Suárez se rattachait à un courant doctrinal qui avait eu comme premiers référents Forbonnais et Galiani dont les livres avaient respectivement été traduits en 1765 et 1775. Plus encore, la demande généralisée d'une libéralisation du commerce des grains par les Espagnols des Lumières s'était nourrie, en plus des auteurs déjà mentionnés, d'un amalgame très divers d'écrits agraristes, libéraux éclectiques, agronomes ou caméralistes tardifs (Melon, le Mirabeau pré-physiocrate, Goudar, Plumard de Danguel, Bielfeld, Accarias de Serionne, etc.), dont les auteurs les plus influents étaient sans doute ceux du cercle de Gournay. Au sujet du commerce des grains, ceux-ci défendaient une position moins dogmatique et plus pragmatique et prudente que celle des physiocrates⁴³, position qui allait constituer, selon les termes de Minard, le « système intermédiaire » de Necker⁴⁴. Ceci permet de comprendre pourquoi ce dernier est rapidement devenu un auteur influent dans l'Espagne de la fin du XVIII^e siècle, sans que cette influence ait eu toutefois pour but, à la différence de la France, de couper court au courant physiocrate, lequel existait en Espagne mais restait minoritaire⁴⁵.

Le succès des idées de Necker sur le commerce des grains est également lié à celui de sa méthode réaliste et relativiste, opposée à l'« esprit de système » propre aux *économistes* et à Turgot. Nombreux furent les Espagnols des Lumières qui rencontrèrent chez Necker – et Galiani – le fondement théorique de ces principes méthodologiques. De ce fait, il n'est pas rare de rencontrer dans la littérature économique espagnole des années 1780 et 1790 des arguments tirés de l'économiste Genevois, opposés à la validité des lois économiques abstraites et générales ainsi qu'aux politiques qui en découlent. Ce rejet eut en Espagne une expression concrète dans le refus du principe de liberté absolue du commerce que défendaient les physiocrates. L'influence de ces positions atteignit même les économistes les plus enclins à utiliser des méthodes déductives, comme Foronda et Jovellanos, qui acceptèrent en partie les

(42) Vicent Llonbart, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, 1992, p. 170-171. Sur la politique espagnole des grains à cette période, voir Concepción de Castro, *El pan de Madrid*, Madrid, 1987, p. 115-181.

(43) Cf. Catherine Larrère, *L'invention de l'économie au XVIII^e siècle*, Paris, 1992; Antoin E. Murphy, « Le développement des idées économiques en France (1750-1756) », *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n° XXXIII, oct.-déc. 1986, p. 521-541.

(44) Philippe Minard, *La fortune du colbertisme*, Paris, 1998.

(45) Sur la physiocratie en Espagne, voir Ernest Lluch et Lluís Argení, *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valence, 1985. Des nouvelles réflexions dans Jesús Astigarraga et Javier Usoz, « Algunas puntualizaciones sobre la fisiocracia en la Ilustración tardía española », *Revista de Historia Económica*, n° XXVI, 2008, p. 489-498.

positions méthodologiques de Necker. Enfin, la majorité des auteurs qui reconnurent l'utilité de ses méthodes se prononcèrent en faveur de l'usage de l'arithmétique politique et des techniques quantitatives pour étudier la réalité économique espagnole et, en particulier, celle du marché des grains, question très présente dans la conduite politique de Necker et dans son héritage économique⁴⁶.

Ce n'est donc pas un hasard si *Sur la législation* fut un texte abondamment utilisé par les auteurs des Lumières dans la dernière partie du XVIII^e siècle. La preuve la plus significative de cette influence se trouve dans trois adaptations-plagiats réalisées en Catalogne, en Navarre et en Aragon, avant même que la traduction espagnole ne voie le jour. Dans ces écrits étaient utilisées quelques-unes des thèses les plus importantes de Necker, que ce soit celles de nature institutionnelle (la dysharmonie des intérêts ou la conception fonctionnelle de la propriété) ou celles plus proprement économiques (l'asymétrie du pouvoir et de l'information sur les marchés, la dimension temporelle des échanges ou la tendance à fixer les salaires au minimum de subsistance)⁴⁷.

Selon Lluch⁴⁸, *Sur la législation* fut l'axe théorique qui structura le deuxième texte économique plus important élaboré en Catalogne au XVIII^e siècle. Il s'agit d'un long *Discurso sobre la agricultura, comercio e industria del Principado de Cataluña*, anonyme et dû, dans ses passages théoriques, à l'économiste catalan Caresmar, élaboré vers 1780 à l'initiative de la Junte de Commerce de Barcelone. Le choix de Necker comme « maître à penser » n'avait rien de fortuit : son libéralisme modéré, son programme décentralisateur et son projet de régulation du commerce des grains au bénéfice du consommateur et du développement des manufactures constituaient des propositions très proches des intérêts idéologiques et réformistes défendus par cette puissance institution catalane et les secteurs du commerce qu'elle représentait.

Dans le royaume de Navarre, des thèses extraites de *Sur la législation* furent utilisées tout au long des années 1780 dans des buts divers⁴⁹.

(46) Jean Claude Perrot, *op. cit.*, p. 133 et 390.

(47) Sur ce thème, voir par exemple Philippe Steiner, « La liberté du commerce : le marché des grains », *Dix-huitième siècle*, n° 26, 1994, p. 209-211 ; Gilbert Faccarello, « "Nil Repente !" : Galiani and Necker on economic reforms », *The European Journal of the History of Economic Thought*, n° 1-3, 1994, p. 519-550.

(48) Ernest Lluch, *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)*, Barcelone, 1973, p. 57-74.

(49) Jesús Astigarraga, « Estudio Preliminar », *Ilustración y economía en Navarra (1770-1793)*, Vitoria, 1996, p. LIX-LXXII.



En 1781, elles furent utilisées comme critère d'autorité dans les débats des Cortès de Navarre afin de contrer un projet de loi qui, au nom d'arguments agraristes et physiocrates, prétendait libérer de son carcan régulateur le commerce des grains. En 1789, un influent auteur des Lumières navarrais, Magallón, plagia les idées de Necker sur la propriété privée et les responsabilités de l'administration quant à l'approvisionnement en grains afin de justifier un programme interventionniste de réorganisation du système des halles publiques destiné à résoudre la forte crise de subsistances que traversait alors la Navarre.

Sur la législation fit l'objet d'un dernier plagiat de la part de l'économiste aragonais Anzano, fonctionnaire aguerri de l'administration bourbonienne⁵⁰. Ce plagiat était inséré dans sa traduction de l'*Essai sur la police générale des grains* (1753) de Herbert, publiée en 1795. Loin de se borner à exposer les idées optimistes et libérales de cet illustre héritier de Gournay, Anzano ajouta à sa traduction une longue série d'« observations » personnelles; celles-ci se trouvaient à la suite de chacun des vingt chapitres du l'ouvrage, composant ainsi une sorte de « livre dans le livre ». Dans ces « observations », Anzano se livrait à une révision très critique des idées de Herbert, y opposant systématiquement les propositions modérées et interventionnistes de Necker et recommandant d'utiliser en Espagne les instruments concrets dont il s'était servi pour réguler le marché des grains. Le commanditaire de cette traduction critique n'était autre que le Conseil de Castille, le principal organe politique de la Monarchie, ce qui permet de voir que ses influents conseillers considéraient l'œuvre de Necker comme particulièrement appropriée pour canaliser le développement agraire en Espagne à une époque où, en raison du changement de cycle agricole et d'une mauvaise conjoncture économique, le rythme des réformes libérales que la politique agraire officielle avait lancées avec la *Pragmática* de 1765 connaissait un fort ralentissement.

Une autre preuve importante de l'impact de *Sur la législation* sur les autorités centrales des Lumières espagnoles est que le livre influença la littérature économique relative à l'élaboration du dossier sur la Loi Agraire (*Expediente de la Ley Agraria*). Ce dossier suscita, au long des années 1760-1795, un grand nombre de réflexions économiques dont l'expression la plus significative est le fameux *Informe de Ley Agraria* de

(50) Cf. Jesús Astigarraga et Javier Usoz, « Política y Economía en el *Análisis del Comercio del Trigo* (1795) de Tomás Anzano », *Hispania*, n° 232, mai-août 2009, p. 395-421.

Jovellanos, présenté en 1795 à la Société de Madrid. Ce rapport est considéré comme l'un des textes les plus aboutis du libéralisme des Lumières espagnol. Des études récentes ont mis en évidence dans ce texte la place importante des idées de Necker dont Jovellanos était un lecteur assidu. Son analyse sur le rôle de l'opinion et des comportements psychologiques dans le fonctionnement du marché des grains, comme les thèses qui sous-tendent l'opposition à la libre exportation des grains, procèdent de *Sur la législation*⁵¹. Quoi qu'il ne citât pas sa source, Jovellanos en vint même à plagier la proposition de loi faite par Necker en vue de réguler ce secteur du commerce en France. Tout cela ne fait qu'attester que *Sur la législation* fut un texte central en Espagne dans les vingt dernières années du XVIII^e siècle et qu'il fut utilisé par les auteurs et les acteurs des Lumières tant pour affiner leur analyse du fonctionnement du marché des grains que pour en favoriser la réforme⁵².

L'administration territoriale

La troisième œuvre de Necker traduite en Espagne fut *Des administrations provinciales*. Necker avait consacré ce mémoire, publié en 1781, à l'exposition de son principal projet de décentralisation politique et économique du royaume, ainsi qu'à expliquer les lignes directrices de son programme expérimental de création des Administrations Provinciales du Berry (1778) et de la Haute-Guyenne (1779). Cinq ans après parut la traduction espagnole du mémoire, dont l'auteur était Torre y Mollinedo, membre de la Société des Amis du Pays de Madrid. Les vues de ce dernier, en réalisant cette version, étaient directement en rapport avec son statut de haut fonctionnaire des Finances (*Real Hacienda*) où il occupait une charge d'officier chargé des comptes (*Oficial Mayor de la Contaduría del Cargo de la Superintendencia General de Juros*). Comme nous allons le voir, sa traduction avait un caractère éminemment « politique », car elle

(51) Cf. Jesús Astigarraga, « Necker y Jovellanos : un "área neckeriana" en el *Informe de Ley Agraria* », *Revista de Historia Económica*, n° XVII-2, 1998, p. 559-570.

(52) D'autres auteurs qui adaptèrent les idées de *Sur la législation* à la réalité agraire espagnole furent Villava, Generés, Calomarde, Asso, Zuaznabar et Cabarrús. Un certain parallélisme peut être noté entre ce dernier et Necker, les deux partageant la condition de grands financiers, d'hommes politiques et de penseurs des Lumières. Cette ressemblance s'accroît si l'on songe, comme en témoigne un document conservé dans l'Archivo Histórico Nacional (en lieu inconnu à ce jour), que l'économiste de Bayonne tenta en 1790 de remplacer Necker à la tête du ministère des Finances. Néanmoins, de par ses sympathies physiocrates et son radicalisme fiscal, Cabarrús se montra toujours très critique envers Necker. Sur leurs relations, voir Michel Zylberberg, *Une si douce domination*, Paris, 1993.



se rapportait à la réforme de l'administration territoriale lancée à l'époque par le ministre des Finances Lerena.

Lorsque Torre entreprit cette version, il avait derrière lui vingt années d'expérience de traductions et d'écrits sur des sujets économiques. Une grande partie de son œuvre demeure toutefois inédite et n'a toujours pas fait l'objet d'une étude systématique. Nous avons ici affaire à un fonctionnaire zélé de second rang dont les écrits furent élaborés grâce à la protection de personnalités comme Lerena ou le Comte de Aranda, président du Conseil de Castille. Ses textes présentent des caractéristiques très marquées : en premier lieu, tous reflètent une réflexion approfondie sur la réglementation et les finances, exprimée sous forme de manuels pour la formation des officiers des Finances. Le second trait très caractéristique de ces écrits est leur orientation industrialiste : Torre était un défenseur acharné de la promotion des manufactures et des corps de métiers. Tout porte donc à croire que sa principale référence doctrinale fut la science de la police. De fait, outre la traduction de Necker, son principal apport aux Lumières espagnoles fut la traduction, entre 1767 et 1801, des *Institutions politiques* (1760) du caméraliste Bielfeld, auteur dont il ne fut pas seulement le traducteur mais un grand prosélyte et divulgateur des idées⁵³.

La traduction de Torre présentait trois traits remarquables⁵⁴. D'une part, il s'agissait d'une version de grande qualité, quoique légèrement résumée; de l'autre, elle s'ouvrait sur une dédicace à Lerena, qui avait sans doute commandé la dite traduction. Torre établissait un certain parallélisme entre Necker et le ministre des Finances espagnol, dont il faisait l'éloge de la trajectoire politique. Il louait en particulier le sens de la justice et de l'équité qui avait inspiré sa réforme récente des *rentas provinciales*. La troisième caractéristique était les vingt-deux notes personnelles dont le traducteur enrichissait le texte : dépourvues de toute réflexion originale, celles-ci provenaient presque systématiquement de *Des finances* et répondaient à trois objectifs précis. Il s'agissait tout d'abord de comprendre la nature des différentes institutions économiques, administratives et politiques françaises; bon nombre d'entre elles visaient à exposer en détail les diverses réalités fiscales. En second lieu, grâce à ces notes, Torre tentait de familiariser le lecteur avec les expériences d'Administrations Pro-

(53) Ernest Lluch, *Las España vencidas del Siglo XVIII*, Barcelone, 1999, p. 146-148.

(54) *Memoria reservada sobre el establecimiento de rentas provinciales en un pie ventajoso al público y al Estado que trabajó y presentó Mr. Necker*, Madrid, 1786. Le *Memorial literario* (novembre 1786, p. 338) consacre un compte-rendu à cet ouvrage de Necker.

vinciales tentées avec des « avantages manifestes » dans le Berry et la Haute-Guyenne⁵⁵. En dernier lieu, il présentait la voie française comme convenant à la réalité espagnole : les idées de Necker méritaient « l'attention la plus scrupuleuse de tout chef du département des Finances dès lors que celui-ci envisage d'imposer et d'exiger des communautés qu'elles payent un tribut »⁵⁶.

Comme nous l'avons dit, la traduction de Torre possédait clairement une visée politique et c'est certainement la raison pour laquelle ce livre de Necker, l'un des moins traduits dans le cadre européen, fit rapidement son entrée dans les Lumières espagnoles. Cela se vérifie encore plus si l'on considère qu'eut lieu en Espagne, au cours des années 1780, une décentralisation de l'administration territoriale à laquelle l'exemple des Administrations Provinciales de Necker ne fut pas étrangère. La première initiative date de 1780 et fut préparée en sous-main par Floridablanca et Múzquiz. Tous deux décidèrent que des nouvelles Juntas Provinciales seraient fondées dans les capitales des provinces de la couronne de Castille. Ces Juntas possédaient deux traits clairement « neckeriens » : leur caractère collégial et leur motivation fiscale. Les ministres entendaient remplacer la gestion traditionnelle des intendants, délégués du pouvoir royal dans les provinces, par une structure collégiale, pourvue de fonctions fiscales et statistiques, en plus de ses compétences générales sur le développement de l'économie locale. Toutefois, cette innovation ne faisait que préparer une réforme qui devait s'appliquer dans des conditions politiques plus favorables – une fois que la guerre avec l'Angleterre aurait pris fin –, de sorte que sa mise en place allait revenir à Lerena. Celui-ci, afin de rendre plus efficace sa réforme des *rentas provinciales*, profita de la traduction réalisée par son subordonné Torre pour promulguer en 1787 un important « Règlement sur l'Intervention de l'Administration », dans lequel était remise au goût du jour l'idée de fonder des Juntas Provinciales. Dans ce Règlement, il était établi que le contrôle des Juntas passerait aux mains des comptables qui furent élevés à la catégorie de *Fiscales Generales de Rentas* au détriment des intendants. La mesure visait à miner le pouvoir traditionnel de ces derniers dans l'administration locale, du fait qu'ils se trouvaient constamment suspectés de faire un usage arbitraire de leurs compétences très étendues. De plus, si la fonction principale des Juntas Provinciales consistait toujours à assurer « la meilleure administration,

(55) *Ibid.*, note VI, p. 8-9. Torre mentionnait aussi d'autres tentatives ayant été vouées à l'échec (par exemple le cas du Dauphiné).

(56) *Ibid.*, note VIII, p. 13.



perception et gouvernement » des *rentas provinciales* et autres impôts, elles furent également chargées d'intervenir dans le champ de la justice, de l'armée – y compris pour lever des troupes – et du développement de l'économie et de la démographie des provinces, ainsi que de leurs études statistiques. Fidèle aux principes de Necker, Lerena favorisa l'établissement de ces Juntas, à partir de 1787, sur le mode expérimental et selon un principe d'application graduel et progressif⁵⁷.

En dépit de son indéniable ambition décentralisatrice, le nouveau système de Lerena ne possédait pas la même profondeur que son modèle français. En premier lieu, les Juntas Provinciales étaient conçues comme de simples organes administratifs subordonnés à la direction des Finances et ne furent jamais considérées comme d'authentiques Administrations Provinciales, avec une structure politique représentative des trois « états » et de larges compétences économiques, comme dans le cas des assemblées françaises du Berry et de la Haute-Guyenne. En second lieu, en dépit de sa modération, le programme de Lerena vint allonger la liste de ces nombreux projets sans suite élaborés par les hommes des Lumières. Les résistances locales, les critiques des secteurs conservateurs sur l'incompatibilité des Juntas Provinciales avec l'ordre monarchique et le manque d'initiative du ministère des Finances qui, non content de ne pas définir avec précision leurs compétences, craignait que leur création n'entraînent une augmentation du nombre de fonctionnaires, firent que les Juntas n'allèrent jamais au-delà du stade expérimental, bien qu'elles aient existé jusqu'en 1802.

Toutefois, l'influence de *Des Administrations Provinciales* en Espagne ne se limita pas à cette expérience infructueuse de Lerena. D'autres expériences de décentralisation tentées dans l'espace européen étaient très connues en Espagne ; cela encouragea un courant d'opinion qui, depuis plusieurs années, réclamait un accroissement du pouvoir des organes locaux, ainsi qu'une modernisation de leur organisation⁵⁸. Ce courant décentralisateur connu au cours des années 1780 un intéressant processus de rénovation, encouragé par la connaissance non seulement du modèle de Necker, mais aussi des positions plus radicales défendues par Turgot-Dupont de Nemours dans le *Mémoire sur les municipalités*⁵⁹. De leur côté, les économistes les plus clairement « neckeriens »

(57) La première tentative eut lieu dans les provinces de La Mancha, Guadalajara, Ávila y Cuenca.

(58) Ernest Lluch, *Las España vencidas*, op. cit., p. 129-162.

(59) Cf. Javier Fernández Sebastián, *La Ilustración política*, Bilbao, 1994, p. 98-102, et Pablo Fernández Albadejo, op. cit., p. 480.

– Torre, Almodóvar, Alcalá et Mantecón – s’efforcèrent de démontrer que l’Espagne devait se limiter à « reproduire » les Administrations Provinciales françaises⁶⁰. Leurs arguments reprenaient littéralement les idées exposées dans *Des Administrations Provinciales* mais puisaient aussi à d’autres sources telles que Mirabeau, Montesquieu et plus encore le physocrate suisse Schmid d’Avenstein et le ministre prussien Hertzberg.

Par ailleurs, si leurs réclamations avaient un ton politique modéré, elles n’étaient pas pour autant négligeables dans le contexte du débat constitutionnel que l’Espagne des Lumières avait lancé aux alentours de 1780. L’une des principales innovations que proposaient Alcalá et Mantecón était précisément la défense d’institutions représentatives dotées de fonctions exécutives, qu’ils considéraient compatibles avec le système monarchique, contrairement aux secteurs conservateurs. Cela leur permit de mettre en cause pour la première fois l’utilité des Sociétés Économiques des Amis du Pays qui étaient le fondement institutionnel de la principale expérience de décentralisation économique entreprise à partir de 1765 sous le règne de Charles III. Les deux auteurs qui, comme on l’a vu, étaient des membres actifs de la Société de Ségovie, en arrivèrent à soutenir que la constitution de ces sociétés était « défectueuse », en raison de leur régime d’association ouverte, le nombre indéfini de membres et leur caractère peu représentatif : cela les amenait à réclamer leur transformation en Administrations Provinciales. Celles-ci étaient censées absorber les fonctions des Sociétés Économiques en conseillant le gouvernement, en surveillant l’état économique des provinces et en menant à bien les réformes nécessaires. Fidèles à leur vision gradualiste, ils suggéraient de commencer par établir, « à titre d’essai », une seule Administration Provinciale à laquelle serait confiée la réforme des finances sur le plan local. Celle-ci amènerait de nombreux avantages car, une fois de plus en accord avec Necker, elle permettrait de mettre au point « une méthode constante, équitable et adaptée aux circonstances particulières de chaque province dans les Finances royales ».

Avec ces commentaires, Alcalá et Mantecón se faisaient probablement l’écho d’un état de l’opinion bien plus général et d’une problématique plus strictement politique car ils coïncidaient chronologiquement avec les points de vue du Duc d’Almodóvar. Cet influent diplomate fut l’un des principaux promoteurs des avantages du système politique britan-

(60) Duc d’Almodóvar, *op. cit.*, p. 37-47; Vicente Alcalá et Vicente Mantecón, *op. cit.*, p. 344-345.



nique et des expériences de décentralisation de Necker dans l'Espagne des années 1780. Il percevait certaines similitudes entre les Sociétés Économiques espagnoles et les Administrations Provinciales françaises et il défendait l'implantation de ces dernières en Espagne en raison du « nouveau lustre » qu'acquerrait grâce à elles le « droit de représentation parlementaire »⁶¹. Ainsi, tout porte à croire que, dans les premiers moments du débat constitutionnel qui allait conduire aux *Cortes de Cádiz*, les écrits de Necker offraient comme avantage les positions philo-britanniques reconnues et favorables à la monarchie constitutionnelle de leur auteur. Pourtant, aucune des idées proposées par Almodóvar, Mantecón ou Alcalá ne connut d'effet pratique : il n'y eut pas en Espagne de réforme profonde des Sociétés Économiques et encore moins de création d'Administrations Provinciales. Moyennant quoi, des libéraux espagnols du XIX^e siècle parmi les plus influents continuèrent à considérer que celles-ci étaient nécessaires à une organisation correcte de l'administration : en 1834, le ministre des Finances et économiste libéral Canga Argüelles en venait à copier de nouveau littéralement, quoique sans les citer, de longs passages de *Des Administrations Provinciales* pour justifier le fait qu'il convenait de fonder en Espagne des Juntas provinciales administratives⁶².

Il exista donc au sein des Lumières économiques espagnoles une littérature d'inspiration « neckerienne » composée des traductions des textes de l'économiste Genevois et d'un vaste ensemble de plagiats, d'adaptations, de compte-rendus et de résumés de ces écrits, parmi lesquels ressortent les travaux de Caresmar, Alcalá, Mantecón, Magallón, Almodóvar et Anzano. Au total, entre 1780 et 1795, les auteurs des Lumières espagnols publièrent ou tentèrent de publier dix versions des écrits de Necker : six traductions, trois plagiats-adaptations et un résumé. Le Genevois fut donc peut-être l'économiste le plus traduit de tout le XVIII^e siècle en Espagne. Ce recours à la traduction fut accompagné de

(61) Duc d'Almodóvar, *op. cit.*, p. 41 et 46. Celui-ci était depuis 1785 Directeur de la Société Économique de Ségovie et, pourtant, était très lié avec Alcalá et Mantecón.

(62) José Canga Argüelles, *op. cit.*, vol. II, p. 27-29. La figure politique de Necker allait réapparaître en Espagne sous le *Trienio liberal* (1820-1823), grâce à la traduction espagnole d'un opuscule publié de manière anonyme en 1789 et attribué à A.-J.-M. Sevan, *Conversación del Señor Necker con la Condesa de Polignac, el Barón de Breteuil y el Abad de Bermond, traducida del francés por el ciudadano A. H. M.*, Madrid, 1820. Cette persistance de la référence à Necker se retrouve aussi chez des auteurs comme Soto, Torrente, Valle ou Colmeiro, c'est-à-dire au moins jusqu'aux années 1840.

nombreuses informations sur Necker et son œuvre qui paraissaient dans les publications périodiques espagnoles.

Par rapport à l'ensemble du cadre européen, le cas espagnol présente trois particularités notables : un relatif décalage chronologique, l'existence d'une traduction de *Des Administrations Provinciales* – œuvre dont la diffusion internationale fut plutôt rare – et l'absence, au contraire, de l'un des ouvrages les plus répandus de Necker, *Des Finances*. Néanmoins, celui-ci fut le plus influent sur le long terme ; il continua à être consulté par les économistes et les financiers espagnols des premières années du xix^e siècle, ce qui constitue un curieux cas d'asymétrie entre traduction et influence effective. Une bonne partie des traductions et des adaptations de Necker en Espagne avaient une importante connotation politique, au sens où elles furent élaborées sous la protection de puissantes personnalités – voire directement commandées par celles-ci – pour être utilisées dans les réformes de la période en matière d'économie politique, marquées par l'esprit des Lumières. De fait, le courant « neckerien » eut une influence très notable dans la politique économique de l'époque, notamment dans le domaine des finances publiques, du marché des grains et de l'administration territoriale. En outre, l'œuvre de Necker favorisa l'apparition progressive d'une « opinion publique ».

Ce formidable succès espagnol de Necker ne peut s'expliquer uniquement par la conception traditionnelle qui considère ses écrits comme une simple réaction contre la physiocratie et son libéralisme radical et dogmatique. Il est nécessaire d'y apporter un nouveau point de vue, prenant en compte d'autres questions essentielles. En premier lieu, il faut considérer l'avantage comparatif qu'offrait aux Espagnols des Lumières une œuvre comme celle de Necker, favorable à un libéralisme économique modéré et à un réformisme progressif et pragmatique qui, quoi qu'on en ait pu en dire, ne manquait ni de sincérité ni de profondeur et dont la viabilité pratique avait été largement démontrée lors de son ministère. En second lieu, entre en ligne de compte son orientation politique, proche du modèle britannique et favorable à la monarchie constitutionnelle, qui fut invoquée dans le cadre du débat constitutionnel par les secteurs favorables à des réformes modérées. Liée à cela figure, en troisième lieu, l'option décentralisatrice, sur le plan politique comme sur le plan administratif, qui contribuait à ranimer la structure de la Monarchie et connut un accueil remarquable au sein des Lumières espagnoles. Enfin, il convient de prendre en compte l'affinité de ses idées économiques avec le noyau des auteurs européens du « système intermédiaire » dont l'influence dominante dans la pensée économique espagnole des Lumières est aujourd'hui



fermement attestée. De par son caractère pragmatique et relativiste et sa tonalité modérée en matière économique et politique, la pensée de Necker avait donc toutes les chances de convenir à des Lumières aussi tamisées que les Lumières espagnoles.

Jesús ASTIGARRAGA
Université de Saragosse
Département de Structure et d'Histoire Économique
et d'Économie Publique
Faculté de Droit, c/Pedro Cerbuna, 12, 50009 Saragosse – Espagne
astigarr@unizar.es

CAPÍTULO 8

RICHARD CANTILLON

8.1. *La fortuna del “Essai sur la nature du commerce en général” (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII (pp. 543-569).*

INVESTIGACIONES
de HISTORIA ECONÓMICA

2007, invierno, número 7. Pp. 11 a 38

La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII

The fortune of Richard Cantillon's *Essai sur la nature du commerce en général* (1755) in Spain during the 18th century

JESÚS ASTIGARRAGA GOENAGA
Universidad de Zaragoza

JUAN ZABALZA ARBIZU
Universidad de Alicante

RESUMEN

El *Essai sur la nature du commerce en général* (1755) de Richard Cantillon fue uno de los tratados más relevantes de la Economía Política de la Ilustración europea. Aunque notablemente estudiado en cuanto a su contenido analítico y normativo, existe, en cambio, un cierto desconocimiento sobre cuál fue su circulación internacional más allá de Francia y Gran Bretaña. Este trabajo trata de abordar, a partir de las informaciones ya conocidas y centrándose principalmente en tres casos, la recepción que tuvo en la Ilustración española.

PALABRAS CLAVE: *Richard Cantillon, Circulación internacional de las ideas económicas, Ilustración económica española, Republicanismo, Aritmética política*

Códigos JEL: B11, B31

ABSTRACT

Richard Cantillon's *Essai sur la nature du commerce en général* (1755) is considered a major work in the context of the economic literature of the European Enlightenment. However, the wide existing research on its analytical and normative aspects contrasts with the relative scarce knowledge of its international circulation, except for the cases of France and Great Britain. Taking as a starting point available studies, this article focuses mainly on three cases studies to assess the reception of the *Essai* among the Spanish economists.

KEY WORDS: *Richard Cantillon, International circulation of economic ideas, Spanish economic Enlightenment, Republicanism, Political arithmetic*

JEL Codes: B11, B31

1. Introducción¹

Hace ahora 125 años Jevons, en un conocido artículo en el que explotaba sus acreditadas aptitudes para la historia del pensamiento económico, reconocía que el perfil biográfico de Cantillon y el contenido de su *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), aunque envueltos todavía en grandes “errores, misterios y enigmas”, poseían, en lo que era conocido, elementos suficientemente significativos para interrogarse acerca de la auténtica nacionalidad de la Economía Política: ese eminente libro había sido “escrito probablemente por un banquero de apellido español, nacido en una familia irlandesa..., educado quién sabe dónde, que tenía su negocio en París” (Jevons, 1964 [1881], p. 230). La intención de su agudo comentario no era poner en discusión el liderazgo científico británico en esa ciencia a la que en esos mismos años él estaba haciendo contribuciones decisivas, pero es indudable que con él venía a resaltar que la Economía Política de la Ilustración europea había sido más cosmopolita y plural, en cuanto a su ascendencia geográfica, de lo que sus predecesores clásicos habían llegado a admitir. El trabajo investigador acumulado durante las últimas décadas ha venido a justificar que las dudas de Jevons eran más que razonables². El proceso de emergencia de la Economía Política previo a la publicación de la *Wealth of Nations* de Smith, en el que se inscribió la elaboración y la publicación del *Essai*, tuvo una dimensión claramente europea, juicio cuya toma en consideración resulta insoslayable si la historia de nuestra ciencia atiende al proceso internacional de circulación de las ideas económicas como un elemento no sólo complementario a la historia del análisis económico —cuanto explicativo, con criterios originales, de la valía de éste—, sino imprescindible si se aspira a una reconstrucción adecuada de la formación de las culturas económicas nacionales.

Precisamente, el arraigo gradual del denominado “enfoque nacional” entre los historiadores del pensamiento económico para enjuiciar las causas del éxito temporal y espacial de las teorías económicas ha propiciado la incorporación de realidades periféricas al estudio de los flujos internacionales de las ideas económicas, como es indudablemente la española (Lluch, 1980); incluso con el fin de advertir cuál fue la recepción en ellas de obras modélicas desde un plano analítico, como es el caso del *Essai* de Cantillon. Sobre su presencia en España, ya en el mismo siglo XVIII, no existe hoy ningún género de duda. Todo lo contrario, desde hace décadas sabemos que

[Fecha de recepción del original, marzo de 2006. Versión definitiva, septiembre de 2006]

¹ Queremos agradecer a los evaluadores anónimos de *Investigaciones de Historia Económica* las sugerencias realizadas.

² Véase, por ejemplo, Hutchison (1988) y Groenewegen (2002), pp. 80-87.

el *Essai* fue un texto no sólo conocido y utilizado por los ilustrados españoles desde, al menos, 1779, sino también traducido por sus sucesores inmediatos, en concreto, en 1833 (Etapé, 1951; Smith, 1967). Aunque a estas primeras evidencias se hayan añadido después algunas más, seguimos careciendo de un estudio más amplio sobre la fortuna del *Essai* en la Ilustración española. Este vacío resulta especialmente significativo si tenemos presente el conocimiento que venimos acumulando acerca del impacto en nuestro país de otros autores económicos del XVIII europeo, más aún en el marco de la reciente celebración del doscientos cincuenta aniversario de la publicación del *Essai* en 1755. Este trabajo pretende contribuir a solventar ese vacío, principalmente, a través del estudio de tres casos —el primero, ya descubierto por Estapé, centrado en la obra de Danvila, y los otros dos, hasta la fecha desconocidos, referidos a un conjunto de Discursos aparecidos en *El Censor* y al libro principal del Abad de Matanegui— en que se ha detectado un uso intensivo de las ideas de Cantillon, si bien, como tendremos oportunidad de mostrar, sin que éste llegara a ser un autor central en la Ilustración española.

2. El *Essai* de Cantillon, doscientos cincuenta años después

El tratamiento que los historiadores del pensamiento económico han dado al *Essai* constituye un buen ejemplo de la influencia positiva que puede ejercer una historia de la Economía Política respetuosa con los diferentes marcos nacionales de cara a una reconstrucción más completa de esta ciencia. Publicado en París, de forma anónima, en francés, pero como si se tratara de una traducción del inglés, el *Essai* fue uno de los numerosos tratados de economía que vieron la luz al albur de la *heureuse révolution* que la publicación de libros económicos conoció en Francia durante la prolífica década de los años cincuenta (Théré, 1998, pp. 18-23). Sin embargo, su valor quedó oscurecido relativamente pronto debido a la publicación inmediata de los primeros escritos de Quesnay y los fisiócratas y, dos décadas después, de la obra de Smith. Y aunque algunos contemporáneos, entre ellos los propios Quesnay y Smith, apreciaran el valor teórico singular que encerraba este sintético tratado de apenas 480 páginas de pequeño formato, la auténtica rehabilitación de su autor como un autor de primera fila —en general, a excepción de Marx, muy poco apreciado entre los economistas clásicos— fue mucho más tardía. Una vez que en los últimos veinte años del siglo XIX, Jevons (1964 [1881]) y Higgs (1891, 1892 y 2001 [1931]) lo rescataron del olvido al que lo habían relegado los principales economistas clásicos, y después de pasar, en décadas sucesivas, por el tamiz analítico, siempre exigente, de Hayek (1985 [1936]), Schumpeter (1954), Spengler (1954 [1942]), Blaug (1985 [1962]) o Letwin (1963), el *Essai* quedó canonizado no sólo como una pieza maestra de la

economía de la Ilustración europea, que poco o nada tenía que envidiar al *Tableau Economique* o a la *Wealth of Nations*, sino también, en las conocidas palabras de Jevons, como el “primer tratado sistemático sobre economía”³.

Argumentos para éste y otros juicios laudatorios similares no faltaban. El objetivo del *Essai* era, como su propio título indica, ofrecer un estudio sistemático sobre el “commerce en général”, siendo esta expresión de “commerce” —o “trade”— la habitual en la época para calificar lo que hoy denominamos “economía”. El tratado, realizado siguiendo un método abstracto de impronta cartesiana muy refinado (Murphy, 1986a, pp. 250-251), poseía, como muy pocos de su tiempo, un medido equilibrio interno en las tres partes que lo componían, referidas al análisis de: a) una economía real, cerrada y descentralizada; b) los precios, la economía monetaria, el tipo de interés y la naturaleza autoequilibrada de este sistema real/monetario; y (c) una economía abierta y, por tanto, dependiente del comercio internacional y las operaciones de cambio, así como del sistema bancario y el crédito⁴. En cualquier caso, a medida que su estudio fue implicando a un mayor número de especialistas, fue creciendo la percepción de que Cantillon había realizado aportaciones originales y decisivas, en una dirección que apuntaba más allá de la literatura mercantilista⁵, en el campo del análisis económico y, asimismo, que había contribuido al descubrimiento de conceptos tan relevantes como el flujo circular, la velocidad de circulación del dinero, el enfoque monetario de la balanza de pagos, el mecanismo de ajuste automático de los metales preciosos y, por supuesto, el *entrepreneur*.

Aunque Cantillon no haya dejado de estar presente, de una u otra manera, en la agenda investigadora de la historia del pensamiento económico, durante las tres últimas décadas ha vuelto a reverdecer el interés hacia su figura y su obra. La principal

³ Además, durante el período 1930-1955 fueron publicadas numerosas traducciones del *Essai*, que ya había sido reeditado en Harvard en 1892. Una vez que, en 1931, Higgs realizara la primera edición inglesa y Hayek hiciera lo propio, ese mismo año, en el ámbito germánico, aparecieron: la edición francesa (1952), por Sauvy y Salleron; la italiana (1955), por Cotta y Giolitti e introducida por Einaudi; una nueva inglesa (1959); y también la española (1950), formando parte de la impagable colección de traducciones que el aragonés Sánchez Sarto realizó para el Fondo de Cultural Económica desde su exilio mejicano (Cantillon, 1755a). Esta traducción, prologada por el propio traductor, realizada siguiendo la edición bilingüe de Higgs del *Essai*, de gran calidad y, por tanto, todavía muy útil al día de hoy, incorporaba el conocido artículo de Jevons sobre Cantillon.

⁴ De ahora en adelante, las citas referidas al *Essai* recogerán, por este orden, los números correspondientes a la parte y el capítulo, siguiendo la edición de Cantillon (1755b).

⁵ Mientras es indudable la impronta mercantilista de sus recomendaciones políticas —fue favorable a la exportación de manufacturas, la balanza de pagos positiva y la acumulación de metales preciosos—, Cantillon es considerado el primer autor consciente del carácter autoajustado y autónomo del sistema económico —y, por tanto, de la inconveniencia, si no imposibilidad, de intentar modificar su comportamiento por medio de la acción legislativa—. Un último y oportuno balance se halla en Brewer (1988). Véase asimismo Hayek (1985 [1936]), Spengler (1954 [1942]) y (1954), y Bordo (1983).

novedad de esta nueva oleada de trabajos y de reediciones del *Essai* —dos nuevas, en 1979 y 2001— radica en que se han insertado en el enfoque más cosmopolita de la Economía Política de la Ilustración al que nos referíamos. Desde el prisma español, posee especial relieve el estudio de los cambios que conoció el pensamiento francés en materia económica durante la denominada *mid-century efflorescence* de 1746-1756, cuando el *Essai* vio la luz, al igual que la rehabilitación de quien fuera responsable último de su publicación, V. de Gournay, *intendant de commerce*, economista y animador de un influyente núcleo de autores —aunque carente del sentido sectario de los fisiócratas— al que se atribuye el intento de fundar la moderna ciencia económica de acuerdo con unos criterios analíticos y normativos diferenciados de los de la fisiocracia (Tsuda, 1979 y 1983; Murphy, 1986b). De esta manera, la nueva reconsideración de los aspectos más estrictamente analíticos del *Essai*, de la mano de autores como Tarascio (1981), Hutchison (1988), Aspromourgos (1996) o Brewer (1992 y 2001), se ha visto acompañada de notables avances en la reconstrucción del contexto histórico y el clima intelectual en el que fue elaborado. La extensa biografía de Murphy (1986a), además de aclarar numerosos detalles oscuros o sencillamente desconocidos de la trayectoria humana y profesional del, cada vez menos, enigmático *entrepreneur* irlandés, ha permitido reinterpretar el *Essai* no sólo en clave del avance teórico que supuso respecto a sus predecesores inmediatos —algunos de los cuales, principalmente, Petty, Locke, Law y, con toda probabilidad, Boisguillebert, influyeron notablemente sobre Cantillon— cuanto también teniendo presente rasgos fundamentales de su biografía. Así, en su depurado análisis sobre la *nature del commerce en général* influyeron, por una parte, sus exitosas experiencias como banquero y agente de operaciones cambiarias —el irlandés, inteligentemente autoeducado en “el viaje y el comercio” (Higgs, 1892, p. 4), perteneció a la rara estirpe de economistas que utilizan correctamente sus conocimientos teóricos como base de sus decisiones prácticas— y, por otra, su propósito de realizar una crítica sistemática de las políticas monetarias, algo “visionarias”, de Law —ésta sería la auténtica función de la parte III del *Essai*—, a quien el propio Murphy (1997) ha considerado más afortunado como economista teórico que como *policy-maker*, y cuyo fracasado experimento de 1719-1720, que tanta animosidad dejó en toda la Ilustración europea hacia las innovaciones financieras, fue capaz de prever el propio Cantillon.

Por otra parte, y ahora en relativa complementariedad con los trabajos de Tsuda (1979 y 1983), Murphy (1986a, pp. 299-321) ha terminado por aclarar las circunstancias que rodearon la publicación del *Essai*, una cuestión envuelta en un relativo misterio y de enorme importancia de cara a analizar su circulación internacional. Es bien conocido que el libro, que, según Murphy, fue escrito entre 1728 y 1730, circuló de forma manuscrita póstumamente antes de ser publicado en 1755: en Gran Bretaña fue objeto de plagio y divulgado parcialmente por Postlethwayt, principalmente en su *Universal Dictionary of Trade and Commerce* (1751-1755), y otros autores; en Francia,

Mirabeau, quien estuvo en posesión del manuscrito durante dieciséis años, realizó dos resúmenes del mismo, quizás con intenciones docentes, en 1751-1752 y 1756, además de trasladar muchas de sus ideas a las tres primeras partes, de contenido no fisiócrata, de *L'ami des hommes* (1758-1762)⁶.

No obstante, como se ha adelantado, el responsable de la publicación del *Essai* fue Gournay. Su edición no fue casual, sino una pieza más del programa de publicaciones económicas, muy importante respecto a la traducción de textos británicos (Davenant, Hume, Cary, etc.) y españoles (Uztáriz y Ulloa), que, orquestado personalmente por él mismo, comprometió a los principales miembros de su núcleo (Forbonnais, Butel-Dumont, Plumard de Dangeul, Turgot, Morellet, etc.). Por esas fechas, estos autores estaban investigando de manera intensiva sobre teoría, política y aritmética política del *commerce en général*. Según Murphy, el *Essai* no sólo encajaba bien en el programa “híbrido de *laissez faire* e intervencionismo estatal” propio de ese núcleo, sino que desempeñó un papel importante en la formación intelectual de Gournay y sus discípulos, contribuyendo a modificar sus propios planteamientos, principalmente respecto al intervencionismo en materia de demanda (Murphy, 1986b, p. 541), y a definir el pensamiento económico francés antes del *grand tournant* que supuso la aparición de la fisiocracia y el consiguiente tránsito desde una “política realista de libertad y protección” al “sistema teórico dogmático de libertad extremadamente idealizada” (Tsuda, 1983, p. XVI). De esta manera, el *Essai* no fue, como señalaba la edición original, una traducción del inglés, ni vio la luz clandestinamente en Francia, sino que fue publicado de manera oficial, con un pie de imprenta falso (Londres, Fletcher Gyles), sencillamente para eludir la censura francesa, con la indudable intencionalidad “política” de servir a los propósitos reformadores de Gournay.

3. Una confusa difusión internacional del *Essai*

La publicación del *Essai* fue el punto de arranque de un proceso de difusión que tuvo como primer escenario a Francia y que poseyó ciertos rasgos particulares; y ello por dos motivos: la enorme trascendencia que Cantillon alcanzará durante el tercer cuarto del siglo XVIII como “economista de economistas”, y, por tanto, la necesidad de

⁶ Sobre el conocido caso “Cantillon-Postlethwayt” y el de otros autores británicos contemporáneos —J. Harris o Ph. Cantillon—, pueden verse, por ejemplo, Johnson (1937) o Brewer (Cantillon, 1979 [1755c]); y sobre el de “Cantillon-Mirabeau”, quien reveló el nombre del autor del *Essai* en el primer volumen de *L'ami des hommes* y lo dio a conocer entre los fisiócratas, por ejemplo, Higgs (1891, pp. 24-30), Hayek (1985 [1936]) o Tsuda (1979, pp. 405-410).

prestar atención a la vía de la difusión indirecta⁷, y el peculiar formato de las ediciones francesas del *Essai*, que propició la confusión de éste con otros textos de la Ilustración europea, en especial, los *Political Discourses* (1752) de Hume.

Las ediciones francesas del *Essai* fueron cuatro, aparecidas entre 1755 y 1767: la original y una reedición de ésta, publicada, con sus mismos datos de imprenta, en 1756, y otras dos, que tuvieron como modelo esta segunda y fueron publicadas por E. Mauvillon. Precisamente estas dos últimas fueron las que terminaron por entrelazar el *Essai* con la versión francesa de los *Political Discourses* (Becagli, 1976, pp. 513-518; Tsuda, 1979, pp. 416 y ss.). Esta obra, que logró afirmar definitivamente a Hume en el campo de la teoría económica e influyó decisivamente en Steuart, Smith y toda la Economía Política escocesa, contenía una docena de *essays*, nueve de ellos sobre *economic topics*, realizados, en principio, con escasa influencia del *Essai*, con el propósito de, partiendo del enfoque histórico, introducir el método experimental en el razonamiento sobre las ciencias morales y sociales (Hutchison, 1988, pp. 199-214; Skinner, 1990, pp. 146-150). Su resonancia en Francia fue inmediata. Sólo dos años después de su publicación en 1752 vieron la luz tres traducciones de la misma: la primera, realizada en 1753 por Mlle. de La Chaux, era incompleta —sólo contenía siete de los ensayos originales— y circuló en ambientes extracomerciales; en cambio, las dos segundas, ambas aparecidas en 1754, contenían los doce discursos originales y fueron debidas a E. Mauvillon (padre del economista fisiócrata alemán J. Mauvillon) y a J.-B. Le Blanc. Éste era un activo miembro del grupo de Gournay, de tal forma que su versión de Hume se integraba en el programa de traducciones anteriormente referido. Seguramente, la fortuna editorial de esta segunda edición, reforzada por el contacto personal que Le Blanc mantuvo con el propio Hume, terminó por oscurecer a la primera; de tal forma que los editores holandeses de ésta (Schreuder y Portier le Jeune) decidieron ampliar los *Discours politiques* originales con otros nuevos volúmenes, que incluyeron traducciones (de Bolingbroke y O'Heguerty) y tratados recientes de diversos autores franceses (Forbonnais, Goudar o Le Blanc) hasta completar, durante 1756-1758, cinco nuevos volúmenes, que, sin embargo, se presentaron como una continuación de la misma obra, los "*Discours politiques de Mr. David Hume*". Precisamente el tercero de ellos, publicado en 1756, incluyó la edición del *Essai*, que será reeditado en 1769.

⁷ Su enorme influencia se materializó no sólo vía Quesnay y los fisiócratas o Steuart y Smith (Brewer (2001), pp. 158-196), sino, de acuerdo con Higgs (1891 y 1892), Hayek (1985 [1936]) o Spengler (1954 [1942] y 1954), a través de autores hoy considerados de importancia menor, pero con gran fortuna en ese siglo, también en España, entre los que cabría destacar, por ejemplo: a) los notablemente influidos por Cantillon: Postlethwayt, Condillac, Accarias de Serionne, Mirabeau, Peuchet o Garnier; b) los menos influidos: Turgot, Filangieri, Genovesi, Malthus, Forbonnais, Necker o Say; y c) los conocedores de su obra: Mably, Grasiin o Young.

Es muy probable que la resonancia internacional del *Essai* fuera debida principalmente a esta “colección” francesa de *Discours politiques* y no propiamente a su edición original, propiciándose así una cierta confusión entre Hume y Cantillon, cuyo *Essai* siguió figurando como anónimo. De hecho, el caso italiano confirma que esa confusión se convirtió en un error recurrente en la publicística del siglo XVIII, no sólo en el caso ilustre del napolitano Filangieri, apreciado ya hace años por Fanfani (1936, p. 155), sino en otros numerosos de la segunda mitad de la centuria, que han sido detallados por Becagli (1976, pp. 518-522), hasta alcanzar incluso a la traducción italiana del *Essai*, una de las primeras, si no la primera, que se realizó en el ámbito europeo de ese texto⁸. Y algo similar pudo ocurrir también en España. Y ello a pesar de que Hume fue un autor estimado —sus escritos económicos y de historia “política” fueron reiteradamente recomendados, como obra de una autoridad eminente, por Campomanes, los miembros de la Sociedad Matritense y otros círculos de la Ilustración oficial española— y bien conocido, especialmente entre los ilustrados de la generación *tardía*, más allá del propio Jovellanos, respecto, al menos, a los cruciales debates sobre el comercio y el lujo, es decir, los temas de los dos primeros ensayos de los *Political Discourses* (Astigarraga, 2003). Es muy probable que debido precisamente a la intensa circulación que esta obra conoció en España durante los años setenta y ochenta se emprendiera su traducción, que vio la luz en 1789 y que, sin embargo, para eludir una probable censura, sólo contenía ocho de los doce ensayos originales⁹. Pues bien, a pesar de todo ello, la primera traducción española de Cantillon —antecedente lejano de la segunda y última de M. Sánchez— no evitó la confusión originada involuntariamente por Mauvillon. En 1833, A. D. Porlier publicaba un escrito titulado *Fuentes de la Riqueza Pública*, que atribuía a Hume (Porlier, 1833), cuando en realidad se trataba de una traducción, si bien de muy baja calidad, por incompleta y “tergiversada”, del *Essai* de Cantillon (Smith, 1967)¹⁰.

⁸ La versión, obra de P. M. Scottoni, fue publicada en Venecia en 1767, como *Saggio sulla natura del commercio in generale*, y fue reimpresa dos años después, también en Venecia, con un título modificado, *Saggio sul commercio relativamente alla primaria sua base l'agricoltura*, y la advertencia de que “había sido extractada de la célebre colección del Sr. Hume”.

⁹ La versión excluía los discursos: “Sobre algunas costumbres curiosas”, “De la población en las antiguas naciones”, “De la sucesión protestante” e “Idea de una república perfecta”. Su anónimo autor atribuía esta supresión “al temor que me causa andar retocando con mi pincel nada delicado obras de maestros tan estimables, y esto era preciso hacerlo habiendo de imprimirse” (Hume, 1789 [1752], “Advertencia del traductor”). Una traducción previa de Hume había visto la luz en el *Semanario Económico* de P. Araus en 1767.

¹⁰ Recientemente, Martín Rodríguez (2000, pp. 27-33) ha explicado que se trata de una versión prácticamente íntegra y ligeramente mutilada en cuestiones referidas a “ideas y expresiones que pudieran chocar con nuestras opiniones, usos y costumbres”. A través de su traducción, Porlier, un reconocido *afrancesado*, trataba de recuperar su honor, perdido en 1814 con la vuelta al absolutismo de la mano de Fernando VII.

4. Las *Lecciones de Economía Civil* (1779) de B. J. de Danvila

Si tratamos de averiguar cuál fue el arranque de este interés en España por Cantillon, debemos remontarnos al último cuarto del siglo XVIII. La expresión, tan característica de su *Essai*, del estudio del "comercio en general" fue empleada por vez primera en el título de un escrito ya en 1755-1756, de la mano del holandés afincado en España Graef (1996 [1755-1756]); no obstante, su contenido era ajeno al *Essai*, así que hubo de tratarse de un reflejo de la multiplicación de tratados sobre el "comercio" que conocía la Europa de los años cincuenta. En realidad, la recepción en España de ese tipo de tratados tuvo lugar en el seno del fructífero proceso de circulación de ideas que caracterizó el reinado de Carlos III (Llombart, 2004) y, más en particular, el inspirado por el núcleo de Gournay, que marcó el tono de la primera fase del mismo. Muy probablemente, fue esa primera oleada, particularmente intensa a partir de 1763-1765 y que arrastró consigo los textos de sus principales discípulos y de diversos autores extranjeros traducidos por ellos (Forbonnais, Plumard de Dangeul, Herbert, Davenant, etc.), la que trajo consigo también el *Essai* de Cantillon. Sabemos, gracias a Llombart (1992, p. 131), que precisamente en 1763 otro comerciante de origen holandés, F. Cray Winckel, mencionaba el *Essai* en un *Discurso* que envió al influente Campomanes. Ahora bien, la primera utilización sistemática de las ideas del irlandés fue más tardía: remite a las *Lecciones de Economía Civil* del ilustrado valenciano Danvila, quien, seguramente, fue también el primer autor español en identificar a "Mr. de Chantillon" como "autor del libro anónimo intitulado *Ensayo sobre el Comercio*" (Danvila, 1779, p. 49).

Las *Lecciones*, publicadas en 1779 y reeditadas en 1800, constituyeron el primer manual docente sobre materias económicas de la historia de España. Se redactaron con el fin de que sirvieran de libro de texto en las enseñanzas que su autor, especializado en materias jurídicas, impartía en la Cátedra de Filosofía Moral y de Derecho Natural y de Gentes del Real Seminario de Nobles de Madrid; no obstante, también fueron utilizadas en la pionera Cátedra de Economía Civil de la Sociedad Aragonesa, de manera exclusiva entre 1784 y 1786. En 1951, Estapé, además de rescatarlas del olvido, descubrió la enorme deuda intelectual que su autor había contraído con Cantillon, explícitamente visible en numerosas comparaciones a "doble columna" entre fragmentos del *Essai* y las *Lecciones* (Estapé, 1951). Este descubrimiento suscitó un interesante debate académico, hoy todavía abierto. El juicio contundente que mereció a Estapé la relación "Danvila-Cantillon" —en suma, un "plagio"— fue mitigado en revisiones sucesivas. Las *Lecciones* fueron calificadas bien como un canal "peculiar" o "muy peculiar" de introducción de las ideas del *Essai* (Lanzuela, 1976), o bien como una obra que no alcanzaba su rigor analítico y cuyo contenido emparentaba con autores como Forbonnais o Necker (Lluch, 1980), o bien Genovesi o Condillac e, incluso, el pensamiento fisiócrata (Martín, 1984). No obstante, ha sido Cervera (2003,

pp. 103-122), en la última entrega a ese debate, quien ha desterrado definitivamente el tópico de la paternidad exclusiva de Cantillon.

Es indiscutible que las *Lecciones* recogen explícitamente ideas —así como estimaciones de Aritmética Política— muy características del *Essai* —y ciertamente, en la España de ese tiempo, desconocidas con el grado de precisión con que las formuló su autor—; principalmente: la noción de riqueza, la teoría de la paridad de la tierra y el trabajo, la existencia de precios “intrínsecos” (o naturales) y de “mercado”, la justificación en el aprendizaje de las diferencias salariales entre el labrador y el artesano, la relación población-subsistencias, la convicción de que todas las clases sociales se mantienen a expensas de los propietarios de la tierra, la trascendencia de las “fantasías” de éstos en la decisión sobre los usos alternativos de la tierra y, por último, sus precursoras ideas sobre la economía del espacio y la localización (Hébert, 1981). Ahora bien, se trataba, según Cervera, de una “utilización selectiva” de las ideas del economista irlandés, dado que éstas se combinaban con otras sobre la teoría del valor y los precios, los fundamentos de la actividad comercial, la teoría monetaria y, sobre todo, la política económica difícilmente compatibles con Cantillon. Al mismo tiempo, los “huecos teóricos” y las ausencias resultaban tan expresivos como las presencias: en primer lugar, la gran mayoría de las ideas extraídas del *Essai* provenían de la primera parte de éste, la de más fácil comprensión, al prescindir de las complicaciones monetarias y derivadas del comercio internacional —era una “economía completa en miniatura” (Brewer, 2001, p. XVI)—; y, en segundo, Danvila no fue capaz de percibir la trascendencia de cuestiones como la figura del *entrepreneur*¹¹, la teoría del *surplus*, la estructura de clases sociales, el modelo circulatorio, la teoría de la balanza comercial o el fino análisis monetario del *Essai*. En suma, las *Lecciones* carecieron absolutamente del rigor analítico de éste, mientras que, en el plano normativo, el pensamiento agrarista e intervencionista de su autor y su mercantilismo algo tosco y poco depurado imponían fórmulas para la práctica económica que divergían “radicalmente” de las del economista irlandés (Cervera, 2003, p. 118).

Por si esto fuera poco, las fuentes más propiamente económicas de las *Lecciones* no sólo eran muy plurales —incluían, entre las expresas, a Hume, Uztáriz, Bielfeld, Plumard de Dangeul o Melon y, entre las tácitas, a Ramos o Romà y Rosell—, sino que el *Essai* debía compartir su tradicional protagonismo con las *Lezioni di commercio* (1765-1767) de Genovesi y *Le commerce et le gouvernement* (1776) de Condillac; espe-

¹¹ A pesar de aproximarse a Cantillon (Hoselitz, 1951), al apreciar que el sueldo de las clases que trabajaban por su cuenta era, a diferencia del de los jornaleros o propietarios, “incierto e indeterminado” o bien estaba “sujeto a la suerte y a la casualidad”, Danvila (1779, pp. 35, 55-56 y 124) utilizaba indistintamente las expresiones de “traficante”, “comerciante” o “mercader” y nunca la de “emprendedor” y, lo que es más significativo, no fue capaz de apreciar su función como “mano invisible” que garantizaba el funcionamiento de los mercados (Murphy, 1986a, pp. 253-258).

cialmente, con el primer texto, cuya influencia en las *Lecciones* fue más decisiva que el propio *Essai*. Es decir, no sólo, como ya adelantaron Lanzuela o Lluch, resulta conveniente la prudencia en la caracterización de esos “plagios” tan habituales en la historia de las ideas —puede copiarse con fines contrarios a los originales o resultar las ausencias tan expresivas como las presencias—, sino que, como sucedió con tantos otros textos de la Ilustración española, la utilización personal por Danvila de fuentes diversas terminó por dar forma a un ideario relativamente diferenciado del de esos textos originales. Precisamente, debido a su impronta agrarista y a su “mercantilismo” opaco al sustrato de orden natural que vertebraba el *Essai*, parece razonable que el ilustrado valenciano estuviera más cerca de Genovesi que de Cantillon; aunque aquél conoció relativamente pronto el *Essai*, la influencia en su obra se limitó al concepto de velocidad de circulación del dinero (Pii, 1984). Ello se ve también reforzado por el hecho de que la factura del texto de Danvila —un tratado docente de naturaleza sintética— era similar a la de las *Lezioni*, libro, cabe recordar, proveniente de la siempre cercana Nápoles de Tanucci, que se hizo presente en todos los intentos que los ilustrados españoles realizaron en pro de la institucionalización de la Economía Política en los años finales del siglo XVIII —más allá del Seminario de Nobles de Madrid, en la cátedra de Zaragoza, la Universidad de Salamanca y la Sociedad Económica de Mallorca— y que en esos mismos años comenzaba a disfrutar de un eco muy notable en el conjunto de la Ilustración española (Astigarraga, 2004).

Es muy probable que el texto de Danvila representara un primer canal de divulgación del *Essai* entre los ilustrados españoles, incluso más allá de esta corriente favorable a las enseñanzas económicas. Un dato, y especialmente expresivo, de este hecho procede de Jovellanos. En 1781, éste recomendó a la Sociedad Económica de Asturias basar el estudio de los “elementos de la ciencia económica” en las obras de Mirabeau, Condillac y el “Ensayo sobre el comercio en general, atribuido a monsieur Chantillon”. Afirmaba, incluso, haber realizado una traducción de este último para uso particular —su paradero es hoy desconocido—, cuya notoria calidad, no obstante, consideraba superada por el reciente tratado de Condillac (Jovellanos, 1781, pp. 370-371)¹². Cinco años más tarde el aragonés Normante (1786, p. 7) mencionaba el “Ensayo sobre el Comercio de Mr. Chantillon” entre las “principales obras francesas donde se encuentran abrazados y combinados muchos ramos del gobierno económico”. Ese mismo año, otro aragonés, Villava (1785-1786, vol. III, pp. 313-314), aludía, siguiendo precisamente a Danvila —a quien corregía en sus estimaciones numéricas—, a la tesis

¹² Jovellanos tenía en 1778, en su biblioteca particular, la edición francesa de los *Political Discourses*, aunque no es posible precisar si se trataba de la edición de E. Mauvillon (Aguilar, 1984). También Campomanes poseía en su amplia biblioteca la primera edición francesa del *Essai* y dos ediciones de la versión francesa de los *Discursos* de Hume (Lombart, 1992, pp. 325 y ss.).

de la paridad tierra-trabajo de Cantillon, en esencia una interpretación sustentada en el coste de producción (Aspromourgos, 1996, pp. 89 y ss.) y alternativa a la teoría basada en la *utilità-rarità* que planeaba, con acentos propios, en las *Lezioni* de Genovesi, que Villava había traducido y anotado profusamente. Cuatro años después, el presbítero Morales (1790, pp. 49 y ss.), en un "Discurso sobre la educación" presentado en la Sociedad Económica de Sevilla y extractado en el *Espíritu de los mejores diarios*, aludía tácitamente a Cantillon como un "hábil político" y aceptaba sus cálculos, ya recogidos por Danvila, referidos a que la manutención de cien personas equivalía al trabajo de veinticinco. Ideas del *Essai* sobre la conveniencia de incrementar la población a través de la exportación de manufacturas intensivas en trabajo fueron empleadas por Foronda en esos años (Foronda, 1789-1904 [1788-1790]), si bien, en este caso, a través de la mediación de Mably, Condillac y, sobre todo, Graslin (Barrenechea, 1984, p. 276). En suma, el *Essai* fue conocido por algunos de los principales economistas españoles de finales del siglo XVIII, tal y como ocurrió también en Italia en las escuelas milanesa (Verri y Beccaria) y napolitana (Genovesi y Filangieri).

5. Los Discursos de *El Censor* (1785-1787)

Un segundo caso de utilización notoria de las ideas de Cantillon se encuentra en un conjunto de discursos publicado durante 1785 y 1787 en *El Censor*. Era ésta una publicación periódica prestigiosa, modelada de acuerdo con los diarios moral-satíricos ingleses (*The Spectator* o *The Tatler*), promovida por L. García de Cañuelo y L. M. Pereira, que contó entre sus colaboradores con ilustres miembros de la Ilustración española (Jovellanos, Meléndez Valdés, etc.) y que fue publicada, tras superar dos suspensiones temporales (1782-1784 y 1784-1785), entre 1781 y 1787, cuando fue suprimida definitivamente por Floridablanca (Urzainqui, 1995). Precisamente, los cuatro discursos en que se ha detectado la presencia del *Essai* (Anónimo, 1785, 1786, 1787a y 1787b) —mencionada, de modo expreso, sólo de manera ocasional— pertenecen a la última etapa de la publicación, cuando la crítica áspera contra la sociedad tradicional que la distinguió de otras revistas contemporáneas alcanzaba su mayor virulencia. Los discursos referidos fueron publicados de forma anónima, aunque, sin duda, fueron, o bien obra de personas cercanas a los dos editores, o bien de ellos mismos, Pereira, a quien tradicionalmente se han atribuido los discursos económicos de *El Censor*, o bien, con más probabilidad, Cañuelo, tal y como sostuvo Elorza (1970, pp. 216-220).

El marco conceptual de estos discursos se encuentra ahora en los debates que suscitó en España la recepción de las corrientes ilustradas republicanas, a través no sólo —aunque también— de Montesquieu, sino de los autores más genuinamente

identificados con ellas, como Helvétius, Filangieri y Mably. Esa recepción, especialmente notable durante los años ochenta, suscitó un agudo debate acerca de las consecuencias morales del crecimiento económico basado en el “comercio” y el “lujo”, que conllevaba una consideración, normalmente positiva, por parte de esas corrientes de los modelos socioeconómicos característicos de las repúblicas de la Antigüedad en relación a sus patrones de consumo —y, por tanto, de lujo— y a su incidencia en el logro de una sociedad más justa. Precisamente, el propósito de los discursos de *El Censor* era realizar una crítica al republicanismo igualitario del francés Mably, advertida de manera expresa por su autor, al aclarar que no era “un ciego admirador de la República de Esparta” y al arremeter contra quienes querían convertir sus leyes en “el código universal de todos los tiempos y de todas las naciones” (Anónimo, 1785, p. 43).

Mably, quien ha sido considerado el autor del “corpus de pensamiento republicano más importante, extenso y variado producido en el siglo XVIII en Francia y, quizás, en Europa” (Wright, 1997, pp. 2-3), venía disfrutando —y disfrutará al menos hasta el Trienio liberal— de una gran influencia en España (Stiffoni, 1992). Tal influencia se produjo, en el tramo final del siglo XVIII, a través principalmente de los *Entretiens de Phocion* (1763). Este libro, el más difundido internacionalmente de su obra, posee para nuestros propósitos un doble interés, pues además de abordar la relación entre la moral y la política, tratando de encontrar los principios “fijos y ciertos” de esta última, que es su objeto principal, en él se copiaban y comentaban críticamente amplios fragmentos referidos a las cuestiones monetarias del *Essai* de Cantillon. Esta obra fue valorada por Mably como la “mejor” sobre cuestiones económicas y ha sido considerada, junto a las de los discípulos de Gournay, vertebral en la configuración de su pensamiento económico antifisiócrata (Stiffoni, 1975, pp. 133-176). De hecho, los fragmentos de los *Entretiens* copiados del *Essai* fueron vertidos correctamente en las dos traducciones españolas que se realizaron de los *Entretiens* en los años ochenta, en 1781 y 1788, convirtiéndose de esta manera en los primeros en lengua castellana del libro de Cantillon (Mably, 1781 [1763a], pp. 148-152; 1788 [1763b], pp. 300-312).

No obstante, el colaborador de *El Censor* conocía el *Essai* en su integridad. Su centro de atención principal eran ahora sus ideas monetarias¹³ de las que, aún sin mencionar nunca a Cantillon, se hacía fiel eco en el primero de sus discursos (Anónimo, 1785). Después de aceptar las diferentes funciones de la moneda y de apreciar su valor como el valor de cambio —o poder de compra— en términos de otras mer-

¹³ Véase Spengler (1954, pp. 143-151), Blaug (1985 [1962], pp. 47-51), Bordo (1983), Murphy (1986a, pp. 261-274), Hutchison (1988, pp. 171-177) y Brewer (2001, pp. 76-97).

cancias, y aun aceptando que era sólo una pequeña parte de la riqueza nacional, nuestro autor sostenía, como Cantillon (I, VIII), que, mediando el comercio internacional, sería “más poderosa aquella nación que posea más metales relativamente a su extensión y población” (Anónimo, 1785, p. 42); de ahí que su acumulación lejos de ser contraria a la riqueza y la opulencia, las atribuía a toda nación “respecto a aquellas con las que tenga alguna relación”. En cualquier caso, la manera en que el incremento de la cantidad de dinero se trasladaba a los precios, o eventualmente a la actividad económica, dependía del origen de ese incremento y de los mecanismos de transmisión (el “efecto Cantillon”). De las siete vías estudiadas por Cantillon —producción de minas nacionales, balanza comercial positiva, subsidios de potencias extranjeras, emigración de familias extranjeras, residencia del personal diplomático, “violencia” (reparaciones) o préstamos procedentes del extranjero—, en *El Censor* se analizaban sólo las dos primeras; en sustancia, las principales.

En el caso de proceder los metales de las minas, el copioso volumen de los mismos que entraba en el circuito económico apenas se dividía, distribuía y circulaba, concentrándose en pocas manos. De ahí que el incremento consiguiente del consumo fuera limitado a ciertos bienes y generara escaso empleo nuevo, y de ahí, también, que el crecimiento de la masa monetaria fuera notablemente más rápido que el de la oferta real —si es que éste realmente llegaba a producirse—, con el consiguiente incremento de los precios y, de acuerdo con el mecanismo del ajuste automático de los metales preciosos, la pérdida de competitividad de la manufactura, la caída de los niveles de empleo, población y producción y la gradual dependencia económica respecto a las potencias extranjeras. Es decir, los efectos inflacionistas de esa nueva inyección monetaria generarían pronto unos términos muy adversos para el comercio nacional.

Este primer modelo, que Cantillon (II, VI) consideraba precisamente el patrón de desarrollo tradicional de economías como la española y la portuguesa, se confrontaba en *El Censor* con el de la acumulación de metales por la vía de una balanza de comercio persistentemente positiva, cuyos efectos se consideraban bien distintos al del anterior (Cantillon, II, VI): la distribución de los nuevos metales en numerosas manos y su división y circulación en “cantidades cortas” y en “pequeñas porciones” favorecerían los “pequeños pagos” y el crecimiento lento del consumo entre los “habitantes más industriosos”, pero ello sin provocar aumentos bruscos de su nivel de gasto; de tal forma que el incremento gradual de la masa monetaria generaba sus efectos principales en la actividad económica. En este caso, a diferencia de lo que planteaba la teoría cuantitativa del dinero, ese incremento ni se trasladaba de forma inmediata a los precios ni afectaba por igual a todos ellos —se producían cambios en los precios relativos e interrelaciones cruzadas entre los distintos componentes de la ecuación del cambio de esa teoría—; de tal forma que la economía nacional podía hacer compatible por largos períodos de tiempo —la estimación de Cantillon era de

unos cuarenta años— el crecimiento de los precios y el saldo positivo en su balanza de pagos, manteniendo un nivel de competitividad en el marco internacional que le permitiera sostener el crecimiento del empleo doméstico.

La conclusión que se extraía en *El Censor* era que, precisamente, la falta de la “circulación” de los metales y su “estanco” en pocas manos era la causa de efectos económicos perniciosos y el factor que había convertido en dañinos los metales llegados a España desde América. Incluso, aún sin entrar en el rico análisis de Cantillon (II, III) sobre los factores económicos e institucionales que condicionaban la velocidad —o “rapidez”— de la circulación del dinero ni en sus precisos cálculos al respecto, se sostenía, de acuerdo con él, que una aceleración de la misma en el cambio equivalía a un incremento del dinero efectivo y que, por tanto, “una nación de igual grandeza que otra y doble masa monetaria será más pobre” si en esta segunda la velocidad de circulación fuera “tres veces más rápida” (Anónimo, 1785, p. 46). No se trataba, por tanto, de evitar el acopio de metales, cuanto de impedir su estanco, pues, como sostenía Cantillon (II, VII), el efecto del incremento de la cantidad de dinero sobre los precios era diferente según el “rumbo que este dinero imprima al consumo y a la circulación”, principio económico que, de acuerdo con una de las líneas de opinión más característica de *El Censor* —la puesta en cuestión de la tradicional religiosidad española—, era utilizado en este discurso para cuestionar de raíz la concentración de oro y plata en manos de la Iglesia: no sólo se debía impedir la magnificencia de los templos, sino que los metales preciosos presentes en ellos debían de ser reducidos a moneda, asegurándose después de que ésta circulara adecuadamente —fundación de montepíos, préstamos a labradores y artesanos, etc.—, pues ello garantizaría su uso como factor generador de crecimiento económico. De esta manera, las ideas de Cantillon se ponían al servicio de la crítica a las enormes posesiones de la Iglesia y a su riqueza estancada.

Estas ideas se entrelazaban, en un discurso posterior, con la cuestión del lujo (Anónimo, 1786)¹⁴. Una vez reconocido que la riqueza obtenida a través de la acumulación de metales no era, bajo determinadas circunstancias, perniciosa, se trataba ahora de apreciar sus efectos socioeconómicos. Y es, en este contexto, en el que desde *El Censor* se arremetía contra el modelo republicano austero e igualitario de Mably. Frente al mismo, resultaba obligada una reconsideración del papel del lujo, no sólo en su posible compatibilidad con la religión, cuanto también como factor de concen-

¹⁴ Las ideas planteadas en este discurso se repetirán, sin apenas cambios, en los dos posteriores (Anónimo, 1787a y 1787b). Asimismo, estos discursos dieron origen a un conjunto amplio de réplicas y contrarréplicas, que, en algunos casos, *El Censor* admitió publicar. Incluso, se hicieron llegar a la dirección de la publicación extractos del *Traité* del francés Pluquet. Éste, publicado en 1786 y muy influido por el *Essai*, contenía un duro alegato contra el lujo (Spengler, 1954 [1942], pp. 160-164). No existían noticias acerca de su circulación en España.

tración de la riqueza y el poder. Nuestro anónimo autor era favorable al lujo; ahora bien, su marco conceptual distaba mucho de los clásicos argumentos “neomercantilistas”, provenientes de Mandeville, de exaltación del espíritu de iniciativa y apoyo a los incrementos de la “demanda agregada”, y se enmarcaba en la tradición más reciente (D’Holbach, Helvétius, etc.) que hacía del lujo la consecuencia de una acumulación injusta de las riquezas, en cuanto derivada de una condición improductiva, y, por tanto, lo convertía en una eficiente piedra de toque para valorar los efectos morales de las economías movidas por el “culto al dinero”. En concreto, aún sin citarlo nunca expresamente, hemos comprobado que su posición sobre el lujo está extraída, más allá de las conocidas posiciones de Cantillon (Spengler, 1954 [1942]; Bowman, 1951), de *Le commerce et le gouvernement* (1847 [1776]) de Condillac —obra traducida al castellano ya en 1778-1780—, también severo crítico del modelo igualitario de su hermano Mably.

Frente a Mably, desde *El Censor* se sostenía que las necesidades individuales no debían ceñirse al mínimo de subsistencia; su ampliación más allá de lo estrictamente necesario no sólo era rigurosamente defendible desde un plano religioso, sino que el bienestar privado y público así lo exigían. Ahora bien, todo ello dentro de unas condiciones muy precisas. Como insistía Condillac (1847 [1776], part. II, cap. XVI), el desarrollo del lujo no justificaba la aparición de una clase rica y ociosa, beneficiaria de los artículos suntuarios producidos por una mayoría social “miserable”. En caso de que así fuera, el lujo se transformaba en un factor socioeconómico pernicioso, al favorecer la concentración de la riqueza en pocas manos y, por este motivo y como tantos moralistas venían sosteniendo, al convertirse en un factor de corrupción de las costumbres: consolidada esa clase ociosa y “corrompida”, se contagiaría pronto esa corrupción al resto de la sociedad, pues la concentración de la riqueza provocaría caída de los salarios, pérdida de bienestar individual y falta de ocupaciones útiles.

En cambio, en caso de que el lujo no conllevara ociosidad, era beneficioso, incluso aunque diera origen a un cierto grado de desigualdad social. Esta desigualdad debía ser la que dictara “libremente la naturaleza”; era la libertad de trabajo el principio que permitía que la desigualdad “civil” se aproximara a la “natural”. La naturaleza establecía por sí misma desigualdades evidentes, al distribuir de manera diversa la fuerza física y los talentos individuales. Los niveles salariales debían tener en cuenta únicamente las diferencias provenientes de estos dos factores en su aplicación al sistema productivo (Condillac, 1847 [1776], part. I, cap. VIII y X). Bajo estas condiciones, el lujo era un formidable factor generador de riqueza y renunciar a él situaría a cualquier sistema de gobierno ante una más que previsible decadencia futura: de acuerdo con Cantillon (I, XVI), las sociedades podían lograr los bienes de subsistencia necesarios recurriendo a un volumen reducido de trabajadores y, por tanto, en el caso de restringir su producción potencial al nivel de mínima subsistencia, desaprovecharían trabajo útil y la supuesta absoluta igualdad en el consumo se

vería acompañada de la “pereza, perfidia e incompetencia” (Anónimo, 1786, p. 1.103). De esta manera, bajo las precisas circunstancias señaladas, el lujo no era un factor de corrupción de las costumbres, destructor de la laboriosidad o reductor del nivel de población, sino todo lo contrario; y, ciertamente, en cuanto elemento que propiciaba el incremento del bienestar individual, altamente positivo: entre un modelo económico de poca población y alto bienestar frente a otro populoso y mantenido en el nivel de subsistencia —el conocido dilema ante el que Cantillon no se pronunció—, nuestro autor se inclinaba por el primero.

Por otra parte, a diferencia de lo que habían sostenido Montesquieu y la tradición republicana más convencional, el lujo era útil no sólo en las monarquías, sino en cualquier sistema de gobierno. Una vez más frente a Mably, quien lo consideraba un factor especialmente pernicioso en regímenes democráticos o republicanos, al minar sus supuestos valores cívicos y generar desigualdades sociales, desde *El Censor* se argumentaba que estos regímenes partían de una premisa falsa: el suponer que el ciudadano prefería el interés público al particular. Todo lo contrario, el auténticamente dominante era este segundo; de ahí que la verdadera responsabilidad de la autoridad política fuera “trabar la suerte del interés del particular con el del público”. Y esto es, precisamente, lo que lograba la legislación dejando obrar libremente a las leyes naturales, tratando de que la sociedad aprovechara los talentos de cada individuo y le premiara por ello. La igualdad que se decía republicana no radicaba en la estricta igualdad de las riquezas, dado que la naturaleza inducía originariamente desigualdades que debían tener su reflejo en el acopio de riquezas; esa igualdad debía basarse en los requisitos de igualdad ante la ley y de derecho a participar de los honores sociales en razón a la contribución de cada cual a la riqueza social. Y es en este mismo sentido que podían criticarse las referencias, vertidas por tantos “eruditos contra el lujo”, a las repúblicas clásicas de la antigüedad, incluido al depurado modelo de Licurgo en la República de Esparta. Sus patrones de parsimonia, igualdad de fortunas y frugalidad no eran garantía de un mayor poderío político y militar —tal y como ya había sugerido Filangieri— ni de una mayor felicidad individual. Como en Condillac (1847 [1776], part. I, cap. XXVII), el rechazo del lujo sólo era justificable cuando se producía la “alianza monstruosa” del lujo y la ociosidad.

Pero las consideraciones de *El Censor* alcanzaban un grado de precisión mayor, pues se extendían a los pasajes mencionados de los *Entretiens de Phocion* en que Mably copiaba fragmentos del *Essai* de Cantillon para criticar un excesivo afán de enriquecimiento que se tradujera en una acumulación desmedida de metales preciosos. Mably entendía que no era posible mantener durante largo tiempo las ventajas asociadas a un incremento del dinero en circulación. Éste era profundamente pernicioso, incluso cuando se realizara por la vía de la balanza de comercio positiva. Debido a los efectos inflacionistas y a los ajustes de competitividad consiguientes, el ciclo inicial de riqueza alentado por ese incremento se vería irremediablemente seguido

por otro de “inacción y letargo”, anulándose así los iniciales efectos positivos; y tales ciclos —del “lujo a la pobreza” y de la “pobreza al lujo”— resultaban difíciles de corregir, incluso por un “hábil ministro” que fuera capaz de preverlos y, haciendo uso de una adecuada política monetaria anticíclica, retirara a tiempo de la circulación la cantidad de dinero precisa para evitar ese efecto inflacionista nocivo.

Desde *El Censor* no sólo se valoraba correctamente la interpretación de Mably, sino que ésta recibía la correspondiente réplica. Por un lado, la teoría cuantitativa no actuaba mecánicamente y en el caso de que los crecimientos en la masa monetaria fueran acompañados de aumentos similares en la oferta real, el efecto inflacionista esperado no debería tener lugar. Por otro, y guardando ahora fidelidad a Cantillon, se insistía en que los efectos de la acumulación de la moneda eran divergentes en función a su origen. En el caso de que proviniera de una balanza de pagos positiva, y siempre que las leyes impidieran el estanco del dinero, un incremento de la masa monetaria habría de generar efectos positivos en la economía real: “crece la población, con la población los consumos, con los consumos las producciones y con uno y otro, el comercio interior” (Anónimo, 1786, p. 10). Además, incluso en el caso de que tal acumulación no tuviera ese origen, sus efectos no debían ser irremediabilmente inflacionistas: sin leyes suntuarias que “coarten la libertad del ciudadano”, los sectores beneficiarios de esa acumulación importarían bienes de lujo, lo cual acarrearía la correspondiente salida de metales preciosos y mantendría “siempre igual la masa de éstos que circula en lo interior” —nuestro anónimo autor parece estar advirtiendo ahora los fundamentos del enfoque monetario de la balanza de pagos, es decir, su ajuste vía no solo precios, sino también gasto directo—. Ello constituía, contra Mably, una prueba más de la utilidad económica del lujo e incidía en tratar de evitar, “como ha sucedido entre nosotros”, la acumulación de riquezas en un “corto número de manos”. En definitiva, nos encontramos ante una meritoria y novedosa en España utilización de las ideas monetarias de Cantillon —en conjunción con las de Condillac y en oposición a las de Mably—, si bien, una vez más, parcial, dado que también se omitían diversas cuestiones vertebrales de las mismas, como el factor movilidad del capital, la distinción entre bienes comerciales y no comerciales o el papel de la tasa de interés o de las expectativas y la información.

6. Las *Cartas críticas* (1793) del Abad de Matanegui

La última evidencia del eco en España de Cantillon remite a las *Cartas críticas* de J. A. Manegat, Abad de Matanegui. Se trata de un libro en forma de conjunto de cartas, dedicado a Godoy, concebido desde el supuesto de que su autor había sido nombrado *consultor* de una alta autoridad del Estado, en el que se tocaban temas muy diver-

sos, aunque, sin duda, eran los fragmentos relativos a la "policía" y la "economía civil" los más extensos y los de mayor relieve del mismo (Manegat, 1793, pp. 96-266). Aunque el libro fuera publicado en 1793, hemos comprobado que esos fragmentos habían visto la luz previamente en 1788-1789, si bien de forma anónima, bajo el título de "Discurso económico-político", en *El Correo de Madrid (o de los ciegos)* (Anónimo, 1788-1789), publicación periódica del último tramo del siglo XVIII destacada por su vocación divulgativa y cuyo editor era el propio Matanegui (Urzainqui, 1995, pp. 129 y 200).

Siempre teniendo como telón de fondo la economía española, el eco de Cantillon se debía ahora a otra destacada faceta de su *Essai*: sus cálculos económicos y de Aritmética política, ampliamente presentes en él y en el contenido de un apéndice al mismo cuyo paradero se desconoce. No obstante, una vez más, ese eco se producía en conjunción con el de otros autores. Matanegui trataba de averiguar las causas del subdesarrollo económico español, evidente respecto al nivel de otros países europeos, a su glorioso pasado agrícola e industrial o a su nivel potencial para convertirse en un estado "grande, feliz y poderoso". Sus *Cartas* eran, por este motivo, una manifestación más del programa de investigación, de orientación empírica y cuantitativa, sobre Aritmética política, que en España venía dando frutos desde la obra de Zavala. Matanegui recurría a algunas fuentes clásicas —las propias de la tradición de la *Laudes Hispaniae*— y españolas de la corriente cuantitativista del siglo XVIII (Uztáriz, Argumosa y Campomanes), pero sus referencias principales remitían, principalmente, además de a Cantillon ("autor inglés"), a Vauban y Boisguillebert, este segundo sin ser nunca citado expresamente.

Las posibilidades de crecimiento de la economía española podían estimarse calculando la relación existente entre el número de habitantes y el tamaño del territorio, bien, en primer lugar, siguiendo a Vauban, estimando la relación, de origen casi natural, de la población que, bajo las condiciones medias de productividad, podía mantenerse por unidad de superficie destinada al cultivo¹⁵, o bien, en segundo, según un método empírico y a partir de datos de autores franceses (Vauban, Dupré de Saint-Maur y Boulanvilliers) y británicos (Petty, Cantillon y, con toda probabilidad, Bolingbroke), tratando de comparar la población real mantenida por unidad de superficie en los pueblos "antiguos" y "modernos". En cualquier caso, la conclusión era similar: España no sólo había perdido población desde la etapa romana, sino que estaba muy lejos de alcanzar su población potencial: adoptando estimaciones medias (mil almas por legua cuadrada), debería contar con unos diecisiete millones de

¹⁵ No obstante, Matanegui corregía al alza las estimaciones del francés, hasta aceptar las calculadas por Cantillon (I, XV): en suma, elevaba las 850 personas por legua cuadrada de terreno estimadas por aquél a las 1.500 de éste.

población adicional —o, lo que es lo mismo, sólo once de sus veinticinco mil leguas cuadradas se hallaban debidamente cultivadas—, con la consiguiente pérdida de la “masa general de su riqueza”, que Matanegui estimaba en términos de reducción de su consumo agregado e ingresos fiscales: alrededor de cincuenta millones de pesos y dos millones y medio por cada millón de habitantes, respectivamente.

Ahora bien, esa densidad demográfica sólo se alcanzaría si el país estuviera bien gobernado: si, de acuerdo con Cantillon (II, VIII), los países disfrutaran de una administración pública correcta, las disparidades en sus niveles de crecimiento se deberían únicamente a la oferta de bienes naturales y a la laboriosidad de sus habitantes. Es decir, ese crecimiento respondería principalmente a leyes propias de la vida natural. La mayor o menor fecundidad de la humana provenía, como en toda especie animal, de la oferta de alimentos; por tanto, como en Cantillon, el crecimiento de la población tenía su límite en el volumen de subsistencias. Matanegui copiaba expresivos fragmentos del *Essai* (I, XV), relativos a realidades tan dispares como China o América, para defender la evidencia de que, precisamente, los lugares más poblados eran aquellos donde “abunda la manutención”. De ahí también que, aunque en ocasiones identificara la población como la “verdadera regla y medida” del poder político o económico de un país, se mostrara contrario a la adopción de políticas públicas poblacionistas (estímulo de los matrimonios, castigo del celibato, etc.), al entender su inutilidad si no iban acompañadas del correspondiente crecimiento de las subsistencias.

La presencia de esta ley no implicaba ningún peligro; todo lo contrario, abría un futuro esperanzador para un país como España que había padecido una despoblación continua y estaba lejos de alcanzar su población potencial. De acuerdo con cálculos sobre tasas de natalidad y mortalidad extraídos de la realidad británica, la tasa natural de crecimiento neto de la población española rondaría el tres por mil, lo cual, dado el actual nivel de población, garantizaría la ganancia de más de un millón de habitantes cada cuarenta años sólo por razones naturales; de ahí que no haya “aumento comparable con el que la población recibe por sí misma” (Manegat, 1793, pp. 155-156). Pero para ello resultaba necesario que “causas extrañas o accidentales” no frustraran ese crecimiento; es decir, la actividad humana podía interferir de forma negativa en esta tendencia natural, principalmente, como se lamentaba Matanegui, a través de un mal gobierno o de leyes incorrectas. Las guerras, la expulsión de los moriscos y otras tantas causas que se venían aduciendo desde los arbitristas para justificar la secular decadencia española eran aparentes. Las auténticas provenían, por un lado, de la reducción del volumen de subsistencias, como consecuencia del abandono de las actividades productivas, y, por otro, y de acuerdo ahora con el preciso análisis de Cantillon (II, VI), de los disturbios monetarios generados por la llegada de los metales preciosos americanos. Ambas se habían reforzado hasta impedir “una manutención abundante, cómoda y decente”, minando el volumen de población y las posibilidades de crecimiento españolas.

A esas dos causas “principales”, Matanegui añadía una tercera: el efecto nocivo producido por la importación de manufacturas extranjeras. Su análisis provenía ahora de Boisguillebert, precursor seguramente del propio Cantillon (Groenewegen, 2002, pp. 126-128) y autor clave en la línea de pensamiento que vincula a Petty con los fisiócratas (Schumpeter, 1954, pp. 258-260)¹⁶. Matanegui utilizaba su primitivo modelo circulatorio de la renta y el gasto entre las dos clases productivas de los artesanos y los labradores, así como su concepto del multiplicador, para estimar numéricamente los efectos sobre la población doméstica del flujo importador de manufacturas: en concreto, cada millón engrosado en ese flujo representaba la pérdida en un primer año de unas sesenta mil personas —a la caída del empleo directo para diez mil artesanos, que, a su vez, sostenían a otras tantas personas, se debía añadir el efecto duplicado que, a través de la disminución del gasto en bienes agrícolas, generaría tal caída en el sector agrario, al faltar a los labradores “este ejercicio en que ganar su manutención” (Manegat, 1793, p. 185)—; pero el valor global de la pérdida de población superaba con creces esa caída inicial, dado que ésta arrastraba sucesivas disminuciones, durante los años posteriores, debidas a la caída del consumo y el gasto (a las 60.000 del primer año, se sumarían 36.000 el segundo, 21.600 el tercero, etc.).

Su planteamiento reposaba en la idea de que el origen de las subsistencias (determinantes de la población) era doble, agrícola y manufacturero, de tal manera que el crecimiento económico debía armonizar el desarrollo de estos sectores, así como el de ambos con el comercio. Era la “unión y recíproca dependencia” de agricultura, industria y comercio la que constituía la auténtica garantía del crecimiento, toda vez que, de acuerdo con Boisguillebert, el proceso de circulación de la renta y el gasto que lo garantizaba reposaba sobre el consumo —labradores y artesanos “abandonarían sus ejercicios luego que no hallasen venta y consumo de todos sus efectos” (Manegat, 1793, p. 186)— y exigía que el ingreso percibido bajo la forma de renta fuera gastado, gracias a un eficiente sector comercial, de manera íntegra, pues, en caso contrario, el retraso en la percepción de rentas en el resto de las clases productivas ralentizaría el crecimiento nacional. Pero si el mecanismo del gasto funcionaba correctamente, generaba crecimientos en la renta superiores a los del gasto inicial, pues inducía “un tercer aumento de subsistencias y se multiplica por sí misma la población” (Manegat, 1793, p. 190).

El papel positivo del consumo justificaba también la preferencia de Matanegui por el comercio interior, actividad generadora de utilidades más seguras que el exterior; no obstante, éste no sólo era imprescindible, sino favorecedor, bajo determina-

¹⁶ Ello constituiría la segunda evidencia conocida de utilización de sus ideas por los ilustrados españoles; previamente lo había realizado F. J. Villarreal, en un texto que quedó inédito en su época (Barrenechea y Astigarraga, 1997, pp. LXIX y ss.).

das circunstancias, del crecimiento de la población. Matanegui, siguiendo expresamente la tesis de la balanza del empleo de Cantillon (I, XV), era partidario de un patrón comercial que favoreciera el cambio de bienes manufacturados que incorporasen trabajo nacional por productos de la tierra provenientes del extranjero, dado que así la población doméstica se mantenía a expensas del extranjero. No obstante, era muy consciente que el patrón vigente era bien diferente, reflejo principalmente de la escasa competitividad de los productos españoles, y cuyo efecto principal era el saldo negativo en la balanza de pagos. Él planteaba, en sustancia, tres líneas de actuación: la reforma de los aranceles, prohibiendo o gravando con altos derechos los bienes que perjudicasen el consumo de los nacionales; la reforma del sistema fiscal, en una dirección que apuntaba a la única contribución; y, por último, un conjunto de políticas específicas para mejorar esa competitividad (reducción del coste de transporte, reforma de los gremios, mejoras de tipo agronómico, etc.).

En cualquier caso, la estrategia de crecimiento debía de evitar “entregarse enteramente a la agricultura”. Y ello no sólo ante la evidencia —Cataluña y Valencia eran dos ejemplos contrastados— de que las regiones más ricas eran las que entrelazaban desarrollo agrícola y manufacturero, cuanto debido a la convicción de que la agricultura no podía dar ocupación a toda la población. De acuerdo con Cantillon (I, XVI), la producción de las necesidades más precisas requería sólo del empleo de un cuarto de la población, debiendo otro cuarto dedicarse a la producción de bienes para la “comodidad, decencia y ostentación” y quedando el resto improductivo (ancianos, enfermos, niños, etc.). La promoción de las artes planteaba además algunas ventajas adicionales, al permitir el trabajo femenino e infantil y un tipo de industria rural que se complementaba a la perfección con la agricultura, tal y como ejemplificaba el caso gallego. Por tanto, Matanegui, en una expresiva afirmación, arremetía contra “los autores que con tanto empeño quieren disuadir a los españoles y a los portugueses del ejercicio de las artes”¹⁷, e insistía en que si éstas no estaban suficientemente perfeccionadas no era “por la falta de gente, sino que la falta de gente se debe a que escasea la manutención”. De esta manera, sus *Cartas* ilustraban el empleo, siempre con el telón de fondo de la economía española, de diversos cálculos e ideas del *Essai* de Cantillon relativos, en particular, a sus principios premalthusianos sobre la población, sus tesis monetarias y sobre la balanza del empleo y su preferencia por un modelo agro-industrial.

¹⁷ En este contexto, resulta muy expresiva la mención que se realizaba a Accarias de Serionne, cuya obra constituyó la punta de lanza de la intensa corriente de opinión (Raynal, Filangieri, etc.) que sostenía que España debía renunciar a su desarrollo manufacturero y convertirse en una economía especializada en la oferta de bienes agrícolas. Para más detalle, véase Astigarraga y Usoz (2005).

7. Conclusiones

En las líneas precedentes se han presentado numerosas evidencias de que el *Essai* de Cantillon fue un texto bien conocido en España. No sólo fue acogido de forma positiva, al menos entre 1763 y 1793, por numerosos ilustrados españoles, como Cray Winckel, Jovellanos, Normante, Villava, Morales o Foronda, sino que, como ponen en evidencia los casos de Danvila —ya anteriormente bien conocido—, *El Censor* o Matanegui, fue empleado como un texto de referencia central en la elaboración de la literatura económica del último cuarto del siglo XVIII. Las ideas de Cantillon fueron utilizadas en conjunción con las de otros insignes autores de la Ilustración europea, principalmente Genovesi, Condillac, Mably o Boisguillebert, para fundamentar diferentes aspiraciones comprendidas en la agenda de prioridades de los núcleos ilustrados —promover las enseñanzas económicas o el programa de Aritmética política— o en el seno de los debates político-económicos de ese momento —sobre republicanismo, lucha contra los privilegios eclesiales, etc.—. A pesar de ello, Cantillon no fue un autor central en la Ilustración española. En un cierto sentido, la fortuna de su *Essai* no fue diferente a la que disfrutó en otros países europeos. A pesar de contar de cara a su difusión internacional con la ventaja de haber tenido una aceptación notable en la literatura económica francesa y británica elaborada durante 1755-1776 y de aparecer inserto en la versión francesa de los muy difundidos *Political Discourses* de Hume, el *Essai* no fue uno de esos ilustres *best-sellers* que produjo la Economía Política del siglo XVIII; de tal manera que, como ocurrió en la mayoría de los países europeos, tampoco fue traducido en España durante ese siglo.

Como se aprecia con claridad en los tres casos que han sido objeto central de este trabajo, el *Essai* fue utilizado para dar forma a un tipo de literatura económica que, en línea con lo afirmado por Llombart (2000, pp. 66-68), transformaba al incipiente escritor económico en una especie de tejedor que utilizaba piezas foráneas para elaborar trajes a medida de las necesidades de la economía española: es decir, explotaba las ideas económicas foráneas, hasta lindar a veces con el plagio, para dar fundamento a una Economía Política que, aunque basada en esas ideas extranjeras, estaba elaborada desde una óptica eminentemente nacional, en cuanto se inscribía en la realidad económica de la España de ese tiempo y trataba de dar respuesta, a través de un proceso de “recepción activa de aceptación y selección” de esas ideas foráneas, a sus problemas principales. Ahora bien, aunque los ilustrados españoles utilizaran numerosas ideas teóricas genuinas del *Essai*, no existe ninguno que pueda ser reconocido como un discípulo puro del economista irlandés; más bien, la sospecha es que en España no existió una comprensión plena de todos los problemas analíticos centrales que trató de afrontar su libro —ya fueran, en suma, la nueva Economía Política del *entrepreneur* (Murphy) o el descubrimiento del *surplus approach* (Astropro-mourgos), o ya los referidos a la manera en que una economía, a partir de unas con-

diciones muy precisas (sin limitación de capital y con la tierra como único recurso escaso) asigna la tierra entre sus diferentes usos alternativos (Brewer)—. El hecho de que no exista ninguna evidencia de utilización en España de las ideas contenidas en la parte III del *Essai* es en sí misma bastante significativa de esta recepción “selectiva” y, por ello, portadora de “huecos” teóricos de notable importancia.

Esta cuestión viene a incidir en la tesis acerca de las dificultades que, en general, los países periféricos tuvieron para absorber la corriente principal, en el plano de la teoría, de la Ilustración europea (en esencia, la línea Petty-Boisguillebert-Cantillon-Quesnay-Turgot-Smith), tal y como se desprende de los conocidos estudios sobre la fortuna de la fisiocracia en España y Portugal (Lluch y Argemí, 1985; Almodóvar y Cardoso, 1998). No obstante, es indudable que aunque la recepción del *Essai* en la España del siglo XVIII no sirvió, por ejemplo, para que se descubriera la figura del *entrepreneur*, es indudable que ayudó a elevar el nivel teórico de la literatura y los debates económicos de ese tiempo, así como a mejorar la comprensión sobre cómo deben vincularse análisis y política económicos. Además, conviene insistir, principalmente frente a la óptica que trata de establecer una equivalencia simétrica entre ideas innovadoras en la alta teoría y circulación internacional del pensamiento económico, que la fortuna europea del *Essai*, más allá de Francia y Gran Bretaña durante 1755-1776, fue escasa; y ello, como plantea Brewer (1992, pp. 195-196), debido precisamente a que la atención de los flujos internacionales, al menos en el contexto institucional del siglo XVIII, reposaba principalmente sobre la vertiente más estrictamente normativa. Y, en este sentido, el hecho de que el *Essai* fuera publicado un cuarto de siglo después de su elaboración posee una alta significación explicativa: por un lado, pudo ser determinante para el relativo rápido olvido que conoció en Francia o Gran Bretaña una vez que la fisiocracia y la economía clásica trataban de poner coto a la era de las “políticas mercantilistas”; y, por otro, ese *gap* temporal arroja también luz interpretativa sobre el caso español, donde la recepción del *Essai* tuvo lugar con un cuarto de siglo de retraso, normalmente a través de lecturas que enfatizaban su vertiente más “mercantilista” —defensa del acopio de metales preciosos, balanza de pagos positiva, etc.— y cuando se estaba iniciando el declive de la obra en los países que estaban liderando el cambio de rumbo hacia la Economía Política liberal. Aunque fuera tergiversada, la traducción española del *Essai* publicada en 1833 —seguramente, muy singular en todo el ámbito europeo—, casi ochenta años después de la edición original, constituía una evidencia rotunda de que ese texto, como tantos otros tratados de la Ilustración europea, disfrutó de una circulación activa hasta muy avanzado el siglo XIX, todo un reflejo de líneas de continuidad en el pensamiento económico de gran hondura y que sólo un enfoque respetuoso con las disparidades nacionales puede explicar.

Bibliografía

- AGUILAR, Francisco (1984): *La biblioteca de Jovellanos* (1778), Madrid, C.S.I.C. e Instituto Miguel de Cervantes.
- ALMODOVAR, Antonio, y CARDOSO, José Luis (1998): *A History of Portuguese Economic Thought*, London-New York, Routledge.
- ANÓNIMO (1785): *El Censor*, vol IV, disc. LXX, pp. 35-49; disc. LXXI, pp. 60-69.
- (1786): *El Censor*, vol. VI, disc. CXXIV, pp. 1.081-1.096; disc. CXXV, pp. 1.097-1.112; disc. CXXVI, pp. 1.113-1.128; disc. CXXVII, pp. 1.129-1.143; vol. VII, disc. CXXXII, pp. 1-12.
- (1787a): *El Censor*, vol. VIII, disc. CLVIII, pp. 517-532; disc. CLIX, pp. 533-548.
- (1787b): *El Censor*, vol. VIII, disc. CLXVI, pp. 661-675.
- (1788-1789): "Discurso económico-político", *Correo de Madrid (o de los ciegos)*, vol. III, pp. 1.102-1.104, 1.111-1.112, 1.118-1.119, 1.142-1.143, 1.151-1.153, 1.160-1.162, 1.168-1.169, 1.173-1.176, 1.181-1.183, 1.189-1.191, 1.199-1.200, 1.220-1.221 y 1.228-1.229; vol. IV, pp. 1.236-1.238, 1.245-1.248, 1.254-1.257, 1.261-1.263 y 1.270-1.271.
- ASPROMOURGOS, Tony (1996): *On the Origins of Classical Economics*, London-New York, Routledge.
- ASTIGARRAGA, Jesús (2003): *Los ilustrados vascos*, Barcelona, Crítica.
- (2004): "Diálogo económico en la 'otra' Europa. Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri)", *CROMHOS*, vol. 9 (<http://www.cromosh.unifi.it/9.2004/astigarraga.html>).
- ASTIGARRAGA, Jesús, y USOZ, Javier (2005): "G. Filangieri's Political Economy in the 18th Century Spain: Reflexiones económico-políticas (1792) by Francisco de Paula del Rey", *Il pensiero economico italiano*, XIII, 2, pp. 2-27.
- BARRENECHEA, José Manuel (1984): *Valentín de Foronda, reformador y economista ilustrado*, Álava, Diputación Foral de Álava.
- BARRENECHEA, José Manuel, y ASTIGARRAGA, Jesús (1997): "Estudio preliminar", en VILLAREAL, Francisco J. de, *Elementos políticos*, Vitoria, Gobierno Vasco, pp. VII-XCIV.
- BECAGLI, Vieri (1976): "Hume o Cantillon? A proposito di un errore ricorrente nella pubblicista italiana del Settecento", *Ricerche storiche*, 2 (nuova serie), pp. 513-522.
- BLAUG, Mark (1985 [1962]): *Teoría económica en retrospectiva*, México-Madrid-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BORDO, Michael (1983): "Some aspects of the monetary economics of Richard Cantillon", *Journal of Monetary Economics*, 12 (2), pp. 235-258.
- BOWMAN, Mary J. (1951): "The consumer in the history of economic doctrine", *American Economic Review*, 41, pp. 1-18.
- BREWER, Anthony (1988): "Cantillon and mercantilism", *History of Political Economy*, 20, pp. 447-460.

- (1992): *Richard Cantillon. Pioneer of Economic Theory*, London-New York, Routledge.
- (2001): "Introduction", en CANTILLON, Richard, *Essay on the Nature of Commerce in General*, New Brunswick-London, Transaction Publishers, pp. VII-XXVI.
- CANTILLON, Richard (1950 [1755a]): *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- (1964 [1755b]): *Essai sur la nature du commerce en général*, New York, A. M. Kelley.
- (1979 [1755c]): *Essai de la nature du commerce en général*, Tokio, Kinokuniya.
- (2001 [1755d]): *Essay on the Nature of Commerce in General*, New Brunswick-London, Transaction Publishers.
- CERVERA, Pablo (2003): *El pensamiento económico de la Ilustración Valenciana*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- CONDILLAC, Étienne Bonnot de (1847 [1776]): "Le commerce et le gouvernement", en DAIRE, Eugène (ed.), *Mélanges d'Économie Politique*, Paris, Chez Guillaumin.
- DANVILA, Bernardo Joaquín (1779): *Lecciones de Economía civil, o de el Comercio, escritas para el uso de los caballeros del Real Seminario de Nobles*, Madrid, Joaquín Ibarra.
- ELORZA, Antonio (1970): *La ideología liberal en la Ilustración española*, Madrid, Taurus.
- ESTAPÉ, Fabián (1951): "Algunos comentarios a la publicación del *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general* de Cantillon", *Moneda y Crédito*, 39, pp. 38-76.
- FANFANI, Amintore (1936): *Dal mercantilismo al liberismo*, Milano, Giuffré.
- FORONDA, Valentín de (1789-1794 [1788-1790]): *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política, y sobre las leyes criminales*, Madrid, Manuel González, 2 vols.
- GRAEF, Juan Enrique de (1996 [1755-1756]): "Discurso sobre el comercio en general", en SÁNCHEZ, Francisco (ed.), *Discursos mercuriales económico-políticos (1752-1756)*, Sevilla, El Monte.
- GROENEWEGEN, Peter (2002): *Eighteenth-century Economics*, London-New York, Routledge.
- HAYEK, Friedrich A. von (1985 [1936]): "Richard Cantillon", *Journal of Libertarian Studies*, vol. VII, 2, pp. 217-247.
- HÉBERT, Robert (1981): "Richard Cantillon's early contribution to spatial Economics", *Economica*, 48, pp. 71-77.
- HIGGS, Henry (1891): "Richard Cantillon", *Economics Journal*, 1, pp. 262-291.
- (1892): "Cantillon's Place in Economics", *Quartely Journal of Economics*, 6, pp. 436-456.
- (2001 [1931]): "Life and Work of Richard Cantillon", en Richard CANTILLON, *Essay on the Nature of Commerce in General*, New Brunswick-London, Transaction Publishers, pp. 159-182.
- HOSELITZ, Bert F. (1951): "The early history of entrepreneurial theory", *Explorations in Entrepreneurial History*, 3, pp. 193-220.
- HUME, David (1789 [1752]): *Political Discourses*, ed. *Discursos políticos del Señor David Hume, caballero escocés. Traducidos del francés al castellano*, Madrid, Imprenta de González.

- HUTCHISON, Terence W. (1988): *Before Adam Smith*, New York, Basil Blackwell.
- JEVONS, Stanley W. (1964 [1881]): "Richard Cantillon and the nationality of Political Economy", en Richard CANTILLON, *Essai sur la nature du commerce en général*, New York, A. M. Kelley.
- JOHNSON, Edgar A. J. (1937): *Predecessors of Adam Smith*, New York, Prentice Hall.
- JOVELLANOS, Gaspar M. de (2000 [1781]): "Discurso dirigido a la Real Sociedad de Amigos del País de Asturias sobre los medios de promover la felicidad de aquel Principado", en LLOMBART, Vicent (ed.), *Escritos económicos*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pp. 363-407.
- LANZUELA, Santiago (1976): "Notas sobre la peculiar introducción del pensamiento económico de Cantillon por un ilustrado vallenciano: B. J. Danvila y Villarrasa", en *Primer Congreso de Historia del País Valenciano*, Valencia, Universidad de Valencia, vol. III, pp. 741-750.
- LETWIN, William (1963): *The Origins of Scientific Economics*, London, Methuen.
- LLOMBART, Vicent (1992): *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza.
- (2000): "El pensamiento económico de la Ilustración en España (1730-1812)", en FUENTES QUINTANA, Enrique (ed.), *Economía y economistas españoles. Vol. III, La Ilustración*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 7-89.
- (2004): "Traducciones españolas de economía política (1700-1812): catálogo bibliográfico y una nueva perspectiva", *Cyber Review of Modern Historiography-CROMOHS*, vol. 9 (<http://www.cromosh.unifi.it/9.2004/llombart.html>).
- LLUCH, Ernest (1980): "Sobre la historia nacional del pensamiento económico", en FLÓREZ ESTRADA, Álvaro, *Curso de Economía Política*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, pp. VII-XXXIII.
- LLUCH, Ernest, y ARGEMÍ, Lluís (1985): *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valencia, Institución Alfonso El Magnánimo.
- MABLY, Gabriel Bonnot de (1781 [1763a]): *Entretenimientos de Phocion sobre la semejanza, y conformidad de la moral con la política*, Madrid, Joachin Ibarra.
- (1788 [1763b]): *Entretenimientos de Phocion sobre la relación que tiene la moral con la política*, Santiago, Ignacio Aguayo.
- MANEGAT, José Antonio (1793): *Cartas críticas del Abate Matanegui, por las que se conocen los errores que cometen los hombres con más frecuencia*, Madrid.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Manuel (1984): "El contenido de las *Lecciones de Comercio* en la segunda mitad del siglo XVIII y su estudio en la Universidad española", *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada*, 10, pp. 197-203.
- (2000): "Antonio Domingo Porlier y su anacrónica traducción del *Essai* de Cantillon", *Cuadernos de Ciencias Económicas y Empresariales*, 38, pp. 17-38.
- MORALES, Isidoro (1790): "Discurso sobre la educación", en *Espíritu de los mejores diarios literarios*, vol. VIII, n. 216.

CAPÍTULO 9

ANTONIO GENOVESI Y GAETANO FILANGIERI

9.1. The Enligtenment in Translation. Antonio Genovesi's Political Economy in Spain, 1778-1800 (pp. 571-592).

9.2. The economic ideas of A. Genovesi in the Late Spanish Enlightenment. the R. de Salas' critical analysis (pp. 593-617).

9.2. I traduttori spagnoli di Filangieri e il risveglio del dibattito costituzionale (1780-1839) (pp. 618-648).

The Enlightenment in translation: Antonio Genovesi's political economy in Spain, 1778–1800[†]

Jesús Astigarraga* and Javier Usoz

*Departamento de Estructura e Historia Económica y Economía Pública, Facultad de Derecho,
Universidad de Zaragoza, Spain*

This article examines the influence of the Neapolitan philosopher and economist Antonio Genovesi on academic debate during the Enlightenment in Spain in the latter decades of the eighteenth century. In particular, it focuses on the reaction aroused by his famous *Lezioni di commercio* (1765–7). The success of Genovesi's work in Spain is evident in the many translations of the *Lezioni* carried out over the years by many analysts, from pioneering historians such as Venturi to more contemporary commentators. In this article we shall endeavour, first, to study all the different Spanish versions of Genovesi's book and, second, to demonstrate that Genovesian influence in Spain was heterogeneous, which is why the *Lezioni* provides a very illustrative example of the struggle between the various reformist and anti-reformist strategies circulating in late eighteenth-century Spain. At the same time, it provides a good standpoint from which to observe the powerful flow of ideas from Naples to Spain during the Enlightenment.

Keywords: international circulation of economic ideas; Neapolitan Enlightenment; Spanish Enlightenment; translations of political economy; chairs of political economy; A. Genovesi

1. Introduction: 'enthusiasm' and 'debate' around Antonio Genovesi's *Lezioni di commercio*

This article examines a classic case of the international circulation of ideas, a process that was essential to the evolution of the European Enlightenment. These ideas covered a wide range of disciplines, including science, philosophy and the arts, as well as politics and socioeconomics. For this reason commentators in recent decades have been more ready to acknowledge that a proper understanding of eighteenth-century Europe requires an examination of how political and economic theories and reform proposals moved from one country to another. Only by examining this transfer of ideas can we fully understand the rich plurality of the European Enlightenment, a ready circulation that managed to retain its cosmopolitan quality, while producing national and regional variants that proved to be individual and interesting.

The text that follows examines the influence of the Neapolitan philosopher and economist Antonio Genovesi on academic debate during the Enlightenment in Spain in the last 30 years of the eighteenth century and, in particular, the favourable reaction aroused by his famous *Lezioni di commercio* (1765–7). As far as Spain in particular is concerned,

*Corresponding author. Email: astigarr@unizar.es

[†]This article has been written to mark the 300th anniversary of the birth of Antonio Genovesi.

it would be impossible to complete this analysis without taking into account the political relationship that Charles Bourbon, the future Charles III of Spain, established in 1734 with the Kingdom of the Two Sicilies (*Regno delle Due Sicilie*). Nevertheless, the widespread dissemination and influence of the works of distinguished Neapolitans such as Genovesi, Ferdinando Galiani, Giacinto Dragonetti, Donato Tommasi and Gaetano Filangieri prompts the formulation of new criteria for assessing the various streams of ideas that coursed through the continent during the Age of Reason.

As far as the Spanish Enlightenment is concerned, the influence exerted by ideas arriving from cultural environments such as Naples has been consistently underrated. Two factors have contributed to this: the general 'Francocentric' tendencies that have traditionally tainted the interpretation of the European Enlightenment; and the influence of the French Hispanic scholars of the 1950s and 1960s as they rediscovered the intellectual history of eighteenth-century Spain. Cultural environments such as Naples were regarded as being on the fringe of Europe, although the reasons given for this were not always convincing. Neither have the various national schools of historical interpretation helped to improve the situation; many harbour thinly disguised political and cultural interests or, at worst, nationalist prejudices. The ascent of Charles III to the Spanish throne in 1759 marked the beginning of a period of vigorous activity in the circulation and adaptation of enlightened economic and political thought, mainly in translation. Whilst this era is relatively well known, the fact of the matter is that all the above-mentioned factors have combined to delay a reassessment of the first – and almost unique – vision of the intellectual relationship between Spain and Italy during the Age of Enlightenment, namely the work of Franco Venturi.

As early as 1960, Venturi indicated that Genovesi's *Lezioni di commercio* were widely and quickly disseminated in Europe, and had aroused 'enthusiasm and debate'.¹ More than half a century after this groundbreaking observation, few have questioned the fact that Genovesi's work was one of the central references of political economy during the period, its ideas based on the southern Italian Enlightenment. The foundation of the Chair of Commerce and Mechanics (*Cattedra di Commercio e Meccanica*) in 1754 in Naples ultimately transformed 'Genovesi the metaphysicist' into 'Genovesi the merchant'. Bartolomeo Intieri was the moving force behind the Chair's foundation, and Genovesi its first occupant.² Described by Venturi as 'the great Italian intellectual hope', Genovesi played a major role in this critical phase of the European Enlightenment, in which the focus shifted from natural to social sciences. He also played a decisive role in the consolidation of 'civil' or 'political' economy as one of the most important sciences of the Neapolitan Enlightenment. Two areas of his work were fundamental to this process: his teaching at the previously mentioned Chair during the final 15 years of his life from 1754 to 1769; and his academic output from the *Discorso sopra il vero fine delle lettere e delle scienze* (1753) to the *Lezioni* (1765–7). The latter constituted the culmination of his socioeconomic thought, although he had already left record of it in his extensive notes to the *Storia del commercio della Gran Bretagna* (1757–8), in his translation of Butel Dumont's French version of J. Cary's *Essay on the State of England* (1695), and in his unpublished *Elementi del commercio* (1757–8). The *Lezioni* represented a magnificent summary of European socioeconomic thought of the 1740s and 1750s, as they included all the major economic ideas of the times, except Physiocracy.³

The *Lezioni* quickly began to exert their influence in the south of Italy,⁴ and left an indelible mark on the Neapolitan Enlightenment. Furthermore, the book was decisive in the formation of the '*partito genovesiano*', a group that came to exert its influence throughout southern Italy, and impacted the next generation of enlightened scholars (notably Filangieri, Galanti, Palmieri and Delfico). Its members championed various

enlightened reforms, some of which had dramatic outcomes such as the Repubblica Partenopea in 1799.⁵ At the same time, the *Lezioni* were widely read beyond the boundaries of Naples, notably inspiring the Verri brothers and Beccaria to create a second centre of economic culture in Milan. The book was subsequently read in France and Portugal, and translated in Germany and Spain in 1772–6 and 1785–6 respectively.⁶ Already fully documented by Venturi,⁷ the journey made by Genovesi through Spain was one of many typical ‘intellectual tours’ of the European Age of Enlightenment: here two figures in particular, Gerónimo Uztáriz and Bernardo Ulloa, both economists to Phillip V, made important contributions to Genovesi’s economic education. Furthermore, when the Bourbon prince Carlo arrived from Naples to occupy the Spanish throne as Carlos III in 1759, the *Lezioni* would do the same for the enlightened generation that followed. Genovesi’s work steadily gained currency throughout the Spanish kingdom and its colonies in the last quarter of the eighteenth century, and was read alongside two other key works of the Neapolitan Enlightenment: *Dialogues sur le commerce des blés* (1770) by Ferdinando Galiani, and *Scienza della legislazione* (1780–91) by Gaetano Filangieri, translated into Spanish in 1775 and 1788–9 respectively.⁸

Notwithstanding, everyone from the pioneering Venturi to contemporary commentators has basically identified the success of Genovesi’s work in Spain with Villava’s Spanish translation of the *Lezioni*. In the following lines we shall endeavour to demonstrate that Genovesi’s impact in Spain was actually much more profound. The enthusiastic reaction to the *Lezioni* did not prevent the publication from arousing intense ‘debate’, and the work was subject to a variety of interpretations. In truth, the considerable attention that the *Lezioni* attracted throughout the Spanish kingdom can be explained by the strong political bonds that had existed between Naples and Spain since 1734; but, at the same time, our discussion of just how this attention emerged will contribute to clarifying the differences between the enlightened movements in both countries.

2. The ‘official’ reception of the *Lezioni*

Intellectuals and teachers were mainly responsible for the dissemination of Genovesi’s ideas in Spain. Noted for their didactic quality, his writings played a pioneering role in the modernization of university studies during the reign of Charles III. Once the expulsion of the Jesuits had taken place and was complete (1767–71), the Council of Castile (*Consejo de Castilla*), the principal political arm of the monarchy, undertook the reform of education. This included the modernization of colleges (*Colegios mayores*), the introduction of new curricula, the teaching of ‘useful’ disciplines and the replacement of old textbooks.⁹ These changes intensified the clashes between the progressive and conservative university factions, and focused the way scholars of the time reacted to Genovesi and his ‘metaphysicist’ and ‘commercial’ approaches. The reaction of Spanish scholars at the time vindicates modern researchers who have used unitary and evolutionary approaches in the interpretation of his work, such as Paola Zambelli, Eugenio Garin, Franco Venturi and Eluggero Pii. These authors find no appreciable differences in the foundations of Genovesi’s philosophical and economic thought.

Events in Spain also confirm interpretations that stress the importance of the Anglo-Dutch empiricist movement that emerged in the wake of Locke and Newton, which encouraged pioneering economic and political reforms and was indebted to Genovesi in Naples.¹⁰ Thus, one of the first key texts in the renewal of the Spanish university curricula was a version by Genovesi and the mathematician Giuseppe Orlando of *Elementa physicae* by Pieter von Musschenbroek, a Dutch Newtonian. Probably the first history of science

ever published in Italy, the work was introduced in 1771 into the curricula for the Castilian universities of Salamanca and Alcalá de Henares, although not without a certain amount of resistance. This work marks the starting point of modern physics teaching in Spanish universities. A few years later, between 1777 and 1778, the Capuchin monk Francisco Villalpando published the first Spanish textbook on modern philosophy, entitled *Philosophia*.¹¹ Study of his sources has shown that he drew heavily on Musschenbroek for physics and Genovesi for logic and metaphysics. In November of 1779, the Council of Castile made *Philosophia* an 'official textbook', and it supplemented or replaced other books used in the teaching of philosophy at university level. The Council suggested introducing it as a supplement to *Institutiones Philosophiae* by the French scholar François Jacquier, especially at universities where Musschenbroek's approach to physics was not taught. This vote of confidence in Villalpando's book by the circles of power spoke volumes, but did not entirely stifle the voices of protest against its introduction. The most positive reactions came from the universities of Aragon, Catalonia and Valencia, in the former Kingdom of Aragon, and the work remained the principal textbook for about two decades; Andalusian universities were less enthusiastic about *Philosophia*, whilst Castilian academies openly rejected it, particularly at the three principal institutions, Valladolid, Alcalá de Henares and Salamanca.¹²

Genovesi's *Lezioni di commercio* drew a very similar reaction to that sparked by his metaphysical works, and constituted the basic text for all the attempts at introducing economics as a subject at Spanish universities during the last quarter of the eighteenth century. The institutions in question were the Seminary for the Nobility in Madrid, the Chair of Civil Economics and Commerce in Zaragoza, the University of Salamanca and the Institute of Political Economy in Majorca; all of these colleges contributed to the dissemination of Genovesi's ideas on economics in Spain.

The most significant contribution was made in Zaragoza, however, where a Chair of Civil Economics was established, the first of its kind in the country. After two long years of delays, the Chair was founded in 1784 under the auspices of the Aragon Society of Friends of the Nation (*Sociedad Aragonesa de Amigos del País*), one of the most active institutions in the promotion of new educational curricula during the entire Enlightenment.¹³ By this time, a number of voices were clamouring for the introduction of economics at university level, amongst them prestigious names such as Peñalorida, Campomanes and Jovellanos. The Spanish public was acquainted with the Chairs for cameral sciences in Uppsala and Vienna, as well as the more plural and progressive Italian ones in Milan, Modena and Naples. This last was chosen as a model for the Chair in Zaragoza: the founders even used a very similar name. Ministers of Charles III and members of the Aragon Society were behind the project; their aim was to duplicate a similar experiment conducted 30 years earlier in Naples by Bartolomeo Intieri, a 'Neapolitanized' Tuscan, and developed under the auspices of the Bourbon king. Thus, one of the most outstanding features of the Chair at Zaragoza was its experimental nature: if the results proved to be positive, the intention was to repeat the experiment using the extensive network of Economic Societies of Friends of the Nation, which had sprung up throughout the kingdom after 1775 under the official protection of the Council of Castile. Another significant feature of the Chair was its official status: the Secretariat of State (*Secretaría de Estado*), directed at the time by the Count of Floridablanca, controlled all the major aspects of its management, from the appointment of professors to curriculum design.

Just as in Naples, the Chair at Zaragoza was a government institution. Tuition was free, and teaching was conducted in the vernacular; it was also independent of the university administration. It was financed by the Aragon Society, which in turn depended on both

donations from members and government funding. This was the normal mechanism for financing atypical semi-public institutions of this nature. As far as enrolment was concerned, the Chair at Zaragoza was targeted at law students, especially those intent on entering the civil service.

The Spanish initiative formed part of an ambitious teaching project with two other chairs, Moral Philosophy and Public Law, both founded by the Aragon Society in 1785.¹⁴ While each had its own identity, the Chairs of Civil Economics in Naples and Zaragoza aspired to become important centres for scientific innovation and dissemination, in the case of the latter, by creating a 'grand library of writers on economics' and an intense programme of translation. In the words of the first professor to occupy the Chair, Lorenzo Normante, it aimed to 'broaden understanding of politics and economics and correct the reputation they had amongst those who knew no better as dangerous or useless novelties'.¹⁵ The Chair was prevented from achieving the success expected in its second objective by the more conservative elements of society, who, as we shall see, actually reported some of the Chair's first publications to the Inquisition, notably texts written by Lorenzo Normante based on the *Essai politique sur le commerce* (1734) by the Frenchman Jean-François Melon and on Genovesi's *Lezioni*. Despite these obstacles, between 1784 and 1789 diverse members of the Aragon Society successfully published their translations of texts by Carli, Condillac, Casaux, Grisellini, Melon, Filangieri and Genovesi. Italian political economy occupied first place amongst the wide range of ideologies and origins the works represented,¹⁶ and most of the translations were reviews or extracts produced expressly for teaching purposes.

Without doubt, Genovesi's *Lezioni* constituted the principal work of reference during the first two decades of the Chair at Zaragoza. In 1784, Secretary of State Floridablanca requested the Aragon Society to create a complete course in political economy based on the best Italian, French and English works of reference. On the authorities' request, between 1785 and 1786 the *Lezioni* were translated by Victorián Villava, a member of the Enlightenment in Aragon, who hailed from a family of judges and was professor of law at the Aragonese University of Huesca. Villava was also Vice-Chancellor of the University in 1785 and 1786, a decade during which he developed a great interest in Italian economics and translated various authors including Filangieri, Carli and Genovesi between 1784 and 1788, although his most important work as a translator was his version of the Genovesi's *Lezioni* (entitled *Lecciones de Comercio, o bien de Economía Civil*, 1786–7).¹⁷

Although Villava regarded the *Lezioni* as unoriginal and greatly indebted to British economic thought,¹⁸ he nevertheless identified three reasons which to his mind justified their translation. The first was their success in Italy and other European countries.¹⁹ The second was the clarity of the explanations – which made them especially suitable for students. Finally, the book was readily applicable to conditions in Spain and Aragon. It is no coincidence, therefore, that Villava dedicated his translation to Juan P. de Aragón Azlor, Duke of Villahermosa, an influential Aragonese diplomat. Azlor belonged to the upper echelons of the Spanish nobility, and was very familiar with conditions in Naples, mainly due to his close friendship with Ferdinando Galiani, whose *Dialogues sur le commerce des blés* he had helped to disseminate in Spain in 1770.

In the 1960s, Venturi drew attention to the considerable number of 'translator's notes' that Villava included in his edition, indeed 140 of them, taking up some 69 pages. While subsequent commentators have reiterated Venturi's original observation, recent researchers have turned their attention to the translation itself, stressing the need for an in-depth reassessment of the work. Whilst a close examination reveals the translation to be accurate per se, Villava's version includes interesting structural and thematic aspects that

distance it from the original.²⁰ Notably, through the use of brief additions, corrections, and omissions, Villava changed nuances or simply censored Genovesi's text. These adjustments – presumably in the interest of giving the work a more 'Spanish' flavour – and the application of a certain amount of 'self-censorship' to the *Lezioni*, had some serious consequences: namely the omission of an entire paragraph, along with 11 footnotes and numerous sentences that appear in the original Italian.

Here and there, Villava may have felt obliged to make changes to overcome the kind of difficulties in language and terminology that arise in any translation, but he quite often simply altered the meaning of the original text. As far as terminology is concerned, the Spanish version is less consistent and accurate in its description of social and scientific concepts. For example, Villava is vague and diverges from the original when referring to forms of government and power structures. The author and his translator do not always share the same criteria for the meaning of such terms as 'stato', 'nazione', 'patria' and 'corpo civile', which would seem to be readily interchangeable, and, while they frequently appear correctly translated into Spanish, the choice seems almost random, and the original context is not retained – sometimes even with additions by Villava. The logic behind the alterations is easier to understand in some cases than in others: the Spaniard translates 'stato' as 'nación' so as to include the 'provincias' that trade amongst themselves, while Genovesi is referring to the different Italian states. When it comes to the thorny issue of forms of government, the differences are more pronounced: 'governo' is translated as 'soberanos' or 'autoridad del soberano'; 'republiche popolari' as 'gobiernos democráticos' or simply 'democracias'; 'repubblica' is frequently omitted in the translation but, on the other hand, Villava occasionally uses 'república' where Genovesi used 'stato'.

The translator also experiences difficulties with purely economic terminology, which in some cases defines the conceptual limits of the *Lezioni*. This lack of precision occurs in the definition of political economy and how it differs from other social sciences. It becomes even more apparent when dealing with more technical issues or social or economic institutions of a specific territory. Villava does not understand, for example, some terms related to value and monetary theory: thus, he translates 'value' as 'price', and confuses 'intrinsic value' with 'extrinsic value'. Something similar occurs when he refers to luxury and what is called 'cupidità' in Italian. These lapses aside, as we have already commented, the translator also made certain intrinsic conceptual changes to the text, the most notable examples being: the adaptation of certain concepts such as 'usury' and 'opinion' to the official Spanish concepts of 'premio del dinero' and 'preocupaciones populares'; some changes in emphasis, such as when Villava downplays the link between luxury and civilization; the repeated addition of examples that do not appear in the original and favour the Spanish monarchy; and, finally, the omission of entire passages that criticize the Catholic Church and the Inquisition. It is here, on religious matters, that Villava's censorship is most apparent, his aim being to protect the orthodox Catholic line.

The numerous and lengthy 'translator's notes' also have their points of interest.²¹ Generally speaking, these notes express the translator's opinion, and amount to a meticulous reworking of the *Lezioni*; the author justifies them by saying they aim to rectify the 'inaccuracies' and 'errors' contained in the original text which, according to the author, occur in five areas: feudal ownership of land; luxury; penal law; religion; and forms of government. Villava disagrees with Genovesi's moderate criticism of primogeniture, and accuses him of defending luxury, and of supporting unnecessarily cruel punishments. On the issue of forms of government, Villava shows firm support for 'moderate' monarchies. Not only does his translation contain a full summary of the political ideas of Étienne Bonnot de Condillac,²² but he also practically copied the

summary word for word from de Condillac's *Cours d'études pour l'instruction du Prince de Parme* (1776) and it is significant that its inclusion in the translator's notes coincided with the publication of translations of this important work by de Condillac in Naples and Spain. It would therefore appear that Venturi's assessment was correct²³ – compared with Genovesi, Villava was of a more conservative persuasion, and defended the Spanish Catholic monarchist tradition unreservedly.

As part of this 'agenda', Villava had four other reasons for including such copious notes. The first was to support a reform of the Spanish penal code based on the ideas of Beccaria, Filangieri and Lardizábal, the last of whom was responsible for disseminating Beccaria's thought in Spain. The second was to update the economic sources Genovesi had used for his *Lezioni* by making specific references to works that had appeared subsequently. Along with de Condillac, Villava mentioned works by Accarias de Serionne, included the supportive comments of critics such as Necker, Filangieri and Galiani, and used specific sources such as the translation of a summarized version of the Physiocratically inspired *Maximes du gouvernement économique* (1758) by François Quesnay. The third reason for including the notes was to defend Spain's controversial colonial policy in America and the Spanish contribution to the Enlightenment: in short, Villava countered Raynal's and Diderot's anti-Spanish discourse with a nationalist-inspired justification of his country's policy. Fourth, the translator attempts to adapt the *Lezioni* to Spanish and Aragonese conditions, which he does by referencing seventeenth-century writers on politics, such as the *arbitristas* Navarrete, Moncada and Osorio, and eighteenth-century political economists, such as Uztáriz, Ulloa, Ward and Danvila. In addition, Villava refers to a number of economic measures enacted by the Aragonese Parliament (*Cortes de Aragón*) during the last 25 years of the seventeenth century, especially those formulated by Diego José Dormer. In addition, the notes contain innumerable references to the influential Treasurer (*Fiscal*) of the Council of Castile, Pedro Rodríguez de Campomanes, who is frequently quoted and receives a generous vote of approval from Villava. This last fact is the clearest indication of the author's wilful Hispanization of the *Lezioni*, and of the political agenda underlying the translation and its links with government reformism. The only time Villava disagrees with Campomanes is over his proposals for reforming feudal holdings and primogenitures, which Villava regarded as too radical.

And here in a nutshell is what reveals the ultimate aim of Villava's translation: to exploit Genovesi's work as an instrument of the socioeconomic reform advocated by Charles III's aides, whose main ideologue was Campomanes. The translation's clear political purpose was to position Genovesi's economic model with its demographic, agrarian, protectionist, and moderately liberal basis in the wake of the official Spanish Enlightenment. Accomplishing this, however, required omissions, censorship, and 'corrections' to the original material. This notwithstanding, Villava's contributions and extensive notes reveal the distance that separated the Spanish 'Ilustración' and the Neapolitan 'Illuminismo' 25 years after the publication of the *Lezioni*. The appearance of Villava's restrained and conservative translation coincided with the emergence of the second generation of the Neapolitan Enlightenment, with Filangieri, Pagano, and Galanti at its head, who were working on a more intense and radical version of the anti-feudal, egalitarian and liberal basis of the *Lezioni*.²⁴

Once Villava's translation had received the seal of approval from Floridablanca and the Aragon Society, the Chair of Civil Economics at Zaragoza adopted it and other works – predominantly Spanish ones (Uztáriz, Ulloa, etc.) – as its standard textbooks. The moving force behind the inclusion of the translation was the professor holding the Chair, from 1784 to 1801, Lorenzo Normante, who shared Villava's ideology. He produced three works

himself, between 1784 and 1786, based on Genovesi's and Jean-François Melon's books. The first two texts, in particular, were directly inspired by the Neapolitan economist's thought.²⁵ The first of these, *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos* (1784; A Discourse on the Usefulness of a Knowledge of Political Economy), was conceived for the inaugural session of the Chair of Economics. Normante used it to make a lengthy defence of political economy and to promote its inclusion in university curricula and academic debate; he entrusted this task to the economic societies. He described the content of his article as a glossary of the *Lezioni* written by that 'immortal Commerce and Mechanics teacher at Intieri's Chair', and indeed used exactly the same sources as Genovesi had done.²⁶

Normante's second work, *Proposiciones de economía civil y comercio* (1785: Proposals for Civil and Commercial Economics), was a kind of short textbook for students at the Chair produced after the first year of the course. It was in fact a collection of extracts and summaries from the *Lezioni*. Normante glossed eight of its 35 chapters, and added one of his own devoted to the 'science of policing', based on *Institutions politiques* (1761–2) by J.-F. Bielfeld, the German cameralist. The young professor also carefully adapted Genovesi's ideas for the reform programmes envisaged by members of the Spanish Enlightenment, but without diverging greatly from the Neapolitan's ideas or challenging any of his socioeconomic theories. Normante's final contribution to the Chair at Zaragoza was a summary of J.-F. Melon's *Essai politique sur le commerce* (1734), entitled *Espíritu del Señor Melon en su ensayo político sobre el comercio* (1786; The Essence of Mr Melon in his Political Essay upon Commerce), which once again demonstrated the close political and socioeconomic ties between Spain and the Kingdom of Naples during the eighteenth century.²⁷

At least two other educational institutions took similar initiatives. There is evidence that Genovesi's book formed the basis of an economics course that almost certainly ran from 1788 onwards at the Institute of Political Economy founded by the Society of Friends of the Nation of Majorca.²⁸ Even better known was the introduction of Genovesi's economic thought at the Seminary for the Nobility in Madrid, an educational institution that was a model in the reform of pre-tertiary studies – and this occurred prior to the appearance of the texts by Villava and Normante. The driving force behind the initiative was the Seminary's professor of moral philosophy and public law, Bernardo Danvila, a member of the Valencian Enlightenment with a doctorate in jurisprudence and canon law from the University of Valencia. He rose to be a distinguished member of the Economic Society of Madrid and the Academy of History. In 1779, he published a work entitled *Lecciones de economía civil y comercio* (Lessons in Civil Economics and Commerce) which is regarded as the very first Spanish political economy textbook.²⁹ For three decades, this book was considered to be plagiarized from Richard Cantillon's *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), but recent evidence has shown that the author drew material from two other economics texts as well, both of vital importance in the European Enlightenment: *Le Commerce et le gouvernement* (1776) by de Condillac and, more importantly, Genovesi's *Lezioni*.³⁰ Danvila makes no mention of Genovesi, but applies all the Neapolitan's most important principles: the importance of agriculture as the driving force behind economic growth, economic interdependence, the classification of social classes, the distinction between primary and secondary industrial activities, the circulation and distribution of surplus produce, luxury and monetary theory. Danvila dealt with all these topics in his moral philosophy courses at the Seminary for the Nobility in Madrid.

Thanks to the contributions of Villava, Normante and Danvila, Genovesi's economic thought received widespread attention in Spain. His theories did, however, undergo a range of ideological and local influences. We should stress the importance of the aforementioned

John Cary's *Essay on the State of England* (1695), which was never translated into Spanish, but circulated through the same channels as the *Lezioni* with the title *Storia del commercio della Gran Bretagna* (1757–8), a translation made by Antonio and Pietro Genovesi from the French version (1755) by Georges-Marie Butel-Dumont.³¹ It is also true that Genovesi's economic thought attracted more attention in regions such as Aragon and Valencia. In Aragon, along with the scholars already mentioned, students of the Chair at Zaragoza also made important contributions. Amongst them were Enlightenment thinkers such as Juan Polo and José Duaso, whose influence was not felt until the dawn of the nineteenth century. Important contributions were also made by a large group of Aragonese social commentators active in the second half of the eighteenth century, such as Tomás Anzano, Francisco Calomarde, Eugenio Larruga and Miguel Dámaso Generés, a Jesuit exiled in Italy. Juan Sempere, a prolific author from the former Kingdom of Valencia, was by far the most important thinker indebted to Genovesi.³² The influence of the Italian economist was also important in Majorca, especially for some members of the Economic Society of Majorca, such as its vice-chairman, José Antonio Mon, and Jacobo María Espinosa, the Spanish translator of Gabriel-François Coyer's *La noblesse commerçante* (1756).³³ Thinkers from the regions belonging to the former Kingdom of Aragon (Aragon, Valencia, Catalonia and Majorca) were not the only ones familiar with Genovesi's ideas; so were members of the Madrid Economic Society, as well as intellectuals in Navarre, thanks to Francisco Javier Argáiz and José María Magallón, and in the Basque Country, through the writings of Valentín Foronda. In addition, Genovesi was an important reference for other leading members of the Spanish Enlightenment such as Gaspar Melchor Jovellanos and José Alonso Ortiz, author of the first Spanish translation of Adam Smith's *Wealth of Nations*; notably, in his footnotes, the translator made very timely use of Genovesi's monetary theories.

In short, what the above makes clear is the existence of a strong current of Genovesian thought in Spain that enjoyed a degree of official status and was relatively widespread until the influence of the *Lezioni* began to decline in the final years of the eighteenth century. In general terms, the Spanish 'Genovesian' authors supported the main planks of the socio-economic reforms promoted by Charles III's governments, and was strongest in the regions that had comprised the Kingdom of Aragon. There were two reasons for this, both of a political nature: the Kingdom of Aragon had enjoyed a close relationship with Naples for over a century; and, in addition, on the return of the Spanish Bourbons to southern Italy in 1734, a large number of the Spanish diplomats and authorities serving in Naples were from the former kingdom.

As far as ideological content is concerned, it should be pointed out that the first part of the *Lezioni*, devoted to the 'theory of commerce' – that is to say, to theory of economic development – exerted a far greater influence over the official school than the second part of the book, which dealt mainly with value and monetary theories. This highlights the scant interest in 'high' economic theory on the part of the Spanish political economists of the eighteenth century, who were more preoccupied with the relative underdevelopment of their country. Thus, when assessing the impact of the *Lezioni* in Spain, we must bear in mind the theories of a number of Italian scholars, such as Franco Venturi, Leone Iraci and Giuseppe Galasso, who claim that it was the 'late-comer' European countries that were best able to interpret Genovesi's text. Since the author made numerous references to Spain, the *Lezioni* engaged Spanish readers, who saw that his proposals for reform in Naples were also readily applicable to their own country. Both countries were poor, basically agricultural, industrially dependent, and commercially isolated. Furthermore, the fact that François Véron de Forbonnais, Louis-Joseph Plumard de Danguel, Claude-Jacques Herbert and other French authors associated with Vincent de Gournay had exercised a

heavy influence on Genovesi undoubtedly facilitated the acceptance of his work by members of the Spanish Enlightenment. The first generation of politicians, reformers and economists during the reign of Charles III had acquired the greater part of their knowledge of economics from these authors' writings. For all the above reasons, it is vital to take into account the special conditions that existed in the 'other', economically underdeveloped, Europe, when describing the channels through which economic ideas circulated.

3. The Spanish counter-Enlightenment against the *Lezioni*

Whilst Genovesi's work elicited a degree of enthusiasm in Spain, it also aroused the immediate suspicion of the more reactionary sectors of the country's society, who began to vent their hostility from 1786, just as Genovesi's ideas began to attract an enormous amount of attention, notably from the recently founded Chair of Economics at Zaragoza, while Villava's translation contributed to the work's growing reputation. As noted earlier, the first target of the attacks was the Chair at Zaragoza. In December of 1786, Diego José Cádiz, a capuchin monk and travelling preacher, denounced the Chair Professor Normante to the Inquisition for three ideas contained in his writings: the drawbacks of clerical celibacy and the issue of admitting men under 24 to the priesthood; his views on luxury; and his support of usury.³⁴ The denunciation was politically motivated and timed to create difficulties at the beginning of the Chair's second year, just when its professor was trying to consolidate the success of the first. It should be remembered that Professor Normante and the educational initiative he directed enjoyed the Secretariat of State's full support.

No sooner had Cádiz launched his attack than another capuchin monk and former theology teacher, Jerónimo José Cabra from Córdoba, opened fire on a second front in 1787 by publishing a detailed justification of Cádiz's denunciation.³⁵ Using arguments based strictly on religious dogma, he refuted two of Normante's seminal essays based on Melon's *Essai* and Genovesi's *Lezioni*. Notwithstanding its exhaustive and punctilious detail, Cabra's refutation had no theoretical leverage: from his confirmed 'anti-economics' standpoint, he blithely sidestepped questioning Normante's social and economic proposals and instead based his arguments on a strict interpretation of the Holy Scriptures, while insisting on the absolute authority of the Catholic Church on political and economic issues. Basically, his main target was political economy itself, making disparaging references to Melon, Genovesi, Dutot, Montesquieu, Cantillon, Mirabeau, Forbonnais and innumerable other 'unholy politicians' as propagators of ideas that were 'outlandish, foreign and unheard of in this Spain of ours'.³⁶ His 'theological arguments' were especially critical of Melon and Genovesi, and included a detailed repudiation of the latter's enthusiastic support for population growth, restriction of celibacy, lawfulness of luxury, and educational reforms.

The offensives launched by Cádiz and Cabra were immediately broadened by three members of the Oratory of Saint Philip Neri.³⁷ In July 1788, they denounced three economics texts to the Inquisition for expressing support for the practice of usury. The three targets comprised two translations and one original Spanish work: the *Lezioni* by Genovesi; *Les Intérêts des nations de l'Europe développés relativement au commerce* (1766) by the French author Jacques Accarias de Serionne;³⁸ and *Aumento del comercio con seguridad de la conciencia* (1785) by the priest José María Uría Nafarrondo. Cabra's denunciation added to a growing confrontation that raged in Spain for the entire eighteenth century: the legitimacy of applying interest rates had been seen such prominent ecclesiastics as Fathers Pedro Calatayud and Antonio Garcés pitted against several reputed commercial institutions of the Crown, including the Five Major Guilds in Madrid, and the Commercial Consulates of Bilbao and Barcelona.³⁹

Nevertheless, events surrounding the denunciation had their own special character, and this is evident from the fact that the main object of the denunciation was Uría Nafarrondo's work. His adaptation for the Spanish public of a text by the French clergyman Abbé de la Forest presented a justification for charging interest rates in business, whilst nonetheless respecting traditional Catholic values and scholastic formalism.⁴⁰ The three members of the Oratory took issue with this relatively novel approach. The most vocal, Eduardo Corriols, was violently opposed to the idea of usury as 'income or profits derived from legitimately invested money'.⁴¹ Corriols was extremely wary of Calvinism, a movement that perverted traditions, profaned religious values, prospered 'in places of business and displaced the Catholic faith'. The accusations he made against Genovesi and Villava were equally serious: 'They do everything within their power to convince the faithful of their lies that commerce cannot survive without moderate usury'.⁴² All this resulted in a denunciation to the Inquisition calling for the three cited works to be 'banned in toto'. Ultimately, the three members of the Oratory requested a total ban on Uría Nafarrondo's work and the excision of the offending passages in the other two, namely the section on bank notes (2: 206–62) in Accarias de Serionne's book, and the chapter entitled 'Delle usure' (part 2, chap. 13) in the *Lezioni*.⁴³ Corriols pursued the issue untiringly between 1788 and 1791, the tone of his accusations becoming progressively more hostile.

It was thus that the appearance of Genovesi's ideas in the Spanish public domain triggered a strong counter-Enlightenment reaction that had the backing of the still powerful Tribunal of the Inquisition. This episode illustrates the enormous difficulties encountered by the Spanish Enlightenment. The censure of Cádiz, Cabra and Corriols catalyzed a reactionary movement that placed political economy in the dock, and identified Genovesi as one of the chief offenders. For members of the movement, the dissemination of the Neapolitan philosopher's enlightened Catholicism represented a threat to the preservation of the traditionally strict Catholicism of the Spanish monarchy.⁴⁴ It therefore comes as no surprise that the antagonism aroused by Genovesi coincided with fierce criticism levelled by sectors of Jansenism at Filangieri's *Scienza della legislazione* and its Spanish translation, begun in 1788 by the Valencian lawyer Jaime Rubio.⁴⁵

The political bias of the campaign conducted by these reactionary forces is self-evident, and the outcome of this struggle and of the Spanish Enlightenment itself would have a great deal in common with each other, and indeed with events unfolding in the rest of Europe. It cannot be denied that the counter-Enlightenment forces effectively won some important battles. And while there is no evidence that the demands made by Corriols and his companions were actually met, the translation of Filangieri's *Scienza* was completely abandoned in 1789 and remained unfinished. As noted earlier, the attack on the Chair at Zaragoza divided Spanish public opinion and required new initiatives from supporters of the Enlightenment to save this pioneering experiment. The Aragon Society itself was the first to implement defensive measures: they embraced Normante's cause and received general support from other Societies of Friends of the Nation. Distinguished members of the Spanish Enlightenment, such as Valentín Foronda and Manuel Aguirre, also lent their strength to the Aragon Society. In the end, it was the anonymous but effective assistance of the Court in Madrid that succeeded in snuffing out the fuse lit by the devout Cádiz. A Royal Decree of 10 September 1788 obliged both parties to remain silent on the matter. The fine balance between opposing forces in the conflict is epitomized by what the Capuchin monk eventually achieved: whilst the Chair continued its work, Normante never published again.⁴⁶ Furthermore, the Aragon Society abandoned its 'library of economics writers' project; and, lastly, the foundation of more Chairs of Economics in other Societies of Friends of the Nation of the realm came to a halt.

4. Antonio Genovesi and the 'radical' Spanish Enlightenment

Meanwhile, the most progressive and radical sector of the Spanish Enlightenment engaged in a searching analysis of the contents of the *Lezioni*, led by Ramón Salas, an Aragonese legal expert and professor at the University of Salamanca, who was responsible for a new interpretation of the text. Salas belonged to a group of reformers who engaged in a bitter conflict with powerful reactionary sectors of the university throughout the 1780s.⁴⁷ With the support of such distinguished teachers as Juan Meléndez Valdés, Toribio Núñez and other future fathers of the first Spanish constitution (Cadiz Parliamentary Sessions, 1812), Salas founded the Institute for Spanish Law (*Academia de Derecho Español*) in 1787. The innovative intent of the Institute was evident in syllabus delivery and content. Classes were very similar to the seminars of today. At the same time, Salas intended to substitute the anachronistic scholastic teaching of jurisprudence and theology for 'useful' disciplines that did not appear in the university curriculum of the time. Political economy figured high on his list of priorities, and this led to the first attempt at teaching economics at a Spanish university. Moreover, teachers and students attended the discussion groups he held at his home on a regular basis. With the help of these assistants, Salas made manuscript translations of numerous works on public law, moral philosophy and political economy by authors such as Bodino, Voltaire, Rousseau and Schmid d'Avenstein, all of whose books were prohibited and difficult to obtain in Spain at that time. These manuscripts were secretly copied and circulated amongst intellectuals in Salamanca and neighbouring cities. All this goes to show that Salas and his group chose alternative channels to promote reform, and that these had little in common with the 'official' Spanish Enlightenment and the Economic Societies. The distinguishing features of the 'radical' sector of the Spanish Enlightenment were its structure, social network and ideology were. Even today little is known about this, and there are probable links with Freemasonry.

Such was the environment in which Salas conceived his highly individual translation of Genovesi's *Lezioni*, which consisted of a heavily annotated manuscript of the first 21 chapters of the work⁴⁸ composed during the second half of the 1780s for the Institute of Spanish Law, where Salas's teaching was based on Genovesi's book. Its title, *Apuntaciones al Genovesi y extracto de las Lecciones de comercio y economía civil* (Annotations to Genovesi and extracts from the Lessons on commerce and civil economics), clearly expresses its author's intention of discussing Genovesi's ideas. The *Annotations* are actually a refutation of the economic and political ideas of Genovesi, and constitute a book within a book – some 86,000 words of in-depth commentary. As such, Salas's work represents an interesting complement to the original *Lezioni* on one hand, and Villava's balanced Spanish translation on the other.

The principal focus of the *Annotations* is economics, in its broadest sense. In line with contemporary thinking, Salas included political economy in the broader discipline of legislative science, and so inevitably linked economic laws to civil and political ones. Civil liberty was not merely the institutionalization of a certain degree of liberty, but a cultural yardstick for reassessing 'virtue'. Given the climate in the Spain at the time, Salas was a genuine pioneer: he advocated a policy of cultural tolerance; reflected openly on the socioeconomic effects of polygamy and divorce; accepted Rousseau's idea of 'civil' religion; harshly criticized the immense economic might of the Spanish Church; and described the Inquisition as a 'bloodthirsty tribunal'. At any event, the most important aspect of his manuscript is his analysis of the relationship between economic and political laws, along with the direct implications that this relationship had for Spanish economic and political conditions. His *Annotations* are full of concrete proposals for new laws

intended to intensify the reform process begun in Spain in the sixties, as well as extend it into new areas.

Salas rarely makes explicit references to the sources he consulted when compiling his annotations, but an examination of the work reveals that he copied or glossed entire paragraphs from his favourite authors. From the outset, the most important author in his notes is Montesquieu. Salas goes further than Genovesi in accepting the three-way classification of systems of government into despotic, monarchic, or republican, as well as their respective principles of government – fear, honour, and virtue, respectively. Notably, Salas agreed with the ideas contained in Montesquieu's *L'esprit des lois* (1748; On the spirit of laws), and held that this division was essential in formulating appropriate national legislation on agriculture, commerce, luxury and education. For him, the varieties of systems of government were just as decisive in the formulation of legislation as natural or economic conditions.⁴⁹

Be that as it may, Salas acknowledges rather than accepts Montesquieu's ideas, given that he also turns to two other important schools of political thought in the Enlightenment. First, he frequently sets a modern form of iusnaturalism against Genovesi's very moderate version.⁵⁰ This becomes especially evident in Salas's insistence on using a rationalist, individualist and utilitarian methodology to analyse natural rights, the structuring of society through the social pact, and the consolidation of a political sovereignty that would guarantee the new civil rights. This member of the Spanish Enlightenment considered that Genovesi had made 'terrible mistakes' over these issues.⁵¹ For this reason he compiles a meticulous critique of the *Lezioni* based on the ideas of Locke, Rousseau, Beccaria, Filangieri and the Physiocrats.

However, the *Annotations* also betray a republican outlook: the language related to law, property and natural rights and, on the other hand, *vivere civile*, virtue and corruption, share the same space. This was a French or continental version of republicanism, one that came from the school of 'civic humanism', in the words of H. Baron or John G. A. Pocock, or from the 'neo-Roman theory of liberty', in the words of Quentin Skinner. In this area Salas relied heavily on Filangieri, Helvetius, Rousseau and especially Gabriel Bonnot de Mably, whom he never acknowledges despite copying whole pages from his *Entretiens de Phocion* (1763). Salas also makes favourable allusions to the experiments in republicanism in the Europe of his time, above all in Holland and Geneva, but the pillars of the *Annotations* are the principles of positive liberty that came from the classical world: he presents Sparta, Greece and Rome as living political ideals. In the same way, Salas proposes direct participation in civic life, although at no time does he make any reference to the newly formed Republic of the United States, or to the principles of democratic representation. Like Mably, he maintains that the most important thing is that the laws and customs of a political system foster austerity, respect for God, love of work and, above all, virtue and equality. Salas does not agree with Montesquieu's idea that the last two values are exclusive to republican regimes, and attempts to reconcile them with any lawful system of government, including monarchies.

As far as the purely economic content of the *Annotations* was concerned, whilst Salas rarely acknowledges his sources, there are clearly a number of influences at work: the Physiocrats; authors associated with Gournay's circle (Forbonnais, Herbert and Coyer); Montesquieu; Necker; post-Physiocrats (de Condillac); republicans (Mably and Rousseau); and the Italians, Galiani, Filangieri and, of course, Genovesi, whose work was glossed, censured and praised. Whilst the *Annotations* contain an enormous range of influences, the scarcity of references to Spanish authors is striking. This has its explanation in Salas' relatively radical economics.

The aforementioned influences present in the *Annotations* are arrayed around a fairly well-defined debate. Salas accepts the priority given to agriculture in the *Lezioni*, but rejects its protectionism and moderate liberalism. This difference of opinion has a great deal to do with Physiocracy. Salas bases his arguments on a list of 'second-hand' sources (Schmid d'Avenstein and Grivel), and partially Physiocratic authors (Filangieri and Verri) and Mercier de la Rivière, whose work was well known amongst teachers at Salamanca in favour of reform. Likewise, there is no doubt of his debt to de Condillac, his principal guide in his critique of Genovesi's economic agenda. Among the ideas Salas borrowed from the French economist are the subjective theory of value, the prime position of agriculture – without regarding manufacturing and commerce as 'sterile' activities – as well as some economic policies influenced by Physiocrats, which included: competition as a criterion for organizing the economic system; the automatic adjustment between population and food supply; free internal and external trade, including grain; freedom of work; and, almost certainly, the *impôt unique*.⁵² Along with de Condillac, Salas also qualifies his affinity with Physiocracy and recommends manufacturing for countries with a mixed productive model. In the same way, when it comes to Montesquieu, he introduces corrective measures in the drafting of economic laws according to the different systems of government, especially when dealing with the issues of luxury and education. In any case, he directs a constant stream of criticism at Genovesi, and at Villava, although with less intensity in the case of the latter. In fact, Salas gives the impression that his allusions to the *Lezioni* in the *Annotations* are merely an excuse to present his own programme, albeit in dialectic form: it is strongly agrarian and liberal, and virtually free-trade.

All things considered, the contribution of Salas's manuscript to eighteenth-century Spain was particularly significant in that it was the first attempt to establish equality as a legislative principle. Two themes dominate the entire text: on the one hand, the lively debate over 'wealth' and 'virtue' and the complete asymmetry between a programme based on the Physiocratic pillars of natural order – property, security and freedom – without a single reference to 'legal despotism'; and on the other, political republicanism with egalitarian tendencies. Salas concurs with Genovesi that the aim of economic legislation is to steer and foster wealth creation and population growth. At the same time, wealth is a potential cause of the corruption of virtue: not all wealth is socially useful, as it does not automatically lead to a more virtuous society. In Salas's own words, this is the reason why economic legislation that 'seeks to make the State wealthy and virtuous at the same time attempts the impossible',⁵³ unless the wealth is suitably distributed. Therefore, optimum economic conditions can only be achieved under an egalitarian system. This principle does not mean absolute equality, but does require active intervention by the State, mainly in the form of public works: society must guarantee its citizens the minimum necessities of life, so that they are not forced to depend on the powerful.

Economic independence based on austerity not only guaranteed the well-being of the majority of the population, but was also a prerequisite for public participation or, in other words, for the expression of positive liberty. Thus Salas's preference for 'popular' or 'republican' regimes was based on his particular belief in two complementary prerequisites: an egalitarian social vision, and the sharing of political sovereignty by the citizens. Bearing in mind what has been said, it hardly seems necessary to stress the enormous gulf that separated Salas's work from the official translation of the *Lezioni* by Villava. Salas was an eminent representative of the last generation of the Spanish Enlightenment, whose ideas were documented by authors such as Valentín Foronda, Francisco Cabarrús, León Arroyal and Manuel Aguirre. In addition to radicalizing their proposals for economic reform, they were responsible for initiating the constitutional

debate that began in the 1780s during the Spanish Enlightenment and reached its highpoint at the Cadiz Parliamentary Sessions (*Cortes de Cádiz*) between 1810 and 1813.

Thus distancing himself from Genovesi, Salas promoted equality and virtue as indispensable values for 'regenerating' the Spanish monarchy and raising it out of its state of 'corruption'. It was not a question of changing Spain's system of government but rather of creating a kind of 'purified republican monarchy'. Such ideas bear the stamp of authors such as Mably and Rousseau, who had been ignored or criticized by Genovesi. Nevertheless, Salas's thought was just as heavily influenced by treatises on legislation by Montesquieu, and especially Gaetano Filangieri, the Neapolitan philosopher, legal expert and disciple of Genovesi. Thus, the first two volumes of his lengthy *Scienza de la legislazione* on 'political and economic laws' share a significant number of ideas with Salas's *Annotations*. The most outstanding features of the former work were its intense economic liberalism, which also included aspects of Physiocracy, and a wide-ranging discussion on the different systems of government and their influence on the economy; the content at times included differences from Montesquieu.⁵⁴ Whilst Filangieri's *Scienza* superseded Genovesi's *Lezioni* in Naples in the 1780s, Salas's work played the same role in Spain.⁵⁵

A simple and coherent interpretation of the numerous inconsistencies in the political and economic ideas contained in the *Annotations* is not made any easier by the vast number of sources it draws from, the disparate plurality of the contents and methodologies, and the sheer length of the manuscript. It should not be forgotten that the work was never published, and was intended for use as a guide to the author's classes at the Institute for Spanish Law of the University of Salamanca. In any case, publication of the work would have been impossible: the radical nature of its contents far exceeded the limits of what was publicly acceptable at the time in Spain.

In fact, it was the relentless machinery of the Inquisition that put a stop to Salas's courageous university experiment. It is not difficult to anticipate the fate that awaited this visionary of late eighteenth-century Spain when we consider the ideology of the *Annotations*. The Inquisition was already on his tail in 1786 when he founded the Institute for Spanish Law. More denunciations and indictments surfaced in 1787, 1788 and 1792, and they came from all over the country – from Salamanca, Ávila and Cáceres to Madrid, Zaragoza and Granada. The 'Salas affair', which ultimately established the 'possibilities' and 'frontiers' of Spanish reformism during the Enlightenment, culminated in 1796 with the conviction of the accused for having banned books in his possession and being the author of 'a number of anonymous manuscripts and papers which were highly damaging to religion and State'.⁵⁶ He was stripped of his professorship, his goods and 'papers' were confiscated, and he was confined in a convent for a year. This sentence handed down by the Inquisition is an example of the harsh treatment meted out to reformist university circles in Salamanca. Salas was a scapegoat, and his persecution was a forerunner of the fate that awaited the first Spanish liberalism movement during the Enlightenment; its members ended up in exile or suffered repression. Meanwhile, it brought the already slow process of modernization in universities to a grinding halt. The political climate created in Spain by the triumph of the French Revolution and the subsequent severing of cultural relations, the closing of critical periodicals, and the intensification of censorship, motivated some very significant decisions: the abolition of the recently founded chairs of public law, the banning of Father Villalpando's textbook on the philosophy of Genovesi, and the closure of the innovative College of Philosophy at the University of Salamanca.

This wave of repression also swept away Salas's Institute of Spanish Law; it was closed in 1793, only five years after its foundation. This event accurately illustrates the nature of these new times of regression. In 1793, Father José Pando requested the Institute

to desist from teaching political economy, 'a dangerous and flawed discipline'. His request to the university senate amounted to a complete condemnation of Salas's teaching methods and the study of political economy, just as Pando himself claimed had been happening at the Chairs in Vienna, Naples, and Milan. The time dedicated to studying political economy should be spent on 'our own laws' and on 'Roman law', as it was necessary 'to study the laws themselves to understand political economy'. Pando justified his opinions by resorting to arguments based on absolute relativism: as it was impossible to establish economic laws, economic science itself was flawed. The principal target of his criticism was Genovesi's *Lezioni* and its Spanish translation.⁵⁷ He argued that it was impossible to study the whole text in a single academic year, and criticized its content severely, despite the fact that Villava had diluted it considerably:

Anyone who has read Genovesi and knows that most of his *Lezioni* amount to little more than abstract speculations and that the best way of teaching economics is to start by explaining how a monarchy functions as a political system ... will be in complete agreement with the following: as these matters receive very little mention in the *Lezioni* and the reader has to follow the order in which the author presents his ideas and subjects, it would be a much better idea to present ones that were more in accord with the political system in Spain rather than provide the sort of information that this author does. ... In my opinion, the 'Introductory Chapter' to the Spanish translation proves that if these [*Lezioni*] were written for students, neither the essence of the material nor the appeal and approval accorded to uncivilized ways of life and sayings are particularly suitable for the education of Spanish students. ... If there is anyone who believes this task is easy, I would say to him that he is not familiar with the territory that he is attempting to explore. For my part, I must say I am not up to it and even if I were, I would not take the job on for a miserable hundred ducats.⁵⁸

Thus, the swing to conservatism in the 1790s provoked a new settling of scores by the reactionaries. Once again, political economy was accused of breaking up the Spain that had been modelled on the image of an exemplary absolute Catholic monarchy; and Genovesi was the 'bête noire'. The precedent for this new wave of aggression was the violent attacks mounted by Cádiz, Cabra and Corriols between 1786 and 1789; the arguments used to justify it were very similar to those Pando would subsequently use at the university senate at Salamanca. A renewed onslaught of accusations beginning in the first decade of the nineteenth century continued into the second: the influential Father Rafael Vélez railed against the destructive effect of the economic and political ideas that flowed from the Naples of Charles Bourbon and Tanucci into Spain. The enforced closure of the Institute of Spanish Law in 1793 meant the loss of an official guarantor for Salas's unfinished and unpublished *Annotations to Genovesi*. It also signalled the beginning of a slow but steady decline in interest in Genovesi's thought. His ideas continued to exert a strong influence on teaching at the Chair in Zaragoza – a second edition of Villava's translation was published in 1804 (Madrid, 3 vols) – and on a range of Spanish economists of the first half of the nineteenth century – Eudaldo Jaumeandreu from Catalonia, and Francisco Calomarde, José Duaso and Juan Polo from Aragon. Nevertheless, interest in the *Lezioni* diminished during the final decade of the eighteenth century, and the ideas of Adam Smith, and especially Jean-Baptiste Say, exerted more and more influence.

5. Conclusions

Returning to the words of Venturi cited at the beginning of this pages, there is no doubt that the broad exposure accorded Genovesi's *Lezioni* in Spain and other parts of Europe aroused 'enthusiasm' and 'debate'. Nevertheless, with the possible exception of Germany, nowhere did the work enjoy as much success as in Spain. In the above lines we have endeavoured to show that the Spanish following of Genovesi's economic ideas included

numerous economists and reformers amongst its ranks, prospered mainly amongst university and academic circles, enjoyed its greatest support in regions belonging to the former Kingdom of Aragon and, finally, included a number of different internal divisions. All of this confirms the privileged role of the political economy during the Enlightenment as one of the most important channels to promote the international circulation of ideas, as well as being a key factor in creating the public sphere in the various countries of Europe.

The intense examination to which the work was subjected gave rise to a number of different interpretations. Without doubt, much of the interest came from official government circles. Authors such as Villava, Normante and Danvila, who interpreted, translated or glossed the *Lezioni*, moderated its contents with the idea of creating a suitable model for the socioeconomic reforms planned by Charles III's governments. At the same time, two further readings of the work emerged. The first was a 'radical' reading, which enjoyed only minority interest and had its most important contributor in Salas, who, whilst interested in reform, rigorously and exhaustively refuted Genovesi's political and socio-economic agenda; the intention of this paradigmatic author of the late Enlightenment in Spain and professor at the University of Salamanca was to contribute to the regeneration of the Spanish monarchy using economic language to promote changes that were essentially political in character. In parallel, a new interpretation of the *Lezioni* arose in reaction to the reformist nature of the aforementioned positions, opposing Genovesi's ideas and inhabiting the opposite end of the ideological spectrum to Salas. This conservative reading enjoyed the political support of the Inquisitorial Court, and brought together such 'anti-economic' visionaries as Cádiz, Cabra, Corriols and Pando; they laid the blame for the gradual weakening of such symbols of national identity as the Catholic absolutist monarchy squarely at the feet of political economy – citing Genovesi, in particular.

As the three aforementioned movements appeared at basically the same time (1785–95), the *Lezioni* provide a very illustrative example of the struggle between the various reformist and anti-reformist strategies circulating in late eighteenth-century Spain, and the varied interpretations of this particular work offer an excellent means of examining the physiognomy of this ongoing struggle. In all, the members of the Spanish Enlightenment confronted enormous difficulties in winning acceptance for their ideas. These difficulties became magnified after the triumph of the French Revolution, and they highlight how the opacity of political and official circles impeded the exchange and creation of enlightened ideas and values much more in Spain than in surrounding countries. Likewise, these difficulties are a telling example of the differences between Spain and Naples: they appeared at exactly the same time as Filangieri, Galanti and other disciples of Genovesi were raising the battle cry of the new anti-feudal, liberal and constitutional front in the *Regno*.

The warm reception the *Lezioni* received during the final quarter of the eighteenth century in Spain means that their influence cannot be written off as 'sporadic or momentary', as Venturi⁵⁹ would have us believe. Rather, the Spanish response is an example of the powerful stream of ideas that flowed from Naples, propelled by authors such as Dragonetti, Galiani, Tommasi and Filangieri, all well known in Spanish Enlightenment circles, and essential reading for a proper understanding of the circulation of ideas in Spain during the last decades of the eighteenth century and the first of the nineteenth: the last Spanish translation of Filangieri's *Scienza della legislazione* was published in 1839. Furthermore, their study is also indispensable for a full understanding of the Age of Reason in Europe. As John Robertson has recently shown, it is possible to analyse the different national variants of the European Enlightenment without breaking the idea of its unity.⁶⁰ Within this approach, we should reconsider the weight of some special cases in the continental movement of the Age of Reason. Together with other powerful realities, today

very well known – such as the French or the Scottish ones, with which they were in continual dialogue – the Neapolitan Enlightenment was an unavoidable focus of enlightened thought that exhibited a remarkably international dimension. Indeed, the ideas that emerged from Naples are vital for a thorough understanding of how the Enlightenment evolved in the south of Europe, and its parallels in distant America.

Notes

1. Venturi, 'Le Lezioni di commercio'.
2. Some essential works for the study of this phase of the Neapolitan Enlightenment and Genovesi's part in it are Venturi, *Settecento riformatore*, 1: 523ff.; Zambelli, *La formazione filosofica*; Ferrone, *Scienza natura religione*; Robertson, *The Case for the Enlightenment*.
3. Venturi, *Settecento riformatore*, 1: 629. See especially Pii, *Antonio Genovesi*, for the economic thought of Genovesi, and also Villari, *Il pensiero economico*; Iraci, 'Il mercantilismo di Antonio Genovesi'; Venturi, *Settecento riformatore*, 1: 611ff., and 'Nota introduttiva'; Zambelli, *La formazione filosofica*, 707ff.; di Battista, *L'emergenza ottocentesca*, 13–39; Galasso, *La filosofia*, 401–29; Imbruglia, 'Enlightenment in Eighteenth-Century Naples', 74–81. Lastly, the two re-editions by M.L. Perna Genovesi's *Scritti* and *Lezioni di commercio* contain an exhaustive study of the sources consulted by their author and are subsequently essential reading.
4. There were three more Italian editions after the first of 1765–67: Milan, 1768; Bassano, 1769; Naples, 1768–70; the second volume of this last edition did not appear until after the death of its author. These three subsequent editions contained a number of additions; in particular, the author enlarged on his anti-feudal and anti-ecclesiastical arguments (Genovesi, *Lezioni di commercio*, ed. Perna, 916).
5. Venturi, 'Il movimento riformatore'.
6. See Perna, 'Nota critica' and 'Bibliografia', in Genovesi, *Lezioni di commercio* ed. Perna, 893–921, for an up-to-date and detailed analysis of the translations of the *Lezioni*.
7. Venturi, 'Economisti e riformatori'.
8. For an overview, see Astigarraga, 'The Light and Shade'; idem, 'Diálogo económico...'.
9. For an overall vision, see Peset and Peset, *La Universidad*.
10. Venturi, *Settecento riformatore*, 1: 522–37, and 'Nota introduttiva', XI–XIV; Ferrone, *Scienza natura religione*, 502–4, 525–9.
11. Villalpando, *Philosophia*. See Zamora, *Universidad y filosofía moderna*, 146. The 'metaphysical' Genovesi acquired even greater importance in Portugal thanks mainly to Luis A. Verney (Venturi, *Settecento riformatore*, 1: 533–37).
12. Conservative circles at the University of Salamanca alleged the book contained heretical and obscene material drawn from works by Descartes, Malebranche and Leibniz. They therefore regarded it as unsuitable for educational use, and subsequently recommended a treatise by Jacques. Other examples of the fierce hostility with which the work was greeted at this university are described in Zamora, *Francisco de Villalpando*.
13. See Usoz, 'El pensamiento económico'.
14. On the relationship between these three Chairs, see Astigarraga and Usoz, 'El pensamiento político'.
15. Normante, *Espíritu del Señor Melon*, 5. The collection was especially devoted to foreign texts by Montesquieu, Dutot, Cantillon, Condillac, Mirabeau and Forbonnais.
16. Astigarraga, 'Victorián de Villava'.
17. He based his translation on the second edition published in 1769 in Bassano, under the supervision of Traiano Odazzi. There is absolutely no evidence to suggest that Villava was familiar with the final edition of the *Lezioni* published between 1768 and 1770; the second part of this edition was published posthumously. All this strengthens the case for regarding the edition supervised by Odazzi, Genovesi's successor at the Chair, as the most crucial in the long-lasting dissemination of the *Lezioni*, which also owed so much to Pietro Custodi.
18. See Villava, 'Discurso preliminar'.
19. The German version had been published in 1772–4 thanks to August Witzmann. A French edition by Jean-Claude Pingeron had also been announced, although this never materialized. During the 1790s, a partial manuscript of Genovesi's work was written in Portugal by Ricardo Nogueira.
20. For an overall vision, see Astigarraga and Usoz, 'From the Neapolitan'.

21. Genovesi, *Lecciones de comercio*, 1: 255–79; 2: 169–87; 3: 304–22.
22. *Ibid.*, 3: 323–50.
23. Venturi, *Settecento riformatore*, 1: 639.
24. See Robertson, 'Political Economy'; and on the strong presence of the feudal system in Naples, see Rao, 'The Feudal Question'.
25. Usoz, 'El pensamiento económico', 317.
26. Normante, *Discurso sobre la utilidad*, 5. As well as a range of Spanish authors (Moncada, Uztáriz, Ulloa and Campomanes), Normante quotes Hume, Muratori, Cary, Melon, Coyer, Bielfeld, Mun and many other authors mentioned in the *Lezioni*. The quotations are both numerous and enthusiastic.
27. Normante, *Espíritu del Señor Melon*. Eight years before Normante had written his version, Melon's *Essai* had been translated into Italian by F. Longano from Naples (*Saggio politico sul commercio*, Naples: 1778). He was a student of Genovesi's, and was in the running to perpetuate his teachings after his death. In his footnotes, as well as defending a strict protectionist position on international trade, Longano harshly criticized Spanish economic and colonial policies. However, Normante was certainly not familiar with this translation.
28. Indirect references to this Institute can be found in a range of periodicals published by this Economic Society, such as *Palma de Mallorca* (10 (8 March 1788): 38–40); and *Semanario Económico, instructivo y comercial* (21, no. 2 (1799): 197).
29. Danvila, *Lecciones de economía civil*.
30. Cervera, *El pensamiento económico*, 118.
31. Nevertheless, it is just possible that the Aragon Society attempted a translation. There is a brief manuscript translation of Thomas Mun's *Discourse on England's Treasure by Foreign Trade* (1664) in the Society's archives; the Genovesi brothers included it in their Italian version of John Cary's work. In any case, members of the Friends of the Nation Societies of Aragon, Madrid and Majorca were more than familiar with the *Storia del commercio della Gran Bretagna*. Its translation was certainly not necessary for the Spaniards, taking into account the innumerable quotations about Spain that Genovesi had introduced in his translation, following the classical books by Uztáriz and Ulloa: the Neapolitan had done the work that the members of the Spanish Enlightenment would have done.
32. Another example of the presence of Genovesi's ideas in Valencia is to be found in a lengthy manuscript entitled *Economía civil y política* (Civil and political economics). Whilst the anonymous author does not mention Genovesi, he glosses his ideas on 'productive' industrial activities and applies them to the Valencian economy, especially to the silk industry (Madrid, Spanish University Foundation, bundle 20–6).
33. See, respectively, *Memorias de la Real Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País* (Palma de Mallorca: I. Sarrà i Frau, 1784), and 'Discurso preliminar', in Coyer, *La nobleza comerciante*, XXXI–LXXXV.
34. For all the details on this well-known episode in the Spanish Enlightenment, see García, *La economía y los reaccionarios*.
35. Cabra, *Pruebas del Espíritu*, 1: 5.
36. *Ibid.*, 1: 15, 17, 27.
37. The documentation compiled by the three complainants, E. Corriols, F. Nadal and J.P. Molny, is preserved in the National Historical Archive in Madrid, Section Inquisition, bundles 4482–11 and 4463–10. The authors wish to thank the French researcher, Anne Dubet, for this information.
38. The work had been translated by Domingo Marcoleta under the title of *Historia y descripción general de los intereses del comercio en todas las naciones de Europa en las cuatro partes del mundo* (Madrid: Miguel Escribano, 1772–4, 4 vols.).
39. A complete explanation of this controversy can be found in Barrenechea, 'Estudio preliminar'.
40. National Historical Archive, Section Inquisition, bundle 4482–11. Uría's work had already been the subject of two lengthy refutations by A. Martínez de Arenaza and M. Benessat, published in 1786 and 1790, respectively. See Barrenechea, 'Estudio preliminar', LXXXV.
41. In fact, E. Corriols had already unsuccessfully denounced the Spanish translation of Accarias de Serionne for these same reasons in 1775. His campaign against usury also led him to denounce the Consulate of Barcelona in 1790 (Library of Catalunya, Funds of the Board of Trade, Diverse subjects, number 37). He expresses his intransigent attitude in a treatise on usury written along strictly scholastic lines in Latin. Corriols was basically a hagiographer.

42. National Historical Archive, Section Inquisition, bundles 4482–11.
43. National Historical Archive, Section Inquisition, bundles 4463–10.
44. It was no coincidence that Muratori's main works were translated during these years in Spain. He was another important Catholic *Aufklärung* author who had settled in Italy; see Romà, 'Libros de Muratori'. For the influence of Muratori and Genovesi on these Italian Catholic movements during the Enlightenment, see Rosa, *Settecento religioso*, 149–84. For the religious thought of Genovesi, see Galasso, *La filosofia in soccorso*, 369–99.
45. Astigarraga, 'I traduttori spagnoli di Filangieri', 254.
46. Nevertheless, it could be also due to the poor content of the next *quaderno* (review or summary) prepared by Normante for his teaching purposes. A manuscript report (British Library, Egerton, bundle 513) suggests clearly that its quality was more than uncertain. Its anonymous author harshly criticizes this *quaderno* as 'superficial', 'abstract' and 'lacking originality', and accuses Normante of plagiarizing Ward, *The British Merchant*, and especially Forbonnais.
47. For an overall view of reforms during the Enlightenment at the University of Salamanca, see Addy, *The Enlightenment in the University of Salamanca*, and Peset and Peset, *Carlos IV y la Universidad de Salamanca*. The best biography on Salas's Salamanca period is Rodríguez, *Renacimiento universitario salmantino*.
48. The manuscript copy of Salas's work, *Apuntaciones al Genovesi*, is to be found in the National Historical Archive, Section Consejos, bundle 11925. There are no page numbers so quotations are located by chapters. The different contents of the *Apuntaciones* have been deeply studied by Astigarraga. On his iusnaturalism thought, see Astigarraga, 'Iusnaturalismo moderno'; on his ideas of social reform, 'Ramón de Salas e le idee di riforma'; and on Salas's position in the debate on the forms of government, idem, 'Virtù, uguaglianza e repubblicanesimo'. A complete analysis of Salas's work appears in idem, *Luces y Republicanismo*.
49. See especially chapters 3 and 4 in Salas, *Apuntaciones al Genovesi*.
50. For Salas's views on natural law, see especially chapters 1, 2, 3, 12 and 21 in his *Apuntaciones*.
51. Salas, *Apuntaciones*, 1.
52. On the role played by Physiocracy in the late Spanish Enlightenment, see Astigarraga and Usoz, 'Algunas puntualizaciones'.
53. Salas, *Apuntaciones*, 14.
54. See Ferrone, *La società giusta*, 23.
55. For the enormous influence of Filangieri's *Scienza* in Spain during the period in which the *Apuntaciones* were written, see Astigarraga, 'I traduttori spagnoli', 238–64.
56. National Historical Archive, Section Consejos, bundles 11925–1. On Salas's case, see Herr, *The Eighteenth-Century Revolution in Spain*.
57. In 1796 Genovesi's name would once again become the subject of controversy, together with those of Montesquieu, Filangieri, Rousseau, Diderot and Helvecio. They were the targets of new accusations by reactionary sectors aimed at eliminating the College of Philosophy.
58. This quotation is taken from an extensive report by José Pando denouncing the Institute of Law and the inclusion of political economy in its syllabus. It can be found in Robledo, 'Reformadores y reaccionarios'.
59. Venturi, *Economisti e riformatori*, 550.
60. Robertson, *The Case for the Enlightenment*, 377.

Notes on contributors

Jesús Astigarraga is Professor of Political Economy and History of Economic Thought at the University of Saragossa, Spain. His research has dealt with the history of economic thought and the international circulation of economic ideas during the XVIIIth and XIXth centuries and with special reference to European context. He is the author of several books. He has also produced editions of works on political economy from the time of the Spanish Enlightenment.

Javier Usoz is Professor of Political Economy and History of Economic Thought at the University of Saragossa, Spain. His research has dealt with the history of economic thought and the international circulation of economic ideas, particularly during the Age of the Enlightenment and with special reference to Spain. He is the author of several articles and chapters of books on the economic thought of the Spanish Enlightenment. He is currently researching the relationship between political economy and the creation of the public sphere.

References

- Accarias de Serionne, Jacques. *Historia y descripción general de los intereses del comercio en todas las naciones de Europa en las cuatro partes del mundo*. 4 vols. Madrid: Miguel Escribano, 1772–4.
- Addy, George M. *The Enlightenment in the University of Salamanca*. Durham, NC: Duke University Press, 1966.
- Astigarraga, Jesús. 'Victorián de Villava, traductor de Gaetano Filangieri'. *Cuadernos aragoneses de economía* 7 (1997): 171–86.
- . 'The Light and Shade of Italian Economic Thought in Spain (1750–1859)'. In *From Economists to Economists: The International Spread of Italian Economic Thought, 1750–1950*, ed. Pier F. Asso, 227–53. Florence: Polistampa, 2001.
- . 'Diálogo económico en la "otra" Europa: Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri)'. *Cyber Review of Modern Historiography* 9 (2004): 1–21.
- . 'I traduttori spagnoli di Filangieri e il risveglio del dibattito costituzionale (1780–1839)'. In *Diritti e costituzione. L'opera di Gaetano Filangieri e la sua fortuna europea*, ed. Antonio Trampus, 231–90. Bologna: Il Mulino, 2005.
- . 'Iusnaturalismo moderno de la mano de la Economía Política: Las "Apuntaciones al Genovesi" de Ramón de Salas'. *Historia Constitucional* 9 (2008): 135–161.
- . 'Ramón de Salas e le idee di riforma sociale nel tardo Illuminismo spagnolo'. *Studi Storici* 51 (2010): 209–37.
- . 'Virtù, uguaglianza e repubblicanesimo nelle *Apuntaciones al Genovesi* di Ramón de Salas'. *Rivista Storica Italiana* 122 (2010): 465–99.
- . *Luces y republicanismo: Economía y política en las 'Apuntaciones al Genovesi' de Ramón de Salas*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011.
- Astigarraga, Jesús, and Javier Usoz. 'From the Neapolitan A. Genovesi of Carlo di Borbone to the Spanish A. Genovesi of Carlo III: V. de Villava's Spanish translation of *Lezioni di Commercio*'. In *Genovesi Economista*, ed. B. Tossa, R. Patalano, and E. Zagari, 193–220. Naples: Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2007.
- . 'Algunas puntualizaciones en torno a la fisiocracia en la Ilustración "tardía" española'. *Revista de Historia Económica* 26 (2008): 489–97.
- . 'El pensamiento político y económico ilustrado y las cátedras de la Sociedad Económica Aragonesa'. *Anuario de Historia del Derecho Español* 78 (2008): 423–48.
- Barrenechea, José M. 'Estudio preliminar'. In *Moral y economía en el siglo XVIII: Antología de textos sobre la usura*, ed. José M. Barrenechea, XV–CIV. Vitoria: Gobierno Vasco, 1995.
- Cabra, Jerónimo José de. *Pruebas del Espíritu del Sr. Melon y de las Propositiones de Economía Civil y comercio del Sr. Normante: Examen escriturístico theologico-dogmático de ambas obras*. Madrid: 1787.
- Cervera, Pablo. *El pensamiento económico de la Ilustración valenciana*. Valencia: Generalitat Valenciana, 2003.
- Coyer, Gabriel F. *La nobleza comerciante*. Madrid: 1786.
- Danvila, Bernardo. *Lecciones de Economía Civil, o de el comercio, escritas para el uso de los caballeros del Real Seminario de Nobles*. Madrid: Joaquín Ibarra, 1779.
- di Battista, Francesco. *L'emergenza ottocentesca dell'Economia Politica a Napoli*. Bari: Gran Sasso, 1983.
- Ferrone, Vincenzo. *Scienza natura religiones: Mondo newtoniano e cultura italiana nel primo Settecento*. Naples: Jovene, 1982.
- . *La società giusta ed equa: Repubblicanesimo e diritti dell'uomo in Gaetano Filangieri*. Rome: Laterza, 2003.
- Galasso, Giuseppe. *La filosofia in soccorso de' governi: La cultura Napoletana del Settecento*. Naples: Guida, 1989.
- García, Guillermo. *La economía y los reaccionarios*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1976.
- Genovesi, Antonio. *Lecciones de comercio, o bien de Economía Civil*. 3 vols. Madrid: Viuda de Ibarra, 1785–6.
- . In *Scritti economici*, ed. María L. Perna. Naples: Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 1984.
- . In *Lezioni di commercio*, ed. Maria L. Perna. Naples: Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2005.
- Herr, Richard. *The Eighteenth-Century Revolution in Spain*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1958.

- Imbruglia, Girolamo. 'Enlightenment in Eighteenth-Century Naples'. In *Naples in the Eighteenth Century: The Birth and Death of a Nation State*, ed. Girolamo Imbruglia, 70–94. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Iraci, Leone. 'Il mercantilismo di Antonio Genovesi'. In *Momenti del pensiero economico*, ed. Leone Iraci, 63–91. Rome: Bulzoni, 1967.
- Melon, Jean F. *Saggio politico sul commercio*, ed. Francesco Longano. Naples: 1778.
- Normante, Lorenzo. *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos Económico-Políticos*. Zaragoza: Blas Miedes, 1784.
- . *Proposiciones de Economía Civil y Comercio*. Zaragoza: Blas Miedes, 1785.
- . *Espíritu del Señor Melon en su Ensayo Político sobre el Comercio*. Zaragoza: Blas Miedes, 1786.
- Peset, José Luis, and Mariano Peset. *Carlos IV y la Universidad de Salamanca*. Madrid: CSIC, 1983.
- Peset, Mariano, and José L. Peset. *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*. Madrid: Taurus, 1974.
- Pii, Bluggero. *Antonio Genovesi: Dalla politica economica alla 'politica civile'*. Florence: Leo S. Olschki, 1984.
- Rao, Anna M. 'The Feudal Question, Juridical Systems, and the Enlightenment'. In *Naples in the Eighteenth Century*, ed. Girolamo Imbruglia, 95–117. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Real Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País. *Memorias de la Real Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País*. Palma de Mallorca: I. Sarrà i Frau, 1784.
- Robertson, John. *The Case for the Enlightenment: Scotland and Naples, 1680–1760*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.
- . 'Political Economy and the Feudal System in the Enlightenment Naples: Outline of a Problem'. In *Peripheries of the Enlightenment*, ed. R. Butterwick, S. Davies, and G. Sánchez, 65–86. Oxford: Voltaire Foundation, 2008.
- Rodríguez, Sandalio. *Renacimiento universitario salmantino a finales del siglo XVIII*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1979.
- Robledo, Robledo. 'Reformadores y reaccionarios en la Universidad de Salamanca a finales del siglo XVIII, algunos testimonios'. *Estudio General* 21 (2001): 305–9.
- Romà, I. 'Libros de Muratori traducidos al castellano'. *Revista de historia moderna* 4 (1984): 113–47.
- Rosa, Mario. *Settecento religioso: Politica della ragione e religione del cuore*. Venice: Marsilio, 1999.
- Usoz, Javier. *Pensamiento económico y reformismo ilustrado en Aragón (1760–1800)*. PhD diss., University of Zaragoza, 1996.
- . 'El pensamiento económico de la Ilustración aragonesa'. In *Economía y economistas españoles: La Ilustración*, ed. Enrique Fuentes, 583–606. Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1999.
- Venturi, Franco. 'Le Lezioni di commercio di Antonio Genovesi: Manoscritti, edizioni e traduzioni'. *Rivista storica italiana* 72 (1960): 510–30.
- . 'Il movimento riformatore degli illuministi meridionale'. *Rivista storica italiana* 74 (1962): 5–26.
- . 'Economisti e riformatori spagnoli e italiani del '700'. *Rivista storica italiana* 74 (1962): 532–61.
- . *Settecento riformatore*. 5 vols. Turin: Einaudi, 1969–84.
- . 'Nota introduttiva'. In *Scritti*, ed. A. Genovesi. Turin: Einaudi, 1977.
- Villalpando, Francisco. *Philosophia*. 3 vols. Madrid: 1777–8.
- Villari, Lucio. *Il pensiero economico di Antonio Genovesi*. Florence: Le Monnier, 1958.
- Villava, Victorián. 'Discurso preliminar'. In *Lecciones de comercio, o bien de Economía Civil*, ed. A. Genovesi, 3 vols. I: V–XX. Madrid: Viuda de Ibarra, 1785–6.
- Zambelli, Paola. *La formazione filosofica di Antonio Genovesi*. Naples: Morano, 1972.
- Zamora, Germán. *Francisco de Villalpando (1740–1797): Introdutor oficial de la filosofía moderna en España*. Salamanca: Pontificia Universitas Gregoriana, 1982.
- . *Universidad y filosofía moderna en la España ilustrada: Labor reformista de Francisco de Villalpando (1740–1797)*. Salamanca and Rome: Universidad de Salamanca/Instituto Storico dei Cappuccini, 1989.



The Economic Thought of A. Genovesi in the Late Spanish Enlightenment: R. De Salas's Critical Analysis

European History Quarterly

42(2) 211-234

© The Author(s) 2012

Reprints and permissions:

sagepub.co.uk/journalsPermissions.nav

DOI: 10.1177/0265691412436951

ehq.sagepub.com



Jesús Astigarraga

University of Saragossa, Spain

Abstract

Ramón de Salas, a teacher of law at the University of Salamanca in Spain, wrote his *Apuntaciones al Genovesi* in the second half of the 1780s. It was an exhaustive analysis of the economic and political thought contained in Genovesi's *Lezioni di commercio* (1765–1767). Although never published, the work enjoyed enormous success due to its length, the unquestionable intellectual stature of its author (Salas was destined to play a leading role in Spanish liberalism) and the value added by Salas's 'comments': his *Apuntaciones* amounted to a detailed critique of the economic thought contained in Genovesi's *Lezioni*. This article examines Salas's economic thought and his critical engagement with the work of Genovesi.

Keywords

Antonio Genovesi, Enlightenment, international circulation of economic ideas, Neapolitan Spanish Enlightenment, Physiocracy

1. Introduction

Spain and the majority of other European countries witnessed the rise of a new breed of Enlightenment thinkers during the eventful period between the founding of the Republic of the United States and the triumph of the French Revolution. New ideas, new languages and new social concepts burst into Spanish society with extraordinary energy and excited considerable debate. The intellectual content of this debate reflected a more audacious approach to enlightened ideas than that of earlier reformers who had provided the impetus for the period of renewal that

Corresponding author:

Jesús Astigarraga, University of Saragossa, Faculty of Law, Departamento de Estructura e Historia Económica, c/Pedro Cerbuna 12, 50009 Saragossa, Spain

Email: astigarr@unizar.es

began in 1759 with the advent of Charles III to the Spanish throne. Late Spanish Enlightenment authors, such as Foronda, Cabarrús and Arroyal, advocated a radicalization of the socio-economic reforms that had been implemented from the mid-1760s onwards and started to make political demands. These demands emerged for the most part from the constitutional debates that began in 1780 and culminated with the Constitution proclaimed in 1812 by the Cádiz Parliament.

One of these authors' main sources of inspiration was the Neapolitan Enlightenment. Recent studies have highlighted the fact that the Kingdom of Naples and the Two Sicilies was an important centre for European innovation in the social sciences and that its influence extended over the entire eighteenth century, spanning successive generations from Vico to Genovesi and Galiani and from them to Filangieri, Galanti and Pagano.¹ Its disciplinary basis became more and more ambitious as it entered the new areas of law, politics and political economy. By the final years of the century there was no doubt about the dominance of this last discipline in Neapolitan Enlightenment circles. The gradual reorientation of the Enlightenment in the Kingdom towards economic issues owed a great deal to Antonio Genovesi. His *Lezioni di commercio* (1765–1767) constituted the most representative economic text of the era. The book could not have been written without the intellectual environment created by the Neapolitan Chair of Commerce and Mechanics. It was the first of its kind in Italy and Genovesi directed it from its foundation in 1754 until his death in 1769. The Chair provided the conditions for this prestigious professor of philosophy to write his influential work.² It was basically a textbook so it is hardly surprising that a good number of his students, Filangieri, Longano and Palmieri, played a decisive role in the definitive consolidation of political economy in Neapolitan society during the decades prior to the dramatic fall of the Partenopean Republic (1799).

Less is known about the dissemination of the *Lezioni* beyond the boundaries of the Kingdom. The treatise was well known outside the country. It was read in France and Portugal and fully translated into German and Spanish, in 1772–1776 and 1785–1786, respectively.³ In Spain, the work began to receive more attention throughout the kingdom and its colonies in the last quarter of the eighteenth century.⁴ It was read along with other key works of the Neapolitan Enlightenment, such as *Delle virtù e dei premi* (1766) by Giacinto Dragonetti, *Dialogues sur le commerce des blés* (1770) by Ferdinando Galiani and *Scienza della legislazione* (1780–1791) by Gaetano Filangieri; these works were translated into Spanish in 1774, 1775 and 1788–1789, respectively. All this goes to show the strength of the stream of ideas flowing from Naples to Spain during the eighteenth century. Genovesi's book undoubtedly made an outstanding contribution to this process of dissemination. Notwithstanding, everyone from the pioneering Venturi to contemporary commentators has connected the success of Genovesi's work in Spain to the Spanish translation of the *Lezioni* by V. Villava in 1785–1786 under the auspices of the Chair of Economics (1784) of the Aragon Society of Friends of the Country. Villava translated the entire work but the result was rather bland and conservative.⁵ This article takes a new approach by looking at an example of how

Spanish Enlightenment thinkers embraced the economic ideas put forward in the *Lezioni* through the highly individual version of this work created by their contemporary, Ramón de Salas.

II. A Different Reading of Genovesi's *Lezioni di Commercio*

In the second half of the 1780s, Ramón de Salas (Belchite, 1753–Madrid, 1837), a teacher of law at the University of Salamanca, started work on a lengthy analysis of the content of the Genovesi's *Lezioni*. Salas's association with the Castilian university began in 1773, first as a student, and later, from 1776, as a teacher. Around the same time that he began his work on Genovesi, Salas founded the innovative Institute of Spanish Law at the University of Salamanca.⁶ He chose Genovesi's book as his text, but he wanted to provide a critical teacher's guide to the material from the *Lezioni*. His choice of title for the work, *Apuntaciones al Genovesi y extracto de las Lecciones de Comercio y de Economía Civil – Annotations to Genovesi and Extracts from the Lessons of Commerce and Civil Economy* – was quite deliberate.⁷ In actual fact, the length and value added by Salas's 'comments' – they run to more than 86,000 words – converted his *Apuntaciones* into 'a book within a book'. In any case, Salas's work was never published: from 1793 onwards the Inquisition subjected the author to one of the harshest prosecutions of the eighteenth century and he was unable to complete it – he left off whilst writing the notes to chapter XXI of the *Lezioni*.

Because they were written at the University of Salamanca in the 1780s, the *Apuntaciones* are inevitably associated with the 'reformist experiment' undertaken by Salas and other teachers, particularly of law and philosophy. Their 'experiment' is regarded as the most significant attempt to achieve meaningful reforms within the inflexible structures of eighteenth-century Spanish university curricula.⁸ The previously mentioned Institute of Spanish Law was one of the reformers' most significant achievements. It was founded in 1787 on Salas's initiative and its purpose was to modernize legal studies by making the 'useful subjects' more participative and practical. Political economy formed the basis of his teaching and played such an important role in his classes that there was no room for 'obsolete' or 'useless' disciplines such as theology or jurisprudence. Salas was thus the first university teacher to introduce political economy as a subject in Spanish universities. Intellectually this innovation owed an enormous amount to Genovesi: as mentioned, the textbook for the 'experiment' was the *Lezioni*. Salas began work on the *Apuntaciones* to the textbook for his 'experiment', which lasted just five years ending in 1792, shortly before the Inquisition initiated proceedings against him.

Yet, despite being stifled by the Inquisition and doubting politicians in the 1790s, this 'reformist experiment' made its mark. This is reflected in the enormous contribution made by scholars from Salamanca to the first Hispanic political and economic liberal movement that emerged during the Cádiz Parliament (1810–1813) and the Liberal Triennium (1820–1823).⁹ Salas was destined to become a figure of prime importance in the ranks of Spanish Liberalism during

the first third of the nineteenth century and one of the creators of the discipline of political law, as well as a prolific translator of authors as significant as Beccaria, Condorcet, Destutt de Tracy, Dragonetti, Montesquieu and, above all, Bentham; in fact, he was amongst the first to introduce his work into Spain. That is why his *Apuntaciones*, although unpublished, are an extraordinary work: they allow us to document the first steps of Salas as a scholar and discover the sources consulted by the distinguished generation of reformers at the University of Salamanca at the time when constitutional debate began in Spanish society. Moreover, the body of students who read the work as part of their studies went on to exert enormous influence. Amongst Salas's students were thinkers such as M. L. Urquijo, J. Marchena and J. Álvarez Guerra, who were to become extremely influential in the future of Spanish liberalism. M. Belgrano was another; he was later to play an important role not only in the founding the Argentine nation, but also in introducing European political economy in the River Plate area from 1794 onwards.

A complete analysis of the *Apuntaciones*, Salas's most ambitious project at the Institute, is no easy task: first, because it is a manuscript and therefore incomplete, and secondly because of its structural complexity. It is a typical example of the later Spanish Enlightenment: Salas's ideas on economic theory and reform were more radical than those of his predecessors and had deeper legal and political roots. Although not usually quoting from them directly, Salas was obliged to consult a wide variety of sources aside from Genovesi's *Lezioni* to write his work. As far as economics was concerned, Salas' vision was pluralist. He read the Physiocrats, the post-Physiocrats (Condillac), the economists belonging to Gournay's group (Forbournais and Herbert), Necker and the anti-Physiocrats, and, naturally enough, Genovesi himself, as well as Galiani, Filangieri, Verri and other representatives of the Italian Enlightenment. The many pages he devoted to the problems involved in political sovereignty and forms of government belong to three different schools of thought. The first was Montesquieu and his empiricist school: Salas accepted his tripartite division of despotic, monarchic and republican systems, the unique economic principles of each one and their three respective active principles of fear, honour and virtue. The second was the contemporary *jus naturalist* tradition, individualist, rationalist and utilitarian, based especially on Locke's ideas.¹⁰ Finally, there was the republican school of thought founded half way through the century by, amongst others, Mably, Rousseau and Helvétius; its basis was the freedom enjoyed by the ancient civilizations.¹¹ It is therefore highly significant that Salas consulted hardly any Spanish authors and that a good number of the texts he read, particularly the political ones, were not only unavailable in translation in the Spain, but were also strictly prohibited (Montesquieu, Rousseau, Helvétius and others). Thus his work enables us to know which foreign texts were circulating in the country besides the ones that were available in translation.

Salas used all of the sources mentioned to make his critical analysis of the *Lezioni*. The *Apuntaciones* opens with a brief summary of the first 21 chapters of Genovesi's work and Salas follows this with a lengthy commentary on the contents

of each one. The main aim of his commentaries was clear. Genovesi's book was widely read during the final quarter of the eighteenth century in Spain. All the institutions that introduced political economy as a university subject listed it as their textbook and Villava translated the work for this very reason.¹² Be this as it may, Salas regarded the economic and political principles of Genovesi and his Spanish disciples as too conservative; the Spanish monarchy of the times required thorough regeneration in both these areas. Running through his work is his desire to propose a range of reforms that would make a decisive contribution to this regeneration.

III. The Economic Laws and their Purpose

In Salas's opinion economic laws were only possible in a society that was organized around a political authority that had some sense of morality and a particular goal and the means to achieve it. This goal was 'public happiness' and the means for achieving it was the law. For this reason, economic laws were no different from any others; they had to be based on principles derived from the social pact which created the political authority. In addition to this, in so far as political authority was different from domestic authority, it was logical to separate political and civil economy from its old Aristotelian meaning of a household that managed its own budget and a government that acted independently of parental authority.¹³ This is how political economy came to be defined as the 'art of keeping people satisfied'. For this reason it had no control over the natural environment prior to the formation of society; it is in fact a consequence of its formation.

In Salas's opinion, once a society is formed, the economic laws should stimulate the creation of wealth and population growth as much as possible.¹⁴ According to Salas's *jus naturalist* concept, these objectives were essential for the government to be able to ensure the peace and prosperity of society. And this is why Salas assigned such structural importance to economic laws in the *Apuntaciones*: without economic laws that maximize the creation of wealth and population growth, there was no guarantee that the government could achieve its political objectives. The State might well encounter difficulties in feeding its population due to external problems — the hostility of aggressive neighbouring powers — or internal ones — insufficient food supplies for the entire population — or even due to the difficulty of servicing an excessively large territory.¹⁵ In addition to this, the failure to achieve these objectives generated socio-political phenomena such as the degeneration and corruption of the governing body and could have unpredictable consequences.

Although inherent to human society, economic laws in *ancient* civilizations were different to ones in *modern* civilizations. Salas, whilst aware of their anachronism, pointed out the merits of economic laws in ancient societies: they maximized the creation of wealth and population growth mainly due to a high degree of economic independence. The old republican ideal of self-sufficiency constituted the greatest

possible contribution that economics could make to achieving political stability and peace. In any case, these criteria no longer prevailed in *modern* society as self-sufficiency was no longer viable. Salas, like Genovesi, believed that only 'barbaric and unhappy' societies ran on pure subsistence economies. Turning now to Condillac, he tied the wealth of a State to the surplus production that could be traded. At the same time, returning to Genovesi, he was aware that the society of his times was no longer based on the 'spirit of conquest', but on the 'spirit of commerce'.¹⁶ Whilst it was true that all nations, even ancient civilizations had encouraged trade, the latter were 'conquering nations by nature' and were governed by legal codes 'full of individual laws to upset . . . the citizens'.¹⁷ That is why the word 'conquest' contains ideas of violence, contrary to the 'spirit of commerce', a formula for peace and harmony between nations. Creating wealth by cultivating the land was, without doubt, the key to achieving national political power because it was 'absolutely independent'. Nevertheless, in the *modern* world nations were forced to participate in the uncertain game of trade as a means of increasing their wealth. This was the only way of ensuring that their surplus production did not turn into something 'merely superfluous'. And this was why trade was not only a system for the peaceful appropriation of wealth but also generated other positive external consequences. Salas shared the favourable opinions of both Montesquieu and Genovesi on the socio-economic effects of *doux commerce*.¹⁸ Although he made no attempt to conceal his fascination for the old self-sufficient agrarian republics, it was no longer possible to sustain economic growth without trade. In conclusion, he did not believe it was either feasible or necessary to revert to a more primitive state. On occasions he accused Genovesi of desiring such a change but such accusations were without any foundation.

In any case, the beneficial effects of *doux commerce* were only felt when conditions were right: commerce dignified a country but it could also corrupt it. The reason was that the 'spirit of commerce', unlike the 'spirit of conquest', was 'profit or avarice'. The behaviour of merchants destroyed social ties such as patriotism and the common good which, in theory, held communities together. This created behavioural patterns that threatened social and political stability as the society had to be based on 'everyone working for themselves like I work for myself and not asking anyone for anything without paying for it and everyone doing the same to me'.¹⁹ And just as greed is generally an overwhelming temptation, the interests of the individual merchant and the nation did not necessarily coincide. Salas resolves this dilemma by stressing the fundamental importance of government by law and rejecting despotism outright. In other words, liberty could not exist without a legal framework.²⁰ Salas uses the example of Great Britain to support his arguments. It was apparent that in countries such as Great Britain where liberty prevailed, there were laws that prevented the merchant from doing exactly as he wished, or, in other words, that placed 'more obstacles' in his path. On the other hand, nowhere did he encounter fewer limitations than in societies where liberty was restricted. In any case, as we shall see, the concern over how to reconcile wealth and virtue underlay Salas's entire text.

IV. Absolute and Relative Economic Laws

Salas acknowledged that economic relations were governed by laws. The creation of positive laws should be based on a number of general or absolute principles of economic development and therefore of universal application. Salas formulated these absolute principles based on his readings of the Physiocrats, not the *Lezioni*.²¹ Like the French *économistes*, Salas called for an economic system based on the universal principles of private property, liberty and security, as contained in the political economy code of law. These principles were immutable and obvious, acquired by reason. Thus, the ideal State was one ruled by law, and the art of government consisted of abstaining from governing and propitiating the exercise of negative liberty, the object of which was to eliminate the obstacles – legal or otherwise – to the exercise of individual rights.

Salas, however, shared only some of the Physiocrats' rigid methodological standpoints. He did not renounce a 'relativist' vision of legislation: even though the law that established the agricultural sector as having priority might be universal, not all countries were in a position to comply with it. Thus, sound economic legislation had to respect the 'general spirit' of a nation (Montesquieu) or supplement the 'absolute or relative soundness' of the laws (Filangieri).²² Salas stressed that it was quite inappropriate to introduce foreign economic laws or policies in a country without making the necessary adjustments. That is why he accused Genovesi of mistakenly wanting 'to introduce [the British system] in every country, without remembering that, to be effective, laws have to be relative'.²³ In some cases he takes the idea of the relativity of laws to its ultimate consequences. Based on the republican idea that effective law enforcement could only take place within a limited territory, he suggested, using Spain as an example, that it was far from easy to establish viable economic laws for the entire monarchy: the Catalans should concentrate on manufacturing, as their land was not fertile, and the Castilians on agriculture. In conclusion, over and above certain absolute principles, the economic laws should be drafted with these infallible parameters in mind: 'an agricultural nation that tries to become a trading nation will be ruined'.²⁴ When deciding on a suitable economic development strategy for each country there were two basic criteria: the type of land and the type of government; the latter was fundamental when deciding on a commercial strategy ('economic' commerce – based on mediation – or 'landed' commerce – based on surplus production).

These ideas are related to the debate over 'agrarian' countries as opposed to 'industrial' ones and pushed Salas closer to Galiani's approach and especially to Filangieri's. Salas believed that the great virtue of agriculture was its contribution to both political stability and the national economy. It was the most productive sector and possessed a greater capacity to provide employment and staple foodstuffs, which in turn encouraged population growth and at the same time created 'completely independent' wealth. This was the reason for the *Apuntaciones*' strong agrarian bias. Whilst the text shared this tendency with Genovesi, the strong Physiocrat influence evident in Salas's thought was completely foreign to his Neapolitan colleague. In fact, as he reiterates a number of times, the Spaniard

believed that the *économistes*' model was the most suitable for basically agrarian countries. This meant an economy based on the pillars of property, liberty and security, and on the greater part of the *économistes*' economic policies: *bon prix*, net product, agrarian individualism, *avances*, free grain trade and *impôt unique*.

On the other hand, when applied to countries that were 'inherently industrial', this model required fine tuning. Salas insisted that agriculture was the only 'genuine source of wealth', but unlike the Physiocrats he did not classify activities as 'productive' (agriculture) or 'non productive' (industry and commerce). He thus had more in common with authors such as Condillac, who had maintained a line independent of the Physiocrats on this issue.²⁵ Despite this, there was no doubt about the importance of agriculture: until 'every square inch of land in a country has been farmed, commerce and industry are unthinkable'.²⁶ Salas advocated an industrial model similar to Campomanes, the powerful politician of the Council of Castile and the most influential Spanish economist during the reign of Charles III: his 'popular rural industry' was compatible with the preferential development of agriculture. Thus, if a country was unable to specialize solely in agriculture, the State should ensure that the development of the rural and industrial sectors was complementary. That is why Salas used examples such as Catalonia and Holland, 'industrial' nations that used their land to advantage.²⁷

V. Wealth and Money

The advantages a society obtained from the commercial sector depended on a suitable definition of wealth. On this issue, Salas was a worthy disciple of the European Enlightenment theory of subjective value or utility which Galiani, Turgot, Graslin, Genovesi and others also subscribed to. He followed Condillac's approach: national wealth consisted of the body of goods that possessed value and he defined this as 'the utility or necessity of things relative to their availability'.²⁸ Therefore, despite his obsession with the idea of self-sufficiency, a country had to produce more than it needed for the survival of its population because, if not, this would be jeopardized. But, once surplus production was achieved, it had to be sold; if not it remained 'purely superfluous' and was not transformed into genuine wealth. Salas held that commerce was an activity that produced profits for all those that engaged in it. This occurred when 'during a period of time we receive a greater number of comfort or luxury items compared to the number of items we relinquish'.²⁹ However, whilst foreign trade was a means of increasing national wealth, not all the goods produced in a country should be traded. Trade was only a consequence of abundance and had to be practised without jeopardizing national security. In short, Salas subordinated the strength of the economy to the achievement of political goals and associated this with the maximization of production and the minimization of dependence on foreign countries. However, government power could not be achieved at the expense of the citizens. Fiscal policy and other government

intervention had to avoid impoverishing workers or making it impossible for them to save money. Therefore, the creation of wealth was just as important as its distribution.

The monetary content of the *Apuntaciones* is not particularly important. It is highly likely that Salas had delayed dealing with the issue to the second part of the text, which he never in fact wrote. For this reason the *Apuntaciones* never equalled the quality of the *Lezioni* which in turn owed a great deal to Galiani's innovative *Della moneta*. Be that as it may, Salas began in an orthodox fashion by rejecting the association between wealth and precious metals. At the same time, he seemed to subscribe to a monetary theory that restricted the rôle of money to a means of payment in commercial transactions. He was undoubtedly acquainted with the quantitative theory of money. On the other hand, despite being familiar with Cantillon's *Essai* – most probably through his readings of Condillac and Mably – and probably with Hume's *Political Discourses* too, he makes no allusion to the theory of the automatic adjustment of precious metals. This stated that an increase in the monetary mass created inevitable and irreparable inflationary damage. In this regard, Salas seemed to be aware of the concept of the speed of circulation of money and he appeared to relate it to interest rates in certain passages of his work. However, he fails to use it as precisely as Genovesi, who, following Cantillon, had attributed important economic advantages to this variable. At the same time, just as Genovesi did, he criticized the policy of reducing the metallic content of coins and also had harsh words for the Church's and scholastics' censures of interest rates as usury. Salas was in favour of charging interest rates on loans and of allowing them to fluctuate freely.

Salas was aware of the weakness of the Spanish economy and especially of its 'appalling' industrial decadence. The main reason for the latter lay in the inflationary process generated by the discovery of America. Such inflation gave rise to an irreparable loss of competitiveness for Spanish goods and the gradual abandonment of productive activity. Therefore, Spain's plight demonstrated that precious metals could in fact impoverish a commercially based society, and, as Cantillon also believed, only constituted a source of economic prosperity in certain special cases. This occurred, in particular, when the accumulation of gold and silver was the result of a positive balance of payments, but unfortunately this was not the case in Spain. Salas reacted to this situation by separating himself from the mainstream of the Spanish Enlightenment and defending two complementary policies. On the one hand, he advocated the sale of unlimited amounts of precious metals, including for export.³⁰ Spanish legislation at that time prohibited such exploitation, impeding the export of the main and almost sole surplus product the Spanish economy possessed. On the other hand, as we shall see, Salas distanced himself from Genovesi and supported a 'passive luxury' policy in Spain – the exchange of precious metals for foreign luxury goods. It was the only way of resolving the century old problem of the amassing of American precious metals in a society based on the 'spirit of commerce'.

VI. Agrarian and Grain Trade Policy

Agriculture, 'the sole source of real riches', received preferential and detailed treatment in the *Apuntaciones*. This was reflected in the sources that Salas employed to analyse the issue. All the most important agrarian schools of thought of that time are to be found in his text: from the most influential of Gournay's group to the Physiocrats as well as the Neapolitans and the broad Spanish Enlightenment school that linked Zabala's pioneering *Representación* (1732) with Campomanes's (1764–1775) writings; these were regarded as the theoretical basis for the agrarian reform undertaken in Spain from 1765 onwards. Whilst the basis of Salas's approach was deeply agrarian, as was Genovesi's, the more than two decades that separated their works are reflected in their approach to agrarianism: Genovesi was moderately liberal, Salas more extreme. Like Genovesi, Salas started out by associating free trade and the circulation of goods and wealth. However, as a result of his readings of the Physiocrats, he took this approach practically to its ultimate conclusion: anything that represented an obstacle to this circulation jeopardized the maximization of wealth.³¹ This principle was to be interpreted in relative terms and, in this case, the form of government played an essential rôle. Salas gave an in-depth treatment to three areas related to the agrarian issue in the *Apuntaciones*: the relationship between subsistence agriculture and the population, the feudal system of land ownership and the grain trade.

Salas based his approach to the first issue on Genovesi's concept of the 'right population' (*giusta popolazione*). The idea involved achieving the 'right, balanced' relationship between population and land.³² However, once again, he reformulated it and turned it into a detailed and punctilious correction of the Neapolitan's ideas. Salas, following Montesquieu and Filangieri, believed that population growth depended on physical principles related to human nature itself: human beings have a natural inclination to search for a mate and reproduce.³³ The practice of celibacy is symptomatic of the debilitation of traditions caused by factors that Salas believed corrupted the socio-political system: wealth, luxury or overtly liberal sexual attitudes. In any case, traditional government measures aimed at encouraging marriage by legislation did not work. Salas provided numerous examples of unsuccessful laws of this type proclaimed in *ancient* civilizations.³⁴ For this reason, although aware of the gravity of the depopulation problem in Spain, he distanced himself from contemporary schools of thought that called for legislation to create significant population growth.

Salas shared Genovesi's idea that if the 'right population' was not achieved – in a depopulated country, that is – it was due to legislative defects. Genovesi himself attributed such failure to a range of 'physical and political evils' that impeded population growth. However, Salas simplified the nine types of 'evils' enumerated by Genovesi. He also suggested that even obstacles created by international or physical factors were actually due to 'problems of a political nature': infertile soil or plagues were obstacles that were ultimately attributable to 'legislative defects'. Whilst Salas was widely read on the subject, when it came to classifying these 'defects of a political nature', he used Filangieri's analysis exhaustively

without actually acknowledging it. Next, he looked at how population growth could be affected by the small number of land owners, the enormous wealth amassed by the Church, abusive tax burdens, the state of the army, and promiscuity.³⁵ Thus Salas's text advocated deeper socio-economic reforms than Genovesi's. In addition to this, the basis of his strategy was different. After identifying the 'political defects', all that remained to be done was to apply the Physiocratic principle: the 'great art of the legislator' is merely removing the defects; 'once this has been done, if mankind is left to its natural inclinations, the population increases'.³⁶ Therefore, in a well governed country, that is to say, one with laws and customs that did not restrict the natural tendencies of the human race, population growth occurred due to the natural desire to reproduce and agriculture grew as much as the fertility of the soil would allow. In short, without legislative or social 'obstacles', the 'right population' was achieved through a natural balance between the supply of staple food and population.

As for primogeniture and other types of feudal land ownership, Salas was aware of the serious problem that this type of system posed for the national economy: 'land that remains in the hands of a few owners will never produce as much as it would in the hands of many'. Such a problem was particularly pressing in a monarchy such as the Spanish one where the concentration of land ownership constituted 'the main source of wealth for a few and the main source of misery for many'. The way to solve the problem was not by redistributing the land: this is a 'sacred right' and 'it is never just to deprive a man' of what is his. Hence it was necessary to create 'indirect channels' to deal with it.³⁷ Nevertheless, an effective solution had to address the limits that monarchies established for the free circulation of goods;³⁸ this political system was based on a number of 'intermediate bodies' which had to accumulate wealth and hence social inequality, and the concentration of land ownership was inherent to the system. Taking these limitations into account, Salas's solution consisted of reducing primogeniture as much as possible. He proposed a 'total [prohibition] on the concentration of land ownership', equally distributed inheritances and a limit on the goods accumulated by each noble family. Clerical land ownership required a bolder solution: 'the incredible riches of ordinary parish priests would scandalize a philosopher'. In order to fight against privileges that only 'ignorance and fanaticism have been able to create', Salas proposed prohibiting new purchases by men of the cloth or levying such a high tax on these purchases that in practice they became unviable. These anti-feudal ideas were more radical than those of Genovesi and Montesquieu, although he stopped short of openly proposing the abolition of primogeniture, like the Physiocrats or Filangieri.³⁹

As for the grain trade, Salas accepted the fact that this commodity was no longer just a 'subsistence' item but a commercial one as well. Hence, under certain circumstances, it provided a powerful stimulus for national economic and political power.⁴⁰ He believed that this conceptual change had its origin in the well known Corn Laws enacted in Great Britain at the end of the seventeenth century.⁴¹ In fact, in his initial assessment, he, like Genovesi, pointed out the enormous benefits these policies brought to the British economic system. Nevertheless, Salas took a more

ambitious approach than Genovesi, who limited himself to advocating partial liberalization of the grain trade.⁴² He claimed that such a policy was unduly tempered by an excess of caution intended to safeguard consumers' interests. He based his position on the Physiocratic principles of free internal and external grain trade. In fact, without making specific reference to him, Salas borrowed a great deal from Condillac's theory of value and utility to explain how the price of grain was determined.⁴³

Salas resolved the century-old argument over whether the price of grain should be kept low or high in identical terms to the Physiocrats' *bon prix* theory. He adapted it in the same way as Condillac and arrived at a price theory that did go beyond the hypothesis of the 'sterility' of the industrial sector, accepted by Quesnay and his closest disciples. Like Condillac, Salas maintained that the price that best satisfied the interests of both producers and consumers was both the 'genuine' and the 'just' one. The only way of achieving this level was through free internal and external trade. This was the only system which guaranteed a balance between total supply and total demand, particularly when the grain market was international and free trade – leaving aside the cost of transportation – guaranteed a single price all over the continent. In addition, this free system had an added advantage: the price was not subjected to constant changes which created uncertainty and made it more difficult to take decisions in all sectors of the economy. In short, the price had to be fixed at a 'stable and permanent' level.

A market policy of this nature had to be introduced using measures that prevented government intervention in the grain market, but favoured increased competition. In this area, Salas proposed three layers of measures: an increase in the number of private grain merchants, the undertaking of an extensive programme of public works to give structure to the agrarian markets and the abolition of internal customs duties and tolls. Despite all this, the first measure of his programme to intensify competition is the most important. An increase in the number of grain merchants required a legal framework based on liberal criteria that regulated their activities. In addition, there had to be mechanisms for directly involving the upper classes in improving their image in order to help overcome the social stigma they had acquired as the perceived beneficiaries of exorbitant profits. As grain became an item of 'free trade' and the businessman could freely pursue his own ends, public warehouses would become unnecessary. In short, these measures would ensure that the beneficial effects of competition were widely enjoyed; hence Condillac's proposal, for encouraging 'unrestricted, complete and permanent' freedom receives Salas's unreserved support.

His differences with the system of market regulation of the times extended to foreign trade as well. Salas made a detailed condemnation of each and every one of the measures contained in the aforementioned British grain trade policy, especially the highly regarded subsidies to the export of grains. He bases his condemnation on arguments that he encountered in his readings of the Physiocrats.⁴⁴ Once again he found himself at odds with Genovesi. Salas maintained that it was a mistake to associate this highly regarded British policy with a genuine system of free trade.

And, logically enough, he openly declared that no such thing existed in Spain, despite the 'freedom that was sought' after the liberalizing legislation enacted in 1765. The alternative was to introduce free internal and external grain trade without too many legal restraints.⁴⁵ Nevertheless, if this system were to be successfully introduced, he recommended it be phased in over a period of time. This was a further attempt to soften the Physiocrats' more radical proposals and incorporate elements of Galiani's more pragmatic ones.

VII. Industrial and Trade Policies

Physiocratic thought also exerted a heavy influence on Salas's examination of industry and crafts too. As has been stated, whilst he did not regard these activities as being *sterile*, his main argument was the *économistes*' principle that industry advances more rapidly in an environment of free competition between local and foreign producers, which in turn provides manufacturers with suitable models to emulate.⁴⁶ Spanish legislators had created a quite different model; it was interventionist and protectionist and, far from stimulating industry, it made successful development impossible. Once more, the idea of negative liberty arises: before stimulating manufacturing and industry, the defects of the previous legislation had to be removed, either by enacting new laws or revoking the existing ones: 'not to do anything and let those who are genuinely interested in the success of their ideas do whatever they please provided their activities do not jeopardize the common good; this must be the sole object of the legislation'.⁴⁷

These words leave no doubt about Salas's position, and, whilst not fanatical, he was certainly a passionate advocate of free trade and therefore much more radical than the mildly liberal Genovesi. He was against 'the Crown getting into manufacturing'. In the first place, public companies usually ran at a loss because their running costs and, subsequently, their prices were higher than those of private ones. Secondly, their presence in the market discouraged private sector activity. Such companies could only be justified in special cases, such as government monopolies that provided finance for the Treasury or other areas that relied exclusively on public funding. In any case, if exceptional circumstances did arise and it proved necessary to form a public company, it should be privatized sooner rather than later. In addition, individual companies should rarely be granted exclusive rights. The most important exception was when a new type of business arose. But even in this case, exclusive rights should only be granted on a temporary basis. This same principle of emulation as a way of improving local industry justified the naturalization of foreign tradesmen. At the same time, it made the current structure of the guilds unsustainable. Salas criticized them repeatedly. He regarded them as exclusive organizations that made it difficult for tradesmen to emulate their peers, introduce technological innovations or obtain adequate training which should be provided by schools of draughtsmanship and mathematics. He consequently followed the Physiocratic line on this issue and advocated the abolition of these bodies in the interests of creating freedom in the labour market.

The unconditional establishment of free internal trade, an effective programme of road-building to link the disjointed Spanish internal market and the strategic location of production centres were other measures that would boost the competitiveness of national goods. Like Genovesi, Salas believed that industrial development should take into account the difference between essential and luxury manufactures and should never jeopardize agricultural activity. In line with both this profound agrarianism and one of the strategic axes of the official reform programme led by Campomanes, Salas expressed support for 'popular rural industry': it enjoyed reduced running costs because there were no municipal taxes to pay, food and raw materials were cheaper and labour costs were lower; the sector employed more women and children, and they commanded lower wages.

The solid agrarianist background of the *Apuntaciones* also explains Salas's views on foreign trade. Salas believed that agriculture was the only basis for 'lasting and independent' foreign trade. Spain was a large kingdom and agriculture was the principal source of its surplus goods, so the most effective economic model for the country was the production of unprocessed raw materials. For this reason, in opposition to Genovesi and most of his Spanish contemporaries, Salas supported the Physiocrats' proposal for unrestricted exportation of these goods based on similar principles to those of the grain trade. According to Physiocratic terminology, the product was 'net' and therefore the principal source of the country's wealth. Prohibiting their export may have had beneficial effects on local industry but only in the short term; it would have eventually ruined the rural sector: 'agriculture can never flourish without trade that adds value to the surplus it produces'.

In the same way, Salas supported the unrestricted importation of foreign manufactured goods. It was not true that this importation damaged local industry. Quite the opposite: importing was essential for emulation and also for improving competitiveness. Nevertheless, although Salas expressed his opposition to 'direct' prohibitions, he displayed a more flexible approach with 'indirect' ones. This opened the way to a very moderate and selective version of protectionism based on duties and taxes. Under cover of this proposal, Salas directed new criticism at Genovesi's protectionist views. He accused him of being 'not very consistent with his principles': the restrictive regulations of foreign trade amounted to 'a total prohibition' and prevented the system of duties from fulfilling its principal function as a 'rudder for trade' and not just a way of collecting public funds. On the other hand, tax exemptions to encourage foreign trade were probably necessary in the case of Spain. This was because the taxes in Castile were levied mainly on the consumption of essential goods. Nevertheless, such exemptions should be moderate, temporary, non-individual and conceded to the less developed sectors. In conclusion, the commercial model Salas argued for in the *Apuntaciones* was the opposite of what he describes as a 'restrictive' policy. Free trade was to be the basic principle although he accepted the possibility of the discretionary use of taxes and duties to support local industry and create a climate in which agriculture could prosper.

VIII. Equality, Virtue and Wealth

From the above it is clear that Salas consulted a wide range of sources that offered a diverse range of points of view from those expressed in the *Lezioni*. He then used the *Apuntaciones* as a vehicle for directing a stream of unrelenting criticism at Genovesi's moderate liberalism and its ideological foundations. There is also another line of argument that Salas featured in the *Apuntaciones* which did not appear in Genovesi's work. As a result of his republican readings, Salas accepts the concept of positive liberty derived from the socio-political model of ancient civilizations. This explains the absence of any reference to the Physiocratic theory of legal despotism and, likewise, why he is able to express his reservations over a socio-political climate based solely on the natural principles of property, liberty and security. And this was not only because he found it difficult to reconcile them with different systems of government, but also because of the obstacles they might have presented in the creation of an egalitarian society. Salas pioneered the use of the principle of equality as an essential criterion for economic policy in Spain and he associated it closely with the principle of civic virtue.⁴⁸ Mably, Rousseau, Helvétius and Filangieri were his main sources for this idea. They were some of the most important writers of the times and in what H. Baron and J. G. A. Pocock call the school of 'civic humanism' or, as Q. Skinner would have it, the 'Neo-Roman theory of liberty'. They provided him with the basis for the idea that an inequitable distribution of wealth could lead to the destruction of the foundations of society.

As we have already seen, Salas, like Locke and the Physiocrats, regarded the law as an essential element in forming an idea of negative liberty. They all identified it as vitally important for removing the obstacles that impeded the free exercise of individual initiative, especially important in the world of economics. However, Salas subordinated this concept to another broader one of positive and participative liberty based on republican ideas. Hobbes's classic theory of government by law and the formal concept of equality derived from it fell short of this: the absence of restrictions or interference did not guarantee individual liberty. It also required conditions of non dependence and non domination, conditions which were not compatible with slavery or servitude, or, to put it another way, with exploitation or abuse of power. Thus, on this issue, Salas had more in common with those fierce opponents of Physiocracy, Rousseau and Mably, than with Quesnay.

The labour market was the environment in which these abuses were most frequent. The wealthy and the land owners took advantage of their position of dominance to impose their law and reduce workers' daily wages. This had both socio-economic effects such as the creation of poverty and population decline and political consequences as well:

if they were not independent [from the rich] the poorer citizens would very soon not do anything else besides what the wealthy told them to; these are the people who would provide them with something to eat and end the independence of public assemblies and the form of government.⁴⁹

Consequently Salas suggests different ways government could intervene to correct this situation; none of them is compatible with liberal Physiocratic principles. His object was to guarantee a more egalitarian society which, amongst other things, would enable the members of society to participate actively in political life. Unlike Montesquieu, Salas did not regard democracy as an essential condition for a society to be egalitarian: monarchies could also correct this situation. But, on the other hand, he is not a radical egalitarian: he specifically rejects the *Mablyan* concept of the *communauté des biens* mainly because he believed, as Locke did, that in every 'educated' society private property is 'the most sacred of all rights' and had therefore to be respected.

However, Salas did feel that a number of 'indirect' channels under State supervision were necessary to avoid the unjust inequalities of the Spain of the times. We have already looked at his proposal for restricting primogeniture and clerical land ownership to a bare minimum. As well as this, he advocated an initial 'socializing' programme of government intervention involving public works (roads and canals); the idea behind it was to maintain employment levels and guarantee 'a good daily wage' for workers.⁵⁰ Secondly, he defended monetary policies that prevented a small minority from accumulating precious metals and encouraged their circulation. Finally, redistributive policies should be channelled through the tax system. The *Apuntaciones* break off in chapter XXI, on Public Finance, which makes it impossible to say exactly what the author's opinions on tax were. Be that as it may, he accepted the theories of jus naturalism and their contractualist fundamentals as the basis for public finance and used them to suggest a range of anti-absolutist measures designed to achieve social justice, just as some of his favourite authors had done (Locke, Montesquieu, Condillac, Necker and Filangieri). And it was precisely these criteria that he used in the unfinished analysis of the different taxation models. We can associate Salas with the Physiocratic *impôt unique* from a range of different comments that he made throughout the *Apuntaciones* and the harsh criticism that he directed at personal income and consumption taxes.⁵¹

Luxury was a final factor that was related to redistribution of wealth. In the detailed analysis that Salas dedicated to this issue, he used Helvétius's arguments to maintain that what caused luxury was the unjust distribution of wealth.⁵² That is why he considered it to be an essential element of society arising from the socio-economic climate. Salas returned to Helvétius and Condillac to explain that this revolved around two basic social groups: the day labourers and farm hands who placed their physical strength at the service of the second group, the land owners, who in turn set an almost subsistence-level value on their labour. This explained why only the latter group was in a position to accumulate the surpluses created and, therefore, to access luxury goods. This process of appropriation happened in a quite specific way: overall wealth increased in direct proportion to the technological advances that reduced production costs and the undertaking of public works that, as well as reducing transport costs, facilitated the circulation of wealth. Given that labourers' wages remained at subsistence level, the land owners were the exclusive

beneficiaries of the new surpluses of wealth generated by these two channels.⁵³ That is why the factors that caused a general increase in wealth were the same ones that caused an increase in land owners' access to luxury.

Republican societies were relatively egalitarian and these issues did not command much attention. On the other hand, the same issues became vital in monarchies where, because of its very nature, luxury 'was not only useful but necessary'.⁵⁴ In these political systems not only were the social elements completely dependent on one another – 'the artisan needs the land owner to survive but in order to live comfortably the land owner needs the artisan just as much'⁵⁵ – but, because the wealth was concentrated in a few hands, luxury propitiates a more even distribution of resources, prevents situations of domination and, therefore, becomes a genuine guarantee of political liberty. In addition to this, it was a positive socio-economic force: it aroused tradesmen's inventiveness, improved manufacturing, motivated workers to seek pleasure and became 'the spirit that encouraged monarchies'. Therefore, in a politically moderate system of government, one in which private property was inviolable, the solution to the problem of growing inequality lay in using legislation to achieve redistribution or, in other words, to 'moderate' the effects of luxury. This, of course, did not include eliminating it altogether as that would be like ending inequality, an essential element of the entire society. Therefore, luxury is much more than the mere 'desire to stand out from our peers and reach the one who is just above us', as Genovesi had pointed out.⁵⁶ The poor distribution of wealth was its cause; hence, luxury was the only way to 'pry this wealth out of the hands of the rich' and redistribute it 'in the fairest possible manner'.

Salas states quite clearly that all this should come into force as quickly as possible, especially in a monarchy like the Spanish one where the distribution of wealth was extremely uneven: primogeniture, the wealth of the clergy and the exorbitant salaries of senior public servants had led to a concentration of wealth in the hands of a minority. In the meantime, the current sumptuary laws were detrimental on two counts: they were inefficient and impeded the circulation of wealth. Salas attached a great deal of importance to the role of luxury in the circulation of money and he believed that the person who set the circulation of money in motion contributed the most. In addition to this, as we have seen, contrary to the majority of his contemporaries, Genovesi included, he believed that 'passive' luxury – that is, luxury that relied solely on imported items – was not necessarily detrimental: the arrival of foreign goods stimulated emulation and was not only useful but essential when there was excessive liquidity in the financial system.⁵⁷ And this was just the case with the Spanish economy. The massive influx of precious metals from America had generated uncontrolled inflation and led to a loss of competitiveness for local manufactures: the Spanish economy relied not only on luxury items but on essential ones too. So long as the 'spirit of conquest' was dominant, wars represented a natural way of channelling off the excessive monetary supply, but once they were over importing foreign luxury goods in exchange for precious metals was the best way of avoiding recurrent monetary upheavals.

This would in turn create favourable conditions in Spain for increased specialization in agriculture.

There was a concern lurking behind these reflections, one which in fact preoccupied the entire European Enlightenment: how to reconcile a society based on virtue with one based on commerce and reliant on wealth and luxury.⁵⁸ Salas believed that healthy moral standards were the result of appropriate laws and customs and that wealth was created by appropriate laws too. Thanks to these it was possible to achieve simultaneous progress in agriculture, commerce and industry. If local luxury was kept within certain limits, it would also increase the general prosperity of the community, not jeopardize it. Wealth also drove population growth and both factors guaranteed the strength of the State or, in other words, its political objectives: perpetuation and peace. However, problems arose when wealth started to corrupt moral standards, as was the case with the ancient civilizations of Sparta, Greece and Rome. Just when they had consolidated their status as wealthy societies, they lost it as virtuous ones. It is in this context that we find the explanation for the profoundly agrarian roots of the *Apuntaciones*: the author was highly mistrustful of industry, commerce and luxury and regarded them as factors that led to a degeneration of moral standards. For this reason, the same economic laws that make a State wealthy and virtuous 'seem to propose the impossible and contradict themselves', to use Salas's own words.

Salas resolves this dilemma by borrowing literally from Filangieri. He uses his argument on how the 'distribution and dissemination of wealth can contribute to the distribution and dissemination of happiness' and therefore supports well distributed wealth within a wealthy state.⁵⁹ Only unevenly distributed wealth leads to the corruption of healthy customs. Therefore the problem did not lie so much in the creation of wealth but rather in its distribution. A wealthy society in which all its citizens were more or less equally wealthy would also be a happy and virtuous one: nobody would resort to bad faith or dishonest practices to obtain the wealth of others. In the real world, the inevitable inequality of life endowed a minority with the wealth whilst the vast majority had to resort to whatever tricks they could, even unlawful ones, to obtain some of it for themselves. In addition to this, 'the poor were unable to escape from the slavery of the rich' in cases of extreme inequality. In other words, such a situation led to a state of domination which prevented the exercise of positive liberty. To avoid the corruption of customs there were two conditions: the first one was an equitable distribution of wealth; the second was that this wealth was created without resorting to the force of arms. Commerce, in other words, was the only means for obtaining wealth. Wealth that had been obtained by force of arms infallibly led to the ruin of a nation.

IX. A Few Conclusions

Salas's *Apuntaciones* constitutes a detailed critique of the economic – and political – ideas contained in Genovesi's *Lezioni*. Whilst sharing the agrarianist background

of this book, the *Apuntaciones* presents a more radical version of its proposals for protectionism, population growth and moderate liberalism. Salas's highly personal reading of what was a classic of the Neapolitan Enlightenment owed a great deal to the use he made of a range of Physiocratic ideas, although he was never a member of the movement itself;⁶⁰ he relies heavily on Condillac in the extensive critical 'annotations' on Genovesi's economic agenda. Along with this, forms of government (monarchy or republic) played an important part in his economic proposals. This issue, a significant novelty in the Spanish intellectual environment, does not enjoy the same presence in the *Lezioni*.⁶¹ As well as this, Salas, unlike Genovesi, advocates a socio-political model which includes a form of popular participation of republican origin: equality and virtue emerge as essential elements for 'curing' the Spanish monarchy and rescuing it from its state of 'corruption'. All this was a consequence of the mark that authors such as Mably and Rousseau left on the *Apuntaciones*, as well as, more particularly, Montesquieu and Filangieri who exerted a strong influence on the conceptual structure of the work. The work constitutes one of the best examples of the 'political debate' that emerged in the 1780s during the late Spanish Enlightenment and the importance of a broader conception of Genovesi's *Economia Civile* (economics plus politics).

However, if there is anyone that Salas resembles it is Filangieri, the Neapolitan jurist and disciple of Genovesi. The first two books of his lengthy *Scienza de la Legislazione*, dedicated to 'political and economic laws', have some significant features in common with Salas: they share his strong economic liberalism, which includes Physiocratic elements as well, and they engage in an involved discussion on the different forms of government and their influence on the economy; his conclusions are not always the same as those of Montesquieu.⁶² In this way, the natural substitution that had occurred in Naples in the 1780s between Genovesi's *Lezioni* and Filangieri's *Scienza* was documented by Salas in a Spanish monarchy that was always very attentive to the latest intellectual novelties from the nearby Kingdom of Naples.⁶³

In any case, the enormous number of sources, the disparate plurality of the content and methodology and the length of the manuscript version of the *Apuntaciones* make it difficult to deliver a straightforward and logical interpretation of the numerous asymmetries between its economic and political ideas. It should not be overlooked that the text was intended for use as a guide for the author's economics classes at the innovative Institute of Spanish Law at the University of Salamanca. In any case, it would have been impossible to publish the work in the Spain of the times; its contents went beyond what was publicly acceptable. In fact it was the shadowy hand of the Inquisition that was responsible for halting Salas's valiant attempt to introduce the teaching of economics in the Spain of the eighteenth century after it examined, amongst other diverse documents, his *Apuntaciones al Genovesi*. In 1796 his possessions were confiscated, he was stripped of his professorship and forced into reclusion. Four years prior to his final disgrace, Salas's Institute had been closed.

Acknowledgements

The author is indebted to the comments of two anonymous referees. This work is included in Scientific Research HAR2008-10174.

Notes

1. See, e.g., J. Robertson, *The Case for the Enlightenment* (Cambridge 2005); K. Stapelbroek, *Love, Self-Deceit and Money* (Toronto 2008).
2. See, amongst others, F. Venturi, *Settecento riformatore* (Torino 1969–1984), vol. I, 523–644; V. Ferrone, *Scienza, natura, religione* (Napoli 1982), 615 ff., and, especially, E. Pii, *Antonio Genovesi* (Firenze 1984). Likewise, M. L. Perna's two volume re-edition of Genovesi's economic works is essential reading: *Scritti economici* (Napoli 1984) and *Lezioni di commercio* (Napoli 2005).
3. Readers will find the essential information on the international dissemination of the *Lezioni* in F. Venturi, 'Le *Lezioni di commercio* di Antonio Genovesi. Manoscritti, edizioni e traduzioni', *Rivista storica italiana*, Vol. LXXII–III (1960), 511–30, and M. L. Perna, *Lezioni di commercio*, op. cit., 893–921.
4. For a broader vision of the significant influence of Enlightenment Neapolitans other than Genovesi in Spain, see F. Venturi, 'Economisti e riformatori spagnoli e italiano del '700', *Rivista storica italiana*, Vol. LXXIV (1962), 532–61, and J. Astigarraga, 'Diálogo económico en la "otra" Europa. Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri)', *Cyber Review of Modern Historiography*, Vol. 9 (2004), 1–21.
5. There is an exhaustive analysis of the 'official' status of this version in J. Astigarraga and J. Usoz, 'From the Neapolitan A. Genovesi of Carlo di Borbone to the Spanish A. Genovesi of Carlo III: V. de Villava's Spanish translation of *Lezioni di commercio*', in B. Jossa, R. Patalano and E. Zagari (eds), *Genovesi economista* (Napoli 2007), 193–220.
6. For Salas biography, see S. Rodríguez, *Renacimiento universitario salmantino a finales del siglo XVIII* (Salamanca 1979), and for his Institute, D. M. del Peral, 'Sobre Ramón de Salas y la incorporación de la Economía Civil a la enseñanza universitaria', *Investigaciones Económicas*, Vol. 6 (1978), 173–89.
7. Henceforth to be referred to simply as the *Apuntaciones*. There is a manuscript copy of the *Apuntaciones* at the National Historical Archive (Madrid): *Consejos*, bundle 11.925. The pages are not numbered so the quotations contained in this work are identified by the chapter alone.
8. On the enlightened reforms at the University of Salamanca, see G. M. Addy, *The Enlightenment in the University of Salamanca* (Durham 1966) and J. L. Peset and M. Peset, *Carlos IV y la Universidad de Salamanca* (Madrid 1983).
9. The allusion here is to figures of such importance in the first third of the nineteenth century in Spain as Meléndez Valdés, Núñez, Muñoz Torrero and Justo García.
10. On this issue, see J. Astigarraga, 'Pensiero giusnaturalista nel tardo Illuminismo spagnolo: la lettura critica di Ramón de Salas delle *Lezioni di commercio* di Antonio Genovesi', *Annali Fondazione Feltrinelli*, M. Albertone (ed.), *Governare il mondo. L'economia come linguaggio della politica nell'Europa del Settecento*, Vol. 43 (2009) 283–319.
11. On this issue, J. Astigarraga, 'El debate sobre las formas de gobierno en las *Apuntaciones al Genovesi* de Ramón de Salas', *Revista de Estudios Políticos*, Vol. 144 (2009), 11–46.

12. The reference here is to B. Danvila at the Seminar of Nobles in Madrid (1779), L. Normante at the Chair of Civil Economy in Zaragoza (1784) and J. A. Mon at the Academy of Political Economy in Majorca (1788). These experiments, as well as Genovesi's book itself, aroused the immediate suspicion of the most reactionary sectors of Spanish society from 1786 onwards.
13. Salas adopts Rousseau's point of view from *Discours sur l'Économie Politique* (1755), on this.
14. Cf. G. Filangieri, *L'Arte della legislazione* (1780–1791) (Venice 2003), bk II, 3 onwards.
15. Salas seems to assume, as does Rousseau in *Du contrat social* (1762), bk II, ch. IX, that a sensible constitution should limit the size of a State.
16. Salas, *Apuntaciones al Genovesi y extracto de las Lecciones de Comercio y de Economía Civil* (National Historical Archive [Madrid], manuscript) (Vid. p. 3, notes), chap. XVII; cf. Montesquieu *De l'esprit des lois* (1748), bk XX, ch. I and II. Genovesi gives the subject frequent airing (*Delle Lezioni di commercio* [1765–1767], ed. by L. M. Perna, Napoli, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 2005, section I, ch. XVII). His inspiration was J.-F. Melon. The importance of his *Essai* (1734) in the development of political economy in Naples has been stressed by Ferrone in *Scienza natura religione*, op. cit., 557 ff., and corroborated by Robertson, op. cit., 360 ff. On Melon and Spain, see J. Astigarraga, 'La dérangeante découverte de l'autre: les (més)aventures de l'*Essai politique sur le commerce* (1734) de Jean-François Melon dans l'Espagne du XVIII^e siècle', *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, Vol. 57, No. 1 (2010), 91–118.
17. Salas, op. cit., chap. XVI; cf. Montesquieu, op. cit., bk XXI, ch. XIV and XX. Genovesi's position was similar (op. cit., bk VIII, ch. I). See also the Swiss Physiocrat Schmid d'Avenstein, *Principes de la législation universelle* (Amsterdam 1776), bk VIII, ch. I. His work was partly translated by Salas.
18. Salas, op. cit., ch. XIX; cf. Montesquieu, op. cit., bk XX, ch. I and II. Salas was familiar with Hume's *Political Discourses*, very relevant to this topic. Genovesi, op. cit., part. I, ch. XIX was also influenced by them.
19. Salas, op. cit., ch. XIX.
20. Once again Salas, op. cit., ch. XVII, bases his ideas on Montesquieu, op. cit., bk XX, ch. XII and XIII.
21. As far as this matter is concerned, Salas owed a great deal to Condillac's deductive methodology principles: D. Klein, 'Deductive Economic Methodology in the French Enlightenment: Condillac and Destutt de Tracy', *History of Political Economy*, Vol. 17, No. 1 (1985), 53–62. Bearing in mind the differences between the fundamentals of the Physiocrats' liberalism and Smith's liberalism, the *économistes'* ideas could have caused Salas to reject the latter. They were already known in Spain when Salas wrote the *Apuntaciones*, but there is no trace of them in his work.
22. Cf. Montesquieu, op. cit., bk XIX, ch. IV, and Filangieri, op. cit., bk I, ch. IV and V. Their relativist vision had a lot in common with Genovesi's (see, e.g., op. cit., section I, ch. VIII) and, in general, with the Enlightenment Neapolitans, who were not influenced by the general laws, especially due to the convincing arguments of Galiani.
23. Salas, op. cit., ch. XVI.
24. Salas, op. cit., ch. V.

25. W. Eltis, 'Le rejet de Condillac par les physiocrates: una ocasión manquée', in B. Delmas, T. Demals and P. Steiner (eds), *La difusión internacional de la Physiocratie (XVIIIe-XIXe)* (Grenoble 1995), 183 ff.
26. Salas, op. cit., ch. V.
27. Salas borrows from E. Galiani, *Dialogues sur le commerce des blés* (1770) (Madrid, 1775).
28. Salas, op. cit., ch. XX; cf. Etienne Bonnot de Condillac, *Le commerce et le gouvernement* (1776), ed. by E. Daire, *Mélanges d'économie politique* (Paris 1847), bk I, ch. III and VI.
29. Salas, op. cit., ch. XII, follows Condillac's line and, as a result, Cantillon's.
30. Salas, op. cit., ch. XVII; cf. Montesquieu, op. cit., bk XX, ch. I and II.
31. Cf. Genovesi, op. cit., section I, ch. XVII.
32. Genovesi (op. cit., section I, ch. V). Salas, adopting Rousseau's approach to the issue (*Du contrat social*, op. cit., 55), totally discounted Genovesi's calculations and recommended that the 'right population' be calculated according to the techniques used by Petty and the British 'arithmetical politicians'. The quotes by Salas on this issue appear in Chapter V of his work.
33. Salas, op. cit., ch. XVII; cf. Montesquieu, op. cit., bk XXIII, ch. X and XI, and Filangieri, op. cit., bk II, ch. II.
34. Salas, op. cit., ch. V; cf. Filangieri, op. cit., bk II, ch. I.
35. Cf. Filangieri, op. cit., bk II, ch. III-VIII. Salas was also inspired by Schmid d'Avenstein, op. cit., bk. II, 312 and 315. Likewise he seems to be familiar with S-N-G. Linguet, *Théorie des loix civiles, ou Principes fondamentaux de la Société* (Londres 1767), vol. I, bk I, ch. IV, V, VI and VII.
36. Salas, op. cit., chap. V; cf. Filangieri, op. cit., bk II, ch. I.
37. Salas adopts Filangieri's line here (op. cit., bk II, ch. IV).
38. Cf. Montesquieu, op. cit., bk II, ch. IV; bk. V, ch. IX. These same internal balances that the functioning of a monarchy requires led Salas, in op. cit., ch. XVII, to move closer to Montesquieu, but distance himself from Genovesi, by rejecting the 'commercial nobility'.
39. See A. M. Rao, 'The Feudal Question, Judicial System and the Enlightenment', in G. Imbruglia (ed.), *Naples in the Eighteenth Century* (Cambridge 2000), 94-117, on the advance of anti-feudalism in Naples. As far as Spain was concerned, Salas's ideas represented an anti-feudal reformism that did not amount to a definite attack on the nobility. They had more in common with Jovellanos than the more openly abolitionist ideas of authors such as Foronda and Cabarrús.
40. On this issue, see S. L. Kaplan, *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV* (The Hague 1976), 1-51.
41. The British model was well received by Gournay's group (Forbonnais, Herbert, etc.) and had also been warmly welcomed by Genovesi, op. cit., section I, ch. XVIII and ch. XX. It had also formed the basis for the reform of the grain trade that had begun in Spain in 1765. See V. Llombart, *Campomanes, economista y político de Carlos III* (Madrid 1992), 155 ff.
42. Here Salas coincided with Valentín de Foronda, *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política, y sobre las leyes criminales* (1788-1789) (Vitoria 1994), 379-431, another pioneer of freeing the grain trade in Spain.
43. Salas, op. cit., ch. XVIII; cf. Condillac, op. cit., bk I, ch. I, XX and XXI. See Eltis, op. cit., 180-181 on Condillac. Salas also seems familiar with P. Verri's *Meditazioni sulla*

- Economía Política* (1771), chap. IX and his idea that there was no risk of capital leaving the State in a competitive system.
44. Salas annotated entire paragraphs from different articles by the Physiocrat Grivel ('Agriculture', 'Blé, blés' or 'Commerce') written for the *Encyclopédie Méthodique*.
 45. This recommendation is particularly meritorious considering that it was made at an especially difficult time for Spanish agriculture (1788–1789) and more than likely when the new grain trade regulations were enacted. They closed the liberalizing period which had begun in 1765; see C. de Castro, *El pan de Madrid* (Madrid 1987), 175–180.
 46. Salas seems to agree with Verri, *op. cit.*, ch. VII and X, who also talks about the importance of the exchange of ideas between tradesmen as a means of stimulating industry and even uses it as an argument for dissolving guilds. Likewise, Salas (*op. cit.*, ch. XV) borrows from Filangieri (*op. cit.*, bk II, ch. XVI and XX) when he argues for a freer labour market and the abolition of obstacles to the development of industry. He is in tune with the Spanish liberal Foronda on these issues as well.
 47. Salas, *op. cit.*, ch. V.
 48. Salas based his concept of civic virtue on G. B. de Mably's *Entretiens de Phocion sur le rapport de la moral avec la politique* (1763), ch. 3. He was the author of the most influential work of his times on republican thought (see J. K. Wright, *A Classical Republican in Eighteenth-Century France* (Stanford 1997) and well known in eighteenth-century Spain (see G. Stiffoni, 'La fortuna di Gabriel Bonnot de Mably in Spagna tra Illuminismo e rivoluzione borghese', *Nuova Revista Storica*, Vol. LXXXVI (1992), 517–30). See E. Pii on Genovesi and Republicanism: 'Republicanism and Commercial Society in Eighteenth-Century Italy', in M. van Gelderen and Q. Skinner (eds), *Republicanism: A Shared European Heritage* (Cambridge 2002).
 49. Salas, *op. cit.*, ch. XI new, once again adopts Rousseau's point of view in *Du contrat social*, *op. cit.*, bk II, ch. XI, but with a certain bias.
 50. Nevertheless, it was different from the one Rousseau suggested in his *Discours sur l'Économie Politique* (1755); Salas was also familiar with this work.
 51. This way he reinforced his affinity with two authors that were of basic importance to *Apuntaciones*: Condillac and Filangieri. They were also advocates of the Physiocrats' *impôt unique*. His analysis has little to do with Genovesi's (*op. cit.*, section I, ch. XXI), which was much more moderate.
 52. This argument was one of the central axes of Helvétius' *De l'esprit* (1758). The quotes from Salas on this issue belong to ch. X of his *Apuntaciones*.
 53. Salas borrows this from Montesquieu, *op. cit.*, bk VII, ch. I.
 54. Salas once again glosses complex ideas from Montesquieu, *op. cit.*, bk V, ch. III–VII; bk VII, ch. II and IV.
 55. Salas, *op. cit.*, ch. X; cf. Helvétius, *op. cit.*, discours I, ch. III.
 56. Genovesi, *op. cit.*, section I, ch. X.
 57. Salas, in *op. cit.*, ch. X, quotes Filangieri literally (*op. cit.*, bk. II, ch. XXXVII and XXXVIII); cf. Genovesi, *op. cit.*, section I, ch. X.
 58. See I. Hont and M. Ignatieff, *Wealth and Virtue* (Cambridge 1983).
 59. Cf. Filangieri, *op. cit.*, bk. IV, ch. XLVI, XLVII and XLVIII. Salas thus transcended the anachronistic economic model of the ancient republics. Whilst frequently overlooked, this issue was heavily influenced by the example of a number of different thriving republican polities in the Europe of the times, such as Geneva and the Dutch Republic, as

to e presero in seria considerazione le opinioni e le proposte del filosofo napoletano discutendole approfonditamente talvolta per dimostrarle infondate e respingerle, taltra per dichiararle ancora parzialmente utili o addirittura per rivendicarne l'attualità e la validità, ma sempre dimostrando alta considerazione e stima nei confronti di esse. E se le figure di Cremani, Nani e Romagnosi, che esprimevano variamente il passaggio dagli orientamenti del Settecento a quelli del nuovo secolo, appaiono senza dubbio le fonti dominanti nei lavori dell'epoca come punti di riferimento non sospetti dal punto di vista politico, è significativo che Filangieri, così decisamente rappresentativo delle impostazioni illuministiche, non sia stato messo in ombra rispetto a questi personaggi e anzi sia stato considerato spesso un interlocutore vitale e centrale nella riflessione sui fondamenti teorici della disciplina e nel dibattito sul progresso legislativo del settore.

JESÚS ASTIGARRAGA GOENAGA

I TRADUTTORI SPAGNOLI DI FILANGIERI E IL RISVEGLIO DEL DIBATTITO COSTITUZIONALE (1780-1839)

Introduzione

Se si considerano i propositi annunciati da Gaetano Filangieri nell'introduzione alla sua *Scienza della legislazione*, non sembra un caso che quest'opera avesse cominciato a godere di una notorietà poco comune già immediatamente dopo la sua pubblicazione. Nessun autore era stato capace di ridurre la legislazione a «una scienza sicura e ordinata, unendo i mezzi alle regole e la teoria alla pratica»¹, come scriveva questo giovane napoletano. Il suo proposito era quello di delineare, partendo da pochi principi «universali e costanti», un sistema «completo e ragionato di legislazione» che risultasse utile «per tutti i Paese, per tutti i popoli, per tutti i tempi»². La

Traduzione dallo spagnolo di Elisa D'Andrea. Questo lavoro venne iniziato nel 1988, durante un periodo di ricerca presso il Dipartimento di Scienze Economiche dell'università di Firenze, grazie ad una borsa di studio del «Programma Europa» concessa dal C.A.I.-D.G.A. In seguito, venne continuata nella Biblioteca Nazionale di Spagna (Madrid), in quella Nazionale di Francia (Parigi), di Catalogna (Barcelona), del Ministero del tesoro e delle finanze (Madrid), di Scienze Morali e Politiche (Madrid) e nella Biblioteca Universitaria di Saragossa. Desidero ringraziare V. Ferrone (Università di Torino), A. Trampus (Università di Venezia), G. Muto, A.M. Rao, E. Chiosi (Università di Napoli) e Montserrat Lamarca (Biblioteca dell'università di Barcellona): le sue informazioni e indicazioni bibliografiche si sono infatti rivelate fondamentali nel lavoro di localizzazione dei diversi materiali analizzati.

¹ G. Filangieri, *La scienza della legislazione*. Edizione critica, I. Venezia-Mariano del Friuli, Edizioni della Laguna, 2004², pp. 18-19.

² D. Tommasi, *Elogio histórico del Caballero Gaetano Filangieri*, in G. Filangieri, *Ciencia de la Legislación*. Obra escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri. Nuevamente traducida por Don Juan Riberá, I, Madrid, Fermín Villalpando, 1821, pp. XCI, LII.

legislazione vigente, a causa del suo anacronismo e della sua natura «artificiosa, oscura e complicata», non era «adattabile allo stato presente delle cose»³. Ciò era dovuto, in particolare, al perpetuarsi degli usi e delle istituzioni feudali, fatto che risultava evidente semplicemente osservando l'incommensurabile potere ecclesiastico e, sotto il dominio delle giurisdizioni civili e penali, quello dei baroni e delle signorie. Filangieri intraprendeva una battaglia contro il diritto vigente, la cui «punta di diamante» era precisamente il suo «attacco aperto e violento al sistema dei baroni»⁴. Solo attraverso una riforma completa e conforme al razionalismo giuridico dell'ordinamento legislativo e del processo di elaborazione delle leggi si poteva giungere alla trasformazione della società meridionale, alterando il tradizionale squilibrio esistente tra feudalesimo e modernità, ed attenuando le enormi disuguaglianze giuridiche ed economiche allora presenti⁵. In questo modo, lo strumento legislativo si proponeva come la strada più adeguata e rapida per migliorare le condizioni socioeconomiche dell'arretrato Mezzogiorno, presentandosi allo stesso tempo come fattore chiave nella costruzione di un nuovo sistema sociale e normativo concepito per la pubblica felicità, principio cardine che doveva guidare l'azione politica. Le linee della proposta di Filangieri seguivano la trama più elevata del pensiero illuminista, partendo dall'esame delle leggi fondamentali del governo e dell'economia, fino a giungere a quelle relative al sistema militare, alle leggi penali e civili, ai procedimenti giudiziari, all'educazione, ai costumi e alla religione⁶.

In realtà, poche opere del secolo XVIII rispecchiano meglio della *Scienza* la tensione creatrice, insita nell'Illu-

minismo, tra l'aspirazione nazionale o continentale e la dimensione «patriottica» o «cosmopolita» presente nel pensiero e nei propositi riformatori dei suoi protagonisti. L'opera era, prima di tutto, un ulteriore risultato, benché particolarmente degno di nota, di quel complesso movimento di riforma iniziato nel regno di Napoli, all'ombra dell'autorità politica di Tanucci, dall'attività intellettuale ed educatrice di Antonio Genovesi. Venturi⁷ considera come «tutto l'Illuminismo napoletano, da Longano a Pagano, da Galanti a Filangieri» sia da collegarsi, in un modo diretto o indiretto, con l'emblematica figura dell'abate di Salerno. Più precisamente, l'opera di Filangieri faceva parte della corrente più utopica e feconda di quella fertile scuola genovesiana⁸, che a partire dal 1754 era venuta crescendo sotto la protezione della cattedra interinale di commercio e meccanica. Tuttavia, allo stesso tempo, essa venne assunta come modello programmatico del movimento riformatore a Napoli e in Sicilia ed esercitò un'influenza intellettuale indubbia su uno dei periodi più fecondi dell'Illuminismo dell'Italia meridionale, quello destinato a culminare, quasi vent'anni dopo l'apparizione dei primi volumi dell'opera⁹, con la fondazione della Repubblica napoletana. Ora, il pensiero di Filangieri non era unicamente napoletano (o italiano), ma apparteneva a quel clima intellettuale e spirituale cosmopolita proprio del XVIII secolo; era alimentato da una riflessione tipicamente europea, fino al punto da risultare incomprensibile al di fuori dell'intenso flusso di circolazione di idee delle quali si stava rendendo testimone l'Illuminismo. E ciò in particolar modo nel momento in cui, terminato il mandato di Turgot nel ministero del tesoro e delle finanze francesi e completata la creazione degli Stati Uniti, il movi-

³ Filangieri, *La scienza*, I, cit., p. 18.

⁴ F. Diaz, *Per una storia illuministica*, Napoli, Guida, 1973, p. 454.

⁵ V. Ferrone, *I profeti dell'Illuminismo. La melanconiosi della ragione nel tardo Settecento italiano*, Roma-Bari, Laterza, 1989, p. 340.

⁶ S. Cotta, *Gaetano Filangieri e il problema della legge*, Torino, Giappichelli, 1954, p. 49.

⁷ F. Venturi, *Settecento riformatore*, I, *Da Muratori a Beccaria*, Torino, Einaudi, 1969, p. 586.

⁸ F. Venturi, *Introduzione*, a *Illuministi italiani*, V, *Riformatori napoletani*, Milano-Napoli, Riccardo Ricciardi, 1962, p. 133.

⁹ R. Feda, *Utopia e prassi: l'opera di Gaetano Filangieri ed il riformismo nelle Sicilie*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane, 1989, pp. 10-11.

mento illuminista stava abbandonando «una politica di principi» e rallentando un programma di riforme che nei decenni precedenti non aveva fatto altro che allargarsi e approfondirsi¹⁰.

Una visione panoramica

Il senso europeista con il quale fu concepita la *Scienza* costituisce un importante fattore per spiegarne l'ampia circolazione europea, iniziata già poco tempo la pubblicazione: «quizá no hay libro italiano ni extranjero del que en el corto espacio de poquísimos años se hayan hecho tantas y tan varias ediciones», scriveva nel 1788 Tommasi¹¹. Questo singolare periplo, del quale venne data conferma anche da P. Custodi, G.G. Bianchetti e F.S. Salfi fino a P. Gentile o F. Venturi, ebbe un importante punto di arrivo in Spagna, come si evince dal bilancio bibliografico di Cabrillo¹² e da quello più ampio e di carattere interpretativo di Lalinde¹³. Bilancio, ciononostante, dichiaratamente provvisorio, il

¹⁰ Venturi, *Settecento Riformatore*, IV, cit., p. 329; R. Ajello, *L'estasi della ragione. Dall'Illuminismo all'idealismo. Introduzione alla Scienza di Filangieri*, in L. D'Alessandro (a cura di), *Gaetano Filangieri e l'Illuminismo europeo*, Napoli, Guida, 1991, pp. 13-14.

¹¹ Cito appositamente dalla versione spagnola, Tommasi, *Elogio*, cit., p. CXI.

¹² F. Cabrillo, *Traducciones al español de libros de Economía Política* (1800-1880), in «Moneda y Crédito», 147 (1978), pp. 71-103, in particolare pp. 74, 101-102.

¹³ J. Lalinde, *El eco de Filangieri en España*, in «Anuario de Historia del Derecho español», LIV (1984), pp. 477-522; altre informazioni, di secondaria importanza, compaiono nei lavori di R. Herr, *The Eighteenth Century Revolution in Spain*, Princeton University Press (trad. spagnola Madrid, Aguilar, 1964); J. Reeder, *Bibliografía de traducciones, al castellano y catalán, durante el siglo XVIII, de obras de pensamiento económico*, in «Moneda y Crédito», 147 (1978), pp. 57-86; F. Galindo, *La Ciencia de la legislación en el nacimiento del liberalismo español*, in D'Alessandro (a cura di), *Gaetano Filangieri e l'Illuminismo europeo*, cit., pp. 375-401.

che lascia un margine sufficiente per proseguire la ricostituzione della diffusione dell'opera di Filangieri in Spagna.

Il criterio adottato è stato quello di seguire il percorso delle traduzioni, quest'ultime intese nel loro più ampio senso e con la consapevolezza che questa attività intellettuale, istituzionalizzata solo in parte nel XVIII secolo, rappresenta il miglior parametro per valutare la circolazione internazionale delle idee, nonché un elemento chiave per individuare le deviazioni, correzioni o le aggiunte che dipendono dalle differenze esistenti tra il paese di provenienza e quello d'arrivo dell'opera.

Qui di seguito vengono presentati, ordinati cronologicamente, i riferimenti bibliografici completi delle differenti versioni di cui fu oggetto l'opera di Filangieri in Spagna. Inoltre, nello schema successivo si chiarisce la natura - traduzione parziale o completa, commento, confutazione o riassunto - di tali versioni.

1. [Victorín de Villaval]: *Reflexiones sobre la libertad del comercio de frutos del Señor Cayetano Filangieri, Caballero del Orden de S. Juan*, Madrid, Joaquín Ibarra, 1784.
2. *Reflexiones políticas sobre la ley de Fernando IV, Rey de las dos Sicilias, que mira a la reforma de la administración de Justicia. Escritas en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri. Y traducidas al castellano*, Madrid, Benito Cano, 1787.
3. *Ciencia de la Legislación. Escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri. Traducida al castellano por Don Jaime Rubio, Abogado de los Reales Consejos*, Madrid, Manuel González, 1787-1789, 6 vol. en 5 t.; vol. I (1787, libro I), vol. II (1787, libro II), vol. III (1788, libro III, 1ª parte), vol. IV, 1ª parte (1789, libro III, 2ª parte), vol. IV, 2ª parte (1789, libro III, 2ª parte); vol. V (1789, libro IV, 1ª parte).
4. Félix Amat, *Una prueba de que la Ciencia de la Legislación del Caballero Cayetano Filangieri debe leerse con desconfianza en lo que cita de antiguo y en lo que piensa de nuevo* (1787), in Félix Torres Amat, *Apéndice a la vida del Ilmo. Sr.*

D. Félix Amat, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro, 1838, pp. 46-59.

5. Francisco de Paula del Rey, *Reflexiones económico-políticas de Don Francisco de Paula del Rey, Abogado de los Reales Tribunales de Castilla y de Navarra, sobre los capítulos VII y XXXVIII del Libro II de la obra intitulada Ciencia de la Legislación, escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri, y traducida al castellano por Don Jaime Rubio*, Madrid, Benito Cano, 1792.

6. *Ciencia de la Legislación. Escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri*, Madrid, Imprenta de Ibarra (vol. I, II, III, IV e V), Imprenta de Fuentenebro (vol. VI e VII) e Imprenta de Álvarez (vol. VIII, IX e X), 1813, 10 vol.; vol. I (libro I), vol. II (libro II), vol. III (libro II), vol. IV (libro III, 1a parte), vol. V (libro III, 2a parte), vol. VI (libro III, 3a parte), vol. VII (libro III, 3a parte), vol. VIII (libro IV, 1a parte), vol. IX (libro IV, 1a parte); vol. X (libro V).

7. *Ciencia de la Legislación. Obra escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri. Nuevamente traducida por Don Juan Ribera*, Madrid, Fermín Villalpando, 1821-1822, 6 vol.; vol. I (1821, libro I), vol. II (1821, libro II), vol. III (1821, libro III, 1a e 2a parte), vol. IV (1822, libro III, 2a parte), vol. V (1822, libro IV, 1a e 2a parte); vol. VI (1822, libro IV, 2a e 3a parte; libro V).

8. *Ciencia de la Legislación escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri, y traducida al castellano por Don Jaime Rubio, abogado de los Reales Consejos. Tercera edición corregida y añadida con discursos analíticos en cada libro*, Madrid, Imprenta de Núñez, 1822, 10 vol. en 5 t.; vol. I (libro I), vol. II (libro II), vol. III (libro III), vol. IV (libro III, 1a parte), vol. V (libro III, 2a parte), vol. VI (libro III, 3a parte), vol. VII (libro III, 3a parte), vol. VIII (libro IV, 1a parte), vol. IX (libro IV, 1a parte); vol. X (libro V).

9. *Ciencia de la Legislación, por el Caballero Cayetano Filangieri, nuevamente traducida por Don Juan Ribera. Segunda edición, revisada y corregida*, Burdeos, Imprenta de Don Pedro Beaume, 1823, 6 vol.; vol. I (libro I), vol. II (libro II), vol. III (libro III, 1a e 2a parte), vol. IV (libro III, 2a parte), vol. V

(libro IV, 1a e 2a parte); vol. VI (libro IV, 2a e 3a parte; libro V).

10. Bernardo Latour (o La Torre), *Compendio de la obra que escribió el Caballero Filangieri, titulada Ciencia de la Legislación, con notas de los autores más clásicos, redactado en el año 1834*, Madrid, Imprenta de I. Boix, 1839.

11. *Ciencia de la Legislación, por C. Filangieri, ilustrada con comentarios por Benjamin Constant. Tercera edición, revisada, corregida y aumentada*, París, Librería española de Lecointe, París, Librería Americana, 1836, 10 vol.; vol. I (libro I), vol. II (libro I), vol. III (libri I e II), vol. IV (libri II e III), vol. V (libro III), vol. VI (libro III), vol. VII (libro III), vol. VIII (libro IV), vol. IX (libro IV); vol. X (libro V).

Natura della versione	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
Traduzione parziale	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*	*
Traduzione completa											
Riassunto											
Confutazione					*						
Commento					*						

L'obiettivo del prossimo schema è di stabilire la corrispondenza tra le differenti traduzioni spagnole della *Scienza della legislazione* con la struttura dell'edizione originale. Come già in diverse edizioni italiane e straniere della *Scienza*, anche alcune di quelle spagnole inclusero le *Riflessioni politiche su l'ultima legge del sovrano che riguarda la riforma dell'amministrazione della giustizia* (1774) di Filangieri e l'*Elogio storico* (1788) dedicatogli da D. Tommasi, suo collaboratore e futuro esecutore della sua dottrina riformatrice nel Regno delle sue Sicilie, così come, nel pieno del XIX secolo, il *Commentaire sur l'ouvrage de Filangieri* (1822-1824) di B. Constant. Al contrario, in Spagna non verrà conosciuto l'esame di Filangieri dell'opera di Playfair *An essay on the National Debt* (1787) né gli altri opuscoli elaborati svolgendo l'incarico di consigliere del Supremo Consiglio di Finanze di Napoli¹⁴.

¹⁴ G. Filangieri, *Opuscoli scelti editi, ed inediti*, Palermo, F. Abbate, 1815.

Struttura dell'opera	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
Libro I			*	*	*	*	*	*	*	*	*
Libro II	o		*	*	o	*	*	*	*	*	*
Libro III			*	*	*	*	*	*	*	*	*
1a parte			*	*	*	*	*	*	*	*	*
2a parte			*	*	*	*	*	*	*	*	*
3a parte			*	*	*	*	*	*	*	*	*
Libro IV			*	*	*	*	*	*	*	*	*
1a parte			*	*	*	*	*	*	*	*	*
2a parte			*	*	*	*	*	*	*	*	*
3a parte			*	*	*	*	*	*	*	*	*
Libro V			*	*	*	*	*	*	*	*	*
Comentario di Constant											*
Elogio di D. Tommasi			*					*	*	*	*
Riflessioni politiche		*									*

* traduzione;
o estratto;
□ confutazione;
x compendio o riassunto.

Le date di edizione delle differenti versioni spagnole degli scritti di Filangieri stabiliscono i quattro momenti in cui si può collocare la diffusione della sua opera in Spagna: 1780-1792, 1813, 1821-1823 e 1834-1839. La loro descrizione analitica costituisce l'argomento delle pagine che seguono.

Primo momento (1780-1792)

Racconta Venturi¹⁵ che il 29 settembre del 1780, appena pubblicati in Italia i due primi volumi della *Scienza*, il militare spagnolo principe di Monforte scriveva a Filangieri da Gibilterra una significativa lettera nella quale univa al sincero riconoscimento del contributo di quest'opera per la «ciencia que procura el bien de la humanidad» un dispiacere per la difficile ricezione che stava incontrando nel suo ambiente, di militari e con difficoltà di comprensione della lingua italiana. Poco oltre, Mon-

¹⁵ F. Venturi, *Nota introduttiva* a G. Filangieri, *Scritti*, Torino, Einaudi, 1976, pp. VII-LXIII, in particolare p. LIV.

forte si dichiarava convinto «que en Madrid se apreciará vuestro trabajo, y yo mismo lo presentaré a mi amigo, el gran Campomanes, que sabrá hacerle toda la estima». È più che probabile che quest'offerta implicasse un tacito desiderio di tradurre immediatamente l'opera di Filangieri in spagnolo. L'ascesa al trono di Spagna di Carlo III nel 1759 e la quasi immediata attivazione da parte del potere della monarchia di un innovativo insieme di riforme economiche e politiche erano state accompagnate da un periodo di liberalizzazione culturale, e una delle principali manifestazioni era la proliferazione di traduzioni di opere straniere che potessero risultare utili per orientare tali riforme¹⁶. Campomanes, *fiscal* del Consejo di Castiglia e all'epoca, senza alcun dubbio, l'autorità politica più influente della monarchia, non si era mostrato estraneo a questa definitiva incorporazione della Spagna al flusso internazionale di idee e libri, di cui era diventata testimone l'Europa dell'Illuminismo. Più precisamente, aveva patrocinato pochi anni prima la versione spagnola di alcune opere, tra cui *Dei delitti e delle pene* di Beccaria (1774) e i *Dialoghi* di Galiani, pubblicati nel 1774 e 1775, la cui realizzazione è da attribuirsi al sacerdote J.A. de las Casas. Anche per altre ragioni, non meno fondamentali, il potente *fiscal* poteva influire sulla fortuna di Filangieri in Spagna. Nel 1776 aveva ordinato, insieme a M. de Roda, anch'egli membro del Consejo, l'elaborazione di un ambizioso progetto di raccolta di tutte le leggi penali spagnole, come primo passo per la preparazione di un codice criminale che appoggiasse la radicale riforma di quel ramo della legislazione spagnola. Missione, questa, che venne affidata al giurista e buon conoscitore dell'opera di Beccaria M. De Lardizábal¹⁷. In questo modo, verso la

¹⁶ Reeder, *Bibliografía*, cit.; V. Llonbart, *El pensamiento económico de la Ilustración en España (1730-1812)*, in E. Fuentes Quintana (a cura di), *Economía y economistas españoles*. III. *La Ilustración*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000, pp. 76-89.

¹⁷ M. Rivacoba, *Estudio Preliminar* a M. de Lardizábal, *Discurso sobre las penas contrabido a las leyes criminales de España, para facilitar su reforma* (1782), a cura di M. Rivacoba, Vitoria, Ararteko, 2001, pp. XLIX ss.

fine degli anni Settanta, oltre all'impegno traduttore confluiva nella potente figura del *fiscal* la volontà di codificazione giuridica e di approfondimento di una riforma economica della quale risultava essere principale ideologo¹⁸. Perciò, l'apprezzamento di Monforte non avrebbe potuto essere più esplicito nell'intenzione, evidente nelle sue parole, di favorire l'arrivo in Spagna di un'opera che, oltre a costituire un seguito naturale dei testi recentemente tradotti di Beccaria e Galiani, poteva risultare utile per incanalare tutti quei propositi riformatori.

Tuttavia, la *Scienza* non fu un'opera tutelata dal potere. Non ci risulta che Campomanes avesse approvato la sua traduzione, né tantomeno Floridablanca, altro ministro riformatore che negli anni Ottanta avrebbe patrocinato l'edizione di singoli testi stranieri, come l'opera filosofica di Genovesi e le sue *Lezioni* o gli scritti del ministro Necker¹⁹. La diffusione della *Scienza* in Spagna fu il risultato di uno sforzo sostenuto dagli stessi illuministi, senza alcun appoggio del governo. Intervenne, in cambio, l'Inquisizione, che nel 1790 ne proibì circolazione e lettura, troncando così l'importante processo di diffusione in atto negli anni successivi alla lettera del militare Manforte.

Gli illuministi spagnoli non dovettero aspettare la traduzione di J. Rubio per avere una conoscenza diretta degli scritti di Filangieri. A solo quattro anni dall'apparizione dei suoi primi due volumi videro la luce le *Reflexiones sobre la libertad del comercio de frutos* attribuite a V. de Villava²⁰. In questo breve scritto, pubblicato nel 1784 in

¹⁸ V. Llombart, *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza, 1992.

¹⁹ J. Usoz, *Pensamiento económico y reformismo ilustrado en Aragón (1760-1800)*, Doctoral Thesis, Zaragoza, University of Zaragoza, 1996; J. Asigarraga, *The light and shade of Italian Economic Thought in Spain (1750-1850)*, in P.F. Asso (a cura di), *From Economists to Economists. The International Spread of Italian Economic Thought 1750-1950*, Firenze, Polistampa, 2001, pp. 227-253.

²⁰ L'opera venne recensita nel *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, nel febbraio del 1784, pp. 74-75. Per un'analisi dettagliata si veda il mio lavoro su *La prima versione spagnola della «Scienza della legislazione»*, in questo stesso volume.

forma anonima, erano stati tradotti diversi frammenti del capitolo XI del II libro della *Scienza*, relativi agli ostacoli incontrati dalla crescita agraria a causa della «falta de libertad de los frutos» (pp. 1-22). Tali frammenti erano seguiti da una nota testuale (pp. 23-29) tratta da un testo pubblicato nel 1783 da A. Arteta²¹, economista aragonese e membro di rilievo della Sociedad Económica Aragonesa²². I frammenti estratti da Filangieri rispondevano ad uno dei temi – la piena libertà del commercio dei grani – in cui risultava più evidente il suo allontanamento dall'eredità economica ricevuta da Genovesi, così come la sua sintonia con il liberalismo agrario di radice fisiocratica²³ assorbito in modo particolare attraverso l'opera di Schmid d'Avenstein²⁴.

Il punto di vista economico del riformismo di Filangieri venne presto completato da quello giuridico. Nel 1787 vedeva la luce una traduzione delle *Reflexiones políticas* (1774), opuscolo in cui Filangieri usciva in difesa della legge napoletana del settembre del 1774 decretata da Tanucci riguardante l'opportunità che i giudici motivassero le loro sentenze per iscritto e in maniera conforme ad un'interpretazione che si adattasse alle leggi vigenti. Questa posizione si basava sull'idea che l'esercizio della libertà individuale dovesse esigere come garanzia il rispetto della legge e la restrizione dell'arbitrio giudiziario²⁵; le *Reflexiones políticas* vennero pubblicate a Madrid

²¹ A. Arteta, *Discurso instructivo sobre las ventajas que puede conseguir la industria de Aragón con la nueva ampliación de puertos concedida por S.M. para el comercio de América* (Madrid, Imprenta Real, 1783) a cura di G. Pérez Sarrón, Zaragoza, D.G.A., 1985.

²² Usoz, *Pensamiento*, cit., pp. 264-314; Llombart, *Campomanes*, cit., pp. 155-190.

²³ O. Nuccio, *Economisti e riformisti meridionali nel '700*, Roma, Bizzarri, 1971, pp. 213 ss.

²⁴ P. Cordey, *Benjamin Constant, Gaetano Filangieri et la Science de la législation*, in «*Révue européenne des sciences sociales*», XVIII (1980), pp. 55-79, in particolare pp. 56-59. Sulla scarsa diffusione degli scritti fisiocratici in Spagna cfr. E. Lluch, L. Argenti, *Agronomia y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1985.

²⁵ R. Ayello, *Il tempo storico delle Reflexioni*, introduzione a G. Fi-

in forma anonima e, pur presentando alcune differenze formali rispetto al testo originale²⁶, ne costituivano una traduzione fedele. Nonostante la difficoltà che si incontra oggi nel voler localizzare questa traduzione, è ragionevole pensare che la sua diffusione non fu marginale, visto che il *Memorial literario instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, una delle principali pubblicazioni periodiche dell'epoca, ne diede notizia l'anno stesso della pubblicazione²⁷, aggiungendo che lo scritto si divideva «en dos partes, para mostrar la utilidad de la ley».

Nel 1787, un anno prima della morte di Filangieri a Vico Equense, vennero pubblicati a Madrid i primi due volumi della prima traduzione della *Scienza*. Del loro autore, Jaime Rubio Pont, possediamo solo alcune brevi notizie biografiche, ricavate da J. Pastor Fuster²⁸. Rubio era nato nel 1753 a Jaiva, località presso Valencia, e in questa città aveva studiato filosofia e legge all'università. Fu avvocato dei Reales Consejos, svolgendo il suo incarico a Madrid, prima di essere nominato dal re *Alcalde mayor* della cittadina di Vich, nei pressi di Barcellona. Rinunciò all'incarico per trasferirsi a Corte, nel tentativo di evitare la proibizione dell'opera di Filangieri decretata dall'Inquisizione. La morte lo colse il 1° aprile del 1796, sette anni dopo l'interruzione della traduzione dell'opera, che poté quindi giungere solo alla prima parte del quarto libro. Ciononostante, tutto fa pensare che Rubio portò a termine una traduzione integrale, e a lui non

langieri, *Riflessioni politiche su l'ultima legge del Sovrano, che riguarda la riforma dell'amministrazione della Giustizia del Cavalier Gaetano Filangieri*, Napoli, Bibliopolis, 1982.

²⁶ L'anonimo autore omise la lunga dedica a Tanucci, con la quale Filangieri dava inizio al suo scritto, e situò l'introduzione generale dello stesso alla fine della sua versione.

²⁷ Ne dava conto nel numero del marzo del 1787, pp. 382-3. Lo fa anche A. Palau y Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano*, V, Madrid-Barcelona, Libreria Palau, p. 397.

²⁸ J. Pastor Fuster, *Biblioteca valenciana de los escritores que florecieron hasta nuestros días*, II, Valencia, Imprenta de José Ximeno e Ildefonso Mompí, 1827-1830, voce Rubio.

viene attribuita nessun'altra traduzione, né alcuno scritto originale²⁹.

La versione di Rubio rivela differenze di forma e contenuto rispetto al testo originale. Invece di presentare il *Piano ragionato dell'opera* nel suo insieme ed all'inizio dell'opera, il giurista di Valencia lo frammentò, trasferendo il piano di ogni libro all'inizio del volume corrispondente. Allo stesso modo, intuendo che «muchos desean tener noticias de la vida de nuestro autor», allegò alla sua edizione un «estratto» dell'*Elogio storico* di D. Tommasi³⁰. La sua idea iniziale era quella di incorporarlo alla fine dell'edizione, ma alla fine, vedendosi obbligato ad «abreviar la publicación»³¹, lo antepose all'inizio del sesto e ultimo volume, pubblicato nel 1789, a tacita conferma del fatto che la censura inquisitoriale, sebbene concretizzata nel 1790, aveva cominciato ad aver effetto in anticipo. Questa rapida traduzione dell'*Elogio storico* – solo un anno era trascorso dalla sua edizione italiana – è una prova in più dell'attenzione rivolta dalla Spagna al mondo napoletano e a tutto ciò che in esso succedeva riguardo a Filangieri, malgrado questi fosse già morto. Tuttavia, l'estratto di Rubio era più succinto e più che altro volto a mostrare unicamente i principali dati biografici di Filangieri; inoltre, esprimeva con minor enfasi, rispetto a quella usata da Tommasi, la natura riformatrice della sua opera e la sua importante proiezione internazionale. Infine, oltre a tradurre testualmente l'*Introduzione* originale di Filangieri, Rubio elaborò i suoi propri *Prólogos del traductor*, che allegò all'inizio del primo, del secondo, del terzo e del quinto volume del suo lavoro.

Proprio questi *Prólogos del traductor* consentono di ri-

²⁹ F. Aguilar, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, VII, Madrid, C.S.I.C. – Instituto Miguel de Cervantes, 1995, p. 329.

³⁰ *Extracto del Elogio del Caballero Cayetano Filangieri que escribió el Señor Donato Tommasi, abogado napolitano*, in G. Filangieri, *Ciència de la Legislación. Escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri. Traducida al castellano por Don Jaime Rubio, Abogado de los Reales Consejos*, V, Madrid, Manuel González, 1789, pp. III-XLVI.

³¹ Filangieri, *Ciència* (1789), V, cit., p. III.

costruire il valore che, secondo il suo traduttore, meritava l'opera di Filangieri³². Rubio confermava l'idea che la *Scienza* facesse parte della tradizione rinnovatrice inaugurata dall'*Espirit des lois*, e per questo motivo considerava imprescindibile il suo studio da parte di tutti coloro i quali desiderassero «perfeccionarse en la ciencia legislativa». Montesquieu e Filangieri erano «dos sabios» che avevano dimostrato «la necesidad de la reforma de las antiguas legislaciones», benché il primo, conformemente a quanto sostenuto dal napoletano, si fosse occupato «de lo hecho en el campo de la legislación», mentre il secondo avesse rivolto l'attenzione a «lo que debe hacerse». L'italiano era meno profondo del francese, ma le sue massime erano «más simples y menos expuestas al error», motivo per cui la sua opera esponeva più chiaramente «los medios más fáciles y sencillos para que en sus Estados reine la abundancia y tranquilidad».

Nonostante questi giudizi positivi, anche Rubio adottava una posizione moderatamente critica nei confronti dell'opera di Filangieri. Tale posizione divenne sempre più evidente nel corso della pubblicazione della sua traduzione. All'inizio del secondo volume Rubio precisava che il suo desiderio non era quello di approvare «en un todo las máximas de nuestro autor», aggiungendo poco oltre che sarebbe stata sua intenzione esprimere le proprie opinioni nel caso in cui Filangieri «no se hubiera entendido tanto en sus notas». Il tono di tali censure si alzava nel preambolo del terzo libro. Il giurista di Valencia imputava a Filangieri di «estar poco instruido de la legislación española», perché nel caso contrario avrebbe dovuto elogiarla, proprio come faceva, per esempio, nel caso di quella romana o britannica, e in questo contesto metteva in risalto la figura di Manuel de Lardizábal. Questo insigne giurista spagnolo del XVIII secolo era stato scelto dal Consejo de Castilla per elaborare la già cita-

ta raccolta delle leggi penali spagnole e, come ampliamento dello stesso lavoro, aveva pubblicato nel 1782 un trattato che viene considerato un adattamento alla realtà giuridica spagnola³³, sulla base di una linea moderata, delle idee penali di Beccaria³⁴. Secondo il parere di Rubio, Lardizábal aveva portato alla luce «los defectos de la legislación española», sottolineando allo stesso tempo il fatto che gli stranieri «tenían en peor estado que nosotros la legislación criminal». Giungeva persino a sostenere che alcune censure di Filangieri non avevano ragione di esistere nel caso della Spagna, «donde no se halla introduciendo el abuso o recibida la ley contra que declaman», e allo stesso modo, con un senso più generale, faceva notare che il suo impegno nel seguire con coerenza il piano sistematico dell'opera lo aveva portato a commettere «inconsecuencias y contradicciones» e ad esporre massime che non divideva. In ogni caso, tutto ciò non era altro che un insieme di «pequeños lunares», che non dovevano «obscurecer en la más mínima parte el gran esplendor» dell'opera.

Il *Prólogo del traductor* più ampio era quello che introduceva il quinto volume; a differenza dei precedenti, si presentava come una breve monografia relativa a «la importancia de la buena educación»³⁵. Rubio considerava il progetto educativo di Filangieri «excelente», dato che, «como buen católico», «no se aparta en la moral un punto de su doctrina»; ciononostante, sollevava due importanti obiezioni: l'enorme difficoltà di metterlo in pratica e l'inutile attesa sino ai cinque anni di età per dar inizio all'educazione infantile. Le sue valutazioni, volte a chiarire questa seconda questione, avevano come fondamento la

³² Le citazioni testuali presenti in questo paragrafo provengono dai differenti *Prólogos del traductor* inseriti all'inizio del primo, del secondo e del terzo volume e privi di numero di pagina.

³³ Lardizábal *Discurso*, cit.

³⁴ S. Scandellari, *Un tentativo di riforma penale nel secolo XVIII spagnolo. Il «Discurso sobre las penas» di Manuel de Lardizábal*, in «Boletín del Archivo Storico Sardo di Sassari», IX (1983), pp. 83-151; Ricacoba, *Estudio Preliminar*, cit.

³⁵ Questo *Prólogo del traductor* occupa le pp. XLVII-XCVIII del V vol.

«mala situación» del sistema scolastico spagnolo e rispecchiavano meglio di qualsiasi altra l'atteggiamento moderato del traduttore. L'intenzione di Rubio, una volta iniziata l'elaborazione di questo breve trattato di educazione infantile, fu di avvalersi di «lo que nos enseñan las Sagradas Escrituras y los autores cristianos, sin olvidar lo bueno que se halla en los filósofos». In realtà, nonostante gli occasionali riferimenti a Genovesi, Rousseau, Montaigne e, più numerosi, a Locke, le sue principali fonti derivavano da due illuministi spagnoli di stampo conservatore, M. Rosell e L. Hervás, tramite accenni che apparivano per di più continuamente conditi con citazioni testuali estratte dalle Sacre Scritture.

Non sapremo mai se questa scarsa audacia di Rubio obbedì realmente a convinzioni personali o alle possibilità limitate che un ambiente culturale come quello spagnolo, sul quale pesava l'intransigente opera censoria dell'Inquisizione, poteva offrire. Inoltre, non bisogna dimenticare che la sua traduzione stava vedendo la luce nel momento preciso in cui il governo spagnolo aveva riattivato la tradizionale funzione del Sant'Ufficio. Aspetto ulteriore, questo, dell'involuzione politica, sopraggiunta in Spagna in seguito agli avvenimenti poi culminati con il trionfo della Rivoluzione francese³⁶, che avrebbe posto fine all'eccezionale periodo di liberalizzazione culturale che aveva caratterizzato il regno di Carlo III fino al 1788, anno stesso della sua morte. Ciononostante, uno studio dettagliato della traduzione di Rubio, da noi limitato al secondo volume, ne evidenzia la scarsa qualità e che, a differenza di quanto sostenuto nel 1813 dal revisore della sua seconda edizione, ciò non fu dovuto unicamente alle «circunstancias del tiempo»³⁷. La versione del giurista di Va-

³⁶ M. Deforneaux, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII*, Madrid, Taurus, 1973.

³⁷ Ciò non può nemmeno attribuirsi ad un possibile uso della versione francese della *Scienza* come fonte primaria della traduzione. Il fatto che la Francia costituisse il canale abituale di entrata delle opere straniere in Spagna, e che quella traduzione francese (G. Filangieri, *La*

lencia non solo presentava omissioni che possono essere interpretate come censura volontaria, ma persino numerosi difetti di natura prettamente tecnica. I più importanti si ricollegavano al fatto che Rubio non trasferiva nella sua versione i testi in greco presenti nell'originale; trasponeva al castigliano i nomi propri ed i titoli dei libri, commettendo numerosi errori ed impiegando un criterio eterogeneo (ad esempio, aveva tradotto *Spirito delle leggi* di Montesquieu come *Esprit des lois* e, al contrario, *Discorsi politici* di Hume come *Discursos políticos*); ricostruiva in modo arbitrario la struttura dei paragrafi; ometteva nomi di autori (per esempio, Robertson), quando non giungeva addirittura a confonderli (ad esempio, Vetui per Verri); non identificava con la chiarezza propria di Filangieri i testi originali; sbagliava la traduzione di concetti economici rilevanti (ad esempio, «prodotto netto» diventava *producto liquido*, «corvée» era *corbata*, «mestieri» si trasformava in *menesteres* e «voluttà» in *voluntad*); e, per finire, nonostante le sue critiche verso il contenuto dell'opera, aveva aggiunto solo una nota di sua propria elaborazione – nota, questa, oltretutto di scarso rilievo, dato che pretendeva di chiarire al lettore spagnolo la natura di una moneta napoletana –, omettendo, al contrario, nove paragrafi o frammenti di paragrafo e diverse note del testo originale.

È quest'ultimo aspetto quello in cui si percepisce meglio rispetto ad altri la necessaria pratica dell'autocensu-

Science de la législation, par M. le Chevalier Gaetano Filangieri. *Ouvrage traduit de l'italien, d'après l'édition de Naples, de 1784*, I, Paris, Cuchet, 1786), come confermato dalla stampa spagnola, aveva effettivamente circolato nel paese prima dell'uscita dell'opera di Rubio, potrebbe portare a una simile deduzione. Ebbene, la versione di J.-A. Gauvain Gallois non solo presentava differenze formali con quella spagnola (il *Piano ragionato dell'opera* veniva incluso all'inizio della stessa e il *Préface du traducteur* si rivelava più ambizioso di quello di Rubio), ma era più completa, elaborata e originale. Nessuna delle sue novità bibliografiche né delle sue note proprie è riscontrabile nella versione di Rubio; quest'ultima, pertanto, fu probabilmente realizzata in contatto diretto con le edizioni italiane, cosa che spiega anche la rapida incorporazione alla stessa dell'*Elogio storico* di Tommasi.

ra. Le omissioni di Rubio, all'apparenza scelte con precisione, si concentravano nei capitoli XIX, XX, XXI e XXII della *Scienza*, e riguardavano le idee di Filangieri relative al commercio, al sistema coloniale e ai diritti individuali, temi questi sempre oggetto di un'attenzione speciale da parte della censura. In tali paragrafi Filangieri sosteneva che il sistema commerciale vigente, essendo ristretto e tutelato dallo Stato, invece di risultare vantaggioso per gli interessi del consumatore aveva generato un sistema ingiusto di privilegi esclusivi e di «abusos políticos». Inoltre, aveva favorito un sistema doganale che considerava il commercio «como enemigo» e costituiva una continua «alfrenta o rapiña» per il commerciante. Infine, aveva stimolato il traffico illegale, a punto tale che in paesi come la Spagna al «comercio moral y lícito» si stava sostituendo quello clandestino, con l'apparizione di contrabbandieri e «espías», «seres venales y corrompidos pagados por el Estado, al cual hacen traición por el negociante a quien atormentan y por el contrabandista a quien protegen, dando entrada a todas las vejaciones y fraudes». Particolarmente grave era proprio questa situazione, posto che il commercio «decide la vida de las naciones y el bienestar de los pueblos» e che i suoi principali responsabili erano le autorità pubbliche ed i consiglieri reali, i quali non facevano altro che parlare del commercio, «pero sin dejar de perseguirlo». Prova di ciò era la politica internazionale dei trattati di commercio e dei patti di alleanza. Tali trattati e patti, invece di essere vincoli di pace e di mettersi al servizio del progresso e del benessere della popolazione, erano «semilleros de guerra y de discordia», e finivano per contribuire alla rovina del commercio, rispondendo alle ambizioni belliche di alcuni monarchi mossi unicamente da «delirios», «odios personales» o «derechos supuestos y títulos fraudulentos o dudosos».

Le censure di Rubio riguardavano anche i paragrafi più espressivi della *Scienza* relativi alla difesa dell'ordine naturale, sostenuto nei diritti individuali di proprietà e libertà, altro aspetto dell'opera con chiare connotazioni fi-

siocratiche³⁸. Filangieri affermava che la società e le leggi dovevano essere strutturate con il fine di proteggere tali diritti. Questi erano connotati all'essere sociale, al punto da formarne «la nostra esistenza politica, come l'anima e il corpo formano l'esistenza fisica», e non potevano essere proibiti né limitati, tranne che in situazioni davvero eccezionali. Qualunque loro violazione, inclusa quella della loro sospensione temporanea, era «un'ingiustizia spaventevole, un'attentato pericoloso», il cui danno principale ricadeva su «questa divinità che si chiama interesse pubblico»³⁹. Tra tali violazioni, Filangieri includeva anche

³⁸ Quantunque l'orizzonte economico di Filangieri sia stato abitualmente considerato «eclettico», contenendo sia elementi tardo-mercantili che fisiocratici (P. Genile, *L'opera di Gaetano Filangieri*, Bologna, Zanichelli, 1904 p. 100; G. Tagliacozzo, *Economisti napoletani del sec. XVII e XVIII*, Bologna, L. Cappelli, 1937, p. LXII; R. Romeo, *Illuministi meridionali*, in M. Fubini (a cura di), *La cultura illuministica in Italia*, Torino, Eri, 1957, p. 178; G.H. Bousquet, *Esquisse d'une histoire de la science économique en Italie. Des origines à Francesco Ferrara*, Paris, Librairie Marcel Rivière, 1960, p. 53), hanno conquistato ormai terreno le interpretazioni che sottolineano in essa l'importanza dei principi fisiocratici, che caratterizzarono sempre più la *Scienza* rispetto all'originaria matrice genovesiana (si vedano, partendo dalle prime analisi di Cotta, Gaetano Filangieri, cit., e L. Villari, *Note sulla fisiocrazia e sugli economisti napoletani del '700*, in *Studi sul Settecento italiano*, Napoli, Istituto italiano per gli studi storici, 1968, pp. 224-251, i lavori di Nuccio, *Economisti e riformatori*, cit., e D. Fiorot, *Alcune considerazioni sulle idee sociali ed economiche di Gaetano Filangieri*, in *Gaetano Filangieri e l'illuminismo europeo*, cit., pp. 337-359). L'influenza della scuola di Quesnay e della sua visione dell'ordine naturale, nonché i principi fondamentali di sicurezza, proprietà e libertà, giunsero a Filangieri sicuramente attraverso Schmid d'Avenstein, Le Mercier, Mirabeau e Verri, e costituiscono la ragione principale di un liberalismo economico relativamente avanzato rispetto alla cultura italiana dell'epoca, come avvertì già G. Pechio, *Storia della economia pubblica in Italia, ossia epilogo critico degli economisti italiani, preceduto da un'introduzione*, Lugano, G. Ruggia, 1829, p. 224, e come precisò invece F. Ferrara, *Biblioteca dell'Economista*, serie I, vol. III, Torino, Cugini Pomba, 1852, p. 210, al quale disturbava la mescolanza fra «la ingerenza e la libertà» che caratterizza il secondo volume della *Scienza*.

³⁹ Filangieri, *La scienza della legislazione. Edizione critica*, cit., II, p. 172.

il rifiuto opposto alla popolazione coloniale di godere di quei diritti che, essendo stati acquisiti con la nascita, avevano carattere universale. Proprio la questione coloniale, l'interpretazione delle cause dell'indipendenza americana e le sue conseguenze economiche, problemi cruciali nel momento in cui venne concepita la *Scienza*⁴⁰, costituivano l'ultimo dei temi oggetto di censura da parte di Rubio. Filangieri vedeva la nascita della nuova nazione americana come «un semplice castigo dell'orgoglio inglese», oltre che come significativo esempio di quello che sarebbe potuto succedere in altri luoghi del continente americano se le potenze europee non avessero intrapreso delle radicali riforme nei loro domini, riferendosi in particolar modo all'«erroneo» sistema commerciale disegnato con l'unico fine di nutrire gli interessi economici della metropoli, attraverso il monopolio del traffico e l'imposizione di spietate imposte sui coloni. Logicamente, Filangieri sosteneva che tali riforme avrebbero dovuto essere più ampie e radicali. In uno dei paragrafi più espressivi sulla difesa delle politiche pubbliche al servizio degli interessi popolari, anch'esso censurato da Rubio, si affermava che i sistemi dispotici, volendo comprimere siffatti interessi con un «eccesso di oppressione», avrebbero potuto reagire e liberarsi in maniera violenta come una specie di molla: «la tirannia si estingue colla reazione de' colpi che essa istessa ha lanciati dal suo vacillante trono»; pertanto, bisognava spingere a posizioni estreme il ritmo ed il segno delle riforme, dato che, in definitiva, ancora non era stata trovata quella che combinasse «la giustizia, l'interesse pubblico e l'interesse dei principi».

Per conoscere la sorte della traduzione di Rubio è necessario chiarire che essa fu preceduta da antefatti molto significativi. Già dall'inizio degli anni Ottanta, la stampa periodica spagnola aveva cominciato a sostenere un'autentica campagna in difesa della *Scienza* e del suo autore. È indicativo il fatto che i due periodici ufficiali dell'epo-

ca, la *Gaceta de Madrid* ed il *Mercurio de España* si fossero fatti eco dell'opera con manifestazioni di elogio, e ancora di più lo è il fatto che il secondo tra i due, generalmente non specializzato nell'informazione bibliografica, ne avesse pubblicato recensioni⁴¹. Ciononostante, la miglior guida per conoscere i dettagli di tale campagna la troviamo nella stampa illuminista che fiorì in Spagna nel corso degli anni Ottanta, prima del decreto di Florida-Blanca del 1790 sulla chiusura delle frontiere culturali onde evitare l'arrivo in Spagna degli echi della Rivoluzione francese⁴². Nel maggio del 1781, poco tempo dopo

⁴¹ Ad esempio, nel suo numero del marzo del 1788, pp. 248-249.

⁴² G. Anes, *La Revolución francesa y España*, in *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII*, Barcelona-Caracas-México, Ariel, 1969, pp. 139-198. In questo senso converrebbe ritornare sullo studio del movimento massonico che, come è stato ripetutamente segnalato, svolse un ruolo fondamentale nell'Illuminismo napoletano e, allo stesso tempo, fu un fattore decisivo nell'internazionalizzazione della *Scienza* e, più in generale, del nuovo movimento repubblicano e costituzionale che emergeva negli anni cruciali tra la Rivoluzione americana e quella francese; cfr. E. Chiosi, *Lo spirito del secolo. Politica e religione a Napoli nell'età dell'Illuminismo*, Napoli, Giannini, 1992, pp. 45-78; V. Ferrone, *La società giusta ed equa. Repubblicanesimo e diritti dell'uomo in Gaetano Filangieri*, Roma-Bari, Laterza, 2003, pp. 77 ss. Nel caso della Spagna, dove la politica antmassonica di Carlo III e Carlo IV ottenne risultati pratici più evidenti rispetto a quella di Carlo di Borbone e di Tanucci a Napoli, quanto meno nel decennio precedente alla dominazione francese, i dati disponibili non permettono di ricostruire relazioni concrete tra le logge spagnole e coloro che introdussero in terra iberica l'opera di Filangieri. Tuttavia sono da segnalare alcune notizie significative sulle relazioni tra i principali editori e librai napoletani con il mercato spagnolo (cfr. A.M. Rao, *Introduzione a Editoria e cultura a Napoli nel XVIII secolo*, Napoli, Liguori Editori, 1998, pp. 46-47) e le relazioni personali che Filangieri stesso poté avviare con illuministi spagnoli (cfr. E. Lo Sardo, *Il mondo nuovo e le virtù civili: l'epistolario di Gaetano Filangieri*, Napoli, Fridericiana, 1999). Sulla scorta dei numerosi studi di Ferrer Benimeli si possono individuare alcuni indizi sicuri sulla possibile introduzione della *Scienza* in Spagna sostenuta dalle logge massoniche; non si può sottovalutare a questo proposito il fatto che le logge massoniche erano presenti nei luoghi in cui l'opera di Filangieri era conosciuta in maniera più approfondita, come a Gibilterra, dove già dal 1772 erano attive quattro logge, a Saragozza e a Madrid, primo centro massonico spagnolo.

⁴⁰ Venturi, *Nota introduttiva*, cit., pp. XXI-XXII.

l'inizio dell'edizione italiana della *Scienza*, il *Correo Literario de la Europa* pubblicava nel suo numero inaugurale una recensione del primo volume dell'opera di Filangieri, sottolineando che il suo proposito – la cui ispirazione era da attribuirsi al trattato sulla legislazione dell'abate Mably – era quello di «reducir la legislación a ciencia exacta», e raccomandandola pertanto ai professionisti dell'avvocatura⁴³. Cinque mesi dopo, accoglieva il secondo volume dell'edizione italiana come l'opera «maestra de la Europa en todo género de ciencias»⁴⁴, e trascorsi alcuni anni, in seguito all'uscita a Napoli del quinto, sesto e settimo volume, tornava a sottolineare che l'opera era «utilísima» e che le sue massime potevano risultare «útiles para los que hubiesen de entender en fundaciones, colegios y estudios»⁴⁵.

Un'altra importante rivista di orientamento illuminista, diretta da Cristóbal Cladera, *Espíritu de los mejores diarios*, si specializzò nelle informazioni relative alla traduzione francese della *Scienza*. Una prima recensione ap-

parve nel luglio del 1787, anno di edizione dei primi due volumi della versione di J.-A. Gouvain Gallois, che veniva identificato come avvocato del Parlamento di Parigi. Era anch'essa molto positiva, dato che profetizzava che il nome di Filangieri sarebbe passato «a la posteridad con el del célebre Montesquieu», anche se il napoletano aveva «abrazado mejor que el autor del *Espíritu de las leyes* el verdadero camino de la filosofía»⁴⁶. Il tono degli elogi si elevava due anni più tardi, in seguito all'apparizione del terzo volume⁴⁷. In quel momento l'opera veniva considerata come «un sistema completo y raciocinado que abraza todos los ramos de la legislación», e se ne elogiava «el espíritu metódico y extenso». Si giudicava pertanto necessaria una traduzione spagnola che, come spiegato subito dopo, era in fase di realizzazione per mano di una persona che «al perfecto conocimiento de la lengua italiana ha sabido unir el arte de escribir bien en la nuestra».

Una terza e ultima pubblicazione, il *Memorial literario, instructivo y curioso de Madrid*, che nel 1784 e 1787 aveva ospitato tre recensioni sulle *Reflexiones sobre la libertad del comercio de frutos*, sulle *Reflexiones politicas* e sul quinto, sesto e settimo volume dell'edizione italiana della *Scienza*, fu il principale portavoce dell'informazione sulla versione di Rubio. Nel 1787, nel recensire il primo volume di quest'ultima, tornava a sottolineare le similitudini e le disparità che l'opera rivelava rispetto a quella di Montesquieu:

debe notarse que el objeto del uno es enteramente diverso del que se propone el otro. Montesquieu busca en estas relaciones el espíritu de las leyes y Filangieri las reglas; aquél procura hallar las razones de lo que se ha hecho, y éste reducir las reglas de lo que debe hacerse. Finalmente, sus principios casi siempre son diferentes, y considerados bajo diversos aspectos⁴⁸.

Cfr. J.A. Ferrer Benimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración*, 4 voll., Madrid, F.U.E., 1986; Id., *La masonería española en el siglo XVIII*, Madrid, Siglo XXI, 1986². In secondo luogo, va ricordata la partecipazione del traduttore francese della *Scienza*, il giovane giurista J.-A. Gouvain Gallois, alla loggia *Neuf Soeurs* di Parigi, alla quale pure parteciparono numerosi illuministi baschi membri anche della Sociedad Bascongada de Amigos del País: e due dei tre dignitari di questa loggia furono allo stesso tempo membri della Sociedad. Un illuminista appartenente a questi stessi circoli, V. de Foronda, sarà poi uno dei primi spagnoli a trasporgere le idee penali ed economiche di Filangieri nelle sue note *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política, y sobre las Leyes Criminales*, pubblicate tra il 1789 e il 1794 (cfr. J.M. Barrenechea, *Valentin de Foronda, reformador y economista ilustrado*, Vitoria, Diputación Foral de Alava, 1984; J. Astigarraga, *Los ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Barcelona, Critica, 2003).

⁴³ *Correo Literario de la Europa*, I, Oficina de Hilario Santos Alonso, 1781, n. 1, 13 maggio 1781, p. 1.

⁴⁴ *Correo*, cit., I, n. 22, 25 ottobre 1781, pp. 327-329. L'opera di Filangieri veniva citata anche nel vol. II, Oficina de Hilario Santos Alonso, 1782, p. 2.

⁴⁵ *Correo*, cit., vol. III, Imprenta Real, 1786, n. 6, 9 novembre 1786, pp. 89-90.

⁴⁶ *Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, I, n. 1, 2 luglio 1787.

⁴⁷ *Espíritu*, cit., VI, n. 189, 22 giugno 1789, pp. 169-178.

⁴⁸ *Memorial literario, instructivo y curioso de la Corte de Madrid*, ottobre 1787, 2ª parte, pp. 342-343.

Tre nuove segnalazioni, che riassumevano il contenuto del secondo, terzo e quarto volume della traduzione del giurista di Valencia, si susseguirono nel corso del 1788 e del 1789⁴⁹. Tutti questi dati confermano che la campagna illuminista a favore dell'opera di Filangieri proseguì fino al momento stesso della soppressione della libertà di stampa. Le recensioni, oltre una dozzina, che videro la luce nel corso degli anni Ottanta trasformano l'opera di Filangieri in una fra quelle che furono oggetto dell'appoggio più incondizionato da parte degli illuministi spagnoli; prova irrefutabile, questa, del fatto che il napoletano era stato da essi adottato come fosse uno di loro, la cui scomparsa venne annunciata nella stampa spagnola come la prematura perdita di un «talento singular»⁵⁰.

Questa intensa opera di propaganda non passò inosservata tra i settori conservatori spagnoli⁵¹. Ci fu anche una ricezione ostile alla *Scienza*, le cui prime manifestazioni sgorgarono dai circoli giansenisti catalani. Nel 1788, una delle loro maggiori autorità, l'arcivescovo Francesc

⁴⁹ *Memorial*, cit., II, marzo 1788, 2a parte, pp. 474-475; III, ottobre 1788, 2a parte, pp. 320-321; IV, ottobre 1789, 2a parte, pp. 307-309.

⁵⁰ *Mercurio de España*, settembre 1788, p. 15. Negli anni seguenti si continuò a offrire informazioni su Filangieri, come ad esempio nel numero di novembre del 1788, pp. 196-197. Allo stesso modo l'abate Juan Andrés alluse nelle sue *Cartas* di quegli anni con grande familiarità al giurista napoletano, cfr. J. Andrés, *Cartas familiares del Abate D. Juan Andrés a su hermano D. Carlos Andrés, dándole noticia del viaje que hizo a varias ciudades de Italia en el año 1785, publicadas por el mismo D. Carlos*, II, Madrid, Antonio de Sancha, 1786, p. 223.

⁵¹ Ciò dimostra l'utilità di continuare a studiare anche «l'altro» Settecento, quello caratterizzato dai settori reazionari contrari ai Lumi, in modo da ottenere un bilancio più equilibrato sul Settecento europeo, seguendo le indicazioni di Ferrone, *I profeti dell'illuminismo*, cit., pp. 158-160. Nel caso spagnolo, le resistenze intellettuali all'illuminismo e i cambiamenti politici ed economici precedettero di molto l'apparizione della corrente contraria a D'Holbach, Rousseau e agli altri *philosophes*, acquistando però una maggiore consistenza solo quando si cominciò a tradurre la letteratura «antifilosofica» francese e italiana. Cfr. F. Sánchez-Blanco, *Europa y el pensamiento español del Siglo XVIII*, Madrid, Alianza, 1991, pp. 256-304.

Armanyà, allarmato proprio dal calore con cui i settori ufficiali stavano accogliendo l'opera, diede l'incarico di scriverne una confutazione al sacerdote umanista Fèlix Amat, allora canonico nella località catalana di Tarragona. Amat, che già dal 1786 conosceva la *Scienza*, trovava in Filangieri «modos de pensar» che erano «muy perjudiciales en las monarquias cristianas». Si sarebbe potuto supporre che ne avrebbe attaccato le idee politiche, economiche o religiose; invece, limitò la sua censura ad un capitolo, quello relativo a un aspetto della pedagogia classica greca⁵². Ragione di ciò era il fatto che l'oggetto «tan vasto» dell'opera e le sue «alusiones de una erudición poco común de la antigüedad» lo avevano messo di fronte alla certezza di non possedere «instrucción, ni tiempo, ni libros bastantes para hacer un examen crítico de toda la obra»⁵³. Nelle pagine analizzate Amat scoprì un'infinità di «errores», «faltas», «desvíos», «inexactitudes» e tanti altri difetti simili, al punto da sfiorare la censura categorica dell'opera nel suo insieme: Filangieri manifestava un «astuto desprecio de casi todas las leyes que actualmente reinan en el mundo» e la sua opera andava letta con «temor o con desconfianza así en lo que atribuye a los autores que cita, como en las nuevas singulares opiniones que propone o inventa»⁵⁴. Ciononostante la sua analisi, proprio a causa della sua parzialità, non soddisfece i suoi interlocutori giansenisti. I sacerdoti Bonfill Piquer e J. de la

⁵² Contenuto nel libro IV, parte II, cap. XLVII della *Scienza*. Hanno fatto riferimento a questo episodio anche E. Appolis, *Les jansenistes espagnols*, Bordeaux, 1966, pp. 88, 175 e R. Cortis i Blay, *L'arquetipe Fèlix Amat (1750-1824) i l'última il·lustració espanyola*, Barcelona, 1992, pp. 141-142. Devo queste informazioni al professor Ernest Lluich. Questa reazione dei settori ecclesiastici spagnoli contro la *Scienza* determinò un evidente dualismo nella ricezione dell'opera in Spagna, così come avvenne in Italia, cfr. Rao, *Introduzione*, cit., p. 21.

⁵³ F. Amat, *Una prueba de que la Ciencia de la Legislación del Cálculo Filangieri debe leerse con desconfianza en lo que cita de antiguo y en lo que piensa de nuevo (1787)*, in F. Torres Amat, *Apéndice a la vida del Ilmo. Sr. D. Fèlix Amat*, Madrid, Imprenta que fue de Fuentenebro, 1838, pp. 46-59.

⁵⁴ Amat, *Una prueba*, cit., pp. 46, 59.

Vega, pur condividendo pienamente la diagnosi che vedeva Filangieri «inexacto en las citas y ligeros en las pruebas», oltre che ricco di «máximas e ideas contra el Estado», insistevano sul fatto che il suo libro dovesse essere confutato «todo entero». E le lettere che all'epoca circolarono in questi circoli giansenisti lasciano intravedere come, in effetti, all'interno di questo gruppo di sacerdoti si stesse giungendo ad una confutazione più completa della *Scienza*⁵⁵.

Le conseguenze del comportamento dell'Inquisizione furono peggiori. Rivitalizzata dalla carta bianca concessale tra il 1789-1790 dal governo, fu implacabile con la *Scienza*, atteggiamento in cui dovette rivelarsi di aiuto il precedente della proibizione pronunciata nel 1784 dall'*Índice* romano⁵⁶. Secondo quanto racconta J.A. Llorente⁵⁷, segretario ed importante autorità dell'Inquisizione, i primi due volumi della traduzione di Rubio furono denunciati poco tempo dopo essere stati pubblicati⁵⁸. Gli inquisitori affi-

⁵⁵ J.I. Torres Flórez, *Dissertation sobre la libertad natural jurídica del hombre* (1788), a cura di S. Rus Rufino, León, Universidad, 1995, pp. 42-43.

⁵⁶ Tommasi, *Elogio*, cit., p. LXXI.

⁵⁷ J.A. Llorente, *Historia crítica de la Inquisición en España*, II, Madrid, Hipérion, 1980, pp. 24-25.

⁵⁸ Possiamo supporre, d'accordo con G. Zamora, *Universidad y filosofía moderna en la España ilustrada. Labor reformista de Villalpando* (1740-1797), Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989, pp. 287, 294-295, che l'Inquisizione spagnola avesse cominciato a prendere in esame l'opera di Filangieri lo stesso anno della sua comparsa: nel 1780 il cappuccino B. de Cárdenas la giudicò in modo del tutto negativo, sostenendo che l'autore repulava «defectuosos todos los códigos» e «pretendía su reforma». E da notare che proprio questo cappuccino nel 1780 denunciò all'Inquisizione la *Philosophia* (Madrid, J. Ibarra, 1777-1778, 3 voll.) del confratello F. de Villalpando, un testo assai influente dalle idee antiscismatiche sulla logica metafisica di Genovesi e che è stato considerato il primo manuale universitario della filosofia moderna elaborato da un autore spagnolo. Solo nove anni più tardi, nel dicembre 1789, l'Inquisizione separò i due processi aperti contro Filangieri e Villalpando. Nello spazio universitario, la *Scienza* fu comunque utilizzata in quegli stessi anni a Salamanca dal cattedratico R. de Salas, un altro buon conoscitore delle *Lezioni* di Genovesi e ispiratore tra il 1788 e il 1793 di un effimero tentativo di insegnare l'econo-

darono la loro censura ad un incompetente padre cappuccino – probabilmente José Cárdenas –, che «sin leer la obra original, cuyo idioma ignoraba», si pronunciò definendola «pésima, llena de herejías y que respiraba en cada cláusula un espíritu anticristiano, antievangélico y sólo propio de los falsos filósofos del siglo», raccomandandone la proibizione immediata, anche per coloro i quali avessero goduto di licenza per leggere libri proibiti. Lo stesso Llorente, consapevole del fatto che Filangieri «vivía en Nápoles en opinión de católico», cercò di mediare affinché questa sentenza venisse rettificata, pur esigendo la cancellazione nella traduzione spagnola di «una cláusula en que [Filangieri] hablaba mal de la Inquisición». E tuttavia, senza nessun successo. Senza emettere, com'era abituale, un secondo giudizio, il Santo Ufficio decretò attraverso un editto del 7 marzo 1790 la proibizione dell'opera, nei suoi sette tomi impressi nel 1782 a Venezia e nei tre rimanenti pubblicati nel 1785 a Napoli e della traduzione di Rubio⁵⁹. A nulla era valsa l'attenta autocensura di quest'ultimo, né tantomeno il suo atteggiamento conservatore ed i misurati elogi «a nuestro benéfico Monarca» Carlo III sparsi lungo tutta la traduzione, dato che questa venne interrotta un anno prima della pubblicazione dell'editto. La sorte di Filangieri in Spagna fu, in questo deplorabile terreno della censura editoriale, molto simile a quella di Beccaria: i suoi libri vennero pubblicati spogli degli aspetti più «peligrosos» e proibiti prima dall'*Índice* romano – nel 1766 e 1784, e quindi dall'Inquisizione spagnola, nel 1777 e 1790. Tuttavia risulta molto significativo, e spiegabile solo con le difficili circostanze che la Spagna stava attraversando negli anni

mia politica in quell'ateneo (D. Mateo de Peral, *Sobre Ramón de Salas y la incorporación de la Economía civil a la enseñanza universitaria*, in «Investigaciones económicas», 6 (1978)).

⁵⁹ Cfr. *Suplemento al Índice expurgatorio del año de 1790 que contiene los libros prohibidos y mandados expurgar en todos los Reynos y Señoríos del Católico Rey de España el Sr. D. Carlos IV, desde el Edicto de 13 de Diciembre del año de 1789 hasta el 25 de Agosto de 1805*, Madrid, Imprenta Real, 1805, p. 21.

1789-1790, il silenzio del Consejo de Castilla di fronte all'editto proibizionista del 1790, atteggiamento che contrastava con il favorevole pronunciamento di tolleranza del testo di Beccaria, avvenuto nel 1785⁶⁰.

Anche se questa proibizione sortì degli effetti⁶¹, non solo continuò il processo di circolazione e diffusione in Spagna della *Scienza*, ma essa cominciò anche ad essere oggetto di analisi da parte degli illuministi. Le idee penali di Filangieri vennero utilizzate durante gli ultimi due decenni del secolo da autori come Lardizábal e Foronda, e le idee economiche, in alcuni casi con spirito di biasimo, da autori come Villava, Generés, Calomarde, Peñaranda, Foronda, sicuramente Jovellanos e da uno scrittore anonimo del periodico «El Censor». Ebbene, la miglior prova di questo profuso utilizzo della prospettiva economica dell'opera di Filangieri è riscontrabile in un testo rimasto praticamente ignorato fino ad oggi. Non sappiamo quale strategia circostanza permise la pubblicazione, a soli due anni di distanza dal decreto dell'editto di proibizione, di uno scritto intitolato *Reflexiones económico-políticas [...] sobre los capítulos VII e XXXVIII del Libro II de la obra intitulada Ciencia de la Legislación, escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri, y traducida al castellano por Don Jaime Rubio*. Il suo autore, Francisco de Paula del Rey, aveva come Rubio una formazione giuridica, dato che era Abogado de los Reales Tribunales de Castilla y de Navarra, e il suo scritto, l'unico che di lui si conosca⁶², aveva ad

⁶⁰ A.J. Delval, *Beccaria en España*, appendice a C. Beccaria, *De los delitos y de las penas*, Madrid, Alianza, 1982, p. 168. In questo stesso senso risulta assai significativo l'appoggio politico e personale dato da Campomanes ad un'altra opera come quella di Beccaria, attaccata implacabilmente dall'Inquisizione (F. Tomás y Valiente, *Presentación a C. Beccaria, Obras completas*, I, Madrid, Centro de Estudios políticos y constitucionales, 1997, pp. 868-872).

⁶¹ Ad esempio, nel 1796 il letterato Meléndez Valdés venne denunciato all'Inquisizione di Valladolid per la lettura di libri proibiti, tra i quali vi era quello di Filangieri, M. Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, VI, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1930², p. 323.

⁶² Aguilar, *Bibliografía*, VII, cit., p. 91.

oggetto un'analisi del VII e XXXVIII capitolo del secondo libro della *Scienza*. Il primo tra i due, riguardante una riflessione sulla situazione degli eserciti in Europa, appariva integralmente tradotto, mentre del secondo, contenente una difesa del lusso considerata da Perrota⁶³ estrema e vagamente anacronistica, erano stati copiati ampi paragrafi, pur non essendo stati tradotti interamente⁶⁴.

La posizione di Rey rispetto al modo in cui Filangieri aveva trattato questi due temi era molto critica, e forse ciò può spiegare il permesso per la stampa dato al suo scritto. Rey, contrario alla proposta sostenuta dal napoletano di sostituire l'esercito permanente (*standing army*) con un esercito «sempre in piedi»⁶⁵ (*marching army*) e una milizia urbana, giungeva a presentare un suo proprio progetto alternativo di riforma del sistema militare⁶⁶. Tuttavia, l'analisi della questione del «lujo pasivo» occupava quattro delle cinque *Reflexiones* in cui erano strutturate le sue *Reflexiones económico-políticas* e ne costituiva, quindi, il principale oggetto. Nel XXXVIII capitolo del suo secondo libro, Filangieri aveva sostenuto che paesi forniti di opulente colonie, terreni fertili ed estesi e miniere ricche di oro e argento, com'era il caso della Spagna, avrebbero dovuto orientare il loro sviluppo economico dando priorità all'incoraggiamento dell'agricoltura e al progresso del commercio coloniale, praticando allo stesso tempo una politica di lusso «passivo», che consisteva, essenzialmente, nella massiccia importazione di manufatti stranieri. Attraverso tale processo, si sarebbe potuta otte-

⁶³ C. Perrota, *Il «lusso» negli economisti italiani del Settecento*, in R. Faucci (a cura di), *Gli italiani e Bentham*, I, Milano, Franco Angeli, 1982, pp. 171-189.

⁶⁴ F. de Paula del Rey, *Reflexiones económico-políticas de Don Francisco de Paula del Rey, Abogado de los Reales Tribunales de Castilla y de Navarra, sobre los capítulos VII y XXXVIII del Libro II de la obra intitulada Ciencia de la Legislación, escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri, y traducida al castellano por Don Jaime Rubio*, Madrid, Benito Cano, 1792, pp. IV-XXI, 193-218.

⁶⁵ Filangieri, *La scienza*, II, cit., p. 64.

⁶⁶ Rey, *Reflexiones*, cit., pp. 218-256.

nere la fuoriuscita del numerario in eccedenza che, in caso contrario, avrebbe generato un processo inflazionista incontrollabile, con la conseguente perdita di competitività dei prodotti spagnoli nei mercati internazionali. Rey, invece, vedeva una simile politica di sviluppo come radicalmente contraria agli autentici interessi economici spagnoli. La teoria quantitativa del denaro non agiva normalmente in forma meccanica, al punto tale che non c'era ragione per cui gli incrementi della massa monetaria si trasferissero nella stessa proporzione ai prezzi, e anzi potevano piuttosto avere un'incidenza positiva sull'economia reale. Per tali motivi, invece di dirigere l'eccesso di numerario nell'importazione di beni di lusso stranieri, bisognava impiegarlo nella propria economia nazionale, ed in concreto, nella capitalizzazione di un settore manifatturiero che pativa la mancanza di un minimo sviluppo. Rey, in confronto a quanto sosteneva Filangieri, affermava che uno dei fattori che in Spagna ostacolavano maggiormente la ripresa della popolazione e del valore reale del numerario era proprio il continuo ricorrere all'esterno per la fornitura di generi manifatturieri, ovvero, quell'ancestrale debolezza industriale che obbligava il suo paese a «mantener su lutto con la industria agena»⁶⁷. La Spagna, quindi, doveva non solo «ayudar a la fertilidad de su terreno con una buena cultura, sino también fomentar artes y manufacturas, procurando trabajar y consumir todas sus materias primas»⁶⁸. Dietro a questa affermazione si rivelava una replica globale, in chiave di difesa degli interessi economici spagnoli, all'orientamento agrario e di subordinazione allo sviluppo manifatturiero che Filangieri aveva riservato per la Spagna nel contesto del commercio internazionale.

In qualsiasi caso, oltre a questa acuta replica alle idee economiche di Filangieri, un'interpretazione complessiva del libro di Rey, e, in generale, di questa prima fase della diffusione della *Scienza*, deve tener presente che l'arrivo

⁶⁷ Rey, *Reflexiones*, cit., p. XXIX.

⁶⁸ Rey, *Reflexiones*, cit., pp. 22 ss.

dell'opera di Filangieri avveniva nello stesso momento in cui, a due decenni dall'affermazione dell'ideologia illuminista e liberale in campo socioeconomico, i riformatori spagnoli avevano iniziato ad interessarsene più apertamente dal punto di vista politico⁶⁹. Più precisamente, fu nel 1780 che Jovellanos, Marchena, Arroyal, Aguirre e molti altri illuministi spagnoli aprirono il dibattito costituzionale che, dopo molte vicissitudini, sarebbe culminato nel 1812. Con il corso del tempo affiorarono gradualmente posizioni da un lato chiaramente minoritarie, di tipo nettamente liberale (Foronda), e, dall'altro idee molto più diffuse, vicine tanto a una teoria della costituzione storica (Capmany o Jovellanos) quanto a una dottrina che partiva dalla subordinazione della sovranità dell'individuo rispetto allo Stato (Martínez Marina), nella quale si amalgamavano postulati moderni con reminiscenze della cultura politica tradizionale⁷⁰. Tuttavia, altra questione è quella di valutare gli spazi che, nel contesto di questo dibattito, esistevano per l'assimilazione dell'ambizioso programma politico esposto nella *Scienza*. In tempi recenti, si è spiegato in modo dettagliato che questa opera, lungi dal limitarsi al prototipo della letteratura vicina al dispotismo illuminato, era un frutto maturo del costituzionalismo proprio del tardo Illuminismo europeo, sebbene con i condizionamenti derivanti dalla sua origine napoletana. Filangieri, una volta rinnovata la tradizione giusnaturalistica coltivata nella Napoli illuminista, aveva assimilato i valori del nuovo repubblicanesimo che stava emergendo in Europa dopo il trionfo della rivoluzione americana, ponendo al centro della scena i diritti politici ed economici dell'individuo⁷¹. Tenendo presente i tratti della cultura politica della Spagna degli anni Ottanta, l'accettazione di un messaggio con queste caratteristiche doveva risultare mol-

⁶⁹ J.A. Maravall, *Las tendencias de reforma política en el siglo XVIII español*, in «Revista de Occidente», 2ª época, 52 (1967), pp. 53-82.

⁷⁰ J. Fernández Sebastián, *Estudio introductorio*, in *La Ilustración política*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1994, pp. 82-83.

⁷¹ Ferrone, *La società giusta ed equa*, cit.

to complicato. Da un lato, era appena iniziata la diffusione delle idee vicine al costituzionalismo britannico e a quello più moderato di Montesquieu, attraverso gli scritti di J.A. Ibáñez de la Rentería, E. Ramos e pochi altri illuministi⁷²; in secondo luogo, la difesa della democrazia partecipativa, da parte dello stesso J.A. Ibáñez de la Rentería o L. de Arroyal⁷³, si limitava alla linea fisiocratica di Argenson o Turgot, che sosteneva l'introduzione di elementi di rappresentanza politica su scala municipale mantenendo la concezione politica monarchica. Per ultimo, la corrente più radicale, che iniziava a situare in una posizione nevralgica le libertà economiche e politiche soggettive, era più simbolica e limitata a scarse figure, la più notevole delle quali fu Foronda⁷⁴. Per non dimenticare le enormi difficoltà che l'accettazione del diritto di uguaglianza, fondamentale nella concezione della *Scienza*, avrebbe avuto in tutta la prima fase del movimento costituzionale, che sarebbe finito per confluire nelle Cortes di Cadice del 1812 o nell'ambigua interpretazione con la quale questo movimento stava progettando la relazione tra il concetto di nazione e i diritti individuali o il ruolo che in tutto ciò continuava a svolgere la cultura cattolica⁷⁵. In altre parole, il progetto di Filangieri era troppo avanzato e, sicuramente, molto difficile da assimilare in una realtà intellettuale come quella spagnola nel volgere degli anni Ottanta, quando appena cominciava a risvegliarsi il dibattito costituzionale.

Dunque, era assai improbabile che questo sarebbe

⁷² Fernández Sebastián, *Estudio introductorio*, cit., pp. 98-102.

⁷³ P. Fernández Albaladejo, *Fragments de Monarquía*, Madrid, Alianza, 1992, p. 480.

⁷⁴ I. Fernández Sarasola, *Estudio preliminar a V. de Foronda, Escritos políticos y constitucionales*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002, p. 28.

⁷⁵ Cfr. J. Varela Suanes, *La teoría del Estado en los orígenes del constitucionalismo hispánico (las Cortes de Cádiz)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983, e J.M. Porillo Valdés, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000.

potuto accadere nel decennio immediatamente successivo, quando, dopo il trionfo della rivoluzione in Francia, i governi di Carlo IV e Godoy liquidarono tutte le vestigia della cultura, relativamente ampia, della tolleranza che aveva dominato i dibattiti pubblici nei decenni precedenti. Di fatto, questa politica conservatrice fu utilizzata dai settori reazionari spagnoli – a capo dei quali figuravano autori come Peñaranda, Peñalosa o Vila y Camps – al fine di far valere davanti all'opinione pubblica un discorso apologetico nell'affermazione della monarchia come regime cattolico⁷⁶. La coscienza che presero questi settori della potenziale pericolosità della *Scienza* fu immediata. Per esempio, anche se diede prova di conoscerla, non ne rimase alcuna traccia nell'opera di F.J. Peñaranda (1791). Dall'altra parte, la replica di F.P. del Rey, insieme al rifiuto dell'ideologia economica della *Scienza*, conteneva anche una critica, sebbene meno esplicita, dei suoi progetti politici muovendo da una posizione di difesa senza fratture con la monarchia assoluta; per ultimo, e più chiaramente, un altro rappresentante di questa fiorente corrente conservatrice, J. I. Torres Flórez, includeva Filangieri nello stesso gruppo di Hobbes, Pufendorf, Helvétius, Rousseau, Mably, Beccaria e altri «pseudofilosofi», i cui sistemi pretendevano di «corrompere la sociedad y destruir, si les es posible, la religión, [...] ensalzando la absoluta libertad natural [del] que el hombre goza»⁷⁷. Le critiche che questo cattedratico dell'università di Valladolid muoveva contro il giurista napoletano erano dirette tanto ai suoi progetti sulla formazione della società civile quanto alle sue idee religiose e penali, contro le quali arrivava a contrapporre una difesa serrata dei criteri rappresentati dall'Inquisizione⁷⁸. L'obiettivo comune di questa corrente apologetica era chiaro: il nuovo giusnaturalismo razionalista di Hobbes, Grozio, Pufendorf e dei suoi innumerevoli seguaci, che negava la naturalezza della

⁷⁶ Porillo Valdés, *Revolución*, cit., pp. 83-121.

⁷⁷ Torres Flórez, *Disertación*, cit., pp. 63 ss., 81 ss.

⁷⁸ Torres Flórez, *Disertación*, cit., pp. 94-96, 115-116, 132-135.

società e del potere pubblico e poneva la sua enfasi nell'importanza del patto sociale e il suo postulato nella legislazione. In questo modo, nella fase di involuzione culturale degli anni Novanta scritti come quelli di Peñaranda, Rey o Torres funzionavano come autentiche barriere di contenimento delle idee illuministe – includendo espressamente le idee di Filangieri – dalla trincea di un nuovo conservatorismo che fondeva con grande disinvoltura l'assolutismo politico, la tradizione teologico-cattolica e il discorso antilluminista europeo.⁷⁹ Quello che più poteva allarmare questa visione «antipolitica» della monarchia cattolica spagnola era il fatto che si potesse completare una traduzione della nuova filosofia politica europea con termini comprensibili alla vecchia morale cattolica, per cui Filangieri veniva ad essere uno dei primi demonizzati da questa visione. La sua sorte non sembrava, in questo senso, molto lontana da quella di Mably, altro autore che poteva risultare accettato dalla cultura cattolica senza che questo implicasse la rinuncia alla sua concezione relativamente radicale dell'ordine politico e che veniva tradotto profusamente in quegli stessi anni in Spagna.⁸⁰ In sintesi, l'arrivo della *Scienza* in Spagna fu parziale e piuttosto limitato, con tutti i freni che sono stati esposti alle sue idee economiche e penali. Una questione che torna a mettere in rilievo la diversità di ritmi nella diffusione internazionale delle diverse correnti della cultura illuminista e, in una lettura complessiva che abbraccia tutto il secolo illuminista, la centralità che si suole attribuire al discorso economico, «one, and perhaps the most important, of the connecting discourses of the Enlightenment»⁸¹.

⁷⁹ B. Plongeron, *Théologie et politique au Siècle des Lumières (1770-1820)*, Genève, Droz, 1973, pp. 79-120.

⁸⁰ G. Siffioni, *La fortuna di Gabriel Bonnot de Mably in Spagna tra Illuminismo e rivoluzione borghese*, in «Nuova Rivista Storica», LXXXVI (1992), pp. 517-530.

⁸¹ J. Robertson, *The Enlightenment above national context: Political Economy in Eighteenth-century Scotland and Naples*, in «The Historical Journal», 40 (1997), p. 672.

Secondo momento (1813)

Nel 1813, dopo due decenni di silenzio attorno all'opera di Filangieri, vide la luce la seconda edizione della traduzione di Rubio. Nel *Prologo* che la introduceva si diceva che la *Scienza* si era rivelata utile dal momento stesso della sua apparizione, grazie al suo razionalismo esemplare, alla chiarezza del suo stile ed alla sua natura di «sistema completo de legislación». Tuttavia, altrettanto importante era verificare quanto le idee dell'opera avessero fatto «en estos últimos tiempos progresos rápidos en el pueblo, que empieza a conocer estas grandes verdades»⁸². Erano quindi le circostanze storiche a spiegare, meglio di qualsiasi altro motivo, le ragioni di questa nuova edizione. Nello sfondo si poteva percepire la grande opportunità apertasi in Spagna con la celebrazione delle Cortes di Cadice, la cui costituzione era stata promulgata nel 1812 per sviluppare un nuovo regime politico e promuovere la trasformazione della società sulla base di principi liberali.

Questa nuova edizione, pubblicata a Madrid in dieci volumi, presenta problemi di interpretazione difficili da risolvere in questo momento. Si tratta di problemi comuni nelle edizioni dell'epoca, nelle quali, principalmente per ragioni politiche, i traduttori e gli editori si nascondevano di frequente nell'anonimato. Questi, anche se pubblicavano libri in epoca di libertà, non avevano grande fiducia che sarebbe durata abbastanza da permettere loro di sfuggire a persecuzioni future. Di fatto, questa nuova edizione fu opera di un nuovo traduttore, editore o revisore anonimo, ma non è possibile dire con chiarezza quale fu il suo contributo rispetto al lascito di Rubio. In accordo con il proprio revisore, il motivo principale del suo intervento fu quella di migliorare la qualità della traduzione di Rubio, che denominava abitualmente «el traductor». La precedente versione non era stata conclusa

⁸² J. Rubio, *Prologo del traductor*, a G. Filangieri, *Ciencia de la Legislación. Escrita en italiano por el Caballero Cayetano Filangieri*, I, Madrid, Imprenta de Ibarra, 1813, p. VI.

porque no se lo permitieron las circunstancias del tiempo, y por la misma razón quizás el traductor omitió algunos trozos del original y otros los varió. Esto nos ha obligado a retocar la traducción, suplir las faltas que tenía y llevarla a cabo presentando a la juventud española para su instrucción todo lo que este célebre autor ha escrito⁸³.

Il revisore si rendeva responsabile anche di aver abbreviato in modo considerevole le note originali – «muy largas y muy pesadas» – contenute nel quinto libro e di avervi introdotto altre sue proprie, più brevi, con il fine di confermare e illustrare «todo el sistema que el autor ha inventado para explicar el politeísmo de todos los pueblos»⁸⁴.

Ciononostante, la sua opera fu notevolmente più ampia. A differenza di Rubio, il revisore allegò all'inizio il *Piano razonado dell'opera*; al contrario, rispettando il suo piano originale, trasferì alla fine dell'ultimo volume il riassunto dell'*Elogio Storico* di Tommasi⁸⁵. Incorporò anche, senza aggiungere note personali, una traduzione delle *Riflessioni politiche*⁸⁶ ed una spiegazione rivolta al lettore sul perché l'opera di Filangieri era rimasta incompleta nei suoi ultimi libri, quelli relativi a «las grandes ventajas de la religión cristiana», la proprietà e «la patria potestad y el buen orden de las familias». Pur essendo tutto ciò notevole, la principale novità della sua edizione era che ogni suo volume era introdotto da alcuni *Discursos del traductor*, che in alcuni casi coesistevano con i *Prólogos del traductor* (è il caso dell'ottavo volume, che continuò ad includere il breve trattato di Rubio sull'educazione infantile). La cosa più probabile è che fosse stato lo stesso revisore ad elaborare questi nuovi *Discur-*

so⁸⁷. Erano riassunti molto ampi dell'opera di Filangieri, in alcuni casi estesi quanto i paragrafi del napoletano. Erano anche molto poco originali, dato che, salvo occasionali differenze di sfumatura o enfasi, vi venivano solo anticipate le idee dell'autore, cosa generalmente inutile, tanto più considerando la chiarezza dell'autore, che non richiedeva alcuna spiegazione. I *Discursos* venivano presentati alleggeriti dagli esempi storici e dai riferimenti agli autori. Mancavano anche della classificazione per capitoli. Per questo motivo apparivano concepiti per facilitare l'accesso alla lettura dell'opera e per renderne noto il contenuto, obiettivo espressamente perseguito dal revisore, il quale aveva sottolineato quanto fosse necessario, affinché le idee di Filangieri risultassero utili, presentarle «al público con tal orden y claridad que los espíritus más rudos y menos penetrantes puedan comprenderlas»⁸⁸.

Nonostante l'ingiustificato ingrandimento del formato dell'edizione che l'incorporazione di questi *Discursos* comportò, sono altre le principali obiezioni che ad essa si possono rivolgere. La più importante è che tornò ad essere incompleta, visto che, anche se venne ampliato il quinto libro, non giunse a includere la seconda e la terza parte del quarto libro, relative ai costumi e all'istruzione pubblica. Inoltre, contrariamente a quanto assicurato dal revisore, la correzione può essere considerata solo superficiale. Restringendo ancora una volta la nostra analisi al secondo libro, si constata come questo continuasse a presentare tutti i difetti che già abbiamo attribuito alla traduzione di Rubio, inclusa la maggior parte delle sue stesse omissioni e censure. Pertanto l'edizione, incompleta, scorretta e oggetto di censure, continuò ad essere una traduzione carente dell'opera di Filangieri; fatto poco giustificabile, se consideriamo che vide la luce nello stesso anno in cui venne soppresso il Tribunale dell'Inquisizione.

⁸⁷ In questo senso, dissentiamo dall'opinione di Lalinde, che considera autore di questi *Discursos* lo stesso Rubio.

⁸⁸ Rubio, *Prólogo del traductor*, cit., pp. VI-VII.

⁸³ Rubio, *Prólogo del traductor*, cit., pp. VIII-IX.

⁸⁴ Rubio, *Prólogo del traductor*, cit., p. IX.

⁸⁵ J. Rubio, *Extracto del Elogio del Caballero Filangieri*, in Filangieri, *Ciencia* (1813), cit., X, pp. 1189 ss.

⁸⁶ J. Rubio, *Reflexiones políticas sobre la ley de Fernando IV, Rey de las dos Sicilias, que tiene por objeto la reforma de la administración de Justicia*, in Filangieri, *Ciencia* (1813), cit., V, pp. 209-266.

Malgrado la loro abituale mancanza di originalità, talvolta i *Discursos del traductor* filtrarono idee estranee al napoletano. Un caso davvero significativo è quello presente nel *Discurso* che precede il primo libro, nel quale, nel contesto di riflessioni sui vantaggi ed inconvenienti dei differenti sistemi di governo, si introduceva in termini elogiativi un riferimento esplicito agli statuti (*Fueros*) aragonesi di Sobrarbe, i cui cinque capitoli erano riprodotti nel *Discurso*. Questi statuti, serviti per regolare i rapporti istituzionali dei re castigliani con il re d'Aragona nel momento in cui questi stava godendo di autonomia politica rispetto al regno di Castiglia, venivano presentati come prova illustre del fatto che le leggi dovevano essere «claras y precisas» per quanto riguardava la delimitazione dei poteri reali, come unico modello in tutto l'ambito europeo sulla maniera di stabilire dei limiti alla condotta del potere reale, onde evitare che i sistemi politici potessero degenerare in dispotismo:

esta constitución tan famosa ha conservado a los aragoneses en su libertad, y ha hecho la felicidad de aquel Reino por más de setecientos años, ensalzando el poder y la gloria de sus soberanos, haciéndolos respetables en toda Europa, temibles a sus enemigos, y poniéndolos a la par de los principes más poderosos⁸⁹.

Tale rilievo ci offre delle informazioni di una certa importanza per chiarire chi poté essere il revisore anonimo.

⁸⁹ J. Rubio, *Discursos del traductor*, in Filangieri, *Cienzia* (1813), I, cit., pp. CXXXVII-CXXXVIII e CXLI-CXLII. Secondo il E. Luch, *Las Españas vencidas del siglo XVIII*, Barcelona, Critica, 1999, questo riferimento rispecchiava la presenza di un insieme di rivendicazioni favorevoli ad una maggiore decentralizzazione politica nella monarchia spagnola, la cui principale manifestazione proveniva dai territori che avevano perso le loro libertà amministrative e politiche con l'avvento in Spagna del regime borbonico, come era il caso degli antichi territori della corona di Aragona. In ogni caso, questo apprezzamento sulla bontà delle antiche costituzioni aragonesi si rapportava perfettamente con la dogmatica storicistica dominante tra i liberali spagnoli, che miravano a individuare nelle vecchie leggi della monarchia un punto di partenza per la difesa della nuova cultura costituzionale.

mo di questa edizione. Quasi certamente dovette trattarsi di uno scrittore aragonese, che in un dato momento forse ebbe rapporti personali con Rubio. Lalinde⁹⁰ lo definisce «más culto» rispetto a Rubio, ma anche «más conservador», a causa del fatto che probabilmente doveva «ser un católico liberal en la línea de Martínez Marina». A noi sembra altrettanto evidente, visto il contenuto delle note allegate al quinto libro, la sua grande padronanza degli autori classici, il che potrebbe significare che si trattasse di un membro della Chiesa. La sua tendenza moderata è indiscutibile, anche se per poter dare il giusto valore a tale questione è necessario non dimenticare che nella Spagna dell'epoca le forze del tradizionalismo non smisero mai di occultare le loro armi. La lettura di Rafael de Vélaz basta per darcene un'idea. Gli scritti di questo sacerdote capuccino e vescovo di Ceuta rappresentarono «un documento unico del ambiente intelectual durante el primer periodo fernandino», grazie alla loro stretta identificazione tra l'assolutismo politico e quello religioso⁹¹. Vélaz diede numerose dimostrazioni della sua familiarità con l'opera di Filangieri e, per via dell'atteggiamento regalista, anticuriale e contrario alla Chiesa romana, la metteva a capo di quei fattori che le forze reazionarie spagnole consideravano come autentici responsabili della grande cospirazione cattolica e antiaffolutista di cui il suo paese era vittima⁹². Non è un caso che le idee di Vélaz, con l'avanzare dei governi assolutisti e con il loro condannare al silenzio la *Scienza*, avessero ovunque ampia ri-

⁹⁰ Lalinde, *El echo de Filangieri*, cit., p. 482.

⁹¹ J. Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 292 ss.

⁹² Si veda, in particolare, R. De Vélaz, *Apología del Altar y del Trono ó Historia de las reformas hechas en España en tiempo de las Ilustradas Cortes, e impugnación de algunas doctrinas publicadas en la Constitución*, *Diarios y otros escritos contra la Religión y el Estado*, Madrid, Imprenta de Cao, 1818, I, pp. 41, 83, 163-164, 308, 463, II, p. 41. Questo gran maestro del pensiero tradizionalista considerava responsabili di tale cospirazione anche Tanucci e Fernando IV, e si lamentava ripetutamente delle tendenze riformatrici provenienti da Napoli.

sonanza. Paradossi davvero significativi di ciò che fu la Spagna di Fernando VII.

Terzo momento (1821-1823)

In effetti, si dovette aspettare che la Spagna recuperasse una nuova epoca di libertà, al riparo del regime politico restaurato dai liberali durante il triennio 1820-1823 che seguì i sei anni di periodo assolutista, perché tornasse a manifestarsi l'interesse verso l'opera di Filangieri. Nel breve periodo della durata di questo regime, poco più di tre anni, videro la luce tre nuove traduzioni della *Scienza*, due nel 1821 e nel 1823, ad opera di un nuovo traduttore, Juan Ribera, e una terza nel 1822, che corrispondeva alla terza ed ultima edizione della versione di Rubio. Tutto ciò rese il cosiddetto Triennio liberale il periodo più fertile dal punto di vista della diffusione di tale opera in Spagna⁹³. Questo fenomeno ha senza dubbio stretti collegamenti con l'attivazione della vita parlamentare sotto la protezione delle Cortes liberali, disciolte dal re prima di aver coronato la loro missione riformatrice. È cosa nota l'influenza che le idee di Filangieri ebbero sulle discussioni parlamentari precedenti l'approvazione, nel 1822, del primo codice penale spagnolo⁹⁴, e qualcosa di simile si è

⁹³ Ancora una volta presentando un'affinità con l'opera di Beccaria, che tra il 1820 ed il 1823 conobbe quattro nuove edizioni spagnole (Delval, *Beccaria en España*, cit., p. 189). Un altro dato significativo sull'enorme diffusione dell'opera di Filangieri lo possiamo trarre dalla caduta di economia civile e commercio di Saragozza, fondata nel 1784. Mentre non esiste alcun indizio di un uso della *Scienza* nel XVIII secolo, fra il 1817 e il 1823, in particolare nel Triennio, numerosi studenti presentarono diverse dissertazioni che, in alcuni casi senza citare la fonte originaria, riportavano e sintetizzavano frammenti assai ampi dal volume secondo della *Scienza*, e principalmente riferiti alle sue teorie politiche, agrarie e antifeudali. Queste fonti sono attualmente in fase di studio.

⁹⁴ Scandellari, *Un tentativo*, cit., p. 523. Secondo J.R. Casabó Ruiz, *Los orígenes de la codificación penal en España: el plan de Código criminal de 1787*, in «Anuario del Derecho Penal y Ciencias Penales»,

potuto osservare anche rispetto all'elaborazione di leggi di contenuto economico⁹⁵. Tuttavia, dal punto di vista della storia interna alla genealogia della *Scienza* in Spagna, la cosa più interessante di questo periodo è la disputa in cui si lanciarono i due traduttori dell'opera in difesa dei loro rispettivi lavori.

Su Ribera non si conosce nessun dato biografico o professionale, ma dovette essere, senza dubbio, un eminente giurista, molto influente nei settori liberali spagnoli, visto che nello stesso periodo in cui traduceva Filangieri stava facendo lo stesso con *Dei delitti e delle pene* di Beccaria. La sua versione, apparsa a Madrid nel 1821, rappresentava una radicale revisione di una traduzione realizzata un anno prima, e il suo principale obiettivo era quello di agevolare l'uso dei principi legislativi dell'illuminista milanese nell'elaborazione parlamentare del codice penale spagnolo⁹⁶. La sua traduzione della *Scienza* apparve a Madrid, in sei volumi, in appoggio al nuovo potere

1969, p. 331, l'opera di Filangieri ispirò un primo progetto di codificazione delle leggi penali spagnole, realizzato nel 1787 da un ignoto in seno alla Real Academia de Derecho Español y Público. D'altra parte, risulta indubbia che l'influenza delle idee penali di Filangieri venne favorita dalla precedente ricezione, avviata dal 1770, di *Dei delitti* di Beccaria (da parte di Jovellanos, Meléndez Valdés, Lardizábal, Foronda, Sempere, Vizcaino, Colón o Forner) come attesta F. Tomás y Valiente, *Presentación*, cit., p. 867. Tuttavia, d'accordo con A. Risco, *Préface de Beccaria dans l'Espagne des Lumières*, in M. Porret (a cura di), *Beccaria et la culture juridique des Lumières*, Genève, Librairie Droz, 1997, pp. 149-167, rispetto all'illuminista milanese è necessario indagare sulla ricezione della *Scienza* anche attraverso l'uso professionale che se ne fece nell'ambito degli studi delle accademie letterarie più influenti nel Settecento spagnolo, quelle di «Derecho Español y Público» e quella di «Jurisprudencia Práctica».

⁹⁵ R.S. Smith, *English Economic Thought in Spain 1776-1848*, in C.D.W. Godwin et al. (a cura di), *The Transfer of Ideas: Historical Essays*, Durham N.C., 1968, pp. 106-137, anche in E. Fuentes Quintana (a cura di), *Economía y economistas españoles*. IV. *La economía clásica*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2000, p. 314.

⁹⁶ C. Beccaria, *Tratado de los delitos y de las penas*, escrito en italiano por el Marqués de Beccaria, y traducido al castellano por Don Juan Rivera, Madrid, Fermín Villalpando, 1821, pp. v-vi. Come verrà spiegato in seguito, fu anche traduttore di J. B. Say e di B. Constant.

politico ed alle riforme che si stavano stabilendo⁹⁷. La dedica, firmata il 12 marzo del 1821, era rivolta al «Congreso Nacional de la España», e Ribera, dopo aver ricordato che l'opera del napoletano era la «más perfecta que se ha publicado en materia de legislación», la offriva a «los fundadores y conservadores de la libertad política y civil de esta gran nación»⁹⁸. Tutto ciò, questo è chiaro, con la consapevolezza che le nuove circostanze politiche permettevano un'applicazione immediata delle sue idee:

en tiempos de ignorancia y de calamidad se prohibió a los españoles la lectura de esta obra. En los tiempos felices de la restauración de España, y bajo los auspicios de un nuevo cuerpo legislativo ilustrado y de un gobierno decidido a proteger todos los conocimientos útiles, los escritos de Filangieri serán la ocupación libre y predilecta de cuantos españoles deseen contribuir eficazmente con sus luces al bien de la patria⁹⁹.

Oltre a rivendicare l'opportunità storica della sua traduzione, Ribera, per darne una seconda giustificazione, sottolineava l'impellente necessità di correggere la «incompleta y defectuosísima» traduzione di Rubio. In particolare, il suo *Prólogo del traductor* era volto a evidenziare questa questione, più che a mettere in risalto l'eccellenza dell'opera di Filangieri. Ribera non riusciva a capire perché Rubio avesse ridotto ad estratto «el excelente» *Elogio* di Tommasi e perché il revisore della seconda edizione avesse aggiunto i già citati *Discursos del traductor*, i quali «vienen a formar por lo menos cuatro tomos de la traducción»¹⁰⁰. Nell'insieme, le sue critiche si acuiscono al momento di valutare la qualità della traduzione del 1813. Ribera, che sosteneva di aver conosciuto la *Scienza* pochi

anni dopo la sua pubblicazione, assicurava di aver confrontato «palabra por palabra» la traduzione di Rubio con l'edizione dell'originale stampato a Filadelfia nel 1799, ed era arrivato alla conclusione che Filangieri fosse stato «muy lejos de haber sido tan feliz en España como lo fue el Conde de Buffon»¹⁰¹, essendo quella traduzione poco «exacta» ed «elegante». Giungeva a presentare sedici pagine di errori incontrati nei soli primi due libri, per poi far vedere al lettore spagnolo come il suo lavoro appartenesse «grandes ventajas al primer traductor», dato che era stato portato a termine come «traducción fiel y correcta»¹⁰².

Il lavoro di Ribera corrispose al suo sforzo per un miglioramento della qualità. Mantenne all'inizio dell'opera l'*Introduzione* ed il *Piano ragionato dell'opera* di Filangieri, allegò di seguito una versione integrale dell'*Elogio storico* di Tommasi¹⁰³, omise tutti i disordinati *Discursos del traductor* presenti nell'edizione del 1813 ed elaborò una traduzione completamente nuova, visto che, perlomeno all'apparenza, non si tratta di una semplice correzione o rifiusione delle due precedenti. Il suo lavoro presentava inoltre l'importante caratteristica di essere, per la prima volta, una traduzione integrale, e di qualità notevolmente migliore rispetto a quella di Rubio, almeno sulla base della revisione da noi fatta sul secondo libro. Ribera includeva le espressioni in greco, prima omesse; traduceva in castigliano i nomi degli autori ed i testi con un criterio più rigoroso; non ne ometteva alcuno; rispettava la struttura originale dei paragrafi; e, cosa più importante, non censurava nessuna nota o frammento di paragrafo. Così, di fatto, dovettero passare quarantuno anni dalla prima edizione della *Scienza* e trentaquattro dalla prima traduzione, prima che la Spagna potesse usufruire di una ver-

⁹⁷ G. Filangieri, *Ciencia de la Legislación, por el Caballero Cayetano Filangieri, nuevamente traducida por Don Juan Ribera. Segunda edición, revisada y corregida*, Bordeaux, Imprenta de Don Pedro Beaune, 1821-1822, 6 voll.

⁹⁸ Filangieri, *Ciencia* (1821-1822), cit., I, p. V.

⁹⁹ *Ibidem*, cit., I, p. VI.

¹⁰⁰ J. Ribera, *Prólogo del traductor*, in Filangieri, *Ciencia* (1821-1822), cit., I, p. X.

¹⁰¹ *Ibidem*, p. XI.

¹⁰² *Ibidem*, pp. XII, VII.

¹⁰³ *Elogio histórico del Caballero Cayetano Filangieri por Donato Tommasi, abogado de Nápoles*, in Filangieri, *Ciencia* (1821-1822), cit., I, pp. XXXI-CXXVII.

sione integrale dell'opera e, con ogni probabilità, esente da qualsivoglia censura. Inoltre, ed è un paradosso interessante, questo risultato andava a consolidarsi nel momento preciso in cui per la prima volta l'opera cominciava ad essere aggiornata. Ribera incorporò alla sua traduzione alcune brevi note personali per aggiornare un'opera che facilmente, passati ormai quattro decenni, poteva essere considerata come invecchiata. In concreto, per quanto riguardava il contenuto economico, rimandava il lettore al *Traité* de J. B. Say, l'economista che godeva di maggior influenza nella Spagna di quegli anni¹⁰⁴, per contrastare e modernizzare i principi monetari e tributari di Filangieri¹⁰⁵.

Nel momento in cui veniva pubblicata la traduzione di Ribera, gli eredi di Rubio stavano preparando una terza edizione della precedente (1822). Questa, che vide la luce a Madrid in cinque tomi divisi in dieci volumi, fu opera del revisore della precedente edizione o forse anche di un'altra persona, e venne pubblicata con un'argomentata difesa alle critiche rivolte da Ribera¹⁰⁶. L'editore anonimo ammetteva che la prima traduzione di Rubio era stata «muy defectuosa, pues se omitieron muchas cosas del original, otras las varió, en más fue demasiado libre y en otras siguió servilmente la letra», sebbene, ciononostante, raramente «dejó de presentar los pensamientos del autor, aunque con menos energía y nobleza que están en el original». Poco poté essere migliorato nella nuova edizione. Venne pubblicata «algo corregida y enmendada», ma «la precipitación con que se hizo no permitió ni corregir las pruebas con la atención y el cuidado que era debido, ni mucho menos consultar el original. Por esta razón se hal-

lan en ella tantas faltas que se echaron de ver desde luego, y se dejó su corrección para tiempo más oportuno»¹⁰⁷.

Una volta riconosciuti questi errori, veniva abbandonato il tono di scusa per scagliarsi invece contro il lavoro di Ribera. Benché «hecho con toda la tranquilidad que gozamos por las nuevas instituciones», quello era di scarsa qualità. Per prima cosa, lo si accusava di non aver «cotejado la traducción con el original»; quindi, di «no entender la materia» e di omettere «algunas cosas necesarias y precisas»; infine, di possedere uno stile «lánguido y pesado por las muchas repeticiones que tiene» e di presentare raramente «los pensamientos del original con sencillez». La conclusione era logica: risultava «indispensable que [la traducción] se emprenda de nuevo, a lo menos que el Señor Ribera se aplique con más cuidado a reformarla»¹⁰⁸. A sostegno di queste argomentazioni venivano presentate sette pagine di errori osservati nella traduzione di Ribera, una volta confrontata con l'edizione della *Scienza* realizzata a Milano nel 1784, e si giungeva alla conclusione che «son infinitas las partes de la obra que necesitan corregirse» e che la traduzione non era «exacta, elegante y correcta»¹⁰⁹. Tuttavia, le recriminazioni contro l'altro traduttore non terminavano lì. Riguardavano anche

¹⁰⁷ J. Rubio, *Advertencia del editor*, in Filangieri, *Ciencia* (1821-1822), cit., I, pp. 1-2.

¹⁰⁸ *Ibidem*, I, p. 6.

¹⁰⁹ *Ibidem*, I, pp. 6, 14. Alla diffusione della traduzione contribuì un opuscolo nel quale si «desdenaba la ampulosa erudición de Ribera y se realzaban los planes» di Rubio (cfr. P. Cervecer, *El pensamiento económico de la Ilustración valenciana* (1760-1826), Doctoral Thesis, Valencia, University of Valencia, 2001, p. 714). Per la medesima occasione furono stampati due brevi prospetti relativi alla prima edizione della traduzione di Ribera, *Prospecto La ciencia de la Legislación, escrita en italiano por [...] Cayetano Filangieri, y traducida nuevamente al castellano por Juan Ribera: dedícase al Congreso Nacional de las Españas*, Madrid, Imprenta de D. Fermín Villalpando, 1821 e alla terza di J. Rubio, *Prospecto a la obra titulada Ciencia de la Legislación escrita en italiano por el caballero Cayetano Filangieri, y traducida al castellano por D. Jaime Rubio, abogado de los Reales consejos, tercera edición, corregida, cotejada con el original, y añadida con discursos analíticos en cada tomo*, Madrid, Imprenta de Núñez, 1822.

¹⁰⁴ E. Lluch, S. Almenar, *Difusión e influencia de los economistas clásicos en España* (1776-1870), e S. Almenar, *El desarrollo del pensamiento económico clásico en España*, entrambi in E. Fuentes Quintana (a cura di), *Economía y economistas*, cit., rispettivamente alle pp. 93-170 e 7-92.

¹⁰⁵ Filangieri, *Ciencia* (1821-1822), cit., II, pp. 216, 225-226.

¹⁰⁶ A questo riguardo, si veda la *Advertencia del editor*, presentata alla fine del primo volume.

i suoi giudizi sulla supposta inutilità dei *Discursos del traductor*; gli eredi di Rubio facevano appello all'autorità di Condorcet e di altri autori che avevano realizzato degli estratti da opere classiche per difendere la validità di questi *Discursos*, dato che, lungi dall'essere un «fárrago inútil», contenevano un riassunto illustrativo dell'«esprit» dell'opera¹¹⁰.

Parallelamente a tutte queste recriminazioni, la principale novità da questa terza edizione consisteva nel fatto che era una versione integrale. Allo stesso tempo, presentava la stessa struttura formale dell'edizione del 1813, con la sua stessa *Introducción*, l'estratto dell'*Elogio storico*, le *Reflexiones políticas*¹¹¹ e, nonostante tutte le critiche che avevano suscitato, tutti i *Discursos del traductor*. È indubitabile che venne migliorata. Vi erano correzioni ai riferimenti ad autori ed opere e anche di significato, ma nel complesso senza risolvere tutti i gravi problemi che abbiamo attribuito all'edizione del 1787-1789. La questione più rilevante è che conservava ancora delle censure in alcuni paragrafi, sebbene in una misura inferiore a confronto alle due precedenti edizioni.

La terza edizione di Rubio non mancò di ricevere una replica. Nel 1823 apparve, in sei volumi, la seconda edizione della traduzione di J. Ribera. Venne realizzata a Bordeaux, il che ci porta a pensare che venne pubblicata una volta terminato il ciclo dei liberali al potere, dato che la città francese costituiva un punto di incontro abituale per gli esiliati antiabsolutisti spagnoli. Questa nuova edizione aveva la stessa struttura e contenuto di quella precedente. Si può solo osservare che nel *Prólogo al traductor*, veniva ommesso il dettaglio degli errori rilevati nell'edizione di J. Rubio, essendo quella una questione «tan prolíja como costosa»¹¹², tutto ciò, senza dubbio, al fine

di evitare che proseguisse la serie di mutue recriminazioni che c'erano state fra i traduttori.

Quarto momento (1836-1839)

L'ultima fase della diffusione dell'opera di Filangieri in Spagna si situa nel periodo di reggenza di Maria Cristina (1833-1840), che pose fine a dieci anni di potere assolutista e di restaurazione parziale dei principi della vecchia società e rese possibile tanto il ritorno al potere dei liberali, le cui correnti moderate e progressiste finirono per avvicinarsi, quanto l'introduzione, questa volta in modo più stabile, della tolleranza politica e culturale, e contemporaneamente, come spesso accadde in numerosi paesi europei, una notevole rivitalizzazione del dibattito costituzionale.

L'avvenimento principale di quest'ultima fase si verificò nel 1836, in cui vide la luce la terza edizione della traduzione di J. Ribera della *Scienza*. Venne pubblicata a Parigi, in due diverse tipografie – la Librería española di Lecointe e la Librería americana –, e tuttavia risulta attualmente l'edizione meno diffusa tra tutte quelle spagnole di quest'opera. La giustificazione per questo fatto era da ricercarsi nel «crecidísimo número de personas que por todas partes no cesan de pedirla» [la *Scienza*] e nella «suma escasez de las ediciones anteriores»¹¹³; inoltre, la sua principale caratteristica consisteva nell'includere una traduzione, realizzata dallo stesso Ribera, del

¹¹⁰ Rubio, *Advertencia del editor*, in Filangieri, *Ciencia* (1821-1822), I, cit., pp. 4-5.

¹¹¹ Il primo scritto figurava nel volume X ed il secondo nel volume V, pp. 183 ss.

¹¹² J. Ribera, *Prologo del traductor*, in *Ciencia de la Legislación*, por

el Caballero Cayetano Filangieri, nuevamente traducida por Don Juan Ribera. Segunda edición, revisada y corregida, II, Burdeos, Imprenta de Don Pedro Beaune, 1823, p. XII. Anche Ribera aggiungeva alla sua edizione un «índice de los capítulos que debían haber sido comprendidos en el noveno volumen de la edición napoleónica, y que el autor dejó sin escribir por haberle sobrevenido la muerte».

¹¹³ G. Filangieri, *Ciencia de la Legislación*, por C. Filangieri, *ilustrada con comentarios por Benjamín Constant. Tercera edición, revisada, corregida y aumentada*, Paris, Librerías española de Lecointe y Americana, 1836, 10 vol. in 5 tomi, in particolare I, p. 5.

Commentaire sur l'ouvrage de Filangieri (1822-1824) di B. Constant, testo all'epoca ampiamente diffuso in Francia ed Italia¹¹⁴. Tale fatto sottolineava, fuori da ogni dubbio, l'imponibilità di questa nuova edizione. Iniziava con una *Advertencia preliminar* nella quale Ribera, lungi dal riprodurre i soliti elogi a Filangieri ed alla sua opera, si limitava a tradurre integralmente i motivi che avevano spinto Constant a realizzare la sua estesa impugnazione critica della *Scienza*, con la convinzione che in tal modo il lettore spagnolo avrebbe potuto trovarvi «discutidos varios puntos que en la época en que escribió Filangieri no podían ser tratados con el mismo interés»¹¹⁵. Inoltre, approfittava di tale occasione per rivedere il suo precedente lavoro. Quella del 1836 non fu una semplice ristampa delle sue due versioni anteriori, quelle del 1821-1822 e del 1823, quanto una riedizione leggermente rivista. Ad esempio, rispetto al secondo volume della *Scienza*, non solo ritirò le espressioni in greco e fece altri tipi di cambiamenti formali di scarsa importanza, ma incluse delle note nuove, con lo scopo di chiarire al lettore spagnolo diverse questioni riguardanti la salute pubblica e di consigliargli la lettura delle traduzioni spagnole dell'opera di Tocqueville e della quinta edizione – in procinto di essere pubblicata – del *Traité* di Say¹¹⁶.

¹¹⁴ Cordey, *Benjamin Constant*, cit., pp. 63, 76-78. Nonostante l'esperienza spagnola si avvicini molto a quella francese, il *Commentaire* di Constant conobbe una fortuna «mancata»: nello spazio italiano fu oggetto invece di ben otto edizioni tra il 1826 ed il 1841, cfr. V. Frosini, *Filangieri e Constant: un dialogo fra due secoli*, in D'Alessandro (a cura di), *Gaetano Filangieri e l'illuminismo europeo*, cit., p. 368.

¹¹⁵ Filangieri, *Cienza* (1836), cit., I, pp. 7-17.

¹¹⁶ *Ibidem*, III, p. 191; IV, pp. 76-77, 128-129. J. Ribera era stato uno dei traduttori della quarta edizione del *Traité* di Say. Questa servì come base per la realizzazione di una traduzione successiva – e molto poco conosciuta – della quinta edizione della stessa opera, la cui elaborazione dovette essere opera di Ribera in persona, sebbene non in forma esclusiva. È più che probabile che questa nuova edizione fosse stata realizzata a Parigi nel 1836, anche se la sua pubblicazione avvenne in Spagna tre anni dopo J.B. Say, *Tratado de Economía Política*, Gerona, Imprenta y librería de V. Oliva, 1839, 4 voll.

Nemmeno la traduzione del *Commentaire* di Constant ne era una riproduzione fedele. Ribera frammentò quest'opera ed incluse i suoi diversi capitoli di seguito a quelli della *Scienza* a cui si riferivano; cambiò la struttura originale dei paragrafi; pur conservando la maggior parte dei 46 capitoli della *Scienza* che erano stati oggetto di critica da parte di Constant, ne eliminò alcuni, modificò il loro ordine e addirittura la loro posizione interna. Tutto ciò non impedisce di giudicare la sua traduzione come di gran qualità. Bisogna evidenziarne ancora due ultime caratteristiche: da un lato, il fatto che includeva anche alcune brevi note originali, seppur di scarso rilievo¹¹⁷. Dall'altro, che Ribera aveva mantenuto l'*Elogio* di Tommasi¹¹⁸, invece di sostituirlo con quello più recente del calabrese Saverio Salfi (il lavoro di questi venne generalmente allegato all'edizione della *Scienza* che includeva il *Commentaire* di Constant)¹¹⁹. Tutto ciò finì per convertire Tommasi nel biografo ufficiale di Filangieri in Spagna.

La serie di testi che compongono la biblioteca *filangieriana* in Spagna si chiude con il *Compendio* di Bernardo Latorre (o La Torre). Venne redatto nel 1834, anche se la pubblicazione fu posteriore di cinque anni. Il suo autore proveniva ancora una volta dall'ambito giuridico – era magistrato onorario e giudice di prima istanza nella città castigliana di Toledo – ed il suo lavoro non era tanto una traduzione della *Scienza*, quanto un riassunto dei libri primo, secondo e terzo (nella sua prima e seconda parte); un riassunto, tuttavia, molto condensato, visto che l'autore utilizzava poco più di due centinaia di pagine per rendere conto di tutte quelle parti dell'opera, talvolta insieme alle sue non meno estese note personali. Alla fine del libro aggiungeva un breve appendice originale «sobre

¹¹⁷ Filangieri, *Cienza* (1836), cit., III, pp. 238-239; IV, p. 111.

¹¹⁸ *Ibidem*, I, pp. 25-159.

¹¹⁹ *Oeuvres de G. Filangieri traduites de l'italien. Nouvelle édition accompagnée d'un Commentaire par M. Benjamin Constant et de l'Eloge de Filangieri par M. Salfi*, Paris, P. Dufart, 1822, 6 vol.

el estado de las cárceles y sobre las mejoras de que son susceptibles»¹²⁰.

Il *Compendio* venne redatto, prima di tutto, per favorire la riforma della legislazione spagnola e procedere all'elaborazione di un nuovo codice legislativo «tan claro, que todos conozcan sus derechos y sus obligaciones»¹²¹. Se la Spagna non aveva raggiunto le vette dell'Illuminismo di altri paesi, ciò si doveva a «los días funestos en que la tiranía de pérfidos e ignorantes ministros seducían al príncipe para que persiguiese a los hombres más beneméritos y respetables [...], culpen a ese infinito catálogo de libros prohibidos». Una volta giunto, invece, il tempo della regina governatrice e dell'attuale «gobierno sabio», si rendeva più che mai «preciso que se formen nuevas leyes conforme a la ilustración del Estado, a la índole de los pueblos, al sistema de gobierno y a las luces del siglo», e per tutto ciò, era necessario stimolare «el estudio de las ciencias que poco tiempo ha estaban proscritas».

Oltre a queste ragioni, una seconda chiave interpretativa del *Compendio* era la volontà che le idee di Filangieri venissero considerate nell'ambito educativo. I programmi dell'insegnamento universitario sembravano «dictados como a propósito para que la juventud nunca conociese los verdaderos principios». E dato che l'opera di Filangieri era così ampia, Latorre aveva deciso di farne un *compendio*, scelta che giustificava anche in base al fatto che

los grandes volúmenes de intérpretes y comentadores de nuestras leyes generalmente sólo sirven para aumentar la confusión, asustando a los que se dedican al estudio de la ciencia, porque en lo común sus infinitas páginas están llenas de ridículas sutilezas y pruebas enfadosas de verdades, que poco o nada interesan.

¹²⁰ B. Latorre (o La Torre), *Compendio de la obra que escribió el Caballero Filangieri, titulada Ciencia de la Legislación, con notas de los autores más clásicos, redactado en el año 1834*, Madrid, Imprenta de L. Boix, 1839 pp. 205-224.

¹²¹ I motivi della sua elaborazione vengono spiegati nel *Discurso preliminar*, del quale fanno parte le citazioni testuali di questo paragrafo.

Su questa stessa linea si inseriva il desiderio che venisse utilizzata anche per un adeguato aggiornamento professionale, dato che «es muy raro el estudiante que después de concluida su carrera sepa buscar el origen de las leyes y discurrir filosóficamente sobre ellas».

Se vi è qualcosa che caratterizza il *Compendio* di Latorre, è la volontà di confrontare le idee di Filangieri con la realtà giuridica ed economica spagnola. Il magistrato ammetteva che

no me he propuesto adquirir el honroso título de escritor; no he hecho más que entresacar los textos de los demás clásicos autores que han tratado filosóficamente la ciencia de la legislación, he puesto las notas que he creído necesarias [...], tanto de nuestras leyes como de los principios que he visto establecidos por los escritores más respetables.¹²²

I numerosi riferimenti che aggiunse, così abbondanti in certi passaggi da sfumare le idee del napoletano, a volte erano destinati ad esporre il contenuto delle leggi spagnole ed a contrastarlo con le motivazioni di Filangieri; in altri casi, a sottolineare la necessità di intraprendere nuove riforme legislative; e, infine, nella maggior parte delle volte, a rendere attuali le idee di Filangieri alla luce di quelle di altri autori a lui posteriori. Il libro in cui maggiore risulta il contributo di Latorre è il terzo, cosa logica vista la sua condizione di professionista della magistratura. I suoi commenti presentavano come fonti principali gli scritti del criminalista spagnolo Gutiérrez, di Becaría, Lardizábal, Bentham e di uno dei principali traduttori spagnoli degli scritti di quest'ultimo, Ramón de Salas. Per quanto riguarda il riassunto del secondo volume, è poco preciso e risulta evidente che sia stato opera di qualcuno estraneo al mondo delle idee economiche. Latorre usava idee provenienti dagli scritti di Uzáriz, Bentham, Constant, Raynal, Salas e Say, il cui *Traité* è l'opera da lui maggiormente citata. Vi era un'unica divergenza da

¹²² Latorre, *Compendio*, cit., *Discurso Preliminar*, p. x.

Filangieri, relativa al sistema tributario. Di fronte alla sintonia di questi con l'*impôt unique* fisiocratica¹²³, Latorre dissentiva dall'idea che fosse conveniente scaricare tutto il peso delle tasse sulla terra e si faceva sostenitore piuttosto dell'idea che prevedeva di ripartire tale peso a «todos con igualdad», soprattutto su «las rentas que destinan sus dueños a objetos inútiles», per concludere che il miglior sistema di tassazione fosse quello vigente in Aragona¹²⁴.

La riabilitazione di cui fu oggetto la *Scienza* durante la reggenza di Maria Cristina coincide con il ciclo finale di influenza dell'opera, perlomeno nell'ambito economico. Le idee economiche di Filangieri vennero utilizzate tra il 1811 ed il 1845 nel contesto dei dibattiti sul processo di eversione dei beni feudali¹²⁵ e, durante gli anni Trenta, nell'elaborazione di diverse opere economiche, come gli influenti *Diccionarios* del fisco del ministro J. Canga Argüelles (1834) e nel principale scritto del liberale aragonese M. Torrente (1835), in questo secondo caso dovuto al fatto che trasse molta ispirazione dall'opera di M. Gioia¹²⁶. Sebbene si continuò a citare la *Scienza* anche nel decennio successivo, da autori come N. de Paso (1841) o dall'economista liberoscambista J.J. de Mora (1834), si trattò in genere di allusioni retoriche, volte principalmente ad evidenziare in Filangieri il suo aspetto di pioniere del libero commercio.

Conclusioni

Nel lungo viaggio europeo effettuato dall'opera di Filangieri, la Spagna rappresentò un'importante stazione di arrivo. L'opera ebbe una diffusione straordinaria in questo paese¹²⁷ attraverso un insieme di scritti dalla molteplicità

¹²³ Nuccio, *Economisti e riformatori*, cit., p. 237.

¹²⁴ Latorre, *Compendio*, cit., pp. 62-63, 65.

¹²⁵ Lluch, Almenar, *Difusión*, cit., p. 125.

¹²⁶ *Ibidem*, pp. 125-127.

¹²⁷ Bisogna tener presente che la sua notevole fortuna stimolò la

ce natura, che incluse forme così diverse tra di loro, quali la traduzione, la confutazione, il commento ed il riassunto. Elemento chiave di tale diffusione furono le sei traduzioni, integrali o parziali, di cui la *Scienza* fu oggetto, anziché se molti stimoli vennero pure dalle diverse versioni spagnole dell'*Elogio* di Tommasi, delle *Riflessioni* di Filangieri e del *Commentaire* di Constant. Questa diffusione fu inoltre di lunga durata, secondo il giusto giudizio di Venturi¹²⁸, dato che, iniziata nel 1784, proseguì fino al 1839; la *Scienza* fu uno degli scritti del XVIII secolo con maggior eco nel secolo successivo, nel quale apparvero cinque delle sei traduzioni che la riguardarono.

Pochi scritti rispecchiano, meglio di quello di Filangieri, le enormi difficoltà causate in Spagna dall'interminabile agonia dell'Antico Regime; più precisamente, le tappe di diffusione della sua opera si concentrarono nei periodi di libertà e di progresso della cultura costituzionale¹²⁹: il regno di Carlo III, le Cortes di Cadice, il triennio liberale e la reggenza di Maria Cristina; al contrario,

divulgazione della *Scienza* anche nelle colonie ispanoamericane; a questo proposito, sembra provato che la madrepatria svolse un ruolo di intermediario nella diffusione delle idee illuministe nel continente americano, dove, come confermano i casi oggetti di studio più approfondito, come quello di Río de la Plata, Filangieri «acabó por convertirse en el transcurso del proceso pre y post-revolucionario en uno de los tres o cuatro autores de mayor peso entre los criollos», superando in notorietà, dopo il 1810, Galiani e Genovesi J.C. Chiaramonte, *Gli illuministi napoletani nel Río de la Plata*, in «Rivista storica italiana», LXXVI (1964), pp. 114-132, poi in Id., *Pensamiento económico de la Ilustración*, Caracas, Ayacucho, 1979, da cui traggio la citazione.

¹²⁸ Venturi, *Nota introduttiva*, cit., p. LV.

¹²⁹ In questo senso lo studio del movimento costituzionale in Spagna tra il 1808 e il 1812, messo in relazione con la figura di Filangieri, risulterebbe importante per conoscere anche quale fu il ruolo concreto del suo allievo Donato Tommasi, del quale fu richiesta nel 1809 la presenza a Siviglia per collaborare come ministro delle Due Sicilie con la Suprema giunta centrale (cfr. R. Feola, *Dall'Illuminismo alla Restaurazione. Donato Tommasi e la legislazione delle Sicilie*, Napoli, Jovene, 1977). Allo stesso modo, è poco studiata la ricezione in Spagna del *Progetto di costituzione della Repubblica napoletana* (1799) di un altro allievo di Filangieri, F.M. Pagano.

essa non si propagò sotto la protezione dei poteri assolutisti. Allo stesso tempo, le vicende spagnole della *Scienza* riflettono molto bene l'enorme sforzo che gli illuministi e liberali spagnoli dovettero compiere affinché il loro paese non restasse emarginato dal mondo delle nuove idee; sforzo ben esemplificato dall'impegno da essi posto nello schivare gli ostacoli dell'Inquisizione e delle forze religiose e politiche più conservatrici, nel resistere ai quarantuno anni trascorsi prima che venisse portata a termine una traduzione dell'opera integrale e libera da censure e nella disputa intervenuta, già nel pieno del XIX secolo, tra Riberà e gli eredi di Rubio per un miglioramento della qualità delle loro rispettive traduzioni.

La notevole fortuna della *Scienza* in Spagna non può essere spiegata senza considerare gli innumerevoli legami che univano il regno di Napoli con la monarchia spagnola; vincoli soprattutto di radice politica nel momento in cui Filangieri scrisse la sua opera, ma che raggiunsero un'importanza molto significativa anche sul piano culturale e della circolazione delle idee, come spiegato ripetutamente e con la sua solita maestria da Venturi¹³⁰. In questo senso, proprio come è stato evidenziato nel caso tedesco¹³¹, la ricezione dell'opera di Filangieri in Spagna non può essere estrapolata dalla ricezione che la cultura illuminista napoletana conobbe nel suo insieme¹³². Questa

¹³⁰ F. Venturi, *Economisti e riformatori spagnoli e italiani del '700*, in «Rivista Storica Italiana», LXXIV (1962), pp. 532-561; trad. spagnola in F. Estrade (a cura di), *Textos olvidados*, Madrid, I.E.F., 1973, pp. 203-252; Id., *Spagna ed Italia nel secolo dei Lumi*, corso di storia moderna, Torino, Turrentia, a.a. 1973-1974; Id., *Settecento Riformatore*, II, cit., pp. 44-64; IV, cit., 239-328.

¹³¹ Becchi, *Vico e Filangieri*, cit., pp. 100-102.

¹³² Occorre pure avvertire che questo dialogo tra Napoli e la Spagna venne probabilmente favorito anche dall'uso degli illuministi napoletani di includere nelle loro opere riferimenti precisi sulla penisola iberica e sulle possibili riforme socio economiche e politiche che vi si potevano realizzare. D'altra parte, mentre nell'elaborazione della *Scienza* risulta evidente la padronanza delle fonti francesi e inglesi, la quasi inesistenza di libri spagnoli nella biblioteca di Filangieri documenterebbe il suo scarso interesse per questa tradizione. Da questo

fu, senza dubbio, una componente fondamentale del flusso di idee provenienti dagli Stati italiani¹³³, più importanti di quello originato dagli illuministi de *Il Caffè* radicati nella Milano della Lombardia austriaca (con la notevole eccezione di Beccaria), e giunse in Spagna principalmente per mano degli illuministi aragonesi e di Valenza¹³⁴. A grandi linee, il suo percorso fu il seguente: per prima cosa, vi fu la ricezione nell'ambito dell'università spagnola, e non senza delle resistenze¹³⁵, dell'opera antiscolastica di Genovesi¹³⁶, quindi, si diffuse il punto di vista più propriamente economico attraverso i *Dialoghi* di Galiani (1775) e le *Lezioni* di Genovesi (1785-1786), ed infine quello più specificamente legislativo, per opera della *Scienza* di Filangieri. Quest'ultima mise forse in ombra l'arrivo successivo degli scritti dei discepoli napoletani di Genovesi e Filangieri (Palmieri, Pagano, Galiani, ecc.)¹³⁷, che sono generalmente molto meno conosciuti in Spagna. Ciononostante, il ciclo di traduzioni e di influenza che in questo paese ebbe la cultura napoletana finì per trascendere il XVIII secolo. E ciò non solo grazie all'opera di Filangieri, ma anche a quella di Galiani, i cui *Dialoghi* continueranno ad essere di una certa influenza nel corso dei primi decenni del XIX secolo, e di Genovesi, le cui *Lezioni* e la cui versione con note dell'*Espirit des lois* saranno oggetto di nuove traduzioni negli stessi decenni. Tutti insieme giungeranno a coprire un orizzonte temporale di influenza di circa sette decenni (1770-1840). Forse Venturi¹³⁸ non fu capace di osservare questo fenomeno

punto di vista l'irrimediabile napoletano rappresenta un significativo momento di involuzione rispetto a Genovesi e Galiani, buoni conoscitori delle opere di Uzartiz, Ulloa e degli altri economisti spagnoli.

¹³³ Astigaraga, *The light and shade*, cit.

¹³⁴ Usó, *Pensamiento*, cit.; *El pensamiento*, cit.

¹³⁵ Venturi, *Settecento riformatore*, I, cit., pp. 535-536.

¹³⁶ Zamora, *Universidad*, cit.

¹³⁷ F. Di Battista, *L'emergenza ottocentesca dell'economia politica a Napoli*, Bari, Facoltà di Economia e Commercio, 1983; R. Faucci, *L'economia politica in Italia*, Torino, Utet, 2000, pp. 99 ss.

¹³⁸ Venturi, *Economisti e riformatori spagnoli*, cit., p. 250.

nella sua autentica dimensione e l'impronta lasciata in Spagna dagli autori napoletani non fu meno rilevante di quella degli illuministi spagnoli in Italia, la cui eredità si è potuta conoscere meglio grazie ai lavori di N. Guasti¹³⁹, attestando qualcosa di più di una mera influenza sporadica o spontanea¹⁴⁰.

Bisogna sottolineare anche la preminenza della *Scienza* in Spagna sugli altri trattati di legislazione concepiti durante l'Illuminismo europeo. A parte Beccaria, l'unico caso paragonabile al napoletano è quello di Bentham, i cui scritti furono anch'essi oggetto di una notevole diffusione, specialmente tra il 1820 ed il 1840¹⁴¹. Non si può affermare lo stesso, o perlomeno non con la stessa intensità, per quelli, per esempio, del francese Mably o dello svizzero Schmid d'Avenstein, che pure erano conosciuti. Tutto ciò conferma l'importanza di questo tipo di trattati in quanto strumenti di riforma ideologica e, nel caso di Filangieri (ma, con tutta probabilità, anche di Schmid d'Avenstein)¹⁴², di una dimensione non solo strettamente giuridica e filosofico-politica, ma anche economica.

È indubbio che l'accettazione della *Scienza* in Spagna venne facilitata dalla somiglianza dei problemi giuridici e socioeconomici, specie per quanto riguarda la sopravvivenza delle istituzioni feudali, con quelli di Napoli. Tuttavia, molte delle chiavi interpretative di tale accettazione devono essere cercate anche nel contenuto stesso dell'opera, al di là delle caratteristiche che normalmente vengono in essa sottolineate, come il suo carattere multidisciplinare, il suo significato unitario e la sua già ricordata concezione cosmopolita ed aperta ad una dimensio-

¹³⁹ N. Guasti, *Forbonnais e Uztáriz: le ragioni di una traduzione*, in «Cuadernos Aragoneses de Economía», 8 (1998), pp. 125-141; Id., *Síntesis entre los georgofili de Florencia*, in «Annali dell'Istituto Universitario Orientale», XLII (2001), pp. 473-486.

¹⁴⁰ Astigaraga, *The light and shade*, cit.

¹⁴¹ Cabrillo, *Traducciones*, cit., pp. 87-88; P. Schwartz, *La influencia de Jeremías Bentham en España*, in «Información Comercial Española», DXVII (1976).

¹⁴² Schwartz, *La influencia*, cit., p. 49.

ne che oltrepassa i problemi specifici del Mezzogiorno. Di particolare importanza era l'approccio globale dell'opera, la cui base era la distinzione tra la *bontà assoluta* («laws of absolute goodness») e la *bontà relativa* («laws of relative goodness») delle leggi. Tale distinzione, derivata d'una interpretazione particolare dell'*Esprit des lois*¹⁴³, allontana la *Scienza* da un programma strettamente razionalista ed assolutista; mentre le prime leggi dovevano rispettare i principi generali dell'ordine naturale, le seconde non dovevano perdere di vista la relazione fra le leggi e «lo stato della nazione»¹⁴⁴. In questo modo la *Scienza* si ricollegava con una metodologia relativista che obbligava a tener conto delle caratteristiche fisiche, economiche, politiche e culturali di ogni paese al momento di orientarne la riforma della legislazione¹⁴⁵. Nel sottolineare la variabilità delle leggi e delle istituzioni, Filangieri permetteva alla sua opera di travalicare una mera ricostruzione utopica per divenire ad un autentico programma politico, da adattare alle differenti realtà nazionali¹⁴⁶.

E su questo piano della dimensione politica della *Scienza*, bisogna tener presente che, sebbene non offrisse un'alternativa assoluta al dispotismo illuminato, conteneva comunque un messaggio riformatore assai più avanzato di esso, percepibile soprattutto nella difesa dei diritti fondamentali dell'individuo e nell'enfasi giusnaturalista sullo sviluppo di una società più egualitaria in termini economici, giuridici e politici¹⁴⁷. I cambiamenti che la geografia

¹⁴³ S. Cotta, *Montesquieu et Filangieri. Notes sur la fortune de Montesquieu au XVIII^e siècle*, in «Révue Internationale de philosophie», IX (1955), pp. 387-400.

¹⁴⁴ Filangieri, *La scienza*, II, cit., p. 41.

¹⁴⁵ Cotta, *Gaetano Filangieri*, cit., pp. 104-108.

¹⁴⁶ Feola, *Dall'Illuminismo alla Restaurazione*, cit., p. 4. Risulta necessario insistere sul fatto che, a fronte di una storiografia che ha considerato Filangieri un discepolo superficiale della ragione astratta (B. Croce), gli illuministi e i liberali spagnoli trovarono nella sua opera una fonte utile per l'elaborazione delle leggi positive, quanto meno sul terreno della codificazione penale e dell'eversione feudale.

¹⁴⁷ Ferrone, *La società giusta ed equa*, cit.

politica europea stava conoscendo negli anni di elaborazione dell'opera¹⁴⁸, la rivoluzione americana, lo spunto che essa diede nel riaprire il dibattito sulle forme di governo e le esperienze riformatrici guidate da Leopoldo in Toscana, Maria Teresa e Giuseppe II in Lombardia poterono suscitare in Filangieri una perdita graduale di fiducia nella capacità riformatrice dei Borboni e un notevole allontanamento rispetto alla politica di Ferdinando IV, al punto che la *Scienza* finì per incorporare elementi sufficientemente innovatori convertendo il suo autore in un «profeta che indicava la via da seguire» al nuovo Illuminismo, più radicale, che si stava formando in Europa negli anni precedenti la Rivoluzione francese¹⁴⁹. Tutte queste questioni sono fondamentali per spiegare il destino della *Scienza* in Spagna. Non risulta strano che la prima fase della sua diffusione, nei due ultimi decenni del XVIII secolo, è contraddistinta da una evidente asimmetria tra la vasta eco che l'opera conobbe attraverso la stampa periodica e le traduzioni da un lato, e le notevoli difficoltà nell'accettazione completa dei suoi contenuti dall'altro. Difficoltà percepibili non solo nei settori politici e religiosi assolutisti e reazionari, che cercarono di impedire immediatamente l'introduzione in Spagna di qualsiasi corrente riformatrice ispirata al repubblicanesimo di Filangieri, ma anche attraverso la messa al bando degli illuministi, visto che il progetto costituzionale di Filangieri poteva risultare, nel complesso, troppo avanzato. In questo modo si dovette aspettare fino a che, con la promulgazione della costituzione di Cadice del 1812, si aprì un nuovo periodo nella storia della cultura politica spagnola. Più precisamente, questo periodo coincide con la fase più fertile della diffusione e dell'influenza della *Scienza* in Spagna, la cui massima espressione si raggiunse nel Triennio liberale. Nonostante tutto, il tono moderato che ispirava l'opera, l'enfasi che questa poneva nell'educazione come strumento per

diffondere i Lumi e plasmare l'opinione pubblica, e la «pacifica rivoluzione» cui confidava Filangieri per riformare i principi giuridici che permettevano la continuità dei privilegi feudali, erano i suoi punti di forza. E ciò in armonia con l'atteggiamento delle generazioni riformiste che affiorarono a poco a poco in Spagna, nel corso degli ultimi quattro decenni del XVIII secolo, attorno alle emblematiche figure di Campomanes e Jovellanos, anche loro caratterizzati da un'indiscutibile interesse verso la questione legislativa e da un notevole componente antic feudale, antif feudale ed in parte liberalizzatrice¹⁵⁰.

La lunga fortuna della *Scienza* in Spagna non deve essere guardata come un anacronismo, ma come un ulteriore riflesso del sinuoso cammino intrapreso in questo paese dall'Antico Regime prima di sparire completamente. La lenta avanzata del liberalismo spagnolo finiva per rendere cronici i vecchi problemi, il che rendeva impossibile la rinuncia o, in questo caso, una radicale attualizzazione del vecchio lascito illuminista. Ed è davvero significativo

¹⁴⁸ D. Carpanetto, G. Ricuperati, *L'Italia del Settecento. Crisi, trasformazioni, lumi*, Roma-Bari, Laterza, 1993, pp. 363-366.
¹⁴⁹ Ferrone, *I profeti dell'Illuminismo*, cit., pp. 353, 356.

¹⁵⁰ L'opera di Filangieri è stata sinora considerata come un punto d'arrivo dell'offensiva radicale contro il potere politico ed economico del baronaggio, superando il «prudente, contenuto e misurato» linguaggio con cui Genovesi aveva affrontato tale questione. Questa importante componente antif feudale della *Scienza*, che troverà seguito nelle opere di Galanti, Delfico e Palmieri, dovette risultare un punto di riferimento importante per l'accettazione dell'opera da parte della seconda generazione di illuministi spagnoli (Foronda, Jovellanos, ecc.). Ciononostante, esistevano importanti differenze tra la strategia riformatrice di questi ultimi e quella dei napoletani: il filone principale dell'Illuminismo spagnolo difese una politica di riforma e regolazione, piuttosto di soppressione, del maggiorasco e della proprietà feudale (B. Clavero, *Mayorazgo*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. 291-330), e, allo stesso tempo, si concentrò intorno all'utilità di elaborare una legge agraria. Genovesi, Filangieri, Galanti e Delfico respinsero questa possibilità, ritenendo che tale legge costituisse un progetto utopistico e innaturale, o persino il simbolo di un indesiderato radicalismo ugualitario (cfr. P. Villani, *Il dibattito sulla feudalità nel Regno di Napoli dal Genovesi al Canosa*, in *Studi sul Settecento italiano*, Napoli, Istituto italiano per gli studi storici, 1967; Id., *Mezzogiorno tra riforme e rivoluzione*, Bari, Laterza, 1973, pp. 155-212; A.M. Rao, *L'amaro della feudalità. La devoluzione di arnone e la questione feudale a Napoli alla fine del '700*, Napoli, Guida, 1984, pp. 39 ss.).

che i traduttori spagnoli di Filangieri, ancora nel corso degli anni Venti e Trenta del XIX secolo, continuarono a difendere la validità e l'utilità dell'opera usando termini molto simili a quelli utilizzati molti anni prima dai loro predecessori illuministi.

FRANCO MOTTA

LE CONDANNE INQUISITORIALI DELLA «SCIENZA DELLA LEGISLAZIONE»

La *Scienza della legislazione* fu oggetto di distinti provvedimenti di censura da parte degli organi romani di controllo della stampa¹. Una prima proibizione fu infatti emanata dalla Congregazione dell'Indice il 7 dicembre 1784 in seguito all'esame dei primi due volumi dell'edizione napoletana del 1781: una misura poi confermata con il decreto del 17 giugno 1826, teso a colpire i volumi terzo, quarto e quinto dell'opera, letti nell'edizione romana promossa dal governo repubblicano nel 1798². Infine, l'11 giugno 1827 fu messo all'Indice il *Comento* di Benjamin Constant nella traduzione italiana dell'anno precedente³.

¹ Queste pagine presentano una parte dei risultati conseguiti nell'ambito delle attività svolte per un assegno di ricerca sul tema *Letteratura e politica nell'Italia del Settecento*, attribuito dal Dipartimento di studi storici dell'Università Ca' Foscari di Venezia negli anni 2000-2002.

² La *scienza della legislazione del cittadino Gaetano Filangieri*, I, Roma, presso il citt. Poggioli stampatore repubblicano, 1798. Su questa edizione cfr. ora A. Trampus, *La genesi e la circolazione della «Scienza della legislazione»*. Saggio bibliografico, in «Rivista Storica Italiana», CXVII, 1 (2005), p. 1145. Vincenzo Poggioli, attivo a Roma fra il 1780 e il 1829, ricoprì l'incarico di stampatore camerale dal 1815, sotto il restaurato governo pontificio; alcune notizie in S. Franchi, *Le impressioni sceniche. Dizionario bio-bibliografico degli editori e stampatori romani e laziali di testi drammatici e libretti per musica dal 1579 al 1800*, I, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1994, p. 402; II, *Integrazioni, aggiunte, tavole, indici*, 2002, p. 31; B.M. Galanti, *Note per la storia dell'arte della stampa in Roma: la «Stamperia Camerale» e i suoi stampatori*, in «Bollettino dell'Istituto di patologia del libro», 7/1-4 (1948), pp. 17-20.

³ B. Constant, *Comento sulla Scienza della legislazione* di G. Filangieri, Italia, s.t., 1826. Per tutte queste edizioni della *Scienza* cfr. il saggio di A. Trampus, *La genesi e la circolazione della «Scienza della legislazione»*, in G. Filangieri, *La scienza della legislazione. Edizione critica*, VII, Venezia-Mariano del Friuli, Edizioni della Laguna, 2004², pp. V-LXXXII.

CAPÍTULO 10

LA FISIOCRACIA

10.1. *La Fisiocracia en España: los “Principes de la législation universelle” (1776) de G. L. Schmid d’Avenstein (pp. 650-676).*

10.2. *Una alternativa fisiócrata al “Informe de Ley Agraria” de Jovellanos (pp. 677-708).*

10.3. *Ramón de Salas y la difusión de la fisiocracia en España (pp. 709-736).*

La Fisiocracia en España:
los Principes de la législation universelle
(1776)

de G. L. Schmid d'Avenstein

Jesús Astigarraga

1. INTRODUCCIÓN

Es bien conocido que la agricultura constituyó uno de los principales centros de atención de la literatura económica del siglo XVIII. Los ilustrados europeos, llevados por su afán de mejorar y de racionalizar las estructuras productivas de su tiempo, realizaron un importante esfuerzo intelectual para plantear soluciones a un sistema agrícola que, además de constituir el sector económico más importante de su época, fue encontrando serias dificultades para garantizar un desarrollo económico estable y para satisfacer las necesidades crecientes reclamadas por una población que conoció una recuperación muy significativa a medida que transcurrió ese siglo. Fue, en particular, en la década de los años treinta en Gran Bretaña y desde mediados de siglo, primero en Francia y después en el resto del continente, que se fue generalizando en éste una especie de «*agro-manía*» o de interés acentuado por las cuestiones agrarias. Tal interés se plasmó no sólo en la irrupción de numerosas instituciones y sociedades ilustradas con una dedicación prioritaria a las cuestiones del sector agrario, cuanto en una nueva orientación de las reformas y las políticas económicas públicas, así como de la propia literatura económica, ya fuera la más versada hacia las cuestiones de los métodos y las técnicas agrícolas —aparición en los años treinta e internacionalización dos décadas después de la «nueva agronomía» de Tull y Duhamel y de otras corrientes agronómicas renovadoras— o ya la de una amplia corriente económica de indudable orientación agrarista que, partiendo del principio de que la agricultura era el sector estratégico clave del desarrollo económico de

Fecha de recepción del original: Julio de 2004. Versión definitiva: Junio de 2005

■ *Jesús Astigarraga es profesor titular de Historia Económica en la Universidad de Zaragoza.. Dirección para correspondencia: Dpto. de Estructura e Historia Económica y Economía Pública, Facultad de CC.EE. y Empresariales, Universidad de Zaragoza, Gran Vía, 2-4, 50006 Zaragoza. astigarr@unizar.es*

las naciones, trató, con una mayor o menor intensidad, de identificar los obstáculos que se oponían al crecimiento agrario y de plantear las reformas pertinentes. Con sólo recordar la línea genealógica cardinal que en el pensamiento económico de la Ilustración vinculó a P. Boisguillebert con R. Cantillon y a éste con F. Quesnay, ya se está reconociendo la importante innovación que, en los planos analítico y normativo, conoció el siglo XVIII europeo teniendo como telón de fondo, aunque no de manera exclusiva, el sector agrícola. Y, ciertamente, si en ese siglo existió alguna corriente económica especialmente marcada por ese sesgo de orientación agraria, fue sin duda la fisiocracia francesa.

Considerada como la primera escuela de Economía de la historia, pertrechada de unos componentes filosóficos, políticos y económicos muy bien reconocibles, ya entre sus propios contemporáneos¹, los *économistes* representaron uno de los exponentes más preclaros del clima intelectual de la Francia de mediados de siglo y del auge gradual que venía conociendo la Economía Política, en particular, una vez que entre 1747 y 1756 tuviera lugar una especie de «explosión» del interés por los asuntos de los que se venía ocupando esa ciencia incipiente². La emergencia en Francia de la escuela de F. Quesnay, precisamente durante los años en que sobre el movimiento ilustrado de ese país se intensificaban «las exigencias de precisiones políticas» (Díaz, 1962: 350-351), no fue en absoluto ajena a este fenómeno de inserción de las cuestiones económicas en el espacio público ilustrado. Más bien, al contrario, sus miembros fueron muy conscientes de que la opinión pública estaba comenzando a encarnar una especie de «contrapoder» o de «tribunal impersonal y anónimo» relativamente influyente en la vida política (Baker, 1987: 230-237; Ozouf, 1987: 425), de tal manera que utilizando medios muy diversos –libros, revistas, manuales o cátedras–, trataron de divulgar los principios del «buen gobierno» del *Royaume Agricole* con el fin de engendrar, en todo el ámbito europeo, un auténtico «partido de las reformas» –su activista más aplicado fue el marqués de Mirabeau–, en particular a partir de 1763-1764, cuando comenzó a ser puesta en cuestión la política de liberalización del grano emprendida entonces en Francia (Delmas-Demals-Steiner, 1995: 13-16; Alimento, 1995: 298). En estas condiciones no es ninguna casualidad que las ideas fisiócratas conocieran durante la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX una cierta difusión internacional³. Ésta alcanzó tanto su ideario filosófico –la doctrina del derecho natural– o político –el sistema del despotismo legal– como el más estrictamente relacionado con su pensamiento económico. Respecto a este último, conviene recordar que los *économistes* formularon una propuesta analítica relativamente diferenciada en su tiempo, que encontró su principal expresión en el *Tableau économique* (1758) y en las diferentes tesis económicas que se hallaban en su substrato (la «productividad única» de la agricultura, la «esterilidad» del comercio y la industria, el «*produit net*» o el flujo circular); y, asimismo, que tal propuesta analítica

¹ Diversas interpretaciones generales y valiosas sobre la economía política fisiócrata pueden encontrarse, por ejemplo, en SCHUMPETER (1954: 223-249), MEEK (1962: 9-42, 210-269), ZAGARI (1984: 97-164) y STEINER (1992: 225-253).

² Hutchison (1988: 185-191). Sobre el papel desempeñado por Quesnay, Mirabeau, Mercier de la Rivière, Baudeau, Dupont de Nemours, Le Trosne y otros miembros de la «escuela» fisiócrata en la Francia de mediados de siglo y aún con posterioridad, vid. MEYSSONNIER (1989), LARRÈRE (1992) y PERROT (1992).

³ El último balance figura en la recopilación realizada por DELMAS-DEMALS-STEINER (1995).

se presentó vinculada a un conjunto de recomendaciones de política económica también muy características, que situaron a los fisiócratas a la cabeza de los proyectos de reforma de la agricultura de su tiempo y como una de las raíces del liberalismo económico ilustrado (la «*grande culture*», los «*avances*» para la capitalización del sector agrícola, el «*impôt unique*», el individualismo agrario, el libre comercio del grano o la libertad de industria).

En el caso concreto de España, las tesis académicas que informan de la llegada de las ideas fisiócratas a nuestro país parten de los estudios de E. Lluch y Ll. Argemí. Estos profesores catalanes, después de analizar la literatura económica española de las seis décadas comprendidas entre la llegada al trono de Carlos III y el Trienio liberal, concluyeron que la difusión en España del ideario económico de esta escuela francesa fue, más bien, débil, superficial y tardía, en particular respecto a sus aspectos analíticos y normativos más genuinos (Lluch-Argemí, 1985; 1994; Argemí-Lluch, 1995). Sus conocidas tesis han sido matizadas con posterioridad en dos líneas distintas. En primer lugar, V. Llombart ha explicado que las ideas económicas fisiócratas fueron más conocidas en España de lo que se suponía, mientras, al mismo tiempo, una interpretación en términos del «mercado de oferta y demanda de ideas económicas» desde la perspectiva española ponía de relieve que una mayor influencia de las mismas habría tenido efectos poco saludables de cara a materializar los auténticos propósitos reformadores de los ilustrados españoles (Llombart, 1995). En segundo lugar, y ciñéndose ahora al caso de la Ilustración vasca, en fechas recientes se ha apreciado una presencia relativamente continuada de la Economía Política fisiócrata, y con más intensidad en dos momentos precisos: la década de los años sesenta, cuando fueron asimilados diversos planteamientos relacionados con el *Tableau économique*, y la de los ochenta, momento en que se difundió el orden natural fisiócrata y ello animó la aparición de un liberalismo económico que poseía incrustado elementos reconocibles de los *économistes* franceses (Astigarraga, 2003). En cualquier caso, y al margen del grado de coincidencia entre estas interpretaciones, hoy nadie discute que la fisiocracia fue un elemento más que alimentó la naturaleza eminentemente plural de la Ilustración española, si bien, sin duda, no hegemónico —en España, entre 1764 y 1823, sólo se tradujeron quince autores fisiócratas, con ausencias muy notorias (Baudeau, Dupont o Le Trosne) (Argemí-Lluch 1995)— y que conviene diferenciar con claridad de una corriente *agrarista* más generalizada y partícipe de unos presupuestos doctrinales mucho más difusos —la prioridad económica del sector agrícola—.

Es importante señalar que el estudio de la difusión de la fisiocracia en España se ha centrado principalmente en el flujo originado en el núcleo central de los primeros autores expositores de la «*science nouvelle*» —en suma, la generación comprendida entre Quesnay y Dupont de Nemours, en sus primeros escritos—, sin, en cambio, prestarse mucha atención a los autores de «segunda fila» o a los materiales de «segunda mano», no sólo respecto a Francia, sino a todo el ámbito europeo. Las líneas que siguen están dedicadas a estudiar un caso de difusión en España de las ideas fisiócratas, a través de la vía de la traducción, protagonizada, precisamente, por uno de esos autores secundarios, el ilustrado suizo G. L. Schmid d'Avenstein. Aunque no haya sido

totalmente olvidado⁴, hasta la fecha no se ha realizado ningún estudio sobre la llegada de sus escritos a nuestro país, en particular, de sus *Principes de la législation universelle* (Amsterdam, M. N. Rey, 1776, 2 vol.) –*Principes*, a partir de ahora–. Éstos representaron una «exposición clara y completa de la doctrina fisiócrata» (Leblanc, 1961: 39) y, con un sentido más general, fundieron en su seno «la tradición filosófica académica alemana con las ideas fisiócratas, así como con numerosos conceptos corrientes de la Ilustración europea» (Venturi, 1959: 323). Por este motivo, un estudio como el que se propone parece relevante, y ello por dos razones fundamentales. En primer lugar, los *Principes* constituyeron una referencia indiscutible en España para los ilustrados tardíos y primeros liberales, de tal manera que el estudio del *Schmid español* puede ayudar a continuar aclarando el papel que las ideas fisiócratas desempeñaron en la consolidación del liberalismo económico en España. En segundo lugar, también ha de servir para matizar la propia naturaleza de la difusión internacional de la fisiocracia. El caso de Schmid muestra que el origen de esa difusión no tuvo por qué ser la Ilustración francesa ni proceder de las fuentes primarias de los *économistes* y que, además, pudo realizarse a través de países intermediarios, como, en este caso, fue Italia.

2. GEORGES LOUIS SCHMID D'AVENSTEIN Y SU OBRA

Aunque poco conocida, como también lo es en general la Ilustración suiza, la vida de Georges Louis (o Georg Ludwig) Schmid (o Schmidt) d'Avenstein (Aarau, 1720-Lenzbourg, 1805) no fue muy distinta a la de la nobleza centroeuropea que combinaba aspiraciones políticas con anhelos ilustrados⁵. Educado en Alemania, después de pasar algunos años «en los viajes y en el gran mundo», en 1748 Schmid fue nombrado Vicegobernador del Príncipe E. A. Constantin en Gotha y, poco después, Consejero de Corte del Duque de Eisenach y Weimar, para quien cumplió misiones en Hamburgo y Copenhage. Éste fue su cargo público más relevante, pues, después de tratar de encontrar nuevos empleos en la burocracia prusiana e inglesa, regresó a su país natal. La Suiza que le acogía la formaban veinte cantones asociados, de los que solamente trece estaban federados –el resto, entre los que se hallaban la ciudad-estado de Ginebra y los cantones franco-parlantes, conservaban diversas formas de alianza con la confederación–. No obstante, a pesar de su fragilidad política, Suiza venía desempeñando un papel nada desdeñable en la Ilustración europea. La existencia de un sistema educativo relativamente emancipado, las facilidades para la edición –los editores ginebrinos publicaron a Brissot, Raynal, Holbach y otros autores censurados en sus países de origen–, la realidad plurilingüe y la neutralidad política convirtieron a este conglomerado de repúblicas libres y ricas en tierra de refugio para insignes representantes de la *República de las letras* (Voltaire, Raynal, etc.) y en un lugar de acogida de las novedades ilustradas, desde donde eran diseminadas por el resto de Europa. Esta labor de mediación se canalizó principalmente a través de las áreas urbanas protestantes, donde los ilustrados sui-

⁴ Referencias muy concisas a la divulgación de la obra de Schmid en España se encuentran en LLUCH-ARGEMÍ (1985; 1994), ARGEMÍ-LLUCH (1995), LLUCH-ALMENAR (2000) y ASTIGARRAGA (2003).

⁵ Las breves noticias biográficas que incluimos están extraídas de sendos trabajos de SEIFERT (1987; 1988).

zos conformaron un clima «liberal protestant» gracias al cual el comercio, la ciencia y la filosofía progresaron sin «el anatema eclesial» y en «una atmósfera de rara tolerancia» (Taylor, 1981: 81). Entre las numerosas instituciones ilustradas que surgieron en esos lugares a partir de 1745, cuando se creó la pionera *Société de physique* de Zurich, (Muller, 1846: XV, cap. I), dos fueron las que constituyeron el ámbito de socialización ilustrado de Schmid, una vez cerrado su periplo por las burocracias centroeuropeas: la *Société Helvétique* —fue fundada en 1762 en Zurich por G. Hirzel con el fin de unificar Suiza y fortalecer su identidad política (Im Hoff, 1993: 129)— y, más en particular, la *Ökonomische Gesellschaft* o *Société Oeconomique* de Berna.

Esta última institución, pionera junto a las Sociedades de Dublín y Bretaña del movimiento europeo de sociedades económicas, fue fundada en 1758 por el aristócrata J. R. Tschiffeli con el fin de promover la mejora de la agricultura y, complementariamente, de otras «artes íntimamente ligadas con esta primera» (*Société Oeconomique*, 1762: V-VII). En efecto, aunque terminara adquiriendo el carácter de una sociedad patriótica de índole más general —a ella pertenecieron, por ejemplo, Bertrand, Haller, Herrenschwand o Tissot—, durante sus primeros años, cuando estuvo vinculado a ella Schmid como miembro honorario, poseyó un marcado contenido agrario, a lo cual coadyuvó también la importante proyección internacional que alcanzó. Resultan bien conocidas las relaciones que desde los círculos ilustrados de Berna se mantuvieron no sólo con Mably, Voltaire, Beccaria o los hermanos Verri, sino también con influyentes fisiócratas y reformadores agrarios franceses, como Mirabeau, Turbilly o D'Aubenton. Por otra parte, la *Société* abarcaría en sus actividades de fomento económico no sólo el cantón de Berna, sino toda Suiza, debido a que en 1761 promovió diversas sociedades «correspondientes» (*Société Oeconomique*, 1762: XXX-LXXXVI), en los cantones católicos y protestantes, entre las que figuraba la filial de Aarau, que fue presidida por Schmid hasta 1771. Precisamente, este crisol de la Ilustración suiza —y europea— que representó esta *Société* fue el marco de elaboración de sus primeros trabajos, unas breves *Réflexions sur l'agriculture* —fueron publicadas en 1760 en el *Recueil de Mémoires* de la *Société*— y sus *Essais sur divers sujets intéressants de politique et de morale* (1760-1763, 2 vol.), texto filosófico, publicado sin nombre de autor y con notable éxito en su época⁶.

En cambio, la interpretación de la génesis de sus *Principes* requiere de un marco más amplio que el suizo. Obliga a recuperar el perfil de Schmid como digno representante de la *Helvetia mediatris*, en particular respecto al mundo ilustrado francés. Como otros tantos compatriotas (A. Haller, I. Iselin, etc.), Schmid conoció este mundo de manera personal durante una estancia en París que se prolongó entre 1767 y 1769. Allí frecuentó las reuniones semanales que Mirabeau organizaba con el fin de difundir el ideario fisiócrata y, asimismo, las celebradas en torno a D'Holbach, Diderot o Helvétius, donde cono-

⁶ Fue reimpresso en Francia y traducido al alemán y al inglés. La impresión parisina salió con el título ligeramente modificado, como *Traité sur divers sujets intéressants de politique et de morale* y fue atribuida indebidamente a A. VON HALLER. La traducción alemana fue realizada por J. A. HILLER y fue publicada en Leipzig en 1763-1764, mientras que la inglesa, de J. MILLS, apareció en Londres en 1772. El primer volumen de la obra se republicó en 1769 y, por último, reapareció en 1776, con la indicación de Londres, como *Essais sur les philosophes et la philosophie, avec des dissertations sur l'amour, la jalousie, les projets, l'agriculture, le luxe et le commerce*.

ció personalmente a los grandes ilustrados de ese tiempo asentados en la capital francesa (Condillac, Galiani o Quesnay)⁷. Aunque la huella que Schmid dejó en el mundo de los salones parisinos se ha exagerado a menudo⁸, en cambio, es indudable que el clima de éstos está en el origen de sus *Principes*. No debe olvidarse que su estancia en París coincidió con el momento en que la difusión de las ideas de los *économistes* alcanzaba en Francia su punto más álgido, además de verse acompañada de la polémica –agria y pública– que despertaron entre los «*encyclopédistes*» (Mably, Galiani, Diderot, etc.) y los propios «*physiocrates*» (Le Mercier, Roubaud, etc.) (Venturi, 1971b). No obstante, los *Principes* fueron elaborados tras el regreso de Schmid a Suiza en 1769 –allí llevaría una vida retirada, antes de su fallecimiento en 1805–, y fueron publicados en 1776, coincidiendo con el último *élan* que supuso para la fisiocracia la presencia de Turgot en el Ministerio de Hacienda francés, una vez que desde comienzos de los años setenta hubiera comenzado su lento declive en Francia (Weulersse, 1910: I, 213).

3. LOS PRINCIPIES DE LA LEGISLATION UNIVERSELLE DE SCHMID D'AVENSTEIN

La característica que define mejor el contenido de los *Principes* es, sin duda, su vertebral adscripción jurídica. La obra era un tratado de legislación que, en su espíritu y su contenido, entroncaba con esa influyente corriente de la Ilustración europea que veía en las leyes y el sistema jurídico un obstáculo de primer orden de cara a labrar la felicidad pública (Beccaria, Helvétius, Filangieri, etc.). De hecho, fue concebida desde una visión cosmopolita que partía de la consideración del sistema legislativo vigente en Europa como anacrónico e imperfecto, y, consecuentemente con ello, pergeñaba una propuesta propia, bajo la forma de un código de leyes «completo y universal», que sirviera de base para la reforma de ese sistema. Los once libros que componían los *Principes* seguían la trama más elevada del pensamiento ilustrado del tercer cuarto del siglo XVIII⁹; no obstante, aunque abordaran los principales tópicos de los debates intelectuales de ese momento, desde la discusión sobre las formas de gobierno, hasta la manera de reformar las leyes penales, educativas o económicas, sus principios generales no eran excesivamente originales. Estaban extraídos de diversos conceptos del movimiento ilustrado europeo que había emergido desde 1750 hasta el triunfo de la revolución americana. A pesar de que Schmid apenas citara las fuentes originales de su obra, en ella resonaban, a veces de manera muy crítica, los ecos del empirismo y el sensualismo de

⁷ Cfr. Z[SCHOLKE] (1807).

⁸ A diferencia de lo que suele afirmarse, Schmid no mantuvo una relación directa y prolongada de correspondencia con Voltaire, Diderot o D'Alembert; en cambio, sí están probadas sus relaciones con Pietro Verri, D'Holbach y, sobre todo, Mirabeau, quien le consideró una «*bonne et sage tête*» (ROUSSEAU, 1979: 23). En Suiza se le llegó a confundir con La Mettrie, a quien Schmid había conocido personalmente en la década de los años cuarenta.

⁹ Su contenido era el siguiente: I. De las relaciones del hombre con la naturaleza; II. De las relaciones del hombre con la sociedad; III. De la propiedad y de la libertad; IV. De los bienes en general; V. De la subordinación de la sociedad; VI. De la autoridad soberana; VII. De las fuerzas de la sociedad; VIII. De las relaciones de una sociedad con otra; IX. De la instrucción nacional; X. De la felicidad de la sociedad; XI. De las leyes positivas. Para un análisis exhaustivo y detallado del tratado de Schmid, vid. BECAGLI (2004).

Locke, el liberalismo político de Montesquieu o Rousseau, el derecho penal ilustrado de Beccaria, el naturalismo y el materialismo de La Mettrie o D'Holbach, el utilitarismo hedonista de Helvétius y, junto a todas estas corrientes y dando cohesión al conjunto de la obra, los fundamentos filosóficos del *iusnaturalismo* fisiócrata y todos los principios jurídicos y económicos que se derivaban del mismo –sus fuentes ocultas alcanzaban desde Quesnay, Le Mercier o Dupont de Nemours hasta Turgot (Bertolino 1950)–.

De acuerdo con los principios del sensualismo ilustrado, Schmid entendía que los sentidos constituían la fuente principal del conocimiento y que, por tanto, éste era, en última instancia, una mera inducción de los hechos reales. Los principios de las leyes, lejos de buscar su fundamento en la historia o en los «espacios imaginarios de las especulaciones abstractas» (Schmid, 1776: I, XIV), poseían su raíz última en la naturaleza humana y se debían derivar de la experiencia; al mismo tiempo, la memoria era una simple asociación de impresiones pasadas y el acceso al fondo de los conocimientos acumulados por los antepasados se producía a través de la educación. De esta manera, la reforma de la legislación se debía sustentar en principios racionales y alejados de cualquier condicionante histórico. La defensa radical por parte de Schmid del empirismo y su rechazo frontal a todo relativismo, no sólo histórico sino también jurídico, le llevaban a prescindir de los «códigos particulares de cada país» (Schmid, 1776: I, XX) y a sostener que las leyes se derivaban de unos mismos principios absolutos, de tal manera que las diferentes ramas de la legislación debían subordinarse a ellos. Tales principios absolutos dimanaban del orden natural, es decir, de un conjunto de uniformidades que eran consecuencia de las leyes de la naturaleza, así como reguladoras del ser humano, y se traducían en un cuerpo de leyes «invariables y generales», «universales y perpetuas», todas ellas tan íntimamente relacionadas entre sí como para configurar un sistema general. De este último tampoco debían escapar las leyes sociales y políticas. Éstas se fundaban en la dependencia que el ser humano tenía de la naturaleza y debían de ser respetuosas con ese orden, al mismo tiempo que, en la medida en que la experiencia instruía de lo que era conforme al mismo, los óptimos físico y el moral tendían a confluir.

La ley general que ordenaba el comportamiento humano era de raíz utilitarista. El amor al placer y la aversión al dolor constituían principios innatos, invariables y constantes, y eran, en suma, las «causas determinantes de nuestras acciones» (Schmid, 1776: I, III, 33-34). De esta manera, la búsqueda del bienestar individual se configuraba en la pasión principal de la conservación individual, cuyas consecuencias eran insoslayables. Por un lado, en la medida en que el bien público no era algo diverso y separado del bienestar particular, sino precisamente el agregado global de éste, no podía alcanzarse a través del sacrificio de los individuos que componían el conjunto social: «la felicidad del Estado consiste en la de la mayor parte de sus individuos y la felicidad de éstos depende del mayor número de goces útiles y agradables que pueden disfrutar» (Schmid, 1776: X, I, 224). De esta manera, la idea tradicional del bien público se traducía en errónea y perniciosa: las viejas pasiones del patriotismo y el valor militar eran no sólo falsas, sino meramente aparentes, frente al poderoso mecanismo del placer y el dolor. Por su parte, el Estado debía limitarse a establecer el código de premios y castigos o de recompensas y penas, siempre bajo el respeto a esos mismos móviles naturales (Schmid, 1776: II, VI).

Schmid relacionaba todas estas ideas con una extensa discusión acerca de los principios de la autoridad soberana. Su punto de partida era una crítica radical a Rousseau y a otros «escritores de luces y talentos» que defendían la existencia de un estado «salvaje o de la naturaleza», testimonio de una situación originaria de absoluta libertad del individuo y previa a la constitución de la sociedad. Su interpretación sostenía el carácter eminente y originariamente social del ser humano y de su libertad. El pacto social, destinado a reunir las voluntades individuales con el fin de configurar una única, debía de tener como objetivo la seguridad común y la consecución de «la felicidad o bienestar de todos los que se hallan reunidos en una sociedad o Estado» (Schmid, 1776: I, XVII), pero en ningún caso debía de interferir en la búsqueda de la felicidad individual: las leyes y las instituciones sociopolíticas no debían de alterar de manera arbitraria el orden natural ni los principios innatos del mismo. De la misma manera que el ser humano no podía existir sin los derechos de conservación y multiplicación de la especie, la fuerza soberana de la sociedad sólo podía erigirse sobre el respeto a los derechos individuales y los principios del orden natural. El primero, principal y más necesario de esos derechos, origen, en suma, de la sociedad, era el de propiedad, al cual seguían después el de seguridad o conservación de esa propiedad y el de libertad para hacer uso de la misma, comprar, traficar, publicar, disfrutar del fruto del trabajo y un inacabable etcétera. Por tanto, el orden natural establecía la conveniencia de un régimen socioeconómico de raíz individual, sustentado en las bondades de la competencia y de orientación claramente liberal: las buenas leyes debían de limitarse a asegurar completamente la propiedad, libertad y seguridad; mientras tanto, el Estado debía de limitarse a «dejar seguir el curso natural» (Schmid, 1776: IV, VII), sin tratar de forzarlo o de dirigirlo, y a utilizar su fuerza coercitiva para conservar la tranquilidad y promover la instrucción pública, más aún cuando las leyes se observaban principalmente por la fuerza creciente de la opinión pública.

Por otra parte, los requisitos de conservación y de multiplicación de la especie exigían el desarrollo de una sociedad civilizada. El incremento de la población sólo podía sustentarse en un crecimiento estable de las subsistencias y esto último no podía abordarlo el individuo en solitario, ni tampoco únicamente dejando a la naturaleza producir de manera espontánea. Era necesario ahondar el estado social y desarrollar todo tipo de artes, requisito, por otra parte, obligado ante la conveniencia de no restringir el bienestar individual a las meras necesidades primarias de alimento y salud, sino también a las de «agrado y recreo». Por ello, no era posible fomentar la población sin promover seriamente la agricultura. En un país bien cultivado y gobernado, aquélla aumentaría sin necesidad de leyes adicionales a las que institucionalizaran los principios de propiedad, seguridad y libertad del orden natural: sin otro tipo de interferencias, la población se multiplicaría hasta que su número alcanzara el nivel ajustado a la cantidad disponible de subsistencias. A partir de estos principios, Schmid realizaba una exposición exhaustiva de la doctrina económica fisiócrata¹⁰, tanto de los principios del orden natural como de

¹⁰ Su recorrido era, grosso modo, el siguiente (el primer número indica el libro y el posterior(es), el capítulo(s)): Primacía de la agricultura (I, IV); Relación población y subsistencias (I, VII; VII, II); Principios del orden natural: propiedad, libertad, seguridad o protección (II, VI; II, II, III, VI y VII); Bienes y riquezas (IV, I y II); Agricultura, origen de las riquezas (IV, III); Teoría de los «avances» (IV,

sus aspectos analíticos y de política económica, a excepción de la explicación del *Tableau Économique*, que no figura en sus *Principes*¹¹.

4. LA TRADUCCIÓN MANUSCRITA DE R. DE SALAS (1790, APROXIMADAMENTE)

El periplo español de los *Principes* remite, en su primera escala, al catedrático de la Universidad de Salamanca Ramón de Salas. Se trata, con toda probabilidad, del primer traductor español de esta obra, a pesar de que su versión no fuera publicada en su tiempo y únicamente nos hayan llegado de ella diversos fragmentos manuscritos. Su traducción, seguramente, íntegra, fue realizada alrededor de 1790-1792 en el contexto de la «aventura reformista» que este catedrático aragonés, formado en Filosofía, pero dedicado principalmente al Derecho, protagonizó a partir de 1780 en el seno de la Universidad de Salamanca, junto a otros profesores renovadores (Peral 1978; Robledo, 2001; 2003); no obstante, sus posibles frutos se vieron truncados de inmediato, debido a la ofensiva exitosa de los sectores universitarios conservadores, pertrechados en la labor represora de la Inquisición. De hecho, las principales noticias que permiten reconstruir las intenciones de Salas se derivan del Oficio que las autoridades políticas le abrieron a comienzos de 1792¹², solicitando informes reservados acerca de su conducta privada y profesional, y que, resuelto un año después, finalizó con Salas expedientado, encarcelado y privado de su cátedra¹³. Tales noticias ponen de manifiesto que, siempre bajo el atento control de la Inquisición —su vigilancia sobre el catedrático se había inicia-

IV); Capitalización de la agricultura (IV, V); Teoría del producto neto (IV, VI); Improductividad de la manufactura y flujo de la renta y el gasto (IV, VII); Tráfico y comercio, junto a su improductividad (IV, VII); Efectos benéficos de la competencia (IV, VIII); Dinero y teoría monetaria (IV, IX); Riquezas públicas (IV, X); Política redistributiva (IV, XI); Políticas de gasto privado y antisuntuaria (IV, XII y XIII); Clases económicas (V, I); Clase propietaria (V, II); Nobleza (V, III); Clase productiva (V, IV); Clases estériles (V, V); Funcionarios públicos (V, VI); Principios de libertad económica (V, VII); Gasto Público (VII, IV); Ingreso Público (VII, V); Impuesto «directo y único» sobre el producto neto (VII, VI); Impuestos indirectos (VII, VII); Principios recaudatorios (VII, VIII); Origen y causas del comercio exterior (VIII, II); Balanza de comercio y refutación de los perjuicios «mercantilistas» (VIII, III); Principios de la libertad de comercio exterior (VIII, IV); Rechazo de las compañías de comercio públicas (VIII, V); Política colonial (VIII, VI).

¹¹ En su análisis exhaustivo de la obra de Schmid, BECAGLI (2004) ha percibido algunas divergencias, más bien de tono, respecto a la trascendente incardinación fisiócrata de la misma (mayor acento en el derecho de propiedad personal frente al mobiliario e inmobiliario, ciertas objeciones a la «grande culture» o diversos matices respecto al papel económico del sector secundario). Como principal aspecto discrepante figura el papel sustancial que el suizo otorgó al «emprendedor» —agrícola, manufacturero o comercial— frente al propietario agrícola, lo cual abría su obra a la aceptación del «profit» industrial y a una distribución de las clases sociales que se alejaba relativamente de la matriz fisiócrata de clases productivas-estériles-propietarias y se aproximaba a la moderna tripartición en capitalista-emprendedor-trabajador. Todo ello ratifica la idea previa de BERTOLINO (1950:245) de una mayor vecindad de Schmid con Turgot en vez de con Quesnay.

¹² Oficio, en sí mismo, lleno de simbolismo, pues como menciona ROBLEDO (2003: 55), «era en cierto modo el proceso contra la difusión de las «máximas perniciosas» que, según uno de los delatores, se estaban extendiendo desde hacía diez años en la Universidad de Salamanca».

¹³ Esos informes figuran en el A. H. N. (Consejos, 11.925), al cual corresponden las citas textuales que se vierten en este apartado, a menos que se señale lo contrario. Vid., asimismo, A. H. N., Inquisición, leg. 3370-324.

do ya en 1785 (Bermejo, 1982: XII-XIII)—, en el entorno de Salas circulaban numerosos textos de «filósofos modernos» extranjeros, relacionados principalmente con el origen de la teoría política democrática y liberal, y, asimismo, que había organizado en torno a sí a un grupo de colaboradores, entre ellos su fiel discípulo Toribio Núñez, con el fin de traducir y difundir algunos de esos textos. Aunque resulte difícil discernir hasta dónde llegó la intervención de Salas, al circular la mayoría de esas traducciones en forma manuscrita y sin nombre de autor o a través de siglas más o menos discutibles (Bermejo, 1981), esas mismas noticias le atribuyen la elaboración de doce o trece volúmenes manuscritos sobre legislación, economía, filosofía moral y derecho natural y de gentes, en los que aparecían traducidos, glosados o comentados numerosos autores del siglo XVIII —Rousseau, Voltaire, Montesquieu, Genovesi o Filangieri, entre otros— y aun también de los anteriores —Hobbes, Bodino o Locke—, la mayoría de los cuales no habían sido traducidos todavía al español¹⁴. Éste fue el contexto que acogió la primera versión española de los *Principes* de Schmid. Acerca de la misma, existen dos testimonios diferentes. El primero da a entender que la intención de Salas era trasladar esa obra a la divulgativa forma del «diálogo». Así, en 1791 redactó un escrito que llevaba como título «*Diálogos sobre los principios de las leyes o lecciones de legislación universal*»¹⁵ —fue elaborado bajo la ficción de una conversación imaginaria entre tres personajes, identificados por las tres primeras letras del alfabeto— y hemos comprobado que, en efecto, resumía fielmente las principales ideas del «Prólogo» de los *Principes*.

Otras informaciones y pruebas vienen a mostrar que Salas realizó también una traducción íntegra del tratado de Schmid, con la colaboración de T. Núñez. Dicha traducción fue copiada reiteradamente de forma manuscrita y distribuida después en los ambientes universitarios y letrados salmantinos, de tal manera que, a lo largo de 1793, comenzó a «esparcirse en dicha ciudad (Salamanca) un libro con el título (de) Principios de Legislación universal, acompañando una censura de las perjudiciales máximas que contiene». Su distribución debió de ser relativamente amplia, hasta el punto de que los encargados del Oficio contra Salas mencionado adoptaron como objeto principal de sus investigaciones la censura de este manuscrito anónimo. Se sabe que llegaron a recoger más de trescientos folios del mismo, que comprendían «hasta el principio del capítulo IV del libro IX», y asimismo que analizaron numerosos capítulos de los libros VIII y IX —se corresponden básicamente con las partes de la traducción que actualmente son conocidas¹⁶—. Sin reconocer nunca a Schmid como su autor, esos censores entendieron que la obra era traducción de «alguna extranjera de un filósofo libertino» o, erróneamente, una

¹⁴ El propio Salas, al evocar en 1821 aquellos años de juventud en la Universidad de Salamanca, subrayaba que bajo las efímeras cátedras de Derecho Natural y de Gentes se había iniciado en España la enseñanza del Derecho Político, y mencionaba a autores como Montesquieu, Rousseau, Mably, Beccaria y Filangieri, cuyas obras fueron leídas «con ansia y contribuyeron mucho a extender las luces sobre todas las ramas de legislación y a dar alguna idea de la ciencia social» (SALAS, 1821: 6-7).

¹⁵ Fue publicado por BERMEJO (1981). Según RODRÍGUEZ (1979: 154), cuya obra sobre Salas se debe leer con cautela, el profesor salmantino llegó a preparar trece «diálogos» de esas características, alguno de los cuales era una traducción de Voltaire.

¹⁶ En el A. H. N. (Consejos 11.925-2) se conservan manuscritos del libro VIII, capítulos I al XI, y del libro IX, capítulos I al IV, cuya realización tuvo lugar probablemente en 1790-1791. No existen más noticias de otros manuscritos adicionales de la traducción de Salas.

compilación de «las doctrinas de varios, señaladamente de ... Rousseau, cuyas perversas máximas ... se esparcen por todo el tomo». A comienzos de 1794 mandaron retirar todos los manuscritos en circulación, enjuiciando la conducta de Salas como perjudicial, no sólo para muchos «jóvenes estudiantes, que le buscan y oyen con ansia», sino también para diversos profesores «sensatos y juiciosos de la Universidad», quienes habrían comenzado a «aborrecer la lectura de los autores facultativos y piadosos». En cualquier caso, las noticias a las que nos referimos vienen a señalar que, en efecto, la traducción de los *Principes*, siempre sin nombre de autor —el propio Salas llegó a pensar que se trataba de D'Holbach—, y gracias a la labor de distintos copiadotes —el más activo fue Núñez—, corrió entre profesores, abogados y libreros salmantinos, y décadas después también en un contexto geográfico más amplio, hasta 1821 como la única traducción disponible en español de la obra de Schmid¹⁷. El hecho de que nunca llegara a ver la luz, tampoco en las posteriores etapas de libertad, puede relacionarse con una pérdida de interés hacia el ilustrado suizo por parte de Salas. En su obra de madurez, redactada básicamente entre 1821 y 1836, éste se interesó por Beccaria, Montesquieu, Destutt de Tracy, Dragonetti y, en particular, Bentham, autor del que fue uno de sus primeros introductores en España, manteniendo así al día su interés por la corriente utilitarista y por los tratados generales de legislación.

Las lecciones que encierra este primer intento de traducir y de divulgar en España el tratado de Schmid deben ir más allá de la interpretación tradicional. Ésta atribuye la ralentización del avance de la Ilustración en nuestro país al giro político y cultural conservador que siguió al triunfo de la Revolución en Francia. Junto a ello, hay que tener presente que los *Principes* eran, en sí mismos, excesivamente radicales para que pudieran ser aceptados, no sólo por la censura, sino también por la propia Ilustración oficial española. De hecho, no existe en todo el siglo XVIII español ningún texto, original o traducido, con ese enfoque racionalista, utilitarista y liberal tan extremo —el más próximo serían, acaso, las conocidas *Cartas* de V. de Foronda (1788–1789)—. Y esta misma interpretación puede extenderse también al ámbito del pensamiento económico. Aunque las ideas filosóficas y económicas relacionadas con el orden natural fisiócrata hubieran comenzado a circular en España con una cierta asiduidad en la década de los años ochenta, estaban siendo acogidas en los ambientes más propios de la Ilustración filosófica y política radical, así como difundidas desde ellos, de ahí las limitaciones para su éxito inmediato. El propio caso de Salas era un preclaro ejemplo de esto. Las noticias relacionadas con su lamentable incidente con la Inquisición ponen de manifiesto que su «aventura reformista» en la Universidad de Salamanca se hallaba mucho más próxima a los procesos de transmisión «boca a boca» de los principios proscritos de la Ilustración (Durán, 2003) y a las formas de sociabilidad propias de la Ilustración radical —sin ser necesariamente masónica— que ha sido estudiada por M. Jakob (1983), que a los mensajes ilustrados y a las formas de organización de las más oficiales y convencionales sociedades económicas. En suma, la obra de Schmid sólo podía ser asimilada y difundida públicamente de forma parcial, en cuanto a sus contenidos más moderados. Por este

¹⁷ Así lo reconocería, treinta años después de los intentos fallidos de Salas, el traductor español de los *Principes*, M. Lucas Garrido (SCHMID, 1821: I, X). Hay constancia de que otros manuscritos de Salas circularon por Extremadura y La Rioja (ROBLEDO, 2003: 66).

motivo, no es extraño que el primer autor español que, según nuestras noticias, la conoció, antes incluso que Salas, el ilustrado segoviano V. Alcalá Galiano, la mencionara únicamente en la recurrente defensa de la conveniencia de cultivar «cuerpos del pueblo» o entes políticos «intermedios», de ámbito municipal o provincial, que ayudaran a la ejecución de la autoridad soberana (Alcalá-Mantecón, 1787: 208 y ss.)¹⁸.

5. LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DE LOS PRINCIPIOS DE M. LUCAS GARRIDO (1821 Y 1834)

En 1821 Mariano Lucas Garrido, profesional del Derecho y profesor universitario en esta disciplina, publicaba en Valladolid la primera traducción española de los *Principes*¹⁹. Las razones que aducía para su realización eran dos. En primer lugar, el empeño con el que desde antaño se esperaba en el mercado español la obra de Schmid, «muy conocida y buscada por todos los amantes de la ciencia de la legislación», insuficientemente satisfecho gracias a la traducción manuscrita española mencionada y a la consulta del original en francés y de diversas traducciones italianas. En segundo lugar, el interés con el que los responsables de diseñar las reformas universitarias liberales habían acogido la obra²⁰. La Comisión de Instrucción Pública la había calificado como «un libro eminentemente luminoso y fecundo» (Schmid, 1821: I, IV-V)²¹, no habiéndola designado para la enseñanza del Derecho Natural porque ignoraba si había sido publicada o traducida. Lucas Garrido declaraba haberse propuesto imprimir su traducción antes del informe de esa Comisión, cuando él se hallaba en Valladolid, sin prever que fuera a servir para una cátedra que no estaba todavía restablecida, ni que fuera a ser él el que la enseñara en el Seminario de San Isidro de Madrid, que fue restablecido en 1821. Por tanto, su traducción poseía un indudable propósito de servicio al poder político, lo cual da a entender que sólo un cambio de la profundidad del representado por el Trienio Liberal generó un marco propicio para la definitiva entrada de los *Principes* en el mercado español. También por vez primera en España se atribuía a Schmid la autoría de la obra. Lucas Garrido rechazaba que correspondiera a D'Holbach, a pesar de las

¹⁸ En este mismo sentido, también conviene aclarar la muy escasa —o nula— ascendencia de los *Principes* sobre la obra de otro miembro de esa influyente familia segoviana, cuyo título, muy similar a la de Schmid —*Máximas y principios de la legislación universal*—, puede conducir a confusión (ALCALÁ 1813). Alcalá Galiano participaba de unos principios filosóficos y políticos mucho más moderados y, con respecto a sus ideas económicas (ALCALÁ, 1813: cap. I, XXI-XXVII; II, XVIII-XX), en su obra, publicada en la emblemática fecha de 1813, no existían huellas fisiócratas, salvo la defensa de la «agricultura en grande». A pesar del ambiente más acogedor que supuso para el pensamiento ilustrado radical la convocatoria de las Cortes de Cádiz, los *Principes* no podían ser asumidos por una corriente de liberalismo económico y político tan atemperada como la que todavía representaba esta obra de Alcalá (PORTILLO, 2000: 431-438), nada proclive a las reformas económicas audaces y alineada en la defensa de una Monarquía moderada modelada en los principios de Montesquieu y el constitucionalismo británico (SECO, 2001).

¹⁹ A la misma se ha referido J. LALINDE (1984: 481-483).

²⁰ Para una visión más general, vid. PESET (1968: 306-338).

²¹ Se aludía al Reglamento General dictado por esa Comisión, de 29 de junio de 1821, que nunca llegó a aplicarse. Entre otras numerosas cuestiones, retomando los planes previos de 1814, introducía el estudio de la Constitución y del Derecho natural y de gentes en las facultades de Leyes.

supuestas analogías de la misma con su *Système social* (1773), en tanto identificaba al ilustrado suizo atendiendo al estilo, el «espíritu de análisis» y las informaciones aportadas por distintos traductores italianos de los *Principes* (Schmid, 1821: I, VIII-IX). Su traducción será reeditada sin cambios en 1834, año preciso en que comenzaron a fraguarse nuevos cambios de orientación liberal en la universidad española, que desembocarían en la reforma de 1836 (Peset, 1969: 483-491).

La traducción española era íntegra, y además de muy buena calidad; de esta manera, su componente más original era el abundante conjunto de notas que le adicionó el traductor. Una buena parte de éstas no trastocaban el contenido de la obra. Estaban destinadas a «dar más luces», incorporar «correcciones ligeras», evitar repeticiones, moderar el estilo o remitir a otros libros complementarios (Schmid, 1821: VI-VII). Las más importantes hacían referencia a los temas siguientes: Lucas Garrido apoyaba a Schmid frente a Rousseau en sus ideas referidas a la inexistencia de un «estado natural», sugiriendo la inconveniencia de que los jóvenes accedieran al «contrato social», dado que confundía la tolerancia civil con la religiosa y las suponía «inseparables» (Schmid, 1821: III, 308-309); matizaba las afirmaciones del ilustrado suizo acerca de la influencia del clima sobre la población; remitía a diversos «criminalistas filósofos», como Beccaria, Brissot, Filangieri o Lardizábal, para fundamentar su oposición a la pena de muerte; elogiaba los razonamientos de este último —el discípulo español de Beccaria— en contra de la tortura y hacía lo propio con los tratados de legislación penal —la «parte más adelantada» de la Jurisprudencia— publicados tras la obra de Schmid (Brissot, Cremani, etc.), que dejaban ya «muy poco o nada que desear» (Schmid, 1821: I, 245); enfatizaba su rechazo a la esclavitud, pues «jamás se hallará apoyado en la naturaleza semejante estado tan odioso» (Schmid, 1821: I, 232); abogaba por un endurecimiento de las penas para los escritores que ofendieran las buenas costumbres y, en cambio, apoyaba la convocatoria de premios que estimularan la edición sobre temas de interés público; avalaba las ideas de Schmid acerca de la trascendencia de la educación y subrayaba su deuda con Helvétius; remitía a la autoridad de Bentham en defensa del derecho a la propiedad territorial; justificaba la participación de los eclesiásticos en las labores de instrucción pública; y, por último, una vez más, salía en defensa, de Schmid, al suponer que éste sólo se había propuesto hablar de las «virtudes civiles y políticas y de ningún modo de las teológicas o religiosas» (Schmid, 1821: III, 232). Por tanto, en definitiva, no existían grandes discrepancias entre el traductor español de los *Principes* y el autor de éstos en cuanto a los fundamentos filosóficos, morales o políticos de la obra. Lucas Garrido era también un liberal convencido, algo prudente en cuanto a los excesos del racionalismo y el antihistoricismo de Schmid, así como buen conocedor de la filosofía jurídica y política, principalmente la francesa, desde la *Encyclopédie*, Montesquieu o Chatellux hasta Destutt de Tracy.

Una mención aparte merecen sus notas de contenido económico. Lucas Garrido identificaba las ideas económicas de Schmid con los «economistas franceses» y advertía, de forma reiterada, su discrepancia con esta elección, acaso el «único lunar de consideración que se halla en esta preciosa obra» (Schmid, 1821: II, 389). En vez de trastocar los capítulos originales, y con el fin de «no interrumpir el texto con largas notas»,

optó por sistematizar sus divergencias en un breve apéndice propio²². Tales divergencias estaban planteadas desde el conocimiento del ideario económico de los «posteriores economistas ingleses». En el ámbito analítico, Lucas Garrido rebatía el supuesto fisiócrata de que «toda la riqueza proviene de la tierra» —máxima que aseguraba compartir también Jovellanos— y la consiguiente subordinación que los países industriales habrían de sufrir respecto a los agrícolas; más bien, al contrario, entendía, con Smith, Say o, más precisión, Lauderdale, que la riqueza «provenía del trabajo o sea de la industria», y sus fuentes eran el trabajo, la tierra y el capital (Schmid, 1821: II, 394). En esa misma línea, rechazaba la concepción fisiócrata del trabajo «productivo» y «estéril»; la concepción *smithiana* de esta cuestión, aunque también discutible e impugnada parcialmente por Say o Garnier en cuanto a la supuesta improductividad de los productores de servicios, sostenía una visión más moderna de la riqueza nacional y de las fuentes del crecimiento económico que la de los fisiócratas.

También existían importantes discrepancias en el ámbito de la política económica. Lucas Garrido se apoyaba en la autoridad de Jovellanos para salir en defensa del pequeño cultivo y acusar a Schmid y los fisiócratas de «llevar las cosas al extremo y sentar rotundamente proposiciones aventuradas» (Schmid, 1821: II, 37-38). Igualmente, defendía la condición económica del comerciante y el traficante, subrayando que las distinciones entre ambos habían perdido relevancia y que en un régimen de libertad económica el rendimiento de sus operaciones se reduciría «a lo justo» (Schmid, 1821: II, 60, 62). Por último, realizaba una extensa reflexión crítica sobre la teoría impositiva de los *économistes*, para cuya explicación más prolija remitía a la *Théorie de l'impôt* (1760) de Mirabeau. Por un lado, consideraba el *impôt unique* una figura fiscal anacrónica, cuya aplicación habría tenido «perjudiciales resultados», aunque, ya no era el caso, pues los gobiernos conocían que era «insostenible hacer frente a los gastos del Estado con sola la contribución territorial» (Schmid, 1821: II, 399). Por otro lado, entendía que participaba de principios erróneos: la convicción de que la carga impositiva debía recaer sobre los productos de la tierra, en su condición de fuente única de la riqueza. Lucas Garrido se apoyaba en Destutt de Tracy y Canard para sostener que todas las contribuciones «crean el mismo efecto, porque se reparten entre todos los individuos de la nación» (Schmid, 1821: II, 400), y se valía de la autoridad de Say, también contrario a cargar el peso impositivo sobre una «única clase», para definir las cinco máximas de los «mejores impuestos».

Por tanto, es indudable que la recepción de la doctrina económica fisiócrata por parte de Lucas Garrido fue crítica, lo cual vuelve a incidir sobre las dificultades que tuvo en España la aceptación incondicional de los presupuestos analíticos de la escuela francesa (Lluch-Argemí, 1985). Ahora bien, de ser respetuosos con su planteamiento, resulta obligado acotar el alcance de sus críticas. Ante todo, éstas se enmarcaban en una apreciación muy positiva del valor de la fisiocracia en la época de su aparición: ni aun después de las aportaciones de Smith o Say había sido posible aclarar suficientemente «todos los pormenores» de la ciencia económica (Schmid, 1821: II, 391); por ello, no

²² «Nota del traductor relativa a las opiniones de los Economistas, que el Autor adopta y establece en varios capítulos de este tomo» (SCHMID, 1821: II, 389-404).

resultaba extraño que Schmid hubiera asimilado el ideario de la «secta de los economistas», al ser precisamente el más influyente y el de «ideas más liberales» de su tiempo. Además, Lucas Garrido entendía que entre los economistas franceses y Smith existían «menos diferencias de las que se piensan»; ambos conducían «a una manera idéntica de administración y gobierno» (Schmid, 1821: II, 394). Esta lectura de Smith desde la fisiocracia, que debía mucho a Garnier, traductor francés de la *Wealth of Nations* y no era circunstancial en España (Argemí-Lluch 1995: 255), permitía a Lucas Garrido adoptar una solución de compromiso: siendo cierto que la riqueza provenía del trabajo, la agricultura, debido a su mayor productividad, era la principal fuente de aquélla, aproximando, de esta manera, el ideario clásico al de los *économistes*. Por último, Lucas Garrido tenía una conciencia plena de que este último no debía de ser rechazado en su conjunto; por el contrario, una lectura matizada del mismo habría de resultar tremendamente útil, incluso con vistas a su aplicación a la realidad española: «Así, por ejemplo, desaprobando la máxima de que la tierra es el origen de la riqueza, se concederá hasta cierto punto lo que añade sobre la importancia de la agricultura, fomento que merece, libertad de sus productos, etc., y del mismo modo, no concediendo tampoco el que sólo deba haber una contribución, que es la territorial, se convendrá en lo que dice sobre la necesidad de cercenar lo posible los gastos del Estado..., etc.» (Schmid, 1821: II, 403). Por este motivo, Lucas Garrido, siempre desde la conciencia de la importante actualización que había supuesto para la ciencia económica la aparición del pensamiento clásico²³, insistía en que en los capítulos económicos de la obra de Schmid había «verdades generales e importantes que conviene no perderlas de vista» (Schmid, 1821: I, VII). Ahora bien, no se podía ignorar que aquélla era un tratado de legislación cuyo contenido económico se abordaba en relación con las «leyes principales del gobierno de un Estado» (Schmid, 1821: I, VII; II, 390) y que planteaba lecciones muy útiles de cara al desarrollo del programa económico liberal. Pues, ciertamente, Lucas Garrido era un jurista liberal, que salía en defensa de las recientes constituciones políticas europeas y sostenía que las dos únicas obligaciones del Estado eran la conservación de la salud y la defensa de los derechos del ciudadano (Schmid, 1821: II, 180).

²³ Con este ánimo más bien informativo o de modernización de las ideas económicas de Schmid, Lucas Garrido incorporó a sus notas un conjunto amplio de referencias para la consulta de obras complementarias. Así, remitía al italiano Maffei y al español Uría Nafarrondo en el análisis de la cuestión de la usura; a Poncetel, sobre cuestiones agrarias; a Boureau-Deslandes y Sempere, en relación al lujo —con este segundo su tono era muy crítico: se «contrajo únicamente a la historia de España y a la de las leyes dadas para reprimirle (el lujo), suponiendo ideas vulgares sobre el fondo de la cuestión» (SCHMID, 1821: II, 127)—; a Malthus, en términos elogiosos, a quien conoció traducido por Prévost, sobre la población y también, en menor medida, al suizo Herrenschiwand; a Sismondi acerca de la cuestión colonial; a la reciente obra de Ganilh, en la que Lucas Garrido encontraba recopiladas «muy clara y metódicamente» diversas cuestiones de la ciencia económica; y, por último, a Say, en particular, a la cuarta y completa edición de su *Traité*, pues en ella «rebatte algunas de las opiniones de Sismonde, Ricardo, Malthus y otros escritores modernos» (SCHMID 1821: II, 403). Este último autor, el más citado por Lucas Garrido, lo era en relación a los temas monetarios, la libertad de comercio, las compañías de comercio y la cuestión colonial.

6. EL COMPENDIO DE LOS PRINCIPIOS O ELEMENTOS DE LEGISLACIÓN UNIVERSAL DE P. M. ORDEA (1840)

El periplo español de los *Principes* de Schmid se cierra con el *Compendio de los Principios o Elementos de Legislación Universal* de Plácido María Ordea (u Orodea). Vio la luz en 1840, seis años después de la segunda edición de la traducción de Lucas Garrido, y presentaba puntos de contacto evidentes con éste: también fue impreso en Valladolid, su autor poseía formación jurídica y fue realizado teniendo a la vista el inicio de una nueva reforma de la enseñanza universitaria (Peset, 1969: 527-534). El libro era un apretado resumen de la obra de Schmid —no obstante, Ordea (1840: 3) volvía a plantear la posibilidad de que su autor fuese D'Holbach— y fue realizado con un objetivo eminentemente didáctico: se trataba de presentar, para fruto de estudiantes, con «absoluta sencillez», «los primeros rudimentos de la ciencia de la legislación universal», como si fuesen «unos axiomas legislativos que pueden considerarse y recibirse en la categoría de fundamentos o primeros principios de la ciencia de la legislación universal» (Ordea, 1840: 4)²⁴. El *Compendio* respetaba escrupulosamente el orden de los libros y los capítulos de los *Principes*, pero era absolutamente sintético y, a diferencia de éste, el contenido de cada capítulo se resumía en forma de un conjunto de «máximas», con el fin de conformarse con «el estilo de los libros elementales». Su autor reconocía que se había derivado enteramente de la traducción de Lucas Garrido, pero, al mismo tiempo, estaba concebido con un notable sentido crítico, especialmente palpable en un conjunto amplio de notas desaprobatorias hacia la labor del traductor español por haber dejado «pasar en silencio» numerosos «gravísimos errores» presentes en el original (Ordea, 1840: 23).

Los comentarios críticos abarcaban todos los aspectos principales de los *Principes*. En el plano de la filosofía moral, Ordea manifestaba una profunda discrepancia respecto a las bases utilitaristas y naturalistas de la obra de Schmid, en favor de una serie de principios «más sublimes, más nobles» de índole moral, previos y ajenos al Derecho natural, superiores e independientes del orden físico y de las sensaciones, cuya procedencia última era de origen divino y su instrumento de ejecución, la razón. En la misma línea de crítica radical se presentaba su oposición frontal al sensualismo y el absolutismo jurídico propios del tratado de Schmid, así como a sus principios políticos. Aunque existiera el libre derecho a elegir la forma concreta de la soberanía, esos principios eran de origen divino. En principio, Ordea abogaba por hallar un punto medio entre las formas extremas de gobierno —el igualitarismo radical *rousseauiano* y el absolutismo del gobierno monárquico puro— y un «justo equilibrio» entre los elementos aristocráticos, democrático y monárquicos, si bien todo ello se traducía en la práctica en la defensa de una Monarquía moderada. Sus posiciones conservadoras, en algunos puntos muy extremas, le llevaban a afirmar que «el poder de uno sólo si es justo no es despotismo» (Ordea, 1840: 166) y a defender encarecidamente la utilidad social de la nobleza hereditaria, al considerar que su existencia era garantía de orden y de seguridad común (Ordea, 1840: 164). Todos los comentarios que mencionamos, que podrían multiplicarse,

²⁴ Con este mismo sentido divulgativo, años después, el propio Ordea (u ORODEA, 1843) publicará una obra elemental sobre Derecho Político destinada a glosar y comentar elogiosamente la Constitución de 1837.

son pruebas inequívocas de que el *Compendio* de Ordea se elaboró con una visión reactiva y correctiva respecto a los *Principes* de Schmid y a su traducción española²⁵.

Respecto al contenido de Economía Política, en el *Compendio* existía, una vez más, una asimilación crítica del filón de ideas de los «economistas franceses». Sus principios económicos, en particular, los relativos a las «máximas del sistema agricultor», eran calificados por Ordea como «errores sistemáticos» (Ordea, 1840: 243). El vértice de sus críticas volvía a ser la pretensión de ceñir a la agricultura el origen de las riquezas, principio a partir del cual se derivaban otras numerosas inexactitudes, entre otras: identificar a los agricultores como la única «clase productiva», considerar que los comerciantes no eran «tan ciudadanos» como los propietarios de bienes raíces, considerar que el impuesto «único» sobre la tierra recaería únicamente sobre la clase propietaria, basar la reforma de la hacienda en un impuesto «único» sobre el producto neto, enfatizar la libertad económica principalmente para el propietario territorial y restringir la función del Estado en el logro de la «absoluta y duradera libertad de comercio».

Existían tres temas que concitaban una atención especial en el *Compendio*: la discusión sobre el papel del Estado, la reforma de la hacienda pública y el comercio exterior. Respecto al primero, Ordea era un liberal moderado. Salía en defensa de un programa económico que reclamaba «libertad, estímulos y seguridad», tanto para la agricultura como para la industria, que veía en el interés individual el principio de la actividad económica y que atribuía a la autoridad pública la responsabilidad de remover las trabas al comercio y los impuestos injustos, con el fin de que ese interés individual pudiera expresarse libremente. En esta misma línea, subrayaba que esa autoridad no debía «dirigir a pretexto de proteger» (Ordea, 1840: 99): con su intervención excesiva, «en vez de promover la abundancia, la impedirá, en vez de abaratar los precios, los encarecerá, en vez de acelerar la producción, la retardará». Ahora bien, al mismo tiempo, Ordea entendía que «la cooperación» de la administración en la «absoluta y duradera libertad de comercio» no era «tan corta» como suponía Schmid. Aquella debía sostener el sistema competitivo con medidas eficaces y protectoras, abriendo vías de comunicación, estableciendo reglas de comercio uniformes, unificando pesos, medidas y monedas y, por último, ofreciendo a los comerciantes una legislación sencilla, y clara, conforme a la cual se pudiera sostener el «decantado principio de libertad mercantil». Asimismo, Ordea llegaba a justificar la formación de compañías de comercio, aunque «sin excluir de la concurrencia a los demás comerciantes», y la vinculación de bienes, incluso para los eclesiásticos, si bien limitada y condicionada.

La reforma de la hacienda pública debía seguir patrones bien distintos a los fisiócratas. Ordea no sólo rechazaba el impuesto «único» propuesto por éstos, sino que, conforme a los criterios de imposición de la economía clásica, entendía que los impuestos debían fundarse en los productos de la «industria» y nunca gravar esos «manantiales de

²⁵ Se considera que Ordea, siempre desde posiciones constitucionales y siendo precursor de los estudios de Derecho político en la Universidad española, «representa el primer liberalismo español que abandonó un *ius naturalismo* racionalista para centrar la atención sobre la reflexión del Derecho positivo, dando lugar a la asignatura Principios de legislación universal» (GALLEGO, 1983: 740).

las riquezas» que eran los capitales, condición imprescindible para que el interés excitara «la generosidad personal de los contribuyentes» (Ordea, 1840: 214). Pero esa reforma debía de ir acompañada de la reducción del tamaño del sector público, obligando a los gobiernos a eliminar sus «necesidades caprichosas», así como del establecimiento de unas nuevas bases para la recaudación y la administración de los impuestos con «método de economía y buen orden». La recaudación de los impuestos debía de recaer sobre cuerpos administrativos del Estado y no sobre arrendadores privados, y debía de realizarse, también en el caso de los impuestos indirectos, sin que afectara a los capitales e impidiera su reproducción.

En cuanto al comercio exterior, Ordea se manifestaba en favor de un régimen de plena libertad. El autor del *Compendio* parecía conocer la teoría de la ventaja comparativa y entendía que la libertad de comercio era la mejor vía para que las mercancías alcanzaran su «verdadero nivel de precio». Las diferencias en las condiciones naturales favorecían la división del trabajo y el comercio exterior; en cambio, las trabas al comercio, incluso las que pretendían favorecer la industria nacional a costa de la extranjera, paralizaban la circulación, empobrecían los Estados, disminuían el producto nacional y se oponían a una justa distribución del mismo. Igualmente, las franquicias y los privilegios exclusivos generaban evidentes perjuicios para el consumidor. El régimen de libertad comercial debía de extenderse también al grano y al numerario, y debía fundamentar la relación económica de la metrópoli con las colonias. Ordea compartía con Schmid estos principios, si bien matizaba que no se podía beneficiar únicamente al propietario territorial sin inquietarse por la libertad del resto de agentes productivos. En éste, como en otros comentarios propios, sus fuentes eran muy claras. Aunque ocasionalmente llegara a citar a Uztáriz y reconociera la autoridad de Smith, sus ideas tenían como referencia indiscutible la obra de Flórez Estrada, a quien mencionaba una y otra vez, en términos aprobatorios, en apoyo de sus planteamientos sobre la teoría monetaria, el capital, la riqueza, el comercio exterior y la hacienda pública; en este sentido, el *Compendio* constituía un especie de revisión del ideario económico fisiócrata de Schmid a la luz del entonces tan influyente *Curso de Economía Política* del liberal asturiano (Almenar, 1980).

7. ITALIA Y ESPAÑA, FRENTE A FRENTE, UNA VEZ MÁS

Una vez descrito el periplo español de los *Principes*, ha llegado el momento de preguntarnos por los canales de su llegada a nuestro país. Como ya hemos adelantado, es muy probable que ese periplo estuviera inducido, parcial o totalmente, desde Italia²⁶.

²⁶ Sobre la fortuna del tratado de Schmid en Italia como obra de factura fisiócrata más difundida y una de las de mayor éxito editorial de todo el Setecientos en ese país, vid. Becagli (2003). No obstante, esa fortuna fue dispar en unos y otros estados. Dos casos relativamente bien conocidos son los de la Toscana de Pietro Leopoldo y la Nápoles de Ferdinando IV. De acuerdo con los análisis respectivos de MIRRI (1980) y ALIMENTO (1995), por un lado, y VILLARI (1968) y DI BATTISTA (1983; 1990), por otro, fue más intensa en Toscana, donde sus ilustrados mantuvieron contacto personal con los economistas franceses y las ideas de éstos incidieron de forma muy significativa en las reformas oficiales, en ámbitos como el comercio del grano y la política fiscal. En Nápoles, en cam-

En este país el tratado de Schmid conoció una difusión aún más notable que en España. Ya en 1776, el año de su edición, vieron la luz diferentes reseñas de la obra en revistas toscanas y lombardas, mientras que en las tres décadas posteriores llegarían a realizarse cinco ediciones diferentes de la traducción italiana de la misma, aparecidas en Toscana, Nápoles y Lombardía. La primera, de 1777, publicada supuestamente en París, fue elaborada en Siena y su traductor fue, con toda probabilidad –también se ha atribuido a Cosimo Cenini–, Pietro Crocchi, «uno de los hombres más culto y cosmopolita de la Siena del segundo Setecientos» (Venturi, 1969-1984: IV, I, 151-152). La segunda, reedición de la traducción sienesa, fue patrocinada por María Teresa Cybo, Duquesa de Módena y Massa, y vio la luz en 1787 en la ciudad toscana de Massa. La tercera, de 1791, era napolitana y conoció una reedición «adulterada» en 1795; su prefacio y sus notas correspondían al ilustrado calabrés Francesco Saverio Salfi, quien mantenía relación epistolar con Schmid, pero, al mismo tiempo, fue patrocinada por Giuseppe Palmieri, otro insigne economista del *Mezzogiorno* y adaptador, si bien crítico, de los *Principes* de Schmid a la realidad económica napolitana (Di Battista, 1990: 129-130). Por último, fue el propio Salfi, en su período de estancia en la Lombardía, quien publicó la cuarta y última traducción italiana, la más completa de todas, aparecida en Milán en 1805-1807. Estaba dedicada a otro economista del *Regno* Melchiorre Delfico y fue reseñada rápidamente en el *Giornale italiano* por el *pugliese* Vincenzo Cuoco (Cuoco, 1805: 252-253), a quien también se le ha atribuido una participación directa en su elaboración (Nutini 1987). En definitiva, el tratado de Schmid conoció dos traducciones toscanas (1777 y 1787), dos napolitanas (1791, reeditada en 1795) y una milanese (1805-1807), concitó la atención de insignes escritores italianos –Salfi, Palmieri o Cuoco– e influyó en la formación de la cultura económica de la Toscana, la Lombardía –aquí entró de la mano de otro destacado ilustrado, Giuseppe Gorani (Venturi, 1969-1984: V, I, 509)– y, en particular, en el *Regno delle Due Sicillie*, donde fue, junto con el libro de Mirabeau, fuente principal de la difusión de las ideas fisiócratas (Di Battista, 1983: 24) y ejerció una influencia notable en la *Scienza della legislazione* (1780-1785) del jurista napolitano Gaetano Filangieri (Venturi, 1971a: 207; Fiorot, 1991: 340-341); a través de esta vía indirecta, el eco internacional de los *Principes* se multiplicó aún más, dada la enorme circulación internacional que alcanzó en toda Europa –también en España– el ambicioso tratado de legislación elaborado por ese discípulo de Genovesi (Trampus, 2004: V-LXXXIV).

¿Es posible relacionar este éxito indudable de los *Principes* en Italia entre 1777 y 1807 con el más modesto que la obra cosecharía en España entre 1790 y 1840? Nuestra respuesta es afirmativa y se sustenta en cuatro motivos: primero, Italia y España fueron, con notable diferencia, los dos países que mejor acogieron en el plano internacional el tratado de Schmid; segundo, a diferencia de lo que ocurrió en Alemania o Gran Bretaña, en ninguno de los dos países mediterráneos se tradujeron los libros previos del ilustrado suizo; tercero, en España sus *Principes* se vertieron por vez primera, alrededor de 1790, es decir, en el preciso momento en que conocían su mayor difusión en Italia; y, cuarto y último, Lucas Garrido, su traductor español, reconocía expresamente haber uti-

bio, la enorme autoridad de Genovesi y su modelo «neomercantilista» sobre la generación ilustrada del último tercio del siglo XVIII supuso un serio obstáculo para una aceptación más franca de la fisiocracia.

lizado en la realización de su trabajo dos traducciones italianas de la obra de Schmid –las de Massa de 1787 y Nápoles de 1791–, advirtiéndole que había estudiado detenidamente las notas añadidas por los traductores italianos –finalmente, las consideró «pocas y de ningún interés» y optó por omitirlas en su versión (Schmid, 1821: I, III-IV, VII)–. Por tanto, toda apunta a que nos hallamos ante un caso peculiar de difusión de las ideas económicas fisiócratas, al tratarse de una obra concebida en el seno de la Ilustración suiza –si bien como una prolongación de los debates intelectuales acaecidos en la Fancia de los años sesenta– y cuya llegada a España se produjo bajo el influjo mediador de los ilustrados italianos. Este fenómeno viene a subrayar la existencia en el siglo XVIII europeo de «diálogos económicos» no vinculados necesariamente a los centros más originales de creación de pensamiento económico, como Francia o Gran Bretaña, cuanto a otros supuestamente periféricos, cuestión de particular relevancia en lo relativo a las relaciones intelectuales entre la Nápoles borbónica –donde Schmid llegó a alcanzar el grado de un modesto *best-seller*– y España²⁷.

8. CONCLUSIONES

A la luz de las líneas precedentes, resulta difícil no extender a la realidad española el juicio de Venturi (1959: 325) respecto a que G. L. Schmid ha de ser considerado «uno de los mediadores más activos de concepciones e ideas fisiócratas en nuestro país (Italia) y uno de los que contribuyeron a hacer arraigar los principios políticos de la Ilustración». Su obra ejemplifica el caso de escritos menores, o intelectualmente de «segunda fila», que cosecharon un éxito relativamente importante en países, en principio, periféricos, como Italia o España, mayor incluso del que disfrutaron en su país de origen o, incluso, en la siempre poderosa Francia, algo de especial relevancia tratándose de una obra de intenso sabor fisiócrata. En el caso español, Schmid fue uno de tantos autores del setecientos europeo cuya auténtica fortuna se materializó durante el siglo posterior. Esta cuestión se refleja muy bien en las traducciones españolas de sus *Principes*: una manuscrita de 1790, aproximadamente; otra íntegra, publicada en 1821 y reeditada en 1834; y otra sincrética, bajo la forma didáctica del «compendio», en 1840. Este ciclo de traducción cronológicamente tan extenso, en suma, de cincuenta años, resulta menos singular de lo que en un principio pueda parecer. Constituye una característica compartida por autores de tratados de legislación –no necesariamente fisiócratas– que formaban parte de la misma constelación que Schmid, como Filangieri o Mably. El caso más cercano al suizo es el de la ya mencionada *Scienza della legislazione* de Filangieri, cuyo volumen segundo estaba dedicado a las «leyes políticas y económicas» y poseía también una indudable ascendencia fisiócrata (Fiorot, 1991). Pues bien, el paralelismo del periplo español de ambas obras es indudable: el tratado de Filangieri también comenzó a difundirse en España a través de la traducción en los años ochenta del setecientos (1784, 1787-1789) y fue objeto de numerosas traducciones durante el siglo XIX (1813, 1821-1822, 1822, 1823, 1836), así como de un compendio didáctico (1839)²⁸.

²⁷ Cfr. VENTURI (1962) y ASTIGARRAGA (2001; 2004).

²⁸ Cfr. ASTIGARRAGA (2005: 234-238).

Todo esto permite ampliar el ciclo de difusión de las ideas fisiócratas en nuestro país a través de la traducción a fechas tan tardías como 1840 –su límite superior se situaba en la actualidad en 1823–.

¿Por qué fue precisamente un autor de valor tan secundario como Schmid, este simple «gregario de la corriente ilustrada» (Bertolino, 1950, 219-220), quien mantuvo durante más tiempo encendida en España la llama de la transferencia de las ideas fisiócratas? Una buena parte de la fortuna de su obra se debió al formato de la misma y al perfil profesional de sus potenciales destinatarios. Nos hallamos ante el caso de una obra con un pensamiento económico muy preciso –el fisiócrata–, pero cuya difusión se presentaba inseparablemente unida a la más general de los principios comunes de la Ilustración. Su relativa fortuna se debió sobre todo al interés que despertaba esta segunda vertiente, pero ello favoreció también la diseminación del ideario fisiócrata. Mientras tanto, el vertebral contenido jurídico de los *Principes* animaba su recepción entre los profesionales del mundo de las leyes, cuyo protagonismo en la acogida en España de las Luces y el primer liberalismo es indiscutible. El destino natural de la obra de Schmid en España, así canalizado ya desde el propio Salas hasta Lucas Garrido u Ordeá, eran los estudios universitarios, principalmente en las Facultades de Jurisprudencia y de Derecho, y esto explica que su divulgación en nuestro país estuviera muy relacionada con el avance, siempre rápidamente trancado, de las reformas liberales de las enseñanzas públicas –Schmid y autores estrechamente emparentados con él aparecen reiteradamente mencionados en los planes reformadores de 1814, 1821 o 1833–, así como con la costosa implantación, siempre de la mano de los poderes liberales, que conocieron las disciplinas de Derecho Natural y de Gentes y de Derecho Político y Constitucional (Peset, 1968: 373-374). Todas estas cuestiones deben relacionarse, por último, con el proceso común de «*reswitching*» teórico que acompañó la difusión internacional de la fisiocracia (Argemí-Lluch-Cardoso, 1995: 477). La «alta» teoría fisiócrata constituía una «barrera de entrada» que favorecía el éxito de los autores de talante divulgador o de nivel intermedio, que simplificaban la comprensión de los conceptos más enrevesados de la misma. Así pues, al igual que ocurrió en Italia, Schmid triunfó en España porque su obra era una fuente fisiócrata «espuria», privada de un compromiso analítico estricto, hábil en la simplificación de los arduos silogismos teóricos de los fisiócratas y bien preparada para fundirse con las respectivas tradiciones locales de pensamiento económico (Di Battista, 1990: 129-130).

Todas estas cuestiones invitan a introducir algunas matizaciones en las interpretaciones actuales sobre la llegada de la fisiocracia a España, siempre teniendo presente que la vía de la traducción constituye un poderoso instrumento no sólo para medir la transmisión internacional de las ideas, sino también para advertir las matizaciones o las censuras que encuentran su explicación en la existencia de diferentes «contextos nacionales» (Carpenter 1977). En un primer momento, durante los años sesenta y setenta del setecientos, diferentes ilustrados españoles (Peñaflorida, Arriquíbar, Olavide, Campomanes, Argáiz, etc.) realizaron un uso fragmentario de diversos elementos analíticos y normativos fisiócratas –la fuente privilegiada en ese momento fue Mirabeau–, con el fin de proponer argumentos que sirvieran de apoyo al importante programa de reformas socioeconómicas entonces desplegado. Esta primera recepción varió de signo con

la emergencia a lo largo de los años ochenta de la denominada generación tardía de ilustrados. Sus aspiraciones se ampliaban ahora también a las reformas de naturaleza política —desde 1780 estas segundas trataban de encontrar un cauce de debate y una expresión constitucional, animando el advenimiento de las futuras Cortes de Cádiz (Portillo, 2000)—, de tal manera que la demanda de ideas económicas de contenido más liberal comenzó a entremezclarse entonces con conceptos y reformas extraídas de las diferentes corrientes renovadoras en la esfera política (recepción del constitucionalismo británico, de Montesquieu, del pensamiento republicano de Mably y Filangieri, etc.). En este contexto, es lógico que la nueva oleada de llegada a España de ideas fisiócratas, precisamente, la que trajo consigo los *Principes* de Schmid, se concentrara en la difusión del orden natural fisiócrata: los principios de libertad, seguridad y propiedad eran una vía para vincular de manera estrecha economía y política. El problema lo planteó el hecho de que estos principios fueron asimilados por las corrientes de la Ilustración radical, algo lógico si tenemos presente las poderosas implicaciones contrarias a las estructuras del Antiguo Régimen que planteaba potencialmente la doctrina del Derecho natural fisiócrata y, más en general, las enormes barreras que en España había establecidas para la penetración del pensamiento *iusnaturalista* de orientación liberal (Sánchez-Blanco, 2002: 194-222). Todo ello, unido al cambio de aires que trajo consigo la revolución francesa, impidió una más decidida apertura hacia las ideas fisiócratas por parte de una Ilustración oficial que hasta esa fecha había dado muestras de una indudable voluntad de tolerancia intelectual. En estas condiciones no es extraño que el primer intento de traducir en España los *Principes* de Schmid recayera en un ilustrado con el perfil poliédrico y atrevido de Ramón de Salas. El episodio que describe su encontronazo con la Inquisición refleja muy bien esa tensión tantas veces significada al referirse a los fundamentos intelectuales de la Ilustración española: mientras hay pruebas irrefutables de que fueron conocidos más autores de los que refleja la relación de textos traducidos, resulta igualmente indiscutible que los límites de la censura y, llegada la crítica década de los años noventa, de la propia Ilustración oficial dificultaban sobremanera la entrada en el mercado español de textos e ideas de perfil radical. En verdad, muy poco se podía hacer en este sentido con los *Principes* de Schmid cuando en 1790 la Inquisición había prohibido la lectura y la traducción de la *Scienza della legislazione* de Filangieri.

Así las cosas, tan sólo el asentamiento de la cultura constitucional y el régimen de libertad política consiguiente, durante el período que transcurrió entre las Cortes de Cádiz y el Trienio liberal, posibilitó que esos textos e ideas, hasta esa fecha más bien ceñidos al ala radical de la Ilustración española y circulando, como fue el caso de los *Principes*, de manera semiclandestina, pudieran comenzar a ser convenientemente traducidos, asimilados por la corriente principal del liberalismo español e, incluso, disfrutar del espaldarazo del poder político. Fue, en particular, durante el Trienio, testigo de una segunda «época dorada» en el reverdecer de textos muy emblemáticos de la Ilustración europea, cuando parece resolverse de una manera ya definitiva la encrucijada intelectual que arrastraba el liberalismo español. La aparición en 1821 de la primera traducción española de los *Principes* vendría a mostrar que el uso político de las traducciones, en este caso en apoyo directo al régimen constitucional, seguía siendo todavía muy impor-

tante en España²⁹ —recordemos que fue publicada después de que la obra fuera mencionada por la Comisión de Instrucción Pública—, una relativa sintonía con la realidad intelectual italiana, donde el tratado de Schmid ya había circulado para entonces profusamente, y, por último, y en línea con la interpretación de Lluch y Argemí, las enormes dificultades que encontró en España la aceptación plena de los principios económicos fisiócratas. De hecho, las únicas críticas dignas de reseñar que realizó a la obra de Schmid Lucas Garrido, su traductor español, hacían referencia a esa cuestión —discrepaba, en particular, con la tesis de la productividad exclusiva de agricultura y con numerosos principios analíticos y de política económica que se derivaban de ella—. Ahora bien, esta recepción, siempre parcial, crítica y tardía, de las doctrinas económicas fisiócratas no supuso el rechazo pleno de las mismas, ni que se percibieran como un programa transnochado, sino con elementos sustantivos de interés para apoyar los proyectos de transformación económicos y sociales entonces en desarrollo. Todo lo contrario de lo que, en una fase ya seminal de llegada de textos fisiócratas, ocurrió con el *Compendio* de Ordea, un producto intelectual anacrónico, reactivo y en el que las ideas fisiócratas eran puestas al servicio de una ilustración retrógrada (Argemí-Lluch, 1995: 262).

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo se integra en el Proyecto de Investigación de la Universidad de Zaragoza, núm. 269-72. Su autor desea agradecer las numerosas informaciones y sugerencias que ha recibido del profesor de la Università di Firenze Vieri Becagli, así como los comentarios de los dos referees anónimos del mismo.

REFERENCIAS

- ALCALÁ, V. Y MANTECÓN, V. (1787): «Perjuicios del antiguo sistema de rentas provinciales; y utilidades y ventajas de él que se establece por los mismos Reglamentos», *Continuación de las Memorias de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Provincia de Segovia*, Segovia, Antonio Espinosa, paginación independiente.
- ALCALÁ GALIANO, A. (1813): *Máximas y principios de la legislación universal*, Madrid, Imprenta de Vega y Compañía. Reedición de C. Seco Serrano, Madrid, Congreso de los Diputados, 2001.
- ALIMENTO, A. (1995): «La réception des idées physiocratiques à travers les traductions: le cas toscan et vénitien», B. DELMAS, T. DEMALS Y PH. STEINER (eds.), *La diffusion internationale de la physiocratie (XVIII^e-XIX^e)*, Grenoble, Presses Universitaires, pp. 297-313.

²⁹ En cambio, un caso de una cierta asimetría entre las ideas económicas y políticas de los fisiócratas, también durante el período del Trienio, fue la doble traducción española, en 1820 y 1823, de *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* de P. P. Le Mercier, a cargo del eclesiástico valenciano J. del Castillo y Carroz. Vid. CERVERA (2003: 406-421).

- ALMENAR, S. (1980): «Estudio Preliminar» a A. FLÓREZ ESTRADA, *Curso de Economía Política* (1828), Madrid, Instituto de estudios fiscales, 1980, 2 vol.
- ARGEMI, LL., CARDOSO, J.-L. Y LLUCH, E. (1995): «La diffusion internationale de la physiocratie: quelques problèmes ouverts», B. Delmas, T. Demals y Ph. Steiner (eds.), *La diffusion internationale de la physiocratie (XVIII^e-XIX^e)*, Grenoble, Presses Universitaires, pp. 473-480.
- ASTIGARRAGA, J. (2001): «The light and shade of Italian economic thought in Spain (1750-1850)», P. F. ASSO (ed.), *From Economists to Economists. The International Spread of Italian Economic Thought, 1750-1950*, Firenze, Polistampa, pp. 227-253.
- ASTIGARRAGA, J. (2003): *Los Ilustrados vascos. Ideas, instituciones y reformas económicas en España*, Barcelona, Crítica.
- ASTIGARRAGA, J. (2004): «Diálogo económico en la «otra» Europa. Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri)», *Cyber Review of Modern Historiography-CROMHOS*, vol. 9, pp. 1-21 (<http://www.cromosh.unifi.it/9.2004/astigarraga.html>).
- ASTIGARRAGA, J. (2005): «I traduttori spagnoli di Filangieri e il risveglio del dibattito costituzionale (1780-1839)», A. TRAMPUS (ed.), *Diritti e costituzione, L'opera di Gaetano Filangieri e la sua fortuna europea*, Bologna, Il Mulino, pp. 231-290.
- BAKER, K. M. (1987): «Politics and Public Opinion Under the Old Regime: Some Reflections», J. R. CENSER Y J. D. POPKIN (eds.), *Press and Politics in Pre-Revolutionary France*, Berkeley-Los Angeles-London, University of California Press, pp. 204-246.
- BECAGLI, V. (2003): «La diffusione della fisiocrazia nell'Italia del Settecento. Note per una ricerca», P. BARUCCI (ed.), *Le frontiere dell'economia politica*, Firenze, Polistampa, pp. 63-82.
- BECAGLI, V. (2004): «Georg-Ludwig Schmid d'Avenstein e i suoi Principes de la législation universelle: oltre la fisiocrazia?», M. ALBERTONE (ed.), vol. 24 de Studi Settecenteschi, «Fisiocrazia e proprietà terriera», pp. 215-252.
- BERMEJO, J. L. (1981): «Diálogos sobre 'Los principios de las leyes' de Ramón de Salas», *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense*, n. 62, pp. 191-204.
- BERMEJO, J. L. (1982): «Introducción» a R. Salas, *LECCIONES DE DERECHO PÚBLICO CONSTITUCIONAL* (1821), Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- BERTOLINO, A. (1950): *ESPLORAZIONI NELLA STORIA DEL PENSIERO ECONOMICO*, Firenze, La Nuova Italia.
- CARPENTER, K. E. (1977): *DIALOGUE IN POLITICAL ECONOMY. TRANSLATIONS FROM AND INTO GERMAN IN THE 18TH CENTURY*, BOSTON, Harvard University.
- CERVERA, P. (2003): *EL PENSAMIENTO ECONÓMICO DE LA ILUSTRACIÓN VALENCIANA*, Valencia, Generalitat Valenciana.
- CUOCCO, V. (1805): Reseña a «Principi di legislazione universale di Smith d'Avenstein», *Giornale italiano*, vol. I, n. 44. N. CORTESE Y F. NICOLINI (eds.), *Scritti vari*, Bari, Laterza, 1924, 2 vol.
- DELMAS, B., DEMALS, T. Y STEINER, PH. (1995): «Presentation: les physiocrates, la science de l'économie politique et l'Europe», DELMAS, B., DEMALS, T. Y STEINER, PH. (eds.),

- La diffusion internationale de la physiocratie (XVIII^e-XIX^e)*, Grenoble, Presses Universitaires, pp. 7-29.
- DI BATTISTA, F. (1983): *L'emergenza ottocentesca dell'Economia Politica a Napoli*, Bari.
- DI BATTISTA, F. (1990): *Dalla tradizione genovesiana agli economisti liberali. Saggi di storia del pensiero economico meridionale*, Bari, Cacucci editore.
- DIAZ, F. (1962): *Filosofia e politica nel Settecento francese*, Torino, Einaudi.
- DURÁN LÓPEZ, F. (2003): «La Ilustración boca a boca. El profesor Ramón de Salas y su alumno Judas Tadeo González Mateo», *Trienio*, n.º 41, pp. 25-53.
- FIOROT, D. (1991): «Alcune considerazioni sulle idee sociali ed economiche di Gaetano Filangieri», AA. VV., *Gaetano Filangieri e l'Illuminismo europeo*, Napoli, Guida editori, pp. 337-359.
- GALLEGO ANABITARTE, A. (1983): «Las asignaturas de Derecho Político y Administrativo: el destino del Derecho Público Español», *Revista de Administración Pública*, nn.º 100-102, pp. 705-804.
- HUTCHISON, T. W. (1988): *Before Adam Smith. The Emergence of Political Economy, 1662-1776*, Nueva York, Basil Blackwell.
- IM HOF, U. (1993): *La Europa de la Ilustración*, Barcelona, Crítica.
- JAKOB, M. C. (1983): *L'Illuminismo radicale. Panteisti, massoni e repubblicani*, Bologna, Il Mulino.
- LALINDE, J. (1984): «El eco de Filangieri en España», *Anuario de Historia del Derecho español*, n.º LIV, pp. 477-522.
- LARRÈRE, C. (1992): *L'invention de l'économie au XVIII^e siècle*, Paris, P. U. F.
- LEBLANC, M. (1961): *De Thomas More à Chaptal*, Éditions Cujas.
- LLOMBART, V. (1995): «Market for ideas and reception of Physiocracy in Spain: some analytical and historical suggestions», *European Journal of the History of Economic Thought*, n. 2-1, pp. 29-51.
- LLUCH, E. Y ARGEMÍ, LL. (1985): *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valencia, Alfons el Magnànim.
- LLUCH, E. Y ARGEMÍ, LL. (1994): «Physiocracy in Spain», *History of Political Economy*, n.º XXVI-4, pp. 613-627.
- MEEK, R. L. (1962): *The Economics of Physiocracy*, Londres, Allen&Unwin, ed. española, Barcelona, Ariel, 1975.
- MEYSSONNIER, S. (1989): *La balance et l'horloge: la genèse de la pensée libérale en France au XVIII^e siècle*, Paris, Les Éditions de la Passion.
- MIRRI, M. (1980): «La fisiocrazia in Toscana: un tema di riprendere», *Studi di storia medievale e moderna per Ernesto Sestan*, Firenze, Leo S. Olschki, pp. 703-760.
- MULLER, J. DE (1846): *Histoire de la Confédération Suisse*, Paris-Genève, Th. Ballimore y A. Cherbuliez, 17 vol.
- NUTINI, S. (1987): «Cuoco e Schmidt d'Avenstein», *Rassegna Storica del Risorgimento*, n.º LXXIV-III, pp. 329-335.
- ORDEA, P. M. (1840): *Compendio de los Principios o Elementos de Legislación Universal*, Valladolid, Imprenta Nueva.
- ORDEA, P. M. (1943): *Elementos de Derecho político constitucional, aplicado a la Constitución política de la Monarquía española de 1837*, Madrid.
- OZOUF, M. (1987): «L'opinion publique», K. M. BAKER (ed.), *The French Revolution and the Creation of Modern Political Culture. Vol. I. The Political Culture of the Old Regime*, Pergamon Press, 419-434.

- PERAL, M. DEL (1978): «Sobre Ramón de Salas y la incorporación de la Economía Civil a la enseñanza universitaria», *Investigaciones Económicas*, n.º 6, pp. 167-190.
- PERROT, J. C. (1992): *Une histoire intellectuelle de l'Économie Politique*, Paris, E.H.E.S.S..
- PESET, M. (1968): «La enseñanza del Derecho y la Legislación sobre universidades, durante el reinado de Fernando VII (1808-1833)», *Anuario de Historia del Derecho español*, n.º XXXVIII, pp. 229-375.
- PESET, M. (1969): «Universidades y enseñanza del Derecho durante las regencias de Isabel II», *Anuario de Historia del Derecho español*, n.º XXXIX, pp. 481-544.
- PORTILLO, J. M. (2000): *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios políticos y constitucionales.
- ROBLEDO R. (2001): «Reformadores y reaccionarios en la Universidad de Salamanca a finales del siglo XVIII, algunos testimonios», *Estudi General*, n.º 21, pp. 283-305.
- ROBLEDO, R. (2003): «Tradición e Ilustración en la Universidad de Salamanca: sobre los orígenes intelectuales de los primeros liberales», R. ROBLEDO, I. CASTELLS, M. C. ROMEO (eds.), *Orígenes del liberalismo. Universidad, política, economía, Salamanca*, Universidad de Salamanca y Junta de Castilla y León, 2003, pp. 49-80.
- RODRÍGUEZ S. (1979): *Renacimiento universitario salmantino a finales del siglo XVIII. Ideología liberal del Dr. Ramón de Salas y Cortés*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- ROUSSEAU, J. J. (1979): *Correspondence complète*, R. A. LEIGH (ed.), Vol. XXXIV (août-décembre 1767), Oxford, The Voltaire Foundation.
- SALAS, R. DE (1821): *Lecciones de Derecho Público Constitucional*, Madrid, Fermín Villalpando. Reedición de J. L. Bermejo, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1982.
- SÁNCHEZ BLANCO, F. (2002): *El Absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III*, Madrid, Marcial Pons.
- SCHMID D'AVENSTEIN, G. L. (1776): *Principes de la législation universelle*, Amsterdam, Chez M. N. Rey, 2 vol.
- SCHMID D'AVENSTEIN, G. L. (1821): *Principios de Legislación Universal*; traducidos del francés con algunas correcciones y notas por Don Mariano Lucas Garrido, Valladolid, Imprenta de Roldán, 3 vol. Segunda edición, Madrid, Oficina de los Herederos de D. Francisco Dávila, 1834, 3 vol.
- SCHUMPETER, J. A. (1954): *History of Economic Analysis*, New York, Oxford University Press.
- SECO SERRANO, C. (2001): «Presentación» a A. Alcalá Galiano, *Máximas y principios de la legislación universal (1813)*, Madrid, Congreso de los Diputados, 2001.
- SEIFERT, H.-U. (1987): «Banquets de philosophes: Georges Louis Schmid chez Diderot, D'Holbach, Helvétius et Mably», *Dix-Huitième Siècle*, n.º 19, pp. 223-244.
- SEIFERT, H.-U. (1988): «Ein vergessener Schweizer Aufklärer: Georg Ludwig Schmid», *Lenzburger Neujahrs Blätter*, pp. 110-127.
- (Société Oeconomique de Berna) (1762): *Mémoires et observations recueillies par la Société Oeconomique de Berne*, vol. I, Berne, Société Typographique.

- STEINER, PH (1992): «L'Économie Politique du Royaume Agricole», A. BÉRAUD, G. FACCARELLO (eds.), *Nouvelle histoire de la pensée économique*, Paris, Éditions La Découverte.
- TAYLOR, S. B. (1981): «The Enlightenment in Switzerland», R. PORTER Y M. TEICH (eds.), *The Enlightenment in National Context*, Cambridge, pp. 72-89.
- TRAMPUS, A. (2004): «La genesi e le edizioni della Scienza della Legislazione», G. Filangieri, *La Scienza della Legislazione*, Venecia, Centro di Studi sull'Illuminismo europeo «Giovanni Stiffoni», vol. VII, pp. V-LXXXIV.
- VENTURI, F. (1959): «Su alcune pagine d'antologia», *Rivista storica italiana*, n.º LXXI, pp. 321-325.
- VENTURI, F. (1962): «Economisti e riformatori spagnoli e italiani del '700», *Rivista Storica italiana*, n.º LXXIV, pp. 532-561.
- VENTURI, F. (1969-1984): *Settecento riformatore*. Torino, 5 vol.
- VENTURI, F. (1971a): «Gaetano Filangieri», *Europe des Lumières*, Paris-La Haya, Mouton, pp. 193-250.
- VENTURI, F. (1971b): «Galiani entre les encyclopédistes et les physiocrates», *Europe des Lumières. Recherches sur le 18e siècle*, Paris, Mouton, pp. 173-192.
- VILLARI, L. (1968): «Note sulla fisiocrazia e sugli economisti napoletani del '700», *Studi sul Settecento italiano*, Napoli, Istituto italiano per gli studi storici, pp. 224-251.
- WEULERSSE, G. (1910): *Le mouvement physiocratique en France*, Alcan.
- ZAGARI, E. (1984): *Mercantilismo e fisiocrazia. La teoria e il dibattito*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane.
- Z(SCHOKKE), H. (1807): «Die Gastmähler der Philosophen in Paris». Miscellen für die Neueste Weltkunde. Mayo-abril de 1807. Trad. francesa, H.-U. Seifert, «Banquets de philosophes: Georges Louis Schmid chez Diderot, D'Holbach, Helvétius et Mably», *Dix-Huitième Siècle*, n.º 19, pp. 223-244.

UNA ALTERNATIVA FISIÓCRATA AL *INFORME DE LEY AGRARIA* DE JOVELLANOS *

JESÚS ASTIGARRAGA

Universidad de Zaragoza^a

JAVIER USOZ

Universidad de Zaragoza^a

A Lluís Argemí d'Abadal, *In Memoriam*

RESUMEN

Este trabajo se enmarca en el estudio de la recepción que conoció en España el *Informe de Ley Agraria* (1795) de Jovellanos. En particular, se centra en una traducción inducida por esta obra, la realizada por J. Álvarez Guerra de un importante texto agronómico del francés F. Rozier. Aunque esta traducción ya ha sido destacada como un logro fundamental de la agronomía ilustrada española, hasta la fecha no se ha prestado ninguna atención al «Discurso Preliminar» que la introducía. Este «Discurso» contenía un resumen muy completo de las ideas económicas fisiócratas. Esto permite su caracterización como una alternativa fisiócrata al *Informe* de Jovellanos, lo cual, a su vez, posee implicaciones interpretativas respecto, principalmente, a dos cuestiones: una reconsideración más positiva de la presencia de la fisiocracia en nuestras Luces y la aceptación de que la opción librecambista fue una parte consustancial, si bien minoritaria, al programa económico de la Ilustración española.

* Received 04/18/2007. Accepted 11/08/2007. Este artículo se adscribe al Proyecto de Investigación HUM-00537 del Ministerio de Educación y Ciencia.

^a Departamento de Estructura e Historia Económica y Economía Pública, Facultad de Derecho, c/ Pedro Cerbuna, 12, 50009 Zaragoza. astigarr@unizar.es, jusoz@unizar.es. Los autores desean agradecer expresamente las valiosas críticas y sugerencias recibidas de los evaluadores de esta publicación.

Palabras clave: Circulación internacional de las ideas económicas, Ilustración económica española, Fisiocracia, Agronomía, Jovellanos, Juan Álvarez Guerra

ABSTRACT

The frame of this work is the reception that Jovellanos' *Informe de Ley Agraria* (1795) known in Spain. It is specially focused on the Spanish translation of a conspicuous agronomic work by F. Rozier, a French author. The translation was induced by the *Informe* and was elaborated by J. Álvarez Guerra. It has been considered as a notorious achievement of the Spanish agronomic movement of the Enlightenment. Nevertheless, the translator's «Discurso Preliminar» has not already been studied. This «Discurso» included an entire summary of the economic ideas of the French Physiocracy, so it allows us to consider it as a Physiocrat alternative of the Jovellanos' *Informe*. Two different issues are particularly involved by this research: firstly, the influence of Physiocracy in Spain was stronger than it has been recognised; secondly, free trade was consubstantial to the Spanish economic program of the Enlightenment, although always as a minority option.

Keywords: International circulation of the economic ideas, Spanish Economic Enlightenment, Physiocracy, Agronomics, Jovellanos, Juan Álvarez Guerra

JEL Classification: B11, B31, N53

1. INTRODUCCIÓN

A día de hoy resulta indiscutible que la política de comercio y aprovisionamiento de granos constituyó un elemento central de los debates que acompañaron el tránsito de las economías europeas desde el Antiguo Régimen al sistema liberal y que esos debates encerraron una diversidad de factores de enorme trascendencia de cara a la interpretación de aquellos elementos que favorecieron ese tránsito, toda vez que en ellos se hallaban implicadas cuestiones no sólo económicas, como la garantía de la subsistencia de la población o el crecimiento del Estado, sino también otras de índole política o, sencillamente, de estricto orden y control sociales¹. La política de granos —o, más en general, la de natu-

¹ Para un magnífico análisis sobre esa cuestión, *vid.* Kaplan (1976, pp. 1-51).

raleza agrícola— fue también una preocupación central de la Ilustración española, en particular, durante el período, notable, en los ámbitos de la circulación de las ideas y de las reformas económicas y políticas, que se abrió en ella durante el reinado de Carlos III. De acuerdo con Artola (1978, pp. 128, 136), se dio inicio entonces a un conjunto de transformaciones agrícolas que, aunque no exento de vacilaciones y contradicciones, trató de reorientar la secular política de abastos baratos favorables al consumidor hacia un programa de desarrollo económico destinado a promover el crecimiento de la producción. Y si, a medida que vamos conociendo más en profundidad el contenido de esas transformaciones, va aflorando la percepción de que la Ilustración española disfrutó de una cierta pluralidad interna, en términos territoriales, cronológicos y doctrinales, resulta indiscutible la importancia que en ella desempeñó el *Expediente de Ley Agraria* como un gran espacio polarizador de los debates agrícolas durante el período transcurrido desde abril de 1765, cuando fue iniciado por la Secretaría de la Real Hacienda con el fin de averiguar los «medios más convenientes para fomentar la labranza y la ganadería», hasta finales de 1795, cuando la Sociedad Matritense, casi dos décadas después de haberse responsabilizado del mismo, publicaba en su colección de *Memorias* el *Informe de Ley Agraria* de Jovellanos².

Por su parte, también está fuera de discusión la trascendencia del *Informe* como uno de los manifiestos económicos fundamentales de la Ilustración española. Su detallado estudio de los «estorbos» para el desarrollo agrícola de naturaleza «política», «moral» y «física», provenientes respectivamente de la «legislación», la «opinión» o la «naturaleza», y las correspondientes medidas de «libertad», «luces» y «auxilios» como fundamentos de la actuación pública con el fin de remover cada uno de esos «estorbos», ha sido valorado como una culminación de los análisis de nuestros ilustrados en relación al funcionamiento del sistema agrícola y, al mismo tiempo, como una medida de las auténticas posibilidades de maniobra que poseía el reformismo español de finales del siglo XVIII. En cualquier caso, la generación de reformadores coetáneos de Jovellanos, que, bajo el liderazgo de autores como Foronda o Cabarrús, afloraron en la etapa de la Ilustración *tardía* durante la cual fue elaborado el *Informe*, es menos conocida que la que la antecedió. En las páginas que siguen se atiende a un miembro de la misma todavía poco estudiado, Juan Álvarez Guerra, y, en particular, a la traducción que emprendió, poco después de publicado el *Informe*, del texto agronómico principal del francés F. Rozier. Aunque esta traducción haya sido destacada de manera reiterada como una pieza notable en la historia de la agronomía

² Sobre la historia de la Ley Agraria en España, *vid.* Anes (1995, pp. 137-163; 1996a).

ilustrada española, la atención de este trabajo se dirigirá a una importante memoria de contenido fisiócrata que fue incorporada por el traductor a la misma, bajo la forma de un «Discurso Preliminar», y que, a pesar de ser realmente singular en el contexto de la Ilustración española, ha pasado desapercibida hasta la fecha³.

2. LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DEL *COURS* DE ROZIER: SUS RAZONES

En 1797 vio la luz el primer volumen de los dieciséis que, después de seis años, en 1803, compondrán la traducción española íntegra del *Cours complet d'agriculture* (1781-1800) del Abbé François Rozier (1734-1793). Obra de formato alfabético, publicada en diez volúmenes entre 1781 y 1800, parcialmente póstuma y colectiva en cuanto a su autoría⁴, el *Cours* representó, sin duda alguna, la realización más acabada de este prolífico e influyente naturalista, botánico y agrónomo francés. Rozier, cuya proyección intelectual debió mucho al apoyo político que le prestó Turgot, fue un insigne sucesor de H. Duhamel de Monceau, H. Patullo o M. Dupuy-Demportes, cabezas visibles de la primera generación de agrónomos franceses que había comenzado a difundir en su país los principios, eminentemente técnicos y relativos a la organización de los cultivos, de la denominada *agricultura nueva*, dos décadas después de que a comienzos de los años treinta J. Tull hubiera asentado en tierras británicas sus fundamentos originales. Precisamente, según Bourde (1967, vol. III, pp. 1590, 1062-1063), el *Cours* de Rozier constituyó una especie de «*summa* de la *agricultura nueva*», al sistematizar los «resultados de treinta años de experiencias e investigaciones». Las voces que integraban este voluminoso diccionario o enciclopedia rural —algunas de ellas eran tratados temáticos completos, con sus correspondientes secciones y artículos— fueron concebidas como manual de uso para la mejora por el agricultor de la explotación de sus tierras y poseían un indiscutible afán sistemático. Ello terminó por transformar la obra en una auténtica

³ De la adscripción fisiócrata de esa memoria se ofrecía una primera interpretación en Astigarraga-Zabalza (2006).

⁴ Mientras los nueve primeros volúmenes se atribuyen al propio Rozier, en la elaboración del décimo y póstumo participaron autores de la talla de Chaptal, Cadet-de-Vaux o Parmentier. La obra sería completada en 1805 con dos volúmenes adicionales, que la traducción española, finalizada en 1803, no incorporó. Ésta tampoco incluyó finalmente un «suplemento», previsto por el traductor, que sirviera para introducir rectificaciones en las voces publicadas y para publicar un diccionario francés-castellano de voces agronómicas, dado que numerosos vocablos del único Diccionario lexicográfico español con una cierta atención a las artes y oficios, obra de E. Terreros (1786-1793), estaban «equivocados o confundidos». Vid. Rozier [1797-1803, vol. XVI (1803), pp. 471-474].

enciclopedia de las ciencias agrícolas, que comprendía conceptos botánicos, médicos, veterinarios o de historia natural, sin género de duda, una de las mejores de todo el siglo XVIII europeo, de carácter no sólo técnico o científico, sino también abierta a los problemas filosóficos y sociales de la economía rural. Rozier, miembro, entre otras diversas instituciones de su tiempo, de la prestigiosa Academia de Ciencias de París, ponía sus ideas agronómicas al servicio de una sociedad rural armónica y, en este sentido, su obra ha sido apreciada como una precursora de autores como Fourier. En cualquier caso, en cuanto obra enciclopédica cumbre de la *agricultura nueva*, su *Cours* fue una poderosa vía para la difusión internacional de los principios de esta característica corriente agronómica de la Ilustración anglo-francesa durante los años de tránsito de los siglos XVIII al XIX.

Por su parte, respecto a la llegada de esa obra a España, originariamente debe interpretarse en el marco de dos líneas centrales de nuestra Ilustración: en primer lugar, el interés que venía despertando en ella la *agricultura nueva*, al menos desde 1751, cuando Campomanes promovió la traducción española del influyente *Traité* (1750) de Duhamel de Monceau, y con una intensidad mucho mayor a partir de 1765, momento en que la *agromanía* característica de los círculos ilustrados europeos comenzó a hacerse notablemente visible también en nuestro país⁵; y, en segundo lugar, la demanda, políticamente muy expresiva en los *Discursos* de 1774 y 1775 de Campomanes y muy reiterada en el último cuarto del siglo XVIII, acerca de la falta de diccionarios españoles de artes y ciencias aplicadas, la agricultura incluida. Como otras tantas expresiones del movimiento ilustrado español, ambas cuestiones encontraron un claro reflejo en el *Informe* de Jovellanos, de ahí que la traducción española de Rozier, emprendida pocos meses después de que éste fuera publicado, deba ser interpretada en el contexto preciso del debate político e intelectual que indujo esta obra cumbre de la Ilustración española.

En su análisis sobre la manera de superar los estorbos «morales o derivados de la opinión» —es decir, los producidos por las opiniones contrarias a la idea de que la agricultura era la «primera de todas las artes» y que, por tanto, agudizaban el atraso en el arte del cultivo, perpetuando la imperfección de los métodos y los instrumentos de labor—, Jovellanos (1795, pp. 304-318) había insistido en la importancia del fomento de la instrucción pública, tanto de la general, como de la que, difundiendo los principios teóricos y prácticos de la agricultura, tuviera una influencia más inmediata en la perfección de los métodos de cultivo. Ello exigía prestar atención a la instrucción de los propietarios y los labradores a través

⁵ La mejor guía sigue siendo Argemí (1985; 1989). También puede verse García Sanz (1974).

de seminarios, cátedras o la enseñanza de primeras letras, así como de obras de diseminación de los conocimientos agrícolas, como las cartillas rústicas. En esta labor técnica y educativa de sentido popularizador, que siempre había preocupado al asturiano⁶, debían implicarse las Sociedades Económicas, a las que atribuía como primera dedicación la agricultura, o los párrocos rurales, reafirmando una reivindicación muy presente en el siglo XVIII español (Campomanes, Díaz Valdés, etc.). Lógicamente, la trascendencia de estas cuestiones parecía especialmente acuciante a finales de ese siglo, cuando, culminado el ciclo del crecimiento agrícola a través de la extensión de los cultivos, la salida más evidente para la agricultura española era generalizar, ya sin más dilación, esas mejoras de carácter técnico e intensivo que venían siendo reclamadas desde la década de los sesenta por amplios sectores de la Ilustración española.

La traducción de Rozier venía a cubrir perfectamente esa labor de información e instrucción reclamada por Jovellanos, si bien a través de una vía —las obras de formato alfabético— no mencionada expresamente en su *Informe*. De hecho, la elaboración de esa traducción se inscribe en el momento de mayor intensidad de todo el siglo XVIII español en la pretensión de realizar una obra enciclopédica sobre temas agrícolas, una cuestión que ha pasado desapercibida en los estudios acerca de la recepción que encontró la obra de Jovellanos. Actualmente, se dispone de informaciones suficientemente expresivas de dicha recepción, que vienen a contradecir la tesis clásica de que el *Informe* apenas tuvo efectos doctrinales y prácticos con anterioridad a que las Cortes de Cádiz declararan a su autor «benemérito de la patria» y comenzaran una decidida supresión de la legislación feudal heredada del Antiguo Régimen⁷. Una vez que en 1794, en un clima no siempre favorable a la «cruzada liberal» de Jovellanos, la Sociedad Matritense aprobara y elevara el texto al Consejo, y que éste, con Godoy siempre presente, admitiera su publicación un año después en las *Memorias* de la propia Sociedad, la obra se vio envuelta en el lógico debate que su altura exigía. Despertó elogios, si bien matizados, entre ilustrados próximos a Jovellanos (Meléndez Valdés, Fernández Navarrete, Pereyra...), objeciones críticas (Floranes, en particular, respecto a sus ideas desamortizadoras) e indujo la redacción por parte de Cabarrús de sus conocidas *Cartas*, en las que planteaba un programa económico y político notablemente más audaz que el expuesto en el *Informe*. Al mismo tiempo, a éste se le atribuye una cier-

⁶ Acerca de su ilustrativa propuesta a la Matritense en 1786 para la creación de una gaceta económica, *vid.* Domergue (1969, pp. 55-58).

⁷ Sobre la difícil coyuntura agrícola que acogió el *Informe*, puede verse Castro (1987, pp. 175-180), sobre su repercusión práctica en el ámbito legislativo, Anes (1995, pp. 173-183), y sobre su acogida en los ambientes políticos e intelectuales de finales de siglo, Domergue (1971, pp. 71-74), Varela (1988, pp. 128-146) y Llombart (2000, pp. 119-130).

ta influencia como fundamento doctrinal de diversa legislación desamortizadora, hacendística y de otra índole decretada a partir de 1797. Es indudable, no obstante, que esta aplicación inmediata de las ideas de Jovellanos fue más reducida de lo que él mismo confiaba, en parte debido a la difícil coyuntura agrícola y a la notable crisis del sistema de pósitos que España venía padeciendo a partir de 1788-1789; también al expediente que en enero de 1796 incoó la Inquisición al *Informe*, y que el Consejo —quizás, el propio Godoy— hubo de suspender en julio de 1797; así como, por último, al gradual enrarecimiento del clima intelectual y político durante la etapa de Godoy, cuestiones que provocaron que la elaboración de una Ley Agraria dejara de ser una prioridad para la política gubernamental. Pero, ahondando en esa misma tesis que sostiene una recepción activa rápida del *Informe*, se debe llamar la atención sobre su incidencia, también inmediata, en el ámbito de la popularización de los conocimientos de la economía rural⁸. Precisamente, ése era el terreno concreto que acogió en 1797 al pionero *Seminario de Agricultura y Artes*⁹ y en el que se emplazó, a partir de ese mismo año, la traducción del *Cours* de Rozier.

3. LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DEL *COURS* DE ROZIER: SU AUTOR Y SU CONTEXTO INSTITUCIONAL

Respecto al traductor español del *Cours*, Juan Álvarez Guerra era un joven sin ninguna proyección pública ni experiencia política cuando emprendió su traducción, de tal manera que ésta constituyó su primera contribución visible a la causa ilustrada. A pesar de ello, estaba destinado a desempeñar un papel de primera línea, junto a dos de sus hermanos menores, Andrés y José, como publicista, editor, escritor y político en el seno de las corrientes liberales españolas durante las cuatro primeras décadas del siglo XIX¹⁰. Nacido en Zafra y miembro de una dis-

⁸ Como se explica con detalle en Astigarraga-Zabalza (2006), en los últimos años del siglo XVIII C. Nova Palacio trató de traducir el *Dictionnaire* del agrónomo francés J. C. Valmont de Bomare, J. de Villalba de elaborar un «diccionario de higiene y economía rural y veterinaria» y, por último, A. Merino de realizar una ambiciosa «Enciclopedia de Agricultura», proyectos que no fueron culminados. Vid. AHN, Estado, leg. 2932-23 y 3182-151, y Villalba (s.a.).

⁹ Según Díez (1980, pp. 33 y ss.) esta publicación periódica promovida por Godoy, que se mantuvo activa entre 1797 y 1808, fue un claro producto derivado del *Informe* de Jovellanos.

¹⁰ En Pérez (1995) y Gil (1991, pp. 29-30) puede encontrarse una breve biografía de J. Álvarez Guerra. También es útil a ese respecto su expediente como Prócer del Reino depositado en el AHS (His-0024-06). Su interés por las cuestiones agronómicas y la apicultura ha sido objeto de estudio por Jaime-Jaime (2003). En Dérozier (1978, pp. 265-267, 374-375

tinguida familia terrateniente de esta localidad extremeña, Juan (Zafra, 1770-Madrid, 1845) cumplió, de manera casi canónica, con el formato habitual de las trayectorias vitales de los principales miembros liberales de su generación. Una vez finalizada su carrera de Leyes en la Universidad de Salamanca, en 1795 se instaló en Madrid, para trabajar como abogado. Allí inició su inserción en la estructura institucional ilustrada; su primer ámbito fue la Sociedad Matritense, en la que ingresó en 1794. Pocos años después lo haría su trayectoria política. Asesor en 1807 de la Junta de Comercio y combatiente a partir de 1808 en Extremadura frente al invasor francés, durante 1812-1840 Álvarez Guerra trabajará en la primera línea de la política española, al lado de M. Quintana, A. Argüelles, J. J. García, D. Muñoz Torrero y tantos otros miembros del núcleo liberal salmantino, tan influyente en la concreción y la materialización del programa liberal español pergeñado por las Cortes de Cádiz. De su indudable ascenso político durante esa primera etapa constitucional da fe su nombramiento en marzo de 1813 como Ministro de la Gobernación. Ahora bien, como la mayoría de sus correligionarios, Álvarez Guerra conoció también en primera persona la represión que acompañó al giro absolutista de 1814: al mismo tiempo que sus bienes eran embargados, fue apresado —en el penal de Ceuta— y deportado —a Mallorca—, junto a A. Argüelles. La nueva llegada de los liberales al poder dio inicio a su etapa política más intensa, tan sólo interrumpida tras 1824, cuando se vio obligado a retirarse discretamente en su localidad natal. Entre otros diversos servicios a la causa liberal, fue Diputado en las Cortes del Trienio liberal, junto a D. Muñoz Torrero o J. J. García, en representación de Extremadura, Prócer del Reino —en 1834—, Ministro del Interior —en 1835— y, por último, Director General de Correos —de 1837 a 1840—. Su carrera política, normalmente entre los «más templados de las filas liberales» y, llegado el momento, en el Partido Liberal Moderado, se vio acompañada de sus actividades empresariales en la Baja Extremadura, así como de su participación en algunas de las instituciones culturales más emblemáticas

y 660-673) se explican sus relaciones políticas y periodísticas, antes, durante y después de las Cortes de Cádiz, con el liberal M. Quintana, con quien fundó la revista *Variedades de ciencias, literatura y artes* (1804) y colaboró en el *Semanario patriótico* (1808). También fue redactor jefe del *Diario de Badajoz* (1808), órgano de la Junta Suprema de Extremadura, y, según Recio (1958, p. 110), colaborador del *Correo Mercantil de España y sus Indias*. Años después mantuvo intensas relaciones con el editor extremeño exiliado en Londres, M. Calero, con quien colaboró en el *Semanario de Agricultura y Artes* (1829). Por último, interesantes datos de la biografía de este notable miembro de la masonería figuran en sendas Tesis doctorales realizadas por García de la Barrena (1992, pp. 125 y ss., 241-243) y Pérez (2000, pp. 7-145) sobre su hermano Andrés, cuyos trabajos filosóficos, a menudo atribuidos erróneamente al propio Juan, están considerados precursores de Sanz del Río y los krausistas —García de la Barrena (1992, pp. 349 y ss.)—.

de su tiempo, como la Academia Nacional —en la sección de Ciencias Físico-Matemáticas— o la Sociedad Matritense, de la que fue Director entre 1835 y 1842. Su formación universitaria jurídica no impidió su vertebral dedicación intelectual, como escritor y articulista en numerosas publicaciones periódicas del primer tercio del siglo XIX, a cuestiones de ciencias aplicadas que, en la vertiente más cercana a la Economía, lo convirtió en un autor especialmente interesado por las cuestiones agrarias, una faceta que sus biógrafos identifican como una herencia intelectual de su padre Francisco Javier, además de hacendado innovador, articulista sobre estos temas, y que, como otras dimensiones de su obra, no es todavía bien conocida. El primer reflejo de ese interés de Juan por la economía rural fue precisamente su traducción del *Cours* de Rozier, que emprendió poco después de asentarse en Madrid, cuando no había cumplido aún la treintena de años.

Sobre los detalles materiales de esta traducción, es indudable que su marco institucional fue la Sociedad Matritense, durante los años inmediatamente posteriores a que ésta publicara el *Informe* de Jovellanos. No obstante, Rozier era un autor bien conocido en el interior de la Sociedad antes de ser traducido. En 1778, cuando el francés ya era considerado un autor de prestigio europeo en cuestiones de botánica, física e historia natural, había remitido por su propia iniciativa un pormenorizado proyecto para la creación en España de una escuela de agricultura. Su diseño era realmente ambicioso, algo que refuerza la idea de Bourde (1967, vol. III, pp. 1591-2) de que precisamente en esos años la agronomía estaba comenzando a ser considerada en Francia una disciplina académica respetable. Rozier pretendía que la escuela fuera una institución de carácter nacional, en la que se ejercieran «todos los métodos de cultivo conocidos en España» y se compararan «unos con otros por los alumnos, que han de concurrir de todas las provincias del Reino», razón por la cual proponía que se localizara en el centro de la Península. Al mismo tiempo, estaba destinada a la difusión de las prácticas del buen cultivo, por medio de lecciones, cartillas rústicas para los párrocos, etc., a partir de la cual el agrónomo francés confiaba en que se produciría una «ventajosa mudanza general» de la agricultura en las provincias españolas. Precisamente, debido a su carácter nacional, este proyecto, que el propio Rozier se ofrecía a dirigir, se presentó a la Matritense como el «Bosquejo de un plan de agricultura para España». Ahora bien, una vez traducido y después de sendos informes críticos con su contenido, realizados por miembros de la Clase de Agricultura de la Sociedad, fue rechazado por ésta¹¹. En cualquier caso, su tratamiento de este

¹¹ Sus autores, F. Fernández Molinillo y A. Aguilera, consideraban que el proyecto era un «pensamiento imaginario», de «casi impracticable ejecución», que difícilmente podía ser

expediente fue muy cuidadoso, todo un indicio de que para esa fecha Rozier era un autor prestigioso también entre los ilustrados españoles. Por este motivo, nada extraña que, como explica Pérez (1995, p. 43), pocos meses después, ante la llegada a España de los primeros ecos de la publicación inminente en Francia del *Cours* de Rozier, y antes incluso de que comenzara su distribución de la mano del poderoso librero francés asentado en Madrid S. Thevin, el socio F. Fernández Molinillo propusiera emprender su traducción colectiva, «por ser para uno sólo empresa bastante trabajosa».

En alguna medida, éste fue el proyecto que retomará años después Álvarez Guerra. Una vez ingresado en la Matritense en noviembre de 1794, su Clase de Agricultura, en la que quedó integrado, le solicitó ayuda para valorar diversas memorias remitidas a un concurso sobre fomento de la apicultura¹². El uso intensivo que para resolver esta solicitud hubo de hacer del *Cours* de Rozier le incitó a proceder de inmediato a su traducción. De acuerdo con sus afirmaciones, en agosto de 1796 disponía ya de una primera versión de los cuatro primeros volúmenes de la misma. Fue entonces cuando se dirigió a la Imprenta Real para que le adelantara los fondos necesarios para financiar su impresión, que se ofrecía a reintegrar después con los ingresos de la venta de los volúmenes¹³. Un año después, en agosto de 1797, contando ya con la respuesta afirmativa de esa Imprenta, anunciaba tener finalizado el primer volumen del *Curso completo*¹⁴, que remitió a la Matritense tan sólo dos meses después. Así lo hizo también con todos los posteriores. Ello le valió su nombramiento como Socio de Mérito en septiembre de 1799¹⁵ y abrió su etapa de colaboración más estrecha con la institución: durante los tres años posteriores, al tiempo que finalizaba su traducción, ela-

emprendido por alguien como Rozier, que apenas conocía la agricultura española y no había «experimentado» en Francia un proyecto semejante. El ilustrado francés envió su «Bosquejo» también al naturalista español C. Ortega. La documentación pertinente está en el ARSEM, leg. 22-6. Todo ello hace pensar que Rozier y su obra hubieron de resultar bien conocidos por Jovellanos antes de la redacción de su *Informe*.

¹² ARSEM, A/49: *Libro de Acuerdos de la Clase de Agricultura de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid que da principio en el mes de Enero de 1788*, juntas de 18/11 y 23/12 de 1794.

¹³ AHN, Consejos, leg. 11282-55. Además del «Prospecto de la traducción» que preparó Álvarez Guerra para difundir su contenido, este expediente reúne, entre otros documentos, el elogioso informe del Juez Conservador de la Imprenta Real sobre la obra de Rozier y sobre su versión española, realizada «con mucha puntualidad y propiedad» y de gran utilidad en el contexto español, al haber añadido el traductor «cientos de artículos de que carecía y son relativos a nuestras producciones, usos y situación local».

¹⁴ Existe una edición facsímil reciente de la traducción (Valladolid, 2005).

¹⁵ Los envíos de Álvarez Guerra quedan consignados en las juntas de 6/10, 7/11 de 1798, 21/9, 19/10 de 1799, etc., a excepción del relativo al primer volumen. ARSEM, A/110/22 y 23: *Libro de Acuerdos de la Real Sociedad* (1797-1798 y 1799-1800). Vid., asimismo, leg. 153-8.

boró para ella numerosos informes de contenido agrario, por petición de su Clase de Agricultura¹⁶. Así pues, su traducción no se debió a un encargo de la Matritense, si bien ésta constituyó el principal marco institucional de su elaboración y su primer canal de recepción —el propio Álvarez Guerra se presentaba a sus lectores como miembro de la Clase de Agricultura de la Sociedad—. Este mismo carácter semioficial se pone también de relieve en la dedicatoria de la obra a Godoy, debido al «influjo que ha tenido en su publicación» y a «los ojos favorables con que ha mirado la traducción presente».

Otro rasgo distintivo de la traducción fue, como era habitual en obras de esa naturaleza, de carácter enciclopédico y con multiplicidad de disciplinas científicas implicadas en ella, su condición de texto colectivo. Según su propia afirmación, Álvarez Guerra se vio obligado a buscar la ayuda de «químicos, botánicos, físicos, médicos y veterinarios»¹⁷, si bien no se conoce con exactitud los profesionales que trabajaron bajo su dirección, más allá de su hermano José, cuya colaboración en la traducción fue, con toda probabilidad, muy notable. Este sentido colectivo alcanzaba incluso un cierto rango institucional. Álvarez Guerra parecía estar bien relacionado con las principales instituciones ilustradas oficiales españolas, de las que volcaba en el *Curso* numerosos informes y artículos (la Escuela Veterinaria de Madrid, diversas Sociedades Económicas, etc.). De alguna manera, su traducción parecía deberse a una estrategia más amplia en la que operaba la coordinación estrecha con el *Seminario de Agricultura y Artes*. Lo cierto es que éste, en el que esporádicamente escribió Álvarez Guerra —también lo hizo su padre—, fue otro destacado canal de difusión en España de las ideas agronómicas de Rozier: según Díez (1980, pp. 192-210), en sus diecisiete primeros volúmenes publicó numerosos artículos del *Abbé*, así como de otros científicos franceses estrechamente vinculados a éste, como Chaptal, Parmentier o Cadet-de-Vaux; y, al mismo tiempo, consintió que diversos artículos y materiales de todo tipo publicados en el *Semanario* fueran vertidos después en el *Curso* de Álvarez Guerra. Todo esto era un síntoma también de que su traducción se inscribió en el momento más álgido de la recepción en España de las ideas de Rozier: en 1798, J. Sampil, capellán y mayordomo de Jovellanos, publicó dos libros sobre apicultura y fomento de la plantación cuya fuente principal se ha identificado con el agrónomo francés¹⁸. Y, en la medida en que esta influencia se

¹⁶ El expediente de Álvarez Guerra figura en el ARSEM, leg. 351-14. En cambio, durante 1794-1799 sus asistencias a las juntas habían sido intermitentes y escasas. A partir de 1804 prácticamente se ausentó.

¹⁷ AHN, Consejos, leg. 11282-55.

¹⁸ Aunque este eclesiástico, que será acusado de *afrancesado* y liberal tras la reacción absolutista de 1824, no citara a Rozier entre las fuentes de sus escritos, Jovellanos, que tuvo

mantuvo con posterioridad, su obra puede ser considerada una especie de puente hacia la generación de Arias, Boutelou, Espinosa, etc., según Argemí [1988], la responsable de mantener vivo en España el interés por la *agricultura nueva* hasta el Trienio liberal.

4. FISIOCRACIA Y AGRONOMÍA EN LA TRADUCCIÓN ESPAÑOLA DEL *COURS* DE ROZIER

Desde la óptica de las ideas económicas, la particularidad más notable de la traducción de Álvarez Guerra era el relativamente extenso «Discurso Preliminar» que lo introducía, obra del propio traductor. Éste reconocía el carácter eminentemente práctico de la obra de Rozier, «más propia para despertar el gusto de los que deseen conocer los medios de fomentar el cultivo de la tierra, que para instruirse a fondo en la Economía Política»; de ahí la trascendencia de ese «Discurso», en el que trataba de sintetizar sus ideas sobre la «agricultura en general»¹⁹. Aunque Álvarez Guerra citara ocasionalmente algún texto insigne de la Economía Política ilustrada —en concreto, *Le commerce et le gouvernement* (1776) de Condillac—, su fuente de inspiración era la fisiocracia; en realidad, utilizaba esas páginas para realizar un ilustrativo resumen de sus ideas económicas, tratando de enfatizar su utilidad para la realidad española.

Es indudable que Álvarez Guerra tenía una alta comprensión del análisis económico fisiócrata. Aunque en su «Discurso» no aluda en ningún momento al *Tableau Économique* ni a la clasificación tripartita fisiócrata en las clases productiva, estéril y de los propietarios, las principales ideas del mismo reposan sobre el modelo de circulación de las rentas²⁰, en torno al cual se hallan implicadas las tesis económicas más características de los *économistes*. Según Álvarez Guerra, la agricultura es el único sector económico capaz de «crear nuevas riquezas». El valor de lo producido por ella depende de los *avances*: «cuanto mayor son éstos, mayor es el producto del suelo». Precisamente, es la implementación de estos *avances*, en trabajo o en dinero, la que posibilita que la agricultura produzca no sólo un volumen de frutos superior al que lo haría espontáneamente, sino propiamente por un valor mayor al de los frutos necesarios para alimentar al labrador. Y ello justifica la dedicación a esta

acceso a ambos libros antes de ser publicados —según Clément (1980, p. 208), en el verano de 1797—, los consideró abiertamente derivados de la obra del agrónomo francés. Los dos textos de Sampil (1798a; 1798b), en los que se incidía en la línea de implicar a los párrocos en labores de instrucción y fomento agrarios, fueron dedicados al asturiano, entonces Ministro de Gracia y Justicia, a quien a menudo se ha considerado su posible inspirador.

¹⁹ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. IV].

²⁰ *Vid.*, en particular, Rozier [1797-1803, vol. I (1797), pp. XI-XIII].

labor productiva: si el labrador sólo obtuviera el importe de los gastos realizados en el cultivo de su terreno, no existirían incentivos para dedicarse a la misma. El excedente o *produit net* obtenido en las labores agrícolas incorpora, por norma general, la amortización de los *avances*, la parte destinada al pago del impuesto directo y el beneficio del propietario del capital²¹, y su realización presupone el caso de una agricultura plenamente comercializada²².

Junto a todo ello, el sector agrícola es el principal regulador de la población. Las leyes que condicionan su crecimiento son naturales: «el hombre por naturaleza sigue el impulso de la naturaleza que lo mueve a multiplicar su especie y no se niega a la dulzura del matrimonio»; por ello, las medidas gubernamentales para favorecer artificialmente la población son ineficientes. Tan sólo es necesario definir, con «principios justos, sencillos e invariables», la estructura de la propiedad, cultivar adecuadamente las tierras y liberalizar los intercambios comerciales entre labradores y artesanos, pues los propios mecanismos naturales corregirán, a través de la miseria que seguiría a una situación de escasez, la sobrepoblación; así, la población se ajustará automáticamente a los medios de subsistencia: «la población que puede y debe contener un país será sólo la necesaria para consumir estas subsistencias».

Mientras tanto, los artesanos, es decir, aquellos trabajadores que no se emplean inmediatamente en el cultivo de la tierra, «no producen nada nuevo», sólo dan una forma distinta, «más acomodada a nuestro uso», a la materia prima producida por el sector agrícola. El valor de lo producido por ellos reúne únicamente el valor de la materia prima y el salario del trabajador, de manera que los artesanos venderán al propietario sus obras «por lo que hubiesen sacado de la tierra si se hubieran aplicado a cultivarla para ellos». Por ello, el sector industrial no es «productivo», si bien cumple funciones económicas imprescindibles: absorbe los exce-

²¹ Es realmente destacable la percepción por parte de Álvarez Guerra del concepto del beneficio —textualmente, «el premio del capital de la tierra, de su cuidado y del dinero empleado en los *avances*», en cuyo descubrimiento los fisiócratas fueron pioneros, tal y como explicó Meek (1975, pp. 94-120). Precisamente, el extremeño identifica con el nombre de «capitalista» a quien lo busca. En condiciones de competencia, la tasa esperada de las operaciones agrícolas es mayor y más estable que la de las manufactureras, dado que un bien raíz es «una propiedad más constante que la que se emplea en el comercio y en las artes».

²² En la breve historia con la que introduce su «Discurso», Álvarez Guerra muestra un cierto desprecio por la agricultura de los pueblos antiguos y enfatiza que el verdadero progreso de la agricultura se inició en Gran Bretaña durante el siglo xvii, precisamente cuando aquélla, y no sólo las manufacturas, comenzó a ser considerada un objeto de comercio. La Guerra de Sucesión establecería el punto de inicio de la internacionalización de este interés por las cuestiones agrícolas, que condujo a los soberanos a tratar de «reparar» el tiempo perdido y trajo consigo un desarrollo científico e institucional de indiscutible valía, al cual España se habría incorporado durante el reinado de Carlos III. *Vid.*, Rozier [1797-1803, vol. I (1797), pp. V-VIII].

dentes generados por la agricultura —si no lo hiciera «no tendrían ningún valor»—, transforma las materias primas creando una «nueva representación de la riqueza» y, por último, impide que la economía nacional se abastezca del exterior de manufacturas, frenando el incremento del empleo y la población foráneas a costa de las domésticas. En este esquema, el dinero también es «estéril»²³: sólo es un signo que posibilita los intercambios comerciales, pero carente de capacidad de aumentar las producciones de la tierra o la industria; de ahí que la idea que lo identifica con la riqueza sea falsa, así como perniciosas aquellas políticas «mercantilistas» favorables a su acumulación a costa de la creación de «riquezas verdaderas».

La productividad del sector agrícola y la esterilidad del manufacture-ro establecen el marco del modelo comercial más adecuado: «ninguna nación puede hacer el comercio de las artes sin hacer antes florecer la agricultura». Un patrón sustentado en el intercambio de manufacturas nacionales por subsistencias —frutos o materias primas— sería inestable, al estar expuesto «al capricho o a la industria del extranjero». Al mismo tiempo, los pueblos comerciantes están condenados a una subsistencia precaria debido a que sus habitantes, al no estar enraizados en el suelo que habitan, «no tienen amor a la patria y se transportan a la nación que los enriquece»²⁴. En suma: «una nación sin cultivo es un conjunto de hombres asalariados por las naciones labradoras»²⁵. Así pues, el proceso de circulación de las rentas pivota sobre el prioritario sector agrícola: dado que el artesano se cobra de la agricultura el consumo por el valor de los salarios de su trabajo, el sector agrícola, además de suministrarle las materias primas, es el único que «paga todos sus trabajos». Además, en la medida en que la autoridad pública configure el marco óptimo para el cultivo adecuado de la tierra, el labrador tendrá oportunidad de incrementar sus *avances*, las tierras producirán más, los sobrantes agrícolas estimularán la creación de artesanos, los bienes manufacturados excederán a las necesidades del labrador y esto propiciará un crecimiento del comercio activo y de bienes de lujo. De ahí que todas las clases sociales dependan, en última instancia, de la clase agrícola, la única que da el «ser a nuevas riquezas» y abre la posibilidad a una economía nacional realmente autónoma.

La ordenación de las políticas económicas más apropiadas para el fomento de la agricultura es también, indiscutiblemente, de raíz fisiócrata. Al margen de ciertas políticas activas a las que se aludirá, el eje de la actuación del gobierno debe dirigirse a favorecer el principio del libre

²³ *Vid.*, en particular, Rozier [1797-1803, vol. I (1797), pp. XIV-XV].

²⁴ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. XVI].

²⁵ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. XIX].

interés. Para ello, la base institucional del sistema económico debe sustentarse en los derechos individuales del orden natural: «la libertad, la propiedad y la comodidad son los únicos fundamentos de una buena agricultura»²⁶. Particularmente relevante resulta establecer con claridad la estructura de la propiedad, tanto la personal y la mobiliaria como, en particular, la de bienes raíces, al ser crucial para la creación de las riquezas. De estos principios se deriva un conjunto de políticas prácticas plenamente enraizadas en el liberalismo fisiócrata. En primer lugar, la desamortización plena y sin condiciones de la propiedad de las tierras, «para que el hombre laborioso pueda adquirirlas con facilidad y el holgazán hacerlas pasar a otras manos en que sean más útiles». A continuación, el respeto escrupuloso a un individualismo agrario que permita al «propietario disponer de su bien», lo cual implica el rechazo de la legislación que, de manera directa o indirecta, determine el modo, el precio y el tiempo de los arriendos, y atente a la libertad en el modo de cultivo o en el establecimiento de los precios agrícolas. Las tasas o las posturas no son «preservativos de la escasez», sino «más funestos a la agricultura que las tormentas y los huracanes»; además, no cumplen ninguno de los objetivos para los que fueron diseñadas: desincentivan al cultivador, no modulan los ciclos de abundancia y escasez, estimulan el fraude de los poderosos e impiden la consecución de precios agrícolas adecuados.

En la misma línea se sitúan las quejas de Álvarez Guerra contra la legislación restrictiva del libre comercio del grano. Frente a lo que han sostenido «algunos partidarios de esta prohibición», que no tienen «la más leve idea de Economía Política», ese régimen que, por otra parte, ya operaba, con relativa laxitud y beneficios indiscutibles, en otros artículos de primera necesidad, como la carne, el aceite o el vino, ayuda a evitar los monopolios y otras formas de concentración de la oferta, pone coto a las operaciones especulativas, atrae comerciantes y caudales al comercio del grano y permite el comportamiento de los agentes económicos de acuerdo con su libre interés, con beneficios que se amplían a toda la colectividad. Asimismo, puede por sí mismo garantizar el abastecimiento del mercado, de ahí que Álvarez Guerra se manifieste contrario a los pósitos públicos y defienda un sistema de almacenamiento privado y fiado «al interés del comerciante». La ampliación de la competencia se presenta, así, como el único medio para despertar el interés del propietario, incentivar su actividad productiva, garantizar la comercialización de los sobrantes y, en particular, limar los beneficios extraordinarios provocados precisamente por la falta de concurrencia:

²⁶ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. XLIX].

«Acaso no podrá evitarse el que este comercio sea demasiado lucrativo para los primeros que se dediquen a él; pero el atractivo de la ganancia llamará [a] nuevos comerciantes, hasta que su número sea excesivo; entonces retrogradarán y pararán en el punto medio, esto es, habrá empleados en granos los fondos necesarios para que el consumidor no tema una escasez grande y deje al comerciante una ganancia moderada, y para que el labrador reciba un precio proporcionado no a la abundancia de aquel año, sino al precio que los compradores lo pagarán al comerciante en los siguientes»²⁷.

Esos mismos principios de libertad de comercio deben aplicarse al comercio exterior. Buen ejemplo de sus ventajas es Inglaterra, país que debe «los progresos de su agricultura a la libertad y premios pagados por la exportación». En cambio, la limitación a la exportación basada en el sistema de precios, vigente entonces en la legislación española, es perniciosa e inútil, debido a que dificulta las extracciones sin impedir que el comerciante acuda siempre «a hacer sus acopios a los países donde lo encuentra [el grano] más barato». Mientras, la apertura de las fronteras garantiza la importación del grano en los años de escasez y su exportación en los de abundancia sin provocar desabastecimientos, incluso en un país como España, donde las provincias fértiles se encuentran en los mercados interiores. En suma, «fomenten las leyes la labor o, mejor aún, despierten la esperanza del interés del propietario, permitan el comercio interior y la extracción de los sobrantes y ésta será la verdadera tasa, que sostendrá siempre los géneros en un precio medio, tan útil a la agricultura como al consumidor». Esta última idea de establecer un «precio medio» que permita hacer compatible el desarrollo agrícola con el industrial parece distanciar a Álvarez Guerra de la política fisiócrata de *bon prix* y su origen hubo de encontrarse, con toda probabilidad, de la obra de Condillac (1776, lib. I, cap. XX).

Todos estos conceptos y políticas económicas tienen también incidencia en la estructura del sector público. De acuerdo con los presupuestos fisiócratas, Álvarez Guerra entiende que el gasto público debe ser constreñido. Sus partidas principales deben ir destinadas, por un lado, a establecer el marco constitucional de la economía —seguridad interior, defensa exterior y sistema de justicia— y, por otro, de acuerdo con expresiones e ideas muy cercanas a Jovellanos, a la remoción de los estorbos que «se opongan a la prosperidad y fomento del cultivo»²⁸. Es

²⁷ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), pp. XXV-XXVI].

²⁸ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. XXIII]. Deberes del Soberano, en cualquier caso, notablemente más reducidos que los atribuidos por Jovellanos, estudiados con detalle por Fuentes Quintana (2000).

decir, aunque la función principal del Soberano sea la de «dejar al labrador el cuidado de fomentar el ramo de cultivo que mejor le parezca, limitándose a protegerlo e inspirarle confianza», existen determinadas situaciones concretas en que debe intervenir de manera activa sobre la realidad económica. Éste es el caso de la construcción de caminos, canales u otras obras públicas en que la agricultura necesite «para prosperar de *avances* que o superan los esfuerzos de un particular o redundan en beneficio del común». En tal circunstancia el Soberano puede financiar directamente la infraestructura o bien permitir que lo hagan los particulares que se benefician de ella —el caso, principalmente, de los canales de riego—, en cuyo caso tal financiación privada debería materializarse a través del incremento del impuesto sobre el producto neto o cargando una tasa sobre el consumo individual, pero eludiendo siempre el establecimiento de impuestos sobre el comercio dado que elevarían artificialmente el precio de los bienes y restringirían su circulación. En cualquier caso, una vez fijados estos criterios, Álvarez Guerra admite las directrices planteadas por Jovellanos (1795, pp. 324-327) para fijar el orden de prioridad con que estas obras públicas debe ser emprendidas.

También se muestra muy cercano a sus tesis respecto a la conveniencia de que el gobierno se implique en la instrucción del labrador; también en línea con la gran importancia que la fisiocracia otorgaba a las labores educativas. Dicha instrucción debería tener como finalidad enseñarle a encontrar su propio interés, pues, en un marco jurídico estable, allá «donde el labrador estuviese seguro de que el trabajo que ha empleado en su tierra será para él, no descansará hasta encontrar el cultivo más perfecto». No obstante, Álvarez Guerra arroja una visión moderadamente crítica de la manera en que se venía desarrollando en España el proceso de difusión de los conocimientos agrícolas: las cátedras de agricultura no producen los frutos esperados, al estar localizadas preferentemente en contextos urbanos; tampoco las Sociedades Económicas están cumpliendo con sus labores de experimentación agrícola, debido a la escasez de socios y a la falta de financiación; por último, las revistas, cartillas rurales y otras obras destinadas a guiar un cambio en las rutinas de los labradores exceden a su comprensión. Por este motivo, una línea de actuación complementaria debería ser la fundación de escuelas de agricultura destinadas a su formación. Con este fin, Álvarez Guerra recupera el perfil eminentemente docente de Rozier, incrustando en su «Discurso» un amplio y detallado extracto de su proyecto de fundación en Francia de una Escuela Nacional de Agricultura²⁹.

²⁹ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. XXXII-XL]. El francés fue el primer director de la Escuela de Agricultura (1786) de su ciudad natal de Lyon, así como autor de un detallado proyecto —el extractado por Álvarez Guerra, en línea con el remitido en 1778 a la Matri-

En cuanto a la financiación del sector público, la suerte del Soberano está también estrechamente ligada a la de la clase agrícola, pues tal financiación ha de provenir del «producto neto de la tierra», una vez descontados de él los *avances*. Partiendo de este planteamiento, Álvarez Guerra desarrolla una defensa sin fisuras del *impôt unique* fisiócrata³⁰: al ser la tierra la única fuente de las nuevas riquezas, es lógico que el sistema tributario repose exclusivamente sobre ella. Los impuestos se presentan como una parte del producto neto que el propietario cede al conjunto social a cambio de que el Soberano configure un marco constitucional que garantice la propiedad de la tierra, la posesión de los frutos del trabajo y la seguridad personal.

Con el fin de mostrar las ventajas de un tributo directo sobre el producto neto de la tierra, Álvarez Guerra realiza una exposición valorativa del sistema de impuestos vigente en España: las contribuciones sobre el consumo y las manufacturas generan efectos notablemente perniciosos: elevan el precio de las manufacturas y, por tanto, recaen en última instancia sobre el propietario de la tierra; generan incertidumbres en los agentes sociales, al desconocerse con exactitud qué porción de producto neto equivaldrá al pago del impuesto —por este mismo motivo, el Soberano ignorará también los ingresos públicos esperados—; son especialmente injustos, al cargar buena parte de la carga impositiva sobre las familias de mayor población; y, por último, son muy costosos en cuanto a su gestión, dado que exigen el mantenimiento de un elevado número de recaudadores que, en vez de ocuparse en actividades productivas, viven a «expensas del tributo que recaudan», alteran la tranquilidad de las personas y dificultan la circulación de los frutos y las mercancías. Por su parte, el impuesto directo sobre el producto neto de la tierra —de naturaleza, por tanto, distinta al diezmo, como explica bien Álvarez Guerra— presenta las ventajas exactamente contrarias: no aparta brazos de las actividades productivas; al ser más visible, garantiza la seguridad privada; no daña la circulación de los bienes y ofrece mayor certeza sobre las potencialidades de su recaudación, logrando, de esta manera, incentivar al propietario y que su interés esté estrechamente unido al del Soberano; por último, exige menores gastos en su recaudación, lográndose así eludir la molesta «opresión» de los recaudadores. Álvarez Guerra no sólo trata de mostrar que la habitual oposición de los propietarios a este tipo de impuesto es debida a la «falta de luces» —en realidad, «con menos contribuirían cuanto menores fuesen los gastos de

tense— para la creación en Chambord, en el centro de Francia, de una Escuela Nacional de Agricultura, que presentó para su aprobación en 1790 en una de las primeras Asambleas Nacionales posteriores a la Revolución.

³⁰ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. XVII-XXI].

recaudación»—, sino que además ofrece pautas muy concretas sobre la manera en que este impuesto podría recaudarse en España por medio de encabezamientos municipales³¹, todo lo cual constituye una pormenorizada defensa de aplicación a la realidad española de las ideas tributarias de la escuela de Quesnay.

Si quedara alguna duda acerca de la adscripción fisiócrata del «Discurso» de Álvarez Guerra, éste finaliza con una extensa reflexión acerca de la «agricultura de los chinos»³², un tópico especialmente querido entre los *économistes*³³. El objetivo de estas páginas, de una notable significación en el contexto de la cultura económica de la Ilustración española, es persuadir a través del ejemplo de esa nación asiática del punto de perfección a que «el tiempo y unas sabias leyes» pueden llevar a la agricultura. De hecho, las páginas recogen un encendido elogio de ese laborioso y populoso país, en particular con relación a su agricultura, que Álvarez Guerra considera notablemente más desarrollada que la europea. Ello se debe tanto al alto nivel de ocupación del suelo, pues sus habitantes «no desperdician un palmo de tierra», como a un conjunto de usos agrarios que «sorprendería al más hábil agrónomo moderno», entre otros, la labor profunda, el uso intensivo de abonos, la selección de las semillas adecuadas para cada terreno, los numerosos canales que contribuyen a fertilizar los campos o la renuncia al barbecho; mientras tanto, la particular dedicación al cultivo del grano y el arroz, en vez de al prado o a los artículos de lujo, justifica su admirada populosidad. Los elogios del liberal extremeño se amplían a la organización socioeconómica de China. El culto público hacia el trabajo, la condena social de la ociosidad o la inexistencia de desigualdades estamentales en el origen han representado factores especialmente favorables al desarrollo agrícola. También lo ha sido la consideración de la agricultura como la principal de las actividades productivas que, desde una tradición ancestral, han mantenido sus autoridades políticas y magistrados, implicándose personalmente en la configuración de la conciencia pública de que se trata de una actividad honorífica, premiando a los labradores distinguidos o garantizando un marco legal basado en los principios de «la libertad, la propiedad y la comodidad», en una baja tributación y en la prohibición de servidumbres y laudemios sobre la propiedad de la tierra. La conclusión que se extrae de todo ello remite, en última instancia, a las ventajas de un sistema social basado en el despotismo legal: China debe

³¹ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. XXI-XXIII].

³² Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. XLI-LI].

³³ Por otra parte, tópico con fuerte presencia en el movimiento agronómico francés y con precedentes en autores tan influyentes como Cantillon, Montesquieu o Melon, tal y como explican, por ejemplo, Weulersse (1910, vol. II, pp. 136-137, 656-657), Bourde (1967, vol. I, pp. 440-444) o Luftalla (1981, pp. 90-95).

la prosperidad de su agricultura a «costumbres sencillas», la existencia de pocas leyes y la derivación de las mismas, de la mano de la autoridad política, de la «naturaleza y la razón». De esta manera, esta especie de despotismo *éclairé* de la agricultura se presenta como un ejemplo de realización del despotismo legal especialmente apropiado para las realidades española o europea en su conjunto, pues, erróneamente, «hoy la política de Europa sigue un plan diferente: las ciudades están ricas y brillantes, y los pueblos llenos de miseria y suciedad»³⁴.

Dejando a un lado el «Discurso Preliminar» y atendiendo ahora al resto de la traducción de Álvarez Guerra, ésta aporta novedades de menor interés que aquél. La cuestión más destacable de la misma radica en el expreso esfuerzo del traductor para adaptar el contenido de las voces originales al contexto español, incluso, en algunos casos, dejándose arrastrar por una indisimulada actitud nacionalista que le lleva a sostener que «en algunos ramos hemos adelantado más que los extranjeros». Para ello, hubo de «acomodar a nuestra práctica» las ideas originales; ampliarlas, matizarlas e, incluso, rectificarlas; «inventar voces nuevas, pues no había equivalentes en castellano»; o, por último, añadir «artículos que explican voces desconocidas en la agricultura francesa». Todo ello se refleja en una traducción en la que la pluma del traductor se halla visiblemente presente.

Las principales contribuciones de Álvarez Guerra, bajo la forma de anotaciones a los artículos originales o de la incorporación de otros de nuevo cuño, son de dos tipos. Un primer grupo, en general, de escaso peso relativo, está relacionado con la economía política agraria. Resulta muy significativo que Álvarez Guerra no recurra en tales añadidos a las ideas fisiócratas. Se trata, más bien, de la defensa de un conjunto de reformas de indudable carácter liberal, y en este sentido en relativa sintonía con las de la escuela francesa, pero, en su espíritu, más próxima al reformismo agrario ilustrado español. En ellas se defiende el libre comercio de los abastos, la libertad de precios, el cercamiento de las heredades, la propiedad individual, el rechazo de los baldíos y la comunidad de pastos, la intensificación de las experiencias agrícolas o la conveniencia de disponer de estudios geográficos y estadísticos sobre la agricultura española³⁵. En su defensa Álvarez Guerra recurre ocasionalmente a autores del prestigio de Jovellanos, Cavanilles o Bowles, así como a los textos de viajes de otros insignes ilustrados extranjeros. Ahora bien, en segundo lugar, los principales añadidos del traductor español se concretan en el plano de los usos y las técnicas agrarias o de

³⁴ Rozier [1797-1803, vol. I (1797), p. LI].

³⁵ Algunas de las principales voces con este tipo de contenido eran «abastos», «abierto», «agricultura», «comunidad de pastos» o «geografía física».

los cultivos, así como de los frutos, las plantas o los animales domésticos, lo cual le lleva a incorporar numerosas noticias referidas a la diversa realidad agraria regional de España —y, en algunos casos, también de sus colonias— en todas las disciplinas científicas que abarca el diccionario, más en particular, sobre veterinaria y medicina rural. Aun de forma no sistemática, el *Curso* se transforma en un canal de difusión de diversas experiencias agrícolas e invenciones técnicas realizadas en España durante las últimas décadas, y ello explica que las siempre presentes fuentes agronómicas francesas (además de Rozier, Daubeton, Parmentier, Duhamel de Monceau, la *Encyclopédie Méthodique*, etc.) se completan con otras muy representativas de la agronomía ilustrada española (las *Memorias* de la Matritense, los *Extractos* de la Sociedad Bascongada, las traducciones de C. Ortega, los artículos del *Semanario de Agricultura y Artes*, etc.).

5. UNA ALTERNATIVA FISIÓCRATA AL INFORME DE LEY AGRARIA DE JOVELLANOS

En una valoración global de la traducción de Álvarez Guerra, su aportación más original radica en el «Discurso» que la introduce. El sustrato fisiócrata del mismo está fuera de toda duda y esto implica a todas las principales vertientes del pensamiento de la escuela francesa, tanto su análisis y política económicos —*Tableau Économique* y *Maximes d'un Royaume Agricole*—, como sus concepciones filosófico-morales —Derecho Natural— y políticas —Despotismo legal o de la China—³⁶. En el plano estrictamente económico, aún sin mencionar el *Tableau Économique*, Álvarez Guerra emplea el aparato conceptual propio de los *économistes* —*avances*, *produit net*, etc.—, defiende abiertamente sus tesis económicas más características —la productividad exclusiva de la agricultura, la relación población-subsistencias, etc.—, y sus políticas económicas —*impôt unique*, individualismo agrario, desamortización de la tierra, libre comercio interior y exterior de granos, etc.—, a excepción de la *grande culture* y, quizás, el *bon prix*. Y lo mismo puede afirmarse de los principios políticos —el Despotismo legal— y del orden natural fisiócrata —la propiedad, la seguridad y la libertad—. De esta manera, este ilustrativo «Discurso», que ha pasado totalmente desapercibido en España, tenía la particularidad de orientar hacia la economía fisiócrata la traducción de una obra como la de Rozier, significa-

³⁶ Acerca de esta concepción de la fisiocracia, *vid.* Faccarello-Steiner (1990, pp. 36 y ss.) y Steiner (1998, pp. 117-125). Otros estudios particularmente útiles sobre la escuela francesa son los de Schumpeter (1954, pp. 223-249), Meek (1962), Hutchison (1988, pp. 273-297) y Steiner (1992, pp. 225-253).

tivamente alejada de la misma. Dado el carácter genérico de la exposición de Álvarez Guerra y debido a que éste no cite sus fuentes, resulta difícil conocer con exactitud cuáles fueron éstas; sin embargo, es claro que en su elaboración utilizó intensivamente los volúmenes sobre *Économie Politique y Diplomatie* de la *Encyclopédie Méthodique*³⁷. De acuerdo con nuestras propias investigaciones, es muy probable que el origen intelectual de esta pieza fisiócrata se remonte a la figura del profesor salmantino Ramón de Salas, con quien Álvarez Guerra mantuvo un estrecho contacto durante su etapa de estudios universitarios y pudo dar sus primeros pasos en el aprendizaje de la Economía Política³⁸.

Por otra parte, el ámbito institucional en el que esa traducción fue realizada —la Sociedad Matritense— y las fechas de la misma —1797-1803— sugieren que hubo de tratarse de una propuesta alternativa al *Informe* de Jovellanos. Más allá de diversas expresiones retóricas elogiosas al mismo en el «Discurso» de Álvarez Guerra, en cuanto a contenidos sustantivos, esa obra sólo es mencionada en una ocasión y en relación con la cuestión, normalmente la de menor controversia de la misma, referida a la conveniencia de que el gobierno se responsabilizara de superar los «estorbos de la naturaleza» a través de un ordenado programa de obras públicas. Es indudable que ambos textos poseen un contenido agrarista y liberal compartido, a pesar de lo cual las discrepancias entre ambos son también muy evidentes: se extienden tanto a la propuesta de Álvarez Guerra de organizar el *royaume agricole* en torno a los principios de libertad, propiedad y seguridad, como a las consecuencias de ello en el ámbito de las reformas económicas. Cuestiones como la desamortización de la tierra, la productividad única de la agricultura, el libre comercio exterior de granos, el rechazo de los pósitos públicos o la tributación directa a través del *impôt unique* establecen diferencias evidentes entre las posiciones de Álvarez Guerra y Jovellanos.

Estas apreciaciones nos introducen de lleno en una valoración del proceso de circulación de las ideas económicas en la España de finales

³⁷ Así parece indicarlo la gran similitud entre las informaciones de Álvarez Guerra y extensas voces del Diccionario, tales como «Agricole» o «Chine», ambas debidas al fisiócrata Grivel, quien volcó en esos y otros numerosos artículos textos previos de Quesnay, Baudeau, Dupont de Nemours o Turgot. También la teoría del impuesto territorial expuesta por el extremeño parece proceder del amplio resumen que sobre ella realizó Grivel de las ideas de Le Trosne. Vid. Panckoucke (1784-1788, vol. I, pp. 57-72 y 543-568). No obstante, se debe recordar que en esos volúmenes no se adoptó una doctrina económica exclusiva —también había numerosas ideas de Necker o Smith—. Vid. Weulersse (1984, pp. 23-24) y Perrot (1992, pp. 127 y ss.).

³⁸ Buena prueba de ello es que Álvarez Guerra fue uno de los testigos que salió en defensa de Salas en el duro juicio al cual la Inquisición le sometió a comienzos de los años noventa. Sobre la adscripción *filofisiocrática* de los contenidos enseñados por Salas en Salamanca, vid. una primera interpretación en Astigarraga-Usoz (2007).

del siglo XVIII. En los últimos años se viene insistiendo en la conveniencia de desligar el contenido del *Informe*, tanto de la propia economía fisiócrata, tal y como hicieron en su momento Lluch y Argemí (1985), cuanto de una interpretación que veía la obra como el resultado del «encuentro» de su autor con la *Wealth of Nations* de Smith³⁹. Los detallados estudios recientes de Llombart (2000, pp. 101-110) acerca de las fuentes, «visibles» e «invisibles», del *Informe*, siempre sin negar la influencia del escocés, vienen a mostrar la mayor cercanía de Jovellanos con otros autores —así, se recupera la trascendencia, por un lado, de tratados como el del francés Condillac y, por otro, de la tradición económica española de Campomanes y los economistas de su generación—, y, por tanto, no sólo la indudable pluralidad de las fuentes empleadas en su elaboración, cuanto su naturaleza de obra de culminación, más que de ruptura, respecto a la tradición económica española cultivada durante el Siglo de las Luces, y aun con anterioridad. Por otra parte, el reformismo pragmático y posibilista de Jovellanos encajaba mal en el liberalismo doctrinario y estricto del *laissez faire-laissez passer* de los *économistes*, si bien conviene recordar, una vez más, con Groenewegen (2002, pp. 211-221), que la fisiocracia fue tan solo uno de los puntos de partida del liberalismo francés —y europeo— del siglo XVIII. De hecho, su distanciamiento de aquélla fue una opción perfectamente calibrada por Jovellanos. Una prueba inequívoca de que éste conoció bien sus ideas se encuentra en el hecho de que fuera el autor de la censura del primer volumen de *Économie politique et diplomatique* de la *Encyclopédie Méthodique* de Panckoucke, de indudable raigambre fisiócrata, en respuesta a una petición del Consejo de Castilla⁴⁰. Pero, por este mismo motivo, la significación del «Discurso» de Álvarez Guerra, con toda probabilidad inspirado en esa fuente, es más notable aún y establece un medido punto de distancia con el *Informe* de Jovellanos, en línea con los autores que lo recibieron como un programa económico demasiado contenido, más aún después de los resultados tibios que había cosechado el programa ilustrado de *comercio libre* del grano, vigente entre 1765 y 1789⁴¹.

³⁹ La expresión corresponde a Varela (1988, p. 115). En sintonía con esta interpretación se encuentran también, entre otros, Polt (1978), González (1988), G. Anes (1995) y R. Anes (2000).

⁴⁰ Según Anes (1996b, pp. 87-97), Jovellanos advertía en su censura de junio de 1785 que el volumen estaba escrito «con aquella especie de libertad de espíritu con que los políticos suelen tratar materias de su facultad». Aunque no encontrara en él cosa alguna que aconsejara «detener su publicación», recomendaba que se rectificase la voz «auto de fe».

⁴¹ El debate acerca de los resultados de ese programa sigue abierto. Comprende desde la tesis que sostiene que la liberalización comercial no tuvo efectos en el crecimiento económico y el funcionamiento del mercado de granos, o si los tuvo fueron parciales y debidos

Su ejemplo más cercano eran, sin duda, las *Cartas* de Cabarrús. Se ha subrayado, en numerosas ocasiones, que su contenido era más radical que el *Informe*, el texto que inicialmente le había servido de inspiración. Y ello debido, por un lado, a la manera en que en él se vinculan las reformas económicas con las políticas, y, por otro, a su impronta racionalista, individualista y utilitarista. Como explicó Maravall (1990, p. 19), en esta segunda faceta es especialmente perceptible la influencia de la fisiocracia, si bien, con unos componentes distintos a los empleados por Álvarez Guerra. Tal influencia era muy evidente en la sintonía de Cabarrús con las ideas del orden natural y, en concreto, en su defensa de los «derechos sacrosantos» de libertad, propiedad y seguridad, y de unas leyes «claras, precisas, fijas e independientes de toda autoridad parcial», preferentemente «indirectas» y de sentido «negativo», que, salvo escasísimas excepciones, debían reducirse a «no estorbar» y a «dejar hacer». En buena medida, todo ello explica su análisis más radical que el de Jovellanos en relación con los obstáculos de «opinión» y de «legislación». Ahora bien, en el plano más estrictamente económico, Cabarrús no llegaba tan lejos como Álvarez Guerra en la defensa de un programa fiel al liberalismo fisiócrata. Son bien conocidas sus combativas tesis contra «el sistema impío, absurdo, antisocial de nobleza hereditaria y mayorazgo» (Cabarrús, c. 1795, pp. 136-137), pero en el vertebral terreno de la manera de remover los obstáculos de la «legislación», planteaba prevenciones al libre comercio exterior de granos, y sus ideas fiscales, aunque favorables a la imposición directa, no alcanzaban el extremo del *impôt unique* fisiócrata. Por otra parte, el hecho de que sus *Cartas* permanecieran inéditas hasta 1808, viene a ensalzar aún más la adscripción fisiócrata del «Discurso» de Álvarez Guerra e, incluso, su posible intención combativa si pensamos en que fue concebido cuando el *Informe* se hallaba sometido a un expediente de la Inquisición en el que era calificado de «antieclesiástico» y «antinobiliario». En suma, nos hallamos ante un distinguido miembro de la corriente más radical de la Ilustración *tardía* española, que de la mano del propio Cabarrús, Foronda, Arroyal, etc., fue tomando forma en el último tramo del siglo XVIII. Y, por último, todo ello vuelve a poner de relieve, en línea con

también a la liberalización del comercio internacional, hasta las que matizan esas posiciones desde visiones moderadamente positivas. *Vid.*, por ejemplo, por este orden, Llopis (2004a, pp. 97-98), Artola (1978, pp. 136 y ss.), Robledo (1993, pp. 15-40), García Sanz (1989, pp. 637-638; 1996, pp. 171-172), Castro (1987, pp. 175-177; 1996, pp. 386-387) y Llombart (1992, p. 188). En fechas recientes, Sebastián (2004, p. 157) ha insistido en que los ilustrados españoles no supieron aprovechar «todas las oportunidades presentes en su propio marco de restricciones técnicas y medioambientales», al tiempo que Llopis (2004b, pp. 43-46) ha vuelto a reclamar atención sobre el negativo efecto de la herencia del Antiguo Régimen en el desarrollo agrario del siglo XIX español.

las recientes sugerencias planteadas por Astigarraga (2005b), la necesidad de una reconsideración más matizada de la conocida tesis acerca de la escasa circulación y uso entre los ilustrados españoles —o, en general, ibéricos— de las ideas económicas fisiócratas⁴². Es indudable que los ilustrados españoles tuvieron un buen conocimiento de éstas y, más en particular, de las que fundamentaban la opción favorable al libre comercio de granos, a través de las traducciones de autores fisiócratas originales (Mirabeau, Quesnay, etc.), post-fisiócratas (Condillac y Turgot), divulgadores (Schmid d'Avenstein) o parcialmente fisiócratas, si bien defensores de esa misma opción liberal (Filangieri). De hecho, las primeras tesis favorables al libre comercio de granos que se defendieron en la Ilustración española a partir de la década de los años ochenta, siempre minoritarias, tuvieron como inspiración el modelo fisiócrata —incluyendo en esta rúbrica el muy influyente en España texto de Condillac, cuya sintonía con los discípulos de Quesnay respecto a la cuestión del comercio de granos es indiscutible—, tal y como lo ponen de manifiesto casos ya conocidos como los de Villava, Foronda, Salas o Belgrano, y se confirma con el propio «Discurso» de Álvarez Guerra⁴³.

Como se ha mencionado, la traducción de Rozier no fue la única contribución de contenido agrario de Álvarez Guerra; todo lo contrario, éste mantuvo vivo durante gran parte de su obra un encendido interés por esas cuestiones, de tal manera que, dada la amplitud cronológica de la misma —su primer texto data de 1798 y el último de 1845—, puede considerarse una especie de puente entre el reformismo ilustrado y el liberalismo españoles; obra puente, en cualquier caso, que hubo de adaptarse a momentos de ruptura notables —en la visión retrospectiva de Álvarez Guerra [1842-1845, vol. I (1842), p. 29], el auténtico *tourning point* respecto a los lentos «progresos de la civilización y de las luces» vino representado por la Guerra de la Independencia—, y que poseyó dos períodos particularmente intensos en cuanto a su producción intelectual.

El primero tuvo lugar en el marco de los debates económicos de las Cortes de Cádiz. En 1813 Álvarez Guerra publicó una breve memoria destinada a reforzar las tesis de los partidarios de la desamortización de

⁴² Vid., principalmente, Lluch-Argemí (1985) y, con criterios diferenciados, Llombart (1995); sobre el caso de Portugal, Almodóvar-Cardoso (1998, pp. 43-51). Un último balance de la difusión internacional de la fisiocracia se encuentra en Delmas-Demals-Steiner (1995, pp. 7-29) y en Argemí-Cardoso-Lluch (1995, pp. 473-480). Conviene recordar que el «Discurso» de Álvarez Guerra se inscribe en el momento en que, según Faccarello-Steiner (1990, p. 39), en Francia y Gran Bretaña se asistía a la «liquidación teórica efectiva de la escuela de Quesnay».

⁴³ Vid., principalmente, Astigarraga (2005a), Barrenechea (1984), Lluch (1984) y Astigarraga-Usoz (2007).

la tierra, con un cierto sentido de agitación política. De hecho, poco después las Cortes someterían a debate la reforma de la Hacienda Pública y en ese mismo año Álvarez Guerra sería nombrado Ministro de la Gobernación, con amplias competencias sobre el sector agrícola. En síntesis, su propuesta consistía en solventar la incalculable Deuda pública española por medio de un proyecto radical de desamortización de bienes raíces eclesiásticos y comunales municipales, que conllevaba una exigente reforma del sector eclesiástico y la Hacienda pública. Ahora bien, a pesar de que ello conectaba indiscutiblemente con las tesis desamortizadoras expuestas en su «Discurso» a la traducción de Rozier, los fundamentos de sus ideas no eran ya fisiócratas, ni en el plano teórico ni en el normativo, principalmente debido a que la actividad agrícola no era considerada ya como la única «productiva»⁴⁴.

Algo similar puede afirmarse de la etapa que cierra sus contribuciones de contenido agrícola a la causa liberal española. En este caso, éstas se inscriben en el seno de la Sociedad Matritense, durante el período en el que Álvarez Guerra fue su Director (1835-1842). De hecho, él fue uno de los principales impulsores de la realización de un Código rural —como Presidente de la comisión que con ese fin operó en la Sección de Agricultura de la Sociedad—, que vino a representar la rehabilitación del viejo ideario ilustrado de elaboración de una Ley Agraria española⁴⁵. Para afrontar esta cuestión, Álvarez Guerra elaboró dos textos: el *Proyecto de una Ley Agraria o Código rural* (1841) y una segunda edición del *Curso* (1842-1845) de Rozier⁴⁶. Ahora bien, en ninguno de ellos se aprecia influencia alguna de la fisiocracia. Álvarez Guerra, aun considerando la agricultura como el principal sector económico, se reafirmó en que no era la única fuente de la riqueza y, en consecuencia, mostró su rechazo a que pudiera disfrutar de un trato preferencial por parte del gobierno; incluso, afirmaba abiertamente que el sector agrícola había perdido ya «su importancia primitiva y absoluta, por efecto natural de los progresos de la población y la civilización», y, en claro rechazo a las ideas fisiócratas, consideraba perjudiciales «todos los sistemas exclusivos de cultivo y todas las teorías seductoras, fruto de la

⁴⁴ Vid. Álvarez Guerra (1813). Su memoria, uno de los primeros alegatos desamortizadores de la historia de España, fue muy exitosa; contó con cinco ediciones, incluida una en Méjico, entre 1813 y 1820.

⁴⁵ El expediente se inició en 1834 y permaneció vivo bajo la iniciativa de la Matritense durante al menos una década. Su objetivo era muy similar al ilustrado: «formar para toda España un cuerpo metódico de disposiciones legales más convenientes al fomento de la industria agrícola», a través de la elaboración de un Código rural «arreglado a la situación y costumbres de nuestro país y a los adelantos del Siglo», que permitiera después emprender la «reforma de nuestra legislación agrícola». Vid. ARSEM, leg. 370-4, y Robledo (1993, pp. 54-57).

⁴⁶ Vid. Álvarez Guerra (1841) y Rozier (1842-1845).

imaginación inexperta de algunos agrónomos»⁴⁷. En cualquier caso, las convicciones liberales de Álvarez Guerra se mantuvieron igual de firmes. En la primera obra mencionada, «una colección metódica y ordenada de leyes que se refieren a la agricultura y sus agentes», insistía en la idea de que las leyes agrarias debían limitarse a «proteger la libertad individual cuando esté contenida dentro de los límites de la justicia» y, como norma general, limitaba las actuaciones económicas del sector público al fomento de las obras públicas y la instrucción y al viejo ideario ilustrado de remoción de los «estorbos políticos, morales y físicos» a la libre iniciativa individual⁴⁸. Ahora bien, en la práctica reconocía diversas «excepciones» o «restricciones» al principio de «libertad absoluta», entre ellas el control de la exportación del grano utilizando el sistema de precios o la utilidad de determinadas empresas públicas. Sobre estas mismas ideas insistirá en el extenso «Prólogo» a la nueva edición del *Curso* de Rozier⁴⁹ que, en coherencia con nuestra interpretación, vio la luz sin incluir el extenso «Discurso Preliminar» de contenido fisiócrata que había abierto la primera edición del mismo. En suma, Álvarez Guerra, aunque siempre fiel al liberalismo, renunció muy pronto a las bases fisiócratas de su primera obra de juventud, perfilando un programa de reformas más moderado y pragmático, en suma, con abiertas concesiones al «realismo político», al que pudo verse obligado después de su paso por diferentes responsabilidades políticas del más alto nivel, y que, en algún sentido, le aproximaba más al espíritu que había inspirado el *Informe* de Jovellanos que al embrión fisiócrata presente en su ideario de juventud⁵⁰.

6. CONCLUSIONES

En uno de los numerosos apuntes que dejó para la posterioridad acerca de su ideario económico, Jovellanos escribía respecto al liberalismo

⁴⁷ Álvarez Guerra [1842-1845, vol. I (1845), p. 25].

⁴⁸ Álvarez Guerra (1841, pp. 7-10).

⁴⁹ Rozier [1842-1845, vol. I (1842), pp. 5-29]. Este Prólogo está configurado básicamente por la traducción de voces procedentes del *Cours* original, principalmente de la voz «agricultura» [vid. Rozier (1780-1800), vol. I (1780), pp. 252-288], y de ideas extraídas del *Proyecto de Ley Agraria o Código rural*.

⁵⁰ Algo diferente sucedió respecto a sus ideas agronómicas, cuyo éxito se ha de relacionar con el que tuvieron en España las de Rozier durante la larga fase de la agricultura moderna preindustrial, y aun con posterioridad. Ya hemos indicado que el *Seminario de Agricultura* (1797-1808) incluyó numerosos artículos extraídos del *Cours*. Además, de acuerdo con Antón (1865, p. 109), uno de los diccionarios de economía rural más importante del siglo XIX, el de Collantes-Alfaro, publicado en 1852-1855, todavía contendrá numerosas voces extraídas del mismo. Una prueba aún más indiscutible de ese éxito se encuentra en la mencionada segunda versión del *Curso* realizada por Álvarez Guerra.

doctrinario: «¡Bellas reflexiones para la retórica!»⁵¹. Como buen conocedor del pensamiento económico de la Ilustración europea, esta afirmación, no exenta de notable ironía, no era arbitraria y respondía muy bien a la equilibrada posición que su autor había mantenido respecto a ese tipo de liberalismo: salvo algunas contadas y breves memorias elaboradas durante la primera mitad de los años ochenta, Jovellanos guardó siempre una medida distancia respecto del mismo. Su *Informe de Ley Agraria*, lejos de suponer cualquier acercamiento al ideario del *laissez faire-laissez passer*, sintonizaba con un liberalismo moderado y gradual y con un reformismo de soluciones templadas y posibilistas que hacían de ese texto un digno punto de culminación de los planteamientos económicos, de carácter analítico y normativo, sostenidos por Olavide, Campomanes y tantos otros ilustrados del reinado de Carlos III. No obstante, con su comentario, Jovellanos quizás estuviera infravalorando la batalla intelectual que otros miembros de su generación habían abierto durante las dos décadas finales del siglo XVIII, en algunos casos, incluso, inducidos por la publicación de su *Informe*, siguiendo precisamente ese liberalismo doctrinario que él trataba con fina ironía. El caso de J. Álvarez Guerra en su primera etapa como publicista vuelve a poner de relieve la existencia de estrategias de desarrollo económico alternativas a la presentada en el *Informe* de Jovellanos. Ejemplos, muy cercanos al mismo fueron dos autores protagonistas de la Ilustración *radical y tardía* española, Foronda y Cabarrús. Es evidente que ambos tuvieron un conocimiento profundo de la fisiocracia y que estuvieron parcialmente influidos por ella; sin embargo, ninguno mantuvo la adscripción fiel —casi canónica— al ideario de los *économistes*, en sus vertientes tanto económica, como política y filosófico-moral, como ese liberal extremeño. Ello convierte el «Discurso» que ha sido objeto principal de este trabajo en uno de los textos más característicamente fisiócratas de toda la Ilustración española. Esta cuestión posee importantes repercusiones interpretativas respecto a, al menos, dos cuestiones distintas: una reconsideración más positiva de la presencia de las ideas de la escuela de Quesnay en nuestras Luces y la aceptación de que la opción liberal y librecambista doctrinaria fue una parte consustancial al programa económico de la Ilustración española, si bien siempre minoritaria.

FUENTES

ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN, Madrid): Estado: leg. 3182-151 y 2932-23; Consejos, leg. 11282-55.

⁵¹ Citado por Llombart (2000, p. 98).

ARCHIVO DE LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE DE AMIGOS DEL PAÍS (ARSEM, Madrid): libros A/49, A/110/22 y A/110/23; leg. 22-6, 153-8, 351-14 y 370-4.
ARCHIVO HISTÓRICO DEL SENADO (AHS, Madrid): His-0024-06.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMODOVAR, A., y CARDOSO, J. L. (1998): *A History of Portuguese Economic Thought*, London y New York: Routledge.
- ÁLVAREZ GUERRA, J. (1813): *Modo de extinguir la deuda pública, eximiendo a la Nación de toda clase de contribuciones por espacio de diez años; y ocurriendo al mismo tiempo a los gastos de la guerra, y demás urgencias del Estado*, Cádiz: Imprenta Tormentaria.
- (1841): *Proyecto de una Ley Agraria o Código rural publicado de acuerdo de la Sociedad Económica Matritense*, Madrid: Miguel de Burgos.
- ANES, G. (1995): *La ley agraria*, Madrid: Alianza.
- (1996a): «Del Expediente de Ley Agraria al Informe de Jovellanos», en A. GARCÍA SANZ y J. SANZ FERNÁNDEZ (eds.), *Reformas y políticas agrarias en la historia de España*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 69-103.
- (1996b): «La Inquisición en la *Encyclopédie*: una censura inédita de Jovellanos», en J. ÁLVAREZ BARRIENTOS y J. CHECA BELTRÁN (coords), *El siglo que llaman ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*, Madrid: CSIC, pp. 87-97.
- ANES, R. (2000): «De las ideas de Jovellanos sobre la economía y la actividad económica», en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol. III: La Ilustración*, Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, pp. 315-329.
- ANTÓN RAMÍREZ, B. (1865): *Diccionario de bibliografía agronómica y de toda clase de escritos relacionados con la agricultura, seguido de un índice de autores y traductores con algunos apuntes bibliográficos*, Madrid: Rivadeneira.
- ARGEMÍ, LL. (1985): «Agronomía y revolución agraria en España (1750-1820)», en E. LLUCH y LL. ARGEMÍ, *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo, pp. 1-43.
- (1992): «Nueva agronomía y agrarismo en la España ilustrada», en *Estructuras Agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 553-563.
- (comp.) (1988): *Agricultura e Ilustración*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- ARGEMÍ, LL.; CARDOSO, J. L., y LLUCH, E. (1995): «La diffusion internationale de la physiocratie: quelques problèmes ouverts», en B. DELMAS, T. DEMALS y Ph. STEINER (eds.), *La diffusion internationale de la physiocratie (XVIIIe-XIXe)*, Grenoble: Presses Universitaires, pp. 473-480.
- ARTOLA, M. (1978): *Antiguo Régimen y revolución liberal*, Barcelona: Editorial Ariel.
- ASTIGARRAGA, J. (2005a): «La prima versione spagnola della Scienza della Legislazione di Gaetano Filangieri», en A. TRAMPUS (ed.), *Diritti e costituzione. L'opera di Gaetano Filangieri e la sua fortuna europea*, Bologna: Il Mulino, 2005, pp. 61-84.
- (2005b): «La fisiocracia en España: los Principes de la législation universelle (1776) de G. L. Schmid d'Avenstein». *Historia Agraria*, 37, pp. 545-571.

- ASTIGARRAGA, J., y ZABALZA, J. (2006): *La Economía en los diccionarios y las enciclopedias del siglo XVIII en España*. Documento de Trabajo de la AEHE, DT-0607 (<http://altea.daea.ua.es/aehe/>).
- ASTIGARRAGA, J., y USOZ, J. (2007): «Political Economy and Republicanism in late Eighteenth Century Spain: R. de Salas, *Apuntaciones* to A. Genovesi's *Lezioni di commercio*», en P. F. Asso y L. Fiorito (eds.), *Economics and Institutions. Contributions from the History of Economic Thought*, Milan: Franco Agnelli, pp. 343-367.
- BARRENECHEA, J. M. (1984): *Valentín de Foronda, reformador y economista ilustrado*, Vitoria: Diputación Foral de Álava.
- BOURDE, A. J. (1967): *Agronomie et agronomes en France au XVIIIe siècle*, Paris: SEVPEN, 3 vols.
- CABARRUS, F. (c. 1795): *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública*, Madrid: Fundación Banco Exterior, 1990.
- CASTRO, C. de (1987): *El pan de Madrid. El abasto en las ciudades españolas del Antiguo Régimen*, Madrid: Alianza.
- (1996): *Campomanes, Estado y reformismo ilustrado*, Madrid: Alianza.
- CLÉMENT, J. P. (1986): *Las lecturas de Jovellanos (ensayo de reconstitución de su biblioteca)*, Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- CONDILLAC, É. B. de (1776): *Le commerce et le gouvernement, considérés relativement l'un à l'autre*, ed. de E. DAIRE, *Mélanges d'Économie Politique*, Paris: Guillaumin, 1847.
- DELMAS, B.; DEMALS, T., y STEINER, Ph. (1995): «Presentation: les physiocrates, la science de l'économie politique et l'Europe», en B. DELMAS, T. DEMALS y Ph. STEINER (eds.), *La diffusion internationale de la physiocratie (XVIIIe-XIXe)*, Grenoble: Presses Universitaires, pp. 7-29.
- DÉROZIER, A. (1978): *Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, Madrid: Turner.
- DÍEZ RODRÍGUEZ, F. (1980): *Prensa agraria en la España de la Ilustración: el Semanario de Agricultura y Artes dirigido a los párrocos (1797-1808)*, Madrid: Ministerio de Agricultura.
- DOMERGUE, L. (1969): «La Real Sociedad Matritense de Amigos del País y la prensa periódica», *Moneda y Crédito*, 109, pp. 25-58.
- (1971): *Jovellanos à la Société Économique des Amis du Pays de Madrid (1778-1795)*, Toulouse: Université de Toulouse-Le Mirail.
- ENCISO, L. M. (1958): *Prensa económica del XVIII: el Correo Mercantil de España y sus Indias*, Valladolid: Universidad de Valladolid.
- FACCARELLO, G., y STEINER, Ph. (1990): «Prelude: une génération perdue?», en G. FACCARELLO y Ph. STEINE (eds.), *La pensée économique pendant la Révolution française*, Grenoble: Presses Universitaires, pp. 9-56.
- FUENTES QUINTANA, E. (2000): «Una aproximación al pensamiento económico de Jovellanos a través de las funciones del Estado», en E. FUENTES QUINTANA (dir.), *Economía y economistas españoles. Vol. III: La Ilustración*, Barcelona: Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, pp. 331-420.
- GARCÍA DE LA BARRENA, I. (1992): *Una perspectiva en la vida intelectual española del primer tercio del siglo XIX: José Álvarez Guerra y su ambiente*, Barcelona: Universitat de Barcelona (tesis doctoral).
- GARCÍA SANZ, A. (1974): «Agronomía y experiencias agronómicas en España durante la segunda mitad del siglo XVIII», *Moneda y Crédito*, 131, pp. 29-54.

- (1989): «La política agraria ilustrada y sus realizaciones», en *Estructuras Agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 629-638.
- (1996): «La reforma agraria de la Ilustración: proyectos y resultados. El precedente del arbitrista agrarista castellano», en A. GARCÍA SANZ y J. SANZ FERNÁNDEZ (eds.), *Reformas y políticas agrarias en la historia de España*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, pp. 161-200.
- GIL NOVALES, A. (1991): *Diccionario biográfico del Trienio liberal*, Madrid: El Museo Universal.
- GONZÁLEZ, M. J. (1988): «Campomanes y Jovellanos ante el marco institucional de la economía de mercado», *Información Comercial Española*, 656, pp. 103-113.
- GROENEWEGEN, P. (2002): *Eighteenth-century Economics*, London y New York: Routledge.
- HUTCHISON, T. W. (1988): *Before Adam Smith. The Emergence of Political Economy, 1662-1776*, Oxford: Basil Blackwell.
- JAIME LORÉN, J. M.^a de, y JAIME GÓMEZ, J. de (2003): «Aspectos apícolas en los escritos y traducciones del ilustrado extremeño Juan Álvarez Guerra», *Revista de estudios extremeños*, 59-2, pp. 871-898.
- JOVELLANOS, G. M. de (1795): *Informe de la Sociedad Económica de Madrid al Real y Supremo Consejo de Castilla en el Expediente de Ley Agraria*, edición de V. LLOMBART, Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2000, pp. 185-342.
- KAPLAN, S. L. (1976): *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV*, The Hague.
- LUFTALLA, M. (1981): *Aux origines de la pensée économique. Prodomes, épigones et périparadigmatiques*, Paris: Économica.
- LLOMBART, V. (1992): *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid: Alianza.
- (1995): «Market for ideas and reception of Physiocracy in Spain: some analytical and historical suggestions», *European Journal of the History of Economic Thought*, 1, pp. 29-51.
- (2000): «Jovellanos, economista de la Ilustración tardía», Estudio Preliminar a G. M. de Jovellanos, *Escritos económicos*, Madrid: Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, pp. 1-177.
- LLOPIS, E. (2004a): «Campomanes, la Pragmática de 1765 y los mercados de cereales antes y después de la reforma», en F. COMÍN y P. MARTÍN ACEÑA (eds.), *Campomanes y su obra económica*, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, pp. 73-104.
- (2004b): «España, la "Revolución de los modernistas" y el legado del Antiguo Régimen», en E. LLOPIS (ed.), *El legado económico del Antiguo Régimen en España*, Barcelona: Crítica, pp. 11-76.
- LLUCH, E. (1984): *Acaecimientos de Manuel Belgrano fisiócrata, y su traducción de las máximas del gobierno económico de un reino agricultor de Quesnay*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica e Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- LLUCH, E., y ARGEMÍ, L. (1985): *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valencia: Institución Alfonso el Magnánimo.
- MARAVALL, J. A. (1973): «Cabarrús y las ideas de reforma política y social en el siglo XVIII», Prólogo a F. CABARRÚS, *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza,*

- la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública*, Madrid: Fundación Banco Exterior, 1990, pp. 7-34.
- MEEK, R. L. (1962): *The Economics of Physiocracy*, ed. española *La fisiocracia*, Barcelona: Ariel, 1975.
- PANCKOUCKE, Ch. J. (1784-1788): *Encyclopédie Méthodique, ou par ordre de matières ; par une Société de gens de lettres, de savants et d'artistes. Économie Politique et Diplomatique*, Paris: Chez Panckoucke.
- PÉREZ GONZÁLEZ, F. T. (1995): *Juan Álvarez Guerra. Ciencia y conciencia agronómica*, Mérida: Editora regional extremeña.
- (2000): *El pensamiento de José Álvarez Guerra*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid (tesis doctoral).
- PERROT, J. C. (1992): *Une histoire intellectuelle de l'Économie Politique*, Paris: EHESS.
- POIT, J. H. E. (1978): «El pensamiento económico de Jovellanos y sus fuentes inglesas», *Información Comercial Española*, DXII, pp. 23-56.
- ROBLEDO, R. (1993): *Economistas y reformadores españoles: la cuestión agraria (1760-1935)*, Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- ROZIER, A. (1781-1800): *Cours complet d'agriculture, théorique, pratique, économique, et de médecine rurale et vétérinaire, suivi d'une méthode pour étudier l'agriculture par principes, ou Dictionnaire universel d'agriculture*, Paris, 10 vols.
- (1797-1803): *Curso completo, o Diccionario universal de agricultura teórica, práctica, económica, y de medicina rural y veterinaria. Escrito en francés por una Sociedad de agrónomos, y ordenado por el Abate Rozier*, Madrid: Imprenta Real, 16 vol. (traductor: Juan ÁLVAREZ GUERRA).
- (1842-1845): *Nuevo Diccionario de agricultura, teórica-práctica y económica, y de medicina doméstica y veterinaria, del Abate Rozier*, Madrid: I. Boix, 13 vols. (traductor: Juan ÁLVAREZ GUERRA).
- SAMPIL, J. A. (1798a): *Nuevo plan de colmenas, o Tratado histórico-natural, físico-económico de las abejas*, Madrid: Benito Cano.
- (1798b): *El jardinero instruido, o tratado físico de la vegetación, cultivo y poda de los árboles frutales*, Madrid: Benito Cano.
- SCHUMPETER, J. A. (1954): *History of Economic Analysis*, New York: Oxford University Press.
- SEBASTIÁN AMARILLA, J. A. (2004): «La agricultura española y el legado del Antiguo Régimen (1780-1855)», en E. LLOPIS (ed.), *El legado económico del Antiguo Régimen en España*, Barcelona: Crítica, pp. 147-186.
- STEINER, Ph. (1992): «L'Économie Politique du Royaume Agricole», en A. BÉRAUD y G. FACARELLO (eds.), *Nouvelle historique de la pensée économique*, Paris: Éditions La Découverte.
- (1998): *La «science nouvelle» de l'Économie Politique*, Paris: Presses Universitaires de France.
- VARELA, J. (1988): *Jovellanos*, Madrid: Alianza.
- VILLALBA, J. de (s. a.): *Diccionario de higiene y economía rural y veterinaria* (manuscrito), BNE.
- WEULERSSE, G. (1910): *Le mouvement physiocratique en France. De 1756 à 1770*, reed. Genève: Slatkine Reprints, 2003, 2 vols.
- (1984): *La physiocratie à l'aube de la Révolution, 1781-1782*, Paris: EHESS.

Ramón de Salas y la difusión de la fisiocracia en España

JESÚS ASTIGARRAGA

1. INTRODUCCIÓN: LAS *APUNTACIONES AL GENOVESI* DE RAMÓN DE SALAS

En la segunda mitad de la década de los años ochenta del siglo XVIII, el profesor de Derecho de la Universidad de Salamanca Ramón de Salas (Belchite, 1753-Madrid, 1837) comenzó a redactar un comentario exhaustivo sobre las ideas económicas y políticas expuestas en las *Lezioni di commercio* (1765-1767) del catedrático napolitano Antonio Genovesi. Durante esos años, en la prestigiosa Universidad castellana, a la que Salas permanecía vinculado desde 1773, se había creado una innovadora Academia de Derecho Español, bajo la dirección del propio Salas y gracias al apoyo de los principales protagonistas de la «aventura reformista» que esa Universidad estaba conociendo durante esos años¹. Con su trabajo, significativamente titulado *Apuntaciones al Genovesi y extracto de las Lecciones de Comercio y de Economía Civil* (*Apuntaciones*, de ahora en adelante), Salas pretendía orientar, con un sentido crítico, las enseñanzas de las *Lezioni*, el tratado eco-

Recepción: 2009-04-26 • Revisión: 2009-12-02 • Aceptación: 2010-04-19

Jesús Astigarraga es profesor titular de Economía Aplicada en la Universidad de Zaragoza. Dirección para correspondencia: Departamento de Estructura e Historia Económica y Economía Pública, Facultad de Derecho, Universidad de Zaragoza, c/Pedro Cerbuna, 12, 50009, Zaragoza. E-mail: astigarr@unizar.es

1. Sobre las reformas ilustradas en la Universidad de Salamanca y la «escuela iluminista salmantina», ADDY (1966) y ROBLEDO (2001 y 2003). Para la biografía de Salas y su paso por Salamanca, RODRÍGUEZ (1979) y sobre su Academia, PERAL (1978).

nómico más importante de la Ilustración napolitana. Su influjo fue muy notable en Alemania, Francia, Portugal y todo el ámbito hispánico; de hecho, el libro estaba siendo objeto de una intensa circulación en España cuando Salas elaboró sus *Apuntaciones*². En cualquier caso, éstas no llegaron a publicarse; su autor ni si quiera pudo acabarlas, debido a que a partir de 1793 fue sometido por la Inquisición a uno de los juicios más estrictos de todo el siglo XVIII español, culminado tres años después con Salas recluido y privado de su cátedra y bienes. A pesar de ello, su versión de las *Lezioni*³ posee una notable relevancia debido al momento y al contexto institucional en que fue elaborada, su extensión –más de 84.000 palabras–, la gran importancia que en ella poseen los «comentarios» añadidos por Salas y, por último, la indiscutible relevancia de su autor: Salas estará llamado a ser una personalidad de primera línea durante el primer tercio del siglo XIX español, uno de los creadores del Derecho Político y Constitucional y un prolífico divulgador de autores como Montesquieu, Beccaria, Condorcet, Destutt de Tracy y sobre todo Bentham, de quien será uno de sus primeros introductores en España.

Las *Apuntaciones* de Salas no poseen una interpretación simple. Ello se debe no sólo a su carácter de texto manuscrito –es decir, no concluido–, sino también a la compleja arquitectura conceptual que las estructura. Esto es lógico si consideramos que fueron elaboradas en el periodo de notable fermento ideológico en toda Europa que separa la creación de la República de los Estados Unidos (1776) y la Revolución francesa (1789). Sus páginas destinadas a aclarar la cuestión de la soberanía y las formas de gobierno remiten a tres corrientes vertebrales del pensamiento de la Ilustración: Montesquieu y su enfoque empirista: Salas acepta su división tripartita de sistemas despóticos, monárquicos y republicanos, y sus tres principios activos respectivos del temor, el honor y la virtud; la tradición *iusnaturalista* moderna, individualista y racionalista, desplegada a partir de Locke; y, por último, la republicana francesa de mediados de siglo, que, de la mano de Mably, Rousseau o Helvecio, tenía su referencia central en la libertad de los pueblos «antiguos»⁴. La visión pluralista también dominaba la vertiente económica del escrito: Salas, sin apenas citar autores españoles, utilizaba ideas de los fisiócratas; los post-fisiócratas (Condillac), los economistas del grupo de Gournay, Necker y los antifisiócratas, los republicanos mencionados y, por supuesto, la obra de Genovesi, al mismo tiempo glosada,

2. Sobre el pensamiento económico napolitano en la España del siglo XVIII, VENTURI (1973) y ASTIGARRAGA (2004). El tratado de Genovesi (1765-1767) fue traducido al español en 1785-1786 por el ilustrado aragonés Villava: GENOVESI (1785-6). Sobre la naturaleza «oficial» de esta versión, ASTIGARRAGA y USOZ (2007a).

3. La copia manuscrita del trabajo de SALAS (1790) se encuentra en el Archivo Histórico Nacional (A.H.N.), *Consejos*, legajo (leg.) 11.925. Dado que carece de paginación, nuestras citas harán referencia únicamente a sus capítulos. El trabajo de Salas se interrumpió en la elaboración de sus notas al capítulo XXI del tratado de Genovesi.

4. Sobre la vertiente política de las *Apuntaciones*, ASTIGARRAGA (2008 y 2009).

censurada y elogiada por Salas, junto a las de Galiani, Filangieri y otros Ilustrados italianos.

La trascendencia de las *Apuntaciones* se justifica, más allá de este notable crisol de fuentes, dado que en ellas se hallan representadas las principales influencias doctrinales hasta la fecha atribuidas a los profesores reformadores salmantinos. Éstos han sido considerados abanderados de la difusión en España de Voltaire (de la mano de Urquijo), Beccaria (Meléndez Valdés) o Rousseau (Marchena y otros tantos compañeros suyos), de los principios del utilitarismo de Bentham (Núñez o Salas) o el sensualismo epistemológico de Destutt de Tracy (J. J. García o Salas), además de Montesquieu y los filósofos del Derecho Natural racionalista, cuyos principios serán utilizados profusamente por ellos en sus futuras aportaciones a los debates relacionados con las Cortes de Cádiz, y aún con posterioridad. En este trabajo tratamos de incorporar la fisiocracia a ese espectro de influencias. El pensamiento fisiócrata es entendido aquí como una de las principales expresiones del pensamiento de contenido agrarista más importante de todo el siglo XVIII europeo, con notables derivaciones en el ámbito no sólo propiamente de las ideas económicas (teoría y política: *Tableau Économique* y *Maximes générales du gouvernement économique*), sino también filosóficas (Derecho natural) y políticas (orden natural y Despotismo legal). En su tesis central, esta investigación diverge respecto a las conclusiones que hoy dominan acerca de la fisiocracia en España. A partir, principalmente, de los trabajos de Lluch y Argemí, matizados después por Llombart, se reconoce que la influencia en nuestro país de esa peculiar escuela agrarista francesa fue «moderada y tímida»⁵. Por el contrario, en este artículo se mostrará que el ideario de los *économistes* constituyó una influencia central en Salas y sus *Apuntaciones*, así como entre algunos de sus discípulos. Nuestra interpretación afecta tanto al enfoque como al resultado de los estudios vigentes a la fecha⁶. La tesis que sostiene que la fortuna en España de los *économistes* fue escasa se estructuró a partir de un enfoque esencialmente doctrinal, que trataba de identificar a quienes cumplieran de manera ortodoxa sus principios económicos y políticos. Ello permitió explicar que en España no hubo apenas fisiócratas en sentido estricto. Sin embargo, el caso más habitual de empleo de las ideas de los *économistes* —como el de otros autores y corrientes de la época— fue en conjunción con otros idearios, a veces difícilmente compatibles con el suyo, de manera que hoy todavía resulta necesario atender a quienes, como Salas y sus discípulos, sin ser fisiócratas, realizaron un uso selectivo y activo de sus ideas, siendo éstas un elemento insoslayable para comprender el contenido de sus escritos.

5. Sus tesis acerca de que la fisiocracia penetra en España «más tardía y superficialmente, menos económica y más políticamente», en LLUCH y ARGEMÍ (1985; 1994). El argumento de que la baja intensidad de esa influencia resultó «saludable» en el contexto del siglo XVIII español, en LLOMBART (1995).

6. Algunos precedentes en ASTIGARRAGA (2005) y ASTIGARRAGA y USOZ (2007b y 2008).

2. EL PENSAMIENTO FISIÓCRATA EN LAS *APUNTACIONES* DE RAMÓN DE SALAS

Para Salas, como para buena parte del pensamiento de su tiempo, desde Montesquieu hasta los fisiócratas, las relaciones sociales se hallan regidas por leyes. Las de contenido económico aspiran a la máxima riqueza y población⁷. Esta finalidad es imprescindible para los objetivos del cuerpo político, en particular, de acuerdo con la visión *iustnaturalista* de Salas, para alcanzar la conservación y la tranquilidad públicas; de ahí el papel central que en las *Apuntaciones* se atribuya a las leyes económicas: sin una adecuada legislación que maximice riqueza y población ninguno de esos objetivos está garantizado: el Estado encontrará dificultades para su subsistencia derivadas del contexto exterior —el acoso de las potencias vecinas— e interior —la falta de alimentos para mantener la población—, o incluso del hecho de poseer una dimensión territorial excesiva⁸. La promulgación de unas leyes positivas correctas debe de inspirarse en los principios universales del desarrollo económico y, por tanto, de aplicación general: la agricultura como sustento de la seguridad política, su mayor productividad en la creación de subsistencias, la relación directa entre éstas y la población, y el libre comercio como criterio óptimo para maximizar las riquezas. La aceptación de estos principios absolutos, ajenos a las *Lezioni*, fue derivada por Salas de sus lecturas fisiócratas⁹. Los *économistes* admitían que el orden natural que ellos postulaban no coincidía con las leyes positivas y suponían que un orden basado en los tres principios de la propiedad, la libertad y la seguridad contenía el código de reglas de política económica, evidente por medio de la razón y de carácter inmutable y universalmente válido, que podía derivarse de la naturaleza de las cosas; de ahí que el estado ideal fuera el de derecho, y el arte de gobernar, el de abstenerse de hacerlo, propiciando el ejercicio de una libertad negativa que eliminara los obstáculos, legales o de otro tipo, que impedirían el ejercicio de esos derechos económicos individuales.

Ahora bien, Salas no comparte plenamente las rígidas posiciones metodológicas de los fisiócratas, que no le hacen renunciar a una visión complementaria «relativista» de la legislación. Su deuda en este terreno es Montesquieu y su enfoque empirista-inductivo: la aplicación de esas leyes generales debe amoldarse a las condiciones geográficas o económicas de los países y a sus dispares sistemas de gobierno. Por tanto, una buena legislación económica debe de respetar el «espíritu general» de la nación (Montesquieu) o bien

7. Salas copia a FILANGIERI (2003: II, 3).

8. Salas glosa a ROUSSEAU (1990: 77-78).

9. Salas debe mucho respecto a esta cuestión a CONDILLAC (1847). Sobre su papel como uno de los pioneros de la metodología deductiva en la Economía Política, Klein (1985: 53-62). La mejor obra sobre el pensamiento económico de Genovesi es PII (1984).

complementar la «bondad absoluta y relativa» de las leyes (Filangieri)¹⁰. Salas insiste en lo inadecuado de trasladar a una nación, sin cambios pertinentes, leyes o políticas económicas foráneas, por mucho que, como fuera el caso británico, hubieran resultado útiles en sus países originarios; por este motivo acusa a Genovesi de querer, erróneamente, «adoptar [el sistema británico] a todas las naciones, sin acordarse de que todas las leyes para ser buenas deben ser relativas» (Salas, 1790: cap. XVI). En algunos casos lleva la idea de la relatividad de las leyes hasta sus últimas consecuencias. Inspirado en el ideario republicano de que un buen gobierno de las leyes sólo puede materializarse en un territorio pequeño, supone, ejemplarizándolo en el caso español, que no es simple establecer leyes económicas válidas para el conjunto de la Monarquía: tales leyes deben ser diferentes en cada región o provincia, de manera que los catalanes deben de fomentar la industria, pues su terreno es estéril, mientras los castellanos la agricultura. En suma, por encima de ciertos principios absolutos, los sectores productivos deben promoverse «con relación a los pueblos» y las leyes económicas deben dictarse aceptando estos condicionamientos, pues operan de una manera inexorable: «si de un pueblo agricultor quiero hacerlo comerciante, se arruinará» (Salas, c. 1790: cap. V). Este planteamiento hace que Salas se aproxime a la visión relativista de Galiani y, en particular, a Filangieri (2003: I, 61-75), a quien sigue textualmente para reforzar esta visión complementaria de naturaleza absolutista y relativista.

En la elección de la estrategia de desarrollo económico adecuada para cada nación operan dos criterios fundamentales: por un lado, las características de su geografía y sus tierras: si los territorios grandes y fértiles favorecen la especialización agraria, los pequeños y estériles animan la promoción de la industria; por otro, las formas de gobierno, cuestión vertebral en la elección del patrón comercial: Salas, como Montesquieu y Filangieri, distingue entre el comercio de «economía» –basado en la mediación comercial– y el de «propiedad» –con excedentes propios–. Ambos son viables según las condiciones naturales (países estériles vs. fértiles), geográficas (extensión del territorio y vertebración interior de su mercado) y el sistema de gobierno: el primero es más acorde a las virtudes de frugalidad e igualdad propias de las repúblicas, y el segundo a los países con excedentes para el comercio, una cierta desigualdad social y lujo, más propio de las monarquías¹¹. En cualquier caso, de cara a dilucidar la nuclear disyuntiva «pueblos agrícolas vs. industriales», Salas acepta la idea fisiócrata de que sólo la agricultura concita la virtud de conjugar la fortaleza política y económica del Estado: es el sector más produc-

10. MONTESQUIEU (1972: 249) y FILANGIERI (2003: I, 72 y ss.). Esta visión relativista era compartida con Genovesi y la Ilustración napolitana, que, de la mano, entre otros, del influyente Galiani, quedó fuera de la influencia de las leyes generales.

11. SALAS (1790: cap. XVI); MONTESQUIEU (1972: 266-268) y FILANGIERI (2003: II, 83-86).

tivo y con mayor capacidad para crear empleo y subsistencias que estimulen el crecimiento demográfico, así como para generar riquezas «absolutamente independientes»; las de origen agrario, al estar fundadas sobre bienes inmobiliarios, quedan fuera de los avatares del comercio, garantizando mejor que ningún otro sector la fortaleza política del Estado¹². Por estas razones, la riqueza y el poder político de una nación crecen en razón directa de lo que perfecciona su agricultura. Esta razón justifica la profunda orientación agraria de las *Apuntaciones*, compartida con Genovesi, si bien sólo parcialmente, debido a que en aquéllas posee indudables connotaciones fisiócratas: de hecho, Salas entiende que en las economías agrarias el patrón del crecimiento debía de ser el de la escuela de Quesnay.

Este modelo, en cambio, no es aplicable sin cambios a los países «industriales por constitución». Aunque Salas alude ocasionalmente a la teoría del «producto neto» de los *économistes*, no suscribe su división de las actividades entre «productivas» y «estériles»; de ahí su cercanía con autores como Condillac quien en este tema había mantenido una clara independencia respecto al análisis doctrinario fisiócrata (Eltis, 1995: 183 y ss.). Ahora bien, de la misma manera que «artesanos, labradores y comerciantes forman la masa de la riqueza de una nación», la prioridad de la agricultura es incuestionable: mientras en un «país se encuentre un palmo de terreno por cultivar no se debe pensar en el comercio y las artes» (Salas, c. 1790: cap. V). Si no es posible una especialización agraria exclusiva se debe acompañar la agricultura con la industria; por este motivo, Salas acude, de la mano de Galiani, a ejemplos como los de Cataluña u Holanda, que reflejan que los pueblos más «industriosos» son los que cultivan mejor sus campos, y defiende el modelo de «industria popular» de Campomanes, que no daña a la agricultura.

Aunque Genovesi y Salas compartan su agrarismo, las más de dos décadas que separan sus obras se hacen especialmente visibles en el ámbito de las reflexiones agrarias: el aragonés va más allá del enfoque moderadamente liberal del napolitano. Salas parte, como éste, de la identificación entre libre comercio y circulación de bienes, pero, como resultado de sus lecturas fisiócratas, lleva esa identificación hasta sus últimas consecuencias: todo lo que obstaculiza esa circulación impide maximizar la riqueza nacional¹³. Este principio debe de interpretarse en términos relativos, atendiendo en particular a las formas de gobierno. Así lo hace Salas en los dos temas agrarios que ocupan mayor espacio en sus *Apuntaciones*: la tierra vinculada y el comercio de granos.

12. SALAS (1790: cap. XVI) copia textualmente a CONDILLAC (1847: 290 y ss.).

13. Principio que hubo de derivar de Filangieri o del fisiócrata suizo Schmid d'Avenstein, y que estructura su defensa del *laissez faire*. Su planteamiento en las *Lezioni* era muy parcial; GENOVESI (2005: 529).

Respecto al primero, Salas es consciente del enorme problema que ese régimen de propiedad genera en toda economía nacional: «las tierras en manos de pocos nunca producen las subsistencias que producirían en manos de muchos» (Salas, 1790: cap. V). Tal problema se agrava en una Monarquía como la española, donde la tierra vinculada representa «la causa principal de la riqueza de pocos y de la miseria de muchos», pues apenas «se pisa un palmo de tierra que no pertenezca a algún mayorazgo o cuerpo inmortal» (Salas, 1790: cap. V). La manera de solventarlo no es repartir la propiedad: ésta es un «derecho sagrado» y «nunca es justo privar a un hombre» de la suya; de ahí que sea necesario articular «vías indirectas» para abordarlo¹⁴. Para ello hay que atender a los límites que las monarquías establecen para la plena circulación de los bienes: de acuerdo con Montesquieu (172: 60-62, 86-87), ese sistema político se fundamenta en distintos «cuerpos intermedios» que deben acumular riqueza, de ahí que la desigualdad social y la vinculación de la tierra sean inherentes a él. La solución pasa, en opinión de Salas, por reducir los mayorazgos a su expresión mínima, prohibiendo «absolutamente para lo sucesivo toda vinculación» y arreglando más equitativamente las herencias (Salas, 1790: cap. V). Respecto a la manera de integrar en el comercio los bienes raíces estancados, propone que las familias nobiliarias puedan poseerlos con un límite máximo. Ello les permitiría mantener su grandeza sin provocar las escandalosas desigualdades del presente. En cambio, las «manos muertas» eclesiásticas exigen una solución más rotunda: «escandalizan a un filósofo las exorbitantes riquezas del clero secular y regular». Para luchar contra unos privilegios que solo la «ignorancia y el fanatismo ha podido conceder», Salas propone que se prohíban a los cuerpos «inmortales» nuevas compras o que se carguen éstas con unos derechos de amortización tan elevados que en la práctica hagan «casi imposible la venta a manos muertas». Estas posiciones representan propuestas antifeudales más avanzadas que las de Genovesi o Montesquieu, si bien sin plantear tan abiertamente como la fisiocracia o Filangieri la disolución del régimen de vinculación de la tierra¹⁵.

Respecto al comercio de granos, Salas asume que el trigo no es ya únicamente un objeto de «subsistencia», cuanto también de «comercio» (Kaplan, 1976: 1-51). Como era habitual en su tiempo, considera que el giro hacia este nuevo enfoque se incardina en las conocidas leyes de granos inglesas de finales del siglo XVII. En una primera valoración,

14. Salas copia otra vez a FILANGIERI (2003: II, 41 y ss.).

15. De hecho, Filangieri, principal fuente de inspiración de Salas, había rechazado el argumento de Montesquieu de que la monarquía obligaba a preservar los mayorazgos y aceptaba su disolución y su partición, con el fin de multiplicar el número de propietarios. Sobre el avance en Nápoles de las posiciones antifeudales, vid. RAO (1984: cap. 2). Por su parte, en el contexto español, las ideas de Salas se adscriben a un reformismo antifeudal que no suponía un ataque definitivo a la nobleza: Salas está más cerca de las posiciones moderadas de Jovellanos, que de las más claramente abolicionistas de Foronda o Cabarrús.

defiende, como Genovesi¹⁶, los enormes beneficios generados por ellas, al ampliar el área de tierra cultivada, estimular la producción, eliminar las temidas escaseces y, por último, activar un notable sector exportador, al amparo de las subvenciones públicas, el cual, a su vez, permitió consolidar la marina y el empleo nacionales. A pesar de ello, es muy cauto sobre la posibilidad de que esas políticas puedan aplicarse sin más en España. Siguiendo a Galiani, Salas recalca que las particulares leyes sobre el comercio del grano exigen su continua adaptación a las circunstancias, pues un factor accidental –como la construcción de un canal– altera de raíz el sistema económico de un país. En el caso de España, entiende que no es posible elaborar una única ley sobre el comercio de granos que convenga a todos sus territorios¹⁷. Asimismo, aboga por ampliar el límite del precio para la extracción del grano castellano a Portugal hasta un nivel que implica en la práctica establecer el libre comercio con ese país.

No obstante, su posición no se limita, como Genovesi, a la defensa de una política de liberalización parcial del comercio del grano¹⁸; ésta se halla condicionada por una excesiva prudencia «mercantilista», al tratar de garantizar las subsistencias y su bajo precio para proteger a los consumidores. Su posición responde, más bien, a los principios fisiócratas del libre comercio del grano. Precisamente, Salas copia extensos párrafos del texto de Condillac –sin citarlo– para rechazar la política de «pan barato» y explicar la formación del precio del grano, derivada de su valiosa teoría del valor-utilidad¹⁹. Su trasfondo era la teoría del *bon prix* fisiócrata, si bien matizada con el fin de soslayar el supuesto doctrinario de la «esterilidad» del sector industrial. Salas sostiene, como Condillac, que el precio que armonice los intereses de propietarios y artesanos es, al mismo tiempo, el «verdadero» y el «justo», y ha de situarse entre el precio límite superior y el inferior, al ser éstos «falsos precios». La única manera de alcanzarlo es el libre comercio interior y exterior del grano.

16. El modelo británico había sido muy elogiado por GENOVESI (2005: 561 y ss.), siguiendo a los economistas franceses del grupo de Gournay (Forbonnais, Herbert...), que habían propiciado su difusión en toda Europa. Su influencia en la reforma del comercio de granos española auspiciada por Campomanes a partir de 1765 también fue muy notable; LOMBART (1992: 155 y ss.).

17. Cuestión que cabe interpretar como una crítica velada a la Ley Agraria, aunque para la fecha en que fueron elaboradas las *Apuntaciones* ya habían aflorado, de la mano de Sisternes, las posiciones favorables a una flexibilización de esa Ley que atendiera a las peculiaridades regionales. En cualquier caso, las posiciones liberales y fisiócratas de Salas eran difícilmente compatibles con los presupuestos de dicha Ley; de hecho, también otros autores radicales de su tiempo, como Foronda o Cabarrús, fueron escépticos sobre sus posibles ventajas.

18. En todo lo que sigue, Salas coincide, incluso en amplios párrafos textuales, con FORONDA (1994: 379-431), otro pionero en España de la defensa del libre comercio de granos. Es probable que ello se debiera al uso de fuentes similares: Condillac y los artículos de Grivel para la *Encyclopédie Méthodique*.

19. SALAS (1790: cap. XVIII); CONDILLAC (1847: 248 y ss.). El aragonés parece estar influido también por el milanés VERRI (1771: 52-53) en la idea de que en un régimen de competencia no debe haber temor de que el necesario físico salga de un Estado.

Ello se debe a que es el único sistema que permite armonizar la cantidad total relativa a la necesidad total, más aún cuando en un sistema de esas características el mercado de granos posee una dimensión internacional y el libre comercio --abstrayéndose de los gastos de transporte-- puede garantizar un precio único a escala continental. Además, ese sistema de libertad es el mejor antídoto para eliminar de manera estructural las situaciones de escasez o abundancia, y evitar la formación de monopolios por el lado de la oferta. Y tiene la ventaja adicional de impedir que el precio esté sometido a cambios continuos, generando incertidumbres y desestabilizando la toma de decisiones por parte de los agentes económicos; en suma, se ha de situar en torno a un nivel «estable y permanente», que garantiza el «precio verdadero».

La implantación del sistema de libre comercio debe de realizarse a través de medidas que limiten las intervenciones públicas en el mercado del grano y favorezcan la ampliación de la competencia. Respecto a las primeras, Salas critica las tasas y las posturas sobre el precio de los granos, los privilegios exclusivos para comprar o vender trigo, las comisiones y las compañías privilegiadas para abastecer las grandes ciudades. Respecto a la segunda, propone tres tipos de medidas superpuestas: la multiplicación de los comerciantes privados, la ejecución de una ambiciosa política de obras públicas que estructure los mercados agrarios y la eliminación de las aduanas interiores y los derechos de portazgos. Sus críticas al sistema «mercantilista» de regulación del mercado del grano se extienden también al comercio exterior. Salas realiza una puntillosa censura de todas y cada una de las medidas inscritas en las leyes de granos británicas --en particular, de la elogiada subvención de las exportaciones--, a través de razonamientos extraídos de las censuras cosechadas entre los fisiócratas²⁰. Nuevamente enfrentado a Genovesi, considera que tales medidas alientan efectos perniciosos, al no garantizar la abundancia del grano en toda la nación, la estabilidad de los precios y un nivel adecuado de éstos, razón por la cual desincentivan la agricultura y distorsionan su funcionamiento. Salas entiende que es errónea la identificación de ese elogiado régimen británico con el auténtico sistema de libre comercio. Y proclama abiertamente que éste no existe en España, a pesar de la «absoluta libertad que se pondera» y de los indudables beneficios que había traído consigo la liberalización del comercio de los granos promulgada en 1765: «los pueblos no han padecido las hambres terribles que sufrieron mientras duró la tasa». La alternativa consiste en establecer, en palabras de Condillac (1847: lib. I, cap. XXII), una libertad «plena, entera y permanente», sin restricciones legales²¹, si bien, en cuanto a la estrategia adecuada para

20. En esta cuestión se vuelve a hacer muy visible el uso por parte de Salas de los artículos de Grivet a la *Encyclopédie Méthodique*, por ejemplo las voces «Agriculture», «Blé, blés» o «Commerce».

21. La recomendación de Salas resulta aún más meritoria si tenemos presente que se inscribía en la coyuntura agraria particularmente difícil de 1788-1789 y, con toda probabilidad, en las puertas de la

su implantación, Salas, consciente de que la libertad comercial puede producir perjuicios «hasta ponerse corriente», se muestra favorable a una implantación gradual; vuelve a hacerse evidente una suavización de los presupuestos más radicales de Condillac y los fisiócratas en favor de posiciones más pragmáticas, como las planteadas por Galiani.

También el análisis sobre la industria contiene una influencia notable de las ideas fisiócratas. Aunque ésta no sea considerada por Salas una actividad «estéril», éste asume como *filo rosso* el principio, característico de los *économistes*, de que la principal garantía del progreso de la industria es la emulación entre los artesanos, cuya base es la libre competencia entre los productores nacionales y extranjeros²². La legislación española ha configurado un marco intervencionista que, lejos de promoverlo, imposibilita su desarrollo. Una vez más, se impone la idea de libertad negativa: antes de promocionar la industria, hay que eliminar, mediante nuevas leyes o la derogación de las existentes, los «vicios» de la legislación vigente. Una vez logrado ello, debe imperar el principio de la libre iniciativa de los agentes: «no hacer nada y dejar hacer lo que quieran a los que son verdaderamente interesados en el buen éxito de sus pensamientos con tal que sus operaciones no se opongan a la utilidad pública, que debe ser el único objeto de la legislación». De estas ideas Salas deriva una serie de principios económicos que le sitúan en la órbita de un libre comercio, si no dogmático, sí muy intenso, y, por tanto, lejos del liberalismo templado de Genovesi. Así, es contrario a que «el Rey se convierta en fabricante». Las empresas públicas no son beneficiosas para la economía nacional: por un lado, operan con costes superiores a los de las privadas y son normalmente deficitarias; por otro, implican una serie de barreras de entrada para otros fabricantes, desincentivando la actividad privada. Sólo se justifican cuando se trata de estancos públicos necesarios para el sostenimiento de la Hacienda o de sectores cuya financiación excede del capital privado. En cualquier caso, en estas circunstancias, habitualmente excepcionales, las empresas públicas deben ser «privatizadas» más pronto que tarde. También debe de considerarse inusual la concesión de privilegios exclusivos a compañías particulares. El caso más significativo es el de la aparición de una nueva rama de comercio; pero también ese privilegio debe de ser excepcional y temporal, así como permitir al productor sólo beneficios «normales». Ese mismo principio de emulación con los artesanos extranjeros como factor de progreso de las artes justifica la naturalización de los artesanos extranjeros, exige reconocer todos los oficios como «honrados» y, ciertamente, no puede sustentarse en el actual sistema gremial. Salas lo cri-

nueva regulación restrictiva del comercio del grano que cerró la fase liberalizadora abierta con la Pragmática de 1765: (CASTRO, 1987: 175-180).

22. SALAS (1790: cap. XV). El papel activador de la emulación, incluso como argumento en defensa de la disolución de los gremios, en VERRI (1771: 39 y ss., 64 y ss.) y FILANGIERI (2003: II, 131 y ss.). También respecto a estas cuestiones la sintonía del aragonés con las *Cartas* coetáneas de Foronda es muy profunda.

tica dura y reiteradamente y, en línea con la fisiocracia, aboga por su abolición en respeto al criterio de la libertad de trabajo.

Todas estas ideas, unidas al intenso trasfondo agrarista de las *Apuntaciones*, explican las ideas de Salas respecto al comercio exterior. Dado que la agricultura es el único sustento de un comercio exterior «duradero e independiente», el patrón más ventajoso es la extracción del sobrante de frutos y materias primas nacionales, sin manufacturar o manufacturado. Por ello, Salas, enfrentado a Genovesi y a gran parte de sus contemporáneos españoles, y, en cambio, afín a los fisiócratas, defiende la libre exportación de esos bienes, siguiendo principios similares a los del comercio de granos. El producto que deja su extracción es, de acuerdo con los fisiócratas, «neto» y, por tanto, una fuente fundamental de la riqueza nacional. Por ello, Salas sostiene que las prohibiciones a la exportación pueden ser beneficiosas para la industria, si bien sólo a corto plazo, pues con el paso del tiempo arruinarán el sector agrícola: «sin una entera libertad racional en comprar y vender no puede haber comercio ni aún agricultura, pues ésta nunca puede florecer sin un comercio que dé valor a los sobrantes que produce»²³. De la misma manera, Salas se muestra partidario de la libre importación de manufacturas extranjeras, con tal que el país «no produzca lo necesario para ocupar a todos sus habitantes». Es falso que tal importación dañe la industria nacional: todo lo contrario, al ser el fundamento de la emulación, lo es también de la mejora de su competitividad. Incluso, en una economía como la española, en la que una buena parte de sus bienes sobrantes son los metales preciosos americanos, resulta especialmente adecuada una política de lo que Filangieri había denominado el «lujo pasivo», consistente en utilizar esos metales en la compra de manufacturas de lujo foráneas, con el fin de evitar los desórdenes monetarios que estaba creando en la Monarquía una oferta monetaria excesiva²⁴. Contrario a las prohibiciones «directas», Salas se muestra más permisivo con las «indirectas», en particular las manufacturas extranjeras que se fabriquen en el país. Esto abre la posibilidad al empleo de las exenciones de derechos fiscales y los aranceles con el fin de mejorar la competitividad de los bienes nacionales. En suma, el patrón comercial que se defiende en las *Apuntaciones* es el contrario del que sugieren las políticas comerciales restrictivas. El principio general debe ser el libre comercio, aunque Salas admita la posibilidad de utilizar impuestos y aranceles para ayudar a la manufactura nacional o para fomentar actividades comerciales que favorezcan al sector agrícola.

Una última cuestión en la que se hace visible el uso por Salas de ideas fisiócratas se refiere a la población. El aragonés parte en su análisis del concepto *genovesiano* de «justa

23. SALAS (1790: cap. XX).

24. SALAS (1790: cap. XVII); FILANGIERI (2003: II, 253-266).

población», es decir, de la conveniencia de alcanzar una relación «justa y proporcionada» entre el número de habitantes y la extensión del terreno²⁵; ahora bien, una vez más lo reformula siguiendo a sus autores preferidos, lo cual se traduce en una réplica puntillosa al napolitano. Según Salas, el crecimiento de la población responde a leyes físicas propias de la naturaleza humana: la vocación natural de la persona es emparejarse y procrear²⁶. La condición de célibe es síntoma de depravación de las costumbres, motivada por los factores que Salas considera causantes de la corrupción del sistema sociopolítico: exceso de riquezas y lujo o una excesiva liberalidad en las relaciones entre los dos sexos. En cualquier caso, las ancestrales medidas públicas destinadas a estimular los matrimonios con leyes o premios no son eficaces. Salas presenta, de la mano de Filangieri²⁷, numerosos ejemplos de leyes infructuosas promulgadas entre los pueblos «antiguos» con esa finalidad. Por este motivo, aun siendo consciente del grave problema de la despoblación española, se aleja de las corrientes partidarias de promover la población a través de medidas normativas. Su poblacionismo participa del mismo tono templado que el de Genovesi.

También comparte con él la idea de que si no se alcanza esa «justa población» —si el país se encuentra despoblado—, ello se debe a algún «vicio» de la legislación, que el napolitano concretaba en diversos «males físicos y políticos» que impedían el crecimiento demográfico. Ahora bien, Salas simplifica los nueve tipos de «males» planteados por él y, lo que es más importante, considera que incluso los obstáculos más propios de los equilibrios internacionales o del orden físico responden a «vicios de una constitución política»: las pestes o las guerras son obstáculos que una legislación «bien entendida» puede acometer, pues no dejan de ser debidos a «vicios de su legislación», en el caso extremo a su despotismo. La casuística que Salas conoce a través de sus lecturas es cuantiosa, pero su sistematización de estos «vicios de naturaleza política» sigue de cerca, aun sin mencionarlo, a Filangieri. Ello le lleva a abordar las implicaciones sobre el crecimiento demográfico del reducido número de propietarios, la concentración de la tierra, la riqueza excesiva de los eclesiásticos, los tributos excesivos, el estado del ejército y la incontinencia pública²⁸. Por

25. GENOVESI (2005: 324 y ss.). Salas desconfía totalmente de los abundantes cálculos numéricos del napolitano, basados en las técnicas de los «aritmético-políticos» británicos, para estimar la «justa población». Sus reticencias provienen de ROUSSEAU (1990: 80).

26. SALAS (1790: cap. XVII); MONTESQUIEU (1972: 329) y FILANGIERI (2003: II, 27-29).

27. SALAS (1790: cap. V); FILANGIERI (2003: II, 4 y ss.).

28. Argumentos desarrollados en los capítulos III-VIII del lib. II de la obra de Filangieri. Salas también se inspira en la idea de SCHMID D'AVENSTEIN (1776: 312, 315) de que las leyes estimuladoras del crecimiento demográfico son «inmutables» y que sin obstáculos «la especie humana sigue su propensión natural a la multiplicación». Asimismo, parece conocer a Linguet, en particular su análisis de las leyes como una de las causas más poderosas de la despoblación, recogido en los cap. IV-VII del libro I de su obra: LINGUET (1767).

tanto, el escrito de Salas acoge una reforma socioeconómica más severa que la de Genovesi. Además, sus fundamentos son distintos, pues, como en Filangieri, tras identificar esos «vicios políticos», sólo es necesario activar el principio fisiócrata de que el «gran arte del legislador» se limite a removerlos, «lo cual hecho, basta para abandonar a los hombres a su inclinación natural para que se aumente la población»²⁹. Por tanto, en un país bien gobernado, es decir, con leyes y costumbres que no atenten a las tendencias naturales del ser humano, el crecimiento de la población responde a la inclinación natural a la procreación y el cultivo alcanza sus posibilidades de fertilidad natural. En ese caso el crecimiento de la población encuentra su límite en el volumen de subsistencias —definidas en sentido amplio—: sin «obstáculos» legislativos o sociales, la «justa población» se alcanza a través del ajuste natural entre éstas y la población.

De las líneas precedentes se deriva que Salas utilizó un criterio selectivo en su aproximación a la fisiocracia. En sus *Apuntaciones* afloran también recelos sobre las consecuencias de una dinámica socioeconómica sustentada únicamente en los principios del orden natural fisiocrático. Y ello debido a dos motivos: la dificultad para hacerlos compatibles con los diferentes sistemas de gobierno y los problemas que esa dinámica podía generar en la igualdad social. Salas es un auténtico pionero en España del uso normativo de este principio —que lógicamente relacionaba reiteradamente con el de la virtud cívica— como criterio insoslayable de política económica. La idea la extrajo de las principales fuentes de su época de la corriente del «humanismo cívico» (Pocock, 2002 [1975]) o la «teoría neoromana de la libertad» (Skinner, 2001 [1999]), representada por Mably, Rousseau, Helvecio o Filangieri³⁰. De ellos derivó la idea de que el mal reparto de las riquezas podía transformarse en un factor destructivo de la sociedad civil, al poner en riesgo la libertad individual, es decir, con las riquezas aflora el problema acuñado por Hont e Ignatieff (1983) de su armonización con la virtud. Ya hemos visto que para Salas, como para los fisiócratas, la ley desempeña una función primordial en el marco de una concepción negativa de la libertad, pues la identifica como el factor clave en la eliminación de los obstáculos que impiden el libre ejercicio de la iniciativa individual, algo particularmente importante en la actividad económica. Ahora bien, en su enfoque esta concepción debe quedar subsumida en otra más amplia de libertad positiva y participativa, de raíz republicana: sólo es posible ser libre en un Estado libre, es decir, que se autogobierna y garantiza la participación política de sus ciudadanos en condiciones de igualdad. Frente a la teoría liberal clásica de gobierno de las leyes y del concepto de igualdad que se deriva

29. SALAS (1780-1791: cap. V); FILANGIERI (2003: II, 27-29).

30. Un estudio detallado sobre la presencia de las ideas del republicanismo clásico, el debate sobre las formas de gobierno y la manera en que Salas armoniza el principio de la virtud cívica con el progreso de las riquezas en ASTIGARRAGA (2009).

de ella –la formal–, un adecuado ejercicio de la libertad individual exige, asimismo, la no dependencia y el no dominio, condiciones que sólo pueden darse en ausencia de situaciones de esclavitud o servidumbre, es decir, de abusos de poder. El ámbito institucional donde éstos afloran con más claridad es el mercado de trabajo: dado que «los más de los hombres nacen sin otro patrimonio que su trabajo» (Salas, c. 1790: cap. III), los poderosos aprovechan su situación de dominio en dicho mercado para reducir los jornales, con los consiguientes efectos socioeconómicos –pobreza y caída de la población– y políticos: «sin esta independencia [de los poderosos] pronto los ciudadanos pobres no harían otra cosa que lo que les dictaren los ricos, que les darían de comer y acabarían la libertad de las asambleas públicas y con la forma del gobierno»³¹. De ahí que Salas plantee en su escrito un programa «socializante» de intervenciones públicas, cuya naturaleza es poco compatible con los principios liberales fisiócratas: el Estado debe promover una política activa de obras públicas y otras intervenciones (hospicios, etc.) con el fin de sostener el empleo y garantizar a través de la expansión de la oferta de trabajo el nivel salarial de los trabajadores; y, junto a ello, debe practicar políticas fiscales redistributivas y políticas monetarias que favorezcan la circulación de la moneda, todas las cuales incluyen también, en el contexto de las monarquías, una aceptación positiva del lujo como factor que restringe la concentración de las riquezas. En este plano, Salas se halla más próximo a Rousseau o Mably, duros opositores de la fisiocracia, que a Quesnay, de ahí que hayamos advertido las numerosas asimetrías que contiene un escrito de interpretación compleja como el del aragonés.

En síntesis, como fue habitual en España, Salas presenta acuerdos y desacuerdos con la fisiocracia. En el ámbito metodológico asume la existencia de leyes absolutas del desarrollo económico, si bien en complementariedad con otras «relativas» (Montesquieu y Filangieri). En el plano jurídico-político, acepta los tres principios basilares del orden natural fisiócrata de propiedad, libertad y seguridad, si bien condicionados por el valor normativo insoslayable de la igualdad (Mably y Rousseau) y, al mismo tiempo, sin asumir las ideas del Despotismo legal, sobre las que no existe ningún rastro en las *Apuntaciones*. Por último, en cuanto al ideario económico, el uso del aparato conceptual característico de los fisiócratas es ocasional (producto neto y *avances*), de tal manera que su mayor deuda con ellos se deriva de la aceptación de diversos principios de política económica: la prioridad de la agricultura, la relación «natural» entre la población y las subsistencias, el libre comercio interior y exterior, un patrón comercial exterior basado en la exportación de bienes agrarios, el individualismo agrario, el *bon prix* (matizado), la política de desamortización de la tierra (matizada), la libertad de trabajo y, con toda pro-

31. SALAS (1790: cap. XI) sigue otra vez a ROUSSEAU (1990: 83), de quien conocía su teoría del contrato social y la soberanía política.

babilidad, el impuesto único³². Por tanto, de la misma manera que indiscutiblemente el joven Salas no fue un fisiócrata, resulta igualmente innegable que, sin las ideas de esta escuela francesa, no es posible comprender la estructura conceptual de sus *Apuntaciones* y las reformas que de ellas se derivaban para la monarquía española, ni justificar la razón que le llevó a elaborar su escrito: realizar una lectura crítica de las *Lezioni* de Genovesi.

El intenso agrarismo que impregna las *Apuntaciones* posee unas raíces más amplias que la fisiocracia, una cuestión que se debe conectar con la todavía no bien estudiada recepción en España de las ideas económicas del republicanismo clásico. En este sentido se explica la desconfianza profunda de Salas hacia la industria –y, en general, la sociedad comercial– como un sector menos relevante que la agricultura en términos del desarrollo económico nacional, menos eficiente de cara la consecución de la prioridad de la fortaleza política del Estado, generador de desigualdades sociales y en suma corruptor de la sociedad virtuosa. Ello puede explicar que a pesar de conocer bien el tratado de Condillac, Salas no haga ninguna mención al emergente *entrepreneur*; y que guarde un sospechoso silencio sobre diversos aspectos nucleares del programa fisiócrata, en particular, aquellos que, como la *grande culture* o la capitalización de la agricultura, más dificultaban la posible conciliación de esa sociedad *mabliana* igualitaria y patriarcal a la que aspira con los principios del capitalismo agrario de Quesnay y sus discípulos.

3. EL PENSAMIENTO FISIÓCRATA ENTRE LOS ALUMNOS DE SALAS

Salas fue profesor de Derecho en la Universidad de Salamanca durante más de dos décadas y, entre 1787-1793, también de Economía Política, en el seno de la Academia de Derecho Español. A partir de diversas fuentes que permiten conocer quiénes fueron sus alumnos en esta última³³, hemos podido identificar a cuatro de ellos relacionados con la vida universitaria salmantina de esos años e implicados en la diseminación de ideas fisiócratas: José Marchena, Juan Álvarez Guerra, Manuel Belgrano y Mariano Lucas Garrido.

32. Salas se manifestaba favorable a «un impuesto establecido inmediatamente sobre el producto neto de las tierras proporcionado a la masa de rentas de la nación» (SALAS, c. 1790: cap. IV). Ello representaba un nuevo argumento de enfrentamiento con GENOVESI (2005: 575 y ss.), debido a sus posiciones fiscales, y le aproximaba a Condillac y Filangieri, ambos partidarios del *impôt unique* fisiócrata.

33. En particular, el grupo de 28 alumnos firmantes, en apoyo de Salas, de la formación de su Academia (Archivo de la Universidad Salamanca, *Libro de Claustros*, 1786-1787, claustro del 21 de junio de 1787, folios (ff.) 124-125). También han sido revisadas las biografías de los profesores salmantinos más destacados coetáneos a Salas: Meléndez Valdés, Quitana, J. J. García, Muñoz Torrero y Marchena. También Mariano Luis de Urquijo fue alumno de Salas.

La biografía del abate andaluz Marchena (1768-1821) y su paso por la Universidad de Salamanca como estudiante de Leyes entre 1784 y 1788 son bien conocidos (Fuentes, 1989 y 1990). En 1787, el año en que comenzó a ser perseguido por la tenebrosa maquinaria de la Inquisición —que ya seguía a Salas desde un año antes—, este futuro republicano moderado salía en defensa de la Academia de Derecho Español y comenzaba una valiente divulgación de los principios de la Ilustración, entre ellos los fisiócratas. En ese mismo año escribía en *El Observador*, una publicación periódica editada por él, que «en cuanto a las obligaciones recíprocas de los hombres constituidos en sociedad confieso que me ha instruido más el orden de las sociedades de Mercier de la Rivière, que las obras de todos los autores arriba citados» (aludía a Locke, Condillac y diversos autores *iusnaturalistas* como Grocio, Puferndorff y Heineccio)³⁴; afirmación rotunda que, con Fuentes (1989: 34-5), cabe interpretar en el sentido de que el joven Marchena realizaba una lectura «sesgada y selectiva» de la *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (1767) de Mercier de la Rivière con el fin de resaltar los «elementos teóricos más modernos» de su doctrina —el derecho de propiedad y la libertad—, dejando a un lado sus inclinaciones más despóticas.

Es probable que de su etapa salmantina Marchena conservara durante gran parte de su vida un intenso interés por la Economía Política. En 1797, desde su conflictivo exilio francés, iniciado cinco años antes, el Abate emprendió, junto al joven periodista Valmalle, la edición de una efímera publicación periódica, *Le Spectateur français*. De los seis números editados, los cinco primeros se abrían con artículos sobre Economía Política³⁵, que Marchena confiaba en que terminarían conformando un «Curso» sobre los principios de esta ciencia. Su contenido muestra que no había renunciado a sus influjos fisiócratas. En el primero, sobre los sistemas de Economía Política, sostiene que «el más razonable es el de los *economistas*, dado que reposa sobre un principio incontrastable: que la tierra es la única fuente de las riquezas» (Marchena, 1797: 3-4); ahora bien, al mismo tiempo, reclama que el rígido «espíritu de sistema» abstracto de los fisiócratas sea flexibilizado en su aplicación a la realidad: por ejemplo, ante la implantación del *impôt unique*, sólo desde la «intolerancia» o la «ignorancia» se puede abogar por una acomodación que soslayara «las costumbres, el espíritu y el temperamento de un pueblo» o pasara por alto «el orden de las cosas que existen», dado que «las *máximas generales* son de uso res-

34. La cita figura en el primer Discurso de los seis que editó en *El Observador* (FUENTES, 1990: 54). La relación de fuentes de los escritos del joven Marchena coincide milimétricamente con la de las *Apuntaciones* de Salas.

35. MARCHENA (c. 1797). El tema del artículo del primero era «los sistemas» (1-7); el del tercero (145-157) y cuarto (217-223), «los bancos»; y el del quinto (289-295), «las loterías»; mientras, el segundo (73-79) carecía de título genérico y en el sexto y último se suprimió el artículo sobre economía.

tringido»³⁶. La propaganda fisiócrata de Marchena no acaba ahí: en otros números de su publicación sale en defensa de la agricultura como sector económico estratégico; rechaza una política bancaria basada en el endeudamiento sobre los «fondos de la tierra»; sostiene que la propiedad territorial o la renta de la tierra no deben ser gravadas con hipotecas que estrechen el margen de maniobra de los propietarios; rechaza los impuestos indirectos, defendiendo, también contra Smith, el *impôt unique* sobre la renta; y, por último, considera que las rentas económicas provienen básicamente de la actividad de los propietarios³⁷.

Se trata, no obstante, de un conjunto de ideas que responden a una lectura selectiva de la fisiocracia, eludiendo una interpretación extrema y entremezclándolas con otras de raíz doctrinal distinta. El argumento mejor desarrollado por Marchena se refiere a los problemas bancarios y monetarios a los que se enfrentaba Francia, debido a la escasez de su oferta monetaria. Ello le induce a revisar, con un sentido crítico, el sistema bancario escocés e inglés, con el fin de resaltar «sus funestas consecuencias» (Marchena, 1797: 145 y ss, 217 y ss.). En todo ello pone de manifiesto que conoce bien a Smith, no sólo sus ideas bancarias, sino las relativas a la división del trabajo, la distribución de las rentas y los factores del crecimiento económico. Parece, por tanto, que el Abate no fue una excepción en la habitual reorientación hacia el pensamiento británico: a menudo se olvida que en 1802 tradujo al francés un texto del británico Thomas Brooke Clarke en el que la economía francesa sale mal parada en su contraste con la inglesa y en el que no existe rastro alguno de la fisiocracia³⁸. En cualquier caso, *Le Spectateur français* es particularmente interesante desde la óptica de la actualidad política francesa y en la línea de agitación propia del prolífico traductor y editor andaluz.

Al mismo tiempo que Marchena desarrollaba sus actividades propagandísticas en Francia, otro discípulo de Salas, Álvarez Guerra (1770-1845), daba inicio a su traducción española del *Cours complet d'agriculture* del francés Rozier (1797-1803, 16 volúmenes). Este ilustrado extremeño, futuro liberal adscrito políticamente a los reformadores salmantinos, hubo de ser una persona muy próxima a Salas dado que testificó en su defensa en el duro juicio a que le sometió la Inquisición. Al margen de la importancia de

36. Todo ello en sintonía con la visión más gradualista y relativista de Salas; como éste, MARCHENA (c. 1797: 5) sostiene que es un error tratar de «convertir enteramente agrícola un pueblo naturalmente industrial».

37. MARCHENA (c. 1797: 74, 217, 218 y 290). Otras deudas con Salas se hallan en sus artículos sobre «política» en los que acomete la discusión de la formas de gobierno, y es muy perceptible el rastro de autores como Mably o Rousseau, en sus discusiones sobre los pueblos «antiguos» y «modernos», a pesar de que, a diferencia del aragonés se mostrara partidario de la democracia representativa.

38. MARCHENA (1802). La traducción incluye fragmentos de correspondencia inédita entre J. Tucker y D. Hume.

su traducción como una de las piezas principales de la «nueva» agronomía del siglo XVIII español, su presencia en este trabajo se debe al extenso «Discurso Preliminar» que introducía su primer volumen. En él se realizaba una apretada síntesis del ideario fisiócrata, subrayando su utilidad para la realidad española, lo cual, en razón precisamente de esa afiliación doctrinal, permite su caracterización como una propuesta para el desarrollo agrario español alternativa a la del *Informe* de Jovellanos, publicado en 1795 por la Matritense, al amparo de la cual Álvarez Guerra, miembro de su Clase de Agricultura, elaboró su «Discurso» y su traducción de Rozier (Astigarraga y Usoz, 2007b; 2008). La cercanía de Álvarez Guerra a Salas viene a ratificar esta interpretación. Álvarez Guerra realiza un uso más intenso que su maestro de las tesis económicas de los fisiócratas (la productividad única de la agricultura, el «producto neto», el «emprendedor» o el «premio del capital»), de sus políticas económicas (defensa de la desamortización plena de la tierra, la capitalización del cultivo y el *impôt unique*) y de sus principios jurídico-políticos. Esta última cuestión es la que plantea una mayor divergencia con las *Apuntaciones* de Salas: Álvarez Guerra no se introduce en sus laberínticas reflexiones sobre la forma óptima de gobierno ni alude a la igualdad como valor normativo insoslayable que compatibilizar con la propiedad, la libertad y la seguridad; además, a diferencia de él, vincula los principios del orden natural fisiócrata con los del Despotismo legal, sosteniendo la conveniencia de que los fundamentos jurídicos sean «justos, sencillos e invariables» y derivados de la «naturaleza y la razón». Estas ideas, como otras de su «Discurso», fueron obtenidas de una fuente común a Salas: los artículos fisiócratas de *L'Encyclopédie Méthodique*. Todo ello viene a reforzar la idea de un filón fisiócrata con origen en las lecciones salmantinas de éste. Incluso, con un sentido muy preciso en la difícil coyuntura de finales del siglo XVIII: el «Discurso» de Álvarez Guerra hubo de poseer un intenso sentido combativo, dado que procedía de alguien que había ejercido de testigo en defensa de quien terminaría siendo condenado por delitos graves: no en vano fue redactado en 1796, el año en que su maestro Salas era recluido, y acaso con el propósito tácito de homenajearle.

Algo similar puede decirse de Belgrano. El perfil biográfico e intelectual de este padre de la patria argentina es bien conocido. Ahora bien, la nueva óptica que nos proporcionan las *Apuntaciones* arroja luz sobre sus primeros pasos como publicista, en particular, durante los años en que se hizo cargo del Consulado de Río de la Plata, fundado en 1794, y desde el cual realizará una pionera labor, hasta 1809, en la promoción de enseñanzas y publicaciones económicas (Navarro, 1999). Todo ello tiene su origen en su etapa salmantina como estudiante de Leyes, durante 1786 y 1788 (Pastore y Calvo, 2000), como confirma su *Autobiografía*, donde, al rememorar sus años de juventud en España, cuando «las ideas de la Economía Política» cundían «con furor», Belgrano glosa una deuda intelectual cuya referencia no podía ser otra que la fisiocracia pasada por el tamiz de Salas:

Como en la época de 1789 me hallaba en España y la revolución de la Francia hiciese también la variación de ideas y particularmente en los hombres de letras con quienes trataba, se apoderaron de mí las ideas de libertad, igualdad, seguridad y propiedad, y sólo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre fuese donde fuese, no disfrutase de unos derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, y aun las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento directa o indirectamente (Belgrano, 1954: 48).

Para los propósitos de esta investigación, lo fundamental es dilucidar la naturaleza de las tres traducciones fisiócratas que Belgrano publicó en 1794 y 1796 (Quesnay, 1984; Belgrano, 1796), relacionadas tanto con su reciente estancia en España como con el proceso de modernización del lenguaje político-económico que venía teniendo lugar en Río de la Plata desde 1780 (Goldman, 2008). Su existencia se enfrentaba hasta la fecha a la dificultad de su adecuada contextualización. Nuestra idea es que deben de interpretarse en el seno del movimiento de agitación de las ideas ilustradas que los alumnos de Salas realizaron, ya lejos de Salamanca, una vez que en 1793 fue clausurada su Academia.

La primera traducción, dada a conocer gracias a la encomiable labor investigadora de Lluch (1984), era una colección de las *Máximas* fisiócratas de Quesnay, que desde su difusión en 1757 en el artículo «*Grains*» para la primera *Encyclopédie* y un año después como texto independiente, eran consideradas un pilar explicativo del ideario de la fisiocracia y de los fundamentos del *Tableau Économique*. *Économistes* franceses como Mirabeau y Du Pont de Nemours colaboraron con posterioridad en la ampliación, hasta un total de 30 máximas, de este «*code économique*», así como en su difusión (Du Pont, 1768: 101-104). La actual interpretación sostiene que fue la última edición, debida a Du Pont, la empleada por Belgrano. Nosotros creemos que el texto originario fue la voz «*Agricole*» para *L'Encyclopédie Méthodique*, en la que Grivel incluyó sus 30 máximas (Demeunier, 1784-1788: vol. I, 57-73). En defensa de esta tesis debe de aducirse que, a diferencia de lo supuesto hasta ahora, el texto con el que Belgrano introduce su traducción no es original, sino una copia del que daba inicio a la voz citada, como pone de relieve la comparación siguiente:

Máximas generales
M. Belgrano (1794)

La palabra labrador significa el que cultiva la tierra. Un pueblo labrador, es un pueblo cultivador, y un reino labrador es aquel, cuyo pueblo es y debe ser cultivador.

Artículo «*Agricole*»
G. Grivel (1784)

«*Agricole*» signifie qui cultive la terre. Un peuple «*agricole*» est donc un peuple cultivateur, et un royaume «*agricole*» celui dont le peuple est et doit être cultivateur.

Todas estas aclaraciones, lejos de ser un ejercicio de erudición, ratifican la importancia de la *Méthodique* en la difusión de la fisiocracia en la España de finales del siglo XVIII. Además, son importantes de cara a comprender *qué* tipo de fisiocracia circuló en ese período. Los 57 artículos fisiócratas que Grivel escribió para la colección de Pancoucke, en voces tan significativas como *Avances, Bled, Circulation, Commerce, Chine*, etc. –en 1789 reunidos en una obra única–, no se ceñían al pensamiento doctrinario original o al de los fisiócratas más ortodoxos, como Mercier de la Rivière o Du Pont, sino al de otros con visiones más flexibles, como Turgot o el propio Grivel, uno de los primeros *économistes* en compatibilizar las ideas del orden natural con las del contrato social, favoreciendo así una lectura liberal de ese orden natural. Por ello, entre los reformadores salmantinos, como Salas, hubo de ser más simple el uso de los principios políticos fisiócratas renunciando a sus implicaciones despóticas. En cualquier caso, y regresando a Belgrano, su traducción de las *Máximas* es, de acuerdo con Lluch, de «elevada calidad»: es íntegra, incluye las copiosas notas que acompañan a algunas máximas, plantea ligeros cambios formales, posee ligeras erratas y presenta las dificultades lógicas de la traducción de algunos vocablos, como *entrepreneur* o *métayer*.

En 1796 Belgrano acometía la publicación en un volumen único de otros dos textos fisiócratas. El primero, *Principios de la Ciencia Económica*, era, como explicó Lluch, una cuidada traducción de una «paráfrasis» de diversos fragmentos de *De l'origine et des progrès d'une science nouvelle* (1768) de Du Pont de Nemours, realizada por un anónimo Conde de C. y publicada en 1775 en *Nouvelles Ephémérides économiques*. Esta publicación había sido editada entre 1774 y 1778 por el fisiócrata Baudeau, como continuación de *Ephémérides du citoyen*, primer altavoz de los *économistes*. *De l'origine* no era un libro original cuanto un análisis «sustancial y depurado» de *L'ordre naturel* (1767) de Mercier de la Rivière, realizado por consejo de Diderot, ante la enorme polémica que este libro había despertado (Schelle, 1971: 46 y ss.). En su «Prólogo», Du Pont subrayaba contra Montesquieu, la existencia de un «orden natural, esencial y general» independiente de las formas de gobierno, y en la presentación «neta y rápida» de los principios del «libro sublime» de Mercier elogiaba a dos autores relacionados con Quesnay: Gournay y Mirabeau (Du Pont, 1768: 68, 12). Belgrano tradujo los pasajes referidos a los *avances* y a una apretada síntesis de los fundamentos del orden natural, con lo que respetaba una de las características de ese texto: la presentación, muy gráfica, de la asimetría fisiócrata de teoría económica liberal unida a la de política que combinaba la libertad con la autoridad (Despotismo legal). Todo ello refuerza la presencia de las ideas de Mercier en los ambientes salmantinos³⁹,

39. Como Salas, BELGRANO (1796: 23) menciona a Galiani con el fin remarcar que «para decidir lo que corresponde a cada Estado...es forzoso examinar sus circunstancias».

en este caso a través de Du Pont, nada extraño si consideramos que su obra en la que glossaba a Mercier había sido traducida previamente al inglés y alemán.

Este hecho permite relacionar esta traducción con la segunda incluida en el volumen de Belgrano. Ambas remiten a Friedrich de Bade, Gran Duque de Bade (1728-1811), autor al mismo tiempo de la traducción alemana de Du Pont –vio la luz en Carlsruhe en 1770– y del *Abrégé des principes de l'Économie Politique*, el texto original de la segunda traducción del argentino: el *Compendio de los principios de la Economía Política por S.A.S. el Margrave Reynante de Baden*. Bade había publicado su *Abrégé* originariamente en 1772 en los *Ephémérides*, pero es muy probable que Belgrano lo conociera debido a su intensa circulación internacional como libro –fue editado, siempre en francés, en Carlsruhe, en 1772 y 1786; y en Basilea, en 1773–. Su finalidad era presentar un «árbol genealógico»– un «mapa conceptual»– realizado con «energía y brevedad» para la «instrucción de jóvenes príncipes» (Bade, 1786: III-VIII), tomando como guía unas *Leçons économiques* (1770) previas de Mirabeau, razón por la cual el texto se le atribuye habitualmente a éste⁴⁰. Bade era un ferviente fisiócrata, vinculado primero a Mirabeau y después a Du Pont, a quien propuso ocupar el puesto de Ministro de Hacienda del Ducado de Bade y, ante su negativa, nombró en 1772 «Consejero áulico» (Obser, 1909). Al mismo tiempo, trató de aplicar en su Ducado las políticas fisiócratas, tanto el libre comercio como, más en particular, entre 1768 y los años noventa, el *impôt unique* en el que ha sido considerado uno de los ensayos europeos más sostenidos en el tiempo de aplicación de esta característica figura fiscal fisiócrata (Tribe, 1995: 342-4). Por tanto, en la confirmación de Belgrano como «una figura esencial en la transmisión del pensamiento fisiócrata en España y en toda el área en lengua castellana» (Lluch, 1984: 11) es fundamental apreciar tanto la ascendencia de Salas como la intermediación de textos fisiócratas de «segunda fila». Al mismo tiempo, es indudable que el espíritu de Belgrano era esencialmente divulgativo. Así lo muestra la naturaleza de sus traducciones, muy breves y sintéticas, cuya circulación es probable que no fuera muy extensa, y, como han reconocido diferentes estudiosos de su pensamiento, la idea de que esa adscripción fisiócrata no fuera exclusiva⁴¹.

Un último autor cierra la nómina de escritores *filofisiócratas* relacionados con Salas. Se trata del presbítero Mariano Lucas Garrido, secretario personal del también profesor

40. Algo similar ocurre con Du Pont, debido a que el *Abrégé* de Bade le sirvió como modelo de otro mapa conceptual similar, el *Table raisonnée des principes de l'Économie Politique* (1773), si bien más original e «infinitamente superior» a aquél –fue aprobado por Quesnay, Mirabeau o Turgot–, también con gran éxito internacional (traducido en Inglaterra y Alemania, en Carlsruhe, en 1770, por orden del Margrave).

41. Se subraya la presencia de las ideas *smithianas* y, como en Salas, de los napolitanos Genovesi, Galiani y Filangieri; GONDRA (1923) y CHIARAMONTE (1979: xxiv-xxv).

en Salamanca Juan Meléndez Valdés y futura personalidad destacada en la España liberal, junto a diversos reformadores salmantinos⁴². Lucas Garrido fue el primer traductor español de los *Principes* del fisiócrata suizo Schmid D'Avenstein (1776), cuya versión realizó en 1821 en el contexto de sus enseñanzas en la Cátedra de Derecho Natural de San Isidro. Ese texto sintético del ideario fisiócrata venía circulando en los ambientes salmantinos desde los años ochenta del siglo XVIII, cuando Salas realizó una traducción manuscrita (Astigarraga, 2005: 545-571). Por tanto, no parece casual que fuera una persona inmersa en esos mismos núcleos liberales quien la llevara finalmente a cabo. En cualquier caso, las tres décadas que separan una de la otra no habían pasado en vano. La versión de Lucas Garrido, íntegra y de buena calidad, se presenta actualizada, tanto en las fuentes –Bentham, Smith, Say, etc.–, cuanto en la presentación de discrepancias con las ideas fisiócratas de Schmid d'Avenstein, en lo relativo a la productividad única de la agricultura y el *impôt unique*. Aun y todo, esta traducción posee una alta significación al estar realizada en apoyo del poder político liberal y con el fin de propiciar la creación de Cátedras de Derecho Natural en la universidad española –por estos mismos motivos será reeditada en 1834–. Esto pone de relieve que la fisiocracia no había perdido su actualidad, sino más bien que su vertiente más liberal podía resultar de utilidad para esos tiempos. De hecho, Lucas Garrido aquilataba muy bien las críticas a la fisiocracia en el terreno económico: aunque buen conocedor de los clásicos –cita a Say, Smith, Ganiilh, Malthus, etc.–, insistía en que los capítulos económicos de Schmid d'Avenstein (1821: vol. I, VII) había «verdades generales e importantes que conviene no perderlas de vista» y que era un tratado de legislación muy útil para el desarrollo del programa liberal. En suma, los vasos comunicantes contruidos en torno a las ideas fisiócratas que parten de los ambientes salmantinos de finales del siglo XVIII se proyectaron en el siglo posterior, de la mano de esos mismos reformadores que habían madurado junto a Salas.

4. CONCLUSIONES

Las *Apuntaciones* de Salas constituyen un texto muy relevante para conocer la circulación de las ideas económicas y políticas en la España de finales del siglo XVIII. Su contenido pone en evidencia la existencia de un ideario relativamente radical, uno de cuyos componentes indiscutibles fue la fisiocracia. Los textos de los *économistes* no sólo circularon en la Salamanca de ese periodo, sino que sus ideas fueron usadas por Salas y diseminadas después por algunos de sus discípulos, como Marchena, Álvarez Guerra, Bel-

42. DEMERSON (1962). Durante 1812, Mariano Lucas Garrido fue oficial de la Secretaría y Ministerio de Negocios eclesiásticos y durante el Trienio, cuando ejercía como Catedrático de Derecho Natural de San Isidro y después en la Universidad Central, fue nombrado Secretario de la Junta de Libertad de Imprenta.

grano o Lucas Garrido. En un balance global, las fuentes de este núcleo *filofisiocrático* relacionado con Salas fueron originarias (Quesnay, Mercier y Du Pont), de «segunda mano» (Grivel, Bade y Schmid d'Avenstein), postfisiócratas (Condillac) y de autores parcialmente fisiócratas (Filangieri y Verri). Entre los alumnos de Salas domina el espíritu de divulgación –y en cierto sentido de agitación– sobre el de profundización doctrinal.

El caso de Salas alienta una reconsideración de las interpretaciones actuales sobre la fisiocracia en España. Esto afecta al grado de la influencia y a su enfoque: mientras aquella fue superior a la que reconoce el estado actual de las investigaciones, un análisis estrictamente doctrinal no es suficiente para apreciar el influjo real de fisiocracia en la España del siglo XVIII. Es más que probable que para los contemporáneos españoles de ese siglo la fisiocracia fuera algo distinto a un programa económico y político cerrado e imposible de conciliar con otros⁴³. De hecho, la nómina de autores que, como Salas, hicieron uso de las ideas fisiócratas es muy amplia a lo largo de todo el último tercio del siglo XVIII. Además, la lectura que Salas u otros notables coetáneos suyos, como Foronda (1788-1789) o Cabarrús (c. 1795), realizaron de ellas no fue cerrada y menos aun «sectaria», pues, además de no aceptarlas en su plenitud, las entremezclaron con otras corrientes, incluso antagónicas con la fisiocracia, como es el caso del republicanismo clásico. Así pues, su propósito no era adscribirse a una supuesta corriente *économiste*, ni guardar fidelidad a un programa doctrinario perfectamente definido, sino seleccionar y hacer uso de aquellas ideas de Quesnay y sus seguidores que pudieran resultar útiles para solventar los problemas de la España de su tiempo. Por tanto, la comprensión de la llegada a nuestro país de las ideas de los *économistes* debe partir del reconocimiento de la diversidad de los contextos en que esas ideas fueron concebidas, recibidas y transformadas. Y en el caso español de finales del siglo XVIII, el ideario fisiócrata planteaba dos ventajas para los problemas a los que esa generación de ilustrados «tardíos», de la que Salas fue un prototipo, trataba de dar respuesta: daba argumentos para una radicalización del programa y las reformas económicas, y permitía vincular las ideas políticas con las económicas, algo consustancial al pensamiento fisiócrata y muy atractivo para un momento como el español en el que había eclosionado el debate constitucional. Y precisamente ambos motivos pueden explicar las razones por las que ese texto no vio la luz: la dimensión de la esfera pública española de ese tiempo no era lo suficientemente amplia para acoger el mensaje radical que atravesaba las *Apuntaciones*.

Nuestra interpretación respondería, por tanto, al reconocimiento de la existencia en España de un «pensamiento fisiócrata sin fisiócratas» o de «una fisiocracia no sectaria»: Sa-

43. Un enfoque para el que resulta muy útil el trabajo de TRIBE (1988; 1995) sobre la influencia de la fisiocracia en el ámbito germánico.

las no fue un fisiócrata en sentido estricto, pero resulta imposible interpretar los elementos sustantivos de sus *Apuntaciones* y su crítica puntillosa a Genovesi sin destacar la huella notable que en ellas dejó esa escuela francesa. Y en una dirección que enfatizaba la lectura de su componente más liberal. Todos los reformadores estudiados en este trabajo (Salas, Marchena, Álvarez Guerra, Lucas Garrido o Belgrano) desempeñarán un papel de primera fila en las diferentes corrientes del liberalismo español del siglo XIX. En ese sentido debe considerarse la fisiocracia como uno de los puntos de arranque de esas futuras corrientes liberales, en particular durante ese período en el que la Economía representó un lenguaje privilegiado para la difusión de conceptos de la Política. Otra cuestión es que la fisiocracia fuera cayendo en desuso ante la irrupción del pensamiento clásico. Ello sucedió también con el propio Salas: su obra de madurez no sólo viene a ratificar la idea, general en el caso español, de un declive rápido de la Economía Civil de Genovesi —el napolitano no aparece citado en ningún momento en esa etapa de madurez—, sino también otro más gradual de las propias ideas fisiócratas: el Salas de la madurez no sólo asume los diversos comentarios negativos de Destutt de Tracy a las tesis de esos «economistas franceses» sobre la improductividad de la industria o el impuesto único (Salas, 1821: 270-271, 454), sino que es mucho más afín a autores como Say o Smith.

AGRADECIMIENTOS

Trabajo inscrito en el Proyecto del MEC: DER2008-06370-C03-01. El autor agradece las valiosas indicaciones recibidas por los evaluadores anónimos de la Revista. Todas ellas han servido para mejorar sustancialmente la versión inicial de este trabajo.

REFERENCIAS

- ADDY, G. M. (1966): *The Enlightenment in the University of Salamanca*, Durham, Duke University Press.
- ASTIGARRAGA, J. (2004): «Diálogo económico en la ‘otra’ Europa. Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galiani y G. Filangieri)», *Cyber Review of Modern Historiography*, 9, pp. 1-21.
- ASTIGARRAGA, J. (2005): «La Fisiocracia en España: los *Principes de la législation universelle* (1776) de G. L. Schmid d’Avenstein», *Historia Agraria*, 37, pp. 545-571.
- ASTIGARRAGA, J. (2008): «Iusnaturalismo moderno de la mano de la Economía Política: las ‘Apuntaciones al Genovesi’ de Ramón de Salas», *Revista Electrónica de Historia Constitucional*, 9.

- ASTIGARRAGA, J. (2009): «El debate sobre las formas de gobierno en las Apuntaciones al Genovesi de Ramón de Salas», *Revista de Estudios Políticos*, 144, pp. 11-46.
- ASTIGARRAGA, J. y USOZ, J. (2007a): «From the Napolitan A. Genovesi of Carlo di Borbone to the Spanish A. Genovesi of Carlo III: V. de Villava's Spanish translation of *Lezioni di commercio*», en JOSSA, B., PATALANO, R. y ZAGARI, E. (eds.), *Genovesi Economista*, Napoli, Istituto Italiano per gli studi filosofici, pp. 193-220.
- ASTIGARRAGA, J. y USOZ, J. (2007b): «Una alternativa fisiócrata al Informe de Ley Agraria de Jovellanos», *Revista de Historia Económica*, XXV/3, pp. 427-458.
- ASTIGARRAGA, J. y USOZ, J. (2008): «Algunas puntualizaciones sobre la fisiocracia en la Ilustración tardía española», *Revista de Historia Económica*, XXVI/3, pp. 489-498.
- BADE, CH. F., MARGRAVE DE [1772] (1786): *Abrégé des principes de l'Économie Politique*, Carlsrouh, Michel Macklot.
- BELGRANO, M. (1796): *Principios de la Ciencia Económico-Política, traducidos del francés por D. Manuel Belgrano, Abogado de los Reales Consejos y Secretario por S. M. del Real Consulado de esta Capital*, Buenos Ayres, Real Imprenta de Niños Expósitos.
- BELGRANO, M. (1954): «Autobiografía», en WEINBERG, G. (ed.), *Manuel Belgrano, escritos económicos*, Buenos Aires, La Técnica, pp. 47-62.
- CABARRÚS, F. [c.1795] (1990): *Cartas sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen a la felicidad pública*, ed. de J. ESTEBAN, Madrid, Fundación Banco Exterior.
- CASTRO, C. DE (1987): *El pan de Madrid*, Madrid, Alianza.
- CHIARAMONTE, J. C. (1979): *Pensamiento de la Ilustración*, Caracas, Ayacucho.
- CONDILLAC, E. B. DE [1776] (1847): *Le Commerce et le gouvernement considérés relativement l'un à l'autre*, ed. de E. Daire, Paris, Mélanges d'économie politique.
- DEMERTON, G. (1962): *Don Juan Meléndez Valdés et son temps (1754-1817)*, Paris, Librairie C. Klincksieck.
- DEMEUNIER, J.-N. (1784-1788): *Encyclopédie Méthodique, ou par ordre de matières; par une Société de gens de lettres, de savants et d'artistes. Économie Politique et Diplomatique*, Paris, Chez Panckoucke.
- DU PONT DE NEMOURS, P. S. (1768): *Physiocratie, ou constitution naturelle du gouvernement le plus avantageux au genre humain*, Leyde.
- ELTIS, W. (1995): «Le rejet de Condillac par les physiocrates: una ocasión manquée», en DELMAS, B., DEMALS, TH. y STEINER, PH. (eds.), *La diffusion internationale de la Physiocratie (XVIII^e-XIX^e)*, Grenoble, Presses Universitaires, pp. 177-191.
- FILANGIERI, G. [1780-1791] (2003): *La Scienza della legislazione*, Venecia, Centro di Studi sull'Illuminismo Europeo.
- FORONDA, V. DE [1788-1789] (1994): *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía Política, y sobre las leyes criminales*, ed. de J. M. Barrenechea, Vitoria, Gobierno Vasco.

- FUENTES, J. F. (1989): *José Marchena. Biografía política e intelectual*, Barcelona, Crítica.
- FUENTES, J. F. (ed.) (1990): «Prólogo» a *J. Marchena: Obra española en prosa (Historia, Política, Literatura)*, Madrid, CEC.
- GENOVESI, A. [1765-1767] (2005): *Lezioni di commercio*, ed. de PERNA, M. L., Nápoles, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici.
- GENOVESI, A. (1785-1786): *Lecciones de comercio, o bien de economía civil*, Madrid, Viuda de Ibarra, 3 vol.
- GOLDMAN, N. (ed.) (2008): *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780-1850*, Buenos Aires, Prometeo.
- GONDRA, L. R. (1923): *Las ideas económicas de Manuel Belgrano*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad.
- HONT, I. e IGNATIEFF, M. (1983): *Wealth and Virtue. The Shaping of Political Economy in the Scottish Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press.
- KAPLAN, S. L. (1976): *Bread, Politics and Political Economy in the Reign of Louis XV*, La Haya, M. Nijhoff.
- KLEIN, D. (1985): «Deductive economic methodology in the French Enlightenment: Condillac and Destutt de Tracy», *History of Political Economy*, 17/1, pp. 53-62.
- LINGUET, S. N. H. (1767): *Théorie des loix civiles, ou Principes fondamentaux de la Société*, Londres.
- LLOMBART, V. (1992): *Campomanes, economista y político de Carlos III*, Madrid, Alianza.
- LLOMBART, V. (1995): «Market for ideas and reception of Physiocracy in Spain: some analytical and historical suggestions», *European Journal of the History of Economic Thought*, 1, pp. 29-51.
- LLUCH, E. (1984): *Acaecimientos de Manuel Belgrano fisiócrata, y su traducción de las máximas del gobierno económico de un reino agricultor de Quesnay*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica e Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- LLUCH, E. y ARGEMÍ, LL. (1985): *Agronomía y fisiocracia en España (1750-1820)*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo.
- LLUCH, E. y ARGEMÍ, LL. (1994): «Physiocracy in Spain», *History of Political Economy*, XXVI/4, pp. 613-627.
- MARCHENA, J. (c. 1797): *Le Spectateur français* (s. l., s. e.).
- MARCHENA, J. (1802): *Coup d'oeil sur la force et l'opulence de la Grande Bretagne*, París, Chez Levault.
- MARCHENA, J. (1990): *Obra española en prosa (historia, política, literatura)*, ed. de J.F. Fuentes, Madrid, CEC.
- MERCIER DE LA RIVIÈRE, P. P. [1767] (1910): *L'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques*, ed. de Dubois, A., París, Librairie P. Geuthner.
- MONTESQUIEU, CH.-L. DE SECONDAT, BARÓN DE [1748] (1972): *De l'esprit des lois*, ed. de E. Tierno, Madrid, Tecnos.

- NAVARRO, P. (1999): *Manuel Belgrano en el Consulado de Buenos Aires, cuna de la Revolución (1790-1806)*, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano.
- OBSEK, K. (ed.) (1909): *Lettres de Du Pont de Nemours à la Margrave Caroline-Louise de Bade sur les salons de 1773, 1777, 1779, publiés par le Dr. Karl Obser avec le concours de Gaston Brière et Maurice Tourneux*, París.
- PASTORE, R. y CALVO, N. (2000): «Cultura colonial, ideas económicas y formación superior «ilustrada» en el Río de la Plata. El caso de Manuel Belgrano», *Prohistoria*, 4, pp. 27-57.
- PERAL, D. M. DEL (1978): «Sobre Ramón de Salas y la incorporación de la Economía Civil a la enseñanza universitaria», *Investigaciones Económicas*, 6, pp. 173-189.
- PII, E. (1984): *Antonio Genovesi. Dalla politica economica alla «politica civile»*, Florencia, Leo S. Olschki.
- POCOCK, J. G. A. [1975] (2002): *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos.
- QUESNAY, F. [1794] (1984): *Máximas generales del gobierno de un reyno agricultor, traducido del francés por D. Manuel Belgrano*, ed. de LLUCH, E. en Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica e Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- RAO, A. M. (1984): *L'amaro dell feudalità*, Nápoles, Guida.
- ROBLEDO, R. (2001): «Reformadores y reaccionarios en la Universidad de Salamanca a finales del siglo XVIII, algunos testimonios», *Estudi General*, 21, pp. 283-305.
- ROBLEDO, R. (2003): «Tradición e Ilustración en la Universidad de Salamanca: sobre los orígenes intelectuales de los primeros liberales», en ROBLEDO, R., CASTELLS, I. y ROMEO, M. C. (eds.), *Orígenes del liberalismo. Universidad, política, economía*, Salamanca, Universidad y Junta de Castilla y León, pp. 49-80.
- RODRÍGUEZ, S. (1979): *Renacimiento universitario salmantino a finales del siglo XVIII. Ideología liberal del Dr. Ramón de Salas y Cortés*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- ROUSSEAU, J. J. [1762] (1990): *Du Contrat social*, Madrid, Espasa Calpe.
- SALAS, R. DE (1790): *Apuntaciones al Genovesi y extracto de las Lecciones de Comercio y de Economía Civil*, Salamanca, s.e.
- SALAS, R. DE (1821): *Comentario sobre el Espíritu de las Leyes de Montesquieu por Destutt de Tracy, con las observaciones inéditas de Condorcet*, Burdeos, Laval Joven.
- SCHELLE, G. [1888] (1971): *Du Pont de Nemours et l'école physiocratique*, Ginebra, Slattikine reprints.
- SCHMID D'AVENSTEIN, G. L. (1776): *Principes de la législation universelle*, Ámsterdam, Chez M. N. Rey.
- SCHMID D'AVENSTEIN, G. L. (1821): *Principios de Legislación Universal; traducidos del francés con algunas correcciones y notas por Don Mariano Lucas Garrido*, Valladolid, Imprenta de Roldán.
- SKINNER, Q. [1999] (2001): *La Libertà prima del liberalismo*, Turín, Einaudi.

- TRIBE, K. (1988): *Governing economy: The Reformation of German Economic Discourse, 1750-1840*, Cambridge, Cambridge University Press.
- TRIBE, K. (1995): «The reception of Physiocratic Argument in the German States», en DELMAS, B., DEMALS, T. y STEINER, PH. (eds.), *La diffusion internationale de la physiocratie (XVIII^e-XIX^e)*, Grenoble, Presses Universitaires, pp. 331-344.
- VENTURI, F. [1962] (1973): «Economisti e riformatori spagnoli e italiano del '700», *Rivista storica italiana*, LXXIV, pp. 205-208.
- VERRI, P. (1771): *Meditazioni sulla Economia Politica*, Livorno.

CAPÍTULO 11

ELEMENTOS INSTITUCIONALES: SOCIEDADES ECONÓMICAS, DICCIONARIOS DE COMERCIO Y ENSEÑANZAS ECONÓMICAS

11.1. Los diccionarios de Comercio y Economía en el siglo XVIII español (pp. 738-771).

11.2. Economic Societies and the Politicisation of the Spanish Enlightenment (pp. 772-790).

11.3. El pensamiento político y económico ilustrado y las cátedras de la Sociedad Económica Aragonesa (pp. 791-814).

11.4. André Morellet y la enseñanza de la Economía en la Ilustración española: la “Memoria sobre la utilidad del establecimiento de una escuela de Comercio” (pp. 815-845).

Los diccionarios de Comercio y Economía en el siglo XVIII español

● JESÚS ASTIGARRAGA
Universidad de Zaragoza

● JUAN ZABALZA
Universidad de Alicante

Introducción*

A medida que se va profundizando en el estudio de los procesos de institucionalización de la Economía Política en los diferentes contextos nacionales o locales, los economistas son cada vez más conscientes de que el discurso económico no ha sido homogéneo en todos los países europeos. Aunque, casi desde su mismo origen, la Economía Política alcanzó un status de disciplina relativamente cosmopolita, incluso cuando sus conocimientos eran utilizados en defensa de los intereses económicos nacionales, factores de muy diversa índole asociados a las peculiaridades de los diferentes marcos nacionales o locales, como las tradiciones filosóficas o políticas, los diferentes sistemas educativos o la dispar naturaleza de las instituciones económicas, terminaron por contaminar la supuesta pureza cosmopolita del discurso económico y por situarnos ante la evidencia de la existencia de diversos “estilos nacionales de Economía Política”¹. A su vez, esta evidencia no sólo está contribuyendo a mostrar la disparidad intrínseca a la evolución de la ciencia económica en los diferentes países respecto a cuestiones tan decisivas como el grado teórico en la aproximación a los problemas económicos, la institucionalización de la Economía Política o la adaptación de las ideas económicas universales a los diferentes debates económicos nacionales, sino que también está sirviendo para rehabilitar el interés, de cara a una correcta y plural

* Este trabajo forma parte de una investigación más extensa sobre “La Economía en los diccionarios y las enciclopedias del Siglo XVIII en España”, publicada en su versión inicial en la colección de Documentos de trabajo de la Asociación Española de Historia Económica: DT-AEHE nº 0607.

1. Lluch (1980); Albertone-Masoero (1994).

Fecha de recepción: Febrero de 2007

Versión definitiva: Octubre de 2007

Revista de Historia Industrial
N.º 35. Año XVI. 2007. 3.

reconstrucción de la Historia del pensamiento económico, de la literatura económica elaborada por profesionales *quasi* —o no— especialistas, así como de fuentes para la investigación normalmente tan poco valoradas como los manuales, la literatura periódica o las obras de popularización de los conocimientos económicos.

En esta línea, recientemente, se ha comenzado a estudiar la relevancia de los diccionarios y las enciclopedias —especializados o no— de Economía en los procesos de elaboración, adaptación y difusión del pensamiento económico². Un estudio de esta naturaleza remite a la enorme influencia que se atribuye al movimiento enciclopédico en la historia cultural europea moderna, particularmente a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Más aún cuando dicho movimiento, cuyo origen se sitúa en el *Gran dictionnaire historique* (1674) de L. Moreri, no solo dio como fruto obras tan emblemáticas como el *Dictionnaire historique* (1697) de P. Bayle, la *Cyclopaedia* (1728) de E. Chambers o la *Encyclopédie* (1751-1775) de Diderot-D'Alembert, sino que acabó extendiéndose a la gran mayoría de países europeos —no sólo Francia, sino también Italia, Gran Bretaña o Alemania contaron con grandes compilaciones autóctonas³— y se fue complementando con otro que produjo obras alfabéticas más reducidas y de carácter especializado. La multiplicación de diccionarios científicos y técnicos constituye un aspecto todavía poco conocido del proceso de popularización de la ciencia que acaeció en toda Europa a medida que el latín fue sustituido por las lenguas vulgares y el desarrollo científico se extendió a nuevas ramas del conocimiento. Otros “*massive works*”, como diccionarios, léxicos o vocabularios, contruidos siguiendo el doble principio del afán de inventariar y ordenar el conocimiento universal y del uso con ese fin del artificio del orden alfabético, conocieron durante “*l'âge d'or*” del siglo XVIII una eclosión desconocida. De esta manera, el viejo ideal de la recopilación enciclopédica que nos legaron nuestros ilustrados se ha presentado unido a la convicción, también profundamente arraigada en el siglo XVIII, de que, en palabras de Condillac⁴, una “ciencia bien tratada no es más que un lenguaje bien hecho”, o, yendo aún más lejos, a la pretensión, bien ejemplificada en el “visionario” intento de Condorcet⁵, de crear una *langue universelle* que, junto a la esfera científica, se extendiera también a la metafísica, moral o política.

Todo esto es válido sólo de una manera parcial para el caso de España: como ha precisado Álvarez de Miranda⁶, su papel en la literatura enciclopédica del siglo XVIII europeo fue más bien marginal. Aunque nuestros ilustrados

2. Un primer balance puede encontrarse en los números monográficos 41 y 42 (2001) que dedicó a “*Le grande “voci” nei dizionari specializzati (e non) di Economia*” la revista *Storia del pensiero economico*.

3. Abbattista (1996); Höhmann (2001).

4. Condillac (1776).

5. Condorcet (1772-1774, pp. 1013-1014).

6. Álvarez de Miranda (1995, 1997).

más insignes –Campomanes, Jovellanos, etc.– promovieran la realización de diccionarios y participaran en su elaboración, en nuestro país solo fue traducida una de las grandes obras enciclopédicas europeas –el *Dictionnaire* de L. Moreri– y no llegó a elaborarse una gran compilación enciclopédica autóctona⁷. No obstante, de cara a un balance más definitivo, resulta necesario proseguir el análisis de la fortuna española de las obras enciclopédicas especializadas, en nuestro caso, en el ámbito del “comercio” y la “economía”. Gómez de Enterría⁸ ha mostrado que la eclosión de la Economía Política en España a lo largo del siglo XVIII determinó “la aparición de un vocabulario nuevo que inicia su proceso de instalación en la lengua a partir de las obras de literatura económica” publicadas durante el mismo. Este *neoléxico* referido al comercio y la economía, alimentado a través del caudal de las traducciones, inspirado en el francés como lengua de mayor prestigio y formado principalmente por neologismos nuevos o de sentido –el caso de voces como “economistas”, “concur-rencia”, “capitalista”, etc.–, cohabitó con términos de carácter tradicional y a lo largo del siglo XVIII se configuró como un vocabulario en periodo de formación, si bien, sin duda, de uso creciente a medida que transcurrió ese siglo⁹. En esta línea, diversos estudios de carácter cuantitativo¹⁰ han insistido en que a lo largo del mismo, y a pesar de la debilidad enunciativa del término “economía” frente a otros –“comercio”, “industria” o “agricultura”– y de la pluralidad de adjetivos que le acompañaron –“pública”, “política”, etc.– se asistió, en particular a partir de 1740, a un proceso de emergencia en el discurso escrito español de la “economía”, de acuerdo con una bella expresión de J. Vilar¹¹, como un “saber con nombre”. Por estos motivos, el estudio del papel de España en la historia de los diccionarios de “comercio” y “economía” europeos del siglo XVIII, apenas abordado hasta la fecha¹², constituye un prisma de enorme interés para desvelar rasgos nuevos del proceso de emergencia de nuestra ciencia. El telón de fondo de este trabajo es el periodo transcurrido entre 1722-1730 y 1784-1788, fechas de la publicación del primer diccionario de comercio, obra de J. y L.-Ph. Savary des Brulons, y del último de ese siglo, y primero de contenido económico, editado en el seno de la *Encyclopédie Méthodique*.

7. El éxito más notable se alcanzó en el ámbito de los diccionarios lexicográficos, merced al pionero *Diccionario de Autoridades* (1726-1739), que tuvo una prolongación, aunque en un campo más preciso, en el *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes* (1786-1793) de E. Terreros.

8. Gómez de Enterría (1996, 1997).

9. Asimismo, Álvarez de Miranda (1992).

10. Ugarte (1996).

11. Vilar (1978, pp. 55-57).

12. Una primera y breve interpretación sobre esta cuestión, planteada respecto al conjunto de la realidad ibérica, se encuentra en Astigarraga-Zabalza-Almodovar (2001, pp. 26-28). No obstante, este trabajo, no sólo la matiza, sino que la amplía y completa de una manera muy sustancial en todo lo referido al caso del siglo XVIII español.

Oikonomia y comercio en la literatura enciclopédica del siglo XVIII

Si algo caracteriza a los primeros diccionarios de la historia de nuestra disciplina es que su contenido económico aparecía en ellos referido a ramas de conocimiento más amplias, algo lógico si tenemos presente que, hasta bien entrado el siglo XIX, sus cultores más insignes, comenzando por los propios F. Quesnay y A. Smith, entendían que la Economía Política carecía de autonomía disciplinar. Muchos de los autores de las voces de contenido económico insertas en la literatura enciclopédica asimilaban esa disciplina a la antigua concepción aristotélica de la *oikonomia* o *oeconomia* como administración o gobierno de la casa o la hacienda doméstica, o bien a la mera ampliación de la misma al ámbito público o al nivel superior del Estado, transfiriéndose al soberano las funciones de administración características del propietario doméstico, lo cual, a su vez, les permitió hablar, por simple analogía, de la existencia de una Economía Política, Pública o Civil¹³. Esta concepción tradicional fue hegemónica en los diccionarios lexicográficos y de ámbitos disciplinares fronterizos a la Economía Política, en particular, los de agricultura –o, en general, de economía rural o *re rustica*– y de artes y oficios. Aunque las muestras sobre el conservadurismo de este tipo de obras son amplias y muy elocuentes, es importante subrayar que su influencia se vio reforzada debido a que ambos tipos de diccionarios contaron con textos alfabéticos propios antes de que fueran publicados los primeros sobre “comercio”. No hay que olvidar que, en el siempre ilustrativo mundo francés, durante el periodo 1666-1750 numerosas obras enciclopédicas se ofrecieron como un canal de divulgación de la *oikonomia* y de los conocimientos útiles asociados a ella, tanto en las enciclopedias generales –Moreri, Trevoux, etc.– como en los diccionarios especializados, con una intensidad especial a medida que se multiplicaban los versados sobre la agricultura, la historia natural y las artes de la *maison rustique* o *la oeconomie de la campagne* –L. Liger d’Auxerre, A. Pluche, etc.–, y, más en particular, a partir de la publicación en 1709 del *Dictionnaire Oeconomique* de N. Chomel, punto de arranque de un gran número de diccionarios divulgativos, *abregés* o *portatives* que conocerá el siglo XVIII francés¹⁴.

El léxico de la *oikonomia*, con presencia dominante también en la literatura enciclopédica española del siglo XVIII, tuvo, sin embargo, escasa incidencia en la aparición de los primeros diccionarios sobre “comercio”, así como en su evolución posterior. En el substrato de éstos se hallaba una cultura mercantil europea que, a lo largo del siglo XVII, comenzó a generar un tipo de tratados en los que el vocablo *oikonomia* fue reemplazado por el de “comercio” –“trade” o

13. Guidi (1994).

14. Bourde (1767, vol. I, pp. 233-235).

“commerce”¹⁵. Bajo esta rúbrica se agruparon dos tipos de trabajos. En primer lugar, los manuales para comerciantes. Este tipo de obras, con antecedentes en los libros de ábaco y de la *pratica della mercatura* de la Edad Media italiana, recogían conocimiento bien *proposicional* acerca del comercio –pesos, medidas, cambios y monedas; geografía, plazas y rutas del comercio; legislación y ética mercantiles–, o bien *prescriptivo* –aritmética aplicada y contabilidad; prácticas mercantiles; *training* vocacional–, incluyendo ocasionalmente guías para el aprendizaje de diversas artes y oficios¹⁶. En cualquier caso, estos manuales, destinados a comerciantes o a aspirantes a serlo, elaborados en muchos casos por las propias compañías comerciales, se multiplicaron de forma exponencial en toda Europa a partir de comienzos del siglo XVI, a medida que el tráfico comercial se ampliaba a nuevos ámbitos geográficos y el acceso a la información, y la consiguiente reducción de los costes de transacción, se convertía en la única garantía del éxito comercial¹⁷. A este género pertenecen obras que, como veremos, disfrutaron de una enorme influencia en la Ilustración española, aun sin llegar a ser traducidas. Ante todo, *Le parfait négociant* (1675), obra del funcionario *colbertiano* Jacques Savary, uno de los *founding fathers* de los manuales de economía comercial¹⁸. Precisamente, gracias a la protección que le prestó Colbert –a quien estaba dedicado– y a la facilidad para acceder a documentación oficial –J. Savary fue *fermier* de aduanas y coautor de las famosas *Ordenanzas* de comercio de 1673–, el libro se convirtió en una sistemática recopilación de las prácticas para el buen comerciante derivadas del nuevo marco creado por esas *Ordenanzas*. Fue, además, un manual notablemente exitoso, algo a lo que ayudó su agudo enfoque pedagógico: entre 1675 y 1800 se realizaron unas treinta ediciones del mismo –iniciadas por una dual, en francés y alemán, al año después de ser publicado–, tanto en el mercado francés –su última edición data de 1800– como en el europeo –fue traducido en Inglaterra, Holanda, Alemania e Italia–¹⁹. Su éxito como formato *standard* de los futuros manuales para comerciantes rompió fronteras. Prueba de ello se encuentra en otros dos manuales sumamente exitosos, el *Traité général du commerce* (1700) y *Le négoce d'Amsterdam* (1723), concebidos en el contexto de la pujante experiencia comercial holandesa

15. A lo largo de este trabajo, el significado de los vocablos “comercio” y “comerciantes” es el que se les atribuiría durante el siglo XVIII, es decir, con una visión más amplia a la estrictamente referida al tráfico, pudiendo asimilarse a las de “fomento” o “desarrollo” e incluir implicaciones de financiación, dirección o trabajo en actividades de producción artesanal o manufacturera.

16. Cole (1957, pp. 8-10).

17. Harreld (2006). Los algo más de 1400 manuales editados durante 1500-1549 pasaron a ser más de 1900 durante el período 1650-1699, publicándose cerca de un total de 3200 textos de esa naturaleza a lo largo de esos dos siglos. Hooch-Jeannin-Kaiser (1991-2001, vol. 1, pp. 364 y ss.; vol. 2, pp. 646 y ss.), Hooch (1987b, pp. 58-60) y Kaiser (2001).

18. Hooch (1987a).

19. Hooch-Jeannin-Kaiser (1991-2001, vol. 2). De acuerdo con Magnusson (1994, p. 179), este mayor desarrollo en Francia de la literatura económica de carácter eminentemente práctico pudo deberse a la ausencia a lo largo del siglo XVII de tratados notables sobre “commerce en general”, a diferencia de lo ocurrido en Gran Bretaña.

por S. y J.-P. Ricard, dos negociantes franceses que, como otros compatriotas suyos –Huet, Le Moine de l’Espine, etc...–, fueron los responsables de dar a conocer a la Ilustración europea esa pujante experiencia comercial.

Junto a ello, el vocablo “comercio” también albergó, desde finales del Seiscientos, un conjunto de tratados en los que se abordaba no sólo el estudio de las operaciones comerciales del tráfico, cuanto el de la cultura mercantil y económica en su conjunto, es decir, el de la relación de la agricultura, el comercio y la industria con el cuerpo político y los fundamentos de creación de las riquezas. Los textos sobre el “comercio” –o, más precisamente, la “ciencia del comercio” o la “ciencia del comercio en general”, según la expresión de R. Cantillon– trataban de enfatizar su aspiración teórica respecto a los manuales para comerciantes; en algunos casos, eran concebidos abiertamente en el ámbito de la filosofía moral, en particular, de la “ciencia” y el “arte” de la legislación, y, por tanto, estaban destinados tanto a comerciantes como a quienes tenían relación con la economía del Estado. En suma, subyaciendo al amplio proceso que desde finales del siglo XVII acompañó la generalización de este término como alternativo al de *oikonomia*, se hallaba la exigencia de una sistematización científica de la materia comercial y en el seno de ésta, y tal y como revelan las obras europeas más emblemáticas del período –Child, Melon, Forbonnais, Genovesi, etc.–, caracterizadas sencillamente como “ensayos” o “tratados” sobre el comercio, de la más propiamente económica²⁰. Así pues, no es casual que los primeros diccionarios de nuestra disciplina lo fueran de “comercio”.

Una breve genealogía de los diccionarios de “comercio” europeos

Escribir la historia de los diccionarios de comercio del siglo XVIII es explicar la evolución de un subgrupo bien definido de la literatura económica de ese siglo, tal y como hoy se percibe²¹, que, en cerca de seis décadas, posibilitó que libros alfabéticos concebidos inicialmente casi como una mera extensión de los manuales para comerciantes²², acabaran integrando los “principios generales” del comercio, algo especialmente evidente una vez que, cerrado el fructífero ciclo Colbert (1660-1740) en la literatura de economía comercial²³, esos diccionarios comenzaron a interiorizar el intenso debate económico habido en Francia a mediados de siglo²⁴. Precisamente, en el pionero *Dictionnaire universel de commerce* (1723-1730) de los

20. Letwin (1963, pp. 214 y ss.).

21. Cole (1950, pp. 15-16); Théré (1998, p. 26).

22. Schumpeter (1971, p. 157).

23. Hooek (1987).

24. Hutchison (1988), pp. 185-19. Esta interpretación cuestiona la tesis más ortodoxa, hegemónica desde McCulloch hasta el propio Schumpeter, de que hubo que esperar a los economistas clásicos para que tal apertura hacia la economía teórica culminara. Para una visión más amplia del contenido de este epígrafe, nos remitimos al Documento de Trabajo referido.

hijos de J. Savary, J. y L.-Ph. Savary des Bruslons²⁵, la incipiente *langue du commerce* se ponía al servicio de una *summa* comercial caracterizada por su afán de universalidad, es decir de abarcar todas las facetas del comercio, dignificándolo —el comercio, escribía Savary, es “una profesión no menos honorífica que útil” y sin la cual “todo languidecería en un Reino”²⁶— y atribuyendo al mismo una cierta autonomía, pero carente de un horizonte de reflexión teórica: los “hechos” y las “prácticas” del comercio prevalecían sobre sus “principios”, y nada extraña que un siglo después McCulloch²⁷ se lamentara de que hubiera sido diseñada bajo el espíritu de un *custom officier* —J. Savary era inspector de la aduana de París— en vez de un auténtico *philosopher*. En cualquier caso, esta obra canónica de la Ilustración europea fue pergeñada con un formato que el tiempo revelará como modélico: por un lado, era una especie de *vade mecum* enciclopédico, generosamente abierto a los problemas de la manufactura, de toda la información económica y estadística oficial relevante generada en la Francia de 1660-1715 —memorias de los intendentes de comercio; ordenanzas y estatutos de empresas públicas y compañías de comercio; órdenes legislativas; documentación de embajadores; memorias de la Academia de ciencias, etc., su contenido más valioso, según Coquelin-Guillaumin²⁸—; por otro, fue apoyada y financiada oficialmente y, en cuanto a su elaboración material, estaba organizada con una indudable intencionalidad política: su fin primordial era, siempre desde la defensa de las posiciones comerciales francesas, divulgar e internacionalizar el programa económico proteccionista, industrialista e intervencionista del *colbertismo*. Y no sin éxito pues, además de ser traducida al alemán, ruso, portugués e italiano, en Francia fue objeto de numerosas ediciones *abregés* o *portatives* (Cl. R. Lefebvre de Beauvray, J. B. R. Robinet, H. Lacombe de Prezel, etc.), además de otras cinco íntegras —entre 1723-1730 y 1759-1765—, que actualizaron su contenido²⁹ y consiguieron que su influencia alcanzara los años finales del siglo XVIII —partes sustanciales del *Dictionnaire* fueron volcadas en los volúmenes sobre *Commerce* (1783-1784) de la *Encyclopédie Méthodique*—.

Su éxito se extendió también al ámbito británico. El *Dictionnaire* fue el origen de la genealogía de obras alfabéticas a que daría inicio el *Universal Dictionary of Trade and Commerce* (1751-1755) de M. Postlethwayt³⁰, al que seguirán otras dos, de interés menor, obras de R. Rolt —*A New Dictionary of Trade and Commerce*

25. Hoock (1987a), Perrot (1992, pp. 99-104) y Patalano (2001).

26. Savary (1722-1730, vol. I, p. XII).

27. McCulloch (1832, p. XX).

28. Coquelin-Guillaumin (1752-1753, vol. II, pp. 648-649).

29. La obra se fue haciendo eco del innovador *Essai* de Melon o de los notables debates monetarios protagonizados por Melon y Law; por su parte, la quinta edición, la más completa y extensa, publicada en 1759-1765 en Copenhague con el fin de introducir la obra en el mercado de la Europa del Norte, incorporaba voces extraídas de los siete primeros volúmenes de la *Encyclopédie* de Diderot-D'Alembert.

30. Postlethwayt (1751-1755). Johnson (1937), Hutchison (1988, pp. 241-243) y Rancan (2001).

(1756)– y Th. Mortimer –*A New Complete Dictionary of Trade and Commerce* (1766)–. Es conocido que aquel diccionario, relativamente exitoso en Gran Bretaña –disfrutó de cuatro ediciones en veinte años, entre 1751-1755 y 1774–, fue una versión “anglificada” y ampliada del de los Savary³¹, en particular en cuanto que introducía numerosos conceptos de raigambre teórica –incluidos en voces sobre “*balance of trade*”, “*banking*”, “*money*”, etc.–. La cuestión más llamativa de su contenido, ya advertida a finales del siglo XIX por S. Jevons y H. Higgs, era que incorporaba extensos fragmentos del *Essai* de Cantillon, aún inédito, transformándose así en uno de los plagios más enigmáticos de la Historia del pensamiento económico³². Sin embargo, las fuentes utilizadas por Postlethwayt abarcaban la línea más genuina de los economistas británicos, desde Mun o Petty hasta Locke o Hume³³, convirtiéndose, de esta manera, en un primer ensayo de sistematización alfabética de los saberes comercial y económico en la fértil etapa *pre-smithiana*.

Mientras tanto, en Francia la apertura de las obras alfabéticas a los principios económicos se produjo inicialmente de la mano de la *Encyclopédie* (1751-1775) de Diderot-D’Alembert. Ésta fue una auténtica caja de resonancia de los debates económicos más notables de su tiempo, se refirieran ya al renovado interés por las cuestiones agrícolas, ya al estudio de las relaciones de la ciencia económica con los aspectos constitucionales de la sociedad³⁴ o ya, por último, a las disputas sobre los fundamentos teóricos de esa ciencia³⁵, protagonizadas por F. Quesnay, autor de cuatro densas voces –“*grains*”, “*fermiers*”, etc.– que se identifican con el origen de la fisiocracia, y V. de Gournay, cuyo discípulo más conspicuo, F. V. de Forbonnais, fue autor de otro puñado de ellas –“*agriculture*”, “*commerce*”, etc.– que habían constituido una interpretación alternativa a la de los *économistes* y agruparía después dando forma a sus *Éléments du commerce* (1754). Precisamente, pocos años después, del seno de este segundo núcleo de economistas, y ahora en estrecha relación con Turgot y el Ministro Trudaine, surgirá el *Prospectus d’un nouveau dictionnaire de commerce* (1769) de A. Morellet. Aunque concebido como una actualización del de los Savary, este proyecto de futuro diccionario, cuya edición estaba prevista para 1770-1775 y sus fundamentos teóricos se atribuyen a Turgot³⁶, se articulaba en torno a una crítica meticulosa de aquél³⁷: Morellet consideraba que la ciencia económica había alcanzado ya su madurez y ello obligaba a reelaborar

31. Johnson (1937, pp. 402-404).

32. Entre las interpretaciones más recientes, véase, por ejemplo, Brewer (1992).

33. Johnson (1965, pp. 405-408).

34. Rousseau (1758).

35. Murphy (1986). Una panorámica completa del pensamiento económico de la *Encyclopédie*, en Will (1965).

36. Hoock (1987b, pp. 66 y ss.). Turgot redactó para el mismo su notable artículo “*valcur et monnaie*”, en el que fundamentaba su análisis de la teoría subjetiva del valor.

37. Morellet (1769, pp. 15-17). El *Prospectus* tenía la notable particularidad de reunir un *Catalogue* sobre Economía Política, especialmente nutrido en cuanto a la bibliografía francobritánica publicada entre 1750 y 1768, y que constituye uno de los primeros de su género en Europa. Théré (1998, pp. 3-5).

aquella obra pionera, respetando una integración más orgánica entre el “arte” –hechos– y la “ciencia” –principios– del comercio, para así aproximarse a una *gramática filosófica* o lengua universal del comercio: “el mayor servicio que se puede rendir a la ciencia es el de definir bien las palabras. La gramática filosófica es el principio más poderoso de los progresos de los conocimientos humanos”³⁸. El nuevo criterio de organización de las voces debía permitir elevarse “por encima de los hechos locales” y de las “operaciones de comercio comunes a todos los países” e introducir “la naturaleza del comercio en general” en un texto con formato de diccionario. Su articulación exigía tres léxicos distintos, sobre: a) geografía comercial; b) mercancías del comercio; c) términos “abstractos de la Economía Pública”. Este último habría de comprender los “conocimientos que tienen por objeto el comercio en general” y los “principios sobre los cuales deber ser conducido”, y en él se incluía la definición de conceptos como dinero, circulación, salario, etc.³⁹. Sin embargo, este esperanzador diccionario, debido a motivos propios y ajenos al mismo⁴⁰, nunca fue editado. Sus materiales serán utilizados por el estadístico J. Peuchet para publicar en 1800 dos diccionarios sobre geografía comercial y terminología comercial y bancaria, si bien con una visión empirista que obviaba la marca de reflexión teórica pretendida por Morellet.

Al fallido intento de Morellet siguió, por último, la *Encyclopédie Méthodique* (1782-1832), primer proyecto enciclopédico del siglo XVIII emprendido con un ánimo empresarial, debido al extraordinario organizador cultural Ch. J. Panckoucke⁴¹. Aunque concebido originariamente para actualizar la *Encyclopédie*, su contenido, que acabó alcanzado las proporciones propias del gigantismo, no estaba, como en ésta, unificado, sino fragmentado en 26 subenciclopedias temáticas; de éstas, tres, versadas sobre *Finances* (1784-1787, 3 vol.), *Commerce* (1783-1784, 3 vols.) y *Économie politique et diplomatique* (1784-1788, 4 vols.), poseían contenido económico. Las más relevantes eran las dos últimas. Así pues, por vez primera las nociones del “comercio” aparecían separadas de las de la “economía”. De los volúmenes sobre *Commerce* se encargaron los fisiócratas N. Baudeau y G. Grivel, y fueron elaborados con materiales extraídos de los tratados de J. Savary, G. Raynal y S. Ricard; mientras, los cerca de dos mil artículos sobre *Économie politique et diplomatique* fueron obra del propio G. Grivel y el economista *smithiano* J. N. Dèmeunier, poniendo así de relieve una interesante pluralidad doctrinal y la relativa actualidad de su contenido⁴². Ahora bien, esta subenciclopedia no versaba sólo sobre Economía Política; integraba voces de otras tres disciplinas⁴³, Administración teórica, Diplomacia y Geografía

38. Morellet (1769, p. 350).

39. Morellet (1769, pp. 26-27).

40. Perrot (1992, pp. 104-124).

41. Tucóo-Chola (1977, pp. 323-344); Darnton (1979, pp. 395-459).

42. Perrot (1769, pp. 127-130).

43. Panckoucke (1784-1788, vol. IV).

política, que convergían en una óptica cercana a la visión cameralista de la Economía Política como conjunto de las ciencias del Estado⁴⁴. Así pues, en menos de seis décadas, de la mano de notables “economistas políticos” —Quesnay, Forbonnais, Turgot, Morellet, etc.—, la *langue du commerce* se había institucionalizado en forma de vocabulario alfabético como algo más que un mero agregado de conocimientos y prácticas mercantiles.

La elaboración en España de un diccionario de comercio: la fase de los proyectos

En España las primeras demandas sobre la conveniencia de disponer de un diccionario de comercio, por la vía de la traducción o la elaboración de uno propio de factura española, tuvieron lugar en el marco de los diferentes proyectos enciclopédicos concebidos durante las primeras décadas del siglo XVIII. Los pre-ilustrados españoles fueron muy sensibles al hecho enciclopédico, algo que puede evidenciarse con la mera mención de los nombres de Mayans, Sarmiento o Feijóo y la caracterización de sus obras. No obstante, de acuerdo con Álvarez de Miranda⁴⁵, el primer proyecto español con las características de una obra enciclopédica fue debido al polifacético Á. Navia, Marqués de Santa Cruz de Marcenado. En su idea central consistía en la elaboración de un vastísimo *Diccionario universal* en lengua castellana, que mirara también a la realidad colonial, si bien, en cuanto a su elaboración formal concreta, se trató de varios proyectos diferentes, cada cual más devaluado en cuanto a su contenido, en cualquier caso, todos frustrados. La intención inicial de Navia era implicar a la Academia de la Lengua en la elaboración de un ambicioso diccionario enciclopédico, que habría de ser ordenado alfabéticamente o, según otro criterio posterior, por áreas o disciplinas, con una visión más extensa que la mera lexicografía —por ejemplo, incluiría las definiciones en “ciencias, artes y oficios”— y cuyo propósito era suplir la falta en España de “diccionarios históricos, bíblicos, geográficos, matemáticos, económicos, químicos, geométricos, jurídicos, de comercio, de marina, de música, etc.”⁴⁶. Sin embargo, con posterioridad, Navia reemplazó esta idea de un único diccionario universal por otra que consistiera en la suma de once diccionarios especializados, al que se añadirían los volúmenes correspondientes a las equivalencias de todas las voces en diversas lenguas. En este agregado enciclopédico-lexicográfico, se contemplaba la elaboración de dos diccionarios sobre saber económico, uno sobre “comercio” y otro “económico y deleitable”, en cualquier caso, según la descripción de su contenido y sus fuentes —los diccionarios de los Savary, N.

44. Martucci (2001).

45. Álvarez de Miranda (1997, pp. 91-96).

46. Navia (1724-1727, vol. VIII, p. 15).

Chomel y L. Liger—, ambos muy alejados del alfabeto de los principios generales del “comercio”⁴⁷. De esta manera, es indudable que, al margen de que su vacilante proyecto quedara sin realizar, Navia fue uno de los primeros ilustrados españoles en apreciar la importancia de la reciente literatura enciclopédica europea —entre las fuentes de su futuro *Diccionario Universal* mencionaba a Bayle, Muratori, Moreri o el diccionario de Trevoux—, y de los diccionarios propios del saber económico. Pocos años después, en su principal obra sobre cuestiones comerciales, planteaba por vez primera en España que se contratara a “hombres desocupados” para que tradujeran al castellano diversos diccionarios de *oeconomia y re rustica* —L. Liger, N. Chomel y N. Lemery—, así como *Le parfait négociant* y el *Dictionnaire* de los Savary, sobre el que ofrecía informaciones muy precisas acerca de su composición y publicación⁴⁸.

Esta mención recurrente al *Dictionnaire* de los Savary no era casual, sino tan sólo una muestra más de la intensa circulación que el libro venía conociendo en España antes incluso de que en 1730 viera la luz el *Suplement* que le fue adicionado a su primera edición. El interés por el mismo alcanzó a eminentes pre-ilustrados —Feijóo o Mayans—, si bien fue la generación de economistas de Felipe V, a la que pertenecía Navia, la que comenzó a realizar un uso intensivo del mismo hasta convertirse, junto al *Dictionnaire* de L. Moreri, en la principal fuente enciclopédica de información económica en los dos primeros tercios del siglo XVIII español. El apoyo que desde nuestros primeros economistas del Setecientos se ofreció a la realización de diccionarios lexicográficos, como el *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia⁴⁹, no escondía la exigencia de contar con diccionarios versados sobre el “espíritu de comercio”, algo que revela la acuciante necesidad de acomodar a la cultura comercial española usos mercantiles y medidas legislativas que ya habían mostrado su eficacia en las potencias comerciales más desarrolladas. En este sentido, este primer éxito en España del *Dictionnaire* de los Savary es inseparable del de la economía *colbertista* en su conjunto.

Comenzando, lógicamente, por la *Theórica* de Uztáriz. Aunque éste no llegara a referirse explícitamente a la conveniencia de contar con un diccionario de comercio de factura española, esta idea parece planear en distintos pasajes de su obra⁵⁰, como cuando volcaba en ella la *Instrucción* de 1718 del Despacho de Guerra para que se formaran “cartas geográficas de todas las provincias de España” con la finalidad de mejorar la información estadística sobre la Monarquía o como cuando sugería la necesidad de recopilar en una obra los tra-

47. Mientras el segundo diccionario era de *re rustica*, el primero debía reunir información sobre política comercial exterior, descripción de artes y oficios, mercancías del comercio, legislación comercial, monedas, pesos y medidas. Navia (1724-1727, vol. IX, pp. 2-4) confiaba también en incorporar información sobre estadística económica y demográfica en el diccionario de geografía, y sobre tratados de comercio, en el de historia.

48. Navia (1732, p. 183).

49. Uztáriz (1724, p. 412) o Gándara (c.1759, nn. 94, 143).

50. Fernández Durán (1999, p. 328).

tados internacionales sobre “navegación y tráfico”⁵¹. Por otra parte, Uztáriz estaba muy bien documentado sobre la cultura comercial francesa y holandesa, si bien normalmente a través de fuentes francesas –Huet, Le Moine, etc– y, en particular, de *Le parfait négociant*, obra que “por la grande aprobación que ha merecido dentro y fuera de aquel Reino se ha impreso siete veces” y de la que extrajo información acerca de derechos aduaneros, y del *Dictionnaire* de los Savary, del que copió al año siguiente de su publicación la cédula fundadora de las famosas fábricas de paños de Sedan y Abbeville⁵².

A Uztáriz le siguieron Zavala, quien copió informaciones provenientes del *Dictionnaire* de los Savary en su meticulosa defensa del régimen de compañías privilegiadas de comercio⁵³, y Ulloa, quien recurrió reiteradamente a *Le parfait négociant* para recabar información acerca de derechos aduaneros y precios internacionales⁵⁴. Es más que probable que las obras de los Savary contribuyeran a prolongar en España el éxito de la economía *colbertista* una vez que en Francia fuera perdiendo influencia, a raíz de la publicación de los escritos de P. Boisguillebert y S. Vauban, y, después, del más influyente en el ámbito internacional *Essai* de J. F. Melon: precisamente, el plagio parcial que T. V. de Argumosa (1743) realizó en 1743 de este último contenía un capítulo íntegro extraído del *Dictionnaire* de los Savary, versado, una vez más, sobre las compañías privilegiadas de comercio⁵⁵. Y, asimismo, es muy probable que esa prolongación tuviera en España una perdurabilidad mayor en los ámbitos institucionales de la cultura ilustrada relacionados con la actividad comercial, como era el caso de la Junta y los Consulados de Comercio: el Consulado de Bilbao, cuyas *Ordenanzas* de comercio de 1738, muy influyentes en todo el mundo hispano hasta 1829, fueron inspiradas en las de Colbert, encargó en 1756 al Padre Isla la realización, no culminada con éxito, de una traducción española de *Le parfait négociant*⁵⁶. Pocos años después, en 1768, el catalán F. Romà recomendaba que ese manual se empleara en las enseñanzas promovidas por la Junta de Comercio de Barcelona⁵⁷. Todas estas cuestiones vienen a mostrar que la primera recepción de las obras de los Savary en España fue muy exitosa. Pero ese éxito, principalmente como fuente de información para la actividad comercial, se extendió a todo el siglo: el *Dictionnaire* fue una fuente de consulta obligada en los principales centros de creación del pensamiento económico de la Ilustración española

51. Uztáriz (1724, pp. 119, 410).

52. Uztáriz (1724, pp. 54-59, 242-243).

53. Zabala (1732, 3ª parte).

54. Ulloa (1742, pp. 40, 108, 284).

55. Delgado (2004). Asimismo, Argumosa (1743, pp. 23, 216 y ss.) utilizaba el texto de Savary para elogiar las ordenanzas de comercio de Colbert y las diferentes empresas públicas privilegiadas de textiles promovidas bajo su mandato. En cambio, en su *Essai*, Melon, principal inspirador de su obra, había criticado el sistema de comercio privilegiado.

56. Guiard (1913-1914, vol. II, p. 610).

57. Lluch (1973, p. 32).

—en la Sociedad Bascongada por el Marqués de Narros; en la Tudelana por el Marqués de San Adrián; en la Aragonesa por A. Arteta o L. Normante; en la Junta de comercio por J. A. de los Heros, etc.—, siendo, sin duda, como ocurrió en buena parte de Europa, el de mayor fortuna de todos los diccionarios de comercio europeos.

La elaboración en España de un diccionario de comercio: la fase de las realizaciones

Como fue habitual en la Ilustración económica española, la década de los años sesenta va a dar inicio a una etapa nueva en la historia de los diccionarios de comercio. Siempre con el telón de fondo de un programa de reformas ilustradas, ahora especialmente activo, que trataba de interiorizar en España políticas comerciales ya experimentadas con éxito en otros países, y convertida en una auténtica prioridad la labor de traducir al castellano los principales libros de la economía europea, fue Campomanes el primer catalizador de las futuras iniciativas en este ámbito. En 1774 planteó abiertamente la necesidad de elaborar un diccionario de comercio de factura española. El modelo debía ser el *Dictionnaire* de los Savary, pero, lejos de tratarse de una simple traducción, debía estar acomodado a la realidad ibérica, metropolitana y colonial, abarcando incluso la realidad portuguesa, exactamente en la línea de lo realizado en el ámbito británico por Postlethwayt. Sus indicaciones no podían ser más precisas:

“sería de desear un suplemento por lo tocante a España, incluyendo a Portugal y a los dominios de ambos reinos en las dos Indias, insertando estas adiciones en los lugares correspondientes del Diccionario [de los Savary] y reimprimiéndolo traducido y adicionado en español, como hizo Malachi Postlethwayt en su traducción inglesa de la [...] obra de Savary”⁵⁸.

Por otra parte, Campomanes estaba perfectamente informado de todo lo relativo a manuales sobre prácticas de comercio⁵⁹. En diversos pasajes de sus obras recomendó los escritos de F. Forbonnais, J. Savary o M. La Porte⁶⁰, para el caso francés, y de S. Ricard y D. Hume, sobre el holandés y el inglés, respectivamente, siendo más que probable que sus autores preferidos fueran, por un lado, los

58. Campomanes (1774, p. LXXXII).

59. Las citas textuales de este párrafo se encuentran en Campomanes (1774, p. CLXXXII; 1775, p. 258; 1775-1777, vol. IV, pp. LXXXIV-LXXXV).

60. Campomanes aludía al francés M. de La Porte, autor de *La science des négociants* (1741), un exitoso manual para comerciantes que comenzó siendo un simple tratado de contabilidad y que en ediciones sucesivas quedó constituido como el agregado de tres tratados, versados sobre contabilidad, en partida simple y doble, y sobre información acerca de escrituras mercantiles (letras de cambio, seguros, etc.).

clásicos italianos —“los primeros que abrieron los ojos de toda la Europa mercantil”, según sus propias palabras—, y, por otro, J. Savary y S. Ricard, pues en sus obras se explicaba “el curso ordinario del comercio”, cuyo conocimiento resultaba “necesario para entender los puntos mercantiles del Derecho y la calidad de sus contratos y negocios”. En este sentido, sugería que el futuro diccionario de factura española se publicara refundido con la obra del británico W. Beawes, dado que contenía información sustancial sobre el comercio británico y tenía la ventaja de que su autor conocía bien la realidad española, al haber sido cónsul en Puerto de Santa María⁶¹. Informaciones tan precisas, provenientes del poderoso Campomanes y publicadas en sus difundidos *Discursos* de 1774 y 1775 no podían ser interpretadas sino como una invitación a la acción. El paso era sustancial: la idea de realizar un diccionario de comercio de factura española no era nueva, como se ha visto, pero de la mano de Campomanes alcanzaba su plena dimensión “política”. De hecho, a partir de ese momento se van a multiplicar las iniciativas para que pudiera hacerse realidad.

En 1780 la Sociedad Aragonesa estableció un premio público para quien tradujera la última edición del “Diccionario de comercio del ciudadano” —se aludía seguramente al *Dictionnaire* de H. L. de Prezel—, que, al tratarse de “un asunto de mucha importancia para la instrucción de nuestros comerciantes”, volvió a convocar, también sin éxito, un año después⁶². Pasados siete años, la misma Sociedad se planteó elaborar, ahora con la colaboración del “cuerpo general de comercio” de Zaragoza, pero con igual resultado fallido, un tratado sobre el comercio con los países del Norte de Europa, “explicando los frutos que se pueden extraer de nuestro país [...] y lo mismo de los géneros que Aragón puede recibir de aquellos países con la reglas relativas al conocimiento de sus calidades, noticia de los cambios y cuentas del arbitraje de la plaza de Amsterdam”⁶³. La sugerencia era que esas noticias se extrajeran del tratado de S. Ricard —el socio designado fue Ignacio de Asso—. Estas pretensiones, aunque ligadas a los intereses concretos de la Aragonesa —a lo largo de los años ochenta, ésta, además de tratar de ampliar mercados para los productos aragoneses, principalmente, los agrarios, estaba elaborando la balanza de comercio de Aragón—, pertenecían a la

61. La mención correspondía a *Lex mercatoria rediviva* (1751, 2 vol.). Se trataba de un manual para “todo hombre de negocios”, basado en *Le parfait négociant*, especialmente distinguido por su contenido jurídico y que fue reeditado numerosas veces a lo largo del siglo XVIII, en ocasiones revisado por Th. Mortimer. Beawes fue, como mencionaba el Fiscal, un gran conocedor de la realidad ibérica, a cuyos aspectos comerciales, políticos y literarios dedicó en 1793 un volumen específico.

62. Archivo de la Sociedad Económica Aragonesa (A. S. E. A.), Acta de 8 de diciembre de 1780. El *Dictionnaire du citoyen* (1761) de H. L. de Prezel fue uno de los diccionarios *abregés* más importantes elaborado a la sombra del *Dictionnaire* de los Savary. Poseía un sustancial contenido teórico e histórico —en cuestiones como la historia de la banca, las colonias y las compañías comerciales— y fue notablemente difundido a lo largo de todo el siglo XVIII, no sólo en Francia, sino también en Italia, donde fue traducido en tres ocasiones, 1762 y 1765 (2).

63. A. S. E. A., Acta de 9 de noviembre de 1787.

notable nómina de servicios que desde ella se estaba prestando al movimiento ilustrado español. Ciertamente, no pueden desligarse del conjunto de elementos que requería el sostenimiento de la pionera Cátedra de Economía Civil y Comercio, fundada en 1784. Aunque no fuera su finalidad única, ésta no fue ajena a la voluntad de contribuir a la instrucción del comerciante y a la dignificación del comercio, de tal manera que L. Normante, su primer catedrático, recomendaba la consulta, entre otros, de los textos de J. Savary, M. La Porte y Lavue⁶⁴ con el fin de alumbrar principios del comercio “superiores a los tradicionales (sic)”. No obstante, es importante resaltar que la pretensión de extraer el tratado de S. Ricard se refería a una precisa edición del mismo —se señalaba equivocadamente la de 1784—, la “corregida por D. Th. Marien, natural de Bilbao”.

Esta concisa alusión hacía mención a Tomás Antonio Marien y Arróspide, autor totalmente ignorado hasta la fecha en los estudios sobre la Ilustración española. Tan sólo hemos logrado recopilar algunos datos biográficos de este influyente comerciante del Setecientos español. Bilbaíno de nacimiento, Marien pasó seguramente buena parte de su vida fuera de España, en la Europa atlántica, y pudo ser uno de tantos comerciantes dedicados a consolidar las posiciones mercantiles del hierro vasco o la lana castellana extraídos desde Bilbao hacia esa área geográfica. Esta situación profesional le proporcionó un contacto directo con la cultura comercial del norte de Europa, en general poco conocida en la España de ese tiempo. En 1776 editó un texto en francés, con destino preciso para los comerciantes, en el que catalogaba los diferentes derechos y tratados comerciales relativos al comercio en el Mar Báltico, que Dinamarca tenía establecido en el paso por el estrecho del Orensund⁶⁵ —será traducido al castellano en 1789 y al danés en 1798⁶⁶—. En cambio, otro trabajo posterior fue, sin duda, de una mayor relevancia, incluso en el contexto general de la Ilustración europea. En 1781 Marien, apoyado sin duda por el conocimiento que hubo de poseer de varias lenguas, fue el encargado de supervisar el *Traité général du commerce* de S. Ricard. Como ya hemos mencionado, se trataba de un texto canónico de la cultura comercial del siglo XVIII. Publicado por vez primera en 1700 y objeto de numerosas ediciones a lo largo de toda la centuria, cuyas sucesivas revisiones y ampliaciones acabaron por desfigurar el contenido original de este libro, especialmente útil, como rezaba su título, para “banqueros, comerciantes, negociantes y, sobre todo, para la juventud que deseara aprender el comercio y el negocio del cambio”. Marien fue el encargado de la notable edición de 1781, que él corrigió, modernizó y amplió de una manera notable, configurando, a la postre, una edición “enteramente rehecha” y “considerablemente aumentada”, realizada siguiendo un plan que abordaba

64. Alusión incorrecta al comerciante de Lyon Jean Larue y a su *Bibliothèque des jeunes négociants* (1747), “Biblioteca de negociantes jóvenes”, según Normante (1784, p. 34).

65. Marien (1776).

66. Marien (1789a; 1798).

dos grandes cuestiones: un cuadro general del comercio en las principales naciones de Europa y un tratado sobre monedas, pesos y medidas, que incluía también operaciones de cambio, algunas máximas sobre el comercio y diversas ordenanzas y usos sobre seguros del comercio de Amsterdam⁶⁷. No obstante, la principal consecuencia de su reedición, destacada como de la mayor calidad por McCulloch o Coquelin-Guillaumin⁶⁸, fue que tan sólo dos años después amplios fragmentos de la misma fueron vertidos en los volúmenes sobre *Commerce* (1783-1784) de la *Encyclopédie Méthodique*.

A finales de los años ochenta Marien figuraba residiendo entre París y Madrid, si bien su inserción en los ambientes ilustrados españoles era ya indudable⁶⁹. Uno de sus principales centros de atención fue la promoción de la cultura comercial a través de la edición de diversas publicaciones de distinto formato. En mayo de 1788 presentó la solicitud para la edición, supuestamente con ayuda de Forner, de un papel periódico quincenal sobre comercio, que habría de titularse *El Comercio Universal* y respondía a la incesante demanda que en la Ilustración española existía de la publicación de alguna gaceta periódica actualizada sobre información mercantil⁷⁰. En esas mismas fechas trató de comprometer a la Administración borbónica en la elaboración de un diccionario comercial de factura española⁷¹. Marien constataba que, a pesar de las numerosas obras sobre el comercio publicadas en España, nadie había intentado hasta ese momento “internarse en la parte mercantil y en el mecanismo de ella”. Esto era especialmente grave teniendo presente que la prosperidad de las naciones no era el resultado de nuevas conquistas, cuanto de la ampliación del comercio, y sin un conocimiento preciso de las condiciones en las que éste se desarrollaba los españoles estaban condenados a seguir siendo “víctimas de la codicia de las naciones”. Él estaba tratando de suplir este problema a través de la traducción de algún texto extranjero que, en cualquier caso, tras pasar por su filtro, adoptara la forma de un diccionario alfabético adaptado a la particular cultura comercial española. Aunque también mencionara elogiosamente el *Traité* de S. Ricard, el texto escogido era la “*Guía de las Oficinas de Hamburgo*”, velada alusión al exitoso *Allgemeiner und besonders hamburgischer contorist* del alemán J. E. Kruse⁷², cuya traducción

67. Ricard (1781, Préface).

68. McCulloch (1832, p. XX); Coquelin-Guillaumin (1852-1853, vol. II, p. 584).

69. Buena muestra de ello es que en 1791 fue premiado por la Sociedad Bascongada por un Discurso versado sobre “los progresos que ha hecho la nación española en el reinado del Señor Carlos III”, que llevaba como lema un texto escogido significativamente del economista industrialista vasco N. Arikibar.

70. A. H. N., Consejos, leg. 5554-42.

71. A. H. N., Estado, leg. 2944-429.

72. La primera edición de este manual de comerciantes, contextualizado en la realidad comercial de Hamburgo, databa de 1753, pero su edición más difundida fue publicada en 1762. Kruse facilitaba información, también basada en fuentes españolas, ordenada alfabéticamente, sobre las principales ciudades comerciales —no solo europeas— con sus correspondientes tablas de equivalencias sobre monedas, medidas, pesos, etc. Kruse (1753).

española ya se había ensayado con anterioridad⁷³. No obstante, a pesar de advertir que “tenía bastante adelantada” su traducción, había decidido dejarla en suspenso, debido a los problemas que estaba encontrando para acomodar la información de plazas de comercio y de pesos, medidas y monedas, ambas, en efecto, en exceso centradas en la realidad alemana, a las necesidades del comerciante español. Según Marien, de no proceder a esa adecuación, la obra dejaría de ser útil en España –“nos engolfaría en un basto laberinto de confusiones”–; sin embargo, para conseguir culminar su trabajo requería del apoyo de la Administración, principalmente para recabar la información precisa a través del cuerpo diplomático y de una persona que recorriera las principales plazas europeas de comercio. En esas condiciones, Marien estimaba que la traducción se demoraría unos cuatro años, pero el plan general de la misma –que ilustraba con un artículo sobre San Petesburgo– justificaba ampliamente esa demora: Marien planteaba un tratado en cinco secciones, comenzando por la ordenación alfabética de las plazas de comercio y continuando con la situación geográfica, frutos, manufacturas y establecimientos públicos (bancos, ferias, etc.) de cada plaza.

No obstante, no toda su traducción quedó inédita. En 1789 el bilbaíno publicaba el *Tratado general de monedas, pesos, medidas y cambios de todas las naciones*. Este *Tratado* era tan sólo uno de un conjunto de cinco, en los que Marien pretendía sintetizar “toda la ciencia del comerciante”. Su contenido era el siguiente: a) descripción del comercio internacional (3 vol.); b) tratado sobre monedas, pesos, medidas y cambios; c) leyes y usos nacionales sobre letras de cambio y contratos; d) ordenanzas y costumbres de plazas de comercio; e) diccionario de las voces más usuales en el comercio. Aunque Marien trataba de persuadir de la estrecha ligazón que existía entre comercio y política, y, por tanto, de la utilidad de su obra para un público amplio, su diseño era el propio de un diccionario para comerciantes. De hecho, aportaba noticias muy precisas, como nadie lo había hecho antes en España, sobre la historia de los diccionarios de comercio europeos y otras obras afines, mencionando expresamente los textos de J. Savary, M. Postlethwayt, S. Ricard, A. Morellet y J. E. Kruse; en este último se hallaba, de acuerdo con las propias afirmaciones del autor, el origen de la suya. No obstante, Marien solo editó una pequeña parte de la misma, precisamente el *Tratado* al que se hace mención. Se publicó ordenado en tres libros cuyo contenido versaba sobre: a) nombre y descripción de las monedas, pesos y medidas usadas en las naciones más conocidas; b) formación de los tipos de cambio y ejemplos al respecto; c) tabla de logaritmos. Por tanto, se trataba de una obra cuyo contenido económico era escaso. El de mayor interés se concentraba en una introducción relativamente extensa, en la que Marien, quien mencionaba ocasio-

73. De acuerdo con las propias informaciones de Marien, J. M. de Chone y Acha, contador de las fábricas de cristales de San Ildefonso, había intentado años atrás publicar sin éxito una traducción de la obra de Kruse “con algunas noticias del Norte y otras partes de Europa”. Marien (1789b, prefacio).

nalmente al matemático francés J.-P. Paucton y su influyente *Métrologie* (1780), abordaba el origen histórico de las monedas, su diversidad nacional y geográfica y la explicación de las prácticas de adulteración de su contenido metálico, fragmentos destinados a criticar la “fatal política de las leyes de la Casa de Austria en adulterar [...] el valor de las monedas”⁷⁴ y a abogar por una política de estabilidad monetaria. Más allá de este contenido, el bilbaíno se proponía facilitar información al comerciante sobre monedas, pesas, medidas y cambios, así como sobre la manera de realizar operaciones monetarias en los intercambios comerciales. Estos motivos pueden explicar que su *Tratado* apenas despertara interés entre los economistas posteriores –un ejemplo de su influencia en el siglo posterior se encuentra en la particular versión que G. de Luna⁷⁵ realizó de la obra de A. Smith– y que haya sido ignorado por los estudiosos del siglo XVIII español.

Dado que Marien falleció alrededor de 1798, es muy probable que la auténtica causa que le impidió completar su obra fuera la falta de apoyo ministerial. De hecho, una constante que se repitió en los diccionarios de comercio europeos –Postlethwayt sería la excepción más relevante– es que fueron realizados bajo la protección del poder político y el acceso directo a fuentes oficiales. Esta cuestión obliga a trasladar nuestra atención a la Junta y los Consulados de Comercio, al representar el principal soporte institucional que dio cobertura a los intentos de realización de un diccionario de comercio de factura española en el último tramo del siglo XVIII. Es indudable que ese conglomerado de instituciones comerciales reunía las mejores condiciones para albergar una obra de esas características. Por un lado, poseía amplias competencias, originariamente sobre comercio, manufactura y moneda, que antes de mediados de siglo había ampliado a cuestiones de minas y dependencias extranjeras. Por otro, había constituido el marco habitual de la secular literatura dedicada a la instrucción del negociante –el *Consolat de mar*, en el de Barcelona; Corachán o Bordázar, en el ámbito mercantil valenciano; Zubiaur, en el Consulado de Bilbao, etc.–, así como de las propias escuelas de comercio, que comenzaron a proliferar en el último tramo del siglo XVIII, dedicadas a ese mismo fin. Por último, conviene recordar que, aunque con diferencias notables en cuanto a su tono, a través de Uztáriz, Argumosa, Ward, Heros, Espinosa y Larruga, ilustrados vinculados a la Junta de Comercio, arraigó un modo de pensar económico especialmente atento a los intereses comerciales e industriales españoles –de menor intensidad, no obstante, en los casos de Argumosa y Ward, cuyos libros acusan el intenso giro agrario de la literatura europea de los dos primeros tercios del siglo XVIII–, lo que ratifica la buena recepción que los diccionarios y manuales para comerciantes tuvo en esa genuina línea de la Ilustración española. Un puente especialmente ilustrativo entre las generaciones de comienzos y finales de siglo –en suma, entre Uztáriz y

74. Marien (1789b, p. XXX).

75. Luna (1819-1820).

Larruga— fue J. A. Heros, comerciante ligado a los Cinco Gremios y autor de diversos *Discursos sobre el comercio* en los que mostró ser un gran divulgador de *Le parfait négociant*, el *Dictionnaire* de los Savary, *Del Comercio* del italiano G. Belloni y otros textos en los que se describían los conocimientos necesarios para el comerciante en la gestión de sus negocios⁷⁶. Lo cierto es que, en el último tramo del siglo XVIII, ilustrados personalmente vinculados a la Junta de Comercio desplegaron una auténtica ofensiva, que parecía estar inserta en una estrategia aún más amplia para institucionalizar cauces para el fomento del comercio⁷⁷ y la formación de sus profesionales⁷⁸, con el fin de encauzar la publicación de un diccionario de comercio de factura española⁷⁹.

En 1788-1789 M. G. Suárez daba a la luz su *Tratado legal teórico y práctico de letras de cambio*. Se trataba, en esencia, de uno de tantos manuales de instrucción en el uso de las letras de cambio, cuya fuente de inspiración principal era la obra del jurista francés R.-J. Pothier⁸⁰, si bien completada con referencias extraídas de otros textos de la literatura mercantil —Savary, Dupuy de la Serra, Ricard, la *Méthodique*, etc.— y, en todo caso, concebida como “compendio para alivio de los profesores de jurisprudencia y ... las personas dedicadas al comer-

76. Barrenechea (1989, pp. XL-XLII).

77. Conviene recordar que Larruga y Virio serán los principales responsables de la eminente transformación en 1795 de la Junta de Comercio en la Oficina de la Balanza de Comercio y, dos años después, en una efímera Dirección de Fomento, a través de la cual se pretendía, en esencia, disponer de un órgano administrativo centralizado dedicado al fomento y la estadística y dirigido por personas conocedoras del comercio y no, como era la norma, por vocales provenientes de los distintos Consejos de Castilla, Indias y Hacienda. Molas (1983).

78. En los mismos años en que vieron la luz las colecciones alfabéticas que referiremos, Larruga y Gallard, tratando de satisfacer una demanda largamente solicitada —Campomanes, Cabarrús, etc.—, crearon la primera gaceta periódica destinada a comerciantes, el *Correo Mercantil de España y sus Indias* (1792-1808), a la que seguirá, poco después, otra de características similares, bajo la iniciativa del propio Gallard, el *Almanak mercantil* (1795-1808). Asimismo, a este mismo movimiento pertenece la petición de que España contara con un código de comercio unificado, que sustituyera a las ordenanzas privativas que en este sentido disfrutaban los Consulados de comercio. Véase la ilustrativa memoria que R. M. Zuazo (c. 1796), miembro de las Sociedades Económicas de Madrid y Sevilla, remitió en 1796 a la Junta de Comercio.

79. En este mismo contexto ha de interpretarse la traducción española de *Del Comercio* (1750), del banquero romano G. Belloni, publicada en 1787 por J. Labrada, en el marco del recién fundado Consulado de Comercio de Santiago de Compostela. La obra, concebida para que el comerciante conociera “científicamente” la naturaleza del comercio, era algo más que un mero manual o diccionario de prácticas mercantiles, debido a la impronta teórica que poseía en el análisis de los efectos económicos de la vertiente monetaria del comercio internacional. Belloni (1788); Venturi (1969-1984, vol. I, pp. 449-456).

80. Se alude a su *Traité du contrat de change, de la négociation qui se fait para la lettre de change, des billets de change et autres billets de commerce* (1763). En 1788 se publicó otra traducción de esta misma obra, lo que testimonia la importancia que en los ámbitos comerciales españoles de finales del siglo XVIII se otorgaba a la misma en la modernización de la jurisprudencia cambiaria. Esta nueva versión, de peor calidad que la de Suárez, presentaba la particularidad de incluir una traducción de la *Ordenanza colbertiana* de 1673, reiteradamente citada por Pothier, así como de presentarse anotada con informaciones referidas al contenido sobre letras de cambio de las *Ordenanzas* de Bilbao, dado que su finalidad era que los “Consulados reformen con acierto o establezcan de nuevo esta parte de su código”. Pothier (1788).

cio”. No obstante, la obra de este polifacético exarchivero y Agente de la Junta de Comercio, editor y empresario de la Ilustración española no era un simple prontuario técnico-jurídico, pues su segundo volumen era un diccionario alfabético, ordenado por plazas de comercio, sobre los “usos y costumbres” de los principales centros comerciales españoles y extranjeros en cuanto a letras de cambio que, al mismo tiempo, aportaba numerosa información adicional sobre estructura bancaria e instituciones y ordenanzas consulares⁸¹.

Es indudable que la monumental obra de *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España* (1787-1800, 45 vol.) del aragonés E. Larruga no puede encorsetarse bajo una única definición precisa y, ciertamente, dada su enorme magnitud, no es nuestra intención realizar un análisis exhaustivo de la misma. Para nuestros propósitos, resulta, sin embargo, obligado enfatizar que se trató de la obra enciclopédica de contenido económico más ambiciosa del siglo XVIII español, realizada, como es conocido, en el seno de la Junta de Comercio, en la cual venía trabajando Larruga desde mediados de la década, especialmente como archivero y cronista de la misma –en 1789 elaboró la *Historia* de la institución, de la que estas *Memorias* son, en buena medida, una ampliación–, y a la que permanecerá ligado hasta 1795. En términos formales, las *Memorias* no pueden catalogarse como un diccionario de comercio, cuyo contenido apareciera ordenado alfabéticamente, pero responden al afán enciclopédico propio de su tiempo, así como a formatos de edición foráneos, si bien, en su caso, ceñido a la realidad comercial y manufacturera española y adscrito a un espíritu regeneracionista que otorgaba una prioridad del primer orden a la publicación de escritos económicos. Larruga establecía que su obra, a pesar de su carácter periódico, no respondía al modelo de los libros de información comercial o sobre actualidad de la literatura económica, sino que consistía en una colección de memorias, convenientemente ordenadas, siguiendo un plan de edición fijado previamente. Las memorias escogidas debían tener relación con la “ciencia del comercio en general”, pero tratando de limitarlas a materias que, aun pudiendo ser tratadas desde disciplinas diferentes, como la química o la historia natural, fueran objeto de comercio o pudieran resultar útiles para el negociante; es decir, su propósito no era elaborar una “Enciclopedia” sobre las materias tratadas en su obra, cuanto una “obra nacional de comercio y manufacturas”⁸².

Para ello Larruga se planteaba abordar tres cuestiones centrales, con los siguientes contenidos en cada una de ellas: a) “establecimientos de comercio y manufacturas”, a un nivel provincial, comprendiendo: geografía física, política y económica; estadísticas sobre producción; estructura del comercio; monedas,

81. Particularmente llamativa era la larga descripción del Banco Nacional de San Carlos y de otras instituciones bancarias europeas, así como de los capítulos correspondientes de las ordenanzas consulares dedicadas a las letras de cambio; también ofrecía información sobre las Cédulas referidas a los vales reales.

82. Larruga (1787, p. XIII).

pesos y medidas; ferias y mercados; sociología de los profesionales del comercio –mercader, lonjista, etc.– y el cambio –comisionistas, corredores, etc.–; historia, estructura, ordenanzas y “trabas” para la propagación de artesanos, fábricas y compañías de comercio; instituciones y tribunales de comercio –consulados, juntas particulares, sociedades económicas, etc.–; b) “materias de comercio y sus diferentes negociaciones”, referido al conjunto de la Monarquía, incluyendo: relación de frutos y productos manufacturados objeto de comercio; impuestos; derechos arancelarios; minas; manufacturas; c) “administración general de comercio y jurisprudencia comerciante”, referida al conjunto de la Monarquía, con los objetos siguientes: estado histórico y “político” del comercio y manufacturas españolas; tratados internacionales de comercio; tribunales superiores de comercio y fábricas –Junta de comercio, consulados, escuelas de agricultura, artes, etc.–; legislación comercial y hacendística; prácticas comerciales –libros de contabilidad, letras de cambio, hipotecas, seguros, etc.–; monedas y tipos de cambio; pesos y medidas; ferias y mercados; población; leyes demográficas, lujo y política asistencial; impuestos; aranceles y estructura aduanera.

Larruga inscribía su obra en el seno de la “ciencia del comercio de una nación”, aclarando que ésta consistía en “el conocimiento claro del estado de los intereses políticos y económicos de su comercio y de las producciones de la naturaleza y del arte que son materia de cambio”. Por tanto, sus *Memorias* eran algo más que un simple manual de comerciantes: el aragonés confiaba en aclarar los fundamentos de la “ciencia del comercio” a través de un método que privilegiaba la exposición pormenorizada de los hechos particulares, de la que habrían de derivarse después los “principios generales y seguros que nos sirvan de regla para nuestro gobierno en el tráfico, en las manufacturas y en todo lo demás que pertenece a la Economía Política”. Es decir, Larruga, gran protagonista de los proyectos oficiales de estadística económica de finales del siglo, desconfiaba de los métodos de análisis abstractos y abogaba por otro relativista e inductivo, que partiera del reconocimiento de que “la mayor parte de los hechos económicos son relativos” y de que las “proposiciones generales” en materia económica solo podían extraerse después de un “estudio profundo de todos los casos particulares”⁸³. Su elección estaba, por tanto, lejos del propósito de Morellet-Turgot de descubrir el alfabeto conceptual de una *théorie du commerce en général* y se concretaba en la copia de numeroso material relacionado con la actividad de la Junta de Comercio. Su obra, consecuentemente, de clara dimensión “política”, aparecía así estrechamente ligada a los intereses de la institución, así como protegida por ella –en 1788 se asignaron a su autor tres mil reales de vellón por cada tomo publicado–, sin cuyo apoyo era impensable su realización. Larruga volcaba en sus *Memorias* ordenanzas, reglamentos, estatutos de compañías y manufacturas, información estadística sobre producción y comercio, etc., transformándolas en una especie de *contenedor* de información relevante

83. Larruga (1787, p. IV).

sobre cuestiones de comercio, fábricas y minas, en una línea similar a la que había inspirado los diccionarios de comercio europeos, que el propio Larruga utilizó en la elaboración de las mismas:

“Todos saben que no se hubieran escrito las obras de Savary, Postlethwayt, Rolt y otras de comercio si sus respectivos soberanos no hubieran protegido sus trabajos, y nunca Savary hubiera publicado las suyas si los inspectores de la Francia y Ministros que residían en las cortes extranjeras no le hubieran ayudado y suministrado por orden de sus soberanos las instrucciones necesarias. El mismo hermano de Savary que publicó el Diccionario después de la muerte del autor confiesa que Mr. Savary no tuvo casi hacer sino copiar las memorias que le suministraron para componer los artículos más considerables y útiles de su Diccionario”⁸⁴.

Como es conocido, el resultado fue una obra inacabada, seguramente debido a que su gigantismo la convirtió en inviable —en 13 años vieron la luz 45 volúmenes, relativos a las dos Castillas, Extremadura y Galicia—. Por otra parte, a pesar de las dificultades técnicas incuestionables que entrañaba su realización y que Larruga, consciente de ellas, trató de solventar, constituyó una obra desordenada y de difícil manejo —los escasos índices que adicionó en cada volumen eran muy poco representativos de su contenido—, en la que una cuestión de la importancia estratégica del comercio internacional quedaba prácticamente sin atender y que apenas guardó relación con los principios generales del “comercio”.

Un último ámbito en la realización de diccionarios de comercio se refiere a los aranceles de aduanas. Su primer impulso político procedió de P. de Lerena, en su etapa al frente de la Real Hacienda. En 1786 pidió que se le remitiera anualmente la información sobre el comercio aduanero de todos los puertos de mar y tierra, con vistas a elaborar la Balanza de Pagos de la economía española y, en su caso, reformar sus aranceles, una vez culminada la reforma de 1778-1782. Al mismo tiempo, encargó a V. Alcalá Galiano y D. Gallard, dos de sus más estrechos colaboradores, que tradujeran el último Arancel de Francia (1786). La petición parecía formar parte de un proyecto más ambicioso, dirigido a recopilar los aranceles vigentes en las principales naciones europeas, cuyo primer fruto fue la *Colección alfabética de los Aranceles de Francia* de Alcalá y Gallard⁸⁵. La obra poseía un significado económico muy ilustrativo. En su “Prólogo”, sus autores empleaban ideas *smithianas* —el trabajo como fuente de la riqueza, el capital como “riqueza acumulada” y la “inteligencia de los trabajadores” como factor del trabajo “productivo”—⁸⁶ con el fin, primero, de rechazar las tesis de los “filósofos

84. Larruga (1787, p. XXIII).

85. Alcalá-Gallard (1789).

86. Conviene recordar que V. Alcalá fue uno de los primeros ilustrados españoles que utilizó exhaustivamente las ideas de A. Smith en un denso discurso que dirigió a la Sociedad Económica Segoviana en 1786. Vallés (1992).

llamados economistas” destinadas a identificar la riqueza con el producto agrícola, a hacer recaer el peso impositivo sobre un *impôt unique* y a renunciar al uso de los aranceles para estimular el crecimiento económico. Aquellas mismas ideas se ponían a continuación al servicio de una política comercial contraria al libre comercio. Tal política sólo podía beneficiar a los países más desarrollados, pues los que no lo estuvieran debían de emplear “algún estorbo a los esfuerzos que harían los más (...) ricos para obligarlos a depender de su industria”. Si, por tanto, en el caso de España resultaba necesaria una política arancelaria activa, en cambio, Alcalá y Gallard establecían una prudente distancia con los partidarios de lo que Smith había calificado como el “sistema mercantil”: éstos, en su afán por favorecer una Balanza de Pagos positiva, habían establecido políticas comerciales prohibicionistas o altamente proteccionistas, perjudiciales para los consumidores, estimuladoras del contrabando y contrarias al crecimiento económico. Por tanto, lo más adecuado era situarse en “el buen medio, sin tocar los extremos”, lo que, en la práctica se traducía en un proteccionismo selectivo, que eludiera las recargas arancelarias excesivas y atendiera a “la necesidad, precio y volumen de los géneros que se introducen y extraen”.

De cara a desarrollar una política de esa naturaleza, parecía imprescindible contar con una información adecuada sobre la estructura arancelaria de Francia. No obstante, la *Colección alfabética* era algo más que un simple Arancel: sus autores no se limitaban a traducir –salvando dificultades idiomáticas de las que dejaron buena cuenta⁸⁷– y presentar la relación de mercancías y sus correspondientes tarifas arancelarias –esta cuestión ocupaba los volúmenes II (A-L) y III (M-Z)–, sino que abrieron su obra a un enfoque más amplio. Ésta se introducía con un volumen, también ordenado alfabéticamente, en el que se volcaba información exhaustiva sobre la estructura aduanera y comercial francesa, incorporando numerosas noticias históricas, partiendo de los importantes Aranceles *colbertianos* de 1664 y 1667. Dicho volumen, cuyo contenido se ampliaba notablemente en el tomo tercero, incluía tanto noticias como decretos o edictos, en muchos casos actualizados hasta 1786, fecha del tratado de comercio franco-británico, sobre la estructura aduanera francesa, los diferentes tipos de derechos arancelarios y comerciales vigentes, la situación del comercio exterior y colonial francés, las ferias o los privilegios comerciales de que disfrutaban las principales ciudades francesas; asimismo, estaba bien documentado en cuanto a las equivalencias de los pesos, monedas y medidas francesas con las españolas –incorporaba cálculos extraídos de la *Métrologie* de J.-P. Paucton–. No obstante, aunque la obra pareciera un compendio de legislación, poseía una intencionalidad política muy clara: abogar por un sistema aduanero centralizado y uniforme que elimina-

87. Los autores señalaban haber tenido que recurrir a los Diccionarios de los Savary, de Terreros, la *Enciclopedia* y “otros libros semejantes” con el fin de intentar salvar esas dificultades lingüísticas, si bien reconocían estar “lejos de creer que no hayamos padecido equivocaciones”. Alcalá-Gallard (1789, “Prólogo”).

ra las desigualdades que “embarazan el comercio”, situara las aduanas en las fronteras y estableciera derechos de entrada y salida uniformes⁸⁸. Los autores situaban el inicio de este modelo, todavía no alcanzado en la propia realidad francesa, en la política de Colbert, así que nada extraña que tradujeran íntegramente diversas ordenanzas y reglamentos decretados bajo su mandato. De esta manera, convertían su obra en un compendio de normativas legales y de medidas económicas, extraídas de fuentes originales y actualizadas, sobre la política aduanera y comercial francesa, destacando los principales hitos de la misma desde la etapa *colbertiana*, algo que podía resultar de utilidad inmediata para quienes en la Secretaría de Hacienda estaban ideando las futuras reformas del Arancel español.

La obra de Alcalá-Gallard tuvo su continuación en la de Juan Bautista Virio o Virio, como se conocería el nombre españolizado de este diplomático procedente de los territorios centroeuropeos de los Habsburgo. La vida de este protegido de Floridablanca y Godoy, futuro liberal y *afrancesado*⁸⁹, nos muestra a un reformista cercano al mundo ilustrado alemán, con una polifacética carrera administrativa a sus espaldas, que incluyó numerosos servicios en la carrera diplomática, la participación en la edición de obras periódicas —como el *Seminario de agricultura y artes* (1797-1808)— y una incesante labor para lograr la creación de una oficina de fomento económico y centralización estadística, tal y como finalmente consiguió en 1797, cuando fue creada la Dirección de Fomento, de la que, aunque efímeramente, fue su primer director. Aprovechando su estancia en la embajada de Londres a finales de los años ochenta, elaboró, con la protección y la recompensa pecuniaria de la Secretaría de Estado, una extensa *Colección alfabética de los aranceles de la Gran Bretaña*, concluida en 1788 y publicada cuatro años después, que terminó por consagrarle como un auténtico especialista en temas de fomento económico —Virio dejó manuscrita otro tratado sobre la estructura arancelaria de Austria—. La obra trataba de presentar un análisis detallado de los nuevos aranceles británicos, una vez consumada el Acta de Consolidación de 1787 —*British Consolidation Fund Act*—. Una vez más, Virio no se limitó a copiar dichos aranceles, sino que refundió numerosos trabajos parciales sobre la legislación mercantil y de fomento económico británicas, de acuerdo con una concepción económica en la que se otorgaba un papel primordial a la política arancelaria como llave de la promoción de la economía nacional. En su obra, Virio pretendía mostrar “cuán poderoso ha sido en Inglaterra el resorte de las aduanas y las providencias accesorias para promover la agricultura, industria, comercio, navegación y adquisición de vasallos ricos”⁹⁰, tratando de que ese ejemplo se tuviera presente en España, más aun teniendo presente que Gran Bretaña era el

88. Alcalá-Gallard (1789, vol. I, pp. 128-129).

89. Ha sido reconstruida con detalle por Pradells (1999).

90. Virio (1792, vol. I, p. VIII).

primer país comercial y el reciente Tratado de comercio de 1786 firmado con Francia iba a consolidar aún más esa ventajosa posición.

La orientación general de la obra de Virio quedaba condensada en un extenso *Prólogo*, que contenía un puñado de ideas económicas generales. El principio económico que la guiaba era muy simple: las aduanas no debían tener como fin el incremento de los ingresos públicos, cuanto su uso como un poderoso instrumento para favorecer la economía nacional. El oportuno arreglo de los aranceles era, junto al sistema impositivo —que “no oprimía la parte más útil e industriosa de sus conciudadanos”—, una notable razón del crecimiento económico británico. Pero, junto a estas ideas, bien conocidas en la España de su tiempo, el libro de Virio poseía una orientación indudablemente pragmática. Por un lado, pretendía una explicación pormenorizada del Acta de Consolidación que, aunque hubiera supuesto una simplificación y reducción de las tarifas aduaneras, establecía un sistema arancelario bastante complejo —junto a las subvenciones a la exportación, hasta el nivel en algunos casos del *dumping*, o las medidas prohibicionistas, también comprendía, por ejemplo, la devolución de los derechos arancelarios en el caso del comercio de tráfico o cuando hubieran mediado impuestos indirectos sobre el consumo—, medidas que, en cualquier caso, exigían crear un detallado sistema de registros en una “Oficina de Estado o Hacienda”, que permitiera después elaborar políticas económicas más adecuadas⁹¹. Por otro lado, estas reflexiones iban acompañadas de innumerables elogios a Gran Bretaña, a los fundamentos de su economía y a su sistema parlamentario, al que se atribuía efectos beneficiosos y multiplicadores de naturaleza económica, al favorecer la “aceptación de innovaciones y el fomento nacional”⁹². Virio mostraba su admiración por la balanza de pagos positiva, las políticas de gasto público, amortización de la deuda y otros aspectos de la realidad económica inglesa, cuyos principios arancelarios eran especialmente relevantes para el desarrollo de la manufactura nacional. Llegaba a retrotraerse hasta el siglo XIV para enfatizar las ventajas, ya comprobables —ahora “los mejores lienzos son ingleses e irlandeses”—, cosechadas por su política arancelaria: sus medidas de corte proteccionista —empleando “prohibiciones y trabas de aduanas, rentas u otras disposiciones interiores”⁹³— en el caso de la exportación de materias primas y la importación de manufacturas habían favorecido la sustitución de las importaciones, promovido la mejora de la calidad de la manufactura nacional y de las posibilidades de acceder en condiciones más competitivas a los mercados internacionales. Aunque Virio sostuviera que el desarrollo manufacturero era inseparable del agrario, defendía los grandes efectos para el conjunto de la economía derivados de la manufactura y de su expor-

91. Ya en 1790 Virio había demandado la creación de una “oficina de registros” sobre gastos, impuestos, etc., que informase del “estado de opulencia de otras naciones” y permitiera aplicar en España políticas económicas más eficientes (A. H. N., Estado, leg. 2923-476).

92. Virio (1792, vol. I, pp. XVIII-XX).

93. Virio (1792, vol. I, p. XVI).

tación, al considerar que incorporaban un valor añadido respecto a la materia prima de “2, 3, 10, 20 hasta 100 veces más”⁹⁴.

En cuanto a la composición de las voces de su *Colección alfabética*, estaban diseñadas con un sentido temático amplio: el criterio organizador lo constituía, lógicamente, la relación de mercancías comerciables; no obstante, también había artículos sobre geografía económica, legislación, pesos y medidas, comercio colonial, compañías de comercio o el contrabando. La voz más importante era “aduanas y sisas” —ocupaba gran parte del primer volumen⁹⁵—. En ella no sólo se explicaba con detalle el origen histórico del Acta de Consolidación, resumiendo casi capítulo por capítulo su contenido y su preámbulo, sino que se enriquecía con cuantas innumerables leyes, formularios o instrucciones lo hacían operativo. Esta visión completa se extendía también a las voces de mercancías cuya importancia en el comercio internacional era indiscutible —lana, lienzo, seda, granos, etc.—: lejos de informar únicamente acerca de los derechos actuales de importación y exportación y de las devoluciones de derechos correspondientes —si las hubiere—, Virio añadía información referida a los derechos arancelarios precedentes, los impuestos sobre el consumo, las leyes británicas comerciales y de fabricación, así como instrucciones, premios, licencias, etc. que requería su administración burocrática; también, si bien ocasionalmente, incluía noticias sobre los debates parlamentarios referidos a las voces de las que se trataba —en particular, los celebrados bajo el mandato de W. Pitt—. De esta manera, Virio convertía su obra en un importante registro de normativa legal y providencias económicas, extraídas de fuentes originales, sobre la política comercial británica, así como respecto a la dirigida al fomento de las manufacturas, la construcción naval o el comercio. En suma, su obra se erigía en una última realización de la mano de los ilustrados españoles en el ámbito de los diccionarios de contenido económico-comercial, más aún si tenemos presente que los esfuerzos realizados para traducir obras enciclopédicas con sustancial contenido económico —aludimos, en particular, a la *Encyclopédie Méthodique*— resultaron infructuosos⁹⁶.

Conclusiones

Los diccionarios de comercio y economía del siglo XVIII fueron un componente indudable del intenso “diálogo sobre Economía Política” de que fue testigo el conjunto de la Ilustración europea⁹⁷. Sin embargo, su historia en España pre-

94. Virio (1792, vol. I, p. XVI).

95. Virio (1792, vol. I, pp. 5-176).

96. Sobre la suerte que corrió en España esta Enciclopedia *suprema*, de la que en nuestro país sólo se realizó una traducción parcial de su volumen sobre “fábricas, artes y oficios”. También la colección previa de Diderot-D’Alembert quedó sin traducir. Anes (1970, 1978).

97. Carpenter (1977); Groenewegen (2002).

senta más sombras que luces. Ya había sido advertido con anterioridad el papel menor de nuestro país en el movimiento enciclopedista europeo del Seiscientos y el Setecientos. Y algo no muy distinto se debe afirmar en el ámbito de la literatura enciclopedista de contenido económico. Es cierto que gran parte de los diccionarios europeos con ese contenido fueron bien conocidos en España —a excepción quizás del *Prospectus* de Morellet— y que algunos de ellos —en particular, el *Dictionnaire* de los Savary— circularon con gran intensidad entre sus núcleos ilustrados, siendo piezas claves en la elaboración de la literatura económica española de todo este siglo, desde Uztáriz hasta Campomanes y Jovellanos. Por otra parte, la conciencia de la necesidad de contar con un diccionario de comercio de factura española se manifestó ya en la Ilustración temprana —Navia— y también atravesó transversalmente todo el Setecientos español, de la mano de algunos de los “economistas políticos” más insignes del Setecientos. En el ámbito de la traducción, las iniciativas fueron constantes, especialmente a partir de 1770, implicando, como se ha visto, algunos de los textos más emblemáticos de la literatura comercial europea, concretamente los de J. Savary, J. y L.-P. Savary, S. Richard, H. Lacombe de Prezel, W. Beawes, J. E. Kruse o M. La Porte. Sin embargo, ninguno de ellos llegó a ser traducido íntegramente, lo cual justifica los lamentos de Jovellanos, en el último tramo del siglo XVIII, debido a la ausencia en España de una obra similar al *Dictionnaire* de los Savary⁹⁸ y establece una anomalía respecto a los países de nuestro entorno —Gran Bretaña, Alemania, Italia o Portugal— donde sí fueron culminadas con éxito diversas traducciones, normalmente adaptadas al marco nacional.

Al mismo tiempo, los esfuerzos para realizar un diccionario de comercio autóctono de factura española tuvieron algo más de éxito. Se han identificado cinco obras, con formato propio del diccionario o cercano a él, elaboradas, al final del siglo XVIII, por Alcalá-Gallard, Marien, Suárez, Larruga y Virio. Diversas características comunes a ellas dan la medida de los logros de la Ilustración española en este ámbito de la cultura comercial. Por un lado, fueron obras realizadas, en general, por funcionarios, lo cual viene a ratificar la dificultad de emprenderlas sin contar con el apoyo del poder político o, incluso, sin ser inducidas por éste. En este caso, se trató de ilustrados vinculados bien a la Secretaría de Hacienda o bien la Junta de Comercio; especialmente a esta segunda y, por tanto, al servicio de sus precisos intereses políticos y económicos. Los autores de los diccionarios de comercio serán al mismo tiempo protagonistas de primera fila en los esfuerzos planteados en el último tramo del siglo XVIII por crear una Dirección de Fomento —Virio, Larruga, etc.— y por dar a la luz diversas publicaciones o gacetas periódicas destinadas a la información de los comerciantes —Gallard y el *Correo Mercantil de España y sus Indias* o el *Almanak Mercantil*—. Por otro lado, se trató de textos “políticos” centrados en aspectos par-

98. Jovellanos (1798).

ciales de la realidad comercial, lo cual, además de mostrar las dificultades “técnicas” que entrañaba su realización, refleja que carecían del espíritu de universalidad característico de la herencia procedente del *Dictionnaire* de los Savary; asimismo, estaban más ceñidas a los “hechos” que a los “principios” del “comercio en general”: en suma, España careció de un diccionario de comercio de factura nacional pergeñado con una óptica “universal” y una marca de reflexión teórica significativa. Esta cuestión puede ser valorada en términos de una ilustrativa paradoja⁹⁹: el notable nivel alcanzado por la literatura económica española en las últimas décadas del siglo XVIII no tuvo un reflejo nítido en el ámbito de los diccionarios de comercio. Así las cosas, es probable que la principal herencia que nuestra Ilustración legó a las generaciones sucesivas fuera la conciencia de la necesidad de diferenciar los principios teóricos del comercio, algo que debería abordar la denominada “Economía Civil, Pública o Política”, de los usos y reglas prácticas de la profesión mercantil, más propios del “Comercio”, algo sobre lo que Jovellanos dejó en sus escritos muestras muy expresivas¹⁰⁰.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

ARGUMOSA, Teodoro Ventura (1743), *Erudición política*, Madrid.

ALCALÁ GALIANO, Vicente y GALLARD, Diego María (1789), *Colección alfabética de los Aranceles de Francia, precedida de Observaciones Preliminares sobre los Derechos de Aduanas de aquel Reyno, y de las Ordenanzas con que se gobiernan; y añadida de algunos otros Reales Decretos que rigen al presente en Francia sobre la materia*, Madrid, Lorenzo de San Martín, 3 vol.

BELLONI, Girolamo (1750), *Disertación sobre la Naturaleza y Utilidades del comercio*, Santiago, Ignacio Aguayo, 1788.

CAMPOMANES, Pedro Rodríguez, Conde de (1774), *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid, A. Sancha.

— (1775), *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, Madrid, A. Sancha, ed. Madrid, Editora Nacional, 1978.

— (1775-1777), *Apéndice a la educación popular*, Madrid, A. Sancha, 4 vol.

CONDORCET, Marqués de (1772-1794), “Essai d’une langue universelle”, en J.-P. Schandeler et P. Crépel (eds.), *Tableau historique des progrès de l’esprit humain*, Paris, INED, 2004, pp. 957-1029.

99. Astigarraga-Zabalza-Almodovar (2001, pp. 26-28).

100. Véase, por ejemplo, Jovellanos (1798; 1809).

- CONDILLAC, Étienne Bonnot de (1776), *Le commerce et le gouvernement*, en E. Daire (ed.), *Mélanges d'Économie Politique*, Paris, Chez Guillaumin, 1847.
- GÁNDARA, Miguel Antonio de la (c.1759), *Apuntes sobre el bien y el mal de España*, ed. J. M. Delgado, Madrid. I. E. F., 1988.
- HEROS, Juan Antonio de los (1776), *Discursos sobre el comercio*, ed. J. M. Barrenechea, Madrid, BBVA, 1989.
- JOVELLANOS, Gaspar M. de (1798), "Plan para la educación de la nobleza y clases pudientes española", en M. Artola (ed.), *Obras de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, B. A. E., vol. LXXXVII, Madrid, Atlas, 1956, pp. 296-330.
- (1809), "Bases para la formación de un plan de educación pública", en C. Nocedal (ed.), *Obras publicadas e inéditas de G. M. Jovellanos*, B. A. E., vol. XLVI, Madrid, Rivadeneyra, pp. 268-276.
- KRUSE, Jurgen Elert (1753), *Allgemeiner und besonders hamburgischer contorist*, ed. Hamburg, 1771.
- LARRUGA, Eugenio (1787), *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*, vol. I, Madrid, Benito Cano, ed. Zaragoza, 1995.
- LUNA, Gonzalo (1819-1820), *Ensayo sobre la investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones relativamente a España*, Valladolid, Imprenta de Aparicio, ed. J. M. Menudo, Valladolid, Ayuntamiento, 2005.
- MARIEN, Thomas Antoine de (1776), *Tableau des droits & usages de commerce relatifs au passage du Sund*, Copenhagen, Nicolas Möller.
- (1798), *Handbuch für Kaufleute und Seefahrer, welche sich mit dem Ostsee-Handel beschäftigen und den Sund oder die beyden Belte pässiren, oder revidirte Sunder-Zoll-Rolle*, Kopenhague, J. H. Schubothe.
- MARIEN Y ARRÓSPIDE, Tomás Antonio de (1789a), *Catálogo de los derechos y usos de comercio relativos al paso del Sund*, Madrid, Imprenta Real (traductor: Luis Miguel Badin).
- (1789b), *Tratado general de monedas, pesos, medidas y cambios de todas las naciones, reducidas a las que se usan en España*, Madrid, Imprenta de Benito Cano.
- McCULLOCH, John Ramsay (1832), *Dictionary, Practical, Theoretical, and Historical of Commerce and Commercial Navigation*, 4ª ed., Londres, Longman, Brown, Green and Longmans, 1847.
- MORELLET, André (1769), *Prospectus d'un nouveau dictionnaire de commerce*, Paris, ed. en München, Kraus Reprint, 1980.
- NAVIA OSSORIO, Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Álvaro (1724-1727), *Reflexiones militares*, Turín, J. F. Mairesse y A. Vimercato, 10 vol.
- (1732), *Comercio suelto, y en compañías general, y particular*, Madrid, A. Marín.
- NORMANTE, Lorenzo (1784), *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos, y la necesidad de su estudio metódico*, Zaragoza, Blas Miedes, ed. A. Peiró, Zaragoza, 1984.

- PANCKOUCKE, Charles J. (ed.) (1784-1788), *Encyclopédie Méthodique. Économie Politique et Diplomatique*, Paris, Panckoucke, Liège, Plomteux, 4 vol.
- POTHIER, Robert (1788), *Tratado del contrato de cambio, de la negociación que se hace por medio de las letras de cambio, de los billetes de cambio, y otros billetes de comercio. Su autor el Jurisconsulto Mr. Roberto Pothiers. Traducido del francés al castellano, y adornado con notas de las Ordenanzas de Bilbao*, Madrid, Benito Cano.
- RICARD, Samuel (1781), *Traité général du commerce*, Amsterdam, J. Changuion, 2 vol.
- ROUSSEAU, Jean Jacques (1758), *Discours sur l'Économie Politique*, ed. Madrid, Tecnos, 1985.
- SAVARY DES BRULONS, Jacques y Louis Philémon (1722-1730), *Dictionnaire universel de commerce*, Paris, J. Estienne, 3 vol.
- SUAREZ Y NÚÑEZ, Miguel G. (1788-1789), *Tratado legal teórico y práctico de letras de cambio*, Madrid, J. Doblado, 2 vol.
- ULLOA, Bernardo de (1740), *Restablecimiento de fábricas y comercio español*, ed. G. Anes, Madrid, I. E. F., 1992.
- VIRIO, Juan Bautista de (1792), *Colección alfabética de los aranceles de la Gran Bretaña, y extractos de las Leyes, Reglamentos, Órdenes y Providencias expedidas en aquel Reyno para el régimen de sus Aduanas, y fomento de su comercio*, Madrid, J. Ibarra, 4 vol.
- ZAVALA Y AUÑÓN, Miguel de (1732), *Representación al R. N. Señor D. Phelipe V*, Madrid.
- ZUAZO, Ramón María (c.1796), *Memoria económica sobre el comercio y la navegación*, (manuscrito), Biblioteca Nacional de España.

Fuentes secundarias

- ABBATTISTA, Guido (ed.) (1996), "L'enciclopedismo in Italia nel XVIII secolo", número monográfico de *Studi Settecenteschi*, núm. 16.
- ALBERTONE, M., MASOERO A. (eds.) (1994), *Political Economy and National Realities*, Torino, Fondazione Luigi Einaudi.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro (1992), *Palabras e ideas: el léxico de la Ilustración temprana en España (1680-1760)*, Madrid, Real Academia Española.
- (1995), "Hacia una historia de los diccionarios españoles de la Edad Moderna", *Bulletin Hispanique*, núm. 97-1, pp. 187-200.
- (1997), "Los proyectos enciclopédicos en el siglo XVIII español", en *Europa: Proyecciones y percepciones históricas*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 87-106.
- ANES, Gonzalo (1970), "L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers en España", en *Homenaje a Xavier Zubiri*, Madrid, Moneda y Crédito, pp. 123-130.
- (1978), "La *Encyclopédie Méthodique* en España", en J. L. García Delgado y J. Segura (coords.), *Ciencia social y análisis económico*, Madrid, Tecnos, pp. 105-152.

- ASTIGARRAGA, Jesús, ZABALZA, Juan, ALOMODOVAR, António (2001), "Dictionaries and Encyclopaedias on Political Economy in the Iberian Peninsula (18th, 19th and 20th centuries), *Storia del Pensiero Economico*, 41, pp. 25-60.
- BARRENECHEA, José Manuel (1989), "Estudio Preliminar" a J. A. de los Heros, *Discursos sobre el comercio* (1775), Madrid, BBVA, pp. XV-LXXXIV.
- BOURDE, André (1967), *Agronomie et agronomes en France au XVIIIe siècle*, Paris, S.E.V.P.E.N., 3 vol.
- BREWER, Anthony (1992), *Richard Cantillon Pioneer of Economic Theory*, London-New Cork, Routledge.
- CARPENTER, Kenneth E. (1977), *Dialogue in Political Economy. Translations from and into German in the 18th Century*, Baker Library, Harvard Graduate School of Business Administration.
- COLE, Arthur H. (1957), *The Historical Development of Economic and Business Literature*, Boston, Baker Library, Harvard Graduate School of Business Administration.
- COQUELIN, Ch., GUILLAUMIN, G. U. (1852-1853), *Dictionnaire de l'Économie Politique*, Paris, Librairie de Guillaumin y Cía, ed. en Bruxelles, Meline, Cans et Compagnie, 1853-1854, 2 vol.
- DARNTON, Robert (1982), *The Business of Enlightenment*, Harvard, Harvard University Press.
- DELGADO, José M. (2004), "La transmisión de escritos económicos en España: el ejemplo de la *Erudición política* de Teodoro Ventura Argumosa y Gándara (1743)", *CROMOHS*, núm. 9 (www://cromos.unifi.it/9_2004/delgado.html).
- FERNÁNDEZ DURÁN, Reyes (1999), *Jerónimo de Uztáriz (1670-1732). Una política económica para Felipe V*, Madrid, Minerva.
- GÓMEZ DE ENTERRÍA, Josefa (1996), *Voces de la Economía y el comercio en el español del siglo XVIII*, Alcalá de Henares, Universidad.
- (1997), "Notas sobre el vocabulario del comercio en el siglo XVIII. Algunos problemas neológicos", *Dieciocho*, núm. 20-1, pp. 85-96.
- GROENEWEGEN, Meter (2002), *Eighteenth-century Economics*, London-New Cork, Routledge.
- GUIARD, Teófilo (1913-1914), *Historia del Consulado y Casa de Contratación de Bilbao y del comercio de la Villa (1511-1830)*, Bilbao, 2 vol.
- GUIDI, M. L. (1994), "Economy and Political Economy in Italian Dictionaries and Encyclopedias (1726-1861)", en M. Albertone y A. Masoero, (eds.), *Political Economy and National Realities*, Torino, Fondazione Luigi Einaudi, pp. 147-175.
- HARRELD, Donald J. (2006), "An Education in Commerce: Transmitting Business Information in Early Modern Europe", en *XIV International Economic History Congress*, Helsinki (versión electrónica).
- HOOCK, Jochen (1987a), "Le phénomène Savary et l'innovation en matière commerciale en France aux XVIIe et XVIIIe siècles", en Jean-Pierre Kintz (ed.), *Innovations et nouveaux techniques de l'antiquité à nos jours*, Strasbourg, 1987, pp. 113-123.

- (1987b), “Discours commercial et Économie Politique en France au XVIIIe siècle: l’échec d’une synthèse», *Revue de Synthèse*, IV série, núm. 108, pp. 57-73
- HOOCK, Jochen, JEANNIN, Pierre, KAISER, Wolfgang (hrsg.) (1991-2001), *Ars Mercatoria. Handbücher und Traktate für den Gebrauch des Kaufmanns, 1470-1820*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, 3 vol.
- HÖHMANN, Doris (2001), “Opere enciclopediche e dizionari specialistici in campo economico nell’area di lingua e cultura tedesca (dal Settecento ad oggi)”, *Storia del pensiero economico*, núm. 41, pp. 181-212.
- HUTCHISON, Terence (1988), *Before Adam Smith*, New York, Basil Blackwell.
- KAISER, W. (2001), “Ars Mercatoria. Möglichkeiten und grenzen einer analytischen bibliographie und datenbank”, en J. HOOCK, P. JEANNIN y W. KAISER (hrsg.), *Ars Mercatoria. Handbücher und Traktate für den Gebrauch des Kaufmanns, 1470-1820*, Paderborn, Ferdinand Schöningh, vol. 3, pp. 1-36.
- JOHNSON, E. A. J. (1937), *Predecessors of Adam Smith*, ed. New York, A. M. Kelley, 1965.
- LETWIN, William (1963), *The Origins of Scientific Economics*, Londres, Methuen y Co.
- LLUCH, Ernest (1973), *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)*, Barcelona, Edicions 62.
- (1980), “Sobre la historia nacional del pensamiento económico”, en A. Flórez Estrada, *Curso de Economía Política*, ed. de S. Almenar, Madrid, I. E. F.
- MAGNUSSON, Lars (1994), *Mercantilism. The Shapping of an Economic Language*, London-New York, Routledge.
- MARTUCCI, Roberto (2001), “La Méthodique di Panckoucke e il suo dizionario di *Économie politique & diplomatique*”, *Storia del pensiero economico*, núm. 41, pp. 213-230.
- MOLAS, Pere (1983), “De la Junta de Comercio al Ministerio de Fomento”, en *Actas del IV Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, pp. 529-556.
- MURPHY, A. (1986), “Le développement des idées économiques en France (1750-1756)”, *Révue d’histoire moderne et contemporaine*, núm. XXXIII, pp. 521-541.
- PATALANO, Rosario (2001), “Il *Dictionnaire universel de commerce* dei Savary e la fondazione dell’autonomia del discorso economico (1723-1769)”, *Storia del pensiero economico*, núm. 41, pp. 61-95.
- PERROT, Jean-Claude (1992), *Une histoire intellectuelle de l’Économie Politique (XVII-XVIII siècles)*, Paris, E. H. E. S. S.
- PRADELLS, Jesús (1999), “Juan Bautista Virio (1753-1837): experiencia europea y reformismo económico en la España ilustrada”, *Revista de Historia Moderna*, núm. 9-10, pp. 233-271.
- RANCAN, Antonella (2001), “The Universal Dictionary of Trade and Commerce di Malachy Postlethwayt (1751-1774)”, *Storia del pensiero economico*, núm. 41, pp. 97-130.
- SCHUMPETER, Joseph Alois (1971), *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel.

- THÉRE, Christine (1998), "Economic Publishing and Authors, 1566-1789", en G. FACCARELLO (ed.), *Studies in the History of French Political Economy*, London-New York, Routledge, pp. 1-56.
- TUCOO-CHALA, Suzanne (1977), *Charles-Joseph Panckoucke et la librairie française, 1736-1798*, Pau-Paris, Ed. Marrimponey Jeune et Ed. Jean Touzot.
- UGARTE, J. (1996), *Discurso Historia Informática. La palabra Economía en los textos económicos españoles del siglo XVIII*, Oviedo, Universidad.
- VENTURI, Franco (1969-1984), *Settecento riformatore*, Torino, Einaudi, 5 vol.
- VILAR, Jean (1978), "Des idées, des mots pour "des choses": l'Économie savoir sans nom de l'Espagne classique", en *Les mentalités dans la Péninsule Ibérique et en Amérique Latine aux XVIe et XVIIe siècles*, Tours, Université, pp. 3-59.
- WILL, Robert M. (1965), "Economic thought in the Encyclopédie", *Southern Economic Journal*, núm. 32-2, pp. 191-203.



The dictionaries of commerce and economy in the Spanish Eighteenth Century

ABSTRACT

The research on the History of Economic Thought has been widely enriched during the last years with the analysis of handbooks, journals, periodicals in general, and many other works that aimed at popularizing political economy among the general public. The gradual increase of international studies on this topic has highly contributed to rehabilitate this almost unknown area of economic literature, since, to some extent, it had been considered until recently secondary. In this context, historians have also begun to analyse the relevance of the encyclopaedic literature (such as encyclopaedias or specialized –and not– dictionaries on commerce and political economy), in the international diffusion and national adaptation of the economic doctrines. The aim of this work is to analyse the dictionaries with this specific content published during the Spanish Enlightenment. It includes both translations and original works.

KEY WORDS: European Economic Enlightenment, International Circulation of Ideas, Encyclopaedism, Dictionaries of Commerce.



Los diccionarios de Comercio y Economía en el siglo XVIII español

RESUMEN

En los últimos años la investigación internacional sobre Historia del Pensamiento Económico está tratando de rehabilitar la importancia de un cierto tipo de literatura económica normalmente poco conocida y valorada como secundaria, cual es el caso de los manuales docentes, las revistas, las publicaciones periódicas y todo tipo de obras destinadas a la popularización de los conocimientos económicos. En esta línea, se viene estudiando la relevancia de los diccionarios y las enciclopedias –especializados o no– de comercio y Economía en los procesos de elaboración, adaptación y difusión internacional del pensamiento económico. El objeto de este trabajo es analizar los diccionarios con ese contenido específico emprendidos y publicados durante la Ilustración española, ya fueran traducciones o ya obras originales de factura española.

PALABRAS CLAVE: Ilustración económica europea; Circulación internacional de las ideas económicas; Enciclopedismo; Diccionarios de comercio.



Economic societies and the politicisation of the Spanish Enlightenment

JESÚS ASTIGARRAGA

Introduction

Over the last few decades we have gained an increasingly precise understanding of the remarkable evolution experienced by political economy during the age of Enlightenment in Europe. There is a greater awareness of the decisive role that this science played in the creation and evolution of the multifaceted phenomenon known as the 'public sphere'. Therefore it is possible today to study the interrelationships of two overlapping contemporary processes throughout the eighteenth century. The study of these processes, particularly in European countries, has developed notably over the last few decades.

On the one hand, during the age of Enlightenment, in the majority of European countries there was a gradual emergence of a 'public sphere', which operated with increasing freedom and independence from political power. Important social categories were formed within this public sphere, such as public groups and public opinion, and together they constituted a type of 'anti-establishment movement' or 'impersonal and anonymous platform',¹ recognisable today, which made a decisive contribution to the transformation of socioeconomic and political structures of the *ancien régime*.

On the other hand, political economy gradually emerged as one of the most significant sciences of the Enlightenment. Its origins can be traced back to seventeenth-century Britain, in particular to the figure and work of Petty,² and its development accelerated considerably during the

The writing of this article was supported by the Spanish National Research Project 2011-29036 and the Grupo de Investigación Consolidado of the DGA, HIPPARÉS.

1. Mona Ozouf, 'L'opinion publique', in *The Political culture of the Old Regime*, vol. I: *The French Revolution and the creation of modern political culture*, ed. Keith M. Baker (Oxford and New York, 1987), p.419-34.
2. Terence Hutchison, *Before Adam Smith: the emergence of political economy, 1662-1776* (Oxford, 1988). For the archetypal case (for Spain) of France, see, among others, Simone Meysonnier, *La Balance et l'horloge: la genèse de la pensée libérale en France au XVIII^e siècle* (Paris, 1989); Catherine Larrère, *L'Invention de l'économie au XVIII^e siècle* (Paris, 1992); Jean-Claude Perrot, *Une Histoire intellectuelle de l'économie politique (XVII^e-XVIII^e siècles)* (Paris, 1992).

following century throughout the continent, due partly to the intense activity of the French Enlightenment movement in the 1750s, mainly the physiocrats and the group of economists associated with Vincent de Gournay. As a consequence, in the majority of European countries the influence of political economy became apparent in the intellectual domain and social and cultural practices, which were interpreted by contemporaries as the expression of a new science differentiated from other social disciplines. On an intellectual level, the period between the writing of Cantillon's *Essai* around 1730 and the publication of Smith's *Wealth of Nations* in 1776 was of particular relevance. With respect to the influence on social and cultural practices, the expressions of economic thought in social and institutional spheres were numerous and diverse, many economic societies or chairs of political economy were created and the first economic periodic journals were born.

Although Spain's participation in these processes was mainly as a recipient of foreign ideas which were subsequently adapted and applied to its own unique characteristics, the double process mentioned above was also occurring, particularly during the reign of Charles III. This was when the political will to create a 'public sphere' was most visible, although it did not develop independently from the growing prominence that political economy was acquiring among the political and intellectual elite as one of the main influences on their ideas and reforms. The contribution of the emerging science to the creation of this public sphere is visible on three different levels.

The first level consists of the main economic writers of the eighteenth century. One can see immediately from the works of Arriquíbar, Foronda, Normante, Cabarrús, Campomanes and Jovellanos, among others, that not only were they fully aware of the importance of developing this public sphere in Spain but, through different strategies (mainly their writings), they fostered new intellectual and social dynamics in order to convert these ideas into reality.³ In 1743, Argumosa, faithfully following the French author Melon, expressly indicates that, probably for the first time in that century, the publication of economic 'writings, conferences or meditations'⁴ was an essential requirement for good government and the establishment of good laws: 'in the same way as trade and policing are not state secrets, neither is public finance exempt from scrutiny, because debts and taxation are made publicly.'⁵ The propaganda in favour of creating a public space to accommodate

3. See the article by Javier Usoz in this volume.

4. 'escritos, conferencias o meditaciones'.

5. 'no solo no son el comercio y la policía secretos de Estado, sino que tampoco goza de este indulto la Hacienda Pública, porque las deudas y las imposiciones se hacen públicamente'. Teodoro Ventura de Argumosa, *Erudición política* (Madrid, n. p., 1743), p.417.

discussions on political and economic issues, however, became a cliché during the 1760s and 1770s when authors such as Arriquibar, Romá, Ramos and Campomanes defended the use of 'public writings'. This propaganda intensified and gained depth at the end of the century when Foronda, Aguirre, Arroyal, Cabarrús and Salas embarked on a crusade in favour of freedom of writing, outlining an embryonic 'public opinion' which gradually established itself as an implicit system of authority until it absorbed a certain level of political opposition and specific forms of resistance to power.⁶

Secondly, we should not forget that the formation of this public sphere, which gave rise to an 'invisible platform' in public terms, was based on a series of intergenerational and transnational debates, some of which were characterised by their undeniable economic nature. This is the case, according to Baker, of the controversies surrounding the liberalisation of the grain trade, taxation practices and policies, and arbitrary administration procedures.⁷ The case of Spain confirms this opinion. Both the debate on grain trade between 1755 and 1795 and the taxation debate, particularly between 1780 and 1812, became privileged debates for growing public confrontation. The same can be said about other debates, including those on luxury and usury, which intellectuals gradually introduced into the public sphere, leading to a particularly intense battle against censorship and the Inquisition. To a great extent, the Spanish public sphere was built around these debates. They also influenced the political content that the reformers of the Spanish Enlightenment attributed to the emerging economic science. One of their most authentic political implications could have been their undeniable prominence in consolidating what Habermas referred to as the 'new dominion of the public sphere'.⁸ In other words, economic discussions, which were essentially political, were incorporated into the public sphere with all their consequences.

The third level, which is no less important, was the enormous relevance of economic institutions in eighteenth-century Spain, which were fundamental in the culture of Enlightenment sociability. This was the particular case of economic societies, although the development of institutional processes with a clear economic profile was significantly

6. See the article by Javier Fernández Sebastián in this volume.

7. Keith M. Baker, 'Politics and public opinion under the Old Regime: some reflections', in *Press and politics in pre-Revolutionary France*, ed. Jack Censer and Jeremy D. Popkin (Los Angeles, CA, 1987), p.204-46. For the Spanish world, see, for example, *L'Avènement de l'opinion publique: Europe et Amérique, XVIII^e-XIX^e siècles*, ed. Javier Fernández Sebastián and Joëlle Chassin (Paris, 2004), and *Disfraz y pluma de todos: opinión pública y cultura política, siglos XVIII y XIX*, ed. Francisco Ortega and Alexander Chaparro (Bogotá, 2012).

8. Jürgen Habermas, *The Structural transformation of the public sphere: an inquiry into a category of bourgeois society* (Cambridge, MA, 1989).

greater. An example of this is the exponential number of treatises and translations of economic texts, particularly during the second half of the eighteenth century; the appearance for the first time of new-look economic texts written for new types of reader, such as educational manuals, 'trade' or 'political economy' dictionaries, or periodical publications with substantial space dedicated to discussing economic issues; the publication of legal codes with significant economic content; and the creation of the first chairs of the new science of political economy. In short, if the intellectuals, socioeconomic debates and new institutions are the three central points of reflection with respect to the identification of the positive correlation in the processes emerging from political economy and the creation of a public sphere, it could also be said that this science was a fundamental language in the international transmission of ideas and institutional experiences between different nations: it was a sharp kind of emulation for embracing in the country the best foreign policies and reforms.⁹ This study explores the institutionalisation of political economy in Spain through the creation of economic societies around an institutional movement which was not only essential and highly characteristic of the development of the Spanish Enlightenment, but was also decisive in the growing politicisation of Spain in the last decades of the eighteenth century.

The Royal Basque Society of Friends of the Country

The first steps in the process of creating economic Enlightenment institutions in Spain were taken between 1763 and 1765. At first, this process was inconsequential and dispersed, responding to local and autonomous initiatives, alien to the political power of the Council of Castile. Of the three institutions that were created during this three-year period, two of them, the Catalanian Academia de agricultura de Lérida (1763; Agricultural Academy of Lerida) and the Galician Academia del reino de Galicia (1764; Academy of the Kingdom of Galicia – its headquarters were in La Coruña but its activities covered the seven provinces of the kingdom of Galicia), had a very ephemeral influence: they disappeared five and nine years respectively after being created, leaving a very meagre legacy, focused mainly on the promotion of different agricultural experiences and projects.¹⁰ This was not the case of the third institution, the Real sociedad bascongada de los amigos del país (Royal Basque

9. See Sophus A. Reinert, *Translating empire: emulation and the origins of political economy* (Cambridge, MA, 2011).

10. See, respectively, Ernest Lluch, *El Pensament econòmic a Catalunya (1760-1840)* (Barcelona, 1973), p.160-66, and Fausto Dopico, *A Ilustración e a sociedade gallega* (Vigo, 1978), p.43-51.

Society of Friends of the Country), which was a stable and long-lasting society and is considered to be the first Spanish economic society.

The Sociedad bascongada was created in 1764-1765 with a sphere of influence covering the three Basque provinces. Its foundation cannot be separated from the political position that these provinces occupied at the heart of the Spanish monarchy. Having remained outside the process of political unification ordered by Philip V after the War of Spanish Succession (the so-called Nueva Planta or New Plant decrees of 1707 and 1717, which put an end to the political and administrative institutions in the four territories of the former kingdom of Aragon: Catalonia, Majorca, Valencia and Aragon), these provinces conserved their old *fueros* (charter or regional laws) and with them their political institutions and their own tax, trade and customs framework, shaping an administrative and economic context that was autonomous and clearly differentiated from the rest of the territories of the Spanish monarchy.¹¹ Its most striking feature was the maintenance of the customs point within the interior of the peninsula instead of at the border with France. This, together with the tradition of many noble families of sending their children to be educated in French seminaries, principally in Toulouse and Bordeaux, fostered a very intense cultural exchange with France, which explains why the Enlightenment groups which developed the Sociedad bascongada matured before others located in other parts of the monarchy.

In fact, the foundation of the Bascongada was the culmination of a long process, undoubtedly rooted in the Enlightenment, which had begun in the 1740s.¹² During these years, an intense interest for utilitarian and scientific culture was developing among the Basque elite groups. It was manifested mainly in the establishment of art and nautical schools and the emergence of small local groups, organised in *tertulias* (social gatherings) specifically dedicated to the 'new science'. The most relevant of these groups was one which was established in 1748 in Azcoitia (Guipúzcoa) by a group of noblemen directed by the count of Peñaflores, the future director of the Sociedad bascongada. In around 1755, these noblemen attempted to establish a science academy inspired by the Toulouse and Bordeaux models, and through which they sought to experiment and diffuse Newtonian scientific principles. The notable network of contacts they managed to build during these years with

11. See *Forms of union: the British and Spanish monarchies in the seventeenth and eighteenth centuries*, ed. Jon Arrieta and John H. Elliott, special issue of *Revista internacional de estudios vascos* 5 (2009).

12. This issue is analysed in depth in Jesús Astigarraga, *Los Ilustrados vascos: ideas, instituciones y reformas económicas en España* (Barcelona, 2003), p.23-47.

French culture is illustrated by one of its members, Altuna, who had a personal relationship with Rousseau.

As well as their significant cultural baggage, the noblemen founders of the Bascongada were also highly experienced politicians in the local institutions of their province: the Juntas generales and the Diputación (the provincial parliament and its executive council). In fact, after ten years of intense participation in their most relevant roles, in 1763 they managed to persuade the political institutions of Guipúzcoa to accept the creation of an economic society. Shortly afterwards, the scope of this institution was extended to the other two Basque provinces of Biscay and Álava, with the support of other noble groups there. This is how the Sociedad bascongada came about. It was formed as a consultative, advisory and coordinating body for the three provincial Basque institutions.¹³ It was definitively approved by the Council of Castile in April 1765, which stated that all the Spanish nobility should follow its example and create such useful institutions 'in order to foster the progress of the sciences and arts'.¹⁴

The objective of the Sociedad bascongada was to introduce into Spain the organisational models and reforming proposals of the economic-political and patriotic bodies which had been developing in Europe since the 1730s, namely economic societies and, to a lesser degree, French agricultural societies.¹⁵ The Sociedad bascongada modelled itself on three outstanding institutions: the societies of Dublin (1731), Brittany (1757) and Berne (1758). Like these bodies, the Basque society had an ambitious programme, although it undeniably gave priority to the economic sphere. Three of the four internal commissions organised by the society were concerned with economics ('Agriculture and rural economy', 'Industry and arts' and 'Commerce'). The fourth commission, however, relating to 'History, politics and belles-lettres', was no less ambitious: it had an extensive educational, scientific and cultural programme to 'enlighten and educate the general public'.¹⁶

The clear economic orientation of the Bascongada is visible in its threefold objective. Firstly, it sought to promote discourses, treatises and

13. Astigarraga, *Los Ilustrados vascos*, p.48-74.

14. 'para el adelantamiento de las ciencias y artes'. Letter from the marquis of Grimaldi published at the beginning of the *Estatutos de la Sociedad bascongada de los amigos del país* (San Sebastián, Riesgo, 1765), n.p.

15. On French agricultural societies, see Emile Justin, *Les Sociétés royales d'agriculture au XVIII^e siècle* (Saint-Lô, 1935). A new panorama of the European economic societies is presented in *The Rise of economic societies in the eighteenth century: patriotic reform in Europe and North America*, ed. Koen Stapelbroek and Jani Marjanen (Palgrave, 2012), unfortunately without reference to the Spanish case.

16. 'la ilustración y cultura del público'. *Estatutos aprobados por S. M. para gobierno de la Real sociedad bascongada de los amigos del país* (Vitoria, Robles, 1773), p.8.

translations on the subject of political economy. Secondly, it carried out factual and statistical research and political arithmetic studies regarding the socioeconomic reality of the Basque country. And, thirdly, it sought to reform its three main sectors – agriculture, industry and trade – each with its own economic commission within the society. In fact, during a first phase, between 1765 and 1780, the development of economic reform was without a doubt the priority of the Basque wing of Amigos del país (Friends of the Country). It was inspired by the doctrinal proposals emerging in France in the 1750s from the Gournay Group (especially those by Véron de Forbonnais) and, to a lesser extent, from proponents of physiocracy.¹⁷ According to the society's *Estatutos* (*Statutes*), the objectives of its many activities were to 'form a closer union'¹⁸ between the three Basque provinces, that is, to bring about a more articulated Basque market with improved communications within it and with the rest of the kingdom. It also sought to modernise agriculture, trade and industry, particularly the iron and steel industry which was the region's principal industrial sector, in order to orientate the Basque economy towards a developmental model in which the traditional agriculture-based economy was replaced by one based on the export of iron and its derivatives to the peninsula, Spanish colonies and northern Europe.

These ambitious objectives were constructed around a series of 'Enlightenment instruments', which were being used for the first time in Spain. This refers firstly to the rich dynamics generated by society commissions for almost thirty years. These commissions met on a weekly basis in the three Basque provinces. Although, as previously mentioned, these commissions were initially comprised of noblemen, the Basque nobility was more like the British gentry than like Castilian landowners: they had interests not only in the agricultural sector but also in trade and industry. This fact fostered the participation in the Sociedad bascongada of members from other social classes, mainly merchants based in Bilbao and San Sebastian, the two most powerful Basque trading nuclei at that time. There was also a high presence in the society of civil servants, members of the government and clergy. Its social composition, therefore, was more diverse than the 'educated and hard-working nobility'¹⁹ that had founded it,²⁰ and its membership increased substantially (reaching a maximum number of approximately 1800). The fact that

17. For a broader panorama, see *Le Cercle de Vincent de Gournay: savoirs économiques et pratiques administratives en France au milieu du XVIII^e siècle*, ed. Loïc Charles, Frédéric Lefebvre and Christine Théré (Paris, 2011).

18. 'estrechar más la unión'.

19. 'nobleza instruida y laboriosa'.

20. *Ensayo de la Sociedad bascongada de los amigos del país* (Vitoria, Robles, 1768), p.6.

its members included notorious enlightened figures such as Narros, Arriquíbar, Foronda, Samaniego, Aguirre and Ibáñez of Rentería illustrates that this plurality was not only social but also ideological. We should also not forget the expansion of the Bascongada in the main territories of the Spanish empire, fostering the circulation of enlightened ideas among the colonies, and the subsequent institutionalisation of economic societies throughout the Hispanic world.

Inside the three provinces of the Basque country, the Bascongada replicated foreign innovator experiences, promoted awards and distributed 'instructive papers', books and translations. All of these projects were fundamental in involving the social sectors in the activities of the society and creating new public spaces for spreading new ideas and debate. In this respect, its editorial work was particularly important. In addition to publishing many discourses and treatises by its members, between 1772 and 1793 the Bascongada published an annual volume of *Extractos (Abstracts)*.²¹ This publication became more than just a channel for information regarding the activities of the society. Debates on honourability in trade, luxury, freedom of work or forms of government gradually slipped into its pages, getting past the rigorous inquisitorial censorship, and Basque enlightened intellectuals, in some ways, became some of the ideological spearheads of the Spanish Enlightenment.

Furthermore, the society developed other types of specific policies to overcome the traditional cultural isolation of Spain: it attracted foreign scientists; it encouraged its scientist members to travel abroad (the founders' children were highly educated in Paris and different countries in northern Europe); and, finally, it developed an outstanding educational programme. In this respect, its main activity was the Bergara Seminary, founded in 1774 and one of the most prominent centres during the Spanish Enlightenment. It offered modern study systems and taught new scientific disciplines with a largely professional focus. Although the wish of Director Peñaflorida was to establish six new chairs that did not exist in Spanish universities,²² including politics and commerce, he only managed to create three in 1778: metallurgy, mineralogy and chemistry, which were pioneering in Spain. Therefore, in 1774, once the Bergara Seminary had been founded, the Bascongada embarked on its reform programme in full force.

21. *Extractos de las juntas generales celebradas por la Real sociedad bascongada de los amigos del país*, 23 vols (Madrid and Vitoria, Robles, 1772-1793).

22. Javier María de Munibe, count of Peñaflorida, 'Proyecto de una escuela patriótica', in *Extractos de las juntas generales*, vol. iv (1775), p. 162-218.

From the Sociedad bascongada to the Sociedad matritense

After the Sociedad bascongada had been established in 1765 there was a gap of ten years before new initiatives in the form of societies emerged except for two modest groups: in Andalusia the Sociedad de verdaderos patricios del reino de Jaén (1774; Society of the True Patriots of the Kingdom of Jaén) and in Navarre the Sociedad de los deseosos del bien público (1773-1777; Society of the Patriots of Public Good). The latter was promoted by the marquis of San Adrián, a nobleman who, through family ties and friendship, had connections with the count of Peñaflorida.²³ It was founded in the town of Tudela, located in the kingdom of Navarre, which, like the three Basque provinces, maintained its autonomous political and administrative power, with its own *cortes* and *diputación* of Navarre (courts and executive council). In the following decade, however, between 1775 and 1785, more than sixty applications to form societies were presented. This proliferation was a response to a project which had been in the making for a long time among the political elite surrounding the king. More specifically, it was due to an initiative of the count of Campomanes, the principal ideologist behind the economic reforms during the reign of Charles III, once he had been appointed to the influential position of *fiscal* (attorney) of the Council of Castile in 1762.

It is widely known that during most of his political career and as a publicist Campomanes held an interest in the possibility of establishing economic institutions in Spain,²⁴ mainly on a provincial level, as 'provincial governments' (1749-1750), academies or societies of agriculture (1762-1764) or actual economic societies (1774-1775). This persistent interest definitively culminated in 1774-1775, with the start of a proliferation of economic societies. According to Llombart,²⁵ this surge was the result of three elements, all related to Campomanes and his political responsibilities at the Council of Castile: firstly, the publication of the *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (1774; *Discourse on the promotion of popular industry*), the *Discurso sobre la educación popular de los artesanos, y su fomento* (1775; *Discourse on the popular education of craftsmen*) and the

23. On the former, see Inmaculada Arias de Saavedra, *Las Sociedades económicas de amigos del país del reino de Jaén* (Granada, 1987), p.112-56, and, on the latter, Jesús Astigarraga, 'Estudio preliminar', in *Ilustración y economía en Navarra (1770-1793)* (Vitoria, 1996), p.xiii-cxxx (xlii-li).

24. This issue is summarised in Vicent Llombart, *Campomanes, economista y político de Carlos III* (Madrid, 1992), p.277 ff.

25. We have faithfully followed the interpretation of Llombart, *Campomanes*. The core of Campomanes' proposal appears in chapters 9, 19 and 20 of the *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (Madrid, Sancha, 1774).

Apéndices (Appendix) of the latter (4 vols, 1775-1777),²⁶ which consisted in a long-winded defence of the creation of these types of institution; secondly, the unusual distribution of these books through official channels: 30,000 copies of the first *Discurso* were printed and distributed among the principal political and government bodies of the monarchy, together with a royal decree inviting them to apply their principles; and, finally, the creation in June 1775 of the Sociedad matritense (Madrid Society), the institution which, together with the Council of Castile, would validate local initiatives and ensure that economic societies spread throughout the whole of Spain.

The reasons why Campomanes began to implement a project that had been incubating for thirty years reside in the precise circumstances in which the economic reforms were being implemented throughout the monarchy in the mid-1770s. Firstly, during these years, Campomanes sought to involve the Council of Castile in a strategy of 'wider and more eclectic transformations, which focused not just on agriculture, the trade of grain and colonial trade, but which also covered the problems of popular industry, of the factories, trade associations, foreign trade and public works'.²⁷ It was likely that the only way of successfully carrying this out was to foster the creation of these local economic bodies which would support the plans of the Council of Castile and mobilise the patriotic zeal of the principal local political and economic elite groups. In other words, as explained by Usoz,²⁸ at this time, Enlightenment reforms had reached a point where a territorialisation process was required, or a promotion of provincial or regional bodies, which would foster the interlacing of these elite groups with the Enlightenment reforms. And there was no better way of doing this than to commit the Council of Castile to a programme of promoting divisions of Amigos del país similar to the Bascongada, taking into account that this society had enjoyed its golden age in 1774-1775.²⁹ Campomanes' political initiative was also supported by the enormous wave of sympathy that the

26. Pedro Rodríguez, count of Campomanes, *Discurso sobre el fomento de la industria popular* (Madrid, Sancha, 1774); *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento* (Madrid, Sancha, 1775); *Apéndice a la educación popular*, 4 vols (Madrid, Sancha, 1775-1777).

27. 'más amplia y ecléctica, que no se centrara solo en la agricultura, el comercio de granos y el comercio colonial, sino que abordara también los problemas de la industria popular, de las fábricas, de los gremios, del comercio exterior y de las obras públicas'. Llombart, *Campomanes*, p.282-83.

28. Javier Usoz, 'Política y economía en la Ilustración: la Real sociedad económica aragonesa y las instituciones territoriales de la monarquía borbónica', in *Más estado y más mercado: absolutismo y economía en la España del siglo XVIII*, ed. Guillermo Pérez Sarrión (Madrid, 2011), p.261-93.

29. It should be remembered that Campomanes had been a member of the Bascongada since 1769 and was well informed of its activities and publications.

Basque institution had aroused among Spanish members of the Enlightenment and the unanimous agreement for the monarchy to join the rest of Europe in creating economic institutions. This opinion was expressed in all parts of the monarchy, and was shared between 1765 and 1775 by prestigious reformers and intellectuals such Olavide, Anzano, Valcárcel, Ramos and Romá, although many of them preferred the creation of agricultural academies to that of economic societies. It was not surprising, therefore, that Campomanes was confident the 'progress' being made by the Sociedad bascongada would also be made by the Sociedad matritense with the firm support of the Council of Castile.³⁰

In Campomanes' detailed design, which is repeatedly expounded in his writings between 1774 and 1777, he emphasises that economic societies should strive to mobilise the patriotic zeal of the local elite. He refers mainly to the nobility, the clergy and members of the government or local authorities. These institutions were to address three specific objectives. The first was to form advisory and supporting bodies for the government's economic and social policies. The second aim was to create a research body to promote the regional economy and carry out factual and statistical studies on it. The third objective was to establish a centre for the cultivation and social diffusion of economic, scientific and technical knowledge useful for the promotion of agriculture, industry, arts and trades, and to fight against poverty and idleness. In this respect, Campomanes' aspiration was that societies should constitute 'a public school of the theory and practice of political economy in all of the Spanish provinces',³¹ and carry out agronomic ventures or analyses and imitations of machines and inventions. At the same time, working on the assumption that their primary concern was economics, societies should also extend their activities to aspects such as education, the publication of books and memoirs or technical training for the population as a whole. All of this would be in accordance with government directives. In fact, the Madrid Society was destined to become a consultative body in socioeconomic affairs for the Council of Castile and the government of Charles III.³²

These general criteria were used as a basis on which to found the Sociedad matritense in 1775. It was constituted as the central body of the Spanish society movement and a model for the rest,³³ which explains the

30. *Memorias de la Sociedad económica*, 5 vols (Madrid, Sancha, 1780-1795), vol.2, p.3.

31. 'como una escuela pública de la teoría y práctica de la Economía Política en todas las provincias de España'. Campomanes, *Discurso industria popular*, p.cliii.

32. The Sociedad matritense not only received regular financial support from the Council of Castile, but a substantial part of its documents were produced by royal order or to serve this Castilian political institution or less frequently the board of trade.

33. Campomanes, *Apéndice a la educación popular*, vol.2, p.ccxiv.

personal involvement of Campomanes in 1775 and 1776 in order to define all the details of his organisation.³⁴ Meanwhile, local societies emerged in three different ways: through the initiative of private individuals; following the proposal of the Council, where 'the natives are neglectful in establishing these important academies';³⁵ and through adapting already existing Enlightenment institutions to the new economic objectives and activities. Ideally, a society was created in the capital of the province with 'corresponding'³⁶ members distributed throughout it, although in 'large'³⁷ provinces they were also 'necessary in other towns of considerable size'.³⁸ In short, the operation represented a first attempt to economically decentralise the monarchy of Charles II, although in a very moderate way: the economic societies were designed according to a single organisation model, as mere administrative bodies, devoid of executive competences and at the service of the plans of the Council of Castile.

From the Sociedad matritense to the *sociedades económicas*

It is widely known that Campomanes' proposal and the Madrid Society were immediately successful and unquestionable. After a ten-year gap following the creation of the Sociedad bascongada in 1765, between 1775 and 1788 applications to constitute economic societies multiplied and this process would continue until 1805.³⁹ This fully confirms the assessment made by Sempere, who wrote that the example of Bascongada would not have been transferred to the rest of the provinces 'if the Council had not distributed the *Discurso sobre el fomento de la industria popular* throughout the kingdom and had not protected the foundation of the Madrid Society with all its authority'.⁴⁰

The emergence of economic societies in Spain was a central phenomenon during the last period of the reign of Charles III and seems to have

34. This is reflected in different discourses which he sent to the Sociedad matritense, principally in two published in the *Memorias*, vol.1, p.376-84, and vol.2, p.62-69.

35. 'los naturales son descuidados en establecer tan importantes academias'. Campomanes, *Apéndice a la educación popular*, vol.4, p.100.

36. 'correspondientes'.

37. 'grandes'.

38. 'necesarias en otras ciudades considerables'. Campomanes, *Discurso industria popular*, p.clvii, clxi-clxii.

39. See the data provided by Gonzalo Anes, 'Coyuntura económica e Ilustración: las Sociedades Económicas de Amigos del País', in *Economía e Ilustración en la España del siglo XVIII* (Barcelona, 1969), p.13-41.

40. 'si el Consejo no hubiera esparcido por el Reino el *Discurso sobre el fomento de la Industria popular* y hubiera protegido con toda su autoridad la fundación de la de Madrid'. Juan Sempere, *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, 6 vols (Madrid, Imprenta real, 1785-1786), vol.5, p.136.

weakened with the death of the king, although it is true that, with the eighty-three initiatives proposed until December 1788 (of which the Council approved more than sixty), it could be said to have been successful. Secondly, between 1775 and 1780 forty initiatives arose among which were many of the societies which would become the most important and active, some on a regional scale: in addition to Matritense, those of Seville, Granada, Cantabria, Saragossa, Las Palmas, Valencia, Murcia, Segovia, Tenerife, Asturias or Majorca. Lastly, of the forty-three initiatives arising in the period from 1781 to 1788, while some large societies were formed (such as Valladolid, Santiago, La Rioja and Málaga), there were many that corresponded to small towns, which seems to indicate that the local response was greater than expected, and there was a possible emulation effect once the larger-scale societies had been created. During the same period, this effect began to extend to the colonies, where between 1781 and 1810 a dozen economic societies were founded, nine in the period before 1795, which, according to Schaffer, was the most favourable time for their development.⁴¹

The geographical distribution of the societies was not homogeneous or uniform. While in Asturias, Aragon, Cantabria, Galicia, Majorca, Murcia and Valencia a large society was dominant on a regional scale, around thirty societies emerged in Andalusia, more than twenty in New Castile and another handful in Old Castile and Extremadura. In the latter case the societies mainly corresponded to small towns with fewer possibilities and resources. Furthermore, they did not always accept government directives with regards to the statutes in a disciplined way. This happened in Seville and Valencia, where the Council of Castile had to impose the model of the Madrid Society when the founders responded, respectively, to the design of the Sociedad bascongada and that of the board of trade of Valencia. There were no initiatives to establish economic societies in some large towns such as Cadiz, La Coruña or Barcelona. In the latter case this was because the region's board of trade already carried out very similar functions to those attributed to economic societies.⁴² In other towns, such as Pamplona

41. Robert J. Schaffer, *The Economic societies in the Spanish world (1763-1821)* (Syracuse, NY, 1958), ch.7-12. The diverse reception of these institutions in Spanish America, and other similar phenomena such as newspapers, confirm the desirability of a more diverse interpretation of the concept of the 'Enlightenment' (in the singular), as Mariselle Meléndez has reiterated: 'Spanish American Enlightenments: local epistemologies and transnational exchanges in eighteenth-century newspapers', *Dieciocho: Hispanic Enlightenment* 4 (2009), p.115-33, and 'Enlightenment', in *Encyclopedia of geography*, ed. B. Warf (London, 2010), p.911-12. For interdisciplinary considerations of the concept of geographical 'space' in the Spanish American eighteenth century, see Santa Arias, 'Rethinking space: an outsider's view of the spatial turn', *Geojournal* 75:1 (2010), p.29-41.

42. Lluch, *El Pensament econòmic*, ch.5.

or San Sebastián, societies were created but were very short-lived. Therefore, the uniformity that was initially sought within the movement as a whole was only partially achieved in terms of the motivation behind societies and statutory clauses. Furthermore, the intensity and quality of the activities carried out by economic societies was naturally very uneven. Together with the Basque and Madrid societies, only a few managed to maintain a lasting rhythm of activities, such as those in Aragon, Asturias, Seville, Segovia, Cantabria and Majorca. Without a doubt, in general terms, their practical results did not match their enormous financial outlay. In July 1786 the Council of Castile had to open an enquiry in order to investigate the causes of their decline.⁴³ There is no doubt, however, that the substantial development of Spain's economic culture in the last third of the eighteenth century would have been impossible without the publishing, translation and distribution of writings, texts and treatises to promote economics.⁴⁴ They were also responsible for founding the first chair of economics and trade in Spain, supported by the Aragon Society in 1784.

The significant institutional development in the field of economics was not immune to a powerful semi-official and patriotic campaign to influence 'opinion', in order to convince people of the goodness of the government initiative and the advisability of joining it. Reformers and intellectuals who combined a double function of being prominent publishers and distinguished members of the most influential economic societies (of the Basque Country, Madrid, Seville, Aragon or Majorca), such as Aguirre, Álvarez Enciso, García of Huerta, Vargas and Ponce, Alcalá Galiano and Fernández de Navarrete, engaged in this activity by publishing a diverse range of discourses between 1779 and 1791, which adopted an almost apologetic tone in their assessment of the official initiative.

At the same time, however, a really broad debate on the usefulness of economic societies was opening in Spain. A pluralistic kind of literature emerged which, without questioning the fundamentals of these societies or their way of management, was moderately critical about the proposal of the Council of Castile and advised the introduction of corrective measures. This opinion, which was shared by Jovellanos together with Normante, Sempere, Generés, Sisternes and others, gained weight due to the aforementioned enquiry of July 1786 by the Council of Castile into

43. Georges Demerson, *La Decadencia de las reales sociedades económicas de amigos del país* (Oviedo, 1978).

44. This issue is analysed in Vicent Llombart and Jesús Astigarraga, 'Las primeras antorchas de la economía: las sociedades económicas de amigos del país en el siglo XVIII', in *Economía y economistas españoles*, vol.3: *La Ilustración*, ed. Enrique Fuentes (Barcelona, 2000), p.699-705.

the reasons for the decline of economic societies. At the heart of a wide range of lamentations and criticisms, the Spanish members of the Enlightenment repeatedly voiced three bones of contention: the lack of economic support provided by the Council of Castile to economic societies, its excessive zeal to standardise and centralise, and its generous permissiveness with respect to promoting initiatives of minor scale and the foundation of societies in small towns, which were destined to fail.

In short, in Spain there were two ways of creating economic societies. Firstly, those developed ahead of their time in the territories with an autonomous political position inside the Spanish monarchy (the Basque provinces and Navarre), arising from the Basque Enlightenment and represented by the *Sociedad bascongada*, which was a minority model and adopted only by the Society of Tudela. Secondly, there were the societies created throughout the rest of the monarchy, colonies included, based on Campomanes' model and the Madrid Society. Although there were two different initial forms of constituting these societies, their experiences were not conflicting. In fact, when the Basque experience was passed through the Campomanes filter, a type of recasting of the economic-societies movement in Spain occurred. This is logical if we remember that this pioneering initiative had been designed for the unique institutional network of the Basque Country and in an economic context which, due to the relatively high weight of industry and trade, was more developed than the majority of the regions in the monarchy. This also explains why the *Bascongada* and the *Matritense* were not copies of each other. What really interested Campomanes about the Basque institution was its patriotic and 'enlightened' nature (the first of its kind in Spain):⁴⁵ it intensively used a series of instruments designed to involve the public in enlightened initiatives. Besides that, the Madrid Society gave greater priority to the promotion of agriculture and an industrial model, which was compatible with it (the 'popular rural industry') and did not promote educational and basic science research activities as the *Bascongada* did in its Bergara Seminary.

These differences aside, a common element linked the two approaches: the fact that they had been created by political power (the local government of the Basque provinces and the Castilian government) and were therefore subject to their control. Therefore, as opposed to other interpretations which have related the emergence of economic societies in Spain either to autonomous and 'spontaneous' initiatives of the Spanish 'select' minorities seeking to take part in the Enlightenment

45. This is how he repeatedly described the Basque institution; see for instance Campomanes, *Discurso industria popular*, p.lix, cx-clii, cxlix, cl, clxiii.

movement⁴⁶ or to the interest of the nobility to articulate institutions through which to benefit from the favourable agricultural climate that was present in Spain during the second half of the eighteenth century,⁴⁷ this indicates the political nature of the process of creating economic societies.⁴⁸ Finally, the Council of Castile was interested in creating territorial institutions to carry out their modernisation plans and through which it could involve the local elite classes with its patriotic message.

Towards the politicisation of the Spanish Enlightenment

When we analyse economic societies from an essentially political perspective there is a complementary line of reasoning. This is based on these institutions gave birth to the politicisation of Spanish social and cultural life during the last two decades of the eighteenth century: without their presence it would be difficult to explain the dynamics that opened Spain up to the constitutional path and culminated in the Cortes of Cadiz.⁴⁹ Their relative openness to participation, the equal treatment of different social classes, the regular discussions on topics characteristic of enlightened culture, the diffusion of new ideas and the relentless publication of texts and memoirs were factors that enabled economic societies to accommodate both new forms of sociability and new cultural dynamics and practices (pre-political in some ways). All of this favoured a significant expansion of the Spanish public sphere at that time, including its timid opening to women.⁵⁰ Therefore, as accurately explained by Franco,⁵¹ these societies became genuine schools of future

46. See Jean Sarrailh, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle* (Paris, 1954), and Ramón Carande, *Siete estudios de historia de España* (Barcelona, 1969), p.143-81.

47. See particularly Anes, 'Coyuntura económica'.

48. This interpretation can be seen in Jesús Astigarraga, 'Campomanes y las sociedades económicas de amigos del país: estructura política, descentralización económica y reformismo ilustrado', in *Campomanes, doscientos años después*, ed. Dolores Mateos (Oviedo, 2003), p.617-67.

49. For additional analysis, see the articles by Ignacio Fernández Sarasola and Joaquín Varela Suanzes-Carpegna in this volume.

50. See, for example, Mónica Bolufer, *Mujeres e Ilustración: la construcción de la feminidad en la Ilustración española* (Valencia, 1998); Elizabeth Franklin Lewis, *Women writers in the Spanish Enlightenment: the pursuit of happiness* (Aldershot, 2004); and *Eve's Enlightenment: women's experience in Spain and Spanish America, 1726-1839*, ed. Catherine Jaffe and Elizabeth Franklin Lewis (Baton Rouge, LA, 2009).

[AQ1] 51. Gloria Franco, 'Captar súbditos y crear ciudadanos, doble objetivo de los "amigos del país" en el siglo XVIII', *Historia social* 64 (2009), p.3-23, and 'Las sociedades económicas de amigos del país: un observatorio privilegiado para la práctica política y el nacimiento de la ciudadanía a finales del antiguo régimen', in *Ilustración, ilustraciones*, ed. Jesús Astigarraga, María Victoria López-Cordón and José María Urkía, 2 vols (San Sebastián, 2008), vol.1, p.351-58.

'citizens', whose status was differentiated from that of subjects in terms of political criticism, freedom of expression and ideological plurality. In short, they fostered significant participation by the sociopolitical elite in public life (they were a type of intermediary between the king and the people) within a context that, in some cases, even gave rise to the gradual distancing of economic societies from political power.

An illustrious example of this is the case of the Sociedad bascongada. This distancing was particularly evident due to the not always simple relationship that it maintained with the local Basque political institutions. This manifested most clearly during the period from 1778 to 1781, when the society actively participated in an intense public debate on the possibility of reforming the economic system derived from Basque political autonomy, especially the customs and local trade system, that is, the inland customs offices.⁵² During these years, through different measures, the Council of Castile sought the full and definitive integration of the Basque and Navarre customs system into the common custom system of the monarchy. The local Basque and Navarre institutions, however, flatly refused to the measures. The Sociedad bascongada, making use of its Enlightenment 'instruments' (discourses, awards and writings) and its political influence, attempted to persuade these institutions to accept some kind of reform, albeit gradual, of the customs system. The fundamental problem was that, by preventing fluid contact with the economic markets of the peninsula and the colonies, the inland customs offices were hindering the development possibilities of the Basque economy, especially their iron industry. The Bascongada had experienced this over and over again during the preceding fifteen years of unsuccessful attempts at industrialisation. But the failure of the Madrid court and the Basque and Navarre institutions to reach an agreement had a significant impact on the future of the Sociedad bascongada: it lost the original support of the local Basque institutions and was obliged to implement a major reorientation of its activities. In stark contrast to its former optimism, the Basque division of Amigos del país renounced the practice of this economic reformism which had been one of its hallmarks between 1765 and 1780 in order to focus on its scientific and teaching activities that it had been developing successfully in its Bergara Seminary. This was how the society operated until 1794, when the War of the Convention (1793-1795) put an end to its tangible heritage, thus ending three decades of profound enlightened activism.

Throughout the rest of the monarchy, economic societies indeed became incipient schools of citizenship placing them out of the control

52. On this crucial debate, see Jesús Astigarraga: for the Basques provinces, *Los Ilustrados vascos*, p.180-204; and for the kingdom of Navarre, 'Estudio preliminar', p.lxxxviii.

of the authorities and censorship. Authors such as Foronda, Arroyal, Aguirre and Ibáñez of Rentería, who were the designers of a late Enlightenment ideology, during the two last decades of the eighteenth century, that was bolder and more combative towards the economic and political foundations of Spanish monarchic power, were educated in the heart of the economic societies and their writings were usually distributed through them.

At the same time, these societies were immersed in debates which, far from the first apologetic or moderately critical assessments of the Council of Castile initiative, began to openly discuss its usefulness. In the 1780s some of the most important political and economic decentralisation formulas that had emerged in neighbouring France had become known in Spain. These formulas ranged from the more moderate proposals of the marquis de Mirabeau to the more radical ones on a municipal scale, such as those of Turgot and Dupont de Nemours, or, on a provincial scale, those supported by Necker during his first term of office as Minister of Finance. In fact, the Neckerian provincial assemblies project inspired an ephemeral and unsuccessful attempt to implement a meek decentralisation of Spanish finance, which accompanied the fiscal reform imposed by Pedro of Lerena, Minister of Public Finances, in 1785-1787.⁵³

The debate regarding the possibility of applying a decentralisation formula in Spain gave rise to major criticism of economic societies.⁵⁴ One of the most repeated grievances was their scarce representativeness. Alcalá and Mantecón were the first to maintain that the make-up of economic societies was 'defective', due to their open regime, the indefinite number of members and their poor social representation. The comments of members of the Society of Segovia most probably echoed more widespread discontent among the intellectual and reforming elites regarding how economic societies operated, as they coincided with the assessments of Cabarrús in terms of the existence of 'defects' in the government of these institutions and also with those of Malo of Luque, the duke of Almodóvar. The latter identified similarities between the French provincial assemblies and Spanish economic societies, although the latter were very different in their 'structure and method'.⁵⁵ One of his defending arguments for their emergence in Spain was that they gave

53. Jesús Astigarraga, 'La traduction au service de la politique: le succès de Jacques Necker dans les Lumières espagnoles', *Annales historiques de la Révolution française* 364:2 (2011), p.3-27.

54. For a more detailed account, see Jesús Astigarraga, 'Esfera pública e instituciones ilustradas: el debate sobre las sociedades económicas en el último tercio del siglo XVIII en España', in *Más estado*, ed. G. Pérez Sarrión, p.235-60 (250-51).

55. 'estructura y método'.

‘new light’ to the ‘right of parliamentary representation’.⁵⁶ This critical opinion coincided with the emergence of the first proposals for constitutional reform in Spain, a few years before the commencement of the Cortes of Cadiz.

56. ‘nuevo lustre [...] derecho de representación parlamentaria’.

El pensamiento político y económico ilustrado y las cátedras de la sociedad económica aragonesa

1. INTRODUCCIÓN

El siglo XVIII fue un período de renovación notable del pensamiento científico y humanístico. Aunque pueda ser discutible el grado de originalidad del movimiento de las Luces en esos ámbitos, pues muchas de sus innovaciones se enmarcaban en tradiciones intelectuales emergidas ya en el siglo precedente, es indudable que la Ilustración desempeñó un papel de primer orden en la consolidación de distintas disciplinas que contribuyeron a modernizar sustancialmente las ciencias jurídicas, políticas y económicas. Quizás el rasgo más evidente de ese espíritu renovador fue la aparición gradual, en el ámbito académico y universitario, de diferentes nuevas materias que comenzaron a ser objeto de enseñanza. Es bien conocido que España participó, si bien desde posiciones algo secundarias y marginales, en este proceso de alcance europeo, a pesar de lo cual las reformas borbónicas de la educación superior no trajeron consigo un cambio sustancial en los métodos, los contenidos y las estructuras docentes de la universidad de ese tiempo¹.

En cualquier caso, existió, en particular, a partir de 1765, un esfuerzo indudable por incorporar a la enseñanza regular esas disciplinas de nuevo cuño que venían extendiendo su influencia en los ambientes intelectuales de la Ilustración a lo largo de todo el siglo XVIII. La creación en España, durante las décadas de los años setenta y ochenta, de las primeras cátedras de Derecho Público y Economía Política simboliza ejemplarmente ese espíritu de renovación, aun-

¹ Una visión general puede encontrarse en el estudio clásico de PESET, M. y J. L., *La Universidad española (siglos XVIII y XIX): Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, 1974.

que, de manera general, dichas cátedras no lograran alcanzar buena parte de sus propósitos iniciales. Sin duda alguna, esas dos disciplinas constituyeron, junto a la Filosofía Moral, tres de los frentes más emblemáticos de los ilustrados en su batalla por la modernización del pensamiento, en general, y de las ciencias sociales, en particular.

Es bien conocido que ese proceso renovador no se ciñó únicamente a los ambientes universitarios y que las Sociedades Económicas de Amigos del País contribuyeron desde los años setenta, en algunos casos desde posiciones realmente destacadas, al mismo. Así lo pone de relieve la actividad científica y docente que desplegaron la Sociedad Bascongada, a través de su Seminario de Bergara, o las Sociedades Matritense o Segoviana, entre otras muchas. Y, ciertamente, en el seno de todas ellas, una de las instituciones del siglo xviii español que mejor representó este espíritu de avance fue la Sociedad Aragonesa de Amigos del País. Su contribución a la renovación docente de la Ilustración española ha sido bien estudiada², al igual que su labor a través de la Cátedra de Economía Civil y Comercio, creada en 1784, la primera en España con contenidos económicos³. Sin embargo, normalmente se olvida que esta Cátedra fue promovida de modo deliberadamente coordinado con otras dos, dedicadas al Derecho Natural y a la Filosofía Moral. El propósito de las próximas líneas es analizar, en primer lugar, la historia —ignorada hasta la fecha— de estas dos últimas Cátedras para, a continuación, ponerla en relación con la de Economía Civil y Comercio, con el fin de remarcar, finalmente, que precisamente esta última terminó siendo el auténtico canal a través del cual las ideas de renovación, no sólo de carácter económico, sino también jurídico-político, fueron introduciéndose en los ambientes de la Sociedad Aragonesa y, desde ellos, en los más generales de la Ilustración española en su conjunto.

2. LAS CÁTEDRAS OLVIDADAS DE DERECHO PÚBLICO Y DE FILOSOFÍA MORAL

El 18 de diciembre de 1785, quince meses después de haber sido fundada la Cátedra de Economía Civil y Comercio, la Sociedad Aragonesa abría al

² Sobre su labor docente, pueden verse, FERNÁNDEZ CLEMENTE, E., *La Ilustración aragonesa. Una obsesión pedagógica*, Zaragoza, 1973; FOMIES, J. E., *La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País en el período de la Ilustración (1776-1808)*, Madrid, 1978. La Sociedad creó Cátedras de Matemáticas, Agricultura, Derecho Público, Filosofía Moral y Economía Civil y Comercio, además de extender sus labores docentes a través de escuelas de dibujo y de otras destinadas al aprendizaje de los oficios.

³ Véase, principalmente, CORREA, F., *La cátedra de Economía y Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País durante el siglo xviii*, Zaragoza, 1980; FOMIES, J. E., «La Cátedra de Economía Civil y Comercio de la ciudad de Zaragoza en el período de la Ilustración (1784-1808)», *Información Comercial Española*, 512 (1976), pp. 108-118; USOZ, J., *Pensamiento económico y reformismo ilustrado en Aragón (1760-1800)*, Zaragoza, 1996 (Tesis Doctoral); SÁNCHEZ, A., MALO, J. L. y BLANCO, L., *La cátedra de Economía Civil y Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (1784-1846)*, Zaragoza, 2003.

público sendas Cátedras de Derecho Público (también denominada «de Derecho Natural» o «de Derecho Natural y de Gentes») y de Filosofía Moral. Este acontecimiento, sobre el que tenemos noticias escasas, tal y como ocurre en general con la historia de estas dos Cátedras⁴, culminaba unos brevísimos prolegómenos organizativos, iniciados a comienzos de septiembre de ese mismo año, cuando la Junta General de la Sociedad Aragonesa se manifestó a favor de la creación de dichas Cátedras, enmendando, de manera muy discreta, un informe interno previo en el que se perfilaba con un cierto detalle su estructura y su organización⁵.

La primera reacción que despertó esta decisión tuvo como escenario la Universidad de Zaragoza. Ésta trató de evitar, de manera inmediata, que esos planes se llevaran a la práctica. Esta reacción parecía, en principio, lógica. La iniciativa de la Sociedad se solapaba directamente con sus actividades, pues las dos Cátedras previstas, como ya había ocurrido también con la de Economía, tenían como destinatarios principales a los alumnos de leyes y, en menor medida, a los de filosofía. Su finalidad era contribuir a que todos ellos complementaran su enseñanza universitaria regular en diversas materias que no existían en ésta. Por este motivo, el modelo de organizativo, adaptado de las Ordenanzas de la Escuela de Matemáticas de la Sociedad, su estructura docente más madura, estaba diseñado para no depender ni solaparse con la docencia universitaria. La enseñanza, gratuita, impartida en horario vespertino, a lo largo de dos cursos, durante los ocho meses lectivos y tres días semanales –en el caso de la Cátedra de Filosofía Moral fueron ampliados a cinco en 1789–, quedaba en manos de un catedrático titular, designado, tras la sugerencia de la Sociedad, por Orden de la Secretaría de Estado –Floridablanca, en sus inicios–; de unos «socios curadores» nombrados por la Sociedad y responsables de las labores organizativas; y del apoyo de la Junta Universal de Escuelas, el órgano para materias docentes de la Sociedad Aragonesa.

En cualquier caso, la reacción contraria de los sectores universitarios zaragozanos, que, como veremos, no cejarán en sus propósitos, no respondía únicamente a una mera disputa competencial, sino que debe comprenderse como un episodio más de la soterrada –y, en numerosos casos, muy expresa y pública– disputa que los sectores universitarios renovadores y reaccionarios sostuvieron durante la España de Carlos III y Carlos IV. Un expresivo frente de esa disputa lo constituía, precisamente, el propósito de aquellos primeros sectores de fundar cátedras de la misma naturaleza de las de la Sociedad Aragonesa, en particular, a partir de 1770, cuando fue creada una Cátedra de Derecho Natural en

⁴ En este apartado se reúnen esas escasas informaciones, extraídas del Archivo de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, la única fuente disponible para la reconstrucción de la historia de esas Cátedras (A.R.S.A.A.P., de ahora en adelante).

⁵ No ha sido posible hallar el mencionado informe. La Junta de la Sociedad propuso tan sólo dos breves correcciones al mismo: la eliminación del capítulo «que trata de que no se puedan recibir bachilleres, licenciados ni abogados los que cursaren dichas cátedras» y, para el caso concreto de la de Filosofía Moral, la supresión de la imposición de un libro de texto concreto –el manual de Heineccio–, dejando esa elección al «arbitrio de catedráticos y curadores» (A.R.S.A.A.P., Acta del 9 de septiembre de 1785).

los Reales Estudios de San Isidro de Madrid. Por ello, resulta muy significativa la reacción del Consejo de Castilla que, al menos aparentemente, desactivó de raíz esas primeras resistencias universitarias zaragozanas. El 9 de diciembre de 1785, tan sólo tres meses después de que la Sociedad Aragonesa hubiera decidido crear sus Cátedras, a través de una Real Orden, establecía que no se impidiera a ésta desarrollar sus propósitos⁶. Sin duda, en este rápido movimiento del Consejo hubo de influir el enorme éxito con el que la Cátedra de Economía, fuertemente amparada por él, también frente a la reacción contraria de los docentes universitarios regulares, estaba culminando su primer año y medio de existencia.

De esta manera, con la apertura de las Cátedras de Derecho Público y Filosofía Moral y el nombramiento en diciembre de 1785 de los dos primeros catedráticos –J. Broto, para la primera, y M. Latorre, para la segunda–⁷, la Sociedad Aragonesa ponía en marcha, con el apoyo del Consejo de Castilla, una experiencia docente pionera en la España de su tiempo. Lo más significativo de la misma era el hecho de que se presentara, de manera simultánea y coordinada⁸, la enseñanza de tres disciplinas que habían representado la punta de lanza de la renovación del pensamiento en ciencias sociales durante la Ilustración europea. Además, lo hacían como materias docentes autónomas, una cuestión que diferenciaba esa experiencia de la de otros centros docentes, como el propio Seminario de San Isidro, en los que ya existía enseñanza del Derecho Público y la Filosofía Moral y, en el seno de sus programas, como era habitual en el marco universitario europeo, se incluían enseñanzas de carácter económico. Otra cuestión diferente, como el tiempo se encargará de mostrar, es que la experiencia docente que se desarrollará en las dos Cátedras de nueva creación fue de menor relieve que la de Economía y más limitada en el tiempo: mientras esta última se mantendrá activa, con diferentes períodos de interrupción, hasta 1846, cuando fue absorbida por la Universidad de Zaragoza, la Cátedra de Derecho Público, como todas las de su naturaleza en España, fue clausurada en agosto de 1794, en el contexto político del temor al contagio de los aires revolucionarios franceses, y la de Filosofía Moral cerró sus puertas, con toda probabilidad, en el verano de 1798⁹.

Las dos Cátedras a las que aludimos no tuvieron una existencia fácil, ni siquiera en sus primeros años. De hecho, una y otra, en particular, la de Derecho Público, rondaron su suspensión en diversos momentos. Esta circunstancia no se puede desligar del ambiente sociopolítico hostil que las acogió, lo cual habla por sí mismo de lo que su mera creación representaba como contrapunto en la anquilosada estructura docente de la época. Los primeros pro-

⁶ A.R.S.A.A.P., Acta del 9 de diciembre de 1785.

⁷ A.R.S.A.A.P., Actas del 16 y 30 de septiembre de 1785.

⁸ Los tres Catedráticos titulares formaban una «Junta particular de Escuelas», transformada en 1787 en «Junta universal de Escuelas», en la que se abordaban los problemas comunes a sus Cátedras (A.R.S.A.A.P., Acta del 19 de octubre de 1787); asimismo, éstas compartieron profesores, alumnos, socios «curadores», censors y responsables de los exámenes públicos.

⁹ A.R.S.A.A.P., Actas del 22 de agosto de 1794 y del 12 de enero de 1798.

blemas provinieron de resistencias, muy ciertas y poderosas, personificadas en los profesores de la Universidad de Zaragoza. En marzo de 1787, poco más de año y medio después de la creación de la Cátedra de Filosofía Moral, su titular, M. Latorre, enviaba un oficio a la Sociedad haciendo patente la escasa asistencia de alumnos a sus clases, cuyo motivo radicaba en «la continua enemiga que algunos de los públicos profesores les imprimen hacia estos establecimientos patrióticos»; la situación era de tal gravedad que proponía a la Sociedad que resolviera o bien «cesar la enseñanza o que continuara por este año»¹⁰.

Esta situación, ya grave en sí, empeoró notablemente a raíz del grave incidente que la Cátedra de Economía Civil tuvo con la Inquisición, al ser calificados, por parte del sacerdote franciscano Diego de Cádiz, como heréticos algunos contenidos muy significativos enseñados en ella por su primer titular, Lorenzo Normante. Este episodio, muy bien conocido¹¹, tenía un trasfondo político indudable: al margen de la heterodoxia religiosa de los contenidos denunciados, suponía un ataque frontal a la estrategia de renovación educativa de la Sociedad Aragonesa y a sus planteamientos de reforma social y política. Por ello, lo sucedido afectó de lleno a las otras dos cátedras. Sobre la enorme gravedad de esta crisis da testimonio el hecho de que en el otoño de 1787 los dos titulares de las cátedras de Derecho Público¹² y Filosofía Moral¹³ trataran, por motivos diversos, pero sin causas aparentemente justificadas, de renunciar a sus cargos. Ciertamente, sólo los decididos movimientos de la Sociedad Aragonesa para continuar garantizado la docencia consiguieron que las Cátedras no cerraran sus puertas en esas circunstancias. Así, no sólo no admitió la renuncia de los catedráticos sino que conminó a éstos y a los socios «curadores» a que trataran de evitar que se «verificase la total falta de discípulos» en ellas, exigiéndoles que estudiaran la manera de «hacer permanentes, concurridos y aprovechados los expresados estudios»¹⁴.

Solventada la crisis de 1787 sin suspensión de la docencia, la actividad de las Cátedras recobró gradualmente su regularidad. Ahora bien, los escasos

¹⁰ A.R.S.A.A.P., Acta del 2 de marzo de 1787.

¹¹ El mejor estudio al respecto sigue siendo el de GARCÍA PÉREZ, G., *La economía y los reaccionarios al surgir la España contemporánea*, Madrid, 1974.

¹² J. Broto, titular de la Cátedra, pretendió, «sin que se entendiese que se excusaba», dejar la docencia en manos del socio J. Garfía; pero éste tampoco admitió en esas circunstancias hacerse cargo de la misma, por lo que, con toda probabilidad, Broto hubo de prorrogar su decisión hasta año y medio después cuando, por «hallarse muy implicado en los asuntos de su profesión», cedió su plaza a J. I. Pardiñas (A.R.S.A.A.P., Actas del 19 de octubre de 1787, 6 de febrero de 1789 y 17 de diciembre de 1790).

¹³ En octubre de 1787, el titular de la Cátedra, M. Latorre, dimitió. «por sus ocupaciones de Canónigo penitenciario de la iglesia metropolitana y Catedrático de Prima de la Universidad literaria [de Zaragoza]». Esta decisión se sumaba a una serie de irregularidades previas sobre su escasa dedicación a la docencia, motivadas por sus «ocupaciones notorias», razón por la cual en marzo de ese mismo año la Sociedad ya había nombrado un profesor sustituto. En cualquier caso, ésta no admitió inicialmente su dimisión, pero un año después se vio obligada a nombrar catedrático sustituto en la persona de J. Garfía.

¹⁴ A.R.S.A.A.P., Acta del 31 de agosto de 1787.

datos de que disponemos sobre los alumnos matriculados en ellas (*vide* Anexo I) ponen de relieve que, a pesar de que ambas contaron con alumnos procedentes de un área geográfica muy amplia, en particular, del norte peninsular¹⁵, no fueron, en general, muy concurridas, en particular, precisamente, los años posteriores a esa crisis, hasta el punto de que en octubre de 1792 el inicio de la de Derecho Público se clausuró, si bien sólo temporalmente, por este motivo¹⁶. Lógicamente, en todo ello hubo de operar también la falta de incentivos docentes para los alumnos, pues la Aragonesa no logró, como pretendió en 1787, que las enseñanzas cursadas en sus aulas pudieran ser convalidadas por un año de Derecho o Filosofía¹⁷.

También es probable que las circunstancias críticas de 1787 influyeran en la dotación de los profesores. Lógicamente, éstos provinieron, en su gran mayoría, de licenciados y doctores en materias jurídicas formados en la Universidad de Zaragoza, pero todo apunta a que el propósito inicial de la Aragonesa de contar para su docencia con catedráticos —ese grado poseían los dos primeros— no pudo mantenerse en el tiempo. Por otra parte, la falta de un circuito pedagógico especializado en las materias de enseñanza se suplió, si bien sólo parcialmente, con el intercambio de profesores de las cátedras, incluyendo en ellas la de Economía; y algo similar ocurrió también con el alumnado, que normalmente figuraba matriculado en las tres especialidades¹⁸. Ahora bien, la estabilidad de los catedráticos no fue la norma habitual. La causa principal de ello fue económica: debido a su escasa dotación, la Sociedad Aragonesa no logró hacer de ese trabajo uno de dedicación plena, de tal manera que se entendió siempre como complementario a otro principal, en el ejercicio de la abogacía o como profesor con cargo en la Universidad de Zaragoza, o bien como una simple plataforma para el acceso a distintos cargos públicos. Mientras, en algunos casos, los habituales cambios en las Cátedras eran debidos a que sus titulares se hallaban «muy implicados en los asuntos de su profesión»¹⁹; en otros, los profesores accedieron desde su cargo a puestos en alcaldías, canonjías u otros de la jerarquía eclesiástica, abandonando rápidamente las Cátedras. Ello explica que por la de Derecho Público pasaran tres titulares y un sustituto durante menos de diez años. Pero la Cátedra de Filosofía Moral no corrió mejor suerte. El número de profesores implicados en ella durante 1785-1798 se eleva

¹⁵ Además de Zaragoza y el resto de Aragón, principalmente, de Navarra, el País Vasco, La Rioja, Santander y Cataluña.

¹⁶ A.R.S.A.A.P., Actas del 27 de septiembre y 26 de octubre de 1792.

¹⁷ A.R.S.A.A.P., Actas del 19 de octubre de 1787 y del 23 de diciembre de 1788.

¹⁸ Aunque no existen listas nominales de matriculados, disponemos de informaciones parciales acerca de los alumnos premiados en la Cátedra de Filosofía Moral, las cuales confirman esa afirmación, así como la procedencia de la gran mayoría de ellos, estudiantes de materias jurídicas en la Universidad de Zaragoza, aunque también los hubo de Filosofía. En esa Cátedra se educaron futuras autoridades de la relevancia de Isidoro Antillón, José Duaso o Juan Polo y Catalina (A.R.S.A.A.P., Actas del 5 de febrero, 11 de marzo, 6 de mayo y 4 de noviembre de 1796).

¹⁹ A.R.S.A.A.P., Acta del 6 de febrero de 1789.

a diez –o, quizás, a once–, con un peso relativo superior de los formados en materias teológicas²⁰.

3. EL CONTENIDO DE LAS ENSEÑANZAS DE FILOSOFÍA MORAL Y DERECHO PÚBLICO

En cuanto a los contenidos docentes impartidos en las cátedras de las que tratamos, la escasez de noticias disponibles no es un obstáculo para afirmar que tuvieron un perfil muy moderado que, además, no parece que cambiara durante la quincena de años en que se mantuvo vigente esa experiencia educativa. En la Cátedra de Filosofía Moral el texto escogido desde el principio fue la *Philosophia moral compuesta para la juventud española* (1755) del médico y filósofo aragonés Andrés Piquer. Este texto contaba con las ventajas, ante todo, de su factura española, su orientación eminentemente práctica y su formato de manual universitario. Junto a ello, jugaba a su favor su orientación doctrinal: el libro, claramente alejado de un escolasticismo rígido, participaba de una visión filosófica «eclectica», cercana a Mayans, moderadamente abierta a las novedades y dominante como doctrina oficial en las décadas de mediados de siglo, cuando vio la luz su primera edición. En cualquier caso, se trataba, en realidad, de un manual de filosofía moral «católica». El rasgo más característico del mismo era que su contenido se hallaba inclinado, sin ninguna fisura, hacia la defensa de los principios del catolicismo, lo cual había obligado a su autor a revisar críticamente las ideas de algunos de los autores *iustnaturalistas* extranjeros más significados, como Grocio, Pufendorf, Heineccio o Locke, así como a aproximarse a Muratori, enraizado en la Ilustración católica italiana, quien ha sido considerado la principal fuente inspiradora del texto Piquer²¹. Debido, seguramente, a todas estas razones, su éxito a lo largo del siglo XVIII español fue muy notable, y así lo atestigua no sólo el que fuera objeto de tres ediciones²², sino que la última edición, de 1787, con toda probabilidad, la utilizada en la Cátedra de Zaragoza, incluyera un ilustrativo *Discurso sobre la aplicación de la filosofía a los asuntos de religión*²³, en el que Piquer perfilaba los fundamentos de su moral práctica de base católica. Por otra parte, en el seno de la Cátedra de Filosofía Moral de Zaragoza, sólo hubo un intento de reemplazarlo. Éste vino de la mano del aragonés J. Traggia, quien en 1786 envió a la Sociedad Aragonesa su traducción de *La Morale* (Paris, 1755), del filósofo francés, profesor y antiguo Rector de la Universidad de París J.-B. Cochet, inserto en las corrientes moderadas de la Ilustración católica francesa, para que lo incorporara a las enseñanzas impartidas en esa Cátedra. Sin embargo, la

²⁰ Los datos disponibles sobre los docentes titulares, interinos o sustitutos implicados en la docencia de ambas Cátedras figuran en los Anexos II y III.

²¹ PESSET, M. y J. L., *La universidad española*, pp. 215 y ss. MINDÁN, M., *Andrés Piquer. Filosofía y medicina en la España del siglo XVIII*, Zaragoza, 1991, pp. 191-205.

²² Además de la original, de 1755, en 1775 y en 1787.

²³ El cual contaba con dos ediciones previas, en 1757 y en 1778.

Sociedad, después de estudiar con detalle la versión realizada y de valorar su «exactitud y propiedad»²⁴, cerró filas en torno al texto de Piquer²⁵.

Por otra parte, es muy probable que la *Philosophia moral* se estudiara, en el seno de la Cátedra de Filosofía moral, en conjunción con los *Elementa Juris naturalae et gentium* (1758) de J. G. Heineccio, el manual escogido en la de Derecho Público²⁶. Este texto contaba con la ventaja de estar diseñado para su uso primordialmente docente y esto explica su mayor fortuna, en el contexto estrictamente educativo, respecto a otros textos *iusnaturalistas* también muy bien conocidos en España y, más en particular, a la muy difundida traducción francesa realizada por Barbeyrac del libro de Pufendorf. De hecho, los *Elementa* de Heineccio, a pesar de figurar incluidos en los *Índices* de libros prohibidos de 1756 y 1779, circularon profusamente en nuestro país. Su recepción, en un contexto eminentemente docente, vino de la mano, primero, del influyente G. Mayans, quien en 1767 lo recomendó, si bien tras haber sido debidamente expurgado, como texto para las futuras Cátedras de Derecho Natural y de Gentes; y, a continuación, de su discípulo J. Marín y Mendoza, primer catedrático, durante 1771-1780, de esa especialidad en los Reales Estudios de San Isidro y autor de la primera edición latina del mismo editada en España, debidamente simplificada, expurgada y corregida en aquellas cuestiones en que se descubría la confesión protestante de su autor. Es muy probable que en Zaragoza se empleara esta edición, que fue reeditada pocos años después en Valencia y empleada en los primeros cursos que comenzaron a introducir en nuestro país la enseñanza del Derecho Público —también fue utilizada profusamente en las renovadas Academias de Jurisprudencia—, dado que los *Elementa* de Heineccio no fueron objeto de traducción castellana durante la Ilustración española —sí lo serán, en cambio, durante el siglo posterior, una vez que en 1821 fueran restablecidas las Cátedras de Derecho Natural, de la mano de M. Lucas Garrido—²⁷.

²⁴ Con toda probabilidad, la traducción mencionada no fue publicada. Una copia manuscrita de la misma se conserva en el Archivo de la Real Academia de la Historia. Se da la circunstancia de que J. Traggia, profesor de Eloquencia y Matemáticas también formado cerca de Mayans, elaboró esta versión de Corbet en el momento preciso en que entraba en la órbita de la protección, política y económica, de Floridablanca, cuya tutela de las Cátedras de la Aragonesa es bien conocida. En cualquier caso, las posiciones políticas de ese escolapio aragonés durante esos años —un regalismo intenso que armonizaba con una concepción absolutista y católica de la Monarquía española que le llevó a defender a esta frente a los principios de la Francia revolucionaria— encajaban bien en el perfil de las Cátedras de la Aragonesa. Sobre Traggia, véase ARUA, M. A., *La Ilustración Aragonesa: Joaquín Traggia (1748-1802)*, Zaragoza, 1987, pp. 234 y ss., 294 y ss.

²⁵ La Sociedad la consideraba una obra «absolutamente sabia, abundante, de primer orden en su clase y más conforme con el instituto de la Sociedad, por serlo de un distinguido literato español, que la publicó con el fin de que sirviese a la instrucción de nuestra juventud», si bien también la caracterizaba como «algo difusa» para ser estudiada en un único año, por lo cual recomendaba que se realizara un compendio de la misma «acomodado al objeto de su enseñanza y fines de la Sociedad» (A.R.S.A.A.P., Acta del 27 de octubre de 1786).

²⁶ A.R.S.A.A.P., Acta del 23 de diciembre de 1788.

²⁷ Pueden verse, entre otros, PESET, M. y J. L., *La universidad española*, pp. 292 y ss.; MESTRE, A., *Mayans y la España de la Ilustración*, Madrid, 1999, pp. 171-174; PESET, M. y J. L.,

Ahora bien, más allá de su idoneidad en razón a su adaptabilidad al contexto docente, es conocido que la fortuna de los *Elementa* en la formación de los juristas españoles de la Ilustración está directamente relacionada con su contenido. Tanto el engarce de su visión del Derecho Natural con una cultura jurídica de raíz positivista —y, por tanto, alejada del racionalismo propio de algunos de los autores más característicos de esa tradición académica—, como la matriz absolutista y fuertemente conservadora que informaba su ideología política, convertían esa obra en particularmente útil para un contexto cultural como el español²⁸. Su elección en la Cátedra de Zaragoza viene a confirmar plenamente esa fortuna. Introducida como manual ya desde la fundación misma de esa Cátedra, se mantuvo vigente incluso después de 1794 cuando ésta fue suprimida y, con toda probabilidad, buena parte de sus enseñanzas se trasladaron a la entonces en activo Cátedra de Filosofía Moral²⁹. Así, por ejemplo, tanto en 1794 como en 1796, el temario de esa Cátedra, así como el contenido de sus exámenes, aparecían ceñidos a los «*Elementos* de Heineccio, señalando los puntos y materias en que son adaptables sus opiniones»³⁰.

En cualquier caso, resulta difícil conocer con exactitud el alcance real de las lecciones realmente impartidas en las aulas de la Aragonesa, pudiéndose dar el caso de una enseñanza algo más avanzada. Así, en pasajes concretos de las reuniones de la Sociedad, se alude a la enseñanza de «otros autores mayores» y distintos a Heineccio. Asimismo, está probada la relación que mantuvieron con sus Cátedras de Filosofía Moral y Derecho Público autores bien distanciados del perfil de un cristianismo absolutista y conservador característico del texto del discípulo de Ch. Wolf. Entre ellos figuraron B. M. de Calzada o M. de Aguirre —el primero les remitió su traducción de la *Lógica* de Condillac, así como distintos textos literarios que fueron objeto de análisis por parte de los socios, y el segundo, diversos discursos—, al igual que J. Meléndez Valdés o V. de Foronda. No obstante, a pesar de ello, el ambiente de la Cátedra no hubo de ser, en general, especialmente renovador. Así, en 1794, con el fin de premiar a los alumnos más brillantes, se determinó la distribución entre ellos del texto de

Mayans y la reforma universitaria. Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las universidades de España, Valencia, 1975, pp. 244-245; Alvariz Morales, A., «La difusión del Derecho Natural y de Gentes europeo en la Universidad española de los siglos xviii y xix», en *Doctores y escolares. II Congreso Internacional de Historia de las Universidades hispánicas*, Valencia, 1995, vol. I, pp. 49-60; Rus Ruriño, S., «Una versión del «Estado de Naturaleza» en la España del siglo xviii: el texto de Joaquín Marín y Mendoza», *Cuadernos Dieciochistas*, I (2000), pp. 257-282.

²⁸ Vide, por ejemplo, SÁNCHEZ BLANCO, F., *El Absolutismo y las Lucas en el reinado de Carlos III*, Madrid, 2002, pp. 197-198.

²⁹ Sin embargo, no existe ningún indicio de que, como ocurrió en otras Cátedras españolas de esa naturaleza (Valencia), el texto de Heineccio fuera sustituido a comienzos de la década de los años noventa por el del jurista italiano, de raíz católica, G. Almici. Sobre su papel protagonista en la difusión de Pufendorf en Italia, vid. BAZZOLI, M., «Giambattista Almici e la diffusione di Pufendorf nel settecento italiano», *Critica storica*, XVI (1979), pp. 3-100.

³⁰ A.R.S.A.A.P., Acta del 6 de mayo de 1796.

C. Peñalosa y Zúñiga, *La Monarquía* (Madrid, Viuda de Ibarra, 1793), no caracterizado, precisamente, por su sentido crítico con el absolutismo³¹.

4. EL EXPERIMENTO DE LA CÁTEDRA DE ECONOMÍA CIVIL Y COMERCIO

Al mismo tiempo que todo esto ocurría en las Cátedras de Derecho Público y Filosofía Moral, en la de Economía Civil y Comercio la Sociedad Aragonesa desarrollaba la primera experiencia de enseñanzas económicas de la historia de España. Esta última Cátedra había sido creada a imitación de la de *Commercio e Meccanica*, fundada en 1754 en el Nápoles de *Carlo di Borbone* y dirigida desde sus inicios por el filósofo y economista napolitano A. Genovesi³², para cuyas tareas docentes elaboró sus conocidas *Lezioni di Commercio* (1765-1767). Como había sucedido treinta años antes en Nápoles, Carlos III acogió la fundación de la Cátedra de Zaragoza en 1784, estableciendo su carácter tanto experimental como oficial. Por una parte, la Aragonesa daba inicio a la experiencia teniendo presente que si ésta resultaba positiva, se extendería después gradualmente al resto de Sociedades Económicas españolas. Por otra, las principales cuestiones relativas a su organización y su contenido docente serían objeto de una estricta tutela oficial, en concreto, quedarían bajo la responsabilidad del Secretario de Estado, entonces, el Conde de Floridablanca.

Lógicamente, tanto el propio marco de las relaciones con el poder político como la gestión interna no fueron muy distintos de los que regirán en las dos Cátedras referidas en los epígrafes anteriores. De hecho, también la Cátedra de Economía asumió con fines organizativos las Ordenanzas de la Escuela de Matemáticas de la Aragonesa. Sin embargo, en términos prácticos, los resultados alcanzados en la dedicada a la Economía fueron claramente diferentes a los de las otras dos. A este respecto cabe afirmar, en primer término, que sus enseñanzas fueron, desde sus propios inicios, relativamente actualizadas; en segundo lugar, su planteamiento docente fue variando con el paso del tiempo con el fin de acomodarse a los cambios del pensamiento económico europeo; por último, la Cátedra fue un centro de preparación de materiales docentes propios que circularon e influyeron en el conjunto de la Ilustración española.

En el origen de esta peculiar dinámica docente se encuentra la voluntad del primer titular de la Cátedra, el jurista oscense L. Normante, de crear una «Biblioteca puntual y utilísima de los escritores económico-políticos, tanto nacionales como extranjeros», razón para la cual creía necesario realizar una profusa labor de «cuadernos» y «extractos razonados» de los textos origina-

³¹ A.R.S.A.A.P., Acta del 22 de agosto de 1794. Sobre el sentido (radiofónico) de ese texto, puede verse POUILLON, J. M., *Revolución de nación*, Madrid, 2000, pp. 85 y ss.

³² Sobre la historia de esta Cátedra, puede verse DI BATTISTA, F., «Per la storia della prima cattedra universitaria d'Economia, Napoli 1754-1866», en *Le cattedre di Economia Politica in Italia*, Milan, 1988.

les.³³ En estudios previos hemos mostrado que, durante la segunda mitad de los años ochenta, siguiendo esa directriz, socios de la Aragonesa tradujeron con fines docentes al castellano, si bien normalmente de forma fragmentaria y empleando formatos muy diversos—traducciones académicas, discursos o esos «extractos» o «cuadernos» docentes a los que se refería Normante—, obras de Th. Mun, E. B. de Condillac G. Filangieri, el Marqués de Casanx, J.-F. Melon, G. R. Carli o A. Genovesi.³⁴ Y si a ello añadimos el hecho de que también fueron empleados asiduamente con fines educativos los textos de algunos de los economistas españoles más importantes de esa centuria, como G. Uztáriz, B. Wurd, J. Darvila, G. M. Jovellanos, N. Arriqubar, V. de Foronda o T. V. Argumosa,³⁵ se ha de concluir que la Cátedra de Economía dio inicio a su trabajo en un contexto dominado por la actualidad y la pluralidad, tanto nacional como doctrinal, de las fuentes empleadas. Ahora bien, en esos inicios, el protagonismo de las enseñanzas recayó, si bien de manera no exclusiva, en el napolitano A. Genovesi y, en menor medida, el francés J.-F. Melon, dos autores centrales de la Ilustración europea, que habían desempeñado, por motivos distintos, un papel protagonista en el proceso de emergencia que la Economía Política conoció en buena parte de Europa durante las cuatro décadas previas a la publicación de la *Wealth of Nations* de A. Smith.³⁶

Como ha sido profusamente estudiado, las *Lezioni* de A. Genovesi constituyeron uno de los frutos intelectuales más maduros de la Ilustración napolitana.³⁷ Esta extensa obra, concebida por su autor en el seno de sus enseñanzas sobre Economía «Civil», durante la década y media (1754-1768) que dirigió la Cátedra napolitana de *Commercio e Meccanica*, contribuyó a la consolidación de la Economía Política como una de las ciencias mayores de las Luces napolitanas³⁸, ayudando a reforzar las reformas políticas *anticuriales* y jurisdiccio-

³³ NORMANTE, L., *Espíritu del Señor Melon en su Ensayo Político sobre el Comercio* (1786), Zaragoza, 1984, p. 6.

³⁴ ILLIOZ, J., *Pensamiento económico*, pp. 317 y ss.; ASTIGARRAGA, J., «La prima versione spagnola della Scienza della legislazione», en A. Trampus (ed.), *Diritti e costituzione. L'opera di Gaetano Filangieri e la sua fortuna europea*, Bologna, pp. 61-84.

³⁵ FERRERÍA, J. R., «La Cátedra de Economía», p. 138.

³⁶ Para un marco conceptual general de este proceso y el papel en él de los dos autores mencionados, pueden verse HURUMISON, T. W., *Before Adam Smith, The emergence of Political Economy, 1662-1776*, New York, 1988; GROENSVIGEN, P., *Eighteenth-century Economics*, London-New York, Routledge, 2002.

³⁷ Entre los trabajos más modernos sobre Genovesi, y sin ningún ánimo de ser exhaustivos, se pueden destacar los siguientes: VIGNEROLI, P., *Settecento riformatori. Da Muratori a Beccaria*, Torino, 1969, pp. 523-644; FERRONE, V., *Scienza Naturale Religiosa*, Napoli, 1982, pp. 546-674; GALASSO, G., *La filosofia in soccorso di governi. La cultura napoletana del Settecento*, Napoli, 1989, pp. 369-429; GARIN, E., *Dal rinascimento all'Illuminismo*, Firenze, 1993, cap. XII-XIII; CARRANERIO, D. y RICCIARATI, G., *L'Italia del Settecento*, Bari, 1993, pp. 311-322; IMBROGLIA, G., «Enlightenment in Eighteenth-century Naples», en G. Imbruglia (ed.), *Naples in the Eighteenth Century*, Cambridge, 2000, pp. 74-81.

³⁸ Sobre el contenido económico de las *Lezioni*, además de los estudios mencionados en la nota precedente, son de consulta aconsejable los siguientes: DI BATTISTA, F., *L'emergenza ottocentesca dell'Economia Politica a Napoli*, Bari, 1983; Pn, E., Antonio Genovesi. *Dalla politica economica all'«politica civile»*, Firenze, 1984; PERROTA, C., *Consumption as an Investment: I.*

nales puestas en marcha tras la llegada a Nápoles de *Carlo di Borbone* en 1734 y marcando la personalidad de un «partito genovesiano» que extenderá su influencia en todo el *Mezzogiorno* durante la segunda mitad del siglo XVIII –y aun con posterioridad– a través de autores tan insignes como G. Filangieri, G. Palmieri o G. Galanti³⁹. No obstante, el interés de las *Lezioni* no se agotaba en su temática económica. En cuanto que tratado de Economía «Cívica», el texto abordaba cuestiones de enorme trascendencia desde el plano más estrictamente político, referidas a los derechos naturales, la formación de la sociedad civil o los deberes del soberano. En este trasfondo de pensamiento político presente, en particular, en los primeros capítulos de la obra, aparecían entremezclados elementos provenientes del *iusnaturalismo* moderno –el derivado de Pufendorf o Locke–, la tradición republicana y el *Espritu de las leyes* de Montesquieu, obra de la que el propio Genovesi llegaría a realizar una edición propia profusamente anotada, editada, de manera póstuma, en 1777⁴⁰.

Por otra parte, las *Lezioni* tuvieron una notable circulación internacional: fueron muy bien conocidas en Francia, Portugal y, sobre todo, Alemania y España, donde fueron traducidas⁴¹. En nuestro país la característica principal de su recepción fue su marcada fisonomía docente y académica⁴². De hecho, todos los intentos de institucionalización de las enseñanzas económicas ensayados en España en el último cuarto del siglo XVIII, más allá incluso de la experiencia de Zaragoza, tuvieron como referencia central dicha obra: J. de Danvila la introdujo en el Seminario de Nobles de Madrid; R. de Salas, en la Universidad de Salamanca; y, por último, J. A. Mon, en la Academia de Economía Política de Mallorca.

Por lo que respecta a la Cátedra zaragozana, la centralidad de Genovesi se manifiesta, en primer lugar, en la traducción española de sus *Lezioni*. Tal traducción fue una consecuencia inmediata de la sugerencia de Floridablanca de que

The fear of gods from Hesiod to Adam Smith, London y New York, 2004, pp. 179-203, 223-243; FALCETTI, R., *L'economia politica in Italia*, UTET, 2000, pp. 49-57. En cuanto a la relación de las ideas económicas con el conjunto del pensamiento filosófico de Genovesi, vid. ZANUZZI, P., *La formazione filosofica di Antonio Genovesi*, Napoli, 1972, pp. 707 y ss. Lógicamente, este trabajo se ha enriquecido con las dos reediciones de los escritos económicos de Genovesi realizadas por PIRNA, M. L.: A. Genovesi, *Scritti economici*, Napoli, 1983, 2 vol.; A. Genovesi, *Delle lezioni di Commercio o sia di Economia Civile*, Napoli, 2005.

³⁹ La función de las *Lezioni* como el «peñón del movimiento reformatore» napolitano se describe en VIGNORI, E., «Il movimento riformatore degli illuministi meridionale», *Revista Storica Italiana*, LXXIV (1962).

⁴⁰ Sobre el pensamiento político de Genovesi resultan especialmente aconsejables los textos de PU, E., Antonio Genovesi, y MAS, E. de: *Montesquieu, Genovesi e le edizioni italiane dello «Spirito delle leggi»*, Firenze, 1971. En un estudio reciente, hemos analizado una recepción crítica en España de las ideas *iusnaturalistas* de Genovesi: ASTIGARRAGA, J., «*Iusnaturalismo* moderno de la mano de la Economía Política: las «Apuntaciones al Genovesi» de Ramón de Salas», *Historia Constitucional*, núm. 9, 2008 (<http://hc.rediris.es/09/articulos/Annl/Número09.html>).

⁴¹ PIRNA, M. L., «Bibliografía» y «Nota crítica», en A. Genovesi, *Delle lezioni di commercio*, pp. 893-921.

⁴² Tal y como ha sido estudiado por ASTIGARRAGA, J., «Diálogo económico en la «otra» Europa. Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. Genovesi, F. Galanti y G. Filangieri)», *Cyber Review of Modern Historiography*, 9 (2004), pp. 1-21.

la Sociedad Aragonesa elaborará un curso completo de Economía Política, escogido «entre los mejores autores italianos, franceses e ingleses». A tal fin, dicha Sociedad encomendó a V. de Villava, ilustrado aragonés y Catedrático de Leyes en la Universidad de Huesca, la traducción y adaptación de esa obra. Una vez que su versión fue aprobada por Floridablanca y por la Sociedad Aragonesa, y publicada en 1785-1786⁴³, fue adoptada como manual principal en la Cátedra de Zaragoza⁴⁴, si bien en conjunción con las *Lecciones de Economía civil, o del Comercio*, otro texto, también profundamente *genovesino*, que había publicado en 1779 el valenciano J. de Danvila para que sirvieran de guía en sus enseñanzas en la Cátedra de Filosofía Moral del Seminario de Nobles⁴⁵ y que la Cátedra de Economía de la Aragonesa había empleado profusamente durante 1784-1786, antes de que se culminara la versión española de las *Lezioni*.

La traducción de Villava fue la de mayor calidad de cuantas se realizaron en el seno de la Sociedad Aragonesa. Ahora bien, cuando se analiza en detalle su contenido, se confirma el juicio de F. Venturi respecto a la mayor modernización del traductor respecto del autor original⁴⁶. En su cuidada traducción⁴⁷, Villava practicó numerosas intervenciones textuales, que implicaron una metódica labor de cambios de palabras, de omisión de vocablos o de expresiones y, si bien, sólo ocasionalmente, de supresión por motivos de censura –este fue el caso concreto de un párrafo del texto original–. Tales intervenciones tenían como principal objetivo moderar tanto el lenguaje como el pensamiento religioso, político y económico de Genovesi. Una función similar cumplían también las extensas «Notas del traductor», que Villava adicionó a su versión. Tales notas, en un número global mayor al centenar y medio, incidían en un conjunto de temas centrales del contenido de las *Lezioni*, como el lujo, el problema feudal, las formas de gobierno o las leyes penales, y tenían una significación particular en la suavización del pensamiento político y religioso de Genovesi. A través de sus comentarios, Villava trataba de atajar de raíz cualquier atisbo que implicara una posible crítica a la Monarquía como el más adecuado de los sistemas políticos –con esa misma intención incorporó a su traducción un *Apéndice* copiado de E. B. de Condillac– o a planteamientos católicos ortodoxos, algo que en el caso del economista napolitano adquiere una significación especial, al tratarse de un autor que ha sido considerado una de las principales autoridades italianas de la *Aufklärung* católica⁴⁸.

⁴³ Sería reeditada en 1804.

⁴⁴ La traducción llevaba como título *Lecciones de comercio, o bien de Economía Civil*, Madrid, 1785-1786.

⁴⁵ CERVERA, P., *El pensamiento económico de la Ilustración Valenciana*, Valencia, 2003, pp. 103-122.

⁴⁶ VENTURI, F., *Settecento riformatore*, pp. 637-643.

⁴⁷ Sobre esta traducción y su profunda naturaleza «política», nos remitimos al reciente trabajo de ASTIGARRAGA, J. y USOZ, J., «From the Neapolitan A. Genovesi of Carlo di Borbone to The Spanish A. Genovesi of Carlo III: V. de Villava's Spanish translation of *Lezioni di commercio*», en B. Jossa, R. Potalano, E. Zagari (eds.), *Genovesi economist*, Napoli, 2007, pp. 193-220.

⁴⁸ En este sentido, conviene recordar que la difusión de la obra de Genovesi en España coincidió con la del otro gran representante de esas corrientes católicas ilustradas italianas, como fue E. Muratori, cuyas principales obras sobre Filosofía Moral se tradujeron en los años ochenta y

Por su parte, en lo relativo a sus comentarios de contenido económico, las reflexiones de Villava giraron principalmente en torno a la primera parte de las *Lezioni*, es decir, a los problemas del «comercio». Por ello, resultaba obligado poner en relación la importante fortuna española de Genovesi con la tesis, ya expuesta por autores como L. Inaci, F. Venturi, G. Galasso o E. Pii, según la cual sus *Lezioni* fueron un tratado esencialmente de «política económica», concebido para un país básicamente agrícola, pobre de capital y en situación de atraso y dependencia económicos. Estas razones explican que la fortuna internacional de las *Lezioni* fuera especialmente notable en los países «secondi comers», como era el caso de España, que estaban tratando de desarrollar esas políticas, al mismo tiempo, «mercantilistas» y «liberales», que habían estimulado el despertar económico británico desde finales del siglo xvii sobre la base de un programa que combinaba la práctica del proteccionismo exterior con una apertura más decisiva a los principios del libre comercio en el marco del mercado interior. Junto a todo ello, en el caso español, las *Lezioni* interesaron también porque su propuesta se adaptaba bien a los múltiples contextos ibéricos, en tantas cuestiones tan similares al napolitano, y, a su vez, porque la adopción de Genovesi implicaba la de quienes inspiraban a éste muy directamente: Forbonnais, Plumard de Dangeul, Herbert, Coyer y otros tantos «economistas políticos» del entorno del Intendente de Comercio V. de Gournay, junto a los británicos Cary, Hume o Davenant, filtrados a la realidad francesa a través de los anteriores. Todo ello contribuía decisivamente a hacer familiar la obra de Genovesi entre los lectores españoles, pues esos mismos autores, en particular, los discípulos del Gournay del «*commerce libre et protégé*»⁴⁹, habían resultado fundamentales en la formación económica de la primera generación de reformadores y «economistas» del reinado de Carlos III y en la formulación de sus propuestas de reforma.

Ahora bien, el propósito de Villava en su traducción era lograr un encaje «político» más adecuado de las *Lezioni* a la realidad española: en manos del aragonés esa obra, que ya había constituido tras su publicación un soporte para las tentativas reformadoras lideradas por Tanucci en el *Regno*⁵⁰, se convirtió en un instrumento en apoyo de las reformas socioeconómicas promovidas por los gobiernos de Carlos III y, en particular, por Campomanes, ideólogo principal de las mismas, como es bien conocido. De hecho, el poderoso Fiscal asturiano era la referencia central de los comentarios insertos en las «notas» de Villava.

noventa. Sobre la Antiklitung católica y las ideas moratorias de Genovesi, vid. ROSA, M., *Settecento religioso*, Venecia, 1999, pp. 149-184; y sobre el pensamiento religioso de Genovesi y el giro anticlerical y de sabor regilista de la última etapa de su vida, GALASSO, G., *La filosofia in scienza del governo*, pp. 369-399.

⁴⁹ Sobre el importante papel de Gournay en la formación del pensamiento económico francés de mediados de siglo, vid. MINIERI, A. E., «Le développement des idées économiques en France (1750-1756)», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XXXIII (1986), pp. 521-541.

⁵⁰ Nada más ilustrativo, a este respecto, que el capítulo «*Dello Stato, e delle naturali forze del Regno di Napoli per rispetto all'arti e al commercio*», en el que Genovesi aplicaba a la realidad napolitana el exhaustivo análisis sobre la «ciencia del comercio» (GENOVESE, A., *Delle Lezioni*, vol. I, cap. XXII).

Este compartía con él buena parte de sus propósitos reformistas y tan sólo le criticaba respecto a una cuestión: su posición sobre los mayorazgos, que el aragonés entendía como excesivamente avanzada. De esta manera, la traducción española realizada por Villava era esencialmente «política». El aragonés trataba de situar el modelo económico poblacionista, agrarista, proteccionista y moderadamente liberal de las *Lezioni* en la estela de la Ilustración oficial española, aunque ello le obligara a realizar el meticuloso proceso de adaptación referido. No obstante, en la medida en que estas modificaciones afectaban principalmente a las cuestiones política y religiosa, y, en cambio, apenas alteraron el modelo económico de Genovesi, la traducción de Villava fue la pieza clave de una corriente *genovesiana* económica española «oficial», muy cercana al reformismo de Carlos III, que vino a representar la lectura mayoritaria, aunque no única, que en España conocieron las *Lezioni*.

La centralidad de Genovesi en la Cátedra de Economía zaragozana no se circunscribe sólo a Villava y su traducción, sino que también fue esencial en la enseñanza del primer titular de la cátedra, L. Normante. Sus publicaciones incorporaban influencias diversas, pero básicamente procedentes del pensador napolitano. Se trató de las tres obras siguientes: *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos Económico-Políticos y la necesidad de su estudio metódico* (1784); *Proposiciones de Economía civil y Comercio* (1785); y *Espíritu del Señor Melon en su Ensayo Político sobre el Comercio* (1786)⁵¹.

El primer *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos*, leído por Normante en la sesión inaugural de la Cátedra de Economía, el 24 de octubre de 1784, consistió en una justificación moderna de los novedosos estudios económicos. A tal fin, desde la primera cita del francés Marqués de Mirabeau que abre el texto con una afirmación rotunda en esta dirección⁵², Normante se basa en autores foráneos y nacionales para salir en defensa de la conveniencia de institucionalizar tales estudios. En este sentido, llega a remontarse a la obra del *arbitrista* español Sancho de Moncada, quien, a comienzos del siglo xvii, ya había planteado abiertamente la necesidad de erigir un centro dedicado específicamente a la enseñanza de las «ciencias del gobierno», destinado al Príncipe y a los «Grandes»⁵³. En el mismo sentido mencionado, aparecen citados otros autores más recientes, tales como J. Accarias de Serionne, P. R. de Campomanes, A. Genovesi, J. Cary, D. Hume, F. V. de Forbonnais o L. Muratori; pero, sin duda, la referencia fundamental es Genovesi, de donde proceden casi todas las demás. Y no sólo se extraen de las *Lezioni*, sino también de

⁵¹ Las tres obras fueron publicadas en Zaragoza por Blas Miedes, en Zaragoza, los años 1784, 1785 y 1786, respectivamente. En 1984 fueron objeto de publicación conjunta, también en Zaragoza, en una edición a cargo de A. Peiró.

⁵² Mirabeau había tratado de vincular la escuela fisiócrata, de la cual era miembro, con la enseñanza de la Economía, en lo que se considera el inicio de la institucionalización de la Economía Política en Francia: HECHT, J., «Une héritière des lumières, de la Physiocratie et de l'idéologie: la première chaire française d'économie politique», en *Les problèmes de l'institutionnalisation de l'économie politique en France au XIX^e siècle*, *Oeconomía*, 6 (1986), pp. 9-12.

⁵³ Véase la introducción a la obra de SANCHE DE MONCADA, por J. Vilar, *Restauración Política de España (1619)*, Madrid, 1974, p. 15.

la *Storia del Commercio di Gran Bretagna* (1757-1758), traducción italiana de la obra del británico J. Cary, realizada por Pedro Genovesi con la ayuda de su hermano Antonio ⁵⁴. En el *Discurso* de Normante hay también una expresa alusión al movimiento de creación de Sociedades Económicas en Europa, instituciones que habrán de acoger inicialmente la enseñanza de la Economía, mencionándose, además del napolitano, los casos de Upsala, Milán y Viena. Normante precisa los grupos sociales a los que van dirigidos los conocimientos económicos. Así, hace especial referencia a la nobleza, el clero, los letrados, los funcionarios, los hombres de ciencia y los comerciantes. De nuevo, a la hora de involucrar a estos sectores ilustrados, se busca el respaldo de otros autores, como Bielfeld, Coyer, Grisellini, Goudar, Mun o Savary, cuyas citas también están extraídas de la obra de Genovesi.

En línea con la apuesta modernizadora de los estudios jurídicos y filosóficos de la Sociedad Aragonesa, el *Discurso* de Normante concibe la Economía como «ciencia del bien público» y como la parte «más sublime de la Filosofía civil». La concepción de la Economía es claramente *genovesiana* e incardinada en la Filosofía civil, según la cual «la Economía Civil conoce que el hombre es sustancia real y que para vivir necesita cosas reales (...) y, desde luego, se dirige a fomentar el aumento y bienestar del género humano» ⁵⁵. Evoca a la tradición británica, y más concretamente escocesa, en la que la reflexión económica surge de la más amplia Filosofía Moral. Esta tradición es recibida por Genovesi, quien también fuera catedrático de Ética o Filosofía Moral en la Universidad napolitana y buen conocedor de las obras de A. C. Shaftesbury o D. Hume, y se inscribe en el esfuerzo realizado por el italiano en aras de separar conocimientos científicos y religiosos, dentro de la pugna política e intelectual habida entre los ámbitos secular y eclesial más ortodoxo en el Nápoles del siglo XVIII, especialmente en su segunda mitad. En este sentido, la enseñanza de la Economía es presentada como un instrumento indispensable al Estado para cumplir su función primordial de mejorar la condición material de los súbditos, no el mero engrandecimiento de aquél. Se trata de conciliar los intereses individuales con los generales: «nuestro propio interés, si lo consideramos a fondo, nos dicta que nuestra opulencia es dependiente de la del Estado; que ésta es inasequible sin los esfuerzos de todos, y que si en ellos no procedemos con principios buenos, destruiremos lo mismo que intentamos edificar» ⁵⁶. En unos términos característicos de la tradición del pensamiento italiano, Normante llama a la Economía «ciencia de la felicidad del Estado», asimilándola a la «felicidad pública» ⁵⁷. La consecución del bien público implica necesariamente la de los particulares, y ésta no cabe sin aquélla.

⁵⁴ NORMANTE, L., *Discurso*, pp. 5, 10 y 11. La obra traducida al italiano por Pedro Genovesi es *Storia del Commercio di Gran Bretagna scritta di J. Cary (...) con un ragionamento e alcune annotazioni dell'Abate A. Genovesi* (Napoli, 1757-1758).

⁵⁵ NORMANTE, L., *Discurso*, p. 6.

⁵⁶ NORMANTE, L., *Discurso*, p. 16.

⁵⁷ NORMANTE, L., *Proposiciones*, pp. 3 y 6.

En otros estudios, hemos analizado que las *Proposiciones de Economía civil y Comercio*, la segunda publicación de Normante, son fundamentalmente un breve resumen filtrado de las propias *Lezioni* de Genovesi, de las que se obtienen las ideas más innovadoras, como la oposición al celibato eclesiástico y a los mayorazgos. Normante asume la oposición de Genovesi a Rousseau, negando la bondad de un estado «que flaman de la naturaleza», si bien el español no menciona al ginebrino ni profundiza como lo hace el italiano. Otra cuestión políticamente significativa es la del lujo. Normante respeta la división de Genovesi entre necesidad, comodidad y lujo. El significado de estos conceptos dependerá de lo avanzada que sea la sociedad. En las *Proposiciones* no se aborda en profundidad el tema, como sí lo hace Genovesi en capítulo aparte, pero se deja ver que el lujo es beneficioso, siempre que estén cubiertas las necesidades anteriores. Ello resume las convicciones más profundas del propio Genovesi.

El tercer texto de Normante, el *Espíritu de Sr. Melon*, pertenece más propiamente al programa de traducciones emprendido por la Sociedad Aragonesa y, como se ha adelantado, supuso la primera versión española de una de las obras económicas más influyentes de la Ilustración europea, el *Essai politique sur le Commerce* del francés J. F. Melon, que databa de 1734, con una versión ampliada en 1736⁵⁸. Se ha destacado el carácter científico y pionero de esta obra, una de las primeras sobre el «comercio» elaboradas con una pretensión sistemática en el ámbito europeo, así como su cierta excepcionalidad en la oscuridad del pensamiento económico francés de la primera mitad del siglo XVIII. Ello se debe, en primer lugar, a su marcado tono epicúreo y hedonista, bien ejemplarizado en su pionera defensa del lujo, que la conectaba directamente con la figura de B. Mandeville, así como, en segundo lugar, a su también relativamente singular defensa de la libertad de comercio, que la entroncaba con W. Petty y el pensamiento económico pre-liberal británico de finales del siglo XVII. Buena muestra de su carácter novedoso es que conoció una pronta recepción internacional. Fue traducida al inglés y al alemán en los años inmediatamente posteriores a su publicación y ejerció una poderosa influencia en la cultura económica italiana, incluido el propio Genovesi, buen conocedor del *Essai*⁵⁹, y, con posterioridad, en la española.

Normante tradujo a Melon con fines docentes. El resultado de su versión es bastante fiel al original, si bien figuran expresas algunas discrepancias o ciertas ausencias respecto al francés, particularmente cuando éste critica la política bélica española o las colonias americanas, pero también para mostrarse contrario a los impuestos sobre el consumo, al uso del tipo de cambio como modo de

⁵⁸ MEYSONNIER, S., *La balance et l'horloge. La genèse de la pensée libérale en France au XVIII^e siècle*, París, 1989, pp. 61-63; HUTCHISON, T. W., *Before Adam Smith*, pp. 219-220.

⁵⁹ Ello significaba profundizar el influjo genovesiano, como sucediera en Nápoles, donde el *Essai* de Melon fue traducido en 1778 por Longano, discípulo del propio Genovesi, o en Sicilia, donde, también esos mismos años, V. E. Sergio, catedrático de Economía en Palermo, también seguía la doctrina del francés: SPOTO, L., «Le cattedre di economia politica in Sicilia nel periodo 1779-1860: dal riformismo borbonico alla lotta ideologica contro il regime borbonico», en *Le cattedre di economia politica in Italia*, Milano, 1988, pp. 93-139.

conocer la balanza comercial, prefiriendo los «registros de las aduanas», así como a la idea de que el incremento de la oferta monetaria puede ser beneficioso⁶⁰. El traductor añade al final de cada capítulo unos «problemas» que aproximan el texto a la realidad española y justifican diversas medidas legales concretas, como sucede respecto a la libertad de comercio de granos implantada en 1765. En todo caso, la adopción de Melon por la Cátedra zaragozana supuso la incorporación de ideas sociales y políticas novedosas. Su *Traité* plantea la obligación del poder de procurar el bienestar económico del pueblo, indicando que «a esto se reduce la verdadera gloria de un Soberano»⁶¹. En esta línea de modernidad, se incide en la participación de la sociedad en los asuntos públicos. Aunque se recomienda prudencia, hay una entusiasta defensa de la libertad de expresión de ideas y de propuestas novedosas en la definición de la política económica. De ahí procede una crítica fuerte al ostracismo inmovilista del «imperio chino». En un añadido original, ligando lo anterior a la difusión de la Economía, Normante afirma que «ningún proyecto ni operación perteneciente a la política interior o al comercio debe hacerse secreto de Estado; y que conviene exponerse al consejo del público, apenas se difundan competentemente los conocimientos político económicos», considerados como la llave para poder opinar⁶².

También en un sentido de avance, el *Espíritu* de Normante recoge la visión partidaria del lujo de Melon, considerándolo «el destructor de la indiferencia y de la ociosidad» y poniéndolo en relación con las pasiones humanas. El aragonés añade la autoridad de Martínez de Mata y de Campomanes para fundar su opinión contraria a las leyes suntuarias⁶³. Otro elemento de modernidad se encuentra en la consideración del celibato como obstáculo para el deseado incremento de la población y en la idea de que no deben confundirse los asuntos de la Iglesia con los terrenales. Normante sostiene, en un añadido propio, que «en el Estado ni a la Iglesia conviene que subsista la disciplina de profesar la Religión antes de cumplir la edad de veinte y cuatro años; y que la clausura no debe ser impedimento para que la educación de los religiosos deje de estar sujeta a las leyes del Gobierno secular»⁶⁴. Incluso, el catedrático de Zaragoza, que escribe cincuenta años después que Melon, puede manifestarse más avanzado que éste, como sucede en el tema de la esclavitud: frente a la humanización pretendida por Melon, el español piensa que «no conviene con la suavidad de las costumbres europeas» y no acepta el comercio de esclavos⁶⁵.

Las líneas precedentes son una buena muestra de que los textos de Economía Política enseñados en la Cátedra de Zaragoza sirvieron de canal para la difusión de ideas avanzadas más allá del estricto ámbito económico. Por ello, no es extraño que, como ya se ha mencionado, esas enseñanzas parecieran

⁶⁰ Véase, respectivamente, NORMANTE, L., *Espíritu*, pp. 85, 36, 78 y 69.

⁶¹ NORMANTE, L., *Espíritu*, p. 90.

⁶² NORMANTE, L., *Espíritu*, pp. 90-91.

⁶³ NORMANTE, L., *Espíritu*, p. 45.

⁶⁴ NORMANTE, L., *Espíritu*, p. 19.

⁶⁵ NORMANTE, L., *Espíritu*, p. 25.

rápidamente peligrosas a los sectores más reaccionarios. No sólo hubo panfletos populares en contra de la Cátedra de Economía, incluso antes de que llegara a ser una realidad, sino que esa poderosa oposición se sustanció en una denuncia formal ante la Inquisición, la cual hubo de ser detenida por el Gobierno mediante una Real Orden de 10 de septiembre de 1788, a cambio de que la Sociedad Económica guardara silencio. De hecho, la docencia en la Cátedra no llegó a interrumpirse y L. Normante pudo seguir enseñando, pero ya no volvió a publicar más, a pesar de que no había cumplido aún los treinta años⁶⁶. Las ideas denunciadas por el fraile capuchino Diego José de Cádiz en diciembre de 1786 apuntaban directamente al catedrático y a diversas ideas contenidas en sus escritos, como el apoyo al lujo, los límites al celibato eclesiástico o la defensa del préstamo con interés⁶⁷.

Superado el conflicto inquisitorial, que, sin duda, hubo de hacer olvidar al gobierno ilustrado sus planes iniciales de extender la experiencia docente de Zaragoza a otras Sociedades Económicas, la Cátedra zaragozana operó, con ciertas interrupciones, hasta su clausura en 1846, de modo que perduró sensiblemente más que sus hermanas de Derecho Público y Filosofía Moral. Tras la resolución del mencionado conflicto, hubo una etapa de esplendor que se prolongó hasta 1808: en ese período hubo varios cursos en que las matrículas rondaron los cincuenta alumnos, entre ellos, brillantes futuros economistas liberales y servidores públicos, como Cistué, Duaso, Canga Argüelles o Polo y Catalina. Por su parte, la renovación en el plano de los contenidos docentes no tardó en llegar. Durante la década de los años noventa, las *Lezioni* de Genovesi comenzaron a ser apreciadas como inadecuadas para las enseñanzas, al ser calificadas como algo obtusas y excesivamente extensas por los responsables de la Cátedra. En esas fechas, ésta comenzó a virar básicamente hacia las obras, primero, de A. Smith y, después, de J.-B. Say.

Respecto a la recepción de Smith, no consta el momento preciso, si bien es muy posible que Normante ya la efectuara en su docencia y que influyera en su discípulo J. B. Cistué, quien elogió al economista escocés al hacerse cargo de la Cátedra a partir de 1801, cuando Normante partió a Madrid en calidad de oficial de la Secretaría de Estado de la Real Hacienda. Las ideas de Smith fueron divulgadas inicialmente en la versión extractada de la *Wealth of Nations* realizada por Condorcet, traducida al español por Martínez de Irujo, y en 1804 ya estaban plenamente introducidas en la Cátedra. Definitivamente, la enseñanza de una economía de orientación liberal se consolidó, aún más, tres años después, cuando, siguiendo directrices gubernamentales, la Sociedad Aragonesa acordó adoptar como libro de texto el, ya utilizado asiduamente, *Traité d'économie Politique* de J.-B. Say, que había sido traducido al español ese

⁶⁶ Normante ya había tenido problemas a la hora de imprimir las Propositiones, pues el subdelegado de Imprentas de Zaragoza, B. Aperregui, negó el permiso de publicación. El Consejo de Castilla resolvió a favor de la Sociedad Económica y la obra fue publicada sin sobresaltos adicionales (Fonsiles, J. E., «La Cátedra de Economía», p. 126).

⁶⁷ Una visión más general se expone en GARCÍA PÉREZ, G., *La economía y los reaccionarios*.

mismo año⁶⁸. El titular de la Cátedra era, desde 1806, J. B. Rivera, quien había auxiliado a Cistué desde 1804 y cuyo ejercicio se interrumpió en 1808, con la Guerra de la Independencia⁶⁹. No obstante, esta orientación hacia Smith-Say, por otra parte, bastante común en el conjunto del contexto europeo, no impidió a la Cátedra conservar su tradicional marco de enseñanzas relativamente actualizadas y de naturaleza doctrinal muy plural. Así, en 1798, el mismo año en que fue cerrada la Cátedra de Filosofía Moral, cuatro años después de que lo hubiera hecho la de Derecho Público, según información de la propia Sociedad Aragonesa, en la de Economía Política se enseñaba no sólo a los principales economistas españoles de los siglos XVII y XVIII, sino también, expresamente, a Quesnay, Melon, Dutoit, Plumard de Dangeul, Forbonnais, Condillac y Necker, entre los franceses; Davenant, Mun, Child, Cary, Hume y Smith, entre los británicos; y Muratori, Genovesi y Verri, entre los italianos⁷⁰.

En todo caso, la renovación liberal de los estudios económicos de la Cátedra zaragozana se hizo compatible con la orientación según la cual lo que allí se enseñaba no fue un conjunto de técnicas comerciales y contables, sino un modo innovador de entender la sociedad y sus problemas. Por ello, se trató de una concepción, dirigida, principalmente, a juristas y futuros funcionarios y gobernantes, que hablaba de los fines sociales que habían de orientar la acción del Estado. Al tiempo, conforme a los principios liberales en alza, en dicha enseñanza los valores individuales jugaban un papel fundamental, constituyendo el núcleo de la llamada «felicidad pública». En definitiva, era una formación que iba más allá de la actividad económica y que comprendía a la sociedad en su conjunto⁷¹.

5. CONCLUSIONES

La Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, en colaboración con el Gobierno de la España ilustrada, acogió un conjunto de enseñanzas de

⁶⁸ La Cédula de 12 de julio de 1807, que estableció por primera vez en la Universidad española la disciplina de Economía Política, en el seno de las facultades de Derecho, dispuso el empleo prioritario de la obra de Say como libro de texto: MARTÍN RODRÍGUEZ, M., «La institucionalización de los estudios de Economía política en la Universidad Española (1784-1857)», «Estudio preliminar» a VALLÉS SASTRÚN, *Elementos de Economía Política*, Madrid, 1989, p. XXXIII.

⁶⁹ A Rivera le sucedió, pasada la guerra, A. Alcalde. A éste, en 1821, J. Soto, a quien seguiría el último catedrático de la Sociedad Económica, A. Nogués, a su vez, primer docente de economía en la Universidad de Zaragoza, desde 1842, compaginando ambos puestos hasta la clausura de la Cátedra de Economía Civil y Comercio en 1846. Para más detalles sobre la historia de la Cátedra en el siglo XIX, puede verse SÁNCHEZ, A., MALO, J. L., y BRANCO, L., *La cátedra de Economía Civil*.

⁷⁰ A.R.S.A.A.P., acta del 22 de junio de 1798.

⁷¹ Tal y como relataba un expresivo documento de 1804, aludiendo a las enseñanzas de la Cátedra, «las materias de cambio, compañías, comisiones, quiebras, seguros, se explican sucintamente con relación a lo que influyen o determinan acerca del interés general de una nación». Citado por COLOMA, F., «La Cátedra de Economía y Comercio», pp. 114-115.

rango universitario, regladas, pero al margen de la tradicionalista Universidad española de la época, cuyo contenido no puede ser ignorado a la hora de entender la adopción en España del pensamiento que contribuyó a la renovación de las ciencias sociales en toda Europa. Ello tuvo lugar a través, principalmente, de las tres Cátedras de Derecho Público (1785), Filosofía moral (1785) y Economía Civil y Comercio (1784). Su suerte corrió paralela parcialmente, en definitiva, porque, sin duda, fueron concebidas como complementarias por la propia institución que las impulsó; sin embargo, en realidad, tuvieron desarrollos y finales muy dispares. Las dos primeras fueron suprimidas en los años noventa, mientras que la última, después de superar el embate inquisitorial de los años ochenta, perduró casi hasta la mitad del siglo XIX.

También en sus contenidos docentes el alcance fue distinto, a pesar de que las tres respondieran a un mismo espíritu renovador. En las de Derecho Público y Filosofía Moral predominó una enseñanza escasamente original, muy poco actualizada y más bien conservadora en cuanto a los principios políticos y religiosos. Así lo ponen de relieve dos hechos: en primer lugar, que los manuales escogidos en ellas fueran, respectivamente, los *Elementa Juris naturalis et gentium* (1757) de J. G. Helmecio y la *Philosophia moral compuesta para la juventud española* (1755) de A. Piquer; y, en segundo lugar, que esos textos no conocieran variación a lo largo de los años en que esa experiencia educativa se mantuvo vigente, entre 1785 y 1794, en la Cátedra de Derecho Público, y entre 1785 y 1798, en la de Filosofía Moral.

No ocurrió lo mismo en las enseñanzas económicas, que supusieron una experiencia de indudable cuño modernizador, notablemente dinámica, e incluso ejemplar, considerándola en el contexto más amplio de la Ilustración española. Por un lado, los ilustrados vinculados a ella, principalmente, su catedrático, L. Normante, pero también el traductor V. Villaya, elaboraron sus propios materiales docentes, bajo la forma de traducciones, discursos o «apuntes», que se convirtieron en instrumentos para facilitar la entrada en España de las ideas económicas y jurídico-políticas de autores tan significativos como A. Genovesi, J.-F. Melon, G. R. Carli o G. Filangieri, entre otros. Por otro lado, la Cátedra cultivó una docencia relativamente actualizada, que, partiendo básicamente de las enseñanzas del napolitano Genovesi, y, en menor medida, el francés Melon, mantuvo siempre una ejemplar pluralidad doctrinal y fue abriéndose a otros autores, en particular, los foráneos, y modernizándose a medida que transcurría el paso de los años, hasta integrar, antes de final del Siglo, a autores tan significativos de la Economía Política de la Ilustración como A. Smith o J.-B. Say.

Al mismo tiempo, si bien la traducción de las *Lezioni* de Genovesi por parte de V. de Villaya o la del *Essai* de Melon por Normante, así como los propios materiales docentes de este último, ponen de relieve un pensamiento político, económico y religioso moderado y relativamente contenido, incluso respecto al de los autores napolitano y francés originales, ello no es óbice para destacar que a través de sus doctrinas, y de las de otros autores contemporáneos a ellos que fueron enseñados en la Cátedra de Economía, se abría una

vía para la enseñanza y la discusión graduales de algunos de los principales tópicos de la cultura jurídico-política y económica de la Ilustración, desde los debates sobre las formas del gobierno, las leyes penales, las reformas de carácter regalista, la libertad de comercio o la amortización de las propiedades, hasta el de las consecuencias morales del lujo, pasando por las cuestiones sociales y económicas del crecimiento de la población y los obstáculos morales al mismo, como el polémico celibato eclesiástico. Todo ello iría permitiendo una apertura gradual hacia visiones menos moderadas y más respetuosas con los principios políticos y económicos que informaban las obras originales²¹.

Por mucho que hoy en día pueda pareceros que la labor en esa Cátedra fue muy prudente en sus planteamientos, y así lo pondrían de relieve, por ejemplo, las numerosas correcciones, erratas y omisiones que Villava introdujo en su traducción, no hay que olvidar que su labor estuvo sometida siempre al control inquisitorial y que fue, precisamente, esa Cátedra, y no las de Derecho Público o Filosofía Moral, el centro de los ataques que los sectores reaccionarios anti-ilustrados dirigieron a la pionera experiencia docente liderada por la Sociedad Aragonesa. Este hecho es todo un símbolo de que la Economía Política se había convertido, a medida que transcurrió el Siglo, no sólo en una de las ciencias mayores de la Ilustración española, sino también en un canal muy activo para la difusión de ideas y de propuestas de cambio que iban más allá de lo que estrictamente conocemos como contenidos de naturaleza económica, con una capacidad, en las décadas finales del mismo, de movilizar energías para desarrollar la reforma ilustrada mucho mayor que la que se perfilaba en otros ámbitos disciplinares tan próximos a ella, como el Derecho Público o la Filosofía Moral.

JESÚS ASTIGARRAGA Y JAVIER USOZ

²¹ Un ejemplo muy ilustrativo de lo que se menciona procede de la famosa *Scienza della legislazione* del jurista napolitano Filangieri, cuya aceptación gradual en el seno de la Cátedra, en concreto, de sus ideas económicas y políticas, a lo largo de las primeras décadas del siglo XIX, ha sido estudiada por Astigarraga, J., «Regionalismo económico y circulación internacional de las ideas económicas. La *Scienza della legislazione* de G. Filangieri en Aragón (1784-1823)», *Trimestre*, XXXVIII/1-4 (2005), pp. 31-72.

ANEXO I

Alumnos matriculados en las Cátedras de Derecho Público y Filosofía Moral

Cursos	Alumnos matriculados Derecho Público	Alumnos matriculados Filosofía Moral
1786-1787	—	57
1787-1788	15	19 (5 bachilleres en leyes)
1791-1792	—	15
1792-1793	26	15
1793-1794	38 (26 aprobados)	—
1794-1795	41	27
1795-1796	—	27
1797-1798	—	25

Fuente: Archivo de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País.

ANEXO II

Catedráticos, Profesores y «Curadores» de la Cátedra de Derecho Público

Profesores de la Cátedra de Derecho Público

José Brois, Catedrático de Instituta de la Universidad de Zaragoza. CT: 30-IX-1785.
Joaquín García, Doctor en Derecho Canónico y Civil (futuro Deán de la Catedral de Plasencia); intento fallido de su nombramiento en 1789.
Juan Ignacio Pardiñas (nombrado en 1793 Alcalde de Alcañiz). CT: 17-XII-1790.
Mariano Lafuente y Poyanos, Abogado de los Reales Consejos. PS: durante 1792.
CI: 7-12-1792. CT: 27-9-1793. Será catedrático hasta la supresión de la Cátedra en 1794.

Socios «curadores» de la Cátedra de Derecho Público

Francisco Javier La Ripa y Mateo José de Areizaga. C: 1785. Antonio Arteta C: 1792.

[CT: Catedrático Titular; CI: Catedrático Interino; PS: Profesor sustituto; C: «Curador»]

Fuente: Archivo de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País.

ANEXO III

Catedráticos, Profesores y «Curadores» de la Cátedra de Filosofía Moral

Profesores de la Cátedra de Filosofía Moral

Manuel Latorre, Catedrático de Prima Teología de la Universidad de Zaragoza y Canónigo Penitenciario de la Iglesia Metropolitana. CT: 23-IX-1785.

- Pascual Vallejo. PS: 2-III-1787.
 Joaquín Garsa Ruiseño, Doctor en Derecho Canónico y Civil (futuro Deán de la Catedral de Plasencia), CI: 18-VII-1788.
 Juan Ignacio Pardiñas (nómrado en 1793 Alcalde de Alcañiz), CS: 31-X-788.
 José Antonio Salcedo. PS: 28-VIII-1791 CT: 20-VI-1792.
 Lorenzo Español, Abogado de los Reales Consejos. PS: 25-I-1793. Sr. Chueca. PS: ¿? Camilo Lecha. CS: 1793?
 Mariano Lafuente y Poyanos CS: 1795? CT: 18-II-1796. Camilo Lecha (Catedrático de Cánones de la Universidad de Zaragoza), Intento fallido de su nombramiento como CS en 1796.
 José Elizondo. CT: 1796 Presumiblemente, será catedrático hasta la supresión de la Cátedra en 1798.

Socios «curadores» de la Cátedra de Filosofía Moral

- Sancho de Llanas y Vicente Baigorri. C: 1785. Manuel Latorre. C: 1792.
 [CT: Catedrático Titular; CI: Catedrático Interino; PS: Profesor sustituto; C: «Curadores»]
 Fuente: Archivo de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País.

André Morellet y la enseñanza de la economía en la ilustración española. La “*Memoria sobre la utilidad del establecimiento de una escuela de comercio*”*

JESÚS ASTIGARRAGA GOENAGA
Universidad de Zaragoza

Recibido: 21 abril de 2009

Aceptado: 11 de noviembre de 2009

RESUMEN

Durante el último cuarto del siglo XVIII la Ilustración española conoció una intensa toma de conciencia acerca de la conveniencia de fomentar enseñanzas económicas. En este trabajo se rescata una importante *Memoria* (1776 o 1777) por un miembro cualificado de la Sociedad Económica Matritense, en defensa de la implantación en España de enseñanzas relativas a la “teórica general del comercio”. Junto a su trascendencia de cara a acotar un terreno educativo diferenciado del más tradicional propio de las enseñanzas mercantiles, precisamente, el que será desarrollado años después por la pionera Cátedra de Economía Civil (1784) de la Sociedad Económica Aragonesa, esta *Memoria* destaca por la huella que en defensa de esos postulados dejaron los planteamientos económicos del fisiócrata André Morellet, en lo que debe considerarse un primer caso del uso activo de su obra en la Ilustración española.

Palabras clave: Ilustración económica española; Cátedras de Economía; Cameralismo; Fisiocracia; A. Morellet

André Morellet and the economic education of Spanish Enlightenment: 'A Memory on the the usefulness of establishing a commerce school'

ABSTRACT

During the last quarter of the Eighteenth Century members of the Spanish Enlightenment gradually enhanced awareness about the need of encouraging the teaching of political economy. This paper examines a significant *memoria* (dated in 1776 or 1777) by a leading member of the *Sociedad Económica Matritense* (the Madrid Economic Society), in order to implement in Spain the teaching of the 'general theory of commerce'. This report conveys an educational approach with similar characteristics to the pioneering Civil Economic's Chair (1784) of the Saragossan Aragon Economic Society (*Sociedad Aragonesa de Amigos del País*). In fact, this *memoria* differed from the classical mercantile teaching model and is based on André Morellet's physiocratic doctrine. Thus, it must be considered as the first adaptation of Morellet's approach to the Spanish economic context made by members of the Spanish Enlightenment.

* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación HAR2008-10174

Key words: Spanish Economic Enlightenment; Chairs of Political Economy; Cameralism; Physiocracy; A. Morellet

1. INTRODUCCIÓN

Hoy en día nadie pone en discusión que la Economía Política fue una de las ciencias mayores de la Ilustración europea. La consolidación gradual que esa disciplina conoció en gran parte de los países del Viejo Continente durante el siglo XVIII tuvo su reflejo en diversas manifestaciones de notable relieve, en el ámbito tanto de las ideas como de los hechos y las instituciones. De esta manera, a medida que avanzaba ese siglo y se generalizaba la cultura de las Luces, la denominada en ese tiempo *Economía Política*, *Civil* o *Pública*, o bien también *Comercio* o sencillamente *Economía* o *Oikonomia*, fue protagonista de un conjunto muy significativo de expresiones de naturaleza genuinamente institucional que, al mismo tiempo que contribuyeron a ampliar el dominio de la naciente disciplina, representaron testimonios indiscutibles del auge imparable que la misma venía conociendo desde los primeros pasos de su más inmediata emergencia, de la mano de William Petty y de sus discípulos más directos, en la Gran Bretaña de finales del siglo XVII. Si, por un lado, la publicación de tratados económicos y la realización de traducciones aumentó de una manera exponencial a medida que transcurría el Setecientos, éste fue testigo también de acontecimientos desconocidos hasta esa fecha en la historia de la cultura europea, como la aparición de las primeras revistas económicas especializadas -o *quasi*-, los primeros diccionarios de comercio y de economía, las primeras instituciones que llevaban como calificativo definitorio el de “económicas” y, por último, las primeras cátedras universitarias dedicadas en exclusividad a la enseñanza de esa disciplina académica.

De todos estos acontecimientos, este último fue, sin duda, el que hubo de reflejar mejor que ningún otro el nuevo reconocimiento político y social hacia la Economía Política como un cuerpo científico cada vez más autónomo, en su caso, en particular, respecto a la moral, la filosofía o la política, las disciplinas con las que venía manteniendo una prolongada y estrecha asociación. A su vez, la fundación de esas primeras Cátedras de Economía Política, siendo un poderoso síntoma del logro de esa mayor autonomía disciplinar, permite al mismo tiempo ser interpretada como un enérgico factor para la maduración futura de esa naciente disciplina, toda vez que con la aparición de instituciones educativas de la enseñanza superior se alcanza plenamente el denominado por Hirschman “efecto reclutamiento” de profesionales cualificados, en oposición al “efecto persuasión” de las ideas que es, por lo general, “el único que se considera y cuyo impacto social es significativamente menos duradero”¹. No es, por tanto, casual que el creciente interés por el estudio de la cultura económica del siglo de la Ilustración se haya

¹ HIRSCHMAN, Albert O.: *Enfoques alternativos a la sociedad de mercado*, Méjico, 1986, p. 40.

traducido en las tres últimas décadas en una investigación, relativamente amplia e intensa, acerca de la historia de las cátedras europeas de Economía Política. De la notable literatura acumulada sobre esta cuestión, se desprende que numerosos países europeos participaron, de una u otra manera, en este significativo movimiento institucional, si bien con un conjunto de particularidades propias que habla por sí solo de la pluralidad nacional consustancial al movimiento de las Luces y de la conveniencia de afrontar su estudio desde una óptica que, sin perder de vista su naturaleza cosmopolita, sepa apreciar al mismo tiempo la relevancia de su dimensión nacional.

Todas estas afirmaciones pueden aplicarse también al caso español, un país que, por méritos propios, estuvo a la cabeza de los que lideraron este movimiento multinacional de creación de cátedras de Economía Política. El documento que forma parte de este trabajo y que ha sido transcrito en su integridad a continuación de él, la *Memoria sobre la utilidad del establecimiento de una escuela de Comercio -Memoria*, de ahora en adelante-, presenta la virtud de ofrecer informaciones, inéditas y desconocidas hasta la fecha, de notable alcance para conocer los primeros pasos de ese proceso institucional en nuestro país. Se trata de informaciones previas a la fundación en 1784 de la primera Cátedra de su historia, la Cátedra de Economía Civil y Comercio fundada por la Real Sociedad Aragonesa de los Amigos del País, de tal manera que el análisis de su contenido permite también arrojar una nueva mirada sobre esta relativamente bien conocida institución emblemática de nuestra Ilustración económica. En cualquier caso, no es posible comprender la naturaleza de las primeras experiencias españolas de enseñanzas económicas sin integrarlas en el marco más amplio del conjunto europeo.

2. EL MARCO EUROPEO

Durante el siglo XVIII la Economía Política siguió careciendo de una identidad plenamente diferenciada del pensamiento social general. Por este motivo, es lógico que su enseñanza se presentara normalmente asociada a otras ramas de conocimiento contiguas. En este sentido, aunque haya llegado a ser un lugar común situar el origen de la Economía Política como disciplina universitaria en diversas cátedras de nuevo cuño fundadas en Alemania e Italia durante el segundo tercio del Setecientos, sería una exageración sostener que con ellas nacieron las enseñanzas económicas. En general, tiende a identificarse un doble origen de éstas, en ambos casos, con las materias económicas formando parte de cuerpos disciplinares más amplios, en concreto, la filosofía moral y las ciencias del Estado.

El primero de estos ámbitos fue de dominio primordialmente británico, aunque no exclusivo de él. A lo largo del Setecientos, las enseñanzas económicas -y también las relativas a la Hacienda Pública- formaban parte en las universidades británicas de las cátedras de filosofía moral, es decir, compartían protagonismo con la ética, la jurisprudencia, la política y la teología. Esta tradición educativa, cuyo

origen se hallaba en la gradual desagregación a lo largo de los siglos XVI y XVII de este conjunto de ciencias sociales del currículo central de la filosofía natural², conoció, como es bien sabido, una auténtica eclosión durante el de la Ilustración, en particular, en el contexto de las universidades escocesas, de la mano de profesores como Hutchenson, Smith, Ferguson o Stewart. Éstos dieron origen a uno de los focos universitarios de pensamiento económico más prestigioso de la Ilustración europea; y ello manteniendo la tradición de enseñar conocimientos económicos dentro de sus responsabilidades como profesores de filosofía moral. Las versadas sobre Economía Política no sólo fueron de fundación muy tardía en todo el ámbito educativo británico -las primeras datan de los años veinte del siglo XIX, en torno a una experiencia liderada por la Cátedra Drummond de Oxford (1825) y otra similar del londinense *University College* (1829); poco después, se fundó la Cátedra Whately, primera irlandesa, en el *Trinity College* de Dublín (1832)³-, sino incluso poco relevante respecto a la trascendencia que las cátedras de filosofía moral conservarán hasta finales del siglo XIX como auténticos centros innovadores de una cultura económica académica de primera línea⁴, cuya finalidad era tan ambiciosa como, en palabras de Adam Smith, “descubrir en qué consiste la felicidad y perfección del hombre, no sólo considerado individualmente, en sí mismo, sino como miembro de una familia, de un Estado y de la gran sociedad humana”⁵.

Mientras tanto, en el ámbito germánico, los primeros pasos de las enseñanzas económicas están relacionados con la emergencia gradual, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, de las “ciencias camerales” o lo que, más precisamente, se podría describir como principios de la Administración y las políticas económicas⁶. Un paso decisivo en esa línea fue dado en 1727, con la fundación de una cátedra de *Oeconomie, Policei y Kammer-Sachen* en la Universidad de Halle, a la que siguieron de inmediato otras dos, en Frankfurt an der Oder (1727) y Rinteln (1730), todas ellas enclavadas en el área protestante del norte de Alemania⁷. Alejados de una multisecular tradición aristotélica en la que la *oikonomia* aparecía como materia que daba sustento a una visión ética y política, sin apenas observarla como

² SCHUMPETER, Joseph A.: *Historia del análisis económico*, Barcelona-Caracas-Méjico, 1982, pp. 181-182.

³ KADISH, Alon y TRIBE, Keith (eds.): *The market for Political Economy. The advent of Economics in British University Culture, 1850-1905*, Londres-Nueva York, 1993, pp. 20 y ss, 42 y ss.; BOYLAN, Thomas y FOLEY, Timothy. (eds.): *Political Economy and colonial Ireland. The Propagation and ideological function of economic discourse in the Nineteenth Century*, Londres-Nueva York, 1992, pp. 4 y ss.

⁴ El primer *triplo* de Economía será creado en 1903 en la Universidad de Cambridge por Alfred Marshall.

⁵ SMITH, Adam: *Wealth of Nations* (1776). Edición de CANNAN, Edwin: *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, Méjico, 1958, p. 680.

⁶ SCHUMPETER: *Historia*, op. cit., p. 201; TRIBE, K.: *Governing Economy. The reformation of German Economic Discourse, 1750-1840*, Cambridge, 1988, p. 36 y ss.

⁷ Keith TRIBE: “Cameralism and the Science of Government” en *Journal of Modern History*, nº 56, 1984, pp. 263 y ss.

una disciplina práctica o técnica, los escritores cameralistas y futuros directores de esas cátedras acentuaban una visión logística del “arte de gobernar”, que ponía su énfasis en la enseñanza de las materias y técnicas útiles para el dominio del Estado -con un protagonismo lógico para las cuestiones hacendísticas-, es decir, enfatizando un contenido económico-administrativo particularmente provechoso para la formación de la burocracia y los futuros miembros de la Administración (y, por extensión, del moderno estado burocrático). Lógicamente, la naturaleza académica de este tipo de enseñanzas no puede explicarse sin aludir a la personalidad política de Prusia y de los poderosos monarcas prusianos -principalmente, Federico Guillermo I y Federico II-, quienes contribuyeron de una manera decisiva para que las nuevas ciencias camerales encontraran un rápido acomodo en la universidad y, bajo la forma de cátedras con denominaciones diversas, conocieran una verdadera eclosión a lo largo del siglo XVIII. Fue, en particular entre 1760 y 1790⁸, cuando bajo el dominio de dos manuales universitarios canónicos, los de Justi (1755) y Sonnenfels (1765-1766), fueron creadas alrededor de ochenta cátedras de *Polizei* y *Kameralwissenschaft* en el área alemana, y, asimismo, partiendo de ella, esta cultura universitaria se extendió al centro y norte europeos: dos de los focos principales de difusión de la misma fueron las cátedras de ciencias camerales de las Universidades de Upsala (1740) y, sobre todo, Viena (1763).

Respecto a las experiencias en otros países europeos, en particular, en aquellos bajo el dominio de las diferentes ramas borbónicas, las cátedras de Economía Política del Despotismo Ilustrado están claramente dominadas por la experiencia italiana. Ningún país puede disputar la hegemonía a una Italia que con sus cinco Cátedras de Nápoles (1754), Milán (1769), Módena (1772), Catania (1779) y Palermo (1779) se convirtió, junto a Alemania, en pionera en la Ilustración europea en la oferta de enseñanzas económicas⁹. Fueron, en particular, el Reino de Nápoles, la Lombardía austríaca y el Ducado de Módena los estados italianos que, en un clima de cierta estabilidad política y territorial, inauguraron diversos programas de desarrollo económico y cultural en cuyo seno se insertó la fundación de las cátedras mencionadas. Esta experiencia italiana guardaba, en última instancia, ciertas similitudes formales y sustanciales con la germano-prusiana. Ante todo, fue el fruto directo de un reformismo ilustrado tutelado desde el poder y que, con el apoyo de una aristocracia que, bien colaboró estrechamente con él -los casos de

⁸ TRIBE: *Governing Economy*, *op. cit.*, p. 91 y ss.

⁹ Vid., sobre la cátedra de Nápoles, DI BATTISTA, Francesco: “Per la storia della prima cattedra universitaria d’Economia. Napoli, 1754-1866”; sobre las de Milán y Módena, BIANCHINI, Marco: “Una difficile gestazione: il contrastato inserimento dell’Economia Politica nella Università dell’Italia nord-orientale (1769-1866). Note per un’analisi comparativa”; y sobre las dos sicilianas, SPOTO, Luciano: “Le cattedre di Economia Politica in Sicilia nel periodo 1779-1860: dal riformismo borbonico alla lotta ideologica contro il regime borbonico”. Estos trabajos se hallan en AUGELLO, Massimo, BIANCHINI, Marco, GIOLI, Gabriella y ROGGI, Piero (eds.): *Le cattedre di Economia Politica in Italia*, Milán, 1988, pp. 31-46, 47-92 y 93-138, respectivamente.

Milán y Módena-, o bien, sin alcanzar un mayor protagonismo, no obstaculizó su labor -los de Catania y Palermo-, aprovechó el estado latente favorable a los cambios para proyectar instituciones docentes mediante las que encauzar la formación de sus funcionarios y dar cobertura a su estrategia reformista. Exceptuando la cátedra de Nápoles, que fue obra del mecenazgo privado del toscano, asentado en Nápoles, Bartolomeo Intieri, las cátedras italianas nacieron merced a la financiación pública, y esta circunstancia acabó estableciendo una forma de subordinación a las prioridades formativas instituidas por los poderes públicos de los diferentes estados.

En el área geográfica bajo el dominio de la casa borbónica española, se fundó en 1754 la *Cattedra* napolitana de *Commercio y Economia civile*. Su diseño inicial manifestaba “una marcada propensión técnica-aplicada”¹⁰, que, sin embargo, fue corregida gracias a la orientación de su primer catedrático, Antonio Genovesi. Este prestigioso profesor de ética y metafísica no sólo insertó plenamente es Cátedra en la línea de reformas que venía amparando *Carlo di Borbone* desde 1739, sino que tras quince años de docencia en ella -la dirigió desde su fundación hasta el año de su muerte, en 1769-, acabó transformándola en una institución fundamental en la emergencia gradual que la Economía Política venía conociendo desde los años cuarenta en el *Regno delle Due Sicillie*, así como en una pieza decisiva en la historia futura de la cultura ilustrada del *Mezzogiorno* italiano, en los ámbitos tanto intelectual como reformador¹¹. Su experiencia, de notable relevancia para la propia realidad española, como veremos, se transmitió con cierto retraso en el resto del *Regno*, que se resintió de una cierta relación de dependencia de la periferia (Palermo y Catania) respecto del centro (Nápoles). Las dos cátedras de Economía, Agricultura y Comercio de Palermo (1779) y de Catania (1779) se crearon con un perfil más específico que la de Genovesi de instrumentos al servicio del desarrollo regional, tal y como dejaban traslucir sus denominaciones¹².

El influjo de la experiencia napolitana no se agotó en el *Regno*; también se extendió a la Lombardía austríaca a través de la iniciativa política de Gian Rinaldo Carli y los miembros de *Il Caffè*, en particular, de Beccaria, elegido por ese político lombardo para dirigir la Cátedra milanesa de Derecho Público, Jurisprudencia Práctica y Economía Cameral, fundada en 1769¹³. Esta primera cátedra del norte italiano -de mucha más relevancia que la modesta y muy efímera de Economía Civil que será fundada tres años después en la cercana Módena- fue, en realidad, un producto directo del poder político, es decir, del reformismo de Teresa de

¹⁰ DI BATTISTA: *Per la storia*, op. cit., pp. 36-37.

¹¹ Pueden verse, sin ánimo de exhaustividad, por ejemplo, VENTURI, Franco: *Settecento riformatore*, Torino, 1969-1784, vol. I, pp. 523 y ss.; FERRONE, Vincenzo: *Scienza natura religione*, Napoli, 1982.

¹² SPOTO: “*Le cattedre*, op. cit.”, pp. 101 y 111.

¹³ PERNA, María Luisa: “Nota critica” a Antonio Genovesi: *Delle Lezioni di commercio o sia di Economia Civile*, Napoli, 2005, pp. 913-916.

Austria. A través de su creación, ésta pretendía extender a tierras lombardas “una enseñanza largamente experimentada ya en su propia universidad”, propiamente, el patrón de las enseñanzas camérales y la positiva experiencia desarrollada por Sonnenfels en la Universidad de Viena¹⁴.

Observando la experiencia de las cátedras italianas como un conjunto, se comprueba, en primer lugar, que su punto de partida fue el proceso más amplio de gradual renovación de los sistemas educativos que promovió el reformismo ilustrado italiano entre 1735 y 1777, las fechas de las reformas educativas que dieron origen a la primera y última cátedras de Nápoles y Palermo. Su proceso fundacional recorrió trayectorias dispares: desde la aparición de la enseñanza de la Economía Política como una sección asociada a la filosofía moral, o incluso la filosofía “social” (Módena), y las ciencias camérales (Milán), hasta, la más general, como una disciplina relativamente autónoma. Un elemento común a todas ellas fue que el programa reformista maduró en “los cenáculos de literatos, filósofos y científicos de vanguardia”¹⁵, es decir, se desarrolló al margen de la estructura universitaria tradicional, normalmente a través de cursos encuadrados en colegios o academias de nuevo cuño, destinados a la formación de nuevos profesionales (la *Scuole Palatine* de Milán, la *Regia Academia degli Studi* de Palermo o el *Ateneo* de Nápoles), todo un signo del papel secundario que la Universidad italiana cumplió en el desarrollo y la popularización de las ideas de la Ilustración¹⁶. La Economía Política, con todo, nunca llegó a engrosar el grupo de disciplinas de la “alta cultura” -todavía normalmente las de contenido humanístico-, sino que siguió disfrutando de una importancia formativa secundaria.

Como se ha adelantado, la Economía Política que se enseñó en las cátedras italianas del Setecientos no respondió a un patrón uniforme. Sus titulares, cuando no trataban de “recalcar sagazmente los esquemas de las disciplinas camérales”¹⁷ (Milán), insistían en una orientación más técnica y aplicada que teórica (Catania y Palermo) o se interesaban por ella en cuanto disciplina afín a las ciencias y las instituciones políticas (Módena). Ciertamente, los avances teóricos de los fisiócratas franceses o de Adam Smith les resultaban, en general, bien conocidos; pero su aclimatación a la escena educativa italiana no llegó a materializarse en toda su plenitud durante este período. Genovesi y Beccaria, los dos docentes en Economía Política más destacados de la Italia ilustrada, respondieron más adecuadamente a las exigencias de sus respectivos entornos, a través de unas lecciones que no se desprendieron plenamente de la herencia de una cultura económica “mercantilista”.

¹⁴ BIANCHINI: “Una difficile gestazione, op. cit.”, p. 52.

¹⁵ DI BATTISTA: “Per la storia, op. cit.”, p. 36.

¹⁶ GIOLI, Gabriella: “La nascita e l’affermazione dell’insegnamento dell’Economia Politica in Italia: continuità e discontinuità (1750-1900)”, en AUGELLO, BIANCHINI, GIOLI Y ROGGI (eds.): *Le cattedre*, op. cit., pp. 388-389.

¹⁷ BIANCHINI: “Una difficile gestazione, op. cit.”, pp. 67-68.

Esto no significa que estos catedráticos se ajustaran rígidamente a lo que los poderes políticos respectivos les requerían. Beccaria no se limitó a enseñar ciencias camerales, tal y como le pedía la Administración austríaca de Milán, sino un programa más amplio de “ciencias económicas”. En dicho programa, el estudio de la Administración Pública era tan sólo una sección de la disciplina más amplia de la “Economía Política” o de la “Administración Pública y el Comercio”, que poseía sus “principios generales”, debía de atender al “carácter general de los hombres” y en la que el “gran arte” del legislador consistía, no sólo en alumbrar esos principios, cuanto también en conciliarlos, entre otros medios a través del “espíritu de cálculo”, con la “mayor exacta precisión a las circunstancias particulares de un Estado”¹⁸. Por su parte, la docencia de Genovesi -que terminó dando forma primero a unos inéditos en su tiempo *Elementi del commercio* (1757-1758) y después a sus canónicas *Lezioni di commercio*, cuya primera edición data de 1765-1767- se amplió con el fin de dar cobijo a sus investigaciones de Economía “Civil”: ésta era una auténtica “ciencia del comercio”, que trataba de cumplir la finalidad de que un Estado alcanzara la mayor riqueza y población posibles teniendo presente los condicionamientos que para ello imponía la relación de “todo Estado con la soberanía”, es decir, la existencia de una sociedad políticamente organizada¹⁹; era, por tanto, una disciplina mucho más ambiciosa que esa “mecánica aplicada a la agricultura” propuesta inicialmente como guión para su Cátedra por Intieri, su protector y reformador de la escena educativa napolitana. En cambio, en Sicilia existió una complementariedad mayor entre el diseño inicial de las cátedras locales y los contenidos que se impartieron en sus aulas. V. Sergio y P. Balsamo, catedráticos de Palermo y Catania, respectivamente, constriñeron el alcance teórico de sus lecciones en favor de una orientación que, partiendo del estudio de la estructura económica siciliana, desembocara en un programa específico de política económica para intervenir sobre ella. Con sus propuestas de incentivar las manufacturas (V. Sergio) y de liberalizar las estructuras económicas y jurídicas del campo (P. Balsamo), ambos interiorizaban dos de los principales contenidos de la política moderadamente liberalizadora iniciada por los Borbones en Sicilia alrededor de 1750²⁰.

A pesar de su incuestionable ímpetu inicial, la historia de las cátedras italianas fue breve. Solamente en Sicilia, y gracias al apoyo que le prestaron los Borbones, la labor de Sergio y Balsamo en Catania y Palermo fue proseguida sin quebras

¹⁸ Las citas están extraídas del discurso fundacional de la Cátedra de Milán de Beccaria, en el que calificaba a Genovesi como el “fundador” de la ciencia de la Economía Política en Italia: *Discours de Mr. Le Marquis Cesar Beccaria Bonesana, noble patricien milanais, Professeur Royal de la Chiare nouvellement établie par ordre de S. M. Imperiale, pour le commerce et l'Administration Publique*. Lausanne, 1769, p. 15-18. El contenido de sus lecciones en la Cátedra, inédito en su tiempo, fue publicado en 1804 como *Elementi di Economia Pubblica*.

¹⁹ GENOVESI: *Delle Lezioni*, op. cit., p. 271.

²⁰ SPOTO: “*Le cattedre*, op. cit.”, p. 134.

significativas. En cambio, éste no fue el caso de Nápoles, Milán y Módena, donde se conjugaron causas propias y ajenas al proceso hasta llegar a interrumpirlo. En Nápoles la Cátedra *intieriena* paralizó virtualmente sus actividades después de la muerte de Genovesi en 1769 y de la dificultad -si no imposibilidad- de encontrarle un sustituto adecuado, entre continuos problemas administrativos y financieros²¹. Las dos experiencias lombardas también fueron breves, debido a la falta de apoyo gubernamental y, sobre todo, a la “la escasa convicción por parte de los propios docentes”²²: en 1771, dos años después de iniciar su docencia, Beccaria abandonó la cátedra de Milán en favor de A. Longo, un súbdito fiel al gobierno austríaco, quien la mantuvo activa hasta su fallecimiento en 1792. En Módena, las enseñanzas se interrumpieron en 1780, tras ocho años de la impartición de lecciones por parte de su primer titular, A. Pardisi, fallecido ese año. Así pues, habrá que esperar a que la escena educativa italiana se reactive a la vuelta del siglo, en buena medida bajo el influjo de la cultura francesa -y, en parte también, debido a la dominación política de ese país vecino-. En ese nuevo contexto, surgieron nuevas cátedras en Turín, Pavía, Bolonia o Padua, y se reactivó la actividad en las pioneras de Nápoles, Milán y Sicilia, a través de unos nuevos programas educativos que intensificaban la vertiente económica más aplicada, adscrita a disciplinas como la Estadística o el Derecho, en el seno de cátedras sobre “ciencia de la legislación”, “derecho comercial”, “estadística y economía” o “economía pública del reino”.

Mientras esto ocurría en Italia, en la cercana Francia los primeros intentos de institucionalización de las enseñanzas económicas tuvieron lugar dos décadas antes del estallido de la Revolución, de la mano del impulso político y reformador de los fisiócratas²³. Su principal valedor entre ellos fue el marqués de Mirabeau, quien, consciente, como sus compañeros *économistes*, de la importancia de crear un sistema de instrucción pública que permitiera la diseminación de las leyes del orden natural en las que ellos creían, preconizó a partir de 1765 la conveniencia de fundar cátedras de *Oeconomie*. De esta manera, dos años después, promovió la inserción de las enseñanzas de A. Court de Gébelin, “demostrador de la ciencia económica”, en el curso de l’abbé Choquart, a la par que comenzó a preparar, con la ayuda de su compañero de *escuela* Du Pont de Nemours, diversos programas, manuales y otros textos docentes que resumían las líneas centrales de los principios económicos y jurídico-políticos fisiocráticos²⁴. De su labor surgieron los que

²¹ DI BATTISTA: “*Per la storia, op. cit.*”, pp. 37-38.

²² BIANCHINI: “Una difficile gestazione, op. cit.”, p. 68.

²³ Sobre esta cuestión, pueden verse: WEULERSSE, Georges: *Le mouvement physiocratique en France de 1756 à 1770*, París, 1910, vol. I, pp. 133 y ss.; PERROT, Jean Claude: *Une histoire intellectuelle de l’Économie Politique (XVII-XVIII siècles)*, París, 1992, pp. 79 y 371; y HECHT, Jacqueline: “Une héritière des Lumières, de la Physiocratie et de L’Idéologie: la première Chaire française d’Économie Politique”, en LEVAN-LEMESLE, Lucette (ed.): *Les problèmes de l’institutionnalization de L’Économie Politique en France*, París, 1986, pp. 9-10.

²⁴ SCHUMPETER: *Historia, op. cit.*, p. 272.

merecen la consideración de primeros cursos privados y libros de texto en la historia de la Economía Política en Francia. Su valor, con todo, no pasó de ser testimonial. La respuesta que los fisiócratas recibieron de la aristocracia francesa fue insuficiente. Al tratar de la *escuela*, Schumpeter recordaba que ésta “no existía aún en 1750. De 1760 a 1770 *tout* París, y todavía más Versalles, hablaba de ella. Prácticamente todo el mundo (salvo los economistas de profesión) la habían olvidado en 1780”²⁵. Esta circunstancia explica la razón de que las iniciativas de Mirabeau apenas se proyectaron en el futuro y de que, en general, acabaran diluyéndose en la amplia corriente de demandas que los núcleos ilustrados realizaron en las décadas previas a la Revolución a favor de una modernización de los programas docentes que contemplara la rehabilitación del papel formativo de las emergentes ciencias sociales.

Habría que esperar a la Convención (1793-1794) para que pudiera materializarse una revisión en profundidad de la herencia educativa del Antiguo Régimen, en cuyo seno se insertó la creación de la primera cátedra francesa de Economía Política. Ésta fue fundada en 1795 en la *École Normale* de París. Su primer titular fue Alexandre Vandermonde, un republicano moderado, “más matemático que economista”, cuyo programa de estudios se basó en los tratados de los británicos Smith y Steuart. Su experiencia resultó, sin embargo, una vez más, tan efímera -apenas duró cuatro meses- que en ningún caso contribuyó a asentar la continuidad del proceso²⁶. Y, por si eso fuera poco, la línea que, partiendo desde ella enlaza con el conjunto de iniciativas promovidas al amparo del Directorio (1795-1799) y el Consulado (1799-1804) para la integración de la Economía Política en el sistema educativo público francés fue tan tenue que el Imperio (1804-1814), con su brusca involución de las conquistas revolucionarias, la quebró sin ninguna dificultad²⁷. Así pues, corresponderá a Jean-Baptiste Say y sus discípulos (Rossi, Chevalier, Blanqui, etc.) el mérito de la creación de las primeras cátedras de Economía con continuidad en la historia de Francia, partiendo de la de *L'Athénée* (1818), a la que seguirán las del *Conservatoire des Arts et Métiers* (1819) y el *Collège de France* (1831), todas ellas localizadas en París²⁸.

²⁵ El texto más significativo de estos propósitos fueron sus *Leçons économiques* (Ámsterdam, 1770), en el que Mirabeau, a través de 42 lecciones, trataba de explicar que la “instrucción económica” consistía en el “conocimiento de los derechos y deberes del hombre según su naturaleza, regla única, constante e invariable de sus derechos y deberes sociales” (pp. VI-VII).

²⁶ HECHT : “*Une héritière des Lumières*, op. cit.”, pp. 25-35. FACCARELLO, Gilbert y STEINER, Philippe: “Prelude: une génération perdue?”, en *La pensée économique pendant la Révolution française*, Grenoble, 1990, pp. 27-28.

²⁷ DAMAMME, Dominique: “L'Économie Politique sous le Consulat et L'Empire, misère de l'Économie, science de la richesse”, en LEVAN-LEMESLE (ed.): *Les problèmes*, op. cit., pp. 50-54.

²⁸ STEINER, Philippe: “J. B. Say et l'enseignement de l'Économie Politique en France (1816-1832)”, en LEVAN-LEMESLE (ed.): *Les problèmes*, op. cit., pp. 63-95.

3. EL PROCESO ESPAÑOL: PRIMERAS INICIATIVAS

El 24 de Octubre de 1784 abrió sus puertas la Cátedra de Economía Civil y Comercio fundada en Zaragoza por la Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Como se ha advertido, se trataba de la primera con ese contenido fundada en España, al igual que una de las primeras de Europa. La Cátedra aparecía integrada en un amplio programa educativo -uno de los más ambiciosos de toda la España de la Ilustración- en el ámbito de las ciencias sociales. No debe olvidarse que esa Cátedra se concebía como complementaria de otras dos, versadas sobre Derecho Público y Filosofía Moral, que fueron fundadas en 1785²⁹. En cualquier caso, es indudable que la de Economía Civil y Comercio no puede explicarse fuera del contexto del notable avance que la cultura económica venía conociendo en España desde la llegada al trono de Carlos III -también en su vertiente institucional-, así como de la plural experiencia multinacional, descrita en las líneas previas. En alguna medida, como veremos, la Cátedra aragonesa fue una aclimatación de esa experiencia al particular contexto español; ahora bien, aunque tuviera su trasfondo en ella, además de, ocasionalmente, en otros antecedentes muy remotos propiamente españoles³⁰, esa Cátedra fue una respuesta institucional concreta hacia un estado de opinión que, en particular, a partir de 1774-1775, comenzó a demandar en el espacio público ilustrado, de una manera muy intensa, la conveniencia de fomentar las enseñanzas económicas. Como fue habitual en el contexto educativo español del Setecientos, tales demandas se insertaban en una corriente de opinión más amplia, favorable a modernizar la educación a través de saberes “útiles” y “prácticos”, y terminaron canalizándose al margen de las estructuras universitarias en torno a de dos instituciones de nuevo cuño: las juntas y consulados de comercio y las sociedades económicas. En la creación del estado de opinión al que nos referimos, promovido por los principales ilustrados de ese momento (Campomanes, Jovellanos, Peñaflorida, Arriquirbar, etc.), el protagonismo inicial recayó sobre las Sociedades Bascongada y Matritense. El documento que culmina este trabajo fue elaborado, precisamente, en el seno de esta segunda, y posee la enorme virtud de perfilar las líneas “oficiales” que acotarán en la Ilustración española los primeros pasos de las enseñanzas económicas, incluidos los que facilitarán la creación de la cátedra zaragozana.

²⁹ ASTIGARRAGA, Jesús y USOZ, Javier “El pensamiento político y económico ilustrado y las cátedras de la Sociedad Económica Aragonesa”, *Anuario de Historia del Derecho Español* (en fase de publicación).

³⁰ En particular la vieja petición de Sancho de Moncada de 1619 de crear cátedras universitarias de política para la formación de gobernantes. MARTÍN RODRÍGUEZ, Manuel: “La institucionalización de los estudios de Economía Política en la Universidad española (1784-1857)”. Estudio Preliminar a Marqués del Valle Santoro, *Elementos de Economía Política con aplicación particular a España*, Madrid, 1989, p. XVI.

Los diversos movimientos que en el seno de ambas Sociedades se plantearon en esos años en favor de las enseñanzas económicas conocieron un punto de inflexión indiscutible en el bienio 1775-1776. En ese primer año, Peñaflores logró que las Juntas Generales de la Bascongada aprobaran su ambicioso *Proyecto de una Escuela Patriótica*, cuyos fundamentos sirvieron, si bien parcialmente, para la creación ese mismo año del Seminario Patriótico de Vergara. Entre sus diferentes propuestas, y siguiendo diversas sugerencias previas planteadas por Nicolás de Arriquiribar³¹, en ese escrito se planificaba la fundación de dos Cátedras con contenidos económicos. De manera muy significativa, en el *Proyecto* se separaba, por un lado, la cátedra dedicada al “comercio”, dirigida básicamente a la enseñanza de las técnicas y los conocimientos propios de esa actividad para los comerciantes o los “propietarios de ferrerías” (contabilidad, pesos, medidas, geografía, seguros, tipos de cambio, etc., si bien se incluía también marginalmente la de los “principios fundamentales del comercio en general”), de, por otro lado, la cátedra de “política”, encaminada al estudio de la “ciencia del gobierno de los pueblos” para futuros profesionales de la función pública, en la que habría de enseñarse “ciencia de la policía”, Administración pública, Derecho público y Aritmética política³². La falta de financiación impidió que ambas cátedras fueran finalmente fundadas.

Por su parte, en el seno de la Sociedad Matritense, contaban, de una manera indiscutible, los rotundos juicios expuestos por Campomanes en sus conocidos y muy difundidos *Discursos* de 1774 y 1775 respecto a las positivas experiencias desarrolladas en Nápoles y en Milán para “enseñar las verdaderas reglas del comercio en general”, así como a la conveniencia de seguir su ejemplo con el fin de que las sociedades económicas pudieran erigirse en “escuelas públicas” de la “teórica y práctica de la Economía Política en todas las provincias de España”³³. Sin duda, bajo el influjo de estas sugerencias, y de otras similares reiteradas por el Fiscal del Consejo de Castilla, José del Río, Cónsul General de Portugal en Madrid

³¹ Este comerciante bilbaíno abogaba en 1770 por la creación de un seminario estable en el que se enseñaran la “ciencia del Estado” y las “leyes económicas y políticas”, con el fin de que quienes recibieran esa formación pudieran servir mejor en el desempeño de las funciones del Estado. La tardía fecha en que su libro vio la luz aminoró su influencia. Vid. *Recreación Política*. Vitoria, 1779. Edición de Jesús ASTIGARRAGA Y José Manuel BARRENECHEA. Vitoria, 1987, pp. 93-94.

³² *Proyecto de una Escuela Patriótica*, en *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Villa de Bilbao por septiembre de 1775*. Vitoria, (s. a.), pp. 175-177 y 190-195. Jesús ASTIGARRAGA: *Los ilustrados vascos*. Barcelona, 2003, pp. 136-137.

³³ Vid, en particular, Pedro Rodríguez de Campomanes, Conde de Campomanes: *Discurso sobre el fomento de la industria popular*. Madrid, 1774. Edición de J. Reeder. Madrid, 1975, pp. 111-112. Dicha enseñanza constituía, sin duda, una buena vía para introducir modelos de sociabilidad que se abrieran a nuevas prácticas de participación ciudadana; sobre esta cuestión, vid. FRANCO, G., “Las Sociedades Económicas de Amigos del País: un observatorio privilegiado para la práctica política y el nacimiento de la ciudadanía a finales del Antiguo Régimen”, en ASTIGARRAGA, Jesús, LÓPEZ-CORDÓN, María Victoria Y URKIA, José María (eds.): *Ilustración, Ilustraciones*, San Sebastián, 2009, vol. I, pp. 351-368.

y miembro de la Matritense, presentó ante su Junta General de 1776 una argumentada memoria sobre “la necesidad de establecer escuelas patrióticas de comercio en Madrid y algunos parajes del Reino”³⁴. Su propuesta se articulaba de una manera muy detallada³⁵: en suma, se trataba de crear una amplia red de escuelas públicas de comercio, establecidas bajo la aprobación real, financiadas a “expensas del mismo comercio” y destinadas a los hijos de los comerciantes, de las que el autor llegaba incluso a perfilar sus posibles estatutos. Su punto de partida era la premisa del “atraso general” en que se hallaban “en España todas las artes y ciencias”, incluida la “ciencia del comercio”, de tal forma que las escuelas propuestas constituirían, de acuerdo con el ejemplar modelo británico, el “medio más propio y eficaz para poder cimentar con solidez el conocimiento de una profesión tan útil y necesaria”³⁶, lo cual se traduciría en un programa educativo versado principalmente en todos los conocimientos propios de las escuelas de enseñanza mercantil destinadas a la formación de comerciantes. Por tanto, la intención última del escrito de José del Río era que se activase, con relativa celeridad, la creación de un centro de esas características en la Corte. Y aunque no tengamos noticias concretas de la suerte que corrió el mismo en el seno de la Matritense, lo cierto es que su planteamiento recibía un duro correctivo en el documento transcrito al final de este trabajo.

4. LA “MEMORIA SOBRE LA UTILIDAD DEL ESTABLECIMIENTO DE UNA ESCUELA DE COMERCIO”

El hilo argumental de la *Memoria* era la defensa de un tipo de enseñanza que permitiera superar los límites de la formación mercantil para adentrarse en la educación en los “principios generales del comercio”. Como se ha mencionado, el escrito fue presentado en la Sociedad Matritense. Carecía de fecha, si bien fue elaborado, con toda probabilidad, en 1776 o en 1777, como respuesta al previo de José del Río. También se presentaba anónimo, si bien, sin duda, fue obra de un socio muy cualificado de cuantos formaban el núcleo directivo de la Matritense³⁷.

³⁴ Fue presentada en la Junta General de 27 de Abril de 1776. Su manuscrito se encuentra en el Archivo de la Sociedad Matritense (A.S.M.): leg. 4/13. Con posterioridad, fue publicada en las *Memorias de la Sociedad Económica*. Madrid, 1780, vol. II, pp. 107-120.

³⁵ El contenido de esta memoria aparece glosado en el trabajo de GUILLAMÓN, Francisco Javier y VELÁZQUEZ, Matías: “La significación de la Economía Política en la España ilustrada: Los orígenes de las Cátedras de Economía y Comercio”, en *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*, Murcia, 1987, vol. I, p. 751-765.

³⁶ *Memorias de la Sociedad Económica*, op. cit., p. 109.

³⁷ En este sentido, debe también subrayarse su coincidencia cronológica con el pionero discurso de Jovellanos, *Introducción a un discurso sobre el estudio de la Economía Civil* (1776), en el que presentaba la Economía Política como una disciplina necesaria para los estudiantes de Derecho (en ARTOLA, Miguel (ed.): *Obras de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*. Madrid, 1956, vol. LXXXVII,

La principal razón para suponer su autoría cualificada era el uso, muy preciso y amplio, que en él se realizaba de fuentes económicas de notable relevancia. Dichas fuentes se inclinaban claramente hacia diversos tratados asociados al proceso de emergencia de la ciencia de la Economía Política o el "Comercio" -"Trade" o "Commerce"-, sin, en cambio, hacer mención alguna a la multisecular tradición educativa europea asentada en la imponente biblioteca de manuales y textos destinados a la formación de los comerciantes, con antecedentes en los libros de ábaco y de la *pratica della mercatura* de la Edad Media italiana y con una producción exponencial a lo largo de los siglos XVI y XVII. Lógicamente, el *filo rosso* de la *Memoria* se estructuraba en torno a las múltiples sugerencias que podían encontrarse en los omnipresentes *Discursos* de Campomanes de 1774 y 1775, así como en sus extensos *Apéndices* a este último (1775-1777), a favor del fomento del comercio y, en lógica con ello, del desarrollo simultáneo de algún tipo de enseñanza específica del mismo. A su vez, esta idea animaba la apertura del escrito a otras fuentes españolas también muy proclives a enfatizar las ventajas de una sociedad comercial, tanto del setecientos (Ulloa), como, más en particular, de los siglos previos (en concreto, Fernández Navarrete, Martínez de Mata y Sancho de Moncada), toda una muestra de que la labor de Campomanes de rehabilitación de estos denostados *arbitristas*, cuyos escritos -en el caso concreto de Mata y Moncada- reeditó en sus *Apéndices*, estaba encontrando un eco notable en el seno de la Matritense. Por tanto, en cuanto que una profundización de los planteamientos de Campomanes, sin duda el autor más citado en la *Memoria*, ésta hubo de ser elaborada por un socio muy cercano al influyente Fiscal y Director de la Matritense, si no inspirada directamente por él³⁸.

En el escrito se realizaba también un uso selectivo y muy ilustrativo de otras fuentes. Por un lado, aparecía muy bien reconocida y valorada la Sociedad Bascongada, de la que su autor daba muestras de estar familiarizado con sus principales escritos -su *Ensayo* (1768) o su colección de *Extractos* (1771-1793)-, incluido el vertebral *Proyecto de una Escuela Patriótica* de Peñaflorida. Por otro lado, el empleo de fuentes extranjeras ponía de relieve la gran calidad de la cultura económica que circulaba durante esos años en el seno de la Matritense. En la *Memoria* se citaban nueve autores foráneos, de raíz doctrinal diversa, cuyos textos, en la mayoría de los casos, no habían sido traducidos al español en la fecha en que aquélla fue redactada.

pp. 7-17). El asturiano volvería a plantear nuevos argumentos en defensa de las enseñanzas económicas en su conocido *Discurso* de 1781 a la Sociedad Asturiana de Amigos del País.

³⁸ En cualquier caso, no debe olvidarse, que en esos mismos años otro ilustre socio de la Matritense, Joaquín de Danvila, estaba introduciendo enseñanzas económicas en la Cátedra de Filosofía Moral que dirigía en el Seminario de Nobles, tal y como pone en evidencia sus *Lecciones de Economía Civil, o de el comercio* (Madrid, 1779). Precisamente, el 7 de Mayo de 1779 este libro recibiría el informe favorable de José de Guevara Vasconcelos, por encargo de la Matritense (A.S.M., leg. 27-6), quien lo elogiaba por rescatar "esta parte de la Filosofía tan descuidada para nuestra desgracia en la nación".

El primer núcleo de autores -el más decisivo, sin duda, de la *Memoria*, en cuanto a sus fuentes extranjeras- lo componían cuatro economistas franceses del denominado “grupo” de Intendente de Comercio Vicent de Gournay, cuyos escritos y traducciones económicas venían circulando de manera muy intensa en España desde mediados de los años cincuenta; se trataba, en concreto, de Jean Claude Herbert, Georges-Marie Butel-Dumont, François Coyer y François Véron de Forbonnais³⁹.

En segundo lugar, aparecía mencionado, si bien de forma anónima, el *Essai* del franco-irlandés Richard Cantillon, un texto que, a pesar de su enorme altura científica, tuvo una influencia secundaria en la España del siglo XVIII, donde nunca llegó a ser traducido y a donde llegó en la misma ola de los tratados de los economistas cercanos a Gournay, algo lógico dado que éste había sido el responsable de que ese enigmático *Essai*, elaborado alrededor de 1728-1730, viera finalmente la luz en 1755 en Francia⁴⁰.

En tercer lugar, se han de referir las menciones a tres autores británicos: William Petty, Charles Davenant y John Cary. Los dos primeros eran citados, como era habitual en ese tiempo, como pioneros del uso en el ámbito económico de los métodos estadísticos y cuantitativos -esto es, de la Aritmética política-, en cuya diseminación internacional también mediaron decisivamente los colaboradores de Gournay; en cualquier caso, en la *Memoria*, las referencias a esta influyente tradición económica cuantitativa de la Ilustración se realizaban a través de la Sociedad Bascongada, cuyas aportaciones habían sido decisivas de cara a su divulgación en España⁴¹.

Una mención aparte merece la obra de Cary. Ésta fue un caso notable en el Setecientos español de asimetría entre circulación y traducción: su *Brief History of Trade in England* (1695) nunca fue traducida en España, pero fue muy conocida y citada. Ello no es extraño si tenemos presente que había sido vertida al francés, una vez más, en el círculo de Gournay -en concreto, por Butel Dumont en 1755- y, más significativamente, a partir de esa versión francesa, al italiano, por los hermanos Antonio y Pietro Genovesi -en 1756-, en el seno de la Cátedra napolitana de

³⁹ Las referencias concretas a las obras se encuentran en nuestras notas a pie de página incluidas en la transcripción de la *Memoria*. El tratado de Herbert había sido traducido al español parcialmente en 1757 e íntegramente en 1765, y el de Butel-Dumont, en 1768; en el futuro lo será el del Coyer (en 1781); en cambio, el de Forbonnais carecerá de versión española.

⁴⁰ ASTIGARRAGA, Jesús y ZABALZA, Juan: “La fortuna del *Essai sur la nature du commerce en général* (1755), de Richard Cantillon, en la España del siglo XVIII”, en *Investigaciones de Historia Económica*, vol. 7, 2007, pp. 9-36.

⁴¹ En el invierno de 1771-1772 había sido realizada en el seno de la Sociedad una traducción, bajo la tutela de Arriquirbar, del escrito de Davenant, *Of the Use of Political Arithmetick, in all Considerations about the Revenues and Trade* (1698), que vio la luz en 1779 como introducción a su *Recreación política*. Su fuente era la traducción francesa del escrito, realizada en 1753 por Forbonnais.

Economía Civil⁴². De hecho, todas las referencias que existen a esta obra en España hacen pensar en que fue consultada y citada a través de esta versión napolitana y que nunca se intentó la realización de una versión española de la misma. Una razón adicional al hecho de hallarse traducida al italiano, hubo de ser que los hermanos Genovesi habían matizado y completado exhaustivamente las ideas de Cary-Butel Dumont sobre el comercio y sobre la realidad española utilizando de manera muy intensa las obras de Uztáriz y Ulloa. En cualquier caso, los datos acerca de su circulación entre los ilustrados españoles muestran que esta versión italiana de Cary tuvo una acogida particular en aquellos núcleos en los que estaban siendo utilizadas las *Lezioni* de Genovesi, es decir, en los que se habían planteado el problema del fomento de las enseñanzas económicas⁴³. Y ello tampoco se debió a un hecho casual: En el texto con el que Genovesi había introducido la traducción de Cary se había extendido sobre la idea de que la *practica della mercatura* y la *scienza politica del commercio* eran dos disciplinas diferenciadas, que exigían ámbitos educativos propios⁴⁴.

La última influencia que referir es la del francés Morellet y su *Prospectus d'un nouveau dictionnaire de commerce* (1769). Ésta es merecedora de un comentario algo más extenso debido a que se trataba de la obra que vertebraba el hilo argumental de la *Memoria* en favor de las enseñanzas de economía teórica. Aunque originariamente discípulo de Gournay, el *Abbé* André Morellet (1727-1819) había entrado, tras su fallecimiento en 1759, en la órbita de la escuela fisiócrata, de la mano de Turgot, que constituyó su principal referencia en los planos tanto político como de tratadista. Precisamente, su *Prospectus* fue pergeñado cuando su adscripción fisiócrata era más intensa -en los años de su elaboración mantuvo duras polémicas públicas con los antifisiócratas Necker y Galiani, en defensa de las posiciones librecambistas- y se debió a un encargo del editor J. Estienne para que realizara una edición modernizada del canónico *Dictionnaire universel de*

⁴² *Storia del commercio della Gran Bretagna scritta da John Cary*. Edición de M. L. Perna, Napoli, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 1984, 2 vol.

⁴³ Precisamente, de acuerdo con nuestras noticias, los tres focos donde fue utilizada la versión italiana de de Cary fueron las Sociedades Matritense, Aragonesa (de la mano del catedrático Normante) y Mallorquina. Acerca de su intenso uso en esta última, centro de una futura Academia de Economía Política, vid. *Memorias de la Real Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País*. Palma de Mallorca, Ignacio Sarrá y Frau, 1984; y el "Discurso Preliminar" de J. M. de Espinosa a la traducción de Coyer: *La nobleza comerciante*. Madrid, Joaquín Ibarra, 1786.

⁴⁴ *Storia del commercio*, op. cit., vol. I, pp. 126-127. En esta misma línea redundarán después las traducciones españolas de dos autores franceses muy influyentes: Forbonnais y Accarias de Serionne. Las *Réflexions sur la nécessité de comprendre l'étude du commerce et des finances dans celle de la politique* del primero, incluidas como Apéndice a sus *Considérations sur les finances d'Espagne* (Dresde, i. e., París, 1753), fueron traducidas, como si fueran una introducción propia, por C. Le-Maur en su versión española de los *Éléments du commerce* de Forbonnais (1765). Acerca del segundo, muy influido por la teoría de Cantillon, vid. su *Historia y descripción de los intereses del comercio de todas las naciones de Europa en las cuatro partes del mundo*. Madrid, Miguel Escribano, 1772-1774, vol. I, pp. 11 y ss.

commerce (1723-1730, 3 vol.) de los hermanos Jacques y Louis Philémon Savary des Brulons⁴⁵.

En su obra, Morellet establecía las guías centrales de lo que habría de ser un futuro diccionario de comercio, a publicar en cinco volúmenes, según sus previsiones, entre 1770 y 1775⁴⁶. El eje de su proyecto se articulaba en torno a una crítica meticulosa a los fundamentos del *Dictionnaire* de los Savary. Morellet consideraba que la ciencia económica ya había alcanzado su etapa de madurez y ello obligaba a una reelaboración profunda de aquella obra pionera, siguiendo un criterio más orgánico y tratando de respetar una integración más ordenada entre el "arte" -hechos particulares- y la "ciencia" -principios generales- del comercio⁴⁷, para así aproximarse a una *gramática filosófica* o lengua universal del comercio: "el mayor servicio que se puede rendir a la ciencia es el de definir bien las palabras. La gramática filosófica es el principio más poderoso de los progresos de los conocimientos humanos"⁴⁸. Por tanto, en el corazón de su *Prospectus* se hallaba el intento de superar las deficiencias, tanto de forma como de fondo, detectadas en la influyente obra de los Savary⁴⁹ a través de la elección de un nuevo criterio en la organización de las voces que, "elevándose por encima de los hechos locales y de las operaciones de comercio comunes a todos los países", permitiera introducir, casi por vez primera en la historia europea, "la naturaleza del comercio en general" en un texto con formato de diccionario⁵⁰. Morellet, que contaba con la ayuda de Turgot y el apoyo oficial del Ministro Trudaine, articulaba su futura obra en tres léxicos diferentes, sobre: i).- Geografía comercial -población, minas, manufacturas, etc.-; ii).- "Todas las mercancías de material comercial"; iii).- "Los términos generales y abstractos de la economía pública y la discusión de todas las cuestiones relativas a ellos". Esta última sección que habría de comprender los "conocimientos que tienen por objeto el comercio en general, los medios que éste emplea, las operaciones que hace, los principios sobre los cuales deber ser conducido", en la que incluía la definición de conceptos económicos de la

⁴⁵ Estas referencias a Morellet y su lugar en la historia de los diccionarios de comercio europeos proceden de ASTIGARRAGA, Jesús y ZABALZA, Juan: "La Economía en los diccionarios y enciclopedias del siglo XVIII español", en *Colección de Documentos de Trabajo de la Asociación Española de Historia Económica*, Madrid, 2006.

⁴⁶ MORELLET, André: *Prospectus d'un nouveau dictionnaire de commerce*, Paris, 1769 ; Perrot: *Une histoire*, op. cit., pp. 102-104.

⁴⁷ La inspiración teórica del *Prospectus* de Morellet parece deberse a Turgot. En su *Éloge de Vicent de Gournay* (1759), éste ya había planteado la conveniencia de realizar una distinción neta entre la fenomenología del hecho comercial y la ciencia del comercio, tratando así de encadenar el "comercio" con el resto de ramas de la Economía Política.

⁴⁸ MORELLET: *Prospectus*, op. cit., p. 350.

⁴⁹ Tales deficiencias se referían al orden expositivo, la omisión de un gran número de hechos relevantes, la inexactitud en la redacción de voces o la ausencia de una "teoría general del comercio" (Morellet: *Prospectus*, op. cit., pp. 15-17).

⁵⁰ MORELLET: *Prospectus*, op. cit., p. 326.

relevancia de dinero, banca, circulación, interés, lujo, salario, etc⁵¹. Por otra parte, el *Prospectus* tenía la notable particularidad de reunir un *Catalogue d'une bibliothèque de l'Économie Politique*, con más de setecientos títulos, especialmente nutrido en cuanto a la bibliografía francobritánica publicada entre 1750 y 1768, y que constituye uno de los primeros de su género en Europa. Sin embargo, este esperanzador diccionario nunca fue editado. La gigantesca naturaleza del proyecto, la falta de ascenso político de su autor -Morellet no logró, como pretendía, ser nombrado Secretario del *Bureau de Commerce*-, el escaso interés de cámaras de comercio y consulados en remitirle la información que les había solicitado y el elevado coste del proyecto impidieron que éste traspasara el nivel de *Prospectus*⁵².

El innovador planteamiento de Morellet se hacía muy visible en la cualificada *Memoria* anónima presentada ante la Matritense⁵³, hasta el punto de que constituía uno de los elementos más singular de la misma en el contexto del pensamiento español de su tiempo: se trataba del único caso de utilización activa de la obra de este fisiócrata francés hallado hasta la fecha en toda la Ilustración española. En el aspecto, sin duda, más trivial o menos interesante del contenido de la *Memoria*, en ella se reiteraba, a través de argumentos extraídos básicamente de la obra de Campomanes, la trascendencia del comercio, tanto interior cuanto exterior, como un sector económico estratégico en el desarrollo nacional, de cara tanto al fomento de la agricultura, la industria y la navegación como al estímulo de la población, así como en la consecución simultánea del bienestar común y el poder político nacional. Por este motivo, resultaba ineludible promover la enseñanza del comercio a través de escuelas específicas para ello. Ahora bien, dicha enseñanza debía de ser correctamente diseñada. De acuerdo con Morellet, la "ciencia del comercio" integraba tres ramas; dos de ellas eran propias del dominio de las técnicas mercantiles -versaban sobre las "negociaciones mercantiles" referidas a un contexto local y nacional-, mientras que la tercera hacía referencia a la "teórica general del comercio".

Esta última, por tanto, transcendía a las dos ramas precedentes, por cuanto se ocupaba "sobre la naturaleza del mismo comercio", entendido éste no sólo como

⁵¹ MORELLET: *Prospectus*, op. cit., pp. 26-27. De la importancia de este futuro diccionario da fe el hecho de que el notable artículo de Turgot "*valeur et monnaie*", en el que fundamentaba su análisis de la teoría subjetiva del valor, fuera escrito para formar parte de él. No obstante, como otros tantos autores situados en la órbita de la fisiocracia, Morellet poseía discrepancias importantes con ella (por ejemplo, no compartía la tesis de la productividad única de la agricultura), de tal manera que esta tercera parte de su *Prospectus*, aunque realizada con un enfoque económico deductivo propio del "espíritu de sistema" fisiocrático, iba más allá de su análisis teórico concreto.

⁵² Estas son las razones aducidas por el propio Morellet en sus *Mémoires inédits de l'Abbé Morellet, sur le Dix-huitième siècle et sur la Révolution*. Genève, Slatkine Reprints, 1967, vol. I, pp. 181-191.

⁵³ Y ello a pesar de que no hay indicios de que Morellet mantuviera ninguna relación personal con los ilustrados españoles de su tiempo, a diferencia de lo que sucedió con los italianos, por ejemplo, con Verri y Beccaria, a quien tradujo al francés; vid. sus *Mémoires*, op. cit.

un mero ejercicio del “arte” o la “práctica” mercantil y de la relación de ellas con el fomento económico, cuanto como una “ciencia” que versaba sobre una actividad fundamental de cara a conservar enlazada y armónica una sociedad políticamente organizada y, por tanto, insoslayable en la consecución del bien o la felicidad común. Por este motivo, los contenidos de una y otra ramas –éstos eran esquemática, si bien exhaustivamente, presentados en la *Memoria*– diferían notablemente entre sí: por ejemplo, en línea con Cantillon, sólo la tercera rama podía acoger estudios de la trascendencia del descubrimiento del “valor intrínseco de cada cosa con respecto a la cantidad y calidad del terreno conducente a su formación”, o, de acuerdo ahora con las propuestas de la Bascongada, de la realización de “cálculos económicos” inspirados en las reglas de la Aritmética política para su aplicación posterior al “comercio y rentas reales”. De esta manera, los conocimientos adquiridos en esa última rama en ningún caso podían quedar fuera de un programa educativo si éste había sido correctamente delineado. En la *Memoria* se sostenía, con Campomanes, que esos principios de la “teórica general” del comercio solo podían adquirirse a través de la educación, pues ningún arte podía perfeccionarse sin el estudio previo de las reglas que “participen de la teórica”, es decir, de la “parte discursiva y racional del hombre”. Por ello, este tipo de enseñanza resultaba a la postre tan necesaria como los escritos, las traducciones o los “papeles públicos” de cara a superar los “prejuicios que arrastra una nación” y solventar correctamente sus “problemas políticos”. En un nuevo signo de complicidad hacia el programa educativo de la Bascongada y su Seminario de Vergara, el autor de la *Memoria* recordaba que el intento de promoción en éste de estudios sobre el “comercio” se orientó a través de dos cátedras, sobre “comercio” y “política”, de orientación dispar, así como dotando a su pionero programa de “enseñanzas particulares” de un adecuado perfil “profesional” que habría de permitir que, durante su etapa formativa, el comerciante se viera arropado por un status educativo similar al de quienes desearan “dedicarse a la Iglesia, los tribunales, el ejército y la marina”. En suma, si la “recíproca unión” entre la “utilidad del comercio” y su enseñanza resultaba indiscutible, no lo era menos que tal enseñanza no podía desestimar los conocimientos adscritos a la “teórica general” del comercio, “atendido a lo mucho que puede favorecer ésta a la causa pública”, un argumento como se ha visto, derivado del singular *Prospectus* de Morellet y que pone de manifiesto la notable cultura económica de quienes, en el seno de la Matritense, estaban tratando de que España interiorizara los principales avances que venía conociendo en Europa la “ciencia del comercio”.

5. ÚLTIMAS CONSIDERACIONES. ENSEÑANZAS DEL COMERCIO Y DE LA “CIENCIA DEL COMERCIO”

Es indudable que la línea planteada en la *Memoria*, que acabamos de resumir sucintamente, es la que fue desarrollada con posterioridad en el último tramo de la

Ilustración española. Eso sí, quizás por prudencia política respecto a los problemas que pudiera ocasionar en la Corte la enseñanza de una ciencia como la Economía Política que, fuera del espacio público ilustrado, arrastraba la condición de “sospechosa”, la iniciativa de promover enseñanzas económicas se trasladó a inicios de la década de los años ochenta desde la Sociedad Matritense a la Sociedad Aragonesa. Los prolegómenos de la creación de su Cátedra de Economía Civil y Comercio muestran que en el interior de esta Sociedad pudo haberse establecido desde 1782 algún tipo de estudio mercantil, si bien dos años después, y mediado un informe de quien será designado como su primer catedrático, Lorenzo Normante⁵⁴, la propuesta que desde ella se realizó al Consejo de Castilla era la de establecer una Cátedra de Economía de formación general, siguiendo, concretamente, “la que bajo los auspicios de nuestro soberano, regentó en Nápoles el célebre Antonio Genovesi”.

A partir de la inmediata contestación positiva de Floridablanca, se sucedieron un conjunto de hechos relativamente bien conocidos⁵⁵: la Cátedra de Zaragoza tuvo una marcada personalidad “oficial”, en cuanto que fue tutelada, en todos sus aspectos esenciales, desde la Secretaría de Estado; al mismo tiempo, contó con un preciso sentido experimental, toda vez que el gobierno ilustrado valoró desde un primer momento el “uso” que se podía hacer de la experiencia aragonesa “en lo restante de la Monarquía”, dejando abierta la posibilidad a su posterior implantación en otros lugares de la misma utilizando para ello la red de sociedades económicas. No es casual, en este esquema, que el impulso definitivo para la creación de la Cátedra aragonesa fuera precedido de una Orden del Consejo de Castilla que exigía a “quienes se recibieran en lo sucesivo de abogados” que previamente fueran “examinados de Economía Política”⁵⁶; ello refuerza la idea de una creación institucional inducida desde el poder, tutelada desde el mismo y destinada básicamente a reclutar futuros funcionarios y personalidades de Estado. Y tampoco extraña, teniendo presente el infinito haz de hilos que conectaba la Ilustración española con la napolitana, que el modelo escogido fuera el de la Cátedra de *Commercio y Meccanica* de Genovesi, creada tres décadas antes en el

⁵⁴ El expediente de creación de la Cátedra fue elaborado en el seno de la Clase de Comercio de la Aragonesa a partir de enero de 1782. Vid., en particular, en el Archivo de esa Sociedad (A.S.A.): juntas de 11 de enero, 1 y 8 de febrero de 1782 y de 7 de noviembre de 1783.

⁵⁵ Se sigue, a continuación, la interpretación de USOZ, Javier: *Pensamiento económico y reformismo ilustrado en Aragón (1760-1800)*, Zaragoza, 1996 (Tesis Doctoral), pp. 373-411. Otros estudios útiles sobre la Cátedra aragonesa son: CORREA, Félix: *La cátedra de Economía y Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País durante el siglo XVIII*, Zaragoza, 1950; GARCÍA PÉREZ, Guillermo: *La economía y los reaccionarios al surgir la España contemporánea*, Madrid, 1974; FORNIÉS, Francisco: “La Cátedra de Economía Civil y Comercio de la ciudad de Zaragoza en el período de la Ilustración (1784-1808)”, en *Información Comercial Española*, nº 512, 1976, pp. 108-118; y, por último, SÁNCHEZ, Alfonso, MALO, José Luis y BLANCO, Luis: *La cátedra de Economía Civil y Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (1784-1846)*, Zaragoza, 2003.

⁵⁶ A.S.A.: junta de 14 de mayo de 1784, f. 72v.

Nápoles de *Carlo di Borbone* y Tanucci. Por ello, es lógico que cuando, pocos meses después de que Normante diera inicio a sus lecciones, Floridablanca solicitó a la Aragonesa que escogiera entre “los mejores autores italianos, franceses e ingleses” un texto para desarrollarlas, dicha elección recayera en las *Lezioni di commercio* de Genovesi, que poco después (en 1785-1786) serían traducidas al español por Victorián de Villava, Catedrático de Derecho en la Universidad de Huesca y miembro de la Sociedad. Es decir, una vez despejado el terreno por la Matritense respecto a la conveniencia de instaurar enseñanzas de “economía teórica”, la iniciativa de la Aragonesa trató, en buena medida, de aclimatar al contexto español una experiencia institucional desarrollada con esa orientación y un éxito probado en el siempre cercano mundo napolitano.

Otra cuestión diferente es valorar los resultados de esta iniciativa experimental. Lógicamente, la fundación de la Cátedra aragonesa abrió un período intenso de propuestas -abortadas en su gran mayoría- para promover enseñanzas económicas: entre 1785 y 1787 el gobierno ilustrado recibió diferentes proyectos en esa línea remitidos desde, al menos, Cádiz, Valencia, Barcelona o Madrid⁵⁷, al mismo tiempo que emblemáticos ilustrados proseguían la propaganda favorable a esas enseñanzas (Jovellanos, Alcalá Galiano, Normante, etc.). Ahora bien, el duro conflicto que abrió en diciembre de 1786 Fray Diego de Cádiz con su denuncia ante la Inquisición a Normante por supuestas proposiciones heréticas contenidas en los escritos que eran enseñados en la Cátedra de Zaragoza, frenó en seco las expectativas de generalizar la experiencia aragonesa: ciertamente, a partir de ese momento, el Consejo de Castilla hubo de estar más preocupado en cómo reconducir este conflicto -tardó casi dos años enteros en hacerlo-, que en favorecer la expansión en el ámbito educativo de una disciplina ya no sólo “sospechosa” fuera del espacio público ilustrado, cuanto ahora, tras la ratificación tozuda de los hechos, con el perfil de “peligrosa” desde la óptica de la quietud social. Y más aún cuando, una vez apagada en septiembre de 1787 la mecha encendida por Diego de Cádiz, esperaban unos sucesos revolucionarios en Francia que, como es sabido, tuvieron un notable efecto involucionista en la Ilustración española.

Así las cosas, el avance de las enseñanzas económicas y mercantiles en la España de la Ilustración fue, en términos generales, poco significativo. En último

⁵⁷ Diversas muestras de esos influjos se encuentran, por ejemplo, en la solicitud remitida en 1785 desde Cádiz por Olivares de la Peña al Ministro Lerena para promover en esa ciudad una “junta de conferencias políticas y mercantiles” que, entre sus ambiciosas ocupaciones, se planteaba elaborar un “tratado de comercio o, al menos, un suplemento por lo tocante a España del Diccionario de Savary” (A.S.M., leg. 73-7); la petición cursada un año después por el socio de la Matritense Martínez Santidrian para imprimir un texto titulado *Escuela de comerciantes* (A.S.M., leg. 83-5); la solicitud en 1786 de Santiago Palomares para la creación en Valencia de una escuela dedicada a los “principios elementales del comercio” (A.H.N., *Estado*, leg. 3188-377); y otra similar, un año después, desde Barcelona, de Rafael Canallas a Floridablanca (A.H.N., *Estado*, leg. 2927-302). En 1787 la Sociedad Matritense paró en seco un proyecto destinado a fundar en Madrid una “Escuela teórica de comercio y de lengua” (A.S.M., leg. 91-3).

análisis, acabó por articularse de manera definitiva en las décadas de cambio de siglo a través de dos líneas paralelas. A un lado, el protagonismo recayó en las juntas y consulados de comercio, que, a su tradicional dedicación a la formación técnica en materias diversas -dibujo, náutica, matemáticas, etc.-, añadirán, a raíz de una Real Orden de febrero de 1796 promulgada por el Consejo de Castilla, los estudios mercantiles. En otra vertiente distinta, se desarrollarán las minoritarias -y, normalmente, efímeras- experiencias de enseñanzas económicas, en el seno de un conjunto variado de instituciones, incluidas, en primera línea, las sociedades económicas: la Cátedra de Filosofía Moral del Colegio de Nobles de Madrid (J. Danvila); la Cátedra de Zaragoza (L. Normante) -con intermitencias sucesivas y un lento declive a partir de 1808, se extenderá hasta 1846-; la Academia de Derecho Español y Práctica forense de la Universidad de Salamanca (R. de Salas); y, por último, de la Academia de Economía Política de la Sociedad Económica de Mallorca (J. A. Mon). Todas ellas tuvieron un mismo rasgo en común: la transversal influencia de Genovesi y de su Cátedra napolitana⁵⁸. Al mismo tiempo, constituyeron el preámbulo de las diferentes leyes educativas que, a partir del Real Decreto de 12 de junio de 1807, acabarán insertando las enseñanzas de Economía Política en los estudios regulares de Derecho -o, en su caso, de Filosofía- de la Universidad española. Por tanto, es probable que la principal herencia que la Ilustración española legó a las generaciones sucesivas en la cuestión que ha sido objeto de este trabajo fuera la conciencia precisa, unida al impulso político necesario para materializarla, de la necesidad de promover, de una manera regular, pública y generalizada, enseñanzas económicas, legado en sí mismo nada banal; y, unido a él, la conveniencia de diferenciar aquellas enseñanzas destinadas a educar en la que venía siendo denominada como “Economía Civil, Pública o Política”, respecto a las versadas en prácticas y conocimientos mercantiles, más propias, a partir de ese final del siglo, del “Comercio”, algo de lo que Jovellanos dejó muestras muy significativas en la España que desde el Siglo de la Ilustración se aproximaba a las Cortes de Cádiz⁵⁹.

⁵⁸ Puede verse, a ese respecto, ASTIGARRAGA, Jesús: “Diálogo económico en la otra Europa. Las traducciones españolas de los economistas de la Ilustración napolitana (A. GENOVESI, F. GALIANI Y G. FILANGIERI)”, *Cyber Review of Modern Historiography*, vol. 9, 2004, pp. 1-21.

⁵⁹ Siempre defendiendo la utilidad del estudio de la Economía Civil o el Comercio, el asturiano sostuvo que el plan de estudios de los institutos de enseñanza debía estructurarse entorno a un “tratado de comercio” que comprendiera esas dos ramas, a la que en otros contextos añadía una tercera, dedicada a la Aritmética política. Pueden verse: “Plan para la educación de la nobleza y clases pudientes española” (1798), en ARTOLA (ed.): *Obras, op. cit.*, pp. 296-330; “Bases para la formación de un plan de educación pública” (1809), en NOCEDAL, Cándido (ed.): *Obras publicadas e inéditas de G. M. de Jovellanos*, Madrid, vol. XLVI, pp. 268-276.

APÉNDICE DOCUMENTAL

MEMORIA SOBRE LA UTILIDAD DEL ESTABLECIMIENTO
DE UNA ESCUELA DE COMERCIO⁶⁰

El establecimiento de una escuela de comercio me parece muy conveniente a su fomento y, por tanto, al bien común, atendido el enlace que se advierte, por una parte, entre éste y aquél y, por otra, entre la enseñanza del comercio y sus progresos.

Esta recíproca unión, esta utilidad del comercio y de su enseñanza es, por sí misma, tan obvia que no puede ocultarse a la delicada comprensión de este ilustrado congreso, y así solo me ceñiré a recopilar, en confirmación de ella, varios textos de los más insignes escritores políticos, nacionales y extranjeros, valiéndome en cuanto pueda de sus mismas voces; con la amenidad de éstas, espero se haga más disimulable el desaliño de la coordinación, que es propiamente lo único mío en este escrito, y, por lo mismo, necesita todo el favor y tolerancia de tan discreto auditorio.

El cultivo, la industria, la población, la navegación constituyen la riqueza del Estado. “Ésta debe considerarse como la sangre del cuerpo político de la monarquía⁶¹, y quien la hace circular es el comercio”.

“A él deben las naciones industriosas la abundancia que gozan en tiempo de paz, los vigorosos esfuerzos con que sostienen la guerra, y aun la cortas repúblicas mantienen su independencia por virtud del tráfico”⁶², de suerte que en el día la balanza del “comercio se equivoca con la del poder”⁶³.

Sin comercio desfallece la agricultura; sin ésta no se mantienen oportunamente las fábricas; sin fábricas no pueden promoverse las artes que fomentan la población; y sin población no puede haber “tropas, marineros y navíos que sostengan la república y hagan respetuosa la manutención de la soberanía”⁶⁴.

El comercio extiende y perfecciona el cultivo, porque suple los fondos competentes al desguace de los terrenos o a las anticipaciones que muchas veces necesitan el cultivador y el ganadero; sostiene el valor de los frutos, “eximiendo al

⁶⁰ El documento se halla en la Fundación Universitaria Española de Madrid, leg. 37-13. Su ortografía, abreviaturas y puntuación han sido modernizadas con el fin de favorecer su lectura. En cambio, las citas a autores o textos han sido transcritas en su forma original. En corchetes se incluye la información correcta sobre las mismas.

⁶¹ Sr. Bernardo de Ulloa, *Restablecimiento de las fábricas y comercio de España*; en la dedicatoria. [ULLOA, Bernardo de: *Restablecimiento de las fábricas, y comercio español*, Madrid, A. Marín, 1740, 2 vol.].

⁶² *Industria popular*, p. 6. [RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, Pedro, CONDE DE CAMPOMANES: *Discurso sobre el fomento de la industria popular*. Madrid, A. Sancha, 1774].

⁶³ El abate Coyer, *Noblesse commerçante*, p. 158. [COYER, Gabriel François: *La noblesse commerçante*, Londres (i. e. París), Fletcher Gyles, 1756].

⁶⁴ Sr. Bernardo Ulloa, *Restablecimiento de fábricas*, p. 2, tomo 1.

labrador de ser tributario del consumidor⁶⁵; promueve la incesante reproducción de ellos por el despacho exterior y aun acrecienta los consumos interiores por la ocupación que facilita a muchos individuos “quienes por falta de ella apenas comen la tercera parte de alimentos, manteniéndose con yerbas y frutas silvestres”⁶⁶.

Estos benéficos influjos del comercio con respecto al cultivo se han hecho particularmente visibles en Inglaterra, cuya agricultura ha seguido constantemente las propias vicisitudes de su tráfico; y así se reconoce que desde que ha adquirido éste su mayor extensión, se ha perfeccionado aquélla, de tal suerte que ha podido abastecer a los demás pueblos de Europa de los más preciso⁶⁷: años ha habido en que las extracciones de sus granos han excedido de ciento cuarenta millones de reales de vellón⁶⁸ y las de sus fábricas de lana de ciento ochenta millones⁶⁹, fomentándose recíprocamente cultivo, industria y tráfico.

Pero si de éste y otros semejantes ejemplos se puede justamente inferir que “la agricultura y las artes son los dos manantiales de donde deriva toda su fuerza el comercio”⁷⁰, no es menos constante que aquéllos reciben de éste su más eficaz auxilio: “ni el labrador ni el artesano pueden emplearse en dar cómoda salida a sus frutos y manufacturas, por ocupar la labranza todo el año al cultivador y pedir las artes una asistencia diaria al taller”⁷¹, siendo no menos atendibles los embarazos que experimenta el fabricante en surtir de las primeras materias. A todo ocurre el comercio, favoreciendo las manufacturas en su origen y sucesiva progresión.

Favorecerlas en su establecimiento, porque, “a falta de monte píos y repuestos de primeras materias donde se fiasen éstas a coste y costas o con un mediano interés”⁷², adelantan no pocas “veces los comerciantes, o ya esas propias materias o ya algún dinero, al vecino fabricante, a cuenta de los géneros que ajustan anticipadamente y de buena fe, como lo suplen al mismo vecino en calidad de cosechero y ganadero”⁷³. Y si se necesita mayor copia de primeras materias “por aumentarse los artefactos de algunos géneros en parajes que sólo producen las precisas a su actual fábrica, las introducen de otros reinos extraños en proporción a los nuevos establecimientos para, de este modo, precaver que no suba el género a

⁶⁵ *Educación popular*, p. 387. [RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, Pedro, Conde de Campomanes: *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*, Madrid, A. Sancha, 1775].

⁶⁶ *Apéndice a la Educación popular*, parte 1, p. 16. [RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES, Pedro, Conde de Campomanes: *Apéndice a la educación popular*, Madrid, A. Sancha, 1775-1777, 4 vol.].

⁶⁷ *Noblesse commerçante*, p. 83.

⁶⁸ *Essay sur la police des grains*, p. 145. [HERBERT, Jean Claude: *Essai sur la police générale des grains*, Londres, 1753].

⁶⁹ John Cary, *Brief history of trade in England*, tomo 1, p. 147. [CARY, John: *Essay on the State of England*, 1695].

⁷⁰ *Educación popular*, p. 335.

⁷¹ *Apéndice a la educación popular*, parte 1, p. 279.

⁷² *Apéndice a la educación popular*, parte 1, p. 279.

⁷³ *Industria popular*, p. 122.

altos precios, pues de no hacerse así sería consiguiente arruinarse la manufactura antigua sin prosperar la nueva”⁷⁴.

Favorecidas en su progresión, por ser “los mercaderes el ministerio forzoso de los laborantes y ser ellos los que por sus intereses recogen cuanto fabrica la parte principal, disponiendo la distribución para el consumo, como si fuesen sus factores, y encaminando el dinero de su monta a las partes donde se fabrican, aunque el consumo sea en otras muy remotas”⁷⁵, auxilio tanto más eficaz cuanto limitándose todas las industrias “humanas al despacho”⁷⁶, solo en la prontitud y utilidad de éste para el consumo interior o para fuera del Reino puede librarse la prosperidad de las fábricas; y así se ve que de “todos los medios conducentes a promover la industria nacional, ninguno iguala al impulso y favor que puede darla el comercio, ya proporcionando las introducciones oportunas, ya excusando las perjudiciales, y ya facilitando el consumo de los géneros fabricados en el reino”⁷⁷.

Además de este impulso que da directamente el comercio al cultivo y artefactos, se advierte otro no menos esencial, bien que indirecto: en las mismas operaciones del tráfico, todas ellas conspiran en las varias clases del Estado por medio del comercio interior, al paso que acrecienta los valores nacionales por el exterior, de cuyas resultas se aumentan los consumos y, “refluyendo los del rico dentro del Estado, se anima la industria, se acrecienta la labor y se verifica la más perfecta circulación”, en virtud de la cual “la clase más opulenta ocupa a la menesterosa y aplicada”⁷⁸. Adelántase igualmente en ella los intereses del comerciante, lo que no es menos digno de consideración, pues suponiendo treinta mil individuos que, alentados por las utilidades del tráfico, aumenten su gasto de diez reales diarios, serán 109.500.000 reales los que anualmente se refundirán en beneficio del cultivo y de la industria”⁷⁹.

Al fomento de la agricultura y de las artes es consiguiente el de la misma población. Muéstrase tanto más favorable a ella el comercio, cuanto “la profesión del artista (o del tratante) se acomoda muy bien al estado del matrimonio”⁸⁰, así por las conveniencias que facilita, como por ser sus ocupaciones de tal naturaleza que en ellas pueden entrambos consortes prestarse recíproco auxilio. Y aunque el aumento de la población se considerase con solo el respecto a este ramo, de ningún modo sería desatendible, pues ya se sabe que, según la progresión regular, dos mil casamientos verificados en un Estado pueden proporcionarle dentro de dos siglos

⁷⁴ *Industria popular*, p. 20.

⁷⁵ Martínez de la Mata, p. 6 de su *Epítome*. [MARTÍNEZ DE MATA, Francisco: *Epítome de los discursos que ha dado a su Majestad Francisco Martínez de Mata*, Madrid, 1659].

⁷⁶ *Educación popular*, p. 387.

⁷⁷ *Educación popular*, p. 14, al principio.

⁷⁸ *Educación popular*, p. 339.

⁷⁹ *Noblesse commerçante*, p. 91.

⁸⁰ Navarrete, *Conservación de Monarquías*, disc. 16. [FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: *Conservación de Monarquías y discursos políticos sobre la gran consulta que el Consejo hizo al Señor Rey don Felipe Tercero*, Madrid, 1626].

un millón de habitantes⁸¹, número que en nada se hará extremo para quien atienda a lo que experimentó la Holanda, cuya población, favorecida del comercio, llegó a duplicarse desde el año de 1622 hasta el de 1670, esto es, en menos de cincuenta años, y si a este ejemplar se agrega lo que se nos refiere de las colonias inglesas, tan pequeñas en sus principios como formidables en el día, se conocerán mejor los efectos del tráfico en punto a población⁸²; pero sin recurrir a siglos pasados y aun sin salir de casa, por decirlo así, basta tener la vista por las inmediaciones de nuestras plazas marítimas y con particularidad por las de La Habana, estando aun en sus principios el libre comercio concedido para ése y otros puertos.

No son menos poderosos los influjos del comercio en cuanto a la navegación, subsidio preciso de sus más importantes operaciones que recibe de él y le comunica recíprocamente el vigor, y en quien estriba la principal seguridad de toda potencia marítima, por ser la navegación mercante propia nodriza de la guerrera. El comercio es quien da mayores ensanches a aquélla a proporción del que adquieren sus empresas, sosteniendo por medio de éstas crecido número de marineros, tan precisos al Estado en tiempo de guerra como gravosos en el de paz, si en el transcurso de ésta hubiesen de mantenerse a costa del real Erario. Y si no, ¿cómo pudiera Inglaterra haber cubierto los mares con sus naves de guerra a no tener diez mil embarcaciones mercantes empleadas en su tráfico y más de ciento cincuenta mil marineros ocupados en ellas?⁸³

Este apresto de naves, esta combinación de compras y ventas, esta precisa relación entre el comercio y los principales ramos que constituyen la pública felicidad piden, no hay duda, cierta habilidad y arte en el comerciante. Y el arte ¿qué otra cosa es que “la parte discursiva y racional del hombre, gobernada por la crítica y la buena lógica, especie de dibujo intelectual que regula las ideas, las comparte y de su resultancia deduce las consecuencias, para no confundir los objetos que examina?”⁸⁴. Desestimar por inútiles las ideas o verdaderos principios del comercio sería desconocer su misma naturaleza, su importancia, su enlace con el bien común; suponerlas naturalmente imbuidas sin necesidad de estudio ni de instrucción, sería adelantar una de las más extrañas paradojas, y abandonar “la combinación de ellas a un mecanismo meramente tradicional, sería querer que nunca saliese el comercio de la infancia”⁸⁵ o, lo que es lo mismo, embarazar su estabilidad y progresos. “Ningún arte puede lograr su perfección sin reglas que participen de la teórica”⁸⁶, “sin estudio mal se conseguirá el conocimiento de ellas

⁸¹ *Noblesse commerçante*, p. 82.

⁸² *Histoire des colonies angloises*. [BUTEL DUMONT, Georges-Marie: *Histoire et commerce des colonies Angloises dans l'Amerique Septentrionale*, Londres, Le Breton, 1755].

⁸³ *Noblesse commerçante*, p. 100.

⁸⁴ *Educación popular*, p. 60.

⁸⁵ *Educación popular*, p. 60 de la introducción.

⁸⁶ *Ibidem*.

y sin raciocinio nunca podrán reducirse a sistema y orden”⁸⁷. Si esto debe decirse de todas las artes en general, ¿con cuánta más razón habrá de aplicarse a la del comercio, por lo vasto y delicado de las especies a que se extiende? Mas, para mejor aclarar el asunto, séame lícito indicar aquí sumariamente en qué consiste la que se llama ciencia del comercio, entendiendo por esta última voz toda permuta que hacen los hombres entre sí de las cosas convenientes a su uso.

La ciencia del comercio comprende tres clases de noticias: las unas particulares o locales; las otras respectivas a las operaciones mercantiles propias de todo país; y las últimas meramente alusivas a la teoría general del comercio⁸⁸.

Cualquier comerciante por mayor debe tener ciertas noticias geográficas o históricas del país que habita y de aquellos con quienes comunica. En ellas es muy conveniente conozca los frutos o primeras materias y los ramos de comercio o manufacturas que pueden fomentar útiles permutas, haciendo para ello las indagaciones que “exige una industria bien establecida”⁸⁹; debe igualmente conocer las buenas o malas propiedades mercantiles de unos y otros; los parajes más propios a su producción y consumo; “su primitivos valores, impuestos y derechos de entrada y salida”⁹⁰; las estaciones y circunstancias más oportunas a las compras y ventas; los medios más conducentes y menos dispendiosos para verificar seguramente su transporte; los usos y costumbres de su navegación, como asimismo las leyes y forma que se observan en el tráfico de ellos, lo que supone algún conocimiento de la jurisprudencia mercantil propia de cada país; la comparación y relación de pesos y medidas, así de líquidos como de áridos; el “valor y cambio de la moneda; los formularios en el libramiento y aceptación de letras”⁹¹; “la variedad de sus usanzas para el pagamento y las demás leyes o estilos que gobiernan el cambio”; las ordenanzas respectivas a varias clases de contratos, como son los de mutuo, de venta y locación, de armamento o fletamento de navíos, de dinero a riesgo, de seguros y reglamento de averías; “los capítulos o tratados de comercio con las demás potencias”⁹²; y otras especies de igual naturaleza, cuya compilación pide cierto talento, sagacidad y discurso nada inferior al que requieren los estudios más abstractos.

Son igualmente conducentes a la mejor inteligencia del comercio otras noticias que conspiran a dirigir sus operaciones generales con respeto a cualquier país; y en

⁸⁷ *Ib.*, p. 29.

⁸⁸ El Sr. Abate Morellet, *Prospectus d'un nouveau dictionnaire de commerce*, pp. 324 y 326. [MORELLET, André: *Prospectus d'un nouveau Dictionnaire de commerce*, París, Estienne Frères, 1769].

⁸⁹ *Industria popular*, p. 44.

⁹⁰ *Proyecto de una escuela patriótica*, p. 15. [MUNIBE, Xavier María de, Conde de Peñaflorida: *Proyecto de una Escuela Patriótica*, en *Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Villa de Bilbao por septiembre de 1775*, Vitoria, Tomás de Robles y Navarro, s. a., pp. 162-218].

⁹¹ *Ibid.*

⁹² *Proyecto de una escuela patriótica*, p. 16.

esa segunda clase se colocan las reglas y normas que deben observar en la formación de una compañía de comercio; las máximas que conviene seguir para el "régimen de trabajo y operaciones de un escritorio"⁹³; las consideraciones que se han de tener presentes en la erección y gobierno de artefactos; el modo de disponer la nota del cargue de un navío, de arreglar una factura o razón del coste y gastos de las mercaderías y de formar las demás cuentas mercantiles; "el método de tener los libros de cuenta de partidas dobles"⁹⁴; de combinar los cambios, de establecer bancos y monte píos, "que tanto conducen a poner en actividad el caudal ocioso de los particulares" en beneficio de la industria nacional⁹⁵ y de enterarse en todo lo respectivo a negociación de papeles públicos, arbitrio que no pocas veces ha de suplir a varios estados importantes recursos. Las instrucciones de esta clase conciernen, como se ve, las operaciones del comercio adaptables a cualquier país, a diferencia de las primeras, que se ciñen a ciertos parajes determinados; pero, además de estas dos clases de noticias, las hay de superior esfera, y son las que pertenecen propiamente a la teórica general del comercio.

Ésta, trascendiendo de las noticias locales y aun de las operaciones mercantiles, se emplea en indagar la naturaleza del mismo comercio⁹⁶, al que considera como uno de los principales vínculos de la sociedad, por los mutuos auxilios que presta el canje de los respectivos sobrantes⁹⁷, y cifra su primer origen en aquella especie de "dependencia que se verificó entre los dos primeros hermanos"⁹⁸, entregados el uno al cultivo y el otro a la cría de ganados. Descubre los manantiales del comercio en la agricultura, las minas, la pesca, los artefactos; sus medios, en la navegación y acarreos, ferias y factorías, pesos, medidas, monedas y bancos; sus leyes, en la administración jurídica o convencional de sus tratos, como en las prohibiciones e impuestos; sus efectos, en el acrecentamiento de capitales, valores territoriales, población y dominios ultramarinos⁹⁹. Inquieta el enlace de cada uno de estos puntos con la felicidad común y examina las ventajas que procura el comercio, ya como exterior, socorriendo a la provincias escasa y aliviando a la pingüe¹⁰⁰, ya como interior, promoviendo una circulación benéfica a toda clase de ciudadanos¹⁰¹, ya como activo por el impulso que da al cultivo e industria¹⁰², y aun como pasivo, siempre que se cuide de traer las primeras materias

⁹³ *Proyecto de una escuela patriótica*, p. 14.

⁹⁴ *Ibid.*

⁹⁵ *Industria popular*, p. 267.

⁹⁶ *Prospectus d'un nouveau dictionnaire de commerce*, p. 326.

⁹⁷ *Ensayo de la Real Sociedad Bascongada*, p. 179. [*Ensayo de la Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Año 1760. Dedicado al Rey N. Señor, Vitoria, Tomás de Robles, 1768*].

⁹⁸ *Ensayo de la Real Sociedad Bascongada*, p. 175.

⁹⁹ *Prospectus d'un nouveau dictionnaire de commerce*, pp. 43 y 44.

¹⁰⁰ *Ensayo de la Real Sociedad Bascongada*, p. 180.

¹⁰¹ *Educación popular*, p. 179.

¹⁰² *Ibid.* p. 14 al principio.

de los parajes más oportunos y en la forma menos gravosa¹⁰³. Fija siempre la riqueza o pobreza nacionales en aquella misma proporción que guardan la extracción e introducción de mercaderías¹⁰⁴, y procura conciliar los intereses del cosechero con los del fabricante, los del comerciante con los del común, los del fisco con los del tráfico nacional, y la libertad debida al comercio con la inspección gubernativa que asegura su más feliz permanencia. Finalmente, se esmera en determinar el valor intrínseco de cada cosa con respecto a la cantidad y calidad del terreno conducente a su formación¹⁰⁵ y bajo la propia regla del trabajo diario del jornalero, del labrador, del artista¹⁰⁶, a que es consiguiente el de los frutos naturales e industriales y total de valores; valiéndose a éste y otros fines de la Aritmética política que dispuso el Caballero Petit y aplicó felizmente el Señor Davenant al comercio y rentas reales, obra que ha merecido el especial aprecio de la Real Sociedad Bascongada y de quien estimó el uso tan importante que acordó publicarla traducida al castellano e ilustrada con notas explicatorias¹⁰⁷.

Claro es que todas las noticias comprendidas en las tres enunciadas clases no son igualmente precisas, ni aun adaptables a cualquier especie de tráfico o de plaza de comercio. Con éste tienen más inmediata conexión las de la primera y la segunda clases, como que conspiran directamente al régimen de las negociaciones mercantiles¹⁰⁸, pero ni sería fácil adquirir su conocimiento sin instrucción ni justo desestimar por inútiles las de tercera clase o de teórica general, atendido a lo mucho que puede favorecer ésta a la causa pública. A la verdad, según se van adelantando los individuos de una nación en el conocimiento de los verdaderos intereses de la patria, parece que se infunde cierto espíritu uniformemente impelido hacia el bien común, el cual se logra con tanto mayor facilidad cuanto las luces de los que mandan y la ilustrada resignación de los que obedecen concurren poderosamente al acierto¹⁰⁹. Y si, por una parte, "aconseja la prudencia que se instruyan los unos antes de interponer su dictamen en cosas cuyo conocimiento costó a los escritores una reflexiva experiencia, por otra es muy debida la alabanza y estimación a aquellos que hablan de lo que han meditado y proceden con deseo

¹⁰³ *Ibid.* p. 396.

¹⁰⁴ *Ensayo de la Real Sociedad Bascongada*, p. 181.

¹⁰⁵ *An Essay on the nature of trade in general*, p. 33. [CANTILLON, Richard: *Essai sur la nature du commerce en général*, Londres (i. e. París), Fletcher Gyles, 1755].

¹⁰⁶ *Ibid.*

¹⁰⁷ *Extractos del año de 1772*, p. 104. [*Extractos de las Juntas Generales celebradas por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País en la Villa de Bilbao por septiembre de 1772*, Vitoria, Tomás de Robles, s. a. Se alude a la traducción de Charles Davenant, *Of the Use of Political Arithmetick, in all Considerations about the Revenues and Trade* (1698), que verá la luz en 1779 como texto introductorio de la *Recreación política* de Arriquíbar].

¹⁰⁸ *Prospectus d'un nouveau dictionnaire de commerce*, p. 326.

¹⁰⁹ El Sr. Fourbonnais, *Recherches sur les finances*, p. 12 del tom. I. [Forbonnais, François Véron de: *Considérations sur les finances d'Espagne*, Dresde (i. e. París), 1753].

de utilizar a su patria, pues sus reparos son convenientes y necesarios para aclarar las ideas y resolver los problemas políticos”¹¹⁰.

“Entre los ingleses y franceses todos los hechos tocantes al aumento o decadencia de agricultura, de artes, de navegación y comercio se escriben en los papeles públicos”, se examinan pro y contra las razones, “y a fuerza de discusión se deshacen los supuestos falsos, se realizan los hipotéticos, se destruyen las vulgaridades contrarias al bien general y se aplauden o critican los escritos según su mérito”¹¹¹.

“De esta presencia de hechos y comunicación de reflexiones resulta la verdad y nadie se equivoca en lo que conviene al común para aumentar su prosperidad”¹¹².

A cada paso concurren cuestiones y problemas que resolver en punto a navegación y comercio, y “mientras el público no esté instruido, mal puede tomarse partido seguro ni libertarse una nación de los prejuicios que la atrasan y hacen titubear en el medio que la conviene adoptar en muchos expedientes gubernativos que influyen en el bien general”¹¹³.

Pero aunque se quisiese excluir a ciertas clases de individuos de semejantes disquisiciones, lo cierto es que incumben con toda propiedad a los que se alistan en las sociedades económicas, “por ser las reflexiones científicas en punto a agricultura, fábricas y comercio principal objeto de sus ocupaciones”¹¹⁴, motivo que podrá hacer disimulable lo mucho que insisto sobre su importancia.

Bien conocida fue ésta de los Olivares, Herrera, Moncada, la Mata, Osorio, Ustáriz, Ulloa y otros esclarecidos escritores nacionales que, impelidos de su celo por el bien común, dejaron estampados en sus escritos (tal vez los más luminosos que en sus respectivos tiempos hayan aparecido en Europa¹¹⁵), los verdaderos conocimientos políticos, los cálculos más desmenuzados y las más útiles máximas en punto a industria y comercio, las que procuraron esparcir, en la segura inteligencia que de su noticia y aplicación resultará la felicidad del Reino.

Aún a más se adelantó el Doctor D. Sancho de Moncada cuando en el año de 1619 “propuso formal establecimiento de una cátedra de Economía Política o de comercio en cada universidad y otra en Madrid”¹¹⁶. Pensaba este grande hombre que las cosas dirigidas por principios tradicionales y casuales difícilmente promueven la utilidad común, y que la instrucción sólida de los asuntos económicos no es menos esencial a quien los maneja que el conocimiento de las leyes y Teología al teólogo y letrado para no errar¹¹⁷.

¹¹⁰ *Apéndice a la Educación popular*, p. 87 de la introducción, parte 1.

¹¹¹ *Apéndice a la Educación popular*, parte 1ª, p. 413.

¹¹² *Ibid.* p. 414.

¹¹³ *Apéndice a la Educación popular*, parte 1ª, p. 415.

¹¹⁴ *Industria popular*, p. 147.

¹¹⁵ *Apéndice a la Educación popular*, parte 1ª, p. 92.

¹¹⁶ *Ibid.* p. 50 de la introducción.

¹¹⁷ Moncada, *Restauración política de España*, disc. 8. [MONCADA, Sancho de: *Restauración política de España*, Madrid, 1619].

A ejemplo de este insigne barón se han esmerado varios legisladores en promover la instrucción del comercio, y así vemos que “en Milán, en Nápoles y en ciertas partes se han establecido cátedras para enseñar sus verdaderas reglas”¹¹⁸, con el fin de hacer familiares las buenas ideas, desacreditar las preocupaciones, fomentar las artes y proporcionar el bien general de la nación.

Persuadida igualmente la Real Sociedad Bascongada de que “difícilmente se pueden arraigar las ciencias industriales en un país sin que precedan las naturales y que empezar por aquéllas sin éstas es dejar quehacer mucho al cielo en la continua fatiga de remover obstáculos que la falta de principios ocasiona”¹¹⁹, estimó por muy convenientes los que corresponden al estudio elemental del comercio. Parecióle que éste “debía ser uno de los primeros objetos de la enseñanza particular, por ser la profesión de más inmediata utilidad al Estado en general”¹²⁰, y así abrazó con singular complacencia el plan de erección de una cátedra de comercio y de otra de política en el Real Colegio de Vergara. Discurrió que “así como los jóvenes que quieren dedicarse a la Iglesia, los tribunales, el ejército y la marina acuden regularmente a sus respectivas escuelas de universidades, academias militares y de marina”, era muy propio las hubiese para ciertos “ramos de enseñanza menos comunes y directamente acomodados a los que se destinan a la vida civil, a las carreras de política y comercio”¹²¹. Y a la vista de las bellas esperanzas que infunden las que se han establecido en la Armada y el Ejército, “¡qué mucho!”, exclama esa ilustre Sociedad, “que en un tiempo en que tan debidamente se atiende al adelantamiento de las clases guerreras y defensoras del Estado, se trate de promover e ilustrar el resto de la masa general del cuerpo político compuesto de las clases pacíficas y bienhechoras”¹²².

Esta última reflexión agregada a las que influyen la utilidad del comercio y oportunidad de su enseñanza, “la práctica de naciones despiertas e ilustradas” y el dictamen de unos hombres que hacen el honor de la nación, basta para elogiar el pensamiento del Señor D. José de los Ríos, al que no puedo menos de aplaudir en su generalidad, pues en cuanto a las particulares modificaciones que pueda admitir, sobre faltarme las luces y noticias locales que corresponden a su discernimiento, conceptúo que es asunto reservado a la superior penetración de este ilustrado cuerpo, en cuya deliberación libraré siempre el acierto como mi mayor mérito en la más sumisa resignación a sus preceptos.

¹¹⁸ *Industria popular*, p. 113.

¹¹⁹ *Proyecto de una Escuela Patriótica*, p. IV.

¹²⁰ *Ibid.* p. 13.

¹²¹ *Proyecto de una Escuela Patriótica*, p. 13.

¹²² *Ibid.* p. 4.

CAPÍTULO 12

CONCLUSIONS

CONCLUSIONS

I.

The objective of this Doctoral Thesis is to analyse the body of treatises on Political Economy of the eighteenth century Spain. The central theme is the study of the translations. The reason for this choice resides in the fact that they played a central role in the process of the emergence of the Political Economy in the Spanish Enlightenment. The period of the study constitutes the five decades between 1743 and 1794. This half-century perfectly encompasses the above-mentioned emergence process. It began with the publication of the Spanish version of the pioneering and innovative treatise of the Frenchman Jean-François Melon. It ended with the complete translation of the work of the Scotsman Adam Smith. The analysis conducted ratifies the theses regarding the significance of these five decades as the essential period of the dissemination of the political and economic ideas of the European Enlightenment in Spain through translation. Furthermore, it confirms the relevance of the decade 1755-1765 as the beginning of the translator cycle, which grew exponentially until it culminated in a kind of “boom” or “explosion” of the publication of translations during the fifteen years prior to the Spanish version of Adam Smith’s work.

II.

The starting point of this Doctoral Thesis is the considerable volume of studies, accumulated essentially from the 1970s, on the Spanish economic Enlightenment, specifically regarding: a) its most prestigious economists; b) its most influential economic schools; c) and its institutional manifestations. Anyway, its main focus is on the international circulation of economic ideas. The research essentially addresses the study of how the treatises of some of the main authors of the European Political Economy came into the hands of the Spanish Monarchy. It pays particular attention to how the ideas of these authors were transmitted, translated and disseminated in the unique Hispanic context, more specifically in the Spanish peninsula. It also investigates how these ideas were applied through reforms or specific public policies. In this way, the research focuses on the academic tradition which is more concerned with the subject of cultural exchanges —the key to understanding the origin and the development of the European Enlightenment— than with the reconstruction of the intellectual genealogies that created the new

ideas on Political Economy or the Enlightenment as a whole. The study upholds the idea that as well as being one of the most incisive "connecting discourses" of the European Enlightenment, Political Economy was an exceptional language in the arrival of the enlightened ideas to Spain.

III.

Recent Spanish historiography has examined the emergence of the Political Economy of the Spanish Enlightenment based on a questionable disciplinary approach. Its validity is due to profound and century-old inertias deep-rooted in Intellectual History and in the History of political and economic thought. Essentially, this approach has tended to analyse Economics and Politics separately, as if they were two unrelated disciplines. This Doctoral Thesis, however, highlights the symbiotic nature of the two. It specifically underlines the eminently political nature of the body of economic treatises. This is because these treatises: a) constituted a fertile channel for transmitting the principal reformist currents of political thought of the Enlightenment; b) contributed to the development of a series of reforms which, under the label of "Economics", were essentially "political"; c) and developed a decisive role in the emergence of phenomena with a substantial political content, such as the public "sphere" and the public "opinion". In this way, in this research the importance of Economics as one of the central languages of Politics during the Spanish Enlightenment is highlighted: according to its supporters, writing about economics was writing about politics. All of this has enabled us to shed new light on the origins and roots of the currents of thought that were critical of the enlightened absolutism and on the first Spanish constitutional culture.

IV.

The unavoidable backdrop of this Doctoral Thesis is the process of the emergence of the European Political Economy. It starts with the works written by the British-born William Petty during the last third of the seventeenth century. It culminates with the treatises published within the profoundly reformist framework of the third quarter of the eighteenth century, the most well-known being the work of Adam Smith. The emergence of the Political Economy of the Spanish Enlightenment was a national expression derived from this continent-wide intellectual and cultural phenomenon which had a cosmopolitan nature. Therefore, it should be studied within an interpretation of the Enlightenment which allows for

the possibility of analysing the local and national expressions of it without breaking away from its unitary sense. At the same time, the study excludes other approaches with a questionable usefulness for the objective of the analysis, for example: a) the exclusionary hegemony of Franco-British economic thought; b) the thesis of the lineal progress of the enlightened Political Economy through "Mercantilism", the Physiocracy and the Classical school; c) the marginalisation of supposedly "lesser" authors whose texts, however, were authentic best sellers in their day; d) the positive discrimination of the history of the Theory of Political Economy as opposed to the economic policy and its more normative dimension.

V.

In line with the principal objective of this Doctoral Thesis, the study of the economic-political translations constitutes the central element of the research. This is based on the acknowledgement that ideas are not just epiphenomena, but sources of first-rate information in the analysis of historical phenomena. Therefore, the concept of scientific invention should be interpreted in a broader sense than a mere new scientific discovery. When they crossed national borders, the original ideas were modified substantially in order to adapt their content to the context of the receiving country. The study of these modifications sheds powerful light which enriches our knowledge of the social, cultural and intellectual reality of the European societies of the *Ancien Regime* and about its evolution. This is the reason why this study has given priority to the "political" dimension of the translations and has sought to investigate it. The translations were intellectual products that responded to very precise contexts. Therefore, their correct interpretation requires the blending of intellectual history with social and cultural history. It also invites us to revitalise the analytical function of the prosopography.

VI.

The dominant historiographic tradition places the origins of the modern liberal and democratic thought of the Spanish Enlightenment in the last two decades of the eighteenth century. However, this Doctoral Thesis has found the first seed of this modernising thought in the decade of the 1740s. The hegemonic economic-political tradition, essentially structured around the works of Uztáriz, Zavala and Ulloa, was then subjected to a process of critical reconsideration. Its origin can be found in the first writings of the merger between Natural Law and Political Economy. Notable examples of these writings are the *Erudición política* (1743) by

Teodoro Ventura de Argumosa and the *Discursos Mercuriales* (1753-1756) by Juan Enrique Graef. The former was a translation-adaptation of the *Essai* (1734) of the Frenchman Jean-François Melon and the latter, of a French newspaper, the *Journal Oeconomique* (1751-1776). These works proposed a review of the traditional bases for war of the Spanish Monarchy and favoured a project for peace and equilibrium through trade in the balance of European power. The emphasis had to be placed on the development of the productive economic sectors. It was a question of establishing a “commercial monarchy” which internalised the economic-politic principles that prevailed in other political cultures such as the “mixed” British monarchy or the Dutch republic. At the same time, these same *jusnaturalist* premises constituted a call to reconsider the industrialist, protectionist and interventionist orientation of the Uztáriz legacy in defence of another orientation towards agriculture and free trade, as well as opened to the economics of luxury and passions. Given that “commerce” had become the basis of modern Politics, Spain needed to try to assimilate the principles of this innovative “science of commerce”.

VII.

These ideas were definitively consolidated in the period 1755-1765. The first echoes of the fertile discussion on the French scene between the Vicent de Gournay and François Quesnay circles reached Spain in this decade. They arrived through translations from the influential circle of the former, the famous intendant of commerce, by authors such as Davenant, Herbert, Thomas, Plumard de Danguel and Forbonnais. Their dissemination supported the idea that Spain should consolidate, in the words of Craywinkel, an influential trader, a “new Politics” that had to prioritise the national economic development in order to put an end to the subordination of the country in the international trade arena. To do this, Spain had to apply correctly the attractive coded system of principles and laws of the “science of commerce”. The example was now the attractive British economic policies which, in the eyes of the Spanish elite classes, seemed unquestionably successful. This alternative revealed the preference of these elite classes for the “science of political commerce” of Gournay and his disciples as opposed to the “Political Economy” of Quesnay and the physiocrats. In contrast to the aggressive opposition of the latter to the British manufacturing and trade model, the Gournay’s circle had already carried out a preliminary adaptation of this model, designed for a “mixed” monarchy, for the French absolute monarchy. In the dense doctrinal and normative debate occurring in Spain throughout the decade 1755-1765, the influence of

authors such as Davenant, Cantillon, Accarias de Serionne, Herbert or Forbonnais emerged intensely. The most relevant of these authors was certainly Forbonnais. The translation of his *Éléments de commerce* (1753) in 1765 was the first of the whole of the Spanish Enlightenment designed to offer an ordered and detailed summary of the principles and applications of the new “science of commerce” in an absolute monarchy. In the same year, and as a natural culmination of this debate, the two reforms on the grain trade and the colonies were decreed.

VIII.

The development of a “new Politics” implied an additional dimension. The “science of commerce” constituted an issue that desperately needed to be exposed to public debate. The advisability of creating this “public sphere”, already proposed by Argumosa and Graef, returned to the Spanish scene as an emulation of the cultural policy of the circle of Gournay. However, logically, its backdrop was the parliamentary Great Britain, where not only was there a public sphere but one which was politicised. Once the dynastic change had been resolved in 1759 and the Seven Year War had ended four years later, the Spanish elite classes accepted unhesitatingly that the triumph of Great Britain had been due to the existence of a free and dynamic public space which contributed decisively to resolve the complexities of the “science of commerce”. In this way, the creation of this public sphere came to be considered as a political priority of Spanish enlightened absolutism. The three main elements of the Political Economy involved in its creation were: a) the actors, embodied in the economic-political writers; b) the debates, due to the fact that the Spanish public sphere expanded due to controversies such as the trade of grain, the public finance or the luxury; c) the economic institutions, such as the economic societies or the University chairs of Political Economy, a spearhead of the new enlightened sociability.

IX.

The end of the Seven Year War in 1763 gave rise to a relatively new phase in the political-economic culture of the Spanish Enlightenment. This led to a plural debate in the public sphere on Great Britain through a large series of translations by authors such as Chamberlayn, Butel-Dumont, Goudar, Plumard de Dangeul, Coyer, Greenville, Bielfeld or Accarias de Serionne. It was no longer simply a matter of an assessment of Great Britain’s commerce policies but its overall economic and political system. In fact, this debate was presided by the idea that the

success of these policies could not be explained independently of the peculiarities of the British parliamentary monarchy, as they were basically a direct result of it. The translations fuelled the intense European controversy on “Anglophilia” and “Anglophobia” in Spain in the period 1767-1785 based on four aspects: a) the solution to the problems of the outdated Spanish monarchy required not only the acceptance of the commercial society but also, eventually, the parliamentary system; b) the promotion of the full integration of the nobility into trade and commerce; c) the defence of the commercial society implied the introduction of principles and values associated to the republican ethos (equality, freedom and the right to become involved in socioeconomic activities) into the monarchic structure; d) the problem of public debt, which had become the central theme of the post-war scene, had an important political dimension as it constituted a powerful mechanism for creating “opinion” and “confidence” among the elite Spanish classes with respect to the present and future of the British political system.

X.

The central years of the 1770s were particularly dense with respect to the translation and circulation in Spain of European economic-political texts. During this time, a true crossroads was reached with respect to the most appropriate strategy for the Spanish enlightened movement. Those who were in favour of radical reforms clashed with those who supported more tempered and gradual options. This crossroads was initially dominated by three eminent figures of the European Enlightenment: Turgot, Galiani and Necker. The economic writings of the former were intensely disseminated between 1774 and 1791, the year when the Spanish version of his principal treatise was published: the *Réflexions sur la formation et la distribution des richesses* (1769-1770). However, the case of Turgot highlights the relevance of particular sources, usually undervalued, when studying the international transfer of ideas. Specifically, this is referred to the legal rules, in this case, those decreed by Turgot during his twenty months as the French Finance Minister (1774-1776). The greatest impact in Spain of his legislative work corresponded to his *arrêt* of the freedom of the grain trade (1774) and his *édit* to abolish the guilds (1776). Both legal rules had a clear —and radical— *jusnaturalist* political undercurrent. However, they fared very differently in the Spanish political sphere. With respect to the first, the weakness of the reformist sectors of the Council of Castile and the worrying *guerre de farines* immediately put a stop to any emulating effect. However, the second represented the most long-lived content of Turgot’s economic ideas. It contributed to opening an extensive controversy about

the usefulness of the guilds in which other translations very close to Turgot's ideas played active roles, specifically those of Coyer and the physiocrat Bigot de Saint-Croix. Together with Necker, Turgot inspired, for the first time in Spain, the creation of an "intermediate" system that acknowledged the principle of the freedom of labour.

XI.

The dissemination of Turgot's writings coincided with that of the famous *Dialogues sur le commerce des blés* (1770) by Galiani. Its Spanish translation, published in 1775, was introduced at a turning point in the Spanish Enlightenment: in 1774-1775, it turned its focus towards the body of treatises from the Italian states, in particular Milan (Beccaria) and Naples (Galiani and Dragoneti). The magnificent Spanish version of the *Dialogues* had a profound political meaning. It reflected at least three different issues; a) the enormous familiarity of its author with the Spanish diplomatic and political scene of his day: for two decades, Galiani maintained an intense personal relationship with the high governmental authorities of Carlos III; b) the footprint that Spain had left on the ideas of the *Dialogues*, which enormously favoured its subsequent reception in the Monarchy; c) and, finally, the enormous advantages that the content of the book offered for its adaptation to the Spanish reality: Galiani strongly rejected the universal and absolute physiocratic laws in favour of a relativist approach, which was largely due to Montesquieu. Moreover, his principal message, which differentiated between the "political" and "economic" dimension of grain —although grain could be the object of trade it had to be subjected to the *raison d'État* and to the political objective which imposed the maintenance of social stability— fit perfectly with the liberalisation experience initiated by the Spanish *Pragmática* of 1765. It is no surprise that the Spanish translation of Galiani's book was promoted by the leading ideologist of the *Pragmática*, the Fiscal of the Council of Castile Campomanes, at the precise moment when the echoes of Turgot's liberalising *arrêt* arrived from France. The profuse use made of it by the enlightened scholars led to Galiani's book becoming one of the essential treatises of Spain's economic-political culture during the century of the Enlightenment. The Spanish enlightened classes understood it how it really was: a book open to interpretation regarding the art of politics using pragmatic and realistic criteria.

XII.

The path opened by Galiani was continued through Jacques Necker. The Geneva-born enlightened writer was extensively known in the Spanish Enlightenment as an author of distinguished works and as a political authority on a European scale, namely the French Minister of Finance (1776-1781). Both of his roles were highly prominent during the last two decades of the eighteenth century in Spain. His work was then being profusely circulated around Spain. Necker was, most probably, the most translated European economist of the whole of the eighteenth century. Furthermore, the Spanish versions of his work had an unquestionable political nature. They were written under the supervision of powerful authorities, such as Lerena, Minister of Public Finance, or Floridablanca, Secretary of State, so that they may be used for the design of the economic-political reforms of their day. As previously mentioned, together with Turgot, Necker opened an "intermediate" industrial system, inspired by the principal of the freedom of labour. His influence was also decisive in another three fields: the grain market, the public finance and the territorial administration. In this way, the Geneva-born writer became the most paradigmatic case of the Spanish Enlightenment whose diffusion was prompted by essentially political motives. Neckerian thought, with its pragmatic, relativist and anti-physiocratic nature, its social and moderate orientation and its inclination towards the British parliamentary monarchy was highly likely to be well received by a tempered Enlightenment such as Spain's.

XIII.

Necker's influence on the Spanish Enlightenment extended to another area. His work constituted a key piece for the definitive emergence of "public opinion" as an incisive way of participating in political activity. In the European context, Necker led the creation of what could be called the "Political economy of public opinion". Always using the British model as a guide, he defended that it was impossible to improve the efficiency of the economic and financial system without the institutional counterbalance which this "public" tribunal represented. In the case of Spain, the entrance and acceptance of these ideas throughout the 1780s was possible mainly due to the slow maturing process of the public sphere which, throughout these years, became more substantial and autonomous, thanks to the emergence of the critical press, the spread of the enlightened institutions, such as the economic societies, and the emergence of the more radical generation of the

late members of the Enlightenment. However, it is revealing that the “public opinion” in Spain was manifested in the economic sphere before the political sphere. The Spanish enlightened classes learnt to gauge its relevance so as to intervene in political life through controversies relating to Public Finance, the grain trade and the economic institutions.

XIV.

The remarkable development experienced by the economic culture in Spain during the last third of the eighteenth century saw a specific manifestation in the institutional field. During this period, different new-style economic institutions emerged which directly influenced enlightened politics. They were responsible for phenomena such as the exponential growth of autochthonous treatises and the translation of economic texts, the foundation of the first official statistics agencies or the creation of the new language of Political Economy. All of these expressions of the institutionalisation of this science were also the result of the same process of reception, dissemination and adaptation to the Spanish context of foreign ideas and experiences. According to the criterion of this research, three of them are particularly important: a) the economic societies, due to their role as embryonic institutions in the politicisation of the Spanish enlightened society, as carriers of values, dynamics and “pre-political” cultural practices; b) the dictionaries of Economics and Commerce, which were essential instruments for establishing correct public trade policies, enabling Spain to successfully address the perpetual “trade jealousies”; c) and the University Chairs of Economics and Commerce, a renowned manifestation of their extension through the institutionalised teaching of the republican principles of trade.

XV.

The period between 1780 and 1794 included a flourishing period for the Political Economy in Spain. The gradual take-off beginning in the 1750s culminated in a “boom” or an “explosion” of the interest in this science. None of its principal manifestations, from the economic societies or university chairs of economics to the uninterrupted publishing of autochthonous treatises and translations, could be matched by any equivalents in the Spanish cultural scene of just three decades earlier. The ideological battle that would lead Spain to its first constitution was open on all fronts. The Spanish enlightened classes addressed all of the consequences derived from supporting the transcendence that their country

should acknowledge the advantages of the commercial society and the principles of the freedom of trade. This is highlighted in the exceptional series of translations published during this fifteen year period. Its most characteristic feature was its doctrinal plurality: the Spanish enlightened classes disseminated the principal tendencies of European Political Economy of the end of the century. Through the writings of the likes of Condillac, Turgot, Genovesi, Herbert, Filangieri, Hume, Quesnay or Smith, it was possible to approach, through different perspectives, the analysis of the commercial society and through others, such as those of Mably, the arguments of its harshest critics were addressed. This did not only constitute an unquestionable success of the Spanish enlightened classes, but also reinforced the Spanish Enlightenment as a whole. This was even more the case if we take into account that it was carried out amidst a fierce battle with the Inquisition and the reactionary sectors of Spanish Catholicism that sought to paralyse the growing acceptance of elements intrinsic to the commercial society such as usury or luxury.

XVI.

During the long period between the 1740s and the “explosion” phase at the end of the century, the Spanish Political Economy publishers played a leading role in the emergence of a political culture that cleared the path for the appearance of the first Spanish constitutionalism. This decisively contributed to the emergence of an essentially secular culture through the development of civil rights, from the freedom to write to the transparency of financial information, the acknowledgement of individual economic rights, such as the exercising of ownership or the freedom of labour, to entrepreneurship, consume or traffic and, finally, the gradual emergence of the public “sphere” and “public opinion”. The right to political participation was also related to this powerful unfolding of the economic culture at the end of the century. The idea that the exercising of the freedom of commerce was not so different to the right to participate in political activities had insistently been disseminated through the defence of the British parliamentary model and the advantages of the “republic of commerce”. All of this took on a new dimension during the final years of the century. The body of economic books led to the first legal treatises with a constitutional format in which Political Economy constituted a central feature, to the acknowledgement of the individual principles of the physiocratic natural order and to the first essays on which Political Economy was founded with the Civic Humanism of equality, virtue and *vivere civile*.

XVII.

One of the most significant effects of the impact of the development of economic culture on the public sphere was the footprint that the European debate on the economic agenda of the State left on Spain. Opened essentially by Jean-François Melon's treatise, one of the culminating points of this debate could be found in Adam Smith's book. In his opinion, the Statesman had to learn how to operate within the "obvious and simple system of natural liberty", which implied radically limiting the public interventions of the sovereign. However, it should be remembered that this work by Smith constituted just one of the points of discussion with respect to this issue. The economic thought of the eighteenth century was mostly of a "mixed nature". The States did not abandon their broad programme of public interventions, starting with Great Britain itself, which was supposedly the most liberal: this country would take many decades to implement the *Smithian* minimum state programme. The same occurred, with even greater intensity, in eighteenth century Spain. However, this does not contradict the fact that throughout the century, the body of economic treatises, which had become a true spearhead in the fight against subsidies, privileges and monopolies inherent in the Old Regime, was relegating politics and administration to carry out a more limited role.

